HISTORIA DE LAS MISIONES

HISTORIA DE LAS MISIONES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

EN LA INDIA ORIENTAL, EN LA CHINA Y JAPON

DESDE 1540 HASTA 1600

POR EL P. LUIS DE GUZMAN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

BILBAO:
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
Calle de Ayala (Ensanche)

1891

47389

BILBAO, 1891.—Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.

ADVERTENCIA

DE ESTA NUEVA EDICION

Ofrecemos al lector un libro viejo Esperamos no será de aquellos que pierden todo su mérito con solo reproducirse La historia de las primeras misiones que hizo la Compañía de Jesus en tierras de infieles, es sin duda un argumento harto interesante, para convidar á la lectura de este libro; pues ha despertado la atencion, no solamente de las personas piadosas, sino tambien de los incrédulos y protestantes ¿Quién no desea saber algo sobre las expediciones arriesgadas de San Francisco Javier, sobre las excursiones por el Archipiélago de las Malucas, sobre el orígen y progresos de la cristiandad en el Japon, sobre la entrada de la fe en el cerrado imperio de la China?

Mucho y bueno se ha escrito sobre estas empresas gloriosas, pero á nuestro pobre juicio, aún debe escribirse mucho más. Doloroso es, por cierto, que mientras se llenan tantos volúmenes con la historia de la conquista material, se deje tan olvidada la conquista moral de los nuevos mundos descubiertos en el siglo XV. Pues qué, ¿hizo ménos el crucifijo del misionero, que la espada del soldado? ¿Honra ménos á España un San Francisco Javier que un Francisco Pizarro? ¿Por qué relegar á desdeñoso olvido la accion moral y benéfica de tantos misioneros, que con celo paciente y caridad invencible convirtieron y civilizaron á naciones idólatras y salvajes? Mientras llega, pues, la hora de que estimemos las cosas en lo que son, y estudiemos despacio estos hechos, bueno será siquiera conservar los monumentos venerables de aquellos tiempos, que nos conmemoran empresas tan gloriosas. Uno de estos monumentos es la *Historia* que ahora reimprimimos, escrita por el P. Luis de Guzman, distinguido religioso de la Compañía de Jesus.

Nació el P. Luis de Guzman en la villa de Osorno, del obispado de Palencia, el año de 1543, de padres nobles y calificados. Enviado á la Universidad de Al-

calá para hacer sus estudios, entró en la Compañía por Mayo de 1563. Hizo su noviciado y terminó sus estudios en nuestro célebre colegio de Alcalá. Ordenado de sacerdote, le escogió el P. Manuel Lopez, Provincial, por su compañero. El año de 1573 le hicieron Maestro de novicios. Fué despues enviado por Rector del colegio de Belmonte, donde estuvo muchos años, hasta que le hicieron Provincial de Andalucía. Sobreviniéndole algunas enfermedades que le impedian el caminar, hubo de abandonar aquel cargo y retirarse algun tiempo al colegio de Belmonte. En 1594 fué nombrado Rector del colegio de Alcalá, y al año siguiente elevado á Provincial de la provincia de Toledo. Fué despues electo asistente del P. Aquaviva por las provincias de España, pero sus achaques le impidieron ir á Roma. Algunos años despues fué elegido segunda vez Provincial de Toledo, y mientras desempeñaba este cargo le llamó Dios para sí el dia 10 de Enero de 1605.

Cuatro años ántes de su muerte publicó esta *Historia* que ahora reproducimos, y que fué escrita, segun indica el P. Nieremberg, por insinuacion del Padre Aquaviva. No comprende todas las misiones emprendidas hasta entónces por la Compañía de Jesus; limítase á las de la India Oriental, China y Japon. Téngase presente que bajo el nombre de India Oriental entiende el autor todos los dominios de Portugal. Esta es la causa sin duda de encontrarse aquí noticias sobre las misiones de Etiopía, Monomotapa y aun del Brasil.

No nos extenderemos en alabanzas del libro Dejamos al lector el juzgar si hemos acertado en reproducirlo. No dejaremos, sin embargo, de advertir, que esta obra carece de dos efectos muy ordinarios en historias religiosas de aquellos tiempos, y que las hacen intolerables á lectores del siglo XIX. Uno es la hinchazon ridícula, que ya empezaba en tiempo de nuestro autor, y que poco despues invadió toda nuestra literatura. El otro, más comun todavía, son las frias moralidades con que aquellos devotos y pacíficos narradores prolongan sin término su relato, hasta llenar el consabido tomo en fólio. Nada de esto se ve en el P. Guzman. Sencillo, discreto y elegante, sin exclamaciones, sin aforismos, sin epifonemas, sin la erudicion indigesta de la pedantería antigua, sin las cavilaciones filosóficas de la pedantería moderna, va refiriendo con bastante buen órden y claridad las noticias que ha recibido sobre aquellas empresas maravillosas.

Estas noticias deben ser para nosotros de mucho precio, si consideramos que están tomadas no sólo de verídicas relaciones, sino tambien de la boca misma de muchos misioneros. El P. Guzman siendo Rector de Belmonte, hospedó en aquel colegio á los embajadores japoneses que vinieron á Roma, para dar la obediencia en nombre de sus reyes al Sumo Pontífice (Véase el lib. IX, cap. XXXI.) Habiendo vivido siempre en el centro de España, ejercitando los cargos más importantes de la Compañía, necesariamente debió tratar nuestro autor con

aquellos misioneros que venian á Madrid y á Roma á despachar negocios de sus misiones. Seguramente que los viajes del P. Diego de Mezquita y la expedicion á Macao del P. Alonso Sanchez, se las debieron de referir ellos mismos cuando pasaron por Madrid y Alcalá.

Hemos juzgado, pues, que debiamos salvar del olvido esta obra, cuyos ejemplares son ya muy contados sin duda. Quiera Dios que así se despierte el deseo de estudiar detenidamente las misiones católicas, que son sin duda uno de los timbres más gloriosos de la Iglesia en los tiempos modernos (1).

(1) Nos hemos tomado la libertad de alterar un poco el título de esta obra, que en la edicion de Alcalá (1601), decia así: *Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesus para predicar el santo Evangelio en la India Oriental y en los reinos de la China y Japon.* Hoy este título haria creer al lector, que el libro contenia la historia completa de esas misiones. Pero como ellas se prolongaron por muchos años despues de muerto el P. Guzman, nos ha parecido indispensable modificar algun tanto el título, para que entienda el lector desde la portada la extension de la obra.

AL CRISTIANO Y BENIGNO LECTOR

PROLÓGO DEL AUTOR

Tiene la Compañía casas de probacion y colegios donde cria sus hijos, procurando aprovecharlos en letras y virtud, para emplearlos despues en ayudar á la salvacion de las almas, discurriendo por diversas partes del mundo, como lo pide su Instituto y el fin propio de esta religion y de los que hacen profesion en ella. Y así me pareció que ningun servicio podria yo hacer, ni más gustoso, ni más provechoso á mis carísimos Padres y Hermanos, que ponerles delante recogidos en esta *Historia* los vivos ejemplos de los primeros Padres de nuestra Compañía y de otros muchos que despues les sucedieron, los cuales con tanta gloria de la divina Majestad y provecho de las almas, gastaron su salud y acabaron sus vidas cultivando la viña del Señor en las Indias Orientales, comenzando desde Goa y no parando hasta entrar en los reinos de la China y del Japon, pasando en esta demanda muchos y grandes trabajos, no sólo por causa de los peligros tan ordinarios que hay en aquella navegacion, sino tambien por las continuas persecuciones que padecian en la tierra de los mismos gentiles, afrentándolos con palabras, afligiéndolos con malos tratamientos y prisiones, y aun quitando á muchos de ellos la vida por esta causa. Porque fuera del grande consuelo, que será para todos, saber el buen empleo de nuestros Padres y Hermanos y el grande fruto que de sus trabajos se ha cogido en aquellas partes, servirá tambien de traernos á la memoria el fin de nuestra vocacion y el que hemos de pretender en nuestros estudios, y para despertar en nuestras almas un vivo deseo de imitar á los que reconocemos por hermanos en la religion y compañeros de una misma empresa.

Y aun á todos los demás que leyeren esta *Historia*, pienso que será de mucho gusto, con la variedad de cosas tan particulares y nuevas como en ella se tratan; así de las propiedades y calidades de aquellas islas y reinos, como de las condiciones naturales de la misma gente; y del modo de religion, gobierno y

policía que tienen algunas naciones, y el mucho valor y esfuerzo y grande inclinacion que en otras se descubre para el ejercicio de las armas y cosas de la guerra. Y no será de menor fruto y provecho, porque hallarán en ella grandes motivos y estímulos para servir á nuestro Señor con más fervor y devocion, viendo delante de sus ojos en esta nueva cristiandad un retrato de aquella primitiva Iglesia, y de la perfeccion con que vivian los fieles en aquellos dichosos tiempos, cuando tenian en poco perder la hacienda, la honra y aun la vida, por no faltar en la fidelidad y obediencia que debian á su Dios; y por lo ménos mirando los raros ejemplos de virtud y santidad que resplandecen en estos cristianos, se conocerá mejor la frialdad y tibieza de nuestros tiempos y la mucha razon que todos tenemos para confundirnos y humillarnos, considerando la ventaja que nos hacen en la fe y devocion y pureza de vida, los que poco ántes ciegos con sus idolatrías, adoraban palos y piedras.

Ayudarnos ha tambien esta leccion, para que abramos los ojos y advirtamos que por el mismo tiempo en que Dios nuestro Señor comenzó á plantar su Iglesia en las Indias Orientales, amenazó tambien con el castigo y trabajos que poco despues se vieron en nuestra Europa, como fueron las muchas herejías que se levantaron y descubrieron en Alemania, Inglaterra y últimamente en Francia, cumpliéndose á la letra lo que Cristo nuestro Señor dijo por San Mateo, cap. XXI, amenazando al pueblo de Israel porque no se aprovechaba de su doctrina: *Ideo dico vobis, auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus eius.* Y pues vemos que perdieron estas naciones (ó en mucha parte de ellas) la fe y religion, que por tantos años habia florecido en estos reinos, por sus culpas y pecados, y no quererse aprovechar de la doctrina del Evangelio que habian recibido, prudencia es, no sólo humana, sino divina, escarmentar (como dicen en cabeza ajena) y temer no experimentemos en nuestra España los mismos efectos de la divina justicia, habiendo para ello las mismas causas, que son los muchos pecados y poca enmienda de la vida, para cuya reformacion se ordena principalmente la leccion de esta *Historia*, la cual, para mayor claridad y distincion irá dividida en dos tomos, que entrambos tienen trece libros, seis el primero y siete el segundo.

En el primer libro se trata la mision que hizo el P. Maestro Francisco Javier desde Roma á la India Oriental para predicar el Santo Evangelio, las muchas almas que convirtió á nuestra santa fe, los grandes trabajos que pasó en esta demanda hasta su dichosa muerte.

En el segundo y tercero se prosiguen otras misiones que hicieron algunos Padres de la Compañía á diversos reinos de la India, y las cosas más notables que en ellas les sucedieron

En el cuarto se pone la entrada en el reino de la China, y cómo se ha continuado hasta ahora aquella Mision.

En el quinto se declaran la calidad y propiedades de la tierra del Japon, los muchos reinos en que está dividida, el modo del gobierno, policía y religion de aquella gente, y cómo se comenzó á predicar el santo Evangelio en algunos de aquellos reinos.

En el sexto se dice cómo entraron los Padres de la Compañía en la gran ciudad de Meaco, cabeza de toda la monarquía del Japon, y desde allí se fué extendiendo la ley de Dios en otros diversos reinos.

Esta es la sustancia, recogida en pocas palabras, de lo que contiene este primer tomo; que por ser de cosas tan nuevas y extraordinarias, como se verán en la primera y segunda parte de esta *Historia*, no me contenté para escribirlas con haber leido lo que han dejado impreso hombres muy doctos y graves acerca de la India Oriental, y lo que han escrito de las cosas del Japon y de la India los Padres de la Compañía que andan en aquellas misiones, sino que para mayor satisfaccion mia, las he comunicado en particular con algunos Padres muy graves que han estado muchos años en aquellas partes, y eran como testigos de vista de lo que allá pasaba; procurando de todas estas informaciones, tomar lo que era cierto y averiguado, dejando otras cosas que no lo eran tanto. Plega á la divina Majestad que sea este trabajo para gloria suya y provecho de las almas, pues se ha tomado con solo este fin y deseo.

LIBRO PRIMERO

DE LAS PEREGRINACIONES QUE HIZO
EL P. MAESTRO FRANCISCO JAVIER
EN LA INDIA ORIENTAL
PARA PREDICAR EN ELLA EL SANTO EVANGELIO

CAPÍTULO PRIMERO

En el cual se pone una breve descripcion de la India Oriental.

Para tratar de las misiones que se han hecho en diversos reinos de la India Oriental, será necesario dar primero idea (aunque breve) de esta tierra; porque ayudará mucho para todo lo que se ha de tratar en el discurso de esta *Historia*. Comenzando, pues, la navegacion desde Portugal por el grande mar Océano, y caminando por la costa de Guinea, se viene á dar en el Cabo de Buena Esperanza. De la otra parte de este promontorio hacia el Oriente están los puertos de Sofala y Mozambique, que toman el nombre de dos reinos que hay en la tierra firme, entre los cuales mirando hacia el Septentrion cae el imperio de Monomotapa, á quien antiguamente reconocian por superior, y pagaban tributo los reyes comarcanos. Continuando esta misma navegacion arrimados á la costa adonde viene á rematarse el Africa, comienza la Etiopía, que es parte del Egipto, en la cual está el imperio del Preste Juan, y tiene sus límites junto al seno de Arabia. En el viaje que vamos prosiguiendo hace dos entradas el mar Océano en la Arabia Feliz, y con ellas la rodea en gran parte á modo de una isla. Al primer seno de estos llaman de Arabia, y cae en la parte occidental de ella; aunque por otro nombre le suelen llamar el mar Bermejo, y por el remate de este seno (que mira al Septentrion y confina con lo que es propiamente tierra de Egipto) pasaron los hijos de Israel á la tierra de Promision. Mas volviendo á su entrada, cerca de ella está la casa de Meca, tan venerada de los moros, por el sepulcro que allí tienen de su falso profeta Mahoma. El otro segundo seno que llaman Pérsico, cae en la parte Septentrional de Arabia, y con él se divide de la Persia; junto á este estrecho está el reino de Ormuz, y toma el nombre de la ciudad principal que hay en aquella isla, conforme á la costumbre de la India.

Pasando de la Arabia Feliz, y caminando hacia Oriente por el mismo mar Océano, se viene á dar en la tierra firme que comunmente llaman todos India Oriental. Hay en ella unos montes, ó sierras altísimas que se van continuando por espacio de cuatrocientas leguas desde el Mediodía á Septentrion. Comienzan estas sierras del promontorio Cori, que por otro nombre se dice Cabo de Comorin, y prosiguen hasta llegar al monte Imao, que es una parte del monte Cáucaso, tan celebrado de todos los poetas antiguos. De este monte Imao, aunque por diversas partes nacen aquellos dos famosos rios, Indo y Ganges: el primero por la parte Occidental, y el

segundo por la oriental; y entrambos van á parar en el mar Océano, y la tierra que se encierra dentro de sus corrientes es la que con rigor y propiedad se llama India Oriental. De los montes y sierras que atraviesan la India, se derivan dos vertientes muy grandes y espaciosas; la una de ellas por la parte occidental, que toda está rodeada con el mar Océano, y la otra por la parte de Oriente, la cual se extiende mucho más, por la tierra firme y por la ribera oriental del mismo Océano.

CAPÍTULO II

En que se prosigue más en particular la descripcion de la India.

Comenzando del promontorio Cori, que se llama Cabo de Comorin, caminando de Mediodía hacia Septentrion por las vertientes de los montes que están á la parte occidental, hay muchos reinos de malabares. Pero solamente apuntaré aquí aquellos, cuya noticia parece más necesaria para la buena inteligencia de esta *Historia*. El primero de estos reinos se llama Travancor, y en su costa hay más de treinta pueblos tendidos por la orilla del mar, que se dicen los macoas. Pasando de Travancor está el reino de Coulan, y luego el de Cochin, y á este se sigue el de Caranganor, y tras él, el de Colon, que antiguamente solia ser cabeza de todos los reinos malabares, como lo es ahora el de Calicut, que está veinte leguas más adelante. De la otra parte de Calicut se siguen otros reinos, como son Cananor y Baticalá. Y pasadas veinte y cinco leguas de Baticalá están las islas de Goa, Salsete, Coran y Vivar, las cuales ántes que viniesen á poder de los portugueses, eran de un rey malabar muy poderoso, como adelante se dirá. Prosiguiendo las mismas vertientes, desde Goa se continúan hacia el Septentrion otros muchos reinos hasta llegar al de Cambaya, que es el postrero de la India mirando á la parte occidental. Por este reino de Cambaya entra en el mar Océano el rio Indo con dos brazos muy extendidos, y en su ribera están las dos ciudades de Bazain y Daman, catorce leguas la una de la otra. A este mismo reino de Cambaya pertenece tambien la ciudad de Dio, que está situada en una pequeña isla, y se divide de la tierra firme con un brazo de mar; y por tener un puerto hermoso y muy capaz, solia ser muy frecuentada de mercaderes y de grande contratacion. Cincuenta leguas de Dio mirando al Norte, ántes de llegar á Bazain hay otra ciudad principal que se llama Caul, dos leguas de la mar en la tierra firme. Estas cuatro ciudades conquistaron los gobernadores de la India en diversos tiempos, y las pertrecharon con buenas fortalezas y gente de guerra, para impedir á los moros de Arabia y Persia las entradas que hacian por aquella parte de la India, con mucho daño de los naturales.

Volviendo á la otra punta del promontorio Cori que mira al Oriente, á vista de él se descubre el reino de Ceilan, que es una grande isla de casi doscientas y cuarenta leguas en circuito, y sesenta y ocho de largo, y cuarenta y cuatro de ancho; divídese esta isla en siete reinos, de los cuales uno se llama Jafanapatan, y pongo aquí su nombre, porque se ha de hacer particular mencion de él en este primero y segundo libro. Es la isla de Ceilan muy fértil y de grande recreacion, y en su costa tienen los portugueses muchas fortalezas. Entre esta isla y el promontorio Cori hay solamente un estrecho de mar, que se dice la Pesquería, porque se coge en él grande cantidad de perlas y de aljófar. En la costa de esta Pesquería por la parte que se continúa con la tierra firme del promontorio (que será casi cincuenta leguas de largo) hay más de treinta lugares, cuyos moradores se llaman los parabas. De la punta de este promontorio hasta Malaca, caminando por la costa oriental del Océano hace el mar una entrada en la tierra, y un seno muy grande en figura circular, al cual unos llaman seno de Ganges, y otros golfo de Bengala, y la razon de esto se dirá luego. Mas volviendo á las vertientes de los montes, que miran á la parte oriental de la India, entre ellas y la ribera que en aquella parte tiene el golfo de Bengala, cae el imperio de Narsinga ó de Bisnaga, que es lo mismo. A este emperador, como más poderoso, pagaban tributo, y reconocian por superior otros reyes comarcanos: uno de ellos era el señor de los bagadas, que son unos pueblos de gente bárbara y cruel, que confinan con los parabas de la costa. Otro era el rey de Meliapor, que es nombre propio de la ciudad, donde fué martirizado el apóstol Santo Tomé, como en su lugar se dirá. Subiendo por la misma ribera del golfo, y puestos en lo alto de ella entre Oriente y Septentrion, cae el imperio del Mogor, que por otro nombre se llama el Indostan; y aunque este emperador tiene la mayor parte de sus tierras en la Persia, tambien le reconocen por señor algunos reinos de la India, como son el de Cambaya y los de Bengala. Prosiguiendo la vuelta del círculo que hace el dicho golfo, donde comienza á declinar hacia el Océano, entra el rio Ganges en el mar (segun la opinion más comun) y por eso le llaman aquel, seno de

Ganges. Y porque de la entrada del mismo rio comienzan los reinos de Bengala, otros le llaman golfo de Bengala. Extiéndense estos reinos por la ribera del golfo hasta llegar á los de Pegusia, y los de Pegusia se van continuando hasta el Aurea Chersoneso, que así llaman los historiadores antiguos esta tierra, la cual se viene á rematar en el estrecho de Sincapura, donde está situada la ciudad de Malaca, que era entónces y hoy dia lo es, el concurso y comercio de todas las islas comarcanas, que son muchas. Porque en frente de Malaca, pasando un estrecho de mar, está la isla Sumatra, que es muy rica de oro y plata, hierro y estaño, y abundante en todo género de mantenimientos; tiene doscientas y veinte leguas de largo, y setenta de ancho. Desde Malaca se toma tambien el camino para las islas de los malucos, á las cuales pertenecen las de Amboino, la de Ternate y Borneo, la de Tidoro, Maluco y las del Moro, y cerca de éstas caen las islas de los Celebes, la de Manade, y Cauripana y Gilolo, y las dos Javas con otras muchas.

Comunmente ponen todos el fin de la India Oriental á la entrada del rio Ganges en el mar, por la parte que hemos dicho, pero otros le señalan más adelante de Malaca; para nuestro intento importa poco el averiguarlo. Basta saber, que se suele llamar con nombre de India Oriental (tomado ampliamente) toda la tierra firme que hay desde Malaca á la China; en la cual hay muchos y diversos reinos de gente idólatra y cruel. Y á esta causa se va siempre de Malaca á la China por mar, y no por tierra. Tómase tambien el camino derecho para Japon desde Malaca por las islas que llaman Lequios, aunque por la comodidad de embarcaciones que hay de una parte á otra de ordinario se va desde la China á Japon con algun rodeo. Y porque lo particular de estos dos reinos se ha de tratar más de propósito en el cuarto y quinto libro de esta *Historia*, bastará por ahora el haberlo apuntado aquí.

CAPÍTULO III

De los impedimentos que tenian los indios orientales para recibir la ley de Dios.

Para que se entienda mejor la grande misericordia que Dios nuestro Señor usó con estos gentiles en traerlos al conocimiento de su ley, y se vea (como dice San Pablo) que adonde la abundancia de los pecados y culpas tenian tan cerrada la puerta para merecer semejante gracia, bastaron los tesoros de la sangre de Cristo, para abrirla con tanta piedad y largueza, será bien que digamos algunos de los más principales impedimentos que tenian para recibirla. El primero que podemos señalar, es haberse criado estos gentiles y sus antepasados, con tantas y tan diferentes idolatrías y supersticiones; porque es cosa muy ordinaria entre ellos tener cada familia su ídolo particular. Algunos adoran hombres que fueron señalados en alguna cosa, otros adoran animales, como bueyes, elefantes, etc., conforme á las utilidades y provechos que de ellos reciben, ó los peligros de que se han librado por su respeto. Fuera de estos ídolos particulares, tienen todos en comun otros diferentes, á quien adoran; que son el dios de la Guerra, y el de la Sementera, el de la Fortuna, el de la Vida y el de la Muerte, aunque siempre reconocen por superior de todos estos al mismo demonio, y le adoran en diversas figuras, ofreciéndole arroz, cabrones, carneros y otras muchas cosas, porque no les haga daño en sus personas y haciendas. Para todos estos ídolos edifican templos y señalan renta particular, la cual se gasta en sustentar los sacerdotes del Pagode, y en hacer cada año una fiesta muy solemne en honra del mismo ídolo.

El segundo impedimento es, por parte de los muchos moros de Persia y Arabia que hay en la India Oriental, los cuales entraron al principio en aquella tierra á título de contratar con los indios, y despues se quedaron por moradores; y con el tiempo vinieron á ser tan poderosos, que se hicieron señores de islas y reinos enteros, y de esta manera sembraron en muchas partes de la India la secta de Mahoma, persuadiendo á sus vasallos que la recibiesen y aun obligándolos por fuerza á que la tomasen, y de aquí nacia (como se verá en algunas partes de esta *Historia*) la crueldad con que los moros perseguian á los indios que se hacian cristianos, y procuraban quitar la vida á los que les enseñaban y predicaban la ley de Dios.

El tercero impedimento es más propio de los indios malabares, que viven en las vertientes de las sierras que miran á la parte occidental de la India. Cuatro suertes de gente hay entre los malabares. La primera es de los sátrapas y gobernadores que llaman caimales. La segunda de los caballeros y gente de guerra, que se dicen naires. La tercera de los sacerdotes ó bracmanes, que es lo mismo. La cuarta es de la gente comun y ordinaria, que entre ellos son oficiales y mercaderes. La suerte y condicion de estos últimos tienen por miserable, respecto de los demás; porque no pueden tomar otro oficio del que tuvieron sus antepasados, ni subir á

más de lo que ellos fueron. De manera que el oficial de un oficio, aunque sea muy rico y poderoso, ni puede dejarle, ni por eso será más honrado que si fuera pobre. Por otra parte, los sátrapas y especialmente los naires son tan arrogantes y soberbios, que no se atreve la gente ordinaria á mirarlos al rostro, ni pasar junto á ellos, porque serian castigados gravemente por ello; y á esta causa, cuando los naires pasan por alguna calle, van sus criados delante dando voces, para que se aparten todos. Lo cual contradice mucho á la caridad y humildad que profesa la religion cristiana, y es grande impedimento para recibirla esta gente noble y principal, tan llena de pundonores.

Pero el impedimento mayor de todos es por parte de los bracmanes y sacerdotes, cuyo oficio es enseñar al pueblo el modo y las ceremonias con que sus dioses han de ser reverenciados, y las que se han de guardar en enterrar los difuntos. Tambien echan suertes para saber los buenos ó malos sucesos, y declaran la significacion de sus prodigios y agüeros, por el pacto que tienen con los demonios; y á esta causa, ni los reyes, ni caballeros, ni aun la gente comun, se mueven para comenzar algun negocio grave de paz ni de guerra, sin el parecer y consejo de estos bracmanes, y son tenidos en grande veneracion. Pero hay diferencia entre ellos, que unos son casados y otros parecen religiosos. Los primeros viven en las ciudades y pueblos, como los demás vecinos, y tienen grandes embustes é invenciones para engañar á los hombres y sustentar sus casas; porque dan á entender al pueblo, que los ídolos comen mucho y tienen entre sí convites y banquetes, y por eso gustan que les ofrezcan en su templo tales cosas que sean acomodadas para sus fiestas, las cuales llevan los bracmanes despues á sus casas, para comerlas con sus hijos y amigos; y si en estas ofrendas no son muy puntuales y diligentes, dan á entender que el ídolo está enojado y amenaza grandes castigos; y por esta vía sacan de sus feligreses cuanto quieren, y de aquí nace el ser los bracmanes tan contrarios y enemigos de la ley de Dios, porque se descubren con ella sus engaños y mentiras, y pierden el modo de pasar la vida que tenian sin costa suya ni trabajo.

Los otros bracmanes, que son más religiosos, viven apartados, y se llaman yogues. Algunos tienen por oficio andar peregrinando de unas partes á otras, pidiendo limosna y predicando sus sectas. Otros, á manera de ermitaños, viven en desiertos y cuevas, haciendo grandes penitencias y abstinencias, y con esta austeridad de vida y muchas fábulas y mentiras que cuentan, ganan con todos grande reputacion. Pero como el autor de estas invenciones es el mismo demonio, presto descubre lo que pretende con ellas, porque este modo de vida solamente les dura por algunos años; y cumplido el número de ellos, como gente jubilada, dánse á todo género de vicios (y muelen, como suelen decir, de represa) sin poner tasa ni freno á sus apetitos, haciendo creer á la gente, que con la primera vida que hicieron, queda santificado cuanto despues hacen. Tienen estos yogues un superior, el cual despues de cumplido el tiempo de su penitencia, les reparte las rentas de los pagodes, siendo ya jubilados, para que vivan con la disolucion que se ha dicho. Estos impedimentos, y otros que hay en aquella gentilidad no han sido parte para que no se hayan convertido á nuestra santa fe muchos millares de almas, no sólo de la gente comun y ordinaria, sino tambien de los naires y bracmanes y gente más principal, como se verá en el discurso de esta *Historia*.

CAPÍTULO IV

Cómo los portugueses conquistaron las islas de Goa, Salsete, Coran y Vivar.

Por haber sido la isla de Goa la primera donde tuvieron casa y residencia los Padres de la Compañía de la India Oriental, y donde salieron para predicar el santo Evangelio por diversas partes del mundo, parece justo dar alguna particular noticia de sus cualidades, y cómo vino en poder de los portugueses.

Goa es el nombre comun de toda la isla, y propio de la ciudad más principal que hay en ella, y tomóse de un ídolo llamado Gounato, á quien segun su antigua tradicion tenian los naturales por patron, y como á tal le adoraban y celebraban sus fiestas con grande solemnidad. Dícese isla (aunque se continúe con la tierra firme), porque hay en ella un caudaloso rio que se divide en dos brazos, que entrambos van á parar en el mar Océano, y con ellos la rodea á modo de isla. Tiene en su circuito siete leguas y media, y treinta lugares bien poblados. Es la tierra muy abundante en todo género de mantenimientos y frutas, y de grande recreacion. Y no ménos apacible y saludable por el buen temple que alcanza; y así concurrian á Goa muchos mercaderes moros de la Persia y Arabia y de otras partes á tratar con los indios naturales; y aficionándose poco á poco á la bondad de la tierra, se quedaron muchos de ellos por mora-

dores, y edificaron muchos y muy principales templos de Mahoma por toda la isla, y señaladamente en la misma ciudad de Goa, que era fuerte, y cercada de muy buenos muros y torres, y pertrechada con mucha y muy gruesa artillería.

Tenia sin esto para su defensa bastante número de soldados diestros y experimentados en la guerra, los cuales traia el rey y conservaba en su servicio con grandes premios y ventajas, por tenerla más segura y que no se le pudiesen alzar con ella los moros que vivian en la isla. A la parte del Sur cae Salsete, que tambien es tierra firme, aunque se llama isla, por la misma razon que Goa. Tiene seis leguas de largo y sesenta y seis aldeas de poblacion; todas estas para su gobierno se reducen á doce, que son las más principales. A la otra parte de Goa que mira al Norte, están otras dos islas pequeñas, que se dicen Coran y Vivar, y se dividen con otro rio. Todas estas islas con otra mucha tierra, era de un rey Malabar muy poderoso, que se llamaba Zabaimo Idalcan. El modo como vinieron á poder de los portugueses fué este que diremos.

El año de 1509 señaló el rey de Portugal (que entónces era D. Manuel) por su capitan general y gobernador de la India á D. Alonso de Alburquerque, el cual habiendo tomado el cargo, como muy experimentado en las conquistas de aquella tierra, echó de ver cuán á propósito era la isla de Goa para hácer en ella su asiento los gobernadores de la India, por estar casi en medio de los reinos malabares. Deseaba hallar alguna buena y justa ocasion, para poderla conquistar, y ofreciósela nuestro Señor como la pudiera pedir y desear. Era señor de estas islas (como queda dicho) Idalcan, grande enemigo de los portugueses; y con intento de destruirlos y echarlos si pudiera de toda la India, aparejó buen número de navíos, con mucha y muy lucida gente; pero no pudo pasar adelante con su pretension, porque se le ofreció al mismo punto una nueva guerra con el emperador de Narsinga en lo último de sus tierras, y hubo de acudir á ella de necesidad. Supo todo esto el gobernador Alburquerque, y viendo que la isla y ciudad de Goa quedaban sin gente, por haberla llevado consigo Idalcan á la guerra de Narsinga, no quiso perder la buena ocasion que tenia para hacerse señor de aquella isla. Ayudábale en esta empresa otro rey llamado Timoya, enemigo de Idalcan, y amigo de los portugueses. Dieron entrambos sobre la ciudad tan de repente, y cogieron á los que estaban dentro tan descuidados de semejante rebate, que tuvieron por bien darse por vasallos y tributarios del rey de Portugal, á trueque de no perder las vidas.

Sintió mucho Idalcan la pérdida de su ciudad cuando lo supo, y asentando treguas como mejor pudo con el de Narsinga, envió su ejército adelante, para cobrar á Goa. Hiciéronlo sus capitanes ántes que él llegase con poco trabajo, porque los portugueses que estaban dentro eran pocos, y los naturales de la isla viendo en ella los capitanes de Idalcan su señor, por volver en su gracia, tomaron luego las armas; y aunque los portugueses se defendieron algun tiempo valerosamente, mas viendo que no podian resistir al ejército de Idalcan, se salieron una noche con harto peligro de sus vidas, y se retiraron al reino de Cananor. Volvió á entrar segunda vez el de Narsinga por las tierras de Idalcan con tan poderoso ejército, que le puso en necesidad de juntar toda su gente para resistirle. Pero escarmentado de lo pasado, y con recelo de que no volviese el gobernador sobre la ciudad, dejó para su defensa nueve mil hombres de los mejores que traia en su ejército. Dió aviso el rey de Timoya al gobernador de lo que pasaba, el cual como estaba muy lastimado de haber perdido aquella plaza, al punto recogió todos sus navíos y gente, y se reforzó de nuevo con otros que habian llegado de Portugal; y cuando ménos le esperaban en Goa, dió sobre la ciudad con tanto valor y ánimo, que no pudiendo resistir los que la defendian, la tomó por fuerza, y se hizo señor de ella, pasando muchos á cuchillo, y castigando con rigor y severidad á los que se le habian rebelado la primera vez.

Con esto puso tanto temor en toda la isla, que vinieron luego á ponerse todos en sus manos. Hecho esto, fortificó muy bien el gobernador la ciudad, y los principales pasos y entradas de la tierra, de manera que nunca más pudo Idalcan cobrarla, aunque lo intentó diversas veces, perdiendo siempre mucha gente en las batallas que tuvo contra los portugueses, y al fin se halló tan apretado, que por vía de paz y conveniencia les dejó las islas de Goa, Salsete, Coran y Vivar, y quedaron de allí adelante en la corona de Portugal.

CAPITULO V

Cómo se comenzó á predicar el santo Evangelio en la ciudad de Goa.

Puso Dios nuestro Señor con su admirable providencia y sabiduría en el corazon del piadosísimo rey de Portugal, D. Manuel, y de los que le sucedieron un particular deseo de con-

quistar y descubrir las Indias Orientales, acompañado de un grande celo de la conversion de los gentiles, porque se queria aprovechar la divina Majestad de la piedad de estos católicos reyes y del valor de sus capitanes, para plantar su Iglesia en aquellas partes tan remotas; porque abriendo ellos la puerta con las armas, y allanando el camino con sus victorias, se pudiese manifestar en aquellos extendidos reinos la ley de Dios, y publicarse á los gentiles la buena nueva del Evangelio; y así les daba nuestro Señor tan próspero suceso en cuanto ponian mano, y alcanzaban victorias tan extraordinarias, que muchas parecian haber sido por milagro, como lo fué esta de la ciudad de Goa, que se tiene por cierto la alcanzaron los portugueses con el favor del Apóstol Santiago. Y en reconocimiento de tan señalada merced, mandó poner el gobernador Alburquerque una lámpara de plata en Santiago de Galicia, con renta bastante para que ardiese continuamente delante su altar.

Dispuestas y ordenadas las cosas de aquella ciudad para que se pudiese vivir en ella con toda paz y buena policía, entendiendo el gobernador cuánto estimaba más el rey su señor la conversion de aquella gente, que el provecho temporal que de ellos esperaba, procuró con todo cuidado y diligencia edificar en Goa una iglesia muy principal, en la cual se colocó con grande solemnidad una cruz de metal que se halló derribando un templo de ídolos, con la imágen de Cristo nuestro Señor. Túvose esto por un claro testimonio de haberse conservado antiguamente la cristiandad en aquella isla, y por señal muy cierta de que habia de ser aquella ciudad principio de la predicacion del Evangelio, para comunicarse desde allí á otros muchos reinos de la India Oriental, como lo ha mostrado la experiencia.

Grande fué el consuelo y alegría que recibió el rey D. Manuel cuando supo lo que pasaba en Goa, por ver que se abria tan grande puerta en aquellas Indias, para manifestarse la ley de Dios como él deseaba. Para comenzar esta empresa envió luego personas de mucha virtud y letras, los cuales con la doctrina y ejemplo de su vida, enseñaron á los indios el camino de su salvacion, convirtiendo muchos á nuestra santa fe. Muerto el rey D. Manuel el año 1521, sucedióle su hijo D. Juan el III, no sólo en el reino, sino en la piedad y celo de la conversion de los gentiles; y para llevar adelante lo que su padre habia comenzado, trató de que fuese electo por Obispo de Goa un religioso de la Órden del glorioso P. San Francisco, que se decia Fray Hernando, hombre de mucha santidad y letras, y como tal acabó su vida empleándola en el provecho espiritual de sus ovejas.

A este Padre sucedió en la dignidad y oficio Pastoral otro religioso de la misma Órden, cuyo nombre era Fr. Juan de Alburquerque, y tan aventajado en todas las partes necesarias para un buen Prelado, como lo habia sido su antecesor. En compañía de los Obispos pasaron tambien otros muchos religiosos de San Francisco y de Santo Domingo, y algunos sacerdotes virtuosos y ejemplares, con deseo de ayudar á la conversion de aquellas almas. Entre los cuales se hace particular memoria del P. Fr. Vicente, compañero del Obispo Fr. Juan de Alburquerque. Ocupábase este Padre en enseñar la doctrina cristiana á los niños. Dícese de él, que castigando á uno de ellos, tomaron los padres y parientes del muchacho aquel castigo por afrenta propia, y fueron juntos con sus armas para matarle, pero los mismos niños á quien él enseñaba, reconociendo el beneficio que recibian de este bendito Padre, y olvidándose del amor natural que debian á sus deudos y parientes, se armaron de piedras contra ellos, para defender á su maestro; de lo cual espantados y confundidos los gentiles, se volvieron á sus casas.

Tambien hay mucha noticia de un sacerdote muy docto y ejemplar, y grande predicador, que se decia el maestro Diego Borbona, á quien el rey D. Juan el III encomendó el gobierno de un colegio que fundó en Goa, para que se criasen en él algunos mozos hábiles de diversas naciones; los cuales despues de bien instruidos en letras y virtud, pudiesen ayudar á los naturales de su tierra. No era ménos lo que por su parte ayudaban á la conversion de los gentiles los vireyes de la India, favoreciendo y honrando á los que se hacian cristianos, como cosa que traian siempre muy encomendada de los reyes de Portugal. Y para dar más calor á este negocio con su autoridad y presencia, residian de ordinario con su córte en la misma ciudad de Goa, como tambien lo hacia el Obispo D. Juan de Alburquerque y los que le sucedieron. Con estos y otros medios que se tomaban, y con la mucha diligencia y gran cuidado que en esto ponian los religiosos y sacerdotes que se ocupaban en semejantes ministerios, crecia cada dia el número de los fieles, y se iban edificando iglesias, de las cuales tenian cargo sacerdotes ejemplares que venian cada año de Portugal.

Y á esta causa, cuando los Padres de la Compañía pasaron á la India, eran muchas las almas que se habian ya convertido á nuestra santa fe; y déjase bien entender, que tan copioso fruto no se pudo coger sino á costa de muchos peligros

y trabajos, como de ordinario suele haber en semejantes conversiones á los principios. Y si los que tomaron á su cargo escribir las cosas de la India Oriental, pusieran tanto cuidado en dar noticia de lo mucho que estos santos varones hicieron y padecieron por la conversion de aquellas almas, como le tuvieron de contar por menudo los hechos señalados de los soldados y capitanes que conquistaron aquella tierra, bien cierto estoy que se pudiera hacer de solo esto una muy agradable historia, y de grande edificacion; y para mí fuera un particular consuelo comenzar lo que voy escribiendo, contando los trabajos y señaladas obras de estos siervos de nuestro Señor, que con tanto celo de su honra dieron principio á la predicacion del santo Evangelio en la India Oriental. Mas no pudiendo cumplir con este mi deseo por la falta que hay de papeles y buenos originales, proseguiré lo que hallo escrito desde que los Padres de la Compañía llegaron á Goa, porque no quede lo uno y lo otro sepultado con perpetuo olvido.

CAPITULO VI

Del orígen y linaje del P. Francisco Javier, de sus estudios y conversion en París.

El buen órden de esta *Historia* pide se ponga en primer lugar la mision del P. Francisco Javier (1), por haber sido el primero de la Compañía de Jesus que pasó á la India Oriental y llegó á los reinos de la China y Japon predicando el santo Evangelio, y el que dió principio á las misiones que despues continuaron los demás Padres, y á los colegios que hoy dia vemos fundados; y aunque no es mi intento escribir de propósito su vida, ni todas las cosas particulares de ella, sino lo que fuere propio de esta *Historia* y necesario para la buena inteligencia de ella, pero habiendo de proseguir esta mision tan larga, cuyo remate fué el de su vida, será forzoso tocar, aunque de paso, algunos de los muchos dones que Dios nuestro Señor comunicó á este su siervo, y parte de los grandes trabajos que padeció en la conversion de las almas de aquella gentilidad.

Fué el P. Francisco Javier navarro de nacion, y natural de un pueblo llamado Javiera, junto á Pamplona. Su padre se decia Juan Jaso, y su madre María de Azpilcueta. Descendian entrambos de dos familias muy nobles y principales de aquel reino. Nació el P. Francisco Javier el año 1497 (1), y fué el menor de sus hermanos, y como tal parece que le escogió nuestro Señor como á otro David por su capitan y caudillo, para hacer cruel guerra á la idolatría de Oriente. Y como á otro Paulo para maestro y predicador de aquellas gentes y naciones bárbaras, llevando su santo nombre, y manifestándole en tan diversas islas y reinos, como veremos. Esta soberana eleccion se comenzó á descubrir desde los primeros años de su edad, en dos cosas más particularmente. La primera fué, que en medio de los regalos que tenia en casa de sus padres y de su florida juventud, le comunicó el Señor un singular don de honestidad y pureza virginal, la cual con la gracia del mismo Señor conservó despues toda la vida, como vaso limpio y puro, en que se habia de depositar el licor del cielo y la doctrina pura y sincera del santo Evangelio. La segunda fué, que tomando sus hermanos el camino y ejercicio de las armas, con deseo de acrecentar y ennoblecer su linaje, él solo escogió el camino de las letras, pareciéndole por entónces que no ilustraria él menos su casa por esta vía, que sus hermanos por esotra.

Con estos deseos y generosos intentos, persuadió á sus padres le enviasen á la Universidad de París, que entónces era muy nombrada en toda la cristiandad, y florecian en ella las letras humanas y divinas. Llegado á París, comenzó á estudiar el curso de las Artes en el colegio de Santa Bárbara, y aprovechó tanto con su buen ingenio y mucho cuidado, que habiendo acabado el curso y graduádose de maestro, le tornó á leer en aquella Universidad con grande satisfaccion de todos. Tenia por compañero el maestro Francisco Javier al maestro Fabro, natural de Saboya, que tambien habia oido el curso de Artes, y graduádose con mucha opinion de su habilidad y letras.

Cuando los dos iban acabando el curso de Artes, llegó á París el P. Ignacio, que fué despues fundador de la Compañía de Jesus, y venia de España con intento de estudiar en aquella Universidad la Filosofía. Recibiéronle entrambos en su compañía y aposento, por ocasion de ser el P. Ignacio español, y casi de la misma tierra del Maestro Francisco Javier. Comenzó el P. Ignacio á tratar con aquellos dos mozos que tan buen nombre tenian en París. Al principio halló más entrada en el maestro Fabro, porque Francisco Javier con las muchas esperanzas que le daban

(1) Cuando se escribia esta *Historia* aún no estaba canonizado el apóstol de la India. No extrañe, pues, el lector, ver el nombre de Francisco Javier sin el título de Santo. *(N. del E.)*

(1) Es un error. La fecha del nacimiento del Santo es el 7 de Abril de 1506, como se averiguó más tarde. *(N. del E.)*

su habilidad, letras y nobleza, y el aplauso de la Universidad, tenia más puestos los ojos en las pretensiones de la tierra que no en buscar los tesoros del cielo, hasta que la continua comunicacion del P. Ignacio y el espíritu de nuestro Señor que iba obrando por medio de sus palabras, mudó su corazon de tal manera, que se determinó con última resolucion en seguir su modo de vida como lo habia hecho tambien el Maestro Fabro.

CAPÍTULO VII

De la mudanza de vida que hizo el P. Javier, y el camino de París á Venecia.

Entendiendo el Maestro Francisco Javier, cuán eficaz medio era la oracion y meditacion de las cosas divinas, para conservar en su alma y llevar adelante su determinacion y santos propósitos, recogióse algunos dias para examinar su vida pasada y aparejarse para hacer una confesion general de toda ella. Dióle nuestro Señor, en este tiempo que estuvo recogido, tanto dolor y sentimiento de sus pecados, y tanto aborrecimiento de ellos, que le parecia poca penitencia para castigar y afligir su carne, los ayunos, cilicios y disciplinas que tomaba cada dia, y con un fervor extraordinario se estuvo cuatro dias enteros sin comer bocado. Y acordándose que solia preciarse mucho de hacer ventaja á los de su edad en correr y saltar, se ató los muslos y brazos con unos cordeles llenos de ñudos, que le causaban grande dolor y tormento, y aun despues le pusieron en harto peligro de la vida, como muchas veces acontece á los que comenzando el camino de la perfeccion quieren llevar por guía su fervor y devocion, por no haber probado con experiencia el peligro y grandes inconvenientes que hay en esto, y la seguridad en dejarse regir y gobernar de los que nuestro Señor tiene puestos, para que en su lugar hagan ese oficio.

De esta manera el Maestro Javier, que ántes procuraba con tanta ansia las pretensiones de la tierra y el regalo de su carne, tocado de la poderosa mano del Señor, y mudado en otro nuevo hombre, andaba buscando modos para castigar con mayor rigor su cuerpo. Y creciendo cada dia más en su alma el deseo de agradar y servir á la divina Majestad, el año de 1534, dia de la Asuncion de Nuestra Señora, despues de haber confesado y comulgado, hizo voto (como los demás compañeros del P. Ignacio) de dejar para cierto dia cuanto tenia, y de ir en peregrinacion á Jerusalen, para emplearse en la conversion de aquellos infieles, y si no hubiese pasaje para la tierra Santa dentro de un año, ponerse en manos de Su Santidad, para que dispusiese de él, y le emplease donde fuese más servicio de Dios nuestro Señor y provecho de las almas. Con este santo propósito y deseo, prosiguió sus estudios de Teología, y para no resfriar el espíritu de la devocion con el ejercicio de las letras, procuraba tener cada dia su tiempo determinado para la meditacion de los misterios divinos, y sus confesiones y comuniones muy á menudo. Ayudábanle tambien para todo las pláticas espirituales que siempre tenia con sus compañeros, y de esta manera conservaba en su alma un vivo deseo de la imitacion de Cristo y de sus virtudes, y de emplearse todo en la salvacion de sus prójimos, cuando acabase los estudios de Teología.

Ofrecióse por este tiempo necesidad de volver el P. Ignacio á España por la falta de salud con que vivia en París, y por negocios de importancia que tocaban á sus compañeros. Dejó concertado con ellos ántes de su partida, que para el dia de la conversion de San Pablo del año de 1537, partiesen de aquella Universidad y se tornasen á juntar en Venecia. Mas por las guerras que sucedieron entre el emperador D. Cárlos y el rey Francisco, mandando salir de Francia á todos los españoles, fué forzoso que el Maestro Javier y sus compañeros hiciesen lo mismo ántes de lo que habian asentado; y así partieron de París el 15 de Noviembre de 1536, caminando á pié, vestidos pobremente, llevando á cuestas los escritos que habian recogido de sus estudios. Los que no eran sacerdotes comulgaban cada dia, y con santas meditaciones y pláticas espirituales aliviaban el trabajo de su camino (que fué mucho) porque atravesaron la alta Alemania en la mayor fuerza del invierno, y pasaron los Alpes estando cubiertos de nieve.

Y aunque el Maestro Javier era hombre regalado y que no tenia uso de andar á pié, llevaba estos trabajos con grande alegría y consuelo de su alma, porque se le daba nuestro Señor en padecer algo por su amor. De manera que pareciéndole poco el trabajo ordinario de aquella peregrinacion, añadió él de su voluntad el no quitarse en tan largo camino los cordeles que traia en los muslos y brazos, y de esto resultó que con el ejercicio se le entraron tanto en las carnes, que apénas se parecian ya los ñudos, dejando hechas unas muy peligrosas llagas, lo cual le causaba un continuo y acerbísimo dolor. Disimulábale el Maestro Javier con su mucha paciencia y grande mortificacion; de suerte que sus compañeros no lo habian echado de ver, hasta que por la gran-

deza del dolor le vinieron á faltar un dia las fuerzas, y no pudiendo pasar adelante, rogó á sus compañeros que le perdonasen, porque no podia seguirlos.

Espantados de esta novedad los compañeros le preguntaron la causa, y él se la dijo que eran los excesivos dolores que padecia de los cordeles. Fué esto para todos de mucha pena y afliccion, y con deseo de buscar algun remedio, le llevaron al primer lugar con harto trabajo. Llamaron luego un cirujano, el cual á la primera visita, viendo cuán encubiertos estaban los cordeles y hondas las llagas, espantado de tal rigor y modo de penitencia, dijo que no sabia dar remedio en aquella necesidad. Porque era imposible llegar á cortar los cordeles sin hacer primero otras mayores heridas. No sabian los Padres qué consejo tomar, considerando por una parte el peligro de su compañero, y por otra el impedimento que se ponia á su camino.

Viendo, pues, que les faltaban los medios humanos, acudieron todos á nuestro Señor, gastando en oracion la mayor parte de la noche, especialmente el Maestro Javier, á quien daba más pena la que tenian sus compañeros, que sus propios dolores. Oyó el clementísimo Señor la oracion de sus siervos, y obró la virtud divina donde habian faltado los medios humanos. Porque cuando vino la mañana, se hallaron los cordeles hechos pedazos y las llagas tan buenas y sanas, que solamente se parecian en la carne las señales de las heridas, para testimonio de obra tan maravillosa; y el Maestro Francisco Javier estaba con tan buena disposicion, que pudo continuar el mismo dia su camino con los demás compañeros, dando todos muchas gracias á nuestro Señor por aquella merced tan señalada. Y de esta manera llegaron á Venecia el 8 de Enero de 1537, donde hallaron al P. Ignacio que ya los esperaba, y recibió con grande alegría y consuelo.

CAPITULO VIII

Cómo el P. Francisco Javier estuvo en Venecia sirviendo en el hospital, y habiendo dicho la primera Misa, fué á Bolonia y desde allí á Roma.

Llegados los Padres á Venecia con intento de ir á Roma para pedir la bendicion á Su Santidad, y con ella pasar á Jerusalen, conforme al voto que habian hecho, ofreciéronse causas en este tiempo por las cuales se hubieron de detener algunos meses en aquella ciudad, y así por esto como por ser la fuerza del invierno, se repartieron por los hospitales para ejercitar con los pobres la caridad y piedad, y aprovecharse juntamente en el ejercicio de las virtudes y mortificacion de sus pasiones. Cúpole en este repartimiento al Maestro Javier el hospital de los incurables, donde comenzó á hacer este oficio con grande consuelo y alegría de su alma. Barria los aposentos, hacia las camas de los enfermos, y acudia á todas las demás cosas necesarias con tanta devocion, como si estuviera sirviendo á Cristo nuestro Señor en su misma persona, pareciéndole que le tenia presente en sus pobres.

Entre estos habia uno tan llagado y asqueroso, que naturalmente causaba grande horror al Maestro Javier, viendo la corrupcion y mal olor de sus llagas. Pero cuanto era mayor la repugnancia y dificultad que su delicada complexion en esto sentia, tanto más se esforzaba con la gracia divina para vencerla, sirviendo al enfermo con más cuidado, y limpiando sus llagas con más diligencia, deseando ganar con esta victoria de sí mismo, las perfectas y sólidas virtudes. Mas viendo que con todos estos ejercicios pasaba adelante el asco y horror que sentia en tratar y limpiar aquellas llagas, con un extraordinario fervor se puso dos veces á lamer la podre y materia que corria de ellas. Con lo cual de tal manera venció aquella dificultad, que nunca más la sintió de allí adelante, ántes como él decia, despues de aquel dia le dió nuestro Señor una particular devocion y gusto en curar semejantes enfermos. Tales eran los ejercicios de humildad y claridad, y propia mortificacion con que este santo varon se aparejaba para ser médico de las almas, y tan diestro cirujano como despues salió en curar aun las muy desahuciadas, como adelante veremos.

En esta ocupacion gastó el Maestro Javier desde que llegó á Venecia hasta la Cuaresma del año 1537, que entónces se partió á Roma con los demás compañeros, caminando á pié y ayunando cada dia, sustentándose de la limosna que le daban. Llegados á Roma recibiólos Su Santidad, que entónces era Paulo III, y con su bendicion y una buena limosna que les dió, volvieron á Venecia, con el mismo órden que habian venido, y con intento de pasar á Jerusalen. Pero habiéndose roto la guerra entre el turco y venecianos, hallaron de todo punto cerrada la puerta para hacer su viaje. Pero para mayor satisfaccion del voto que habian hecho, les pareció detenerse en Venecia por todo aquel año, en el cual hicieron todos voto de perpetua castidad y pobreza delante del Arzobispo Rosano, legado de Su Santidad. Y los que no eran aún sacerdotes, recibieron este Sacramento del órden sacro, por mano del Obispo Arvense.

Repartiéronse luego los Padres por algunos lugares de la señoría, deseando cada uno aparejarse con la mayor devocion que pudiese, para decir la primera Misa. Retiráronse con este intento el P. Francisco Javier y el P. Salmeron á un lugar que se decia Monte Celso, en una pobre y desabrigada choza; pero muy conforme al gusto del P. Francisco Javier, pareciéndole un retrato del portalico de Belen y de la pobreza que tuvo el santo Niño recien nacido, cuya vida y muerte tenia este santo varon por su continua y ordinaria meditacion, porque como él decia, aquí hallaba vivos ejémplos y eficaces motivos para el ejercicio de las virtudes sólidas, en las cuales consiste la perfeccion de la vida cristiana y religiosa, más que en otras devociones y gustos; y así aconsejaba y encomendaba á todos la meditacion de estos sagrados misterios. Detúvose en este pobre lugar cuarenta dias, gastando la mayor parte de ellos y de las noches en oracion y meditacion, afligiendo su cuerpo con ayunos y otras diversas penitencias. Al cabo de ellos dijo su primera Misa con tanta abundancia de lágrimas y consuelos del cielo, que pareció haberle querido pagar nuestro Señor en solo aquel dia el trabajo y aparejo de los cuarenta. Viendo ya los Padres la poca esperanza que podian tener de pasar á Jerusalen, por acuerdo de todos volvieron á Roma el P. Maestro Ignacio, y el P. Maestro Lainez, y el P. Maestro Fabro; y los demás se repartieron por las Universidades más principales de Italia, para ver si despertaba nuestro Señor algunos mozos hábiles y de buenas costumbres, á seguir su modo de vida. Cúpole al P. Maestro Francisco Javier en este repartimiento la Universidad de Bolonia en compañía del Maestro Bobadilla.

Comenzaron entrambos á ejercitar sus ministerios en aquella ciudad. Predicaban en las plazas donde hallaban mayor concurso de gente, no con artificiosas ni compuestas palabras, sino con vivas y eficaces razones, dichas con tanto espíritu y sentimiento, que movian los oyentes á grande dolor y arrepentimiento de sus pecados y deseo de enmendar sus vidas, y de aquí nacia el acudir tanta gente á quererse confesar con los Padres, que apénas les quedaba tiempo ni lugar para descansar. Por este camino sacaron muchas almas de pecado, y fueron entablando en aquella ciudad la frecuencia de los santos Sacramentos de la Confesion y sagrada Comunion: enseñaban tambien á los niños la doctrina cristiana por las calles, y cuando las ocupaciones daban lugar, visitaban los enfermos de los hospitales, y consolaban y ayudaban en lo que podian á los presos de la cárcel. Para su sustento pedian limosna cada dia de puerta en puerta por no ser molestos á nadie. Con este ejemplo de vida, que acompañaba la doctrina que predicaban, fué muy notable la reformacion que hicieron en aquella ciudad el tiempo que allí se detuvieron, que no fué mucho, porque hubieron de ir á Roma la Cuaresma del año de 1538, llamados del P. Maestro Ignacio, para tratar algunas cosas de importancia para el servicio de nuestro Señor y bien de la Religion que deseaba fundar.

CAPÍTULO IX

Cómo el P. Francisco Javier fué señalado para la India Oriental, y se partió de Roma para Lisboa.

No tenian los Padres en Roma por este tiempo casa propia donde pudiesen vivir juntos por su pobreza, y á esta causa se repartian de dos en dos por los hospitales de aquella ciudad, y desde allí salian á predicar y ejercitar sus ministerios por las iglesias. Habia escogido nuestro Señor al P. Francisco Javier para predicar el santo Evangelio en las Indias Orientales, y así habia puesto en su corazon un particular deseo de la salvacion de aquellas almas, y muchos dias ántes de que se tratase de pasar alguno de la Compañía en aquellas partes, le oian sus compañeros hablar con grande sentimiento y gusto en la conversion de los gentiles.

Siendo compañeros en un hospital de estos el P. Maestro Francisco Javier y el Maestro Simon, aconteció que durmiendo una noche entrambos en un aposento, comenzó el P. Javier á dar entre sueños grandes voces, repitiendo muchas veces estas palabras: Más, más, más. Recordóle el Maestro Simon su compañero con deseo de saber qué turbacion habia sido aquella, pero aunque se lo preguntó diversas veces, por entónces no le descubrió lo que era. Aconteciole otra vez peregrinando por Italia en compañía del Padre Maestro Lainez, despertar de noche muy despavorido, y recordando al mismo Padre le dijo: ¡Oh! qué cansado estoy; válgame Dios, H. Maestro Lainez, soñaba que traia á cuestas un indio, ó negro de Etiopía, mas era tan pesado, que no me dejaba alzar la cabeza, y aun ahora estando despierto, me hallo tan molido y cansado, como si hubiera luchado con él. Queria nuestro Señor mostrarle con esta y otras revelaciones que tuvo, los muchos y grandes trabajos que habia de pasar por la conversion de aquellas almas, como él mismo lo declaró ántes de partir á la India, y

la experiencia lo mostró bien claramente por todo el discurso de su vida.

La ocasion que hubo para la mision del Padre Francisco Javier fué esta. Al tiempo que el P. Maestro Ignacio y sus compañeros residian en Roma, estaba en aquella córte D. Pedro Mascareñas por embajador del rey de Portugal D. Juan el III, y con el gran deseo que este piadoso rey tenia de que se manifestase la ley de Dios en las Indias Orientales, que sus gobernadores y capitanes iban descubriendo, teniendo noticia de la vida del P. Ignacio y de sus compañeros, escribió al embajador que de su parte suplicase á Su Santidad, enviase algunos de ellos á la India para este efecto. Hizo el embajador su oficio como se le mandó, y Su Santidad remitió el negocio al P. Maestro Ignacio, el cual de diez compañeros que tenia, señaló dos para esta mision, que fueron el Maestro Simon Rodriguez, portugués de nacion, y el P. Nicolás de Bobadilla, español.

El P. Simon, aunque estaba con cuartanas, se embarcó luego para Portugal, llevando consigo otro sacerdote italiano que se decia Paulo Camerte, hombre de mucha virtud. El P. Bobadilla estaba á la sazon en Calabria con negocios de mucha importancia; escribiósele que viniese luego á Roma. Hízolo así, mas cuando llegó traia tan poca salud, que fué necesario elegir otro en su lugar; porque el embajador estaba ya á punto para volverse á Portugal, y no podia aguardar á que el P. Bobadilla cobrase salud, ni queria partir de Roma, sin llevar consigo el segundo Padre que habia de ir á la India. Estaba entónces el P. Ignacio enfermo en la cama, y despues de haber encomendado el negocio á nuestro Señor, hizo llamar al P. Francisco Javier y díjole: «Bien sabeis, H. Francisco, que dos de nosotros han de pasar á la India por órden de Su Santidad, y que Bobadilla, que para este camino habia sido señalado, no puede partir por su enfermedad, ni tampoco le puede esperar el embajador por la priesa que le dan. Dios se quiere servir en esto de vos; esta es vuestra empresa, y á vos toca esta mision.»

Oyó el P. Francisco estas palabras como venidas del cielo, y así las recibió con toda humildad y reverencia, y respondió al P. Ignacio: «Héme aquí, Padre; aparejado estoy para partirme luego.» Y porque el embajador daba priesa, lo primero que hizo el P. Francisco fué, ir á recibir la bendicion del santo Pontífice Paulo III, para comenzar con ella su mision y viaje. Recibiólo Su Santidad con su acostumbrada benignidad, y con entrañas paternales le animó para la empresa con estas palabras: «Muchas gracias doy á la divina bondad, porque siendo yo Pontífice y Vicario suyo, se haya dignado de abrir puerta, para que se restituya en la India Oriental la fe que los santos Apóstoles en ella plantaron, y los bárbaros con sus idolatrías han destruido. Tomad vos, hijo, este cuidado, animado y alentado, no sólo con nuestra autoridad y bendicion, sino con la de Dios, cuya persona representamos. Acordaos siempre quién es el que os ha llamado y escogido para este ministerio, y no mireis vuestras pocas fuerzas; porque el Señor que dió ser á las cosas que no eran, sabe dar á sus ministros el caudal que han menester para cumplir con el oficio en que les pone. Claro está que los Apóstoles hombres eran sin letras, y sin otros dones, y partes naturales; pero con el espíritu del cielo rindieron los reinos á la bandera de la cruz, y á la doctrina y verdad del Evangelio. Poned delante de los ojos al Apóstol Santo Tomás, y mirad lo que hizo en la India adonde vos ahora vais. ¡Qué de bárbaras naciones amansó! ¡Qué de templos de ídolos destruyó! ¡Qué de reinos sujetó al suave yugo de Cristo! No os espante, hijo, ni atemorice el miedo de la muerte ni de los grandes trabajos, antes con el favor de Dios é intercesion del bienaventurado Apóstol Santo Tomás, procurad de extender en el Oriente los términos de la Religion cristiana; que la poderosa mano del Señor, que fundó su Iglesia por medio de los Apóstoles, la puede ahora acrecentar y dilatar por medio de los varones apostólicos.»

A estas palabras respondió el P. Francisco puesto de rodillas: «Beatísimo Padre, yo no hallo en mí cosa alguna de las que son necesarias para tan alta empresa; pero no es de los súbditos mirar lo que pueden, sino obedecer en lo que les mandan; y cuanto más conozco mi insuficiencia y pocas fuerzas, tanto es mayor la confianza que llevo en el favor y providencia divina, que suele escoger los instrumentos más flacos para hacer con ellos sus obras, para que nadie pueda gloriarse en su acatamiento de lo que hiciere; y pues por su obediencia acepto este oficio, confiado en su misma gracia, procuraré cumplir con todo cuidado y diligencia lo que Vuestra Santidad en su nombre me manda.» Acabada de recibir la bendicion de Su Santidad con muchas indulgencias que para este camino le concedió, últimamente se despidió de los Padres sus compañeros, y el dia siguiente partió de Roma en compañía del embajador.

Era el camino que llevaban para Portugal por su tierra del P. Francisco, y con esta ocasion le pidieron con mucha instancia, así el embajador como los demás, que pues el rodeo era tan poco,

llegase á visitar sus deudos, pues no tendria otra ocasion para hacerlo en toda la vida. Entendia muy bien este santo varon cuánto importa á los que han dejado el mundo, y se han de emplear de veras en la predicacion del Evangelio, estar desasidos de la carne y sangre, y trocar el amor de los deudos y parientes por el de nuestro Señor, teniendo á Él solo en lugar de padre, y madre y hermanos, y de todas las cosas; y así nunca se pudo acabar con él que los visitase, por dejarnos en esto con su vida un ejemplo tan grande como le habia dado poco ántes de una singular obediencia, aceptando con tanta prontitud y alegría aquella mision llena de tantos peligros y trabajos, y en tiempo que aún no estaba confirmada por religion la Compañía, ni el Padre Ignacio era General para mandársela como Superior suyo, aunque le reconocian sus compañeros como á Padre espiritual de todos. Llegó el P. Francisco á Lisboa á la entrada del invierno del año de 1540; halló al P. Maestro Simon su compañero muy fatigado con las cuartanas que trujo de Roma, fuése para él los brazos abiertos con el amor que entrambos se tenian, y desde aquel dia nunca más le volvió la calentura.

CAPÍTULO X

Cómo el P. Francisco partió de Lisboa, y lo que le sucedió hasta llegar á Goa.

Grande fué el contento que mostró el rey cuando vió en Lisboa los dos Padres, porque esperaba que con su vida y doctrina habian de ayudar mucho á la conversion de los gentiles, que él tanto deseaba. Era forzoso detenerse en la ciudad hasta la primavera, que es el tiempo en que suelen partir las naos para la India. Comenzaron entrambos á ejercitar sus ministerios con tanto fruto y edificacion del pueblo, que echándolo de ver el rey, como olvidado del primer intento con que los habia traido de Roma, trataba ya de detenerlos en su reino. Entendieron los Padres este deseo y voluntad que el rey mostraba, y por no faltar con la obediencia de Su Santidad y órden que traian del P. Ignacio, suplicaron á su Alteza les diese licencia para proseguir la mision de la India; pues habia en aquellas partes más necesidades de doctrina que no en Portugal. Dióse cuenta de este negocio al P. Ignacio, y despues de muy mirado y encomendado á nuestro Señor, se tomó por medio que el P. Francisco Javier pasase á la India, y el P. Simon quedase en Portugal por Superior de un colegio, que el mismo rey D. Juan queria fundar en la ciudad de Coimbra, para que se criase en él buen número de religiosos, que pudiesen ir despues á la India y ayudar á la conversion de aquellas almas.

Tomada esta resolucion entregó el rey al P. Francisco un Breve que allí tenia de Su Santidad, por el cual le hacia su Nuncio y Legado Apostólico en aquellas partes, con potestad muy amplia para todo lo que fuese necesario y conveniente á la conservacion y aumento de aquella cristiandad, la cual le encomendó el rey muy en particular y con palabras que mostraban bien su gran piedad y celo de la Religion, diciendo que no tenia por tierras suyas las que no recibiesen la doctrina del Evangelio.

Llegándose ya el tiempo de la partida, mandó el rey que proveyesen al Padre y á sus compañeros cumplidamente de todo lo necesario para tan largo viaje. Deseando los ministros de su Alteza cumplir lo que se les habia mandado, ofrecieron al P. Francisco dineros y otras muchas cosas. Mas ninguna de ellas quiso recibir, si no fueron unos pocos librillos que le pareció no se hallarian en la India, y le podian aprovechar para sus ministerios, diciendo que tenia hecho voto de pobreza; y pues iba á la India á tratar los negocios de nuestro Señor, confiaba en su divina Majestad que le proveeria siempre de lo que hubiese menester. Entre los dones particulares que este santo varon habia recibido de la mano de Dios nuestro Señor, era una grande y viva esperanza en la providencia divina para todas sus necesidades, con la seguridad y confianza que suele tener un hijo que vive en casa de su padre, y de aquí nacia que todo el tiempo que anduvo en la India, así en los caminos que hizo por tierra como por mar, siempre se sustentaba de la limosna que pedia, sin querer aceptar dinero ni otra cosa alguna, aunque se le ofrecian con grande importunidad. Pero no era menor en este santo varon el amor de la castidad y pureza que el de la pobreza, como se echará de ver por lo que aconteció estando en Lisboa poco ántes de su partida para la India.

Dormian en un mismo aposento el P. Francisco Javier y el P. Maestro Simon su compañero, y estando una noche reposando, despertó á deshora el P. Javier tan alterado, que echaba mucha cantidad de sangre por las narices. Preguntóle el P. Simon la causa de aquella tan grande turbacion, y él le dijo: «Sabed que me acometió entre sueños un pensamiento torpe y feo, y es tanto el horror que tengo á este vicio, que por hacerme violencia para desecharle, rompí con aquella abundancia de sangre y desperté con la turbacion que vistes.» Bastante indicio es por cierto para conocer el recato y vigilancia que traia en

la guarda de su corazon este siervo de Dios, para no admitir en él semejantes pensamientos estando despierto, pues durmiendo procuraba desecharlos con tanta violencia. Y fué cosa muy cierta y averiguada que conservó nuestro Señor en su alma toda la vida la pureza virginal, como lo testificaron despues de su muerte los que en mucho secreto lo habian sabido del mismo.

Antes de partir de Lisboa tornaron los ministros del rey á importunar al P. Francisco que á lo ménos recibiese un criado para que le sirviese en aquel camino de algunas cosas, que ni podia hacer ni aun convenia que las hiciese por la dignidad que llevaba de Legado y Nuncio Apostólico. Dióles el Padre las gracias del cuidado que tenian de acomodarle en todo, y satisfízoles con decir, que mientras se podia ayudar de sus piés y manos, no tenia necesidad de quien le sirviese, pues se las habia dado nuestro Señor para eso; y en lo que tocaba á la autoridad de la dignidad que llevaba, confiaba en el mismo Señor que no se perderia aunque le viesen los de la nao ocuparse en oficios bajos y humildes, con tal que no le viesen hacer algun pecado.

Estando ya á punto todas las cosas para la partida, se despidió del P. Maestro Simon su compañero, y dándole los últimos abrazos, dijo: «Hermano mio, estas son las últimas palabras que de mí oireis en esta vida mortal. Ruégoos por aquel Señor que bastó á juntarnos en una compañía, y ahora nos aparta este breve tiempo que hemos de peregrinar en la tierra, que no os desconsuele ni aflija esta mi jornada, que aunque nos apartamos, mientras en Dios estuviéremos, estaremos juntos, y de esta compañía y de la de Jesus que profesamos, nadie podrá apartarnos. Una cosa que muchas veces me habeis preguntado y siempre os la he encubierto, os quiero decir ahora, para que siempre os consoleis en mi ausencia. Bien creo os acordareis que estando en Roma juntos en el hospital curando los enfermos, me oistes una noche dar muchas voces, diciendo: Más, más, más; y vos despavorido me recordastes é importunastes que os declarase mi sentimiento, y siempre os dije que no hiciésedes caso de ello. Pues sabed ahora, hermano mio, que vi allí *in somnis vel extra somnia*, cosas de grandísimas fatigas y trabajos de hambre, sed, frios, caminos y persecuciones y grandes peligros que se me ofrecian por amor del Señor. Y él mismo me daba entónces ánimo y esfuerzo para decir las palabras que me oistes. Y así confío en su divina clemencia, que me hará digno de que en esta jornada padezca algo por manifestar su santo nombre.»

Acabadas estas palabras, se entró en la nao del virey Martin de Sosa el 7 de Abril de 1541, llevando en su compañía al P. Paulo Camerte y á otro Hermano que se decia Francisco Mansilla. Ocupóse en aquel viaje en exhortar á todos á la virtud y persuadirles que dejasen los juegos y otros pecados; y para que sus palabras tuviesen más fuerza, acompañábalas con el ejemplo de su vida y ejercicios de humildad; empleábase muy de veras en servir á los enfermos, acudiendo á todas sus necesidades, como era hacerles las camas, limpiarles los aposentos, darles de comer y todo lo demás que era manester. Llegaron á Mozambique por el mes de Agosto, y por ser ya tarde para llegar las naves á la India, hubieron de invernar en aquel puerto. Recogióse el P. Francisco al hospital para atender mejor á su acostumbrado oficio de servir á los enfermos, que por ser aquella tierra mal sana, caian muchos cada dia. Del mucho y continuo trabajo que pasaba en este santo ejercicio, cayó tambien el mismo Padre en una peligrosa enfermedad; y con todo su mal, cuando sabia que algun enfermo estaba muy al cabo, arrastrando y como mejor podia, se levantaba de su cama para ayudarle á morir.

Entre los demás enfermos, habia uno que perdido el juicio, estaba ya cercano á la muerte; pero no se habia confesado. Dióle esto notable pena al P. Francisco cuando lo supo, y no pudiendo él levantarse, hizo traer á su misma cama al enfermo, y para darle lugar en ella, se echó el Padre en el suelo: fué nuestro Señor servido, que al punto que pusieron al enfermo en la cama, cobró su entero juicio, de manera que se pudo confesar con el mismo Padre, y poco despues murió con grandes muestras de su salvacion. Convalecidos los enfermos y pasado el invierno, partieron de Mozambique para la India, y llegaron con próspero viento á Goa por el mes de Mayo de 1542.

CAPÍTULO XI

De lo que el P. Francisco Javier hizo en Goa, y cómo pasó á la costa de la Pesquería.

Grande fué y muy particular el consuelo que recibió el P. Francisco viéndose ya en la India, y cumplidos los antiguos deseos que nuestro Señor le habia comunicado de emplearse todo en la conversion de aquellas almas. Para comenzar esta empresa escogió por su habitacion y morada el hospital, como lo tenia de costumbre (donde quiera que le habia) sin querer aceptar ninguna otra posada de muchas que le ofrecian. El dia siguiente despues de llegado á Goa,

se fué luego á presentar delante del Obispo de aquella ciudad, que entónces lo era de toda la India Fr. Juan de Alburquerque, de quien hicimos mencion; mostróle los recaudos que traia, y díjole con toda sumision y reverencia, que no usaria de ellos, sino conforme á la voluntad y gusto de su Señoría, la cual suplicaba le declarase para no exceder un punto de ella. Aficionósele grandemente el Obispo viendo su gran humildad, y cuán bien correspondian las obras con lo que de su santidad y religion le habian dicho, y abrazándole con mucho amor, dijo que usase libremente de las facultades y privilegios que tenia en su Breve, y que no era necesaria otra licencia suya, pues la traia tan cumplida de Su Santidad para todo.

Comenzó luego el Padre á ejercitar sus ministerios en aquella ciudad, en la cual comunmente se hablaba en portugués, y el primero fué enseñar la doctrina cristiana á los niños, cantándola él mismo por las calles con su campañilla en la mano. Concurrió á este espectáculo infinita gente de toda suerte y calidad, haciéndoseles cosa muy nueva ver un hombre de tales prendas y con el oficio que traia, andar por las calles con aquella humildad y desprecio del mundo. Cuando los tuvo juntos en la plaza, declaró á los niños y más ignorantes los principios y misterios de nuestra santa fe, llana y sencillamente, y á los demás que estaban oyendo lo que le parecia ser á propósito para la reformacion de sus costumbres, y este mismo órden guardaba siempre que hacia la doctrina.

Ocupábase tambien en confesar, hacer amistades y en predicar muy de ordinario á los portugueses. En los sermones reprendia los vicios con grande severidad, y como salian sus palabras de un pecho tan abrasado en el amor de Dios y deseo de la salvacion de sus prójimos, no habia corazon tan duro y obstinado, á quien no ablandase como una cera. Esta misma eficacia y fuerza que nuestro Señor daba á sus palabras cuando predicaba, tenia en las pláticas familiares, para hacer cuanto queria de aquellos con quien trataba.

No se olvidaba en medio de estas ocupaciones de su acostumbrado ejercicio de humildad y caridad en servir á los pobres y enfermos que habia en el hospital, ántes lo hacia con tanto cuidado y diligencia, que comunmente dormia al pié de la cama del enfermo más necesitado, para poderle acudir en cualquiera necesidad. Cuando alguno se moria, él mismo le amortajaba y decia luego Misa por él. Era tal el ejemplo de su vida, que chicos y grandes le amaban y reverenciaban como á su verdadero padre.

Estando tan bien ocupado en Goa, tuvo noticia de la necesidad que tenian de doctrina los parabas que residen en la costa de la Pesquería, junto al Cabo de Comorin. Habian bautizado los portugueses algunos de estos pueblos poco ántes que el P. Francisco llegase á Goa, con ocasion de cierto socorro que les dieron contra los moros de Ceilan sus vecinos, que les quisieron quitar la pesquería de las perlas. Pero aunque los bautizaron, como faltó quien los enseñase, solamente habian conservado el nombre de cristianos, sin tener otra noticia particular de lo que habian de creer y obrar.

Parecióle al P. Francisco, y con mucha razon, que esta necesidad era casi extrema, y por lo ménos mayor que la que podia haber en Goa de su presencia; y acordándose que le habia enviado nuestro Señor á la India para acudir á semejantes necesidades, despues de haber dado cuenta de su determinacion al virey y al Obispo, tomó al H. Francisco Mansilla, que habia traido de Portugal, y con él partió al Cabo de Comorin, dejando en Goa al P. Paulo su compañero, para que ejercitase los ministerios de la Compañía en aquella ciudad, y particularmente ayudase al Maestro Diego Borbona en la buena institucion de los niños que tenia á su cargo en el colegio de San Pablo, que el rey D. Juan para este fin habia fundado. Llegó el P. Francisco á la costa de la Pesquería por el mes de Noviembre de 1542, y halló ser verdad lo que en Goa le habian dicho de esta gente. Procuró de cultivar muy de propósito aquella viña del Señor que tan necesitada estaba de doctrina; porque de treinta ó cuarenta pueblos que habia en aquella costa, aunque estaban bautizados algunos, en la vida y costumbres eran como los demás.

CAPÍTULO XII

Del modo que tenia el P. Francisco para enseñar la ley de Dios á los parabas.

Será bien poner en este capítulo el modo que tenia el P. Francisco para enseñar la ley de Dios á los parabas, por ser el mismo que ordinariamente guardaba con los demás gentiles, sacado de una carta que escribió el mismo Padre á los Hermanos de la Compañía de Roma por estas palabras.

«Más ha de un año que Francisco de Mansilla y yo estamos con estos cristianos del Cabo de Comorin, de los cuales os hago saber que son muchos, y cada dia se hacen más. Como llegamos á esta costa, procuré saber de ellos el conocimiento que tenian de Dios nuestro Señor;

pero no me sabian dar otra respuesta, sino que eran cristianos; y como ellos no me entendian al principio, ni yo á ellos por ser las lenguas tan diferentes, junté á los que me parecieron de más capacidad, y entre ellos, hallé algunos que sabian la lengua portuguesa; y despues de muchas conferencias, con grande trabajo sacamos en su lengua la doctrina cristiana, para que la pudiesen deprender, y cuando ya la sabian, íbame yo por todo el lugar con una campanilla en la mano, allegando los hombres y niños que podia. Declarábales dos veces cada dia la doctrina, dándoles órden de que ellos tambien la enseñasen á los de su casa y de su vecindad. Los domingos y fiestas juntábalos á todos en la iglesia, y decíales en su lengua las oraciones, comenzando yo primero el credo en voz alta para que me oyesen, y respondiendo ellos. Decíales luego cada uno de los artículos por sí, preguntándoles si creian firmemente aquel artículo, á lo cual me respondian que sí, puestos los brazos sobre los pechos en forma de cruz. Tornábamos luego á rezar en cada artículo un *Pater noster*, pidiendo á nuestro Señor gracia para creerle firmemente, y una *Ave María* á nuestra Señora, para que nos alcanzase esta gracia de su Hijo bendito.»

«Acabados los artículos por este órden, pasábamos á los mandamientos, declarando cada uno en particular y rezando un *Pater noster* y *Ave María*, pidiendo la gracia para guardarlos enteramente, y de esta manera deprendiendo los artículos y mandamientos, deprendian á orar y saber pedir al Señor remedio en sus necesidades espirituales y corporales. Es tanto el número de los que se convierten en esta tierra donde ando, que muchas veces me acontece cansarme los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces como digo el credo y los mandamientos en su lengua.»

«Hay en esta costa treinta lugares que todos son ya cristianos, y espero en nuestro Señor que han de ser los hijos aún mejores que sus padres; porque muestran grande aficion y voluntad á las cosas de nuestra santa fe, y á deprender las oraciones y enseñarlas á otros. Aborrecen mucho las idolatrías y ceremonias de los gentiles, y cuando ven hacer algo de esto lo reprenden, aunque sean sus deudos y parientes, y me vienen á avisar de ello. Entónces voy allá con los mismos niños, los cuales toman los ídolos y los hacen pedazos, y despues los pisan. Estando en un lugar de estos cristianos eran tantos los que me venian á buscar, para que fuese á rezar las oraciones á los enfermos, que apénas me quedaba tiempo para enterrar los muertos y acudir á otras necesidades de los cristianos, y para satisfacer á la devocion de todos, ordené que fuesen á los enfermos algunos de estos niños que sabian mejor las oraciones, y muchos por este medio cobraban salud, y los demás se confirmaban en la fe. Tambien procuro que haya en cada lugar algunos hombres que tengan cuidado de juntar á los demás en la iglesia los domingos y fiestas, y les enseñen la doctrina. Y para el sustento de estos hizo merced el virey y gobernador de la India, Martin Alonso de Sosa, de cuatro mil pardaos de renta cada año. De esta manera voy discurriendo de un lugar en otro, hasta acabar de visitarlos todos, y luego torno á comenzar por el primero, guardando el mismo órden.»

Con este modo que tenia el P. Francisco de enseñar á los gentiles la doctrina cristiana, la dejaba tan impresa en los corazones de todos, que los hombres, mujeres y niños la cantaban por su entretenimiento; el labrador en el campo, el pescador en su barca, y los niños por las calles.

Pero lo que afligia continuamente su corazon era ver las muchas almas que se perdian por falta de maestros y predicadores que enseñasen la ley de Dios, como se colige de otro capítulo de la misma carta que dice así.

«¡Oh! cuántos dejan de hacerse cristianos por no haber quien los enseñe el camino de su salvacion. Muchas veces me vinieron pensamientos de ir á esas Universidades de Europa y dar voces para avisar á los que tienen más letras que voluntad de hacer fruto con ellas, cuántas almas dejan de ir á la gloria y se van al infierno por su culpa y negligencia, que si como van estudiando las letras fuesen echando de ver la cuenta rigurosa y estrecha que Dios nuestro Señor les ha de pedir de ellas, y del talento que les ha dado, muchos se moverian á tomar medios para conocer y sentir en sus almas la voluntad divina, conformándose con ella más que con sus desordenados apetitos y deseos, y dirian al Señor: *¿Domine ecce adsum, quid me vis facere? Rogate ergo, fratres charissimi, Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.*

Por ser tan grande la falta de obreros y predicadores como el P. Francisco da á entender en su carta, y no poder él solo acudir á tantas necesidades, tomaba por medio escoger en cada lugar uno, dos ó tres hombres de mayor capacidad y entendimiento y de mejores costumbres, y á estos instruia muy de propósito en la Religion cristiana y en la forma de bautizar, para que en su ausencia y necesidades urgentes lo pudiesen hacer. A estos hombres que en aque-

lla tierra llaman *canapoles*, y es lo mismo que sacristanes, daba el Padre cuidado de la iglesia y de enseñar dos veces cada dia la doctrina cristiana, por la mañana á los niños y por la tarde á las niñas, y los domingos y fiestas á todo el pueblo, juntando la gente en la iglesia. Tenian tambien estos hombres cuidado de publicar las fiestas y dias de ayuno, y hacer lista de los niños que nacian, y otras de los que no vivian con ejemplo y edificacion; y cuando el Padre iba visitando los lugares, dábanle estos mayordomos las listas y razon de todo lo demás, para que conforme á las necesidades que habia, pusiese el remedio. Para el sustento de los que se ocupaban en este oficio, procuró el P. Francisco aquella renta que el gobernador de la India le concedió, y despues la confirmó el rey D. Juan á peticion del mismo Padre.

CAPÍTULO XIII

De lo que aconteció al P. Francisco en la costa de la Pesquería con algunos bracmanes.

Andando el P. Francisco visitando la costa de la Pesquería, como lo tenia de costumbre, acertó á pasar por un templo de ídolos, donde habia más de doscientos bracmanes juntos; y como era tanta la opinion que de él tenian, no sólo los cristianos, sino tambien los gentiles, viniéronse para él estos sacerdotes con muestras de amor y buena voluntad. Holgóse mucho el Padre con tan buena ocasion para disputar con ellos, porque deseaba convercerlos de sus errores. Despues de haberlos acariciado, preguntóles que le dijesen lo que sus dioses mandaban hacer para llevarlos al Paraíso. Hubo grande duda entre los bracmanes sobre quién habia de responder al Padre, temiendo cada uno su confusion; al fin salió el más anciano, que seria hombre de ochenta años, y dijo al Padre: «Decidme vos primero qué os manda hacer el Dios de los cristianos, y yo os diré luego lo que nuestros dioses y leyes nos enseñan.»

Entendió el Padre su intento y el artificio con que iba, y díjole, que pues él habia preguntado primero, tambien era justo le respondiesen primero. Atajado el bracman con la razon, hubo de descubrir su ignorancia y mostrar la poca sustancia que habia en su ley, la cual dijo que se encerraba en dos preceptos y mandamientos. El primero era, que no matasen vacas, porque las adoraban como á uno de sus dioses. El segundo, que hiciesen muchas limosnas á los bracmanes que sirven en los templos de sus ídolos. Comenzó entónces el Padre á declararles los mandamientos de la ley de Dios, mostrándoles cuán conformes eran á la razon natural, y cuán necesarios para la policía humana y para conservar los hombres entre sí la paz y buenas costumbres; y así, era muy justo que todos los hombres que tenian uso de razon se gobernasen por ellos, pues les habia dado nuestro Señor para eso el entendimiento y la razon, aventajándoles en ella á todos los animales y criaturas irracionales. Declaróles tambien el grande premio que Dios nuestro Señor tenia aparejado para los que guardasen su santa ley, y el castigo para los que la quebrantasen.

Estuvieron oyendo los bracmanes con grande atencion lo que el Padre decia, y acabada la plática le fueron á abrazar diciendo que el Dios de los cristianos era á quien todos habian de adorar y servir, pues eran sus mandamientos tan justos y conformes á razon. Viendo el Padre cuán convencidos estaban de la verdad, pidióles que acabasen de oir los misterios de nuestra santa fe, y se bautizasen. Respondiéronle á esto, lo que suelen decir hoy dia muchos cristianos: ¿Qué dirá todo el mundo de nosotros, si nos ven hacer esta mudanza de vida? ¿Y cómo hemos de dejar el modo con que tantos años hemos sustentado nuestras casas y familias, con las ofrendas de los ídolos? Al fin la honra y codicia pudo con ellos tanto, que quisieron más quedarse en sus errores y pecados, que no gozar de los tesoros del cielo. Andando otra vez el Padre por la misma costa, tuvo noticia de otro bracman muy nombrado entre los demás, el cual por el crédito que tenia en aquella tierra era grande impedimento para la conversion de los gentiles, pervirtiendo á muchos y persuadiendo á otros, para que no recibiesen la ley Dios, y por esto deseaba mucho el P. Francisco verle. Fué nuestro Señor servido que se encontraron un dia, y viniendo á tratar de sus estudios, dijo el bracman que todos los que cursaban en la Universidad donde él habia deprendido, hacian juramento que nunca descubririan ciertos secretos que allí les enseñaban; pero que á él se los queria decir por el amor que le habia cobrado, y crédito que tenia de su persona.

El primer secreto era, que á nadie dijesen cómo habia un solo Dios criador del cielo y dè la tierra; y añadió, que á este adoraba él y no á otro, porque á los ídolos tenia por demonios. El otro secreto era una breve declaracion sobre cada uno de los diez mandamientos de la ley de Dios. Dijo lo tercero, que les enseñaban á guardar un dia en la semana, al modo que nosotros el domingo, dejando de trabajar, y que

en este dia tenian por costumbre repetir muchas veces esta oracion: *Om. Cirina. Raina, Noma,* que quiere decir: Adórote Dios con tu gracia, y ayúdame para siempre. Tambien le descubrió que en sus escrituras habia una profecía que habia de venir tiempo en que tuviesen todos una ley.

Quedó el P. Francisco admirado de ver el conocimiento que habia quedado de nuestro Señor entre aquellos gentiles, y el cuidado que tenian de encubrirle, para que no viniese á noticia de los demás. Acabado el bracman su razonamiento, pidió al Padre que pues él le habia descubierto los mayores secretos que sabia, le dijese él los que habia en la ley de los cristianos, que él le prometia de no decirlos á nadie. Respondió el P. Francisco que él gustaba mucho de enseñarle todo lo que contenia la ley de Dios, pero que habia de ser con condicion que lo publicase á todos, y á nadie lo encubriese. Ofrecióle el bracman de hacerlo así, y entónces le declaró el Padre muy en particular los artículos de la fe, la creacion del mundo, la caida de los ángeles y de los primeros padres, la venida de Cristo nuestro Señor, y los mandamientos que dejó á los hombres para salvarse.

Oia el bracman todo esto con grande atencion y gusto, y algunas cosas escribia de su mano, porque no se le olvidasen, y despues de haberlo conferido muy bien y haberse convencido de la verdad, pidió al Padre con mucha instancia que le bautizase. Dilatóselo por algunos dias para que lo estimase, como era razon; y cuando le pareció que estaba bien instruido en el catecismo, le dió el santo Bautismo con grande admiracion y espanto de los gentiles y bracmanes, y por su ejemplo hicieron lo mismo otros muchos.

CAPÍTULO XIV

Del modo de vida que tenia el P. Francisco, la eficacia de su oracion y los milagros que hizo en la costa de la Pesquería.

Grande era el trabajo que pasaba el P. Francisco enseñando á los cristianos de aquella costa de la Pesquería, porque continuamente andaba discurriendo de una parte á otra, visitando todos los lugares á pié, y muchas veces descalzo, con ser más de cincuenta leguas de largo, en que habia más de treinta lugares. Su ocupacion era bautizar las criaturas, visitar los enfermos, enterrar los que morian y enseñar á todos segun su necesidad y capacidad. El dia gastaba en estos ministerios, y de noche reposaba ordinariamente dos ó tres horas. Lo demás gastaba en continua oracion delante del Santísimo Sacramento, cuando hallaba comodidad para ello, y cuando no la habia, puesto de rodillas, delante de un cruficijo, y así negociaba de noche con nuestro Señor el remedio y conversion de las almas que habia tratado aquel dia ó habia de tratar el siguiente.

En su comida era tan abstinente, que pasaba dos y tres dias con sólo un poco de pan y agua. Jamás comia carne ni bebia vino, sino era cuando alguna vez le convidaban, que entónces moderaba su rigor, por evitar la nota y singularidad; y por ser más apacible con aquellos con quien trataba y á quien deseaba ganar para Cristo. Conforme á la medida de los trabajos que pasaba este santo varon por la conversion de aquellas almas, era tambien la abundancia de las divinas consolaciones con que el mismo Señor visitaba y regalaba la suya. Muchas veces estando en oracion, ó paseándose fijados los ojos en el cielo, y la mano puesta en el pecho, le oian sus compañeros hablar amorosamente con nuestro Señor, repitiendo estas palabras: Basta ya, Señor mio, basta. Otras veces solia decir. ¡Ay Señor, si sois servido, no me deis tantas consolaciones en esta vida, y ya que me las dais por vuestra bondad y misericordia infinita, os suplico me lleveis á vuestra gloria, porque es grande tormento y pena vivir sin veros, despues que os comunicais tanto á vuestras criaturas!

Pero no era menor la eficacia de su oracion que los regalos del cielo que nuestro Señor le comunicaba en ella; porque eran muchos los demonios que echaba de los cuerpos, y muchos los enfermos que sanaba, y esto aun con sólo enviar su rosario, cuando él no podia ir á casa del enfermo por otras ocupaciones Tambien fué cosa cierta y averiguada, que andando en aquella costa resucitó dos muertos haciendo oracion por ellos. El uno de estos era un mancebo principal y noble, y muy querido de sus padres; los cuales lastimados con la muerte del hijo, acompañados de sus deudos y parientes, y de otra mucha gente, acudieron al P. Francisco, y puesto el difunto en su presencia, le pidieron con muchas lágrimas se compadeciese de su afliccion y trabajo. No pudo excusar el Padre lo que aquella afligida gente con tantas lágrimas le pedia; púsose de rodillas é hizo oracion por el difunto, y luego le tomó por la mano diciendo: «En nombre de Jesucristo, mando que te levantes.» Obró la virtud de aquel Señor, en cuyo nombre los muertos cobran vida, y levantóse el mozo sano y bueno, dejando á todos llenos de admiracion, y dando

muchas gracias á Dios por obra tan maravillosa.

El segundo fué un niño pequeño, hijo de una pobre cristiana, que por descuido cayó en un pozo y se ahogó. Sacáronle de allí muerto. Pero la afligida madre con el dolor de ver á su hijo de aquella manera, fuése á echar á los pies del Padre, suplicándole que llegase á su casa, sin decirle la causa de su dolor. Fué el Padre con ella, y viendo el niño muerto y las lágrimas de la madre, hizo oracion á nuestro Señor, puesto de rodillas, y luego hizo la señal de la cruz sobre todo el niño difunto, y fué nuestro Señor servido, que se levantase bueno y sano, como si despertara de un sueño.

Con estas obras tan maravillosas que nuestro Señor hacia por la oracion de su siervo, era tanta la veneracion en que le tenian aquellos pueblos de la costa, que su nombre era cuando le veian, el Padre Santo, y pudo con ellos tanto su autoridad y el ejemplo de su vida, que todos se convirtieron á nuestra santa fe, en los cuales habia más de cuarenta mil cristianos, de tanta virtud y edificacion en sus costumbres, que se les parecia bien el maestro que habian tenido, y el cuidado y trabajo que habia puesto en enseñarlos. De manera que quien viera aquellos treinta lugares de la costa ántes que entrara en ellos el P. Francisco (que parecian bárbaros en vida y costumbres) no pudiera dejar de alabar mucho á nuestro Señor, viéndolos despues tan devotos y ejemplares.

Pero lo que á mí más me admira de este santo varon, es ver cuán impresa tenia en su corazon, y cuán arraigada la verdadera humildad, que no éran parte los continuos favores del cielo, ni las obras tan maravillosas que nuestro Señor por su medio hacia en la tierra, para que no conservase en su alma un grande menosprecio de sí mismo, y una particular estima de sus hermanos, teniéndose por el menor de ellos; y á este propósito pondré aquí unas palabras de la carta que arriba cité, y dicen así: «Las recreaciones que en estas partes tengo, son acordarme muchas veces de vosotros, carísimos hermanos, y del tiempo que por la misericordia del Señor os conocí y conversé, sintiendo dentro de mi alma, cuánto por mi culpa perdí, en no aprovecharme de las mercedes que nuestro Señor os ha comunicado. Háceme el mismo Señor tantas misericordias en estas partes por vuestras oraciones, y por la memoria continua que teneis de encomendarme á El; y reconozco que por vuestra intercesion me da el Señor á sentir la inmensidad de mis pecados, y fuerzas para andar entre esta gentilidad. De todo lo cual doy muchas gracias á la divina Majestad, y á vosotros, carísimos hermanos mios, agradezco mucho este tan grande favor y caridad.»

CAPÍTULO XV

Cómo el P. Francisco vino á Goa y volvió segunda vez á la Pesquería, y de allí pasó á Travancor.

Detúvose el P. Francisco en la costa de la Pesquería, enseñando á aquellos cristianos con el fruto que se ha dicho, desde el mes de Noviembre de 1542, hasta el año de 1544, en que le fué necesario volver á Goa para asentar algunas cosas de aquella cristiandad con el virey y con el Obispo. Partió de la costa, y en pocos dias tomó puerto en Goa. Fué extraordinaria la alegría de aquella ciudad con su venida, por lo mucho que todos le amaban y la fama que ya corria en Goa de sus milagros, y del fruto que habia hecho en la conversion de los parabas. Habia cobrado el Maestro Diego Borbona particular aficion al P. Francisco, y con mucha importunidad acabó con él, que fuese su huésped el tiempo que se habia de detener en Goa. Estando hablando un dia los dos solos, dijo el Maestro Diego: «Padre Francisco, para gloria de Dios y edificacion de esta cristiandad, hágame caridad de decir, si es verdad lo que en esta ciudad públicamente se dice, que nuestro Señor resucitó un mozo por las oraciones de Vuestra Reverencia.» Oyendo esto el Padre se puso muy colorado y procuró divertir la plática con otras diferentes. Pero creciéndole con esto más el deseo al Maestro Diego de saber la verdad de aquel caso, le tornó á importunar, para que le dijese lo que habia. Respondió entónces el Padre sonriéndose con estas palabras: «Jesus, Padre Maestro Diego, ¿yo habia de resucitar muertos? ¡Pecador de mi! Trujéronme aquel mancebo, que parecia muerto, y yo le dije que se levantase en nombre de Jesucristo, y él lo hizo, y la gente se debió de admirar de esto. Despues de muerto el P. Francisco, dijo el Maestro Diego lo que con él habia pasado sobre este caso.

Detúvose el P. Francisco solos dos meses en Goa, y en este tiempo asentó muy á su gusto con el virey y con el Obispo, los negocios particulares que venia á tratar de aquella cristiandad, y le señaló el virey Martin de Sosa los cuatro mil pardaos de renta que le habia ofrecido por cartas para el sustento de los canapoles. Tambien aceptó en este tiempo en nombre de la Compañía la administracion del colegio de San Pablo, que hasta entónces habia tenido el Maestro Diego

Borbona, porque el rey D. Juan, por informacion del virey y del mismo Maestro Diego, entendió que de esta manera seria aquella obra más perpetua, y los niños que allí se criaban mejor instruidos, y envió á mandar que la Compañía se encargase del colegio de allí adelante; y el P. Francisco dejó al P. Paulo Camerte su compañero con este cuidado, y con el gobierno de aquellos niños. Concluidos los negocios que el Padre habia de tratar en Goa, dió la vuelta para la costa de la Pesquería, llevando consigo tres sacerdotes seglares, pero muy virtuosos, que se ofrecieron de ir en su compañía, para ayudar en la conversion de aquellas almas. Ordenóse tambien estos dias de sacerdote en Goa el H. Francisco Mansilla su compañero. Con esta ayuda y algunos niños malabares del mismo colegio de San Pablo, le pareció llevaba algun socorro para las necesidades de aquella nueva cristiandad. Llegados con buen tiempo al Cabo de Comorin, repartió luego el Padre sus compañeros por los lugares de la costa donde habia más necesidad, y él prosiguió con sus acostumbrados ejercicios visitando á los unos y á los otros, y proveyendo á las necesidades de todos.

Estando el Padre tan bien ocupado en la costa de la Pesquería, le dieron noticia cómo tenian la misma necesidad de ser enseñados los macoas, que habian tenido los parabas. Son estos macoas más de otros treinta lugares en la costa del reino de Travancor, que cae de la otra parte del Cabo de Comorin, en las vertientes del Occidente, segun queda dicho en el capítulo segundo. Y como su corazon ardia en vivo deseo del mayor servicio divino, y de acudir á las mayores necesidades de aquellas partes, entendiendo que esta era una de ellas, dejó á su compañero Francisco Mansilla con los demás sacerdotes que habia traido de Goa, para que tuviesen cuidado de aquella cristiandad, y él se partió para la costa de Travancor.

Procuraba el P. Francisco predicar la ley de Dios en los pueblos de las costas, no sólo por la necesidad de aquella gente, que era extrema, sino tambien porque los recien bautizados tuviesen algun favor y socorro de los portugueses, que andaban por allí con sus armas y tenian en las costas buenas fortalezas. Que como los gentiles y moros á quien estaban sujetos, y vecinos estos cristianos, los perseguian tanto, por haber recibido la ley de Dios, corrian mucho riesgo y peligro de dejarla sino tuvieran para semejantes aprietos el favor de los portugueses. Llegado el P. Francisco á Travancor, procuró lo primero alcanzar licencia del rey para predicar á sus vasallos, y él la concedió fácilmente, porque deseaba tener amistad con el virey de la India, y parecióle que este era buen camino para salir con su intento. Alcanzada la licencia, comenzó el Padre á visitar los lugares de los macoas, y enseñarles la ley de Dios por el mismo órden que habia tenido con los parabas, y en poco tiempo bautizó más de diez mil almas, y era tanto el gusto con que oian los sermones y pláticas que les hacia, y tanto el número de gente que concurria á ellas, que era necesario salirse al campo y subir en un árbol, para que desde allí pudiesen oirle todos, que ordinariamente pasaban de cinco ó seis mil.

Estando los macoas en el fervor de su conversion, entraron de repente por aquella costa grande cantidad de moros corsarios que venian á robar y destruir aquella nueva cristiandad. Halláronse todos muy atajados sin saber tomar consejo para escapar de aquel peligro, porque primero se hallaron cercados de los moros, que tuviesen noticia de su venida. Viendo el P. Francisco el grande aprieto y afliccion de aquellos cristianos, y el poco remedio que tenian, acogióse al que siempre hallaba en su oracion para todas las necesidades. Hincóse de rodillas juntamente con los cristianos, y habiendo encomendado á nuestro Señor aquellas almas, viendo que se acercaban los moros, como buen pastor salió delante para la defensa de sus ovejas, confiado más en el favor del cielo que no en cualquiera otro de la tierra, y con una constancia y ánimo que puso admiracion á aquellos bárbaros, los comenzó á reprender de lo que hacian, amenazándoles con el castigo del cielo si pasaban más adelante con su intento. Parecióse bien que era espíritu del cielo el que gobernaba aquellas palabras, porque sin atreverse los moros á dar un paso más adelante, ni tocar á los cristianos, se volvieron á sus navíos y alzaron velas. Con lo cual quedaron los macoas más confirmados en la fe, y el rey de Travancor con tanta estima del P. Francisco (sabiendo el caso) que mandó con público edicto, que aquel grande Padre fuese obedecido en todo su reino como su misma persona, lo cual fué causa de grande aumento en la cristiandad de aquel reino.

CAPÍTULO XVI

De la conversion y persecucion de los manarenses, y lo que el P. Francisco hizo para su remedio.

Corria ya por todas aquellas islas la noticia de la ley de Dios y el celo con que el P. Francisco deseaba y procuraba la salvacion de las almas,

y las obras maravillosas que nuestro Señor hacia por su medio en todas partes. Movió esto tanto á los moradores de la isla de Manar, que le enviaron á pedir los fuese á bautizar y enseñar el camino del cielo. Cae la isla de Manar en frente de la Pesquería, como cincuenta leguas de la tierra firme, hácia la punta de la isla de Ceilan, y cien leguas del Promontorio Cori ó Cabo de Comorin. No pudo acudir entónces el P. Francisco á la peticion tan justa de los manarenses, por estar muy ocupado con los de Travancor, que andaban en el mayor fervor de su conversion cuando le dieron este recado. Pero dió órden, que fuese á predicarles uno de los sacerdotes que habia traido de Goa.

Pasó este sacerdote á la isla de Manar y bautizó mucho número de gentiles, y fué tal la constancia y fortaleza de estos nuevos cristianos, que no bastó para hacerlos volver atrás una grande persecucion que se levantó luego contra ellos. Porque el rey de Jafanapatan, cuyos vasallos eran, y uno de los reyes de la isla de Ceilan, pesándole mucho que los manarenses se hubiesen hecho cristianos por ser él grande enemigo de la ley de Dios, hizo matar en sólo un lugar llamado Patino seiscientas personas, y á otros quitó las haciendas, y muchos se fueron huyendo y como desterrados á Goa. Entre los cuales tambien salió un hermano mayor de este mismo rey, á quien él habia quitado el reino por fuerza, y deseaba quitar la vida, temiendo no se juntase con los cristianos manarenses para cobrar sus tierras.

La caridad del Apóstol San Pablo le hacia sentir los trabajos de los fieles como si fueran propios, y la que nuestro Señor habia comunicado al P. Francisco le hizo sentir esta persecucion de los manarenses, de manera, que para su remedio atravesó toda la parte Occidental de la India, caminando desde el reino de Travancor que está junto al Cabo de Comorin, hasta el reino de Cambaya que es el último de la India, donde á la sazon estaba el virey Martin de Sosa; pareciéndole que convenia á la honra de Dios nuestro Señor, y á su mayor servicio hacer castigar el atrevimiento de este tirano; porque sus vasallos no dejasen de hacerse cristianos por temor y miedo, ni los reyes comarcanos tomasen ocasion de este hecho (si quedase sin castigo), para usar semejantes crueldades con los que ya habian recibido la ley de Dios, recelándose que lo mismo harian otro dia en la cristiandad de Travancor y en la costa de la Pesquería, si no se pusiese algun remedio eficaz. Y para que este negocio se tomase con más calor, fué él mismo en persona á tratarle con el virey, que estaba en Cambaya, en el mes de Enero de 1544.

Yendo de camino, en el puerto de Cananor, donde los portugueses tienen una buena fortaleza, sucedió una cosa de grande edificacion. Iba en aquel navío un hombre principal, pero muy perdido en su vida y costumbres, y aunque el Padre Francisco le habia rogado muchas veces con blandura y suavidad se enmendase, estaba aquel miserable hombre tan obstinado en sus pecados, que juraba una y muchas veces, que no habia de hacer lo que el Padre le pedia. Llegados al puerto y desembarcados en tierra, mostraba el P. Francisco que estaba ya olvidado de la primera plática, divirtiéndole y entreteniéndole con otras diferentes, y poco á poco, paseándose los dos, le llevó por la costa, en la cual habia un hermoso y espeso palmar.

Estando ya apartados buen trecho de la gente y solos, el P. Francisco, que iba preparado para lo que pensaba hacer, se arrojó á los pies de aquel obstinado hombre, y descubriendo sus espaldas se comenzó á disciplinar tan cruelmente, que en breve espacio las cubrió de sangre, acompañando la disciplina con grande abundancia de lágrimas que corrian por sus ojos. Espantado el hombre con aquel espectáculo, y confundido de ver la caridad del Padre y el deseo que tenia de su salvacion, se echó á sus pies suplicándole que no pasase adelante, porque él le prometia de confesarse luego de sus pecados y enmendar la vida de allí adelante, y así lo hizo; y lo que no habian podido alcanzar de aquel endurecido corazon las muchas razones, acabaron las lágrimas y la sangre. Llegado el Padre al reino de Cambaya, le aconteció en la ciudad de Bazain otra cosa bien notable. Encontró allí un portugués amigo y conocido suyo, á quien el P. Francisco habia rogado muchas veces que se volviese á Portugal y frecuentase la confesion, porque así le convenia para el bien de su alma, y aunque habia ofrecido de hacerlo, nunca lo habia cumplido, ántes hacia tres años que no se confesaba; pero esto nadie lo sabia. Vino el portugués á hablar al Padre por el conocimiento y amistad antigua; díjole entónces el P. Francisco: «¿Así habeis cumplido lo que me prometísteis siendo mi amigo? Que ha tres años que no os confesais, pues en verdad que no os tengo de hablar hasta que lo cumplais.» Quedó admirado el hombre de que supiese el Padre con tanta certidumbre el tiempo que no se habia confesado, teniendo por cosa imposible que lo supiese por vía humana, sino por alguna divina revelacion. Confesóse luego é hizo despues todo lo que se le dijo ser necesario para la seguridad de su conciencia.

CAPÍTULO XVII

De lo que negoció el P. Francisco con el virey, y lo que le sucedió en este camino y en la Isla de Ceilan.

Llegó el P. Francisco á la ciudad de Daman, catorce leguas más adelante de Bazain, donde estaba el virey Martin de Sosa, á quien dió entera relacion de lo que habia pasado en la isla de Manar. Mucho sintió el virey la crueldad de aquel tirano contra sus vasallos, y quisiera hallarse cerca y desocupado para ir él mismo á castigarle. Mas viendo que no podia dejar por entónces los negocios que tenia entre manos, dió órden que se apercibiese una buena armada de los portugueses que habia en las fortalezas y costa de Ceilan y de algunos naturales de la tierra, y se tomase entera satisfaccion del rey de Jafanapatan, castigando su atrevimiento, de manera que los demás quedasen escarmentados; tambien escribió á Goa que recogiesen á los que habian venido huyendo de Manar, y los proveyesen de todo lo necesario, especialmente al hermano del mismo rey, que estaba desposeido de su reino.

Con este despacho volvió el P. Francisco del reino de Cambaya para Cochin con intento de embarcarse allí para Ceilan, donde se habia de juntar el armada. Entre tanto que el P. Francisco hizo este viaje al reino de Cambaya sucedió en el de Ceilan (que es el principal de aquella isla y de quien toda ella toma el nombre) un caso muy particular. Era costumbre muy antigua en aquella isla de Ceilan, que no heredasen el reino los hijos del mismo rey, sino los de su hermana. Sucedió, pues, que el rey de Ceilan que entónces gobernaba, tenia dos hijos, y como ninguno de ellos habia de heredar conforme á la costumbre de la tierra, el mayor de estos príncipes determinó hacerse cristiano muy de corazon, aunque al principio (segun dicen) se movió á tratar de ello por algunas esperanzas que le dieron los portugueses que andaban en su tierra, que el virey le favoreceria para que sucediese en el reino de su padre. Al fin él se bautizó con firme determinacion de vivir en la ley de los cristianos. Vino á saberlo el rey su padre, que era moro, y fué tanto el enojo que tomó contra su hijo, que le hizo matar. Uno de los portugueses, hombre honrado y principal que habia tratado con este príncipe, tuvo órden para cobrar su cuerpo, y teniéndole en su corazon por verdadero mártir, le enterró, y no se engañó en su pensamiento, porque nuestro Señor declaró luego con evidentes milagros la verdad con que este dichoso príncipe se habia convertido á nuestra santa fe. Abrióse sobre su sepultura la misma tierra en forma de cruz. Y aunque los moros y gentiles procuraban de encubrir el milagro tan evidente, hinchiendo aquel lugar de tierra muchas veces; pero otras tantas se tornó á abrir y quedar en la misma forma de cruz, como lo habia estado primero. La hermana del rey y tia del santo Mártir, viendo que su hijo y heredero que habia de ser del reino, y otro hermano segundo del muerto, estaban resueltos de hacerse cristianos convencidos con este milagro, temiendo que si el rey su hermano lo supiese los mandaria matar, concertó secretamente con el portugués que habia enterrado al mártir, llevase á estos príncipes á Goa, donde pudiesen libremente cumplir su deseo. Tuvo noticia de este caso el P. Francisco estando en Cochin, cuando volvia de Cambaya; y así, apresuró su partida para Ceilan con intento de que se hiciese con brevedad la armada contra el rey de Jafanapatan, porque castigándole rigurosamente, quedaria tambien escarmentado el de Ceilan, que era su vecino, y no oprimiria á sus vasallos cuando quisiesen recibir la ley de Dios. Llegado el P. Francisco á la costa de Ceilan, halló que era verdad todo lo que de aquellos príncipes le habian dicho en Cochin, y que entrambos se habian bautizado secretamente y estaban de camino para Goa, y pensaban pedir al virey socorro contra la tiranía de su padre. Escribió con ellos el P. Francisco encomendándolos mucho al P. Pablo su compañero, para que los favoreciese con el virey cuando volviese de Cambaya. Del suceso de estos príncipes solamente hallo escrito cómo llegaron á Goa, y que el príncipe de Ceilan, que se decia D. Juan, estuvo despues en Portugal. Debió de ser la causa de no volver á su tierra el poco aparejo que hubo para socorrer á este príncipe, aunque él debió de ir á Portugal para solicitarlo.

Antes que diga el suceso del rey de Jafanapatan, contra quien se habia de hacer la armada, quiero contar lo que sucedió al P. Francisco partiendo de Cochin en el viaje de Ceilan. Ibase el Padre muchas veces adonde estaba el piloto gobernando su navío, y con esta ocasion trabaron amistad tan particular, que le vino á decir el piloto, cómo habia muchos años que vivia en mal estado y deseaba confesarse con él en llegando á tierra. Echó de ver el P. Francisco en el modo con que decia esto el piloto, el grande empacho y encogimiento que suelen tener los que están caidos en semejantes pecados y flaquezas; pero como médico diestro y experimentado en la

cura de las almas, procuró con muchas razones y blandas palabras facilitarle la confesion. Llegados á tierra, el piloto se fué resfriando en su buen propósito, y andábase escondiendo del Padre, por no cumplir lo que habia ofrecido. Aconteció que andándose paseando el P. Francisco una tarde por la ribera del mar, sus ojos clavados en el cielo, como lo tenia de costumbre, ordenándolo así la divina Providencia, se vinieron á encontrar los dos; y no pudiendo encubrirse el piloto, sacando fuerzas de flaqueza dijo al Padre, que cuándo le queria confesar, pero de manera que se le echaba de ver el temor con que hablaba, por la flaqueza que causaban en su alma la gravedad de las culpas y la confusion que sentia en confesarlas. Respondióle el Padre con rostro muy alegre: «Jesus, señor piloto, ¿si quiero confesarle me pregunta? sí por cierto, y de muy buena gana, y paseándonos por esta ribera le confesaré.» Quedó admirado el piloto de la blandura y benignidad con que el Padre le recibió; y animándose con esto comenzó allí luego su confesion: para acabarla se recogieron á una ermita que estaba cerca. Quiso el piloto ponerse de rodillas, y por ser viejo y enfermo, el Padre le dijo que se asentase porque no estuviese con trabajo, y él mismo le acomodó una estera que allí habia para que estuviese con ménos pesadumbre. Maravillábase el penitente del modo con que el Padre le trataba, lo cual le animaba y alentaba para descubrir su alma á quien veia que se compadecia tanto de su flaqueza. Al fin él se hincó de rodillas, sin que el Padre pudiese estorbárselo, y con grande sentimiento y dolor de su vida pasada, acabó la confesion con muchas lágrimas; quitando luego las ocasiones que tenia y haciendo muy de veras penitencia de sus pecados, perseveró despues hasta la muerte, confesando y comulgando á menudo y dando á todos mucho ejemplo con la mudanza de su vida, la cual atribuia él despues de nuestro Señor á la suavidad y blandura con que el Padre le habia tratado, acomodándose á su flaqueza.

En el tiempo que el P. Francisco se detuvo en Ceilan, se aparejó una muy buena flota para hacer guerra al rey de Jafanapatan, y estando ya todo á punto para comenzarla, sucedió que viniendo una nao del rey de Portugal cargada con gran riqueza del reino de Pegú, con una tempestad que tuvo, dió en la costa de Jafanapatan, y el rey se apoderó de ella, y para cobrarla parecia que no convenia entrar haciendo guerra á quien habian de rogar. Con esta ocasion cesó todo aquel apercibimiento por entónces, aunque pasados algunos años, como en su lugar se dirá, el virey D. Constantino puso á este rey en mucho aprieto y le quitó la isla de Manar, y no escarmentado con esto, al fin vino á perder la vida y el reino, en pena de sus crueldades y tiranías.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el P. Francisco pasó á la ciudad de Santo Tomé, y lo que en el camino y allá le sucedió.

Viendo el P. Francisco que no era tiempo ni coyuntura para ejecutar el castigo contra el rey, hallándose como cincuenta leguas de la ciudad de Santo Tomé, donde (segun la comun opinion de aquella tierra) fué sepultado el glorioso Apóstol, determinó llegar allá, así por la devocion particular que tenia con este Santo, como por ser el primero que predicó en aquella India. Veníale tambien muy á cuento este viaje para ir desde allí á Malaca y pasar á los Mazacares, que es una isla grande de la otra parte del rio Ganges, en la cual se habian convertido poco ántes dos ó tres reyes, y por sus embajadores habian pedido al capitan de Malaca, les enviase algunos sacerdotes que los instruyesen en la fe. Antes de partir el P. Francisco de Jafanapatan para Santo Tomé, escribió una carta á su compañero Francisco Mansilla, encomendándole la cristiandad del Cabo de Comorin con estas palabras: «Dios sabe, carísimo Padre y hermano mio, cuánto más holgara yo de veros que escribiros, para informaros del modo que habeis de tener con los cristianos de esa costa. Dígoos esto, porque no sé lo que nuestro Señor querrá de mí: Él por su misericordia nos dé á sentir su santa voluntad, pues quiere de nosotros que estemos siempre aparejados para cumplirla. Tengo por nuevas ciertas que en las islas de Mazacar hay mucha disposicion para recibir nuestra santa ley, y que por falta de quien la predique dejan de bautizarse muchas almas. Si acaso Dios nuestro Señor se quisiere servir de mí en esto, encomiéndoos mucho esa nuestra cristiandad de Comorin, y que andeis siempre peregrinando por ella, bautizando los niños y enseñando á todos. Pídoos que os hayais con esa gente con amor y caridad, procurando ser amado de ellos, porque de esta manera hareis más fruto en sus almas, y esforzaos á llevar sus faltas con mucha paciencia, que aunque ahora no sean tan buenos como deseais, algun dia lo serán. Y si no acabáreis con ellos todo lo que quereis, contentaos con hacer lo que podeis, que así lo hago yo. Habeos con ellos como buen Padre con ruines hijos, y no os canseis, ni desistais del bien que pudiereis hacerles por faltas que en ellos veais.

Pues el Señor Dios, á quien ellos y nosotros continuamente ofendemos, no cesa de hacernos á todos continuas misericordias. Él quede siempre en vuestra compañía, y sea en vuestra ayuda.»

Partió el P. Francisco del puerto de Jafanapatan para Santo Tomé, y habiendo navegado como tres leguas, se levantó una recia tempestad que los hizo recoger á un puerto, donde se detuvieron siete dias, en los cuales estuvo el Padre Francisco recogido con mayor abstinencia y más largos ratos de oracion, aparejándose para visitar el sepulcro del santo Apóstol. Queriendo tornar á continuar su navegacion, preguntó al piloto si la nave en que iban era fuerte y recia; dijéronle que no era sino vieja y flaca; dijo el Padre, «pues necesario es volver al puerto de Jafanapatan, porque nos espera una grande tempestad.» No hizo caso de estos temores el piloto, viendo el tiempo claro y sereno; pero no tardó mucho en arrepentirse de no haber tomado el consejo que le daban, porque entrando en alta mar, fué tal la tempestad y el peligro en que se vieron, que dándose por perdidos, trataban del remedio de sus almas, aunque usando el Señor de su acostumbrada misericordia por las oraciones del que habia anunciado el peligro, los sacó de él. Halláronse despues de tanto trabajo en el mismo puerto de Jafanapatan, donde primero habian partido, y les aconsejaba el P. Francisco que se tornasen, y así hubieron de volver por fuerza á donde nó quisieron ir al principio por su voluntad. Desde allí tomó el P. Francisco su camino por tierra, peregrinando á pié hasta la ciudad de Santo Tomé, que serán como cincuenta leguas. Habia entónces en aquella poblacion como cien casas de portugueses, sin otras muchas de gentiles. Llegado el Padre á la ciudad, fuése derecho á la iglesia del santo Apóstol, y visitó aquel precioso sepulcro, con harto consuelo de su alma. Insistió tanto el Vicario de aquella iglesia en que el Padre fuese su huésped los dias que allí se habia de detener, que no pudo excusarlo; y la principal razon que le movió para aceptarlo, fué estar la casa del Vicario pegada con la misma iglesia, pareciéndole que podria cumplir mejor con su devocion, pasándose de noche á tener oracion en aquel santo templo. Detúvose el P. Francisco cuatro meses en Santo Tomé. Los dias gastaba predicando por la mañana á los portugueses, y la tarde á los gentiles, y la mayor parte de la noche en oracion, y para hacer esto con más disimulacion, aguardaba que el Vicario se durmiese (porque tenia su cama en el mismo aposento) y luego se levantaba secretamente, y por una puerta falsa pasaba á la iglesia. Vino á entender esto el Vicario, y rogóle que no fuese de noche allá, porque muy ordinariamente andaban los demonios haciendo ruido en aquel cementerio. Disimuló el P. Francisco, entendiendo que el Vicario le ponia aquellos temores por divertirle de su acostumbrado ejercicio. Pero bien presto probó ser verdad lo que le decian, porque estando una noche en su oracion, vinieron á él los demonios, y le dejaron muy lastimado y maltratado con los muchos golpes que le dieron. Oyó el ruido de lo que pasaba en la iglesia un mozo del Vicario, y las voces que el Padre daba llamando á nuestra Señora en su ayuda y favor, las cuales refirió á su amo. Estuvo el dia siguiente el P. Francisco tan quebrantado, que no se pudo levantar de la cama. Preguntábale el Vicario la causa de su indisposicion, mas el Padre procuraba de encubrírsela con disimulacion, hasta que entendió que el Vicario la sabia por lo que su criado le habia dicho. No dejó el Padre por todo esto de continuar su santo ejercicio de oracion cada noche en el mismo lugar, y al mismo tiempo, por no mostrar flaqueza, ni temor donde no habia que temer, porque suele ser este el mayor peligro en semejantes tentaciones. Mas ya que los demonios no podian por esta vía impedirle su oracion, á lo ménos procuraban con nuevas invenciones quitarle la atencion de ella. Apareciéronsele otra noche en figura de clérigos que cantaban á coros los Maitines, pero él estaba tan recogido y atento en su meditacion, que por entónces no reparó en ello, entendiendo que eran sacerdotes que habian ido á hacer el oficio de alguna fiesta, hasta que el dia siguiente lo preguntó al Vicario, y él le certificó que ninguna persona habia entrado aquella noche en la iglesia, porque estaban las llaves en su poder.

En los dias que el Padre se detuvo en esta ciudad, vino á él un mozo virtuoso que se decia Juan Duro, movido de los sermones, pidiendo que le trujese en su compañía, porque deseaba mucho servir á nuestro Señor y dejar todas las cosas por su amor. Dilatóselo el Padre algunos dias por justos respetos, pero viendo su perseverancia se lo concedió. Comenzó este mozo á distribuir su hacienda entre los pobres, con deseo de seguir el camino de la perfeccion; pero al mejor tiempo le salteó una tan vehemente tentacion, que fué bastante á hacerle mudar de parecer y tornarse al primer modo de vida que ántes tenia, aunque por la vergüenza y confusion que sentia, si el Padre entendiese su mudanza, procuraba disimularla cuanto podia, y recoger su hacienda con secreto para partirse de la ciudad. Bien descuidado estaba este mozo de que

supiese el P. Francisco su determinacion, cuando le envió á llamar, y entrando por la puerta le dijo: «Pecastes, Juan Duro, pecastes,» dándole á entender con estas palabras que sabia bien los pasos en que andaba. Quedó el mozo tan confuso viendo que el P. Francisco sabia su mudanza, que ni pudo ni supo decir otras palabras sino: «Pequé, Padre, pequé,» derramando con ellas muchas lágrimas. Recibióle el Padre con su acostumbrada benignidad visto su arrepentimiento, y trújole algun tiempo en su compañía, hasta que despues por su consejo entró en la Religion del glorioso P. San Francisco, donde vivió y murió con mucho ejemplo.

CAPÍTULO XIX

Cómo el P. Francisco llegó á la ciudad de Malaca y el fruto que en ella hizo.

Partió el P. Francisco de Santo Tomé para Malaca por el mes de Setiembre de 1545, y como ya por todas partes corria la fama de su santidad, fué recibido en aquella ciudad con particular consuelo, no sólo de los portugueses que allí residian, sino tambien de los gentiles, porque unos y otros deseaban conocerle. El intento con que vino el P. Francisco á Malaca fué para tomar desde allí su camino á la isla de los Mazacares. Dió cuenta de su determinacion al gobernador y capitan de Malaca, y él le dijo cómo habia enviado un sacerdote con algunos soldados para que le trujesen noticia de aquella gente y de la disposicion que habia en la tierra para recibir la ley de Dios; y así, le parecia se detuviese hasta que volviesen con el aviso. Tuvo el Padre por acertado este consejo, y así comenzó á ejercitar sus ministerios con extraordinario fruto y consuelo de toda la ciudad, que estaba bien necesitada de semejante socorro. Porque con la mucha riqueza y regalo que habia y pocos predicadores, y sobre todo con la continua comunicacion y trato de los gentiles, estaban tan estragadas las buenas costumbres aun entre los cristianos, que en muchos apénas parecia haber quedado más que sólo el nombre, segun la disolucion y libertad con que vivian. Comenzó el Padre á reprender en los sermones los pecados públicos de aquella ciudad con tanta fuerza, que en poco tiempo se echó de ver una grande mudanza y reformacion en todos. No era menor el fruto que hacia con sus pláticas y conversaciones ordinarias, porque descubria en ellas una prudencia y discrecion del cielo, que nuestro Señor le habia comunicado, para saberse acomodar á la necesidad y disposicion de las almas que trataba. Acontecíale algunas veces irse á donde habia algun corro de soldados jugando, y mostrando que holgaba de verlos, se detenia mirando lo que hacian, y si alguno con su presencia (por el respeto que todos le tenian) mostraba confusion ó encogimiento, y dejaba el juego, rogábale con rostro alegre que se recrease y entretuviese, porque los soldados no habian profesado tanto rigor de vida como los religiosos, enseñándoles con qué fin y modo se habian de tomar semejantes recreaciones.

Con esta suavidad y blandura ganaba la voluntad á todos y trababa amistad con ellos, y poco á poco los traia á lo que deseaba corregir y enmendar en cada uno. Como le aconteció con un hombre principal, el cual con escándalo de toda la ciudad tenia en su casa siete esclavas de buen parecer para sus pecados y flaquezas, y deseando el P. Francisco sacarle de tan peligroso estado, le dijo un dia que queria ser su convidado: hallóse el hombre al principio turbado, pareciéndole que si el Padre iba, necesariamente habia de ver sus esclavas, porque ningunos otros criados tenia que pudiesen servir á la mesa. Al fin, apretado de la vergüenza y mostrando más alegría en el rostro que tenia en el corazon, agradeció la honra que le hacia en querer visitar su casa. Llegada la hora de comer y sentados á la mesa, salieron las esclavas á servir con harta confusion de su amo, como se parecia por los diversos colores que mudaba su rostro. Conoció el P. Francisco su turbacion, pero como no era ménos discreto que santo, sin mostrar género de sentimiento ni alteracion en su semblante, comenzó á alabar la comida y el buen término con que servian las criadas, preguntando á cada una de qué tierra era, y otras cosas á este modo. Viendo el hombre la afabilidad del Padre, y que ni en la comida ni despues de ella le habló palabra que le diese pena, comenzó á respirar y tratar de allí adelante con él familiarmente y convidarle á comer otras veces. Cuando le pareció al P. Francisco que ya tenia bien ganada su voluntad, con la misma suavidad y blandura le fué dando razones para que entendiese cuán mal parecia servirse de solas mujeres, y cuán mejor le estaba tener hombres dentro de su casa, y poco á poco le fué disponiendo hasta que le quitó las siete esclavas, casando á todas segun su calidad; y últimamente le confesó á él mismo, el cual de allí adelante enmendó su vida con tanta edificacion y ejemplo, como ántes habia dado escándalo.

A otros que hallaba caidos en semejantes miserias y flaquezas, procuraba sacarlos de ellas con algunas razones acomodadas á su capacidad

y disposicion, pero dichas con mucha ponderacion y peso. Al que veia aficionado desordenadamente á alguna mujer, no siendo las cualidades muy desiguales, rogábale que se casase con ella, diciendo que en aquello se veria si la amaba de veras, porque en no hacerlo daba á entender que la aborrecia; pues pudiendo gozar de su compañía en servicio de Dios, queria hacerlo con tanto detrimento de su honra y de su alma, lo cual era quererse mal á sí y á ella. Con esta santa discrecion y prudencia sacó de pecado muchas almas que con escándalo público habian vivido muchos años. Ayudaba para la grande reformacion que hizo en esta ciudad el P. Francisco, no sólo el ejemplo de su vida y la opinion que todos tenian de su santidad, sino tambien la grande severidad con que reprendia los vicios cuando era necesario, y los castigos del cielo con que los amenazaba si no se enmendaban. Predicando un dia dijo, que presto verian los grandes trabajos que nuestro Señor les habia de enviar por sus culpas, y así sucedió; porque dentro de pocos dias cercaron á Malaca los moros de aquellas islas, y destruyeron los campos y pusieron la ciudad en mucho aprieto, y tras la guerra se siguió una grande pestilencia. Hablando otra vez con un portugués, hombre principal, vinieron á tratar del gobernador de Malaca (á quien el P. Francisco habia advertido de algunas cosas), y la poca enmienda que habia puesto en lo que se le habia avisado. Dijo el P. Francisco: «Pues poco tiempo le queda de vida;» y así fué, porque murió dentro de aquel mes. No fué ménos notable caso el que le sucedió con Juan Duro, su compañero que trujo de Santo Tomé. Este mozo recibió cierta limosna que le dieron los portugueses para algunas necesidades que padecia el Padre Francisco. Vino él á saber el caso, y porque no se atreviese á recibir nada sin su licencia, apartóle de su compañía y envióle á una isla desierta, cerca de la ciudad, para que hiciese allí penitencia algunos dias por aquella culpa. Aceptóla Juan Duro con mucha humildad, y estando un dia haciendo oracion en una ermita de nuestra Señora, vió junto al altar á la Santísima Vírgen sentada en una almohada con su hijo benditísimo, el cual parece que tomaba por la mano á Juan Duro para llevarle á su madre, mas la Vírgen le desechaba hasta que siendo advertido de algunas cosas, propuso la enmienda de ellas, y con esto desapareció aquella vision. Vuelto Juan Duro á Malaca, preguntóle el P. Francisco qué le habia acontecido en la ermita de nuestra Señora; él respondió como queriendo encubrir la vision, pero el Padre se la contó á él mismo como si hubiera estado presente, y le dijo ser voluntad de nuestro Señor que le sirviese en la Religion del glorioso P. San Francisco, y que así lo hiciese.

En este tiempo que se detuvo el P. Francisco en Malaca, tuvo cartas de Goa, en que le avisaban cómo habian venido de Portugal tres Padres en compañía del nuevo gobernador, que se decia D. Juan de Castro: los dos de los cuales eran italianos, cuyos nombres eran Antonio Criminal, natural de Parma, y el P. Nicolás Lanciloto, natural de Urbino, y el otro se llamaba Juan de Beira. Poco despues llegaron tambien los Padres Francisco Perez, P. Alonso Cipriano, P. Enrique Enriquez, P. Francisco Enriquez, P. Nuño Ribera, P. Melchor Nuñez, P. Gaspar Barceo, y otros cinco hermanos, que despues se ordenaron en Goa. Llamábanse estos hermanos Francisco Adamo, Nicolás Nuñez, Manuel de Morales, Juan Bravo, y Alonso de Castro. De sus buenos empleos y lo mucho que se sirvió el Señor de sus trabajos diremos en su lugar. Grande fué el consuelo que recibió el P. Francisco con la venida de estos Padres y hermanos, y así le dió nuevo ánimo para pasar adelante de Malaca, y buscar nuevas empresas, pareciéndole que con los Padres que iban viniendo se podia acudir á las necesidades más urgentes de la India. Y desde allí envió órden para que el P. Antonio Criminal con algun otro compañero fuese á la costa de la Pesquería, y tuviese cuidado de aquella cristiandad, y el P. Enrique Enriquez á la de Travancor, y el P. Alonso Cipriano á la ciudad de Santo Tomé; los demás Padres repartió por diversas fortalezas que tenian los portugueses en la costa de los malabares, como son Cananor, Cochin, Bazain, Daman, para que ayudasen con sus ministerios á los que residian en las fortalezas, y procurasen juntamente convertir algunos gentiles. Estos fueron los primeros principios de las casas y colegios que hoy dia tiene la Compañía en aquellas partes, como en el libro segundo se dirá más en particular.

CAPÍTULO XX

Cómo el P. Francisco pasó á la isla de Amboino, y lo que allí le sucedió.

Detúvose el P. Francisco cuatro meses en Malaca esperando la respuesta de los mazacares. Mas viendo que se detenia, determinó ir allá. Era el camino derecho por las islas del Maluco, y con este intento partió de Malaca á los primeros de Enero de 1546, enderezando su camino á la isla de Amboino, que es la primera de aquel

paraje, y está cien leguas de Malaca. Tiene toda esta isla en circuito, como veinte y cinco leguas, y habia en ella siete lugares de cristianos que se habian bautizado por medio de los portugueses que allí residian y contrataban, aunque estaban entónces sin sacerdote, por haber muerto pocos dias ántes el que tenian. Antes de llegar á esta isla iba muy afligido el piloto, entendiendo que habian pasado de ella, mas el P. Francisco, sin haber andado otra vez aquel camino, le consoló y dijo, que al dia siguiente por la mañana entrarian en el puerto, y así aconteció. Llegado á la isla visitó el Padre aquellos siete lugares de cristianos, que estaban bien necesitados de doctrina, guardando con ellos el mismo órden que tuvo con los de la Pesquería y Travancor. Procuró tambien de ayudar con sus sermones y confesiones á los portugueses de aquella fortaleza y poblacion. Porque no le faltase en qué trabajar y merecer, al mismo tiempo llegó á la isla de Amboino la armada de Hernando de Sosa, en la cual venian muchos españoles de Méjico para Maluco, pero muy enfermos y maltratados con los muchos trabajos que habian padecido en aquella navegacion. Era tanta la ocupacion que tuvo estos dias el P. Francisco curando á unos, confesando á otros y socorriendo las necesidades de todos, que apénas le quedaba un poco de tiempo para rezar sus horas y descansar. Padecian los enfermos mucha necesidad, por no hallarse en aquella isla las cosas que eran menester para curarlos, ni aun bastante limosna para sustentarlos.

Habia un hombre rico y principal que se decia Juan de Araus, el cual, aunque remediaba buena parte de estas necesidades, como eran tantas y tan ordinarias, algunas veces se cansaba de que le pidiesen. Supo esto el P. Francisco, y envióle un recaudo en esta forma: «Decid á Juan de Araus de mi parte, que no se le haga de mal repartir con liberalidad su hacienda entre los pobres y socorrer sus necesidades, porque le hago saber que le ha de dejar presto, y él ha de morir en esta isla.» Fué tanto el temor que concibió aquel hombre en estas palabras, teniendo por cierto lo que el Padre le envió á decir, que desde entónces comenzó á distribuir sus bienes con grande piedad y largueza, y ordenar las cosas de su alma; y no se engañó en hacerlo, como adelante se dirá. Partida la flota de Amboino, queriendo proseguir el Padre su camino para los mazacares, tuvo noticia de otra mayor necesidad que habia en las islas del Moro, que son parte de las del Maluco. Eran los moradores de estas islas gente tan cruel y bárbara, que mataron á uno de los sacerdotes que tenian, y el otro se escapó huyendo, y nadie se atrevia de allí adelante á vivir entre ellos ni ir á predicarlos. Esta informacion que á otro quitara el ánimo, acrecentó al P. Francisco el deseo de ir á socorrer aquellas almas tan desamparadas, aunque hubiese de aventurar en ello la vida. Encomendó este negocio á nuestro Señor algunos dias con particular oracion, y en ella se resolvió de tomar esta empresa ó dejar por entónces la de los mazacares, á donde iba.

Desde Amboino escribió una carta á los Padres de Goa, en que les daba cuenta de su determinacion, y decia así: «Ciento treinta leguas de aquí hay otra isla por nombre la costa del Moro, donde hay muchos cristianos sin ninguna doctrina. Yo me parto para allá á procurar la salvacion de aquellas almas, y por el peligro grande que llevo de perder la vida corporal por socorrer á la espiritual de mis prójimos, voy ofrecido á cualquier trabajo que me suceda, puesta toda mi confianza en solo Dios, deseando conformarme, en cuanto pudiere, con las palabras del Evangelio: *Qui voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit eam propter me inveniet eam.* Y sabed, carísimos hermanos, que aunque el latin de esta sentencia es fácil de entender, cuando viene la ocasion de disponerse un hombre y determinarse á perder la vida por Dios y ofrecerse á casos peligrosos, se hace tan oscuro, que sólo aquel le entiende á quien Dios por su infinita misericordia lo da á entender, y en semejantes ocasiones se conoce bien la condicion de nuestra flaca y miserable naturaleza; nuestro Señor nos la confirme con su gracia, y sea siempre en nuestra ayuda.» Antes que partiese el P. Francisco de Amboino, tuvo otra carta de Goa, en que le avisaban cómo el rey D. Juan, fuera de la renta que habia dado para el sustento de los niños que se criaban en el colegio de San Pablo, aplicaba de nuevo dos mil ducados cada año para los religiosos de la Compañía, con intento de que tuviesen casa y habitacion distinta, en que se recogiesen los Padres y hermanos que venian de Portugal, y los que de nuevo se recibiesen en la India. Recibido este aviso, aceptó el P. Francisco (como Superior que era de todos los que andaban en aquellas partes) la fundacion de aquel colegio, y señaló por Rector de él al P. Paulo su primer compañero, para que tuviese el cargo de los religiosos, como le habia tenido hasta entónces de los niños, y comenzase el edificio de la casa é iglesia. Este fué el orígen y principio del colegio de San Pablo de Goa, que fundó el rey D. Juan el III, y es el principal Seminario que hoy dia tiene la Compañía en toda la India Oriental.

CAPÍTULO XXI

Cómo el P. Francisco pasó á Ternate, y desde allí á las islas del Moro.

El camino ordinario para las islas del Moro es por la que llaman Maluco, de la cual toman las demás el nombre por ser la principal de aquel paraje. Partió el P. Francisco de Amboino á los últimos de Mayo de 1546 para Ternate, que es el puerto del Maluco; iba en compañía de su nao otra de un mercader que se decia Galvano, el cual se apartó de ellos con una recia tempestad que se levantó. Llegando al puerto de Ternate, dijo el P. Francisco á los de su navío, que encomendasen á Dios el ánima de Galvano, porque se habia anegado con la tempestad pasada, y al tercero dia hallaron su cuerpo y parte de las mercaderías en la ribera donde el mar los habia arrojado. Tenian los portugueses en Ternate una hermosa fortaleza, y junto á ella su poblacion, que era una buena ciudad, de cuya fundacion y orígen se dirá en el libro segundo de esta *Historia*.

Cuando supieron que el P. Francisco era llegado á su puerto, fué extraordinario el gozo y alegría con que le recibieron y la veneracion con que le miraban cuando supieron lo que habia dicho de la muerte de Galvano, con lo cual se acrecentó el deseo que tenian de oir su doctrina y aprovecharse de ella. Y no era menor la necesidad que tenian en esta parte los portugueses y cristianos de Ternate que los de Malaca, sino mucho mayor, porque como estaban tan apartados de la India y faltos de predicadores y tan metidos en sus tratos y granjerías, fué necesario tomar de propósito el cultivar aquellas almas y enderezarlas en el camino de su salvacion. Tomó este negocio tan de veras el P. Francisco con sus continuos sermones y pláticas familiares con unos y con otros, que en pocos meses qne allí se detuvo parecian haberse mudado y trocado los moradores de aquella ciudad en su modo de vida y reformacion de sus costumbres. Y cuando entendieron que se les queria ir para las islas del Moro, se echó bien de ver el amor que le habian cobrado; porque juntándose los principales de la ciudad, con lágrimas y razones procuraban estorbarle aquel camino, poniéndole delante que de su vida y salud pendia el remedio de tantas almas desamparadas, y que no quisiese aventurarla entre gente tan bárbara y cruel, donde ningun fruto se esperaba de su trabajo. Agradecióles el Padre el amor que le tenian, y con buenas razones procuró de consolarlos, diciendo que Dios nuestro Señor, cuya gloria y honra buscaba, le sacaria por su misericordia de aquellos peligros y trocaria los corazones de aquella gente y los dispondria para que recibiesen su santa ley.

Al fin, viendo que ningunas razones ni dificultades bastaban para mudar su determinacion, pidiéronle con mucha instancia que á lo ménos tomase algunos remedios que le daban contra la ponzoña, de que usan muy de ordinario los de aquella isla. Pero tampoco quiso aceptar cosa alguna de estas, como él mismo lo escribió á los Padres de Goa en una carta, cuyas palabras son estas: «Yo les agradecí el mucho amor que me tenian y el cuidado con que me procuraban hacer todo regalo, mas por no ponerme en cuidado, y principalmente por no perder un punto de la confianza y esperanza que siempre tuve puesta en nuestro Señor, no admití las cosas que con lágrimas me ofrecian, rogándoles que me encomendasen mucho á Dios; pues éste solo tenia por remedio cierto y seguro contra todo veneno.» Para consuelo de aquellos cristianos de Ternate, vista la grande necesidad que tenian de quien los enseñase y ayudase, escribió á Goa al P. Pablo su compañero y Rector del colegio, que enviase á los PP. Juan de Beira y Juan de Ribera, para que residiesen en estas islas de Maluco, y visitasen los cristianos que habia en ellas, y procurasen la conversion de los gentiles.

Prosiguió el Padre su camino á las islas del Moro, que están poco más de cien leguas de Ternate. Son estas islas del Moro tierra muy estéril, porque ni cogen en ellas trigo, ni vino, ni se crian ganados, si no son algunos puercos monteses, y aun de agua dulce tienen mucha falta. Solamente lleva la tierra arroz, y bien poco, de lo cual se sustentan; el vino hacen de ciertos árboles de cuyas cortezas, aderezándolas á su modo, se sirven para vestido ordinario. La gente es muy bárbara y cruel, sin ningun género de letras ni ciencias, y viven como salvajes, matándose unos á otros.

Llegado á esta tierra el P. Francisco comenzó con su acostumbrada blandura y piedad á tratar con los que eran cristianos, trayéndoles á la memoria la ley que en tiempos pasados habian recibido, el grande premio que tendrian de Dios nuestro Señor en esta vida y en la otra si la guardasen; y por el contrario, los castigos que con mucha razon podian temer por haberla desamparado. Con estas y otras razones semejantes, acomodadas á su capacidad, poco á poco los fué haciendo capaces de la doctrina del Evangelio. Ocupábase tambien en bautizar los niños, curar y servir á los que hallaba enfermos, y consolar á los afligidos y atribulados.

Con estas obras de piedad vino á ganarlos de manera, que de hombres crueles y bárbaros los volvió mansos, dóciles y tratables, y convirtió de nuevo á nuestra santa fe más de veinte mil almas, y confirmó en ella á otros muchos que por falta de predicadores y maestros estaban caidos en mil errores é ignorancias Edificó algunas iglesias y dió cuidado de ellas á los que sabian mejor la doctrina cristiana y podian enseñarla á los demás. Estando un dia diciendo Misa y la iglesia llena de gente, comenzó á temblar toda ella; y con el temor de la muerte dieron á huir los que estaban dentro, porque no los cogiese debajo; sólo el P. Francisco continuó su Misa, y la acabó con tanta paz y serenidad de su rostro, como si nada hubiera sucedido, de lo cual espantados los cristianos y gentiles cobraron doblada estima del Padre y de su doctrina, y le tenian despues en grande veneracion. Pasó en estas islas el P. Francisco muchos trabajos, gastando los dias y parte de las noches enseñando á unos y á otros, guardando el mismo órden que tuvo con los parabas y macoas, y como era solo, apénas le quedaba tiempo para reposar un poco y cumplir con sus obligaciones. Añadíase á estos continuos trabajos la grande esterilidad de aquella tierra y pobreza de la gente, que de necesidad le habia de caber parte. Pero todos estos trabajos recompensaba la divina Majestad con la abundancia que le comunicaba de celestiales consolaciones, de lo cual eran buen testimonio las muchas lágrimas que de ordinario corrian por sus ojos, que le ponian en peligro de perder la vista, como se colige de una carta que el mismo Padre escribió, cuyas palabras son estas:

«Escríboles estas cosas para que sepan cuánta abundancia hay en estas islas de consuelos del cielo. Porque todos estos peligros y trabajos padecidos de buena voluntad por sólo amor de Dios, son tesoros llenos de grandes gozos espirituales. De manera que esta tierra es muy acomodada para perder en poco tiempo la vista de los ojos, por la abundancia de suaves lágrimas. Y es cierto verdad, que en mis dias nunca tuve tanta alegría y consuelo como aquí tengo, ni pasé tan sin pena las enfermedades y molestias corporales, con ser esta tierra tan miserable y estéril, que no solamente carece de las cosas necesarias para los enfermos, mas aun ordinariamente á todos los hombres falta la comun sustentacion. Por lo cual me parece á mí que se podrian ántes llamar de la divina esperanza, que no islas del Moro.»

Bien se colige por las palabras de esta carta, cuán bien paga nuestro Señor á sus siervos aun en esta vida los trabajos que padecen por su amor, no con premios de la tierra, que valen poco, sino con abundancia de soberanas y divinas consolaciones, las cuales hacen tanta ventaja á los gustos y consuelos que tienen los que sirven al mundo, cuanta es la que hace el cielo á la tierra, y por eso con mucha razon dijo San Jerónimo (lib. III, *in Matthaeum*) que comparar los gustos y dones del cielo con los de la tierra, era hacer comparacion de ciento con uno.

CAPÍTULO XXII

Cómo el P. Francisco volvió á Ternate, y desde allí pasó á Amboino y á Malaca.

Porque en el libro segundo (que es su propio lugar) se ha de tratar más de propósito el principio y ocasion que hubo para predicar en estas islas el santo Evangelio, y el modo con que nuestro Señor fundó en ellas su iglesia, solamente iré apuntando en esta Mision del P. Francisco algunas cosas particulares que á él le acontecieron, visitando y enseñando estos cristianos, por ser propias de este libro. Despues que el P. Francisco se detuvo más de un año en las islas del Moro, pareciéndole que la obligacion de su oficio pedia acercarse más hacia Goa, para cosas que se ofrecian de mucho servicio de nuestro Señor, dejó á los cristianos el órden que habian de guardar hasta que él tornase á visitarlos ó enviase quien lo hiciese, y despedido de todos tomó su camino para Maluco.

Llegado á Ternate, echó de ver que era muy á propósito aquel puesto para fundar un colegio ó casa de residencia, de donde pudiesen acudir los Padres á las islas del Moro, y de Amboino y otras comarcanas; y para dejar esto asentado se detuvo algunos dias en Ternate, entre tanto que se aparejaban los navíos en que habia de ir para Malaca. Como los portugueses y cristianos de aquella poblacion entendieron el deseo que tenia el P. Francisco de fundar casa en aquella ciudad, y el provecho que para ellos era tener Padres de asiento en ella, ofrecieron con mucha liberalidad todo lo que fuese necesario, y desde luego señalaron casa y sitio para su habitacion. Todo el tiempo que se detuvo el Padre en Ternate, predicaba por la mañana y por la tarde, así á los cristianos como á los gentiles.

Estando un dia diciendo Misa y todo el pueblo junto, llegando al ofertorio se detuvo un poco, y vuelto despues á la gente dijo: «Señores y hermanos, encomendad á Dios el ánima de Juan de Araus, que ahora acaba de pasar de esta vida en Amboino;» este era aquel portugués

y hombre principal á quien el mismo Padre habia dicho estando en aquella isla, que holgase de repartir su hacienda liberalmente con los pobres, porque la habia de gozar poco. Por esta revelacion que tuvo de su muerte, estando sesenta leguas de Amboino, se echó de ver cuán cierta habia sido la que entónces tuvo para avisarle con tiempo. Quedaron admirados los que estaban en la iglesia oyendo aquellas palabras, y mucho más cuando se supo con certidumbre la verdad de ellas por un navío que vino de Amboino dentro de pocos dias con el aviso de la muerte de aquel hombre, afirmando haber sido el mismo dia y á la misma hora que el P. Francisco lo dijo en Ternate; por lo cual, no sólo de los cristianos era tenido en grande veneracion, sino tambien de los gentiles, y el mismo rey de Maluco, con ser moro, gustaba de tratar con él; y si no estuviera tan asido á sus vicios y pecados, segun las muestras que daba, tenian esperanza que se habia de hacer cristiano; pero pudo más con él la mala costumbre que el santo deseo de convertirse.

De Ternate partió el Padre para Amboino, y aconteció que estando un dia sentado en el borde del navío platicando con algunos pasajeros de cosas de nuestro Señor, se levantó de repente de su asiento y con grande sentimiento comenzó á decir: «Jesus bueno, que matan aquel hombre.» Los que estaban oyéndole, admirados de su turbacion le preguntaron la causa, pero él se tornó luego á sosegar con disimulacion, y por entónces no les dijo nada hasta que al dia siguiente llegando al puerto de Amboino, hallaron un portugués y hombre honrado, muerto en la ribera, y supieron que el dia ántes, á la misma hora que el P. Francisco lo habia dicho, le habian dado de puñaladas unos ladrones por robarle. Detúvose el Padre algunos dias en Amboino esperando embarcacion para Malaca, con intento de pasar desde allí á Goa. Estando predicando un dia en esta isla, dijo á todos que se hincasen de rodillas y rezasen un Pater noster y Ave María por el ánima de Diego Gil, que era un capitan conocido suyo que acababa de morir en Ternate, donde le habia dejado el Padre bueno y sano pocos dias ántes, y tambien se averiguó la verdad de este caso por los navíos que vinieron de allá.

Llegábase ya el tiempo de partir á Malaca, y rogábanle sus amigos y conocidos que entrase en la *Capitana*, por ser la mejor y la más bien proveida de todo lo necesario. Excusábase el Padre de entrar en ella, y preguntándole la causa, dijo que habia de tener muy peligroso viaje aquel navío, y que temia no quisiese Dios castigar los pecados de los que iban en él; y así sucedió como el Padre lo habia dicho, porque la nao dió en unos riscos, donde estuvo á punto de perderse con toda la gente, y segunda vez encalló en unos bajos, de donde salió bien maltratada, y los que habia en ella con harto peligro y pérdida de su hacienda. Entre los demás dones que nuestro Señor comunicó á este su siervo, fué el don de la profecía, como se ha visto en algunos casos particulares que hemos contado y en otros que se verán en lo que resta de su vida. Y aunque esto no sea señal infalible de la divina gracia, ni prenda tan cierta del amor divino, como ni tampoco lo son el don de la sanidad y hacer milagros, porque se pueden hallar semejantes dones en hombres pecadores; pero lo comun y más ordinario es comunicarlos nuestro Señor á sus familiares amigos y siervos fieles, y como á uno de ellos quiso el mismo Señor acreditar la vida y doctrina de este bendito Padre, con tales dones y gracias, para que la recibiesen con mayor devocion y estima aquellos gentiles á quien la predicaba.

CAPÍTULO XXIII

Cómo el P. Francisco llegó á Malaca y tuvo noticia de los reinos del Japon, y de allí partió para Goa por la costa de la Pesquería.

Deseaba el P. Francisco pasar desde Malaca á Goa, para dar órden conforme á la obligacion de su oficio en algunas cosas de la Compañía, y en otras que tocaban á la cristiandad de aquellas partes. Llegaron en este tiempo á Malaca los Padres Juan de Beyra y Juan de Ribera, á los cuales él habia enviado á llamar desde Ternate, ántes de pasar á las islas del Moro. Y así los despachó luego para que fuesen á vivir en la casa y residencia que allí dejaba comenzada, y en su lugar se dirá el fruto que estos Padres hicieron.

Detúvose el P. Francisco en Malaca esperando el tiempo de partir las naos para Goa, ocupándose en sus acostumbrados ministerios con grande fruto y gusto de toda la ciudad, por el amor que chicos y grandes le tenian. Sucedió que vinieron una noche al puerto de aquella ciudad los acenos, gente cruel y belicosa, y sesenta barcas ligeras que traian acometieron un navío de los portugueses que allí estaba, y como le cogieron desapercibido, hicieron en él gran daño, robando la mayor parte de lo que tenia. Pusieron luego á punto los portugueses otros cinco navíos, y fueron tras los acenos casi doscientas leguas. Eran ya pasados dos dias que ni volvian

ni se sabia de ellos, y estaban todos con grande temor no fuesen muertos ó vencidos; acrecentóse este miedo con un rumor que sembraron por la ciudad algunos moros, diciendo que los acenos habian desbaratado los navíos de Malaca. Estaba la ciudad turbada con esta nueva, y con mucha tristeza, porque las mujeres lloraban ya á sus maridos por muertos, y los hijos á sus padres. Supo el P. Francisco lo que pasaba, y mandó tocar al sermon, concurrió toda la ciudad como lo tenia de costumbre, y aun creyendo que les habia de decir alguna cosa particular ó nueva. Subido al púlpito, al fin del sermon, reprendiendo la poca confianza de los cristianos, dijo: «Hay aquí entre otras personas algunas mujeres que despues de haber echado suertes y consultado hechiceros, lloran á sus maridos por muertos y nuestras naves por perdidas. Mas vosotros, hermanos y amigos, alegraos y gozaos, porque nuestros compañeros han peleado hoy con sus contrarios y alcanzado victoria de ellos, y volverán pasado mañana buenos y sanos sin haber perdido más que cuatro personas. Por tanto, en hacimiento de gracias de esta victoria, digamos un Pater noster y un Ave María, y otro por los que murieron en la batalla.» Dijo estas palabras el P. Francisco con su acostumbrada serenidad, dejando á todos con grande consuelo y admiracion, la cual se acrecentó con una nueva alegría cuando llegaron las naos con la victoria el mismo dia que el P. Francisco habia señalado.

Habian descubierto los portugueses dos años ántes de este tiempo las islas y reinos del Japon y comenzado á tratar con aquella gente, como en su lugar se dirá. Con esta ocasion trabaron amistad en la ciudad de Cangojima con un hombre honrado y discreto que se decia Angero. Este hombre, aunque gentil, andaba muy afligido y con grande remordimiento de su conciencia acordándose de algunos pecados de su mocedad, y no hallando remedio para sosegarse en los que le daban sus sacerdotes, dió cuenta de su afliccion á los portugueses que conocia: ellos le aconsejaron que se fuese en su compañía á la India y tratase todas sus cosas con el P. Francisco, que sin duda hallaria el consuelo y paz de su alma que deseaba. Era tal el deseo que tenia Angero de verse libre del tormento que le daba su mala conciencia, que sin reparar en los trabajos y peligros de tan larga navegacion, se embarcó con solos dos criados en busca del Padre Francisco: que no es pequeña materia de confusion para todos los cristianos ver lo que hizo este gentil para asegurar su conciencia, aun ántes que tuviese conocimiento de Dios ni de su ley.

Llegó Angero á Malaca cuando el P. Francisco se habia partido para Maluco la primera vez, y viendo el poco remedio que tenia para hallar al que sin conocer habia escogido por médico de su alma, con harto desconsuelo suyo se volvió para la China con intento de embarcarse allí para su tierra; mas aquel Señor que queria galardonar su buen deseo, ó por mejor decir, habia ordenado la venida de Angero para abrir con ella la puerta de la predicacion del santo Evangelio en los reinos del Japon, cuando ya estaba á vista de ellos levantó una tempestad en aquel mar, que nunca le dejó tomar tierra, ántes con la furia de sus olas y vientos le tornó á echar en Malaca casi al mismo tiempo que el P. Francisco volvió de las islas del Moro y de Maluco.

No se puede decir el alegría de Angero cuando despues de tantos trabajos y peligros, llegado al puerto de Malaca, supo que el P. Francisco estaba en aquella ciudad. Recibióle el Padre con su acostumbrada caridad y benignidad, y con un particular gozo de su alma, pareciéndole que ya veia en Angero las primicias del copioso fruto que se habia de coger en aquellos reinos.

Dióle Angero cuenta muy particular de todas sus aflicciones, y el Padre le consoló y animó con la esperanza cierta de que alcanzaria lo que deseaba; pero que era necesario saber primero la ley de Dios, porque sola ella enseñaba el camino verdadero de la salvacion y de la paz y alegría de la conciencia; y que para esto le importaba irse á Goa, para donde el mismo Padre tambien estaba de camino, y allí le enseñarian muy de propósito cuanto habia menester para alcanzar lo que buscaba, y que él seria allá dentro de pocos dias, por haber de visitar de camino la cristiandad de la Pesquería. No se hizo á Angero dificultoso lo que el P. Francisco le dijo, porque venia resuelto de hacer cuanto le mandase y juzgase ser necesario para la quietud de su alma; y así, se partió luego para Goa con carta del P. Francisco, encomendándole á los Padres de aquel colegio.

En estos caminos y peregrinaciones que el P. Francisco hacia, siempre iba poniendo los ojos en los mejores lugares y puestos para fundar colegios ó casas de residencia, de las cuales se pudiese acudir con mayor comodidad á las necesidades de los cristianos y gentiles, y por esta causa le pareció ser muy á propósito dar principio á una casa en esta ciudad de Malaca, por ser allí el concurso y comercio de tantas islas y reinos, y el paso para Maluco y China y los reinos del Japon. Comunicó este deseo con alguna gente principal de Malaca y devotos su-

yos, y todos salieron con mucho gusto á favorecer su intento con sus haciendas, lo cual no era dificultoso por haber en aquella ciudad hombres muy ricos y principales; y ántes que el Padre Francisco partiese de allí, acomodaron la casa y habitacion de todo lo necesario, porque bastó entender que era gusto suyo, para que ofreciesen con liberalidad eso y mucho más, conforme el amor que le tenian.

Partido el Padre de Malaca llegó á la costa de la Pesquería, donde halló al P. Antonio Criminal que habia venido á ayudar á aquellos cristianos; visitólos el Padre como á sus primeros y queridos hijos, y dejó por Superior de los que andaban predicando en aquella costa al mismo P. Antonio Criminal, y despedido de todos tomó su camino para Goa, donde llegó por el mes de Marzo de 1548; fué recibido de los de casa y de toda la ciudad con muy particular gozo y alegría, porque habia casi cuatro años que no le habian visto en ella.

CAPÍTULO XXIV

Cómo el P. Francisco despues de bautizado Angero se determinó ir á Japon, y recibió en la Compañía al P. Cosme de Torres.

Quien más deseaba la venida del P. Francisco era Angero el japon, que envió desde Malaca. Habíanle recibido los Padres en casa, y procurado instruir á él y á sus dos criados en las cosas de nuestra santa fe. No veia la hora Angero de que llegase el P. Francisco á Goa para hacerse cristiano, y así le bautizó con grande consuelo suyo; púsole por nombre Pablo, y á sus criados Antonio y Juan. Alcanzó Pablo por medio del santo Bautismo lo que tantos años y con tantos trabajos habia buscado, que era la paz y alegría verdadera de su conciencia, de lo cual dió testimonio él mismo en una carta que escribió desde Goa al P. Maestro Ignacio á los 25 de Noviembre de 1548 por estas palabras: «Por las mercedes tan particulares que del Señor he recibido, conozco bien ser esta la verdadera ley, y tengo tantas inspiraciones de esto y está mi alma tan quieta y sosegada, que bien da testimonio de ello.»

Informóse el P. Francisco muy en particular de Pablo, de los reinos y tierra de Japon, de su religion y modo de gobierno, de la capacidad y entendimiento de aquella gente, de la disposicion que podia haber para predicar la ley de Dios, y como Pablo le dió tan buena razon de todo por ser hombre cuerdo y bien entendido, creció en el P. Francisco el deseo que ántes tenia de comenzar esta empresa, de la cual esperaba se habia de servir mucho nuestro Señor. Hizo que por este negocio se dijesen algunas misas, y él mismo con particular cuidado suplicaba á la divina Majestad le diese á entender lo que seria mayor gloria y servicio suyo. Finalmente, despues de algunos dias se resolvió en ir á Japon y comenzar á predicar el santo Evangelio en aquellos reinos tan apartados, y con este intento recibió en la Compañía al P. Cosme de Torres para llevarle consigo. Y porque este Padre fué uno de los primeros y que más trabajaron en la conversion de aquella gentilidad, me pareció poner aquí el modo que nuestro Señor tuvo en traerle á la religion, como el mismo Padre le escribió en una carta para los Padres y hermanos de Portugal escrita en Goa en el mes de Enero de 1549, y dice así:

«El eterno Dios, principio y fin de sus criaturas, no contento con habernos criado y redimido, de tal manera nos crió, que como imágen y hechura suya quiso que le buscásemos, no cesando continuamente de desarraigar de nosotros el cuidado supérfluo de nuestros cuerpos, dándonos para ello muchas y muy continuas inspiraciones, y trayéndonos por medios que parecen contrarios, á hacer su voluntad; y hasta que lleguemos al cumplimiento de ella, siempre vivimos inquietos y sin descanso, porque no le puede hallar la criatura fuera de su Criador; y queriéndome consolar con mis Padres y Hermanos en Cristo, diré brevemente el modo como me llamó el Señor á esta su Compañía. El año de 1538 partí de Sevilla buscando lo que yo no sabia, porque aunque mi propósito fué siempre de servir al Señor, nunca faltaban otros deseos en mi alma que me desviaban de esto. Prosiguiendo mi camino llegué á las islas de Canaria y de Santo Domingo, y de otras muchas cuyas cualidades por ser tan manifiestas no contaré. Al fin tomamos puerto en la tierra firme que llaman Nueva España, en la cual estuve casi cuatro años. Y aunque tenia toda la abundancia temporal que podia desear, pero no hallaba en mi alma el contento que deseaba, y así me partí con otros seis navíos para las islas del Poniente á 1.º de Noviembre de 1542.

»Despues de haber navegado casi cincuenta y cinco dias sin ver tierra, llegamos á unas islas que eran muchas en número, aunque todas pequeñas, cuyos moradores andaban desnudos y se sustentaban solamente de pescado y hojas de árboles. Estuvimos aquí ocho dias, y de ahí á otros diez llegamos á otra isla muy grande, en la cual habia muchas y muy altas palmas, pero no pudimos desembarcar en ella por los recios

vientos. Pasados otros diez ó doce dias tomamos puerto en otra isla no menor que la pasada, aunque parecia despoblada, porque estuvimos cuarenta dias sin ver gente, al cabo de los cuales vinieron hácia donde estábamos unos barcos con gente, que segun su costumbre venia á pedir paz, sacándose sangre de los pechos y brazos. Tiraron de nuestra armada algunas piezas de artillería, con que se espantaron de suerte que nunca más parecieron. Proseguimos desde aquí nuestro viaje hácia el Norte, y no pudiendo pasar adelante fuénos forzoso tornar hácia el Mediodía. En este camino desembarcamos en una isla pequeña, donde habia grande abundancia de carne y arroz, estuvimos en ella casi año y medio. Son los moradores grandes flecheros y usan de ponzoña en las flechas, y para esto crian ciertos gusanos como alacranes. Muriéronsenos aquí como trescientas personas, y á esta causa alzamos velas y fuimos á dar en las islas del Maluco, donde estuvimos algun tiempo. Y porque nuestras naos no podian volver á la Nueva España, concertámonos con el capitan de los portugueses que nos trajese á estas partes de la India.

»Partidos del Maluco vinimos á tomar puerto en otra isla que llaman Amboino, donde hallé al P. Maestro Francisco Javier, con cuya vista se imprimió en mi alma un vivo deseo de imitarle, mas no lo hice luego, porque determiné ir primero á Goa y presentarme al Obispo de aquella ciudad, el cual me recibió con mucha caridad y me encomendó que sirviese un curado; aceptéle y servíle cuatro meses, sin poder hallar en este tiempo descanso ni sosiego en mi alma; y viéndome así afligido con muchos y varios pensamientos, fuíme al colegio de San Pablo y hablé al P. Rector, y preguntándole el modo de vida que profesaban los de la Compañía, como yo estaba algo movido con la vista del P. Francisco, contentóme la razon que me dió de su instituto, y para mirar con más acuerdo lo que debia hacer, me recogí algunos dias, apartándome de los negocios del mundo para darme un poco á la oracion y examinar mi vida pasada, y recorrer las mercedes que de nuestro Señor habia recibido y tomar última resolucion en lo que debia hacer para adelante. Al tercero dia despues de haberme recogido, sentí grande reposo y sosiego de mi alma, que no pudiera ni supiera declarar.

»Trujo nuestro Señor á este tiempo para mi bien al P. Francisco, á quien di cuenta muy particular de todos mis deseos. Y tornándolo á encomendar muy de veras á nuestro Señor, suplicándole me diese luz para acertar á escoger lo que habia de ser más servicio suyo, últimamente me resolví en ser de la Compañía para vivir y morir en ella. Recibióme el P. Francisco con grande consuelo y alegría de mi alma, por haber hallado lo que tantos años y con tantos peligros habia buscado. Pasados algunos dias me ordenó que enseñase la doctrina cristiana á los mozos de casa, y los domingos en la tarde declarase en nuestra iglesia el Evangelio de San Mateo. Tambien me ha dicho quiere llevarme por compañero á los reinos del Japon, para donde piensa partir muy en breve. Yo me ofrecí para acompañarle y acepté la gran merced que nuestro Señor me hacia, y así estoy aparejado para seguirle donde quiera que fuere. Dando muchas gracias á Dios, que tanto consuelo y alegría da á quien con algun deseo le sirve.»

CAPÍTULO XXV

Cómo el P. Francisco ordenó las cosas de la India y repartió los Padres ántes de partir para el Japon.

Cuando los Padres y Hermanos del colegio de Goa entendieron la última resolucion que el P. Francisco habia tomado de ir á Japon, movidos del amor que le tenian, le representaron con lágrimas que mirase la falta que haria con su ausencia, no sólo á ellos, sino á toda aquella cristiandad que le tenia por Padre. Los evidentes peligros que tenia aquella navegacion, por ser los mares del Japon tan bravos y furiosos, y las tempestades tan continuas; mas el Padre los consoló diciendo, que pues habia nuestro Señor enviado tantos obreros y cada dia venian otros muchos de Portugal, con ellos se podia muy bien suplir la falta que él podia hacer con su ausencia. Y cuanto á los peligros de aquella navegacion, se espantaba mucho que tuviesen tan poca confianza en la bondad y misericordia del Señor que podia librarle de todos, sabiendo que se ponia en ellos por sólo buscar su mayor gloria y honra y la salvacion de las almas.

Como venian de ordinario algunos Padres y hermanos de Portugal á la India, y tambien se iban criando otros que se recibian de nuevo en el colegio de Goa, púdose dar principio á algunas casas de residencia en diversas partes de la India, donde habia más necesidad y las pedian con grande instancia, como eran en el Cabo de Comorin, en Malaca, Ternate, en Coulan, Cochin, Bazain y Daman. Y á esta causa, ántes de partir el P. Francisco para Japon, como Superior que era de todos, dividió algunos Padres y Hermanos por estas residencias, que despues vinie-

ron á ser colegios, como en el libro segundo se dirá. En Ternate, como queda dicho, puso á los PP. Juan de Beira y Juan de Ribera, para que desde allí acudiesen tambien á sus tiempos á las islas del Moro y á la de Amboino. Tambien despachó luego al P. Francisco Perez con otros compañeros á Malaca, para que diese principio á la casa que dejaba aceptada en aquella ciudad.

En el Cabo de Comorin estaban el P. Antonio Criminal por Superior, y el P. Enrique Enriquez con algunos otros Padres y Hermanos. En la costa de Travancor el P. Francisco Enriquez con un compañero; á Santo Tomé envió al Padre Alonso Cipriano, y á Coulan al P. Nicolás Lanciloto, y al P. Melchor Nuñez á Cochin; á Bazain y Daman fué el P. Gaspar Gonzalez con algunos Hermanos: fuera de estos Padres envió á la ciudad de Ormuz, en el reino de Persia, al P. Maestro Gaspar Barceo, y por Rector del colegio de Goa dejó al P. Antonio Gomez, y al P. Pablo, su primer compañero, por Superior de todos en su ausencia, hasta la vuelta del Japon. El fruto que hicieron estos Padres y otros que les sucedieron en sus casas y residencias, se dirá más en particular en el segundo y tercer libro de esta *Historia*. No se contentó el P. Francisco con señalar á cada uno el puesto y la ocupacion que habia de tener, sino que como buen pastor y Padre procuró de instruirlos en el modo que habian de tener para ejercitar sus ministerios con fruto y aprovechamiento de las almas y edificacion de todos. Y esto mismo hacia todas las veces que enviaba algunos Padres á misiones, y á los que estaban trabajando en ellas. Y porque no se les olvidase, tornaba á acordárselo con sus cartas, y por ser estas advertencias de mucha sustancia y sacadas de la experiencia tan larga que tenia el P. Francisco, me pareció recoger los puntos más principales de ellas en estos dos capítulos sacados de sus mismas cartas, y son los que se siguen:

1. Primeramente os encomiendo que os acordeis de vosotros mismos, teniendo cuenta con Dios principalmente, y con vuestra alma y conciencia, examinándola cada dia con cuidado; porque de esta manera aprovechareis á los prójimos, y faltando en esto seréisles de poco fruto, porque como dice la Escritura: El que no es bueno para sí, tampoco lo será para otros.

2. Sereis muy obedientes al Vicario de la ciudad donde residiéredes, para que con vuestra humildad y obediencia enseñeis á los demás sacerdotes la que ellos han de tener á su Prelado; con su licencia predicareis, y confesareis y ejercitareis los demás ministerios, y por ninguna cosa quebrareis con él ni con los demás sacerdotes, antes procurad de hacer á todos mucha honra y ayudarlos en cuanto fuere posible con algunos medios espirituales.

3. Tambien tendreis grande respeto al capitan y gobernador de la ciudad, y aunque veais que falta en algunas cosas, no por eso le reprendais públicamente; pero si teneis alguna amistad y entrada, decídselo á él solo con amor y humildad, para que sepa lo que dicen y sienten de él, compadeciéndoos vos de su alma y de su honra; si os vinieren á importunar que le hableis, especialmente en negocios temporales, excusaos cuanto pudiéredes con decir que vuestra profesion es buscar el aprovechamiento de las almas, y no embarazaros en negocios seglares.

4. Cuando entráreis en alguna ciudad, procurad informaros de los hombres que en ella hubiere de más virtud, acerca de los tratos que hay en aquella tierra, y entendedlos muy bien para poder reprender ó aconsejar acertadamente lo que conviniere. Ayudaros ha mucho para que hagais esto mejor, tomar la informacion de personas que tienen experiencia é inteligencia de semejantes contratos; porque estos son los libros vivos que os darán mucha luz para todo.

5. Los domingos y fiestas despues de comer (yendo primero con la campanilla por las calles para juntar la gente), enseñareis á todos la doctrina cristiana y no confieis este ministerio de nadie, ni le encomendeis á otro, porque viéndoosle hacer dareis edificacion á todos, y los gentiles oirán de mejor gana la doctrina cristiana y tendrán más estima de ella. Enseñadles el órden que han de tener cada dia para encomendarse á Dios y examinar su conciencia, y aun podríades darles penitencia á los que confesáredes por algun tiempo, que cumplan ese órden, para que hagan costumbre de guardarle mejor.

6. Los domingos y fiestas ó algun otro dia de la semana, podreis ocuparos en hacer amistades y atajar pleitos, en los cuales de ordinario se gasta más que vale lo principal, sobre que se litiga y se siguen muchas ofensas contra Dios nuestro Señor, á quien hareis muy grande servicio en procurar de reformar las costumbres de letrados y procuradores, porque ellos son de ordinario los que levantan y sustentan los pleitos.

7. A los pobres del hospital visitareis, exhortándoles á que se confiesen, porque muchas veces padecen las enfermedades del cuerpo por las culpas y pecados de su alma. Con el mismo cuidado visitareis los presos de la cárcel, y si halláredes disposicion para ello, persuadidles que hagan una confesion general de su vida, porque hay muchos entre estos que ó nunca se

confiesan, ó si lo hacen es con muchas faltas y poco aparejo, y de ordinario son gente muy necesitada de que se mire por sus conciencias.

CAPÍTULO XXVI

De otras advertencias particulares que daba el P. Francisco á los Padres que andaban á las misiones.

8. Procurad de ser afables con todos, porque si mostrais demasiado encogimiento ó tristeza, muchos habrá que no se atreverán á tratar con vosotros y dejarán de aprovecharse de vuestros consejos. Pero advertid mucho que con todas las personas que tratáredes, aunque sean muy amigos y conocidos, os hayais con ellos, como si en algun tiempo hubiesen de ser vuestros mayores enemigos. Porque esto os ayudará para que vivais con más recato y deis más ejemplo y edificacion con vuestra vida y costumbres, y ellos tengan ménos que decir de vosotros cuando por alguna ocasion se os volvieren contrarias; creedme y usad de esta prudencia con este mundo malo.

9. Mirad, que es gran cosa no tomar nada de nadie, porque quien recibe muchas veces pierde su libertad, quiero decir, que el que toma algo de otro, sus palabras para con él no tienen tanta fuerza; y al que las dice le falta la libertad necesaria para aconsejarle y reprenderle lo que conviene para su salvacion.

10. Vuestros sermones procurad que sean continuos, porque este es un bien universal con el cual se hace mucho fruto en las almas y grande servicio á Dios nuestro Señor. Pero avísoos que nunca prediqueis cosas curiosas, ó dudosas ó dificultosas que suele haber en los Doctores y sirven poco para la enmienda de la vida, sino doctrina moral enderezada á reprender los vicios y aficionar los hombres á la virtud, procurando de moverlos á la verdadera contricion y confesion de sus pecados, y á recibir el Santísimo Sacramento con pura y limpia conciencia; porque este es el camino no sólo para dejar los vicios, sino para perseverar en la enmienda de la vida y reformacion de las costumbres.

11. Nunca reprendais en público á las personas que son de mucha autoridad ó que tienen á su cargo el gobierno de la tierra donde residís. Mas cuando fuere necesario advertirles de alguna cosa, podréislo hacer en su casa ó en la confesion con rostro alegre y palabras humildes, excusando por entónces las rigurosas, porque no sean ocasion de que pierdan consigo la paciencia y con vosotros el respeto, y sea vuestro trabajo sin fruto. Este mismo recato tendreis para no reprender en público á los sacerdotes ni personas religiosas, porque de estas reprensiones comunmente se sigue poco provecho y mucho escándalo, y se da grande ocasion á los seglares de murmurar, y vale más mediano fruto sin este daño que mucho con él.

12. Cuando confesáredes gente embarazada con tratos ilícitos, ó á los que están caidos en flaquezas, si hallais disposicion para ello instruidlos en que tomen dos ó tres dias para examinar su conciencia, y traer á la memoria sus pecados, y procurar el dolor de ellos, y para esto dadles algunas meditaciones y detenedlos en ellas dos ó tres dias llorando sus culpas y haciendo alguna penitencia, porque con esta disposicion y aparejo les sea de provecho la absolucion; y tambien es justo que pudiéndose hacer sin inconveniente, cumplan ántes de la absolucion algo de lo mucho que prometen hacer despues.

13. A semejantes personas no las trateis con palabras de rigor, por lo ménos al principio, hasta que hayan acabado su confesion, antes procurad de animarlos con la esperanza de la divina misericordia, sin mostrar alteracion, ni admiracion ó espanto con el rostro ó con las palabras, aunque sean las cosas muy graves. Para sacar de estas miserias á los que halláredes caidos en ellas, es muy eficaz remedio persuadirles á que hagan una confesion general, disponiéndose para ella con algunas meditaciones que les despierten al aborrecimiento de la vida pasada.

14. Ultimamente os encargo, que vuestro principal cuidado sea procurar la humildad interior de vuestras almas; y para alcanzarla que os ejerciteis siempre en cosas bajas y humildes. Porque esta humildad hará que seais amados del pueblo, y que tengais el crédito y autoridad que fuere necesaria para hacer vuestros ministerios; y si quisiéredes alcanzarla por otro camino olvidándoos de este, permitirá el Señor que la perdais. No echeis mano de la opinion que tienen los hombres de vosotros ni del mucho fruto que haceis en vuestros sermones, porque os será grande impedimento para conservar la humildad interior de vuestro corazon. Acordaos cuántos predicadores están ahora en el infierno que tuvieron mayor talento y gracia de predicar é hicieron más fruto con él que vosotros y se condenaron por no ser humildes, y porque habiendo dejado el mundo no menospreciaron el deseo de ser honrados y estimados de los hombres. Considerad lo segundo, los grandes impedimentos que poneis continuamente, para que el Señor no os comunique sus dones, de lo cual

resulta, que él sea ménos glorificado y las almas ménos aprovechadas, y todos estos daños nacen de vuestras culpas, las cuales si supiésedes conocer y examinar profundamente, creedme que hallaríades siempre muy bastante materia para vuestra confusion y humillacion interior.

CAPÍTULO XXVII

Del camino que el P. Francisco hizo á Japon, y desde allí volvió á Goa.

Habiendo el P. Francisco dado órden en las cosas de la India y repartido los Padres por las residencias dichas, puestas á punto las cosas necesarias para aquella navegacion tan larga y despedido de sus Padres y Hermanos, á principio de Abril de 1549 partió de Goa llevando consigo al P. Cosme de Torres y al H. Juan Fernandez y á Pablo de Santa Fe, recien bautizado con sus dos criados. Tambien iba en la misma embarcacion hasta Malaca el P. Alonso de Castro, recien ordenado, y fué á decir su primera Misa en aquella nueva casa y residencia, y en ella predicó el P. Maestro Francisco y desde allí le envió á Ternate para que ayudase á los Padres Juan de Beira y Juan de Ribera. Fué este P. Alonso de Castro martirizado despues en el Maluco, como en su lugar se dirá, y por eso hice ahora particular mencion de él y de su camino.

De los trabajos que pasó el P. Francisco partido de Malaca hasta Japon, y los que padeció estando en aquella tierra, y el fruto que en ella hizo, se dirá en el libro quinto, que es su propio lugar, donde muy en particular se trata, cómo él y sus compañeros comenzaron á predicar en aquellos reinos el santo Evangelio. Detúvose por allá el Padre poco más de dos años dejando entre los japones tanta fama de su santidad, como en las otras partes de la India donde habia estado. Despues que tuvo noticia de aquella tierra y vió la buena disposicion que habia en la gente para recibir la ley de Dios, dejó al P. Cosme de Torres y al H. Juan Fernandez en la ciudad de Amanguchi (que es del reino de Nangato) para que deprendiesen la lengua y llevasen adelante el fruto que nuestro Señor habia comenzado á dar en Japon, y él dió la vuelta para la India con intento de enviar desde allá quien los ayudase.

Partió el P. Francisco del Japon por el mes de Noviembre de 1551, en la nao de Duarte de Gama, hasta el puerto de la China llamado Chincheo, donde halló al capitan Diego Pereira con quien el Padre tenia particular amistad y estaba de camino para Malaca, aunque con mucho cuidado, porque habia tenido nueva cierta que estaba la ciudad cercada de moros, y á esta causa se apercibia de armas y de lo necesario para ir á socorrerla; mas el P. Francisco le sacó de este cuidado, asegurándole, que cuando llegasen á Malaca estaria muy pacífica, como despues sucedió. No quiso el capitan Diego Pereira que el P. Francisco fuese en otra nao, sino en la suya, pues habian de ir entrambos á la India, y así lo hubo de aceptar.

Poco despues que hubieron partido del puerto de Chincheo se levantó una tan recia tempestad, que rompiendo la maroma llevó un esquife con dos remeros engolfándolos en la mar, sin que pudiesen ser socorridos de nadie. Teníanlos ya todos por perdidos y anegados, porque ni ellos ni el esquife parecian, y así determinaron proseguir su camino como pudiesen. Rogó el P. Francisco al patron que bajase las velas y esperasen un poco hasta ver si parecia el esquife; hacíaseles muy de mal á los del navío detenerse por el grande peligro en que estaban, al fin por su respeto bajaron las velas y esperaron un poco. Mas viendo que ni el esquife parecia, ni la tempestad cesaba, tornaron á levantarlas. Importunóles el Padre segunda vez que las bajasen, certificándoles que el esquife llegaria muy en breve, y aunque esto les parecia á todos imposible, como era tanta la reverencia y respeto que le tenian, bajaron segunda vez las velas. Hincóse entónces el Padre de rodillas á hacer oracion, y fué el Señor servido que vieron luego venir el esquife entre las olas, caminando hacia la nao y dentro los dos moros, á quien tenian por perdidos. Recogiéronlos dentro del navío con grande gozo y admiracion de todos, y ellos reconociendo la misericordia que nuestro Señor les habia hecho por la oracion del Padre Francisco, recibieron de su mano el santo Bautismo, habiéndolos primero instruido en la fe.

En este viaje dió cuenta el P. Francisco á su amigo Diego Pereira del intento que llevaba de tratar en Goa muy de propósito con el virey y el Obispo de volver luego á la China para intentar la entrada en aquel reino, como habia hecho en Japon; porque en estas dos veces que habia pasado cerca de la China le habia contentado mucho lo que de aquella tierra le habian dicho. Alabóle el capitan su santo deseo, y ofreció al Padre de servirle con su persona y hacienda en aquella empresa, si fuese necesario para ella. Llegados á Malaca, dentro de pocos dias partieron para Goa, y con próspero viaje desembarcaron en aquella ciudad por el mes de Febrero de 1552, donde fué recibido de los de casa y de

fuera con extraordinario consuelo y alegría, por el buen suceso de las cosas del Japon.

Este fué más particular en los Padres y Hermanos del colegio, porque tenian perdida la esperanza de verle más en aquella tierra. Acrecentóseles el consuelo con una cosa que sucedió. Habia en el colegio un Hermano enfermo y desahuciado de los médicos, con una prolija y grave enfermedad. Este Hermano, como supo que venia el P. Francisco dijo, que si le viese ántes de su muerte le daba nuestro Señor confianza que habia de cobrar salud, y no se engañó ni fué vana su esperanza; porque entrando el Padre á visitarle le dijo un Evangelio, y puesto las manos sobre la cabeza del enfermo, á la hora sintió la mejoría, de manera que en pocos dias estuvo sano y bueno. Traia el P. Francisco en su compañía dos japones, como primicias de aquella tierra; el uno se decia Mateo y murió en Goa, el segundo Bernardo, á el cual envió á Roma y allá le recibió en la Compañía el Padre Maestro Ignacio. Volvió despues de Roma para ir á la India con deseo de buscar al P. Francisco para andar en su compañía: atajó la muerte sus buenos intentos en nuestro colegio de Coimbra, dejando á todos muy edificados con su muerte y vida.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el P. Francisco determinó ir á la China, y dejó en su lugar al P. Maestro Gaspar Barceo, y la instruccion que á él y á los demás daba para ser Superiores.

Llegado el P. Francisco á Goa, con el deseo que nuestro Señor le daba de manifestar su santo nombre en todas partes, comunicó con el virey y con el Obispo la determinacion que traia, de procurar la entrada en el reino de la China por lo mucho que esperaba se serviria nuestro Señor, si se abria puerta en aquella tierra tan extendida y poblada, para predicarse en ella el santo Evangelio. Aprobaron entrambos su determinacion y consultaron acerca del medio que se podia tomar para que tuviese efecto aquel negocio, por ser tan dificultosa la entrada en aquel reino por la rigurosa ley que tienen y pena de muerte para los extranjeros que sin licencia suya quisieren entrar. Al fin, miradas las dificultades, se tomó por resolucion enviar al capitan Diego Pereira con título de embajador del rey de Portugal, y con un presente para el de la China, ofreciéndole su amistad y que llevase al P. Francisco en su compañía, para que con esta ocasion y buen color pudiese comenzar á predicar la ley de Dios y echase de ver la disposicion de la tierra y de la gente, para hacerse fruto en ella.

Puso luego el Padre en órden lo que era necesario para su camino y algunas cosas de aquella cristiandad. Y porque en el Cabo de Comorin era ya muerto el P. Antonio Criminal (como en su lugar se dirá) que era Superior de los que andaban en aquella costa, señaló al P. Enrique Enriquez para que hiciese el mismo oficio, y dióle por compañero al P. Alonso Mendez, que tambien fué despues mártir. Al P. Melchor Nuñez mudó de la residencia de Cochin á la de Bazain, y al P. Gaspar Barceo, que ya era vuelto de Ormuz, señaló por Rector del colegio de San Pablo de Goa, y como Superior ó Viceprovincial de los que estaban en la India por su ausencia. Fué este P. Gaspar hombre muy señalado y de gran caudal de espíritu y por quien Dios nuestro Señor obró cosas muy particulares y extraordinarias en el reino de Ormuz, como se dirá en el libro tercero de esta *Historia*. Cuando el Padre Francisco le envió á la mision de Ormuz y despues le dejó por Superior en Goa, entre otras advertencias le dió algunas de mucha importancia para los que hacen oficio de Superiores; las cuales recogeré en lo restante de este capítulo en cinco ó seis puntos, sacados de sus mismas cartas, que son los siguientes:

1. En primer lugar tendreis siempre cuenta con vuestra conciencia y de los ejercicios espirituales que se ordenan á vuestro aprovechamiento, porque cuanto vos fuéredes mejor con vuestro ejemplo, hareis mejores á los súbditos que tuviéredes: y á ellos se les hará más fácil el camino de la perfe.cion, viendo que vos vais delante.

2. Anteponed siempre la obligacion de vuestro oficio al provecho de los de fuera, porque á los de casa estais primero obligado, y de su aprovechamiento os ha de pedir nuestro Señor estrecha cuenta: y sabed cierto, que así como van errados, los que miran solamente al exterior que ven los hombres, olvidándose de lo interior que mira Dios, de esa misma manera andan engañados los que teniendo obligacion por razon de su oficio á mirar por el aprovechamiento de sus súbditos, olvidándose de ellos, se ocupan del todo con los de fuera; y por eso cumplid vos primero con los que teneis á vuestro cargo, y despues en cuanto pudiéredes ayudad á los demás prójimos.

3. Con vuestros Padres y hermanos habéos siempre con mucha claridad y modestia, y no los trateis con aspereza ni rigor. Procurad de conservar en vuestra alma la humildad para con todos, y aunque hagais con ellos oficio de supe-

rior, habeis de reconocer que por sus oraciones os da nuestro Señor el talento que teneis para gobernarlos, y si no se aprovecharen de vuestra benignidad y blandura, usad de la severidad necesaria con los que tuvieren altivez y soberbia; porque así como conviene perdonar fácilmente á los que faltan por ignorancia ó flaqueza, tambien es necesario el rigor para reprimir á los que pecan con libertad y desenvoltura. Y tened por muy cierto, que una de las cosas que más impide y hace daño á los tales súbditos imperfectos, es sentir á sus Superiores flojos y remisos, y que disimulan sus faltas y no osan reprendérselas ni castigarlas; porque de ahí toman ocasion para más crecer en su libertad y obstinacion.

4. No penseis que consiste la conservacion y aumento de la Religion en recibir mucha gente, sino en procurar que sea buena, que más hacen pocos y buenos obreros, y más edificacion dan que no muchos cuando no son tales.

5. Procurareis de criar á los que recibiéredes con espíritu de hijos, para que os descubran las necesidades de su alma y las tentaciones que padecen con grande confianza, porque este es un grande medio para que vayan siempre adelante en la perfeccion; y por eso dije que procediésedes con todos ordinariamente con amor y claridad, y no con rigor y aspereza, porque donde hallan ésta, ciérraseles la puerta para dar cuenta de lo que pasa por sus conciencias.

6. Procurad tambien de ejercitarlos en la mortificacion de sus pasiones y afectos interiores desordenados, ayudándolos para ello con los medios y ejercicios que fueren más convenientes, mirando las fuerzas y disposicion de cada uno; sobre todo procurareis que se adelanten en la perfeccion de la obediencia, de la cual no sólo pende el buen ser, órden y concierto de toda la comunidad, sino tambien el aprovechamiento de los mismos particulares.

CAPÍTULO XXIX

Cómo el P. Francisco partió de Goa y llegó á la China, y los impedimentos que tuvo para entrar en ella.

Dispuestas y ordenadas las cosas de la India, despidióse el P. Francisco de los de casa y de los de fuera, con tantas lágrimas de los unos y de los otros, que parecia adivinaban ser aquella la última y postrera vista. Partió de Goa en compañía del embajador Diego Pereira, su grande amigo, por el mes de Abril de 1552. Llevaba en su compañía al P. Baltasar Gago y al H. Pedro de Alcazeba, para enviarlos desde Malaca á Japon, donde habian de ayudar al P. Cosme de Torres. Y para el viaje que hacia á la China solamente tomó por compañeros un hermano que se decia Alejo de Herrera y un mozo natural de la China, que se habia criado en el colegio de San Pablo de Goa, cuyo nombre era Antonio de Santa Fe. Tuvieron en este viaje una muy recia tempestad en que se daban ya por perdidos. Púsose en oracion el P. Francisco suplicando á nuestro Señor los librase de aquel peligro y diese buen suceso á su viaje, pues se enderezaba á buscar su mayor gloria y honra. Oyó el clementísimo Señor la oracion de su siervo, y desde aquel dia tuvieron mucha serenidad y bonanza hasta llegar á Malaca.

Pesábale mucho al demonio de esta embajada que llevaba á su cargo el capitan Diego Pereira, pareciéndole que con ella se abria la puerta (que tenia tan cerrada) á la predicacion del santo Evangelio en aquel reino de la China; y así, procuró impedirla con todas sus fuerzas, aprovechándose para esto de cierta enemistad antigua que tenia el gobernador de Malaca con el capitan Diego Pereira. Porque viéndole ir á la China con cargo y oficio tan honroso, abrasado de envidia, y con deseo de tomarle para sí, con ocasion de cosas pasadas le hizo una informacion, y con ella le detuvo para que no pasase adelante, sin que bastasen los muchos ruegos del P. Francisco para que dejase proseguir su viaje, ni el ponerle delante la importancia del negocio que llevaba, ni el grande servicio que á nuestro Señor y á su rey haria en ello, ni el amenazarle con las censuras tan graves que contra él podia promulgar, como Nuncio y Legado Apostólico que era en aquellas partes; y así, por justo juicio del cielo dentro de pocos meses este gobernador fué preso á Goa, y desde allí le llevaron á Portugal, donde murió en una cárcel pobre y miserable y confiscados todos sus bienes.

Viendo el P. Francisco que le faltaban para aquella empresa los medios humanos, que al parecer de todos eran tan convenientes para salir con lo que deseaba, no por eso desmayó, como quien traia puesta su confianza en Dios nuestro Señor. Despachó luego para Japon al P. Baltasar Gago y al H. Pedro de Alcazeba con un navío que iba allá, y procuró dar órden en su partida para la China. Estando el Padre un dia en Malaca echado sobre una pobre camilla, con una particular visitacion que tuvo de nuestro Señor quedó transportado de sus sentidos, pero ninguno de sus compañeros se atrevió á llegar á él, hasta que pasadas algunas horas volvió en

sí, como quien despierta de un profundo sueño; y señalando por su propio nombre á cierta persona, dijo muchas veces: «Dios te lo perdone.» Nadie le quiso preguntar lo que era, viendo que él mismo lo encubria; pero por las cartas que vinieron de Portugal se supo despues, confiriéndolas con el tiempo en que el P. Francisco habia dicho las palabras, cómo la persona que él nombró traia entónces muy afligida la Compañía, y por sus oraciones sacó nuestro Señor de aquellos trabajos mucho fruto.

Muy desconsolado estaba en Malaca el embajador Diego Pereira, no tanto por su particular interés como por no poder acompañar al Padre Francisco en aquella jornada; pero ya que con su persona no pudo hacerlo, dió órden que en su misma nao le llevasen hasta la isla de Sanchon, treinta leguas de la China, adonde iban de ordinario los portugueses con sus naos y venian los chinas (1) á contratar con ellos; porque desde esta isla no podian pasar los extranjeros so pena de la vida sin particular licencia, y la misma pena tenia cualquiera que los llevase á la China. Llegado á esta isla el P. Francisco hizo una cabaña ó enramada, en la cual se recogia de noche y decia Misa cada dia, y desde allí procuraba ayudar á los portugueses y predicar á los chinas que venian á negociar con ellos. Pero su mayor cuidado era ver el modo que podia tener para entrar en aquella tierra; encomendaba mucho á nuestro Señor este negocio, suplicándole que descubriese algun camino para cumplir este su deseo.

Cuando le pareció ser tiempo, dió cuenta de la determinacion que traia á los portugueses más principales que habia en aquel puerto, pidiéndoles su parecer y consejo como á gente que tenia más noticia de la tierra. Pusiéronle todos grandes dificultades y procuraban apartarle de su intento, representándole el peligro á que se ponia en fiarse de cualquier china, porque como gente sin ley, ni temor de Dios, despues de haber recibido el dinero, por no ser descubiertos le echarian en la mar, ó le dejarian en alguna isla desierta donde pereciese. Y cuando cesase todo esto, bastaba entrar en aquel reino sin licencia para incurrir la pena de muerte, que por sus leyes estaba puesta contra los extranjeros. Ponían le tambien delante el daño que podia resultar á todos ellos, irritándose los chinas contra los portugueses, pensando que sin temor ni respeto de sus leyes le habian puesto en la tierra firme. Pero que si con todas estas dificultades y peligros estaba resuelto de entrar, le ayudarian con cantidad de doscientos ducados en pimienta para que los diese á cualquiera mercader que se atreviese á llevarle consigo. Agradecióles mucho el P. Francisco la voluntad y amor que le mostraban, ofreciéndoles que él guiaria el negocio de suerte, que por su respeto á ninguno de ellos viniese daño.

(1) El autor, como otros de aquel tiempo, llama *chinas* y *japones* á los que ahora llamamos *chinos* y *japoneses*.

CAPÍTULO XXX

Cómo el P. Francisco se concertó con un mercader china, que le llevase á la ciudad de Canton.

Todas estas dificultades que los portugueses pusieron al P. Francisco, no fueron bastantes para hacerle mudar su determinacion y propósito, ni para aflojar un punto en el deseo que nuestro Señor le habia dado de predicar su santo Evangelio en aquel reino, antes le parecia que si una vez se viese en tierra, le daba el mismo Señor ánimo y fortaleza para cualesquiera trabajos y peligros, y aun para dar su sangre y vida por la gloria de su santo nombre. Con este intento procuraba de saber entre aquellos mercaderes chinas, si habia alguno que quisiese llevarle consigo. Pero ninguno se atrevia á hacerlo, por no incurrir en la pena de muerte. Al fin andando de unos en otros, halló uno que en mucho secreto se concertó con el Padre en esta forma, que le llevaria y tendria escondido en su casa tres ó cuatro dias, y una noche le pondria á las puertas de la ciudad de Canton, dejándole allí á sus aventuras, y el P. Francisco le ofreció, porque lo cumpliese así, la cantidad de doscientos ducados en pimienta, que para el mismo efecto le daban los portugueses. Y porque le importaba al mercader, no ménos que la vida el hacer esto con sumo secreto, no quiso llevarle entónces en su compañía; pero prometió de volver por él dentro de cierto tiempo en una embarcacion, en la cual no viniesen más que sus propios hijos y criados, recelándose que si hubiese alguna persona que no fuese de su casa, le descubriria al mejor tiempo.

Quedó el P. Francisco muy alegre con el concierto, viendo que se le descubria camino para lo que tanto deseaba. Y porque no le fuese impedimento para su entrada el hermano que habia traido de la India, porque andaba muy falto de salud en aquella tierra, tornóle á enviar con los navíos que habian ya negociado y se volvian para Malaca. Tambien tengo por cosa cierta que envió delante á la ciudad de Canton, que es la primera de la China, al mozo natural de aquella tierra que traia en su compañía, con

título y color de que visitase sus parientes y le esperase allá, y las razones que para esto tengo son dos. La primera, que siendo este mozo, como lo era, natural de la China y conocido por tal, así en el rostro como en la lengua y en otras muchas cosas particulares que tiene aquella gente, cosa clara es que el mercader no habia de querer llevarle con el P. Francisco si le tuviera allí, porque le ponia á peligro de ser descubierto, si los mandarines pusieran al mozo á cuestion de tormento, para que dijese quién habia traido aquel Padre extranjero; que por este mismo temor y recelo no quiso el mercader llevar al Padre la primera vez cuando hizo el concierto, sino volver despues con solos sus hijos y criados, para que fuese con más secreto.

La segunda razon es, porque ninguna historia impresa, ni autor grave hace mencion de que este mozo Antonio se hallase á la muerte del P. Francisco, y es de creer que si estuviera en su compañía, no le desamparara en semejante necesidad, ni tampoco dejaran de escribirlo los que en particular cuentan la muerte de este bendito Padre. Yo he leido las mismas cartas que vinieron del Japon, escritas en el papel de aquella tierra, y otras cinco ó seis impresiones diferentes que han hecho los Padres de la Compañía y personas defuera, que han tenido particular cuidado y diligencia en ver los originales, y en ninguna de estas se dice más de que este mozo Antonio fué con el Padre desde Goa hasta la isla de Sanchon, y así tengo por cosa sin fundamento de verdad á que se pueda dar crédito, lo que anda escrito en una carta de este mismo mozo acerca de la muerte de este santo Padre; y lo cierto es, que habiendo enviado al Hermano Herrera á la India (como queda dicho) y á este mozo á la China, el P. Francisco se quedó solo en las islas de Sanchon, esperando la vuelta del mercader que le habia de llevar á la China.

Partidas para Malaca las naos de los portugueses, quedó solamente en aquel puerto la del embajador Diego Pereira, que como vino más tarde que las otras, no habia acabado de vender toda su mercadería, y esperaban los del navío saber el suceso de la entrada del P. Francisco en la China, para dar cuenta de ella á su amo. Para esperar el P. Francisco al mercader que le habia de llevar, conforme al concierto que entre ellos estaba hecho, mudóse á otra parte de la ribera, que era más secreta y algo apartada del concurso de la gente, que venia á negociar con los de la nao. Recogióse en una pequeña sierra que estaba á vista del mar en una choza ó cabaña de las que habian dejado los portugueses; porque no les consentian entónces los chinas edificar en aquella isla otras casas ni edificios más que unas cabañas ó enramadas de prestado, donde estuviesen entre dia para negociar, porque de noche se volvian de ordinario á sus navíos.

CAPÍTULO XXXI

Cómo el P. Francisco murió en la isla de Sanchon antes de entrar en la China.

Habian dejado los portugueses cuando se partieron de Sanchon, tan maltratada y desbaratada aquella pobre cabaña donde se recogió el P. Francisco, que casi por todas partes estaba descubierta al sol, y agua y al frio y sereno de la noche. Pero el fuego del cielo con que traia el Padre abrasado su corazon en el amor de nuestro Señor y deseo de manifestar su santo nombre en aquellas partes, le hacia que no echase de ver estas incomodidades, antes pasaba por ellas alegremente. Su ocupacion era en aquellos dias gastar el tiempo en continua oracion, esperando la venida del mercader que le habia de poner en la China.

Otras veces paseándose por la ribera del mar fijaba sus ojos y el corazon en el cielo, ofreciendo á Dios nuestro Señor su vida en sacrificio para llevar por su amor los grandes trabajos que le esperaban en aquella empresa. Mas cuando el P. Francisco pensaba le quedaban muchos por pasar en aquella mision, quiso la soberana Majestad premiarle con eterno descanso los que en su servicio habia padecido, peregrinando once años en aquellas Indias Orientales. Porque andando el Padre aparejándose con estos santos ejercicios y fervorosos deseos, le dió una calentura lenta, con la cual anduvo algunos dias, entendiendo que ni pasaria adelante, ni seria cosa de cuidado, ni de peligro. Con esta ocasion vino desde su cabaña á la nao, que estaba en el puerto, donde le hicieron todo buen acogimiento por el amor y reverencia que le tenian.

No se detuvo el Padre con ellos más que una noche, porque los vaivenes del navío le hacian daño, y lo principal era que se acercaba ya el tiempo en que conforme al concierto hecho habia de venir el mercader de la China para llevarle, y temia que no hallándole en el lugar señalado se volveria. Consintieron en su ida los de la nao, por entender que aquel era su gusto y que la indisposicion era cosa sin peligro, porque el P. Francisco con su grande paciencia y mucha mortificacion, encubria sus trabajos y enfermedades, de manera que apénas se le echaban de ver. Vuelto á la cabaña con el poco abrigo que en ella tenia, y ser lo recio del in-

vierno, creciόle mucho la calentura, y como el Padre estaba tan debilitado de su grande abstinencia y muchos trabajos, viniéronle á faltar las fuerzas de manera, que ni pudo volver á la nao por estar algo léjos, ni tuvo quien pudiese socorrerle á tiempo en aquella tan extrema necesidad.

Viéndose el bendito Padre en aquella pobre cabaña solo y desamparado de todo el consuelo humano, volvia sus ojos amorosamente al cielo, y con suspiros encendidos que salian de lo más íntimo de su corazon, hablaba con su amado Jesus, cuyo nombre habia venido á manifestar en aquellas partes, y repitiendo en la hora de su muerte lo que tan impreso tuvo en su alma toda la vida, con tiernos y amorosos coloquios decia: «Bien sabeis vos, Señor mio, que la vida para mí era una continua muerte, estando privado de vuestra vida, y por sólo vuestro mayor servicio y gloria, la llevaba yo en paciencia. Y pues vos, Señor mio, sois servido que ella se acabe y se alce ya este destierro, en vuestras manos encomiendo mi alma, y suplícoos hayais misericordia de ella.» Entre estos y otros amorosos coloquios, repitiendo muchas veces el dulcísimo nombre de Jesus y María, dió su bendita alma al que la crió, en aquella pobre y desabrigada choza, tan desamparado de todo consuelo y favor humano, cuanto estaba su alma enriquecida y llena de los dones y favores del cielo. Fué su muerte al quinto dia despues que volvió de la nao, y á los 2 de Diciembre de 1552 años, habiendo peregrinado casi once, predicando el Santo Evangelio en las Indias Orientales, con grande fruto y aprovechamiento de las almas.

CAPÍTULO XXXII

Cómo fué llevado el cuerpo del P. Maestro Francisco desde la China á Malaca.

Cuando el P. Francisco salió de la nao para volver á su cabaña, aunque los del navío no entendieron que su enfermedad era de peligro, todavía quedaron con algun cuidado de su salud; y como habia ya cuatro dias que no sabian de ella, al quinto enviaron un hombre ó dos, que supiesen cómo estaba, y si habia menester algo. Estos hombres llegaron á tiempo que ya el P. Francisco estaba muy al cabo hablando con nuestro Señor, y encomendándose á él, y dentro de poco tiempo como llegaron, espiró. Volvieron luego los hombres al navío, y dieron aviso á los que estaban en él de lo que pasaba; fueron casi todos á ver aquel santo Padre, á quien tanto amaban, y hallaron su rostro muy hermoso, y su cuerpo y vestido tan compuesto, que más parecia estar durmiendo y reposando, que hombre difunto.

Sintieron todos mucho su muerte por el amor que le tenian, y deseando llevarle en su compañía, porque no podian partir de Sanchon tan presto, acordaron de enterrarle y echar en el cuerpo alguna cantidad de cal, para que fuese con mas comodidad, estando consumido y deshecho. Con esta determinacion le pusieron en un ataud debajo de tierra con sus vestidos sacerdotales lleno de cal. Pasados tres meses, siendo ya tiempo de partir de aquella isla, tornaron á desenterrar el cuerpo, y halláronle tan entero, como el mismo dia que le pusieron en el ataud, y con un olor suavísimo que de él salia; y los vestidos y ornamentos sacerdotales tan sin lesion, como si acabaran entónces de ponérselos. Admirados todos de cosa tan maravillosa y extraordinaria, tornáronle á poner segunda vez en el mismo ataud con cal, y de esta manera caminaron con él para Malaca, donde llegaron á los 22 de Marzo de 1553. Cuando en la ciudad se supo que era llegada la nao al puerto, como era tan grande la devocion que en toda ella tenian al P. Francisco, salieron á recibir su cuerpo hasta la ribera, y desde allí le trajeron con una muy solemne procesion, hasta la iglesia de la Compañía.

Era tanto el deseo que toda aquella ciudad tenia de verle, que no fué posible dejar de corresponder á su devocion; y tornando á descubrir el ataud hallaron el cuerpo y vestidos tan enteros y sin corrupcion alguna, como la primera vez que en la China le desenterraron. Quedaron todos llenos de admiracion y consuelo, dando muchas gracias á nuestro Señor por las obras tan maravillosas que en la vida y en muerte habia obrado con su siervo. Entretanto que se daba órden para llevar el cuerpo á la India y ciudad de Goa, parecia á los Padres de aquella casa tornarle á enterrar sin ataud, y así le pusieron debajo de tierra, cubierto el rostro con un pañizuelo y una almohada debajo de la cabeza. De esta manera estuvo desde fin de Marzo hasta los últimos de Agosto, que son cinco meses.

Llegándose ya el tiempo de partir para Goa, tornáronle á desenterrar esta tercera vez, y hallaron el bendito cuerpo tan entero como la primera, y sus vestidos y zapatos tan nuevos como si se los acabaran de poner, y el alba y sobrepelliz con que le habian enterrado, como si la sacaran entónces de la tienda; y lo que más puso en admiracion á los que se hallaron presentes fué, que con haber tantos meses que era muerto, el pañizuelo con que tenia cubierto el rostro y el almohada que tenia debajo de la cabeza

estaban manchados de una sangre fresca y colorada, y de todo el cuerpo salia un olor maravilloso y tan suave, que acrecentaba la devocion de los que le miraban. Parece haber sido particular providencia de Dios nuestro Señor, que le enterrasen tantas veces, para que se echase de ver más claramente la virtud divina que le conservaba y el testimonio manifiesto de su santa vida. Hallóse á esta sazon en Malaca el embajador Diego Pereira, su grande amigo y devoto, y para mostrar el amor que le tenia, hizo aparejar un muy rico ataud cubierto de carmesí, y un paño de finísimo brocado, para que llevasen el cuerpo con mas decencia. Estaban ya esperando en Malaca dos Hermanos que le habian de llevar hasta Goa. El uno envió desde la India el P. Maestro Gaspar, que habia quedado por Superior. El otro era el H. Pedro de Alcazeba que volvia de Japon y entrambos tenian órden de dar aviso en Goa cuando la nao llegase cerca, para que de aquella ciudad saliesen á recibirle con la solemnidad que convenia.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo fué recibido en Goa el P. Francisco Javier, y se depositó en la iglesia de la Compañía.

Partidos de Malaca con el cuerpo del Padre Maestro Francisco Javier, llegaron á la India, aunque con hartos peligros y trabajos, de los cuales libró nuestro Señor la nao por los merecimientos de su siervo que iba en ella. Por ser los vientos contrarios no pudo tomar puerto en Goa, y fué forzoso detenerse en Baticala, que está veinticinco leguas antes, donde los portugueses tenian una buena fortaleza. Residia en Baticala una señora muy principal, mujer del procurador general del rey, que estaba muy enferma, la cual como supo que habia llegado á aquel puerto la nao en que venia el cuerpo del P. Francisco, á quien ella tenia particular devocion, pidió con grande instancia que le diesen un poco del cíngulo que traia, porque tenia mucha confianza en nuestro Señor, que le habia de dar entera salud por la intercesion de su siervo.

No se le pudo negar á esta señora lo que con tanta piedad y devocion pedia, ni su confianza salió en vano; porque recibiendo con grande reverencia aquella reliquia, á la hora cobró su entera salud. Y lo mismo aconteció á otro hijo suyo que habia seis meses le fatigaba una calentura, y poniéndosela quedó libre de ella. Luego que llegó la nao á Baticala, el capitan se partió para Goa en una fusta, y entrando en el colegio de San Pablo, dió cuenta á los Padres del tesoro que les traia. Habia muerto pocos meses antes en aquel colegio el P. Maestro Gaspar Barceo, y en su lugar hacia oficio de Superior el Maestro Melchor Nuñez, el cual como supo esta tan alegre nueva, fuése para el virey suplicando le mandase dar un navío para ir á buscar el cuerpo del P. Francisco y traerle á Goa, por estar la nao en que venia detenida en Baticala. El capitan pedia que en ninguna manera le quitasen tan buen patron como su nao habia traido, y por cuyos merecimientos la habia nuestro Señor librado de tantos peligros en aquel viaje. Pero era tan grande el deseo que en toda la ciudad habia por ver en ella el cuerpo de aquel santo varon, á quien todos amaban y reverenciaban como á Padre, que sin aguardar más dilacion se embarcó el P. Melchor acompañado de algunos Padres y Hermanos, y buen número de niños de los que se crian en el colegio.

Llegados á la nao entraron todos cantando, *Gloria sea á Dios en las alturas*, y arrojándose los Padres á los piés de aquel bendito cuerpo y padre suyo, derramando muchas lágrimas de alegría mezcladas con el dolor de verle muerto, no se hartaban de besarlos. Estaba la nao muy bien aderezada con todas sus banderas y gallardetes, y al tiempo que pasaron el cuerpo á la fusta en que habian venido los Padres, se hizo la salva, disparando toda la artillería. De esta manera caminaron los Padres con el cuerpo hasta una ermita de Nuestra Señora que está media legua de la ciudad de Goa, y con ser el tiempo de Semana Santa, se compusieron los altares de fiesta, y la iglesia se aderezó muy ricamente. Salió por la mañana el virey y Obispo con toda la clerecía y gente principal de la ciudad, y era tanta la que concurrió á esta procesion, que no cabian por las calles, que estaban todas muy bien aderezadas y compuestas. Con este acompañamiento se trujo el cuerpo de este santo varon á la iglesia del colegio de la Compañía, á donde fué tanto el número de la gente y la devocion con que venian á besarle los piés, que ni fué posible estorbarlo ni enterrarle en tres dias, por no dejarlos desconsolados.

En este tiempo, deseando el virey certificarse más de lo que á todos ponia en tanta admiracion, como era ver aquel bendito cuerpo sin género de corrupcion ni mal olor, habiendo ya dieciseis meses que era muerto, mandó á un médico famoso que allí tenia, le tentase y mirase muy en particular, el cual habiendo hecho su oficio con toda diligencia, afirmó con juramento estar sano y entero, y sin género de corrupcion alguna. Pasados los tres dias pusieron el cuerpo

en un ataud junto al altar mayor, donde está depositado.

Este es el discurso y dichoso fin que tuvo la misión del P. Francisco Javier predicando el Santo Evangelio en las Indias Orientales; y así como por su medio fué nuestro Señor servido que se diese principio á la cristiandad en tantas islas y reinos, la cual hoy dia vemos tan extendida en aquellas partes, con mucha razon se puede confiar de la divina misericordia, que por su intercesion, estando ya en el cielo, se abrirá tambien la puerta en los reinos de la China, y aquel grano de trigo que allí murió dará en su tiempo copioso fruto, del cual se echan de ver ya algunos buenos principios por medio de los Padres de la Compañía que han comenzado á entrar en aquella tierra, como se dirá en el libro cuarto de esta *Historia* que es su propio lugar.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS MISIONES QUE HAN HECHO LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA PARA PREDICAR EL SANTO EVANGELIO EN LAS ISLAS Y REINOS QUE PERTENECEN PROPIAMENTE Á LA INDIA ORIENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo se prosiguió en Goa la conversion de los gentiles despues de muerto el P. Francisco.

En el primer libro queda dicho, cómo el Padre Francisco aceptó el colegio de San Pablo de Goa y dió principio á otras casas de residencia en diversas partes de la India, remitiendo al segundo y tercero libro el fruto particular que nuestro Señor habia obrado por medio de estas casas y de los religiosos que el P. Francisco puso en ellas, y de otros que despues les sucedieron. Habiendo de continuar estas misiones del segundo libro, que pertenecen á las islas y reinos que propiamente llamamos India Oriental, parece ser justo comenzar por el colegio de Goa, por haber sido el primero que tuvo la Compañía en estas Indias, y el principio y orígen de los demás, y donde primero predicó el P. Francisco y remató su peregrinacion y fué recibido su cuerpo con la solemnidad que se ha dicho despues de su muerte. Con el grande celo que siempre tuvo el rey D. Juan el III de la conversion de los gentiles, fundó el colegio de San Pablo de Goa, que se llamó al principio de Santa Fe, dotándole de buena renta, para que se criasen en él algunos mozos hábiles de diversas naciones, que pudiesen ayudar despues á la conversion de los infieles.

Dió el cuidado de este colegio en sus principios á un hombre muy docto y ejemplar que se decia el Maestro Diego de Borbona. Despues pidió que la Compañía le tomase á su cargo y tuviese el cuidado temporal y espiritual de aquellos niños. Aceptóle el P. Francisco el año de 1544. Habia de ordinario en este colegio cuatrocientos niños bracmanes, persas, árabes y malabares y de otras diversas naciones; y la experiencia mostraba lo mucho que se servia nuestro Señor del trabajo que se tomaba en criarlos; porque como iban bien instruidos en letras y virtud, cuando volvian á sus tierras hacian mucho fruto en sus deudos y naturales.

Advirtiendo tambien el mismo rey que no podian ir cada año tantos Padres de Portugal, que bastasen para acudir á las necesidades de aquella cristiandad, deseando llevar adelante lo que con tanto celo habia comenzado, el año de 1546 añadió dos mil ducados de renta, para que con ellos se recibiesen y criasen algunos religiosos en el mismo colegio de Goa, que pudiesen salir á predicar por diversas partes de la India. Con esta renta y otras limosnas se edificó de nuevo casa é iglesia para los religiosos, y aunque en tiempo del P. Francisco fueron pocos, pero con los que venian cada año de Portugal y los que se recibian en Goa, residian en aquel colegio de ordinario setenta personas entre novicios, estudiantes, sacerdotes y hermanos coadjutores.

Vivieron estos religiosos por algunos años todos juntos, y despues se edificó la Casa profesa en otro sitio diferente que el que tenia el colegio, en el cual quedó el noviciado incorporado algunos años, hasta que los novicios tuvieron casa distinta y renta particular, que se les aplicó para su sustento el año de 1596 en las islas de Salsete, como adelante se dirá. Léense en el colegio de San Pablo, latinidad, artes y Teolo-

gia para los de casa y de fuera; ocúpanse tambien los Padres y Hermanos del colegio en deprender la lengua de los indios para poderlos ayudar mejor, y los unos y los otros procuran atender muy de veras á la conversion de los gentiles, no sólo en la isla de Goa, sino en las demás islas y reinos de la India, á los cuales salen desde Goa con diversas misiones, como se verá en el discurso de esta *Historia*.

Ultra de estos dos colegios, el año de 1553 se dió principio á otro tercero, que se llamó de los Huérfanos, porque fué instituido para recoger los niños que no tenian padre ni madre, así naturales de la tierra, como hijos de portugueses que vivian en ella. Tiénese atencion particular á recibir siempre en este colegio los que dan muestras de habilidad y buena inclinacion para cosas de virtud. De estos niños suelen ayudarse los de la Compañía para enseñar la doctrina á los gentiles, por estar muy bien instruidos en ella. Andan todos vestidos con unas ropitas blancas y cruces coloradas en los pechos, y ordinariamente pasan de ciento los que se crian en aquel colegio.

Ultimamente se hizo en la misma ciudad otra casa grande y muy capaz para los catecúmenos, donde se recogen todos los que se han de bautizar, entre tanto que se les enseñan los misterios de nuestra santa fe. Están á una parte de la casa los hombres y niños, y allí acuden los de la Compañía para instruirlos; en otra parte distinta están las mujeres y niñas, y tienen cuidado de hacer con ellas el mismo oficio algunas mujeres virtuosas y buenas cristianas.

El primero de la Compañía que comenzó á predicar en esta ciudad de Goa fué el Padre Maestro Francisco Javier, con el fruto y provecho de las almas que se ha dicho en el libro pasado. Despues de su muerte procuraron los Padres que habia en la India y venian cada año de Portugal, y otros que de nuevo se recibian y criaban en el colegio, llevar adelante lo que el Padre habia comenzado. Y como esta obra era de tanta gloria y servicio de nuestro Señor, favorecíala su divina Majestad, dando á los que trabajaban en ella tan copioso fruto, que se convirtieron á nuestra santa fe muchos millares de almas, así de los gentiles y bracmanes, como de los moros. Porque en los años de 1557, 58, 59 y 60 se halló por cuenta habian bautizado los Padres de la Compañía el primer año 1.800 almas, el segundo 1.900, el tercero 3.300, y el postrero 12.700, sin otros muchos que convirtieron y bautizaron los Padres de Santo Domingo y San Francisco, y con la gracia del Señor ha ido siempre creciendo el número de los fieles.

CAPÍTULO II

Del órden que se tenia en bautizar á los gentiles de Goa.

Ayudaba mucho para este fruto tan grande que se hacia en los gentiles, el favor y calor que daban á esta obra los Prelados de Goa y vireyes de la India, hallándose presentes á muchos bautismos, honrando á los recien convertidos, proveyéndoles con grande liberalidad de todo lo necesario y concediéndoles particulares privilegios. Echábase tambien de ver que movia y despertaba á los gentiles para hacerse cristianos la solemnidad con que se hacian los bautismos, y á esta causa procuraban los Padres se celebrasen con la mayor que fuese posible, juntando de ordinario algun buen número, como de 200 ó 300, á los cuales se daba el santo bautismo por este órden.

Para recoger por las aldeas y lugares los que se habian de bautizar, iban de ordinario con los Padres ó Hermanos de la Compañía los curas ó Vicarios de los mismos lugares, con otros dos ministros de la justicia seglar, para que se hiciese con más quietud y sosiego y se excusasen pesadumbres de otros gentiles, deudos de los que se querian bautizar, y así los traian á la casa de los catecúmenos de Goa. Despues de haberlos instruido bien en las cosas de la Religion cristiana, señalaban alguna fiesta principal para el bautismo, y aquel dia se aderezaba la iglesia de propósito, colgándola de paños, adornándola con ramos ó flores, segun el tiempo; y por el mismo órden se aderezaban las calles, enramándolas y colgando cada uno en su ventana lo mejor que tenia en su casa. Dábaseles tambien para este dia á cada uno de los que se habian de bautizar un vestido conforme á su calidad, para lo cual acudian con mucha liberalidad, así los Prelados y vireyes de Goa, como las personas principales de la ciudad, encargándose cada uno de vestir algun número de catecúmenos.

Llegado el dia del bautismo, el virey y Arzobispo, y toda la demás gente principal, se asentaban en sus lugares, que para esto tenian señalados y aderezados en la iglesia de la Compañía. Salian luego los niños de entrambos colegios con sus ropas blancas y coronas de flores en las cabezas y ramos en las manos, llevando su cruz delante y acompañándoles toda la música de la ciudad. Tras ellos iban los Padres y Hermanos de la Compañía. Con este órden llegaban á la casa de los catecúmenos, donde estaban ya esperando los que se habian de bautizar, y hecha

su oracion, los traian á la iglesia, á donde los recibia el virey y Arzobispo, y toda la gente principal con muestras de alegría y contento.

Muy de ordinario hacia el oficio el mismo Arzobispo, especialmente cuando los bautismos eran más solemnes, asistiendo el virey con la demás gente á todas las ceremonias, sacando él mismo de pila, y los caballeros que allí se hallaban, á los que se bautizaban, como padrinos suyos. Entretanto que se les administraba este santo Sacramento, duraba continuamente la música de voces é instrumentos, con que se hacia la fiesta más alegre y regocijada.

Acabado el bautismo, con el mismo acompañamiento y música iban delante del Santísimo Sacramento, á dar gracias á nuestro Señor por el beneficio tan singular que de su mano habian recibido. A los hombres y niños daban de comer aquel dia en el colegio de la Compañía, sirviéndolos á la mesa los religiosos. A las mujeres y niñas llevaban á sus casas diversas personas honradas y principales, para hacerles el mismo regalo. Otro dia por la mañana volvian todos los bautizados á la iglesia, y despues de haber oido Misa se despedian de los Padres y se volvian á sus lugares muy alegres y consolados; y los Padres tenian cuidado de visitarlos á sus tiempos, y predicarles y enseñarles para que se conservasen en la fe y buenas costumbres y fuesen creciendo cada dia en virtud y santidad.

CAPÍTULO III

De algunas conversiones particulares que hubo en la isla de Goa.

Seria cosa muy larga si hubiésemos de contar en particular todas las conversiones que se hicieron en la isla y ciudad de Goa. Pero tampoco es razon dejar de decir algunas que son de mucha edificacion. Entre estas fué el bautismo de una hija del rey Mealo, moro á quien habia quitado su reino Ildalcan, señor que fué de Goa. Vino este rey á pedir socorro para cobrar sus tierras al virey de la India, y á esta causa residia en la ciudad de Goa con su mujer y una sola hija que tenia. La cual oyendo desde su casa la doctrina que los niños iban cantando de ordinario por aquella calle, le tocó nuestro Señor el corazon con un particular deseo de ser cristiana. Tuvo modo para dar á entender su voluntad y determinacion á los de la Compañía, por medio de una persona de quien se fiaba.

Dió este negocio á todos los Padres grande consuelo, pero no era menor el cuidado en que les puso ver el modo como se habia de guiar, por la dificultad que habia en la ejecucion de cosa tan grave; porque ni sus padres lo habian de consentir, ni dejaban salir á la doncella de su casa, ni era posible entrar allá nadie para enseñarla y bautizarla. Despues de muy encomendado á nuestro Señor, y consultado el caso, les pareció á todos que el medio más conveniente era dar cuenta al virey de lo que pasaba, para que él mismo la diese á sus padres de esta doncella, y les declarase el deseo que nuestro Señor le daba de ser cristiana. Hizo esta diligencia el virey, mas fué tanto el sentimiento del padre cuando supo la determinacion de su hija, y tales los extremos que hacia, que no podia el virey consolarle ni sosegarle.

Por otra parte, la madre entendido el caso, juntando sus mujeres comenzó á llorar la pérdida de su hija, con tantas lágrimas y voces como si la tuviera muerta delante de sus ojos; y abrazándose con ella le pedia con lastimosos gemidos no quisiese dar á ella y á su padre tan triste vejez, pues sabia que para tantos trabajos como habian pasado con la pérdida de su reino, no les quedaba otro consuelo más que tenerla consigo. Decia esto con tanto sentimiento y ternura, que hacia mucha compasion á los que la oian. Pero la generosa doncella, ayudada con el favor del cielo, sin hacer caso de las lágrimas de sus padres, con un ánimo que mostraba bien su sangre real, ó por mejor decir, el corazon y valor que le habian dado del cielo, desasiéndose de entre los brazos de su madre, salió huyendo por la calle buscando la iglesia.

Admirado el virey de un hecho tan maravilloso, la amparó é hizo depositar en casa de una señora principal, donde estuvo algunos dias recogida; y delante de testigos y un escribano declaró cómo su voluntad era de ser cristiana; y así, despues de bien instruida en la fe, la bautizó en el colegio de la Compañía el P. Juan Nuñez, Patriarca de Etiopía, de quien adelante se hará mencion. Por ser persona tan principal se hizo su bautismo con grande solemnidad, y el mismo dia por la tarde la fueron á visitar y dar el parabien todos los caballeros y gente principal de la ciudad, presentándole muchos y muy ricos dones, especialmente el virey, el cual fuera de todo esto le señaló para su gasto cada año 800 ducados de las rentas reales.

Hay en la isla de Goa un pueblo que se dice Carambolin, legua y media de la ciudad, cuyos moradores se llaman los ganzaras. Habíanse bautizado en este pueblo algunos gentiles y edificado una iglesia de San Juan Bautista. Quedaban por recibir la fe más de 70 bracmanes, que son sus sacerdotes, con otra mucha

gente. Juntáronse un dia todos estos para consultar lo que habian de hacer, viendo el aumento de la cristiandad en aquella isla. En la consulta hubo diferentes pareceres; unos decian que pues la Religion cristiana crecia ya tanto en la isla de Goa, seria bien irse con sus familias y haciendas á la tierra firme, antes que los obligasen á tomarla. A otros parecia que era mejor dejar pasar aquellos fervores con que tomaban entónces los vireyes la conversion de los gentiles, y que vendrian otros que no tratasen el negocio tan de veras.

Oidos estos pareceres, se levantó en pié un bracman viejo, hombre grave y prudente á quien todos los demás tenian grande respeto, y dijo: «No hemos de mirar nosotros tanto á la partida de este ó del otro virey, como á la Compañía que se queda aquí perpetua, y teniendo ella amistad siempre con los vireyes, ha de hacer de nosotros lo que quisiere; y así, tengo por mejor que dejando los ídolos ciegos y vanos, adoremos á un solo Dios verdadero, y nos hagamos cristianos, como lo han hecho nuestros vecinos; porque de esta manera salvaremos nuestras almas, granjearemos la voluntad de los vireyes y sernos han los de la Compañía favorables para nuestros negocios, y por este camino conservaremos mejor nuestra república.» Pareció á todos muy bien el consejo, y enviaron luego al colegio de Goa á pedir algunos Padres que les enseñasen la ley de Dios y los bautizasen. Despues de ser ya cristianos (dicen) que se les apareció el demonio á quien antes adoraban, y les dijo que él se salia de aquel lugar y se iba á la tierra firme, por dar lugar á San Juan Bautista, á quien habian edificado templo en su pueblo, y era más poderoso que no él.

Entre los que se convirtieron en esta isla de Goa fué un yogue, que habia nueve ó diez años que vivia como ermitaño en una cueva, gastando su tiempo en la consideracion de las cosas naturales y movimientos del cielo. Su abstinencia era tan singular, que se sustentaba tres dias con unos pocos de higos. Pasando el virey por cerca de su cueva quiso ver al yogue, por la grande fama que de él habia en aquella tierra; y admirado de su modo de vida, le rogó mucho se hiciese cristiano, porque no perdiese el fruto de tantos trabajos. Mas viendo que no podia acabar con él lo que deseaba, pidióle últimamente que tuviese por bien de ir á Goa y verse con los Padres de San Pablo, y conferir con ellos cuál ley era más conforme á razon, y esa escogiese. Ofreció el yogue al virey que lo haria, y así lo cumplió dentro de pocos dias. Hospedáronle los Padres en casa, y como era hombre de buen entendimiento, quiso examinar las cosas muy despacio, gastando muchos dias en averiguar sus dificultades y enterarse de la verdad y sinceridad de la Religion cristiana, y quedó en todo por la gracia de nuestro Señor con tanta satisfaccion, que despues de bien instruido recibió el santo Bautismo, lo cual en todos los demás gentiles y bracmanes causó tanta admiracion, que por su ejemplo se convirtieron á nuestra santa fe otros muchos.

En la misma ciudad de Goa habia un hombre muy principal y rico, y entre los gentiles de mucha nobleza, á quien nuestro Señor dió grande deseo de ser cristiano, movido del buen ejemplo que daban los recien convertidos. Avisáronle una tarde, víspera del glorioso San Luis, rey de Francia, que estuviese aparejado con los de su casa para el dia siguiente por la mañana, en que habia de ser bautizado. Fué tanta su alegría y consuelo con esta buena nueva, que aquel mismo dia vino con toda la gente de su casa á las doce de la noche, pidiendo que le abriesen la iglesia, que no era razon dormir ni estar reposando quien esperaba recibir el dia siguiente tan señalado beneficio de la mano de nuestro Señor, y que allí estaba aparejado para hacer cuanto le mandasen.

Venia acompañado este caballero de 200 personas, parientes, amigos y criados, todos ricamente aderezados; él traia un vestido todo de carmesí con una cadena de oro al cuello, y su espada guarnecida de plata. Las mujeres venian tambien con ricos y preciosos vestidos y muchas joyas de grande valor y precio, de oro y piedras. Bajaron los Padres á hablarle y agradecerle su mucha devocion y deseo que mostraba de recibir el santo bautismo, y con esto volvió para su casa muy alegre, y el dia siguiente se bautizó con toda su familia. Otros muchos ejemplos particulares y semejantes á este se pudieran escribir de las conversiones que hubo en la isla de Goa, pero por estos pocos se podrán echar de ver los demás.

CAPÍTULO IV

Cómo se convirtieron á nuestra santa fe las islas de Coran y Vivar, y el buen ejemplo que dan los cristianos de ellas.

Caen estas dos islas de Coran y Vivar junto á Goa, á la parte del Norte, y divídelas un rio. En cada una de ellas habia como 3.000 almas y 30 pagodes ó templos de sus ídolos. Gobernábanse por 12 bracmanes á modo de regidores. Tenian entre todos sus ídolos uno que se decia Ga-

niso, del cual segun sus fábulas y antiguas tradiciones refieren, que fué hijo de Adan y Eva; y así era sumamente venerado, no sólo de los moradores de la isla de Vivar donde él estaba, sino de todas las demás; porque venian en romería de otros muchos reinos á visitar este pagode, especialmente por el mes de Agosto, cuando se celebraba su fiesta principal, que entónces era extraordinario el concurso de los peregrinos.

Estaba el templo de este ídolo junto á un caudaloso rio y en cierta parte donde se hacia un grande remolino del agua. Echaban los peregrinos frutas y otras cosas diferentes de las que acostumbraban ofrecer al ídolo, y cuando el agua las hundia para dentro, pensaban los ciegos gentiles que venia allí su dios á recibirlas, y aun algunos que se preciaban de muy devotos, con deseo de acompañarle, se arrojaban en el agua, donde eran hundidos y anegados por ser grande la profundidad del rio en aquella parte. Y porque los moradores de aquellas islas tenian muy arraigadas en su corazon estas y otras muchas idolatrías y superticiones, parecia cosa muy dificultosa ó casi imposible la conversion de esta gente. Y aunque el virey y los Padres de la Compañía la deseaban y procuraban, intentando para ello diversos medios, siempre hallaban la puerta muy cerrada y eran muy poquitos los que se hacian cristianos.

Acrecentábase esta dificultad por parte de los bracmanes, que como ellos gobernaban las islas y eran tan contrarios á la ley de Dios, no habia esperanza de su conversion. Encomendóse este negocio á Dios nuestro Señor, con particulares oraciones, Misas y penitencias, y últimamente se tomó por resolucion que fuesen los Padres Antonio de Acosta y Melchor de Figueredo, con seis Hermanos á la isla de Vivar, y el P. Francisco Rodriguez con otros seis á la de Coran, y procurasen muy deveras la conversion de aquellos gentiles. Comenzaron los Padres y Hermanos á entrar en aquellas islas predicando cada dia uno por su parte; y ayudólos nuestro Señor con su gracia, de manera que en pocos meses, así los bracmanes como toda la demás gente, pidieron el santo Bautismo.

Llegando un Hermano á la casa de un bracman de estos, llamó á la puerta; asomóse un criado de la casa á la ventana, y preguntóle quién era y qué mandaba. Respondió el Hermano, que era un religioso de la Compañía de San Pablo de Goa, y venia á enseñarles el camino de su salvacion; salió entónces el bracman y señor de la casa, y dijo: «Pues que eso es así, éntre Jesucristo en mi casa muy en hora buena, y el demonio de hoy en adelante váyase de ella.»

Tomaron los Padres por lista todos los que se habian de bautizar en cada una de estas islas, y vueltos á Goa, dieron cuenta al Arzobispo y virey de lo que habian hecho, que fué de grande consuelo y alegría para toda la ciudad cuando se supieron en ella tan buenas nuevas, y cada uno como si fuera cosa propia tomaba á su cargo vestir algunos de los nuevamente convertidos, por tener parte en aquella obra, señalándose en esto así el virey, como el Arzobispo y caballeros y gente principal de la ciudad, cada uno conforme á su posibilidad y devocion.

Pocos dias despues vinieron los bracmanes principales de entrambas islas á Goa en nombre de los demás á dar las gracias al virey y Arzobispo y á los Padres de la Compañía, del cuidado que habian puesto para sacarlos de los errores en que antes vivian. Fué el P. Provincial á visitarlos acompañado de algunos Padres; recibiéronle todos con extraordinario contento, y era tanta la gente que concurria á verlos, que apénas cabian en un campo bien espacioso. Levantóse entre todos un bracman que parecia más principal, y en lengua portuguesa dió al Padre las gracias de la visita que les hacia, pidiéndole que no los olvidase; pues por medio de los Padres y Hermanos de su Compañía les habia hecho nuestro Señor tan grande beneficio en traerlos al conocimiento de su ley. El Padre les ofreció que tendria siempre muy particular cuidado de todos. Luego se levantó otro bracman anciano, que habia servido más de cuarenta años en los templos de sus ídolos, y con mucha humildad pidió que le diese licencia para servir toda su vida en la iglesia de Nuestra Señora que iban edificando, para satisfacer con esto los años que tan mal habia gastado sirviendo al demonio en sus templos.

Aparejadas todas las cosas para el bautismo, y llegado el dia en que se habia de celebrar, vino desde Goa el virey con otros muchos caballeros, y el P. Patriarca de Etiopía con el Padre Provincial y otros Padres de la Compañía, para honrar la fiesta. Hízose el primer bautismo en la isla de Vivar en la iglesia de Nuestra Señora con toda la solemnidad posible de música, así de voces como de instrumentos, haciendo el oficio el P. Patriarca, y por el mismo órden se hizo en la isla de Coran. Fuéronse acomodando los cristianos de estas dos islas en todas las cosas á los de Goa, y han dado siempre mucho ejemplo de su virtud, y para que se entienda esto mejor, pondré aquí algunos casos particulares que sucedieron en aquellas islas.

En Coran habia un hombre noble y principal que vivia en mal estado con una mujer; avisá-

ronle sus parientes que se enmendase, mas viendo que no aprovechaba, sin tener respeto á la calidad de su persona ni al parentesco que con él tenian, por público decreto le desterraron á él y á la mujer de toda la isla, diciendo que no habian de consentir viviese entre ellos quien con su mal ejemplo les fuese impedimento para ser buenos cristianos.

Pero no es de menor edificacion lo que sucedió á otro bracman, cuando los de la isla se convirtieron á nuestra santa fe. Un pariente de este, por no ser cristiano se salió de la isla con su mujer é hijos, y se fué á vivir entre los moros á la tierra firme, y por esta causa el virey aplicó toda la hacienda de este que se ausentó, que era mucha, al pariente que se habia hecho cristiano; mas él estimando, como era razon, el alma de su deudo más que su hacienda, fué á buscarle entre los moros y no paró hasta que le trajo é hizo cristiano, y le restituyó toda la hacienda que le habian aplicado por suya.

Con este mismo celo otros dos cristianos fueron á buscar otro pariente suyo, que tambien se habia pasado á tierra de gentiles, los cuales teniendo noticia de la venida de estos cristianos, y el intento que traian, los tuvieron presos muchos dias; mas ellos lo dieron todo por bien empleado á trueco de salvar el ánima de su pariente.

Recien bautizados los cristianos de estas islas, se juntaron muchos moros de la tierra firme para destruirlos, porque habian dejado su ley; pero ellos como buenos hermanos se hicieron á una, y no sólo resistieron á los moros, sino que hiriendo y matando muchos de ellos, los hicieron retirar la tierra á dentro, quemándoles y destruyéndoles muchos templos.

Para la conservacion y aprovechamiento de los cristianos que hay en estas islas, se hizo una casa de residencia en Coran, donde hay de ordinario un Padre y dos Hermanos; y aunque los moradores de estas islas son todos cristianos, siempre vienen de la tierra firme algunos moros ó gentiles á vivir en ellas, y estos se van convirtiendo á nuestra santa fe. Acuden todos estos cristianos á dos iglesias que se han edificado principales, una en Coran y otra en Vivar, y el Padre y hermanos tienen cuidado de andar continuamente visitándolos y enseñándolos. Tambien hay en la residencia de Coran una escuela para los niños, en la cual hay de ordinario más de 400; enséñaseles á leer y escribir y la doctrina cristiana, con que se hace grande fruto; porque estos niños que se han criado desde su tierna edad en las buenas costumbres que enseña la Religion cristiana, las conservan despues toda la vida más impresas en su alma, y vienen á ser muy buenos y ejemplares cristianos y hacen mucha ventaja á sus padres, que se criaron en la adoracion de sus ídolos tantos años.

CAPÍTULO V

De la dificultad con que recibian los de Salsete la ley de Dios, y el fruto que se hizo en esta isla con algun trabajo.

En el libro primero queda dicho, que Salsete es una isla cerca de Goa, la cual dividen dos rios; el uno á la parte de Goa, y el otro hacia la tierra firme y reinos de Ildalcan. Tiene toda la isla seis leguas de largo, es tierra muy fértil y fresca, y abundante de frutos y de todo género de mantenimientos, y no ménos saludable. Hay en ella 66 aldeas de poblacion, y entre éstas 12 que son más principales, de las cuales pende el gobierno de toda la isla, y por eso se llaman la Cámara general. El modo que tienen para determinar sus cosas es este. Júntanse de cada una de estas 12 aldeas cierto número de hombres en un lugar que está diputado para esto, con su escribano que da testimonio de lo que allí se hace, y es necesario que todos sean conformes en el parecer, porque faltando uno solo, no sirve de nada lo que se hubiere determinado.

Es muy poblada de gente esta isla por su gran fertilidad y buen temple, pero señaladamente de bracmanes, los cuales por ser hombres ricos y principales, tienen de ordinario el gobierno de ella, á cuya causa los moradores han sido más rebeldes y obstinados en no querer recibir la ley de Dios por ser tan contrarios á ella los bracmanes que la gobiernan, y cuyos dictámenes siguen los demás; y así, en muchos años nunca pudieron los Padres de la Compañía entrar á predicar el Evangelio en Salsete por la continua resistencia y contradiccion que para ello hacian estos bracmanes, hasta que el año de 1560 el virey D. Constantino, como tan celoso de la Religion cristiana, tomó este negocio muy á pechos; y con su favor comenzaron los Padres á entrar por la tierra y ejercitar sus ministerios; y aunque con grandes dificultades y trabajos, con la gracia del Señor hicieron como 2.000 cristianos, y edificaron cinco iglesias. La primera, llamaron de Nuestra Señora, en una fortaleza que tienen los portugueses llamada Raciolo. La segunda, se dedicó al Espíritu Santo, en otro lugar que se dice Margon. La tercera, estará como legua y media de esta. La cuarta, que es de los Apóstoles San Felipe y Santiago, se hizo en la casa de residencia que fundaron los Padres en el lugar de Cortamisi, para visitar

desde allí á los cristianos y las demás iglesias. La quinta, tomó su vocacion de la Santa Cruz.

En la conversion de estos gentiles pasaron algunas cosas, que por ser de edificacion será bien contarlas. Hízose cristiano un gentil de esta isla con toda su familia, si no fué un solo hijo de veinte y cinco años. Este mozo, mostrando mucho sentimiento de lo que sus padres y hermanos habian hecho, los dejó y se fué á casa del rey Ildalcan, el cual, así por ser el mozo hombre noble, como por haber mostrado tanto celo de su religion, le recibió y trató honradamente en su casa. Pasados algunos dias, doliéndose mucho el padre de la pérdida de su hijo, le escribió una carta con tan vivas y eficaces razones, que le movieron á dejar el regalo y comodidad que tenia en casa de Ildalcan, y vuelto á la de sus padres se hizo tambien cristiano. Otra hija de un bracman regidor de la isla, se salió de casa de su padre con deseo de recibir el santo bautismo. Sintiólo el padre con grande extremo, y acompañado de más de cien personas, deudos y amigos, se fué á quejar delante del capitan de la fortaleza de Raciolo, de que los cristianos le habian engañado su hija, y sacádola de su casa y se la tenian por fuerza.

Oida su peticion, mandó el capitan que trajesen allí la hija del bracman para saber la verdad. Venida la doncella, en presencia de todos le preguntó el capitan, quién la habia persuadido á ser cristiana, ó la habia sacado por engaño ó por fuerza de casa de sus padres. Ella respondió á estas preguntas de manera, que su padre y los demás se volvieron corridos y afrentados, diciendo que ella de su propia voluntad queria y deseaba ser cristiana, sin que nadie para esto le hubiese hecho fuerza ni engaño, y que no le pesaba de otra cosa más que de haber conocido tan tarde á su verdadero Dios y Señor, para servirle y adorarle.

Tambien se convirtió en esta isla un yogue que vivia como ermitaño, aunque no era más que de veinte y cinco años, de buen parecer y modesto, pero hábil y discreto. Quiso disputar con los Padres acerca de sus sectas, y quedó tan convencido de sus mentiras y falsedades, que pidió con grande instancia el santo bautismo. Y para mostrar cuán de corazon lo decia, tomó todas las insignias que traia de su religion, y públicamente las quemó en una plaza con grande dolor y sentimiento de otros muchos bracmanes que lo estaban mirando. Despues de bautizado este yogue partió para su tierra, y dentro de pocos dias trajo á su madre con otros hermanos para hacerse cristianos, convertidos con lo que él les habia dicho y predicado de la ley de Dios. Haciéndose un bautismo solemne en esta isla, aconteció que uno de los hombres más principales que se habian de bautizar iba derramando muchas lágrimas, lo cual causó en todos grande admiracion, porque los demás iban con muestras de mucho contento y alegría. Llegóse á él el Padre, y preguntóle cuál era la causa de sus lágrimas en dia de tanto regocijo. Respondióle el cristiano: «Padre, ¿cómo no quieres que llore de alegría, viendo adorar al verdadero Dios y Señor de todos, en donde pocos dias antes era ofendido con tantas idolatrías y pecados?»

CAPÍTULO VI

Del odio que tenian los gentiles de Salsete contra la ley de Dios y contra los que la predicaban.

Habia en esta isla de Salsete más de 200 templos de ídolos y grande número de bracmanes, que son sus sacerdotes; y de aquí nacia estar los naturales de ella tan duros y obstinados para recibir la doctrina del Evangelio; y aunque los Padres con mucho trabajo hacian algunos cristianos, y procuraban conservarlos; pero los sacerdotes y gentiles confederados para sustentar su idolatría y defenderla, procuraban destruir por todos los medios que podian, cuanto los Padres iban haciendo en aquella nueva cristiandad, deshonrando y persiguiendo á cuantos se convertian, de suerte que en haciéndose uno cristiano por el mismo caso, ni sus deudos ni parientes le querian ver, ni hablar más, ni darle un jarro de agua, aunque le viesen con extrema necesidad. Tal era el odio y aborrecimiento que tenian estos gentiles contra la ley de Dios y los que la recibian; y así, fué necesario hacer en aquella isla un hospital general para acudir á muchos cristianos enfermos y desamparados, y para remediar sus necesidades.

Pero no era menor el odio que tenian contra los Padres de la Compañía, porque predicaban esta ley en su tierra, pareciéndoles que ellos hacian guerra á la adoracion de sus ídolos, y eran la causa de que se destruyesen sus templos y se edificasen iglesias, y sus vecinos y moradores se hiciesen cristianos, y así lo mostraban en todas las ocasiones en que podian á su salvo afligirlos y maltratarlos.

Yendo una vez un Padre de los que tenian cargo de visitar aquellas iglesias por un camino en compañía de tres ó cuatro cristianos, hubo de pasar por un rio á donde los gentiles pedian portazgo á los pasajeros (aunque harto injusto); llegando el Padre á este rio, cercáronle muchos gentiles, pidiéndole que pagase el portazgo. El

les respondió con humildad que viesen cómo no llevaba mercadería, ni otra cosa más que su persona sola, ni blanca alguna con que poder pagar los derechos; y así, les pedia que le hiciesen gracia de perdonárselos.

Oyendo los gentiles esta respuesta, aunque tan comedida, arremetieron al Padre, y echaron mano de él para prenderle como lo hicieran, si los cristianos que iban en su compañía no se pusieran á defenderle, viendo la sin razon que con él se usaba; mas como todos ellos tenian odio particular contra este Padre, porque con su grande fervor y celo se señalaba mucho en la conversion de aquella isla, cargaron sobre él dándole muchos golpes, y acabaran de quitarle la vida si uno de aquellos cristianos, viendo que el principal de aquellos bárbaros iba á descargar sobre su cabeza una grande cuchillada, no le atravesara primero con una saeta, con que le derribó en el suelo.

Con esto tuvieron lugar los demás cristianos de sacar al Padre de entre sus manos y llevarle á Goa bien mal herido, donde estuvo muchos dias curándose y con harto peligro de la vida. En esta misma isla de Salsete prendieron otra vez los naturales de ella al P. Baltasar Gago, y le pusieron en una oscura cárcel. Súpolo el virey en Goa, y mandó que le prendiesen luego cuantos se hallasen en la ciudad que fuesen vecinos de Salsete para hacer justicia de ellos, y para aplacar al virey tuvieron por bien de soltar al Padre y dejarle ir libremente. A este modo pasaban cada dia mil trabajos y molestias los de la Compañía con estos infieles de Salsete, y á costa de ellas conservaban aquella pequeña cristiandad que se habia hecho en tiempo del virey D. Constantino el año 1560.

CAPÍTULO VII

Cómo se derribaron los templos é ídolos de Salsete, y creció el odio de estos gentiles contra los de la Compañía.

Estaba muy ofendido el virey de la India don Antonio de Noroña de que se hiciesen semejantes desacatos á la ley de Dios y á sus ministros en tierra del rey su señor, y determinó de destruir de todo punto la idolatría de los salsetanos, pareciéndole que con esto quedarian bien castigados de los atrevimientos pasados y mejor dispuestos para recebir nuestra santa fe, ó á lo ménos escarmentados para adelante. Con este intento el año de 1567 hizo apercebir una buena armada, sin que se entendiese para dónde era; y cuando los de Salsete estaban más descuidados, la tuvieron sobre sí. Saltó la gente en tierra, y puesta en órden, fué derribando cuantos templos de ídolos habia en la isla, que pasaron de 200, porque nadie se atrevió á hacerles resistencia como estaban tan desapercibidos y sin recelo de semejante caso. Con esto comenzaron los cristianos á alzar cabeza y á crecer el número de ellos, viendo cuán de veras tomaba el virey ampararlos y favorecerlos; y en poco tiempo se contaron en Salsete 12.000 cristianos.

Pero los bracmanes y los demás gentiles quedaron grandemente irritados contra los de la Compañía, persuadiéndose que la destruccion de sus ídolos y templos se habia hecho por su consejo; y aunque disimulaban su sentimiento porque no podian vengarse de ellos á su salvo, pero no dejaban de mostrar lo que tenian en su corazon, en todas las ocasiones que se ofrecian, como se vió claramente en tres ó cuatro veces que en estos años hubo guerra entre los portugueses y capitanes de Ildalcan, porque en todas ellas estos gentiles de Salsete se juntaron con los moros y destruyeron las iglesias y casas que tenian los de la Compañía, y tornando los Padres á edificarlas de nuevo, habiendo treguas las pusieron por el suelo y derribaron otra vez el año de 79, que fué la última guerra; y aunque entónces se asentó la paz entre los moros y portugueses, quedaron algunos gentiles de Salsete tan engreidos y soberbios con ocasion de las guerras pasadas, que cinco lugares de los que confinan en la tierra firme de los moros, no quisieron pagar á los ministros del rey su acostumbrado tributo.

Andúvose algun tiempo disimulando con ellos, pensando de sosegarlos por este camino; mas viendo que con la blandura y piedad se hacian cada dia mas insolentes y descomedidos, tornando á edificar los templos de sus ídolos y haciendo públicamente sus fiestas y solemnidades sin tener licencia para ello; el virey D. Francisco de Mascareñas determinó de hacer en ellos un castigo ejemplar, y para esto dió órden á su capitan mayor que apercibiese la armada y diese sobre aquellos lugares cuando fuese noche, y destruyese los templos que habian edificado; de manera que ellos quedasen castigados, y los vecinos escarmentados. Ejecutóse este castigo, aunque no pudo ser con tanto secreto que los gentiles no lo supiesen; y á esta causa, aunque les derribaron los templos y quemaron las casas, ellos salvaron las personas pasándose á la tierra firme de los moros sus vecinos. Hallóse presente á la destruccion de estos templos el P. Pedro Berno, que estaba en la residencia de Salsete, y él mismo por sus manos hizo pedazos muchos

ídolos. Crecia con estas cosas cada dia más el odio de los de Salsete contra los de la Compañía, atribuyéndoles la primera y segunda destruccion de sus templos y el no poder alcanzar licencia para edificarlos, y para que mejor se entienda cuán arraigado tenian en su corazon este odio, y el deseo de vengarse de ellos, se ha de advertir lo siguiente:

Desde el principio que el virey D. Antonio de Noroña mandó derribar los templos la primera vez, procuraron estos gentiles por todas las vías posibles alcanzar licencia para tornarlos á edificar, ofreciendo grande suma de dinero porque se la concediesen; y eran tantos los medios que ponian para salir con su intento, que algunas veces estuvieron muy cerca de acabarlo, si los de la Compañía no hicieran tanta resistencia, y contradiccion á este negocio; dando muchas razones á los vireyes, por las cuales no convenia al servicio de Dios nuestro Señor que se les concediese lo que pedian (y como los gentiles sabian esto) era causa de que creciese cada dia más su ira y odio contra ellos.

Pasando más adelante con su obstinacion, y viendo que no podian negociar con los vireyes en la India, hicieron recurso al consejo real de Portugal y al Tribunal de la santa Inquisicion, tornando de nuevo á hacer instancia para que se les diese licencia de edificar sus templos; y fueron tales y tan falsas las informaciones que dieron, aunque coloreadas á su modo en entrambos tribunales, que hubo mucha duda si se les concederia lo que pedian. Pero fué nuestro Señor servido que al mismo tiempo que esto se trataba se hallase en Portugal el P. Alonso Pacheco, que venia de Roma y volvia á la India; el cual como tenia noticia tan particular de lo que pasaba en Salsete, pudo descubrir la falsedad y engaños que contenian las informaciones que se habian dado, y cuanto importaba negar á los gentiles la licencia que pedian, y fué esto parte para que la majestad del rey D. Felipe II diese una provision, por la cual mandaba que no se concediese perpetuamente licencia á los gentiles para edificar sus templos, quitando á los vireyes de la India la facultad de poderla dar, y reservándola para sí mismo.

Con esta provision quedaron los salsetanos de todo punto desconfiados de salir con su intento, y con determinacion de vengarse de los de la Compañía cuando pudiesen, por haberles sido tan contrarios á su pretension, y muy en particular tenian esta queja del P. Alonso Pacheco por haberles cerrado la puerta á sus esperanzas con aquella provision que trujo.

CAPÍTULO VIII

Cómo fué señalado por Superior de las residencias de Salsete el P. Rodulfo Aquaviva, y fué á visitarlas acompañado de otros Padres.

Hallándose muy apretados los gentiles de Salsete, especialmente los cinco lugares que se habian rebelado, viendo destruidos sus templos, y casas y haciendas, por lo referido en el capítulo precedente, y que el capitan mayor se estaba en la isla con su gente con deseo de castigarlos, con esta ocasion comenzaron á tratar de algunos medios de paz, y disimulando por entónces el antiguo odio que tenian á los de la Compañía, quisieron ayudarse de ellos, y muy en particular del P. Alonso Pacheco, para concluirla, entendiendo que tendrian entrada para esto con el virey. Ofrecieron de su parte que pagarian el tributo acostumbrado y serian fieles para adelante con que se les perdonase lo pasado. Intercedieron por los de Salsete muchas personas religiosas y seglares, y al fin el virey vino á perdonarlos, y ellos volvieron á sus casas y lugares.

Con esta nueva paz que entónces se asentó, crecia cada dia el número de los que se convertian á nuestra santa fe, de manera que fué necesario hacer colegio junto á la fortaleza de Raciolo ó Rachiol, donde residian 12 de la Compañía, para salir á visitar las iglesias de aquella isla. Y para ayudar con más comodidad á los cristianos que habia y á otros que de nuevo se iban convirtiendo, se fundaron otras dos casas de residencia, la una en Cortamisi, y la otra en Orlino, en las cuales á sus tiempos residian algunos Padres y Hermanos. Fuera de estas casas tenia otra la Compañía, para instruir los catecúmenos que se habian de bautizar, y otro Seminario de niños huérfanos y el hospital general.

Aunque esta gente de Salsete mostraba en lo exterior estar pacífica y sosegada, pero como no les nacia de corazon sino de pura necesidad y fuerza, tenian en lo interior muy fresco y vivo el sentimiento de las cosas pasadas, y llevaban con grande dificultad ver destruidos sus templos y caida la veneracion de sus ídolos. Atizaban este fuego los bracmanes, porque perdian mucho de su crédito y reputacion y de sus comodidades temporales, no habiendo templos ni ídolos á quien servir. Y para irritar más los ánimos de la gente, traíanles á la memoria muchas veces la ofensa que á sus dioses se habia hecho, y cuán justo era que procurasen vengarla cuando

pudiesen, especialmente de los que habian sido la causa de todos sus daños y trabajos, como eran los de la Compañía. Estando las cosas en este estado, llegó á la ciudad de Goa el P. Rodulfo Aquaviva, que venia de la corte del gran Mogor, donde habia estado tres años, como en su lugar se dirá. Poco despues de llegado, le señaló el P. Provincial por Superior del colegio y residencias de Salsete, confiando que su mucha santidad y prudencia haria grande fruto en aquella gente, y con su blanda y apacible condicion los sosegaria y pacificaria del todo. Dióle por compañero al P. Alonso Pacheco, para que anduviese con él algunos dias y le diese noticia de aquella tierra, por ser el P. Rodulfo nuevo en ella.

Partidos de Goa llegaron á la primera residencia de Cortamisi, donde está la iglesia de los apóstoles San Felipe y Santiago. Juntáronse allí todos los Padres y Hermanos que habia en la isla, y despues de haber renovado sus votos conforme al uso de la Compañía, comunicaron entre sí de los medios que serian más convenientes para ayudar á los gentiles de Salsete, y tratar muy de veras de su conversion. Para dar principio á todo, les pareció que el P. Rodulfo, en compañía del P. Alonso Pacheco, visitase luego todas las residencias, y viese la disposicion de los lugares donde con más comodidad se podian edificar algunas iglesias, y que esta visita se comenzase por la villa de Coculino, y las otras que se habian rebelado contra Su Majestad, para confirmar los ánimos de aquellos gentiles en la paz que se habia asentado, y consolarlos de los daños y pérdidas pasadas; y con esta ocasion se escogiese un sitio en alguna de aquellas villas donde se edificase una iglesia, para predicarles muy de propósito la ley de Dios. Persuadíanse los Padres que podian hacer esto con toda seguridad yendo allí el P. Alonso Pacheco, á quien los moradores de aquellas villas mostraban en lo exterior amistad, por el favor que les habia hecho con el virey en sus negocios.

Con esta resolucion, lúnes de mañana, á los 15 de Julio de 1583, despues de haber dicho Misa todos en la residencia de Orlino, que está dedicada al Arcángel San Miguel, partieron para la villa de Coculino el P. Rodolfo Aquaviva, hijo del duque Atri. natural de Nápoles, y sobrino del P. General de la Compañía, que hoy dia lo es, y el P. Alonso Pacheco. El tercero se decia el P. Francisco Antonio. El cuarto el P. Pedro Berno, italiano. El quinto el H. Francisco Arana, sobrino de un Arzobispo de Goa. Iban en compañía de estos Padres algunos cristianos naturales de la tierra y otros dos portugueses, el uno de ellos era secretario del capitan de la fortaleza de Rachiol. Caminando todos juntos llegaron cerca de la villa de Coculino, apeáronse antes de llegar á ella en un sitio que les pareció muy á propósito para edificar una iglesia. Estándole mirando y midiendo, vino uno de aquellos gentiles á darles el parabien de su venida en nombre de todo el lugar, diciendo que despues vendrian los demás á visitarlos.

CAPÍTULO IX

Cómo los gentiles de Coculino mataron á los Padres y á los que iban con ellos.

Habíales contentado mucho á los Padres el sitio donde se habian apeado, para edificar en él una iglesia, y desde allí acudir á la conversion de aquellos cinco lugares; y entendiendo como les habia dicho el gentil, que luego vendrian los de la villa á visitarlos, estaban determinados de pedirles aquel sitio y licencia para hacer la iglesia y poner luego una cruz.

No faltó quien diese aviso á los del pueblo de lo que trataban entre sí los Padres, y como sus ánimos estaban tan alterados é irritados de las cosas pasadas poco fué menester para levantarlos. Púsose en medio de toda la gente uno de aquellos bracmanes y sacerdotes, y comenzó á decir á grandes voces que este era el tiempo en que habian de vengar las injurias de sus dioses y destruccion de sus templos, de lo cual habian sido causa aquellos Padres, y que no contentos con lo pasado, les querian ahora edificar allí iglesia y poner cruces, para acabar de destruir de todo punto la memoria y adoracion de sus dioses. Apénas hubo el bracman acabado su razonamiento, cuando todo el lugar, chicos y grandes, tomando sus armas, salieron en busca de los Padres, y porque no se les escapase alguno, acordaron de tomar los caminos y pasos por donde habian de volver.

Estaban los Padres bien descuidados de lo que pasaba en el lugar de Coculino, esperando cuándo los vendrian á visitar, como se lo habian dicho. Mas viendo su tardanza, comenzaron á recelarse y sospechar algo del mal ánimo que los gentiles tenian contra ellos, y que las primeras muestras de paz habian sido fingidas; y así les pareció que era más acertado consejo volverse por entónces á sus residencias. Estaban ya los gentiles esperándolos en el paso, bien apercibidos de armas, y cuando los vieron venir dieron sobre ellos, diciendo á grandes voces: Mata, mata, que estos son los que han destruido nues-

tros templos y quieren destruir nuestros dioses. Quiso el secretario del capitan de Rachiol, disparar un arcabuz que traia apercibido, mas el P. Alonso Pacheco le fué á la mano, diciendo: «Señor, no es ahora tiempo de venganza ni defensa, sino de esperar la muerte con buen ánimo y dar la vida alegremente por la honra de Dios.

Arremetieron aquellos lobos rabiosos contra los mansos corderos que los esperaban, con más ánimo y gusto de dar sus vidas, que ellos traian de quitársela. El primero á quien hirieron fué el P. Rodolfo, diéronle una grande cuchillada en las piernas, con que le hicieron arrodillar en el suelo. Mas el bendito Padre alzando los ojos y fijándolos en el cielo, ofreció su alma y vida á su Criador, y el cuello á la espada del cruel bárbaro; y para mostrar con cuánta voluntad hacia de sí este sacrificio, con su misma mano bajó la sotana y descubrió el cuello para esperar el segundo golpe de quien habia recibido el primero. Bastara ver esta grande humildad y mansedumbre, acompañada de una singular modestia que resplandecia en su rostro, para ablandar el corazon de una bestia fiera; pero vemos que delante de los mártires ellas se amansaban y los tiranos se volvian más crueles. Tal fué este bárbaro, que sin ningun género de piedad descargó sobre su cuello dos grandes cuchilladas, y no contento con éstas, le dió otra cuarta en las espaldas, y la quinta fué una estocada con que le pasó los pechos, y con ella acabó su santa vida, rematando la mision de Salsete á los treinta y tres años de su edad, habiendo empleado la mitad de ellos en la Compañía con mucho ejemplo de virtud y santidad.

El segundo en quien mostraron su furia los gentiles fué el H. Francisco Arana. Diéronle una grande cuchillada en el cuello y otra lanzada en las costillas, y aunque cayó en el suelo con estas heridas, no murió luego, porque le guardaba nuestro Señor para otros mayores tormentos.

El tercero fué el P. Pedro Berno, al cual dieron una cuchillada en la cabeza y otra en el cuerpo, y una lanzada con que le atravesaron por un ojo, y despues de muerto hicieron los gentiles en su cuerpo mil géneros de afrentas por satisfacerse de las que este Padre decian haber hecho á sus ídolos, quebrándolos y pisándolos, el cual solia decir muchas veces que no se habian de convertir de veras estos gentiles de Salsete, hasta que se derramase sangre en aquella isla, y que le daba nuestro Señor á sentir en su corazon, que habia de morir por su servicio en Coculino. Era este Padre de treinta años, y habia seis que estaba en la Compañía.

El cuarto á quien los crueles bárbaros quitaron la vida, fué el P. Alonso Pacheco; que aunque en lo exterior le mostraban amistad, pero como queda dicho, era á quien más de corazon aborrecian por la provision que trujo, con que les quitó la esperanza de alcanzar licencia para siempre de edificar sus templos. Y como tenian tan fresca la memoria de este caso, arremetieron para él con una rabiosa furia, y con una lanza le atravesaron todo el cuerpo por los pechos. Mas el bendito Padre, para mostrar que con la misma constancia y fortaleza de ánimo con que habia resistido á las injustas pretensiones de los salsetanos, daba ahora la vida de buena gana por la honra de su Dios, viéndose atravesado con aquella lanza, se hincó de rodillas, y puestos sus brazos en forma de cruz, levantando los ojos amorosamente al cielo, se ofreció en verdadero sacrificio al Señor, que para su remedio dejó abrir su costado con otra lanza, con cuya consideracion animado este bienaventurado Padre, esperó alegremente la segunda lanzada que le dieron en la garganta, y con ella cayó muerto para comenzar á vivir eternalmente en el cielo.

El quinto fué el P. Francisco Antonio, portugués de nacion, de edad de treinta años, y los doce habia vivido en la Compañía con mucha edificacion de todos. Tenia este siervo de nuestro Señor por costumbre suplicar á la divina Majestad en las misas, que por su amor le concediese este singular don del martirio, del cual tuvo siempre grande deseo. Cumpliósele nuestro Señor por medio de estos gentiles que le dieron una cuchillada, con que le hendieron la cabeza, y otras diversas heridas, con las cuales acabó su santa y dichosa vida.

Eran ya muertos los cuatro Padres, y con ver su sangre derramada por aquel suelo, no se amansaba le ferocidad de aquellos crueles corazones, porque viendo al H. Francisco Arana, que aún estaba vivo, arremetieron todos á él y le arrastraron dos veces alrededor de un ídolo, amenazándole que le acabarian de matar cruelmente si no le adoraba. Pero él respondió siempre con grande constancia y fortaleza, que á solo Dios verdadero adoraba y no á ídolos de piedra, ni á los demonios que hablaban en ellos. Con esta respuesta se les dobló la ira á los gentiles, y atándole de piés y manos, le pusieron en un lugar alto, como á terrero y blanco de sus flechas, de las cuales le dejaron tan cubierto, que apénas parecia figura de hombre. Quedaron muy alegres y contentos los gentiles de haber vengado las injurias de sus ídolos, con la muerte de tantos Padres, y por hacerles más fiesta,

los untaban con la sangre de los muertos. Poco despues los llevaron arrastrando hasta echarlos en un pozo de agua, cubriéndole muy bien con ramos y otras cosas, porque ni fuesen hallados ni descubiertos. Tambien mataron con los Padres otros cuatro cristianos naturales de la tierra, que vivian en las residencias y tenian cuidado de las iglesias, y otro portugués de los que venian en su compañía.

CAPÍTULO X

Cómo se cobraron los cuerpos de estos Padres y se les dió sepultura.

De esta manera ofrecieron sus vidas y derramaron su sangre estos dichosos Padres en la flor de su edad, por la exaltacion de la santa fe y predicacion de la ley de Dios á los 15 de Julio de 1583. Estaban en Goa este mismo dia los Padres y Hermanos de aquel colegio celebrando con particular consuelo el martirio del P. Ignacio de Acebedo y sus compañeros, á los cuales habian muerto yendo al Brasil unos herejes de la Rochela trece años antes, tal dia como este, como en su lugar se dirá. Y cuando aquella noche les llegó la nueva de lo que habia sucedido en Coculino, oyéndola de repente causó en toda aquella casa grande pena y desconsuelo por el amor que tenian á los Padres y la falta que habian de hacer tales personas en la India. Mas recogiéndose todos á oracion por mandado del P. Provincial que allí se halló, se trocó la tristeza pasada en gozo y alegría, considerando su dichoso fin y glorioso empleo.

Partió luego de Goa el P. Provincial con más de treinta Padres y Hermanos, para buscar los cuerpos de aquellos santos mártires y darles sepultura. Llegados á la fortaleza de Rachiol, hicieron muchas diligencias para cobrarlos; pero no habia órden de que los gentiles quisiesen descubrirlos. Al fin por medio del capitan de la fortaleza con dádivas y promesas y amenazas ofrecieron de darlos, y cuando estaban más descuidados les dieron aviso que saliesen á recibirlos, porque ya los traian. Juntáronse todos los cristianos de aquella comarca y los portugueses de la fortaleza para traerlos el dia siguiente á la iglesia de nuestra Señora de Rachiol, y para esto los depositaron aquella tarde en otra iglesia de San Antonio que estaba cerca.

Era tanto el deseo que todos tenian de ver aquellos benditos cuerpos, que fué necesario descubrirlos por el consuelo de los Padres y Hermanos y de los cristianos que que allí estaban. Tenia el P. Rodolfo sus llagas tan frescas, que le corria sangre de ellas, como si entónces las acabara de recibir; y con haber tres dias que él y los demás eran muertos, y habian estado en aquel pozo sucio, ningun mal olor salia de ellos, antes la vista de sus llagas causaba en todos tan grande devocion y consuelo, que arrojándose los Padres y Hermanos en el suelo, no se hartaban de besarlas, mezclando la sangre de las heridas con la abundancia de las lágrimas que derramaban por sus ojos, pareciéndoles que veian en aquellos benditos cuerpos la gloria de que gozaban ya sus almas. Con esta misma devocion llegaban tambien los cristianos, y unos mojaban sus pañizuelos en la sangre de las heridas y otros cortaban pedazos de sus vestidos para guardarlos por reliquias.

El dia siguiente se hizo una procesion muy solemne, con la cual llevaron los cuerpos, acompañados de muchas luminarias en sus hombros los Padres y Hermanos que vinieron de Goa hasta la iglesia de nuestra Señora, y en la capilla mayor los enterraron, depositando á cada uno en su caja y con su propio nombre. Dijo el P. Provincial una Misa solemne en hacimiento dè gracias, pareciendo á todos que no era razon hacer otros sufragios por aquellos Padres, pues habian muerto por la exaltacion de la santa fe y destruccion de la idolatría; y así lo confesaron despues los mismos gentiles que los habian muerto por estas causas que se han dicho, y porque de nuevo iban á edificar iglesia en su tierra para acabar de destruir la adoracion de sus ídolos.

Cuando en la ciudad de Goa se supo el caso, fué extraordinario el sentimiento que hubo en toda ella por el amor que á los Padres tenian. Y porque les pareció grande atrevimiento y mucho desacato, que cinco lugares en tierras de Su Majestad y tan cerca de Goa, hubiesen cometido tan grande maldad, tomando todos la muerte de aquellos Padres por ofensa comun y deshonra propia de cada uno, á esta causa se levantó en la ciudad un general deseo de ir á vengarla, si para ello les dieran licencia y á destruir la villa de Coculino y las que con ella se habian confederado. Pero como los gentiles de aquellos lugares son tan vecinos de los moros y se tenia experiencia que luego se pasaban á la tierra Firme, pareció al virey que era mejor dìsimular por entónces y esperar otra ocasion para darles el castigo que merecian, como se hizo pasados algunos años; y entre las demás penas que se dieron á estos cinco lugares una fué privarles de la jurisdiccion que tenian y darlos por vasallos á dos caballeros principales, de los cuales el uno que se decia D. Pedro de Castro, queriendo volverse á Portugal, por la devocion que tenia á

la Compañía, con licencia del virey y magistrados de la ciudad, renunció la posesion y derecho que tenia de tres lugares de aquellos en la misma Compañía, para que de aquella renta se sustentasen los novicios que se reciben y crian en Goa.

Los cuerpos de estos benditos Padres estuvieron depositados en la iglesia de nuestra Señora, junto á la fortaleza de Rachiol, hasta el año de 1597 que se llevaron á Goa y se colocaron en la iglesia del colegio de San Pablo de aquella ciudad.

CAPÍTULO XI

Del fruto que se ha hecho en la isla de Salsete desde la muerte de los Padres.

Conforme á lo que decia el P. Pedro Berno, que fué el tercero de los que murieron en la villa de Coculino, despues que se regó esta tierra con la sangre de aquellos mártires, comenzó á dar más copioso fruto, porque el año de 1588 llegaba el número de los cristianos en aquella isla á 20.000, y el mismo año se convirtieron á nuestra santa fe tres aldeas juntas, en las cuales se bautizaron 1.600 almas, sin otras 300 que se fueron á bautizar al colegio de San Pablo de Goa el dia de la vocacion de aquella iglesia.

La una de estas aldeas habia estado casi despoblada algunos años, porque la gente de ella era tan obstinada en sus idolatrías, que en sabiendo que alguno trataba de hacerse cristiano, le procuraban quitar la vida; y á esta causa andaban muchos vecinos desterrados. Fué nuestro Señor servido de mudar el corazon de estos gentiles, segun se puede creer piadosamente, por la intercesion de los que habian derramado su sangre en aquella tierra, y estaban rogando por ellos en el cielo, y de su voluntad pidieron que les predicasen y enseñasen la ley de Dios, porque la querian recibir y ser cristianos. Y porque habia alguna diferencia entre los vecinos de esta aldea sobre las heredades y haciendas que habian usurpado los que vivian en el lugar de los que andaban ausentes y desterrados; de comun consentimiento dejaron los unos y los otros la determinacion de esto en manos del Padre que los predicaba, diciendo, que pues fiaban de él sus almas, tambien querian fiar sus haciendas, y con el órden que el Padre les dió, quedaron en mucha paz y conformidad.

Edificóse en este lugar una iglesia dedicada á la Vírgen nuestra Señora, y por hacer más fiesta á los recien bautizados, fué á decir la primera Misa el P. Alejandro Valiñano, Visitador de la India, y llevó en su compañía á los señores japones que ya volvian de Roma, como en su lugar se dirá. Díjose la Misa con mucha solemnidad y buena música, y antes de ella se celebró un bautismo de 300 personas, que ayudó para ser la fiesta más alegre y regocijada.

Desde aquel dia les quedó á los gentiles particular devocion de acudir cada sábado á la Misa de nuestra Señora con tanto concurso, como si fuera fiesta muy principal. Acabada la Misa se les hace una plática breve y se les cuenta algun milagro de nuestra Señora, lo cual oyen con tanta atencion y gusto, que suelen repetir el sábado siguiente lo que se les dijo el pasado. Acertaron á venir un sábado á esta iglesia unos gentiles principales de otra aldea, los cuales viendo la devocion de los recien bautizados, hincándose de rodillas, pidieron al Padre que les enseñase á ellos tambien la ley de Dios y los hiciese cristianos, y lo mismo hizo otro bracman rico, que tambien pidió que le bautizasen con su mujer y cinco hijos, porque la fuerza del ejemplo en la virtud es como piedra imán, que va trayendo hacia sí los corazones de los más endurecidos y obstinados gentiles como eran estos de Salsete; y algunos de ellos fueron tan dichosos, que acabando de recibir el santo bautismo los llevó nuestro Señor para sí.

Estando un dia tratando un Padre delante de algunos gentiles del premio que nuestro Señor tenia para los que guardaban su ley, le pidió uno de ellos con grande instancia que le bautizase luego, porque sentia que su vida habia de ser poca. Díjolo esto de manera que hizo reparar al Padre y tomar de propósito el catequizarle con alguna prisa, por la que le daba el gentil, aunque al parecer estaba bueno y sano. Pero apénas acabó de recibir el santo bautismo, cuando luego murió, que no fué pequeña señal de su eterna predestinacion. Lo mismo aconteció á otro Padre, que encontrando en la calle á una mujer muy vieja, le preguntó á dónde iba. Ella le respondió que á la iglesia de los cristianos, porque le daba Dios deseo de ser uno de ellos, pero que temia segun sus pocas fuerzas, que no habia de poder llegar allá. Instruyóla el Padre en los misterios de nuestra santa fe lo mejor que pudo, conforme á la brevedad del tiempo, y en acabándola de bautizar espiró en la misma iglesia.

Este fruto de la isla de Salsete va siempre en aumento, porque en algunas aldeas no hay gentil ninguno y en otras muy pocos, y por la misericordia del Señor los que quedan se van convirtiendo á nuestra santa fe. Y el año de 1596 habia en sola aquella isla más de 30.000 cristianos y fundadas trece iglesias, de las cuales tie-

nen cuidado, para predicar y enseñar á los que acuden á ellas, diez y siete religiosos de la Compañía que están repartidos en nueve casas de residencias junto á las iglesias más principales, y los unos y los otros acuden á sus tiempos á un colegio que tienen en la misma isla, que se dice del Espíritu Santo, donde reside el Rector y Superior de estos Padres.

CAPÍTULO XII

De la cristiandad de la costa de la Pesquería y martirio del P. Antonio Criminal.

Habiendo tratado del fruto que se ha hecho en la isla de Goa y en las que están junto á ella, justo es que pasemos á la cristiandad del Cabo de Comorin y costa de la Pesquería, por haber sido esta la primera salida que hizo el P. Francisco Javier despues que llegó á Goa y predicó en ella. En el primer libro queda dicho cómo el P. Francisco Javier, antes de partir á Japon, dejó al P. Antonio Criminal por Superior de los Padres que estaban en las costas de la Pesquería, porque conocia bien los muchos dones que Dios nuestro Señor habia depositado en este santo varon, del cual solia decir el mismo P. Francisco que tales habian de ser los que anduviesen en las misiones de la India, como el P. Antonio Criminal, y con mucha razon, porque resplandecian en él grandemente el desprecio de sí mismo, acompañado de una singular paciencia en todos los trabajos que se le ofrecian. Era hombre de mucha abstinencia y muy aficionado al ejercicio de la oracion, y así tenia por costumbre hincarse de rodillas cuarenta veces cada dia para encomendar á nuestro Señor algunas necesidades particulares, sin otras horas que gastaba en este santo ejercicio, en dándole para ello lugar las ocupaciones de los que tenia á su cargo.

Pero señaladamente se echaba de ver en este santo varon un grande celo de la salvacion de las almas, procurando ayudarlas por todos los medios que podia. Visitaba continuamente á pié y descalzo los lugares de la costa, y con su ejemplo animaba á los demás Padres al trabajo, siendo él siempre el primero en todas las cosas; y porque no le faltase nada para cumplir con la obligacion de buen pastor, no se contentó con visitarlas y apacentarlas, sino que ofreció su sangre y vida por ellas, lo cual pasó de esta manera.

Estaba el P. Antonio Criminal en los postreros lugares de aquella costa, que confinan con los reinos de Narsinga ó de Bisnaga, que es lo mismo. Llámase esta parte de la costa por su propio nombre Ramancor, y los lugares que caen junto á ella, Punicale. Cerca de la misma costa hay una fortaleza de los portugueses, y poco más adelante de ella un templo de gentiles muy nombrado entre ellos. Solian los soldados de la fortaleza por su entretenimiento burlar y reir de los sacerdotes del ídolo, y algunas veces llegaban las burlas á ser pesadas y más que de palabra, maltratándolos y haciéndoles algunos agravios, de lo cual ofendidos los bracmanes, se quejaron á los pueblos comarcanos de aquel reino de Bisnaga, que están cerca de la costa y se llaman los badagas, gente cruel y belicosa.

Pusiéronles delante las injurias y afrentas que continuamente recibian de unos pocos forasteros y extranjeros, siendo ellos sus sacerdotes y de quien hacian tanta cuenta los señores y principales de la tierra, y que esto hacian por estar confederados con los cristianos de aquella costa, lo cual era tener en poco á sus dioses y á los mismos badagas. Con estas y otras razones que supieron decir los bracmanes se irritaron los gentiles de manera que se juntaron 6.000 badagas para destruir á los cristianos y á los portugueses.

Tuvieron los de Punicale aviso de la determinacion con que venian los badagas, mas no sabian como poderlos resistir, porque los portugueses apénas llegaban á cuarenta personas y estaban faltos de pólvora y de otras municiones: por otra parte la gente de la costa sabia poco de guerra, porque ordinariamente se ocupaban en pescar, y este era su ejercicio más que el de las armas, y á esta causa los unos y los otros se resolvieron de embarcarse y no esperar á los badagas. El P. Antonio Criminal como tenia más cuidado de los otros que de sí mismo, nunca quiso entrar en los navíos, hasta que toda la gente estuviese embarcada, aunque pudiera entrar de los primeros y le importunaban sobre ello. No se hizo esta mudanza con tanto secreto que los enemigos no tuviesen aviso de lo que pasaba, los cuales apresurando el paso, quisieron estorbar á los cristianos que no entrasen en la mar.

Andaba el P. Antonio Criminal dando prisa á los unos y á los otros para que se recogiesen presto á los navíos, y aunque con su mucho cuidado y diligencia puso á los demás en salvo, pero no pudo él volver á embarcarse antes que llegasen los badagas. Viendo el santo varon á los enemigos que ya venian cerca, los esperó sin ninguna turbacion puestas las rodillas en el suelo y los ojos clavados en el cielo, con las ma-

nos levantadas y dando muchas gracias á nuestro Señor por haber librado de aquel trance y trabajo á su ovejas, aunque fuese á costa de quedar él en tan evidente peligro.

Pasaron junto á él el primero y segundo escuadron de los badagas sin hacerle daño. Mas llegando el tercero, uno de aquellos bárbaros le atravesó con una lanza por el lado izquierdo hasta las entrañas. Llegó luego otro á quitarle los vestidos, que eran una pobre sotana, y el mismo Padre le ayudó para desnudarla, y por no llevar cosa alguna de este mundo se quitó poco á poco la camisa bañada en sangre y se la dió. Con esto tornando á continuar su oracion y encomendar su alma al Señor, le dieron otras muchas heridas, con que acabó su santa vida, y por vengarse en él los badagas del enojo que tenian en habérseles escapado los demás, le cortaron la cabeza, y juntamente con la camisa la colgaron de una almena del templo, dejando el santo cuerpo solo en aquel campo, al cual despues de idos los badagas, tomaron los cristianos y le enterraron en su iglesia.

CAPÍTULO XIII

De otros trabajos que los Padres pasaron en la costa de la Pesquería.

Por la muerte del P. Antonio Criminal, que fué el año de 1549, antes que partiese el P. Francisco Javier para la China, señaló por Superior de los que andaban en aquella costa al P. Enrique Enriquez, y le dió por compañero al P. Alonso Mendez.

Continuaron los Padres de aquella costa sus ministerios acostumbrados con los cristianos, aunque pasaban cada dia muchos trabajos y peligros. Porque los badagas viendo el miedo que les habian cobrado los de la costa, se acostumbraron á entrar por la tierra y llevar las haciendas de los pobres pescadores sin hallar resistencia. Y cuando los podian haber á las manos, hacíanles mil vejaciones y malos tratamientos por sacar de ellos más dinero, y si no los acababan de destruir, era por tener siempre que robar. De estos trabajos que pasaban los cristianos alcanzaba tambien buena parte á los Padres que andaban entre ellos. Porque en una entrada de estas que hicieron los badagas encontrando con el P. Alonso Mendez, sabiendo que era el que enseñaba á los demás la ley de Dios, le mataron. Y á otro Padre muy viejo y muy siervo de Dios llamado Paulo Valeo, le llevaron y tuvieron preso en una muy estrecha cárcel, en la cual murió de puro trabajo y mal tratamiento antes que pudiese llegar su rescate. Solia decir el P. Francisco de este P. Paulo que era varon de grande perfeccion.

Entrando los badagas otra vez como lo tenian de costumbre, prendieron al capitan de la fortaleza y á su mujer é hijos con otros cincuenta soldados, y al P. Enrique que se halló con ellos, y era Superior de los Padres que vivian en aquella costa, cuya santidad era tal, que los mismos badagas con ser tan crueles le tenian respeto, y aunque le tuvieron cautivo muchos dias, nunca le mataron, hasta que nuestro Señor le libró á él y á los demás, como luego se dirá. No se contentaron estos bárbaros con llevar cautiva toda esta gente, sino que por todas vías apretaban á los de Punicale para que dejasen la ley de Dios, y corrian estos pobres cristianos grande riesgo de ser muertos ó cautivos, no haciendo lo que deseaban los badagas.

Llegaron á Cochin estas tristes nuevas, pero estaban todos tan desapercibidos, que aunque les dió grande pena el trabajo y aprieto de aquella cristiandad, no sabian cómo remediarle, ni parecia posible llegar á tiempo. Viendo esta necesidad un hombre de mucho valor que se decia Gil Fernandez Carvallo, y movido con el celo de la honra de Dios, juntó con grande presteza y brevedad cuatro ó cinco navíos con buena gente, y dándole nuestro Señor próspero viaje, llegó á Punicale, donde halló á los badagas tan descuidados de su venida, cuanto á los cristianos de semejente socorro. Dió en los enemigos con tanto ánimo y esfuerzo, que les desbarató doce navíos grandes y cuarenta menores que tenian en el puerto, y saltando en tierra pegó fuego á las tiendas y alojamiento de los moros, y puso en libertad al capitan y al P. Enriquez con todos los demás cautivos.

Padeció este Padre mucho en su prision, porque con los grillos y cadena y maltratamiento de la cárcel, vino á hincharse todo. Puesto ya en libertad, tornó á hacer su oficio enseñando y ayudando aquella cristiandad. Pero como eran tan continuos los trabajos que padecian los cristianos de aquella costa y tantos los peligros en que cada dia se veian los Padres que los enseñaban, pareció al virey de la India y á los Padres de Goa, que convendria se mudasen á otra parte más segura donde pudiesen librarse de la tiranía de los badagas y vivir con paz y sosiego. Para hacer esta mudanza de los cristianos, fué desde Goa el P. Juan de Mezquita, que por haber estado otra vez en aquella tierra, podia ayudar mucho al P. Enrique Enriquez, y para el mismo efecto envió el virey, que entónces era D. Constantino, navíos y la gente necesaria.

CAPÍTULO XIV

Cómo los badagas desbarataron á los cristianos y llevaron cautivo al P. Mezquita.

Aparejábanse los cristianos para la mudanza de aquella costa con todo cuidado; pero no se hizo con tanto secreto que no lo supiesen los badagas, y para estorbarla vino un tirano señor de aquella tierra con más de 20.000 hombres y buen número de elefantes. Como tuvieron los cristianos noticia de que venian los badagas con tan poderoso ejército, procuraron embarcarse con la brevedad posible. Eran muchos los niños y mujeres, y por recogerlos todos, no se pudo hacer con tanta diligencia, que no llegasen primero aquellos bárbaros á vista de la costa.

Comenzó el capitan que envió el virey á pelear con ellos, para que se pudiesen embarcar los cristianos entre tanto que él los detenia con la escaramuza. Y fué nuestro Señor servido que bastó lo que hizo el capitan para que los badagas no pudiesen cautivar ni hacer daño á nadie, aunque se ahogaron algunas personas con la prisa de entrar en los navíos. Cuando le pareció al capitan que seria tiempo, fuése recogiendo á las fustas con sus gente con el mejor órden que pudo, y lo mismo hicieron los PP. Enriquez y Juan de Mezquita que no se habian querido embarcar hasta poner en salvo á todos los cristianos.

Acertó á estar el navío donde el capitan, y los Padres entraron tan cargado de gente y de ropa, que no pudo salir del puerto hasta que creciese la marea. Sabiendo los badagas esto, cercaron la nao y apretarónla de manera, que mataron é hirieron á muchos de los que la defendian y prendieron al capitan. Viendo los Padres que era entrada la nao, se echaron al mar por estar cerca la tierra, pensando escapar por esta vía. El P. Enrique Enriquez sabia muy bien nadar y acertó á salir á la orilla por parte que no le vieron, y así pudo librarse. Mas el P. Juan de Mezquita, como no estaba tan diestro en aquel ejercicio, aunque se anduvo sustentando algun tiempo encima de una arca, hundíase con él tantas veces, que le pareció tenia más peligro su vida entre las ondas del mar que en poder de los badagas, y así procuró volver como mejor pudo hácia la tierra. Llegó al mismo tiempo uno de aquellos bárbaros con la lanza en la mano, amenazándole si no le daba el dinero que tenia. Respondióle el Padre cómo era un pobre sacerdote que no tenia cosa que poderle dar; llevóle el badaga entónces cautivo sin hacerle otro daño, y fuése con él hacia la fusta donde sus compañeros estaban robando lo que habia.

Como los otros badagas conocieron al Padre, viendo lo poco que de él habian de sacar, dierónle siete ú ocho heridas y algunas peligrosas, especialmente una lanzada en el costado y otra en el muslo, de las cuales salia tanta sangre, que cuando le llevaron delante del capitan cayó en el suelo desmayado. Saqueada la nao y puestos en prision los que habia en ella, llevaron los badagas al Padre con los demás cautivos diez ó doce leguas la tierra á dentro. Con ocasion del camino y sereno de la noche hinchósele al Padre el pecho, de manera que apénas podia respirar. El capitan y los demás se concertaron con los badagas y se volvieron libres. Mas el P. Juan de Mezquita, como no tuvo con qué poderse rescatar, mandó el tirano que le pusiesen en una oscura cárcel, teniendo esperanza que por su rescate le habian de dar grande suma de dinero, y á esta causa le hizo curar muy bien de sus heridas.

Estando ya sano, porque no se le fuese, mandó que le echasen unos grillos en los piés y una gruesa cadena al cuello, pero tan corta, que desde la cabeza á los piés no habia un palmo de distancia. Compadecíase del Padre y de su trabajo la guarda mayor, y una noche le quitó la cadena para que pudiese reposar, tornándosela á poner por la mañana, pero no se atrevió á hacerlo la noche siguiente, porque sus compañeros le dijeron que si el badaga su señor lo sabia, mandaria cortar á todos la cabeza. Con el trabajo que el Padre pasaba teniendo la cabeza baja, comenzó á darle un grande flujo de sangre de narices. Vió esto un muchacho cristiano que tambien era cautivo y le tenia el Padre en su compañía, aunque como á niño y de poco edad, le dejaban entrar y salir de la cárcel y andar por la villa sin prisiones. Este muchacho se fué para el tirano, y delante de muchos bracmanes que con él estaban le dijo: «Al Padre sale mucha sangre, y si él muere ningun dinero os han de dar por su rescate.» Oyendo esto el badaga mandó que le quitasen la cadena y quedasen solamente con sus grillos, y la gente de guarda que tenia de ordinario.

CAPÍTULO XV

Cómo el P. Mezquita se libró de la prision en que estaba.

Estaba el P. Juan de Mezquita en su prision con harto trabajo y poca esperanza de remedio, cuando se le dió nuestro Señor por un medio

bien particular y en que se descubria bien la providencia que Su Divina Majestad tiene, para socorrer á los que por su amor y servicio se hallan en semejantes aprietos. Era el muchacho que el Padre tenia en su compañía muy hábil y de buen ánimo, y estando un dia hablando con él, díjole cómo estaba determinado de salirse de la prision, que le buscase algun martillo ó lima con que pudiese quitar los grillos que tenia en los piés. Ofrecióse el muchacho de hacer lo que le mandaba con mucho cuidado y de acompañarle por donde quiera que fuese.

Dia del Apóstol San Mateo por la mañana vino con un martillo y dióle al Padre secretamente, y ordenándolo así nuestro Señor, dejáronle aquel dia las guardas solo y pudo quitar los grillos de un pié, y con este buen principio avisó al muchacho que estuviese apercibido y escondiese el martillo en el camino por donde habian de pasar para quitar del todo sus prisiones, porque pensaba salir aquella noche. Estando el Padre con grande cuidado mirando si las guardas velaban ó dormian para hacer lo que tenia pensado, sucedió que por causas de unas fiestas que aquel dia habian tenido, dormian con más profundo sueño que otras veces, y cuando le pareció que seria la media noche, comenzó á levantarse para salir de su prision, mas con el ruido que hizo despertó la guarda mayor y preguntóle qué buscaba. Tomó el Padre para disimular un jarro que allí tenia, y díjole que buscaba aquel jarro para beber un poco de agua. Con esto se tornaron entrambos á sosegar, aunque el Padre siempre en vela, mirando si tornaba á dormir la guarda para proseguir lo que habia comenzado.

Pasado un buen rato, que le pareció ser buen tiempo, encomendándose muy de corazon á la Vírgen nuestra Señora, prometiendo algunas Misas y sábados de ayuno, se tornó á levantar, y parece que dió nuestro Señor tan profundo sueño á las guardas, que pasando por medio de ellas, ni le sintieron ni despertaron. Salido fuera de la prision por una pared, halló al muchacho durmiendo junto á ella; fuéle á despertar el Padre, mas como estaba dormido, pensando que eran los badagas que le querian prender por haber huido el Padre, comenzó á dar voces, hasta que volviendo en sí y reconociendo al Padre, con grande alegría de entrambos dieron gracias á nuestro Señor de aquella merced que les habia hecho, y fueron á buscar el martillo para acabar de quitar los grillos. Habíale escondido el muchacho en un campo de arroz, y como la noche era oscura, fué harta ventura encontrarle. Quitados los grillos, por no ser descubiertos antes del dia, se recogieron en unas sierras dos leguas de donde habian salido. Estuvieron escondidos todo aquel dia en estas sierras con peligro de ser vistos, porque andaban bien cerca algunos muchachos apacentando sus ganados.

Venida la noche caminaron con harto trabajo, por ser el camino muy pedregoso, y con la oscuridad dióse el Padre un golpe en un pié, que no podia dar paso; y lo uno y lo otro ayudó para que perdiesen el camino. Escondióse el Padre entre unos vallados entre tanto que el muchacho se iba á informar á una casería de un pobre hombre gentil que vivia en el campo. Este contó al muchacho cómo habian pasado por allí muchos correos del badaga, para avisar á los gobernadores de la tierra que procurasen poner diligencia en prender al Padre, y que habian tomado todos los caminos por donde sospecha ban que podia ir. Volvió el muchacho harto temeroso con estas nuevas. Pero el Padre le animó y consoló diciendo que Dios nuestro Señor le habia dado ángeles de guarda que podrian librarlos fácilmente del poder de los badagas. De esta manera pasaron escondidos todo el dia, hasta la noche, que tornaron á continuar su camino con intento de llegar á otro lugar que estaba tres leguas más adelante.

Pero tambien perdieron el tino esta noche como la pasada, porque era grande la oscuridad, y así dejaron el lugar á la mano derecha sin echarlo de ver. Seria esto una hora antes de amanecer, y oyendo pasar cerca del camino que llevaban unos gentiles, adelantóse el muchacho é informóse bien de ellos por dónde habian de ir. Fué nuestro Señor servido que llegaron al lugar antes del dia; mas hallaron tan ruin aparejo para poderse esconder el Padre, que hubieron de pasar á otro más pequeño que estaba cerca.

En esta aldea por alguna cosilla que el muchacho dió á un pobre hombre escondió al Padre en un templo de sus ídolos, tan pequeño que apénas cabia dentro una persona, y porque el negocio fuese más seguro habló el muchacho al regidor pidiéndole algo de comer, sin decir quién era el Padre. Bien sospechó el regidor lo que podia ser, y aunque temió que si el badaga su señor lo venia á saber le mandaria cortar la cabeza; pudo tanto con él el amor del dinero, que por treinta ó cuarenta ducados que el muchacho le prometió, se determinó de callar. Para pagar este dinero hubo de ir el muchacho tres ó cuatro leguas de allí á un lugar donde habia cristianos, quedándose entre tanto el Padre como en rehenes, cerrado en aquel templo ó jaula, cubierto de paja por encima. Volvió el

muchacho con el dinero dentro de tres dias, y en su compañía venian dos ó tres cristianos para guiar al Padre. Con esta gente se partió entrada ya la noche, y el dia siguiente ya tenia veinte personas en su compañía. Estos le llevaron á su lugar, que estaba tres leguas de la playa. Y porque tuvieron aviso que los moros de la costa tenian puestas muchas espías para ver si venia, hicieron que de noche y secretamente esperase un cristiano con cierto navío en otra parte algo desviado, donde se pudiese embarcar con seguridad, y así lo hizo despues de haber andado siete dias con tanto peligro por la tierra de los badagas. De este puerto le llevaron á una isla, donde estaba el capitan y los demás que habian sido tambien cautivos y se habian rescatado.

Fué tanta el alegría de todos cuando vieron al Padre y supieron el modo con que nuestro Señor le habia puesto en libertad, que no cesaban de darle infinitas gracias, y al muchacho por el buen oficio que habia hecho le daban los cristianos sus vestidos de albricias, prometiéndole 200 ducados para la primera pesca de aljófar que hiciesen. A esta misma sazon llegó el virey D. Constantino que venia desde Goa con una gruesa armada, para dar órden y remedio en las cosas de aquella cristiandad que tantos trabajos padecia continuamente. Con el virey venia tambien el P. Provincial de la Compañía, y entrambos recibieron al P. Mezquita con grande contento y alegría, por la misericordia tan particular que nuestro Señor con él habia usado.

CAPÍTULO XVI

Del intento con que vino á la costa de la Pesquería el virey, y lo que resultó de su venida.

En el capítulo décimo sexto del libro primero de esta historia se dijo, cómo el rey de Jafanapatan y señor de la isla de Manar mató á muchos de sus vasallos porque habian recibido la ley de Dios, y otros se habian ido huyendo á Goa, entre los cuales fué un hermano mayor de este rey y á quien él tenia desheredado y deseaba quitar la vida, temiendo que se habia de favorecer de sus vasallos para cobrar el reino que le pertenecia por derecho.

Este caballero que se fué huyendo á Goa, se bautizó estando allí y le pusieron por nombre D. Alonso, y por órden del rey de Portugal D. Juan el III, le proveian de todo lo necesario, conforme á la calidad de su persona, porque su virtud y cristiandad y loables costumbres merecian todo buen tratamiento. Tambien se dijo al fin del cap. XVII del mismo libro, cómo estando ya á punto para hacer guerra al rey de Jafanapatan, por cierta ocasion que entonces se ofreció, se hubo de dilatar el castigo que su atrevimiento merecia por haber muerto á sus vasallos.

Siendo virey de la India D. Constantino el año de 1560, como era tan celoso del aumento de la cristiandad y veia los muchos trabajos que pasaban los cristianos del Cabo de Comorin y costa de la Pesquería con la vecindad de los badagas, y que el rey de Jafanapatan perseveraba todavía en perseguir á su vasallos que se hacian cristianos, determinó de hacer una jornada de propósito para castigar á este mal rey y poner en su lugar á D. Alonso su hermano y legítimo sucesor del reino; y en habiendo hecho esto, pasar á los cristianos de la costa de la Pesquería, que confinan con los badagas, á este reino de Jafanapatan, para que debajo de la sombra de un rey tan cristiano como era D. Alonso, estuviesen seguros de las vejaciones y trabajos continuos que padecian, y pudiesen con más libertad usar su oficio de pescar las perlas.

Llegando el virey D. Constantino á la costa de la Pesquería para poner en ejecucion los intentos que traia, mandó luego cercar por mar y por tierra la ciudad principal donde residia el rey, el cual no se atrevió á esperar dentro de la ciudad la venida del ejército; y en sabiendo que llegaba cerca, se salió huyendo á unas sierras muy ásperas, donde se hizo fuerte. Entró el ejército en la ciudad sin resistencia alguna, y dentro de pocos dias se vinieron á poner debajo de la obediencia del virey otros muchos pueblos. Viéndose el rey de Jafanapatan tan apretado, envió á su hijo mayor para que tratase con el virey de algunos medios de paz, prometiéndole de cumplir las condiciones que se le pusiesen siendo justas.

Al principio no quiso oirle el virey, porque deseaba poner en el reino á D. Alonso, su hermano; pero la misma necesidad le obligó despues á ablandar un poco. Porque entendiendo los naturales de la tierra que les querian poner rey cristiano, siendo los más de ellos moros, comenzaron á amotinarse y aun mataron en una revuelta más de veinte personas, y para sujetar todo el reino era menester tiempo y espacio, más de el que por entónces tenia el virey, porque le daban priesa de Goa otros negocios de mucha importancia, y lo que más le apretaba á tomar medios de paz, era la mucha gente que cada dia se le moria, por ser aquella tierra muy contraria á los forasteros. Por estas razones y causas tan urgentes, hubo de asentar las paces

con el rey en esta forma; que cada año pagase cierto tributo al rey de Portugal y no molestase á sus vasallos, sino que libremente los dejase hacerse cristianos y vivir como tales. Lo último le quitó la isla de Manar, que está seis leguas del mismo reino, y en medio de ella y de la tierra firme hay un rio muy ancho y caudaloso que viene á entrar en la mar. En esta isla hizo el virey una hermosa fortaleza, proveyéndola de buen número de soldados; y para mayor seguridad dejó allí diez navíos apercibidos de todo lo necesario, porque con esto le pareció que se reprimiria la soberbia del rey para con sus vasallos, y los cristianos de la Pesquería tendrian tambien amparo y socorro contra los badagas, corriendo el capitan que allí quedaba la costa con sus navíos y asegurándola.

Dado este órden en las cosas de aquella cristiandad, dió el virey la vuelta para Goa, llevando en su compañía al príncipe D. Alonso, el cual murió despues en una batalla contra los moros de Ildalcan, peleando como buen caballero. Tambien llevó el P. Provincial á los Padres Enrique Enriquez y Juan de Mezquita, por ser viejos y enfermos con los muchos trabajos que habian pasado en aquella tierra, y quedó por Superior de aquella cristiandad y de los Padres que trabajaban en ella el P. Andrés Hernandez, del cual trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII

De lo que sucedió al P. Andrés Hernandez en la costa de la Pesquería.

Era este P. Andrés Hernandez hombre de grande virtud y admirable paciencia, y habíala bien menester para los continuos trabajos que padecia con los moros y badagas, como sus predecesores; que aunque estaban algo enfrenados y reprimidos con la armada que dejó el virey, pero con todo eso no dejaban de dar muchas pesadumbres á los cristianos y á los Padres que los enseñaban.

Residia en aquella costa un badaga que era como juez y gobernador del tirano que poseia aquella tierra; hombre soberbio y que tenia en poco á los cristianos y ménos respeto á la Iglesia; y así, acostumbraba á entrarse en ella á determinar sus pleitos y negocios, como lo solia hacer otras veces en la plaza. Acertó á llegar á este pueblo el P. Andrés Hernandez que andaba visitando los cristianos; hallólos muy afligidos y desconsolados, por el desacato que este bárbaro usaba con su iglesia.

Al principio disimuló el Padre con el badaga, pensando que llevándole por bien se reportaria; mas viendo que su descomedimiento pasaba adelante, encomendándose á nuestro Señor y movido con el celo de su honra se fué para el badaga y con una santa libertad le dijo: «¿Por ventura vosotros consintiérades que en los templos de vuestros dioses se hicieran semejantes desacatos como los que vos haceis en el templo de los cristianos?» Respondió el badaga que no. «Pues si vosotros, dijo el Padre, en los templos de los dioses falsos y mentirosos, no consentiríades tal cosa, ¿paréceos bien, que lo suframos los cristianos en la casa y templo donde es adorado el verdadero Dios y Señor del cielo y de la tierra? No es razon por cierto, ni yo lo tengo de consentir de aquí adelante.» Dijo el Padre estas palabras con tanto sentimiento y ponderacion, que el badaga se halló atajado y confuso, y sin saberle responder se salió luego de la iglesia.

Pero como era tan soberbio, pareciéndole despues que habia mostrado en aquello gran flaqueza y perdido mucho de su honra y reputacion, volvió dentro de pocas horas acompañado de otros 100 badagas, apercibidos de armas para matar al Padre, el cual estaba solo en la iglesia cuando los vió venir. Y conociendo por lo que parecia de fuera la determinacion que traian en su corazon, sin ninguna turbacion los esperó en la misma puerta de la iglesia, hincado de rodillas y puesto en oracion, la cual oyó nuestro Señor de manera, que atemorizados los badagas de solo mirarle, ni se atrevieron á llegar á él ni entrar más en la iglesia de allí adelante.

Reprendiendo otra vez este Padre á unos moros de sus vicios y pecados que públicamente cometian, y mostrándoles con razones claras y evidentes el engaño en que vivian, ofendidos con la luz y resplandor de la verdad, vinieron con la misma determinacion que los badagas para matarle. Acogióse el siervo de Dios á su acostumbrado remedio de la oracion, y puesto de rodillas los esperó. Mas el Señor que habia atemorizado á los primeros, puso el mismo miedo y espanto en los segundos, de suerte, que volvieron huyendo como si hubieran visto salir en su defensa un poderoso ejército. Estos y otros muchos peligros pasó en aquella costa el P. Andrés Hernandez, el tiempo que anduvo enseñando y predicando á los cristianos.

CAPÍTULO XVIII

Del martirio que padecieron algunos cristianos de la costa de la Pesquería.

Todos los trabajos que padecian los Padres por conservar la cristiandad de aquella costa, daban por bien empleados viendo la virtud y

devocion que resplandecia en los cristianos, que bien parecian plantas regadas con la doctrina y enseñanza del P. Francisco Javier, entre los cuales hubo algunos que ofrecieron alegremente sus vidas al martirio antes que faltar en la confesion de la fe que habian recibido. El año de 1566, yendo seis cristianos de esta costa en una nao para Cochin, cayeron en manos de moros, los cuales comenzaron lo primero á amenazarlos con la muerte si no dejaban la ley de Cristo y recibian la ley de Mahoma. Ellos respondieron como buenos cristianos, que antes pasaria cualquier género de muerte que hacer tal cosa.

Oida la respuesta arremetieron los moros, dándoles mil golpes y palos. Mas viendo que no podian vencerlos con este mal tratamiento, los echaron presos, pareciéndoles que con el deseo de la libertad acabarian con ellos lo que deseaban. Estaban todos en la cárcel y prision muy alegres y consolados, animándose unos á otros para llevar adelante tan gloriosa empresa, y los moros por otra parte muy corridos con ver que todas sus diligencias aprovechaban tan poco. Contentábanse ya con que los cristianos dejasen las cuentas que traian colgadas del cuello en testimonio de su religion y fe, ofreciéndoles que con solo esto los dejarian ya libres, y si no las quitaban, los habian de cortar las cabezas. No espantaron estos temores y amenazas á los que tenian tan arraigada en su corazon la verdad y doctrina del Evangelio, y con una santa libertad y firme determinacion de morir por la confesion de la fe, respondieron á los moros que antes perdieran las cabezas que quitar las cuentas que traian para ser conocidos por cristianos. Bien podeis (dijeron) quitárnoslas vosotros por fuerza y con violencia; pero de nuestra voluntad antes moriremos que dejarlas.

Indignados los moros con ver la constancia que mostraban, se resolvieron de quitarles la vida. Como los valerosos cristianos entendieron la determinacion de los moros, se hincaron de rodillas, y puestas las manos, ofrecieron sus almos y vidas al Señor, dándole infinitas gracias porque los hacia dignos de tan gloriosa corona. Estando ellos haciendo oracion, llegaron los moros con sus alfanges desnudos y cortaron las cabezas á cinco de ellos, dejando espantados á los demás cautivos que habia en la nao, y á los mismos moros de su ánimo y alegría con que habian esperado la muerte. Al sexto dejaron vivo y no se supo la causa. Este contó despues en Cochin con muchas lágrimas el martirio de sus compañeros, diciendo que por sus pecados no habia merecido recibir con ellos la muerte.

No solamente se echaba de ver esta fortaleza en los cristianos que se habian criado algunos años con la doctrina del Evangelio y frecuencia de los Santos Sacramentos, sino tambien en los que aún no eran bautizados, porque en la misma costa á un mozo que era catecúmeno y se estaba aparejando para recibir el santo bautismo, le quitaron su hacienda porque no quiso en la muerte de su señor celebrar las exequias conforme á la costumbre y ceremonias de los gentiles, y poco despues le quitaron la vida por la misma causa y él la ofreció de muy buena gana para ser bautizado en su propia sangre.

CAPÍTULO XIX

Del aumento que hubo en la cristiandad de la costa de la Pesquería.

No eran parte los muchos trabajos que se padecian en aquella costa por causa de los moros y gentiles comarcanos, para que no creciese cada dia el número de los fieles. Porque el año de 1580 pasaban de 50 000; y para poderlos ayudar mejor, se fundó este mismo año allí un colegio de la Compañía, y los años siguientes se hicieron seis residencias. En este colegio hay de ordinario diez y seis ó diez y ocho de la Compañía, á cuyo cargo está visitar la cristiandad de aquella costa, acudiendo para esto á las casas de residencia que están en los puestos más acomodados, para que de ellas puedan acudir los Padres á los lugares y pueblos comarcanos. En una de estas residencias hay tambien un seminario donde se cria buen número de niños al modo de los que hay en el colegio de Goa.

Tienen estos cristianos sermones y pláticas muy ordinarias todo el año, y en la cuaresma particularmente se tiene cuidado de enseñarles cómo se han de aparejar para la Confesion y sagrada Comunion, y échase de ver en todos mucho deseo de frecuentar estos Santos Sacramentos. Tambien tienen por costumbre acabando de comulgar, abrazarse unos á otros en señal de amor y caridad. Y los oficios de la Semana Santa suelen celebrar con particular devocion haciendo sus procesiones y disciplinas, derramando en ellas mucha sagre. En un lugar de esta Pesquería, que se dice Manapar, pusieron los Padres una cruz muy hermosa en un alto cerro que cae sobre el mar.

Viven los moradores de estas poblaciones de su trabajo ordinario, que es pescar, y por haber muchos dias que faltaba en su ribera el pescado y hostias, de donde sacan las perlas y aljófar; pasaban grande necesidad. Viéndose los cris-

tianos afligidos por esta causa, fueron á hacer oracion con mucha devocion delante de la cruz; oyólos el clementísimo Señor y dióles tanta abundancia de pescado, cuanto en muchos años no habian visto, de lo cual sacaron los cristianos mucha confianza para acudir al mismo lugar en sus necesidades, y aun los moradores de otros pueblos venian en peregrinacion á visitar la cruz y hacer oracion en ella.

En otro lugar donde hay una iglesia del Apóstol San Pedro, viéndose los de aquel pueblo atribulados, por no tener de qué pagar cierto tributo que solian dar á los gentiles, por haberles faltado el pescado aquellos meses; fueron á hacer oracion á la iglesia del Sto. Apóstol, y el dia siguiente cogieron tanto, que no solo bastó para pagar el tributo, sino tambien para sustentar sus casas. Y porque se ha dicho tantas veces que los moradores de esta costa viven de pescar perlas y aljófar, será bien decir brevemente el modo que tienen para esto. El tiempo ordinario y más acomodado para su pesquería es el mes de Marzo, aunque no se hace siempre en una misma parte de la costa, sino en diferentes, segun que acuden las hostias, que son los pescados de donde sacan las perlas y aljófar. Tienen para esto sus ciertas señales, por las cuales conocen si hay pescado ó no. Venido el tiempo, júntase grande número de cristianos en la parte donde han de pescar, y llevan su gente de guarda que les da el capitan de la fortaleza de Manar para su seguridad. Tienen ya aparejadas más de 1.000 embarcaciones pequeñas, en las cuales van los nadadores que han de entrar debajo del agua. Estos hombres se atan una piedra al piè, pero de manera que puedan quitarla con facilidad cuando quisieren. Con esta piedra se arrojan al agua desde las barcas, que estará como ocho brazas de hondo, y con el ímpetu que llevan, llegan presto al suelo y quitan la piedra, y con una presteza increible cogen las hostias, que algunas veces están en el mismo suelo y otras veces asidas en las piedras, y con las que pueden asir tornan á salir.

Habiendo descansado un poco en el barco, tornan á entrar segunda y tercera vez ellos ú otros compañeros, y de esta manera sacan grande cantidad de hostias por espacio de quince dias que comunmente dura la pesquería. De estas hostias hacen montones en la playa y con el sol que les da se van abriendo, y entonces echan de ver lo que han pescado, porque en algunas no hallan nada, en otras hallan perlas mayores ó menores, aunque están encerradas en la misma carne de la hostia; y como se va corrompiendo y secando con el calor del sol, se va descubriendo y resplandeciendo la perla que allí estaba encubierta. Acuden á la playa por causa de esta mercaduría gente de diversas partes y naciones, así cristianos como gentiles y moros, y esta es la granjería de que viven comunmente todos los moradores de la costa que se llama de la Pesquería.

CAPÍTULO XX

Cómo el rey de Jafanapatan tornó á perseguir los cristianos, y por ello perdió la vida y el reino.

Aunque el rey de Jafanapatan aceptó los capítulos que le puso el virey D. Constantino y prometió de cumplirlos, como no le salia de voluntad ni de corazon, sino de la pura necesidad con que se vió apretado, vuelto el virey á Goa, descubrió lo que tenia en su pecho. Porque aunque la fortaleza de Manar y gente que allí estaba le era algun freno, el dolor de haber perdido aquella isla y tener tal padrastro en ella no le dejaba sosegar, y así procuró destruir la fortaleza con ocasion que habian salido de ella algun número de soldados para acompañar los cristianos que estaban pescando en la costa. Pero los que habian quedado dentro para su defensa lo hicieron tan valerosamente, que matando á muchos de los contrarios con el socorro que luego les vino de sus compañeros, hicieron volver al rey harto corrido y afrentado.

No escarmentó el rey viendo el ruin suceso que habia tenido, y quiso probar ventura segunda vez con cierta ocasion que se le ofreció á su parecer buena, pero fué causa de su total destruccion. El año de 1591 salieron del puerto de Calicut algunos moros corsarios con buen número de navios, con intento de hacer todo el daño que pudiesen á los cristianos. Encontraron estos corsarios una nao que venia de la China con grande riqueza, porque en solos panes de oro dicen que traia 500.000 ducados, y otros tantos ó más en sedas y diversas mercaderías. Cercarónla los moros, y aunque los portugueses vendieron bien sus vidas y mataron más de 300 de ellos, pero al fin fué entrada la nao, no quedando vivo en ella más que el capitan y un criado suyo. El cual viéndose solo y mal herido, porque los enemigos no se aprovechasen del tesoro que venia en la nao mandó al criado que le pegase fuego por diversas partes. Fuése apoderando el fuego de manera que aunque entraron los moros y mataron al capitan y robaron alguna poca cosa, no se pudieron aprovechar de

lo principal, porque les fué necesario salir huyendo y deprisa por no ser abrasados.

Con la pérdida de esta nao quedaron quebrados y necesitados algunos mercaderes y otras personas principales de la India y de Goa que tenian allí su caudal, y los moros con doblado ánimo para acometer otras empresas semejantes el año siguiente, y porque ya comenzaba el invierno en aquella tierra, que se cuenta desde Mayo hasta Agosto, no pudiendo volver al puerto de Calicut donde habian salido, determinaron quedarse en la isla de Ceilan, junto al reino de Jafanapatan. Viendo el rey estos corsarios cerca de su tierra, concertóse con ellos para destruir la fortaleza de Manar. Holgaron los corsarios del concierto, porque les estaba bien poner sus navíos en el rio que divide á Manar de la tierra, por ser aquel lugar muy á propósito para esperar las naos que vienen de los reinos de Vengala, Pegu y de otras partes. El concierto fué que los corsarios cercasen la fortaleza por la mar con sus navíos, y él enviaria un buen ejército de gente por tierra.

Estando las cosas en esta disposicion, llegó á la ciudad de Goa por virey de la India D. Matías de Alburquerque, sobrino de D. Alonso de Alburquerque, el que ganó á Goa, que ni era ménos valeroso ni ménos venturoso que su tio. Comenzando, pues, á hacer su oficio por el mes de Mayo de 91, sabiendo lo que habian hecho los moros y que estaban en el puerto de Ceilan, hizo armar veinte navíos, y con ellos envió por capitan á Andrés Hurtado de Mendoza, con órden de que se juntase con la gente de la fortaleza de Manar, y entrambos procurasen de desbaratar los moros y castigar al rey de Jafanapatan por haberse confederado con ellos. Partida de Goa esta armada, con los vientos que tuvo contrarios tardó en llegar á Cochin más de treinta dias, y no sin particular providencia divina, porque en este tiempo encontraron tres naos de moros que venian de Meca con grande riqueza y las tomaron. Prosiguió la armada su viaje, y á los primeros de Octubre se halló junto á Ceilan, donde supo cómo los corsarios estaban ya en el rio de Manar esperando tiempo para dar en la fortaleza.

Fué grande el contento de todos por haber llegado á tan buena coyuntura para desbaratar el intento de los contrarios. Apercibió luego el capitan su gente, y dándoles nuestro Señor viento favorable, entraron por el rio adentro hasta dar en los enemigos, los cuales al principio no hicieron mucho caso de la armada, pensando que era sólo el capitan de Manar. Mas cuando se vieron acometer con tanto valor y esfuerzo quedaron admirados, procurando salir con sus navíos á lo ancho del mar, pero descuidarónse con la prisa que les daban y encallaron en unos bajíos que tiene aquel rio sin poder pasar adelante. Hizo traer el capitan Hurtado de Mendoza algunas embarcaciones pequeñas de la Isla, y con ellas se hizo señor de toda la armada de los corsarios, los cuales viéndose perdidos, desampararon los navíos, y saltando en tierra, se fueron á juntar con el rey de Jafanapatan.

Alcanzada esta victoria, quiso el capitan proseguir con el órden que traia de castigar al rey, y para esto recogió todos los demás soldados que pudo, así de la fortaleza de Manar como de otras que habia en la costa, ayudándose tambien de los cristianos naturales de la tierra. Con esta gente tomó su camino hácia donde estaba el ejército del rey. La mañana antes de dar la batalla oyeron Misa todos y comulgaron muchos, porque sin los Padres que andaban por aquella costa, venian otros dos con la armada desde Goa.

Estaban los enemigos muy pertrechados con grandes baluartes y mucha gente y artillería, mas fué tal el ánimo y valor con que arremetieron los de nuestra armada, que los rompieron y desbarataron, y habiendo muerto muchos hicieron volver las espaldas á los demás. El capitan general de esta gente huyó mal herido y fué á parar donde el rey estaba en sus palacios una legua de allí, con buen número de gente para su guarda. Díjole el capitan que procurase salir de la ciudad y ponerse en salvo, porque los contrarios venian caminando á gran priesa y no estaba allí seguro. Queria castigar nuestro Señor los pecados de este mal rey, y así permitió que se cegase y no diese crédito á lo que su capitan le decia, antes llamándole de cobarde le hizo volver á pelear con los portugueses, dándole la gente que consigo tenia para que les estorbase la entrada de la ciudad. Pero como los cristianos venian ya con victoria, á los primeros encuentros mataron al capitan y desbarataron á los demás, y sin parar primero estuvieron dentro de los palacios del rey, que supiese la pérdida de su gente. Quisóse defender con los pocos que en su compañía habian quedado, mas luego fué allí muerto con su hijo mayor y heredero del reino.

El hijo segundo viendo muerto á su padre y hermano, se dió á conocer, y echándose á los pies del capitan le pidió merced de la vida, ofreciendo de hacerse cristiano. Quitóse entónces el capitan su capacete y púsole sobre la cabeza del príncipe y tratóle con mucha honra y cortesía. En poco tiempo vino todo el reino á dar

la obediencia al capitan en nombre del virey y nombró por gobernador de aquella tierra á este príncipe, entretanto que daba cuenta en Goa de lo que habia sucedido en aquella jornada. Este fué el desastrado suceso de aquel mal rey, y el castigo que nuestro Señor justamente le dió por su grande crueldad y obstinacion, con que tanto tiempo habia afligido á los cristianos de su tierra.

CAPÍTULO XXI

Cómo se fundó una casa en el reino de Coulan, y desde allí se acudió á los cristianos de Travancor.

Desde la costa de la Pesquería pasó el P. Francisco Javier predicando el santo Evangelio al reino de Travancor, y corrió todas aquellas vertientes occidentales de la India, como en su vida queda dicho, y así en cuanto fuere posible, iremos siguiendo sus mismos pasos, y aunque desde la costa de la Pesquería pasó el P. Francisco inmediatamente á la de Travancor; pero como todos estos cristianos se visitaban desde la casa de Coulan, será bien decir el orígen y principio que tuvo.

Caen estos dos reinos de Travancor y Coulan junto al Cabo de Comorin, en las vertientes y parte occidental de la India, y confinan el uno con el otro. Cuando vinieron los portugueses la primera vez á la India, hizo paces con ellos el rey de Coulan el año de 1503, y siempre les hizo buena amistad. Dióles tambien sitio y lugar para su habitacion en la ciudad de Coulan, que es muy buena, asentada al pié de unas grandes sierras, tres leguas de la mar, de grande recreacion y muy proveida de todo lo necesario. Con esta ocasion hicieron los portugueses una pequeña iglesia en el sitio donde vivian, y cuando los de la Compañía vinieron á la India, acudian algunas veces á predicarlos y confesarlos.

Deseaba el P. Francisco Javier hacer en esta ciudad una casa de residencia, no sólo por la conversion de los gentiles de aquel reino, sino para que se pudiese acudir desde allí á los cristianos que él habia bautizado en la costa de Travancor, que se decian los machoas, porque el rey de aquella tierra, aunque un tiempo favoreció á los cristianos, por ocasiones que tuvo de pesadumbres con los portugueses, se mudó de tal manera, que fué su enemigo capital, y persiguió con tanta crueldad á sus vasallos que se habian hecho cristianos, que les era necesario tomar muchas veces sus mujeres é hijos y entrarse en el mar y esconderse en algunas montañas ó riscos para escapar de su ira, y de ninguna manera consentia que hubiese Padres que predicasen la ley de Dios en su tierra.

Con el intento que hemos dicho cuando el P. Francisco quiso ir á Japon, en el repartimien to que hizo de los Padres, envió á Coulan al P. Nicolás Lanciloto, italiano de nacion, para que visitase los portugueses que allí vivian, y por su medio alcanzase licencia del rey para predicar en su tierra y hacer una casa de residencia. Concedióle el rey todo con mucha facilidad por la amistad que tenia con los portugueses. Era el P. Nicolás muy enfermo, pero de grande virtud y ejemplo, y cayó en tanta gracia al rey y á sus vasallos con el suave y apacible trato que tenia, que bastaba su autoridad para componer cualesquiera dificultades que entre ellos hubiese. Y por este medio ganó las voluntades á muchos principales de aquel reino que se hicieron cristianos. y el mismo rey vino á estimar tanto la ley de Dios con ser gentil, que hizo la iglesia á su costa y la casa para los Padres.

De esta casa de Coulan acudian á visitar y consolar á los cristianos de Travancor en sus trabajos que padecian muy de ordinario, hasta que el año de 1569, el virey de la India hizo guerra al de Travancor con cierta ocasion que tuvo para ello, y le puso en términos de perder su reino. Viéndose este rey tan apretado, fué á hacer sus sacrificios é idolatrías á un famoso templo que estaba en lo último del reino, y desde allí envió á llamar al P. Alonso Gobeano, que residia entónces en la casa de Coulan, pidiéndole se viniese á ver con él, porque le quedaba esperando en aquel templo. Vino el Padre en dándole el recado, y el rey le recibió con muestras de buena voluntad, pidióle que tratase de hacer las paces con el virey de la India, y que él prometia de conservar siempre la amistad con los portugueses y favorecer de allí adelante á los cristianos, y en señal de que lo cumpliria, dió luego al Padre una patente con su real sello, por la cual daba licencia para que en todo su reino pudiese predicar libremente la ley de Dios y sus vasallos recibirla, y algunos privilegios particulares á los que se hiciesen cristianos. El Padre le dió las gracias del favor que hacia á la cristiandad y ofreció de tratar aquel negocio con todo cuidado y diligencia. Fué nuestro Señor servido que la paz se asentó muy á gusto del rey de Travancor. Y por este beneficio que se le habia hecho, quedó de allí adelante muy agradecido á los de la Compañía y favoreció siempre á los cristianos de su reino.

CAPÍTULO XXII

Del fruto que se hizo en los reinos de Coulan y Travancor.

Con el favor que el rey de Coulan y el de Travancor hacian á los cristianos, fué creciendo el número de ellos con grande aumento, porque el año de 1581 habia en la costa de Travancor treinta y un lugares que todos eran de cristianos y veinte y cinco iglesias, y en el reino de Coulan otros veinte lugares y buen número de iglesias. Para acudir á la cristiandad de estos dos reinos se hizo la casa de Coulan que se llama del Salvador, adonde se recogen y acuden todos los Padres que tienen cuidado de visitar estos cristianos. Serán los Padres que de ordinario se ocupan en esto más de treinta, y fuera de esta casa hay otras particulares de residencia en la costa de Travancor y reino de Coulan. Las principales son tres: Couleche, Retora y Santiago. Andan los Padres visitando continuamente las iglesias que tienen á su cargo, procurando de ayudar con sus ministerios á los cristianos y á los gentiles que de nuevo se van convirtiendo. Tambien se crian en la casa de Coulan algun número de niños huérfanos que los Padres hallan desamparados. Enséñanlos á leer y escribir, y cantar, y ayudan despues en los divinos Oficios cuando se han de celebrar con alguna solemnidad, así en la iglesia de Coulan como en algunas otras de aquella cristiandad.

Uno de estos niños se salió de casa de sus padres siendo de trece años, y vino á pedir que le bautizasen con grande deseo de ser cristiano. En la misma ciudad de Coulan sucedió otra cosa semejante, que una doncella muy principal y noble, vino á la iglesia pidiendo que la bautizasen; pusiéronla los Padres en una casa de gente honrada, para dar satisfaccion á sus deudos y parientes. Acudieron allí todos, procurando apartarla de su santo propósito con muchos y diversos medios que para esto tomaron, mas todos no bastaron para mudar su determinacion. Era el padre de esta doncella de los principales naires de aquella ciudad, y dicen que recibió tanta pena de lo que su hija habia hecho, que murió dentro de pocos dias. Dijeron esto á la hija, y ella respondió que solamente le pesaba por haberse perdido el ánima de su padre, que en lo demás ya ella no conocia otros padres sino á los que le habian enseñado el camino del cielo.

Muestran estos cristianos de Coulan grande celo de la religion cristiana. Llegó un gentil á pedir cierta cosa á una mujer cristiana para hacer sacrificio á sus dioses, mas la buena mujer que lo entendió, no solamente se la negó, pero le despidió con un género de afrenta, que entre ellos suele ser castigado con grande rigor, y sin temor del daño que le podia venir, estando los cristianos en la iglesia el dia siguiente, contó lo que le habia pasado con aquel gentil, diciendo que si ella supiese de algun cristiano que no hiciese lo mismo en semejantes ocasiones, habia de avisar luego á los Padres para que no le admitiesen en la iglesia.

Otra cosa de harta edificacion aconteció en este reino de Coulan. Acusaban á una mujer de cierta cosa que tenia vergüenza de confesar, y para mostrar que estaba inocente de lo que contra ella se decia, fué delante de la cruz que solian adorar todos los cristianos, y allí juró que era verdad lo que ella decia y mentira lo que le acusaban, siendo todo al revés, como lo mostró nuestro Señor. Porque le dió luego una enfermedad tan asquerosa, que no pudiéndola sufrir los amos á quien servia, la echaron fuera de su casa. Viéndose la pobre mujer afligida con la enfermedad y desamparada de todos, conociendo que aquello era castigo de su pecado y juramento falso, con mucho arrepentimiento de lo pasado, volvió al mismo lugar de la cruz, y delante de las mismas personas conoció y confesó su culpa, y lo mal que habia hecho en hacer el juramento falso. Aceptó nuestro Señor su confesion y penitencia, y al tercero dia se halló libre de toda su enfermedad, que fué para todos los cristianos de grande consuelo y cobraron doblada estima de la reverencia que se debia á la santa Cruz.

CAPÍTULO XXIII

Cómo se dió principio al colegio de Cochin y otras casas de residencia en aquel reino y en otros.

El primer rey de los malabares que hizo amistad á los portugueses cuando la primera vez vinieron á la India el año de 1503, fué Triumpara, rey de Cochin, y por su ejemplo hicieron lo mismo el de Coulan y el de Cananor. Pagarónle bien la amistad que hizo á los portugueses, porque viniendo contra el rey de Cochin el gran Zamorino, emperador de los malavares y señor de Calicut, le vencieron y desbarataron, y con esto quedó la paz y amistad del rey con los portugueses del todo confirmada, y les dió licencia para que hiciesen una fortaleza é iglesia junto á la ciudad, y les proveyó de los materiales necesarios para su edificio. Dedicóse la iglesia al glorioso Apóstol San Bartolomé, y la primera Misa

se celebró con grande solemnidad, antes que los Padres de la Compañía viniesen á la India.

La ciudad de Cochin, de la cual tomó el nombre todo el reino, está veinte y cuatro leguas de Coulan y treinta de Calicut y ciento de Goa. Rodeála por una parte un grande y hermoso rio, y por la otra el mar, y queda la ciudad cercada de agua á modo de isla. Es muy abundante este reino de las mercaderías que comunmente se traen de la India, especialmente de pimienta, y á esta causa holgaron mucho los portugueses con la amistad de este rey y vivir en su ciudad para sus tratos y mercancías, por ser muy acomodada para ellas y tener un puerto muy capaz y seguro para los navíos.

Venido el P. Francisco Javier á la India, como iba siempre adelante la amistad del rey con los portugueses, con mucha facilidad dió licencia para que se predicase la ley de Dios en su reino y concedió particulares privilegios á los que la recibiesen para animarlos á ser cristianos, pareciéndole que con esto ganaba más la voluntad á los portugueses que allí residian, y los tendria más obligados para cuando tuviese de ellos necesidad. En lo cual se descubre una particular providencia de nuestro Señor, que con su sabiduría disponia las cosas de manera, que siendo estos reyes gentiles y quedándose en sus errores é idolatrías, holgaban de tener paz y amistad con los portugueses, por sus comodidades y respetos particulares, y por este camino abria Su Divina Majestad la puerta para que se predicase en aquellos reinos su santo Evangelio.

Viendo, pues, el P. Francisco Javier la buena disposicion que habia en aquella tierra, envió algunos Padres como en su vida queda dicho, que ayudasen á los portugueses que vivian en aquella ciudad, y juntamente comenzasen á predicar á los gentiles. Con esta ocasion se dió principio á una pequeña casa de residencia, y se comenzaron á hacer algunos cristianos. Mas por la misericordia del Señor, el número de ellos fué creciendo de manera que el año de 1553 fué necesario poner aquella casa en forma de colegio, con más gente, y edificar iglesia propia para acudir á la devocion de los cristianos y al deseo de los que cada dia pedian el santo bautismo. Y no bastando solo el colegio de Cochin para acudir á tantas almas como el Señor traia y llamaba á su Iglesia, pocos años despues fué necesario hacer algunas casas de residencia en diversas partes de aquel reino, aunque sujetas al mismo colegio.

Las casas principales que se hicieron en este reino fueron cuatro. La primera se llama Vaypicota, cinco leguas de la ciudad hacia el Norte. La segunda se dice Santiago de Palurte, hacia la costa del mar. La tercera está en el reino de Muterte, que cae cerca del de Cochin. La cuarta se hizo en el reino de Porca, en donde hay buen número de cristianos, y cada dia se hacen de nuevo. Del colegio de Cochin salen los Padres para estas casas de residencias, y desde ellas visitan los lugares donde hay cristianos, y acuden á otros donde desean oir la ley de Dios para bautizarse de nuevo.

Por ser grande la necesidad que hay en aquel reino, más particularmente que en otros de criar los niños en la sinceridad de la fe por los muchos errores que tienen los cristianos que llaman de Santo Tomé y viven en aquella tierra, se puso en Cochin escuela para enseñar á estos niños á leer y escribir y los misterios de la religion cristiana; y para conservarlos en la sinceridad de la fe y en las buenas costumbres, se pusieron poco despues dos clases de latinidad en el mismo colegio.

CAPÍTULO XXIV

Del fruto que se hace en el colegio de Cochin y en sus residencias.

En el colegio de Cochin como en todas las demás casas, al principio residian pocos Padres por la falta que habia de ellos en la India. De los primeros moradores que tuvo aquel colegio, fueron los PP. Antonio de Heredia y Francisco Perez y Jerónimo Ruiz, hombres de gran virtud y mucha religion y muy señalados en el celo de la conversion de los gentiles. Comenzaron estos Padres á predicar en aquel reino de Cochin con tanto fruto que convirtieron á nuestra santa fe muchos moros y gentiles, porque algunas veces venian todos los de una familia movidos de los sermones á pedir el santo bautismo. Habia en esta ciudad un hombre muy rico y principal, pero muy obstinado en sus idolatrías; y aunque algunas veces habia oido los sermones y le habian hablado los Padres, no habia remedio con él que las dejase ni abriese puerta en su corazon para hacerse capaz de la verdad ni quererla oir.

Aconteció que el dia del glorioso Apóstol Santiago encontró en la calle á uno de los Padres y díjole que ya queria ser cristiano. Admirado el Padre de su mudanza, preguntóle la causa. Díjole el gentil, que durmiendo aquella noche, habia visto una señora muy resplandeciente, á la cual los cristianos llaman Vírgen María, y le habia mandado que hiciese todo lo que el Padre le aconsejase, y así venia determinado de cumplirlo. Otro hombre estando muy enfermo pade-

cia grandes temores y horribles visiones del demonio. Llamaron á un Padre para que le animase y consolase, y con hacer sobre el enfermo algunas veces la señal de la cruz, cesaron todos aquellos temores y espantos. Viendo esto la madre del enfermo, vino á la iglesia con toda la gente de su casa pidiendo el santo bautismo.

Cobraron con esto todos grande reverencia á la santa cruz, no solamente los cristianos sino los mismos gentiles; y cuando se les perdia alguna cosa, tomaban por medio encomendarla á la cruz de los cristianos y ofrecerle alguna limosna. Un rey gentil contó á un Padre que perdiéndosele unas vacas (que ellos estiman en mucho y las tienen como cosa divina) despues de haber hecho grandes diligencias para hallarlas, como no pareciesen, las encomendó á la cruz, prometiendo su limosna, y luego las halló. En otra poblacion donde residian Padres, estaba presa una mujer gentil naira (que es de casta de caballeros) por un falso testimonio, y querian hacer justicia de ella con grande afrenta de todos sus deudos y parientes por ser acusada de un hurto. Viéndose la pobre mujer en este aprieto, acordóse de la cruz de los cristianos y encomendóse á ella con la devocion que pudo, prometiendo su limosna, y luego milagrosamentepareció el hurto y el gentil que lo habia hecho.

Para sus enfermedades hallan remedio muy de ordinario en el agua bendita y en traer escritas algunas palabras del Evangelio. Un rey gentil tuvo muchos hijos, los cuales en llegando á cierta edad se le morian todos; quedábale el postrero, y siendo de la edad en que sus hermanos habian muerto, vino á enfermar. Estaba su padre muy afligido, no sabiendo qué hacer. Preguntó á un cristiano de los que habia en su tierra (que era cerca del reino de Cochin) qué haria para que su hijo no se le muriese, pues no le quebaba otro para suceder en el reino. El cristiano le dijo, que pues los otros se habian muerto en poder del demonio, dejase morir este en poder de los cristianos, que ellos procurarian de curarle.

El rey con el deseo que tenia de la vida de su hijo, rogó al cristiano que tomase á su cargo el sanarle. Fuése este cristiano á ver con un Padre que habia llegado á aquel reino, y contóle lo que pasaba, pidiéndole remedio para la salud de aquel príncipe. Escribió el Padre el Evangelio en un papel para que se le pusiese. Con esto volvió el cristiano á tiempo que estaba muy al cabo el príncipe, y puesto su papel del santo Evangelio, cobró salud y sirvió este milagro para que él y su padre estimasen mucho la ley de Dios y favoreciesen á los cristianos que habia en su tierra.

Con estas y otras semejantes que nuestro Señor ha obrado en aquel reino, vienen los gentiles á tener grande estima de la ley de Dios y convertirse muchos cada dia, de los cuales fueron tan dichosos, que dentro de dos ó tres dias, como fueron bautizados, los llevó el Señor para sí, y alguno hubo que en las manos del mismo Padre espiró en acabando de recibir el santo bautismo.

Entre las cosas de particular devocion que tienen los cristianos de Cochin, son los viérnes de la Cuaresma por la tarde. Júntanse todos en la iglesia, y lo primero se dicen las completas á canto de órgano con diversidad de voces é instrumentos. Luego se sigue el sermon, que dura tres cuartos, en el cual se declara algun paso de la Pasion; y cuando el auditorio parece que está con más devocion, salen seis ú ocho de los más principales de la ciudad con sus hachas encendidas, y detrás de ellos otro hombre principal descalzo y vestido de azul en señal de luto con un crucifijo grande y muy devoto, y tras estos la procesion de los disciplinantes, que son muchos, y la demás gente los va acompañando con tantas lágrimas que pone grande devocion á quien los mira.

Una de las cosas en que más provecho se experimenta en la ciudad de Cochin es con la escuela de los niños y de latinidad, porque no sólo los cristianos envian sus hijos para ser enseñados, sino tambien los gentiles, y con esta ocasion deprenden la doctrina y se hacen cristianos.

Y pues hemos dicho de la devocion de los grandes, digamos algo de la que nuestro Señor comunica á estos niños, como se echará de ver por algunos ejemplos particulares. A uno de estos niños que andaba en la escuela cogieron los moros, y atándole de pies y manos, le amarraron en un árbol; sacaron luego sus arcos y flechas para tirarle, amenazándole con la muerte sino dejaba la ley de los cristianos; pero el animoso y constante niño respondió que antes perderia la vida que dejar la fe de Cristo. Espantados los moros de tal fortaleza, contentáronse con darle muchos azotes y bofetones, lo cual él sufrió con mucha paciencia y alegría.

Otra cosa semejante aconteció á otro niño que siendo cautivo de los moros, con ruegos y amenazas que le hicieron, comenzó al principio á mostrar algun temor, mas volviendo luego sobre sí y llorando amargamente la flaqueza que habia mostrado, se fué para los moros, en cuyo poder estaba, y confesó que era cristiano y lo habia de ser aunque por ello perdiese la vida. Indigna-

dos los moros con estas palabras, le ataron á un palo, amenazándole con sus alfanjes desnudos para matarle, y perseverando él en la confesion de la fe, habiéndole maltratado como al primero le dejaron teniéndole por niño.

Pero no fué menor prueba lo que sucedió á otro de la misma edad en aquella ciudad. Tenia este niño una madre enemiga de la ley de Dios y muy devota de su falso profeta Mahoma. Supo esta mujer que su hijo queria ser cristiano, y acudia á la iglesia de ordinario para que le enseñasen, y con una crueldad nunca oida tomó el muchacho y le llevó al campo, y en un grande hoyo que halló le dejó encerrado, puesta encima una grande peña para que acabase allí su vida; pero no faltó el Señor con su acostumbrada clemencia al desamparado niño, porque desde el hoyo donde estaba, por un agujero, vió que pasaban algo léjos unos cristianos, y empezó á dar voces. Acudieron á ellas los que iban por el camino, y cuando llegaron más cerca oian estas palabras que estaba diciendo el niño: «A Cristo quiero y á Cristo deseo.» Espantados los cristianos de lo que oian, quitaron la peña y sacaron al niño, que era harto pequeño, y llevándole delante del gobernador de la ciudad, y sabido el caso, castigó á la madre con rigor y el niño se hizo cristiano.

Los Padres que residen de ordinario en el colegio de Cochin son diez y ocho ó veinte, sin los que están repartidos por las residencias: de las cuales la primera, que se dice Vaipicota, está cinco ó seis leguas de la ciudad, en un lugar muy fresco y de grande recreacion por los muchos rios que le cercan y acompañan, con grande variedad de árboles silvestres y de diversas frutas. En esta residencia se hizo un seminario para criar en él los hijos de los cristianos de Santo Tomé, para cuya conversion y reduccion principalmente se fundó esta casa de residencia, pareciendo que ningun medio habia tan eficaz para desarraigar los errores de aquellos cristianos, como enseñar á sus hijos desde pequeños la verdadera y sincera doctrina católica para que la conserven despues mejor toda la vida y la enseñen á sus deudos y parientes.

Son estos cristianos que llaman de Santo Tomé, muchos, que pasarán de 150.000, aunque están debajo de muchos reyes gentiles, mezclados con moros y con judíos; su habitacion es cerca de los montes que hay por la tierra adentro. Son muy nobles y estimados de los reyes por su riqueza, porque de ordinario viene de sus tierras toda la pimienta que se lleva de la India á Portugal, y es mucha mayor cantidad la que llevan los moros á Turquía. Estos cristianos, aunque tienen sus sacerdotes sujetos á un Arzobispo armenio, los más de ellos se confiesan y tratan las cosas de su conciencia con los Padres de aquella residencia, y les traen sus hijos para que los bauticen y enseñen la ley de Dios y gustan de oir los sermones, y por este medio vienen á conocer sus errores ellos y sus sacerdotes, los cuales tambien se acostumbran á decir Misa conforme al uso y ceremonias de la Iglesia Romana.

La casa del seminario donde se criaban estos niños destruyeron unos gentiles vasallos del rey de Cochin sin saberlo él, y así la tornaron á edificar á su costa muy mejor que estaba de antes, y se hizo la dedicacion y restauracion de ella con una muy solemne fiesta por el mes de Setiembre de 1587, á la cual concurrieron, no sólo los cristianos de la sierra, sino mucha gente principal que vino desde Cochin á hallarse en ella, y es grande el fruto que por la misericordia del Señor se hace en estos cristianos de Santo Tomé y en sus hijos por medio de este seminario y casa de residencia. Del orígen de estos cristianos y de sus errores, diremos adelante en su propio lugar.

En la segunda residencia de Santiago de Palurte, están un Padre y un Hermano, y visitan desde allí los cristianos que hay en la costa de aquel reino de Cochin, que son muchos, y los más de ellos acuden á esta iglesia para oir Misa y sermones y confesarse y comunicar sus conciencias con el Padre que allí reside.

En la tercera residencia del reino de Muterte, qué está junto al de Cochin hay otra iglesia dedicada al Apóstol San Andrés y buen número de cristianos. Favorécelos el rey de aquella tierra, y él mismo dió la madera para que se hiciese la iglesia, y viniendo un dia á verla, dijo con alegría y contento que la aderezasen muy bien, porque así convenia á la casa de Dios, y aun los gentiles tienen grande respeto á esta iglesia y acuden á hacer oracion en ella por sus necesidades. Fueron algunos de aquella poblacion á pescar un dia de fiesta y no cogieron cosa alguna, de lo cual tomaron ocasion para decir que por haber hecho la iglesia en aquel sitio y cerca del mar les faltaba el pescado. Hablóles el Padre que allí residia, y díjoles que la causa era de no haber pescado el poco respeto que habian tenido al dia de fiesta que la iglesia mandaba guardar; que fuesen otro dia diferente y verian cómo les sucedia mejor. Hiciéronlo así, y fué servido nuestro Señor que cogieron el dia de trabajo grande cantidad de pescado, y con esto cobraron mayor estima y tuvieron de allí adelante mayor

reverencia á la Iglesia y á los dias de fiesta.

En la última residencia que es en el reino de Porca, que tambien confina con el reino de Cochin, hay otros dos de la Compañía. Y aunque el rey es gentil, pero huelga que haya cristianos en su tierra y que se predique la ley de Dios en ella, y el principio que tuvo para dar entrada en su reino á los Padres, fué que acudiendo á su tierra un mozo de los que se criaban en Cochin en las escuelas de la Compañía, quiso ver de qué provecho era lo que enseñaban los Padres.

Tenia este rey una hija endemoniada y muy atormentada, sin que la supiesen dar remedio los bracmanes y sacerdotes; hizo el rey llamar á este mozo que era cristiano y se habia criado con los Padres, y díjole que procurase dar algun remedio á su hija, que pasaba tanto trabajo; pues decian que los Padres de Cochin con la doctrina que enseñaban hacian semejantes cosas. Hallóse el mozo harto confuso de la peticion del rey, pero confiado de nuestro Señor, entrando en el aposento donde estaba la doncella, se hincó de rodillas y comenzó á rezar los siete salmos penitenciales, y cuando llegó á decir el salmo de *miserere mei*, comenzó la doncella á dar grandes voces, y acabados de rezar todos, quedó sin sentido por un poco de tiempo, y luego se levantó sana y buena, con grande alegría de sus padres, que decian mil alabanzas de la ley de Dios y de su doctrina, que tales cosas obraba, dando esperanza de que él y todo su reino la habian de recibir.

CAPÍTULO XXV

Cómo el rey de Calicut y emperador de los malabares trató de hacer paces con los portugueses por medio de los Padres de la Compañía.

No es menor la puerta que nuestro Señor va abriendo para dilatar su santa fe en el reino de Calicut, ni son menores las esperanzas del grande fruto que se ha de coger en este reino, que en todos los demás de la India y de aquella costa.

Es el rey de Calicut, á quien llaman el gran Zamorin, emperador de todos los reyes malabares que hay en aquellas vertientes, y tan poderoso, que suele poner en el mar contra los portugueses 300 velas, de las cuales 80 son naves gruesas, en que van á 500 y 600 soldados, y los 120 navíos grandes y las demás embarcaciones menores; y así fué este emperador el que más resistencia hizo á los portugueses la primera vez que entraron en la India, deseando echarlos de ella, y ha sido el que más contrario se ha mostrado siempre á la ley de Dios, y de quien ménos esperanza habia que diese licencia para poderse predicar en sus tierras. Pero para mostrar nuestro Señor que los corazones de los reyes están en su mano y que sabe y puede mudarlos y trocarlos cuando él quiere y por los caminos que él es servido, hizo una extraordinaria mudanza en este emperador, que de muy contrario á su ley, es ahora muy aficionado á ella y á los que la predican, y donde no habia esperanza de poder entrar algun Padre de la Compañía, él mismo los envió á pedir para que residiesen en su reino, con los favores y patentes más amplias que ningun rey ha dado en la India, para que se predique la ley de Dios en sus tierras; y la ocasion fué esta.

Andaba un moro corsario y vasallo de este emperador corriendo las costas con buen número de navíos, y entre otros que cogió fué una galera en que iba el P. Francisco de Acosta de la Compañía, á quien envió este corsario cautivo al emperador de Calicut.

Contra este moro salió con su armada por órden del virey D. Matías de Alburquerque, don Alvaro de Branches para haberle á las manos, aunque él se recogió con tiempo viendo la armada que contra él habia salido. Estando el P. Francisco de Acosta en su cautiverio en la ciudad de Calicut, holgaba de tratar con él algunas veces el emperador, por verle tan modesto y discreto, y con esta ocasion comenzó el Padre á decirle cuán bien le estaba tener amistad con los vireyes de la India, trayéndole para esto muchas razones y conveniencias, y cuán mal le estaba lo contrario. Fuéronle haciendo alguna fuerza al emperador las buenas razones que el Padre le proponia, y comenzó á gustar de la plática; de manera que se determinó en dar libertad al Padre y que fuese á tratar con el capitan D. Alvaro, que andaba con su armada por aquella costa, el modo que se habia de tener en guiar aquel negocio.

Informado el capitan del P. Francisco de Acosta de la buena disposicion que habia en el emperador, le pareció ser necesario que el mismo Padre pasase á Goa y diese cuenta al virey de todo, para que con su órden se hiciese lo que fuese más conveniente para la buena conclusion de la paz que se deseaba. Llegado á Goa el P. Francisco Acosta, dió cuenta al virey D. Matías Alburquerque dé todo lo que en este caso habia pasado y la buena voluntad con que el emperador quedaba, que para él y toda la ciudad fué una muy alegre nueva; y por no perder tan buena ocasion, viendo que el emperador habia comenzado á tratar de este negocio por medio de los Padres de la Compañía, pidió al

P. Provincial de la India que enviase al P. Francisco Ros que sabia muy bien la lengua malabar, en compañía del P. Acosta, para que los dos tratasen con el emperador los capítulos de la paz, por ser de tanta importancia para el servicio de nuestro Señor y para la quietud y sosiego de aquellos reinos.

Estaba el P. Francisco Ros con los cristianos de la sierra que llaman de Santo Tomé, y aunque su presencia allí era muy necesaria, le enviaron á llamar luego, y entrambos partieron de Goa para Calicut, donde llegaron con próspero viaje. Desde el puerto dieron aviso los Padres al emperador cómo estaban allí y á lo que venian, y que dándoles licencia irian á visitarle. Fué tanta la alegría que recibió el emperador con esta nueva, que envió dos gobernadores principales de su reino para que los acompañasen y trujesen á la ciudad; y cuando supo que estaban en ella y cerca de palacio, salió él mismo á recibirlos fuera de él con todos sus caballeros, y llevándolos por la mano á su palacio, los hizo sentar cerca de sí y les dió las gracias de que le tratasen con tanta confianza y seguridad, antes de haberse concertado las paces con los portugueses, á los cuales alabó públicamente de la mucha verdad que trataban, de la grande riqueza y poder que tenian, y que él deseaba y gustaba de tener su amistad.

CAPÍTULO XXVI

Cómo se asentaron las paces entre el emperador de Calicut y los portugueses, y se edificó iglesia y casa para los Padres, y concedió licencia y muchos privilegios á los que se hiciesen cristianos.

Despues de haber recibido el emperador á los Padres con muestras de tanto contento, comenzó luego á tratar de los capítulos de la paz, y dejando aparte los que tocaban á su particular y del virey, para los Padres y á la cristiandad concedió cosas tan favorables, que ningun rey de la India las habia concedido tales hasta entónces. Porque no sólo dió licencia general para que en toda su tierra se pudiese predicar la ley de Dios, y sus vasallos recibirla; pero añadió que por ser cristianos no perdiesen el oficio ni dignidad que tuviesen, aunque fuesen gobernadores del reino, y que las casas é iglesias de los Padres fuesen privilegiadas y refugio y amparo para cualquier homicida que á ella se acogiese; y que en tiempo de paz y de guerra ninguno tuviese que ver con las iglesias, ni con los Padres, ni se atreviese á dar pesadumbre á los que se hiciesen cristianos.

Hechos los capítulos de la paz, quiso el emperador que fuesen en compañía de los mismos Padres tres embajadores, hombres principales de su reino, para llevarlos al virey con un presente, encargándoles mucho que de su parte pidiesen al virey, que le enviase luego algunos Padres que residiesen en su tierra, porque queria hacerles casa é iglesia.

Llegados á Goa los embajadores, fueron recibidos del virey con mucha honra y cortesía, y con grande regocijo y fiesta, regalándolos en su palacio, de manera que ellos quedaron muy pagados de lo que con ellos se habia hecho. Desde allí fueron al colegio de San Pablo, donde visitaron al P. Provincial, pidiéndole de parte del emperador su señor, que enviase algunos Padres para vivir en aquel reino. Concedióles el P. Provincial á los dos PP. Francisco de Acosta y Francisco Ros, con otro tercero que estaba en la Pesquería, y sabia bien la lengua malabar, al cual envió luego á llamar para que fuese á Calicut.

Vistos los capítulos de la paz y contentándole al virey, tornó á despachar los embajadores, habiéndoles dado muchos dones y un rico presente para el emperador. Volvieron los dos Padres en su compañía, porque el tercero aún no era llegado de la costa de la Pesquería. Llevaban los embajadores órden de que el capitan don Alvaro fuese á jurar las paces en nombre del virey. Llegados á Calicut los embajadores y Padres, con tan alegre nueva para todos, mandó luego el emperador que se diese libertad á cuantos cautivos portugueses y cristianos habia en su reino, y entregar lo demás que en los capítulos habia ofrecido.

Concertado el dia en que se habian de jurar las paces por entrambas partes, á peticion de los Padres señaló el emperador el sitio para la iglesia, para que el mismo dia se colocase en él una cruz con toda solemnidad y fuese ella como el sello y testimonio firme de la paz, como lo fué de la que Dios hizo con los hombres. Holgó el rey que se hiciese así, y mandó señalar un campo muy á propósito, el cual se llamó de allí adelante el Campo de la Paz, porque allí se vino á jurar de entrambas partes.

Llegado el dia que para semejante auto estaba señalado, el emperador con el príncipe su hijo, y los principales gobernadores y caballeros de su reino, salieron á un hermoso campo que hay entre la ciudad y la playa, con mucho acompañamiento de gente bien aderezada y en forma de escuadron de guerra: al mismo tiempo saltó en tierra con todos sus capitanes y soldados el general D. Alvaro de Branches, haciendo la sal-

va con toda la artillería de su armada y respondiéndole los soldados de tierra con la de sus escopetas. De esta manera llegó el capitan mayor hasta el lugar donde los esperaba el emperador, y allí se abrazaron los dos con mucho amor y cortesía, y lo mismo hizo el príncipe y los demás caballeros, y juraron de una parte y de otra las paces como estaban capituladas, y con el mismo acompañamiento, así como estaban, llevaron una muy hermosa cruz que los Padres habian preparado, y la colocaron en el campo y sitio de la iglesia que era allí cerca.

Puesta la cruz en su lugar, el primero de todos la adoró el mismo emperador puesto de rodillas, y tras él se siguió el príncipe su hijo y luego el capitan mayor y todos los demás señores y caballeros y gobernadores del reino, con tanta devocion, que no podian tener las lágrimas el capitan y los suyos viendo concluidas aquellas paces con tan buen suceso, y que Dios nuestro Señor era adorado y reverenciado en aquella tierra donde poco antes era tan ofendido. Acrecentóse más este consuelo y alegría con ver el gusto que el emperador mostraba de que se hiciese luego la iglesia, porque antes de volver á sus palacios quiso quë se abriesen los cimientos, y por su devocion comenzó á cavar en ellos el mismo emperador el primero, y llevaban la tierra el príncipe y capitan mayor y los Padres con los demás caballeros de la armada. Acabado de dar principio á la iglesia, se volvieron todos á palacio, donde regaló mucho el emperador al capitan mayor y á su gente los dias que allí se detuvieron.

Este fué el principio y fin de aquellas tan deseadas paces, y la esperanza que de ellas hay para dilatarse en aquel reino la ley de Dios y para que se vea el buen oficio que en este negocio hizo el P. Francisco Ros, natural de Gerona, pondré aquí la carta que sobre ello escribió al P. Provincial de la India el capitan mayor de Cochin D. Alvaro de Branches, antes que volviese de Calicut, la cual dice así:

«Trabajó tanto el P. Francisco Ros en la conclusion de estas paces, que con razon me puëdo desengañar que la menor parte de ellas se me debe, por lo cual juzgué tener obligacion de avisar á V. P. de su trabajo, celo y virtud con que las trató, sirviendo á Dios y al rey nuestro Señor, para que conforme á eso V. P. le dé las gracias que es razon. El Zamorin quedó tan satisfecho de su modo, y aquel pueblo tan persuadido de su prudencia y virtud, que con grande instancia procuró su estada en Calicut, y será muy acepta, como cosa muy necesaria á la cristiandad que se espera, porque tambien en esto hace la Compañía un grande servicio á su Majestad. Al señor virey escribo cuanto esto importe y le pido por merced de su parte lo pida á V. P. lo que creo no será necesario, porque sé cuánto debe desear V. P. que se perpetúen estas paces, por ser obra de la Compañía.»

CAPÍTULO XXVII

Cómo se confirmaron las paces segunda vez por el virey que vino de nuevo, y las grandes esperanzas que hay de dilatarse la fe en aquel reino.

Partido de Calicut el capitan mayor de Cochin D. Alvaro de Branches con su armada, el corsario Cunahale pesándole mucho de las paces que el emperador habia hecho con los portugueses, comenzó á desobedecerle y aun á dar muestras de quererse rebelar contra él, inquietando sus vasallos por hallarse con buen número de navíos y gente. Sucedió que estando las cosas de esta manera, acabó su oficio de virey y gobernador de la India D. Matías de Alburquerque, y vino en su lugar á hacer el mismo oficio el conde almirante de Portugal á los últimos de Mayo de 97. Púsole en cuidado al Zamorino si el nuevo virey pasaria adelante con las paces, ó si le desampararian los portugueses habiéndosele rebelado el corsario Cunahale su vasallo, y con esta pena y congoja, por haber hecho en esta sazon una ausencia de Calicut el P. Francisco Ros, escribió al P. Cristóbal de Castro, Rector del colegio de Cochin, le hiciese placer de venirse á ver con él, para satisfacerse de algunas dificultades que sentia.

Dió cuenta de este negocio el P. Rector al capitan de Cochin, y pareció que era justo acudir á lo que el emperador pedia y así lo hizo. Recibióle el Zamorino con grande contento, y díjole la duda que tenia acerca de las paces que habia asentado con los portugueses. Aseguróle el Padre que aquello seria firme, y que por ninguna causa volverian atrás los portugueses de lo que se habia capitulado, y que el nuevo virey seria el que más las sustentaria por su parte, y así fué que entendiendo el nuevo virey el recelo que tenia el emperador, tornó á confirmar de nuevo lás paces, y para que viese cuán de veras las deseaba llevar adelante, mandó que se aprestase luego una muy gruesa armada, é hizo capitan general de ella á su mismo hermano D. Luis Gama para que destruyese de todo punto al corsario Cunahale, y con eso quedasen las paces más firmes y el emperador más sin temor y recelo para lo de adelante.

Asegurado el Zamorino con la buena correspondencia del virey, procuró que se acabase la iglesia y casa de los Padres para que pudiesen comenzar á predicar la ley de Dios en su reino, y segun las muestras que da, hay mucha confianza en Dios nuestro Señor que él y todo su reino se han de convertir á nuestra santa fe, porque fuera de la devocion con que él y su hijo y los principales caballeros adoraron la cruz y dieron principio á la nueva iglesia, hablando una vez con los Padres acerca de la ley de Dios y de sus mandamientos, pidió que se los declarasen, y habiéndolos oido con mucho gusto, dijo que todo aquello era conforme á razon, y á un sobrino suyo que se halló presente á esta plática, le mandó que se informase más despacio de las cosas de nuestra santa fe, porque deseaba saberlas, y el sobrino lo hizo con tanto cuidado, que escribió luego el *Pater noster* y los diez mandamientos para tomarlos de memoria, y ha hecho tan buen concepto de lo que le van enseñando los Padres, que con ser gentil tomó luego una sola mujer y comenzó á no comer carne los viérnes y á hacer burla públicamente de todos los pagodes y ceremonias de los gentiles, dando á los Padres su palabra y la mano de bautizarse. Tambien otro de los gobernadores más principales de aquel reino, ofreció para la iglesia una muy buena lámpara que ardiese en ella perpetuamente.

Acabóse la iglesia y casa para los Padres con el mucho cuidado y diligencia que en el edificio se puso, y ellos comenzaron á predicar la ley de Dios, y era tanto el número de los que acudian y el gusto con qûe oian las pláticas que se les hacian, que se esperaba una extraordinaria conversion; porque muchos pedian ya el santo bautismo, aunque los Padres se lo iban dilatando hasta que estuviesen bien instruidos en la fe. Y para que se vea la buena disposicion de este emperador para favorecer á los Padres y dilatarse el Evangelio en sus tierras, pondré aquí una carta suya que escribió al P. Provincial de la India después de hechas las paces, la cual traducida en nuestra lengua, dice así:

«Los Padres que aquí están escribirán á V. P. el grande amor que les tengo, y como sin su parecer no hago nada, por ser ellos hombres de mucha verdad y virtud y tenerme amor. Lo mismo dirá D. Alvaro de Branches, como yo se lo he pedido, y tratará con V. P. mis negocios, porque espero, que así como por medio de sus Padres recibí tan grande bien, por ellos vea el fin y remate deseado. En lo que les prometí y asenté delante de ellos, no habrá falta, pues es de tanto gusto mio y honra de los portugueses. V. P. sabrá lo que Cunahale ha hecho, y á su tiempo verá el debido castigo que dilato por dar la honra de ello á D. Alvaro de Branches, á quien soy muy aficionado. Siendo para esto necesaria la ayuda de V. P. pídole no me la niegue, pues tanto puede con los vireyes por sus partes y virtudes. Mucho le agradezco enviarme acá tan buenos Padres por la mucha ayuda que me dan en mis negocios y á la aficion que me tienen. Toman muchos su ley, de lo cual recibo yo particular contento, ni faltaré con toda la ayuda necesaria. *Zamorin*, etc.»

Para que se descubra mejor la grande misericordia que nuestro Señor ha hecho con los naturales de este imperio en comunicarles la luz y doctrina de su Evangelio, pondré aquí por remate de este capítulo un género de sacrificio y fiesta que hacia cada año esta gente delante del mismo emperador para honra de sus ídolos.

Poníase el grande Zamorin en un teatro que para semejantes fiestas tienen hecho, echado de pechos sobre unas almohadas de terciopelo carmesí. Traia colgados de las orejas unos zarcillos ó arracadas que le llegaban hasta los hombros, que valian muchos millares de ducados, y desde allí hasta las manos unos brazaletes de oro sembrados de riquísimas piedras. Sustentábanle los brazos dos caballeros los más principales de su corte y más privados suyos. Estando el emperador en su lugar y asiento, venian delante de él 150 elefantes cubiertos de oro y piedras preciosas, porque traian para su adorno casi todo el tesoro que tenia el emperador en su recámara. En cada elefante de estos venia un ídolo diferente de los otros, porque uno era figura de hombre, y otro de cabra, y otro de carnero y de otros diversos animales. A estos elefantes acompañaba infinita gente con los mejores vestidos y aderezos que tenia, sin otro grande número de hombres armados.

Llegaban luego los elefantes de dos en dos delante del Zamorin, y puestos en su presencia venian de aquellos hombres armados ó de los que acompañaban los ídolos á hacerles su adoracion y reverencia, conforme á la devocion que tenian; que en algunos era muy á su costa, porque traian dos espadas desnudas, y dando muchas vueltas delante del ídolo, ponian los filos de la una espada en la cabeza, y con la otra daban un golpe con que se hacia una buena herida y corria cantidad de sangre. Y por este órden hablando con el ídolo y mostrando su devocion, se hacian tantas heridas en la cabeza, hasta que caian muertos. Otros por no sufrir tanta dilacion en ir á gozar del paraíso de su dios, se mataban á puñaladas. Esto escribió una

persona que se halló presente á esta fiesta, en la cual dice que murieron aquel dia más de mil personas sacrificándose al demonio.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo se tornaron á romper las paces con el Zamorin, y los Padres salieron de Calicut, y últimamente se capitularon estas paces la tercera vez.

Pasando adelante con su desobediencia el corsario Cunahale, se rebeló descubiertamente contra el Zamorin su señor, y con los navíos que tenia comenzó á correr el mar y hacerse tan rico y poderoso con los despojos que toma ba cada dia, que los moros le dieron título de rey. De estos desórdenes del corsario Cunahale echaban la culpa los portugueses al Zamorin, su señor, y fué ocasion de que se rompiesen las paces que estaban asentadas con él, aunque á la verdad el Zamorin ninguna culpa tenia de esto, porque el poder del corsario, especialmente por la mar, era ya tan grande, que no era poderoso el emperador para desbaratarle.

Antes de publicarse la guerra contra el Zamorin, mandó el capitan mayor D. Luis de Gama á los Padres de la Compañía que saliesen de Calicut y dejasen la casa que allí tenian, y aunque segun el amor que el emperador les mos traba pudieran estar seguros en su tierra continuándose la guerra, todavía porque los moros que vivian en los lugares marítimos de aquel reino habian de procurar de vengarse en los Padres y cristianos. de los daños que recibiesen de la armada de los portugueses y matarlos ó cautivarlos si pudiesen, y principalmente por cumplir lo que mandaban los gobernadores de aquellos estados, se salieron los Padres de Calicut con harto desconsuelo suyo. Templó el Señor su sentimiento en esta despedida con la conversion de un príncipe sobrino del mismo Zamorin, el cual habiendo entendido muy bien las cosas de nuestra santa fe, hizo tanta instancia á los Padres para que le bautizasen antes de su partida, que lo hubieron de hacer por no dejarle desconsolado, y aunque su bautismo por entónces estuvo encubierto, sus obras y vida lo manifestaban, porque eran de un muy ejemplar cristiano.

Mostróse bien en esta ausencia de los Padres el amor que el Zamorin les tenia en el cuidado con que mandó guardar su iglesia, porque á un moro que hizo cierto desacato á la cruz que estaba delante de ella, le mandó luego cortar la cabeza, y al P. Provincial de la India escribia muy á menudo pidiendo que volviesen los Padres á su tierra. Con ocasion de ver el Zamorin rompidas las paces y otras pesadumbres particulares que el corsario Cunahale le daba cada dia, juntó contra él un ejército de 50.000 hombres, y tornó á renovar las paces con el virey de la India y con los portugueses, ofreciendo de hacer guerra al corsario por tierra, y que el capitan mayor la hiciese por la mar con sus navíos, y entrambos le cercasen en una fortaleza que tenia muy buena junto al rio Cunahale, del cual el mismo corsario tomó su nombre.

Con esto se asentaron de nuevo las paces, y entre las demás condiciones que allí se capitularon fueron estas en favor de la cristiandad. La primera que el Zamorin confirmase la licencia que antes habia dado, para que en todos sus reinos y señoríos se predicase la ley de Dios, y que para este efecto diese á los ministros del Evangelio todo el favor y ayuda necesaria. La segunda, que los gentiles que se convirtiesen á nuestra santa fe no perdiesen por eso los oficios y dignidades que antes tenian ni sus haciendas. La tercera, que se obligase á dar lugares y sitios para que se edificasen iglesias, las cuales sirviesen de refugio á todos los que se acogiesen á ellas. La cuarta, que todos los portugueses y los demás cristianos que viniesen cautivos á sus tierras por cualquiera caso que fuese, los entregase al capitan ó factor de su Majestad que entónces tuviese este cargo. La quinta, que no consentiria que se reciba entre los cristianos de Santo Tomé que viven en sus tierras, Obispo ni prelado alguno, sino el que viniere por órden del Papa y del rey y de aquel estado.

Concluyerónse las paces con estas condiciones á los 27 de Marzo de 1599, y así pudieron volver los Padres á su residencia de Calicut con grande consuelo suyo y contento del Zamorin y de toda aquella ciudad, y parece que nuestro Señor va dando prendas de dilatarse mucho en aquel imperio su santa ley; porque la mujer del Zamorin ha dado palabra al sobrino del mismo emperador, que es ya cristiano y deudo suyo, de serlo tambien ella. Fuera de esto, el rey de Tanor y el rey de Chale, piden con mucha instancia que vayan Padres á sus tierras y edifiquen iglesias, ofreciendo para ello todo favor y ayuda.

CAPÍTULO XXIX

Del suceso que tuvo la guerra del corsario Cunahale, y cómo fué electo por Arzobispo de Angamale el P. Francisco Ros, de la Compañía, y el P. Jerónimo Javier por sucesor suyo.

Conforme á lo capitulado juntó el Zamorin su ejército por tierra, en el cual habia 50.000 naires y 300 portugueses, y asentóle hácia la parte del

Sur, donde era la mayor fuerza. Al mismo tiempo llegó á cercar la fortaleza el capitan mayor D. Luis de Gama con sus navíos y 1.500 portugueses que llevaba en ellos. Desembarcó toda esta gente de la otra parte del rio Cunahale, y porque los navíos por ser grandes no podian entrar por el rio y llegar á la fortaleza, concertaron allí 31 jangadas, que son cierto género de embarcaciones, en las cuales entraron 300 portugueses con capitan Luis de Silva, que todos eran soldados escogidos, con intento de comenzar la batería entre tanto que pasaba la demás gente.

Estaba el Zamorin con el príncipe su hijo y algunos otros señores mirando la batalla desde un alto cerro, y dicen que se hincó de rodillas, y levantadas las manos al cielo con lágrimas suplicaba á nuestro Señor diese la victoria á los suyos. Comenzaron por su parte los naires, y mataron buen número de moros, aunque tambien murieron algunos de su parte; y porque hallaron cierto modo de defensa que no podian romper sino era á golpe de hachas, se hubieron de detener sin poder pasar adelante. El capitan Luis de Silva que habia comenzado por la parte del rio con sus 300 soldados, murió el primero de todos de una bala que le alcanzó, aunque no lo entendieron sino pocos, y así los demás pasaron adelante y entraron en el Cunahale sin capitan. En la refriega murieron dos sobrinos del mismo corsario con otros capitanes señalados, y él quedó herido con dos cuchilladas y una estocada, aunque no murió de ellas. Pusieron los portugueses fuego á la mezquita que habia dentro de la fortaleza, y quemaron parte de la poblacion y mataron más de 300 moros.

Estando las cosas en este punto y los portugueses casi hechos señores de la fortaleza, se entendió la muerte de su capitan Luis de Silva, é hicieron señal de recoger, lo cual fué con tanto desórden, que los más de ellos murieron ahogados en el rio, sin que el capitan general que estaba de la otra parte pudiese socorrerlos, porque las jangadas en que habian pasado los primeros, por descuido se quedaron en medio del rio y sin marineros; y así, ni aprovecharon á los que se retiraban ni á los que deseaban darles socorro. No se puede decir la pena del Zamorin cuando supo este ruin suceso de los portugueses, que como hombre más práctico en la tierra, le habia temido y habia avisado con tiempo del peligro en que se habian de ver, por no llevar navíos á propósito para entrar por el rio. Al fin, esto fué causa de que por entónces no tuviese efecto aquella jornada, y el corsario quedase con más bríos que antes.

Por el mismo tiempo que pasaban estas cosas en Calicut, el Arzobispo de Goa, D. Alejo de Meneses, fué á visitar las sierras, que son parte del Malabar donde viven los cristianos de Santo Tomé, y llevó consigo al P. Jerónimo Cotta, de la Compañía, con otros Padres, para que le ayudasen en ella. La ocasion de hacer esta visita fué haber muerto el año antes de 98 el Arzobispo de Angamale y dejado en el Gobierno un Arcediano, del cual habia temor y recelo no admitiese algun prelado nestoriano en aquella silla; porque habia entre ellos un eclesiástico poderoso que se ofrecia de ir por él á Babilonia. Y porque le pertenecia al Arzobispo de Goa en la Sede vacante el cuidado y gobierno de aquella iglesia por un Breve particular que para ello tenia de Su Santidad, quiso prevenir este inconveniente con su presencia y disponer los cristianos para recibir el prelado que Su Santidad les enviase.

Con esta visita se hizo en toda aquella cristiandad muy grande reformacion, así en lo que tocaba á confirmarse más en la obediencia de la Iglesia Romana, como en la repurgacion de los libros nestorianos y provision de las iglesias y parroquias. Para lo cual hizo un sínodo diocesano, y de nuevo instituyó 80 parroquias para la buena institucion de aquellos cristianos. Sirvierónle en esta visita los Padres que llevaba en su compañía con la satisfaccion que el mismo Arzobispo escribió al P. Provincial de la India con estas palabras sacadas de un capítulo de su carta, que dice así:

«Cuál pueda quedar con el suceso del Cunahale V. P. lo puede juzgar. Sea Dios loado, pues en todo es servido castigarnos. Los negocios de la sierra me han dado cansancio, pero acuérdome de lo que dice el Espíritu Santo: *Bene patientes erunt, ut annuntient.* El estado en que quedan y todo lo que ha pasado deben escribir los Padres, y por eso no lo hago: sólo afirmo á V. P. que si no fuera á estar allá el invierno, todo quedara perdido, allende el grave daño de mi conciencia, dejar ovejas que por ahora son mias en última y extrema necesidad de Pastor espiritual y doctrina limpia y católica, que yo y los Padres que me acompañan les voy dando, y pido á V. P. agradezca á estos Padres el trabajo que en esto llevan, que cierto es incomportable, y yo me compadezco grandemente de ellos, aunque me edifica mucho la caridad y amor de nuestro Señor con que lo sufren, y á mí me tienen muy obligado; porque sin ellos no hiciera nada, y ellos son todo el alivio de alguna sombra de trabajos, que como imperfecto y frio, algunas veces podré tener. Dios se lo sa-

tisfará en el cielo y V. P. les eche desde allá para ello una grande bendicion. La residencia de Angamale está hecha con satisfaccion, y entienda V. P. que en estas residencias consiste el bien de estas sierras.

Teniendo la Majestad del rey Felipe III noticia en Europa el año de 1599 de la muerte del Arzobispo de Angamale, presentó para aquel oficio y dignidad al P. Francisco Ros, de la Compañía de Jesus, que habia tratado las paces entre el Zamorin y el virey de la India, y en segundo lugar y por sucesor suyo al P. Jerónimo Javier, de la misma Compañía, que entónces estaba en la córte del gran Mogor, y Su Santidad los confirmó á entrambos en la dignidad de Arzobispos de Angamale.

Concurrian en estos Padres muy aventajadas partes para aquel oficio, así por sus letras y mucha religion, como por el grande celo que entrambos tenian de la conversion de los gentiles. El P. Francisco Ros habia gastado muchos años, así en deprender la lengua de aquella tierra, como en predicar y enseñar los cristianos de ella, procurando de reducirlos á la obediencia de la Sede Apostólica Romana, por lo cual era muy amado y estimado de todos, y se esperaba que su oficio y ministerios habian de ser muy aceptos y de mucho fruto, y particularmente para llevar adelante la cristiandad de las tierras del Zamorin, por el amor que tiene al mismo Padre y la confianza que siempre ha hecho de él en todos sus negocios.

CAPÍTULO XXX

Cómo se fundó el colegio de Bazain y otras residencias en el reino de Cambaya.

El reino de Cambaya es el último de la India oriental, respecto de los que hay en las vertientes de las sierras que miran al Occidente como en el primer libro queda dicho. Por este reino va corriendo el rio Indo y entra en el mar Océano con dos brazos. En la ribera de uno de estos dos brazos, y una legua antes del mar está la ciudad de Bazain, y cuatro leguas más adelante hay una pequeña isla que se dice Tanaa. Prosiguiendo la costa por donde el rio entra ya en la mar, á catorce leguas de Bazain, está la ciudad de Daman, y en frente de ella, pasado un estrecho de mar que tiene ocho leguas, cae la isla de Betel, que tiene sola una legua en circuito, y dentro de la isla está la ciudad, que se llama Dio. Cincuenta leguas de Dio hácia el Norte, antes de llegar á Bazain está Chaul, ó por otro nombre Ciaul, que es una ciudad principal dos leguas apartada del mar en la tierra Firme.

Pasaron muchos trabajos los portugueses en la conquista de estas ciudades, que seria fuera de mi propósito el querer escribirlos. Baste saber que acabaron de tomarlas poco despues que llegó á Goa el virey Martin de Sosa, en cuya compañía pasó á la India el P. Maestro Francisco Javier. Fué de mucha importancia tener estas ciudades, porque con las fortalezas que en ellas se hicieron, se impidió el paso á los moros de Persia y Arabia, para entrar en la India.

Pero como el principal deseo del rey D. Juan fué ayudar siempre á la conversion de los gentiles, el año de 1552, fundó otro colegio de la Compañía en la casa de residencia que ya habia en Bazain. Y antes que el P. Francisco partiese para la China, en el repartimiento que entónces hizo de los Padres, envió algunos á este colegio de Bazain, y por Superior de ellos al P. Melchor Nuñez, que despues fué Provincial de la India y pasó á Japon, como en su lugar se dirá. Y entre otras cosas que le dió por instruccion, fué que se criasen en el colegio de Bazain algunos niños de aquellas islas y reinos comarcanos al modo que se criaban en Goa, para que despues de bien instruidos en las cosas de nuestra santa fe, pudiesen ayudar á la conversion de sus naturales. De este colegio de Bazain salieron dos Padres el año de 1553, y dieron principio á una casa de residencia en la isla de Tanaa; y creciendo en ella el número de los cristianos, se hicieron despues otras tres que se dicen Bandora, la Trinidad y Condoti. Por el mismo tiempo que se comenzó la casa de Tanaa, fué á la ciudad de Dio el P. Antonio Gomez con otro compañero, y fundaron allí otra casa de residencia, y lo mismo hicieron otro Padre y otro Hermano en la ciudad de Daman, los cuales acudian á confesar y predicar á los portugueses de aquella fortaleza, y últimamente el año de 1582 se hizo otra casa en la ciudad de Chaul.

Los Padres que residen en estas casas, aunque atienden á confesar y predicar á los soldados de aquellas fortalezas y presidios, pero su principal cuidado es emplearse en la conversion de los gentiles, y se ha servido mucho Dios nuestro Señor de sus ministerios, como se irá apuntando en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXXI

Del fruto que se hace en la ciudad de Bazain.

Comenzaron estos Padres y los que le sucedieron cada uno en su lugar y puesto, como estaban repartidos á ejercitar los ministerios acostumbrados de la Compañía, no sólo con los por-

tugueses que residian en las fortalezas, sino tambien con los moros y gentiles que vivian en aquella tierra, y por la misericordia de nuestro Señor siempre fué creciendo el número de los fieles en aquel reino, y para instruir á los que habian de recibir el santo bautismo, se hicieron en la ciudad de Bazain dos casas de catecúmenos; en la una se recogian los hombres y niños, y en la otra las mujeres, y de ordinario habia en entrambas casas buen número de gente.

Tambien se enseña en la misma ciudad latinidad á muchos niños que vienen de diversas islas y reinos, y á los que son más pequeños leer y escribir, procurando que los unos y los otros sepan muy bien las cosas de nuestra santa fe y que se aprovechen en las buenas costumbres. Son estos niños comunmente hábiles y bien inclinados á todo género de virtud, y muy constantes en la fe que han recibido, como se pareció el año de 1554, que tomaron los moros una nao cerca del mar de Persia, en la cual, sin otra mucha gente, iban más de 30 niños de los que se criaban en Bazain, y se volvian á sus tierras. Procuraron los moros con todo cuidado y diligencia reducirlos á la secta de Mahoma sabiendo que eran cristianos, unas veces con halagos y otras con amenazas. Pero viendo que nada aprovechaba, los azotaron cruelmente, y desnudándolos, derretian sobre sus cuerpos manteca que les iba abrasando las carnes. No bastaron estos ni otros medios que tomaron para mudar el propósito y determinacion de aquellos niños, de cuya constancia y fortaleza admirados los moros, tomaron á uno de ellos, y por fuerza le circuncidaron, queriéndole persuadir con esto que ya no era cristiano; mas el discreto niño respondió con grande ánimo, que aunque le habian ensuciado el cuerpo no le habian tocado en su alma, y que tuviesen por cierto que por aquello no dejaba de ser tan cristiano como lo era de antes.

Para que se eche de ver cuán incomprensibles son los juicios de Dios nuestro Señor, y cuán maravillosos los caminos que tiene para llevar al cielo sus escogidos, pondré aquí dos cosas que sucedieron en la casa de Bazain, por ser tan particulares. La primera es de un mancebo que nació en Europa, pero siendo sus Padres cautivos de moros, y el niño tan pequeño que apénas se acordaba de su tierra, se crió entre moros y gentiles. A este niño su buena madre, aunque cautiva, enseñaba lo mejor que podia la ley de Dios, y le pedia que cuando fuese mayor procurase de ir á vivir entre cristianos, para salvar su alma. Muertos los padres de este niño, y quedando él tan pequeño, criándose entre los moros, pegábansele las malas costumbres que en ellos veia; remordíale su conciencia con los pecados de su mocedad, y acordábase de lo que su buena madre le habia dicho, y esto le era doblado tormento. Al fin se determinó buscar modo para salir de aquella tierra, pero hallaba tantas dificultades para la ejecucion de su buen deseo, que le hacian volver atrás cuando queria cumplirle. Pero como Dios nuestro Señor queria salvar aquella alma y le daba eficaces deseos de ponerse á cualquier trabajo y peligro, á trueque de verse libre del tormento que le daba su mala conciencia, abrazó un camino que parecia bien dificultoso.

Entró este mozo en la mar para ir en compañía de otros moros á la casa de Meca, y sucedió que á la vuelta, pasando cerca de la ciudad de Dio, vió una fusta de portugueses algo léjos, y tocándole nuestro Señor el corazon, y pareciéndole que si se le pasaba aquella ocasion, por ventura no tendria otra en su vida para cumplir su deseo, sin decir nada se puso á punto y se arrojó al mar, dejando espantados á los de la nao que no sabian á dónde iba ni para qué. Y no fué menor la admiracion de los portugueses, cuando desde léjos divisaron aquel hombre que venia nadando con tanta ligereza hácia su fusta. Esperáronle y recibiéronle en ella, y sabiendo el caso, dieron muchas gracias á nuestro Señor, y al mozo llevaron al colegio de Bazain, donde con grande consuelo y alegría de su alma vivió de allí adelante.

La segunda cosa es, que acostumbran los gentiles en este reino de Cambaya vender sus hijos á los moros cuando son pobres y no pueden sustentarlos, y á esta causa tienen particular cuidado los Padres del colegio de Bazain de comprar todos los que pueden haber para criarlos allí, y el precio es tan barato, que aconteció comprar alguna vez un niño de estos por tres reales y medio y otro por sesenta maravedís, y algunos de estos han sido tan dichosos, que acabados de comprar y recibir el santo bautismo dentro de una ó dos horas se han ido al cielo por estos caminos tan admirables de su predestinacion.

CAPÍTULO XXXII

Del fruto que se hace en la isla de Tanaa y en sus residencias.

En la isla de Tanaa hay cuatro residencias, y en la principal de ellas que está en la ciudad, fuera de los sermones continuos y pláticas que se hacen á los cristianos y á los gentiles que de nuevo se quieren bautizar, se tiene particular cuidado en la buena institucion de los niños,

por ser esto de tanta importancia, para que siendo hombres sean buenos cristianos.

A los que tienen más capacidad y habilidad se les enseña á leer y escribir, otros se ocupan en deprender diversos oficios, y á la noche se recogen todos á la iglesia y cantan á coros la doctrina cristiana con mucha devocion y órden. Luego dicen las letanías y se vuelven á sus casas. Los que no parecen tan aptos para leer y escribir, ni tienen inclinacion á oficios particulares, se ejercitan en labrar un campo que se llama la Trinidad y está una legua de la ciudad. Ocúpanse en esto gran parte del invierno sembrando una semilla que llaman hinojo marino, y con este ejercicio deprenden la agricultura, y algunas veces ayudan á los demás cristianos en su labor. Llámase este campo de la Trinidad por la iglesia y casa que allí tienen los Padres de este nombre. Viven allí los cristianos trabajadores que son pobres, sustentándose á costa del rey de Portugal, porque les dan bueyes con que labren la tierra y semilla que siembren.

Compráronse tambien para el remedio de estos cristianos pobres unas heredades que rentan cada año más de 300 ducados, de los cuales se acude con una parte á la necesidad de los huérfanos y viudas, y á los que deprenden la doctrina cristiana el tiempo que se disponen para recibir el santo bautismo. La otra parte se empresta á los cristianos pobres para ayudarles á hacer sus labores y sementeras. Fuera de esto se crian algunos rebaños de cabras, que como paren dos ó tres veces al año, nunca les falta leche, y acuden los pobres por ella para ayudar á sustentar sus familias.

La casa de residencia que está junto á la iglesia de la Trinidad, se fundó de propósito para ayudar á estos pobres cristianos, cuya vida es para confundir á todos. Saben muy bien la doctrina, y de ordinario la cantan en sus labranzas, y á la noche en tocando á las *Ave Marías* se juntan y repiten entre sí lo que se les ha dicho de la ley de Dios.

En algunas fiestas principales hacen procesiones muy devotas y van los niños cantando salmos y otras canciones que despiertan mucho la devocion, y hácenlo tambien, que cuando se ha de celebrar en Bazain alguna fiesta ó bautismo con solemnidad los lleven allá. Estos mismos niños van en los enterramientos de los cristianos con su cruz delante, cantando el oficio de los difuntos. Muchos de ellos son de los que compran los Padres á los moros y gentiles, otros son huérfanos que no tienen padre ni madre, y con estas ocupaciones se crian en aquella isla con mucha virtud.

Por el ejemplo de estos cristianos y cuidado de los Padres que residen en las otras dos casas de aquella isla, que se dicen Bandora y Gondoti, el año de 1588 se acabaron de convertir á nuestra santa fe 13 aldeas de gentiles que habia en la misma isla. Hay en el reino de Cambaya muchos yogues ó ermitaños que pasan su vida en unas chozuelas que tienen hechas encima de los árboles, para defenderse de las bestias fieras y poderse ocupar en sus consideraciones y meditaciones con más quietud y sosiego. Guardan estos hombres el silencio con tan grande rigor, que apénas hablan palabra con nadie, y tienen muchos discípulos que los obedecen. Son grandes hechiceros y muy familiares del demonio, y cuando los ha atormentado en esta vida, con la que pasan tan miserable, para atormentarlos en la eterna, siendo ya viejos, los persuade que se entren en un barco acompañados de sus discípulos, para que cuando estén en alta mar, los echen en el agua, y de esta manera vayan á gozar de su paraíso en los campos Elíseos. Los discípulos toman el cuerpo despues de ahogados, y sepúltanle en la orilla de la mar, y allí le hacen su capilla ó templo, donde es venerado de todos por santo.

Uno de estos ermitaños vino á la casa de Tanaa, y en su aspecto parecia hombre de ochenta años, vestido con pellejos de camello, tan feo y negro y quemado del sol, que puso admiracion á los Padres. Entrando en la iglesia dijo que le hiciesen cristiano, porque sólo el deseo de su salvacion le habia traido de la tierra Firme. Declaráronle los artículos de la fe y mandamientos de la ley de Dios; mostráronle tambien una imágen de nuestra Señora con su hijo en los brazos para que la adorase. Hízolo el viejo derramando muchas lágrimas, besando el Niño con grande gozo y alegría de su alma. Pidió con mucha instancia que no le dilatasen el bautismo, porque su edad no le aseguraba un dia de vida, y así fué, porque los Padres le bautizaron el dia siguiente como llegó, y al tercero le llevó nuestro Señor para sí al cielo, mostrándose tan admirable en la conversion y salvacion de este viejo como de los otros niños.

CAPÍTULO XXXIII

Del fruto que se hizo en otras residencias del reino de Cambaya y el martirio del P. Francisco Lopez.

En las residencias que hay en la ciudad de Daman, Dío y Chaul, se hace el mismo fruto que en las otras partes, y trae nuestro Señor al

conocimiento de su santa ley muchos gentiles y moros. Entre los demás se bautizó en Daman una señora muy noble, casada con un moro principal, que habia sido gobernador de la misma ciudad. Sintió el marido con grande extremo la conversion de su mujer, y buscó cuantos medios pudo para pervertirla. Envió para esto un moro, hombre de cualidad y fuerte, que la hablase de su parte. Diéronle para ello licencia, estando presentes á la plática el capitan de Daman y un Padre de la Compañía con otra mucha gente. Comenzó el moro su razonamiento, poniéndole delante la nobleza de su linaje, la autoridad de su marido, su grande riqueza y el regalo y honra con que la trataba. No se turbó la noble señora con estas razones y otras muchas que el moro le dijo, antes sin hacer caso de ellas le envió harto confuso y corrido.

Viendo el marido lo poco que le habia aprovechado esta primera diligencia, tomó por último remedio que fuese á hablarla su propia madre, pareciéndole que ella sola bastaria para convencerla. Entró la madre, y abrazando á su hija, la habló con gran ternura y lágrimas, acompañadas de muchas palabras amorosas que parecia habian de ablandar una peña. Mas como la hija estaba bien fundada en el amor y temor de Dios nuestro Señor, respondió á su madre con una santa libertad, y le dijo: «Mejor fuera madre, que trujérades con vos á mi hermana, y entrambas os hiciérades cristianas, que no persuadirme á mí una cosa tan fuera de razon; y si esto no os parece bien, ni yo os llamaré ni tendré por madre, ni vos me tengais por vuestra hija de aquí adelante.» Quedó espantada la madre con esta respuesta de su hija, y sin osar hablarle más palabra, se volvió muy triste, y nunca más se atrevieron ella ni el marido á tratar de aquel negocio.

Están empleados en predicar y enseñar los cristianos del reino de Cambaya 36 religiosos de la Compañía, repartidos en el colegio de Bazain y en las siete casas de residencia que hemos dicho.

Son las costas de este reino muy frecuentadas de los moros de Persia y de Arabia, y á esta causa, los Padres que andan de una parte á otra visitando esta cristiandad, muchas veces se ven en grandes peligros de la vida. Yendo cuatro Padres de la Compañía de una isla á otra, cercaron la nao en que iban, los moros y comenzaron á combatirla fuertemente. Defendíanse bien los cristianos, mas por un descuido se encendió fuego en el navío, y fué creciendo de manera que para salvar las vidas fué necesario echarse al agua, y con esta ocasion vinieron algunos á poder de los moros, y entre ellos fué el P. Francisco Lopez, á quien por la corona echaron de ver que era sacerdote de los cristianos.

Procuraron al principio acariciarle, con esperanza de poderle reducir á la secta de Mahoma, mas él los desengañó luego diciendo que estaba muy determinado con la gracia de nuestro Señor á dar su vida y sangre antes que faltar un punto en la fidelidad que debia á su fe y religion. Indignáronse los moros con esta respuesta, y echando mano á sus alfanges, le dieron tantas y tan crueles heridas, que acabó allí luego su dichosa vida con tan gloriosa muerte. A los otros dos compañeros de este Padre alancearon tambien dentro del agua, y al cuarto que aportó á la ribera prendieron y llevaron cautivo, el cual estuvo muchos dias preso en una muy oscura cárcel, tendido en el suelo con una gruesa cadena al cuello, hasta que despues lo rescataron.

En esta tierra se espera muy grande y copioso fruto, así por la buena disposicion que en ella hay para recibir la ley de Dios, como por haber dado licencia general el gran Mogor, cuyo es este reino, para que se pueda predicar libremente y hacerse cristianos los que quisieren, como se dirá adelante en el libro tercero, tratando de las tierras de este grande emperador y el favor que hace á los Padre de la Compañía.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo el Apóstol Santo Tomé predicó en algunas partes de la India, especialmente en la ciudad de Meliapor.

Cuando el P. Francisco Javier volvió del reino de Cambaya á la isla de Ceilan, desde allí pasó á visitar el cuerpo del glorioso Apóstol Santo Tomé y el lugar donde fué martirizado, y con esta consideracion habiendo tratado del reino de Cambaya, será bien que digamos de los cristianos de Santo Tomé, que así llaman en aquella tierra á los que descienden de los que bautizó este glorioso Apóstol y convirtió á nuestra fe por su predicacion, de cuyo orígen y principio pondré aquí lo que hallo escrito en historiadores graves y muy doctos.

Dicen lo primero que el Apóstol Santo Tomé comenzó á predicar en la India el santo Evangelio por la isla de Socotora, que está cerca de la entrada que hace el mar Océano en el seno de Arabia, donde hizo algun número de cristianos. Desde allí pasó á los reinos de Caranganor y Colon, que son de los malabares. Habiéndose detenido algun tiempo predicando en estos reinos, atravesó las altas sierras de la

India y pasó á los reinos de Narsinga é hizo su asiento en la ciudad de Meliapor, que algunos llaman por otro nombre Calamina, y está situado junto á la costa del golfo de Bengala, que se dice Coromandel por su propio nombre. En esta ciudad hizo más cristianos que en ninguna parte. Desde Meliapor dicen que tambien pasó á la China, y habiendo hecho algunos cristianos, se volvió á esta ciudad, aunque la ida de la China no es cosa tan cierta ni averiguada, pero no faltan algunos indicios y conjeturas de ella.

En la ciudad de Meliapor deseó el santo Apóstol hacer una iglesia, porque eran muchos los que se convertian cada dia á nuestra santa fe por su predicacion. Hacíanle grande contradiccion en esta obra los bracmanes y sacerdotes de aquella tierra, y por su respeto nunca el rey de Meliapor, que se decia Sagamo, quiso dar licencia al santo Apóstol para que edificase la iglesia.

Sucedió que la creciente del mar arrojó en aquella ribera un tronco, cuya madera era tal y tan buena, que el rey se determinó á traerla para el edificio de unos palacios que estaba haciendo. Pero el tronco era tan grande y tan pesado, que aunque juntó mucho número de elefantes, nunca pudieron moverle de donde estaba. Con esta ocasion habló un dia el santo Apóstol al rey Sagamo delante de muchos bracmanes, y le dijo que le diese licencia para edificar la iglesia junto á la ciudad, y que él se ofrecia de traer solo el tronco que estaba en la playa. Riéronse de él todos, teniéndole por hombre sin juicio, mas como el santo tornase á hacer instancia en su primera peticion, el rey le concedió la licencia de hacer la iglesia, con la condicion puesta de traer el madero para el edificio de ella, pareciendo á todos que era imposible.

Con esto se fué el Apóstol para la ribera que estaba diez leguas de la ciudad, y atando el tronco por una pequeña rama con su cíngulo, haciendo sobre él la señal de la cruz, le trujo tras sí como si fuera un muy pequeño palo, y se sirvió despues de él para el edificio de su iglesia, en cuyo sitio puso una cruz de piedra con unas letras que decian: *Cuando llegare el mar á esta piedra, por divina ordenacion vendrán hombres blancos de tierras muy remotas á predicar la doctrina que yo ahora enseño, y á renovar la memoria de ella.* Vínose á descubrir esta cruz cuando los portugueses conquistaron aquella tierra que ya entónces llegaba el mar Océano hasta la antigua ciudad y sitio de Meliapor. Grande fué la admiracion que causó en todos aquellos gentiles este milagro, y fué bastante para que se convirtiesen muchos á la fe.

Crecia con esto la ira de los bracmanes y sacerdotes contra el santo Apóstol, y buscaban ocasion para poderse vengar de él, y llegó á tanto su malicia, que uno de ellos mató á su propio hijo por echar la culpa de la muerte al Apóstol, presentando para esto algunos testigos falsos. Puesta la acusacion delante del rey Sagamo, fué llamado el Apóstol para que diese razon de la muerte que se le imputaba.

Pareció el santo delante del rey y de los bracmanes sin turbacion alguna, y dijo que él no tenia otra satisfaccion que dar en aquel caso, más de que pasasen todos por lo que dijese el difunto, á quien él haria que declarase la persona que le habia muerto. Pareció al rey que el Apóstol justificaba bien su causa con lo que habia dicho, y nadie se atrevió á contradecirle. Llegados al sepulcro del niño difunto, dijo el Apóstol con rostro sereno: «En el nombre de Jesucristo, á quien yo predico, te mando que digas claramente quién te ha muerto.» Levantóse luego el niño á vista de todos, y con voz clara respondió estas palabras: «Tomás es verdadero embajador del sumo Dios, y por hacerle mal y acusarle de esta muerte, me mató mi propio padre.» Con este segundo milagro quedó el rey y todos los que allí estaban tan admirados de la divina virtud, que tales cosas obraba en su siervo, que echados á sus piés le pidieron los hiciese cristianos, y él los bautizó despues de haberlos instruido en la fe. Quiso el rey castigar con grande rigor al bracman por haber muerto á su hijo y echado la culpa al santo Apóstol, mas por su intercesion y ruego le perdonó la vida, aunque le desterró perpetuamente de su reino.

CAPÍTULO XXXV

Cómo fué martirizado el Apóstol santo Tomé y fueron halladas sus reliquias.

Quedaron los bracmanes y sacerdotes de los ídolos tan corridos y afrentados de este caso, que no osaban parecer en público, y esto mismo les doblaba la ira é indignacion que tenian contra el santo Apóstol, pareciéndoles que si no le quitaban la vida, ellos ni sus dioses habian de ser estimados como solian; y así, buscaban alguna buena ocasion para hacerlo á su salvo. Estaba poco más de media legua de la ciudad un monte alto y lleno de peñascos, donde habia una cueva tan alta como un hombre, y dentro podian caber como veinte personas.

Acostumbraba el santo Apóstol irse muchas veces á esta cueva y hacer en ella su oracion delante de una cruz que tenia esculpida en una

piedra. Sabian esto los bracmanes, y aguardando un dia, cuando estaba en oracion, arremetieron contra él como lobos rabiosos, hiriéndole con palos y piedras, y uno de ellos le atravesó con una lanza, de cuya herida cayó muerto. Tomaron el santo cuerpo sus discípulos y enterrarónle en el templo que él mismo habia edificado poco antes, y con él pusieron un pedazo de la lanza con que habia sido muerto, y el báculo que traia y un cántaro en que recogieron la tierra donde habia caido su sangre.

Algunos quieren decir que el milagro del tronco aconteció en el reino de Caranganor y el martirio en la ciudad de Calamina ó Meliapor, y que desde allí fué trasladado el santo cuerpo á la ciudad de Edesa, en Mesopotamia. Bien puede ser que en esta ciudad haya grande parte de las reliquias del glorioso Apóstol, pero la comun fama y tradicion pública entre los indios, es que fué martirizado en la ciudad de Meliapor, como está dicho, y así lo tienen escrito en sus anales y lo cantan comunmente por las calles los niños malabares en su lengua. Y es grande testimonio de esta misma verdad lo que despues sucedió cuando los portugueses iban conquistando la India Oriental, los cuales al principio hicieron una poblacion en la costa de Coromandel, seis leguas adelante de la ciudad de Meliapor, y llamaron á este lugar Paleacate.

Estando allí tuvieron noticia cómo el Apóstol Santo Tomé habia sido martirizado en Meliapor, y deseando saber la verdad, y si habia algun rastro de sus reliquias, hicieron muchas diligencias para certificarse de todo. Andando con este cuidado hallaron una casa de devocion á manera de ermita, y en ella un hombre viejo gentil que tenia cuidado de la casa y de tener encendida lumbre en una lámpara. Este hombre les dijo, cómo él habia sucedido en aquel oficio, el cual le habian tenido todos sus antepasados y se habia conservado entre los de su linaje por muchos años, y que en aquella ermita estaba el cuerpo del Apóstol Santo Tomé. No pudieron por entónces tener más luz de este negocio ni otra certidumbre.

Comenzando á reinar en Portugal el rey D. Juan el III, año de 1521, como tuvo noticia de esto, mandó al virey de la India, D. Eduardo, que hiciese particular diligencia para descubrir el sepulcro del santo Apóstol, y si hallase sus reliquias, las colocase con la debida veneracion y reverencia. Encomendó el virey este negocio al capitan de aquella costa que se decia Manuel de Frias, el cual con deseo de cumplir lo que se le mandaba, partió para la ciudad de Meliapor, llevando en su compañía algunos sacerdotes y soldados y un maestro de obras. Llegados á la ermita ya dicha, hallaron que todo el edificio de ella dentro y fuera tenia muchas piedras, en las cuales estaban esculpidas diversas cruces. Comenzando á cavar, descubrieron un sepulcro con una piedra en que habia unas letras, que en lengua de aquella tierra decian, cómo el Apóstol Santo Tomé habia edificado aquel templo y el rey Sagamo le habia aplicado para su fábrica la décima de todas las mercaderías que viniesen á la ciudad, y debajo de esta piedra estaba el cuerpo del mismo rey Sagamo.

Cavando más adelante en otra parte de la ermita, hallaron otro sepulcro cuadrado hecho de piedra y ladrillo; su altura era de nueve piés, y segun la antigua tradicion de los naturales de la tierra, decian ser aquel el lugar donde estaba el cuerpo del santo Apóstol; y á esta causa, antes de abrirle, se confesaron y comulgaron todos. Abierto el sepulcro hallaron dentro unos huesos muy blancos, y junto á ellos el hierro de la lanza y un pedazo del báculo y el cántaro en que decian se habia recogido la tierra mojada con su sangre. En otro sepulcro aparte hallaron otro cuerpo de uno de los discípulos de este santo Apóstol; verdad es que sus huesos, como dicho es, eran muy blancos, pero los del rey Sagamo y del discípulo eran negros, y esto con las demás señales que allí vieron, se tuvo por gran testimonio de ser aquellos huesos del cuerpo de este glorioso Apóstol, y con esta buena fe mandó hacer el capitan dos arcas muy ricas, y en la una depositó los huesos del glorioso Santo Tomé, y en la otra los de su discípulo, y de allí los llevaron á su poblacion de Paleacate y los colocaron con grande solemnidad en el altar mayor de la iglesia. Las llaves de estas dos arcas envió el capitan Manuel de Frias al virey de la India con el testimonio auténtico de lo que habia pasado. Estas santas reliquias se trasladaron despues á Goa en tiempo del virey D. Constantino á un templo que se edificó para colocarlas dedicado á este glorioso Apóstol.

CAPÍTULO XXXVI

De la cruz maravillosa que se halló en el mismo lugar donde fué martirizado el santo Apóstol.

Pocos años después que se descubrieron estas santas reliquias, pareciendo á los portugueses que vivian en Paleacate, que era razon poblar la ciudad donde el santo Apóstol habia sido martirizado, dejando su primera habitacion, se pasaron á Meliapor, y por honra del mismo san-

to la llamaron de allí adelante la ciudad de Santo Tomé.

Dió nuestro Señor devocion á un hombre rico y principal de aquella ciudad de hacer una ermita dedicada á la fiesta de la Expectacion de la Vírgen nuestra Señora en la misma cueva donde el santo Apóstol fué martirizado y acostumbraba tener su oracion. Edificó tambien junto á esta iglesia una buena casa en que vivió treinta años con mucho ejemplo, deseando acabar su vida adonde el santo Apóstol habia con tan glorioso martirio acabado la suya. Estando sacando los cimientos para el edificio de la ermita, se descubrió una cruz maravillosa, con la cual parece que quiso nuestro Señor enriquecer aquella nueva ciudad para consuelo de sus moradores.

Estaba la cruz esculpida en una piedra que seria como cuatro palmos de largo, y dentro de un círculo que la misma piedra tenia; parecia estar toda ella rociada con gotas de sangre fresca, y venia á rematarse con una figura de paloma que estaba picando en ella. Alrededor del círculo que tenia la misma piedra estaban escritas unas letras, que por entónces nadie las acertó á leer, hasta que despues las declaró en su propia lengua un bracman, y traducidas en la nuestra dicen de esta manera.

«Despues que apareció la ley de los cristianos en el mundo, de allí á treinta años, á 21 del mes de Diciembre, murió el Apóstol Santo Tomé en Meliapor, donde hubo conocimiento de Dios y mudanza de la ley y destruccion del demonio. Nació Dios de la Vírgen María, y estuvo en su obediencia treinta años, y era un Dios sin fin. Este Dios enseñó á doce Apóstoles su ley, y uno de ellos vino á Meliapor con una regla de carpintero y un palo é hizo una iglesia. El rey de Meliapor y el de Coromandel, y el de Pandi y otros de diversas naciones y sectas, se determinaron todos de buena voluntad, concertándose entre sí de sujetarse á la ley de Santo Tomé, varon santo y penitente. Vino tiempo que Santo Tomé murió por mano de un bracman, y de su sangre se hizo una cruz.»

Esta era la sustancia de aquellas palabras que estaban esculpidas en lengua malabar, alrededor de la misma piedra. Esta cruz con su piedra tienen ahora en lugar de retablo en el altar mayor de la iglesia que se hizo en la cueva, donde el santo Apóstol fué martirizado, á la cual concurren de diversas partes con mucha devocion por ver el milagro que nuestro Señor obra cada año el dia de la Expectacion de nuestra Señora por medio de esta santa cruz, que es cosa muy particular y extraordinaria, porque en comenzando á decir el Evangelio de la Misa mayor, la santa cruz va mudando poco á poco su color natural que es blanco, trocándole en amarillo y despues en negro; de este negro se muda en otro más claro de color de cielo, hasta que acabado el sacrificio de la Misa se torna á su color natural. Y lo que más admira y aumenta la devocion es, que así como va mudando la santa cruz su primer color, se van destilando de ella unas pequeñas gotas de sangre, y pasando más adelante, vienen estas gotas á hacerse un sudor más copioso, de manera que llegando á limpiarle con algunos pañizuelos, quedan teñidos con las señales de la misma sangre, y si algun año deja de haber este milagro, tiénenlo ya por cierta señal de algun grande trabajo que les ha de venir, como la experiencia lo ha mostrado.

Después de mucha diligencia y grandes averiguaciones que se hicieron acerca de este milagro, envió el testimonio de todo muy auténtico á Portugal el Obispo de Cochin el año de 1562, y lo mismo afirman los Padres de la Compañía que andan en aquellas partes, como testigos de vista, por haberse hallado el mismo dia en aquella santa ermita y dicho la Misa mayor; y así se tiene por cierto, que cuando el santo Apóstol fué martirizado y atravesado con la lanza, estaba arrodillado, besando y adorando esta santa cruz que tenia esculpida en la piedra, y despues fué bañada con su sangre, honrando la divina Majestad su glorioso martirio con este tan señalado y continuo milagro.

CAPÍTULO XXXVII

De los errores que tienen los cristianos de Santo Tomé y la causa de ellos.

Son muchos los cristianos que hay en la India con este nombre de Santo Tomé, que pasarán de 150.000, aunque repartidos por diversos reinos y sujetos á diversos reyes gentiles y moros. Y en las vertientes de las sierras que miran á la parte occidental de la India, hay más de sesenta lugares de ellos, parte en el reino de Caranganor y en el de Cochin, y parte en el de Colon, y otros tantos ó más hay en las vertientes que miran á la parte oriental, especialmente en el contorno de la ciudad de Santo Tomé y costa de Coromandel. Tienen estos cristianos su Arzobispo, Obispos y sacerdotes, que vienen de la Suria y comunmente los provee el Patriarca oriental de Babilonia. Y porque los Obispos no pueden venir á visitar esta gente, sino de tarde en tarde, para que no les falten sacerdotes, ordenan á los niños, siendo muy pequeños, de todas órdenes, aunque no las ejercitan hasta ser grandes.

La causa de haber entrado estos Obispos y sacerdotes surianos en la India, y tener tanta mano y autoridad con los cristianos de Santo Tomé, fué un hombre llamado Martomé Suriano, que en nuestra lengua quiere decir D. Tomé, porque esta diction Mar en lengua suriana vale tanto como en la española Don. Era Martomé hombre muy rico y principal, y á esta causa tuvo entrada con los reyes de Caranganor y Colon, y con ocasion del nombre que tenia de Tomé y su autoridad en aquella tierra, fuéronsele pegando los cristianos que descendian del Apóstol Santo Tomé, y él se hizo como cabeza de ellos, amparándolos y favoreciéndolos, y por esta vía les fué ganando las voluntades, y como él era suriano, fácilmente les persuadió que recibiesen y admitiesen los Obispos de aquella tierra, haciéndoles creer que aquella era la lengua en que habia predicado Cristo nuestro Señor en Jerusalen, y por consiguiente, que los Obispos surianos enseñaban la verdadera doctrina del Evangelio, y la que el Apóstol Santo Tomé habia predicado á sus antepasados.

De esta manera entraron los Obispos surianos lo primero en los reinos de Caranganor, Colon y Cochin, y poco á poco se fueron extendiendo á todas las partes, donde habia cristianos con el nombre de Santo Tomé, y de aquí nació conservarse entre ellos muchas cosas, que son conformes á la que usa la Iglesia Romana, como es el ayunar el Adviento y la Cuaresma, guardar las fiestas de Cristo nuestro Señor y de los santos, cantar salmos en la iglesia y dar el santísimo Sacramento á los que se quieren morir.

Pero del mismo principio se siguió, que á vueltas de estas verdades y ceremonias santas, recibieron otras muchas de la iglesia griega, y de las que guardan los cismáticos de ella, que son muy contrarias á la sinceridad y verdad de la religion católica Porque en la consagracion de la hostia, dicen las palabras sobre pan de arroz y no de trigo, y consagran el cáliz con vino, hecho de uvas ya pasadas y otras cosas á este modo. A nuestra Señora llaman Madre de Cristo, pero niegan ser Vírgen y Madre de Dios. Veneran por santo á Nestorio y á otros tales que están condenados por herejes. Los clérigos usan casarse, y las mujeres de los sacerdotes que se llaman sacerdotisas, preceden á las demás en la iglesia con algunas ventajas y preeminencias, y las usuras no son tenidas por pecado entre ellos.

Estos y otros muchos errores habian introducido los Obispos surianos entre los cristianos de Santo Tomé; y los que viven en la parte oriental de la India, tienen por cismáticos á los que viven en la parte occidental, y al contrario los occidentales á los orientales, por la diversidad que hay entre ellos en algunas opiniones y ceremonias.

CAPÍTULO XXXVIII

Del fruto que se ha hecho en los cristianos de Santo Tomé.

Los cristianos que llaman de Santo Tomé, comunmente son gente de buenos entendimientos y de buena estatura y rostro, así hombres como mujeres, aunque el color es algo bajo, y los hombres que siguen la guerra son tenidos por valientes. El traje de los seglares es honesto, y el de los sacerdotes todo blanco, como se lee de los santos Padres en la iglesia griega, que reprendian á los clérigos de Constantinopla por los vestidos blancos, pero muy curiosos que traian. No usan corona en la cabeza, y edifican los templos á la traza de los que hacen para sus ídolos los gentiles por vivir entre ellos.

El principal cuidado que tienen los de la Compañía con estos cristianos de Santo Tomé, es procurar reducirlos á la doctrina católica de la Iglesia Romana y sinceridad de la religion cristiana, y quitarles los errores y abusos que han introducido en esta gente los Obispos curianos, cismáticos y herejes, en lo cual se ha visto con la gracia de nuestro Señor gran mudanza, porque ya en el sacrificio de la Misa usan de pan de trigo y del vino, como nosotros para consagrar, y dan la comunion á todos en sola especie de pan y con grande reverencia, y los sacerdotes traen coronas abiertas y se conforman en el hábito á los de por acá. Guardan castidad los que se ordenan de pocos años á esta parte, y los que estaban ordenados de antes y eran casados, no hacen el oficio; condenan ya las usuras como cosa ilícita, y así los seglares como los eclesiásticos confiesan á nuestra Señora por Vírgen y Madre de Dios. Finalmente se van reduciendo en todo y conformándose con lo que enseña la doctrina católica é Iglesia Romana.

El primero de la Compañía que predicó á estos cristianos de Santo Tomé, fué el P. Francisco Javier en la misma ciudad que antes se decia Meliapor, y con el ejemplo de su vida y continuos sermones hizo en ellos grande fruto. Al P. Francisco sucedió en este ministerio el P. Cipriano, el cual no sólo en aquella ciudad, sino en otras diversas partes de aquella tierra, convirtió muchos de estos cismáticos á la religion cristiana; y para que este fruto fuese adelante, el año de 1581 se dió principio á una casa de resi-

dencia, con ocasion de que este mismo año murió aquel hombre principal que edificó la ermita de la santa Cruz y una casa junto á ella, como queda dicho en el cap. XXXVI, después de haber vivido en ella treinta años. Por su muerte la mandó á los Padres de la Compañía para que la tuviesen por suya de allí adelante, que no es pequeño consuelo de los que al'í residen. Están de ordinario en aquella casa cuatro Padres y dos Hermanos que se ocupan en ayudar á estos cristianos de Santo Tomé, y en la conversion de los gentiles que hay en aquella tierra, y en confesar y predicar á los portugueses que viven en la ciudad de Santo Tomé. Y por el grande provecho que se experimenta de enseñar á los hijos de estos cristianos, tienen los Padres en esta casa escuela de leer y escribir, y de latinidad, al modo que las tienen en el colegio de Cochin, y por el mismo fin que allí se instituyeron, que es desarraigar los errores de estos cristianos y plantar en sus almas la doctrina católica desde la primera y tierna edad, para que se les quede más impresa en el corazon.

CAPÍTULO XXXIX

Del imperio de Bisnaga y cómo entraron en él los Padres de la Compañía por medio de un cuñado del mismo emperador.

El imperio de Bisnaga, como queda dicho en el cap. II del libro primero de esta historia, cae en las vertientes de las sierras que miran á la parte oriental de la India, al cual pagan tributo otros reyes comarcanos que se llaman nayques. Extendíase el imperio de este poderoso príncipe por toda aquella tierra firme hasta llegar á Goa, y por la costa de la Pesquería llegaba al Cabo de Comorin, y por el golfo de Bengala á la ciudad de Santo Tomé y Meliapor, aunque despues se levantaron contra él algunos de sus vasallos y se quedaron con buena parte de sus tierras, como fué Ildacan, de quien ganaron los portugueses á Goa y á Salsete. Tambien se levantaron por otra parte el nayque de Gingi y el de Tanjaor, á quien el emperador de Bisnaga dió la ciudad de Santo Tomé con ciertas condiciones. El tercero fué el nayque de Maduré, en cuyo señorío cae la costa de la Pesquería, y á éste último están sujetos otros dos nayques menores, que son el de Trividy y el de Salavaca.

Y porque casi en todas estas tierras hay cristiandad, deseaban los Padres tener entrada con el emperador de Bisnaga, así para predicar la ley de Dios en su imperio, como para que con esto quedase más favorecida y acreditada en las tierras de estos nayques, vasallos suyos, y acerca de los gentiles de aquellos reinos; porque en la opinion de ellos es tenido el emperador de Bisnaga por el mayor señor del mundo, y aun él mismo lo piensa así, como se ve por los títulos de sus provisiones, que por ser tan extraordinarios los pondré aquí por sus mismas palabras.

«El esposo de Subuasti, que quiere decir esposo de la buena fortuna, dios de grandes provincias, rey de los mayores reyes, dios de los reyes, señor de todas las caballerías, maestro de los ignorantes en hablar, emperador de tres emperadores, conquistador de todo lo que ve, conservador de todo cuanto conquista, temido de ocho partes del mundo, destruidor de los ejércitos de los moros, señor de todas las provincias que tomó y saqueador de los despojos y riquezas de Ceilan, caballero que no tiene otro igual y que á todos los grandes caballeros excede, y que cortó la cabeza al gran caballero Virabalalan, señor del Oriente del Sur, del Norte, del Occidente y del mar; cazador de elefantes, que de caballería se sustenta y en ello solamente se emplea, de los cuales títulos goza el gran caballero Vencatapady Raya, Deva, Maga, Ragel, que señora y gobierna este mundo.» Hasta aquí el título.

Tiene este emperador su corte de ordinario en la ciudad de Chandegri, que está entre unas sierras, y en lo más alto de la ciudad tiene su fortaleza y palacios muy hermosos y ricos, y toda ella parece inexpugnable. Residia en la ciudad de Santo Tomé, donde los Padres de la Compañía tienen un colegio, un hombre noble y principal, natural de Chandegri, el cual se bautizó y le pusieron por nombre Crisóstomo.

Sabiendo, pues, este cristiano el deseo que los Padres tenian de entrar en aquella tierra, se ofreció él mismo de negociarlo por medio de un pariente suyo que servia al suegro del emperador, el cual se decia Obaraju, y era uno de los mayores señores y más principales de su imperio. Escribió Crisóstomo á su pariente sobre este negocio, y él habló á su señor en diversas ocasiones de los Padres de la Compañía que residian en Santo Tomé, alabando la doctrina que enseñaban, y dijo tantas cosas en razon de esto, que puso deseo á su amo de conocerlos y tratarlos, y así escribió el Obaraju una carta á los Padres de aquel colegio, pidiéndoles que le hiciesen placer de visitarle en una fortaleza suya donde entónces estaba, y porque el emperador dentro de pocos dias le envió á llamar para que se hallase en ciertas fiestas que habia de hacer, tornó á escribir á los Padres que le viesen en la ciudad de Chandegri.

Con esta última carta partieron de Santo Tomé el P. Simon de Saa, Rector de aquella casa, y el P. Francisco Ricio, su compañero, á los 10 de Octubre de 1598, llevando en su compañía á Crisóstomo para ayudarse de él en lo que fuese necesario. Detuviéronse algun tiempo en este viaje por las muchas aguas que sucedieron y haber de hacer su camino por entre muy ásperas sierras, aunque en medio de ellas habia grandes y muy poblados valles, y muy ricos con la abundancia de sembrados y ganados y otras granjerías. Pero no era menor la que habia de pagodes, en que el demonio era servido y adorado.

Juntábase mucha gente á ver á los Padres, y ellos procuraban de acariciar á todos y de camino decirles algo de la ley de Dios, porque lo oian con mucho contento y gusto, y sabiendo que el Obaraju los enviaba á llamar, tratábanlos con respeto y cortesía. Llegando los Padres á un lugar, vieron que á la puerta de un pagode estaban haciendo sacrificio al ídolo, ofreciéndole cabritos y otras cosas; diéronles razon del engaño en que vivian en servir al demonio y dejar de adorar y obedecer al verdadero Dios y Señor que crió el cielo y la tierra. Convencidos los gentiles con las razones, respondieron que los Padres decian verdad, pero que ellos no sabian más de lo que sus bracmanes les habian enseñado, que eran sus maestros y sacerdotes. Algunos de estos gentiles se querian ir con los Padres á Santo Tomé, pero consoláronlos con la esperanza de que verian presto iglesia en su tierra, donde los enseñarian el camino de su salvacion.

Es toda aquella tierra cortada con los rios que salen de las sierras y los valles muy frescos y apacibles, con grande diversidad de árboles y frutos; la gente es bien compuesta, así en los trajes (que son honestos) como en las facciones del rostro, porque algunos son blancos y de buen parecer, y casi todos muy aficionados al culto de sus dioses. Lo cual lastimaba más el corazon de los Padres viendo tantas almas y tan bien dispuestas, que por falta de quien les enseñase el camino del cielo se perdian.

Entrando en el estado de un gran señor que se llama Paparaju, ó por otro nombre Maca Raju, llegaron á la ribera de un rio donde habia muchas casas á manera de mesones, en las cuales este señor mandaba dar de comer cada dia á 300 bracmanes y peregrinos que iban y venian á un famoso pagode que llaman de Tripiti, que está en cierta sierra una legua de la corte y ciudad de Chandegri. Estando los Padres junto á esta ribera, llegó un niño de doce ó trece años bien agraciado y acompañado de mucha gente de á caballo y elefantes, porque era nieto del Obaraju y le enviaba á su fortaleza; traia este niño en su compañía el pariente de Crisóstomo, que habia negociado la venida de los Padres, y avisado de este criado cómo estaban allí, los fué á visitar con grande alegría, diciéndoles el deseo con que su abuelo los esperaba en la ciudad de Chandegri, y para que los guiase desde allí, les dejó á Vencati, que así se llamaba el pariente de Crisóstomo y criado de su abuelo.

CAPÍTULO XL

Cómo los Padres llegaron á la ciudad de Chandegri, y visitaron al Obaraju y al emperador, y lo que negociaron con entrambos.

Caminando los Padres por sus jornadas llegaron á la ciudad de Chandegri y corte del emperador de Bisnaga, á quien por otro nombre llaman Raju. Teniendo aviso el Obaraju de su venida por medio del pariente de Crisóstomo, mandóles aposentar en unos palacios suyos, aunque apartados algo de la fortaleza en donde él vivia; el dia siguiente despues de comer envió por ellos con el delevay, que es como capitan general de sus soldados.

Desde que salieron los Padres de su posada hasta llegar á la fortaleza del Obaraju, que seria más de media legua de largo, era tanto el concurso de la gente, que no podian romper por ella. Llegados á la fortaleza, bajó el mismo Obaraju hasta el tercero patio donde suele recibir ordinariamente á los que le visitan, y luego se retiró con los Padres á otro patio más adentro, y en una pieza muy hermosa se sentó sobre un alcatifa, quedando arrimado á un cojin de terciopelo, y á los Padres mandó que se sentasen en otra junto á él, hízoles diversas preguntas acerca de la India y reino de Portugal. A todo le dieron los Padres entera satisfaccion y le representaron el deseo con que venian de ver en aquella tierra muchas iglesias y cristianos. Él les dijo que harian todo lo que quisiesen y los despacharia muy á su gusto, y que pensasen bien el lugar y sitio de sus tierras en que seria mejor hacer la iglesia, porque daria todo lo necesario, así para el edificio como para el sustento de los Padres, y que en el sitio adonde les pareciese hacer la iglesia, edificaria él una ciudad, en la cual no se haria más de lo que ellos quisiesen. Dierónle los Padres las gracias del favor y merced que les hacia, y él respondió que aquello era nada para lo que pensaba hacer por ellos.

Con esto se despidieron aquel dia por ser ya tarde, y dentro de otros tres le enviaron á decir que pues estaban en aquella ciudad, no les pa-

recia cosa conveniente partir de allí sin visitar al emperador; él les respondió que se aparejasen para el tercero dia, que era lúnes, porque él queria darle cuenta primero de quiénes eran y á lo que venian. Entretanto visitaron los Padres á los delebays del Obaraju, que eran sus capitanes principales, para tenerlos más gratos y benévolos para lo que se ofreciese.

El lúnes de mañana les envió el Obaraju un recaudo que se fuesen á los palacios del emperador, porque él iba á esperarlos allá. Llegados á la fortaleza, se detuvieron en un lugar donde el Raju suele recibir á los embajadores, que era una sala muy rica y aderezada, luego los mandó entrar á otra pieza más adelante donde él estaba sobre una alcatifa dorada y arrimado á un cojin de lo mismo; en la una punta del alcatifa estaba el príncipe su hijo, que era un mozo blanco y gentil hombre, y fuera de ella, á otro lado, estaba el Obaraju con otro hermano suyo.

Representaba bien el emperador su majestad y grandeza en el modo de tratar y hablar con todos, aunque acompañada de mucha afabilidad y blandura. Hicieron los Padres su acostumbrada reverencia y luego se quedaron en pié, como lo estaban todos los capitanes y señores que allí habia; mas él los hizo llegar muy cerca de sí y les dijo cómo ya el Obaraju le habia dado noticia de quiénes eran y á lo que venian, y que él estaba tan contento y alegre de verlos en su tierra, como el mundo se alegraba con el sol, y que holgaria de concederles lo que quisiesen y pidiesen. Preguntó luego muchas cosas del modo de vida que tenian los Padres, lo que vestian y comian, de los reyes de Portugal y otras cosas particulares de la India, y si usaban de los lavatorios que tenian sus bracmanes y sacerdotes, cuando habian de tratar con su Dios. Respondiérónle que no los usaban, porque tenian otros mejores con que limpiaban las almas, que eran la confesion y penitencia de los pecados, que los demás lavatorios exteriores de los moros antes ensuciaban. Quedó el Raju admirado de oir estas cosas, y vuelto á los bracmanes que allí estaban, les dijo: ¿Qué decís vosotros, bracmanes, á esto? Pero ellos no supieron responder.

Entendieron los Padres, que el emperador gustaba de ver alguna pintura, y así le mostraron una que acaso llevaban del rico avariento, puesto en las penas del infierno y Lázaro en el seno de Abrahan. Preguntó muy en particular qué significaba cada cosa de aquellas, y estuvo muy atento á la declaracion que se le daba, mostrándose tan compungido, que estando después retirado con sus bracmanes les decia: yo vi hoy el infierno, y vi en él un hombre ardiendo. ¿Vosotros qué decís á esto? Pero tampoca satisfaccion le dieron de esto segundo como de lo primero; al fin después de estas y otras preguntas dijo á los Padres: por medio del Obaraju vean Padres dónde quieren hacer iglesia, y en cuántos lugares, á lo cual respondieron que donde su Alteza mandase.

Habian ya comunicado los Padres este negocio con el mismo Obaraju, el cual después de haber hablado en secreto con el emperador, les dijo cómo les hacia merced de dos ciudades, una para ayudar al puerto que se habia de hacer y otra para el sustento de los Padres y de la iglesia, y que si despues quisiesen edificar más iglesias por la costa y por sus tierras, las hiciesen y predicasen en ella la ley de Dios libremente, y mandando traer allí unas provisiones las firmó en blanco para que el Obaraju las hiciese escribir conforme á lo que concedia á los Padres.

Estando firmando el emperador las provisiones, le dijo el P. Simon de Saa, que la mucha merced que su Majestad le hacia, le daba ánimo para suplicarle tres cosas. La primera, que diese licencia para que de las escrituras públicas se sacase la vida y muerte del Apóstol Santo Tomé, porque era cosa que la deseaban mucho todos los cristianos A esto dijo que él estaba de camino para Cangevaran, que era una ciudad cerca de Santo Tomé, que yendo allá las mandaria buscar y dárselas. La segunda, que pues su Majestad tanto se alegraba de ver los Padres en su tierra y ellos se hallaban tan obligados á servirles, para hacerlo mejor deseaban tener una iglesia en su corte, con lo cual creceria su fama y honra en toda la India y en Europa, sabiéndose entre los reyes y príncipes cristianos. Volvióse riendo á los bracmanes que estaban allí, y por entónces no dió respuesta alguna, entremetiendo otra plática diferente. La tercera cosa fué pedirle confirmacion de cierta limosna que un nayque vasallo suyo habia dado á la iglesia de San Juan, en Santo Tomé. Firmó luego otra provision en blanco para que la hiciese el Obaraju á gusto del Padre, y con esto se despidieron aquel dia, volviendo tan bien despachados del emperador (con ser la primera visita que le habian hecho) cuanto podian desear.

CAPÍTULO XLI

Cómo los Padres visitaron segunda vez al emperador, y lo que con él pasaron en el tiempo que se detuvieron en Bisnaga.

Pocos dias después que los Padres vieron al emperador, llegó á la ciudad de Chandegri un portugués, hombre principal, con otros dos com-

pañeros, los cuales traian cierto presente al Raju. Con esta ocasion quiso el Obaraju que los Padres visitasen segunda vez al emperador, y él mismo los llevó en su compañía hasta la fortaleza. Hallaron al emperador que estaba platicando con los bracmanes más doctos y letrados que habia en aquella tierra.

Recibió á los Padres con su acostumbrada benignidad y afabilidad, y concedióles de nuevo la licencia que deseaban para edificar iglesia en aquella corte; hicierónle los Padres por esta merced su reconocimiento, y tomaron de aquí ocasion para tratarle de la ley de Dios y de cuán digno era este Señor de ser adorado y reverenciado de todos los hombres. Gustó tanto el emperador de la plática, que hubo de continuarse desde la mañana hasta después de mediodia, estando presente el Obaraju con otros muchos señores capitanes y bracmanes, y tratando en el discurso de ella, cómo el hijo de Dios se habia hecho hombre para librar á los hombres del infierno, y quién era su madre, preguntó, ¿teneis algunos pintores que sepan pintar eso? Respondióle el Padre, que si gustase su Majestad de ver una pintura buena de este misterio, se la mostraria, porque de propósito llevaba una de la Vírgen nuestra Señora con el niño en los brazos de las que llaman de San Lúcas, y otra de Cristo nuestro Señor.

Holgó el emperador en extremo de verlas, teniendo los ojos por grande espacio clavados en el santo niño, y preguntando quién era, dijo el Padre cómo era hijo de Dios y se llamaba Jesucristo, que queria decir Salvador del mundo, y era una de las personas de la Santísima Trinidad, y declarándole este misterio con algunas razones y comparaciones, quedó con satisfaccion de lo que se le decia. Preguntó más, si habia Dios enseñado algun camino para salvarse los hombres. Respondióle el Padre, que el camino era el de los mandamientos, y declarándoselos allí brevemente, vuelto á los bracmanes dijo: esta parece la verdadera ley, porque está muy bien fundada y es muy conforme á razon. Finalmente dijo á los Padres que mirasen por la ciudad el sitio que les pareciese mejor para iglesia, que el Obaraju se lo mandaria dar, y viesen si querian de él otra cosa, porque deseaba hacerles merced, y con esto los despidió con alegre semblante.

En los dias que se detuvieron los Padres en Chandegri, vieron el grande concurso de gente que iba al templo donde estaba el pagode Tripiti, una legua de la ciudad entre unas sierras muy altas, al pié de las cuales se hacen unos fresquísimos valles, llenos de mucha arboleda y frutales. El Obaraju fué por su devocion á este mismo templo un dia por la mañana, cuando salia el sol, acompañado de muchos elefantes y gente de á caballo, y volvió ya de noche con grande número de hachas que hacian una graciosa vista por el campo, y el dia siguiente fué á visitar otro pagode aún con mayor aparato de gente de guerra y de muchos señores que le acompañaban. Tambien salió el emperador otro dia con sus mujeres, las cuales iban en riquísimos palanquines chapeados de oro y cubiertos con doseles de terciopelo bordados de oro, perlas y aljófar. Iba delante de todos un capitan principal con muy lucida gente de á caballo y cuatro ó cinco elefantes aderezados con muchos guiones azules, verdes y colorados. Tras este capitan iba el delevay, que es general del emperador, con mucha infantería de lanzas-espingardas, y tras ellos otro elefante que llevaba encima un pendon muy rico, al cual acompañaban algunos señores y caballeros.

Entre estos y el delevay iba el príncipe con otra mucha gente y mujeres en silletas de plata y oro macizo, y últimamente venia el emperador en otro palanquin más rico que todos, acompañado de infinitos criados, señores y cortesanos, que todos iban á pié. A la noche volvió con el mismo acompañamiento, pero con tantas hachas que parecia dia claro.

El dia antes de partirse los Padres les dió el Obaraju una provision para que en una ciudad suya, que se dice Condur, hiciesen iglesia á su costa, y para ella señaló renta de dos aldeas que estaban cerca de la misma ciudad, en el rio Arcomagon, que es un puerto muy célebre y frecuentado en el Sur. Dió tambien grandes privilegios y libertades en la misma ciudad, así para los mercaderes como para los que se hiciesen cristianos, y licencia general á los Padres para predicar el santo Evangelio en todas sus tierras y hacer iglesias en ellas, y á tres ó cuatro señores vasallos suyos, que viven junto á la ciudad de Condur y gobiernan aquella tierra, mandó que diesen á los Padres todo lo que fuese necesario para edificar las iglesias, y con esto los despidió, diciendo que le avisasen de cualquiera otra cosa que tuviesen necesidad.

Despedidos los Padres de la ciudad de Chandegri, yendo de camino para Santo Tomé, pasaron por la fortaleza del Paparaju que está entre unas muy ásperas sierras, y al pié de ellas una ciudad. Parecióles aprovecharse de esta ocasion para visitarle, por ser muy principal en aquel reino. Sabiendo el Paparaju que estaban allí los Padres, mandó á un capitan suyo que los subiese á la fortaleza, donde le hallaron en su

sala acompañado de muchos caballeros. Recibiólos con muestras de alegría y contento, y detúvose con ellos más de cuatro horas, haciéndoles diversas preguntas, y particularmente gustó de oir algunas cosas de la ley de Dios, haciendo llamar para esto á sus bracmanes, y sabiendo que el emperador habia dado licencia para que en su corte se hiciese iglesia, dijo que si gustaban los Padres de hacerla, tambien en aquella su fortaleza, él daria sitio para ella. Diéronle los Padres las gracias por este favor que les hacia, y el P. Simon de Saa le dijo, que primero queria poner en su fortaleza la bandera de la cruz para que fuese más inexpugnable por ser arma de los cristianos, y por cuyo medio habian alcanzado grandes y señaladas victorias.

Preguntó con esta ocasion, qué cosa era la cruz, de dónde tenia tan gran virtud; dierónle razon de este soberano misterio, y llegando á tratar de la muerte de Cristo, quiso saber muy en particular, qué gente era los que le habian crucificado y dónde estaban, que parecia quererse vengar de ellos, diciendo con sentimiento, ¿pues por predicar la verdad le habian de matar? Después de estas y otras muchas pláticas que tuvo con los Padres, dijo que él habia de ir con el emperador á la ciudad de Cangevaran, y pues ellos habian de acudir allá entónces, trataria muy despacio de todo esto, y que vuelto el emperador á Chandegri, él haria todo lo que los Padres quisiesen, y daria lo que fuese necesario para que se edificasen iglesias en su tierra. Y segun la buena disposicion que tenia este príncipe y la aficion que mostraban sus criados y los bracmanes que estaban en su compañía, puédese esperar muy grande conversion en sus estados.

No fué menor el favor que hizo á los Padres el delevay grande, que era el capitan general del emperador, no sólo mostrándoseles muy amigo y afable, sino dándoles una buena limosna de renta para el colegio de San Juan, que está en la ciudad de Santo Tomé, y otra para que se hiciese iglesia y casa para los Padres en Arcamagon, ofreciendo de hacer otra iglesia en la ciudad de Chandegri en unas casas y huertas que allí tenia, y dar todo lo necesario para los Padres que allí estuviesen.

CAPÍTULO XLII

De los Padres que vinieron de Goa para esta mision de Bisnaga, y de la iglesia que edificaron en la ciudad de Chandegri.

Sabiendo en Goa los buenos principios y esperanzas que habia en el imperio de Bisnaga para predicar el santo Evangelio, señaló el P. Provincial de la India otros seis Padres para que continuasen esta mision y la llevasen adelante. El primero fué el P. Manuel de Vega, Prepósito de la Casa profesa de Goa, y por sus compañeros á los PP. Gaspar Estéban, Francisco Ricio, Juan de Acosta, Pedro Euticio y Melchor Cotino. Llegaron estos Padres á Santo Tomé en el mes de Marzo de 1599, excepto el P. Francisco Ricio que estaba allá y habia sido compañero del P. Simon de Saa, cuando fueron el año antes á la corte del emperador, como en el capítulo pasado queda dicho.

La jornada que este príncipe hizo desde su ciudad de Chandegri era contra el nayque de Maduré, sobre ciertas diferencias que entre ellos habia; pero el nayque viendo el poderoso ejército que el emperador juntaba contra él, tuvo por bien de venir á conciertos, y por ellos le dió doce cuentos de oro, y con esto cesó la guerra y el emperador se volvió á su ciudad de Chandegri. Teniendo aviso de esto el P. Manuel de Vega partió para allá con el P. Francisco Ricio su compañero, á los 12 de Agosto del mismo año.

Al segundo dia de su camino llegaron á un lugar que se dice Tribalur. Recogiéronse los Padres por ser ya tarde junto á la puerta de un pagode muy célebre en aquella tierra, mas viéndolos el bracman y sacerdote principal que tenia cuidado de él, les envió á decir que se fuesen de aquel lugar, porque el pagode habia de salir aquella noche en procesion y que no gustaria de verlos allí. Respondiéronle los Padres que no tenian otro lugar donde recogerse aquella noche, ni ellos impedirian la salida del pagode, pues tenia la calle desembarazada para ir por ella; al fin los dejaron estar, y el pagode salió en su procesion á puesta del sol, para solo recrearse por el lugar.

Su estatura era pequeña, como de tres palmos de alto, y el color negro, vestido de blanco y con un manto colorado. Llevábanle ocho hombres en un tabernáculo, y sobre el tabernáculo y vestido del pagode iban sembradas muchas flores y muy olorosas. En el principio de la procesion iba un elefante, y encima de él una bandera blanca; luego se seguian tres bueyes del mismo pagode, que llevaban sus atabales y hombres para tañerlos; tras estos iban otros muchos hombres con diversas invenciones é instrumentos de música, unos á manera de cornetas y trompetas, y otros de chirumbelas y más de 20 atabales pequeños. Acompañaban esta música casi 30 mujeres bailando, las cuales sirven al pagode y son como esclavas suyas; últimamente venia el mismo pagode, y á sus lados toda la gente del pueblo acompañándole. Andaba toda

esta procesion por cuatro calles, que cada una de ellas tiene más de 80 piés de ancho y 400 pasos de largo, cercadas de una parte y de otra con palmas.

Acabada la procesion á la puerta del templo, hicieron delante del pagode sus ceremonias y sacrificios; envió el gobernador del pueblo un recado á los Padres para que hiciesen ellos tambien su reverencia al ídolo. Ellos le respondieron que no adoraban sino al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, y así no tenian que ver con su pagode. Con ocasion de esta respuesta se llegaron muchos de aquellos gentiles haciendo diversas preguntas, y los Padres se aprovecharon de ella para darles á entender su ignorancia y errores en que vivian, y cuán falsa era la doctrina que sus bracmanes les enseñaban. Mostraron todos deseo de saber la verdad y de oir más de próposito las cosas de su salvacion; pero como los Padres llevaban endereza do su camino á la ciudad de Chandegri, para desde allí dar principio á las demás iglesias en aquel reino, no se pudieron detener más que aquel dia en Trabalur.

Llegados á la ciudad y corte del emperador, recibiólos el Obaraju con muestras de grande alegría, mandándolos aposentar y proveer de todo lo necesario, y al cuarto dia los llevó á visitar al emperador, el cual no mostró ménos contento en su venida que el Obaraju su cuñado. Enseñáronle los Padres las imágenes que traian para la iglesia que pensaban de edificar, que le parecieron en extremo bien, y luego mandó al Obaraju, que les diese el sitio que los Padres escogiesen, así para la iglesia como para su habitacion, y juntamente despachó las provisiones que le pidieron en favor de los que se hiciesen cristianos, para que no perdiesen los cargos, oficios, preeminencias y dignidades y tierras que tuviesen, sino que lo gozasen todo como de antes.

Con este buen despacho hicieron los Padres algunas otras visitas á personas principales conforme á la costumbre de la tierra, y particularmente á un sobrino del mismo emperador á quien llaman Chinaraju, que quiere decir rey pequeño, y á otros dos hijos del Obaraju. Cumplidas estas obligaciones, buscaron el sitio para su iglesia y casa, donde pudiesen comenzar á ejercitar sus ministerios, y entre otros hallaron los Padres uno que era muy á propósito, pero parecia dificultoso haberle por ser de la misma emperatriz. Súpolo el Obaraju su padre, y envió un recado á la hija para que se le diese, lo cual ella hizo de muy buena voluntad, y luego envió un criado suyo para que diese á los Padres todo lo que hubiesen menester del sitio, haciendo mudar de él á más de 50 moradores, y á los 11 de Setiembre de 1599, entraron los Padres á tomar la posesion de aquella casa, acomodando en ella su iglesia.

Tomaron por patrona de la empresa que comenzaban á la Santísima Vírgen nuestra Señora, en cuyo santo nacimiento y octava daban principio á su iglesia en aquella grande ciudad de Chandegri y corte del emperador de Bisnaga. Estaban tambien los Padres esperando la venida del Paparaju que aún no era llegado, para comenzar otra iglesia en sus tierras. Al delevay, capitan general del emperador encontraron saliendo del palacio acompañado de más de 500 soldados; hízoles grande cortesía, y vuelto á sus bracmanes que allí estaban dijo: veis aquí los Padres que vienen á hacer iglesia, y todos os habeis de hacer cristianos.

Esta es la disposicion en que estaban las cosas de la cristiandad en el imperio de Bisnaga á los 28 de Setiembre de 1599, conforme á las últimas cartas de los Padres que allí residen.

CAPÍTULO XLIII

De la mision que hicieron los PP. Francisco Hernandez y Domingo de Sosa á los reinos de Bengala.

El año de 1598 hicieron una mision á los reinos de Bengala los PP. Francisco Hernandez y Domingo de Sosa su compañero. Partieron entrambos del puerto de Cochin á 2 de Mayo del mismo año, y aunque en el camino tuvieron algun peligro de corsarios que siempre corren aquel mar, pero mayor fué el que les sucedió pasada la isla de Ceilan con un viento travesado y tan recio, que trastornó la fusta en que iban, y estuvo casi media hora con el bordo debajo del agua, hasta que fué nuestro Señor servido de sacarlos de este peligro, y cesando la tempestad pudieron proseguir su viaje y llegar al Gulli, que es un puerto de Bengala donde viven algunos portugueses. Fueron recibidos los Padres con mucho consuelo, así de los portugueses como de los otros cristianos que habia en aquella tierra.

Y no fué menor el fruto que hicieron ejercitando con ellos sus ministerios, y para esto compusieron un tratado en confirmacion de las cosas de nuestra santa fe y confutacion de las sectas de los moros y gentiles, y un catecismo breve, traduciéndolo todo en lengua de Bengala que les ayudó mucho para instruir bien aquella gente, porque este catecismo le deprendian los

niños y despues le enseñaban en su casa. Predicaban los Padres por la mañana los domingos y fiestas, y por la tarde enseñaban la doctrina cristiana por las calles, y echábase de ver el fruto por las muchas confesiones que acudian y reformacion de vida que se veia en todos, dejando unos las ocasiones públicas que tenian de sus pecados, y otros procurando satisfacer á nuestro Señor por ellos con largas limosnas que hacian, y así pudo darse principio en aquel puerto á un hospital, de que habia grande necesidad para el remedio de los pobres y enfermos.

De este puerto salieron al principio de Octubre del mismo año, por ser en aquella tierra fin del invierno, y porque estando allí los Padres habian recibido una carta del Raja, que es rey de Chandecan, y uno de los reyes de Bengala, en que les pedia fuesen á su tierra, porque deseaba verlos y tratarlos. Parecióles enderezar á este reino su viaje y confesar de camino á los portugueses que allí residian, los cuales se alegraron con su venida grandemente, porque habia más de año y medio que no se confesaban por falta de sacerdote.

En sabiendo el Raja que los Padres habian llegado al puerto, los envió á visitar con un bracman principal. De ahí á dos dias fueron los Padres á pagar la visita y agradecerle la voluntad con que en su tierra los recibia. Hízoles mucha honra y cortesía y dióles luego una provision para que pudiesen hacer casa é iglesia, y más de 600 pardaos de renta para la misma iglesia y casa en que habian de vivir, y un sitio muy bueno donde pudiesen edificar á su gusto, quitando de él algunos vecinos honrados y principales; y ofrecia él mismo de hacer á su costa todo el edificio, y que la iglesia seria la mejor que hubiese en Bengala, y para los que se habian de hacer cristianos dió otra provision con los favores y privilegios que los Padres le pidieron. Dicen los portugueses que este reino es tan grande, que andan por su costa los navíos quince y veinte dias, y por ver la buena voluntad de este rey y la buena disposicion que habia en la tierra para predicar la ley de Dios, le ofrecieron que harian asiento en ella, aunque tenian necesidad de pasar primero á un puerto grande que estaba más adelante en la misma costa de Bengala.

Detuviéronse los Padres en Chandecan un mes predicando y confesando á los portugueses y cristianos de aquel puerto, y antes de partir de allí bautizaron casi 200 personas. De Chandecan pasaron á Syripur, que es otro puerto más adelante, donde fueron recibidos con la misma alegría que en los dos primeros. Enviólos á visitar el Cadaray, señor de aquella tierra, y los recibió con la misma honra y cortesía que el Raja lo habia hecho en la suya. Pidióles que se quedasen en Syripur, ofreciéndoles casa é iglesia y 700 pardaos de renta para ella y para su sustento. Fuera de esto, les dió licencia general para predicar la ley de Dios y las mismas condiciones y privilegios en favor de los que la recibiesen, como los habia dado el Raja de Chandecan. Agradeciéronle los Padres su voluntad, y diéronle buenas esperanzas de que vendrian á vivir de asiento en Syripur, como él lo deseaba. Detuviéronse en este puerto algun tiempo ejercitando sus ministerios con los cristianos y gentiles, y con el mismo fruto que lo habian hecho en los precedentes.

De Syripur pasaron los Padres á otro puerto principal en la misma costa, que se llaman Chatigan. Tratando allí con los principales hombres de la ciudad acerca de la disposicion que habia en aquella tierra para predicar la ley de Dios, les dijeron dos cosas. La primera, que en ninguna parte se podia hacer tanta cristiandad, ni con tanta facilidad como en las tierras del rey de Oracan y de los Mogos. La segunda, que este rey era ido á la guerra de Pegu, mas que en volviendo tenian por cierto que les habia de hacer aún más favor que ninguno otro de los reyes de Bengala, y así quedaban abiertas estas tres puertas á la predicacion del santo Evangelio en aquellos reinos de la costa de Bengala á los 14 de Enero de 1599, que son más de 200 leguas de costa, desde el primer puerto de Gulli hasta el de Chatigan.

CAPÍTULO XLIV

De la mision del Pegu, para la cual fueron señalados los PP. Baltasar de Siquera y Juan de Acosta.

El mismo año de 98, cuando fueron señalados para la mision de Bengala los PP. Francisco Hernandez y Domingo de Sosa, se partieron para Santo Tomé los PP. Baltasar de Siquera y Juan de Acosta para entrar en los reinos de Pegu, porque habia mucho tiempo que deseaban dar principio á la predicacion del santo Evangelio en aquella tierra tan capaz y extendida; pero no pudieron los Padres entrar en ella ni salir con su intento por el miserable estado en que la hallaron, que con ser el reino de Pegu de los más principales que habia en la India Oriental, vino á ser el más pobre y miserable y más destruido que hubo en ella, cuya caida por haber sido tan extraordinaria, después de tan

grande prosperidad y pujanza, me pareció ponerla aquí brevemente.

El rey de Pegu, bracman de nacion y padre del que ahora reina, fué el más poderoso y mayor conquistador de reinos que ha habido en el Pegu, porque sujetó á su reino otros 12 muy principales y comarcanos. El primero fué el reino de Cabelan, donde se trae toda la pedrería de rubís y safiros. El segundo el reino del Ava, en que hay muchas minas de cobre, plomo y plata. El tercero el reino de Baquan, que tiene muchas minas de oro. El cuarto el reino de Tungran, que tiene muchas minas de oro y lacre. El quinto el reino de Pron, en el cual tambien hay muchas minas de plomo y lacre. El sexto el reino de Yongoma, donde hay mucho cobre, almiscar, pimienta redonda, seda, oro y plata que en todos los lugares de este reino se halla. El séptimo el reino de Lanran, donde hay mucho benjoin que se pueden cargar muchas naves de ello. El octavo y nono se llaman los reinos del Truquo, donde acuden muchas haciendas de la China. El décimo y undécimo los reinos de Cahlan, donde se halla infinita pedrería y quedan estos dos reinos entre Ava y la China. El duodécimo reino es el de Syon, y fué el postrero que conquistó y llevó para esta guerra un cuento y 60.000 hombres, y éstos sacados del diezmo de toda su gente de armas, de cada diez hombres uno. Gobernó este rey treinta y siete años, y en su tiempo floreció y llegó á gran pujanza el reino de Pegu, el cual era tan abundante, que se podian cargar en él 100 naves de arroz, sin quedar la tierra con necesidad, y esto sin otras mercaderías, de las cuales se podian emplear en un mes un cuento de oro en sola pedrería.

Pero este reino tan rico y tan poderoso, por el mal gobierno del que sucedió en él, vino á tanta miseria como luego veremos. Y la ocasion de ello fué, que muerto el rey y tomando el gobierno su hijo, dentro de dos meses se levantó contra él su tio el rey de Ava, con el cual se carteaban algunos señores del Pegu.

Vino á entenderlo el rey, y hubo á las manos algunas de estas cartas, y pareciéndole que los vasallos se querian conjurar contra él y favorecer á su tio, mandó prender á 40 de los más principales, que todos eran señores de título y los que habian ayudado á su padre á la conquista de los reinos, y á ellos y á sus hijos, mujeres y familias, encerró en un bosque que todo estaba cercado, y allí los quemó vivos, y si algunos escapaban del fuego, los hacia matar luego. Con esta crueldad tan extraordinaria se alteraron los ánimos de los pegus y se irritaron contra su rey, lo cual tomó tambien por ocasion el rey de Syon para rebelarse contra el de Pegu.

Queriendo el rey de Pegu sosegar estas alteraciones y destruir al de Syon, hizo un ejército contra él de 900.000 hombres. Pero el de Syon, viendo en su tierra un ejército tan poderoso, usó de maña y fué entreteniendo al rey de Pegu, con que le queria dar la obediencia y con más ventajas que la primera vez, hasta que entrado el invierno y venidas las crecientes de los rios (que en aquella tierra, por ser campiña y baja, la anegan y cubren toda casi por espacio de 60 leguas) de todos 900.000 hombres apénas pudo escapar el rey con 50.000 de ellos, quedando todos los demás ahogados y muertos, y en diversas veces que tornó á continuar esta guerra, siempre volvió perdido y desbaratado, y muerta la mayor parte de su gente, y entre los demás murió tambien su hijo y heredero.

Quiso últimamente tornar el rey de Pegu contra el de Syon y vengar la muerte de su hijo, pero los pegus escarmentados de los ruines sucesos que habian tenido, y principalmente por el poco gusto con que servian á su rey, procuraron de excusarse y esconderse para no ir con él, y al fin se levantaron. Indignado el rey mucho más contra sus vasallos por esto, á los que pudo coger encerró en el mismo bosque y los quemó vivos, como habia hecho á los primeros. Con estas y otras crueldades que este rey usaba, se vino á despoblar su tierra, pasándose casi todos sus vasallos á reinos extraños; de manera que en todo el reino de Pegu no se hallaba persona, sino en sola una ciudad, en la cual entre hombres y mujeres y niños quedaron con su rey como 7.000 hombres, donde los tenia cercados el rey de Orancan el año de 1599.

Y para què su miseria y desventura fuese mayor, era tal la hambre que padecian con el cerco, que se comian unos á otros y tenian carnicería pública de carne humana, y las madres y padres comian á sus hijos, y los hijos á sus propios padres, y los que más podian mataban á los más flacos y en las mismas calles los asaban y comian, y á los que por estar flacos no tenian carne, les abrian las entrañas y les sacaban los hígados. Y para aprovecharse de todo lo que podian, antes de ejecutar esta crueldad les quebraban la cabeza y comian los sesos, y lo que ponia admiracion era ver que las mujeres andaban por las calles con sus cuchillos haciendo esta carnicería en los que hallaban ménos poderosos que ellas, y este era el miserable estado de aquel tan poderoso reino en el año de 1599, á cuya causa no pudieron entrar en él los Padres que estaban señalados para aquella mision.

CAPÍTULO XLV

De la mision que piden en el reino de Camboya.

Camboya es reino muy diferente del que se llama Cambaya, porque este segundo cae en la parte occidental de la India, por el cual entra en la mar el rio Indo, y pertenece al imperio del gran Mogor. Pero este otro de Camboya, está en la parte oriental de la India, en la contra costa de la punta, que hacen los reinos de Bengala y Pegu á la mar; entre la Cochinchina y el reino de Syon, tómase el camino para allá desde Malaca, saliendo por el estrecho por donde tambien salen las naves para la China, pero van luego costeando por la ribera de un grande rio que se llama Camboya, el cual tiene más de 60 leguas de ancho, y corre con esta misma anchura más de 100 por la tierra adentro, que es camino desde Malaca de catorce ó quince dias, pero sin peligro en saliendo del estrecho, porque van costeando siempre y á vista de tierra.

El reino de Camboya dicen que es muy grande y que antiguamente fué muy poderoso, y entre él y el de Pegu está el de Syon, con el cual han tenido los de Camboya muchas guerras, y particularmente de veinte años á esta parte le destruyó mucho el ejército del rey de Syon, subiendo por el rio arriba, porque fuera de las 100 leguas que corre este rio con la anchura que habemos dicho, va corriendo otras 400 leguas, de modo que no saben de dónde nace, y la comun opinion es, que viene de los confines de la China y Tartaria.

Caminando por este rio de Camboya, pasando del mismo reino, está el imperio de una gente bárbara que llaman laos, los cuales hicieron su asiento principal en unas muy grandes lagunas que salen del mismo rio, y en ellas tienen sus casas de madera y embarcaciones en que viven. Habrá más de veinte años que les dió deseo á estos laos de ir á ver la mar y buscar su ventura, y bajaron por el rio más de 200.000, hasta llegar cerca de la orilla del mar, donde se perdieron y consumieron.

En este encuentro que tuvo el rey de Camboya con los laos, porque no entrasen en su tierra, murió el rey y quedóle un hijo pequeño que ahora reina, mozo de más de veinte años. Este príncipe, como quedó tan pequeño cuando murió su padre, con las guerras que le dieron los de Syon, nunca pudo levantar cabeza, hasta de pocos años á esta parte, que con ayuda de algunos españoles y portugueses que por allí acudieron, echó á los syones de su tierra y recobró casi todo su reino, en el cual tiene ciudades muy grandes y templos de ídolos muy suntuosos, al modo de los japones y muchos bonzos, pero no tan celosos de sus sectas y religion, como son los de Japon; gobiérnanse los de este reino por mandarines al modo de la China, y son todos gentiles, que no hay moros entre ellos, y parécense mucho á los del Pegu. Algunos portugueses antiguos piensan y se persuaden que el oro que va á Pekin, (1) corte del rey de la China, es de la tierra de los laos, que confinan con los chinas y tártaros, y un portugués que se halló en Camboya cuando bajaron á ella los laos, dice que era tanto el oro en panes que traian para su moneda, que quedaron ricos los de Camboya. Dicen de estos laos, que tienen muchos reinos y que es gente blanca y de buenas facciones, y no tienen comercio sino es en los chinas y camboyas.

El rey de Camboya, el mozo que ahora reina por respeto de un portugués de los que le ayudaron contra Syon, que se dice Diego Veloso, muy querido del mismo rey y amigo de los Padres de la Compañía que residen en Malaca, envió el año de 1598 un navío con sus embajadores y carta para el capitan de aquella ciudad y para todas las religiones, pidiendo que fuesen á su reino, porque para todos habria lugar en él, y en particular escribió Diego Veloso á los Padres de la Compañía para que fuesen á una isla suya que el rey le habia dado y la tenia á su cargo, y ellos respondieron al rey y á Diego Veloso, ofreciendo de ir á servirlos en dando cuenta al P. Provincial de la India de esta mision que de nuevo se les ofrecia para que les ayudase con gente para ella.

CAPÍTULO XLVI

Del principio que tuvo el colegio de Malaca y el fruto que se hace en él.

La ciudad de Malaca está situada junto á la ribera del mar Océano en el estrecho de Sincapura. Llamábase esta tierra antiguamente Aurea Chersoneso. Tenia la ciudad en sus principios más de una legua de largo, y dividíase por medio con un grande y hermoso rio. Concurrian á Malaca de todas las islas comarcanas y de otros

(1) El P. Guzman llama *Panquin* á esta ciudad. Hemos creido necesario adoptar la ortografía corriente, aunque en otros nombres menos conocidos reproducimos la que usó el autor. Así hemos dejado los nombres *Syon* y *Camboya*, aunque su forma usual sea hoy *Siam* y *Camboge*. (N. del E.)

diversos reinos de la Tierra Firme para sus contratos y mercancías. Y á esta causa desearon mucho los conquistadores de la India hacer asiento en ella. Ofrecióseles para ello una buena ocasion, aunque fué á costa de muchos trabajos y peligros que pasaron en tomarla y conservarla; y para su defensa y mayor seguridad levantaron una hermosa fortaleza, proveyéndola de gente y de todo lo demás que era necesario para resistir á los moros de la Tierra Firme y de las islas comarcanas que por muchos años les dieron harto trabajo.

Venido á la India el P. Francisco Javier, procuró que hubiese en esta ciudad casa de la Compañía, por la buena comodidad que habia de poder ayudar á naciones y gentes tan diversas como acudian á Malaca, y para que se recogiesen en ella los religiosos que hubiesen de ir á Japon y á la China y á las islas de Maluco, porque en el puerto de esta ciudad hay de ordinario más embarcaciones para todas partes que en otro alguno. Representó el P. Francisco estas y otras comodidades que se le ofrecian al rey D. Juan el III, para que fundase el colegio de Malaca como habia hecho otros de la India; y Su Alteza con su acostumbrada piedad y liberalidad, holgó de dotarle con renta competente para los que allí hubiesen de residir.

Ocúpanse los religiosos de aquella casa en predicar y confesar y enseñar la doctrina y tener disputas ordinarias con los moros y gentiles, probándoles con razones la verdad de la religion cristiana y mostrándoles juntamente cuán falsas son sus sectas y llenas de errores. Tambien se lee en este colegio una leccion de casos de conciencia para que los portugueses y los demás cristianos sepan cómo se han de haber en los contratos, que por ser allí tan ordinarios y continuos es muy necesario darles luz en esto; y así, por la misericordia de nuestro Señor, se echa de ver en aquella ciudad mucho fruto de estos ministerios. Y no es menor el que se hace en la conversion de muchos moros y gentiles y aun de algunos judíos que viven en Malaca. Entre ellos fué un hombre muy docto y versado en la escritura, que habia venido desde Roma á vivir en aquella ciudad por varios acaecimientos, y despues de grandes disputas que tuvo con los Padres, se rindió á la doctrina de la Iglesia y pidió el santo bautismo: para que en esto se vea la particular providencia de Dios nuestro Señor, que tan claramente se descubre en este hombre, el cual estando en Roma en medio de tanta luz vivia en sus tinieblas y ceguedad, y vino á hallar su remedio y desengaño donde ménos pensaba entre tantos idólatras y gentiles.

CAPÍTULO XLVII

Del principio que tuvo el colegio de Ternate.

Tiene la Compañía otro colegio en Ternate, que es una ciudad principal del reino de Maluco y puerto de mar. Para entender muchas cosas que sucedieron en las islas de Maluco, que toman su nombre de este reino, será necesario decir primero la ocasion que tuvieron los portugueses para entrar en Ternate antes que se fundase el colegio de la Compañía.

El rey de Maluco, llamado Boleife y el Tydoro, cuyo nombre era Almanzor, siendo entrambos gentiles y vecinos, se pasaron á la secta de Mahoma y traian guerra ordinariamente sobre las tierras que pertenecian á cada uno de ellos. En esta sazon y coyuntura, acertó á llegar por aquellas islas el capitan Francisco Serrano (portugués de nacion) con sus navíos. Deseaba cada uno de los reyes granjear su amistad para favorecerse de él contra el otro; pero puso en esto más diligencia el rey de Maluco, y así le llevó á su ciudad de Ternate. Por este medio se vinieron á hacer paces entre los dos reyes, y para que fuesen más firmes, casó el rey de Maluco con una hija del rey de Tydoro.

Pocos años despues murió Boleife, rey de Maluco, y dejó tres hijos, aunque pequeños, el mayor se decia Boahates, el segundo Ayalo, el tercero Tabaria. Y por ser el hijo mayor tan pequeño, dejóle su padre por tutor, juntamente con la reina á un caballero muy privado suyo que se decia Aroecio, y á entrambos encomendó mucho antes de su muerte, que procurasen de conservar siempre la amistad de los portugueses.

Muerto el capitan Serrano, sus compañeros se volvieron á la India, mas el año de 1521, acertó á volver por aquella tierra otro capitan llamado Brito, y como la reina y su hijo y el tutor Aroecio estaban avisados del rey Boleife difunto, hicieron sus diligencias para conservarle en su tierra, ofreciéndole sitio y lugar cómodo para que hiciese una fortaleza junto á la misma ciudad de Ternate, y de ayudarle con lo necesario para el edificio de ella. Holgó el capitan de la buena comodidad que le ofrecian en aquel reino, y aunque el rey de Tydoro le hacia los mismos partidos para llevarle á su tierra, parecióle escoger antes lo de Ternate, así por conservar la amistad del rey difunto y de sus hijos, como por ser el puerto de esta ciudad mejor que el de Tydoro. Comenzóse á hacer la fortaleza, y para la obra de ella favorecia la reina y su hijo, pero

quien más en esto se señalaba era el tutor Aroecio, lo cual fué despues causa de su muerte y á todo el reino de hartos trabajos, como se dirá en el capítulo siguiente.

De esta manera quedaron los portugueses en Ternate de asiento, y se fué haciendo una buena poblacion de ellos junto á la fortaleza, y por su causa, venido á la India el P. Francisco Javier, se hizo una casa en la misma poblacion donde se recogian los de la Compañía que venian de Malaca para confesar y predicar á los portugueses que vivian en Ternate. Poco después en el repartimiento que hizo de los Padres antes de ir á Japon, envió tres á esta casa de Ternate con algunos otros compañeros para que procurasen no solo ayudar á los portugueses que allí vivian, sino que atendiesen tambien con mucho cuidado á la conversion de los moros y gentiles de las islas de Maluco y otras comarcanas. Llamábanse estos PP. Juan de Beyra, Nuño Ribera y Nicolás Nuñez, y repartiéronse cada uno con sus compañeros de esta manera. El P. Juan de Beyra quedó en Ternate. El P. Nuño Ribera, fué á la isla de Amboyno, y el P. Nicolás Nuñez á la isla Baciana y á las del Moro.

Comenzaron estos Padres á ejercitar sus ministerios, conforme á la instruccion que llevaban del P. Francisco, y aunque con muchos peligros y trabajos, fué grande el número de las almas que por su predicacion se convirtieron á nuestra santa fe en aquellas islas y reinos, como luego se dirá. Y para que mejor se entienda la causa de las persecuciones y trabajos que tuvieron los cristianos de aquellas islas y los Padres que andaban en ellas, será bien que atemos el hilo donde le dejamos cortado, con el suceso del tutor Aroecio, que fué el orígen de todo.

CAPÍTULO XLVIII

Del orígen y causa porque los reyes de Maluco vinieron á ser enemigos de los portugueses y de toda la cristiandad.

Después que la reina madre del nuevo rey de Maluco dió licencia para que los portugueses edificasen su fortaleza, viendo la mucha amistad que con ellos tenia Aroecio, tutor de su hijo, comenzóse á recelar de que se queria alzar con el reino por ver á su hijo tan pequeño; y no se engañaba la reina en esta sospecha, aunque sí en pensar que los portugueses le favorecian en su pretension, porque ninguno de ellos supo la traicion que Aroecio traia en su pecho. Al fin la reina como mujer, con la sospecha que tenia, dió cuenta al rey de Tydoro su padre, el cual como estaba sentido de los portugueses, por no haber querido su amistad ni hacer asiento en su tierra, holgó de tener tan buena ocasion para vengarse de ellos, y ofreció á su hija todo el favor necesario para acabar de destruirlos.

No se trató este negocio con tanto secreto, que no le viniese á entender el capitan Brito, y dándose por muy ofendido de la traicion que tan injustamente se le armaba, apercibió su gente con mucha disimulacion y dió de repente sobre los palacios del rey con intento de prenderle á él y á su madre. La reina tuvo modo para escaparse y acogióse al reino de Tydoro con su padre, dejando los hijos presos en poder del capitan que los llevó consigo y puso á buen recaudo en la fortaleza. Pasaron en este negocio muchas cosas particulares que son fuera de mi propósito; la conclusion de todo fué que el tutor Aroecio mató con ponzoña á su señor Boahates é hijo mayor de Boleife estando preso en la fortaleza, queriendo alzarse con el reino, mas él tambien fué muerto dentro de pocos dias, porque se descubrió otra traicion que tenia armada contra el capitan Meneses, que sucedió á Brito en aquella tenencia.

Acabado su oficio el capitan Meneses, entró en el mismo cargo otro por nombre Pereira, el cual deseando sosegar las cosas de aquel reino que estaban tan alborotadas, envió á llamar á la reina á Tydoro dándole esperanza de restituirle sus dos hijos que estaban todavía presos en la fortaleza, porque aunque diversas veces el rey de Tydoro y otros amigos de Maluco habian venido con ejército para ponerlos en libertad, los portugueses se habian defendido siempre, de manera que llevaron la mejor parte y se quedaron con ellos en la prision.

Oido la reina este recaudo, vino luego con ansia de ver libres á sus hijos; mas aunque los pidió muchas veces, y con muchas lágrimas, nunca pudo alcanzar su libertad. Quedó con esto más ofendida y enojada contra el capitan, y tornóse á quejar de nuevo al rey de Tydoro su padre y á otros reyes sus vecinos y á todos los principales del reino, diciendo el buen acogimiento que ella y su marido habian hecho á los portugueses en su tierra, y cómo en pago de esto, siendo ya muerto su hijo mayor, le tenian presos los otros dos tantos años habia, y á ella la traian desterrada de su reino. Con estas y otras semejantes quejas se levantaron el rey de Tydoro y otros algunos reyes amigos y vecinos, y pusieron otra vez en grande aprieto la fortaleza, pero los de dentro la defendieron de manera que los moros no salieron con su intento.

Murió en esta ocasion el capitan Pereira, y

eligieron los soldados á otro que se decia Fonseca, entre tanto que el virey proveia aquella plaza. Este capitan por sosegar aquellos reyes y apaciguar la tierra, dió libertad á los dos príncipes, y con esto se compuso todo por entónces.

Comenzó Ayalo, hijo segundo de Boleife á gobernar su reino, pero duróle poco su felicidad, porque el mismo capitan Fonseca que le habia dado libertad, haciéndole cargo de la muerte de unos soldados suyos, fué parte para que su hermano Tabaria, el menor, le quitase el reino y le echase de él. Poco despues llegó á Ternate el capitan que enviaba proveido el virey, que se decia Tristande Atayde, el cual con otras informaciones que tuvo contra Tabaria, le quitó el reino y le envió preso á Goa, donde el virey examinada su causa le dió por libre, y volviendo ya para su reino, murió en Malaca. Pero él ganó mucho en esta jornada y fué más dichoso que sus hermanos, porque en el tiempo que se detuvo en Goa se hizo cristiano y recibió el santo bautismo.

Tenian en este tiempo los capitanes de Ternate tanta mano y autoridad en aquella tierra, que ponian y quitaban á su voluntad los reyes en Maluco, y así el capitan Atayde despues que envió preso á Goa al rey Tabaria, puso en su lugar á otro hermano de estos, aunque bastardo, que se llamaba Cacilen Aerio. La madre de este príncipe como le queria mucho viéndole muy niño, temió no le sucediese lo que á sus hermanos, y procuraba persuadirle por todas las vias que podia, que no aceptáse el reino. Enójose mucho de esto el capitan y los soldados que estaban con él, y hallándola un dia hablando con su hijo sobre este particular, con poca piedad la arrojaron por las ventanas del palacio y se hizo pedazos.

Esta crueldad, sobre las cosas pasadas, exasperó grandemente á todos los reyes de Maluco contra los portugueses, y pusieron en tanto aprieto la fortaleza de Ternate y á los que estaban en ella, que sin duda la tomaran sino acertara á llegar á la misma sazon el capitan Galvan, que venia proveido en aquel cargo, y con el socorro que trujo pudo defenderla.

Al principio tuvo Galvan algunas batallas con los moros, y en una de ellas mató al desterrado Ayalo, hijo segundo de Boleife; pero después con su gran valor y prudencia, vino á sosegar las cosas de tal manera, que le amaban y querian todos mucho, y el rey Cacilen Aerio, no se movia para cosa ninguna sin su consejo; que tanto vale y puede el valor y prudencia de un hombre para componer y sosegar ánimos tan alterados, como la falta de ella para descomponerlo todo, y así acaeció al sucesor de Galvan, que por tener otro diferente modo en su gobierno, fué causa de que se tornasen á revolver los negocios con tanta turbacion y disgusto del rey Cacilen, que refrescándosele la muerte afrentosa de su madre con las ocasiones presentes, determinó vengarse de todo, y para ello convocó sus amigos y vecinos. Pero sucedióle mal, porque él fué preso y como tal le enviaron á Goa el año de 1546, y aunque el virey D. Juan de Castro le tornó á enviar á su reino y pareció que se habia sosegado un poco, pero como estaba tan sentido de cosas pasadas, con cualquiera ocasion que se ofrecia, descubria su mal pecho contra los portugueses y contra toda la cristiandad.

Pero quien más al descubierto mostró su ira y enojo fué el hijo mayor de este rey que le sucedió en el reino, el cual tuvo siempre tan fresca la muerte afrentosa de su abuela y la prision de su padre, que para vengarla y destruir á los portugueses se juntó diversas veces con los reyes comarcanos y los puso en harto peligro y aprieto, y viendo que no podia satisfacer su enojo en los portugueses, volvíase contra los cristianos, persiguiendo y maltratando á cuantos habia en su reino y procurando que sus vecinos hiciesen lo mismo con los que tenian en sus tierras. Y en los capítulos siguientes veremos algunos efectos que resultaron de la indignacion y enojo de este rey.

CAPÍTULO XLIX

Del principio que tuvieron las islas del Moro para convertirse á la fe.

Antes que digamos el fruto que nuestro Señor hizo en las islas del Moro por medio de los Padres de la Compañía, será justo que declaremos la ocasion que tuvieron los naturales de estas islas para hacerse cristianos. La provincia del Moro está como sesenta leguas de Maluco, y divídese en dos partes. La primera se llama Morotia, la segunda Moratai, y á ésta pertenecen dos islas.

El principio y ocasion de convertirse á nuestra santa fe la provincia del Moro fué esta. Momoya es la principal ciudad de toda aquella tierra, y de ella se llama rey de Momoya, el que lo es de las islas del Moro. Este rey viéndose apretado de algunos vecinos suyos, trató con un portugués que estaba en su tierra, qué remedio podria tener para defenderse de ellos. El portugués respondió que si él y sus vasallos se hiciesen cristianos, el capitan de Ternate holgaria de ayudarle contra sus enemigos. Parecióle bien al rey este consejo, y despachó luego sus emba-

jadores al capitan Tristan de Atayde que á la sazon estaba en Ternate; él los recibió con mucho contento y trató con amistad y cortesía. Detúvolos en Ternate algunos dias para que los instruyesen en la fe, y despues de bautizados los tornó á enviar con muchos dones. Viendo el rey Momoya el buen acogimiento que habia hecho el capitan á sus embajadores, determinó ir él mismo con algunos principales de su tierra á Ternate para recibir allí el santo bautismo. Hospedáronle á él y á toda su gente muy honradamente en la fortaleza, y después de bien instruido el rey en la fe, se celebró el bautismo con grande solemnidad, y pusieron al rey por nombre D. Juan.

Hechos los conciertos con el capitan muy á su gusto, volvióse muy alegre para su reino, llevando en su compañía dos sacerdotes virtuosos seculares que le dió el capitan para que enseñasen la ley de Dios á sus vasallos, porque esto era antes que los de la Compañía pasasen á Ternate. Llamábanse estos sacerdotes Simon Vaseo y Francisco Alvarez. Con el ejemplo del rey comenzaron luego los demás á hacerse cristianos, aunque segun pareció despues más debian de bautizarse por dar contento al rey que por el deseo que tenian de ser cristianos; porque al tiempo que el capitan Atayde prendió al rey Tabaria, como arriba queda dicho, y puso en su lugar á Cacilen Aerio, hijo bastardo de Boleife, y por ocasion de la muerte que dieron á su madre los portugueses, se levantaron contra ellos los reyes comarcanos; estos que se habian bautizado en las islas del Moro, renunciando la fe que habian recibido, mataron al uno de los sacerdotes que se decia Vaseo, y el otro se escapó con hartas heridas que le dieron.

Pero sucedió en este tiempo una cosa digna de memoria, y fué que con ocasion de estas revueltas contra los portugueses, un tirano, señor de la isla de Geylolo, vino con una buena armada para quitar sus tierras al rey Momoya, porque los de Ternate no le podian favorecer. Hallándose cercado este rey y que los suyos habian faltado en la fe, desamparándole porque era cristiano; no por eso desmayó, antes perseveró muy constante, y desde una fortaleza se defendia valerosamente. Mas viendo que ni de Ternate le podia venir socorro, ni él podia defenderse de aquel tirano y forzosamente le habia de entregar la fortaleza el dia siguiente, hizo una cosa nunca oida, nacida de buen celo, pero con ignorancia, por no tener quien le aconsejase. Temió el rey que su mujer é hijos, que eran recien bautizados, viniendo á poder de los moros, habian de faltar como los demás, y estimando sus almas más que sus vidas, él mismo por su mano los degolló á todos aquella noche, aparejándose él tambien para morir el dia siguiente si fuese necesario antes que negar la fe, pero el tirano habiéndole entregado la fortaleza, le perdonó la vida, y preguntándole por qué habia muerto á su mujer é hijos, respondió con grande libertad que lo habia hecho por no verlos faltar en la fe y religion que habian recibido.

Después del capitan Atayde, sucedió en aquel oficio, como dijimos, el capitan Galvan, hombre no ménos señalado en el celo de la religion cristiana que valeroso en las armas. Este capitan envió su armada á las islas del Moro y echó de ellas al tirano de Geylolo, y envió juntamente un sacerdote llamado Hernando Vinagrio, de muchas partes y de grande virtud, para que procurase reducir á la fe los que habian faltado en ella con las alteraciones pasadas. Hizo este sacerdote su oficio con grande cuidado y diligencia, y convirtió muchos de aquellos cristianos, ayudándose del favor que le hacian los de la armada, en cuya compañía iba.

CAPÍTULO L

Cómo los Padres de la Compañía fueron á las islas del Moro, y el martirio del P. Alonso de Castro.

Si el capitan Antonio Galvan durara mucho en su oficio, fueran en grande aumento las cosas de aquella cristiandad, y la paz de todas aquellas islas, por el buen modo que tenia de gobernarlas; pero sucediendo en el gobierno otros capitanes con dictámenes diferentes, dieron ocasion de que se alterasen las cosas, de manera que la paz y religion padecieron notable detrimento por muchos años, y los cristianos de las islas del Moro se fueron olvidando de la fe y doctrina que les habian enseñado, y á esta causa cuando el P. Francisco Javier fué á visitarlos, como en el primero libro queda dicho, apénas halló en ellos más que sólo el nombre de cristianos.

Entre los Padres que vinieron de Goa á las islas del Maluco por órden del P. Francisco, uno de ellos fué el P. Nicolás Nuñez, el cual partió á visitar las islas del Moro con otros dos compañeros que se llamaban el P. Antonio Gonzalez y el P. Alonso de Castro. Cada uno tomó á su cargo la parte que le tocaba, y aunque con hartos trabajos y peligros y mucha necesidad y pobreza, con la gracia de nuestro Señor y su larga paciencia y perseverancia, hicieron un buen número de cristianos, porque el año de 1552

en la isla Morotia, donde residia el P. Nicolás Nuñez, habia siete lugares, todos de cristianos, y en las otras dos que pertenecen á la de Moratai, habia once poblaciones.

Turbáronse los negocios del reino de Maluco y comarcanos por el año de 1558, y como estos naturales de las islas del Moro siempre fueron tenidos por la gente más cruel y bárbara y aun más inconstante de la India, con cualquiera novedad y alteracion de sus vecinos mostraban presto lo que eran, y cuánto trabajo costaba á los que tenian cuidado de enseñarles, el conservarlos en virtud y buenas costumbres. Con ocasion, pues, de las alteraciones que pasaban en Maluco, volvieron á su vómito los moradores de estas islas. Y lo primero negaron la obediencia que tenian dada al rey de Portugal, é hiciéronse vasallos del rey de Geylolo. Lo segundo dejaron la fe y religion que habian recibido, y volviéronse á la secta de Mahoma Viendo los Padres la mudanza de esta gente y cuán poco aprovechaban con ellos sus razones ni sermones, fuéles necesario recogerse á Ternate (porque trataban de matarlos) y se escaparon de sus manos con harto trabajo.

Viniendo el P. Alonso de Castro de la isla donde estaba predicando para Ternate el año de 1558 en un navío del reino de Maluco, como reinaba entónces el hijo de Cacilen Aerio, que era cruel enemigo de la cristiandad; pareciendo á los que venian en aquella nao, que darian particular gusto á su rey y le harian un gran servicio en matar aquel Padre, le prendieron, y atado de piés y manos le tuvieron desnudo al frio y sereno hasta que llegaron al puerto. Desembarcados en tierra, así como le tenian atado le arrastraron por unos peñascos, y últimamente le mataron á cuchilladas y echaron su cuerpo en el mar porque no le hallasen los cristianos. Mas Dios nuestro Señor tuvo cuidado de descubrirle y manifestarle, porque al tercero dia le hallaron en la ribera, cercado de un maravilloso resplandor y con las llagas tan frescas, como si acabara entónces de recibirlas. Tomaron su cuerpo los cristianos de Ternate y enterráronle en su iglesia con mucho sentimiento, porque era muy amado y estimado de todos por su gran virtud y mucha religion. No quiso nuestro Señor que la muerte de este su siervo quedase sin castigo, porque fué cosa muy cierta y averiguada, que todos los que se hallaron en ella acabaron dentro de pocos dias miserablemente con una enfermedad que les cubria todo el cuerpo de una sarna asquerosa, la cual los iba consumiendo y abrasando como fuego de San Anton, hasta que venian á morir rabiando y con dolorosos gemidos.

CAPÍTULO LI

Del castigo que nuestro Señor dió á las islas del Moro y de su conversion.

No se contentaron los de las islas del Moro con haber cometido tan grande maldad, como fué dejar la ley de Dios y volverse á la secta de Mahoma, si no que añadiendo pecados á pecados, comenzaron á derribar las iglesias, cortar las cruces, hacer pedazos las imágenes como lo hacen hoy dia los herejes de este tiempo en Francia, Inglaterra y otras partes. Y porque, como dice San Gregorio, los ojos que cerró la culpa para no ver tantos desconciertos, suele abrir la pena y el castigo; comenzó la divina Majestad á enviársele del cielo, aunque mezclado con su acostumbrada misericordia, para que reconociesen sus culpas é hiciesen penitencia de ellas. Dióles primero tanta esterilidad en toda aquella tierra, que ninguna cosa de lo que sembraban cogian, y lo que traian de otras partes para su mantenimiento, en las mismas trojes se corrompia y perdia. Mas viendo que todavía perseveraban en sus pecados, multiplicó sobre ellos sus castigos, haciendo que las aguas dulces se les volviesen amargas, salobres y desabridas, y no bastando todo esto para que se enmendasen y corrigiesen, les envió una grave pestilencia, que juntándose con la hambre asoló gran parte de aquellas islas.

Bien se va descubriendo en estos bárbaros un vivo retrato de la obstinacion que pinta la divina Escritura en Faraon, pues no bastaban la hambre, necesidad y pestilencia que padecian, para que abriesen los ojos y volviesen sobre sí, antes con los mismos castigos parece que se iban endureciendo cada dia más, hasta que el piadosísimo Señor, para usar con ellos de mayor misericordia, les envió el último castigo tan riguroso y espantoso, que bastó para quebrantar la dureza y rebeldía de aquellos corazones, lo cual pasó de esta manera.

Estando los de las islas del Moro bien descuidados en un dia claro y muy sereno, de repente se hallaron en unas tinieblas y oscuridad tan cerrada, que con ser las doce de mediodia, parecian las doce de media noche, mostrándoles nuestro Señor con esto que veian de fuera, lo que pasaba en su alma y la mudanza que habian hecho dejando la luz del Evangelio y pasando á las tinieblas y ceguedad de la secta en que vivian.

Mas no paró el castigo en esto, porque desde lo alto de los montes que hay en aquella tierra,

se levantó un fuego terrible y espantoso, con tan grandes truenos y relámpagos, que parecia que estaban disparando continuamente muy gruesos tiros de artillería, que ponian temor y espanto en toda la isla. De este fuego y truenos salian juntamente gran cantidad de piedras encendidas, con tanto ímpetu y extraordinaria violencia, que derribaban las más fuertes murallas y torres, y ponian por el suelo cuantos edificios encontraban.

A estos trabajos se añadian unos continuos temblores de tierra en toda la isla, que arrancaban los árboles de raíz y derribaban los edificios y casas á quien las piedras encendidas habian perdonado. Duró este trabajo por espacio de tres dias continuos, en los cuales murió mucha gente, y los demás teniendo por cierto que era llegado el dia del juicio, pedian á Dios misericordia y perdon de sus pecados, y andaban tan espantados y atemorizados, que ni habia padre para hijo, ni marido para mujer, ni hermano para hermano, porque nadie sabia qué hacer ni qué consejo tomar para librarse de la aflicion y peligro en que se hallaban, porque ni en las casas ni en el campo tenian seguridad ni remedio para ampararse de aquella furiosa tempestad de piedras y fuego.

Bien merecido tenian otro castigo tal como este los herejes de nuestro tiempo por ser tan semejantes en la culpa á estos bárbaros, desamparando la fe que primero recibieron, destruyendo y profanando las iglesias y quitando de ellas el buen uso de los Santos Sacramentos y de todo lo que pertenece al culto divino. Pero así como su ingratitud y culpa es mayor que la de estos por haber sido mayor el conocimiento que tuvieron de Dios y de su ley, tambien lo ha de ser el castigo que Dios les tiene guardado para su tiempo; porque no merecen sus grandes pecados y abominaciones que los castigue Dios en esta vida como á estos bárbaros, que eso fuera usar con ellos de grande misericordia si aquí los afligiera. De manera, que conocieran sus culpas como las reconocieron los de estas islas.

Pasados los tres dias de tanta tribulacion, cesaron los truenos y relámpagos y comenzó á deshacerse aquella oscuridad, no sólo en lo de fuera sino en los corazones de aquella gente, porque estaban por una parte tan atemorizados con lo pasado, y por otra reconocidos de haber sido aquel castigo de sus culpas, que sin poner más dilacion, enviaron á mucha priesa á la casa de Ternate, pidiendo con mucha humildad que viniesen algunos Padres que de nuevo les tornasen á predicar la ley de Dios, porque de allí adelante querian ser muy buenos cristianos. Hallóse en Ternate en esta coyuntura el P. Juan de Beyra, y partió luego á las islas del Moro con algunos compañeros. Hallólos tan tristes y afligidos, que tuvo más necesidad de consolarlos y animarlos que de reprenderlos por las culpas pasadas. Confesáronse todos con muchas lágrimas y sentimiento, y fué su penitencia tan de veras, que bastó para aplacar la ira del Señor, el cual con su acostumbrada piedad y misericordia, para consuelo de aquellos afligidos cristianos, tornó á darles fruto en la tierra aún más abundante de lo que solian coger, y las aguas cobraron su primero sabor y dulzura.

Viendo esto los moradores de aquellas islas, no cesaban de dar continuas gracias á Dios nuestro Señor por las mercedes que les hacia, proponiendo de servirle de allí adelante muy de veras, haciendo cuenta que comenzaban entónces á ser cristianos. Eran tantos los que de nuevo pedian el santo bautismo, que no bastaban el P. Juan de Beyra, ni sus compañeros, ni los que venian de Ternate á ayudarlos para satisfacer á los deseos de aquella gente, y fué necesario que el mismo P. Juan de Beyra fuese á Goa para traer de aquel colegio más compañeros que les ayudasen, y antes de partir el Padre de estas islas del Moro, dejaba ya 36 poblaciones todas de cristianos, y algunas eran de 800 casas, y despues acá por la misericordia del Señor, siempre han procedido bien y va creciendo el número de ellos.

Este fué el fruto que nuestro Señor hizo en aquellas almas por medio de sus castigos, mostrándose en todo piadosísimo Padre para con ellos, y despertando á los vecinos de las islas comarcanas, que tambien se aprovecharon algunos de lo que nuestro Señor hizo en las islas del Moro.

CAPÍTULO LII

Del fruto que hizo el P. Nuño Ribera en la isla de Amboyno.

La isla de Amboyno está como 80 leguas del Maluco, habia en ella siete lugares de cristianos antes que el P. Francisco Javier estuviese allí la primera vez, y cuando él fué á Japon, vino el P. Nuño Ribera á Ternate, y desde allí pasó á Amboyno. Comenzó á predicar á los naturales de aquella tierra, con tanto fruto y provecho de sus almas, que el año de 1563, entre él y sus compañeros tenian bautizadas más de 30 poblaciones, y los cristianos de ellas mostraban tanta constancia y firmeza en la fe, que eran un vivo ejemplo de virtud á los cristianos

más antiguos de aquellas islas, como se vió en algunas ocasiones.

Hallándose una vez muy afligidos porque los moros sus vecinos los molestaban y maltrataban, por haberse hecho cristianos y dejado la secta de Mahoma, juntáronse todos y determinaron entre sí de ayudarse unos á otros contra los moros sus enemigos, y favoreciólos nuestro Señor en algunos aprietos que tuvieron.

Recanibe es una poblacion de estos cristianos; vinieron una vez contra ella 20 navíos de las islas Javas, con intento de destruirla, y amenazaban á los cristianos que si no dejaban la ley de Cristo que habian recibido, los habian de pasar todos á cuchillo; ellos respondieron que ni por el temor de la muerte ni por la pérdida de sus haciendas harian tal cosa, porque más querian pasar trabajos en esta vida que penas eternas en la otra. Animábalos el P. Ribera, que estaba presente, diciéndoles que tuviesen confianza en nuestro Señor, que los habia de socorrer en la mayor necesidad. Fué cosa maravillosa, que entrando los navíos de los moros en el puerto de Recanibe, se levantó tan grande tempestad que echó á fondo los más de ellos y desbarató á los que quedaron, de manera que tuvieron por bien volverse á su tierra, quedando los cristianos confirmados en la fe con este particular favor y amparo de nuestro Señor.

Pero cuando más se descubrió la virtud de estos cristianos de Amboyno fué en el tiempo que los reyes de Maluco se conjuraron con los hijos de Cacilen Aerio, para destruir á los portugueses de Ternate y á la cristiandad que con esta ocasion los moros sus vecinos quisieron vengarse tambien de estos cristianos, y como lo podian hacer á su salvo por ser muchos y andar las cosas tan revueltas, mataron mucho número de ellos con un género de crueldad nunca oida, porque los cortaban uno á uno los miembros de su cuerpo y los echaban en el fuego para que los viesen quemar con sus ojos, y de esta manera acababan sus vidas con el nombre de Jesus y María en la boca.

Algunas mujeres honradas y principales por huir de esta persecucion tomaban sus hijos pequeños en los brazos, y desamparando sus casas y haciendas se escondian por los montes, aunque ni por eso dejaban los moros de buscarlas y quitar la vida á cuantas encontraban. Otros muchos niños cristianos no teniendo donde ampararse, se arrojaban al mar, y nadando pasaban á otras islas ó se escondian èn los riscos y peñascos que hallaban. Algunos de estos niños encontraron un navío de portugueses que venia para socorrer á Amboyno, los cuales viendo la nao, con gemidos lastimosos que los ponian en el cielo, decian «cristianos somos, socorrednos y ayudadnos.» Recogieron con presteza en los bateles cuantos pudieron hallar, que no pasaban de diez y doce años, quedando los portugueses admirados y edificados de ver tal constancia en niños de tan poca edad.

Tambien alcanzó parte de estos trabajos al P. Nuño Ribera su maestro, que estando una vez dentro en la pobre casilla donde se recogia, le pegaron fuego los moros pensando quemarle dentro de ella, pero libróle nuestro Señor de aquel trabajo y peligro. Entrando pocos dias despues en un barco para recogerse en otra isla, se hundió con él y salió el Padre nadando; mas fueron tantos los golpes que se dió en unos peñascos, que salió de allí muy maltratado, de manera que no se podia tener en pié, y anduvo dos ó tres dias rastrando por el suelo, hasta que le encontró un bombre en el campo de aquella manera, y movido de piedad le llevó á una poblacion de cristianos.

Eran este Padre hombre de grande caridad para con todos. Vió un dia á un pobre con grande necesidad, y no teniendo otra cosa con que poderla remediar, se quitó sus vestidos y se los dió, y él andaba despues cubierto con una manta vieja y rota, y de esta manera visitaba á los cristianos de lugar en lugar, y cuando no podia hacerlo por alguna enfermedad, procuraba que así como estaba, le llevasen adonde él sentia que habia necesidad de su presencia, para confesar alguno ó ayudarle á morir.

Después de haber pasado muchos trabajos y peligros por la conversion de aquellas almas, acabó su vida en paz de pura flaqueza y cansancio.

CAPÍTULO LIII

Del fruto que hizo el P. Nicolás Nuñez en la isla Bactiana.

La isla Bactiana está 23 leguas de Maluco, y el rey de ella fué uno de los que se conjuraron contra los portugueses con el hijo de Cacilen Aerio, rey de Maluco, en algunas de las ocasiones que se ofrecieron. Era este rey mozo de veinticinco años, hermoso de rostro y de buena estatura, y con ocasion de ayudar al de Maluco, aficiónose á una hija del mismo rey Aerio, y sacóla secretamente de casa de su padre y llevóla á su reino. Pero temiendo que el suegro (por ser terrible) agraviado del caso le habia de hacer guerra, parecióle que para asegurarse era buen medio hacerse cristiano y ami-

go del capitan de Ternate, y con esta determinacion le envió un recaudo pidiendo que le enviase algun Padre que le enseñase la ley de Dios y le bautizase.

Al principio tuvieron todos por sospechoso este recaudo, viendo que este rey habia favorecido al de Maluco contra ellos; mas encomendado el negocio á nuestro Señor, se resolvieron en que fuese allá el P. Nicolás Nuñez, que estaba allí y habia venido con los demás Padres de las islas del Moro cuando los echaron de ellas.

Llegó el P. Nicolás á la isla Bactiana y fué muy bien recibido del rey. Comenzóle á predicar y enseñar la doctrina cristiana, y era tanta la luz que nuestro Señor le daba de sus misterios y el gusto con que los oia, que en estando bien instruido no quiso dilatar un solo dia su bautismo. Y así le recibió el dia de la octava del glorioso San Juan Bautista de 1558, con grande consuelo de su alma. Bautizóse tambien su mujer con otros muchos deudos y parientes y gente principal de aquella ciudad. Descúbrense bien en este caso los admirables efectos de la divina bondad y sabiduría, la cual suele sacar algunas veces grandes bienes y provechos para los hombres de sus mismos yerros y desconciertos, como aconteció en la conversion de este rey que al principio parecia ser con tan poco fundamento, pero después mostró con las obras que habia sido de la mano poderosa de Dios, que por caminos tan diferentes sabe conseguir sus fines. Porque teniendo su suegro cercada la fortaleza de Ternate, como antes solia ir para ayudarle, fué entónces en favor de los portugueses con su gente para hacerle guerra, y en otras diversas ocasiones que se ofrecieron, siempre favoreció á los cristianos contra los moros.

Pero en lo que más mostró cuán impresa tenia en su corazon la ley de Dios, fué en el deseo grande que mostraba de que todos sus vasallos la recibiesen, exhortándolos él mismo á ello. Y así, en poco más de cinco meses que estuvo el P. Nicolás en aquella tierra, se bautizó casi toda la gente principal del reino. Yendo despues el Padre á visitar unas islas, quiso el mismo rey en persona acompañarle, pareciéndole que con su presencia y ejemplo moveria más á sus vasallos para que se hiciesen cristianos, y el que siendo rey moro apénas se dejaba tratar ni comunicar de los suyos, siendo ya cristiano, se ponia á persuadir á los más pobres y más desechados de su reino que se bautizasen, y sus pláticas con todos eran ordinariamente de la ley de Dios. Trabajó tanto el P. Nicolás en estas islas, que vino á enfermar muy gravemente de puro cansancio y trabajo, y fué necesario para su salud volverse á la casa de Ternate. Vino en su lugar para ayudar aquellos cristianos el P. Hernando Alvarez, el cual hizo tambien grande fruto en aquel reino y convirtió á otros muchos á nuestra santa fe.

CAPÍTULO LIV

Del fruto que se hizo en la isla de los Celebes y en otras comarcanas.

La provincia que llaman de los Celebes, cae cerca de la de Maluco, es tierra muy extendida y en ella hay muchos reyes, como son el de Syon, el de Manade, el de Sanguin, el de Cauripana y otros diferentes. Es muy fértil ésta provincia de todo género de mantenimientos. La gente es de buena estatura y belicosa, y en cosas de guerra, tenida por la más diestra y ejercitada que hay en aquellas islas. Habíanse hecho algunos cristianos, aunque pocos en estos reinos en tiempo del capitan Galvan, de quien hicimos mencion, especialmente en el reino de Cauripana; pero por falta de sacerdotes y maestros, apénas habian conservado más que el nombre.

Cuando castigó nuestro Señor las islas del Moro y se convirtieron tan de veras como está dicho, acertó á venir un hermano que se decia Diego de Magallanes de aquellas islas para Ternate; el cual con una recia tempestad vino á parar en la provincia de los celebes y desembarcó en el reino de Syon, no sin particular providencia del cielo; porque halló al rey de aquella tierra tan temeroso de lo que le habian contado de las islas del Moro, y tan deseoso de hacerse cristiano, que no dejó salir al Hermano de su tierra, hasta que le instruyese muy bien en la ley de Dios y le bautizase. Partido el Hermano para Ternate un año despues que se hizo cristiano este rey, se levantaron contra él sus vasallos y tuvo necesidad de retirarse con toda su casa á una fortaleza donde estuvo algunos dias; y viendo el poco remedio que tenia para cobrar su estado, fué á Ternate á pedir algun socorro á los portugueses que allí estaban; mas no fué necesario, porque los mismos vasallos del rey de Syon reconocieron su culpa y le suplicaron se volviese á su reino; que todos le obedecerian y servirian. Con todo le pareció al capitan de Ternate que fuesen en su compañía algunos soldados y navíos por si hubiese alguna novedad cuando llegase allá. Tambien llevó en su compañía el P. Pedro de Mascareñas que iba á visitar los cristianos de Manade y Cauripana.

Llegaron todos con buen tiempo al puerto de Syon, y allí vinieron los principales del reino á recibir á su rey y pedirle perdon de lo pasado.

Bautizóse con esta ocasion su padre de este rey, que era un viejo venerable y muy aficionado á la ley de Dios. Estando para partirse el P. Mascareñas con deseo de visitar aquellos cristianos, llegaron unos embajadores de la isla de Sanguin de parte del rey de aquella tierra, pidiendo al Padre que pues estaba tan cerca, quisiese llegarse á bautizarle á él y á toda su casa. Era este rey vecino y amigo del de Syon, y así pidió al Padre que en todo caso visitase y consolase aquel rey, porque él queria acompañarle y hallarse en el bautismo de su vecino.

Partieron de Syon y llegaron á la ciudad de Calanga, que es la principal de la isla de Sanguin; hospedólos y regalólos el rey con grande gusto y contento por ver tales huéspedes en su tierra. Comenzó luego el Padre á enseñarles los misterios de nuestra santa fe, y era tanto el gusto con que lo oian, que no le dejaban descansar de noche ni de dia, queriendo aprovechar el poco tiempo que tenian. Estando ya bien instruidos, hízose el bautismo con mucha solemnidad, porque no sólo se bautizó el rey con su mujer y casa, sino tambien los principales de su corte; que estos buenos efectos hizo en Syon y en Sanguin el castigo de las islas del Moro. Acabado el bautismo, señalóse luego el lugar y sitio donde habia de ser la iglesia, y era tal el fervor de los cristianos recien bautizados, que la reina con sus damas y mujeres quisieron por su devocion barrer el suelo y sitio donde se habia de poner luego una cruz; la cual llevaron á trechos sobre sus hombros los dos reyes de Syon y Sanguin hasta el lugar donde se habia de colocar. Grande era el consuelo y alegría de estos cristianos de Sanguin, cuando ya se vieron bautizados, pero no fué menor su pena y desconsuelo cuando entendieron que se llegaba el tiempo de partírseles el Padre, aunque él procuró consolarlos con la esperanza de que tornaria á visitarlos cuando volviese de Manade.

Con esto se despidió el Padre de aquellos reyes y pasó á visitar los cristianos de Manade y Cauripana, en la cual gastó algunos meses con hartos trabajos y peligros, porque diversas veces le anduvieron á buscar los moros y los gentiles para matarle, y nuestro Señor le libró de sus manos casi por milagro. Una vez de estas le cercaron en una sierra para prenderle, donde humanamente no podia escapar, porque subian ya los enemigos por un lugar muy áspero y estrecho. Viéndose el Padre sin remedio, encomendóse á nuestro Señor, se echó á rodar por otra parte de la sierra que no le veian, y cuando llegó á lo más bajo, se halló tan bueno y sano como si hubiera estado quieto en su aposento. Andando otra vez estos mismos moros y gentiles para matarle, se escondió en un bosque, en el cual estuvo ocho dias sin comer otra cosa más que unas pocas yerbas que por allí hallaba; entraron los moros á buscarle por el monte adentro, y ordenándolo así la divina Majestad, aunque le encontraron algunas veces, siempre desconocieron su figura y rostro, pareciéndoles que era un animal silvestre y no hombre; y así le dejaron, y pasados algunos dias, cuando ya los moros se habian ido, le hallaron y conocieron los cristianos, pero tan flaco y desmayado, que apénas se podia sustentar en los piés. Lleváronle desde allí á su poblacion, donde le curaron y regalaron.

Volvió este mismo Padre el año de 1582 á visitar los cristianos de estos reinos, y desde allí pasó á los de Manade y Cauripana, y como le traian los moros y gentiles tan sobre ojo, al fin tuvieron modo para matarle con ponzoña, como lo escribió su mismo compañero.

Para acudir á la cristiandad de estas islas tiene la Compañía cuatro casas de residencia. Dos en el reino de Maluco y otras dos en Amboyno, y de estas casas salen los Padres á visitar las islas del Moro y las de los celebes, y á los cristianos del mismo Maluco y Amboyno, con muchos peligros de la vida; porque como esta cristiandad está tan mezclada con moros y gentiles, aborrecen tanto á los que predican y enseñan la ley de Dios, que ninguna ocasion hallan en que puedan á su salvo maltratarlos ó quitarles la vida, que no lo hagan; como sucedió el año de 1580 que los tais, gente cruel, mataron en la isla de Amboyno á los PP. Jorge Fernandez y Gomez Damaralio, estando ejercitando sus ministerios con los cristianos de aquella tierra.

LIBRO TERCERO

DE LAS MISIONES QUE HAN HECHO LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESUS PARA PREDICAR EL SANTO EVANGELIO EN OTROS DIVERSOS REINOS É ISLAS DE LA INDIA ORIENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

De las cualidades de la isla y ciudad de Ormuz.

En el segundo libro de esta historia hemos dicho algo del fruto que nuestro Señor ha obrado por medio de las casas que el P. Francisco Javier dejó comenzadas en la India Oriental, y de los Padres que envió á ellas antes de su muerte. Resta que en este tercero libro digamos lo que el mismo Señor se ha dignado obrar por medio de algunos Padres de la Compañía, que por órden de la obediencia han sido enviados á diversos reinos é islas de la India Oriental.

Para dar principio á estas misiones me pareció comenzar por la que hizo el P. M. Gaspar Barceo al reino de Ormuz, á donde le envió el P. Francisco Javier el año de 1548, cuando quiso partirse para Japon. Y no será fuera de propósito antes de comenzarla dar primero alguna noticia de esta tierra, y de sus cualidades, y de la disposicion que en ella habia, cuando llegó el P. M. Gaspar.

Ormuz es una isla dentro del Estrecho, que llaman seno Persico; está 12 leguas de Arabia Feliz y dos de la Tierra Firme de Persia, y cuatro de la provincia de Carmania, á quien antiguamente era sujeta esta isla, y así tomó el nombre de la principal ciudad de Carmania, que se decia Armuza, como ahora tambien le toma todo este reino de la ciudad de Ormuz, que es la principal de toda la isla. Tiene en circuito cinco leguas y media, es tierra tan estéril de su naturaleza, que ninguna cosa se cria en ella de las que sirven al sustento de la vida humana, como son aves ó animales, ni árboles, ni yerbas; y lo que más es, que ni tiene fuentes, ni rios, y toda la isla se sustenta de agua de lluvia ó de algunos pozos que hay cerca de la ciudad.

El calor de esta tierra en verano es tan excesivo, que los naturales viven con grandes artificios para poder pasar. Muchos usan de unos vasos, como artesas llenas de agua, donde están metidos hasta la cabeza, como si estuviesen echados en una cama. Grande parte de estos calores y esterilidad, se atribuye á ser toda la tierra muy salobre y tener muchas minas de piedra azufre, y segun su antigua tradicion, ardió esta isla siete dias continuos, y no es pequeño argumento de ser ello así, ver hoy dia algunos montes que tienen el color bermejo y las cumbres abrasadas, que parece cal ó ceniza. Pero no es menor contrapeso que todos los pasados, otro que hay en esta tierra, que es estar muy sujeta á temblores. Cuando estuvo allí el P. M. Gaspar, en espacio de dos meses sucedieron ocho ó nueve, y harto grandes.

Mas con ser tales, como hemos dicho, las propiedades de esta isla, es muy poblada de gente, especialmente en la ciudad de Ormuz, en la cual viven diversas naciones, como son gentiles, judíos, turcos, moros de Persia, de Arabia, de Carmania y de Rusia y de otras diferentes partes. Todos estos al principio entraron en la isla como mercaderes á tratar con los naturales, y despues se quedaron por moradores. Es tan grande la hermosura de esta ciudad en el primor de sus edificios, en el órden y concierto de ellos, y en todo lo demás, que vino á ser entre aquellas gentes un dicho comun y proverbio,

que si todo el mundo fuese un anillo, la ciudad de Ormuz seria la piedra preciosa de él. Acuden á ella de todas las provincias y reinos comarcanos por vía de comercio y contratacion, y á esta causa, con ser la tierra de suyo tan estéril, es la más abundante en todo género de mantenimientos y regalos que se pueden hallar en ninguna otra provincia ni ciudad.

La causa de esto es, lo primero ser la tierra muy sana, lo segundo tener dos puertos muy hermosos y muy capaces para los navíos, y el uno cerca del otro. Pero la principal causa de haberse poblado tanto fueron las grandes minas de oro que habia en ella; las cuales fueron bastantes para allanar todas las dificultades y poblar lo que de suyo era inhabitable, y aun para hacer de los secos salitrales, deleitosos jardines.

Con ocasion de estas minas vino á ser el rey de Ormuz tan rico y poderoso, que le pagaban tributo grande parte de los reyes de Persia, Carmania y Arabia, pero creciendo sus riquezas y regalo, y con ellas la ociosidad, poco á poco vino á perder mucha parte de sus tierras y á pagar tributo al Soldan de Babilonia. Este era el estado en que hallaron los portugueses el reino de Ormuz cuando llegó á él D. Alonso de Alburquerque, en tiempo del rey D. Manuel. Era entónces niño el rey de Ormuz y en poder de tutores; y así, tuvieron los portugueses mejor ocasion para entrar en aquella tierra: y aunque los tutores del niño quisieron al principio estorbarlo, pero después de muchos reencuentros que hubo por mar y por tierra, por vía de concierto, dió el rey licencia para que edificasen una fortaleza entre la ciudad y los dos puertos. En esta fortaleza residia de ordinario un capitan ó gobernador con buen número de soldados, y junto á ella se fueron avecindando muchos portugueses, y se hizo una buena poblacion.

Edificaron tambien su iglesia, y para el servicio de ella tenian un Vicario con algunos sacerdotes que les administraban los Sacramentos, decian Misa y predicaban, y procuraban con su buen celo de convertir á nuestra santa fe algunos gentiles y moros de la tierra. Pero con la mucha riqueza y regalo, comenzaron estos sacerdotes á descuidarse en la obligacion que tenian de enseñar á los que estaban á su cargo. Y de este descuido se siguió en aquellos cristianos tan grande ignorancia y olvido de la ley de Dios, que eran muy ordinarias entre ellos las usuras y contratos ilícitos con otros mil géneros de vicios y pecados que se les pegaban cada dia de los moros, judíos y gentiles con quien trataban. Y llegaba á tanto la disolucion, que se casaban los cristianos con mujeres gentiles y moras; de lo cual resultaba que los hijos con la crianza de sus madres y descuido de sus padres, se quedaban en las mismas sectas. Este era el miserable estado de la ciudad de Ormuz cuando llegó á ella el P. M. Gaspar.

CAPÍTULO II

Cómo el Padre M. Gaspar Barceo llegó á la ciudad de Ormuz.

Estando en Goa el P. Francisco Javier, tuvo noticia de esta necesidad que habia en la ciudad de Ormuz, y para su remedio puso los ojos en el P. M. Gaspar Barceo, pareciéndole ser á propósito para la reformacion de costumbres tan estragadas, por el grande caudal de espíritu que nuestro Señor le habia comunicado para mover los corazones por medio de sus pláticas y sermones, y así le envió allá con otro compañero poco antes que el mismo P. Francisco Javier partiese para Japon.

Era el P. M. Gaspar flamenco de nacion, natural de un pueblo llamado Gousa en la isla da Zelandia; sus padres fueron muy pobres y con todo eso le pusieron al estudio. Pasados algunos años fué á Bolonia, donde prosiguió las letras más de propósito, y por varios sucesos que tuvo, llegó á Portugal, y allí fué recibido en la Compañía. Dió siempre en la religion muestras de mucha virtud, así en el tiempo de su noviciado como fuera de él.

Dicen de este Padre los que le conocieron que vivia con tanta falta de salud (por algunos excesos que habia hecho en cosas de penitencia y devocion) que no podia servir de otra cosa en la casa más que ayudar al ropero á coger y limpiar la ropa; y era tan poco el talento que mostraba para el púlpito, que cuando alguna vez le mandaban predicar, siendo Hermano, en el refectorio de casa, era ocasion y materia de risa á los que le oian. Pero su religion y ejemplo de vida era tan grande, que los suplia todo, para que se vea en cuanto más estima Dios la virtud, que los muchos dones y talentos naturales, pues al que faltaban todos estos, por tener tan rara y ejemplar virtud, le tomó Su Divina Majestad por instrumento para cosas tan señaladas, y le dió tan grande don en el púlpito como se verá en el discurso de esta mision.

Y por conocer los Superiores estas partes en el P. Gaspar, le señalaron para la India en compañía de otros siete Padres que iban á ella. Cúpoles la suerte en esta navegacion, de ir juntos en una nao cuatro Padres, y uno de ellos era el P. M. Gaspar. Enfermaron gravemente sus

tres compañeros y con esta ocasion descubrió más su grande humildad y caridad; porque él solo los servia, guisaba la comida y hacia todo lo demas que era necesario. Y no era menor el ejercicio que tenia de paciencia con la gente comun del navío y muchachos y galeotes, los cuales teniéndole por hombre de poco juicio (viendo el desprecio con que se trataba) no sólo se reian y burlaban de él, pero muchas veces llegaban á ser las burlas de manos, dándole algunos pescozones y bofetones, mas todo lo llevaba el Padre con grande consuelo y alegría de su alma.

Estos fueron los primeros sermones con que comenzó á predicar el desprecio del mundo á los de la nao, más con obras que con palabras. No se podian encubrir tan señalados ejemplos de humildad y paciencia, acompañados de una singular modestia y mansedumbre. Y el primero que advirtió en ello fué el capitan de la nao, el cual cobró tanta estima del Padre y le comenzó á tener tanta reverencia, que procuró de allí adelante aprovecharse de su buena compañía, comunicando y tratando con él las cosas de su alma. Hizo tambien el P. Gaspar notable reformacion en los de la nao con sus pláticas, que eran muy ordinarias, quitando con ellas juegos, juramentos y otros pecados, y al que primero tenian por hombre sin juicio, ya le respetaban y veneraban como á grande siervo de Dios.

Llegados á Mozambique, como aquella tierra de ordinario es mal sana, fueron muchos los que cayeron enfermos, y así tuvo el P. Gaspar ocasion para ejercitar bien su caridad, porque con ser más de 120, á todos acudia y consolaba y servia de noche y de dia. De Mozambique llegaron á Goa, adonde halló al P. Francisco Javier, que era Superior de todos los que estaban en la India, y así ordenó al P. Gaspar que comenzase á predicar en aquella ciudad.

Ejercitó este ministerio con tanto espíritu y fervor, que era notable la mudanza y reformacion que hacia con los sermones en la vida y costumbres de los que le oian. Y esto no sólo en la gente comun y ordinaria del pueblo, sino en la más principal y de más calidad. Púsose un dia á disputar con un bracman muy docto en sus sectas y de grande reputacion en aquella tierra; dejóle tan convencido con la fuerza de sus razones, que pidió luego el bautismo, y lo mismo hicieron su mujer y otro sobrino. Estas y otras cosas señaladas hizo el P. M. Gaspar en el poco tiempo que se detuvo en Goa. Reconocia bien el P. Francisco los dones que nuestro Señor habia depositado en este su siervo y lo mucho que se podia servir de sus ministerios en la ciudad de Ormuz, y así le escogió para esta mision, dándole órden, que no saliese de aquel reino sin particular licencia del Vicario de aquella ciudad. Hizo esto el P. Francisco, porque echaba de ver en el P. Gaspar un espíritu tan fervoroso, que no dudaria de aventurar su vida á cualesquiera peligros y trabajos, si le pareciese que en otra parte tenia ocasion de servir más á nuestro Señor; y por ventura con este celo se entraria la tierra adentro entre los moros, y le matarian como habian hecho á otros.

Partió de Goa el P. Gaspar con su compañero el año de 1548. Llegado á Ormuz, como supo el Vicario de su venida, le salió á recibir con sus clérigos hasta el puerto, y desde allí le acompañó á la fortaleza, donde le esperaba el capitan que le recibió con mucho amor y cortesía. Comenzóse luego una piadosa contienda entre el capitan y el Vicario, sobre cuál de los dos le habia de hospedar, alegando cada uno sus razones. Mas el P. Gaspar, dando á entrambos las gracias, les suplicó que tuviesen por bien que su posada fuese el hospital, porque no hallaba castillo tan fuerte ni lugar tan seguro de donde pudiese batir aquella ciudad, como era aquel pobre hospital, y por eso le escogia para su habitacion. Con esto se despidió de todos, dejándolos muy edificados, pareciéndoles que correspondian bien sus obras y palabras con la noticia que ya tenian de su vida.

CAPÍTULO III

Cómo el P. M Gaspar comenzó á predicar en Ormuz, y el fruto que hizo con sus sermones.

En mucho cuidado puso al P. Gaspar entender la grande disolucion que habia en aquella ciudad en todo género de vicios y pecados, y suplicaba á nuestro Señor con muchas lágrimas por el remedio de aquellas almas, y que le descubriese camino para poderlas ayudar y sacar de los errores en que vivian. Para comenzar esta empresa se aparejó primero algunos dias con particulares penitencias y mucha oracion, pidiendo á nuestro Señor le comunicase su divino espíritu, para que los trabajos fuesen de algun provecho. Comenzó luego por su acostumbrado ejercicio de humildad y caridad, sirviendo á los pobres en el hospital, haciéndoles las camas, barriendo los aposentos y acudiendo á las demás necesidades que tenian. Ocupóse en esto algunos dias de propósito; salió luego en público con la campanilla cantando la doctrina por las calles, juntando los niños y esclavos y gente pobre para enseñarles. Y por ser esto cosa tan nueva en aquella ciudad, causó grande admira-

cion, y acudieron muchos con grande deseo de oir las pláticas que hacia de la doctrina á los niños y gente ruda, aunque de camino tambien decia lo que juzgaba ser á propósito de los circunstantes.

Por este medio de declarar la doctrina cristiana llana y sencillamente abrió los ojos y desengañó á muchos que vivian en grandes errores é ignorancias acerca de la ley de Dios. Sirvió tambien de que acostumbrándose los niños á cantar la doctrina, se quitase de todo punto el abuso que tenian de cantar cosas profanas y muy perjudiciales, y se fuese extendiendo más la noticia de la ley de Dios por toda la ciudad, de los hijos á los padres, y de los cristianos á los moros y gentiles, y así cada dia se iba juntando más gente y con mayor deseo de oir su doctrina.

Viendo el P. Gaspar la buena disposicion que en todos habia, para que fuesen de algun provecho sus sermones, comenzó á predicar en lugares públicos, sin dejar el ejercicio de las doctrinas. Y como su deseo era ayudar á todos, repartió los sermones, conforme á la costumbre de aquella tierra, por las fiestas que se hacian cada semana con este órden: Los domingos predicaba á los cristianos; lúnes á los gentiles; viérnes á los moros, y sábado á los judíos; porque tenian estas naciones el lúnes y viérnes y sábado por dias de fiesta y solemnidad. Y era tanto el gusto con que los unos y los otros le oian, que en el tiempo que solian estar los de Ormuz metidos en el agua por el calor, cuando habia sermon antes de amanecer, estaba ya el templo y lugar donde habia de predicar tan lleno de gente, que apénas podia el Padre entrar ni llegar al púlpito. Y lo que más espantaba era, que los mismos moros teniendo por grande delito y prohibido con pena de muerte que ningun cristiano entrase en su templo, rogaban al Padre que fuese á verle, y se lo mostraban todo. Era este templo muy famoso en toda Persia, y se decia el Coran. Y cuando el Padre entraba en él, con la grande opinion que tenian los moros de su santidad, se le hincaban de rodillas y le besaban la mano y los vestidos, llamándole el gran Bautista, hijo de Zacarías.

CAPÍTULO IV

De algunas conversiones particulares que nuestro Señor obró en Ormuz por medio de los sermones del P. M. Gaspar.

Repartidos los sermones por el órden que hemos dicho, comenzó el Padre á predicar y á descubrir el gran caudal de espíritu que nuestro Señor le habia comunicado para este ministerio; porque reprendia los vicios y pecados públicos con tanto sentimiento y ponderacion, que hacia á los oyentes derramar ordinariamente muchas lágrimas, y trocaba sus corazones de manera, que muchos hombres honrados y principales salian de los sermones con tanto arrepentimiento de su vida pasada, que sin ponérseles delante el empacho natural y vergüenza de la gente que los miraba, de su propia voluntad se disciplinaban públicamente á la puerta de la iglesia, con deseo de satisfacer al escándalo y mal ejemplo que habian dado con sus pecados.

Un hombre de estos que era muy rico y principal, salió un dia tan movido del sermon, que sin esperar más se fué luego al hospital donde el Padre posaba, y arrojándose á sus piés dijo con muchas lágrimas: «Padre, veísme aquí, en vuestras manos pongo todos los millares que tengo de renta y hacienda, mis naves y mis criados, mi cuerpo y mi alma; y suplícoos que dispongais de ello libremente, de manera que yo me salve. Restituid todo lo que viéredes tengo obligacion, y si eso no bastare para satisfacer á Dios nuestro Señor, veis aquí mi cuerpo para hacer toda la penitencia que vos juzgáredes ser necesaria; porque sólo deseo que se salve mi alma Más quiero pasar aquí pobreza, y trabajo, y necesidad y afrenta, que no ser condenado para siempre.» Palabras verdaderamente nacidas de un corazon tocado con espíritu del cielo; y bien se pareció despues en la obra, porque como lo dijo, así lo cumplió, y fué tal la enmienda de su vida, que por su ejemplo hicieron otros muchos lo mismo.

Predicando otro dia el Padre del menosprecio de las cosas temporales, estábale oyendo un mozo gentil hombre, y que se preciaba de andar muy compuesto. Fué tal el sentimiento que nuestro Señor le dió de su vanidad, que en medio de toda la gente se desnudó de sus vestidos, y los dió á un pobre, y el que ántes gustaba de andar tan aderezado, de allí adelante vivió con grandísima desnudez y pobreza, pidiendo de puerta en puerta lo que habia de comer; y para reposar de noche se recogia al pié de una cruz que estaba en el campo, gastando la mayor parte de ella en oracion. A otro mozo que ni era ménos galan, ni ménos liviano que el primero, predicando el Padre de la cruz de Cristo nuestro Señor, mudó el mismo Señor su corazon de manera, que en bajando el Padre del púlpito, con muchas lágrimas se arrojó á sus piés delante de todo el pueblo, pidiéndole que le trujese en su compañía, y se sirviese de él toda la vida. Decian estos dos mozos que si les mandara el

P. Gaspar entrar por tierra de moros enseñando la doctrina cristiana, lo hicieran de muy buena gana, aunque supieran que les habia de costar la vida.

Era tanta la gente que acudia al hospital donde el Padre posaba, unos para confesarse y otros para consultar cosas de su conciencia, que en todo el dia no era posible desocuparse, aun para comer un bocado, hasta que era bien de noche. Y á esta causa deseando un hombre principal confesarse con él, como nunca hallaba lugar para ello, por las muchas y ordinarias ocupaciones del Padre, tomó por remedio hacerse enfermo, y ponerse en el hospital en una cama entre los demás pobres, para que á la noche, cuando el Padre quedaba solo y visitaba los enfermos le hallase allí y le confesase. Hízolo así, y el Padre le confesó en aquella cama del hospital.

CAPÍTULO V

De algunas cosas extraordinarias y miraculosas que obró nuestro Señor por el P. M. Gaspar.

Ayudaban mucho para el grande fruto que cada dia se iba haciendo en Ormuz algunas cosas extraordinarias y miraculosas que nuestro Señor obraba en la conversion de las almas por medio de este su siervo. Habia en aquella ciudad un portugués rico, pero muy solícito y con demasía en sus tratos y granjerías. Advertíale algunas veces el P. Gaspar del exceso que tenia en esto, pero nada aprovechaba, antes aborrecia al Padre de manera que no le podia ver, pareciéndole que con sus sermones le desbarataba las trazas que echaba para sus ganancias injustas. Encomendábale el Padre á nuestro Señor con particular cuidado, deseando que se enmendase por el ejemplo de otros muchos que se excusaban con él. Aconteció que estando durmiendo este hombre una noche, le apareció un sacerdote de rostro muy venerable y de cuyos vestidos salia un suavísimo olor; junto á él estaba otro. El primero le pareció en las facciones de su rostro al P. Gaspar; pero al segundo no pudo conocer quien fuese. Este segundo le dijo: Porque dudas de descubrir tu conciencia á este médico, no echas de ver la suavidad y la dignidad de su persona. Esta vision fué bastante para mover aquel corazon tan endurecido, porque luego por la mañana vino á buscar al Padre y echándose á sus piés con muchas lágrimas y arrepentimiento de su vida pasada, le dijo que haria cuanto el Padre le mandase. Confesóse despues con él y enmendó su vida de manera que dió mucho ejemplo á todos con ella.

En la misma ciudad habia otro hombre á quien ni aprovechaban sermones ni exhortaciones particulares para que dejase sus vicios y pecados, por haber muchos años que vivia en ellos. Parecióle á este hombre que si perseveraba en la ciudad, al cabo le habia de convencer el P. Gaspar á mudar su mala vida con la fuerza de sus sermones, como habia hecho á otros. Y á esta causa determinó salirse de aquel reino para otras partes de la India. Mas apénas hubo entrado en el navío con este intento, cuando le dió de repente un accidente tan grave y peligroso y un temor de su eterna condenacion, que á la hora hizo que le volviesen á tierra y llamasen al P. Gaspar que le confesase, y conforme á la órden que le dió, vivió después con mucha enmienda y reformacion de sus costumbres.

Otro capitan hombre noble, pero muy feroz y terrible y aborrecido de todos por sus desafueros, era tan incorregible como los pasados; y aunque el P. Gaspar le hablaba muchas veces, nunca podia acabar nada con él. Viendo el Padre su obstinacion y dureza, le dijo un dia: «Deseo que nuestro Señor os castigue en el cuerpo, para que no se pierda vuestra alma.» Apénas lo habia dicho cuando dió al capitan una tan recia calentura, que parecia se le abrasaba todo el cuerpo, y con ella abrió los ojos de su alma el clementísimo Señor, para que reconociese que aquel era castigo de sus pecados y de no haber querido obedecer á los consejos del P. Gaspar. Envióle á llamar luego, y con grande arrepentimiento y dolor de su vida pasada se confesó con él. Y para satisfacer á los bandos y disensiones que por su causa se habian encendido en la ciudad, hallándose con salud, quiso él mismo ir de su propia voluntad sin armas algunas á perdir perdon á todos los que habia injuriado. Viendo el Padre su determinacion, le acompañó en esta obra de tanto ejemplo y edificacion, y por el respeto que todos le tenian y la humildad con que el capitan venia, le perdonaron de muy buena gana.

No fué ménos extraño caso el que aconteció á otro soldado, el cual habia hecho juramento de matar á ciertas personas con quien tenia enemistad. Rogábale el Padre muchas veces que los perdonase, pero no lo pudo acabar con el. Dióle nuestro Señor á este soldado otra enfermedad peligrosa, aunque con diferente suceso que al primero; fuele á visitar el Padre como supo que estaba enfermo, y aprovechándose de aquella ocasion, le tornó á rogar que perdonase á sus contrarios para que nuestro Señor le perdonase á él sus pecados y pudiese morir en su gracia. Estaba tan ciego y obstinado con su enojo este

soldado, que no sólo no hizo lo que el Padre le rogó, pero le respondió con unas palabras llenas de blasfemia, diciendo que no queria morir sin vengarse primero, ni perder su honra por la gracia y amistad de Cristo. Díjole entónces el P. Gaspar: «Pues yo os digo que no se pondrá el sol mañana antes que vos me torneis á llamar más de cinco veces, y no os aprovechará.» Y así aconteció, que el dia siguiente por la tarde le dió un accidente tan grande y repentino que le acababa la vida. Comenzó entónces el enfermo á llamar á grandes voces al P. Gaspar para que le ayudase, mas por oculto juicio de Dios, cuando el Padre llegó, ya era muerto, segun él mismo se lo habia profetizado el dia antes. Y fué justo castigo del cielo que no tuviese tiempo para confesar sus pecados quien poco antes habia dicho con su boca tales blasfemias y tan mal se habia aprovechado del tiempo que le habian dado para ello.

Otras cosas maravillosas obró nuestro Señor por medio de su siervo, con que acrecentaba en todos la devocion y reverencia que le tenian y el deseo de aprovecharse de su doctrina. Estando enfermo un hijo de un hombre principal y desahuciado de los médicos, su padre, que le amaba tiernamente, lastimado de ver que se le moria, se fué con grande desconsuelo al P. Gaspar, pidiéndole con muchas lágrimas encomendase á nuestro Señor la salud de su hijo. Consolóle el Padre lo mejor que pudo, y fuese á decir Misa por el enfermo. Fué Dios servido que el mismo dia estuviese el mozo sano y bueno. Y lo mismo le aconteció otra vez diciendo Misa por otro hombre muy devoto del Padre, que estando muy al cabo, cobró entera salud.

CAPÍTULO VI

Cómo se convirtió á la fe un famoso yogue, y el rey de Ormuz deseó hacerse cristiano.

No solamente en los cristianos hacia el P. Gaspar grande fruto y notables conversiones con sus sermones; pero en los mismos gentiles y moros y judíos, que cada dia se convertian muchos á nuestra santa fe. Porque en los sermones que para cada nacion tenia señalados, les mostraba con razones claras y evidentes la falsedad de sus sectas y la verdad de la religion cristiana, y así los dejaba convencidos y persuadidos á recibirla.

Habia en esta isla de Ormuz un yogue de extraordinaria vida y reputacion con toda la gente de aquel reino; su habitacion era en un monte, junto á la ciudad encerrado en una cueva; ayunaba continuamente y guardaba castidad, vivia con grande pobreza, y sus pláticas eran ordinariamente de la muerte. Teníale el rey de Ormuz en tanta veneracion, que le iba á visitar á su cueva muy de ordinario, y bebia por su devocion del agua con que el yogue se lavaba los piés.

Tuvo el P. Gaspar noticia de este hombre y de su modo de vida, y con deseo de ganarle para nuestro Señor, fuele á visitar diversas veces y trabó con él particular amistad, y con ocasion de ella tuvieron los dos muchas disputas sobre la ley de Dios, y aunque en ellas quedaba siempre el yogue convencido de sus errores, pero no acababa de resolverse en ser cristiano. Díjole un dia el P. Gaspar viendo su perplejidad, que encomendase este negocio á nuestro Señor, treinta dias arreo, y que él haria lo mismo, y que se diese cada noche cinco azotes en reverencia de las llagas del Redentor del mundo, y por ellas le suplicase que le diese luz para hacer lo que le convenia.

Hízolo el yogue por el mismo órden que el Padre se lo habia encomendado, y estando una noche cumpliendo su devoción, oyó una voz que le dijo: «¿Por qué no entras tú por el camino de la salud que te muestran, que este no es más que uno, el cual enseñan los cristianos?» Juntamente con esta voz tuvo una vision en que le mostraban diversos ornamentos de los que usa la Iglesia católica en los Oficios divinos. Consolado y admirado el yogue con lo que habia oido y visto, luego por la mañana, sin quererse detener á hablar al rey de Ormuz que habia de venir á visitarle, se fué derecho al P. Gaspar, y contándole todo lo que la noche antes le habia acontecido, pidió con mucha humildad que le hiciese luego cristiano y le bautizase, pues ya tenia bastante noticia de la ley de Dios por las disputas pasadas. Bautizóle el Padre con grande consuelo de entrambos y con no menor admiracion de toda la ciudad y de todo aquel reino, y por su ejemplo se convirtieron otros muchos gentiles y moros. Llamóse este yogue después de ser cristiano Paulo, y fué desde Ormuz á Goa para pasar desde allí á Portugal con deseo de ir á Roma, pero llevóle nuestro Señor para sí antes de esto, dejando mucho ejemplo de su vida.

Era tal la mudanza que habia en la ciudad de Ormuz y tal la reformacion de las costumbres, que no la conocian los que poco antes la habian visto. Llegaban todas estas cosas á oidos del rey de Ormuz (que era moro) y la fama de las cosas que el P. Gaspar hacia. Contentábale su doctrina, porque le referian en palacio muchas cosas de las que predicaba, y cada dia le parecian me-

jor. Mas cuando vió que el yogue á quien él y todo su reino tenian en tanta veneracion, se habia hecho cristiano, hízole tanta fuerza, que determinó él tambien de recibir la ley de Dios. Y con esta resolucion envió á llamar al P. Gaspar pidiéndole que holgase de visitarle, porque tenia deseo de conocerle y tratar con él algunas cosas. Dieron este recaudo al Padre acabando de predicar, y así como estaba, se fué derecho á palacio, llevando consigo un portugués que sabia bien la lengua, para que le sirviese de intérprete con el rey, si fuese necesario.

Llegado á palacio, recibióle el rey con tanta honra, que dejó espantados á los que se hallaron presentes, porque se levantó de su misma silla y le hizo sentar en ella sin que pudiese el Padre impedirlo con ruegos ni importunaciones, que tal es la fuerza de la virtud y el resplandor que de sí arroja, que se hace respetar de todo el mundo. Hizo el rey salir fuera de la sala á toda la gente, y quedóse con solo el P. Gaspar y con el intérprete que traia. Dióle cuenta de la voluntad y deseo que tenia de ser cristiano, por estar muy persuadido que aquella ley era la verdadera y más santa de todas. Pero que le pareciase hiciese una disputa pública sobre la ley de Cristo y la de Mahoma, delante de los principales de su reino, porque sus vasallos no tuviesen esta mudanza por cosa repentina y sin fundamento. Tambien concertó con el Padre los dias en que le habia de venir á enseñar la doctrina cristiana, y aun le señaló el dia en que pensaba bautizarse. Extendióse luego en palacio, y por toda la ciudad la voluntad que el rey tenia de ser cristiano, y como habia muchos así moros, como gentiles, que estaban inclinados á hacer lo mismo por los sermones y pláticas del P. Gaspar, sabida la voluntad del rey, se declararon más de 12.000 personas con el mismo deseo, entre los cuales habia hombres muy principales de la casa y de la corte del rey.

CAPÍTULO VII

Cómo el rey de Ormuz se resfrió en el deseo que tenia de ser cristiano, y lo que sobre este caso hicieron los moros y el P. M. Gaspar.

Sentia mucho el demonio la pérdida de tantas almas como estaban determinadas á recibir el santo Bautismo por el ejemplo de su rey, y así puso todas sus fuerzas para que no pasase adelante con su primera determinacion, aprovechándose para esto de los sátrapas y gente más principal del reino, los cuales entendida la voluntad del rey, se juntaron con los sacerdotes de Mahoma, y procuraron por todas las vías posibles apartarle de su propósito, unas veces atemorizándole con que se le levantarian sus vasallos, viendo aquella novedad; otras amenazándole con que le haria guerra el soldan de Persia y otros reyes comarcanos. Pero todo esto no bastó para que hiciesen al rey volver atrás, antes hizo castigar con grande rigor y severidad á unos sacerdotes de Mahoma, porque junto á su palacio empezaron á dar voces y quejarse que dejaba su antigua religion, y á muchos de ellos desterró perpétuamente del reino.

Viendo los unos y los otros la constancia que mostraba el rey, acudieron á su madre, suplicándole que favoreciese su ley y excusase los escándalos que forzosamente se habian de seguir en el reino con la mudanza de religion que su hijo queria hacer. Fué la reina su madre á hablarle, y púsole delante con muchas lágrimas el sentimiento que mostraba la gente principal por quererse hacer cristiano, la ocasion que con esto daba á sus vasallos para que se levantasen, y al soldan de Persia para que le hiciese guerra y le quitase su reino, hallándole dividido y alborotado. Al fin ella hizo tanto con el hijo, que era mozo, y pudieron tanto las lágrimas y razones de la madre, que acabó con él de que por entónces no trataria de ser cristiano, lo cual fué causa de que tambien se resfriasen en sus deseos los que se habian movido antes con su ejemplo.

Grande fué el alegría de todos los moros y sacerdotes de Mahoma cuando supieron la mudanza del rey, y por ella hacian cada dia muchos sacrificios y oraciones á su modo. Pero no fué menor la pena del P. Gaspar, viendo que el demonio habia salido con su intento, estorbando la conversion del rey, y con ella la de sus vasallos. Fuele á visitar segunda vez para saber su voluntad con más certidumbre. Recibióle el rey esta vez aun con más honra que la primera, porque en sabiendo que llegaba á palacio bajó hasta la escalera, y sin poderlo excusar el Padre se hincó de rodillas y le besó la mano. Llevóle luego á su aposento y dióle muchas disculpas de lo pasado, mostrando que estaba siempre firme en sus deseos y propósitos, aunque iba disimulando por ganar la voluntad á los señores del reino, mas que él cumpliria lo que habia prometido en habiendo ocasion. Persuadíale el Padre con razones y ejemplos que fiase de nuestro Señor y tuviese esperanza en él, que recibiendo su ley, allanaria todas aquellas dificultades, y le sacaria de ellas con mucha honra suya. Pero con todo lo que el Padre le dijo, no se determinó por entónces á bautizarse, aunque pro-

metió de favorecer siempre á los cristianos, con buena voluntad, en todo lo que se les ofreciese.

Despidióse el Padre harto desconsolado, teniendo aquel negocio por deshecho, aunque no dejaba de encomendarlo á nuestro Señor cada dia, y hacia procesiones por las calles con los niños de la doctrina, suplicando á la divina Majestad diese fortaleza al rey para llevar adelante su primera determinacion. Los moros tambien por otra parte hacian sus oraciones y procesiones, haciendo gracias á Mahoma por la mudanza de su rey; y para esto se juntaban grande número de sacerdotes en su templo de Coran. Sentia esto mucho el P. Gaspar, pareciéndole ser grande menoscabo y afrenta de la honra de Cristo nuestro Señor, que hubiese tal competencia entre él y Mahoma, y con un celo extraordinario y espíritu fervoroso, juntó un dia todos los niños de la doctrina para hacer una procesion muy solemne, y repartió entre ellos buen número de cruces grandes. Con este acompañamiento se fué derecho al templo de los moros á tiempo que estaban haciendo sus ceremonias y sacrificios. Entró el P. Gaspar por medio del templo con su procesion cantando en voz alta la doctrina cristiana, y con sus cruces levantadas. Fué tanto el temor que Dios nuestro Señor puso en el corazon de los moros, en viendo entrar al Padre de aquella manera, que dieron á huir todos, y dejaron el templo solo, sin osarle esperar dentro. Viendo el Padre Gaspar la victoria de Cristo nuestro Señor contra los moros, en señal de ella puso luego todas las cruces que llevaba en diversas partes del mismo templo.

CAPÍTULO VIII

Del edicto que el rey de Ormuz publicó contra los moros, y los medios que ellos pusieron para que el rey desistiese de ser cristiano.

Aunque el rey de Ormuz por el temor de sus vasallos iba disimulando con ellos, todavía se tenia su primera determinacion de ser cristiano, y cuando vió lo que el P. Gaspar habia hecho, mandó que se cerrasen las puertas del templo de Coran de cal y canto, para que de allí adelante no entrasen los moros á hacer en él sus sacrificios, pues estaban dentro las cruces de Jesucristo, y pocos dias después mandó por edicto público, debajo de grandes penas, que ni en la ciudad ni en toda la isla de Ormuz hiciesen los moros ceremonias algunas conformes á la ley de Mahoma.

Viendo los moros cerrado su templo tan famoso en todo Persia, y un edicto tan riguroso contra su ley, tornaron á solicitar de nuevo á los sátrapas de Ormuz y reyes comarcanos, y pareciéndoles que todo esto nacia del P. Gaspar, y del respeto que el rey le tenia y amor que le habia cobrado, quejáronse del Padre al capitan de la fortaleza y á los portugueses, del agravio que les hacia en quitarles su templo y ser causa de que se alborotase el reino. Parecia este negocio á algunos de los portugueses digno de consideracion, y aun eran de parecer que ellos mismos suplicasen al rey que mandase abrir el templo y revocar el edicto, pero como todos tenian tanto respeto al P. Gaspar, no quisieron tratar de este particular con el rey sin hablarle primero; y con este intento le convidó un dia á comer el capitan en su fortaleza con otros portugueses principales que debian de ser de su mismo parecer.

Acabada la comida, comenzó el capitan en nombre de los demás su razonamiento, queriendo persuadir al Padre lo mucho que importaba volver á los moros su templo y dejarlos vivir en su ley con quietud y sosiego, para que hubiese paz en la tierra. Mas antes que pasase adelante con sus razones, quiso mostrar nuestro Señor con un evidente milagro, cuánto le habia agradado lo que el P. Gaspar habia hecho en su servicio, y le dasagradaba lo que el capitan y los que eran de su opinion querian intentar; porque en comenzando sus razones le dió de repente un desmayo tan grande que pensaron todos acababa la vida con él, y sintiendo el mismo interiormente que aquel era castigo del cielo que le venia, por lo que pretendia hacer, quedó tan atemorizado, que se determinó de no hablar más palabra sobre aquel negocio, y los que más se habian señalado en él, deseando favorecer á los moros, dentro de pocos dias murieron todos.

Como no pudieron los moros por este camino salir con su intento, aprovecháronse la segunda vez de las lágrimas de la madre que tanto pudieron con él la primera. Y con estas juntaron diversas cartas de reyes sus vecinos que le pedian y rogaban no dejase su ley y aun amenazándole con guerra si lo hacia. Al fin pudieron tanto estas diligencias y las continuas lágrimas de la madre, que el rey se fué resfriando poco á poco, hasta que últimamente se resolvió de quedarse en su secta, que para el P. Gaspar fué de grande pena y desconsuelo, por ver que el demonio y sus ministros hubiesen salido con su pretension, y por hacer todo lo que era de su parte para justificar la causa de nuestro Señor, procuró una y muchas veces que disputasen con él públicamente los más doctos y letrados que habia entre

ellos, para que se viese y conociese mejor la verdad de la una ley y falsedad de la otra. Mas ellos procuraban de huir la disputa cuanto podian, poniendo siempre mil excusas y achaques, temiendo su confusion y vergüenza. Hacia tanta instancia el P. Gaspar sobre esto, que les fué forzoso á los moros aceptar la disputa, porque iban cada dia perdiendo mucho crédito y reputacion con la gente, así en toda la ciudad como en el reino, viendo que no se atrevian á dar razon de su ley delante del Padre; de lo cual resultaba que muchos moros dejando su ley, teniéndola por falsa, se hacian cristianos.

CAPÍTULO IX

De la disputa pública que tuvo el P. M. Gaspar con los moros, y lo que de ella resultó.

Deseaban mucho los moros cobrar en la disputa pública, que tenian aplazada con el P. Gaspar, el crédito y reputacion que habian perdido con los de Ormuz, y confundir al Padre de tal manera, que no osase estar más en aquella ciudad. Y para esto buscaron con gran cuidado un muy nombrado filósofo que habia en el reino, hombre muy principal y muy docto en la secta de Mahoma. Este se ofreció de disputar con el P. Gaspar, pareciéndole que fácilmente le convenceria y él quedaria con más honra.

Venido el dia que estaba señalado para la disputa, concurrió á oirla toda la ciudad. Propuso el moro al Padre, que para averiguar cuál de las dos leyes era la verdadera, se fuesen entrambos á un monte que estaba allí cerca, y que la ley de aquel se tuviese por mejor, que se sustentase más tiempo sin comer. Respondióle á esto el Padre que Dios nuestro Señor habia dado á los hombres la lumbre de la razon natural para averiguar con ella las cosas dudosas, y que era mejor usar primero de este medio, trayendo cada uno las razones que tenia en defensa de su ley, y cuando por este camino no se pudiese averiguar la verdad, podrian hacer esas y todas las demás experiencias que él quisiese. Hallóse el moro muy atajado con esta respuesta, porque su intento era revolver el negocio de manera que excusara la disputa, porque en oyendo al Padre las primeras razones, temió que no habia de salir de ella con tanta honra como habia pensado. Creciendo más su temor y viendo que el Padre le habia atajado los pasos con la respuesta, dijo que se quedase la disputa para otro dia, porque tenia necesidad de ver primero ciertos libros que le habian de traer, y con esto, aunque el Padre le apretó mucho en que pasasen adelante, no lo pudo acabar con él.

Entre las demás personas que habian concurrido á aquel espectáculo, eran la mujer é hija de este moro, las cuales viendo que no se habia atrevido á disputar con el Padre, echaron de ver la ventaja que debia hacer la ley de Dios á la secta de Mahoma, en que ellas vivian tan engañadas. Comunicaron entre sí el negocio madre é hija, y entrambas se determinaron á ser cristianas. Dieron aviso al P. Gaspar de su voluntad y deseo, pidiéndole que mirase el órden que podia haber para que fuesen bautizadas y salvar sus almas. Por ser este negocio tan grave y que podia tener mucha dificultad en la ejecucion, quiso el Padre dar cuenta de él al capitan de la fortaleza. Pareció á entrambos después de bien mirado, que el mejor medio era que aquellas señoras se saliesen de su casa con disimulacion y se recogiesen en la de un portugués honrado y principal, donde las enseñarian la ley de Dios, y estando bien instruidas se podrian bautizar. Recibido el aviso, viniéronse luego madre é hija á la casa que se les habia señalado, y la mujer de aquel hombre principal las recogió y regaló conforme á la calidad de sus personas, porque la mujer del moro era de sangre real y descendiente de Mahoma.

Grande fué el sentimiento del moro cuando supo lo que su mujer é hija habian hecho, y no fué menor el alboroto que hubo en toda la ciudad, por ser tan principales aquellas señoras. Los moros afrentados de este caso quisieron entrar por fuerza de armas en la casa donde estaban y sacarlas, pero no se atrevieron porque estaban junto á la fortaleza, y el capitan y los demás soldados muy á punto para defenderlas. Viéndose el moro sin esperanza de poder cobrar su mujer é hija por este camino, quejábase del P. Gaspar que se las habia quitado contra toda razon divina y humana. El Padre respondió á estas quejas, que él no habia hecho en aquel negocio más que amparar aquellas almas que de su propia voluntad habian venido á buscar el santo Bautismo; pero que si por esto se sentia agraviado, tornasen á disputar los dos públicamente sobre la verdad de la una y de la otra ley, y que si el P. Gaspar fuese vencido, aquellas señoras volverian luego á su casa, y sinó se harian cristianas. No pudo el moro excusar este partido, porque ningun otro camino le quedaba para cobrar su mujer é hija y la reputacion y honra que habia perdido.

Cuando se extendió en la ciudad que habian de disputar el P. Gaspar y el moro, esta segunda vez fué tanta la gente que concurrió de toda la isla, que no cabian en una grande plaza donde todos estaban esperando con grande deseo

por ver en qué paraba aquel negocio. Llegada la hora, comenzaron á tratar lo primero del ser divino y sus perfecciones, y acerca de este punto preguntó el P. Gaspar al moro, si habia Dios comunicado su ser y perfecciones divinas á otra persona infinita. Respondió el moro que no, mas el Padre le probó lo contrario, con tantas razones y conveniencias que vino á confesar el moro las tres personas divinas. Disputaron luego acerca de la segunda persona, que es el Hijo, y cómo se habia hecho hombre para el remedio de los hombres, y en el discurso de este punto, con las razones que el Padre trujo, le hizo tambien confesar que la ley de Cristo era la verdadera, y la de Mahoma no se podia defender ni sustentar, si no era confesando juntamente muchos errores y disparates, y que así no merecia que la tuviese ni recibiese hombre de razon ni entendimiento. Quedó el moro tan afrentado de ver el término á que le habia traido el Padre con la fuerza de sus razones y lo que le habia hecho confesar con ellas, que no osó parar más en aquella tierra. Con lo cual la mujer é hija quedaron más confirmadas en su determinacion y propósito, y despues de bien instruidas en la fe, se hizo su bautismo con grande solemnidad y se casaron con dos portugueses honrados y principales, con no pequeña confusion de todos los moros.

CAPÍTULO X

Cómo el P. Gaspar volvió desde Ormuz á la India, y de su muerte en Goa.

Con ocasion de las disputas pasadas y bautismo de la mujer é hija del moro, muchos de ellos se hicieron cristianos, y los demás andaban tan corridos y llenos de vergüenza, que no osaban parecer en público, y echando de ver que la causa de todo su daño habia sido el P. M. Gaspar, y que viviendo él no habian de alzar cabeza, deseaban quitarle la vida á su salvo, aunque no se atrevian á ejecutarlo por el grande amor y respeto que le tenian en toda la ciudad, y por el temor de los portugueses que residian en la fortaleza, los cuales habian de vengar su muerte y destruir á los que hallasen culpados en ella. Mas si era grande el deseo que los moros tenian de darle la muerte, muy mayor era el que el mismo Padre tenia de dar su vida por la honra y servicio de su Dios; porque andaba con una santa envidia, de la dichosa suerte que habia cabido poco tiempo antes á su compañero el P. Antonio Criminal, á quien como queda dicho en el libro pasado, mataron los badagas en el Cabo de Comorin.

Volviendo de Japon el P. Francisco, tuvo aviso de lo que pasaba en Ormuz, y cómo el rey por entónces no trataba de ser cristiano, y el peligro en que vivia el P. Gaspar entre los moros, por el grande aborrecimiento que le habian cobrado, y mirando la falta que haria su persona si allí muriese, y la necesidad que de él tenia para otras partes, le envió á decir que se volviese luego á Goa, y en su lugar envió otro Padre con un Hermano, para que conservasen aquella cristiandad.

Fué grande el sentimiento que hubo en toda la ciudad cuando supieron la partida del Padre; mas él los consoló como mejor pudo con el órden que tenia de su Superior, á cuya causa no podia detenerse por entónces. Muchos hubo que por no dejarle querian irse á la India en su compañía, y con mucha dificultad pudo acabar con ellos que se quedasen en su tierra. Partido el P. de Ormuz, llegó á la ciudad de Goa antes que el P. Francisco saliese de allí para la China, y como en el libro primero queda dicho, dejóle en su lugar por Superior del colegio de San Pablo y Provincial de la India. Pero era tanto el deseo que tenian todos en la ciudad de oir sus sermones, y tal el fruto que hacia con ellos, que para satisfacer á la devocion de todos, fué necesario añadir el continuo trabajo de los sermones, al que tenia de su gobierno.

Traia el P. Gaspar muy gastadas las fuerzas, de los muchos trabajos que habia pasado en Ormuz, y de su continua mortificacion, y como su modo de predicar era con grande fuerza y sentimiento, estando un dia predicando en la iglesia catedral, en el mayor fervor de su sermon le vino á faltar la virtud natural, de tal manera, que se cayó desmayado en el mismo púlpito, y desde allí le llevaron en brazos á su aposento. De este accidente se le creció una calentura, que en pocos dias le acabó, habiendo recibido todos los Sacramentos con grande devocion. Rodeado de sus Padres y Hermanos dió el espíritu al Señor, acabando el curso de su peregrinacion, para ir á gozar el premio de los muchos trabajos que habia pasado en la predicacion del santo Evangelio y conversion de los infieles.

Fué su muerte á los 15 de Noviembre de 1553, once meses poco más ó ménos después que murió en la China el P. Francisco Javier, y tres ó cuatro antes que su cuerpo fuese recibido en Goa. Y por muerte del P. Gaspar, hacia entónces oficio de Viceprovincial el P. Melchor Nuñez, que para esto vino de Bazain, donde le habia enviado el mismo P. Francisco por Superior de aquel colegio.

CAPÍTULO XI

De la ocasion que hubo para predicar el santo Evangelio en los reinos de Inambay y Monomotapa.

Entre las misiones que hicieron los Padres de la Compañía que residian en Goa, fué una y muy señalada la del P. Gonzalo Silveira el año de 1560, para predicar el santo Evangelio en los reinos de Inambay y de Monomotapa.

Llaman los antiguos escritores á Etiopía parte de Africa, aunque la dividen en oriental y occidental, y entrambas Etiopías por la parte meridional, se vienen á rematar en el mar Océano. En la Etiopía que llaman occidental, caen los reinos de Inambay y de Monomotapa; entre Zofala y Mozambique. Es toda aquella tierra de grandes y excesivos calores, y mal sana para los extranjeros, pero muy abundante de oro, especialmente el reino de Monomotapa. A este rey, como al más poderoso y rico, reconocian y pagaban tributo todos los demás que habia por aquella costa y Tierra Firme. Las insignias reales de este emperador son un azadon pequeño con su hastil hecho de márfil muy fino, para dar á entender á sus vasallos, cuánto les importa el cultivar la tierra. Trae lo segundo dos saetas, para mostrar que tiene autoridad y poder para castigar los delitos y defenderse de sus enemigos. Anda este emperador siempre acompañado de mucha gente de guerra, aunque no la tenga con nadie. Críanse en su palacio todos los hijos de los reyes sus vasallos y tributarios, para que deprendan las costumbres y policía de aquella corte, y sus padres sean más sujetos y obedientes, teniendo allí sus hijos. Envía cada año el emperador á sus vasallos un embajador que encienda en sus casas el fuego que ellos llamaban nuevo, y es una ceremonia con que se prueba su fidelidad, la cual se hace de esta manera. Cuando llega el embajador á casa de algun príncipe ó señor, matan todo el fuego que hay, hasta que el mismo embajador lo enciende de nuevo, y de aquel fuego llevan á sus casas todos los vasallos de aquel señor, y el que no lo hace así, es tenido por traidor.

La ocasion que hubo para que el P. Gonzalo Silveira fuese á predicar el santo Evangelio en aquellos reinos, fué esta. Vínose huyendo á la fortaleza de Mozambique que allí tienen los portugueses, el hijo segundo del rey de Inambay, con deseo de ser cristiano el año de 1559. Recibióle el capitan con mucha honra sabiendo quién era, y con grande contento y alegría cuando entendió la particular causa de su venida. Procuró que le instruyesen muy bien en la ley de Dios, y despues celebró su bautismo con toda la solemnidad posible. Pasados algunos dias, siendo ya cristiano este príncipe, le tornó á enviar el capitan á su padre con muy honrado acompañamiento de soldados. Fué tanto lo que el príncipe dijo á su padre y hermano mayor de la ley de Dios y del acogimiento que el capitan le habia hecho, que se determinaron entrambos á ser cristianos, y así le enviaron las gracias de lo que con su hijo y hermano habia hecho, y pidieron que les enviase algun sacerdote que les enseñase la ley de los cristianos, porque estaban determinados de recibirla entrambos.

A este mismo tiempo tuvieron noticia los portugueses que el emperador de Monomotapa deseaba su amistad, y pareciéndoles que era buena ocasion esta para poderse comunicar con estos reyes y predicarse el santo Evangelio en sus tierras, dieron cuenta al visorey de la India (con las naves que partian entónces de aquel puerto) de la buena disposicion que habia en aquellos reinos. Comunicó este negocio en Goa el virey con el P. Antonio de Cuadros, que era Provincial de la Compañía, y despues de muy encomendado á nuestro Señor, fué señalado para esta mision el P. Gonzalo Silveira con otros dos compañeros.

CAPÍTULO XII

Cómo el P. Gonzalo Silveira llegó al reino de Inambay, y de allí pasó á Monomopata.

Partió el P. Gonzalo Silveira de Goa con sus dos compañeros al principio del año de 1560, llegaron Mozambique con próspero viaje, donde los recibió el capitan de aquella fortaleza con mucha caridad, y despues de haberlos tenido allí algunos dias para repararse del trabajo de la navegacion, les dió seis soldados, hombres honrados, de los que tenia en su compañía, para que guiasen á los Padres en aquel camino. Llegados al reino de Inambay, con los grandes calores de aquella tierra comenzaron á enfermar todos gravemente, y con ser el P. Gonzalo Silveira de mayores fuerzas y más entera salud, le dió una enfermedad de ojos tan molesta y trabajosa, que le puso en grande peligro de la vida. Después de haber convalecido, fueron todos á la ciudad principal donde residia el rey, el cual los recibió con muestras y señales de mucho contento y alegría, especialmente cuando supo que el Padre y sus compañeros venian á enseñarle la ley de Dios.

Detuviéronse en esta ciudad algunos dias pre-

dicando, y cuando el rey y su mujer é hijo estuvieron bien instruidos en la fe, los bautizó el P. Gonzalo Silveira con otra mucha gente de su casa y de la ciudad. Llevaba el Padre enderezado su camino al reino de Monomotapa pareciéndole que de la conversion de aquel emperador pendia la de todos los demás reyes comarcanos, y así dejó en el reino de Inambay sus dos compañeros, para que hiciesen allí una iglesia y llevasen adelante aquella cristiandad, y él tomó su camino con algunos de aquellos portugueses para Monomotapa.

De los dos Padres que quedaron en Inambay, el uno por sus continuas enfermedades, que tuvo en aquella tierra, se hubo de volver á Goa. El otro, que se decia Andrés Hernandez, residió entre aquella gente más de dos años, pasando muchos trabajos, porque los naturales de aquella tierra, que llaman cafres, son muy crueles y bárbaros y no pueden sufrir que les aconsejen lo que les conviene y mucho ménos que los reprendan lo que hacen mal; y á esta causa pasó aquel Padre muchas afrentas y deshonras y malos tratamientos que le hacia esta gente, y algunas veces se vió con ellos en mucho peligro de la vida, porque el Padre, que era muy celoso de la honra de nuestro Señor, quiso un dia estorbar á los cafres cierta fiesta que hacian á un ídolo, y fué misericordia de nuestro Señor que no le matasen.

Prosiguiendo el P. Gonzalo Silveira su camino para Monomotapa, á la entrada de un rio que se dice Masuta, se levantó una muy recia tempestad que puso el navío en que iban en tan grande aprieto, que se tuvieron todos por perdidos. Viendo esto el Padre se hincó de rodillas y levantadas las manos y los ojos al cielo, suplicó á nuestro Señor aplacase su ira, y él por su clemencia sosegó la tempestad de manera que pudieron tomar tierra. Quiso el Padre decir Misa en hacimiento de gracias de aquel beneficio, y para esto aderezaron un altar en la playa. Pero era tan recio el sol, que los portugueses se abrasaban los piés, y al P. Silveira diciendo la Misa se le hinchó la cabeza de bejigas. Detuviéronse allí tres dias para reparar el navío, y al cuarto se tornaron á embarcar para el reino de Giloa, donde los recibió con mucho amor el rey Mingoajan, amigo de los portugueses, y aunque era moro, dió licencia al Padre para que predicase en su tierra la ley de Dios, porque le parecian mal las supersticiones de la ley de Mahoma y deseaba que sus vasallos se hiciesen cristianos. No se pudieron detener aquí mucho por el deseo que llevaban de llegar á Monomotapa. Partidos de Giloa, se embarcaron en el rio Cuaman, que es muy grande y famoso, y desde allí comienza el reino de Monomotapa. En este rio padecieron otra grande tempestad que los arrojó á un puerto llamado Linde, del cual salieron después de tres dias y tornaron al rio Cuaman con el buen tiempo.

Pidió entónces el Padre á los que iban en su compañía, que pues comenzaba desde allí el imperio de Monomotapa, encomendasen todos á nuestro Señor con mayor cuidado aquella empresa, y hubiesen por bien que él estuviese recogido los dias que les quedaban de su navegacion, para tratar con Su Divina Majestad más de veras los negocios que llevaba de su servicio. Con esto se retiró el Padre á una parte de la nao, y puesta una cortina delante, estuvo ocho dias en aquel rincon, comiendo solamente una vez al dia unos pocos de garbanzos tostados, y bebiendo una vez de agua, gastando todo el tiempo en oracion y leccion santa.

CAPÍTULO XIII

Cómo el P. Gonzalo Silveira llegó á Monomotapa y la honra que le hizo el emperador.

Habiendo navegado ocho dias por el gran rio Cuaman con próspero viaje, al cabo de ellos desembarcaron en Sena, que es un pueblo principal de aquel reino de Monomotapa. Desde allí envió el P. Silveira uno de aquellos portugueses que se decia Antonio Cayado, para que de su parte visitase al emperador y le diese cuenta de su venida y le pidiese licencia para ir á su corte. Entre tanto él se quedó enseñando la doctrina cristiana por las calles, y en un mes que allí estuvo bautizó casi 500 negros. Vuelto Antonio Cayado con la licencia para que el Padre fuese á la corte, hizo un pequeño lío de los ornamentos y recaudo que siempre traia consigo para decir Misa. Hay en aquella tierra muchos y muy grandes rios, y para poderlos pasar era necesario poner el lío en la cabeza y andar muchas veces con el agua á los pechos.

Caminando con este trabajo llegaron la noche del santo Nacimiento á una pequeña poblacion cerca de Monomotapa; detúvose aquí el Padre otros ocho dias, tornando á encomendar á nuestro Señor muy de corazon aquella mision. Salió de este lugar la octava del Nacimiento, y el dia siguiente llegó á la ciudad principal. Sabiendo el emperador su venida, le mandó aposentar y proveer de todo lo necesario para él y sus compañeros, y porque tenia ya noticia de los mismos portugueses, cómo el P. Silveira era muy noble, le envió á visitar con un rico

presente de oro y bueyes que allá estiman mucho y hombres que le sirviesen. Envióle el Padre las gracias de la honra que le hacia, y tornándole á enviar el presente con Antonio Cayado, respondió que ya sabia su Alteza el oro y riquezas que él venia á buscar de tan léjas tierras. Espantóse el emperador del ánimo y liberalidad con que lo habia despedido, estimando mucho más de allí adelante su persona. Yendo el Padre á palacio el dia siguiente, le recibió el emperador con la mayor alegría y muestra de amor que habia recibido á nadie hasta entónces, y entrándose con él á una cuadra donde estaba su madre, le hizo sentar junto á sí en una silla, luego mandó llamar á Antonio Cayado, que habia quedado en la sala más afuera para que sirviese de intérprete á los dos.

Lo primero le dió el Padre las gracias del buen acogimiento y hospedaje que le habia hecho en aquella ciudad, y que no sabia con qué poderle servir aquel favor y merced, mejor que con darle noticia del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. El emperador le dijo que mirase las rentas, heredades y oro que queria, y lo demás que le diese gusto y hubiese menester, porque lo mandaria dar cumplidamente. Respondióle á esto el Padre, que ya su Alteza habia entendido, cómo ninguna cosa de aquellas le satisfacia ni las venia á buscar, y que solamente deseaba la salvacion de su alma y de sus vasallos, y para esto venia desde la India, con tantos peligros y trabajos por mar y por tierra, con deseo de manifestar la ley del verdadero Dios, pues con sola ella se podia salvar. Oyendo esta respuesta, volvióse el emperador á Antonio Cayado y díjole. «Segun esto mucha ventaja hace este Padre á los demás hombres que andan tan solícitos tras las cosas que él tiene en tan poco.» Pasadas algunas horas que el Padre estuvo con el emperador y con su madre, se despidió de entrambos y se volvió á su posada.

CAPITULO XIV

Cómo el Padre Gonzalo Silveira bautizó al emperador de Monomotapa y otros muchos caballeros.

Vuelto el P. Silveira á su posada, concertó su altar para decir Misa y puso en él una imágen que traia de nuestra Señora desde la India. Acertaron á pasar por delante de la puerta de la misma capilla unos caballeros principales de la corte estando el Padre diciendo Misa, y como vieron la imágen, que era muy devota, dijéronlo al emperador, el cual envió á decir que gustaria mucho de verla. Tomó el Padre la imágen cubierta con un paño y fuése para el palacio, recibióle el emperador con el gusto que el dia antes y con deseo de ver la imágen que tanto le habian alabado sus caballeros. Antes de descubrirla, declaróles el Padre lo que significaba aquella imágen, y como era retrato de la Madre de Dios, el cual tenia debajo de su mano y poder á todos los reyes y emperadores de la tierra; tambien les dijo la reverencia que se le habia de tener. Halláronse presentes á este razonamiento el emperador y su madre, y otros muchos caballeros principales de su corte, y cuando el Padre descubrió la imágen, todos se hincaron de rodillas para adorarla.

Holgóse tanto de verla el emperador, que pidió se la dejase en su casa, porque él la tendria con grande veneracion y decencia. Concedióselo el Padre por ganarle más la voluntad, y disponerle mejor para oir la ley de Dios, y antes que saliese de palacio, aderezó una pieza muy ricamente á modo de oratorio con su altar, y en él puso la imágen de su mano. Con esto se despidió del emperador y de su madre, dejándolos muy consolados con aquel tan precioso tesoro. Quiso la Vírgen nuestra Señora pagar á este emperador la buena voluntad, con que en su casa habia recibido y honrado su imágen; porque cinco noches arreo después que el Padre la dejó en palacio, apareció al rey entre sueños, rodeada de una grande luz y claridad, con suavísimo olor que en todo el aposento se sentia.

Contó el emperador á su madre luego por la mañana lo que habia visto entre sueños, y admirado de la vision, envió á llamar al Padre, y le dió cuenta de todo, diciendo que estaba muy triste y desconsolado, porque le hablaba aquella Señora tan hermosa, pero que no entendia cosa de cuantas le decia. Respondióle á esto el Padre, que no se espantase su Alteza de no haber entendido las palabras y el lenguaje de la Vírgen, porque era del cielo, y no le entendian sino los que obedecian á los mandamientos y voluntad de su hijo. Quedó el emperador con esto algo consolado, y aunque por entónces no declaró que se habia de hacer cristiano, pero dió muestras y esperanzas de ello. Pasados otros dos ó tres dias, tornó á llamar al Padre y le pidió que á él y á su madre instruyese en la ley de Dios, porque estaban determinados entrambos de recibirla.

Grande fué el alegría y consuelo del P. Silveira, viendo la determinacion del emperador, porque su conversion habia de ser causa para que todo el imperio se convirtiese, y los reyes,

sus vasallos y vecinos, y daba por bien empleados los trabajos de su camino, por el fruto que veia de ellos. Comenzó luego las pláticas y sermones del catecismo, los cuales oyeron tambien algunos caballeros principales; puso en esto el Padre tanto cuidado y diligencia, que á los veinticinco dias despues de llegado á Monomotapa, se hizo el bautismo del emperador, y se llamó D. Sebastian, y su madre María. Bautizáronse tambien otros 300 caballeros de la corte y casa del emperador. Sabiendo que el Padre no habia de aceptar oro, le enviaron el emperador y su madre cien bueyes el dia de su bautismo, que en aquella tierra estiman en más que el mismo oro. Recibiólos el Padre por no disgustarlos, y mandó á Antonio Cayado que los hiciese matar todos, y repartir entre los pobres de aquella ciudad. De lo cual no quedó ménos edificado el emperador que de todo lo pasado, diciendo que en esto mostraba el P. Silveira el amor que le tenia, pues habia querido celebrar su bautismo, con repartir los bueyes que él habia enviado, á los pobres.

CAPÍTULO XV

Cómo el emperador de Monomotapa engañado de unos hechiceros, hizo matar al P. Gonzalo Silveira.

Teniendo el P. Gonzalo Silveira ganadas las voluntades del emperador y su madre, y de los principales de su corte, y tan aficionados á la ley de Dios, que se esperaba la recibiria todo el imperio en breve tiempo, comenzó el demonio á hacer su oficio y revolver las cosas, de manera que se atajase éste tan grande fruto. Tomó para esto por medio á cuatro ministros suyos moros, y grandes hechiceros, sagaces y de grande astucia, para saber representar con fuerza lo que en sus pechos traian pensado contra el P. Gonzalo Silveira. Favorecia el emperador á estos cuatro hechiceros antes de ser cristiano, y tenian mano y autoridad con él, y así determinaron de hablarle un dia, mostrando el sentimiento y dolor que tenian de que se hubiese puesto á sí, y á todo su imperio en tan manifiesto peligro, porque le hacian saber, que el P. Gonzalo Silveira, de quien se fiaba tanto y á quien hacia tanta honra en su casa, era venido á su tierra de parte del virey de la India, y de los señores de Zofala y Mozambique, para reconocer el estado y fuerzas de su imperio, y la gente de guerra que tenia, y solicitar al pueblo que se levantase contra él, y cuando hubiese hecho esto, dar aviso al virey y á los demás, para que viniesen con su ejército y le quitasen sus tierras por fuerza.

Añadian á esto que el P. Silveira era grande encantador y hechicero, y traia consigo tales hechizos, con que hacia que se aficionasen á su doctrina los que le oian, y siguiesen en todo su voluntad, y los que se bautizaban, con las palabras que el Padre les decia, echándoles aquel agua quedaban tan hechizados, que aunque no quisiesen habian de servirle y favorecerle con todas sus fuerzas, y que esto habia mostrado la experiencia en otras muchas partes, y por eso que mirase bien de quién fiaba su persona y estados, y que si dejaba sin castigo al P. Silveira, podria con razon temer que estando el pueblo dividido en dos leyes, se habia de destruir.

El autor de esta traicion se llamaba Minguames, natural de Mozambique, y principal cabeza de la secta de Mahoma en aquella tierra, el cual supo ponderar estas y otras muchas razones, de manera que puso grande miedo y recelo en el emperador, que era mozo, y como tal se creyó de ligero, y con la misma fuerza persuadieron á su madre, y entrambos vinieron á resolverse, que convenia para el buen gobierno y seguridad del imperio, matar al Padre lo más presto que fuese posible. Apénas se habian determinado el emperador y su madre en dar la muerte al Padre, cuando él mismo lo supo (y á lo que se puede entender por alguna particular revelacion de nuestro Señor, con que le dispuso para aquel trance) porque la determinacion estaba solamente en el pecho de la madre y del hijo, cuando llamó el Padre á Antonio Cayado y se lo dijo, puesto que él por entónces no lo creyó, pareciéndole cosa imposible, segun el grande amor y voluntad que el emperador mostraba al Padre, y el gusto con que trataba de sus cosas.

Venido el dia en que el emperador de Monomotapa tenia determinado de matar al P. Gonzalo Silveira, como quien debia saber el dia y hora, rogó á Antonio Cayado que juntase á los demás portugueses que allí habia, para confesarlos y comulgarlos, porque pasado aquel dia no podria hacerlo. Admirado de estas palabras Antonio Cayado, fuélos á buscar, porque estaban fuera de la ciudad. Esperólos el Padre con la Misa hasta mediodia, mas viendo que se tardaban la dijo, y consumió las formas que tenia guardadas para ellos. El mismo dia bautizó como 50 cristianos, y repartió entre ellos algunos rosarios que le quedaban. Vinieron por la tarde los portugueses y confesólos, animando á todos con el rostro muy alegre y ánimo sosegado, aunque no entendian á qué propósito les

decia el Padre aquellas cosas, porque sólo Antonio Cayado sabia lo particular que le habia dicho de su muerte. Poco despues le dió los ornamentos y aderezos del altar, para que los guardase, que eran bien claros indicios de la certidumbre que tenia del dia y hora de su muerte.

Quedóse el Padre solo en casa aquella tarde con un crucifijo en las manos, y entrándole á visitar Antonio Cayado, le dijo estas palabras: «Cierto, Cayado, más aparejado estoy yo para recibir la muerte que mis enemigos para dármela; yo perdono desde ahora al emperador y á su madre, porque han sido engañados de los moros.» No podia persuadirse Antonio Cayado que el emperador tuviese determinacion de ejecutar semejante crueldad, aunque todavía tenia algun recelo de haberse mudado en el afecto que tenia al Padre, por haberle visto aquel dia muy triste y pensativo, y así envió dos criados suyos que estuviesen en compañía del Padre aquella noche, para que á él y á los demás portugueses diesen aviso si hubiese alguna cosa. De estos dos criados se supo después todo lo particular, que pasó de esta manera.

Siendo ya noche, pareciéndole al P. Gonzalo Silveira que tardaba en venir la muerte que él tanto deseaba, salióse á pasear en un campo que estaba junto á su posada. Andaba con un gozo tan extraordinario, que parecia estar fuera de sí: unas veces enclavando los ojos en el cielo, donde tan presto esperaba de verse; otras levantando las manos y poniéndolas en forma de cruz, ofreciendo su vida al Señor que habia dado la suya en otra cruz para su remedio. En esto gastó grande parte de la noche, hasta que se recogió á su aposento, donde hizo otra vez oracion delante de un crucifijo, derramando muchas lágrimas de devocion. Siendo ya muy tarde se echó encima de una cama de cañas en que solia reposar, y al mismo punto llegaron ocho soldados, los cuales le echaron una soga á la garganta, y con ella le hicieron reventar la sangre por los ojos y narices y boca, y así acabó su santa vida y la mision dichosa que le habia traido desde Goa. Tomaron luego los soldados el cuerpo conforme al órden que tenian, y le llevaron rastrando hasta echarle en un rio, porque habian dicho los hechiceros, que se inficionaria todo el aire con pestilencia si le dejaban en tierra.

Después de muerto el Padre mandó el emperador matar los 50 cristianos que el dia antes habia bautizado. Pero sabiendo los caballeros cristianos de la corte lo que pasaba, espantados de tal crueldad, entraron juntos á hablarle, y le dijeron que si queria hacer matar aquellos 50 cristianos, porque el P. Gonzalo Silveira los habia bautizado, que su Alteza y todos ellos tenian una misma culpa, y debian pasar por la misma pena. Con esto se amansó algun tanto la cólera del emperador. De ahí á dos dias le fueron á hablar los portugueses que habia en su tierra, y tomando la mano Antonio Cayado le dijo, cuán grande pecado habia cometido en hacer matar á un hombre tan santo, y tan inocente, y que sólo habia deseado la salvacion de su alma y el bien de su imperio. Tambien le dió á entender que no solamente Dios, que era justo juez, castigaria tan grande crueldad, pero que muchos se levantarian contra él para vengar muerte tan injusta. A esto se excusó el emperador, echando la culpa á los consejeros que le habian engañado, y mostrando que le pesaba de lo hecho, hizo luego matar á los dos hechiceros, y lo mismo hiciera de los demás, si no se pusieran en salvo. Esta fué la dichosa muerte del P. Gonzalo Silveira, y el fin y remate que tuvo la mision que hizo al imperio de Monomotapa.

CAPÍTULO XVI

Del orígen que tuvo la mision del Preste Juan, y los Padres que para ella fueron señalados.

Entre las empresas del rey de Portugal don Juan el II, una fué y muy digna de su grande piedad y celo, procurar de reducir á la obediencia de la Iglesia romana al rey de los abisinos, que por otro nombre se llama el Preste Juan. Cae su imperio, como en el primero libro queda dicho, en la Etiopía, que es parte de Egipto, y viene á rematarse en el seno de Arabia ó mar Bermejo. Para tratar este negocio envió el rey D. Juan dos hombres principales, cuyos nombres eran Alonso Paiba y Pedro Cobillano; el primero de ellos murió en el camino, el segundo, que tuvo mejor dicha, llegó á Etiopía y dió su embajada al rey Alejandro, que entónces reinaba, el cual holgó mucho de oirla; pero atajó la muerte sus buenos deseos, y el que le sucedió no quiso admitirla, antes tuvo preso algun tiempo al embajador Pedro Cobillano.

Muerto el rey D. Juan el II, sucedió en el reino de Portugal D. Manuel, no ménos celoso de la exaltacion de la fe católica que su predecesor, y deseando llevar adelante la conversion del Preste Juan, envió de propósito otro segundo embajador á Etiopía, que se decia Rodrigo de Lima. Partió este embajador de Portugal el año de 1520, y tardó en hacer su jornada seis años, y cuando volvió con la respuesta ya era muerto

el rey D. Manuel, y sucedido en su lugar don Juan el III. Fué esta segunda embajada de más fruto que la primera, porque el rey David, que entónces era de los abisinos, envió su embajador en compañía de Rodrigo de Lima, para que asentase la paz y amistad con el rey de Portugal, y fuese á dar la obediencia en su nombre al Romano Pontífice.

Llegaron entrambos á Portugal, y fué recibido el embajador con grande contento del rey don Juan, y con el mismo despues en Bolonia del Sumo Pontífice Clemente VII, á quien el embajador besó los piés con toda humildad y reverencia, y dió la obediencia en nombre del rey David su señor. Murió de ahí á pocos años este rey David y sucedióle otro por nombre Claudio, que tambien conservó la amistad con el rey de Portugal y la obediencia á la Iglesia romana.

Levantóse contra este rey un tirano que se decia Gradamates, vasallo del turco Soliman, grande enemigo de los cristianos, el cual puso en tanto aprieto al rey Claudio, que le quitó grande parte de sus tierras. Deseando el rey D. Juan acudirle en esta necesidad, porque no se acabase de perder su imperio, encomendó al virey de la India, que enviase con brevedad el mayor socorro que pudiese al rey Claudio contra el tirano Gradamates. El virey por cumplir lo que se le mandaba y acudir á tan justa causa, envió á su mismo hermano D. Cristóbal de Gama con una buena armada. Llegado á Etiopía D. Cristóbal con su gente, dió la batalla al tirano, que estaba muy poderoso, y aunque este caballero murió en ella peleando como valeroso capitan y gran parte de sus soldados; pero fué causa de que el rey Claudio alcanzase la victoria, y quitase la vida al tirano y tornàse á cobrar lo que habia perdido.

En reconocimiento de este beneficio que el rey Claudio habia recibido de los portugueses, llevó á todos los que habian quedado vivos de la batalla, y los tuvo en su reino y trató siempre con mucha honra y cortesía, haciéndoles muchas mercedes. Con esta ocasion quedaron avecindados en las tierras del Preste Juan los portugueses que habian ido con D. Cristóbal de Gama.

Gobiérnase esta gente de los abisinos, en lo que toca á la religion, por los patriarcas de Alejandría, y á ellos reconocen por sus prelados, y como son cismáticos pegaron á los abisinos sus errores, y así tienen muchos, especialmente de los herejes Dióscoro y Eutiches. Siendo informado de esto el rey D. Juan, deseó dar á esta gente tales prelados y Obispos que pudiesen gobernarlos conforme á la verdad y sinceridad de la doctrina católica. Convidóle para tratar de este negocio la buena disposicion que esperaba hallar para todo en el rey Claudio, por el socorro que le habia dado. Dió cuenta de su deseo primero al Papa Julio III, y últimamente á Paulo IV, y la resolucion de entrambos fué que se escogiesen trece religiosos de la Compañía, de letras y virtud, que fuesen á esta mision, y de estos Padres el uno fuese con título de Patriarca de Etiopía y otros dos de Obispos. Después de muy mirado y encomendado á nuestro Señor este negocio y comunicado con el P. Ignacio, fué electo por Patriarca de Etiopía el P. Juan Nuñez Barreto, portugués, y el P. Melchor Carnero (que tambien era de la misma nacion) por Obispo Niceno, y el P. Andrés Oviedo, español y natural de Illescas, por Obispo de Hierápolis, con órden que faltando el P. Juan Nuñez sucediese en su dignidad de Patriarca el P. Oviedo, y por muerte de entrambos el P. Melchor Carnero. No pudieron excusar estos Padres de recibir semejantes dignidades, aunque pusieron para ello muchos medios, porque Su Santidad mandó expresamente que las aceptasen, pues no habian de ser para tener con ellas más descanso ni hacienda, sino mayores trabajos y pobreza.

CAPÍTULO XVII

Cómo el P. Gonzalo Rodriguez fué á Etiopía para ver la disposicion que hallaba en el rey Claudio.

Llegados á Lisboa los recaudos de Su Santidad para el P. Patriarca y sus compañeros, mandó el rey que se aparejasen muy cumplidamente las cosas que eran necesarias para esta mision, así de ornamentos y vestidos pontificales, como de todo lo demás para que el P. Patriarca y sus compañeros pudiesen ejercitar sus oficios con toda la decencia; y porque fuesen con alguna más autoridad, señaló á un caballero principal de su casa, que se decia Hernando de Sosa, para que los acompañase con título de embajador.

Pero como el rey era tan prudente, parecióle hacer otra diligencia entretanto que los Padres ponian en órden su partida, y fué avisar al virey de la India que enviase desde Goa otro embajador al rey Claudio, para que supiese su ánimo y disposicion y le previniese para la ida del P. Patriarca y de sus compañeros. Escogió el virey para esta embajada un hombre principal que se decia Diego Diaz, y al P. Gonzalo Rodriguez, que residia en el colegio de San Pablo de Goa, de muchas letras y de grande religion. Fué muy acertada esta diligencia que se hizo en en-

viar á Etiopía antes que fuesen allá los Padres; porque el embajador y el P. Rodriguez hallaron al rey Claudio con harto bien diferente ánimo y disposicion de lo que en Lisboa se pensaba. Fué ronle á visitar entrambos y diéronle una carta del rey D. Juan en que le pedia continuase la obediencia que su antecesor habia dado al romano Pontífice, y que el año siguiente le enviaria con su embajador otros Padres que le enseñasen á él y á su gente la verdad y doctrina que profesaba la Iglesia romana.

Leida la carta quedó el rey harto confuso y con semblante de hombre que se hallaba atajado, y así respondió sin determinarse en nada. Preguntáronle los embajadores con modestia, que cómo habia escrito su Alteza al rey D. Juan, ofreciendo con toda voluntad la obediencia de la Sede Apostólica. A esto respondió disculpándose con el secretario ó intérprete; diciendo que él deseaba y tenia en mucho la amistad del rey de Portugal, pero que nunca habia tenido pensamiento de hacer mudanza en la religion. Viendo el P. Rodriguez esta novedad tan grande en el rey, procuró de reducirle con razones á la obediencia de la Iglesia romana, y para esto disputó muchas veces con él y con otros letrados de su reino, y echó bien de ver la mucha ignorancia que todos tenian, así en lo que tocaba á la historia y discurso de la Iglesia, como en sus Concilios y decretos. Y cuando el rey se hallaba apretado, salíase afuera fingiendo que estaba ocupado con negocios, sin dar lugar á que le tratasen del que más le importaba.

Como no podia el P. Rodriguez salir con lo que deseaba por este camino, escribió un libro de propósito contra los errores de aquella nacion, el cual presentó al rey suplicándole que le leyese. Con este libro se halló el rey muy convencido por las muchas y evidentes razones que en él habia para mostrar el primado y excelencia de la Iglesia romana, y deseando responder á ellas hizo traer muchos libros de todos los monasterios que habia en su reino. Pero tampoco supo responder á las razones después que los hubo leido como antes, y por no darse del todo por convencido, hizo venir á la corte un Obispo que enviaba el Patriarca de Alejandría, para que disputase con el P. Rodriguez y respondiese al libro que habia escrito.

Mas el Obispo que sabia bien poco y temió de no salir con honra de aquel negocio, respondió que él no podia hablar ni comunicar con los que tenia por herejes y cismáticos, reprendiendo mucho al rey porque se habia atrevido á leer aquel libro y disputar con el Padre siendo cismático. Eran ya pasados seis meses que estaban en la corte el P. Rodriguez y el embajador, y viendo lo poco que con el rey habian negociado, le pidieron licencia para volverse á Goa, suplicándo le que les declarase su voluntad con última resolucion acerca de la venida del P. Patricarca y sus compañeros á Etiopía. A esto respondió que él holgaba de que viniesen á su corte si les placia de ello, y que entónces se determinaria en lo que tocaba á la religion y obediencia del Pontífice Romano. Con esto se despidieron entrambos del rey y dieron la vuelta para Goa.

CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió en el viaje de la India á algunos compañeros del P. Patriarca, y á él y á los demás en Goa.

Entre tanto que el P. Gonzalo Rodriguez hizo su jornada desde Goa á Etiopía, se aparejaron en Lisboa las cosas necesarias para la partida del P. Patriarca y sus compañeros. Embarcáronse los diez un año antes, porque el Patriarca y los dos Obispos se hubieron de detener en Lisboa con ocupaciones precisas que se ofrecieron. Repartiéronse los diez Padres que iban delante en diversos navíos, y pasando de Mozambique la una de estas naos en que iban tres Padres, se apartó de las demás con la oscuridad de la noche, y vino á dar en unos bajíos y peñascos, donde se hizo pedazos. Salieron como 300 personas que iban dentro con harto trabajo y peligro á una pequeña isla que estaba cerca, aunque desierta y falta de mantenimientos, que por habérseles perdido los que traian en la nao, les fué necesario buscar algun remedio para no perecer toda aquella gente de hambre. No se les ofreció por entónces otro más á propósito de que el mismo maestro de la nao, con algunos compañeros, entrasen en un esquife que habia quedado sano, y buscasen algun navío para sacar de allí los que quedaban. Salió el capitan de la isla con este intento, más fué tal la fuerza de los vientos, que sin poder repararse en parte alguna vino á dar en Goa.

Como el virey supo el peligro en que dejaba el capitan á su gente, tornó á despacharle con mucha brevedad, dándole navíos y todo lo necesario para socorrer á los que estaban en tanta necesidad. Mas con toda la diligencia que se dieron los unos y los otros, cuando el capitan llegó á la isla, halló que todos eran muertos de pura hambre y necesidad, sino fueron algunos pocos que de los pedazos de la nao habian hecho un barco, en el cual se entraron á buscar su remedio. Murieron en esta isla los tres compa-

ñeros del P. Patriarca, porque aunque los importunaron mucho que entrasen en el primer esquife del capitan, y después en el segundo batel, nunca lo quisieron aceptar por no desamparar la gente que se quedaba en aquella isla, siendo tiempo de tan extrema necesidad. Fué grande el sentimiento que causó en Goa esta nueva, cuando se supo, y muy particular en los Padres de la Compañía por la falta que habian de hacer los tres que allí habian muerto para la mision de Etiopía.

Llegaron á la India el año siguiente el P. Patriarca y los dos Obispos con salud, aunque en el camino se les murió el embajador Sosa, que habia de ir en su compañía. Sabido en Goa lo que el P. Gonzalo Rodriguez habia negociado en Etiopía, pareció á todos aquellos Padres y á otras personas graves con quien se comunicó el negocio, que no convenia ir por entónces el P. Patriarca, habiendo tan poca disposicion en el rey Claudio para lo que se deseaba, y que seria mejor fuese el P. Andrés Oviedo, Obispo de Hierápolis, con otros dos ó tres compañeros, y procurase reducirle á la obediencia del Romano Pontífice, porque entónces seria más á propósito la ida del P. Patriarca para hacer su oficio.

Con esta resolucion partió para Etiopía el P. Andrés Oviedo el año de 1557 con otros cuatro Padres que se llamaban el P. Manuel Fernandez, P. Francisco Lopez, P. Antonio Fernandez y P. Cardoso. Poco después de partido el P. Oviedo, murió en Goa el Obispo de aquella ciudad, D. Juan de Alburquerque; hicieron todos grande instancia al P. Patriarca Juan Nuñez que aceptase aquel obispado, porque seria de mucho consuelo para toda la tierra, mas nunca se pudo acabar con él que lo quisiese, antes vivió en aquel colegio de Goa como si fuera un particular religioso, dando siempre á todos los de aquella casa mucho ejemplo de humildad y de observancia religiosa, y de esta manera acabó su vida, por cuya muerte conforme á la bula de Su Santidad, sucedió en la dignidad del Patriarca el P. Andrés Oviedo, que ya estaba en Etiopía pasando hartos trabajos y pobreza, como se dirá en los capítulos siguientes.

CAPITULO XIX

Cómo el P. Andrés Oviedo llegó á Etiopía y los trabajos que allá padeció.

El P. Andrés Oviedo, Patriarca de Etiopía, fué hombre de grande mortificacion y desprecio del mundo, y muy aficionado al ejercicio de la oracion, y porque las muchas ocupaciones del dia no le daban tanto lugar como él deseaba para este santo ejercicio, estando en Gandía por Superior de aquel colegio, solia irse de noche á un camaranchon á tener su oracion, y cuando le fatigaba el sueño, se echaba á reposar sobre una estera Aparecíale el demonio algunas veces en diversas figuras, y estando una noche en su aposento le maltrató de manera que á las voces que daba acudieron los de casa, procurando de entrar á favorecerle, mas él les dijo que se volviesen, porque ya los dos se conocian.

Partió de Gandía para Roma en compañía del P. Francisco de Borja, cuando dejó su estado para entrar en la Compañía; desde allí fué por Rector del colegio de Nápoles, y haciendo su oficio el año de 1555, fué señalado para la mision de Etiopía y electo Obispo de Hierápolis, y por muerte del P. Juan Nuñez sucedió en la dignidad de Patriarca.

Llegado á Etiopía con sus compañeros, procuró verse con el rey Claudio. Hallóle ocupado en cierta guerra que traia, y recibió al P. Patriarca con muestras de buena voluntad, porque siempre tenia fresca la memoria de la buena obra que habia recibido de los portugueses. Comenzaron él y sus compañeros á ejercitar sus ministerios, ayudando á los portugueses, que serian más de 400, y predicando tambien á los naturales de aquella tierra. Íbanse con los sermones reduciendo algunos á la obediencia de la Sede Apostólica, de lo cual el rey Claudio comenzó á mostrar disgusto y sentimiento. Viendo esto el P. Patriarca, le pidió que hiciese juntar algunos letrados para que en su presencia se tratasen las cosas de la fe y religion cristiana. Y tanto insistió en esto, que al fin el rey hubo de concedérselo. Tuvo muchas y diversas disputas con ellos, y siempre quedaban los de Etiopía confundidos, sin saber responder á las razones que el P. Patriarca les hacia. Y para convencer más su obstinacion y dureza, escribió algunos tratados contra los errores de los abisinos.

Viéndose el rey Claudio muy apretado, como lo estuvo con el P. Gonzalo Rodriguez, acabó de descubrir lo que tenia en su pecho; porque el el mes de Diciembre de 1558, estando el P. Patriarca procurando de reducirle con muchas y eficaces razones, dijo claramente que él no queria dar la obediencia al Romano Pontífice. Pero no tardó mucho el castigo del cielo que merecia su obstinacion, porque entrando en una batalla el mes de Febrero siguiente, fué en ella vencido y muerto. Sucedióle en el imperio su hermano, por nombre Adamas, hombre cruel y enemigo de los cristianos. Fuéle á visitar el P. Patriarca, y aunque al principio le recibió

bien, pero duró poco su amistad; porque con ocasion de haberse convertido á nuestra santa fe dos hombres por sus sermones, vino á disgustarse mucho con él. El uno de estos era un mozo de veinte años, el otro era hombre de más de sesenta. Envió el rey Adamas por ellos, para que en su presencia diesen razon por qué habian dejado la doctrina que hasta allí habian tenido; confesólos y comulgólos de su mano el P. Patriarca antes de ir allá. Puestos entrambos delante del rey, procuró persuadirlos con muchas razones que se tornasen á la obediencia del Patriarca de Alejandría, á quien él reconocia. Mas viendo que ninguna cosa aprovechaban los medios que tomó para esto, mandó cortar la cabeza al mozo y desterrar al viejo de su reino. Y pareciéndole que la causa de esto habia sido el P. Patriarca, hizo prender á él y á sus compañeros para hacer en ellos algun ejemplar castigo, y porque no se le huyesen como él andaba en la guerra, traíalos presos en su ejército, haciéndoles todo el mal tratamiento que podia.

CAPÍTULO XX

De otros trabajos que pasó en Etiopía el Padre Patriarca Andrés Oviedo, hasta su muerte.

Estando preso el P. Patriarca Andrés Oviedo y sus compañeros, se levantaron de nuevo contra el rey Adamas muchos principales de su reino, con favor de un capitan de los turcos, pretendiendo poner en el imperio á un hijo de Claudio, y sobrino de Adamas. Vinieron entrambos ejércitos á dar la batalla, y fué vencido en ella, y desbaratado Adamas, y con grande trabajo y peligro se escapó huyendo. Comenzaron los turcos como señores del campo á saquear lo que habia quedado en el ejército de Adamas; y discurriendo de una parte á otra, encontraron con el P. Patriarca y sus compañeros que estaban presos en una tienda, y como los vieron tan pobres y presos, acabaron de quitarles cuanto tenian, luego pusieron fuego á la tienda donde estaban. Escaparon los Padres por gran ventura de este peligro, pero con extrema necesidad y pobreza.

Castigó nuestro Señor á esta tierra de Etiopía con grandes trabajos por la desobediencia que mostraba con su Iglesia. El primero fué que se encendieron muy crueles guerras entre Adamas y sus sobrinos, hijos de Claudio, sobre quién habia de heredar el imperio; procuraba cada uno ayudarse para su pretension del favor de los turcos, los cuales con esta ocasion se apoderaron tanto de la tierra que la destruyeron. Por otra parte se levantaron en forma de comunidad los galas, que son la gente ordinaria del reino, y como no hubo quien los resistiese por estar ocupados los reyes en sus guerras, acabaron de arruinar lo que quedaba. Tras estas guerras sucedieron enfermedades y pestilencias, con que se despobló gran parte de Etiopía.

Con ocasion de estos trabajos los portugueses que vivian en aquella tierra perdieron sus casas y haciendas, y tuvieron necesidad para poderse sustentar de servir en las guerras á diversos señores y dividirse en muchas partes; de lo cual resultó que como los portugueses favorecian á los Padres con sus limosnas cuando tenian posibilidad, viniendo ellos á tanta pobreza y estando tan divididos, hubieron de quedar los Padres con extrema necesidad, la cual fué de manera que no le quedó al pobre Patriarca un solo vestido con que poder representar la dignidad de su persona, ni aun apénas con que cubrirse. Queriendo escribir una carta al rey de Portugal D. Sebastian, por no tener un pliego de papel entero, venia la carta en una cuartilla; y para sustentar á sí y á sus compañeros, él mismo araba la tierra con unos bueyes, para coger un poco pan de cebada, con que pasaban su vida. En este tiempo partieron 16 portugueses de la India á saber el estado de las cosas de Etiopía; pero cayendo en manos de turcos, algunos fueron muertos y cautivos y heridos, entre los cuales fué el H. Fulgencio Freire, de la Compañía, que le prendieron junto á los términos de Arabia, en el mar Bermejo, y llevaron cautivo á Macua, y le pusieron en las galeras por remero. En su prision y cautiverio hizo seis cristianos, de los cuales tres murieron luego y fueron á gozar de Dios. Despues de rescatado este Hermano, estuvo en el colegio de Alcalá, donde nos contaba los muchos trabajos que en aquel cautiverio habia pasado; parecíansele bien las señales de las muchas heridas que le habian dado cuando le cautivaron, y desde allí volvió á Portugal con deseo de pasar otra vez á la India.

Luego que fué electo por Sumo Pontífice Pio V, el rey D. Sebastian y el P. Francisco de Borja, General de la Compañía, le dieron cuenta de los trabajos que pasaban aquellos Padres en Etiopía, y de la poca esperanza que habia de reducirse aquel reino por las continuas guerras que en él habia. Tambien representaron á Su Santidad, cómo en los reinos del Japon no habia Obispo que confirmase los cristianos nuevamente convertidos á la fe, y pudiese dar las órdenes sagradas á los Hermanos de la Compañía y á otros de los mismos japones que ya eran

cristianos y hábiles para el sacerdocio. Con esta relacion expidió Su Santidad un breve, por el cual mandaba al P. Andrés Oviedo que con la primera ocasion buena que tuviese, saliese de Etiopía y se partiese al Japon, y allí ejercitase el oficio y dignidad que tenia de Patriarca, pues no podia hacerlo en Etiopía. No pudo cumplir el P. Oviedo el órden que tenia de Su Santidad, porque era imposible salir de aquella tierra sin caer en manos de turcos y de otros infieles que tenian tomados los pasos; y así, de los grandes trabajos y mucha pobreza que pasaba, vino á morir en Etiopía, viviendo siempre con esperanza de que se habian de mejorar las cosas de aquel reino y reducirse á la obediencia de la Iglesia romana.

CAPÍTULO XXI

De lo que sucedió á los compañeros del P. Patriarca en Etiopía y al que sucedió en su dignidad.

Este fué el fin que tuvo el P. Andrés Oviedo, Patriarca de Etiopía. Sucedióle en la misma dignidad el P. Melchor Carnero, Obispo Niceno, el cual siguiendo las pisadas del P. Melchor Nuñez, primer Patriarca, se quedó en el colegio de Goa, haciendo vida y profesion de particular religioso. Desde Goa fué á predicar á los cristianos de Santo Tomé que vivian en los reinos de Cochin y de Colon, porque tuvo aviso que un Obispo armenio queria resucitar en aquellos reinos los errores antiguos de aquella gente. Predicó el P. Melchor contra él, y fué particular misericordia de nuestro Señor que no le matasen, porque algunos de los que favorecian á este Obispo armenio, viendo la resistência que el Padre le hacia con sus sermones, le aguardaron un dia, y tirándole unas flechas, fué Dios servido que le dieron con ellas en el bonete y se le derribaron de la cabeza sin hacerle otro daño.

Estando ocupado en este ministerio, recibió otro breve del Papa Pio V del mismo tenor que se habia enviado al P. Andrés Oviedo á Etiopía, para que fuese á Japon á hacer el oficio con aquellos cristianos en lugar del P. Andrés Oviedo, pues él no podia salir de Etiopía. Partió el P. Melchor de Goa para la China, con intento de tomar desde allí su camino para Japon. Detúvose en el puerto de Macao algun tiempo por justas causas que se ofrecieron, ejercitando siempre los oficios pontificales y ayudando con sus sermones y predicacion á los portugueses que vivian en aquella isla y á los gentiles naturales de la tierra. Estándose ya aparejando para ir á Japon, le llevó nuestro Señor para sí al cielo, y de esta manera acabaron su mision los tres Padres en quien fué sucediendo aquella dignidad.

Los compañeros del P. Patriarca Andrés de Oviedo que se quedaron en Etiopía, después de su muerte se empleaban en ayudar á los portugueses y á los cristianos que se habian reducido, aunque era con grande trabajo, por estar tan divididos y esparcidos con ocasion de las guerras, y así era forzoso que anduviesen los Padres peregrinando continuamente y discurriendo de unas partes á otras con mucho peligro de su vida, como le aconteció al P. Cardoso, el cual en un camino de estos, yendo á confesar y predicar á los cristianos, cayó en manos de unos salteadores y le mataron. Con estos mismos peligros y trabajos que continuamente pasaban los demás Padres, vino á morir tambien en aquella tierra el P. Manuel Fernandez de puro trabajo. Quedaban solos dos compañeros de cuatro que consigo habia llevado el P. Patriarca, y de estos el P. Antonio Fernandez era ya muy viejo, y el P. Francisco Lopez, aunque no era tanto, andaba muy enfermo, y entrambos vivian con harta pena y desconsuelo por ver los grandes trabajos que padecian aquellos cristianos y el poco remedio que les daban, aunque le habian pedido muchas veces á los vireyes de la India y escrito sobre este particular diversas cartas los unos y los otros.

CAPITULO XXII

Cómo el P. Antonio de Monserrate y el P. Pedro Paez, fueron enviados á Etiopía y los cautivaron los moros junto á Meca.

Viendo los Padres que vivian en Goa el desamparo de aquellos cristianos de Etiopía, y que no tenian otro consuelo humano sino aquellos dos Padres que estaban en su compañía, y que si estos morian ni quedaba quien les predicase ni confesase ni á quien pudiesen acudir en sus trabajos y aficiones, parecióles justo y necesario, que fuesen algunos otros para que ayudasen á los dos Padres que allá estaban tan viejos y cansados, y conservasen aquella desamparada cristiandad, si ellos faltasen y muriesen. Para esta mision y empresa señaló el P. Provincial de la India á los PP. Antonio de Monserrate y Pedro Paez, los cuales partieron de Goa á los 2 de Febrero de 1589 y fueron caminando algunos dias por la costa del Norte.

Queriendo atravesar el golfo para Diu, donde estaban los navíos en que habian de embarcarse, les dió en medio del mismo golfo una tan brava

tormenta que duró toda la noche y se tuvieron por perdidos, mas fué servido nuestro Señor que cesase antes de salir el sol, y por la tarde entraron en Diu mudando su hábito y vestidos con cambayas y tocas, que es hábito propio de armenios. Aposentólos en su casa un portugués de los que viven en aquella ciudad y á cuyo cargo estaba buscarles embarcacion para ir desde allí á Zuaquen, que es en la costa de Etiopía. Salia el P. Pedro de Paez á hacer sus negocios los dias que allí se detuvieron, por tener más salud y fuerzas que el P. Monserrate, y eran tantas las piedras que le tiraban los muchachos por las calles, que no se podia defender de ellos. La causa de esto era el aborrecimiento que tienen á los armenios, cuyo hábito llevaba el Padre.

Detuviéronse en Diu más de un mes, porque los capitanes moros que los habian de llevar no quisieron encargarse de ellos; y así hubieron de pasar á Ormuz con determinacion de tomar desde allí el camino para Alepo y Babilonia para entrar en Etiopía, haciendo todo este rodeo por causa de los grandes peligros que por el camino derecho habia, de ser muertos ó cautivos de los moros; mas no por esto los evitaron, porque estando para partirse recibieron una carta del capitan de la fortaleza de Mascate, á quien los Padres pasando por allí habian dado cuenta de su viaje.

Avisábales este capitan, cómo tenia un piloto moro que los pondria en Etiopía dentro de un mes, y conforme á la relacion que daba del camino por donde los habia de guiar, parecia cosa cierta. Con esto volvieron para Mascate, donde enfermaron entrambos, aunque les dió nuestro Señor salud de manera que partieron de aquella fortaleza la misma noche del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor, y caminaron los ocho primeros dias con bonanza hasta el dia de la Circuncision, que se les mudó el temporal y tuvieron otra tempestad más peligrosa que la primera, porque se les quebró el mástil ó gobernalle de la embarcacion, y con harto peligro y trabajo ayudándose de unos barcos de pescadores la llevaron á tierra, y por no haber allí recaudo para reparar el mástil, les fué necesario pasar á otra isla que se llama Curia Muria, ocho leguas más adelante, pero hallaron tan poco remedio en ella para su necesidad como en el primer puerto donde habian estado antes; y á esta causa se hubieron de concertar con una sola embarcacion que habia en aquella isla; y porque sus dueños no la quisieron dar sino iban con ella sus propios marineros, fué necesario dejar los que traian, dándoles órden que no pasasen adelante, hasta que los Padres y sus compañeros estuviesen de la otra parte de una ciudad que se llama Dofar. Pero no lo hicieron así; porque con otra comodidad que hallaron los marineros, como más prácticos en la tierra, llegaron primero á la ciudad que los Padres, y dieron aviso de cómo venian, y antes que llegasen á ella los salieron á recibir dos embarcaciones de moros, los cuales tambien tenian aviso de su venida de otros moros que vivian en Mascate, y así los llevaron presos á la ciudad de Dofar (que está cerca de la casa de Meca) en el mes de Enero de 1590.

CAPÍTULO XXIII

Cómo estuvieron los Padres cautivos seis años y volvieron libres á Goa.

Cinco dias tuvieron presos á estos Padres en Dofar, casi sin darles nada de comer. De allí los enviaron donde estaba su rey, que serian más de veinticinco dias de camino, y con tanto trabajo, que los hacian ir á pié y descalzos siguiendo á unos camellos, y muchas veces por cardos y espinas. Con este trabajo y la poca comida vinieron á desfallecer y faltarles tanto las fuerzas, que no fuera posible pasar adelante sino los echaran encima de los camellos entre las cargas que llevaban.

De esta manera caminaron diez dias por desiertos sin ver poblacion alguna. Gobernábanse los moros de dia por el sol y de noche por las estrellas; su bebida era agua de charcos que algunas veces encontraban. Paraban de ordinario á mediodia para dar de comer á los camellos, y entónces cogian los moros una grande cantidad de langostas y grillos, de que hay mucha abundancia en aquella tierra, y después de asados los comian con grande gusto. Pero los Padres aunque su hambre era mucha, no los podian comer de puro asco, y así pasaban con solo una torta pequeña que les daban mal cocida en la ceniza. Al cabo de los diez dias llegaron á una ciudad bien poblada que se llama Tarim, de la cual salia mucha gente á ver los cautivos mofando y riendo de ellos y haciéndoles mil gestos y aun escupiéndoles en el rostro. Daban los Padres muchas gracias á nuestro Señor porque los hacia dignos de padecer algo por su servicio, doliéndose más de la pérdida y ceguedad de tantas almas que de sus propios trabajos y afrentas. Desde Tarim caminaron con el mismo órden y con el mismo trabajo, hasta llegar á la ciudad de Einam, donde residia un rey moro llamado Sultan Amar, cuyos vasallos eran estos que llevaban cautivos á los Padres.

Llegados á la ciudad, mandólos el rey poner

en un aposento muy pequeño que estaba sobre el muro de la fortaleza en que él vivia, y el dia siguiente dijo que les diesen algo del vestido que les habian quitado, para que pareciesen en su presencia, porque hasta allí no habian traido más que sola una camisa y calzones de lienzo, sin otra defensa alguna para el sereno de la noche, ni para los calores del dia, que son en aquella tierra muy grandes.

Fueron los Padres el dia siguiente á la fortaleza y hallaron al rey con mucho acompañamiento, sentado en una ventana sobre un paño de brocado. Besáronle la mano como cautivos, y mandólos sentar en el suelo, como ellos lo acostumbran. Preguntóles qué gente eran, de dónde venian y á qué iban á Etiopía. Los Padres le fueron dando razon de todo como vieron que les convenia; y al fin le suplicaron les mandase dar sus breviarios y algunos librillos que traian para su consuelo: con esto se volvieron á su aposento ó prision. Otro dia les envió los breviarios y libros que pidieron, y aun mandó á sus criados que tuviesen cuidado de darles lo necesario, pero ellos le tuvieron de no hacerlo, porque solamente les daban un poco de pan tan ruin, que era menester su buena gana y hambre para comerlo. Cuatro meses los tuvieron en aquel aposento con harto trabajo y apretura. En este tiempo murió una hija del rey, y para celebrar sus exequias acudieron grande número de mujeres moras de diversos lugares, cubiertas de polvo las cabezas, dando tantas voces y gritos, que el rey se enfadó y las mandó echar fuera, aunque estuvieron ocho dias haciendo lo mismo en otra parte de la ciudad. En estos dias repartieron muchas limosnas, y á los cautivos por gran regalo les dieron un pedazo de camello cocido en agua sin sal. Pocos dias despues envió un bajá del turco, á quien este rey pagaba tributo, á pedir que le enviase los dos cautivos que allí tenia, y aunque contra su voluntad, al fin los odió, y llamando al que los habia de llevar le dijo: «Ten cuidado de dar de comer y beber á estos hombres, porque ellos no piden nada.»

Partidos de Einam caminaron quince dias hasta llegar á la ciudad de Lana, donde los salió á recibir el gobernador con alguna gente de á caballo y los llevó delante de sí hasta casa del bajá, tocando atambores como en señal de triunfo. Entrados delante del bajá y hecho su acatamiento, los habló con aspereza y enojo, diciendo que debian de ser espías y los habia de mandar cortar la cabeza. Diéronle los Padres razon de sí con humildad y comedimiento, satisfaciéndole á las sospechas que de ellos tenia. Al fin mandó que los llevasen á la casa del alcaide de la fortaleza, para informarse mejor. Conocióllos en esta casa un renegado natural de la India, y dijo cómo eran Padres religiosos. Con esto los llevaron á una torre que era como cárcel, en la cual hallaron otros 31 cautivos cristianos portugueses é indios que habia cuatro años estaban allí, y tan afligidos con la prision y maltratamiento, que habia grande temor no faltasen en la fe, como habian hecho otros por la misma causa, y así tuvieron los Padres por particular misericordia de nuestro Señor y alivio de sus trabajos el haber venido allí á tiempo que le pudiesen hacer algun servicio en su prision.

Comenzaron á hacer algunas pláticas á los demás cautivos y exhortarlos á que se confesasen, para que sus trabajos fuesen de algun merecimiento. Confesáronse luego todos, y aun de los que andaban ya libres por haber faltado en la fe, por consejo de los Padres se huyeron algunos á tierra de cristianos, y cuatro de ellos acudieron á Goa. Pareciéndoles á los Padres que su prision y cautiverio iba despacio, concertaron un modo de oratorio en un aposento de aquella fortaleza, adonde por la mañana antes de ir á trabajar hacian todos oracion y se encomendaban á nuestro Señor; y á la noche cuando volvian de su trabajo, decian las letanías, y en los dias que no eran de trabajo les hacian pláticas y sermones, y aun celebraban como podian las fiestas más solemnes, con Misa seca, porque les faltaba cáliz y ara.

El P. Monserrate, como más viejo, se quedaba de ordinario en la fortaleza sin prisiones, y el P. Pedro Paez, como más mozo, iba á trabajar con su cadena al pié como los demás cautivos. Deprendió en este tiempo el Padre la lengua árabiga por medio de unos moros que estaban presos, de manera que sabia leer y escribir en ella, lo cual le sirvió después mucho para tratar sus negocios.

Tenia grande deseo la mujer del bajá de ver aquellos dos religiosos cautivos, porque le habian dicho mucho de su modestia, y dijo á un criado suyo, que los hiciese ir á un jardin con ocasion de visitar á un hijo suyo pequeño que se andaba paseando en él. Fueron allá los Padres y detuviéronse buen rato con el niño acariciándole en lo que podian, y luego se volvieron sin levantar sus ojos á ninguna parte. Estábalo mirando todo la mujer del bajá por una celosía, y pareciéndole bien la modestia de los Padres habiendo compasion de ellos, deseó ponerlos en libertad, y mandó al criado que hiciese una peticion en nombre de aquellos cau-

tivos y que su hijo la diese al bajá cuando ella estuviese presente. Hízolo el criado de la manera que su ama le mandó, y el niño dió la peticion á su padre en presencia de la madre; con esta ocasion ella rogó por los padres, y el bajá concedió fácilmente su libertad por habérselo pedido su mujer é hijo, y prometió que los enviaria con el primer turco que fuese á Jerusalen, porque nó los matasen en el camino, y les daria todo lo necesario para él.

Estando el negocio en tan buenos términos, y teniéndose los Padres ya por libres, escribió un gentil al bajá desde Moca (que es un puerto donde acuden las naos que vienen de la India) que aquellos Padres eran muy estimados en Goa y darian por ellos muy gran rescate si los detenia. Con esta carta mudó el bajá parecer, y dijo á su mayordomo que tratase con ellos de su rescate, y les pidiese 20.000 ducados. Respondieron los Padres que ellos no tenian otra cosa más que la limosna que les daban algunos cristianos, y que no podian ofrecer lo que no tenian. Pensó el bajá que lo hacian por no rescatarse, y mandó que de nuevo les echasen prisiones, y no les diesen para cada dia más que dos panes pequeños, sin otra cosa alguna, pareciéndole que por este camino sacaria de ellos más dinero.

Acertó á pasar en esta coyuntura por aquella ciudad otro bajá, á quien habian cautivado siendo pequeño, y era natural de Sevilla. Tuvo noticia este bajá de los Padres, y procuró rescatarlos y llevarlos consigo para ponerlos en Etiopía; pero tampoco tuvo efecto esto. Tornólos á llamar segunda vez el mayordomo, y díjoles que le habian de dar 5.000 ducados, ó no habian de salir de allí en toda su vida. Y para obligarles á hacer lo que deseaba, mandó que les echasen argollas de hierro al cuello y una cadena asida de ellas tan corta, que no podian levantar la cabeza. De esta manera los pusieron en un lugar muy estrecho y oscuro, y tan bajo, que sentados en el suelo daban con la cabeza en el techo. Y la mayor piedad que con ellos usaron fué quitar la cadena al P. Monserrate por ser viejo, y ponerle en su lugar unos grillos. Quince dias pasaron en esta prision con mucho trabajo, y viendo que los Padres no salian á dar nada, los llevaron al puerto de Moca, con esperanza de que puestos allí sacarian dineros de los que iban á la India. Llegados al puerto, los tornaron á apretar de nuevo por el rescate. Mas viendo que las naos se habian partido sin darles nada, ni ellos lo tenian, pusiéronlos en una galera por remeros, cada uno en su banco y con su cadena, en medio de dos galeotes.

Al tercero dia como entraron los Padres en la galera cayó un rayo que hizo pedazos buena parte del mástil, aunque sin daño de la gente. Tuvieron esto los moros por mal agüero, y fué bastante para que no quisiese la mujer del bajá ir por entónces á la casa de Moca, ni entrar en la galera que estaba aparejada para sólo esto. Todavía detuvieron á los Padres más de dos meses en este oficio, pasando tanta necesidad y trabajo, que el P. Monserrate vino á enfermar gravemente, y á esta causa los hubieron de sacar á tierra, por no perder la esperanza que tenian de algun rescate, el cual les envió nuestro Señor con unas naos que vinieron de la India, y conforme al órden que de ella traian, se concertaron con el mayordomo del bajá en 1.000 ducados por entrambos Padres; con esto los dieron libertad y partieron de Moca en las naos que volvian á la India á los últimos de Agosto de 1596, y llegaron á Goa por el mes de Diciembre del mismo año, despues de haber pasado otros seis en su prision y cautiverio; y así, fueron recibidos con tanto consuelo y alegría de sus Padres, y Hermanos y de toda la ciudad, que no se hartaban de dar gracias á nuestro Señor por su libertad.

CAPÍTULO XXIV

Del martirio del P. Abrahan de Georgiis en la costa de Etiopía.

Daba mucho cuidado no sólo á los Padres de Goa, sino tambien al virey de la India, el aprieto y necesidad en que estaba la cristiandad de Etiopía tan cercada por una parte de infieles y cismáticos, y por otra tan desamparada de obreros; porque de todos los compañeros del P. Patriarca Andrés de Oviedo sólo habia quedado ya el P. Francisco Lopez, viejo de setenta años, y muy enfermo de los continuos trabajos que habia pasado, especialmente acordándose que los PP. Antonio de Monserrate y Pedro Paez, que iban á ayudarle, no habian podido llegar allá por su larga prision y cautiverio; y á esta causa despues de muy encomendado á nuestro Señor este negocio, señaló el P. Provincial de la India otros dos Padres que tornasen á probar si podian pasar á Etiopía, porque el virey ofrecia comodidad para ellos. Los Padres que para esta mision se señalaron fué el P. Abrahan de Georgiis, maronita de nacion, el cual fué enviado desde Roma á la India y se ocupaba con mucho fruto en predicar á los cristianos de Santo Tomé que viven en la sierra, porque sabia muy bien la lengua suriana y la arábiga, y por esto

pareció ser muy á propósito para esta mision; y así le enviaron luego á llamar, para que viniese á Goa. El segundo que fué señalado por su compañero, se llamaba el P. Diego Gonzalez, portugués y muy religioso.

Estuvieron estos dos Padres encubiertos un año no sólo á la gente de la ciudad, pero aun á los mismos de la Compañía, porque no pudiesen dar aviso de su partida los moros que viven en Goa á los de la costa de Etiopía, con quien tienen trato y comunicacion. Llegado el tiempo de la partida, concertó el virey con un capitan moro que le llevase dos cristianos armenios á Macua, que es una ciudad en la costa de Abejin, dentro del estrecho del Mar Rojo, que son tres jornadas antes de la ciudad donde residia el P. Francisco Lopez con los cristianos de Etiopía. Pareció entónces al virey y á los Padres que seria más conveniente ir solo el P. Abrahan con un mozo que se habia criado en casa y era natural de aquella tierra, que no ir dos Padres juntos, porque de esta manera podrian ir más encubiertos y disimulados sabiendo entrambos la lengua; y así quedó concertado, que se quedase por entónces el P. Diego Gonzalez y partiese el P. Abrahan solo con el mozo abejin.

Estando ya todo á punto quiso el virey ver al Padre antes de su partida; y porque fuese más secreto, le envió á llamar de noche para que fuese á palacio. Iba el Padre con su compañero sin que nadie supiese quién era sino solo el secretario del virey, que le estaba esperando. Llevaba el mismo hábito con que habia de pasar por tierra de moros y entrar en Etiopía, la barba muy crecida, su toca en la cabeza y el demás vestido en traje de moro. Cuando le vió entrar el virey de esta manera, saltáronsele las lágrimas, y abrazándole dijo: «Estas son las invenciones que hace la Compañía para atraer las almas á Dios, arriesgando por ellas sus hijos á tantos y tan manifiestos peligros.» Después de haber hablado con el Padre despacio, le despidió con muestras de mucho amor. Desde palacio se fué el Padre con el mismo hábito al colegio de San Pablo, donde le estaba esperando el Padre Provincial con los demás Padres y Hermanos de aquella casa; de los cuales se despidió abrazando á todos uno por uno, aunque fueron estos últimos abrazos tan mezclados de lágrimas y sollozos, que parece adivinaban todos que se despedian para no verle más hasta el cielo. Al fin, siendo avisado que era hora de partir, salió de casa por el mes de Enero del 95 á prima noche, y se embarcó con el capitan moro que le habia de llevar.

Prosiguieron su viaje con grandes tempestades y peligros, que siempre los hay en aquella tan larga navegacion. Llegados á la isla de Zuaquen, en la costa de Etiopía, sin que nadie hubiese conocido al Padre, alcanzó licencia del capitan turco, que allí residia á título de mercader, para entrar en Etiopía á vender sus mercaderías.

Tenia el Padre alcanzada esta licencia, y dentro de dos horas habia de pasar á la Tierra Firme, pero el Señor, cuyos juicios son tan incomprensibles, dispuso las cosas bien de otra manera, dándole la corona del martirio antes de salir de aquella isla. La ocasion fué esta. Entretanto que el Padre andaba negociando la licencia con el capitan turco, el mozo abejin que llevaba en su compañía y quedó guardando el hato, viendo que el Padre tardaba y se detenia, quiso comer un bocado en el meson donde estaba. Acertó á ser aquel dia en que los moros ayunaban su Ramadan con grande rigor, y no comian hasta bien noche; como vieron comer al muchacho, preguntáronle quién era y de dónde venia, y al fin le dieron tantos azotes que hubo de confesar como era cristiano y su amo tambien. Avisaron de esto los moros al capitan con quien el Padre estaba negociando, y mandóle prender luego.

El dia siguiente estando presentes muchos turcos hizo traer al Padre allí delante y preguntóle quién era. El Padre le respondió que era armenio y natural de Alepo (como era verdad). Preguntóle más, si era cristiano ó moro, porque si era moro, le soltaria luego para que fuese adonde quisiese. Respondió á esto que él era cristiano. Dijo entónces el capitan, pues habeis de haceros luego moro, y en señal de ello decir, la, y la, y la, Mahamet treculaca,» que quiere decir: «No hay Dios, sino Dios y Mahoma su mensajero.» Dijo el Padre que él era cristiano, y que como tal, habia de morir antes que hacer ni decir tal cosa. Enojóse grandemente el capitan con esta respuesta, y echando mano á su alfanje le mandó cortar allí la cabeza, y aun dicen que él mismo le dió la primera cuchillada, y los demás criados le dieron otras muchas, con que acabó gloriosa y felicísimamente su mision y dichosa vida con tan gloriosa muerte. Esto contó al P. Pedro Paez el mismo piloto en cuya compañía iba el P. Abrahan, y habian comido siempre juntos y posado en una misma casa hasta que le prendieron, y sin haberle conocido decia este moro que se admiraba de su grande virtud, y que estando una noche durmiendo poco antes que le prendiesen, comenzó el Padre á dar voces, y este piloto se levantó y le despertó preguntándole qué habia, le respondió el Padre que soñaba le estaban matando, que parece le

iba previniendo nuestro Señor para lo que tan presto le habia de suceder.

Era este bendito Padre muy grande siervo de Dios y muy devoto. Todo el tiempo que le sobraba entre dia de las ocupaciones con los prójimos, gastaba en oracion continua, y antes de partirse para esta mision se aparejó muchos dias para ella con oracion y mucha penitencia que ponia admiracion á todos, y así mereció tener tan dichoso fin como habia sido santa y ejemplar su vida.

CAPÍTULO XXV

Cómo fué un sacerdote del Seminario de Goa á la mision de Etiopía, y la relacion que de ella envió.

Deseaban los Padres de San Pablo de Goa acudir á la necesidad de los católicos que descendian de los portugueses y residian en Etiopía, que serian más de 1.000 personas, sin otros algunos naturales de la tierra que se habian convertido á la obediencia de la Iglesia romana, pero ni hallaban modo ni camino para ello, aunque por diversas vías lo habian intentado por la mucha vigilancia que tienen los turcos que están de guarnicion en los lugares de la costa, para que nadie pase.

Estando, pues, con este cuidado y deseo, recibieron cartas de los mismos portugueses que pasaron á Etiopía con el P. Patriarca Andrés Oviedo, que solos cinco habian ya quedado, los cuales representaban su necesidad, que era como extrema de algun sacerdote católico, por ser ya muerto el P. Francisco Lopez y último compañero del P. Patriarca, y que les parecia segun la disposicion de las cosas, que era imposible pasar Padres de la Compañía por aquel año sin evidente peligro de muerte ó cautiverio, por estar muy sobre aviso los turcos desde la muerte del P. Abrahan, maronita. Pero que si hubiese algun sacerdote, natural de la tierra, que supiese bien la lengua, yendo disfrazado con hábito de marinero de algun navío, les parecia que podria disimularse mejor y entrar sin ser conocido. Muchos hubo en el colegio que recibidas estas cartas, se ofrecieron para acudir á aquella necesidad tan extrema, aunque fuese con peligro de la vida ó de su cautiverio.

Presentó estas cartas el P. Provincial al virey y al Arzobispo, y el deseo que habia en los Padres del colegio para tomar aquella empresa, para que entrambos viesen lo que seria más servicio de nuestro Señor. Después de algunas consultas que sobre este negocio tuvieron, se tomó por resolucion elegir el medio que de allá escribieron los mismos portugueses, que se buscase un sacerdote secular que supiese bien la lengua y pudiese ir disimulado á ver la disposicion que allá habia y el órden con que podrian entrar los Padres de la Compañía. Ofrecióse para esta mision un sacerdote muy virtuoso y docto que se habia criado en el colegio y Seminario que tienen los Padres en Goa, cuyo nombre era Melchor de Silva.

Embarcóse en Diu en una nao de moros con traje y hábito de marinero, y con esta disimulacion llegó á la isla de Masua y pasó á la ciudad de Delec, 60 ú 80 leguas la tierra adentro y pudo encubrirse, porque iba en compañía de otros marineros y grumetes que quisieron ver la tierra y la ciudad de Delec, en la cual se encontró con un abejin, natural de Etiopía, que acompañó algun tiempo al Patriarca Oviedo, y venia entónces á ver si habia cartas de la India, como lo solia hacer otros años. Este hombre avisó luego á los portugueses del buen recaudo que habian hallado, y ellos con extraordinario gozo y alegría, dieron órden de recoger al sacerdote con todo recato y secreto. Al fin llegado á la ciudad de Tigare, y al lugar é iglesia donde el P. Patriarca vivió y murió, y los demás Padres sus compañeros estaban enterrados, le recibieron los portugueses y los demás cristianos con mucho consuelo, dando gracias á nuestro Señor, que les habia traido sacerdote católico con quien pudiesen comunicar seguramente los negocios de sus conciencias.

Era este sacerdote muy virtuoso y buen teólogo, y comenzando á ejercitar sus ministerios, halló que con la ordinaria y continua comunicacion que aquellos católicos tenian con los cismáticos y poca esperanza de ver en aquella tierra sacerdotes católicos, se les habian pegado muchos errores y costumbres peregrinas, y estaban como resueltos de continuar las iglesias de los cismáticos y recibir de su mano los Sacramentos, y aun comenzaban ya á circuncidar y bautizar juntamente sus hijos y á guardar el sábado por dia solemne como el domingo. Tambien comian carne en los dias prohibidos y dejaban de ayunar los que eran de precepto, como vigilias y cuatro témporas, aunque por su devocion ayunaban los miércoles y viérnes de todo el año. Y así procuró lo primero quitarles la comunicacion con los sacerdotes de la tierra, y despues los enseñó muy en particular lo que debian hacer y guardar conforme á la doctrina de la Iglesia romana; y últimamente los confesó y redujo á las costumbres en que los Padres de la Compañía los habian criado, y como la cristiandad de aquellas partes está repartida en tres lu-

gares, que son Tigare y Dambea, que es la cabeza del imperio, y en otra ciudad que se dice Day, escribió el mismo sacerdote que en acabando de confesar á los de Tigare, iria á visitar y consolar á los que residian en las otras dos ciudades.

Tambien dió aviso que por la vía de Melinde no podrian pasar los Padres de la Compañía á Etiopía, por estar el camino lleno de cafres y salteadores, pero que podrian ir por un puerto que está cerca del estrecho, el cual se dice Bailur, que es del Dencaly, y que presentándole algo, seria cosa más fácil negociar con él la entrada. Este es el estado de la cristiandad y mision de Etiopía en el mes de Noviembre de 1599 (1).

CAPILULO XXVI

Del orígen y descendencia del rey de los mogoles (2) y su gran poder.

El año de 1580 partieron del colegio de Goa tres Padres á una mision que hicieron en el reino de los mogoles, y antes que se diga lo particular que en ella ha sucedido, será bien dar alguna noticia de esta tierra, sacada de la relacion que enviaron desde ella los mismos Padres el año 82.

Este grande emperador de los mogoles es descendiente del gran Tamorlan, y el sexto nieto suyo llámase Mahamet Celadin Equebar (3). La tierra de donde traen propiamente su orígen estos reyes se dice la provincia de Chacuata, que cae hacia el Septentrion entre los persas y tártaros, dejando la India á la parte de Levante, y aunque algunos tienen á esta gente por tártaros, y otros los llaman scitas ó partos, pero más propiamente son turcos, y así la lengua vulgar de esta nacion es turquesca, aunque algo diferenciada.

Tiene la provincia de Chacuata por vecinos á los tártaros, que por su propio nombre llaman los osbeguíes, cuyo primer rey se decia Cinguis, y el reino Samarquehan de Borcora. Entre estos dos reyes tan vecinos y sus descendientes hubo siempre muchas guerras, de manera que los descendientes de Cinguis Tártaro, hicieron retirar á los descendientes del Tamorlan hasta las tierras que llaman Cabul, y caen en los confines de Persia y de la India, dentro del rio Indo. Contra estos tártaros, que iban tan victoriosos, se levantaron poco despues los partos, que por otro nombre se dicen los patanes, y eran señores de los reinos de Bengala. Fueron tan valerosos y venturosos estos patanes, que echaron de sus tierras á los tártaros descendientes de Cinguis, y se apoderaron de la provincia de Indostan, que es muy grande y confina con la de Chacuata y con los reinos de Bengala.

Viéndose los descendientes del Tamorlan arrinconados en las tierras de Cabul, comenzaron á juntar gente contra los patanes que poseian sus tierras; y el abuelo de este, que ahora vive y se decia Baburja, fué tan valeroso capitan, que no sólo echó á los patanes de la provincia de Chacuata, sino que les ganó tambien la de Indostan, y los hizo retirar á los reinos de Bengala, que primero poseian. Muerto Baburja volvieron los patanes con grande ejército, y desposeyeron al hijo de lo que habia ganado su padre, haciéndole retirar otra vez á las tierras de Cabul. Viéndose este rey desposeido, pidió favor á otro rey de Persia vecino y amigo suyo, el cual le dió un valeroso capitan que tenia con 12.000 hombres, y con este socorro y la gente que recogió de su estado, se dió tan buena maña el hijo de Baburja, que volvió á cobrar todo lo perdido, y los patanes se hubieron de retirar á sus tierras de Bengala.

Muerto este rey, sucedió su hijo Celadin Equebar, que reinaba cuando fueron allá los Padres de la Compañía, el cual continuando la guerra contra los patanes, venció á su rey en una batalla, y él quedó por señor de la mayor parte de los reinos de Bengala, y de otros muchos que fué conquistando después, como eran los baloques, gazares y guzarates, que son moros, sin otros reyes gentiles de mayor cuantía, de manera que solian andar en la corte de este grande emperador 20 reyes vasallos suyos. Su riqueza es muy grande, porque las tierras que va ganando se quedan para él, y aunque las reparte entre algunos señores, es con grande pension y subsidio, y esto no dura más de por el tiempo que á él le da gusto, y cuando le parece las quita á los que las tienen y las da á otros.

Son estas provincias muy fértiles y ricas por el grande comercio que hay en ellas de drogas, especiería, piedras preciosas, metales de toda suerte, aljófar y algalia, paños y alhombras, brocados y terciopelos, y ropa de algodon, y caballos que traen en grande abundancia de Persia y Tartaria, y así es muy grande su riqueza y tesoro; pero no es menor su poder en cosas de guerra, porque tiene repartidos en sus tier-

(1) Aquí termina la primera y ménos feliz época de la mision de Etiopía. En 1602, un año despues de publicarse esta obra, logró por fin el P. Paez penetrar en Etiopía, donde, trabajando por espacio de diez y nueve años, levantó á grande altura aquella mision, que logró su mayor florecimiento en la primera mitad del siglo XVII. (N. del E.)

(2) Mudamos la ortografía de *Mogor*, diciendo *Mogol*. (Nota del editor.)

(3) Este nombre escriben otros *Akebar* ó *Akbar*. (N. del E.)

ras muchos capitanes de á 12 y 14.000 caballos, y grande número de elefantes, y donde él mismo reside tiene de ordinario 5.000 elefantes de pelea y 40.000 caballos. En una guerra que tuvo contra un hermano suyo, príncipe de Cabul, dejó en las fortalezas del reino de Cambaya 10.000 hombres, y en la ciudad de Pateful otros 12.000, y en los reinos de Bengala 20.000 caballos, y en las demás ciudades la guarnicion necesaria, y sin esta gente llevaba en su ejército 50.000 hombres de á caballo escogidos, y 500 elefantes de pelea, sin la infantería y bagaje, que era infinita.

CAPÍTULO XXVII

De algunas cosas particulares que tiene este emperador de los mogoles.

La habitacion antigua de estos reyes mogoles solia ser en la provincia de Indostan, en la ciudad llamada Delli. Mudóla este emperador á otra, por nombre Agra, y porque se le murieron allí dos hijos, edificó otra nueva y muy hermosa que se dice Pateful, y en ella asentó su corte, hizo para su morada unos palacios de grande riqueza, hermosura y fortaleza. Seria este emperador el año de 82, cuando estaban allí los Padres, de treinta y ocho á cuarenta años, de buena disposicion y presencia. Trae en la cabeza toca, conforme á la costumbre de aquella provincia, y en ella muchas sartas de perlas y piedras preciosas; parécele muy bien el hábito de los de Europa, y por su gusto suele ponérsele algunas veces dentro de su aposento. Muda cada dia la guarda y servicio de su casa; de suerte que luego vuelven á servir los mismos de ocho en ocho dias. Es muy sagaz y prudente y de grande ánimo, y aunque siempre conserva la gravedad de su persona, es muy llano y afable, y naturalmente piadoso. A un gobernador suyo y contador mayor que le habia sido traidor, tornó á admitir á su servicio como de antes, mas á la segunda vez le hizo ahorcar.

No sabe leer ni escribir, pero es muy curioso en saber cosas varias, y siempre tiene consigo hombres letrados, á los cuales hace que disputen en su presencia y cuenten historias, pareciéndole que con este ejercicio ordinario puede suplir la falta que tiene de letras. Es algo melancólico de su condicion natural, y á esta causa se entretiene con diversos ejercicios, como son ver pelear elefantes, camellos, búfalos y otras veces gusta de ver luchar y esgrimir. Tiene tambien para su entretenimiento elefantes y camellos que bailan y están enseñados en esto y en otras cosas semejantes, pero en medio de todas estas recreaciones, siempre está despachando negocios.

El modo que tiene para que puedan negociar con él es este: cada dia sale dos veces á un lugar donde puedan hablarle, y para esto tiene dos patios muy grandes y hermosos dentro de sus palacios, y en cada uno de ellos un estrado de grande riqueza. En el primer patio entra toda suerte de gente, y allí les da audiencia. En el segundo solos los capitanes, señores ó embajadores que vienen de otros diferentes reinos á negociar con él. Para estos negocios tiene ocho hombres de los más principales y privados suyos, los cuales reparte por los dias de la semana para que traigan las personas que le quieren hablar y tomen sus memoriales y sean como maestros de ceremonias para instruir á los que vienen de fuera en la cortesía y reverencia con que le han de tratar.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el emperador de los mogoles envió á Goa por algunos Padres de la Compañía.

Es este emperador de los mogoles muy curioso y deseoso de saber todas las cosas. Tuvo noticia que habia en sus reinos de Bengala un sacerdote cristiano, hombre virtuoso, y con intento de informarse de él qué ley era aquella, le hizo traer á su corte, porque habia oido muchas cosas de la ley de Cristo, y cuán extendida estaba por la India. Llegado este sacerdote á la ciudad de Pateful por el mes de Marzo de 1578, recibióle con mucha honra y díjole que le habia enviado á llamar para informarse de algunas cosas que le tenian dudoso y perplejo acerca de su ley y de la de los cristianos, y que así le rogaba le declarase lo que sentia de la una y de la otra sin ningun recelo, porque le prometia por su cabeza y por la vida de sus hijos, que nadie le enojaria ni haria agravio. Declaróle este sacerdote lo mejor que pudo las cosas de la religion cristiana y la poca sustancia que tenia la secta de Mahoma. Hiciéronle tanta fuerza algunas razones de las que este sacerdote le propuso, que dijo una noche á sus cadíes y sacerdotes: «Yo tengo de hacer lo que este Padre me enseña, que es rogar á Dios que me descubra el camino de la verdad.» Hallóse allí cuando dijo estas palabras su soldan de Moca, y díjole. «Señor, vuestra Alteza tiene muy buena ley, y no tiene para qué poner duda en ella.» Levantóse entónces el emperador diciendo, ayúdenos Dios, ayúdenos

Dios, como hombre que no tenia entera satisfaccion de su ley y deseaba tener conocimiento de la ley de Dios. Pocos dias despues pidió el emperador á este sacerdote que le enseñase á leer y hablar portugués, porque lo deseaba mucho para entender mejor la doctrina cristiana. El lo hizo con todo cuidado, y la primera cosa que le enseñó fué pronunciar el nombre de Jesus. Tomóle el emperador con tanto gusto, que lo andaba repitiendo muchas veces por su casa.

Estaban disputando una noche este sacerdote y algunos cadíes moros, oyéndolos el rey desde su aposento, y en el discurso de la disputa vino á decirles el sacerdote que la ley de Mahoma toda era mentiras y falsedades. Alteráronse de esto tanto los moros, que pusieran en él las manos si no saliera el emperador y los sosegara, diciendo que era cosa muy ordinaria entre los que disputaban tener su opinion por la verdadera y la contraria por falsa. Entre otras pláticas que este sacerdote tuvo con el emperador, vino una vez á tratar de los Padres de la Compañía que residian en el colegio de San Pablo de Goa, y del fruto que habian hecho en la India, y que si los comunicase le darian muy entera satisfaccion de cuanto deseaba saber acerca de la religion cristiana; porque era gente de más letras que no él. Creció le al emperador con esta relacion el deseo de enviar por los Padres para informarse más enteramente de la ley de los cristianos, y para sólo este efecto despachó luego un embajador á la India con una carta para los Padres de la Compañía, la cual traducida en nuestra lengua dice así:

Firman de Zeladin Mahamet Equebar.

Principales Padres de la Órden de San Pablo: Sepan que soy grande amigo suyo, envio á Ebadola, embajador, y á Domingo Briz, intérprete, para pedir que me envien con ellos dos Padres letrados y traigan los libros de la ley más principales y los Evangelios; porque deseo muy de corazon saber esta ley y la perfeccion de ella, y pídoles mucho que no dejen de venir con los mismos embajadores, luego que allá llegaren, y sepan que los Padres que vinieren serán recibidos de mí con toda honra y yo gustaré mucho de su venida, y después que fuere informado de la ley y de su perfeccion, como deseo, ellos se podrán volver cada vez que quisieren y yo los enviaré con mucha honra y cortesía, y no tengan temor de venir, porque yo los tomo debajo de mi amparo.

CAPITULO XXIX

Cómo llegaron á Pateful los tres Padres que fueron señalados para esta mision, y las disputas que tuvieron con los cadíes (1).

Llegados á Goa el embajador y su intérprete con la carta del emperador, fué muy particular el consuelo y alegría de los Padres de aquel colegio de San Pablo, viendo la puerta que nuestro Señor abria en aquellos reinos para la manifestacion de su santa ley. Señaló para esta mision el P. Provincial de la India tres Padres; el primero fué el P. Rodolfo Aquaviva, que despues fué martirizado en Salsete, como en el segundo libro queda dicho; el segundo fué el P. Antonio de Monserrate, que tambien estuvo despues cautivo seis años yendo á Etiopía; el tercero fué el P. Francisco Enriquez.

Partieron todos de Goa en compañía del embajador y llegaron á la corte del gran Mogol, que estaba en Pateful, á los 28 de Febrero de 1580. Era tanto el deseo con que los esperaba el emperador, que contaba los dias y preguntaba muchas veces cuándo habian de llegar, y cuando supo que estaban en la ciudad, mandó que fuesen luego á palacio, donde los recibió con mucha honra y muestras de amor, deteniéndolos en diversas preguntas hasta que ya era bien noche. Antes de despedirlos mandó traer gran cantidad de dinero para su gasto; mas no quisieron los Padres aceptarlo, contentándose con el cuidado que su Alteza tenia de que se les diese lo necesario. Edificóse mucho el emperador de que hubiesen menospreciado el dinero que les habia ofrecido, y por buen rato estuvo hablando de ello con sus caballeros, repitiéndolo muchas veces. Volvieron á visitarle el dia siguiente, y recibiólos con el mismo gusto; mostró deseo de ver los libros que traian de la ley de Dios, y así le sacaron la Biblia, que consigo llevaban en cuatro cuerpos. Tomó el emperador cada libro de aquellos con mucha reverencia; besándole y poniéndole sobre su cabeza, preguntó cuál de aquellos era el de los Evangelios; mostráronsele, y tornó á mirarle con particular atencion y le hizo nueva reverencia.

Habiendo visto los libros, entróse con los Padres en su aposento y mandó llamar á sus cadíes para que disputasen en su presencia sobre cuál era la escritura cierta y verdadera, á la cual

(1) *Caciques* escribe el P. Guzman en este y en los capítulos siguientes, pero suponemos que será uno de tantos yerros de imprenta como tiene la edicion de Alcalá. Sin embargo lo hemos querido advertir, por si acaso nos equivocamos nosotros.

se habia de dar crédito. Comenzaron los Padres á probar la autoridad y certidumbre de la Escritura divina y á mostrar juntamente las falsedades y mentiras que tenia su *Alcoran*, y esto con razones tan eficaces, que los cadíes quedaron atajados y confundidos sin poder responder palabra, y el emperador muy satisfecho de lo que habia oido, y así dijo después á los Padres que le parecia bien su ley; mas que deseaba le declarasen el misterio de la Santísima Trinidad y cómo Dios tenia hijo y se habia hecho hombre, porque estas eran las mayores dificultades que tenia. Diéronle los Padres razon de todo, de manera que mostró quedar con satisfaccion de la noticia que le habian dado de estos misterios, y avisóles que hablasen de allí adelante con recato delante de los moros, porque no podian oir tan buena doctrina como les predicaban.

Traian los Padres trasladado el Alcoran de Mahoma para poder declarar y confutar mejor sus falsedades y mostrar con evidencia sus mentiras y contradicciones; sirvióles esto mucho para adelante, porque de ahí á tres dias tuvieron otra disputa sobre el paraíso de Mahoma, pero eran tales las razones con que los Padres le impugnaron, que no supieron responder los cadíes. Quiso el emperador ayudarlos, viéndolos tan corridos y afrentados, y procuró con algunas razones aparentes sustentar lo que ellos afirmaban, mas tampoco pudo él satisfacer á las razones que los Padres le hicieron. Juéves siguiente tuvieron la tercera disputa; tratóse en ella del Alcoran, de la soberbia de Mahoma y su mala vida y costumbres, contraponiendo á todo esto la santidad y pureza de la vida de Cristo, la verdad de su doctrina y la muchedumbre de milagros con que la confirmó, y fué tal la confusion con que salieron los cadíes de esta disputa, que no se atrevieron de allí adelante á tener otra con los Padres, á los cuales mostraba el emperador cada dia más amor y voluntad, y decia que deseaba hubiese iglesias en sus tierras, y pues tenian los gentiles sus templos y pagodes en que adoraban á sus ídolos, no era fuera de razon que tuviesen tambien los cristianos iglesias y templos en que adorasen á su Dios.

CAPÍTULO XXX

Cómo los Padres hablaron al emperador para saber su última determinacion.

Pasados algunos dias pareció á los Padres que seria bien entender el efecto que habian hecho en el emperador las disputas pasadas y la determinacion que tenia de hacerse cristiano. Fuerónse á palacio con ocasion de visitarle, y el emperador les recibió con su acostumbrada benignidad. Suplicáronle fuese servido de oirles aparte lo que deseaban tratar con su Alteza; dijo que era muy contento, y entróse con ellos en su aposento.

Comenzó entónces el P. Rodolfo, como Superior que era de los demás, su razonamiento en esta forma: «Vuestra Alteza envió una carta á nuestro P. Provincial, en que le pedia algunos Padres para que le declarasen la ley de Dios, y él nos envió á todos tres; llegamos aquí muy contentos y alegres por habernos traido nuestro Señor delante de un príncipe tan poderoso y tan deseoso de saber su santa ley. Acrecentósenos esta alegría con decirnos vuestra Alteza que no deseaba otra cosa más que saber cuál era la verdadera ley, para recibirla. Esto nos ha puesto en obligacion de pensar de dia y de noche, cómo podremos alcanzar el fin con que hemos venido, y así lo hemos encomendado á nuestro Señor como negocio de tanta importancia, acordándonos de aquellas parábolas del Evangelio, del Rey que quiere hacer guerra, y del otro que quiere comenzar un grande edificio; nos ha parecido á todos tres que para el acrecentamiento de la vida y estado de vuestra Alteza y seguridad de sus tierras y provecho de muchas almas, convendria que vuestra Alteza oyese despacio la ley de Dios, y entendiendo ser la verdadera, holgase de recibirla y que se predicase en sus reinos.»

Respondió el emperador á esto, que todo el negocio estaba en la mano de Dios, el cual era poderoso para hacer lo que ellos deseaban, y que de su parte él no deseaba otra cosa tanto en este mundo. Dió á entender en el discurso de su plática, que tenia algunas causas particulares de presente para no hacerse luego cristiano.

Volvió el Padre á visitarle otra vez y darle las buenas pascuas por ser víspera de la Resurreccion de Cristo nuestro Señor. Holgóse mucho con él y detúvole hasta bien de noche, preguntándole muy en particular aquel misterio y el modo que tenian los cristianos en hacer oracion. Entendió el emperador que la casa en que vivian los Padres era de algun ruido y desasosiego para religiosos, y mandó que los aposentasen en otras muy buenas que estaban dentro de la cerca de su palacio, y esto lo hizo tambien por tenerlos más á mano para comunicar con ellos cuando le diesen lugar otros negocios.

Aderezaron los Padres en esta casa un oratorio, lo mejor que pudieron, para decir Misa; fuélos á visitar el emperador cuando supo que es-

taban acomodados en ella; entró dentro del oratorio y estuvo hincado de rodillas delante de una imágen de nuestra Señora que los Padres tenian en su altar por buen rato. De ahí á tres ó cuatro dias volvió segunda vez á verlos, y traia consigo á los príncipes, que eran tres hijos. Venian con ellos su gobernador mayor y otros muchos señores y capitanes, y para entrar en la capilla se quitó esta vez los zapatos y lo mismo hicieron todos los demás. Estando dentro mandó á sus hijos que hiciesen mucha reverencia á la imágen, y por su ejemplo y de los príncipes se hincaron tambien de rodillas aquellos señores y capitanes que habian entrado en su compañía. Uno de estos admirado de ver la imágen, dijo que bien parecia Reina del cielo asentada en su trono real. El emperador dijo que tenia razon, y comenzó á loarla mucho. Entendieron los Padres que habia gustado de ella, porque volvió á mirarla dos ó tres veces, y así le suplicaron que la recibiese y pusiese en su casa con la decencia que á tal Señora convenia. Holgó en extremo con este don y mandó luego aderezar riquísimamente una pieza en su palacio donde estuviese, y el dia siguiente la mostró á todos los señores y capitanes de su corte que estaban juntos en el patio, y mandó á ellos y á toda la demás gente que allí habia, que se hincasen de rodillas y la adorasen.

Contentábale mucho la pobreza y castidad que guardan los religiosos, y el menosprecio que veia en ellos de las cosas del mundo, y dijo que los tenian envidia; preguntó una vez, si un hombre después de casado y tener hijos dejase el mundo, podria merecer tanto como otro que le hubiese dejado siendo de poca edad. Hablando en otra ocasion dijo que aquel se podria decir que amaba de veras á Dios, que deja por servirle la mujer é hijos y todo el mundo. Preguntó otra vez, que por qué no le instruian los Padres en la religion cristiana. Respondiéronle que ninguna otra cosa deseaban tanto como enseñársela muy en particular, pues habian venido de tan léjos para eso, pero que era necesario tomase su Alteza tiempo cierto y desocupado para oir continuadamente. Trujéronle para esto por ejemplo algunos reyes y señores de Japon, que por no tener lugar de dia con sus ordinarias ocupaciones, gastaban parte de la noche con los Padres para que los enseñasen, y que allí los tenia su Alteza muy aparejados para venir de dia y de noche á servirle si gustase de oir la ley de Dios de propósito y no á pedazos como hasta allí. Dijo que tenian razon los Padres, y dió muestras de aprovecharse del consejo que le daban.

CAPÍTULO XXXI

De las buenas esperanzas que hubo de convertirse este emperador, y después se resfrió en sus buenos propósitos.

Grandes eran las esperanzas que tenian los Padres de la conversion de este emperador, viendo el amor que les mostraba, el gusto con que oia las cosas de Dios, y la particular devocion que mostraba á Cristo nuestro Señor y á la Vírgen su Madre. Ayudaba tambien para esto que uno de sus sacerdotes, que era como capellan mayor, y muy privado del mismo emperador, holgaba de que le declarasen los Padres de la ley de Dios, para poder dar razon de ella delante del emperador y de los demás sacerdotes y compañeros suyos, y mostraba deseo de favorecer este negocio; y por haber conocido el emperador esta buena voluntad en él, habia dicho á los Padres que podian tratar con este sacerdote, que se decia Abdulfasil, todos los negocios que tuviesen, como con su misma persona, y la misma buena voluntad mostraba otro cacique que era médico del emperador, y los dos ayudaban y favorecian á los Padres en todas las ocasiones que se ofrecian. Crecia con esto cada dia en el emperador la aficion á la ley de Dios, y gustaba de que se hiciesen cristianos algunos de sus vasallos, y dió licencia á los Padres para que bautizasen á cuantos quisiesen serlo, y aun para animar á otros que pasasen adelante con sus buenos deseos. Viendo á uno de los que se habian bautizado, le recibió por criado suyo y envió á decir á los Padres con el sacerdote Abdulfasil, que convirtiesen cuantos pudiesen, y que si alguno les pusiese impedimento, se lo avisasen, porque lo mandaria castigar con mucho rigor. Tambien les dió licencia para que hiciesen un hospital donde se curasen los enfermos; porque con esta obra de piedad se movian muchos á recibir la ley de Dios. Con esta buena voluntad y favor que hallaban y veian en el emperador sus vasallos, comenzaron muchos á desear hacerse cristianos, y tenian los Padres bien que hacer en catequizarlos.

Mas como es propio del demonio hacer su oficio en semejantes ocasiones, revolvió los negocios de manera que los cadíes y moros que hasta entónces no habian tenido mano ni entrada con el emperador, de allí adelante tuviesen con él crédito y autoridad; porque en el tiempo y ocasion que él mostraba más favor á los cristianos, y parecia estar más cerca de serlo, sucedió que se levantaron los patanes en Bengala, y

matando al virey se tornaron á hacer señores de todo el reino. Lo cual interpretaron los cadíes y sacerdotes ser castigo del cielo, porque desamparaba la ley y religion que sus antepasados tanto habian favorecido. Añadian á esto que los patanes se querian confederar con su hermano el príncipe de Cabul para quitarle el imperio, porque dejaba su ley. Estas y otras muchas cosas que supieron decirle los cadíes, fueron bastantes para que el emperador se fuese retirando poco á poco de los Padres, y resfriando en la aficion que ántes mostraba á la religion cristiana. De manera que yendo los Padres á visitarle y consolarle de la pérdida del reino de Bengala, no quiso verlos, y en más de un mes ni los vió ni los envió á llamar.

Viendo los Padres tan grande mudanza en el emperador, hablaron al sacerdote Abdulfasil, para que dijese á su Alteza, cómo habia tantos dias que no trataban de la ley de Dios, que le suplicaban continuase como habia comenzado; porque ellos estaban allí ociosos y sin hacer nada. Con este recaudo que le dió su capellan, pasados algunos dias tornó á llamar los Padres; pero todo fué preguntar algunas cosas de curiosidad más que de provecho. Al cabo de la plática les dijo, cómo un grande letrado de su secta queria entrar en el fuego con su Alcoran, que si querian entrar ellos tambien con el Evangelio. Respondiéronle los Padres á esto, que si el entrar en el fuego era para averiguar la verdad de su ley; por las disputas pasadas habia ya entendido su Alteza cuanta diferencia habia de la una á la otra, y que este era el camino que Dios nuestro Señor enseñaba á los hombres, para averiguar las cosas dudosas, y que pues ellos habian dado razon de la ley de Cristo, diesen sus sacerdotes de la de Mahoma, y cuando por ella no se averiguase muy claramente ser la ley de Dios la cierta y verdadera, ellos estaban aparejados no sólo para entrar en el fuego, sino tambien para dar su vida en testimonio de aquella verdad.

Quedó el emperador con esto satisfecho, y los Padres le tornaron á suplicar que quisiese señalar dia para que hubiese disputa pública con sus sacerdotes, sino estaba con entera satisfaccion de la verdad de la religion cristiana. Hiciéronle en esto tanta instancia que hubo de señalar para ella el sábado siguiente. Llegado este dia fueron los Padres á palacio á la hora señalada, mas el emperador como tenia poca gana de la disputa, puso achaques y excusas para no hallarse presente, temiendo la confusion de sus sacerdotes; aunque echando de ver la falta en que habia caido, dijo que se tornasen á juntar para el lúnes. Halláronse en esta disputa muchos cadíes y capitanes, y otros señores de la corte. Apretaron tanto en ella los Padres con sus razones á los cadíes, que hubo de volver el emperador muchas veces por ellos en defensa de Mahoma y de su ley; pero ni él ni ellos pudieron dar razon, ni sustentar lo que decian.

CAPÍTULO XXXII

Cómo los Padres dieron á entender al emperador que se querian volver á Goa y lo que de esto resultó.

Quedaron los Padres de la disputa pasada algo más desengañados de la mudanza del emperador, viendo cuán de veras defendia á sus sacerdotes y la ley de Mahoma, y para acabarse de resolver en lo que debian hacer, les pareció que convenia hablarle segunda vez, y más claro que la primera, y con buena ocasion que se ofreció para ello dijo el P. Rodolfo al emperador un dia, que aunque sabia el deseo que tenia su Alteza de oir la ley de Dios, y que en muchas cosas disimulaba por no disgustar del todo á sus sacerdotes ni alborotarlos, pues su trabajo y predicacion por entónces no era de tanto fruto en aquella corte, como lo podria ser en otras partes donde habia mucha necesidad, dándoles su Alteza licencia, se volverian para la India. Respondió el emperador que él se holgaba mucho de que estuviesen los Padres en su corte, y el decirle aquello era buscar ocasion para irse. Tornóle á replicar el Padre, que su Alteza veria por la obra el deseo que tenian de servirle y el gusto con que estaban en sus tierras, si se dispusiese á querer oir continuadamente la ley de Dios.

No quiso responder á esto el emperador, antes mostrando algun sentimiento de haberle dicho que se querian volver á la India, se retiró á su aposento sin decirles nada. Deseando ellos certificarse más de este negocio, hablaron con el sacerdote Abdulfasil, preguntándole qué intento tenia el emperador en que estuviesen los Padres en su corte, pues no determinaba hacerse cristiano. Díjoles este sacerdote que como el emperador era tan gran señor y deseaba saber muchas cosas, gustaba de tener en su corte gente de muchas naciones, y particularmente se holgaba con los Padres, porque le contentaba más su vida y doctrina que ninguna otra; tambien les dijo que el dia antes habia tomado la Biblia, y puéstola con grande reverencia sobre su cabeza, lo cual no habia hecho con un libro del Alcoran que el mismo dia le habian presentado muy ricamente aderezado.

Andaban probando los Padres todos los medios que podian para tornar á aficionar al emperador á la ley de Dios como al principio estaba, y cuando les pareció que se le habia pasado el enojo y sentimiento que tuvo, le dijeron si era servido que enseñasen á los príncipes sus hijos la lengua portuguesa. Él dijo que holgaba mucho de ello, tomó este cuidado el P. Antonio Monserrate, y fué un medio harto eficaz para volver en su gracia, porque con esta ocasion pasaba el emperador muchas veces á ver lo que deprendian sus hijos, y tornó á trabar amistad con los Padres y mostrarles el amor que de antes. Verdad es que cuando le metian en plática la ley de Dios, no lo oia con el gusto que solia, y la causa de esto era la grande impresion que hicieron en su corazon las razones de los cadíes cuando sucedió lo de Bengala, y el temor que le pusieron de su hermano el príncipe de Cabul. Pero la segunda y más principal causa era que aunque tenia convencido el entendimiento con la verdad de la doctrina del Evangelio, estaba por otra parte tan entregado á sus regalos y pasatiempos, y tan lleno de negocios, y su madre y mujeres y sacerdotes continuamente persuadiéndole para que no se hiciese cristiano, que todas estas cosas juntas no dejaban crecer la semilla del buen deseo que nuestro Señor habia sembrado en su corazon.

Estando las cosas en esta disposicion, les llegó á los Padres una carta del P. Provincial, y por ella enviaba á llamar al P. Rodolfo, porque tenia necesidad de él en la India. Fué el Padre con esta carta á dar cuenta al emperador del órden que le habia llegado de su Superior y á pedirle licencia para partirse. Mostró el emperador en esta ocasion bien el amor y estima que tenia del P. Rodolfo, porque entre otras razones que le dijo fueron estas palabras: «Padre, yo te amo mucho y me huelgo grandemente con tu amistad, porque tú me has hecho entender muchas cosas y me satisfacen más que cuantas á otros he oido, y por eso si tú te quieres ir yo no te haré fuerza, mas en ninguna manera lo harás con mi beneplácito, y si tu me dejares, ese pecado cáerá sobre tu cabeza.» Respondióle á esto el Padre, que en su lugar vendrian otros Padres muy doctos y santos y muy á su gusto, mas el emperador con algun sentimiento tornó á responderle: «Deja, Padre, esas razones, que en ninguna manera consentiré que te vayas, á lo ménos con mi voluntad.» Estaban presentes á esta plática algunos señores de los principales de su imperio, y todos importunaban al emperador que en ninguna manera consintiese que el Padre se fuese de aquella corte. Viendo el P. Rodolfo así el sentimiento que mostraba el emperador por su partida, como el gusto de todos de que se quedase, le pareció hacerlo por no disgustar tanto al emperador en aquella ocasion.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo últimamente se volvieron los Padres á Goa viendo el poco fruto que allí hacian.

Estimó el emperador mucho que se hubiese quedado el P. Rodolfo en la corte por su respeto, y desde aquel dia le mostró más particular amistad y amor y tornó á tratarle con la familiaridad que solia, y aun dió esperanzas de oir muy de propósito la ley de Dios; y con esto se iban aficionando algunos caballeros y señores principales á oir los sermones.

Como los cadíes entendieron que el Padre tornaba á la primera amistad con el emperador, temiendo que si pasaba adelante él y los demas señores y capitanes se habian de hacer cristianos, porque siempre habian conocido en él mucha aficion á la ley de Dios y á los Padres, comenzaron á tener entrañable odio y aborrecimiento al P. Rodolfo, pareciéndoles que él habia trocado el corazon del emperador, y al cabo haria de él lo que quisiese. Vino á entender el emperador este disgusto que tenian los cadíes con el P. Rodolfo, y díjole un dia: «Estos sacerdotes son muy malos y traidores, y por eso te quiero dar algunos criados mios que te guarden y acompañen, porque no te hagan algun agravio.» Respondióle á esto el Padre, «Ya sabe vuestra Alteza que cuando nos envió á llamar para que viniésemos á su corte, el virey de la India quiso pedirle rehenes para nuestra seguridad, y nosotros no lo consentimos; porque nuestra gloria es morir por la verdad que predicamos, y así temo que dándome vuestra Alteza estos hombres para mi guarda, se me disminuirá la confianza que hasta ahora tengo puesta en Dios nuestro Señor.» Dijo el emperador: «Tú por cierto haces bien en eso, mas yo estoy obligado á hacer esto otro, porque te recibí debajo de mi palabra.» Este razonamiento que tuvo el emperador con el P. Rodolfo, contaba él despues delante de muchos señores y grandes de su imperio, diciendo que sus sacerdotes no tenian tal ánimo para morir por su ley, como los Padres que estaban aparejados á dar la vida por defensa de la que enseñaban.

Insistia mucho el P. Rodolfo con el emperador en que se acabase de resolver en ser cristiano; porque viéndole á él sus vasallos tan perplejo en aceptar la ley de Dios, tampoco se deter-

minaban ellos á recibirla; pero por mucho que con él trabajó nunca pudo persuadirle á que se bautizase, pareciéndole que se obligaba á dejar las muchas mujeres y otros vicios que tenia, los cuales no se compadecian con la ley de Cristo. Enfermó en este tiempo el P. Rodolfo de unas calenturas tan recias y ardientes que pusieron su vida en mucho peligro; pero guardábale nuestro Señor para darle poco después la corona del martirio en la isla de Salsete, y así, aunque escapó con la vida, quedó tan flaco y debilitado y convalecia tan mal en aquella tierra, que fué necesario para cobrar salud volverse á la India con órden expreso que tuvo para ello del P. Provincial. Ayudó á esto ver la poca esperanza que por entónces habia de la conversion del emperador ni de sus vasallos, habiendo estado tres años en su corte y probado todos los medios posibles y á esta causa se volvieron todos tres á Goa con ocasion de llevar al P. Rodolfo para que cobrase salud.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo el emperador de los mogoles envió segunda vez á Goa á pedir Padres de la Compañía.

Vueltos los Padres de la corte del gran Mogol, pasados siete ó ocho años, usando nuestro Señor de su acostumbrada misericordia, tornó á despertar en el corazon de este emperador los santos deseos que habia puesto en él, con grandes muestras y señales de querer recibir la ley de Dios y hacerse cristiano; porque el dia de la Asuncion de nuestra Señora hizo una muy solemne fiesta y sacó en ella la imágen que el P. Rodolfo le habia dado, y puesta en un lugar muy alto que de propósito mandó aderezar para solo esto, hizo que todos la adorasen y reverenciasen, y el primero fué su hijo mayor y heredero de quien decian que tenia el mismo deseo de su padre, y á los que este dia más se señalaron en hacer reverencia á nuestra Señora los hizo caballeros de su casa y corte. Tambien dió otra muy grande demostracion en esta conyuntura; porque de las mezquitas y templos de Mahoma que habia en la ciudad, hizo caballerizas para sus elefantes y mandó derribar los *alcoranes*, que son unas torres de donde suelen los cadíes invocar á Mahoma con grandes voces, y porque uno de los mayores impedimentos que tuvo la vez para ser cristiano, eran las muchas mujeres que tenia, antes de enviar á llamar los Padres las dejó todas, quedándose con una sola y casando las demas con algunos señores principales de sus reinos.

Mandó tambien pregonar publicamente que ningun moro circuncidase sus hijos hasta que fuesen de edad de quince años, para que pudiesen escoger entónces la ley que más les contentase. Hecho esto envió un subdiácono griego llamado D. Leon Grimon por su embajador á Goa con cartas y presentes pidiendo algunos Padres de la Compañía. A este mismo subdiácono dió 5.000 escudos para que los repartiese en Goa entre los pobres cristianos, y proponiéndole D. Leon que era mejor dar aquel dinero á pobres de su imperio, respondió que en ninguna manera queria se diesen á los que eran esclavos del demonio, sino á los cristianos que eran hijos y siervos de Dios, y para que los Padres pudiesen venir con toda seguridad y comodidad por sus tierras, dió á este embajador una provision para el virey de Cambaya y los demás gobernadores de sus reinos en la forma siguiente:

Mandamiento del excelso Mahometo, rey grande y señor de la Fosliera: A todos los capitanes, vireyes, gobernadores, rectores y otros oficiales de mi Estado, hágoos saber, que yo he hecho mucha honra y usado de grande cortesía con D. Leon Grimon, y así quiero que lo hagan de la misma manera todos los capitanes de mi reino; porque ahora por su medio espero otros Padres muy doctos que he enviado á llamar á Goa; en los cuales confío, que de muerte me tornáran á vida con su buena doctrina, así como su Maestro Jesucristo viniendo del cielo á la tierra, dió la vida á muchos, resucitándolos de muerte á vida, para lo cual envio á llamar uno de estos Padres que sea el mayor letrado y virtuoso entre ellos; del cual quiero ser informado de la ley de los cristianos y de los caminos reales, por los cuales ellos caminan á Dios.

Por tanto, mando á los sobredichos mis oficiales, que así á D. Leon Grimon, como á estos Padres que envio á llamar, hagan en todas las ciudades de mis reinos, por donde han de pasar, mucha honra y caricias, dándoles compañía de soldados que los aseguren por todo el viaje de una ciudad á otra. Darles han tambien todo lo necesario, así para sus personas, como para sus cabalgaduras; y otras cualesquiera cosas que hayan menester á costa mia, y serán obligados á traérmelos sanos y salvos y sin peligro de las cosas que traen consigo. Obligo asimismo á mi capitan Canchena, que él los entregue al capitan Raiza, el cual con todos los demás capitanes harán lo mismo, hasta que lleguen á mi corte, y mando al capitan Camboyeta que les dé todo lo necesario, así para la venida como para la vuelta. Mando tambien á los oficiales de mis aduanas que no pidan cosa alguna de los dichos

Padres, por las cosas que trujeren consigo, porque quejándose ellos en alguna manera de vosotros oficiales, os haremos castigar severamente y aun cortar la cabeza.

Por lo cual mando que se cumpla cuanto se contiene en este mi mandamiento, tanto acerca de sus personas como de sus cosas, para que así puedan pasar libremente por todas las mis ciudades, sin pagar tributo alguno y sean acompañados de buena guardia por todo el viaje, desde Cambieta á la ciudad de Amanabad, y de esta á la de Paran, y desde ahí á Gelú, y de Gelú á Guipar, y de Guipar á Bicanel, y de esta á Bitacel, de Bitacel á Multun, de Multun á Lahor nuestra residencia; por ser este el camino, por el cual mando que vengan los dichos Padres, los cuales espero en Dios que llegarán con salud á esta corte, donde de mi y de los mios seran recibidos conforme á su merecimiento.

Llegado á Goa el embajador D. Leon Grimon, dió á los Padres una carta que traia del emperador, la cual traducida en nuestra lengua, dice así:

Excelso é invicto Equebar.

A los recibidos en la gracia de Dios, y que han gustado de su espíritu, y á los obedientes al espíritu del Mesías, y que encaminan los hombres en el camino de Dios. Vosotros, Padres inteligentes, cuyas palabras entienden y reciben todos como de personas apartadas del mundo, que habeis desamparado todas las honras y grandezas. Padres que andais por buenos caminos, hago saber á vuestras reverencias, que yo he entendido todas las leyes del mundo, así de gentiles de varias sectas, como de moros, sacando la de Cristo que es la de Dios, y por tal conocida y platicada, y como yo siento inclinacion á la amistad y conversacion de los Padres, deseo que de ellos me sea enseñada esta ley. Ahora ha llegado á esta nuestra corte y palacio real, D. Leon Grimon, hombre de mucha reputacion, de buen discurso. Preguntéle algunas cosas y respondióme muy á propósito, quedando de sus respuestas nosotros y nuestros doctores muy satisfechos. Él me afirmó que en la India se hallan muchos Padres de doctrina y prudencia no vulgar: lo cual si es así, en recibiendo vuestras reverencias esta mi letra, podrian venir con mucha voluntad y confianza á esta corte, para que disputando con mis doctores, pueda yo hacer comparacion de su sabiduría, y ver las cualidades de los unos y de los otros, y la ventaja que hacen los Padres á estos mis sacerdotes ó doctores que nosotros llamamos, y por este modo puedan ellos entender la verdad, y queriendo estar en esta corte, les haré edificar estancias, en las cuales vivan con más honra y favor que ningun otro Padre hasta ahora haya estado en estas partes, y queriendo después tornarse los dejaré ir libremente, y los enviaré con la misma honra; por lo cual deben cumplir, cuanto yo les pido por la presente escrita en el principio de la luna de Junio.»

Leida esta carta, y entendido del mismo embajador la buena disposicion que habia en el emperador para oir la ley de Dios, señaló el P. Provincial á los PP. Duarte y Cristóbal de Vega con un Hermano, para que fuesen á la corte del gran Mogol, y continuasen la mision que el P. Rodolfo Aquaviva con sus compañeros habia comenzado.

Partidos de Goa estos Padres, llegaron á la corte del emperador el año de 1591. Recibiólos con muestras de mucho contento y alegría, aposentándolos en su espacio, y haciéndoles toda honra y cortesía. Dió luego órden que se hiciese una escuela, en que los Padres enseñasen á leer y escribir en portugués á los hijos de los principales señores y capitanes de su corte, y con ellos á los príncipes sus hijos y á otro sobrino suyo. Detuviéronse estos Padres en la corte algun tiempo, entretenidos con buenas esperanzas como los primeros, pero al fin se volvieron segunda vez á Goa, sin hacer cosa de importancia, ni acabar de resolverse el emperador en recibir la ley de Dios, que por una parte su propia conciencia y el conocimiento que Dios le habia dado, le hacian fuerza y parecia que estaba convencido de la verdad, pero por otra sentia en sí grande flaqueza para inclinar su voluntad al yugo y obediencia de la ley de Dios, y á dejar las costumbres con que se habia criado; cumplíase bien en este emperador lo que dice Isaías, cap. XXXVII: *Venerunt filii usque ad partum, sed virtus non est pariendi.*

CAPÍTULO XXXV

Cómo partieron la tercera vez para la corte del gran Mogol los PP. Jerónimo Javier y el P. Manuel Pineiro y el H. Benito de Goes, y lo que en el camino les sucedió antes de llegar á la corte.

Dos veces habian ido los Padres de la Compañía á la corte del gran Mogol, y se habian vuelto con poco fruto. Tornó tercera vez este grande emperador á hacer instancia para que fuesen algunos Padres, y sobre esto escribió al

visorey de la India y al P. Provincial de la Compañía, y envió su embajador como las dos veces primeras, y con muchas promesas y ofertas, y aunque parecia que la experiencia de lo pasado quitaba la esperanza de hacerse fruto esta tercera, pero considerando que la mano del Señor no está abreviada para comunicar sus misericordias, cuando él fuere servido, y que tiene en ella el corazon de los reyes, pareció que no convenia negar tan justa peticion á quien con tantas veras la pedia y deseaba, y así fueron señalados para esta mision el P. Jerónimo Javier, (1) Prepósito que entónces era de la Casa Profesa de Goa, y el P. Manuel Pineiro y el H. Benito de Goes.

Partieron todos de Goa en compañía del embajador, y tomaron su viaje derecho á la ciudad de Daman, y desde allí pasaron á Cambaya, donde llegaron el año de 1595, antes de la fiesta del santo Nacimiento; y por haberse de detener allí algunos dias, compusieron luego su altar en la casa que tenian, para celebrar aquel soberano misterio lo mejor que pudiesen.

La causa de detenerse los Padres fué, por esperar compañía de gente (como se acostumbra en aquella tierra) para pasar los desiertos con seguridad, y porque estaba cerca de Amadabad, ciudad principal de Cambaya, con su ejército el hijo segundo del gran Mogol, á quien su padre enviaba á cierta guerra, y no era justo pasar de allí sin verle. Aderezaron, pues, los Padres su capilla lo mejor que pudieron para aquella fiesta, y como á cosa nueva concurrieron no sólo los portugueses que por allí habia, que serian más de 100, sino tambien los moros y gentiles, los cuales decian con grande admiracion «aquí está Dios,» y puestos de rodillas adoraban al santo Niño que estaba en un portalico, besando sus piés, que no era pequeña alegría para los Padres ver que nuestro Señor fuese adorado, de los que aún no habian recibido su santa ley.

Soldan Moraz, hijo segundo del gran Mogol, como supo que los Padres eran llegados á Cambaya, les envió á decir que fuesen á su fortaleza, porque los querian ver, y para solo esto vino desde el ejército que tenia alojado fuera de la ciudad. Recibiólos con muestras de mucho amor como lo pudiera hacer su padre, y el dia de la Circuncision los envió á llamar otra vez antes de partirse con su campo. Fueron los Padres á visitarle esta segunda vez á su mismo real á tiempo que sus capitanes y caballeros venian á darle los buenos dias, y él estaba en un lugar donde pudiese ser visto de todos. Llegaron los Padres é hicieron su comedimiento, y recibiólos aún con mayor muestras de benevolencia que la primera vez, platicando con ellos y preguntando cosas de otros reinos, y de esta manera fué hasta subir en su caballo para irse de camino á la guerra. Llevaba este príncipe en su ejército 25.000 caballos y 400 elefantes de pelea, 700 dromedarios y camellos, y 4.000 bueyes y 15 piezas de artillería.

En los dias que se detuvieron los Padres en Cambaya, echaron de ver la buena disposicion que hay en aquella tierra para predicarse en ella la ley de Dios, porque son estos gentiles gente muy piadosa, devota y deseosa de su salvacion, y tan limosnera que en sólo un dia, que fué á 8 de Enero de 95, se dieron de limosna en aquella ciudad más de 25 000 pardaos, porque habia hombre que daba 5.000 y otros 3.000, porque Dios los llevase á la gloria, y por el mismo fin hacian muchas penitencias y romerías, y cuando allí estuvieron los Padres, se averiguó que habian partido en peregrinacion al rio Ganjes de diversas partes de aquel reino más de 20.000 personas, porque tienen por bienaventurado el que se baña en este rio, y si estando alguno para morir bebe su agua, le parece que va seguro de su salvacion.

Algunos gentiles y hombres principales de esta ciudad decian al P. Jerónimo Javier, que si el emperador su señor diese licencia para que se predicase la ley de Dios, holgarian de ser cristianos y bautizarse, y así iba el Padre determinado de pedir esta licencia al emperador. Entre las ignorancias que los Padres advirtieron de esta gente, fué una bien particular, y era que tenian hecho un hospital de propósito para curar pájaros, y no le tenian para curar hombres, padeciendo mucho los enfermos y necesitados. Pero no es de ménos risa y donaire el modo de vida que tienen algunos religiosos en aquel reino, los cuales viven en congregacion y se llaman los verteas.

En una de estas casas vieron los Padres como 50 religiosos que andaban cubiertos con unos paños blancos por todo el cuerpo, en la cabeza no tenian cabellos, ni pelos en la barba, porque los arrancan todos, excepto unos pocos que dejan en medio de la misma cabeza, y en todo lo demás quedan como calvos. Viven estos religiosos con pobreza y no toman más de lo que sobra de su comida, á quien les da limosna. Beben agua caliente, porque dicen que el agua tiene alma, y que si la beben sin calentarla mataran el alma. Traen tambien en las manos unas escobillas pequeñas que les sirven para barrer el suelo por donde andan, por no matar el alma de

(1) Sobrino de San Francisco Javier. (N. del E.)

algun gusano si le encuentran en el camino por donde pasan, y por esta misma razon, antes de sentarse en alguna parte, barren y limpian muy bien el asiento, y para echar el sello á su ignorancia, traen en la boca un paño de cuatro dedos en ancho, y tan largo, que pueda asirse de entrambas orejas, para que no se les entre algun mosquito ó mosca en la boca y la maten por desgracia. Dicen estos religiosos que ha muchos millares de años que el mundo fué criado, y que en este tiempo envió Dios 23 mensajeros suyos, y en la tercera edad envió otro, que son 24, el cual habrá dos mil años que vino, y desde entónces dicen que hay escritura divina, porque los demás no habian escrito nada.

Comenzó el P. Javier á disputar con ellos sobre estas ignorancias que tenian, y mostraron satisfacerse de lo que les decia, aunque por vergüenza y empacho del intérprete, que era hombre principal, respondieron al Padre lo que los atenienses al Apóstol San Pablo: *Audiemus te de hoc iterum.* Y así tornaron á hacer instancia para que volviese á su monasterio, pero no fué posible, porque estaban ya las cosas á punto, y el dia siguiente habian de partir de allí.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo llegaron los Padres á la corte del gran Mogol, y fueron bien recibidos.

Hay desde el reino de Cambaya hasta la ciudad de Lahor, donde residia el emperador, 220 leguas, y la mayor parte de este camino son desiertos y arenales secos, fuera de las 20 leguas antes de llegar á la ciudad. En toda esta distancia no se encuentra rio ni fuente, ni señal de ella, y á las veces corre tan recio viento y levanta tan grande polvareda y cantidad de arena, que cubre los hombres y los deja sepultados, y á esta causa cuando se camina por esta tierra, van siempre muchos de compañía que llaman la cáfila, la cual lleva siempre un capitan que la gobierna. En la que iban los Padres habria como 400 camellos y 100 carretas y otros tantos caballos, sin otra mucha gente pobre que iba caminando á pié. Cuando es tiempo de partir, manda el capitan de la cáfila tocar los atambores que de propósito llevan para esto, y luego comienzan todos á derribar las tiendas en que estaban alojados. Tornan segunda vez á tocar, y entónces cargan los camellos y carretas, y á la tercera comienzan á caminar. Cuando van caminando de noche, por no perder el tino, van delante los que llevan los atabales tocando siempre, y la misma señal hacen cuando han de parar, conforme á la comodidad de los pozos que hay en el camino, que ya saben en donde están y son de ordinario de 40 ó 50 brazas de hondo, y para sacar el agua llevan aquella cantidad de bueyes, aunque tambien sirven de llevar su carga con las carretas.

De esta manera caminaron hasta 10 leguas antes de llegar á la ciudad de Lahor, donde habia un buen lugar con un hermoso rio de agua dulce, y á los 15 de Mayo de 1595 llegaron á la misma ciudad ya de noche. En sabiendo el emperador de su venida, les envió á decir con un capitan muy privado suyo, que fuesen bienvenidos y lo mucho que se holgaba de que hubiesen llegado á su corte y mandó que se les proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiesen menester.

El dia siguiente por la mañana fueron los Padres á visitarle, y aunque estaba dando audiencia á mucha gente, los despidió á todos y mandó que entrasen. Hiciéronle su acostumbrada humillacion y reverencia, y él los abrazó y recibió con mucho amor. Estaba con él su hijo mayor que seria de más de veinticinco años, y algunos señores capitanes principales. Tuvo con los Padres muchas pláticas de diversas cosas, y después mandó traer la imágen de nuestra Señora que el P. Rodolfo le habia dado, la cual tomó en sus manos con mucha devocion y la tuvo en ellas para que los Padres la adorasen. Díjoles cómo la tenia en mucha estima, y junto al aposento donde dormia. Dijéronle los Padres que hacia muy bien su Alteza, porque aquella Señora era la mejor guarda y amparo que podia tener para su persona y estados. Con esto los despidió la primera vez, encargándoles que se diesen priesa á deprender la lengua, para poder tratar mejor con ellos. Aquella misma tarde estando el emperador asomado á un corredor y pasando por allí cerca los Padres, los mandó llamar y les hizo dar una casa muy buena para su habitacion, y les dijo que mirasen el sitio que más les contentase en la ciudad, porque él le mandaria desembarazar luego, aunque gustaria fuese cerca de sus palacios. Divirtiéndose el rey á hablar con sus capitanes, tomó el príncipe la mano y continuó la plática con los Padres, diciéndoles que escogiesen el sitio que quisiesen, porque luego se les daria y todo lo necesario para hacer su iglesia.

De ahí á pocos dias mandó el emperador que les mostrasen unas casas, para ver si les contentaban, y por no ser tan á propósito por algunas razones, les mandó dar otras mejores que caian debajo de las ventanas de su fortaleza, y junto

á un caudaloso rio, por el cual viene á la ciudad mucha abundancia de mantenimientos; de la otra parte de este rio hay de ordinario grande cantidad de tiendas de la gente que viene de diversos reinos y provincias con sus mercaderías. En medio de él se hace una graciosa isleta, donde todas las mañanas hay un extraordinario concurso de gente que se junta para solo ver y hacer reverencia á su emperador, el cual para este efecto se pone á una ventana de su fortaleza á vista del mismo rio. Después de haber hecho su reconocimiento y reverencia al emperador, suelen traer diversos animales, para que peleen unos con otros en aquella isla, porque recibe en esto particular gusto y recreacion.

Túvose en mucho dar estas casas á los Padres, porque á nadie daban licencia aun para pasar por aquel lugar, el cual guardaban 50 ó 60 hombres de dia, y otros tantos de noche con antorchas encendidas, por estar debajo de las ventanas de palacio; pero depues que se dió á los Padres, se dió tambien licencia para que pudiesen pasar todos los cristianos y los que iban á la iglesia.

No mostraba el príncipe ménos afecto que su padre á las cosas de la ley de Dios. Cuando llegó el hato de los Padres que traia la cáfila, como toda ella fué á descargar en una casa, que era del mismo príncipe, fué necesario pedirle licencia para sacarlo. Dióla de buena voluntad, y dijo que fuese el Hermano á conocerlo. Mostró gana de ver lo que traian, especialmente los aderezos de la Iglesia, y á esta causa se lo llevó el Hermano, todo lo mejor concertado que pudo; hallóle con muchos caballeros y señores, y fuéle sacando cada cosa por sí.

Entre las demás piezas que allí venian, era una imágen de nuestra Señora y un crucifijo, las cuales tomó el príncipe y las adoró con tanta devocion y reverencia, como lo pudiera hacer si fuera cristiano, y porque un moro principal que allí estaba dijo algunas palabras con poco respeto y estima de Cristo nuestro Señor, el príncipe le atajó y reprendió con palabras tan graves y pesadas, que el moro quedó harto corrido y afrentado de haberlas dicho. Ofrecióle el Hermano que tomase su Alteza lo que fuese servido de lo que allí venia, porque los Padres le habian dado órden que lo hiciese así; habíale contentado mucho la imágen de nuestra Señora, y así le tornó el Hermano á suplicar, que se sirviese tenerla en su casa, con la decencia y reverencia que convenia. Él agradeció mucho este presente, y lo mostraba despues en todas las ocasiones y negocios que se ofrecian con su padre.

CAPÍTULO XXXVII

De los favores que el emperador hacia á los Padres y muchas esperanzas que habia de su conversion.

Acomodados los Padres en esta casa, comenzaron á estudiar la lengua persiana, tomando cada dia leccion de un moro que se la enseñaba. Pusieron tambien escuela para enseñar á leer á los hijos de los capitanes y señores en la lengua de Portugal, cosa de que el emperador gustó mucho, y así envió luego algunos de los hijos de los señores más principales y privados suyos, y entre ellos tres del rey de Badaja, muy discretos, y así estos como los demás se iban aficionando tanto á las cosas de nuestro Señor y de su santa ley, que cuando se habia de aderezar la iglesia, eran los primeros que se ocupaban en componerla, y si no se lo encomendaban los Padres, se tenian por muy agraviados y desfavorecidos. Eran estos príncipes de quince, dieciseis y diecisiete años, de tan buen rostro y tan blancos, como si fueran nacidos y criados en Europa. A uno de ellos aconteció que estando en casa de los Padres, yendo el dia en que los moros ayunaban su cuaresma, este mozo por hacer burla de Mahoma, comenzó á comer delante del moro que daba leccion á los Padres, el cual le reprendió diciendo, ¿y vos no ayunais? Díjole el niño, ¿y por qué tengo de ayunar? ¿Vos no sabeis, dijo el viejo, que lo mandó nuestro santo profeta? Respondióle entónces el príncipe, Mahoma fué un mal hombre engañador, mentiroso, con otros mil nombres á este modo, que cuando el viejo los oyó, se comenzó á tapar los oidos; pero hubo de callar, sabiendo la calidad de aquel caballero, y aun le pidió perdon por haberle respondido sin conocerle.

Envió el emperador á llamar á los Padres una tarde, y mandó que entrasen á un corredor donde él estaba. Mostróles sus imágenes, que eran muy ricas, una de Cristo nuestro Señor, y otra de la Vírgen nuestra Señora, que se las habia enviado el P. Dr. Pedro Martinez, Obispo de Japon, siendo Provincial de la India, y era tanta la devocion y reverencia con que las tomaba, que dejaba admirados á los Padres. Luego hizo sacar allí los libros que habian traido de la India el P. Rodolfo y sus compañeros la primera vez que allí estuvieron y se los habian presentado, entre los cuales el principal era una *Biblia* regia. Detuvo á los Padres hasta bien tarde, mostrándoles mucho amor y rogándoles que procurasen saber bien la lengua, porque deseaba tratar con ellos sin intérprete.

En las dos veces que los Padres habian residido en aquella corte, habian hecho como hasta 200 cristianos, y aunque no tenian iglesia edificada de propósito, sino una capilla de prestado, procuraban de aderezarla y componerla lo mejor que podian, para que los cristianos se fuesen aficionando á los Oficios divinos, y particularmente cuando habia alguna fiesta particular. Supo el príncipe cómo los Padres hacian estas fiestas, y díjoles un dia, que si no recibian disgusto, holgaria que le avisasen para hallarse en alguna de ellas, y ver su iglesia compuesta. Diéronle los Padres las gracias de la merced y favor que les queria hacer su Alteza, honrando su casa é iglesia con su presencia. Tratando de esto el príncipe con su padre, dijo que tambien queria él hallarse presente, y que le avisasen cuando fuese el dia de la fiesta y la hora en que habia de ir.

Sabiendo esto los Padres, aderezaron su capilla el dia de San Antonio de Pádua lo más ricamente que pudieron, porque no sólo los cristianos, pero aun los mismos gentiles y moros, que eran amigos, trujeron sin pedírselo nadie cuanto tenian en sus casas que pudiese servir para el adorno de la capilla, y la misma reina de su propia voluntad envió una docena de velas blancas para el altar. Vino el emperador dia de San Antonio por la tarde acompañado de un nieto suyo, hijo del príncipe, con otras dos ó tres niñas y algunos pajes pequeños. Poco despues vino el príncipe con muchos caballeros y capitanes, criados de su padre.

No consintió el emperador que entrasen en la capilla más que él y el príncipe su hijo, y los nietos, quitándose primero los zapatos. Teníanle puesto sitial á su modo, pero nunca quiso asentarse en él, antes estuvo hincado de rodillas y puestas sus manos delante del altar, y lo mismo hizo el príncipe. Salió luego el P. Jerónimo Javier con la sobrepelliz, y él y sus compañeros dijeron una letanía, oyéndola el emperador con mucha devocion. Declaráronle los Padres lo que habian hecho, que era suplicar á nuestro Señor hiciese á su Alteza muchas mercedes; y acrecentase su vida y estado, tomando por intercesores para esto á la Vírgen nuestra Señora y á todos los Santos, lo cual él agradeció mucho. Fueron luego él y su hijo á ver el altar, mirando cada cosa muy en particular, y contentándole las imágenes que en él habia, dijo que le hiciesen otras como aquellas, y fuesen todas de oro, porque en ninguna cosa estaba mejor empleado que en aquellas imágenes, y así lo encomendó á un criado suyo. Diéronle los Padres para beber, por modo de colacion, algunas cosillas que les habian dado los portugueses en Cambaya. Comió de ellas muy seguramente, y repartió con su hijo y nietos, sin consentir que en esto ni en la bebida se le hiciese salva, diciendo que en casa de los Padres, y en lo que ellos le daban, no era necesario. Con esto se despidió pidiendo que le encomendasen á Dios.

Otra vez haciendo unas fiestas públicas en que se hallaron muchos reyes y señores, quiso que las viesen los Padres, y por darle gusto fueron allá. Estando todos en pié delante el emperador; porque sólo al príncipe su hijo mandó sentar, y viendo á los Padres que estaban como todos los demás, dijo en voz alta: «Padres, Padres, asentaos, que estareis cansados.» Hablando otro dia con ellos en palacio delante de los principales de su corte, les dijo que no desamparasen su iglesia, porque seria grande pecado, y que á su costa la edificasen luego, y la casa de manera que quedase á su gusto, y que él les daba licencia y facultad para que libremente predicasen la ley de Dios á todos sus vasallos, y se hiciesen cristianos cuantos quisiesen, porque esperaba que la cristiandad de su tierra habia de ser mejor que la de la India.

Diéronle los Padres las gracias de la merced que les hacia, y suplicáronle que les diese una patente, por la cual constase á sus vasallos ser esta su voluntad; respondió que donde él estaba no era menester otra patente más de que entendiesen todos que este era su gusto. Pero echando de ver que los Padres recibirian contento de tener su provision y patente, les dió una muy cumplida para todos sus reinos, y otra particular para el de Cambaya, porque se la pidió el P. Jerónimo Javier, acordándose de la buena disposicion que vieron en aquella tierra cuando pasaron por ella. Y en todo lo que entendia les podia dar gusto lo procuraba; y cuando algunas veces le parecia que los Padres no le tenian tanto por ver que no oia pláticas de la ley de Dios, para consolarlos enviaba al príncipe su hijo que les dijese no tuviesen pena, que él habia de tratar muy despacio el negocio para que los envió á llamar, y que en estando bien instruidos en la lengua, se desocuparia de otros negocios, para tratar de solo este.

Y cierto, cuando los Padres miraban los favores que les hacia en público y en secreto, y el afecto que mostraba á las cosas sagradas y de devocion, grande esperanza les daba nuestro Señor de que se habia de convertir, porque en muchas cosas más parecia cristiano muy antiguo que moro. Traia algunas veces colgado al cuello de una cadena de oro un hermosísimo relicario, que por una parte tenia la imágen de

nuestra Señora y por otra un *Agnus Dei*. Tambien se le echaba de ver la poca estima que tenia de la ley de Mahoma, porque no sólo mandó derribar sus templos y mezquitas para hacer caballerizas á sus caballos y elefantes, pero ni consentia que en la ciudad ni fuera de ella hiciesen sus ritos ni ceremonias (á lo ménos públicamente) con lo cual iba quitando la estima de esta perversa secta del corazon de sus vasallos, viendo el poco caso que él hacia de ella.

CAPITULO XXXVIII

Cómo nuestro Señor castigó á este emperador, por la dureza que tenia en convertirse y se acabó de edificar la casa é iglesia de los Padres en Lahor.

Aunque todas las cosas que en el capítulo pasado quedan dichas, y las que en el discurso de esta mision se han escrito, eran claro indicio de cuán convencido tenia este emperador su entendimiento de la verdad y los deseos que nuestro Señor tan continuamente iba sembrando en su alma para que la abrazase, pero quien mirare con atencion otras muchas particularidades que en su modo de vida se descubrian, conocerá la dureza de su corazon y la dificultad que en él sentia para rendirse al suave yugo del Evangelio, y así se dejaba llevar de la corriente de sus vicios y costumbres antiguas, porque se sabia por cosa cierta que adoraba al sol, y cada dia le hacia oracion cuatro veces; por la mañana cuando sale y al punto de mediodia y al ponerse á la tarde y á la media noche, y cada vez le rezaba por sus cuentas mil y cuarenta y tantos nombres. Tambien daba grata audiencia á los gentiles, y tenian entrada con él. Fuera de esto gustaba mucho de que le hiciesen reverencia como santo, y para esto se ponia cada mañana á una ventana de su fortaleza, donde le viesen todos, y postrándose en el suelo le adorasen con cierto género de ceremonias particulares. Tambien le traian muchas mujeres sus hijos enfermos, para que los santiguase y diese su bendicion, haciéndole promesas particulares si alcanzaban salud, y cuando le traian lo que habian prometido, por pequeña cosa que fuese, la recibia de buena gana, y si ménos de lo que ofrecieron, se le acordaba muy bien y se lo decia.

Viendo en este emperador cosas tan contrarias y tan diferentes, vinieron muchos á decir por cosa cierta, que pretendia él hacer por sí otra nueva ley, y aun afirmaban que la tenia hecha y la habian visto algunos de sus más privados, y que toda ella iba fundada en ritos gentílicos, sin tomar nada de la de Mahoma, y que con este intento habia querido tener en su corte hombres doctos en todas las leyes, para ir tomando de cada una lo que le pareciese á propósito para la suya, y bien puede ser que hubiese sido esta la ocasion de llamar á los Padres la primera vez que los trujo de Goa, pero no se podia negar sino que tenia más estima de la ley de Dios que de ninguna otra, como lo mostraba con obras y palabras en muchas ocasiones, aunque sintiendo tanta dificultad en abrazarla, por haber de dejar con ella sus vicios, por ventura habia querido hacer esa mezcla de leyes, probando las unas y las otras para ver si hallaba alguna que sin mudar su vida le quitase el remordimiento de la conciencia, y como esto es imposible, ni el hallar paz fuera de la ley de Dios, puédese confiar de su misericordia que al fin se sujetará á ella, y á eso parece se enderezaban los castigos que nuestro Señor le iba dando (1).

El primero fué, que un dia de sus fiestas, que llaman dia nuevo, cuando el sol entra en el signo de Aries, le vinieron muy malas nuevas de la guerra que estaba haciendo el príncipe su hijo segundo en los fines de Cambaya, contra un hijo del Meliche, señor de Chaul y de otras islas, porque le mataron allí casi 20.000 hombres y los mejores capitanes que tenia. El segundo fué, que estando el dia de Pascua de Resurreccion en el terrero de su palacio (y dicen que haciendo fiesta al sol, á quien adoraba) acompañado de muchos señores y caballeros y de su hijo y heredero, cayó fuego del cielo de repente y se pegó en la tienda del príncipe, que era riquísima y la abrasó toda, sin que nadie tuviese aliento ni ánimo para ir á atajarle, segun estaban espantados, y no parando allí el fuego abrasó todo el terrero con todas las tiendas, alcatifas y tronos y las demás cosas preciosas y de grande valor que allí habia, entre las cuales fué un trono de oro macizo que le apreciaban en más de 100.000 ducados.

Pasó el fuego adelante sin que hubiese quien le atajase, y entró en los palacios del emperador y quemó la mayor parte de ellos, aunque eran de mampostería, y el mayor daño fué y lo que él más sintió, que le abrasó y consumió los tesoros antiguos y nuevos que allí tenia encerrados, que valian muchos cuentos de oro, por la infinita pedrería y tapicerias y riquezas que de sus antepasados le habian quedado, y algunos encarecian esto de manera que afirmaban iba por la calle el oro derretido corriendo como agua. Otra cosa

(1) No se realizaron estas hermosas esperanzas, pues aunque algun autor afirmó que Akbar habia muerto cristiano, con todo parece indudable, por las relaciones de nuestros Padres, que murió en la infidelidad el año 1605.

semejante (dicen) que le aconteció otra vez estando con todas sus mujeres adorando al sol y haciéndole sacrificio, que cayó fuego del cielo y abrasó todo lo que allí habia.

Con ocasion de habérsele quemado sus palacios (aunque él lo habia determinado antes) se salió luego de la ciudad de Lahor y se fué á tener el verano al reino de Cogimir, que le habia ganado los años pasados, y llevó en su compañía al P. Jerónimo Javier y al H. Benito Goes, porque el P. Manuel Pineiro se quedó en Lahor para acabar aquel verano el edificio de la casa é iglesia, que estaba ya comenzado.

Es el reino de Cogimir una de las apacibles tierras y frescas que hay en aquellas partes. Está cercado todo él de unas altísimas sierras que la mayor parte del año están cubiertas de nieve, y todo lo demás del reino es llano, lleno de fuentes, hermosos rios y frescas arboledas con mucha abundancia de huertas y jardines. Junto á la ciudad de Cogimir, que es la principal, hay un monte, en el cual estaba una mezquita de piedra, y á la una parte de ella un trono que ellos llaman de Salomon, porque segun sus fábulas dicen que Salomon vino á este reino y se asentó en él, y desde allí mandó á los demonios (que tenian la campiña hecha una laguna de agua) que la vaciasen toda, y así quedó la tierra descubierta y muy fértil. Estando los de este reino entre sí divididos con pasiones y bandos, entró el Mogol con su ejército é hízose señor de él, lo cual no pudiera hacer con todo su poder si no fuera con esta ocasion. Antiguamente eran todos los naturales de esta tierra gentiles, y de 300 años á esta parte se comenzaron á hacer moros, como ahora lo son la mayor parte de ellos.

Parecióle buena ocasion al P. Javier esta que se ofrecia de salir el emperador con toda su casa al reino de Cogimir, para traerle á la memoria los beneficios que habia recibido de la mano de nuestro Señor y los castigos con que le iba amenazando, y procurar que oyese despacio y de propósito la ley de Dios, y se resolviese en recibirla, porque ya sabia la lengua de manera que sin intérprete podia tratar lo que quisiese con él, pero fué nuestro Señor servido que llegados á este reino, cuando el Padre queria tratar de ello, enfermó gravemente de calenturas que le duraron más de dos meses.

Mostró el emperador en esta ocasion el amor que le tenia, no sólo haciéndole proveer con mucha abundancia de todo lo necesario y que le visitase su protomédico, pero viniendo tambien él mismo en persona á verle, que fué uno de los mayores favores que le podia hacer, y no fué menor que estando el mismo emperador enfermo al cabo del verano, cuando ya el Padre estaba en pié, enviándole á llamar algunas veces, le hacia entrar á su mismo aposento donde dormia, lo cual jamás hizo con ningun privado suyo. Placerá á nuestro Señor que por este camino le ganen los Padres de manera que vueltos á la ciudad de Lahor, oiga de propósito la ley de Dios como lo ha ofrecido diversas veces.

Entretanto que el P. Jerónimo Javier estaba en Cogimir con el emperador, acabó la casa é iglesia el P. Manuel Pineiro en la ciudad de Lahor, donde habia quedado, porque en todo aquel verano no se hicieron otras obras en la ciudad más que los palacios del emperador y la casa é iglesia de los Padres, para lo cual ayudó mucho el gobernador, que se mostró siempre muy aficionado á la ley de Dios. Acabóse la iglesia, de manera que á los 7 de Setiembre de 1597 se dijo en ella la primera Misa, á la cual asistieron todos los cristianos con mucho consuelo y devocion. Por la tarde fué tanto el concurso de gentiles y moros á ver la nueva iglesia de los Padres, que no podian romper por la calle. Vino tambien el gobernador con todo su acompañamiento, que era mucho, y después de visitar la iglesia estuvo en la casa dos ó tres horas con el Padre. Decian los gentiles que entrando en la iglesia no podian salir de ella viendo su limpieza y el concierto y hermosura de las imágenes; otros decian, este es el verdadero Dios y esta la buena ley que los Padres enseñan, tomémosla. Será servido el mismo Señor de dar á todos su espíritu y favor para que le reciban.

Aquel verano que el emperador salió de la ciudad de Lahor, dió en ella un ramo de pestilencia de que murieron 200.000 personas, segun lo dijo el mismo gobernador. En esta ocasion bautizó el Padre muchos niños que se fueron derechos al cielo, los cuales desde allá alcanzarán de nuestro Señor la conversion de los demás. Entre los que murieron fué un milanés que vivia en aquella ciudad con harto escándalo de los cristianos y gentiles que sabian quién era. Murió con señales de mucho arrepentimiento, dejando su hacienda para que se repartiese entre pobres, después de recibidos los Sacramentos y protestado la fe y obediencia de la Iglesia romana. Tambien estuvo muy enfermo en este tiempo un hijo del gobernador á quien su padre amaba tiernamente, y viendo el peligro que tenia, acudió al P. Manuel Pineiro que le diese algun remedio para la salud de su hijo. Escribióle el Padre algunas palabras del santo Evangelio, y en poniéndoselas al niño, por la misericordia de nuestro Señor, quedó luego sano con grande admiracion de todos.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo el Mogol volvió á la ciudad de Lahor y desde allí partió á la guerra del Decan, y lo que en este tiempo hicieron los Padres que con él estaban.

Entrado el año de 98, dió vuelta el emperador á su ciudad de Lahor, porque ya estaban edificados los palacios que con el fuego del cielo se habian destruido. Traia guerra el gran Mogol con el meliche sobre ciertas tierras que se llaman el Decan, en la parte occidental de la India, hacia Chaul, y como 60 leguas de Goa. Habia enviado para esta conquista un hijo suyo por capitan con 50.000 hombres, al cual visitó el P. Jerónimo Javier en el reino de Cambaya cuando iba con su gente, y el Padre vino á Lahor la primera vez. Este príncipe murió en aquella guerra, y al punto despachó su padre otro de sus hijos para continuarla entretanto que él se aparejaba para ir en persona el año de 99.

En este tiempo, en la iglesia de Lahor se iban haciendo algunos pocos cristianos; porque aunque el emperador y sus hijos favorecian la ley de Dios, como ellos no la recibian, detenïase tambien la gente principal de la corte, pero con todo eso se convertian de ordinario algunos, y la doctrina del santo Evangelio se iba acreditando entre los infieles. Publicóse en Lahor el año de 98 la fiesta del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, para la cual hicieron los Padres un portalico de Belen con su pesebre, donde estaba el santo Niño recien nacido. Y fué tanta la devocion que causó en toda la gente, no sólo de los cristianos, sino tambien de los moros y gentiles, que por más de veinte dias continuos acudian más de 20.000 personas á visitar el pesebre y adorar á Cristo nuestro Señor, con tantas señales y muestras de devocion, como si fueran cristianos de muchos años. Entre estos vino un gentil, hombre noble y principal, que habiéndole nacido aquella noche un hijo, le trajo á ofrecer al santo Niño en el portal, pidiendo que se le bautizasen é hiciesen cristiano, y los padres comenzaron á deprender luego la doctrina, con deseo de recibir tambien ellos el santo Bautismo.

Sucedió aquel mismo año un caso harto particular, que habiéndose bautizado un hijo de una mora sin saberlo su madre, determinó de matarle con ponzoña, porque sus vecinas y amigas la afrentaban diciendo que tenia hijo bautizado y cristiano. Dió esta desdichada mujer la ponzoña al niño, víspera de la Ascension del año de 99, el cual vivió diez y siete horas con ella, pero con grandes dolores y congojas, y con ellas acabó su dichosa vida, confesando la fe *non loquendo sed moriendo*. Dicen, que acabando de espirar quedó con tanta hermosura y resplandor en su rostro, que así los cristianos como los gentiles estaban admirados con ver cosa tan extraordinaria, y como una señal de la gloria que su alma gozaba.

Andaba ya en este tiempo con mucho calor la partida del emperador para la guerra del Decan, y el P. Jerónimo Javier con no menor pena, por no haber podido entender su última resolucion acerca del recibir la ley de Dios; y pareciéndole que partido á la guerra no tendria ócasion de poderle hablar de propósito en esta materia, se determinó de hacerlo á los 27 de Julio de 99. Hallándole un dia en su sala con menos ocupaciones, le dijo que tenia cierta cosa que tratar con su Alteza, y le suplicaba le diese audiencia aparte. Retiróse el emperador á lo último de la sala con el Padre, mandando apartar toda la gente, y preguntóle qué queria. Díjole el Padre: Señor, nuestro Superior nos escribe esta carta, la cual quiero leer á vuesta Alteza, y dice así:

«Ha cuatro años que os enviamos al rey; hasta ahora os ocupasteis en deprender la lengua, ya os podrá entender. Sabed de su Alteza que pues os llamó para oir las cosas de nuestra santa ley, vea lo que manda de vosotros, para que conforme á su respuesta sepa yo lo que de vos tengo de disponer.» A esto añadió el mi mo Padre: «Estamos tristes porque no tenemos qué hacer ni vuestra Alteza nos oye como prometió, y deberia oirnos, pues desea acertar con la verdad.» Respondió el emperador: «Yo os llamé para oiros, deseo entender la verdad y lo que hallare más conforme á razon tomaré. Ahora voy para el Decan, llegaremos cerca de Goa, y habrá más espacio para hablar de estas cosas.» Y prosiguiendo la plática dijo: «Para eso os llamé, y os llamaré en secreto y os oiré, ¿y paréceos poco que en el tiempo de los moros no habia quien pudiese decir que Cristo es Dios que luego no le matasen, y ahora lo podeis decir y predicar con toda seguridad?» Procuró el Padre confirmarle en esta determinacion, suplicándole que los oyese para bien suyo y consuelo de los mismos Padres, y él prometió de hacerlo así, y para conservarle en estos buenos propósitos y obligarle más á llevarlos adelante, sabiendo que habia de hacer el emperador esta jornada, se le ofreció el P. Jerónimo Javier para acompañarle en ella, lo cual él agradeció y estimó mucho, y porque habiendo de ir el Padre con él habia de quedar solo en la iglesia el P. Manuel Pineiro, su compañero, le pidió licencia para que viniesen otros dos Padres de la India á residir en Lahor

y él holgó mucho de ello y mandó dar su provision, así para pasar libremente por sus reinos, como para que les diesen todo lo necesario.

Partió de Lahor el emperador para la guerra del Decan, y en su compañía el P. Jerónimo Javier con el H. Benito de Goes. Llevaba este poderoso emperador en su ejército 100.000 hombres, y tan grande aparato, que para sola su recámara y tiendas de campo iban cargados 800 elefantes y 7.000 camellos. Con este tan grande ejército llegó á la ciudad de Agra 100 leguas de Lahor, y desde allí tomó su camino para el Decan, que no puso poco temor y recelo en las partes de Goa la venida del emperador, el cual no contento con el favor que habia hecho á la cristiandad en la ciudad de Lahor, dió tambien su provision para que se predicase la ley de Dios en el reino de Cambaya, que es suyo, y estaban ya señalados para esta mision el año de 99 los PP. Antonio Machado y Pedro Paez, el que estuvo cautivo en Etiopía, de la cual se espera mucho servicio de nuestro Señor, por la buena disposicion que hay en la gente de aquella tierra.

CAPÍTULO XL

De la noticia que tuvo el P. Jerónimo Javier de la tierra del Jetay, y la mision que se ordenó para ir á predicar allá la ley de Dios.

Estando el P. Jerónimo Javier en la ciudad de Lahor, antes de partir con el emperador á la guerra del Decan, hablando un dia con el príncipe, hijo del gran Mogol, llegó allí un mercader que era famoso en aquella tierra, hombre de sesenta años, y tan rico, que viniendo entónces de la casa de Meca, habia ofrecido en ella de limosna 100.000 ducados, como él mismo lo confesó al príncipe, que ya lo sabia por otra vía, y de propósito le preguntó si era verdad y la causa por qué habia dado limosna tan gruesa. Respondió á esto el mercader que por verse ya viejo y que habia de morir presto, quiso antes ofrecerlo por su mano que no dejarlo en poder de nadie.

Habia residido este hombre en el Jetay doce ó trece años, y como se tenia noticia de esto en aquel reino, quiso el P. Jerónimo Javier aprovecharse de la ocasion, y suplicó al príncipe que le preguntase algunas cosas de aquella tierra, pues como testigo de vista podria dar de ella más cierta relacion que ninguno otro. Deseábalo el príncipe no ménos que el Padre, y así le fué haciendo diversas preguntas, y entre las cosas señaladas que el mercader dijo al príncipe, y despues al P. Jerónimo Javier, que quiso informarse de él en particular, son las que aquí diré.

Tiene este reino 1.500 ciudades, y algunas de ellas muy pobladas. Los que hablan con el rey siempre lo hacen por escrito y peticion, y él responde por alguno de sus eunucos. La gente es blanca y bien dispuesta y de buen parecer. Tienen todos comunmente la ley de Cristo, y los cristianos entre ellos se llaman jesuitas; tambien hay algunos que siguen la ley de Moisés, y estos se llaman musavis, y otros que guardan la de Mahoma, pero el rey es cristiano y acude de ordinario á las iglesias, que hay muchas y muy buenas, y en cada ciudad principal suele haber doce y trece, y en cada una de ellas un sacerdote á quien todos hacen mucha cortesía y reverencia y le llevan sus ofrendas. El hábito de estos sacerdotes es como el de los de Europa, sotana, manteo y bonete algo grande, el cual nunca quitan para hacer cortesía á nadie; á todos estos sacerdotes sustenta el rey, y él mismo hace el gasto para las fábricas de las iglesias. Hay tambien casas de gente recogida y apartada del mundo, así de hombres como de mujeres que no se casan (como ni los sacerdotes) y se ocupan en ejercicios de oracion y penitencia, fuera de esto hay mujeres que estando en casa de sus padres viven con honestidad y recogimiento sin casarse. Es la gente de la tierra rica y tienen muchas minas de plata; el vestido ordinario de todos comunmente es negro y los dias de fiesta se visten de colorado los cristianos, y lo mismo hacen los sacerdotes; dicen del rey que tiene gran tesoro en diversas ciudades.

Esto es lo que brevemente dijo el mercader de aquella tierra. Partido el P. Jerónimo Javier de la ciudad de Lahor y llegado en compañía del emperador á la ciudad de Agra, como queda dicho en el capítulo pasado, halló allí la misma informacion de los cristianos del Jetay que el mercader habia dado en Lahor. Tiénese por cierto que este reino del Jetay es el que comunmente llamamos Catayo, y la ciudad principal donde vive el rey que ellos llaman Chambalu, es la que en nuestra lengua se dice Cambalu (1).

Con esta ocasion habló el P. Jerónimo Javier al emperador diciendo cómo habia sabido que en el Jetay habia cristianos; de los cuales hasta

(1) El tal Jetay ó Catayo es el imperio de la China, de que luego nos hablará el P. Guzman. La identidad de estos reinos se averiguó poco después de muerto el autor, por medio del H. Benito Goes, que partiendo de la India en 1603, penetró en la China por el occidente á principios de 1607. Algun tiempo antes habia hallado medio de escribir al P. Ricci que se hallaba en Pekin, y avisarle de la exploracion que estaba haciendo. El misionero envió á su encuentro un Hermano coadjutor chino llamado Juan Fernandez, el cual, llegando á Sucheo, encontró al H. Goes gravemente enfermo. Once dias despues de encontrarse los dos religiosos, murió santamente el valiente explorador. (N. del E.)

ahora no se habia tenido noticia por estar tan apartados y haber en medio tantas guerras, y que le parecia ser servicio de nuestro Señor que fuesen allá dos Padres para ayudarlos y enderezarlos en el camino de su salvacion, por ser el oficio de la Compañía ir á todas partes, aunque sea con peligro de la vida. Respondió el emperador en su lengua: «Bendicion de Dios sobre vosotros,» y añadiendo el Padre á su razonamiento, que el mejor camino para Jetay era por los reinos de su Alteza, y que si era servido vendrian Padres de la India para ir allá con su órden y licencia, dijo él, vengan en buen hora, que yo enviaré allá un embajador y podrán ir en su compañía. Es muy buena la ocasion que hay para hacer esta mision, porque desde Cambaya hasta Cabul todo es tierra de este emperador, y desde allí al reino de Badajan, y el rey de Badajan tiene tres hijos que se criaron en la ciudad de Lahor en la escuela de los Padres de la Compañía, y un hermano de ellos posee ahora el reino, y por vía de este rey se puede llegar hasta el Jetay ó Catayo. De todo esto dió aviso el P. Jerónimo Javier al P. Provincial de la India por una carta escrita en la ciudad de Agra á 1.º de Agosto de 1599, y así parece que va nuestro Señor abriendo otra grande puerta á la predicacion del santo Evangelio.

CAPÍTULO XLI

De la cualidad de la tierra y gente de la provincia del Brasil.

Aunque la mision del Brasil parece que es más propia de las Indias occidentales que no de las orientales, hame parecido ponerla entre ellas, por haber descubierto y poblado los portugueses aquella tierra, como hicieron la de Goa, China y Japon.

La provincia del Brasil, que es parte del Nuevo Mundo, aunque dista de la tierra firme del Perú por espacio de 1.000 leguas, dicen que se continua con ella por la parte oriental del mismo Brasil, y que se dividen estas dos provincias solo con unas sierras tan levantadas, que apénas alcanzan las aves su altura con el vuelo, y con todo esto afirman que se ha descubierto paso de una parte á otra, aunque muy dificultoso.

La tierra del Brasil es muy apacible, saludable y de buenos aires. Alguna parte de ella es montuosa, y lo demas son valles y bosques muy hermosos. Está poblada de diversas fuentes y caudalosos rios, y el más famoso de todos se llama de la Plata, el cual viene á entrar en la mar con 40 leguas de ancho y con tan grande ímpetu y corriente, que cogen los marineros de su agua dulce mucho antes que descubran la tierra.

Los valles de esta provincia son muy fértiles para todo lo que quisieren sembrar en ellos, por ser la tierra gruesa y tener abundancia de agua para poderla regar. Críase grande cantidad de azúcar, y es la granjería más ordinaria de los portugueses que viven en el Brasil, y traen de esto navíos cargados á Europa. Produce tambien esta tierra muchas y diversas plantas y árboles fructíferos, no sólo de los que por acá se conocen, sino de otros muchos que son propios y muy particulares, cuyo fruto es suavísimo, como son los que llaman los indios zabucales y ananazas; pero entre todos es de mucha estima el palo colorado que se dice brasil, del cual tomó el nombre toda la provincia, y se trae de allá para teñir los paños No es menor la abundancia que se halla de pescado en los rios y la que hay de aves en los bosques pintadas de varios y hermosos colores, como son papagayos y otros semejantes.

¿Pues qué diré de los animales domésticos y silvestres, caballos, vacas, puercos y ovejas que los portugueses han llevado, sino que es cosa de maravilla ver la fertilidad con que se han multiplicado con los muchos y buenos pastos que tienen? Fuera de estos hay otros muchos y muy diferentes de los que por acá se crian; entre los cuales hay unos que se llaman los zerigones, y son tan grandes como raposas. De estos se cuenta que traen sus hijuelos envueltos en unas como mantillas que les dió la naturaleza colgadas de su vientre, y no los sacan de allí hasta que pueden pacer y sustentarse por sí mismos. Ni es ménos notable otro animal que por su propio nombre llaman pereza, y con mucha razon, porque se mueve con tanto espacio, que para tanta distancia como un tiro de piedra, ha menester quince dias enteros. Hállanse tambien en esta provincia tigres, que cuanto son bravos y animosos cuando están hambrientos, tanto se vuelven tímidos y cobardes cuando están bien mantenidos, de manera que los perros ordinarios los corren y hacen huir. Otros muchos animales hay con muy particulares condiciones y propiedades que seria cosa larga y fuera de mi propósito contarlos todos. Baste haber tocado esto poco de la tierra, y digamos algo de los moradores de ella.

La gente del Brasil antes que fuese cultivada con la doctrina del Evangelio, era la más bárbara de cuantas se habian descubierto en las Indias Orientales y Occidentales. Porque era gente sin fe, sin ley y sin rey; y así notaron algunos discretamente que les faltaban á los bra-

siles tres letras en su lengua, que son: F, L, R, por faltarles la fe, y la ley y rey que los gobernase. En lo que toca á la fe, ningun género tenian de culto, ni adoracion de ídolos, ni conocimiento de ellos, solamente usaban agüeros y hechicerías, aunque habia entre ellos una noticia de Noé y del diluvio conservada por tradicion. Tampoco creian que habia premio ni castigo de las buenas ó malas obras después de esta vida. A sus difuntos enterraban poniéndoles una red en que durmiesen y cosas de comer que les bastasen para algunos dias, porque entendian que los difuntos allá dormian y comian. En la policía y gobierno se descubria aun más cuán bárbaros eran, porque ningun género de letras se conocia entre ellos. No guardaban obediencia á algun particular, reconociéndole por cabeza ó superior para su gobierno, ni tenian cierto sitio para su habitacion y morada, sino que un año se juntaban un buen número de ellos y vivian en este valle, y otro año en el otro, donde hacian sus sementeras, y allí tambien hacian sus casas á modo de unos colgadizos largos, en los cuales se recogian de dia diversas familias juntas, y de noche se subian á dormir en los árboles, por temor de los animales ponzoñosos, y para esto tenian unas redes colgadas de los mismos árboles.

Antes que los portugueses poblasen aquella tierra, ni sabian qué cosa era vino ni trigo, y su ordinaria comida era el pan que hacian de las raíces que sembraban á manera de nabos; llámanse estas por su propio nombre mandiocas. Sustentábanse tambien estos indios de las frutas, caza y pescado que sacaban de los rios; porque en el arte de nadar son tan extremados, que más parecen peces que hombres. Pero su comida más sabrosa y los convites más gustosos eran de carne humana; y á esta causa cuantos cautivaban en las guerras (que entre ellos eran muy continuas) luego los engordaban de propósito, y despues los mataban, y hechos cuartos los asaban, y comian con grande fiesta y regocijo. Andaban todos desnudos, así hombres como mujeres, y solamente cubrian sus carnes con los cabellos que criaban muy largos y traian sueltos. Pero no es menor particular y extraordinaria la costumbre que tenian cuando alguna india paria, que el marido se acostaba en la cama y le visitaban y regalaban algunos dias como á enfermo, y la pobre mujer recien parida se levantaba á trabajar y hacer las demás haciendas necesarias.

Tienen todos estos indios del Brasil una lengua comun en lo que hasta ahora se ha podido echar de ver, y no es muy dificultosa, lo cual ha sido harta parte para poderles enseñar la ley de Dios con más facilidad, y corregir con ella sus costumbres tan bárbaras y ajenas de toda buena policía humana.

CAPÍTULO XLII

Cómo se pobló la provincia del Brasil, y se comenzó á dar en ella noticia de la ley de Dios.

Vuelto el capitan Vasco de Gama (á quien el rey D. Manuel de Portugal envió el año de 1497 á descubrir las Indias Orientales) con la buena relacion que trujo, renovó el celo de aquel religiosísimo príncipe para continuar aquella navegacion, por la grande esperanza que á el prometia de abrirse puerta á la predicacion del santo Evangelio en aquellas partes. Con este intento el año de 1500 envió al capitan Pedro Alvarez de Cabrera (1), hombre de grande virtud y valor, con 13 naves y 1.500 soldados, y en su compañía el P. Enriquez, religioso de la Orden del glorioso P. San Francisco, grande letrado y siervo de Dios, con algunos otros sacerdotes, para que prosiguiese el viaje de las Indias Orientales que su predecesor Vasco de Gama habia comenzado á descubrir.

Partidos de Lisboa por el mes de Marzo, á los trece dias de su navegacion tuvieron tan grandes borrascas y tempestades, que anduvieron muchos dias perdidos, hasta que al cabo de un mes fué nuestro Señor servido que descubriesen tierra. Al principio pensaron que era alguna isla pequeña, mas habiendo caminado por su costa algunos dias, hallaron que era tierra firme, y muy extendida; y por no saber su propio nombre, la llamaron por entónces puerto seguro, por haberle hallado sus navíos después de tantos peligros y trabajos. Saltaron todos en tierra para repararse y reconocer qué gente habia en ella. Compusieron un altar, y dijo Misa el P. Enriquez en hacimiento de gracias de la merced que nuestro Señor les habia hecho; acudieron luego muchos de aquellos indios con sus arcos y flechas, que son las armas de que ordinariamente usan. Admirábanse de ver en su tierra gente tan nueva, y no fué menor la admiracion que causó en todos los de la armada, ver aquellos salvajes desnudos, y tan feroces en su aspecto. Comenzaron á regalarlos y asegurarlos con dádivas y caricias, y aunque no entendian la lengua los unos de los otros, con todo eso aquellos bárbaros con señales exteriores mos-

(1) El apellido de este célebre navegante se escribe ordinariamente *Cabral*. (N. del E.)

traban hacer reverencia á las cosas sagradas que les ponian delante.

Mandó el capitan poner en aquella costa una hermosa cruz con grande solemnidad, y por esto se llamó algun tiempo aquella provincia la Santa Cruz, hasta que por razon del palo colorado, cuyo nombre es brasil, que allí hallaron los portugueses, se llamó provincia del Brasil, y con él se ha quedado hasta ahora. Para dar cuenta al rey D. Manuel de la nueva tierra que habian descubierto, envió el capitan Cabrera desde el Brasil algunos de los que iban en su compañía, y con ellos un indio de aquella provincia, que dió grande contento al rey y á toda la corte cuando le vieron en Portugal.

El capitan Cabrera como llevaba enderezado su camino á las Indias Orientales, habiéndose reparado con su gente, prosiguió su primer viaje. Los que volvieron á Portugal desde el Brasil dieron tan buenas nuevas de aquella tierra y de su fertilidad, que levantaron los ánimos de muchos con deseo de irla á poblar; y así comenzaron á continuar aquella navegacion, y con la mucha ganancia que se descubria en el trato del azúcar y palo del brasil y otras cosas que se crian en aquella tierra, vínose á poblar de tanta gente, que fué necesario repartirse por diversos valles y hacer en ellos sus lugares y poblaciones, que llamaron capitanías, así para asentar de propósito sus tratos y granjerías, como para defenderse de los indios, que como bárbaros, cuando encontraban algunos portugueses solos y desmandados, los mataban y comian.

Con esta gente pasaron algunos religiosos de la Orden del glorioso P. San Francisco para ayudar á los portugueses y nuevos moradores de aquella tierra, y procurar juntamente la conversion de aquellos indios. Uno de estos religiosos se ahogó pasando un rio, los demás queriendo entrar por la tierra adentro con deseo de predicar á los indios como estaban por cultivar, y de su condicion eran tan crueles y bárbaros, tomando sus arcos y flechas los mataron á todos, dejando regada aquella tierra con la sangre de estos santos varones para que diese tan copioso fruto como despues cogieron por su intercesion y merecimientos los que continuaron esta mision.

CAPITULO XLIII

Cómo entraron los de la Compañía en la provincia del Brasil.

Con la gente que iba cada año al Brasil, se fueron haciendo algunas poblaciones y capitanías de portugueses, como queda dicho. De éstas, las principales eran cinco. La primera se decia Itamaraca, la segunda de Fernambuco, la tercera de Illeos, la cuarta de Puerto Seguro, la quinta de San Vicente. Los indios, conforme á su costumbre, no tenian lugares ni poblaciones, antes cada año mudaban el puesto conforme á la sementera que hacian, y como gente ajena del trato y comercio de los portugueses y de toda policía, conservaban siempre su fiera y bárbara costumbre de comer carne humana, lo cual hacian todas las veces que podian coger algunos desmandados.

Para el remedio de esto y atemorizar y sujetar á estos indios, se juntaron diversas veces buen número de portugueses de las poblaciones, y haciéndoles guerra, mataron á muchos, cautivaron á otros, sirviéndose de ellos como de esclavos en los ingenios de azúcar y en cultivar las heredades y haciendas que tenian; de otros se servian como de súbditos y vasallos, pero como esta sujecion era tan violenta y les faltaba la principal de sus almas á la ley de Dios y de su Evangelio, con la cual habian de conservar la que debian á sus amos, pasaban cada dia los portugueses muchos trabajos y desasosiegos con estos esclavos y vasallos, y con sus amigos y parientes.

Para dar órden en estas cosas y que las capitanías de los portugueses que habia en el Brasil fuesen regidas y gobernadas con más paz y policía, y la conversion de los indios se tomase más de propósito, envió el rey D. Juan el año de 1549 por gobernador universal de aquella provincia y de las capitanías que habia en ella á Tomás de Sosa, y fué el primero que con este título entró en el Brasil. Tambien envió con él seis religiosos de la Compañía de Jesus, para que comenzasen á predicar y enseñar á los indios la ley de Dios. Los nombres de estos Padres eran Juan de Azpilcueta, Antonio Perez, Leonardo Nuñez, Diego de Santiago, Vicente Rodriguez y Manuel de Nobrega, que era Superior de todos, varon muy docto y de grande virtud y religion.

Llegados al Brasil, quiso el nuevo gobernador edificar otra poblacion cerca de la costa donde desembarcó, la cual llamó ciudad del Salvador; el sitio que para ella se tomó es junto á la ribera del mar y cerca de un grande y hermoso puerto, cuyo nombre es la Bahía de todos los Santos, que cae en trece grados y medio de la equinoccial. Fueron todos los que habian venido en aquella armada en procesion hasta el sitio donde se habia de edificar la nueva ciudad, y pusieron en él una hermosa cruz con grande solemnidad. Vinieron luego de las otras

capitanías y poblaciones muchos con deseo de vivir en ella, y á todos repartia y daba sitios el gobernador para que edificasen sus casas, y tambien le dió á los Padres de la Compañía para la suya.

Comenzaron todos á edificar con tanto gusto y diligencia, que en poco tiempo pusieron la ciudad en buenos términos. Pasaban los Padres en su obra mucho trabajo y necesidad, porque no les habian señalado cosa particular para su sustento, y era forzoso pedirlo cada dia de limosna y traer en sus hombros el agua y la piedra y madera y todo lo demás que era necesario para el edificio, porque como toda la gente andaba tan ocupada con sus obras, no podian ayudarlos en nada. Pero entendida su necesidad, el rey de Portugal con su acostumbrada piedad y largueza, les mandó proveer de lo que habian menester. Ocupábanse los Padres en este tiempo en ayudar á los moradores de la nueva ciudad del Salvador, predicando y confesando y administrando los demás Santos Sacramentos como si fueran sus propios curas, hasta que vinieron de Portugal sacerdotes seglares que hicieron este oficio.

Libres ya los de la Compañía de este cuidado, procuraron de emplearse de propósito en la conversion de los indios, por haber sido este el primer intento de su venida y la mayor necesidad de aquella tierra. Dejaron luego su casa é iglesia, que con tanto trabajo habian edificado á los sacerdotes que vinieron de nuevo, y ellos se salieron de la ciudad á otro sitio que llamaron el Monte Calvario, en el cual habia muchas cabañas y casas que iban haciendo algunos indios que estaban de paz con los de la ciudad del Salvador.

CAPÍTULO XLIV

Cómo los de la Compañía comenzaron á enseñar la ley de Dios á los brasiles, y fueron muertos dos por mano de estos indios.

Viendo el P. Manuel Nobrega, que era Superior de los demás, cómo ya los portugueses y moradores de la nueva ciudad tenian quien pudiese confesarlos y administrar de ordinario los Santos Sacramentos, y que él y sus compañeros quedaban más desembarazados para emplearse en la conversion de los indios, procuró que se aplicasen todos muy de veras á deprender la lengua del Brasil, porque de esta manera podrian más fácilmente conseguir su intento. Poco después sabiendo que los portugueses de la poblacion de San Vicente tenian mucha necesidad de ayuda y consuelo, por los muchos trabajos y sobresaltos que pasaban con los indios comarcanos, les envió á los PP. Leonardo Nuñez y Diego de Santiago que estuviesen con ellos.

Comenzó luego el P. Nobrega con sus compañeros á predicar á los indios que vivian junto al monte donde ellos tenian su casa. Pero como ro tenian tanta noticia de la gente, hubiéronse de ver en mucho peligro, queriendo quitarles con alguna violencia la mala costumbre que tenian de comer carne humana. Habian cautivado estos indios á uno de sus contrarios en cierta guerra, y conforme á su costumbre, después de gordo lo mataron para comerle. Supieron esto los Padres y fueron al lugar donde tenian ya el cuerpo aparejado para asarlo, y procuraron sacársele de las manos y enterrarle en un corral ó huerto que tenian dentro de su casa. Al principio tuvieron los indios algun respeto á los Padres por la amistad y vecindad que ya tenian con ellos, pero después, vencidos del apetito desordenado y gusto de su mala costumbre, entraron á media noche en el huerto y comenzaron á desenterrar el cuerpo. Sintiéronlo los Padres y salieron, y al fin se le quitaron y llevaron á enterrar dentro de la ciudad, porque no tuviesen ocasion de buscarle otra vez.

Fué tanto lo que se irritaron los brasiles de este caso, que tuvieron necesidad los Padres de recogerse dentro de la ciudad, y aun á los moradores de ella puso en no pequeño cuidado el ímpetu y furia de los bárbaros. Al fin, pasado el enojo y tornados á la amistad antigua, procuraron los Padres de ir con más suavidad y ménos violencia, viendo que la condicion natural de aquella gente no sufria llevarlos de otra manera; y así, cuando querian matar y comer alguno, rogábanles que se le dejasen bautizar primero, y después se le podrian comer. Admitieron al principio los brasiles esta condicion, pero despues no lo consentian, porque les hizo creer el demonio que perdian las carnes con el bautismo el buen gusto y sabor que antes tenian, y por no irritarlos de nuevo usaban los Padres de otro medio, que era bautizarlos disimuladamente con un poco de agua que llevaban en algun pañizuelo.

Aconteció en este mismo tiempo que andando un portugués entre las cabañas de aquellos indios, con ocasion de cierta riña le mataron, de lo cual indignados los de la ciudad, tomaron al culpado, y puesto dentro de una bombarda le pegaron fuego y le volaron hecho pedazos por el aire. Causó en todos tanto temor este género de castigo, que fué gran parte para que se reprimiesen mucho de allí adelante. Procuraban

los Padres ir con blandura y suavidad, dando noticia á los brasiles del criador del cielo y de la tierra, y mostrándoles cuán conforme era esta ley á toda buena razon, y cuán contrarios eran á ella sus vicios y costumbres, y fué nuestro Señor servido con el ayuda de su gracia, que poco á poco se fuesen domesticando y perdiendo la ferocidad y crueldad natural, y que gustasen de oir las cosas de la ley de Dios, y esta les ayudó y dispuso para que dejasen su bárbara costumbre de comer carne humana y de andar desnudos.

Ayudó mucho para esto la conversion de un grande hechicero que habia en aquella tierra, el cual decia que era Dios y engendrado de Dios, y tenia tanta autoridad entre aquellos indios, que le llamaban para todas sus enfermedades y necesidades. Procuró el P. Nobrega verse con él y apretóle tanto con sus razones, mostrándole sus engaños y falsedades, que obrando en su alma la gracia del Señor, pidió que le enseñasen la ley de Dios muy de propósito, porque estaba determinado de recibirla, y por su ejemplo se determinaron á hacer lo mismo más de otras 700 ú 800 personas. El primer bautismo fué de solos 100, que estaban bien instruidos, é hízose con mucha solemnidad. A los demás se le fué dilatando para otro dia y tiempo más conveniente, porque estimasen más aquel beneficio y se fundasen mejor en la doctrina cristiana.

Viendo el fruto que los Padres iban haciendo en los indios, se movieron á entrar en la Compañía y servir á nuestro Señor en ella algunos mozos portugueses de los que vivian en el Brasil. De los primeros fueron el H. Pedro Correa y el H. Juan de Sosa; y así, fueron tambien los primeros de la Compañía que ofrecieron sus vidas por la conversion de aquellas almas. El H. Pedro Correa era hombre noble y valiente, el cual antes de ser religioso, con celo de la fe y en defensa de los cristianos hizo grande estrago en aquellos indios, y deseando alcanzar perdon de sus culpas y recompensar en cuanto pudiese con buenas obras el daño que en ellos habia hecho, se ocupaba continuamente en traer á estos infieles al conocimiento de Dios; en lo cual trabajó cuatro años con mucha edificacion y ejemplo de vida, siendo ya de la Compañía. El otro, H. Juan de Sosa, era hombre sencillo, de muy sanas entrañas, y señalábase mucho en las virtudes de la penitencia, humildad y caridad. Sacóle nuestro Señor de la cocina y de entre los tizones donde estaba sirviendo á los Padres y Hermanos, para tan glorioso fin. Porque yendo en compañía del H. Pedro Correa (que sabia muy bien la lengua del Brasil) á predicar á ciertos indios, fueron acometidos de los carijes, gente cruel, y estando puestos entrambos de rodillas en oracion, los degollaron el año de 1554.

CAPITULO XLV

Cómo se fundaron en el Brasil algunos colegios y casas de residencias, y fué elegido por Provincial el P. Manuel de Nobrega y despues por Visitador el P. Ignacio de Acevedo.

Viendo los Padres de la Compañía que nuestro Señor se servia de sus trabajos en aquella tierra, y el fruto y reformacion que se iba haciendo en aquellos indios porque muchos pedian ya y recibian el santo Bautismo, y de salvajes parecian haberse hecho hombres de razon y como tales gustaban de avecindarse junto á los lugares y capitanías de los portugueses, y acomodarse á la policía humana, enviaron á pedir gente á Portugal, de donde les vinieron buen número de Padres y Hermanos en diversas veces, con grande deseo de emplear sus vidas en la conversion de aquellas almas.

Con esta gente que venia de Portugal y la que se iba recibiendo en el Brasil se dió principio á tres colegios. El primero se llamó de la Bahía. El segundo del Rio de Enero. El tercero de Fernambuco. De estos tres colegios se visitaban todas las capitanías donde vivian los portugueses, y las poblaciones que se iban haciendo de los indios junto á ellas; y por eso se fundaron en los puestos que parecieron más acomodados para poder acudir á estas necesidades.

Para el gobierno de los religiosos que residian en estos colegios y para ayudar á la fundacion de ellos, nombró el P. Maestro Ignacio por primer Provincial del Brasil al P. Manuel de Nobrega, que habia sido Superior de los primeros Padres que habian entrado en aquella tierra; y aunque siempre habia tomado muy á pechos la conversion de aquellos indios desde que entraron él y sus compañeros en el Brasil, pero después que le dieron el cargo de aquella provincia, lo procuró con nuevo cuidado y solicitud, buscando todos los medios que la caridad le descubria. Iba con esto creciendo cada dia el número de los que se convertian á nuestra santa fe; de suerte que no bastando los tres colegios para acudir al deseo de los que pedian el santo Bautismo, fué necesario ir haciendo algunas casas de residencia; y así, en diversos tiempos y ocasiones se hicieron las casas siguientes: la de Illeos, la de San Vicente, la de Paratininga, la de Puerto Seguro, la del Espíritu Santo.

De esta manera llevó nuestro Señor algunos años la cristiandad del Brasil, y siempre con mucho aumento, hasta que siendo electo por General de la Compañía de Jesus el P. Francisco de Borja el año de 1565, como no pudo él visitar por su persona las provincias, envió algunos Padres que lo hiciesen en su nombre; uno de ellos fué el P. Ignacio de Acevedo, portugués de nacion y natural de la ciudad del Puerto (1), varon no ménos ilustre en santidad que en sangre, á quien encomendó la provincial del Brasil para que visitase y consolase á los de la Compañía, que estaban trabajando en ella, y viese lo que era necesario para llevar adelante aquella empresa y la conversion de los indios. Pasó el Padre al Brasil é hizo su visita con grande consuelo y satisfaccion de todos, y antes que la acabase le llegó órden del P. General para que se quedase por Provincial. En los tres años que hizo este oficio tuvo lugar y tiempo de mirar con particular atencion las necesidades de aquella tierra y la falta de obreros que habia en ella. Para remedio de todo esto le pareció que el medio más eficaz seria ir él mismo en persona á Roma y verse con el P. General para darle cuenta de lo que convenia, como quien lo habia tocado con las manos. Con este intento partió del Brasil y llegó á Portugal, donde fué tanta la gente que se movió para ir en su compañía, que le importunaban muchos estudiantes en la Universidad de Évora para que los recibiese y llevase consigo, y de los Hermanos de la Compañía ninguno quedara, si lo dejáran á su eleccion. A los unos y á los otros dió el Padre buenas esperanzas, remitiendo la última resolucion para la vuelta de Roma.

CAPÍTULO XLVI

Cómo el P. Ignacio de Acevedo volvió de Roma para ir al Brasil, y recogió buen número de gente para llevar en su compañía.

Llegado á Roma el P. Ignacio de Acevedo dió cuenta de su visita al P. Francisco de Borja, que entónces era General y le representó la necesidad que habia en el Brasil de gente por ser la tierra muy extendida y muchas las partes donde se habia de acudir, y para esto convenia recibirse allá alguna gente y hacer seminario de letras y noviciado donde se pudiesen criar; porque no era posible ir de acá toda la que allá era menester. Holgó el P. General de oir la buena relacion que le daba de todo, y para proveer á la necesidad presente entretanto que se asentaban de propósito los estudios, y para dar principio á ellos le ordenó que volviese al Brasil con el cargo de aquella provincia y que en cada una por donde pasase le diesen cinco de la Compañía que llevase consigo.

Tambien fué á besar el pié de Su Santidad el Papa Pio V y recibir su bendicion antes de salir de Roma. Hízole Su Santidad mucho favor, concediéndole indulgencia plenaria para todos los que fuesen al Brasil con deseo de servir á nuestro Señor. Dióle sin esto muchas reliquias, *Agnus Dei* y una cabeza de las once mil vírgenes, y lo que el P. Ignacio de Acevedo estimó en mucho fué poder alcanzar licencia para llevar un retrato de la imágen de nuestra Señora que pintó el glorioso San Lúcas, porque hasta entónces ni los que tenian cargo de ella, ni los Sumos Pontífices le habian concedido á nadie, porque siendo sola seria tenida en mayor veneracion y reverencia. Yo vi esta imágen que traia el P. Ignacio de Acevedo la primera vez que la mostró en Madrid á los Padres de aquella casa, y á muchos de los que se hallaron presentes cuando la descubrió oí decir lo mismo que yo experimenté, que en poniendo los ojos en la imágen, con la grande majestad que descubria, hacia que los bajasen luego con reverencia y no parece que consentia los tuviese nadie fijados en ella.

Partido el Padre de Roma vino recogiendo su gente por las provincias y llegó á Portugal, y así de los que traia como de los que en aquel reino y en otras partes recibió, vino á juntar entre Padres y Hermanos como setenta religiosos, artistas, teólogos y hermanos coadjutores de diversos oficios que allá podian ser muy útiles. Entre los demas era un Hermano excelente pintor y por serlo tan aventajado sacó otros cuatro retratos muy al vivo de la imágen que el Padre habia traido de Roma. El uno para el Brasil, otro para el colegio de Coimbra, otro para el de Evora y el último para la casa de San Antonio de Lisboa.

Temiendo el P. Ignacio que la armada del Brasil se detendria mucho en partir de Lisboa por haber de aguardar al gobernador, fletó á su costa la mitad de un navío en la ciudad del Puerto, con intento de partirse con sus compañeros en habiendo comodidad. Entretanto que venia la nao de la ciudad del Puerto, fué el Padre recogiendo su gente en Valderosal que es una casa de la Compañía que está en el campo, para embarcarse todos en Lisboa. Los dias que allí se detuvieron el P. Ignacio y sus compañeros, hacian una vida más de ángeles que de hom-

(1) Así llamaban nuestros Padres antiguos á Oporto.

bres, gastando todo el tiempo en oracion, meditacion, leccion de libros santos, acompañando estos devotos ejercicios con otros de mortificacion y penitencia, como eran ayunos, disciplinas y cilicios, disponiéndose con ellos para la empresa del Brasil, ó por mejor decir para el glorioso martirio que en el camino habian de padecer, para el cual iba Dios nuestro Señor previniendo á sus siervos con tanta abundancia de sus dones y consolaciones del cielo, que muchas veces decia el P. Ignacio, que ya para sí no esperaba mejores dias que los de Valderosal, por ver las misericordias que nuestro Señor hacia á él y á sus compañeros, y bien lo mostraba este bendito Padre en las cartas que desde aquella casa escribió á diversos colegios tan llenas de devocion que la pegaban á quien las leia.

Llegábase ya el tiempo de partir para el Brasil, y aunque la armada y el gobernador estaban casi á punto, nunca la nave del Puerto acababa de llegar. Viéndose el P. Ignacio apretado del tiempo, determinó irse con la armada sin esperar la nao, aunque sentia mucho dejarla, y algunos compañeros que esperaba con ella, y con muchas oraciones y penitencias suplicaba á nuestro Señor se los trujese á tiempo que pudiesen ir todos juntos. Con todo esto se partió de Valderosal con los que allí tenia, y se pasó á Lisboa para dar órden como se embarcasen en algunas de las naos que llevaba el gobernador.

CAPÍTULO XLVII

Cómo el P. Ignacio se embarcó con todos sus compañeros, y el órden que guardaban en la nao.

Habia ya acomodado el P. Ignacio de Acevedo á sus compañeros, y repartídolos por los navíos que iban al Brasil, cuando le dieron aviso que era llegada la nao *Santiago,* que venia del Puerto, y con ella los compañeros que esperaba. Fué grande el alegría y consuelo de todos con esta nueva; y así, fueron á dar gracias á nuestro Señor, por haberla traido á tal tiempo y coyuntura, que parece adivinaban (lo que sólo Dios sabia) que habian de ir desde ella al cielo segun se alegraron con su venida.

Hizo el Padre pasar luego todo el hato que pudo caber, y estaba repartido por las otras naos, y él se embarcó en esta nave *Santiago* con 44 compañeros, dejando al P. Pedro Diaz con otros 20 en la del gobernador D. Luis de Vasconcelos, y al P. Francisco de Castro con los demás en la nao de los huérfanos; porque casi todos los que en ella iban eran niños y niñas que habian quedado sin padre ni madre en tiempo de la peste que hubo en Lisboa, y mandó el rey que los llevasen al Brasil, para que allá los casasen y poblasen aquella tierra. Serian los de la Compañía que iban repartidos en estas tres naos como 69, sin algunos otros que iban con deseo de ser recibidos.

Embarcados todos, determinó el P. Ignacio de hacer en su navío una forma de colegio de la Compañía, por llevar la mitad del fletado á su costa, y para esto hizo aderezar el dormitorio debajo del toldo y debajo de la cubierta, con aposentos de una parte y de otra; desde el pié del mástil, hasta la cámara de leme, quedaba descubierto un espacio á manera de corredor, que servia de refectorio. Tambien tomó á su cargo el fogon, cerrándole con unas tablas hácia la parte donde estaban los religiosos, y de él hizo cocina, para que se pudiesen los Hermanos ejercitar en aquel oficio de humildad y caridad, guisando ellos mismos la comida para todos los que iban en la nao, y por una ventana recibian el recaudo, y por ella misma lo daban limpio y aderezado. A los demás repartió tambien sus oficios y ocupaciones, para que ninguno estuviese ocioso, y con el mismo órden y concierto que si estuvieran en el colegio de Coimbra, con su campana los llamaban á los tiempos señalados para oracion y ejercicios espirituales, y lo demás de la comunidad.

Para ayudar á los pasajeros y gente del navío, ordenó que se dijese cada dia la doctrina cristiana públicamente, y él mismo la hizo los primeros dias, y por el amor y respeto que le tenian, acudian á oirle desde el capitan y maestro de la nao, hasta el menor de los que iban en ella, y se holgaban de ser preguntados como si fueran niños, y recibir los premios que el Padre daba á los que mejor la decian. Por la tarde cantaban los Hermanos la letanía con buena música que tenian de canto de órgano, á la cual asistian todos con el mismo órden que á la doctrina. Los domingos y fiestas hacia el Padre componer un altar en lo más alto del castillo de popa con su frontal y ornamentos ricos, y en él ponia la imágen de nuestra Señora que traia de Roma. Y para consuelo de todos ya que no podia consagrar en el mar, por el peligro y decencia, decia su Misa con toda la solemnidad y música que podia; y al fin de ella se quitaba la casulla, y predicaba á todos ordinariamente de la caridad, como quien traia su corazon abrasado de ella, sin otras muchas pláticas que hacia los demás dias, con lo cual iba toda la gente de la nao tan compuesta y concertada, que parecian religiosos en la quietud, paz y sosiego con que estaban, y en la devocion con que rezaban sus

rosarios, y oian los sermones. Este mismo órden en su tanto y en su modo llevaban los demás Padres y Hermanos que iban en las otras dos naos, porque tambien decian sus Misas y letanías cantadas, predicaban sus sermones, y hacian la doctrina cristiana, procurando ayudar con los medios que podian á todos los pasajeros.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo llegó la armada del Brasil á la isla de la Madera, y desde allí fué sola la nao «Santiago» para la isla de la Palma por Terzacorte.

Partió toda la armada del Brasil junta (que serian por todas siete naves) de Lisboa á los 5 de Junio del año de 1570, y por el general de ella, gobernador del Brasil, D. Luis de Vasconcelos, caballero muy cristiano y valeroso, el cual iba muy contento, por llevar en su compañía tantos y tales religiosos. Y dándoles nuestro Señor próspero viento, llegaron en siete dias á la isla de la Madera. Salieron en tierra algunos de los Padres y Hermanos en compañía del P. Ignacio de Acevedo, y fueron al colegio que la Compañía tiene en aquella isla, donde los Padres que allí residian los regalaron con mucha caridad, y en los 20 dias que se detuvo la armada en la isla, hubo lugar de que una vez unos, y otra vez otros viniesen al colegio; y los domingos y fiestas salian á oir Misa, y á comulgar al mismo colegio ó á una ermita del Apóstol Santiago, que habia cerca del puerto.

Tuvo necesidad la nao *Santiago* de ir á la isla de la Palma, que es una de las Canarias, á descargar buena parte de las mercaderías que llevaba, para tomar desde allí el camino del Brasil. Como el P. Ignacio supo la determinacion del capitan y maestro de la nao, representándosele el peligro que podian tener, por haber algun rumor de que andaban herejes de la Rochela á vueltas de las Canarias, procuró lo primero con mucho cuidado, que todos los de aquella nao se confesasen y comulgasen antes de salir de la isla de la Madera. Lo segundo, juntando á sus compañeros les dijo que por cuanto él entendia que el mar por donde habian de navegar estaba sembrado de herejes corsarios que no pretendian más que quitar las haciendas y vidas á los católicos, que todos se aparejasen para dar sus vidas, si fuese menester, por amor y servicio del Señor, y si habia algunos que no se hallasen con esta fortaleza y determinacion, se lo avisasen luego, porque los dejaria allí, para que se fuesen al Brasil en compañía de los otros navíos.

Entre 44 compañeros que iban en aquella nao con el P. Ignacio de Acevedo, solos cuatro hubo á quien el temor de la muerte hizo flaquear, y le pidieron licencia para quedarse en la isla de la Madera, y él se la dió de muy buena gana. Todos los demás se resolvieron con grande alegría y consuelo de acompañarle, y si fuese menester con la gracia del Señor dar sus vidas, por la honra y gloria de nuestro Señor.

En estos cuatro que flaquearon mostró bien nuestro Señor cuán incomprensibles son sus juicios, porque ninguno de ellos perseveró después en la religion, y se echó de ver lo que solia decir el P. Francisco Javier, que el remedio contra los temores del demonio, es guardarse de mostrar cobardia ni desconfianza en Dios, pues los demonios, ni sus ministros pueden hacer más mal de lo que Dios les permite, y para llevar esto nunca falta el mismo Señor con las ayudas y favores de su gracia que son necesarios, y mostrarse un siervo de Dios flaco y desconfiado en los trabajos y peligros que Dios permite le sucedan, es abrir la puerta en su corazon, para ser vencido cada dia de otros mil temores vanos, y venir á faltar en el camino comenzado de la perfeccion, como aconteció á estos cuatro Hermanos, que eran novicios, y por no arrojarse en los brazos del Señor con entera confianza, como hicieron los demás, vinieron á perder la corona gloriosa del martirio que tenian tan cerca, y el estado de la religion que con tantas lágrimas habian pedido y alcanzado.

Llegado el tiempo de partir la nao *Santiago* habiendo confesado y comulgado todos los Hermanos, dia de los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, se despidieron de sus Hermanos que quedaban en las otras naos, con tanta ternura y abundancia de lágrimas, que bien parecia adivinaban sus corazones que no se habian de ver más hasta el cielo. Caminando todos la vuelta de la isla de la Palma, sus pláticas familiares eran del martirio, y hablando entre sí decian: ¡Oh si Dios nuestro Señor fuese servido que encontrásemos por este mar con quién por causa de la fe católica nos quitase las vidas! ¡Qué dichosa suerte y qué alegre dia seria para nosotros, de cuántos y cuán crueles enemigos nos librariamos! Pero señaladamente el P. Ignacio de Acevedo desde que partió de la isla de la Madera le oian los Hermanos dar unos suspiros muy encendidos, repitiendo muchas veces: ¡Oh si Dios nos hiciese, Hermanos, tan señalada merced, que muriésemos por su amor!

De esta manera prosiguieron su viaje con buen viento siete dias, y llegaron á dos leguas de la isla de la Palma ó poco más. Pero levan-

tóseles el viento contrario, y no pudieron tomar el puerto. Al fin haciendo fuerza y remando llegaron á desembarcar á un surgidero que está detrás de la isla, y se dice Terzacorte, con intento de esperar buen tiempo para tornar al puerto de la Palma. Habia en este lugar donde desembarcaron un caballero muy principal y rico que se habia criado en la ciudad de Oporto con el P. Ignacio de Acevedo, y como le vió en aquella tierra renovando el amistad y conocimiento antiguo, procuró regalarle á él y á sus compañeros, y con mucha instancia le rogó que se fuese por tierra desde allí á la ciudad de la Palma, porque no habia más que tres leguas, y él daria cabalgaduras para el hato y para las personas, porque tornándose á embarcar, con los vientos que corrian en aquellas costas podria ser que no llegasen en muchos dias.

Estuvo el Padre al principio muy dudoso en lo que haria, porque la caridad y buena voluntad de aquel caballero parece que le obligaba á tomar su consejo, y por otra parte se le hacia de mal dejar la nao y compañía que habia traido. Tornóle á importunar tanto este caballero, que en todo caso fuese por tierra, que por sus ruegos vino el Padre á condescender con él; y así, aquella noche hizo hacer algunos fardeles del hato que iba en la nao, y luego por la mañana desembarcó con todos los Hermanos con ánimo de ir por tierra. Pero antes de partirse los confesó y comulgó en la Misa que él mismo dijo. Lo que nuestro Señor le comunicó en esta Misa no se sabe; pero él salió tan mudado y trocado de ella, que mandó tornar todo el hato á la nao con resolucion de no ir por tierra, sino tornarse á embarcar con todos sus compañeros.

Acostumbraba este siervo de Dios encomendar á nuestro Señor en la Misa los negocios de importancia en que tenia alguna duda; y así lo hizo en este, de cuya resolucion pendia alcanzar la gloriosa corona de su martirio, donde se ve claramente, cuán diferentes son los juicios de Dios y de los hombres, y cuánto exceden á toda la prudencia humana los altísimos consejos de la sabiduría Divina. ¿Quién hubiera, que mirando estas cosas con las leyes de la discrecion humana, no dijera que era muy grande imprudencia, y aun falta de buen entendimiento, quererse aventurar á los peligros de la mar y de los corsarios, pudiendo ir por tierra con tanta seguridad? Pero aquel Señor que habia determinado de dar la corona del martirio á sus siervos por este medio, y queria ser glorificado con el derramamiento de su sangre, puso en el corazon de este santo varon esta nueva determinacion, con tan firme resolucion de proseguir su viaje como le habia comenzado, que no bastó el temor de los peligros que se le ponian delante para mudar su parecer; antes muy arrepentido del primero que habia tomado, se despidió de aquel caballero y se embarcó con todos sus compañeros para tomar desde allí su camino á la ciudad de la Palma, que así fué ello, pues la alcanzaron tan gloriosa dentro de tan poco tiempo.

CAPITULO XLIX

Cómo los herejes tomaron la nao «Santiago» y mataron al P. Ignacio de Acevedo.

Partieron todos con mucha alegría un juéves por la mañana de Terzacorte con determinacion de pasar por la Gomera, y despues de haber hecho un grande rodeo, en el cual gastaron todo el juéves y viérnes, sábado por la mañana al romper del alba se hallaron como dos ó tres leguas del puerto de la isla de la Palma, mas estando para tomarle comenzó un marinero á dar grandes voces diciendo que veia una vela gruesa que venia para ellos á toda furia, y poco despues descubrió otras cuatro menores. Al principio pensaron todos que por ventura seria la armada del gobernador D. Luis Vasconcelos, pero como se fueron acercando, reconocieron que eran franceses, y no se engañaron, porque venia allí un famoso corsario llamado Jaques Soria, capitan de la *Reina de Navarra* y cruel enemigo de los católicos, especialmente de los que ellos llaman papistas. Traia en su galeon más de 300 hombres de pelea bien armados, y muy gruesos tiros de artillería, y aunque en la nave *Santiago* habia algunos soldados, pero apénas llegaban á 40 personas los que podian pelear. Consultaron entre sí el capitan y gente de la nao lo que debian hacer, y al fin se resolvieron de morir peleando contra aquellos herejes.

Sabida su determinacion por el P. Ignacio, salió á ellos y comenzó á animarlos, poniéndolos delante, que pues la guerra era contra herejes y enemigos de la fe de Cristo y de la Iglesia romana, pusiesen de buena gana sus vidas y muriesen como buenos cristianos, y volviendo á los Hermanos y Padres que llevaba en su compañía, con un ánimo valeroso les dijo: «Ea, carísimos Hermanos, el corazon me da que hoy en este dia, así como estamos, habemos de ir todos á poblar el cielo con Jesucristo nuestro Redentor, y con la gloriosa Vírgen María su Madre, y toda aquella bienaventurada corte celestial. ¿No veis cuánto somos mejorados, pues en lugar del Brasil tomaremos puerto en el cielo?

Pongámonos en oracion, Hermanos, y hagamos cuenta que esta es la última hora que Dios nos da para merecer y aparejarnos á morir por su amor.» Levantaron todos las manos y los ojos llenos de lágrimas al cielo, diciendo: «Hágase así, Señor, cúmplase en nosotros vuestra santa voluntad, que aquí estamos aparejados para dar la sangre por vos.»

Ibase ya llegando el francés con su galeon, y los de la nave estaban á punto para recibirle. Ordenó entónces el P. Ignacio que saliesen 10 ó 12 Hermanos de los que eran más hombres para que anduviesen entre los que peleaban, animándolos y esforzándolos, y él escogió para sí el lugar de junto al mástil para hacer el mismo oficio con la imágen de nuestra Señora en las manos. A los demás hizo que se recogiesen á tener oracion con el H. Benito de Castro, que era como maestro de los novicios que allí venian.

Estando todos puestos en órden, los unos con las armas en la mano, los otros en oracion y diciendo las letanías, los demás animando á los que habian de pelear, llegó el galeon de Jaques Soria, y aferró con la nave. Recibiéronle con toda la artillería, y con ella le mataron buen número de gente. Disparó tambien la suya el galeon, aunque no hizo tanto daño, pero pudieron con esto saltar dentro de la nao el patron de la contraria, que era la segunda persona que allí venia y otros dos franceses. Arremetieron á ellos el maestro de la nao *Santiago* con algunos otros, y al fin dieron con ellos en el mar, donde con el peso de las armas que traian y las heridas que llevaban fueron luego muertos y ahogados. Tornó á querer abordar Jaques Soria segunda y tercera vez y no podia, hasta que á la cuarta, habiendo llegado los otros cuatro navíos, todos juntos, cercaron la nao y entraron por diversas partes más de 40 franceses muy bien armados. Los de la nao se defendieron valerosamente, y el P. Ignacio no cesaba con su imágen en la mano de animarlos á que ofreciesen sus vidas alegremente, peleando contra los enemigos de la santa Iglesia romana, diciéndoles, «muramos, Hermanos, por servicio de Dios y por la confesion de su fe, que estos sus enemigos impugnan.» Oyendo esto uno de aquellos herejes, descargó sobre su cabeza una tan brava cuchillada, que se la abrió hasta los sesos. Mas el animoso Padre sin retirarse, ni moverse de su lugar, esperó otras tres lanzadas que le dieron, con las cuales cayó en el suelo diciendo en alta voz. «Séanme los hombres y los ángeles testigos que muero por defender la santa Iglesia romana y todo lo que ella confiesa y enseña.»

Llegaron luego los Hermanos que por allí andaban á recibir el cuerpo de su bendito Padre, arrojándose con muchas lágrimas á abrazarle y recibir su última bendicion. Él los apretaba entre sus brazos con el amor tierno que les tenia, y les decia: «Hijos de mi alma, no tengais miedo á la muerte, agradeced á nuestro Señor la misericordia que os hace en daros fortaleza para morir por él, y pues tenemos tan fiel testigo y tan liberal remunerador, no seamos tan pusilánimes, ni flacos para pelear las batallas del Señor.» Era tanta la sangre que salia al Padre de sus heridas, que dejaba llenos de ella á los que llegaban á abrazarle. Lloraban los regalados hijos viendo que se acercaba la muerte de su tan amado Padre, y con dolorosos suspiros decian: «¿Qué será de nosotros sin Padre y sin Pastor?» Consolábalos el bendito Padre con decirles: «Mis hijos, no tengais pena, pues Dios me hizo vuestro Padre y Pastor, bien es que el Pastor vaya delante de sus ovejas. Yo voy delante á esperaros en las moradas eternas.» Y diciendo estas palabras, fijados los ojos en la imágen de la benditísima Vírgen, que nunca habia soltado de las manos, dió su alma al que la crió. No se hartaban los hermanos de abrazarle y besar sus piés despues de muerto y las heridas de su cuerpo, animándose con ver su sangre para ofrecer ellos tambien la suya como lo hicieron luego.

CAPITULO L

Cómo fueron muertos de los herejes los demás compañeros del P. Ignacio, excepto uno, y los desacatos que hicieron en las cosas sagradas que hallaron en la nao.

No puso miedo ni espanto á los buenos hijos ver las heridas y muerte de su bendito Padre, antes animados con su ejemplo y alentados con la esperanza de gozar presto del Señor en su compañía, salieron con ánimo generoso á ofrecer sus vidas. El primero de ellos fué el H. Benito de Castro, que estaba en oracion con los Hermanos, y como sintió el ruido de los enemigos, tomando un crucifijo en la mano se fué al castillo de proa donde estaban peleando, y mostrándole á los herejes decia: «Yo soy católico é hijo de la Iglesia romana.» Disparáronle tres arcabuces, y viendo que todavía perseveraba en la confesion de la fe, le dieron muchas estocadas, y antes que espirase, le echaron en el mar.

A otro Hermano de los que animaban á los que peleaban y se decia Manuel Alvarez, porque reprendia á los herejes de la ceguedad en que vivian, le hirieron en el rostro, y tendién-

dole en tierra le quebrantaron las piernas y los brazos, moliéndole los huesos, y para que penase más no le quisieron acabar luego de matar, y él volviendo los ojos á sus Hermanos les dijo: «Tenedme, yo os ruego, Hermanos, envidia y no lástima, que yo confieso que nunca merecí á Dios tanto bien como me hace con estos tormentos y muerte. Quince años ha que estoy en la Compañía, y más de diez que pido esta jornada del Brasil, y me aparejo para ella, y con sola esta dichosa muerte, me tengo por muy bien pagado de Dios y de la Compañía por todos mis servicios,» y estando boqueando le echaron al mar.

A otros dos Hermanos porque los hallaron haciendo oracion de rodillas delante de las imágenes que ellos tanto aborrecen, con un diábolico furor y rabia arremetieron á ellos, y con los pomos de las espadas quebraron los cascos á uno de ellos, que se llamaba Blas Ribero; el cual saltados los sesos, cayó luego muerto. Al otro Hermano, que se decia Pedro de Fonseca, le dió un hereje tal puñalada por la boca, que le cortó la lengua y le derribó la una quijada. Al P. Diego de Andrada, que era sacerdote, y muerto el P. Ignacio de Acevedo era como Superior de los demás, porque vieron que habia confesado á algunos de sus compañeros y que los exhortaba y decia: «Hermanos mios, aparejad vuestras almas, que muy cerca está vuestra redencion,» dándole muchas puñaladas, medio vivo le lanzaron en el mar.

Cuando esto pasaba, estaban enfermos en sus camas dos Hermanos, cuyos nombres eran Gregorio Escribano y Alvaro Mendez, y aunque pudieran disimular y estarse quedos, pero con el deseo que tenian de morir por Cristo, se levantaron como mejor pudieron, y echadas las sotanas sobre las camisas, así descalzos y medio desnudos, se pusieron entre sus Hermanos por no perder tan buena ocasion, y así murieron con ellos. Habian llevado los herejes á otro Hermano llamado Simon de Acosta al galeon de Jaques Soria, entendiendo que era hijo de algun caballero ó persona principal, porque en el gesto lo parecia y era mozo de diez y ocho años muy bien dispuesto. Llamóle Jaques Soria, y preguntóle si era él tambien de los Pretes Jesuitas, y aunque negándolo pudiera escapar con la vida, no quiso, sino confesar que lo era y compañero en la religion, y hermano de aquellos que morian por la fe católica, lo cual indignó tanto á Jaques Soria, que le hizo luego degollar y arrojar en el mar, y poco antes habia entrado en la Compañía.

Para que se descubra bien el ánimo y corazon de estos herejes y el grande aborrecimiento que tenian á nuestra sagrada fe y religion católica y á los que la profesaban, basta mirar lo que hicieron en habiendo muerto al capitan y á los Padres y Hermanos que hemos dicho, porque viéndose ya señores de la nao, comenzaron á robar cuanto habia en ella, y entre otras cosas encontraron con las reliquias, *Agnus*, rosarios, ornamentos que llevaba el P. Ignacio para el Brasil. Abriendo los baules en que iban estas cosas, y viendo lo que eran, haciendo burla y escarnio de todo, tomaban las reliquias, y haciéndolas mil pedazos, las arrojaban por el suelo, como lo hicieron con una cabeza de las once mil vírgenes y otros huesos de santos que el Padre traia de Roma. Otras veces tomaban las cuentas y rosarios, y poniéndoselos al cuello fingian que rezaban por ellas, y después las arrojaban con menosprecio. Tambien encontraron un buen pedazo del *lignum crucis*, el cual arrojaron en el fuego diciendo á uno de los Hermanos, «mira, perro papista, cómo arde.»

Pero no paró aquí su diabólica furia, que hallando un crucifijo muy devoto que el P. Ignacio tenia guardado entre las demás cosas, quisieron renovar en él las injurias de la Pasion y los tormentos de este Señor. Levantándole en alto, por hacer burla cantaron aquel himno ó prosa que comienza: *Oh Christe sancte*, y luego le bajaron, y puesto sobre una mesa le dieron muchas puñaladas é hicieron otras mil injurias y afrentas. Ultimamente, para que no les quedase nada en que pudiesen mostrar su odio contra la religion cristiana, tomaron los ornamentos sacerdotales, y vistiéndose uno de ellos, haciendo muchas ceremonias de las que usa en la Misa la Iglesia católica, levantando un *Agnus Dei* en lugar de hostia, le tornó despues á tomar con grande menosprecio y le arrojó en el suelo, donde este y los demás herejes le dieron de puñaladas.

Estas y otras cosas hicieron aquellos pérfidos herejes, mas aquel Señor que con tanta paciencia por amor de los hombres y deseo de su salvacion sufrió en su propia persona tales afrentas y tan graves injurias, quiso tambien disimular estos desacatos, para castigarlos con la pena eterna que ellos merecen; pues cualquiera temporal, por grande que fuera, era muy pequeña comparada con sus culpas. Estaba la nao tan maltratada de la artillería, que temian no se fuese á fondo por la mucha agua que hacia. Para desaguarla juntaron los herejes á los Hermanos que habian quedado, y dándoles muchos bofetones y pescozones, los echaron á la bomba. No duró mucho este trabajo, porque el corsario Jaques Soria, como supo que estaban vivos, envió á de-

cir desde su galeon, «mueran los papistas que van á sembrar falsa doctrina al Brasil,» y llegando él mismo con su navío más cerca, dijo: «Echad á la mar esos perros jesuitas.» Al mismo punto que oyeron esto sus soldados y herejes calvinistas, arremetieron á los nuestros, y desnudándolos de sus pobres sotanas, á unos daban de cuchilladas, á otros de estocadas, á otros de puñaladas, y de esta manera los arrojaron todos al mar, y con ellos el cuerpo del bendito P. Ignacio, que hasta entónces estuvo tendido en el navío.

Dijeron después los marineros que habian visto ir aquel santo cuerpo sobre el agua, tendidos sus brazos en forma de cruz, el tiempo que con su vista pudieron alcanzar á divisarle, y no era mucho que quien en el discurso de su vida la habia tenido siempre tan conforme á la misma cruz, quedase despues de muerto hermoseado su cuerpo con esta figura.

De todos los cuarenta compañeros que habian entrado en la nao *Santiago* con el P. Ignacio de Acevedo, no quedaba más que solo uno que se decia Juan Sanchez, al cual dejaron los herejes vivo, porque sabiendo que servia de cocinero á los demás, le guardaron para servirse de él en la cocina, y estuvo con ellos hasta que volvieron á Francia, de donde nuestro Señor le libró para que fuese testigo de vista y contase lo que de la muerte de sus compañeros queda referido, aunque no fué él solo sino otros tambien que se hallaron presentes, y despues dieron relacion de todo lo que habia pasado.

Pero para que el número fuese justo y hubiese 40 coronas para 40 de la Compañía que habian entrado en aquella nave con deseo de morir por Cristo, en lugar de este H. Juan Sanchez que se escapó, dió el Señor otro que se llamaba San Juan, que era mancebo virtuoso y honrado, sobrino del capitan de la misma nao, el cual comenzó á aficionarse tanto á los Hermanos de la Compañía, que pidió ser recibido en ella, y aunque el P. Ignacio no le recibió, él no se apartaba de su lado ni dejaba de hacer la oracion y penitencia que veia hacer á los Hermanos, y se tenia por uno de ellos, y como si lo fuera se trataba. Al tiempo que los herejes apartaban á los de la Compañía de los seglares para matarlos y echarlos en el mar conforme al mandato de Jaques Soria, él se pasó á su banda, y sin hablar palabra se dejó llevar á la muerte para entrar por medio de ella en la Compañía de los bienaventurados del cielo; de manera que si contamos este San Juan por de la Compañía, fueron 40 los que murieron de ella á los 15 dias del mes de Julio del año de 1570, cuyos nombres no es razon que callemos, pues están escritos en el libro de la vida, y fueron los siguientes:

El P. Provincial Ignacio de Acevedo.
P. Diego Andrada.
Antonio Suarez.
Benito de Castro.
Juan Fernandez, de Lisboa.
Francisco Alvarez Cobillo.
Domingo Hernandez.
Manuel Alvarez.
Juan de Mayorga, aragonés (1).
Alonso de Baena, del reino de Toledo.
Gonzalo Enriquez, diácono.
Juan Fernandez, de Braga.
Alejo Delgado.
Luis Correa, de Evora.
Manuel Rodriguez, de Valconete.
Simon Lopez.
Manuel Hernandez.
Alvaro Mendez.
Pedro Muñoz.
Francisco Magallanes.
Nicolas Diney, de Berganza.
Gaspar Alvarez.
Blas Ribero, de Braga.
Antonio Hernandez, de Montemayor.
Manuel Pacheco.
Pedro de Fontaura.
Simon de Acosta.
Andrés Gonzalez, de Viana.
Amaro Vaz.
Diego Perez.
Juan de Baeza.
Márcos Caldera.
Antonio Correa, del Puerto.
Hernan Sanchez, de la provincia de Castilla.
Gregorio Escribano, de Logroño.
Francisco Perez de Godoy, de Torrijos.
Juan de Zafra, de Toledo.
Juan de San Martin, de junto á Illescas.
Estéban Zudaire, vizcaino (2).

CAPÍTULO LI

De otros 12 de la Compañía que tambien murieron por mano de herejes.

No es razon que nos olvidemos de los otros Padres y Hermanos que dejamos en la isla de la Madera con el P. Pedro Diaz, pues no son ménos dignos de memoria que los pasados, y dejando aparte los trabajos que ellos y los que iban en la otra nave tuvieron en su navegacion (que fué larga y peligrosa) solamente digamos lo que hace á nuestro propósito.

(1) Era navarro, de San Juan de Pié de Puerto, pueblo que pertenece á Francia desde el tratado de 1659. (N. del E.)

(2) Era navarro, natural del pueblo de su nombre. (N. del E.

Después de haber estado quince meses en la mar, y en las islas de Barlovento, y de Santo Domingo y Cuba, con grandes tempestades y varios peligros, finalmente llegados á la isla Tercera se recogieron 14 de la Compañía con el P. Pedro Diaz en la nave Capitana del gobernador D. Luis Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves que llevaba, por la mucha gente que se le habia muerto, y con la que le habia quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió á los 6 de Setiembre del año de 1571, de la isla Tercera para el Brasil.

Habiendo navegado con próspero viento ocho dias, descubrieron á deshora cinco naves de alto bordo, cuatro de franceses (de las cuales venia por capitan Juan Cadavillo, francés, tan grande hereje y cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria) y una de ingleses, y todas de corsarios herejes y enemigos capitales de nuestra santa fe y religion. Conoció luego D. Luis su peligro, y exhortó á los suyos á pelear valerosamente por su ley y por sus vidas. Los de la Compañía los amonestaron con santas palabras, que se pusiesen bien con Dios si querian pelear bien, y ser de él favorecidos; y así se confesó el gobernador el primero, y tras él los soldados y la demás gente, y hubo tiempo para hacerlo, porque intervino la noche poco después que nuestra nave descubrió las de los enemigos; pero á la mañana, al reir del alba, vinieron á dar los herejes sobre ella, y aunque con grande resistencia y muerte de los suyos, entraron y rindieron, habiendo muerto primero al gobernador D. Luis en la batalla, que fué muy reñida. Peleando animosamente, cayó traspasado con dos balas, y de otras muchas heridas, y sin ser conocido fué despojado de los enemigos y echado en el mar.

Muerto el capitan, rindieron los enemigos la nave, y se apoderaron de ella, y entrando con grande furia en un aposentillo donde el P. Castro á la sazon oia de penitencia al maestro de la nave que estaba herido y para espirar, en viéndole conocieron que era sacerdote católico, y que administraba el Sacramento de la Confesion, que ellos aborrecen, y con grande rabia dieron en él, y con muchas estocadas y heridas le acabaron. Lo mismo hicieron al P. Pedro Diaz, que tambien habia estado hasta aquella hora confesando, y habia acudido adonde estaba el P. Castro y el H. Gaspar Goes, que por ser mozo de tierna edad le habia mandado el Padre que no se apartase de su lado. Los otros once que quedaban vivos, se juntaron á consolarse y animarse unos á otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos, así como estaban, despues de haberlos todo aquel dia ultrajado, apuñeado y maltratádolos, ataron los herejes las manos atrás y los encerraron en un aposento, poniéndoles sus guardas. Mas porque el H. Miguel Aragonés al tiempo que le ataron las manos dió un gemido del dolor que sintió, por estar mal herido de un brazo, echaron mano de él y de otro Hermano que estaba á su lado llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde acabaron sus vidas. Los demás estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones é injurias contra sí y espantosas blasfemias contra Dios nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban.

Venido el dia, la primera cosa que hicieron los herejes fué condenar á muerte á todos los jesuitas sus enemigos, que así llaman, y por tales tienen á los de la Compañía. Al principio se determinaron colgarlos á todos de la antena de su nave; pero después, pensando que podrian sacarles grandes riquezas de oro y plata que creian llevaban los Padres para fundar sus casas en el Brasil, y se detuvieron hasta que desengañados de esto arremetieron á ellos, y con bárbara y diabólica inhumanidad los denostaron y aporrearon, llamándolos perros, ladrones, papistas, enemigos de Dios. Ellos ni se defendian ni rehusaban la muerte, antes como unos corderos mansos callaban y se dejaban llevar, y así los arrojaron y anegaron en la mar.

De estos dichosos Hermanos, cinco que sabian nadar se juntaron y se animaron á morir, hasta que acabándoseles las fuerzas y el aliento, diciendo: *Tibi soli peccavi*, los tres de ellos espiraron. De los otros dos, el uno que se decia Diego Hernandez, nadó tanto, que llegó á uno de los bajeles franceses más pequeño que iba algo zorrero, donde fué acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastian Lopez, quedó en la mar, y aunque de noche y muy oscura, y cayendo agua del cielo vió luz en uno de los navíos que estaba como media legua, y nadando llegó á él y rogó á los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras (como suelen ser las de los herejes), y por último remedio se fué á una de las barcas ó esquifes que llevaban, y en él fué admitido de un hombre que, aunque hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demás, y en fin, tenia algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincon, dándole de comer y vestido con que se cubriese.

No fueron menores los desacatos é injurias que hicieron estos herejes en las imágenes, reliquias y *Agnus Dei* que llevaban estos Padres, que ha-

bian hecho Jaques Soria y los suyos, en las que se hallaron en la nave *Santiago*, para que por sus mismas obras se conozca quién es el que los mueve á hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas.

Los nombres de los 12 Padres y Hermanos que murieron en esta nave, son los siguientes: El P. Pedro Diaz, el P. Francisco de Castro y los Hermanos Alonso Hernadez, Gaspar Goes, Andrés Pays, Juan Alvarez, otro Pedro Diaz, Fernando Alvarez, Miguel Aragonés, Francisco Paulo, Pedro Hernandez, Diego Carvallo, y los dos que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso), que se llamaban Sebastian Lopez y Diego Hernandez. Este fué el dichoso fin y remate del viaje que hizo el P. Ignacio de Acevedo con los compañeros que llevaba para poblar los colegios y casas del Brasil, y procurar la salvacion de aquellas almas y dar noticia del Evangelio en aquella provincia tan extendida, la cual por su intercesion desde el cielo vemos hoy tan aumentada en el número de los fieles y conversion de tantos gentiles, como se dirá en los capítulos que quedan de esta mision y del tercer libro de esta historia.

CAPÍTULO LII

Cómo se fundaron y dotaron tres colegios en el Brasil, y se hicieron otras casas de residencia y la necesidad que de ellas habia.

Uno de los principales intentos que llevaba el P. Ignacio de Acevedo en la jornada que hacia al Brasil, era dar principio al noviciado y á los estudios con la gente que iba en su compañía, por ser tan grande la necesidad que habia de obreros para acudir á tantas necesidades, y no poder venir de Portugal todos los que eran menester; porque aun para suplir las necesidades de la India Oriental, apénas bastaban aquellas y las demás provincias, y así era forzoso ir recibiendo algunos sujetos en el Brasil, y criarlos conforme al instituto de la Compañía, lo primero en los ejercicios del noviciado, y después en los colegios en el ejercicio de las letras.

Los que después sucedieron al P. Ignacio de Acevedo en el oficio, echaron de ver esta misma necesidad y procuraron poner en ejecucion la traza que el bendito Padre llevaba, ayudando para esto la liberalidad de los reyes de Portugal, porque con el celo que estos piadosísimos reyes siempre tuvieron de la manifestacion de la ley de Dios y conversion de los gentiles en todas sus tierras, pareciéndoles que seria á propósito para este santo deseo que hubiese en el Brasil algunos colegios de la Compañía; de sus propias rentas fundaron y dotaron los tres que ahora hay en aquella provincia, que son el de la Bahía, el del Rio Janeiro y el de Fernambuco, y con esto se pudo ir recibiendo y criando buen número de gente, y poblarse estos colegios de obreros. Porque en el de la Bahía entre novicios, estudiantes, Padres, sacerdotes y Hermanos Coadjutores, residen de ordinario 70 personas, y en el del Rio Janeiro 20, y otros tantos en el de Fernambuco.

Con este número de obreros fué tambien creciendo el número de los fieles y cada dia iba en tanto aumento la conversion de los indios, que fué necesario para poderlos enseñar con comodidad, fundar algunas casas de residencias en diversas partes, aunque sujetas á los mismos colegios, como son las residencias de Illeos y la de Puerto Seguro, que están subordinadas al colegio de la Bahía, y las residencias de San Vicente, Piratininga y la del Espíritu Santo al colegio del Rio Janeiro.

De estos colegios salen los Padres que residen en las casas y ejercitan en ellas sus ministerios, y á sus tiempos se recogen en los mismos colegios para su aprovechamiento espiritual, ó cuando por falta de salud y haber trabajado mucho, es necesario mudarlos y poner otros en su lugar.

La necesidad de fundar estas casas fué muy grande; porque como los indios se convertian á nuestra santa fe, y con la doctrina del Evangelio se iban cultivando sus almas y reformando sus costumbres, tambien se iban acomodando á la vivienda y policía humana, y hacian sus poblaciones junto á las capitanías y lugares de los portugueses, y por su ejemplo otros indios que aún no eran cristianos, holgaban de tener paz y amistad con los portugueses, y venian á vivir en estas poblaciones ó en otras que hacian junto á ellas, y de esta manera iban tomando algun modo de policía y gobierno. Para ayudar así á los portugueses que residian en estas capitanías como á los indios cristianos y recien convertidos y á los demás que vivian con ellos, fué necesario hacer estas casas, en las cuales de ordinario residen dos, tres, ó cuatro ó más de la Compañía, conforme á la comodidad y necesidad que hay.

Son estas poblaciones de los indios de grande provecho y utilidad para los mismos portugueses que residen en las capitanías, no sólo para servirse de ellos en sus ingenios de azúcares y granjerías que tienen en los valles, sino tambien para hacer guerrra ó resistir á otros indios que los molestan y destruyen las haciendas.

Dos géneros de enemigos tienen los portugueses principalmente en la tierra del Brasil; los

primeros son negros de Guinea, los cuales trujeron al principio los mismos portugueses por esclavos, para servirse de ellos en sus haciendas, y creciendo el número de estos, se fueron huyendo de sus amos, y en cuadrillas se conservaron por aquellas sierras y montañas, de donde salen á hacer mucho daño cuando los portugueses están mas descuidados. Los segundos enemigos son los aimures, que son unos gentiles bárbaros y crueles que han destruido gran parte de las haciendas que habia en la capitanía de Illeos y Puerto Seguro, y aun se atreven á llegar cerca de la ciudad de la Bahía, y cada dia se van haciendo más fuertes; y aunque no salen á pelear en campo formado, pero andan robando y matando por los bosques, aguardando á cuantos pasan. Estos no tienen lengua que la entiendan los otros indios, porque no quieren comercio con ellos, ni tratan de otra cosa que robar y matar hombres para comérselos.

La defensa contra estos enemigos son los indios de paz que viven junto á las capitanías de los portugueses, los cuales solian ser innumerables y podian resistir á cuantos venian. Pero ya son muchos ménos, y se echa de ver cada dia la falta con los daños que en sus haciendas reciben los portugueses. La causa de haberse disminuido tanto el número de estos indios, en parte se puede atribuir á las enfermedades y pestilencias, de que murieron buena cantidad de ellos; pero la principal ha sido los malos tratamientos y demasiadas vejaciones que les daban los portugueses de aquellas capitanías, á cuya causa muchos se entraban 200 y 300 leguas por la tierra adentro á buscar su vida, y los que se conservan en las poblaciones eran los que iban á buscar los Padres de la Compañía, y tenian cuidado de ellos, enseñándoles la doctrina cristiana, y procurando que se les guardasen sus libertades y no se les hiciesen tantos agravios como algunas veces padecian. Porque se juntaba cantidad de gente de las capitanías y buscaban á los pobres indios que andaban escondidos por los montes, y traíanlos con promesas y halagos, y cuando los tenian en parte segura, repartíanlos entre sí mismos, apartando los hijos de los padres, y á los hermanos de sus hermanos, y tratándoles como esclavos; y así, ó se morian de pena y afliccion, ó si podian huir se iban 200 ó 300 leguas, donde no los hallasen. Por ser este daño tan grave, y que por esta causa se perdian muchas almas, la majestad del rey D. Felipe II con su mucha piedad y grande celo de la religion, el año de 1597 dió su provision real (mandando al gobernador del Brasil con carta particular que la ejecutase) para que ninguna persona pudiese ir por la tierra adentro á buscar los indios, si no fuesen los Padres de la Compañía á quien su Majestad encomendaba el cuidado de buscarlos y doctrinarlos, lo cual se espera que será grande parte y medio muy eficaz para reducir y conservar aquellos indios en sus poblaciones.

CAPÍTULO LIII

Del fruto que se ha hecho en el colegio de la Bahía, y en sus residencias.

En el colegio de la Bahía residen de ordinario, como dicho es, 70 personas entre novicios, y estudiantes, y sacerdotes y Hermanos Coadjutores, sin los Padres que están en las residencias de Illeos y Puerto Seguro, que serán cinco ó seis en cada una. En el colegio, fuera de los ejercicios en que se ocupan los novicios para su aprovechamiento, se leen Latinidad, Artes y Teología, para los estudiantes de la Compañía, y de la ciudad. Deprenden tambien nuestros Hermanos la lengua del Brasil, para ayudar después mejor á los indios.

Es grande el fruto que se hace con estos estudios, porque se crian en ellos los hijos de los portugueses con aprovechamiento de letras y virtud, y para ayudarse más en estos virtuosos y loables ejercicios, tienen fundada su Congregacion de la Vírgen nuestra Señora, al modo que la hay en otros colegios de la Compañía en Europa. Confiesan y comulgan á menudo, rezan su rosario, visitan el hospital y ejercítanse en otras obras semejantes de piedad y caridad. No es menor el fruto que se hace en sus padres y moradores de aquella ciudad con los continuos sermones, confesiones y comuniones y los demás ministerios que ejercita la Compañía. Pero lo principal á que atienden los Padres de este colegio es á la conversion de los indios, y así tienen á su cargo cuatro poblaciones de ellos bien grandes, que están cerca del colegio, y para su institucion y enseñanza están diputados 16 de la Compañía, ocho Padres y ocho Hermanos que se ocupan en esto de ordinario. Visítanse tambien desde el mismo colegio las quinterías de los portugueses, que están cerca de la ciudad, porque en cada una de ellas hay grande cantidad de indios; unos que son esclavos y otros que ganan su salario en los ingenios de azúcar y en las demás haciendas que por allí hay.

Tiénese por bien empleado el trabajo que con estos indios se pasa, viendo la reformacion que hay en sus costumbres; porque siendo antes crueles y sin piedad, son ahora mansos y misericordiosos y dan ejemplo de sí á todos. El

año de 1568 vinieron á una de estas poblaciones 600 indios que habian salido con necesidad de sus tierras, y con ser enemigos de los que vivian en esta poblacion en tiempos pasados, los recibieron en sus casas y repartieron con ellos de lo que tenian, y los sustentaron todo un año hasta la nueva cosecha, y fué esto ocasion de que los más de ellos recibiesen el santo Bautismo.

Raris es un monte alto no muy léjos de la Bahía, de donde toman el nombre los rarienses que viven en este monte y en otras sierras muy ásperas. Estos indios enviaron á decir á los Padres que deseaban irse á vivir junto á ellos para que les enseñasen la ley de Dios; pero que no podian pasar, porque estaban en medio del camino otros enemigos suyos que no se lo habian de consentir. Fueron un Padre y un Hermano á rogar á los indios contrarios que dejasen pasar á sus vecinos los rarienses. Holgaron de hacerlo por su ruego, porque es comun plática y lenguaje entre los mismos indios, que los Padres son los que los defienden y favorecen con los portugueses, para que no les maltraten, y á esta causa les tienen amor y respeto. A estas cuatro poblaciones se recogen los indios que vienen de diversas partes con deseo de ser cristianos, y para atraerlos y ganarlos salen de ordinario del colegio algunos Padres y Hermanos que los van á buscar con harto peligro de sus vidas, porque como los indios un año están en una parte y otro en otra, conforme á como hacen las sementeras, para hallarlos es menester entrar algunas veces muchas leguas por la tierra adentro. Con estos trabajos y peligros y con la gracia del Señor vinieron á ganar para Su Divina Majestad estas cuatro poblaciones, en las cuales el año de 1590 habia pasadas de 10.000 almas que habian recibido la fe.

En la residencia de Illeos, que pertenece á este colegio de la Bahía, residen de ordinario cinco ó seis de la Compañía. Ayudan á los portugueses que viven en aquella capitanía, confesándolos y predicándolos. Tambien tienen aquí los Padres una escuela de niños, en que los enseñan á leer, escribir y la doctrina cristiana. Hay junto á esta casa de residencia una muy buena poblacion de indios, que casi todos son cristianos, aunque ellos y los portugueses de aquella capitanía han sido muy molestados de los aimures, que como dijimos eran indios crueles y bárbaros, con los cuales han tenido diversos encuentros y escaramuzas. Pero desde que en aquella poblacion tienen una reliquia del glorioso mártir San George, cuya fiesta ellos celebran con grande devocion y solemnidad, les ha dado nuestro Señor tan buenos sucesos contra los aimures sus enemigos, que los tienen ya atemorizados y arrinconados.

En esta misma poblacion habia una vieja tan contraria á la ley de Dios, que procuraba apartar de ella á cuantos indios podia. Acertó á darle su marido riñendo un golpe tan grande en la cabeza, que la sacó de sentido, y los demás indios la tuvieron por muerta. Pasadas algunas horas, con beneficios que le hicieron volvió en sí pidiendo la mucha priesa que le llamasen un Padre que la bautizase. Vino el Padre y preguntóle delante de los que allí habia la causa de aquella mudanza tan repentina. Respondió la india, que la habian llevado á un lugar muy oscuro y lleno de grandes llamas, en las cuales estaban ardiendo los indios que no recibian el bautismo, y que entre ellos habia conocido á una hija suya que habia muerto pocos dias antes, la cual estaba rodeada de una llama que la abrasaba cruelmente, y añadió que de sólo su resuello le habia abrasado las espaldas; y así, atemorizada la vieja con esta vision, se hizo cristiana y otros muchos por lo que después le oian decir.

En Puerto Seguro, donde hay otra casa de residencia, tienen los Padres otra escuela de niños, donde se hace con ella el mismo fruto que en la de Illeos. Hay tambien en esta residencia otra grande poblacion de indios que son muy buenos cristianos, y siéndoles forzoso hacer guerra con otros indios que los querian maltratar, nunca quisieron admitir en su compañía á ninguno que no fuese cristiano ó estuviese determinado de serlo. En otra poblacion cerca de esta habia un indio que era como señor de los demás, el cual estaba todo cubierto de lepra sin hallar remedio para ella. Visitóle un Padre de los que residian en aquella casa, y lavóle toda la lepra con agua bendita, diciéndole primero lo que era y la estima que habia de tener de aquella medicina. Fué nuestro Señor servido que sanó de la lepra, y él y toda la poblacion se convirtió á nuestra santa fe, y lo mismo hicieron después por su ejemplo otras dos poblaciones que estaban allí cerca.

CAPÍTULO LIV

Del fruto que se hace en el colegio del Rio Janeiro (1) *y en sus residencias.*

El Rio Janeiro (donde está el colegio de la Compañía, en una buena ciudad que allí tienen los portugueses) cae en 24 grados de la equinoccial, y 180 leguas de la Bahía. Residen en

(1) *Januario* escribe el P. Guzman.

este colegio 20 ó 24 religiosos de la Compañía, sin los que están en las casas de residencia sujetas á él. Leen allí una leccion de casos de conciencia, y por ser el temple de aquella tierra sano, y los aires de ella muy puros, suelen traer allí los enfermos, y la salud que nuestro Señor les da, tienen bien en que emplearla, ejercitando los ministerios de confesar y predicar á los portugueses.

Sin esta ocupacion ordinaria tienen los Padres á su cargo dos poblaciones de indios, que pasan de 2.000 vecinos, y visitan tambien los esclavos y trabajadores de las haciendas de azúcar, que son muchos, y á todos confiesan y ayudan en sus necesidades espirituales y corporales, y hanlo bien menester; porque algunos señores como tienen puestos los ojos más en su ganancia temporal, que en el aprovechamiento espiritual de los indios, aflígenlos algunas veces demasiado, y con todos sus trabajos y aflicciones acuden luego á los de la Compañía, que los tienen por sus padres; y ellos procuran de animarlos, consolarlos y favorecerlos.

Bautizándose los indios de una aldea, advirtieron los Padres que algunos iban derramando lágrimas, y con deseo de saber la causa, les preguntaron por qué lloraban en dia de tanto consuelo para todos. Respondieron que mostraban aquel sentimiento, acordándose que sus antepasados estaban en el infierno y no podian gozar de tan alto beneficio como ellos recibian. Dióle á una india despues de bautizada un recio mal de ojos, y lo mismo á un hijo suyo pequeño. Viéndose afligida la pobre mujer con los dolores que ella y su hijo padecian, volvióse á la iglesia, y mojando el dedo en el agua bendita, se lavó los ojos y los de su hijo, y fué nuestro Señor servido que entrambos quedaron libres del dolor y con entera salud, y ella y los demás recien bautizados muy confirmados en la fe.

Llegaron al puerto de esta ciudad los franceses con tres navíos el año de 1582 á tiempo que el capitan y gente principal de la ciudad estaban en una guerra, y fué necesario para su defensa pelear las mujeres. Avisó el Padre que tenia cuidado de los indios, el peligro que estaba la ciudad, y ellos mostrando en esta ocasion su valor y cristiandad, vinieron luego con sus armas á defenderla, y fué bastante el socorro que entónces dieron para que los franceses alzasen las velas y se volviesen sin hacer daño.

La primera residencia subordinada á este colegio se dice de San Vicente, y está en la orilla del mar 40 leguas de la ciudad, caminando hácia el Sur. Residen en esta casa de ordinario seis ó siete de la Compañía, los cuales se ocupan en visitar continuamente algunas poblaciones de indios que por allí cerca viven. Algunos de estos tienen sus casas dentro de los bosques, que los hay por aquella parte muy espesos, y suelen salir á los caminos para esperar á que pasen los Padres que andan visitando las poblaciones, para que los confiesen y les digan algo de la ley de Dios.

Sobre la capitanía de San Vicente viven los carijos, los cuales, segun la opinion comun, confinan con los indios del Perú, y poseen mucha tierra. Estará la provincia de los carijos como 100 leguas de la residencia de San Vicente, por la costa hácia el Sur. Dicen que hacen ventaja así en las costumbres como en la policía á todos los demás que hay en el Brasil. Andan vestidos así hombres como mujeres, y son de buena estatura, y algunos de ellos tan blancos como los que se han criado en Europa. Tuvo esta gente algun tiempo comunicacion y amistad con los portugueses de aquella capitanía, aunque después vinieron á quebrar la paz por ciertos agravios que les hicieron, y uno de ellos fué que yendo un capitan con su gente á tratar con estos indios, cuando quiso volverse para San Vicente, habiendo tomado debajo de su fe y palabra á un indio principal que se llamaba Cayobig, le puso en prision, y en otra aldea prendieron él y sus compañeros otras 30 ó 40 personas, y con ellos se embarcaron. Este negocio hizo escrúpulo, como era razon, á algunos soldados de buena conciencia que iban en el navío, y dieron aviso de lo que pasaba al gobernador de la capitanía de San Vicente y á la justicia, los cuales examinando bien el caso obligaron al señor del navío y al capitan á que sustentasen á su costa todos aquellos indios, y los volviesen libremente á su tierra como los habian traido. Aceptaron entrambos la sentencia, pero pareciéndoles que habian de ser mal recibidos, pidieron algunos Padres que fuesen en su compañía y tratasen de asentar la paz con los indios para adelante.

Partieron todos de San Vicente á los 4 de Diciembre de 1596, y llegaron con buen tiempo á un puerto de los carijos, que se llama Laguna de los Patos, porque cerca de él hay una laguna muy grande y hermosa llena de ellos, y porque los carijos tienen sus aldeas junto á esta laguna, suelen llamar á estos indios los patos. Saliendo los Padres á tierra, pusieron en ella una cruz que llevaban, y desde allí enviaron dos indios naturales y otro de la poblacion de San Vicente, para que fuesen á dar cuenta de la venida de los Padres á su Hermano de Cayobig, que se llamaba Farancaha, hombre muy principal y estimado entre los carijos. Entre tanto que venia

la respuesta, aderezaron los Padres en la ribera una forma de capilla donde pudiesen decir Misa con buena comodidad.

Quedaron los portugueses en su navío con harto cuidado cómo habian de recibir los carijos su recaudo, sabiendo que estaban muy ofendidos, pero fué nuestro Señor servido que presto salieron de él, porque los indios volvieron en compañía de otros que enviaba Farancaha á los Padres, dándoles el parabien de su venida, y que él vendria luego á visitarlos, como lo hizo dentro de pocos dias acompañado de mucha gente. Traia vestida una ropeta larga de azul, con una cruz bermeja en los pechos que parecia encomienda, y su espada ceñida. Recibiéronle los Padres en la capilla con mucho amor, y él los abrazó con el mismo, y sentado junto á ellos, comenzó á decir con lágrimas los agravios que él y su gente habian recibido de los portugueses, y los trabajos en que le habian puesto; mas que con su venida y presencia, él queria perdonarlo todo y tornar á hacer amistad con ellos y hacerse cristiano con todos sus deudos, parientes y amigos.

Asegurados con esto los portugueses, que hasta entónces habian estado en su navío, saltaron en tierra y trujeron consigo al hermano de Farancaha y á los demás que habian llevado de aquella tierra. Asentáronse las paces á gusto de entrambas partes, y para mayor seguridad de ellas dió Farancaha á los Padres un sobrino suyo, á quien tenia en lugar de hijo, para que le llevasen en su compañía, pidiéndoles con mucho encarecimiento, que pues entónces no podian quedar en su tierra, procurasen volver luego, porque todos querian ser cristianos y tendrian hechas iglesias para cuando viniesen á predicarles, y con esto se despidió de los Padres y portugueses, quedando muy confirmado en su amistad.

Partido Farancaha, avisaron á los Padres que venian á visitarlos otros cuatro ó cinco indios principales con toda su gente, y á esta causa se detuvieron hasta que llegasen. Venian estos indios de muchas leguas, por sólo ver á los Padres y pedirles que fuesen á su tierra para enseñarles la ley de Dios, y era tanto el gusto con que oian algunas pláticas que les hicieron, dándoles noticia de su Criador, que les ponian devocion á los mismos Padres, y sabiendo que Farancaha les habia dado un sobrino en prendas de su amistad y de que volverian á su tierra, el principal de aquellos cinco le dió su hijo mayor, pidiéndoles lo mismo, y con esto se despidieron los unos de los otros, mostrando los indios tanto sentimiento de apartarse de los Padres, como si toda su vida se hubieran criado con ellos.

Pero no es menor el fruto que se hace en la residencia segunda de este colegio, que se llama del Espíritu Santo, y está 70 leguas de la ciudad, hacia el Septentrion, en la cual residen de ordinario cuatro Padres y tres Hermanos, y tienen á su cargo seis poblaciones buenas de indios. Algunas cosas obra nuestro Señor en esta cristiandad del Espíritu Santo, con que muchos se confirman en la fe y crecen en la devocion. Llevó una mujer á su hijo tullido á la iglesia para bautizarle con los demás, y por la misericordia del Señor volvió á su casa sano y bueno.

Celebrando otro dia los Padres en su iglesia la fiesta del glorioso San Mauricio, cuya reliquia tienen en aquella casa, estaba un niño mirando la fiesta desde un lugar muy alto, y con descuido cayó y fué á dar en un monton de piedras. Venia llamando el niño al Santo en su ayuda, y por su intercesion, cuando todos pensaban que se habia hecho pedazos, le hallaron sano y sin lesion alguna, aunque le quedó una señal pequeña y colorada en testimonio del beneficio que habia recibido. Otro hombre principal de la misma poblacion, estando muy enfermo y con peligro, pidió que le llevasen esta santa reliquia, y fué Dios nuestro Señor servido, que cobró entera salud. Algunas veces hallándose con falta de agua los de esta poblacion, sacándola en procesion, volvieron á sus casas con mucha abundancia de ella, y en reconocimiento de estos beneficios, han instituido aquellos cristianos una cofradía á honra del mismo Santo. Pasará el número de los que hay en estas poblaciones de 10.000.

Y para que se vea en lo que estiman la misericordia que Dios les ha hecho de traerlos al conocimiento de su ley, y el deseo que tienen de que sus parientes y deudos gocen este tesoro, pondré aquí algunos casos particulares. El año de 1595 partieron dos cristianos principales de estas poblaciones, con otros 30 indios, á buscar por la tierra adentro sus deudos y amigos, que se habian ausentado por algunos malos tratamientos que los habian hecho. Fueron estos cristianos en su seguimiento, más de 200 leguas y al cabo los hallaron. Persuadiéronlos con muchas razones que se volviesen, prometiéndoles que los Padres se encargarian de que no se les hiciese agravio de allí adelante. Al fin tanto insistieron en su pretension, que los trujeron en su compañía, y serian más de 400 personas. Supieron de su venida otros indios sus enemigos, y determinaron de salirles al camino; mas nues-

tro Señor les dió victoria contra ellos, y pasaron libremente. Venian caminando en este órden; en primer lugar los muchachos con su bordon en la una mano, y el arco y las flechas en la otra; en el segundo las mujeres con sus hijos pequeños en los brazos; en el tercero la gente de guerra, y últimamente el capitan de todos, con muchas plumas de diversos colores en la cabeza, y su espada al hombro, y una piedra muy fina en el lábio del rostro. Llegados á la iglesia del Espíritu Santo, postrados en el suelo daban gracias á nuestro Señor de haberlos traido á su casa. Recibiéronlos y acariciáronlos mucho los cristianos de las poblaciones, partiendo con ellos de lo que tenian, y después de bien instruidos en la fe, se bautizaron y quedaron por moradores en una de aquellas poblaciones.

En compañía de estos vino otro indio que era como Superior de cuatro aldeas, á sólo certificarse del acogimiento que hacian los Padres á los indios que venian de otras partes. Sucedió que llegando á la residencia del Espíritu Santo enfermó este indio gravemente; curáronle los Padres con mucho cuidado, y procuraron de acariciarle cuanto pudieron. Quedó tan agradecido de esto, que decia después que no habian menester padre ni madre los que vivian junto á la Iglesia, porque allí lo tenian todo, y así volvió por su gente para vivir con los cristianos en aquellas poblaciones, y recibir el santo Bautismo.

De estas mismas poblaciones salieron otras dos ó tres veces algunos cristianos indios á buscar los que se habian ausentado, y cuando se les ofrecia necesidad de pelear en el camino, siempre se hincaban primero de rodillas, y hacian oracion delante de una cruz que llevaban, y siempre les daba nuestro Señor victoria contra sus enemigos, y con un modo tan particular, que quedaban muy confirmados en la fe, porque echaban de ver que las flechas de los contrarios, dándoles en la carne se hacian pedazos, como si dieran en una piedra sin herirlos ni hacerles daño. No sólo en los hombres grandes, sino tambien en los niños pequeños se muestra la devocion de estos indios. Estando enferma una niña de cinco años que se llamaba María, fuése á la iglesia, y puesta delante de una imágen de nuestra Señora, le dijo con mucha fe y devocion: «Señora que teneis mi mismo nombre, dadme salud.» Por el efecto se vió cuán agradable habia sido aquella oracion que salia de corazon tan puro y sincero, porque luego alcanzó la salud que pedia.

En la tercera residencia, que se dice Piratininga, y está 12 leguas de la ciudad la tierra adentro, hay otros tres Padres con tres Hermanos, y tienen á su cargo dos poblaciones de indios, en las cuales hay más de 8.000 almas. En la una de estas poblaciones estando enfermo un indio que era muy ejemplar cristiano, vino á morir; halláronse presentes á su muerte dos indias vecinas suyas, las cuales vieron entrar muchos niños vestidos de blanco, que llevaban su alma con grande regocijo. Viendo esto las indias, pidieron á los niños que las llevasen á ellas tambien en su compañía; á la una, que era virtuosa y buena cristiana, dijeron que dentro de pocos dias volverian por ella, pero á la otra, que no vivia tan bien, le avisaron que no pensase ir con ellos viviendo de aquella manera. Con estas y otras cosas semejantes que cada dia suceden, va el Señor conservando y aumentando aquella tierna planta y cristiandad del Brasil.

CAPÍTULO LV

Del fruto que se hace en el colegio de Fernambuco.

El colegio de Fernambuco, está como 100 leguas de la Bahía, caminando hacia el Septentrion. Residen en él mas de 20 de la Compañía, entre Padres y Hermanos. Tienen en aquel colegio escuela de leer y escribir para los niños, y estudio de latinidad para los mayores, y una leccion de casos de conciencia, que es muy necesaria en aquella tierra, por ser de muchos y muy gruesos tratos, y acuden de ordinario los mercaderes, así forasteros como de la ciudad, á comunicar sus dudas con los Padres, y tomar consejo en lo que deben hacer; en lo cual se experimenta mucho fruto para la seguridad de las conciencias; y por ser tanto el concurso y comercio de esta ciudad, tienen bien que hacer los Padres que allí residen en confesar, y predicar y ejercitar los demás ministerios de la Compañía.

Y no es menor la ocupacion que tienen con los esclavos é indios, que están empleados en las haciendas y granjerías de los portugueses, porque como esta gente es tan desamparada y necesitada de quien los enseñe, visite y consuele, es necesario ocuparse en sólo esto algunos Padres y Hermanos. Porque en no acudiéndoles muy amenudo, se echa de ver que es muy notable el daño que reciben en sus buenas costumbres.

Tienen tambien á su cargo los Padres de aquel colegio una grande poblacion de indios que todos son cristianos, y cada dia van viniendo otros de nuevo á vivir entre ellos con el mismo deseo, y para esto salen muy de ordinario los Padres á diversas poblaciones de indios gentiles, y procu-

ran de traerlos y avecindarlos con los cristianos, para que con su ejemplo y buenas costumbres se vayan aficionando á la ley de Dios, y la reciban de buena gana.

Acompañando los Padres de esta casa á los portugueses en cierta guerra que tuvieron con los paraibas, yendo de camino, hicieron algunos cristianos en tres poblaciones, y dejaron cruces puestas en ellas con intento de volver más de propósito á predicarles y edificar iglesias. Dióse la batalla contra los paraibas, y en ella fué preso el capitan con algunos otros, y condenados todos á muerte. Aprovecháronse los Padres de esta ocasion para hablar al capitan preso y á su gente y darles noticia de la ley de Dios, y fué servido el mismo Señor que él y los demás, que serian más de 30 personas, se bautizasen y después murieron como buenos, dando muchas gracias á nuestro Señor que les habia hecho tan singular beneficio, de traerlos á su conocimiento y á su Iglesia cuando ménos lo esperaban.

Los portugueses que viven en Fernambuco tuvieron paz y amistad con los petiganes, que serán más de 60.000 hombres de pelea y viven como 100 leguas de esta ciudad. Vinieron después á romperla por disgustos y pesadumbres que hubo de una parte á otra, y en esta ocasion algunos de ellos favorecieron á los franceses, cuando llegaron al puerto de Fernambuco y corrieron aquella costa. Tratábase muy de propósito de tornar á asentar esta paz y amistad con los petiganes, la cual si se efectúa será el principio de su conversion, y habrá bien en que emplearse los que viven en aquel colegio de Fernambuco.

En los tres colegios y las demás casas de residencia que hemos dicho, están repartidos 140 religiosos de la Compañía, poco más ó ménos, por la provincia del Brasil, ocupados lo primero en ayudar á los portugueses que han poblado aquella tierra; lo segundo en acudir á los esclavos é indios que están en las haciendas y granjerías; lo tercero y más principal en procurar la conversion de los indios naturales, conservando en la fe y buenas costumbres á los que ya son cristianos y viven en las poblaciones donde tienen iglesias, y poniendo los medios que pueden para ganar otros de nuevo y traerlos al conocimiento de su verdadero Dios y Señor, poniéndose para esto á muchos y muy evidentes peligros de la vida, por haber de entrar la tierra adentro entre gente tan bárbara y cruel. Mas el mismo Señor por cuyo amor y servicio se toman, los saca de ellos, y mucho fruto de sus trabajos y no menor consuelo para los mismos Padres, viendo la conversion de tantas almas y la mudanza de sus costumbres. Sólo resta que pues la tierra es tan extendida y la disposicion de la gente tan grande para recibir la ley de Dios, supliquemos todos al mismo Señor multipliquen los obreros para que labren y cultiven esta su viña recien plantada en el Brasil.

LIBRO CUARTO

DEL REINO DE LA CHINA, Y DE LA DISPOSICION QUE EN ÉL HAY PARA PREDICARSE EL SANTO EVANGELIO

CAPÍTULO PRIMERO

Del reino de la China y las muchas provincias, ciudades y villas que en sí tiene.

Son tantas y tales las cosas que se cuentan del reino de la China, que no me atreviera á escribirlas si los autores que tengo para confirmarlas no fueran de tanto crédito, y muchos de ellos testigos de vista. Solamente pondré lo que hallo por más cierto y averiguado entre los que escriben lo particular de esta tierra, dejando otras muchas que tienen alguna duda y ménos probabilidad.

El reino de la China es la última tierra firme que se conoce del Asia; rodéala el mar Occéano por la parte oriental y meridional. A la occidental tiene la India, que llaman citerior, pasado el rio Ganjes y el reino de Cochinchina; por la parte septentrional confina con los scytas y masagetas, que otros llaman tártaros, de los cuales se dividen con una muralla ó cerca que tiene más de 400 leguas en esta forma, que las 400 leguas son unas altísimas y muy cerradas sierras, sin senda ni camino; pero porque en algunas partes están divididas y como abiertas, han hecho los chinas en todas ellas, edificio de propósito, de muy fuerte y ancha cantería con sus torres á trechos y gente de guarnicion en ellas. Hizo este edificio y muralla, que toma algunas leguas, un rey de la China, para defenderse de los tártaros que le hacian continua guerra por aquella parte.

Dicen todos comunmente que el reino de la China tiene 400 leguas de largo y 300 de ancho. Tuvieron lós reyes de la China antiguamente otras provincias que habian conquistado y les pagaban tributo, mas echando de ver que su reino era uno de los mejores del mundo, y de jaban de cultivarle para conservar las demás provincias, con acuerdo universal determinaron de dejar lo que habian conquistado fuera del reino, reservando solamente algunas pocas islas que estaban cerca y les eran muy necesarias.

Para conservarse mejor en este grande reino, hicieron algunas leyes con penas muy rigurosas de muerte. La primera fué, que ninguno hiciese ni comenzase guerra, sin expresa licencia del rey ó de su consejo. La segunda, que ningun china pudiese salir fuera del reino, sin esta misma licencia. La tercera, que ningun extranjero pudiese entrar en él sin licencia de los gobernadores que están en los puertos, ni alguno del reino fuese osado á traerlos sin incurrir por ello en la misma pena de muerte; y el haberse guardado estas leyes con grande puntualidad y rigor, ha sido causa de que sea la tierra muy poblada y cultivada y de grande riqueza por ser ella tambien muy fértil.

Tiene el reino de la China dentro de sí 15 provincias, que con mucha razon se pudiera cada una de ellas llamar un reino, cuyos nombres son estos: Pekin, Foquien, Olan, Cincay, Susan, Tolanchia, Cansay, Oquian, Aucheo, Honan, Xanton, Quicheu, Chiquion, Chiansi, Canton. Toman estas provincias comunmente los nombres de las ciudades más principales que hay en ellas, aunque algunas los tienen propios. Suelen tambien

llamarse con otros nombres diferentes, pero estos son los más ordinarios y más comunes (1).

Son todas estas provincias muy pobladas, y en cada una de ellas hay muchas y muy hermosas ciudades y villas. La provincia de Pekin, conforme á lo que en sus libros se halla, tiene 47 ciudades, 150 villas, sin otras muchas aldeas. La de Foquien, tiene 33 ciudades y 99 villas. La de Olan, 90 ciudades y 130 villas. La de Cincay, 38 ciudades y 124 villas. La de Susan, 44 ciudades y 150 villas. La de Tolanchia, 51 ciudades y 123 villas. La de Cansay, 24 ciudades y 112 villas. La de Okian, 19 ciudades y 64 villas. La de Aucheo, 25 ciudades y 29 villas. La de Honan, 20 ciudades y 102 villas. La de Santon, 37 ciudades y 78 villas. La de Quicheu, 45 ciudades y 103 villas. La de Chiquion, 39 ciudades y 95 villas. La de Chiansi, 42 ciudades y 105 villas. La de Canton, 36 ciudades y 190 villas. Conforme á este número son las ciudades 590 y las villas 1.674, sin otra gran cantidad de aldeas que hay en cada una de estas provincias, de lo cual se echa de ver cuán extendida tierra y bien poblada es la de la China, como tambien se entenderá mejor por lo que diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

Cuán poblada, fértil y fresca sea la tierra y el reino de la China.

Por el número de las provincias, ciudades y villas, se entiende bien cuán poblada sea esta tierra, especialmente teniendo una ley tan rigurosa, para que no puedan salir de ella los naturales; y así están las calles muy llenas de gente, sin otra mucha que vive con toda su familia en las embarcaciones de los rios. Conforme á la cuenta de sus libros, y la que hacen de cada provincia, pasa el número de los chinas de 70.250.000 vecinos sin poner en esta cuenta los soldados de las guarniciones, que son muchos en cada ciudad. Tampoco se ponen en lista todas las personas que viven en cada casa, sino algunos de cada familia, y comunmente de 10 personas contarán la mitad.

Para que se conozca la fertilidad y abundancia de esta tierra, basta decir que con ser tan grande y tan poblada, y los chinas grandes comedores, están todas las calles llenas de mesones y bodegones, con tanta abundancia de aves, gallinas, y pescados, frutas, y otras muchas cosas de comer, que no parece se gasta nada.

Críase en la China, trigo, cebada, arroz, mijo, garbanzos y otras legumbres de las que hay en Europa, y lo mismo es en las frutas, como son melones, peras, manzanas, duraznos, nueces, castañas, naranjas, y en algunas partes uvas, aunque no hacen vino de ellas. Cógese tambien mucho azúcar, que vale un quintal por seis reales; esta misma abundancia hay de miel y cera. Críase tambien mucha seda en la China, aunque no es tan fina como la de por acá, y es una de las mercaderías más ordinarias que hay en este reino.

Hay muchos animales domésticos y silvestres; como bueyes, vacas, puercos, venados, jabalíes, caballos; estos comunmente son pequeños, pero fuertes y grandes caminadores. No es menor la abundancia que crian de aves mansas, gallinas, ánsares y ánades, y de estas en mucha cantidad, con particular industria que para ello tienen, porque envuelven los huevos entre el estiércol, y así no es necesario que las mismas aves se ocupen en sacar sus hijos. Algunas aves son particulares de aquella tierra, y muy hermosas por la variedad de colores con que están pintadas sus plumas. Tienen tambien mucho pescado, y traen tanto de la mar y de los rios, que la gente pobre con seis ó ocho maravedís tiene para comer todo el dia. El vino para la gente comun se hace de arroz, y para los ricos y mandarines de una fruta que llaman sequía, que es de las mejores y más sabrosas que hay en la China. Fuera de todo lo dicho hay en este reino grandes minas de plata y oro, y otras de cobre, hierro y plomo. Cógese tambien mucho aljófar y cantidad de almizcle, y se hacen muchas y muy finas porcelanas.

Ayuda mucho para la abundancia y fertilidad de este reino, ser comunmente tierra llana, de muchos y grandes rios, los cuales cortan y dividen de manera que los llevan por donde quieren, y á esta causa se puede navegar por todas partes de una ciudad á otra, y para esto hay en todos ellos grande cantidad de embarcaciones, y sírvense de ellas para llevar y traer todas las cosas de una parte á otra, como en Europa de las recuas y carros. No sólo es fértil y abundante el reino de la China, sino muy apacible, de grande frescura, porque los mandarines y gente rica, comunmente tienen grandes bosques, donde crian jabalíes, venados, gamos, liebres y conejos, y otros diversos animales, de cuyas pie-

(1) Lo eran efectivamente en tiempo del P. Guzman, aunque la ortografía que ahora damos á los nombres chinos sea bastante diversa. Como en esta obra nadie ha de buscar datos ortográficos ó geográficos, que se puedan adquirir hoy en cualquier libro moderno, hemos creido conveniente reproducir con fidelidad los nombres tal como los escribe el autor, tomándonos sólamente la libertad de mudar Panquin en Pekin. (N. del E.)

les hacen muy buenos aforros, especialmente de las martas, que llaman cebellinas; tienen sin esto muy graciosos y vistosos jardines de flores olorosas, y comunmente todas las riberas de los rios, que son muchos, están pobladas de hermosas arboledas, que hacen toda aquella tierra muy fresca y de grande recreacion.

CAPÍTULO III

De los edificios de la China, y la policía que tienen en todas las ciudades acerca de esto.

Las ciudades y villas de la China están edificadas de ordinario en las riberas de los rios, y cercadas de muchos anchos fosos y cavas, que ayudan para ser más fuertes; tienen todas ellas muy buenos muros hechos de cantería un estado en alto, y desde allí van subiendo el edificio de ladrillo. En algunas ciudades son estas murallas tan anchas, que pueden pasearse por ellas cuatro y seis hombres juntos. Tienen á trechos sus torres y baluartes cubiertos con chapiteles muy hermosos. Adornan tambien mucho estos muros unos corredores y pretiles, que sirven para ver desde allí el campo y la ribera. Los fosos de agua que cercan las ciudades, están apartados del muro en tal distancia, que pueden andar seis hombres juntos á caballo, y lo mismo es por la parte de dentro entre el muro y las casas, lo cual hacen para que se pueda visitar la muralla por entrambas partes sin impedimento, y es tan grande el cuidado que tienen de repararla continuamente, que siempre parece nueva. Esta misma diligencia se pone en que estén muy llanos los caminos, especialmente las entradas de las ciudades y villas.

Las calles son anchas y bien empedradas, que pueden ir por ellas 10 ó 12 hombres á caballo, y tan derechas, que con ser muy largas, desde el principio de la calle se ve muy bien el fin. Suelen estar adornadas algunas de ellas con arcos triunfales de cantería y diversas pinturas, y en todas hay de ordinario portales y colgadizos donde tienen sus tiendas los oficiales y mercaderes, pero con tal órden y concierto, que solamente están en una calle los que son de un oficio.

En las ciudades que son cabeza de la provincia, tiene el rey una hermosa casa para el virey, en la cual vive todo el tiempo que le dura el gobierno de la provincia. Dentro de esta casa hay muy buenos y frescos jardines, estanques de agua y bosques cerrados con mucha pesca, caza y volatería. Las demás casas de la China comunmente son buenas y bien edificadas, y dentro tan blancas como leche, que parece la superficie de las paredes papel muy bruñido, y la madera del techo tiñen con aguas de color dorado, que lo uno y lo otro hace la casa graciosa y vistosa. Tienen estas casas de ordinario sus patios, y jardines, y estanques con peces; pero á todos los edificios de la China exceden los palacios que tiene el rey en la ciudad de Pekin donde él reside, de los cuales dicen tantas cosas que á no ser personas tan fidedignas las que lo afirman por cierta relacion y comun tradicion de los mismos cristianos, parecia atrevimiento escribirlo.

Dicen de esta ciudad de Pekin que es tan grande, que para atravesar de puerta á puerta ha menester caminar un hombre á caballo todo el dia, y el palacio sólo del rey toma el circuito de una muy grande y espaciosa ciudad; está cercado con tres murallas de cal y canto muy fuertes y hermosas. Dentro de este sitio tiene otros 15 palacios apartados unos de otros, que representan las 15 provincias de la China; en cada uno de ellos tiene grandes huertas, jardines, estanques con muchos peces, y aves, y bosques con jabalíes y venados; de suerte que sin salir el rey de su casa, va por su recreacion una vez á un palacio y otra vez á otro, y en cada uno de ellos halla todos los entretenimientos que puede desear.

Hay en este grande palacio 79 salas de maravillosa hechura, primor y riqueza; pero las cuatro de ellas exceden con grande ventaja á las demás. La primera está cubierta toda de metal labrado con maravilloso artificio y curiosidad, sembradas por las paredes muy excelentes y acabadas figuras. La segunda, tiene el techo y las paredes de muy fina plata labrada con el mismo primor. La tercera, tiene esto mismo de oro esmaltado. La cuarta, sobrepuja á las pasadas, y así la llaman la sala del tesoro del rey, porque tiene en ella muchas piedras y joyas de inestimable precio. Entre las demás es una silla de márfil, en la cual están engastadas piedras preciosas y carbuncos tan grandes y tan finos, que en la mayor oscuridad de la noche dejan la sala tan clara, como si hubiese dentro muchas hachas encendidas. Están las paredes de esta sala sembradas de diversas piedras de mucho valor. Sírvenle estas cuatro piezas para dar audiencia en ellas á los embajadores que vienen á visitarle y para representar su majestad y grandeza, y conforme á la calidad del reino ó provincia de donde vienen, los recibe ó en la sala de metal, ó en la de la plata, ó en la de oro.

CAPÍTULO IV

De la grande riqueza que tiene el rey de la China.

No es ménos lo que dicen de la riqueza del rey de la China, que lo que acabamos de decir de sus palacios; y los que hablan en esta materia con más limitacion y moderacion, afirman que sola la provincia de Canton le renta cada año siete millones. Lo cual se hace verosímil y muy probable considerando las muchas imposiciones que tiene sobre sus vasallos y los muchos provechos que de ellos y de sus tierras le vienen. Porque cada persona le paga cada año cierto tributo, que montará como dos reales acá en España; y como es tanto el número de la gente tambien lo es la suma del dinero que de esto se allega. Tiene sin esto otros muchos derechos de los puertos, aduanas y mercaderías, de manera que se averigua por los libros de su contaduría, que dejado aparte lo que se paga á la gente de guarnicion y soldados del reino, y lo que se gasta en ministros de justicia, la renta líquida y ordinaria del rey es la que se sigue:

De puro oro le dan 4.250.000 taes, que cada uno vale 10 reales y 24 maravedís castellanos.

De plata fina 3.150.000 taes.

La renta de las perlas le vale cada año 2.630.000 taes.

De pedrería de toda suerte, sin las que sacan de sus propias minas, tiene 1.400.000 taes.

De almizcle y ambar, 1.035.000 taes.

De la renta de las porcelanas, 90.000 taes.

Tiene sin esto muchas tierras que reparte entre sus vasallos, de las cuales le dan cierta parte de lo que en ellas cogen, como de arroz, trigo, maíz, panizo, mijo y otras legumbres, que es una grande cantidad de cada una de estas cosas.

Tambien es muy gruesa la renta que le viene de las sedas que se hacen en la China; de piezas de seda de catorce varas de largo, le dan cada año más de 205.000 piezas, de seda en mazo más de otras 540.000 libras, fuera de otra grande cantidad de algodon, mantas labradas, de todo lo cual se colige cuán grandes sean los tesoros y la riqueza de este rey.

CAPÍTULO V

Del gobierno que tiene en sus provincias el rey de la China.

Una de las buenas cosas que se conocen de los chinas, es la policía y gobierno que tienen en sus provincias y repúblicas. En cada provincia pone el rey un gobernador ó virey con su consejo de paz y de guerra y un factor de su hacienda, sin otros muchos oficiales de la mar y de la tierra, los cuales residen ordinariamente en la principal ciudad de la misma provincia. En las otras ciudades y villas hay tambien otros oficiales menores y capitanes, á cuyo cargo está el gobierno de ellas. Toda la demás gente fuera de estos se tiene por comun y ordinaria, porque aunque sea verdad que hay muchos hombres honrados y ricos, pero la nobleza y autoridad es la que tienen los mandarines, que son los que gobiernan.

Estos mandarines son de dos maneras: unos que tienen á su cargo la gente de guerra que hay en la tierra ó las flotas y armadas que andan por el mar para seguridad del reino y de sus costas; otros son letrados que solamente atienden al gobierno del reino y de las rentas reales y administracion de justicia. A estos segundos mandarines están sujetos los primeros, y en los unos y en los otros hay mayores y menores, conforme á los diversos grados, preeminencias y dignidades que alcanzan por sus letras los letrados, y por las armas los capitanes y soldados. Aunque hay esta diferencia que los mandarines que son letrados y gobiernan el reino, alcanzan estos oficios por el merecimiento de sus letras, y comunmente no les dura más que tres años, pero los que tienen á su cargo la gente de guerra, dejan estos cargos á sus hijos primogénitos y suceden en ellos como en mayorazgos.

Como los mandarines que son letrados suben á los oficios por la suficiencia de sus letras, para hacer estos exámenes envia el rey á las universidades (que hay muchas) personas de su consejo, que son como visitadores, los cuales examinan á los estudiantes y les van dando cierto modo de grados, y conforme á ellos, segun las leyes del reino, le proveen los mayores ó menores cargos y oficios. Traen los mandarines letrados unas ropas largas con mangas anchas, y cíñense con un cinto que tiene tres dedos de ancho; en la cabeza se ponen una caperuza con una punta levantada á manera de media mitra, con dos orejas que salen de un lado y de otro, y esta es propia insignia del oficio de mandarines, los cuales son tan estimados y temidos de toda la demás gente, que les falta poco para ser adorados, porque en el lugar de su jurisdiccion no se puede hablar con ninguno de ellos, sino es con entrambas rodillas en el suelo.

Tienen estos mandarines libertad para mandar azotar á todos los que están debajo de su jurisdiccion, lo cual se hace con unas medias cañas de tres ó cuatro dedos en ancho y una braza de largo. Para castigar alguno hácenle primero tender en el suelo, y quitados los calzones, le dan en las corvas de las piernas tan crueles golpes

con las cañas, que cuando quieren estos verdugos, con seis ú ocho azotes dejan á un hombre lisiado y manco, y aun algunos mueren de ellos. Es tan ordinario entre ellos este castigo de los azotes, que por cualquiera cosa le ejecutan, y lo mismo hacen unos mandarines con otros, conforme á la jurisdiccion que tienen sobre ellos, aunque cuando han de castigar algun mandarin primero le quitan el cinto y la caperuza, que son insignias del oficio, y después de azotado se las tornan á poner, sin haber perdido por ello nada de su honra ni autoridad. Sentencia de muerte no la pueden dar sino algunos pocos y muy principales mandarines, á quien el rey concede esta facultad.

Todos los mandarines de la China por el tiempo que hacen sus oficios viven á costa del rey, y él da á cada uno su casa y todo el servicio de ella, así de alhajas como de criados y ministros para el oficio, de suerte que aunque se van mudando los mandarines, el que viene de nuevo halla la casa y lo demás muy á punto. Cuando van por la calle llevan sus criados á los mandarines en los hombros asentados en ciertas sillas de estado que tienen hechas de propósito para esto, y delante van los oficiales y ministros de la justicia, de dos en dos, algo apartados los unos de los otros, de manera que ocupan toda la calle. Algunos llevan unas mazas de hierro, otros unas banderas, otros van armados y puestos los capacetes, otros llevan aquellas cañas con que se dan los azotes, y éstos van dando voces muy temerosas, diciendo que pasa el mandarin, para que todos se aparten. Detrás de toda esta gente va él sentado en su silla, con tanta autoridad y gravedad, que casi nunca levanta los ojos ni vuelve la cabeza. Vánle acompañando de ordinario algunas personas principales ó á caballo ó en otras sillas cada uno conforme á su calidad. Cuando el mandarin pasa por la calle, si es de los comunes ú ordinarios, todos los que están en ella se hincan de rodillas, pero si es de los más principales, del todo se desocupan las calles de gente y se cierran las puertas y tiendas, y toda la gente se entra en sus casas y están con grande quietud y silencio hasta que ha pasado el mandarin, porque de otra manera luego los manda azotar.

CAPÍTULO VI

De algunas cosas particulares que tiene este gobierno de la China.

De los mandarines (como está dicho) pende todo el gobierno de la China, y á esta causa son tan estimados y venerados; y como llegan á tener estos cargos por los grados y suficiencia de sus letras, de aquí es que florece mucho en la China el ejercicio de ellas, y es grande el número de estudiantes y universidades que hay, y cada uno hace lo que puede por llegar á ser mandarin; y aunque sus ciencias respeto de las nuestras son imperfectas, todavía tienen conocimiento de la Filosofía natural y moral, de la Astrología y Matemáticas; mas su principal estudio es en el Derecho civil que trata de su gobierno y leyes, y de esto tienen tantos y más libros impresos que nosotros.

Lo que más admira en este gobierno de la China es la grande subordinacion que hay de unos á otros, porque aunque es fundada en puro temor servil, es tanta la puntualidad que en esto tienen, que parece una religion muy concertada y observante. Aunque el rey de la China es absoluto señor de toda ella y sumamente temido y venerado, pero como no dispone las cosas del reino á su voluntad, sino por medio de los consejos que para esto tiene, de aquí es que todo el pueblo está pendiente de los mandarines, y entre ellos hay la misma subordinacion y dependencia, como la tienen tambien los mandarines de los vireyes, y estos del consejo real, y de unos á otros en cada provincia, segun sus oficios y dignidades. Para lo cual hay dos consejos supremos, el uno en la ciudad de Pekin, donde reside el rey, y el otro en la ciudad de Nankin, que está en la provincia de Tolanchia, en medio de la China. Las siete provincias hacen recurso al consejo real de Nankin y las otras al de Pekin, y entrambos consejos en algunas cosas más graves acuden al rey. De esta grande subordinacion nace la presteza y diligencia que tienen en ejecutar las cosas que se ordenan, porque apénas el mandarin ha echado la palabra por la boca, cuando sus oficiales y ministros dan luego á correr para hacer lo que se les manda, y esta es la causa de hacer ejércitos y armadas muy gruesas y fábricas muy costosas en breve tiempo, especialmente teniendo por otra parte tanta cantidad de dinero y abundancia de mantenimientos y de todo lo demás necesario.

Tienen tambien los chinas en este su modo de gobierno grandísima cautela y recato, y viven siempre como si estuvieran entre enemigos. En siendo noche, cierran todas las puertas de las ciudades y villas, y las sellan con su sello y llevan las llaves al mandarin que tiene cargo de la ciudad ó villa, y en los muros están las guardas haciendo centinela y tocando toda la noche con unas campanas, respondiéndose unos á otros, y la misma guarda y vela se tiene dentro de las casas de los mandarines y en las cárceles. Todas

las calles de las ciudades tienen sus puertas, que tambien se cierran de noche, y no se abren hasta que por la mañana se abren las de la ciudad.

Todo esto hacen por conservar su reino con mayor paz y quietud, y por la misma razon no quieren comunicacion con reinos extraños ni quieren admitir en el suyo gente extranjera, y cuando por algunas causas forzosas ó necesarias han de tratar con extranjeros, hácenlo con grande recato. De suerte que en más de treinta años que los portugueses habian residido en la isla de Macao, nunca alcanzaron licencia para tratar con ellos, sino en sola la ciudad de Canton, y esto pidiendo cada vez licencia para poder ir allá, y nunca se la dan sino por cierto y limitado tiempo de dos ó tres meses, con condicion que han de salir cada noche á dormir fuera de la ciudad en sus navíos, los cuales tienen en un grande rio que está junto á la ciudad.

Y para que entre ellos mismos no haya algunos levantamientos ni alteraciones, tienen otro recato muy particular con los hijos de los reyes, que son los que llaman grandes en el reino de la China; porque fuera del primogénito que hereda el reino, los demás en llegando á cierta edad los reparten por diversas ciudades, en casas muy principales que el rey manda hacer para cada uno de ellos con todas las recreaciones de jardines, bosques, estanques y entretenimientos que pueden desear, donde son servidos y regalados, y proveidos abundantemente de todo, pero quedan como en cárcel perpetua para toda la vida, porque sin expresa licencia del rey no pueden salir de aquella casa, y él mismo de su mano les provee los criados que han de tener en su servicio. Estos príncipes ninguna mano tienen en el gobierno del reino ni de la ciudad donde residen, aunque siempre los mandarines les tienen mucho respeto como á personas reales y no pueden castigarlos sin particular licencia del mismo rey. Las casas de los hijos y descendientes de los reyes son los señores y grandes de la China, y suceden en ellas y en la renta de los padres los hijos primogénitos, como acá en los mayorazgos, los demás viven como personas particulares con lo que sus padres les dan.

Y porque los mandarines que tienen el gobierno del reino tampoco puedan levantarse, están repartidos de manera que los que tienen á su cargo las cosas de la guerra, están sujetos á los mandarines letrados, y como estos suben á los oficios por sus grados y letras, ni tienen parientes ni autoridad en la tierra que no se le acabe toda con solo quitarle el oficio y darle á otro, y á esta causa nunca proveen á ninguno por mandarin en su propia tierra ó provincia, sino en otra diferente donde ni tenga pariente ni conocido, y pueda hacer su oficio con más libertad; de suerte que todos los que gobiernan una provincia, son ordinariamente extraños en ella y forasteros, y por otra parte los oficios están divididos de manera que el que tiene mano en el gobierno no la tiene en el dinero, y el que la tiene en el dinero, no la tiene en las cosas de la guerra.

Ayuda tambien mucho para la paz y quietud de este reino, que á ninguno consienten traer armas si no es á los soldados de guarnicion, y á esos en ciertos tiempos solamente, y son muy graves y rigurosas las penas que tienen puestas contra los que hirieren á otros con cualquiera arma que sea, y así todas las riñas entre los chinas son á puñadas y asiéndose de los cabellos, y estas riñas son pocas y duran menos, porque en llegando á oidos de los mandarines, mandan azotar cruelmente á los unos y á los otros, y así tienen por mejor hacerse ellos luego amigos, y si con esta paz que ordinariamente tienen, viniesen á alcanzar la verdadera de sus almas, con recibir la doctrina del Evangelio, seria la felicidad de aquel reino la mayor de cuantos se han descubierto hasta hoy.

CAPÍTULO VII

De algunos inconvenientes que se siguen de este gobierno, y los vicios que tiene esta gente.

Aunque el gobierno de la China parece tan bastante para conservar aquellas provincias en paz y justicia, mas como les falta el principal gobierno de sus almas, que es el amor y temor de Dios nuestro Señor, y el conocimiento y observancia de su ley, ni basta la prudencia de los mandarines ni su rigor y justicia, para que no se echen de ver en su república muy grandes desórdenes, y los primeros y mayores nacen de ellos mismos, porque como tienen tanta libertad y licencia para castigar á los que tienen debajo de su jurisdiccion, por verse libres del castigo, les dan cuanto quieren y los sobornan con grande suma de dinero. Y aunque tienen leyes muy rigurosas contra los mandarines y oficiales de justicia que reciben algo, con todo eso no les faltan modos secretos para recibir por terceras personas cuanto les dan sin que se entienda Verdad es, que cuando se puede averiguar algo de esto, son castigados muy gravemente por ello y privados de los oficios, y para este efecto envia cada año el rey un visitador á cada provincia con grandes poderes y autoridad para hacer informacion pública y secreta contra todos los oficia-

les de la provincia y castigar á los que hallare culpados.

Échase tambien de ver en esta gente, que como tienen tan poco uso y ejercicio de las armas y se crian con aquel temor de los azotes, tienen un ánimo tan servil y afeminado, que más parecen mujeres que hombres; y un solo japon solia acometer á 50 chinas, y comunmente son tenidos por la gente más cobarde y pusilánime que hay en el Oriente, aunque los que tienen algun ejercicio en las armas son buenos soldados, porque pierden con esto el temor en que se habian criado, y como son de buenas fuerzas y habilidad para todo, salen valientes y grandes flecheros como los hay en la frontera de los tártaros, por el ejercicio que tienen de pelear con ellos; y la experiencia tambien ha mostrado que en algunas costas de la China, donde los japones solian venir y correrles la tierra con mucha facilidad, ya no lo hacen sino con daño suyo, porque la necesidad obligó á los chinas á tomar las armas contra los japones, y perder el miedo que antes les tenian.

De este mismo gobierno tan riguroso se sigue que como la gente de la tierra es mucha, y no consienten que haya nadie ocioso ni vagamundo, los que no se aplican á trabajar, por no caer en manos de los mandarines, ván huyendo del reino y hácense corsarios y ladrones, de los cuales hay muchos por aquellas costas, y contra ellos se hacen las armadas y flotas que traen los chinas por la mar, para asegurar con ellas la tierra, y muchas veces estos mismos capitanes de las armadas hacen más daño que los corsarios, porque con ocasion de que son ladrones los que encuentran, toman y roban cuantos navíos hallan de amigos y enemigos, matando á los que vienen dentro, para que no los descubran. Con este mismo color suelen saquear de noche algunas aldeas de la costa á título de que encubren los ladrones y corsarios.

Pero lo que más admira de esta gente es ver los muchos y grandes pecados que entre ellos hay, no sólo secretos, sino públicos, especialmente en materia de deshonestidad, porque como la tierra es tan fértil y rica, y de tanta recreacion y regalo, y los chinas tan amigos de comer y beber, dan luego en semejantes abominaciones, y con el largo uso y costumbre que tienen de pecar, han venido á perder la vergüenza y empacho, que suelen causar semejantes torpezas, y con ser gente de tan buenos ingenios y habilidades para las cosas de sus gobiernos y para granjear la vida, son tan ciegos é ignorantes para las cosas de su alma, que parece se ha oscurecido entre ellos la lumbre de razon natural, pues ni echan de ver con ella la fealdad de sus pecados, ni les causa admiracion ni horror el cometerlos.

CAPÍTULO VIII

Del hábito y religion de los chinas.

La gente de la China es muy semejante á la de Europa en la condicion natural, sanguínea y colérica, y así presto descubre sus pasiones y afectos desordenados. El vestido más ordinario que traen es un sayo de haldas largas con mangas anchas que se van estrechando hácia la mano, usan de calzones y medias calzas y zapatos. La gente comun y pobre se viste de lino ó sarga, pero los mandarines y gente rica, de muy ricas sedas de diferentes colores. Tienen todos por honra criar el cabello tan largo, que les llega cerca de los piés, péinanle cada mañana y gastan tiempo en eso, como acá las mujeres en componerse y aderezarse; después de peinado le recogen en la cabeza con unas escofias que traen á manera de red, y por un agujero de ella sale un manojo de cabellos que no les parece mal.

El vestido de las mujeres parece mucho al de España, es honesto, pero rico y curioso, de diversas sedas y brocados. Acostumbran tambien á traer joyas de oro y de piedras preciosas, cada una segun su posibilidad. Su recogimiento es tan grande como si fuesen religiosas; por maravilla se verá una mujer en la calle, y cuando alguna vez salen por necesidad, van todas cubiertas y cerradas en unas litericas pequeñas. Dieron los chinas en tanto extremo acerca del recogimiento y encerramiento de sus hijas y mujeres, que tomaron por costumbre apretarles tanto los piés cuando nacen, que no les puedan crecer, y así quedan lisiadas, de manera que aunque quieran andar no pueden, porque los piés son tan pequeños, que apénas se pueden sustentar sobre ellos.

En lo que toca á su religion y á la noticia que tienen de Dios, en el libro segundo se dijo como el Apóstol Santo Tomé habia predicado en la China, ora sea que pasase de los Partos y Medos á la India por la China, ó que desde la misma India fuese allá, á lo ménos hoy dia algunos rastros y señales hay en la China, de que tuvieron noticia del Evangelio, porque en la provincia de Pekin, entre los otros ídolos que allí tienen, hay una figura de hombre que tiene tres cabezas y se miran la una á la otra, y dicen los chinas que significa aquello que todos tres no tienen más de un solo querer y voluntad. Tam-

bien se hallan algunas pínturas con las insignias de los Apóstoles, y otra imágen de bulto de una mujer con un niño en sus brazos, y por haberse conservado con tan larga tradicion estas imágenes y pinturas, se hace más probable y creible el haber predicado el Apóstol Santo Tomé en aquella tierra y haber tenido aquella gente alguna noticia de la ley de Dios, aunque ya está muy borrada en sus almas con la muchedumbre de sus pecados y con el olvido de tantos años. Los ídolos que comunmente adoran los chinas, son algunas personas señaladas entre ellos, á las cuales tienen por santas, como es una hija de un rey de aquella tierra llamada Quanina. De esta dicen, que conservó su virginidad toda la vida, y á otra que se llamó Neoma, que tampoco se quiso casar, antes hizo vida muy áspera, retirándose á una isla. Tambien adoran al demonio y le hacen particulares sacrificios, porque no les haga mal en sus personas y haciendas. Sin esto tienen muchos ídolos y sectas, y casi todas fundadas en los libros de Jaca, y así las tomaron después los japones de los chinas. De estas sectas se dirá más en particular en el libro quinto de esta historia, tratando de la religion de los japones.

Los mandarines de la China, como son hombres que profesan letras, y con ellas y la lumbre natural, entienden y echan de ver, que todas aquellas sectas son fábulas y mentiras, ningun caso hacen de ellas y tienen muy poca estima de la veneracion de sus dioses. Por otra parte, como están ciegos con sus pecados y no atinan con el conocimiento verdadero de Dios, vienen á resolverse en que para ellos no hay otro mundo ni otra vida, y así procuran hacerse adorar y venerar en la tierra como si fueran dioses, y de aquí nace que el estudio de los mandarines más consiste en saber lo que toca al gobierno de la república, para ser estimados por este camino, que no en saber lo que pertenece al culto ó veneracion de los ídolos, de lo cual se sigue, que aunque entre los chinas hay muchos bonzos, que son sus sacerdotes, pero ni tienen la autoridad ni el poder que los del Japon, antes de ordinario son tenidos en poco de los mandarines, y los mandan azotar cómo á la otra gente comun, y como los que gobiernan la China tienen tan tan poca estima de sus ídolos, tambien los del pueblo con su ejemplo hacen poco caso de ellos y les pierden el respeto y reverencia que les suelen tener otras naciones, porque si no alcanzan de sus dioses lo que piden ó no les sucede como desean, en lugar de hacerles sacrificio se enojan contra ellos, diciéndoles mil injurias y aun azotándolos, y en conclusion, los principales ídolos de la China son los mandarines, y á ellos hacen reverencia con más temor y respeto que á otros.

De donde se puede bien entender, que si nuestro Señor fuese servido de abrir la puerta á su Evangelio, en esta tierra, seria grande el fruto que se haria en ella; porque contentando la ley de Dios al rey y á sus consejos y mandarines, en lo restante del pueblo ninguna dificultad habria para recibirla. Para lo cual no ayuda poco ser todos los mandarines aficionados á las letras y filosofía, y tener tan poca estima de sus ídolos y sectas. Verdad es, que como por otra parte están tan cebados de la autoridad y honra que tienen en su modo de gobierno, son tan soberbios, que desprecian á todas las demas naciones, pareciéndoles que en su comparacion son bárbaras é ignorantes, y así han menester muy particular y extraordinario favor del cielo, para hacerse niños y poder entrar allá con la humildad y sinceridad que profesa la Religion cristiana.

CAPÍTULO IX

Cómo los portugueses comenzaron á tratar con los chinas.

Siendo gobernador y capitan general de la India Lopez Suarez, en tiempo del rey D. Manuel de Portugal, envió un capitan que se decia Andrés Perez de Andrada, con ocho navíos para asentar paz con la gente de la China, y comenzar á tratar con ella, y para el mismo efecto fué por embajador de parte del rey D. Manuel con sus cartas y presentes, Tomás Ruiz al rey de la China. Llegaron entrambos con próspero viaje á la isla Tamo, que entónces era de la China. Desde allí procuraron haber licencia para llegar á la ciudad de Canton; diéronsela, pero con condicion que no llevasen más que solos dos navíos. Aceptaron el partido, y dejando los seis en la isla de Tamo, llegaron con los otros dos á Canton. Húbose el capitan Andrés Perez con tanta cortesía y comedimiento con los chinas, y guardó tanta justicia y rectitud en los contratos, que los chinas quedaron extrañamente aficionados al buen modo de tratar de los portugueses, y así dejaron entrar al embajador por la tierra adentro. Acrecentóse este buen gusto de los chinas, con ver que antes de partirse de Canton, hizo pregonar el capitan públicamente, que si alguno quedaba agraviado de él ó de sus compañeros, ó quedaba debiendo alguna cosa por vía de empréstito ó de otra manera, viniese á decirlo, porque lo satisfaria muy cumplidamente.

Vuelto el capitan á Malaca, á la fama de la riqueza que traia de la China y del buen aco-

gimiento que habia hallado en los naturales de la tierra, se movieron muchos portugueses para ir allá. Juntáronse con este intento buen número de navíos, y partieron de Malaca para Canton. Los chinas como habian quedado aficionados á los primeros, fácilmente dieron licencia á los segundos para llegar á Canton con sus bajeles; pero supiéronse aprovechar mal los portugueses de la buena disposicion que habia en los chinas para conservar y llevar adelante su amistad. Porque comenzaron á tratarlos mal, y hacerles algunos agravios, quitándoles no sólo la hacienda, sino las mujeres é hijas, y aun intentando de hacerse fuertes en aquella costa. Irritáronse tanto los chinas con esto, pareciéndoles que los portugueses querian hacerse señores de su tierra y de sus haciendas, que al punto juntaron una muy gruesa armada, con intento de destruirlos, y pusiéranlos en mucho aprieto si una recia tempestad no los desbaratara.

Al fin viendo los portugueses la tierra tan alborotada, tuvieron por bien volverse á Malaca, y desde allí quedaron los chinas escarmentados para no darles otra vez licencia de que llegasen tan cerca de su tierra. Y luego echaron preso al embajador Tomás Ruiz, que habia ido á la corte, teniéndole por espía, donde acabó su vida en una muy dura cárcel. De esta manera pasaron algunos años sin que los chinas quisiesen dar entrada á los portugueses en su tierra, hasta que enmendando los que después sucedieron el yerro de los pasados, poco á poco se fueron asegurando. Pero como son tan recatados, nunca quisieron dar licencia para que llegasen los navíos, más que hasta la isla de Sanchon, que está 30 leguas de la tierra firme; y allí contrataban unos con otros, sin consentir que los portugueses edificasen casas en la isla, ni hiciesen edificios, sino unas chozas ó enramadas, donde estuviesen de dia, y de noche se recogiesen á los navíos. En una de estas cabañas murió el P. Francisco Javier, en la misma isla de Sanchon, como en el primero libro queda dicho.

Todas estas incomodidades pasaban los portugueses por serles de tanta utilidad el comercio de los chinas, los cuales con la mucha comunicacion y trato ordinario, se fueron asegurando de los portugueses y ellos acercándose más hacia la China, haciendo su asiento en la isla de Macao, que está 20 leguas de Canton; y aunque no tuvieron para esto particular licencia, ellos la fueron tomando con disimulacion, pasándose hoy unos y otro año otros, hasta que asentaron allí su trato como le tenian en Sanchon. Tambien les dieron licencia pasados algunos años, para que pudiesen ir una vez cada año con sus mercaderías á Canton y detenerse allí tres ó cuatro meses, con esta condicion que negociasen de dia en la ciudad y de noche se tornasen á sus navíos.

Viendo los portugueses que los chinas se aseguraban y disimulaban con ellos, á título de su incomodidad comenzaron á edificar algunas casas cerca del puerto, y el número de ellas fué creciendo de manera que se vino á hacer una buena ciudad, en la cual reside un capitan ó gobernador con otros muchos portugueses que están allí avecindados. Tambien está de asiento en Macao un mandarin principal, que es gobernador de toda la isla, por ser sujeta á la China.

CAPÍTULO X

Cómo algunos religiosos han deseado entrar en la China para predicar el santo Evangelio.

Estando el P. Francisco Javier en la India, tuvo noticia del reino de la China y después se informó en particular á la ida y vuelta del Japon; y fué ocasion de que se confirmase más en el deseo que tenia de predicar el santo Evangelio en aquella tierra. Con este intento partió de la India y llegó á la isla de Sanchon, porque no se habian mudado entónces los portugueses á Macao. Estando en esta isla antes de entrar en la China le llevó nuestro Señor para sí, como queda dicho en el primero libro de esta historia.

Con este mismo deseo el año de 1565 partieron de las Filipinas los PP. Fr. Martin de Herrada y Fr. Jerónimo Marin, de la Orden del glorioso P. San Agustin, que entrambos eran de muchas letras y ejemplar vida. Ofrecióseles á estos Padres una buena ocasion para entrar en aquel reino, en el cual vieron cosas muy particulares y procuraron con hartos medios alcanzar licencia para quedarse en aquella tierra, y dar noticia de la ley de Dios á los naturales de ella; pero no pudieron alcanzarla, y así hubieron de volverse á las Filipinas sin conseguir su intento.

Con el mismo celo el año de 1579 el P. Fr. Pedro de Alfaro, custodio de la provincia de San José, Religioso de la Orden del bienaventurado P. San Francisco y muy grande siervo de Dios, llegó á la China con algunos compañeros; y aunque estuvieron dentro del reino algunos meses, tampoco tuvo efecto su jornada, como la primera de los Padres de San Agustin. Temia el demonio, y con grande razon, las muchas almas que habia de perder por la predicacion y ejemplar vida de estos siervos de Dios, si hicieran asiento en aquella tierra, la cual él tenia poseida

y tiranizada; y así, procuró cerrarles la puerta y que no les diesen licencia para quedar en ella.

Vivian con el mismo deseo muchos Padres de la Compañía que andaban en la India Oriental, mas quitábales la esperanza de salir con esta empresa ver el poco fruto que se habia seguido del trabajo y diligencia que en este negocio habian puesto tan señalados varones y tan celosos de la honra de nuestro Señor, aunque por otra parte les animaba ser esta causa de tanto servicio y gloria de la divina Majestad y provecho de tantas almas, y haber acabado su vida en la misma demanda el P. Francisco Javier, confiando que desde el cielo habia de favorecer con su intercesion á los que se dispusiesen para llevar adelante la mision que él habia comenzado.

Y así se puede creer piadosamente que por medio de este santo varon y Padre de la Compañía ha sido nuestro Señor servido conceder á sus hijos y sucesores la entrada en la China, y el tener casa y licencia para vivir en aquella tierra. El modo con que los Padres entraron en este reino y quedaron por moradores, con lo demás que ha sucedido, trataremos en los capítulos que restan de este cuarto libro.

CAPÍTULO XI

Cómo el P. Miguel Rogerio fué á Canton, y las dificultades que en ello hubo.

Con ocasion de ayudar á los portugueses que residian en Macao, hicieron los Padres de la Compañía una casa en aquella ciudad para su habitacion, en la cual residió algun tiempo el P. Melchor Carnero, Obispo Niceno, y en ella murió estando ya de camino para Japon, como en el tercero libro queda dicho. Siendo Visitador de la India el P. Alejandro Valiñano, deseó grandemente intentar la entrada de la China, y para esto señaló tres Padres en el colegio de San Pablo de Goa, que fuesen á la casa de Macao y procurasen deprender bien la lengua y entrar en la tierra si hallasen para ello alguna buena ocasion.

Uno de estos Padres se llamaba Miguel Rogerio, nacido en Nápoles y doctor en leyes, que habia servido al rey D. Felipe II en diversos cargos de gobierno antes de entrar en la Compañía. Llegó este Padre á Macao el año 1569 y comenzó luego á estudiar la lengua de la China, y aunque al principio como hombre de alguna edad sintió dificultad, pero con el mucho trabajo y estudio que en ella puso, la vino á entender más que medianamente. Y para tomar noticia de la lengua de los mandarines que es más cortesana, procuraba de ir cada año desde Macao á Canton en compañía de los portugueses que iban á sus negocios y mercaderías. La primera vez que fué el Padre á Canton, halló una grande dificultad, con la cual parece que se cerraba la puerta del todo, y se quitaban todas las esperanzas de poder entrar los de la Compañía para siempre en aquel reino. Porque yendo otro Padre á la misma ciudad de Canton el año antes con los portugueses, comenzó á tratar con un mozo (que era bonzo) de las cosas de nuestra santa fe, el cual se aficionó tanto á ellas, que dentro de un mes, como el Padre volvió de Canton á Macao, vino á buscarle el mismo mozo con determinacion de ser cristiano. Enviáronle los Padres de Macao á Japon, por algunos inconvenientes que hallaron en que se detuviese por entónces en aquella isla.

Pasado algun tiempo, volvió el mozo de Japon y bautizóse en Macao. Súpolo su padre y quejóse á los mandarines de que le habian llevado su hijo y héchole cristiano. Embargaron luego los mandarines todas las mercaderías que tenian los portugueses en Canton, con apercibimiento que las perderian si no volvia el mozo á la ciudad. Viéndose los portugueses apretados, escribieron luego al capitan de Macao para que le enviase. Supieron los Padres de la Compañía lo que pasaba, y temiendo no sucediese al mozo algun trabajo y peligro de faltar en la fe, entregáronle al P. Melchor, Obispo Niceno que estaba allí, para que como pastor suyo, hiciese de aquella alma lo que más conviniese. Vino el capitan de Macao á pedir al Padre le entregase aquel mozo para enviarle á Canton, pero respondióle el Obispo que él no podia dársele con buena conciencia, ni le daria por ningun respeto, por la obligacion que tenia de dar cuenta á Dios de su alma.

Como entendió el mozo el peligro que tenian los portugueses en Canton por su causa, dijo que él estaba determinado de parecer delante de los mandarines, y confiaba en nuestro Señor le daria su gracia y ánimo para confesar la fe delante de ellos. No quiso desampararle el P. Obispo en esta ocasion, y así fueron entrambos á Canton, y parecieron delante de los mandarines; mas como estaban tan enojados por lo que su padre del mozo les habia dicho, asieron luego de él para castigarle, y lo mismo hicieran del P. Melchor si no le sacaran de allí los portugueses que se hallaron presentes. Diéronle al mozo 24 azotes con las cañas, pero siempre estuvo firme, confesando que era cristiano, y besando con devocion la cruz de su rosario, repetia muchas veces el nombre de Jesus. Pusiéronle en pri-

siones despues de haberle azotado, mas él dijo que aunque muriese no dejaria la ley que habia recibido y profesado.

En todo el tiempo que estuvo preso le dieron 80 azotes, sin que descubriese jamás flaqueza ni temor. Procuraba animarle el Obispo algunas veces que pudo hablarle. Al fin viendo los mandarines lo poco que aprovechaban sus azotes con aquel mozo, le desterraron de la China, y él se volvió con grande alegría en compañía del P. Obispo á Macao, donde los recibieron á entrambos con la misma, así los Padres como los portugueses, dando muchas gracias á nuestro Señor por la perseverancia que le habia dado. Con ocasion de lo que habia sucedido con este mozo, el aitao, que es gobernador de la ciudad, mandó que en ningun tiempo diesen posada en Canton á los Padres de Macao, ni los dejasen vivir en ella.

CAPÍTULO XII

Cómo el P. Miguel Rogerio alcanzó licencia para vivir en Canton.

Parecia cosa imposible entrar los de la Compañía en la ciudad de Canton habiendo un mandato tan riguroso y tan nuevo contra ellos; pero ahí se muestra quién es Dios, y cuán en su mano tiene los corazones de los hombres, y cómo hace fácil cuando quiere lo que parece más imposible y dificultoso. Habia cumplido su oficio aquel gobernador cuando el P. Rogerio llegó á Canton una vez de las que solia ir con los portugueses, y después de haber encomendado á nuestro Señor este negocio, le pareció intentar la entrada de la China, pues ya tenia bastante noticia de la lengua.

Lo primero dió una peticion al aitao que sucedió, diciéndole cómo él era sacerdote, y por vivir en el mar y en una embarcacion, no podia cumplir con la obligacion que tenia, de ofrecer cada dia sacrificio á Dios nuestro Señor; que le suplicaba le mandase dar posada en la ciudad por el tiempo que hubiesen de estar allí los portugueses, en cuya compañía él habia venido. Leyó el nuevo aitao la peticion, y fué servido nuestro Señor que le pareciese lo que el Padre pedia cosa conforme á razon; y así proveyó que le diesen una casa en que estuviese, y que sopena de muerte nadie le hiciese mal.

Habida esta licencia, aderezó el Padre la casa que le dieron junto á la ciudad. Compuso su altar y comenzó á decir Misa, y era tanta la gente que acudia por curiosidad á ver lo que hacia, que en todo el dia no cesaban de ir unos y venir otros, y entre estos eran algunos mandarines menores. Procuraba el Padre acariciarlos á todos y trabar amistad con ellos, y de esta manera les fué ganando la voluntad, y le quedaron tan aficionados, que les pesaba cuando llegaba el tiempo en que se habia de partir á Macao.

Con esta buena voluntad y amor que los chinas le cobraron, cuando volvió el año siguiente á Canton y tornó á dar la peticion, le concedieron luego la misma licencia, y aun mandó el gobernador que le diesen otra casa mejor en que viviese. De este favor que el aitao hacia al P. Rogerio vinieron á sospechar los chinas y á decir que no era posible sino que el Padre y los portugueses le habian dado grande suma de dinero, pues contra la provision de su antecesor hacia tanto por él. Vino esto á oidos del aitao, el cual mandó llamar un dia al Padre, y preguntóle si sabia leer sus letras; respondióle el Padre que sí. Escribió entónces el aitao un papel de su mano, y dióle al P. Rogerio que le leyese, y en suma decia, que pues era siervo de Dios, no tendria temor ni empacho de decir con libertad la verdad delante de todos, y así le pedia que declarase si él ó los portugueses le habian dado algun dinero. Dijo el Padre á esto públicamente y delante de mucha gente, que era gran falsedad y testimonio que se le levantaba al aitao, porque ni de él ni de los portugueses habia recibido blanca ni otra cosa.

Quedó el aitao con grande contento viendo el testimonio que el Padre daba de su inocencia, y de ahí á pocos dias fué él mismo con el conchifu, que es el segundo mandarin y justicia de la ciudad, á ver la casa del Padre y la capilla donde decia Misa, mostrándole entrambos mucho amor y buena voluntad.

Como se entendió en la ciudad el favor que el aitao y conchifu habian hecho al Padre visitando su casa, comenzaron otros mandarines á gustar de su amistad, y con el buen término y modo que el Padre tenia de recibirlos y tratarlos, dejábalos siempre más gustosos y aficionados, y cada dia les iba ganando más las voluntades.

CAPÍTULO XIII

Cómo el P. Alonso Sanchez llegó al primer puerto de la China.

En este tiempo que el P. Miguel Rogerio iba y venia de Macao á Canton, llegó el P. Alonso Sanchez á las Filipinas desde España, por el año de 1580, siendo gobernador de aquellas islas D. Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, el cual sabiendo el suceso del reino de Portugal, después de haber consultado el negocio con el Obispo y con otras personas principales, le pa-

reció que importaba al servicio de su Majestad que se procurasen reducir á su obediencia las fortalezas que habia en la India Oriental, y prevenir juntamente á los portugueses que vivian en Macao, para que si acaso D. Antonio, ó algun otro que viniese en su nombre, los quisiese inquietar, estuviesen ya ellos como era razon confirmados en la obediencia de su rey, como lo estaba el reino de Portugal. Para tratar este negocio de tanto servicio de nuestro Señor y paz de aquellos reinos, fué señalado el P. Alonso Sanchez, de la Compañía de Jesus, y porque no era posible entrar en Macao sin encontrar con las armadas de la China, pidió el Padre al gobernador que escribiese una carta al aitao de Canton, para que mostrándola (si fuese necesario) pudiese decir que iba por embajador suyo. Escribióse la carta en lengua China, por medio de un capitan natural de aquella tierra que estaba en las Filipinas.

Partió el P. Alonso Sanchez con sus despachos de la ciudad de Manila á los 14 de Marzo de 1582, y después de haber pasado una recia tempestad, á los 6 de Abril del mismo año descubrieron los que iban en su fragata, alguna cantidad de navíos que al parecer iban huyendo. Prosiguiendo su camino por la costa de la China adelante, vinieron á dar en un pequeño puerto donde habia otros muchos navíos, mas en viendo la fragata comenzaron á huir á vela y remo, hasta entrar por la boca de otro grande y hermoso puerto. Fueron los de la fragata en su seguimiento con deseo de informarse de algunas cosas; y así, entraron tras ellos por el puerto adentro, que seria una legua en largo, en el cual habia más de 1.500 embarcaciones, y las 600 bien grandes; porque estaba allí una de las armadas principales que traen los chinas por la seguridad de sus costas, y por eso los navíos en viendo la fragata volvieron á dar aviso á los de su armada.

En viendo entrar el navío extranjero en su puerto comenzaron á tocar los atambores y campanas que traen en sus bajeles, con tanto ruido y estruendo, que se oia muy léjos. Estaba en la entrada del puerto un navío mayor que los de España, el cual viendo la fragata disparó una pieza de artillería y pasó la pelota por encima de los que iban en ella. Con esto amainaron sus velas y volvieron hacia el navío para darle la obediencia, entendiendo que estaba allí el capitan general de aquella armada.

Yendo la fragata caminando hacia el navío, dispararon otro segundo tiro para hacer señal que se detuviese y no llegase tan cerca. Vinieron luego en un batel algunos soldados con sus alfanjes, pero no se atrevieron á llegar á la fragata con veinte pasos. Hízoles señal el P. Alonso Sanchez para que se acercasen y entrasen en su batel, mas viendo que aun de esto se recelaban, les pidió que le admitiesen en el que ellos traian, y así, entraron el Padre y su compañero.

Después que los vieron en el batel se les fueron juntando otros navíos, y últimamente llegó uno á quien todos los demás hicieron reconocimiento hincándose de rodillas, porque venia dentro el capitan general de aquella armada, que le llaman supi. Estaba sentado en una silla debajo de un palio de seda. Dióle el P. Alonso Sanchez una chapa ó provision que traia desde Manila, cuyo tenor era este:

«Capitanes y guardas de la China, si topáredes con este Padre, dejadle pasar sin hacerle daño, porque va de parte del mandarin grande de la isla de Luzon con una embajada para el aitao de la ciudad de Canton. Es hombre que tiene por oficio enseñar la ley de Dios, y todos los que van con él son buena gente y no llevan armas, ni van á hacer mal á nadie.»

Leida la chapa, pidió el supi al Padre la carta que llevaba para el aitao, y él respondió que no la podia dar, porque era del mandarin grande de Luzon para el de Canton, y habia de darla en su mano. Con esto se dió por satisfecho el supi, y dió la vuelta para su *Capitana*, que por de fuera era muy pintada de oro y de barniz negro, y parecia muy hermosa. Acompañaron al Padre algunos capitanes, y entretuviéronle entre tanto que el supi se vestia el hábito de mandarin, y luego le llevaron al navío principal. Son estos navíos muy grandes y no tan fuertes como graciosos y vistosos. Tienen el casco de abajo más de un estado sobre el agua repartido en diversos cajones, en los cuales traen sus vestidos y aderezos y cosas necesarias; sobre esto hay una sala tan grande y tan bien aderezada, como la puede tener cualquier señor en su casa, y al cabo de ella una cuadra para el capitan. Subieron los que acompañaban al Padre con él á esta sala, donde ya estaba el supi sentado en su silla con su ropa de seda colorada y con unos leones bordados en el pecho; junto á la silla tenia puesta una mesa aderezada con paño de seda al modo de nuestros frontales. Hincáronse de rodillas los capitanes y soldados, y el Padre hizo lo mismo. Preguntóle el supi algunas cosas, y después le despidió, tornándole á acompañar los mismos que le habian traido, hasta dejarle en su fragata.

Pasada una hora vinieron tres capitanes á registrar todo lo que el Padre traia sin dejar nada, que no les causó á él y á sus compañeros pequeña turbacion, no sabiendo el intento con que se

hacian aquellas diligencias; las cuales hacen los chinas para que no puedan hurtar cosa alguna á los forasteros; y así, cuando lo entendieron se aseguraron del temor que habian tenido.

Son tan exactos en esto los chinas, que hasta un papel viejo y una agujeta registran, y la lista de todo envian al mandarin, con quien el forastero ha de negociar, y si éste halla que falta la menor cosa, hace castigar con severidad al capitan del navío que le ha traido á su cargo. Tornó á llamar segunda vez el supi al P. Alonso Sanchez y hacerle nuevas preguntas, y últimamente le despidió, mandando que á él y á sus compañeros repartiesen de dos en dos por algunos navíos. Entendieron todos que esto era echarlos presos, mas no fué sino con intento de que los regalasen los mismos capitanes, como lo hicieron, dándoles muy bien de cenar y haciéndoles centinela toda la noche.

El modo que tienen de hacer esta centinela es bien particular. Hay en la *Capitana* una campana grande, y en las demás embarcaciones otras menores con sus atambores, y en dando un golpe la campana de la *Capitana*, luego al punto responden todas las demás y los atambores, que como son tantos los navíos es grande el ruido y estruendo que hacen, y de esta manera van haciendo señal toda la noche de hora en hora.

El dia siguiente volvió el Padre con sus compañeros á visitar al supi y darle las gracias del regalo y buen acogimiento que le habia hecho, y él les habló con más familiaridad que el dia antes. Entretúvose con ellos buen rato en diversas preguntas, y con esto los despidió por aquel dia. El siguiente, que era Domingo de Ramos, amanecieron todos los navíos con cuatro banderas grandes y muchos gallardetes y todos los soldados en tierra delante de un fuerte que estaba allí cerca hecho de cal y canto. Tenian su librea á uso de la guerra, que son unas ropetas de seda amarilla, y con muy buen órden y concierto hicieron su alarde, disparando mucha cantidad de arcabuces. Quiso el supi hacer esta fiesta al Padre, por ser extranjero, y para mostrar la grandeza de su oficio y dignidad y la destreza de sus soldados. Acabado este ejercicio y entretenimiento, llegaron tres capitanes al Padre y dijéronle cómo ya el supi los tenia despachados.

CAPÍTULO XIV

Cómo el P. Alonso Sanchez partió para Canton, y lo que en el camino le sucedió.

Habiendo el supi despachado al Padre y á sus compañeros, pareciéndole que iban algo estrechos en la fragata, les mandó dar tres embarcaciones en que pudiesen ir y llevar su hato. Caminaron toda aquella noche, y el Lúnes Santo por la tarde los sacó á tierra un capitan que los acompañaba, para que se recreasen en unas huertas muy frescas que estaban cerca de la ribera por donde iban. Tornáronse á embarcar, y navegaron hasta el Miércoles Santo por la tarde, que entónces descubrieron otro puerto mucho mayor que el pasado, entre unas muy altas sierras, y dentro de él habia otra armada muy más lucida y mayor que la primera y con el mismo aparato de guerra. En entrando la fragata y navíos que venian con ella, dispararon su arcabucería cuantos habia en el puerto, y llevárónlos á un navío donde estaba un mandarin, el cual después de haberles hecho algunas preguntas, mandó que saliesen á tierra.

Habia en la rinconada de este puerto una poblacion y una fortaleza muy hermosa. Residia en ella el chumpin, que es el general de todas las armadas que andan por la costa de la China, y por ser este puerto el mejor de toda ella, residia allí de ordinario. Hay desde la playa donde se embarcaron hasta la fortaleza dos ó tres tiros de arcabuz. Estaba todo este camino con dos órdenes de soldados con picas y alfanjes y algunos con celadas y arcabuces, los cuales iban disparando como el Padre y sus compañeros iban pasando; de esta manera los acompañaron hasta entrar por la puerta de la fortaleza. Puestos en el primer patio, comenzaron los ministros de la justicia, conforme á su costumbre, á dar tan grandes voces, que parecia las arrancaban de las entrañas, lo cual hacen cuando algun forastero ha de entrar á hablar á los mandarines grandes. En este primer patio habia dos órdenes de gente de armas, y lo mismo en el segundo, aunque la del segundo era más lucida que la del primero. Llegados al tercero, hallaron otros dos órdenes, que todos eran capitanes y mandarines y gente principal con sus alfanjes y celadas y otras insignias particulares que cada uno tenia conforme á su oficio y dignidad. Estaba el chumpin como 60 pasos más adelante dentro de una capilla muy pintada y armada sobre columnas negras.

Desde la entrada de este tercero patio hasta la capilla donde estaba el mandarin, habia una lonja, y á los lados de ella dos portales, en los cuales se parecian algunas como audiencias particulares; por la lonja de en medio nadie podia entrar ni salir, sino solo el chumpin, los demás entraban y salian por los portales de la mano derecha.

Entrando el Padre y sus compañeros en este lugar, los oficiales que estaban señalados para

esto se hincaron de rodillas, y besando la tierra dijeron al mandarin cómo le querian hablar aquellos extranjeros. Mandóles que entrasen, y á 15 ó 20 pasos antes de llegar al chumpin, los hicieron entrar de rodillas. Vino allí luego un intérprete, el cual sabia tan poco, que ni entendia á los extranjeros ni ellos á él. Enojóse con esto el mandarin y comenzó á dar grandes voces y palmadas en la mesa. Acudieron á ellas muchos de aquellos caballeros y capitanes puestos de rodillas y besando la tierra, hablaban una palabra y volvíanse luego corriendo á su lugar. Trujeron poco después á un indio de los que venian con el Padre que sabia algunas palabras de la China, pero como no entendia bien lo que le preguntaban, detenfase en responder; llegóse el P. Alonso Sanchez al indio para saber lo que le decian, mas como el mandarin los vió hablar á entrambos, sospechando que el Padre le estaba imponiendo en lo que habia de responder, dió un grande grito y una palmada en la mesa. A esta demostracion que hizo el chumpin, acudieron cuantos habia en el patio con sus alfanjes desenvainados, amenazando de matarlos, y asiendo del Padre y del indio, los echaron fuera de la lonja. Sacó entónces el P. Alonso Sanchez unas llaves que eran del baul en que traia sus recaudos, é hizo señas que abriesen con ellas y hallarian razon de lo que deseaban, quiénes eran y de dónde venian. Abrieron el baul y leyó el chumpin los recaudos, y con eso se apaciguó y envióles á decir con la lengua que allí tenian, como él estaba satisfecho de que eran buena gente y que por la mañana los despacharia para Canton.

Era ya noche cuando salieron de la fortaleza, y vueltos á la mar, los repartieron por los navíos del puerto, haciéndoles el mismo regalo y buen acogimiento que les habia hecho el supi en su armada.

En siendo de dia les dieron el despacho del chumpin y con él un recaudo, en que les decia fuesen en buena hora, y que para el camino les enviaba arroz y un puerco fresco y un cesto de naranjas y otro de empanadas. Tambien les mandó dar otros tres navíos en que fuesen desde allí á Canton.

CAPÍTULO XV

Cómo el P. Alonso Sanchez llegó á Canton y halló allí al P. Miguel Rogerio.

Partió el Padre con sus compañeros de este puerto, lúnes de mañana, despues de la Resurreccion, y tornando á desembarcar junto á una ciudad que se dice Aucheo, se presentaron á otro mandarin que los despachó por tierra el mártes siguiente.

En este puerto se quedaron el piloto y marineros que le habian dado y los que el Padre traia desde Manila, y se tornó á embarcar con solos tres compañeros y un capitan y algunos soldados que le dieron hasta salir de algunos pasos peligrosos. Navegaron quince dias por un hermoso rio y otros tres ó cuatro caminaron por tierra hasta llegar á otro muy famoso y nombrado rio en aquella tierra que se dice de la Sal, por el cual habiendo navegado algunos dias, llegaron á otra ciudad que está dia y medio de camino antes de Canton. Aquí tuvieron otras nuevas dificultades, pero al fin siendo informado el mandarin, los despachó con muestras de buena voluntad y gusto, y les dió quien los acompañase hasta Canton, donde entendian que estaba el aitao, que es la segunda persona y principal de la provincia. En el camino tuvieron noticia como el aitao no estaba en Canton sino en otra ciudad que se llama Tanquen, donde tienen sus atarazanas y hacen muy de ordinario grande cantidad de navíos. Adelantóse el mandarin que iba con el Padre, antes de entrar en esta ciudad, y dió cuenta al aitao de su venida. Hallóle que se andaba recreando por el rio dentro de una hermosa embarcacion junto á la ciudad de Tanquen. Llegó el Padre por un lado del navío, que todo era barnizado de negro por de fuera y rayado de oro, y dentro de él se oia una buena música de chirimías y otros instrumentos. Estaba cubierto el aitao con unas cortinas coloradas, por las cuales sin ser visto podia ver. Comenzóle á hablar el Padre, hincado de rodillas como es costumbre; mandó el aitao correr las cortinas, con que se descubrió un aposento muy rico donde él estaba sentado en su silla y vestido de morado. Recibió la carta del gobernador de Luzon, y habiéndola leido, despidió al Padre con buena gracia y él se quedó entreteniendo en el rio vuelto á la ciudad. Le despachó aquella noche, remitiéndole al conchifu de Canton, que es como justicia de la ciudad ó alcalde mayor, y mandóle dar otro mandarin que le acompañase hasta allá.

Partieron de Tanquen el dia siguiente, y llegaron á la ciudad de Canton á los 2 de Mayo, caminando por un caudaloso rio que hay cerca de aquella ciudad, en el cual habia tantos navíos como suele haber hombres en una plaza. Dijo el mandarin que guiaba al Padre, como en aquel rio habia portugueses, y en el arrabal de la ciudad vivia otro Padre, que si le daba alguna plata, le llevaria á donde estaban. Ofrecióle el

Padre qué haria con los portugueses, que se la diesen, porque él no la tenia, y así le guió á donde estaban los navíos. Como reconocieron los portugueses que era gente de Europa los que allí venian, salieron en un batel para recibirlos en compañía del P. Miguel Rogerio, que se halló con ellos. Abrazáronse entrambos Padres con grande consuelo y alegría de su alma por verse juntos en partes tan remotas. Dábales mucha priesa el mandarin que acompañaba al P. Alonso Sanchez, para que fuese á presentarse delante del conchifu, y así no pudieron detenerse á comunicar cosa alguna.

Estaba el P. Rogerio y lo mismo los portugueses con grande cuidado, porque no sabian si el P. Alonso Sanchez y sus compañeros venian presos ó libres. Acompañáronle todos hasta la casa del conchifu, porque nadie puede entrar dentro, ni se lo consienten sino es llamado. Entrados en la audiencia, cerraron luego las puertas é hicieron esperar al Padre y á sus compañeros más de hora y media antes que los llamasen, que así lo suelen hacer estos mandarines para mostrar su autoridad y gravedad, especialmente con los extranjeros Puesto el conchifu en su audiencia, hízole el Padre su debido acatamiento y él le recibió con buen rostro, porque aunque mozo era muy piadoso y manso, y de quien los portugueses decian mucho bien. Estando despachando al Padre, diéronle aviso cómo llegaba á Canton el chayen, que es el visitador que viene cada año de la corte por todas las ciudades de la provincia con poder y facultad para quitar los oficios á los mandarines que no los hacen con rectitud y para cortar las cabezas á quien lo mereciere.

Es costumbre cuando viene algun visitador de estos, salirle á recibir todos los mandarines de la ciudad, y después de entrado, cierran las puertas de la misma ciudad por tres dias. Como oyó decir el conchifu que venia el visitador, despidió al Padre y á sus compañeros, dando órden á un mandarin que los hospedase, y él los guió á la posada del P. Miguel Rogerio, que estaba con harta pena, no sabiendo lo que al P. Alonso Sanchez hubiese sucedido, y así fué doblada la alegría de entrambos, cuando se tornaron á ver juntos en aquella pobre casa.

CAPÍTULO XVI

De lo que el P. Alonso Sanchez hizo en Canton y negoció en Macao, hasta que volvió á Luzon.

En los dias que estuvieron juntos en Canton los dos Padres, dió cuenta el P. Alonso Sanchez al P. Rogerio de su venida y de los negocios que traia á su cargo, y deseaba tratar en Macao con los portugueses que allí residian, mostrándoles los papeles y razon que traia de todo. Pero ni los portugueses que estaban en Canton ni los chinas entendieron por entónces más que el P. Alonso Sanchez iba á visitar solamente á los Padres y Hermanos de su religion. Pasados los tres dias despues de la venida del chayen, y abiertas las puertas de la ciudad, envió á llamar el conchifu al P. Alonso Sanchez y á sus compañeros para informarse de ellos y saber qué gente era.

Estando el Padre dándole razon de todo, acertó á entrar uno de los mandarines que habia examinado al Padre, y visto sus papeles en una de las ciudades por donde habian pasado, y este dijo al conchifu que no habia en que reparar, porque el Padre y sus compañeros eran buena gente y él los conocia. Con esto el conchifu dió su patente en esta forma. «Estos son unos Padres que van á Macao á ver otros compañeros suyos, no traen armas ni hacen mal á nadie, y así pueden pasar su camino. Solamente merecian algun castigo por haber traido al señor aitao una carta pequeña y desautorizada y no haber tratado lo que querian por peticion, como con su mayor, pero por ser extranjeros é ignorantes deben ser perdonados.» Esta misma sentencia confirmó el aitao. Mas porque era menester esperar tambien confirmacion del tutan, que es el virey de toda la provincia, se la enviaron luego á la ciudad de Jauquin, á donde estaba, y el Padre se quedó en Canton hasta que viniese el despacho para ir á Macao donde habia de negociar lo que traia encomendado.

Era recien proveido en el oficio este virey, y andábase informando y haciendo pesquisa para saber con qué autoridad residian en Macao los portugueses cuando le dieron este despacho del P. Alonso Sanchez. Hallóse presente un china, que era lengua de los portugueses que trataban en Canton, y le habia hecho llamar el virey de propósito para informarse de lo sobredicho. Preguntóle con esta ocasion qué gente era aquella que iba ahora de nuevo á Macao, ó qué buscaban. El china, ora fuese que estuviese mal informado ó que alguien le hubiese impuesto en lo que habia de decir, respondió al tutan que eran unos castellanos ladrones y espías que venian á reconocer los puertos de la China, con otras cosas á este modo.

Oido esto el virey, como hombre recatado, despachó un mandarin á Macao para que viniese el capitan de los portugueses que allí residia á dar razon de sí y de los demás. Hubo sobre este negocio mucha dificultad y duda en si iria

el capitan ó no; al fin se determinó que fuese á Jauquin el P. Miguel Rogerio que estaba en Canton, y el oidor de Macao, que es un juez que tiene allí el capitan. Llegaron entrambos á la ciudad de Jauquin y recibiólos el virey con grande significacion de su autoridad y majestad, rodeado de mucha gente de armas, hablándoles con alguna aspereza, porque sin particular licencia de los vireyes, estaban en aquella isla y habian hecho casas y edificado iglesias. Respondiéronle con humildad que los portugueses habian sido y eran vasallos fieles al rey de la China, y que á su Excelencia tenian por su señor y amparo, y así le suplicaban que los favoreciese.

Tenia muy conocida el P. Rogerio la condicion y el humor de estos mandarines del tiempo que los habia tratado, y así concertó primero con el juez de Macao el recaudo que habian de dar y fué bien acertado, porque el tutan se aplacó con estas palabras que le dijeron, de manera que se le echó de ver en la respuesta el efecto que habian hecho, porque dijo luego que él queria ser de allí adelante Padre de los portugueses, y á entrambos hizo muchos favores, dándoles algunas chapas y provisiones, y particularmente se la dió al P. Rogerio para poder entrar y salir de la China sin que nadie se lo impidiese, y tener capilla en la ciudad de Canton y para ir á Jauquin á visitar al mismo tutan cuando quisiese. Viendo el P. Rogerio al tutan tan benévolo, después de haberle dado las gracias por la merced que le habia hecho, le suplicó diese licencia á los castellanos que estaban en Canton para ir á Macao. Dijo á esto el tutan, que si él salia por fiador de ellos y de los que habian quedado en el puerto de Aucheo con la fragata, de que no les vendria por su causa daño alguno, les daria la licencia que pedian. Salió el Padre por fiador de todos, y así les dió licencia muy cumplida.

Vueltos á Canton el P. Rogerio y el oidor, dieron al conchifu los recaudos que traian del tutan para el P. Alonso Sanchez y sus compañeros; pero halláronle tan mal informado de los castellanos cuando volvieron, que en ninguna manera queria despacharlos para que fuesen á Macao, hasta que el P. Rogerio, hincado de rodillas le dijo cómo eran unos Padres y Hermanos suyos que andaban enseñando la ley de Dios de una parte á otra. Al fin aplacado el conchifu con lo que el P. Rogerio le dijo, dió los despachos y los Padres se partieron de Canton, viérnes despues del domingo de la Trinidad.

Llegados á Macao por el fin de Mayo de 1582, comenzó el P. Alonso Sanchez á tratar del negocio principal á que venia desde las Filipinas. Habia dado alguna cuenta de él por cartas al P. Alejandro Valiñano, visitador de la Compañía que tambien estaba en aquella ciudad, para que con su prudencia y discrecion fuese disponiendo los ánimos de los portugueses, dándoles á entender que seria posible haberse unido la corona de Portugal con la de Castilla, y aunque al principio lo tuvieron por dificultoso, poco á poco se fueron persuadiendo que podria Dios ordenarlo así.

Llegado el P. Alonso Sanchez, fué dando cuenta á algunas personas principales de lo que habia sucedido debajo de juramento para que á nadie lo comunicasen, y viendo que todos lo recibian bien, se juntaron un dia por la tarde en la casa de la Compañía el P. Melchor Carnero, Obispo Niceno y patriarca de Etiopía, y el Obispo de Macao, y el P. Alejandro visitador y otros Padres con el capitan mayor de aquel puerto y los cuatro electos, que son como regidores de la ciudad, con otros ancianos y principales de ella, y allí les dió cuenta el P. Alonso Sanchez con brevedad, cómo se habian juntado los reinos de Castilla y Portugal, tratando el discurso de este negocio blanda y suavemente sin hacer mencion de las guerras pasadas. Mostróles tambien algunos papeles, de los cuales constaba cómo las cabezas de Portugal habian dado la obediencia á la Majestad católica del rey D. Felipe, y la justicia que tenia, no sólo á juicio y parecer de las universidades y letrados, pero aun del mismo rey D. Enrique. Trújoles fuera de esto muchas razones y conveniencias, mostrando cuán bien estaba á todos lo que nuestro Señor habia ordenado, y así fué servido él mismo de que todos lo recibiesen con demostraciones de contento y gusto, añadiendo ellos mismos nuevas razones y particulares de cuán bien les estaba tener á su Majestad por rey y señor, y de comun consentimiento determinaron de jurarle por tal.

El primer dia de fiesta predicó el P. Visitador y dió cuenta á todo el pueblo de la resolucion que se habia tomado y las muchas razones que habia para que diesen gracias por ello á nuestro Señor. Lo mismo hizo en otro sermon el P. Rector de la casa de Macao. Y últimamente predicó el P. Alonso Sanchez, enderezando á este intento las razones de su sermon, con lo cual quedaron los de la ciudad consolados y confirmados en la obediencia de su rey. Acabado el negocio á que vino el Padre con tan próspero suceso, tomando los recaudos que allí le dieron de lo que se habia hecho, se tornó para la isla de Luzon.

CAPÍTULO XVII

Cómo el P. Rogerio alcanzó licencia del tutan para residir en la ciudad de Jauquin.

Después que el P. Rogerio y el oidor de Macao llegaron á la isla, y el capitan y los demás supieron el favor que el tutan les habia hecho, parecióles que convenia volviese el mismo oidor á visitarle con un presente en nombre de aquella ciudad, y fuese en su compañía el P. Rogerio, á quien el tutan habia mostrado tan particular afecto y benevolencia; mas no pudo ser esto, porque estando ya el Padre para partir, enfermó de manera que fué necesario ir solo el oidor. Y por no cortar el hilo de la amistad con el tutan, con el mismo oidor le envió unos antojos y un recaudo, que en estando bueno le iria á visitar y llevaria un reloj muy bueno que tenia guardado para servirle con él.

Mostró el tutan sentimiento de la enfermedad del Padre, cuando el oidor le dió su recaudo y mucho agradecimiento á la memoria que de él tenia, y así respondió al oidor que le dijese de su parte que procurase en estando bueno irle á ver á Jauquin, y pareciéndole después que se iba dilatando su venida, escribió el mismo tutan una carta al P. Alejandro, para que en estando bueno se le enviase, que no causó poca admiracion en todos ver la aficion que el tutan le habia cobrado de sola aquella vez que estuvo en Jauquin, que como el P. Rogerio entendia tan bien la lengua, y con su discrecion y prudencia sabia acomodarse á la disposicion de la gente; ganábales con su trato suave las voluntades y gustaban todos de su comunicacion. Con esta carta envió tambien el tutan una chapa ó provision de plata á manera de escudo de dos palmos en largo, por la cual daba licencia al P. Rogerio para ir y venir de Macao á Canton y á Jauquin, sin que las guardas le pusiesen impedimento.

Pareció á todos que no era justo perder tan buena ocasion como nuestro Señor ofrecia para llevar adelante la mision de la China, y así partió el Padre de Macao, aunque estando ya para salir del puerto, llegó otro navío que enviaba el mismo tutan para que fuese en él á Jauquin. Salió de Macao á los 18 de Diciembre de 82, llevando en su compañía al P. Francisco Pasio y á un Hermano con algunos mozos chinas. Llegaron á Canton lúnes de mañana, víspera del Santísimo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, y por ser la fiesta tan principal, se detuvieron aquella noche para decir sus tres Misas y suplicar á nuestro Señor en ellas diese próspero suceso á su viaje.

Partidos de Canton, llegaron á Jauquin el tercero dia de Pascua. Hablaron luego al secretario del tutan, el cual se holgó mucho con su venida, aunque le preguntó cómo traia aquellos compañeros, pues el tutan no habia enviado á llamar más que á él solo. Respondióle el Padre, que como eran religiosos, no acostumbraban andar solos sino con grande necesidad, y así habia traido aquellos dos para que pudiesen salir juntos fuera de casa y el otro quedase en ella para lo que se ofreciese. Satisfízose el secretario de la razon que el Padre le dió, y el dia siguiente los llevó delante del tutan que estaba en el patio de su audiencia. Llegaron á hacerle su acatamiento, hincándose entrambos Padres de rodillas, mas él los mandó levantar luego y y que se cubriesen y acercasen á donde él estaba. Preguntó muy en particular al P. Rogerio cómo estaba de su salud, porque le parecia venia flaco; dijo tambien cómo holgaba de verlos y que era amigo de los portugueses y habia escrito al aitao y mandarines de Canton que los favoreciesen y tratasen bien. Los Padres le dieron las gracias por todo, y él los despidió con muestras de amor y buena voluntad.

Volvieron entrambos á visitar al secretario, que siempre les hacia buen oficio y amistad, y diéronle cuenta cómo estaban aposentados en el rio dentro de su navío, y por esta causa no podian decir Misa, y tambien tenian necesidad de estar en la ciudad para concertar el reloj que traian para el tutan, y que le pedian le suplicase de su parte les mandase dar alguna casa en que se pudiesen recoger. Hizo el secretario con buena voluntad lo que le pidieron los Padres, y el tutan mandó que les diesen luego una casa. Aderezaron en ella su capilla, y el primero dia del año de 1583 dijeron entrambos Misa en ella, y el mismo dia les envió el tutan un presente, que fué un cesto de harina y otro de arroz y un pedazo de puerco fresco y dos gallinas y dos ánades. Tambien les envió el secretario algunas cosas de regalo, y otro dia los llevó á comer á su casa.

CAPITULO XVIII

De los favores que cada dia hacia el tutan á los Padres y por su respeto otros mandarines.

Después que los Padres tuvieron casa en Jauquin concertaron el reloj, y por medio del secretario le presentaron al tutan. Holgó mucho de ver el ingenio y artificio de él, y quisiera pagárselo en piezas de seda ó en plata, mas no

quisieron aceptar cosa alguna, diciendo que aquel servicio le hacian solo en señal de amor y reconocimiento de las mercedes y favores que les habia hecho, y que solo le suplicaban les mandase dar una casilla que pudiesen tener de asiento en aquella ciudad para deprender bien las letras y costumbres de la China, y poder ellos tambien comunicarles las ciencias que sabian y habian estudiado en Europa. Dijo á esto el tutan que le diesen sobre esto una peticion el dia siguiente, que lo haria como deseaban.

Fueron al secretario con la peticion á la hora que él mismo les señaló, y la sustancia de ella era esta, que la profesion de los Padres era servir á Dios y aprender diversas ciencias, y que estando en su tierra habian oido decir que la gente de la China era muy buena y muy capaz de razon, y tenia muchas buenas costumbres y ceremonias, y ciencias, y libros llenos de avisos para bien vivir, por lo cual habian deseado aprender estas cosas y saber las grandezas de este reino y vivir entre tan buena gente, y por esta causa habian dejado su tierra y venido á la China, gastando tres años en el camino y pasando muchos peligros en el mar. Y porque en Macao no podia hacerse esto, tambien le pedian y suplicaban les diese licencia de vivir entre ellos dentro de la tierra. Cuando el tutan leyó esta peticion, parecióle que era grande honra de los chinas que dejasen aquellos hombres sus tierras y viniesen de tan léjos para vivir entre ellos, y así les concedió todo lo que le pedian. Ayudó tambien para ello ver que eran hombres que sabian letras, Filosofía y Matemáticas, de que ellos gustan, y que eran pacíficos y quietos y á nadie hacian mal, antes trataban á todos con mucha cortesía y comedimiento. Mandóles dar otra mejor casa que la primera en que vivian, y licencia para que viniese otro Padre y otro Hermano á estar en su compañía. Con esta ocasion vino de Macao el P. Mateo Ricio con un Hermano y se hallaron en Jauquin los tres PP. Miguel Rogerio, Francisco Pasio y Mateo Ricio, que se habian criado juntos en el colegio de Roma.

Pocos dias despues creciendo la buena voluntad y el favor del tutan para con los Padres, les dió otra segunda provision, para que fuesen tenidos por vecinos y moradores de la China, y mandó que esto se pregonase en toda la ciudad. Y para que se vea cómo el Señor tiene en su mano el corazon de los que gobiernan, con ser los vireyes de la China tenidos en tanta veneracion como los ídolos de otras partes, y ellos tan graves y tan severos que apénas se dejan ver ni hablar, este tutan y virey de la provincia de Canton, no sólo mostraba á los Padres el amor y aficion que se ha dicho, pero un domingo en la tarde vino él mismo en persona á visitarlos y á ver la casa que tenian, con que dejó admirados á todos. Traia un vestido de seda colorada y el borde de la ropa lleno de campanillas de oro y plata, y en la cabeza una muy rica corona de plata dorada. Venian en su compañía todos los mandarines que se hallaron en la ciudad, vestidos de la misma librea. Supieron los Padres el dia antes de esta venida, y por no errar en lo que debian hacer, preguntaron al secretario si saldrian á recibir al tutan y en qué modo. Él les avisó que se estuviesen recogidos en su casa, porque de esto gustaria más el virey. Hiciéronlo así, y el dia siguiente vino el tutan con todo su acompañamiento hasta un portal que estaba delante de la casa, donde se apeó y le hicieron todos los mandarines su reconocimiento como si fuera el mismo rey. Entró luego con todos ellos y visitó á los Padres, hablándoles con mucha afabilidad y amor, vió toda la casa y después entró á ver la capilla que tenian bien aderezada; y habiéndose entretenido en esto buen rato de la tarde, se volvió con el mismo acompañamiento y majestad que habia venido.

Con el favor que el tutan hacia á los Padres, comenzaron á honrarlos y estimarlos los demás mandarines de la ciudad. Al mismo tiempo llegó á Jauquin el chumpin general de todas las armadas; fuéronle á visitar los Padres, y él los recibió con mucho amor, y después les envió á su posada una buena cantidad de fruta. Pocos dias después convidó un mandarin principal en aquella tierra á otros dos mandarines, y al secretario del tutan en una huerta que estaba cerca de la casa de los Padres, y desde allí los envió á rogar quisiesen ser sus convidados. Fueron los Padres porque deseaban tener benévolos á los mandarines para comenzar á predicar en Jauquin, y con ser tan principales estos mandarines que la otra gente los hablaba de rodillas, recibieron á los Padres con mucha honra y cortesía, asentándoles á su mesa y dándoles sillas al modo de las suyas; y cuando se hubieron de despedir, en señal de amistad les dieron sendos abanos (1) dorados, mostrando que se holgaban mucho de que estuviesen en su tierra y que en todo lo que se les ofreciese les favorecerian. Otro mandarin tambien muy principal de la ciudad los envió á visitar con un hijo suyo pequeño; procuraron de regalarle lo mejor que pudieron, de lo cual su padre quedó tan reconocido, que les envió á dar las gracias de lo que habian hecho con su

(1) Abanicos. (N del E.)

hijo, diciendo que él sabia honrar y tratar muy bien á quien así honraba y trataba sus cosas, como lo mostró después por las obras.

Ocupábanse los Padres en este tiempo en deprender la lengua de los mandarines, que es la cortesana de aquella tierra, para poder tratar mejor con aquella gente, de la cual pende la conversion de todos los demás. Procuraban lo segundo edificar con el ejemplo de su vida, y honrar y acariciar á todos para tenerlos más gratos y benévolos. Tambien trabajó el P. Rogerio por hacer un catecismo en lengua de la China con un *Flos sanctorum*, pareciéndole que seria de mucha importancia para manifestarse la ley de Dios entre aquella gente y dilatarse más por todo el reino. Queriendo comenzar los Padres á predicar, porque la gente estaba ya bien dispuesta para oir su doctrina, se mudaron las cosas de manera que no pudieron poner en ejecucion su buen deseo, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIX

Cómo fueron echados los Padres de la ciudad de Jauquin, y después fueron restituidos.

Estaban los Padres en Jauquin con grandes esperanzas de hacer grande fruto en aquella ciudad por la buena disposicion que veian en la gente, cuando se le cumplió al tutan el tiempo de su oficio y gobierno y les fué á los Padres necesario volverse á Macao y dejar la casa y residencia de Jauquin. Porque el mismo tutan que los habia traido y favorecido tanto, cuando vió que acababa su oficio, les dijo que se volviesen para Macao, porque de esta manera quedarian más de asiento en aquella ciudad.

Acostumbran estos vireyes, cuando acaban sus oficios, escribir en el libro de sus anales todas las cosas señaladas que han acontecido en su tiempo, y el que entra de nuevo en el oficio lo primero que hace es leer lo que está en aquel libro. Sabiendo, pues, el virey que el sucesor hallando allí á los Padres, se habia de alterar y hacer inquisicion para saber cómo residian en Jauquin siendo extranjeros, y aunque no fuese más que por haberlos traido su antecesor los habia de echar fuera, usó de esta maña, que fué despedirlos él mismo, y escribir luego en el libro cómo habian venido á Jauquin de las partes del poniente unos hombres santos y muy sabios, añadiendo otras muchas alabanzas, y tales, que á quien las leyese habian de poner deseo de conocerlos y tratarlos. Ultimamente dijo que aunque él los habia sufrido allí algun tiempo, los habia despedido por no tener extranjeros en el reino contra sus leyes. Con esto se fueron los Padres para la isla de Macao con harto desconsuelo suyo.

Cuando el tutan nuevo vino y leyó cosas tan notables como su antecesor dejó escritas de los Padres, dióle grande deseo de verlos y conocerlos. Acrecentáronle este deseo algunos mandarines principales amigos del tutan pasado, los cuales confirmaron lo que estaba escrito, y añadieron otras muchas cosas en su favor como testigos de vista.

Estaban los Padres en Macao bien descuidados y aun bien desconsolados, cuando llegó al puerto un navío, en el cual venia un mandarin con algunos soldados de parte del nuevo virey con una provision, pidiendo á los Padres que se volviesen luego á la ciudad de Jauquin, porque aunque los hubiese despedido el tutan pasado y no los hubiese tratado como merecian, él los tendria y daria casa é iglesia y todo lo necesario.

Fué esta nueva para todos de grande consuelo y alegría, y sin detenerse más partieron luego para Jauquin el P. Miguel Rogerio y el P. Mateo Ricio. Llegados á la ciudad fueron muy bien recibidos del nuevo tutan, y mandóles dar luego casa y sitio para su iglesia y provision real para poder estar en la China y andar por toda ella como vecinos y moradores. Mandó tambien pregonar por toda la ciudad, que de allí adelante no tuviesen aquellos Padres por forasteros, sino por naturales de la tierra, y los tratasen como á tales. Parece que no podian desear virey más favorable que el que tenian, pero al mejor tiempo que comenzaba á favorecerlos, le llamaron de la corte de Pekin y ellos quedaron con el mismo temor, si los habia de echar fuera de la ciudad el que viniese de nuevo. Habia en la ciudad de Jauquin un mandarin muy principal que era conchifu ó justicia mayor, y muy aficionado á los Padres desde que acariciaron á un hijo suyo, como queda dicho en el capítulo XVIII.

Este mandarin trabajó mucho con el tutan que fué á Pekin, para que los tornase á traer de Macao. Y cuando vino el tercero tutan nuevo, puso todas sus fuerzas para que no tratase de echarlos de allí, y por su buena industria negoció que les confirmase las patentes que tenian de los vireyes pasados y las licencias para tener casa é iglesia. Era este mandarin de grande autoridad y estima entre los demás, y cuando los Padres estuvieron esta última vez en Jauquin, de conchifu le hicieron lancitao, que son dos grados más en dignidad, y con ellos venia á ser inmediato al virey y la segunda persona en la provincia, y parece le tomó nuestro Señor para amparo de los Padres, porque este lancitao les daba limos-

nas muy de ordinario y los acreditaba con los demás mandarines. Edificóles él mismo la casa é iglesia á su costa junto á la misma ciudad en la ribera de un hermoso rio cercado de mucha y muy fresca arboleda, con muchos estanques de agua que hacian el sitio más apacible y vistoso. Todo el edificio era de cal y ladrillo con sus aposentos en alto y bajo y la iglesia estaba en un cuarto bajo de la misma casa; encima de la puerta habia una torre ó galería que caia sobre el rio con muy agradable vista. Acabado el edificio mandó poner el lancitao dos padrones con sus letreros, el uno decia: «Aquí moran los varones santos que vinieron del poniente.» El otro: «Aquí se predica la ley verdadera del Dios del cielo.»

Como todos sabian que aquellos padrones los habia mandado poner allí el lancitao y que él se preciaba de que era suyo aquel edificio y mostraba tanto amor á los Padres, por darle gusto iban muchos á visitarlos y procuraban de honrarlos y favorecerlos, y el mismo lancitao trataba con los Padres tan familiarmente, que les advertia cómo se habian de haber con el virey y con los mandarines, lo cual era de grande importancia para ejercitar sus ministerios sin ofension y con fruto.

CAPÍTULO XX

Cómo se comenzó á predicar la ley de Dios en la ciudad de Jauquin.

Con el amparo que tenian los Padres en el tutan y los grandes favores que les hacia el lancitao, comenzó á acudir mucha gente á la casa. Entre los demás fué un grande letrado graduado en la ciudad de Pekin, que como era de buen entendimiento, gustaba en extremo de tratar con los Padres acerca de la ley de Dios, y por esta vía tomó estrecha amistad con el P. Rogerio y le ayudó á traducir en lengua más cortesana el catecismo que habia hecho, porque estando en mejor lenguaje y estilo, gustasen más de leerle los mandarines. Comenzó este letrado la version del catecismo, y con su buen entendimiento, ayudado del favor del cielo, fuése haciendo tan capaz de aquellas verdades, y era tanto el conocimiento que nuestro Señor le daba de ellas, que ponia admiracion ver las nuevas razones y conveniencias que hallaba en cada misterio, y sobre todo el gusto y sentimiento que tenia cuando le meditaba; al fin se vino á resolver en ser cristiano y á pedir con muchas lágrimas que le bautizasen.

Fueron los Padres dilatándoselo por algunas justas causas, y una de ellas era, porque siendo el primero que comenzaban á bautizar en aquel grande reino y en aquella corte de Jauquin, convenia que estuviese tan bien instruido en la fe, que tuviesen prendas de su perseverancia y de que sabria dar razon de la ley que habia recibido, que por ser persona conocida por sus letras, era cosa muy cierta que habian de acudir á él los mandarines en sabiendo que era cristiano. Lo segundo, deseaban los Padres ir con suavidad introduciendo la ley de Dios, porque siendo los mandarines de su condicion natural tan sospechosos, por ventura se alteraran si vieran hacer cristianos de repente en su tierra, como lo hicieron cuando se bautizó en Macao el otro mozo de Canton, y para esto les pareció imprimir primero el catecismo en lengua de la China, como lo habia traducido este letrado, y ver cómo lo recibian. Hízose la impresion y repartiéronse algunos libros entre los mandarines más principales. Imprimiéronse tambien aparte los mandamientos, y fué este un medio para que tomase aquella gente con suavidad alguna noticia de la ley de Dios. Decian después los mandarines que era cosa del cielo aquella ley, y sus mandamientos muy conformes á razon, y que no era posible haberla inventado hombres.

Entendiendo ya los Padres la buena disposicion que habia para oir los sermones, comenzaron á predicar en su iglesia; y porque este letrado tenia la lengua más expedita, como natural en ella, y estaba bien instruido en las cosas de la fe, acordaron que él mismo tambien hiciese algunas pláticas del catecismo, porque con la autoridad que tenia con todos por sus letras, atraeria más la gente á los sermones. Dieron cuenta al lancitao de todo para tomar su consejo, como lo hacian en otras cosas, y por obligarle más á que las tomase por suyas propias. A él le pareció muy bien, y dió licencia para que predicasen en su iglesia y oyesen sermon todos los que quisiesen.

Comenzó este letrado las pláticas, y como era tan hábil y docto en sus ciencias, acudia infinita gente á oirle; predicaba con tan grande fervor, que se encendia como una brasa y decia á grandes voces, ¡oh chinas ciegos que teneis la luz y verdad en vuestras casas y no la conoceis! Movíanse algunos con deseo de ser cristianos, y los Padres trabajaban por instruirlos bien para bautizarlos cuando fuese tiempo, porque hasta entónces á ninguno habian dado el santo bautismo.

Estaba encima de la casa una cruz grande, y cuando pasaban por junto á ella, los chinas la reverenciaban y decian: «De allí nos vino la salvacion y todo el bien.» Otros acudian á la iglesia y llevaban agua bendita, porque tienen ellos

una tradicion muy antigua, de que pasó por aquel reino un hombre que daba el agua santa, con la cual hacia muchos milagros, y decian que aquella agua y esta de los Padres toda era una. De esta manera poco á poco y sin ruido, se comenzó á dar noticia de la ley de Dios en aquella ciudad, y de allí se fué extendiendo á otras partes.

CAPÍTULO XXI

Cómo el P. Alonso Sanchez volvió segunda vez á Macao, y el peligro que tuvo para tornar á Luzon.

Habia escrito el P. Miguel Rogerio al gobernador y al Obispo de Luzon y al P. Alonso Sanchez la buena disposicion que habia en la China para llevar adelante aquella mision, pidiéndoles que desde las Filipinas suplicasen á su Majestad del rey D. Felipe II la favoreciese, pues se habia de servir de ella tanto nuestro Señor.

Sucedió que al mismo tiempo partió un navío de Luzon por el mes de Junio de 1583, en el cual iban despachos de mucha importancia para la Nueva España y grande parte de las haciendas de los españoles que vivian en Luzon. El piloto y maestro del navío con otras personas, determinaron alzarse con él, y en lugar de ir para la Nueva España, tomaron su viaje para la China y fueron á parar en Macao. Para el reparo de este daño y castigo de los que se habian alzado con el navío, despachó el gobernador de Luzon al factor del rey, que se decia Juan Bautista Romano, y por algunas causas pareció ser conveniente y necesario que fuese en su compañía el P. Alonso Sanchez por ser conocido de los portugueses de Macao, y que por su medio se acabaria mejor aquel negocio y trataria de camino con los Padres de Jauquin los medios que se podian tomar para llevar adelante lo de la China.

Partidos de Luzon llegaron á Macao con próspero viaje, y aunque al principio hubo alguna dificultad en lo del navío levantado, al fin el capitan de Macao entregó al factor los delincuentes y él castigó á los más culpados, y reparó las mercadurías lo mejor que pudo y despachó el navío para la Nueva España. Restaba de concluir lo que tocaba á verse el P. Alonso Sanchez con los Padres de Jauquin, porque el factor holgaba de detenerse en Macao todo el tiempo que fuese necesario para ello. El último remedio fué escribir al P. Rogerio para que tratase con el virey, cómo estaban en Macao unos castellanos que deseaban visitarle y tratar con él si podria el rey de España enviar un presente al de la China, porque deseaba saberlo con certidumbre. El tutan remitió este negocio al aitao de Canton, y éste lo remitió al mandarin, que era gobernador de la isla de Macao, para que se informase de lo que habia en aquel negocio.

Este mandarin después de muchas preguntas que hizo al P. Alonso Sanchez, respondió á Canton que tenia aquel negocio por sospechoso, porque los castellanos no habian venido sino á castigar la gente de un navío que se les habia alzado y el querer hablar al virey, más era buscar ocasion para entrar en la tierra, que cosa de importancia que hubiesen de tratar con él. Con esta respuesta se les negó la licencia para ir á Jauquin, mas como el P. Miguel Rogerio tenia necesidad de verse con el P. Alonso Sanchez y visitar al P. Francisco Cabral, Provincial de la India, que tambien habia llegado á Macao; pidió licencia al lancitao para ir allá con ocasion de cobrar ciertas limosnas que le habian de dar los portugueses y castellanos. Tambien se la pidió para que el P. Provincial viniese á Jauquin, diciendo cómo era su mayor y superior, que deseaba visitarlos y saber como vivian, porque en cumpliendo con la obligacion de su oficio se volveria luego. Díjole á esto el lancitao: «Mira, Padre, aunque tu dijiste al principio que venias para aprender la lengua y las costumbres de la China, y así lo he dicho yo á los mandarines, pero bien sé, que tu deseo no es sino de predicar la ley de Dios, y yo me huelgo de ello, y á mí no tienes que encubrírmelo, antes te doy licencia para que se bautice el letrado china que tienes en casa y todos los demás que quisieren, y para que venga el Padre que dices y divulgues tu doctrina por la China, porque yo la he visto y mostrado á otros, y nos contenta mucho y no contradice á nuestro gobierno.»

Con esta licencia partió el P. Rogerio para Macao y comunicó despacio los negocios con el P. Alonso Sanchez, y después se tornó para Jauquin en compañía del P. Francisco Cabral, y el P. Alonso Sanchez dió la vuelta para Luzon con el factor á 1.° de Octubre de 1584. Y á los 12 del mismo salieron de entre las islas, que hay muchas en aquella costa. Estando ya 12 leguas entrados en alta mar, comenzóles á dar un Norte, el cual fué creciendo de manera que les fué forzoso caminar hacia Malaca, con tanto peligro de la vida, que cada hora pensaban ser anegados. Aligeraron el navío, echando en el mar todo lo que llaman obras muertas, sin dejar aposento de capitan ni de soldado, y aun grande parte del matalotaje que llevaban. Llegaron de esta manera al golfo de Ainao, que son cien leguas de Macao muy peligroso y te-

mido de cuantos navegaban en aquel paraje, porque está el agua siempre hirviendo, y tan negra, que parece un infierno. Tiene por una parte la costa de la China con el peligro de dar al través en ella y á la otra los bajíos de la Cochinchina, que corren 200 leguas, y en medio está el golfo de Ainao, por el cual habia de pasar el navío como por una canal estrecha. Eran los vientos muy recios y furiosos y mucha el agua que caia del cielo, sin tener reparo para defenderse de ella, por haber ya deshecho todos los aposentos. Al P. Alonso Sanchez y á sus compañeros solamente les habia quedado un pedazo de estera con que se defendian del agua y de los vientos, y á ese modo pasaban los demás.

Llegaron con este trabajo á la isla que se dice Ainao, pero no se atrevieron á saltar en tierra porque los naturales de ella son tan desapiadados y tan bárbaros, que pocos dias antes habian tenido en dura prision y cárcel á unos religiosos que con otra tempestad semejante habian tomado puerto en ella. Al fin se determinaron pasar á la Cochinchina, que está 100 leguas más adelante hacia la India. Llegados á esta isla, por no saber el puerto, se recogieron á una ensenada, donde estuvieron más de 20 dias, sin que los vientos ni las aguas continuas les diesen lugar á poder salir de allí, ni en todo este tiempo pudieron acabar con la gente de la isla con dádivas ni ruegos, que les diesen un poco de arroz ó algunas tablas para reparar el navío y hacer alguna defensa contra el agua y vientos. Tienen estos cochinchinas fama de muy crueles y grandes ladrones, y así estuvieron esperando en celada y aguardando si saltaban en tierra los de la nao para dar en ellos. La pura necesidad obligó á que saliesen algunos para buscar de comer, pero luego fueron acometidos de aquellos bárbaros y los llevaron presos, quitándoles el batel en que habian ido á tierra. Acudieron por otra parte mucha cantidad de embarcaciones para coger el navío, el cual escapó de sus manos con harto trabajo, saliendo al mar de la ensenada donde estaba.

Grande era el desconsuelo que tenian los del navío, viendo el peligro que corrian, tornando á engolfarse en el mar, y el de sus 24 compañeros que dejaban en aquella tierra; y lo que más lastimó y atravesó sus corazones fué, que algunos de ellos habiéndose escapado de los cochinchinas, venian á la costa huyendo, y dando voces á los del navío, para que los recogiesen, y no los dejasen desamparados entre aquellos bárbaros, pues Dios los habia librado de sus manos; pero ni habia batel en que ir por ellos, ni el navío podia llegar á tierra para recibirlos, ni la fuerza de los vientos y tempestad, que era muy recia, daban lugar á poderse detener más allí; y así los hubieron de dejar y partirse, llevando su corazon partido de dolor y de compasion.

De esta manera caminaron otros 15 ó 20 dias con el mismo peligro; porque se hallaron entre tantos bajíos, que no les quedaba esperanza humana de poder salir de ellos. Encomendábanse todos muy de corazon á nuestro Señor, haciendo muchos votos y promesas, y él por su misericordia fué servido que levantándose otra tempestad, ella misma los arrojó fuera de los bajíos, y sin saber dónde estaban ni por dónde caminaban, á cabo de tres dias se hallaron 200 leguas de Malaca; y así enderezaron para allá su camino, porque no era posible tomarle por otra parte.

Usó nuestro Señor con ellos de otra particular misericordia, que fué darles en aquella ocasion una muy buena guía, que los sacó sin peligro de algunos pasos muy trabajosos que hay en el estrecho de Sincapura, y así pudieron llegar á Malaca, donde los recibieron y regalaron los Padres de la Compañía que residian en aquella casa. Detuviéronse en la ciudad tres ó cuatro meses, reparando su navío, esperando buen tiempo. Salieron de Malaca, y tomaron su camino para las Filipinas con próspero viaje, sin que en todo él les sucediese trabajo ni desgracia, solamente les afligia la memoria de sus compañeros que habian dejado en la Cochinchina. Mas el Señor, que después de las tempestades suele volver el cielo sereno, y después de las lágrimas da el consuelo, quiso dársele cumplido á los que habian padecido tanto en aquella navegacion. Estaban ya 10 leguas en la ciudad de Manila, cuando descubrieron una fragata que al principio comenzó á recatarse de ellos, mas como se fueron acercando los unos á los otros, reconocieron los del navío que eran españoles los que venian en la fragata, y poco después se certificaron que eran los compañeros que habian dejado en la Cochinchina; de los cuales solo faltaba uno que habia muerto en aquella isla, los demás se habian escapado y llegado con harto trabajo y peligro en aquella fragata, á tiempo que entraron todos juntos en Manila, como habian salido para ir á Macao, alegrando toda la ciudad con su buena venida.

CAPÍTULO XXII

Cómo se bautizaron algunos gentiles en Jauquin con la ida del P. Provincial.

Partidos de Macao el P. Provincial Francisco Cabral y el P. Miguel Rogerio llegaron á Jauquin. Como se supo en la ciudad que aquel Pa-

dre era Superior de los que allí residian, vinieron á visitarle muchos mandarines y letrados, haciendo con él grandes cumplimientos y cortesías; mas por haber dado licencia para esta venida el lancitao, pareció que convenia irle á visitar el mismo P. Provincial. Hízolo así llevando en su compañía al P. Miguel Rogerio. Halláronle en su audiencia con la autoridad que suelen tener mandarines tan principales.

En llegando los Padres, para mostrar el amor que les tenia, se bajó de su tribunal, y los hizo llegar junto á sí, que es favor bien extraordinario en mandarines, y más estando haciendo su oficio en la audiencia. Detúvose con ellos muy grande rato, preguntándoles varias y diversas cosas, y después los despidió con mucha afabilidad y con mas cortesía que á ninguna persona solia hacer. Vuelto á su casa el lancitao, envió á visitar al Padre con un buen presente, por medio de un capitan, que era persona principal, dándole el parabien de su venida.

Acabadas las visitas que parecieron más necesarias, determinaron de dar el santo Bautismo al letrado china que habia esperado algunos meses, perseverando siempre con fervor en sus buenos deseos, y por ser el primero procuraron que fuese con solemnidad, aderezando la iglesia lo mejor que pudieron. Bautizóse este letrado á los 18 de Diciembre de 1584, dia de la Expectacion de nuestra Señora, y pusiéronle por nombre Paulo. Tambien se bautizó el mismo dia otro hombre honrado de la ciudad que habia hospedado á los Padres en su casa la primera vez que vinieron á Jauquin. Concurrieron tantos gentiles á ver las ceremonias del santo Bautismo, que no cabian dentro de la iglesia, quedando muy edificados y con el mismo deseo de ser bautizados, pero dilatóseles por entónces hasta que estuviesen bien instruidos en la fe y lo deseasen y estimasen más. Tuvieron tambien atencion en esto los Padres á ver como tomaban los mandarines el bautismo de estos dos chinas, porque no se alborotasen, viendo que se hacian muchos cristianos juntos. Pero fué nuestro Señor servido que á nadie pareció mal lo que se habia hecho, antes los mismos mandarines daban el parabien á los Padres de que hombre tan letrado hubiese recibido su doctrina. Y lo mismo hicieron los vecinos de toda la calle al otro cristiano que se bautizó con Paulo, alegrándose de su bien y mostrando deseo de imitarle.

Paulo el letrado se partió luego á su tierra con deseo de hacer cristianos á su mujer é hijos, y enseñar á todos la ley de Dios, y para esto llevó algunos libros del catecismo.

Es costumbre universal en el reino de la China venir todos los mandarines de la provincia á visitar al tutan por lo ménos de dos en dos meses, y esto mismo hacen los que acaban sus oficios y los que de nuevo vienen proveidos de la corte, y de ordinario iban todos á ver la casa é iglesia como cosa tan nueva en la China, y con esta ocasion en muchas provincias se tenia ya noticia de los Padres y de su doctrina, porque ellos procuraban de honrar y acariciar á todos y que llevasen algun libro del catecismo impreso en su lengua, lo cual era un medio muy suave para que se divulgase y extendiese la noticia de la ley de Dios y de sus mandamientos en aquel grande reino, y se fuese cobrando estima de ella como la iban teniendo los mandarines, pareciéndoles que aquellos mandamientos eran muy conformes á razon y no contradecian á su gobierno. Y si nuestro Señor les hiciese esta merced de que ellos recibiesen el Evangelio, no habria dificultad en toda la otra gente, por el grande respeto y obediencia que les tienen. Acabada su visita se tornó para Macao el P. Provincial Francisco Cabral, dejando en Jauquin al P. Miguel Rogerio con sus compañeros.

CAPÍTULO XXIII

Cómo vinieron á Jauquin otros dos Padres y el P. Rogerio, con otro compañero fué á la ciudad de Chiquion.

Deseaban los Padres que estaban en Jauquin tener alguna buena ocasion para entrar en algunas otras provincias de la China, y tomar noticia de la disposicion que en ellas habia para predicar el santo Evangelio, y darse más á conocer en aquel grande reino. Representaron al lancitao este deseo que tenian con algunas buenas razones, y él les ofreció como siempre de ayudarles para que pudiesen ir á la provincia de Chiquion, de donde él era natural y tenia su padre. Confina esta provincia de Chiquion con la de Nankin, que es una de las dos cortes reales que hay en la China. Diéronle los Padres las gracias por este nuevo favor y merced que les hacia, y aprovechándose de la buena ocasion, le pidieron licencia para que viniesen de Macao otros dos Padres compañeros suyos, porque pudiesen quedar dos en Jauquin, y el otro ir con el P. Rogerio á Chiquion. Concedióselo tambien el lancitao, pero con condicion que no viniesen por entónces más que solos dos, porque no se hiciese mucho ruido.

Habida esta licencia, dió luego aviso á Macao el P. Rogerio, y vinieron de allá el P. Duarte de

Sande y el P. Antonio de Almeida. Sucedió en este mismo tiempo que un hermano del lancitao, que residia en Canton, hubo de ir á visitar á su padre á la provincia de Chiquion, que serán más de 200 leguas por la tierra adentro. Escribió el lancitao á su hermano que llevase aquellos Padres en su compañía y los hiciese todo buen tratamiento por el camino y en su tierra. Con este buen despacho partió para Canton el P. Rogerio, llevando consigo al P. Almeida, y los dos Padres Duarte de Sande y Mateo Ricio quedaron en Jauquin, conservando algunos pocos cristianos que ya se habian bautizado, y enseñando á otros que se aparejaban para lo mismo.

Embarcóse el P. Rogerio con su hermano del lancitao, á 20 de Noviembre de 1585, y navegaron por aquel grande rio de Canton hasta 7 de Diciembre, descubriendo desde la embarcacion muchas ciudades y villas y hermosos bosques llenos de venados; corre este hermoso rio entre unas muy altas sierras hasta llegar á la ciudad de Moilin, donde él se acaba. Hay en la entrada de esta ciudad un puente con dos cadenas de hierro que no se abren sin particular licencia del mandarin que tiene el gobierno de ella; mas sabiendo que venia allí el hermano del lancitao, abrieron luego para que entrase su navío.

Desde Moilin caminaron por tierra á otra ciudad que está de allí á ocho leguas. Echábase bien de ver en este camino la policía que tienen los chinas en su gobierno, porque con haberse de pasar unas muy altas sierras, estaba todo el camino empedrado y tan llano como si fuera por una vega, y era tan frecuentado que no parecia sino que iban ó venian de alguna feria, porque entre aquellas dos ciudades hay grande comercio. Y la correspondencia de entrambas era de manera que entregando su hato al huésped en la ciudad de Moilin, cuando llegaron á la otra lo hallaron en la casa donde habian de pasar. Este mismo huésped los proveyó de caballos para los criados y de sillas para el hermano del lancitao y los Padres. Son estas sillas muy livianas, que yendo sentado en ellas el que camina, las llevan dos hombres corriendo, aunque se van mudando á trechos como postas, y es tan barato este modo de caminar en la China, como lo será en Europa alquilando una cabalgadura.

Detuviéronse dos dias en esta ciudad, y al tercero se embarcaron en otro grande rio, por el cual caminaron otros 15, dejando á un lado y á otro de su ribera grandes y muy frescos lugares y algunas ciudades como la de Canton. A los 15 dias llegaron á otra muy mayor donde residia el tutan de aquella provincia, la cual fuera de ser muy grande y muy poblada de gente, estaba toda cercada de anchos y fuertes muros, y por medio de ella pasaba aquel caudaloso rio, en el cual habia un puente sobre buen número de barcas. Abriéronla luego sin pedir derechos por respeto de aquel caballero en cuya compañía iban los Padres. A media legua de este puente se tornaron á embarcar en otro rio, y por él caminaron seis dias, en los cuales vieron siete ú ocho ciudades muy hermosas y grandes árboles y frescuras y algunos montes de leña. Víspera de Navidad echaron áncoras junto á la grande ciudad de Chiansi, cabeza de aquella provincia, y el dia siguiente pasaron á vista de ella y les pareció á los Padres que era mayor que Lisboa. Habiendo caminado jornada de un dia, vinieron á dar en una junta de rios, donde se divide el camino que va á la provincia de Nankin, del que se toma para la de Chiquion.

Prosiguiendo los Padres su viaje, llegaron á otra ciudad donde se hacen las porcelanas y se provee la India y toda Europa de ellas, echaron de ver que el temple de esta tierra era muy diferente del que hasta allí habian traido, porque el frio crecia cada dia más, y una mañana vieron cubierta de nieve toda la tierra por donde pasaban. Caminaron otros dos dias, y al cabo de ellos llegaron á otra ciudad que tenia otra puente fundada sobre 40 ó 50 barcas muy pintadas de diversos colores.

A los 5 de Enero llegaron á la ciudad de Goulin, donde se acababa aquel rio. Convidó á los Padres en esta ciudad un hombre principal que tenia en su casa muchos ídolos y altares, y á esta causa acudian á ella muchos bonzos á hacer sus idolatrías y sacrificios. Disputaron los Padres con estos sacerdotes en tres dias que se detuvieron en aquella ciudad, y fácilmente los convencian de sus errores, y porque mostraron deseo de saber algo de la ley de Dios, les dejaron un libro del catecismo en que leyesen, porque no se podian detener entónces á predicarles. Al fin después de tanto camino, á los 23 de Enero de 86 llegaron á la ciudad de Chiquion, de la cual toma el nombre toda la provincia y era el fin de su viaje.

CAPÍTULO XXIV

Cómo los Padres volvieron de Chiquion á Jauquin y el P. Rogerio partió de la China para Europa.

Llegaron los Padres, como dicho es, á la ciudad de Chiquion, que es un retrato de Venecia, porque la mayor parte de ella se anda con barcos. Recibiólos su Padre del lancitao con mu-

cho amor y aposentólos en una casa muy principal, la cual tenia una puerta á la calle y otra al rio, y dentro muchos y muy frescos jardines. Como supieron en la ciudad el favor que el lancitao hacia á los Padres en Jauquin y la amistad que tenia con ellos, vinieron á visitarlos casi toda la gente principal de Chiquion, así mandarines como otros letrados, mostrando todos mucho contento con su venida, y algunos de los más graves mandarines los convidaron á comer. Entre los demás fué uno que decian ser tan principal como el lancitao de Jauquin, y por habérsele muerto su madre, convidó á los Padres para que se hallasen en sus exequias. Dijéronle que sus oraciones ninguna cosa podian aprovechar á quien no servia á Dios del cielo, y con esta ocasion hizo el P. Rogerio una plática á este mandarin y á los demás que se hallaron presentes, declarándoles la ventaja que hacia la ley de Dios á todas las demás, mostrando todos mucho gusto de oirle. Hízoles este mandarin mucha honra en el convite, haciéndolos sentar con mucha instancia en el primero lugar de su mesa, y acompañándolos después hasta la puerta, que para semejantes mandarines es cosa muy nueva y extraordinaria.

Esta misma buena voluntad y acogimiento hallaron los Padres en los bonzos de aquella ciudad, y muchos de los que vivian cerca de su posada venian á oir con gusto cosas de la ley de Dios y gastaban en esto grande parte de la noche y estaban muchos movidos para recibir el santo Bautismo. Mas como el intento de los Padres por entónces no era hacer asiento en aquella ciudad, sino ir mirando la disposicion que podia haber para llegar á Pekin, que es la ciudad donde reside el rey de la China, como entendieron que estaba cerrada la puerta para hablarle, porque no da audiencia sino solo á embajadores de reinos principales, habiéndose informado bien de algunas cosas que deseaban saber de aquella tierra, dieron la vuelta para la ciudad de Jauquin, donde tenian su residencia. Hallaron ya bautizados cuando llegaron 40 cristianos, que por ser en la China los estimaban más que en otras partes estimaran 20.000, por la esperanza que nuestro Señor les daba que con estos pocos se habia de ir aumentando cada dia aquella iglesia recien plantada.

Por ser esta empresa de la China de tanto servicio y gloria de la divina Majestad, pareció al P. Visitador y al P. Provincial de la India que seria de mucha importancia dar cuenta de ella á Su Santidad y á la majestad del rey D. Felipe II, y de la disposicion que habia en este grande reino para manifestarse en él la ley de Dios, con intento de que se tomasen algunos medios para que este buen principio que nuestro Señor iba dando, se pudiese llevar adelante sin que el parecer y gusto de los tutanes y vireyes fuese bastante para desbaratarlo. Porque como ellos se mudaban cada tres años, no haciéndose esto, corria mucho peligro que el trabajo de muchos años y el fruto de él se perdiese y deshiciese en poco tiempo.

Para dar cuenta de esto les pareció que ninguno seria tan á propósito como el mismo P. Miguel Rogerio, que tenia tan sabidas las cosas de aquella tierra y tan conocida la condicion y disposicion de la gente, por los muchos años que habia vivido entre los chinas. Ayudaba tambien para hacer este viaje ir el P. Alonso Sanchez al mismo tiempo desde las Filipinas á España, y hallándose juntos los dos Padres, podrian dar más entera noticia á su Majestad y á los de su real consejo de este particular de la China, y después en Roma á Su Santidad.

Hubo grande dificultad en la salida del P. Miguel Rogerio, por el amor que le habian cobrado y respeto que le tenian los mandarines de la tierra. Mas él dió á todos tan buenas razones que los dejó satisfechos y holgaron de darle licencia; los Padres que por entónces quedaban en Jauquin fueron el P. Mateo Ricio y el P. Antonio de Almeida, porque el P. Duarte de Sande tuvo necesidad de volver á Macao.

Partió de la China el P. Miguel Rogerio el año de 1588 y llegó á España un año después que el P. Alonso Sanchez, por no haber tenido tan buen viaje. Entrambos informaron á su Majestad de las cosas de aquel reino, y lo mismo hicieron en Roma á Su Santidad. Tiénese mucha esperanza de que nuestro Señor dispondrá los negocios de manera que resulte algun buen efecto para la conversion de aquellas almas y para llevar adelante los principios que nuestro Señor ha dado en aquel reino.

CAPÍTULO XXV

De la persecucion que se levantó contra los Padres que quedaron en la ciudad de Jauquin.

Estuvieron los Padres en Jauquin después de partido el P. Miguel Rogerio algun tiempo con quietud y sosiego, y bautizaron otros 40 cristianos que pasaban ya de 80 los que habia en Jauquin. Pesábale mucho al demonio de la puerta que se abria en aquel reino para la conversion de las almas que él habia poseido tantos años, y para estorbar el fruto que se iba haciendo, usando de sus mañas acostumbradas, levantó

una grande persecucion contra los Padres que habian quedado en Jauquin, tomando por instrumentos de ella algunos mandarines de la ciudad de Canton y hombres ancianos de ella, los cuales viniendo allí el visitador de toda la provincia, por vía de buen gobierno le dieron una peticion del tenor siguiente:

«Los viejos de la ciudad de Canton hacemos saber á vuestra señoría, cómo nosotros conforme á las leyes del reino tenemos licencia para representar lo que fuere en provecho ó daño universal de la provincia. Por tanto sabrá vuestra señoría, que en la ciudad de Jauquin han residido algunos sacerdotes extranjeros que vinieron de Macao, de los cuales puede resultar mucho daño á nuestro reino y perturbacion á toda nuestra gente, por lo cual es necesario atajar este mal antes que pase adelante. Demás de esto, en Macao ha habido grande número de extranjeros de diversos reinos, introducidos contra nuestra voluntad. Antiguamente no los dejabamos saltar en tierra, sino que estando en sus navíos, negociaban y se volvian á sus reinos; mas ahora han edificado casas muy fuertes y altas y en ellas habitan como hormigas y abejas con grande miedo y temor de todos nosotros.

»Tambien han dado sus sacerdotes y Padres en una nueva invencion de pedir limosna para la fábrica y edificio de una torre, y así entraron en Jauquin para abrir camino á los demás, y es mucho de temer que son venidos á espiar nuestra tierra, y que fácilmente se juntarán con los hombres revoltosos y desasosegados de nuestra gente, y se seguirá algun grande mal al reino de la China. Esto es lo que nos significan nuestros libros, diciendo «sembrastes espinas en el buen campo, llamastes las víboras y serpientes para vivir entre vosotros.» El estar los portugueses en Macao, es como enfermedad en los piés ó en las manos, y así no hay mucho trabajo en buscar el remedio despacio, mas este de Jauquin es mal en el corazon, por lo cual es necesario acudirle muy de priesa y echar fuera de la ciudad semejantes hombres. Esto pedimos á vuestra señoría en nombre de toda la provincia de Canton, la cual le quedará muy obligada por este beneficio.»

Recibida esta peticion, mandó el visitador que el aitao de Canton y el conchifu hiciesen la informacion de aquel negocio y la enviasen al lancitao y conchifu de la ciudad de Jauquin, para que respondiesen lo que allá les pareciese. Los mandarines de Jauquin, como tenian buena voluntad á los Padres, avisáronles de la informacion que se hacia contra ellos en Canton. Con este aviso hicieron tambien los Padres su peticion al modo de la China para el visitador, alegando sus trabajos como extranjeros y el poco remedio que tenian, echándolos de su casa. Junta esta peticion con el proceso, dieron su respuesta el lancitao y conchifu de Jauquin en favor de los Padres con estas palabras:

Llegada la chapa de Canton, mandamos hacer inquisicion sobre lo que en ella se contenia, y hallamos que en el tiempo que los letrados y pueblo de esta ciudad hacian una torre, los Padres extranjeros pidieron al tutan, que entónces era, los diese lugar en que se recogiesen, y él les dió un pedazo de la tierra que estaba junto á la dicha torre, para que edificasen allí su iglesia y casa y morasen en ella sirviendo á su Dios, y como este beneficio se hizo á extranjeros, los cuales en todo el tiempo que han vivido en esta casa, ni han cometido alguna culpa ni intentado alguna traicion ni traido aquí hombres ruines, juzgamos que se les debe permitir el quedar aquí, sujetándonos al mejor juicio del chayen, (que es el visitador). Con este despacho no se determinó por entónces el chayen en lo que debia hacer, dilatándolo para cuando él llegase á Jauquin.

Cuando vino á Jauquin el despacho de Canton contra los Padres, era muerto el tutan que suele residir en aquella ciudad, y así respondieron tan en favor de los Padres el lancitao y conchifu. Pero como proveyeron otro virey en lugar del pasado, acudieron luego á él los de Canton, porque el visitador remitió aquel negocio al mismo tutan. Halláronle en la ciudad de Jaucheo, y antes de llegar á Jauquin le informaron á su gusto, con lo cual el tutan despachó una provision al lancitao, en que decia cómo estaba informado de que habia en aquella ciudad unos sacerdotes extranjeros venidos de Macao, los cuales tenian hecha una iglesia junto al grande rio, y en él tenian una barca en que iban á diversas partes y daban aviso á los de Macao de lo que pasaba en la China, y que estos sacerdotes eran gente de mucho ingenio y doctrina, y declaraban todas las sectas para alcanzar crédito y autoridad con la gente del pueblo, y tenian grande industria para atraer á todos al culto y adoracion de su Dios, y que para este mismo efecto tenian puesto en público un artificio que él por sí mismo daba las horas y usaban de otras invenciones para dilatar su ley. Por tanto, que inquiriesen todas estas cosas y las examinasen muy bien, y hallando que tenian los Padres alguna culpa, los enviasen á Macao ó á lo ménos los echasen fuera de Jauquin.

Halláronse muy atajados con esta provision el lancitao y los que favorecian á los Padres, y

aunque fueron dilatando el negocio con ocasion de hacer la informacion, dentro de pocos dias llegó á la ciudad el mismo tutan y los puso en mayor cuidado. Pero ofreciósele luego al tutan necesidad de pasar á Canton á dar órden en cierta armada que se habia de aparejar contra unos corsarios, y con esto pudieron respirar un poco hasta su vuelta.

CAPITULO XXVI

Cómo los Padres fueron echados de Jauquin y se recogieron á la ciudad de Jauqueo.

Aunque el lancitao y el conchifu y otros mandarines de Jauquin deseaban ayudar á los Padres, nunca hallaron entrada para ello en el tutan, porque vino tan mal informado de Canton, por algunos disgustos que tenian los de aquella ciudad con los portugueses de Macao, que no quiso oir las razones que daba el lancitao en la defensa de los Padres, antes le mandó que él mismo y los demás mandarines firmasen la provision que daba para que saliesen de Jauquin. Hubieron de firmarla todos como se les mandaba, y solamente faltaba la firma del tutan para ejecutarse. Estando los Padres en esta afliccion, sucedió una cosa que les dió alguna esperanza de su remedio. Vino en esta ocasion á Jauquin el visitador de toda la provincia, y despues de haber estado 10 ó 12 dias en la ciudad, queriéndose volver á Canton le salió á acompañar el tutan con todos los mandarines principales por el rio abajo con grande número de embarcaciones y música de diversos instrumentos á su modo. Estaban los Padres bien descuidados, cuando llegaron á la puerta de su casa muchos criados y mandarines diciendo que abriesen, porque el virey y el visitador venian á ser sus huéspedes aquella tarde. Salieron los Padres á recibirlos, haciendo su acostumbrada reverencia y acatamiento, puestos de rodillas y tocando tres veces con la cabeza en tierra: mostráronles entrambos mucha afabilidad, y vieron muy despacio la casa, los aposentos y el reloj, y lo último la iglesia, admirándose de ver la imágen de nuestra Señora que estaba en el altar, porque era muy escogida pieza. Habiéndolo visto todo, se volvieron á sus embarcaciones, y allí se despidió el tutan del chayen.

Pareció á los Padres y aun á todos los de la ciudad, que esta venida del virey y chayen habia sido un extraordinario favor, y así les daban el parabien, teniendo por acabado su trabajo. Pero como esto no habia sido más que una curiosidad que les dió á entrambos de ver las cosas particulares que les decian de aquellos Padres, dentro de pocos dias firmó el tutan la provision, y mandó que se ejecutase y saliesen luego los Padres de Jauquin, por ser extranjeros y de religion diferente que sus bonzos, y que atento los gastos que podian haber hecho en acomodar algunas cosas para su habitacion, se les diesen 100 ducados.

Viendo los Padres que ni habian aprovechado sus peticiones, ni el favor de los mandarines tan principales que intercedieron por ellos para que no se resolviese el tutan en que saliesen de la ciudad, excusáronse de recibir el dinero que les mandaba dar á cuenta de la casa, porque les quedase algun título y ocasion para tornarla á pedir y tratar de su restitucion delante de otro virey. Mostró mucho sentimiento de esto el tutan, y mandólos llamar, y díjoles que en esto conocerian su buena voluntad, pues no los queria enviar fuera de Jauquin sin darles viático para su camino, y que no dejasen de aceptarlo porque en ello le darian gusto. A esto le dijo el P. Mateo Ricio que pues su señoría tenia compasion de ellos, por haber de ir á tierras tan remotas, siendo como eran extranjeros, les hiciese merced en darles algun rincon en la China donde estuviesen. Respondióles el tutan que él era contento de señalarles otra ciudad en aquella provincia donde viviesen, con que no fuese Canton ni Jauquin, porque la una era la metrópoli de toda la provincia, y la otra donde él tenia su corte, y era el concurso de todos los mandarines. Viendo esto los Padres no quisieron disgustarle, y así aceptaron el dinero, con que mostró quedar contento, porque entrando á visitarle en esta ocasion un mandarin principal de la ciudad de Jaucheo le dijo que llevase aquellos Padres en su compañía, y los aposentase muy bien en aquella ciudad. Hizo esto el tutan, porque en Jaucheo hay muchos bonzos y sacerdotes, y parecióle que con su comunicacion y trato fácilmente se acomodarian los Padres con ellos, y serian todos de una misma secta y por lo ménos estarian apartados del concurso y frecuencia de los mandarines.

Despidiéronse los Padres de los cristianos que se habian bautizado en Jauquin, dándoles órden de lo que habian de hacer para conservarse en la fe y religion. Mostraron todos bien en esta partida cuán impresa estaba en su corazon la doctrina que les habian enseñado, porque toda la noche gastaron en informarse de lo que debian hacer, derramando muchas lágrimas por su partida. Procuraron los Padres de consolarlos, con la esperanza de que nuestro Señor mudaria las cosas de manera que pudiesen volver

á Jauquin, y con esto otro dia de mañana partieron para la ciudad de Jaucheo en compañía del mandarin que iba allá. Es la ciudad de Jaucheo de la Provincia de Canton, 40 leguas más hácia el Norte.

CAPÍTULO XXVII

Cómo los Padres llegaron á la ciudad de Jaucheo, y lo que les sucedió.

Antes de llegar á la ciudad de Jaucheo envió un recaudo el mandarin (en cuya compañía iban los Padres) á los bonzos, avisándoles que estuviesen aparejados para recibir en su casa aquellos Padres que el tutan les enviaba. Este recaudo del mandarin fué ocasion de que se dijese públicamente en la ciudad, que los Padres iban para gobernar los bonzos, y ellos lo creyeron; y así vinieron todos hasta la ribera del rio á recibirlos cuando desembarcaron, y desde allí los llevaron á su monasterio con mucha honra y señales de contento. Habia en este templo mas de 400 ídolos dorados y otras tantas lámparas que ardian delante de ellos.

Desde allí fueron los Padres á la ciudad; preguntóles el mandarin si les habia contentado aquel monasterio para vivir en él, porque no siendo á su gusto les buscaria otra comodidad mejor. Respondiéronle (despues de haberle dado las gracias por el favor que les hacia) que no convenia vivir ellos entre los bonzos, siendo las leyes tan diferentes, y que le pedian les mandase dar cerca de la ciudad donde pudiesen tener habitacion y casa distinta, para ocuparse en lo que era propio de su oficio. Holgó el mandarin de saber su voluntad, y luego les señaló una varela, que era como ermita, en la cual habia algunos aposentos. Contentó este sitió á los Padres por estar cerca de la ciudad, y acomodado para tener casa y capilla en que pudiesen decir Misa. Con el favor de este mandarin comenzaron á visitar á los Padres otros muchos de la ciudad y mostrarles su amor, porque la gente de Jaucheo era aún más dócil y tratable que la de Jauquin, y así esperaban de hacer mucho fruto en ella.

Pero el demonio no contento de haber echado á los Padres de Jauquin por medio de sus ministros, procuró de echarlos tambien de Jaucheo, y desacreditarlos de manera que su doctrina no fuese bien recibida, despertando contra ellos otra persecucion, y la ocasion fué esta. Habian los Padres acomodado su casa y capilla en el sitio que les habian dado, de manera que podian pasar y comenzar á ejercitar sus ministerios. Fué esto ocasion de que pensasen algunos que tenian mucho dinero ó grande tesoro, y así entraron una noche en la casa 12 ladrones naturales de la tierra, y no hallando lo que pensaban, por no ir las manos vacías llevaron la mayor parte de la pobreza que los Padres tenian, así en la casa como en la iglesia. Supieron esto los gobernadores de la ciudad, que eran cuatro, y aunque los Padres ni se quejaron ni les hablaron palabra, ellos de su oficio, y por haberlos enviado allí el virey, hicieron sus diligencias; y al fin prendieron á los 12 ladrones y los pusieron á buen recaudo.

Poco después llegó á esta ciudad el visitador general que viene cada año á visitar la provincia, á quien llaman chayen, y á quien sólo pertenece dar sentencia de muerte, que era la que merecian estos ladrones, los cuales sabiendo que en llegando el chayen habian de ser sentenciados, temiéndose que estando allí los Padres, que era la parte agraviada, no podian excusar la muerte, determinaron de dar una peticion contra ellos, diciendo que eran extranjeros y tenian comunicacion con gente fuera del reino, y así convenia desterrarlos de él. De esta peticion dió aviso á los Padres uno de los cuatro gobernadores que era su amigo, la cual les dió mucha pena, porque como el chayen era supremo juez en aquella provincia, si él les mandaba salir fuera no les quedaba remedio humano; mas nuestro Señor los sacó presto de esta afliccion, porque habiendo de pasar la peticion por mano de los cuatro gobernadores antes de presentarla al chayen, puesto que el uno de ellos hacia las partes de los presos y era contrario á los Padres, como los tres fueron de parecer que la peticion no se presentase, no pudo salir con su intento.

Llegado el dia en que el visitador habia de dar sentencia contra los ladrones, estando ellos presentes mandó llamar al P. Mateo Ricio, para ver si queria acusar aquellos hombres; mas él no sólo no acusó á los delincuentes, sino que procuró librarlos por todas las vías que pudo, de lo cual admirado el chayen, mostró grande contento y alegría por no verse obligado á condenar á muerte á tantos hombres, porque no acusándolos el Padre, aunque los hizo azotar muy bien no los condenó conforme al rigor de la ley. Vinieron luego los mismos ladrones y sus parientes y amigos á dar las gracias á los Padres, diciendo que por su virtud era muy justo que los dejasen vivir en la China y en donde ellos más gustasen, pues eran tales sus obras. Con esto pensaron que su trabajo era acabado, pero como el autor de todas estas turbaciones era el demonio que deseaba verlos fuera de la China, tornó á inquietar de nuevo á los ladrones y á sus pa-

rientes para que olvidados del beneficio pasado y lastimados de los azotes y afrenta recibida, diesen segunda vez la peticion contra los Padres al chayen, el cual viendo su ingratitud y descomedimiento, los despidió sin quererlos oir.

Pasados algunos meses sucedió que el principal de los cuatro gobernadores y que más favorecia á los Padres, hubo de ir á visitar al rey de la China conforme á su costumbre, y por su ausencia sucedió en la dignidad y preeminencia de este el segundo gobernador que siempre habia ayudado á los ladrones y desfavorecido á los Padres. Con esta buena ocasion acudieron á él estos hombres con sus amigos y parientes, dándole de nuevo peticion para que los echase luego de la ciudad. Hiciéralo de hecho, segun su voluntad y deseo, si nuestro Señor á cuyo cargo están las cosas de sus siervos no lo atajara quitándole á este gobernador la vida la misma noche antes de entrar en la dignidad y de aceptar la peticion, con lo cual se deshicieron como humo los intentos y designios de los contrarios

Vuelto de la corte el gobernador principal, y sabiendo el trabajo y desasosiego que habian dado á los Padres en su ausencia, los favoreció de allí adelante con más veras, visitándolos en su casa y acudiéndoles en cuanto se ofrecia, y con esto pudieron comenzar á predicar la ley de Dios en aquella ciudad, aunque con el recato y moderacion que convenia por no alborotar así á los bonzos como á los mandarines. Y por la misericordia del Señor en el mes de Setiembre de 94 habian bautizado algunos cristianos, y entre ellos un letrado hijo de un hombre principal de aquella ciudad, sin otros muchos que se aparejaban para lo mismo; pero los Padres iban poco á poco en Jaucheo como lo habian hecho en Jauquin, porque como la cristiandad de la China está pendiente del gusto de los tutanes y mandarines, es necesario que los que se han de bautizar estén primero bien instruidos en la fe, para que perseveren y no vuelvan atrás en semejantes ocasiones y se vaya introduciendo la ley de Dios en aquel reino con suavidad y sin ruido.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el P. Mateo Ricio entró por la China adentro, y las cosas que en este camino vió.

Estaban con grande deseo los Padres que residian en Jaucheo de entrar más adentro en aquel grande reino de la China, y procurar de llegar á la ciudad de Pekin, donde reside el rey. Ofrecióles nuestro Señor una de las mejores ocasiones que para esto podian tener, porque en el mes de Abril de 1595 llegó á la ciudad de Jaucheo un mandarin muy principal á quien llaman Jeye, que iba á la córte llamado del rey para su consejo de guerra. Detúvose algunos dias en Jaucheo, donde le hicieron grandes fiestas, y no faltó quien le diese noticia y buena informacion de los Padres que allí estaban. Tuvo deseo de verlos con esperanza de que le darian remedio para un hijo que traia muy enfermo. Entendida por los Padres su voluntad, fuéronle á visitar y él los recibió con más cortesía que solia hacer á otros mandarines. Después de haber tratado diversas cosas, le dió cuenta de la enfermedad de su hijo, pidiendo que le aplicasen algun remedio y que él los favoreceria en cuanto pudiese.

Pareció á los Padres que les venia esta ocasion del cielo, para que arrimándose á un mandarin tan poderoso como este, pudiesen pasar á su sombra hasta la ciudad de Pekin ó á otra de las principales de la China. Respondióle el P. Mateo Ricio que de muy buena gana aplicaria á su hijo los remedios que supiese, mas que aquella enfermedad no se podia curar en tan poco tiempo como él habia de estar en Jaucheo, pero que si fuese de ello servido, se iria en su compañía hasta Pekin, y por el camino y allá le curaria con todo cuidado. Holgó de esto el mandarin por el deseo que tenia de la salud de su hijo, y luego mandó al gobernador de Jaucheo que diese al Padre las provisiones necesarias para que pudiese pasar con seguridad como persona que iba en su compañía.

Partióse el mandarin con toda su gente dentro de dos dias, y el Padre le fué siguiendo en un barco, acompañado de un mozo que servia en casa y era como hermano y muy inteligente. Quedó en Jaucheo el P. Lázaro Catanio, que poco antes habia venido de Macao por haber muerto en aquella ciudad otros dos compañeros del P. Mateo Ricio. Hacia el jeye su camino parte por tierra y parte por el rio, y porque el Padre no le podia ir siguiendo por los mismos caminos, le envió á decir que se verian en la ciudad de Nangoa, que es la primera de la provincia de Chiansi. El camino para esta ciudad es por otra que se dice Namo. Hace una vuelta muy grande el rio en esta ciudad, y por excusar el rodeo se va muy de ordinario á Nangoa desde Namo por tierra, que serán 12 leguas. Todo este camino es muy llano y enladrillado, y por más que llueva, jamás tiene lodos; tiene de una y de otra parte grandes alamedas con sus acequias de agua que le hacen muy fresco, y está todo él muy poblado de aldeas y mesones para los caminantes.

Cuando llegó el Padre á Nangoa ya estaba allí el jeye, que le recibió muy bien. Procuró el Padre trabar amistad con su mayordomo y secretario, mostrándoles algunas piezas que traia de poco valor, pero de mucha estima entre ellos, como un reloj de arena, un vidrio triangular y cosas semejantes, las cuales dijo que deseaba presentar al jeye. Dijo esto el secretario á su amo, y el dia siguiente convidó á comer al Padre y después le tuvo toda la tarde preguntando diversas cosas. A vuelta de ellas le iba el Padre diciendo algunas de nuestra santa ley, las cuales oia el jeye con gusto y satisfaccion. Ultimamente después de haber tratado de la salud de su hijo, le dijo cómo deseaba quedarse en Pekin ó á lo ménos en Nankin, que entrambas son cortes reales; pero el jeye le dió á entender que no seria posible, porque á ningun extranjero permiten vivir en alguna de aquellas ciudades, mas que podria quedarse en Nanchan, que era una ciudad muy principal de la provincia de Chiansi. No quiso el Padre apretar por entónces más en este negocio, y así se despidió aquella tarde. El dia siguiente le tornó á llamar el jeye y se entretuvo con él en diversas pláticas. Mostróle el Padre con esta ocasion algunos libros é instrumentos de matemáticas, de que gustó mucho.

Llegado el tiempo de la partida, el jeye se fué á embarcar con su gente y el Padre le fué siguiendo en su barco á otra ciudad llamada Cauchefu, en la cual residia el tutan de aquella provincia. Hiciéronle en esta ciudad un grande recibimiento al jeye, porque salió el tútan con todos sus mandarines, acompañado casi de 3.000 soldados repartidos por sus escuadras, los cuales iban haciendo la salva con sus escopetas cuando iba pasando el jeye. El dia siguiente la misma ciudad le hizo un banquete muy solemne con otras muchas fiestas. Entre tanto el Padre se estaba recogido en su barco, porque una vez salió á ver la ciudad y acudió tanta gente á verle como á extranjero, que se hubo de volver á su barco por no dar ocasion de que el jeye se arrepintiese de llevarle en su compañía. Partieron de allí pasados dos dias por el rio abajo, y habiendo caminado como una legua, llegaron á un paso que por ser muy peligroso le llaman Japatan, que quiere decir 18 corrientes, porque tantos rios concurren en él, y por todas partes tiene muchos peñascos, algunos debajo del agua y otros descubiertos. Aquí se perdieron algunos barcos en que iba el hato del jeye, y poco más abajo dió al través el barco del Padre, y él salió nadando con harto peligro, pero el mozo su compañero se hundió de manera que nunca más pareció, porque la corriente, que era muy grande, le arrojó léjos de allí. Hízole mucha falta este mozo, porque era sus piés y sus manos y muy inteligente para todo. El jeye envió á consolar al Padre de la muerte de su compañero, y mandó que le buscasen con diligencia, pero nunca pareció.

Dos dias después de esta desgracia, llegaron á otra ciudad llamada Quiagansu, muy fuerte, rica y poblada de gente noble y de muchos mandarines, y así la tienen por una de las principales de la China, y dicen que ella sola paga al rey tanto tributo como una provincia entera, porque tiene muchos pueblos debajo de su jurisdiccion y hay en ella grande concurso de mercaderes. Aquí tuvieron otra borrasca muy grande la noche que llegaron, de manera que el barco del jeye y el del Padre se vieron en mucho peligro de ser hundidos. Esto fué causa de que el jeye se determinase á ir por tierra y aun tuviese por mal agüero llevar al Padre en su compañía, viendo las desgracias que le habian sucedido en aquel camino. Y así dió órden al secretario, que le encaminase á la ciudad de Nankin, que era la segunda corte real de la China, por no llevarle consigo á Pekin. Sabiendo el Padre la determinacion del jeye, fué á visitarle el dia siguiente con intento de pedirle una chapa ó provision para ir á Nankin, mas él se excusó de darla con decir que aún no habia recibido el sello de su oficio, pero que haria al gobernador de Quiangasu que se la diese, y podria ir en compañía de algunos criados suyos que iban á Nankin. Contentóse el Padre con esto viendo que no podia alcanzar lo que deseaba.

Trujo el secretario del jeye esta chapa ó provision que era la mejor y más cumplida que los Padres habian tenido en aquel reino, porque no sólo daba en ella licencia para que el Padre fuese á Nankin y á otras partes, mas tambien referia el suceso y modo de su estado en la China, y las licencias que tenia de los tutanes, como le constaba por las chapas de los mandarines de Jaucheo. Con este buen despacho el mismo dia que partió el jeye por tierra se embarcó el Padre en compañía de otros dos criados suyos, y fueron navegando por un rio caudaloso hacia Nankin.

Prosiguiendo este mismo camino, saliendo de Quiangasu, llegaron á una villa sujeta á la misma ciudad, pero tan grande y principal, que con razon la pudieran juzgar por muy buena ciudad. En esta villa encontró el Padre al mandarin, en cuya compañía vino la primera vez á Jaucheo, el cual le recibió con mucho amor y le convidó á comer. Desde aquí pasaron á otra ciudad que se dice Ningibaosu, donde aquel caudaloso rio se ensancha y extiende tanto que se divide en nue-

ve brazos y deja hechas otras tantas isletas muy graciosas. Hay en este rio grande número de embarcaciones, unas grandes y otras pequeñas, que sirven para llevar y traer mercaduría de una parte á otra.

De esta ciudad llegaron á la de Nanchan, metrópoli de la provincia de Chiansi. Quiso el Padre salir á tierra, pero fué tanto el concurso de gente que vino á verle diciendo que era un grande letrado extranjero de Oriente, porque así lo publicaban los criados del jeye, que le fué necesario retirarse al barco, y aun allí acudian tantos, que de continuo estaba lleno de gente, mostrando todos mucho contento de verle y tratarle. Decíales el Padre cómo habia estado muchos años en la China y que pasaba en compañía del jeye, y que esperaba de volver por allí presto y con más espacio. Salidos de Nanchan, caminaron por el mismo rio, el cual sin perder nada de su profundidad y anchura, se torna á dividir en otros dos brazos; el uno va á la ciudad de Jaucheofu, donde se hacen las porcelanas finas, y el otro corre hacia la grande ciudad de Nankin. Por este segundo fueron navegando hasta entrar en un lago del cual salen diversos rios, unos hacia la mar y otros hacia la provincia de Foquien. Está cercado todo este lago de muchas villas y aldeas, y á la mano izquierda tiene una buena ciudad que se dice Nauquafun. Tambien hay cerca de este lago un altísimo monte, cuya cumbre siempre está nublada y oscura aunque el cielo esté sereno. En lo alto de él dicen los chinas que hay 366 templos de ídolos conforme á los dias del año, y que en ellos hay mucho número de hombres, que á modo de religiosos, viven allí recogidos y están haciendo penitencia de sus pecados.

En el fin y remate de este lago hay otra ciudad muy fuerte y hermosa, aunque no muy grande, en la cual entra un muy caudaloso rio que se llama Jantio. De este rio (dicen los chinas) que es tan profundo, que nunca le hallan suelo, tendrá por lo más estrecho como media legua de ancho, y desde aquí comienza el distrito y comarca de la grande ciudad de Nankin, que por otro nombre llaman los naturales de aquella tierra Nauchili.

CAPÍTULO XXIX

De la grandeza y nobleza de la ciudad de Nankin, y cómo desde allí volvió el Padre á la ciudad de Nanchan.

La ciudad de Nankin está treinta y dos grados y medio hácia el Norte á la orilla del rio Jantio, y fuera de Pekin, que es donde reside el rey; es esta la mayor y más hermosa ciudad de la China, y en tiempos pasados era la corte y asiento de los reyes, por muchas comodidades que tiene, especialmente una, que es poder venir á Nankin de todas partes con grande facilidad; pero como las ciudades que caen al Norte eran tan molestadas de los tártaros, mudaron los reyes su asiento á Pekin, por estar más cerca para resistir á los enemigos, y para lo mismo hicieron aquella famosa cerca que dicen tiene 400 leguas, al modo que se declaró en el capítulo primero.

Pero aunque los reyes dejaron á Nankin, siempre la conservaron con el nombre y título de corte y ciudad real, y con las mismas preeminencias y privilegios que tenia cuando ellos residian en ella, y para conservar esta memoria en los palacios reales, vive en lugar del rey una dignidad, la mayor que hay en la China, que se llama conaon, y es la segunda persona después del rey.

Esta dignidad viene por sucesion de un grande señor, el cual estando la China casi del todo perdida y enseñoreada de los tártaros, fué grande parte con su valor y esfuerzo para restituirla á su antigua libertad; con la presencia de este personaje se conservan los palacios de Nankin con tanta grandeza y majestad, y tanto concurso de gente, como si el mismo rey viviera en ellos. Para lo cual tambien ayuda el haber en Nankin consejo real, y los mismos magistrados y dignidades, y con la misma renta y jurisdiccion que tienen los de Pekin, á cuya causa llaman los chinas á Pekin corte septentrional, y á Nankin corte austral.

Por lo que el P. Mateo Ricio vió en esta ciudad de Nankin, se hace probable y verosímil, lo que queda dicho de la ciudad de Pekin. Tiene esta ciudad tres muros de piedra tan anchos, que por lo alto de ellos pueden andar dos y tres carros juntos. El muro interior tiene de circuito como seis millas, que son dos leguas, y es tan fuerte que con razon se puede llamar fortaleza de la ciudad, á la cual se entra por 12 partes, y en cada una de estas hay cuatro puertas fronteras las unas de las otras, aunque apartadas en distancia de un tiro de piedra. Están cubiertas todas las puertas con planchas de hierro muy gruesas, y encima del muro que divide la una de la otra, tienen para su defensa muy gruesos tiros de artillería y mucha gente de guarnicion. En estas puertas se cobran los derechos de todas las mercadurías que por ellas entran.

Dentro de este muro están los palacios reales, y alrededor de ellos mucha variedad de jardines, estanques, lagos, casas de placer y bosques

llenos de caza. Toda la ciudad está muy bien repartida, y las calles muy derechas y anchas, y aunque los edificios por ser comunmente bajos no representan tanta majestad y grandeza como los de Europa, pero son muy hermosos y bien labrados, especialmente los palacios reales. Dentro de este muro viven los mandarines y letrados y otra gente principal.

El segundo muro tiene de circuito 20 millas, ó siete leguas, y es tambien de piedra labrada, y tan ancho y fuerte como el primero. Entre el primero y segundo muro viven los soldados y gente de guarnicion que tiene la ciudad, los cuales certificaron al Padre, que serian 50.000 hombres. El tercer muro dicen que tiene en circuito 40 millas, que son 14 leguas, aunque está cortado en muchas partes por los rios que pasan por él. Entre este muro y el segundo vive la gente comun y ordinaria, y por esta causa le llaman arrabal de la ciudad. En la distancia de estas dos cercas, hay muchas huertas y campos que se siembran, pero con todo esto hay tanta poblacion y número de casas y concurso de gente, que el mismo Padre que lo vió se admiraba.

En llegando á Nankin los criados del jeye, se despidieron del Padre y le dejaron solo en su barco, pidiéndole con encarecimiento que á nadie dijese cómo habia venido en compañía de su amo, ni se detuviese en la ciudad, porque siendo extranjero no hubiese algun alboroto y echasen la culpa al jeye de haberle traido; mas el Padre viéndose tan solo en aquella ciudad y que al jeye le importaba poco y á él le hacia mucho al caso saber que habia venido hasta allí en su compañía, no se quiso aprovechar del consejo de los criados, antes lo decia cuando juzgaba que convenia y le era necesario, porque con esto le recibian bien y no extrañaban tanto su venida.

Alquiló luego una casa fuera del segundo muro, y fué el Señor servido que andando mirando las cosas de aquella ciudad, encontró un mancebo conocido suyo, hijo de un médico que habia estado en Jaucheo. Este mozo le dió noticia de otro hijo del tutan de Canton que tambien era su conocido y le vino á visitar, y por esta vía trabó amistad, no sólo con estos dos mozos, sino con otros amigos y conocidos suyos, especialmente con un letrado, hombre rico y principal, y con otro hijo suyo que tambien era letrado, los cuales le convidaron á comer cuatro ó cinco veces. Con esta ocasion comenzó el Padre á declararles la ley de Dios, y entrambos lo oian con mucho gusto. Parece que de estos buenos principios se podia esperar un grande fruto en aquella ciudad, mas nuestro Señor por sus ocultos juicios, dispuso las cosas de otra manera con que se hubieron de atajar los intentos que el Padre tenia de hacer asiento allí, porque teniendo noticia de un mandarin á quien habia conocido en Jaucheo y tenia un cargo muy principal en esta ciudad, le fué á visitar para favorecerse de él, y aunque al principio le recibió muy bien con muestras de contento y alegría, pero cuando el Padre le dijo cómo deseaba quedarse en Nankin, se enojó y alteró tanto, y dijo palabras con tanto sentimiento, que ni le aprovechó al Padre decir que habia venido con el jeye ni otras muchas razones que añadió para ablandarle.

La causa de esta alteracion debió ser, por lo que el Padre coligió de sus palabras, temer que si quedaba en la ciudad y supiese el rey y los de su consejo que habia estado en su casa, siendo extranjero, le echarian la culpa y le castigarian por ello. Estando el mandarin tan furioso y dando voces, mandó llamar al hombre que tenia el Padre en su casa, y dando á entender que le queria castigar por ello, hizo que por escritura pública se obligase de sacarle luego fuera de la ciudad y llevarle hasta la provincia de Chiansi, donde le habian dado la chapa y patente que traia. Hallóse el Padre muy confuso y atajado con la resolucion tan arrebatada del mandarin, y como era tan principal, por no alborotarle más ni poner á su huésped en algun peligro, entendiendo que esta debia de ser por entónces la voluntad de nuestro Señor, aunque con harto dolor de su alma, se tornó á embarcar con intento de probar, si hallaba mejor entrada en la ciudad de Nanchan, por donde habia pasado y le habian mostrado buena voluntad. Deparóle nuestro Señor un criado del tutan de aquella provincia y que iba á la misma ciudad de Nanchan, el cual le llevó en su compañía, y llegado allá, le buscó casa donde se recogió, aunque de prestado.

CAPÍTULO XXX

De lo que sucedió al P. Mateo Ricio en la ciudad de Nanchan.

Esta ciudad de Nanchan es la cabeza y metrópoli de la provincia de Chiansi, muy grande y muy poblada, así de gente noble como de letras, porque parte de sus moradores son letrados que han tenido cargos muy principales, y de mandarines que gobiernan la ciudad y los pueblos que están sujetos á ella en las cosas de justicia y de la guerra. Otra parte de estos moradores es de señores y gente de sangre real, porque suelen enviar á Nanchan muy de ordi-

nario los reyes, sus hijos, fuera del que hereda el reino, y en esta ciudad los aposentan en palacios muy ricos y se les da renta y estado que á su cualidad conviene, y aunque no se les permite tener mano en el gobierno, son empero muy venerados de los mandarines y gozan de muchos privilegios, y como estas casas han crecido y sus descendientes se han multiplicado, son tantos que ocupan la cuarta ó quinta parte de la ciudad. Entre todas estas casas hay tres más principales, cuyas cabezas se llaman reyes y se tratan y sirven con mucha grandeza y aparato de casa y criados. Otra parte de la ciudad es de letrados que han alcanzado el último grado de los que se suelen dar en las universidades de la China, y de aquí son enviados por mandarines á diversas partes del reino, y á esta causa viene á ser esta ciudad de Nanchan una de las más principales de la China y de más nobleza y policía.

Fué nuestro Señor servido que entrase el Padre con buen pié en esta ciudad, porque el huésped de la casa donde se recogió era de buena condicion y le iba dando noticia de algunas cosas que le importaban para acomodarse mejor á la disposicion de aquella gente. Tambien le dijo cómo en aquella ciudad habia un hombre principal médico y grande amigo del jeye y con esta ocasion le fué á visitar. Recibióle el médico con muestras de buena voluntad, y el dia siguiente le tornó á pagar la visita y después le convidó á comer á su casa, donde le dió un espléndido convite en compañía de otros dos hombres principales.

Aprovechándose el Padre de esta buena ocasion, comenzó á platicar con ellos de la ley de Dios. Quedaron todos tres muy contentos de lo que habian oido, y con grande opinion de que el Padre era hombre de muchas letras; lo cual comenzaron á publicar por la ciudad, especialmente el médico, que con la buena voluntad y amor que le habia cobrado, y con la entrada que tenia en todas las casas de los mandarines y señores, iba publicando en todas las partes mucho de su doctrina, y alabando su buena conversacion; y á esta causa cuando el Padre fué después á visitar algunos mandarines, le recibian con mucha honra y cortesía. Vino á extenderse tanto en la ciudad la fama del extranjero y de sus letras, que uno de los principales mandarines vino á reparar en ello, y dió cuenta al tutan de lo que pasaba, pidiéndole que mandase hacer informacion, quién era aquel extranjero, y de dónde venia y qué buscaba.

Parece que fué esto ordenacion de nuestro Señor, porque el tutan envió á llamar al médico sabiendo que era amigo del Padre, para informarse de él, y él dijo tantas cosas en su alabanza, que el tutan quedó muy satisfecho y deseoso de verle; mas por cumplir con la obligacion de su oficio, mandó á uno de los cuatro mandarines principales, que son como alcaldes de corte, que se informase de aquel Padre extranjero, pero que lo hiciese con modestia y sin darle pesadumbre. A este mandarin habló tambien el médico, y le dijo lo mismo que al tutan, y quedó contento de la buena relacion que le dió. El dia siguiente envió este mandarin á pedir al Padre, con término bien comedido, que se viese con él en su casa para cierta diligencia que el tutan le habia mandado hacer. Fué luego allá el Padre, y el mandarin le recibió con mucha cortesía. Preguntóle de dónde y á qué habia venido. Respondióle cómo habia venido en compañía del jeye, y que tenia licencia y chapa para residir en aquella ciudad; mas que después que habia llegado á ella, no se habia ido á presentar á los gobernadores, por una indisposicion que le habia dado. Mostró el mandarin quedar satisfecho de lo que el Padre le dijo, y ofrecióle que luego informaria al tutan, y le favoreceria en todo lo que pudiese.

El dia siguiente volvió este mandarin con los otros tres sus compañeros á visitarle con grande acompañamiento, que para todo esto le ayudó mucho el saber que tenia amistad con el jeye, y habia pasado por allí en su compañía. El huésped y los vecinos de la calle viendo la honra que le hacian sus mandarines, comenzaron tambien á estimarle más. El tutan con la buena informacion que llevó el mandarin envió á decirle que holgaria de verle; fué luego el Padre á su casa, y en viéndole el tutan entrar por la sala, se levantó de su asiento y estuvo en pié esperando á que llegase. Hincóse el Padre de rodillas, como lo hacen los mandarines cuando están hablando con el tutan, mas no se lo consintió, ántes le hizo levantar luego. Estuvieron entrambos en pié más de media hora, tratando de diversas cosas, algunas de la ley de Dios y de la doctrina que enseñaba, y otras de matemáticas, especialmente cómo se han de hacer los relojes; porque son los chinos muy curiosos en preguntar y saber de estas ciencias y artes.

Sacóle el Padre un vidrio triangular que le habia quedado, de que gustó mucho y no se hartaba de mirar los varios colores que con él se descubrian. Presentósele viendo el gusto que con él habia mostrado, pero no se atrevió á recibirle, porque no le notasen los circunstantes que tomaba algo del extranjero. Preguntóle el tutan si habia de pasar adelante, ó quedarse en

aquella ciudad. Respondióle el Padre, que todo el tiempo que habia estado en la provincia de Canton, le habia ido mal de salud, y en Jaucheo se le habian muerto dos compañeros, y á esta causa se habia salido de aquella tierra, con deseo de vivir en esta ciudad que tanto le habian alabado, si su Alteza fuese de ello servido. Díjole el tutan con rostro alegre, que quedase en ella muy enhorabuena, y que él le daba licencia para ello. Dióle el Padre las gracias por este favor y merced, y cuando se queria despedir dijo que holgaria le hiciese un reloj de sol, y él ofreció de hacerle muy á su gusto.

Acabada esta visita del tutan, pareció ser conveniente hacer lo mismo con los principales mandarines, para tenerlos gratos y benévolos, y así lo hizo dándoles cuenta de la licencia que tenia del tutan, para residir en aquella ciudad, de que todos mostraban gusto y contentamiento, que parece iba pagando nuestro Señor al Padre, con el buen acogimiento de esta ciudad, el desconsuelo que tuvo en la de Nankin.

Asegurados ya todos de que el Padre era morador de la ciudad, y que tenia licencia del tutan para estar en ella, comenzaron á visitarle unos y otros; así letrados, como personas nobles, que no bastaba la casa en que vivia para recibirlos. Entre estos, habia algunos de aquellos señores que eran parientes del rey, los cuales no se contentaban con solo visitarle, sino que diversas veces le llevaban á comer á su casa. Aceptábalo el Padre por ganarles la voluntad y trabar amistad con todos, para hacer á su tiempo lo que más deseaba, que era predicarles la ley de Dios. En un convite de estos sucedió, que viniendo á propósito, dijo á los que allí estaban, que escribiesen las letras que quisiesen sin guardar órden; porque viéndolas una sola vez, se las diria todas de memoria, de la misma manera que estuviesen escritas, sin errar ninguna. Fué para ellos esto cosa muy nueva y de grande admiracion, porque cada letra de la China, es lo mismo que entre nosotros una diccion entera, aunque para el Padre no era cosa tan difícil, porque habia estudiado de propósito y hecho memoria local de estas letras. Trujeron papel y tinta, y escribió cada uno las que le pareció, y dándoselas una vez, las tornó á decir todas de memoria sin errar ninguna. De lo cual quedaron admirados, y mucho más cuando despues tornó á repetir las mismas letras, comenzando desde la postrera y acabando en la primera.

Salidos de allí aquellos caballeros, comenzaron á publicar por la ciudad tantas cosas del Padre, que los letrados y mandarines y otras muchas personas acudian á su posada pidiendo que les enseñase aquella ciencia de tomar de memoria y le tendrian por su maestro. El los recibia á todos con gusto y respondia con buenas palabras, que en acomodando su habitacion los enseñaria aquella ciencia y otras de más importancia que deseaba comunicarles.

Entre los letrados de esta ciudad, habia uno de mucha autoridad cuya profesion era enseñar á otros, sin querer aceptar oficio de mandarin, ni de otro gobierno alguno. Era hombre de más de sesenta años, y decian que tenia escritos para imprimir 30 libros de mucha erudicion, y así era tenido entre los chinas por hombre de mucha virtud. Fué el Padre á visitarle por tomar amistad con él y con sus discípulos y estimó en tanto la visita, que ofreció tratar todas sus cosas como si fueran propias, y así él como sus discípulos le mostraban mucho amor, y en las ocasiones que se ofrecian le aconsejaba lo que convenia con llana y sincera voluntad. Tienen los chinas y particularmente los de esta ciudad una cosa buena, que ni son arrogantes, ni duros de juicio, ni se desprecian de ser enseñados, antes trataban con el Padre con tanto amor y respeto como si hubieran sido muchos años sus discípulos, que era una grande disposicion para recibir bien la doctrina del Evangelio.

No solo se ha visto esta buena voluntad en los mandarines y letrados, sino tambien en los señores y caballeros descendientes de los reyes; porque uno de las tres casas principales á quien llaman rey, deseaba mucho hablar y ver al Padre, y como él por su autoridad no podia salir á visitarle, hacíasele muy de mal enviarle á llamar. Vino á entender el Padre por medio de su amigo el médico, el deseo de este caballero, y fué á su casa. Recibióle con una afabilidad tan grave y tan llena de cortesía, que deseando conservar su gravedad y autoridad, se echaba de ver que deseaba juntamente tratarle con mucha familiaridad. Estuvieron los dos más de una hora tratando diversas cosas, y advirtió el Padre que cuando le decia algo de la otra vida le oia con mucha atencion; y así gastó en esta materia la mayor parte del tiempo con grande gusto de aquel caballero. Convidóle para comer el dia siguiente, y aunque por representar su grandeza él no se halló en la mesa, como lo usan de ordinario estos señores, pero hizo que comiese con él su hijo mayor y heredero.

Acabada la comida, estando todos en buena conversacion, enseñóles el Padre una imágen de nuestra Señora que traia muy devota. Contentóle tanto á este caballero, que pidió se la dejase en casa para verla más despacio, porque le habia parecido en extremo bien y dentro de pocos dias

hizo sacar de ella dos retratos. Presentóle otra vez el Padre una imágen del bienaventurado San Estéban, y él la recibió y agradeció mucho y mandó que se la guarneciesen muy ricamente. Pasados algunos dias le envió á decir este caballero con el médico, que queria ser su compañero, que en el lenguaje de la China (para conservar su autoridad) es lo mismo que decirle que deseaba ser su discípulo, y para poder hacer esto sin mucha nota, importunó al Padre por diversas veces que se fuese á vivir en su palacio, ofreciéndole en él todas las comodidades que pudiese desear, mas por justos respetos no lo aceptó y uno de ellos fué por estar más libre, y en parte donde todos pudiesen oir los sermones y pláticas sin algun impedimento y fuérale muy grande si le hubiera de ir á buscar en casa de este príncipe, por el respeto que todos le tienen en aquella ciudad, y el encogimiento con que están en su presencia.

CAPÍTULO XXXI

Cómo deseaban los Padres sacar licencia del rey para predicar en la China, y del fuego del cielo que abrasó parte de sus palacios.

Del tiempo y años que han estado los Padres de la Compañía en la China, han advertido dos cosas. La primera es la buena disposicion que hay en los naturales de aquella tierra para recibir la ley de Dios, así por ser ellos dóciles y tratables y muy obedientes á los mandarines, como por el continuo ejercicio que tienen de sus letras por las cuales suben á los oficios y gobiernos, y por esto hacen tanto caso de ellas y tienen universidades muy principales para deprenderlas, y es tanto el número y concurso de estudiantes, que se halló por cuenta haberse examinado en una de las universidades 10.000 personas el mes de Mayo de 1597, para recibir el primero grado que entre ellos llaman Ciucays.

Y aunque sus letras principalmente se enderezan al gobierno de la China, pero como van acompañadas con algun estudio de filosofía natural y moral, y tienen buenos entendimientos, echan de ver la vanidad de sus ídolos y que son invenciones de hombres, y así tienen poca estima de ellos en su corazon, aunque en lo exterior muestran algun respeto y reverencia y hacen algunas fiestas en honra suya. El P. Juan Soerio, de la Compañía, se halló en una que celebraban por el mes de Mayo de 1597, para la dedicacion de 12 ídolos que habian hecho de nuevo, y escribió que viendo el concierto y órden de la procesion en que iban estos ídolos, tan semejante á las nuestras, le pareció que no era posible, sino que habia entre aquella gente algun rastro de la religion cristiana: porque lo primero en esta procesion iba grande número de gente con ciertas antorchas ó cirios encendidos en las manos, tan puestos por su órden todos, que ponia admiracion, y por remate de ella iban 12 bonzos con sus capas muy buenas, cantando al modo que usan nuestros sacerdotes. Acompañaban toda esta procesion diversos instrumentos de música, hasta que llegaron con ella al templo, donde los ídolos se habian de colocar.

La segunda cosa que los Padres mucho han advertido, es la grande dificultad que hay para la conversion de aquella gente, si no se alcanza primero licencia del rey de la China, para que se predique en ella libremente la ley de Dios, y por estar muy persuadidos que este es el único y eficaz medio para salir con esta empresa. Estaban determinados el año de 97 de intentarlo por todas las vías posibles, porque aunque la gente de la tierra los quiere bien y los letrados y caballeros tienen estima de su doctrina y se van haciendo cada dia algunos cristianos, pero como los favores de los mandarines y tutanes son tan variables por la mudanza tan ordinaria que hay en sus oficios, no puede haber firmeza ni estabilidad en conservarse el fruto que se hiciere en la China, no habiendo esta licencia del rey. Como es tan grande el respeto que los chinas tienen á sus gobernadores y la dependencia que estos tienen del rey y de sus consejos supremos, todo el tiempo que no hubiere esta aprobacion de ellos, irán los chinas con mucho temor y recelo en admitir nueva ley, y á los Padres tambien les conviene ir con grande recato y tiento para no aventurar todo el fruto de su trabajo, disgustando á los mandarines, y por ventura quiso la divina Majestad disponer el corazon del rey y de los demás para que abriesen la puerta á su Evangelio con los castigos del cielo, que en un mismo año y casi en un mismo tiempo, envió Dios nuestro Señor al emperador de los mogores, como queda dicho en el libro tercero, cap. 38, y al tirano Tayco-Sama, emperador del Japon, como en su lugar se dirá, y el que envió juntamente al rey de la China el mes de Mayo de 97.

Porque sin haber causa particular ni ocasion para ello, comenzó á arder el palacio real en Pekin, y duró el fuego dos dias enteros, sin que nadie se atreviese á entrar dentro para atajarle, antes dieron todos á huir por ser ley de los chinas y costumbre muy antigua, que cuando se enciende fuego en el palacio nadie entra allá sopena de la vida, por el temor y recelo que

tienen de que no maten al rey con esta ocasion ó haya alguna rebelion, y así se quemó la mayor parte de él y gran cantidad de preciosísimas joyas y piedras de mucho valor y estima. Dicen que tambien murió con el fuego su madre del rey, y él quedó tan atemorizado, que abrazándose con su hijo y heredero del reino, se postró en tierra haciendo reverencia al cielo y pidiendo misericordia. Plega al Señor de usarla con aquel reino, para que conociendo á Su Divina Majestad, le adoren y reconozcan y obedezcan como á su verdadero Dios y Señor.

CAPÍTULO XXXII

Del fruto que se hacia en las residencias de Jaucheo y de Nanchan.

Tenian los Padres de la Compañía dos casas en lá China el año de 1597. La primera en la ciudad de Jaucheo, de la provincia de Canton, como 100 leguas de Macao. Residian en esta casa los PP. Lázaro Catanio, Superior de ella y el P. Nicolás Longobardo con otro hermano y dos estudiantes naturales de Macao, los cuales ayudaban á los Padres y estaban como en probacion para ser después recibidos en la Compañía. La segunda era en la ciudad de Nanchan, de la provincia de Chiansi, 400 leguas de Macao; estaban en ella el P. Mateo Ricio, que era Superior de esta casa, y de todos los que estaban en la China y el P. Juan Soerio con otro Hermano y dos estudiantes naturales tambien de Macao que se habian criado en nuestras escuelas, y con el mismo deseo que los de Jaucheo de ser admitidos por Hermanos de la Compañía.

Procuraban los Padres que estaban en estas dos residencias ir ganando las voluntades de los chinas y edificarlos con el ejemplo de su vida y darles noticia de la ley de Dios, con mucho tiento y recato, por no alborotar á los mandarines, y todavía se iban haciendo algunos cristianos, los cuales por la misericordia del Señor, daban muestras de ser constantes en la fe. Uno de estos á quien habia bautizado el P. Mateo Ricio los años pasados, se conservó solo en una ciudad entre muchos gentiles con grande ejemplo y edificacion de todos, y cuando pasaban los Padres de Jaucheo para Nanchan, él los recibia y hospedaba en su casa con mucha devocion y gusto y la Cuaresma del año de 98, se vino á Jaucheo á oir de propósito los sermones y pláticas que se hacian á los demás cristianos, y habiendo estado allí ocho dias, se volvió á su casa con grande deseo de que todos los de su familia fuesen cristianos.

Ayuda mucho para que los chinas estimen la ley de Dios, el crédito que van teniendo de los Padres que la predican, porque antes mirábanlos como á uno de sus bonzos, de los cuales ningun caso hacen; pero ya tiénenlos por hombres letrados y por muy doctos en la filosofía natural y moral, y por esta vía han venido á tener tanta estima de ellos, que llegando á Jaucheo un visitador de dos provincias, sabiendo que residian allí los Padres, los fué él mismo á visitar, y saliendo ellos á recibirle, los trató con tanta afabilidad y benevolencia, que dejó admirados á todos los mandarines y gentes que le acompañaban, viendo una cosa tan nueva para ellos, porque no consintió que le hiciesen la cortesía de rodillas, como suelen hacer todos, y convidándole los Padres con algunas cosillas que les habian dado conforme á su costumbre, aceptó el convite y los asentó consigo á la mesa, dejando en pié á todos los demás mandarines. Acabado el convite, le mostraron la casa y capilla, y viendo una imágen del Salvador preguntó quién era. Respondióle el Padre que era imágen del Señor que crió el cielo y la tierra, á quien todos los hombres debian reconocer, adorar y servir. Dijo él entónces, que adónde se trataban las cosas de este Señor y sus grandezas, porque él ni las habia oido ni leido. Respondiéronle que en sola la ley de los cristianos se daba razon de ellas. Pidió luego al Padre que le mostrase aquella ley y dónde la tenia escrita, y él le dijo que aún no la tenia traducida en la lengua de la China, pero que muy presto la imprimiria. Mostró sentimiento el mandarin por no poder leer lo que tanto deseaba, pero alegróse con la esperanza que el Padre le dió de imprimirlo presto.

Por estas y otras ocasiones que cada dia se ofrecian, y para dar noticia de la ley de Dios en aquel reino, con más suavidad y ménos ruido, imprimió el P. Mateo Ricio un compendio breve del catecismo en lengua de la China (entre tanto que se acababa de poner en órden otro más copioso que tenia hecho) el cual repartió por diversas partes con mucho fruto y satisfaccion de todos los que le alcanzaron á leer. Entre estos fué un letrado que se habia examinado aquel año para mandarin, y estaba graduado para poder hacer ese oficio; á este le cuadró tanto lo que leyó en uno de estos libritos, que luego se puso en camino para saber del mismo Padre más de raíz lo que en él se contenia. En llegando á Nanchan, se fué á ver con el Padre y le declaró la causa de su venida, que era á ser su discípulo. Respondióle el Padre que de muy buena gana le enseñaria, pero que habia de ser despacio, y que para eso tomase casa en la ciu-

dad. Hízolo así el letrado, y cada dia venia dos veces á tomar leccion, una por la mañana y otra por la tarde, y de esta manera le detuvo el Padre tres meses instruyéndole muy de propósito en los misterios de nuestra santa fe, para experimentar en este tiempo su constancia, y ver si el deseo que mostraba de ser cristiano le salia del corazon, y habiendo entendido que su vocacion era de nuestro Señor, le bautizó en nuestra iglesia y el mismo dia vinieron á su casa muchos mandarines y otras personas principales de la ciudad de Nanchan á darle el parabien de haberse hecho cristiano, porque se van haciendo capaces de que la ley de Dios no tiene cosa que sea contraria á su gobierno y policía, sino muy conforme á razon, y así la van estimando cada dia más. Este letrado después de bautizado, se partió para su tierra muy alegre y contento, llevando algunos libros del catecismo que el Padre le dió para repartir entre sus parientes y amigos y procurar que se hiciesen cristianos.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo los PP. Mateo Ricio y Lázaro Catanio con un Hermano fueron á la ciudad de Pekin y corte del rey de la China.

Habia encomendado mucho el Padre visitador Alejandro al P. Mateo Ricio, que intentase por todas vías llegar á la ciudad de Pekin, donde reside el rey y los supremos mandarines para alcanzar su patente y licencia, y con ella predicar libremente el santo Evangelio por todo el reino, sin que los mandarines inferiores y gobernadores de las provincias le pudiesen poner impedimento á sus ministerios, y con esto recibiesen los chinas con mayor gusto la ley de Dios, sabiendo que era con beneplácito de su rey, porque habia muchos años que por este temor y recelo aunque la estimaban y les parecia bien, no se atrevian á recibirla.

Andaban los Padres con este mismo deseo, y ofrecióles nuestro Señor una buena ocasion para cumplirle el año de 1598. Porque uno de los mandarines más principales de la córte de Pekin que tenia particular amistad con el P. Matéo Ricio por haberle conocido algunos años antes por algunas enfermedades que padecia, tuvo necesidad de irse á curar á la isla de Ainam, y volviendo para Pekin después de haberse curado, pasó por la ciudad de Jaucheo, donde le visitó el P. Lázaro Catanio, que allí residia, el cual sabiendo la amistad que este mandarin tenia con el P. Mateo Ricio, le suplicó le llevase en su compañía hasta la ciudad de Nanchan donde estaba el Padre, porque le importaba mucho verse con él.

Holgó el mandarin de llevarle á él y á su compañero, y porque el mandarin habia de ir por tierra hasta una ciudad donde se pagan los derechos y portazgos de aquella provincia, dijo al Padre que se fuese por el rio, y que allí se juntarian para tomar el camino de Nanchan. Embarcáronse los dos PP. Lázaro Catanio y Nicolás Longobardo, y por buena diligencia que se dieron, llegó el mandarin primero, y habiéndolos esperado medio dia, viendo que no venian pasó adelante. Cuando llegaron los Padres el dia siguiente, y supieron que el mandarin los habia esperado y se habia partido, dióles mucha pena por haber perdido la buena ocasion que nuestro Señor les habia dado para entrar en la corte; pero consolóles el mismo Señor, porque entrando en aquella ciudad, les dijeron cómo el mandarin habia dicho que los dejasen pasar libremente, porque iban en su compañía. Animados con esta nueva, prosiguieron su camino para Nanchan, donde residia el P. Mateo Ricio, y porque no les sucediese como la vez pasada, diéronse tanta priesa en aquel viaje, que llegaron á la ciudad dos dias antes que el mandarin.

Viéndose allí los Padres que venian de Jaucheo, dieron cuenta al P. Mateo Ricio del intento que traian, y la buena ocasion que se ofrecia para poder llegar á Pekin en compañía de aquel mandarin, porque pidiéndoselo el P. Mateo Ricio, los llevaria siendo tan su amigo. Pareció á todos bueno el consejo, y en llegando el mandarin á la ciudad le fueron los Padres á visitar, y con buena ocasion que para ello hubo, le dijo el P. Ricio cuánto les importaba tener licencia del rey, para enseñar la ley de Dios en aquel reino, sin que nadie les pusiese impedimento y vivir ellos con seguridad en la China y muy de asiento. Todo esto le pareció muy bien al mandarin, pero cuando llegó á pedirle que los llevase en su compañía á Pekin, comenzó á poner muchas dificultades, temiendo que no seria bien recibido, llevando consigo á los Padres por ser extranjeros; mas el P. Mateo Ricio le dió tales razones, que con ellas le quitó el temor y recelo que tenia, y una de ellas fué que el rey deseaba mucho le hiciesen un calendario de las lunas, por donde gobiernan su año, y el Padre le ofreció de hacerle muy á su gusto.

Parecióle al mandarin que hacia un servicio muy grato á su rey en llevar al P. Ricio, por la grande fama que tiene entre los chinas de grande filósofo y matemático, y así le dijo, que pues habia de ir en su compañía, era necesario que

presentase al rey alguna cosa, conforme á la costumbre de la tierra. Mostróle el Padre un reloj de rueda y algunas imágenes, y otras cosillas curiosas (aunque de poco valor) que para este efecto le habia enviado desde Macao el Padre visitador Alejandro. Contentáronle al mandarin las piezas por ser cosa nueva, y que el rey habia de gustar de ellas, y con esto partieron el dia siguiente los PP. Mateo Ricio y Lázaro Catanio, con un Hermano en compañía del mandarin para la ciudad de Pekin, que son 300 leguas de Nanchan, y conforme á la relacion que se tuvo en Macao el mismo año de 98, por unos mercaderes chinas, ya los Padres habian llegado y estaban en la corte, porque estos mismos mercaderes los habian visto en ella. Será nuestro Señor servido, que por este medio se abra del todo la puerta á la predicacion de su santo Evangelio en aquellas provincias tan extendidas y necesitadas, dando el rey y los de su consejo licencia para ello (1).

(1) Es verdad que este año 1598 entró el P. Ricci en Pekin, pero no logró audiencia del emperador, sino que se vió obligado á salir luego de la corte y esperar mejor ocasion. Esta se ofreció en 1601, en que el célebre misionero despues de 18 años de diligencias consiguió establecerse definitivamente en Pekin, y asentar en sólidos cimientos la gloriosa mision de la China. El P. Ricci murió en 1610. Como se ve, lo que cuenta el P. Guzman, fué como el preludio nada más de la célebre mision. (N. del E.)

LIBRO QUINTO

CÓMO SE DIÓ PRINCIPIO Á LA PREDICACION DEL SANTO EVANGELIO EN LOS REINOS DEL JAPON POR MEDIO DE LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA LLEGAR Á LA GRANDE CIUDAD DE MEACO, CABEZA DE TODA LA MONARQUÍA DEL JAPON

CAPÍTULO PRIMERO

De la tierra del Japon y sus calidades, y los muchos reinos en que está dividida.

En los cuatro libros se ha dicho, aunque con brevedad, algo de lo mucho que Dios nuestro Señor fué servido de obrar en la India Oriental, por la predicacion de su Evangelio y los buenos principios que habia en el reino de la China, para la conversion de aquella gente. Réstanos para cumplir con lo que propusimos al principio de esta historia, tratar lo que toca á los reinos del Japon, donde la cristiandad del Oriente más que en ninguna otra parte se ha señalado con admirables testimonios de su fervor y devocion en tiempo de paz, y de su constancia y fortaleza en tiempo de las muchas persecuciones que ha padecido, no sólo de los bonzos y sacerdotes, que son muy poderosos en aquella tierra, sino tambien de los reyes y señores gentiles, y señaladamente de un tirano que en estos últimos años quiso destruir toda la cristiandad del Japon, que en tantos años y con tantos trabajos se habia plantado.

Quien con alguna atencion leyere lo que falta de esta historia y el modo con que Dios nuestro Señor ha llevado y conservado esta nueva cristiandad del Japon, verá en ella un vivo retrato de la primitiva Iglesia, y de lo que San Juan Crisóstomo escribe *(Hom. 8 in Matth)*, pintando la vida de Cristo nuestro Señor y de sus Santos, la cual fué sembrada y entretejida de prósperos y trabajosos acaecimientos, para que con esta variedad se descubriese mejor la virtud y santidad de los siervos de Dios, y su vida fuese de mayor ejemplo y resplandor para todo el mundo.

Pero antes que comencemos el hilo y discurso de nuestra historia, será bien que digamos algunas cosas universales de esta tierra, porque darán mucha luz para todo lo particular que se ha de tratar en los libros siguientes.

La tierra del Japon son muchas islas juntas, aunque algo divididas entre sí con las entradas y salidas del mar Occéano. El camino derecho para Japon desde la India Oriental, es por Malaca á las islas que llaman Lequios; pero de ordinario se toma el viaje desde Malaca á la isla de Macao, que es del reino de la China, así por la comodidad de las embarcaciones, como por el comercio que hay de una parte á otra. Desde Macao, segun la navegacion que llevan ordinariamente los portugueses hasta Japon, hay como 200 leguas, aunque por otras partes hay ménos.

La grandeza y distancia de la tierra no se ha averiguado enteramente hasta ahora. Unos dicen que tiene más de 400 leguas de largo, y los que ménos le dan ponen 200. Nace esta diversidad de estar la tierra repartida en tantas islas, porque tomándolas todas juntas es muy probable y verosímil que serán más de 400 leguas todo lo que se encierra debajo de la monarquía del Japon. Pero si tomamos la tierra firme que hay

continuada, bien creo que ésta no pasa de 200 leguas, y será harto que llegue á ellas.

Todo el Japon es comunmente tierra montuosa, y aunque no es tan fértil como Europa, pero con las lluvias ordinarias que tiene, lleva fruto bastante para el sustento de la gente, y seria más abundante si las continuas guerras no la pusiesen en necesidad, porque con ellas muchas veces se destruyen y dejan de cultivar los campos. Cógese trigo, cebada, mijo y arroz en mucha abundancia, porque es entre los japones mantenimiento tan ordinario, como entre nosotros el pan de trigo. Tienen de casi todas las frutas que hay en Europa y otras muchas que son propias de aquella tierra, buenas y muy sabrosas. Críanse tambien ovejas, puercos, bueyes y muchos caballos, de los cuales se sirven en las guerras. En los bosques y montes hay jabalíes, ciervos y conejos, lobos y otros diversos animales, y no es menor la abundancia que tienen de aves silvestres, como son faisanes, ánades, ánsares, palomas, tórtolas, codornices y gallinas que se crian por el campo. Pero muy mayor es la que tienen de buenos pescados, así en los rios como en los brazos y golfos del mar. El clima del Japon es muy sano, y la tierra no muy fria, aunque en algunas partes suele caer tanta nieve, que cubre las casas. Tiembla muy de ordinario, y á esta causa lo principal de sus edificios es de madera. En algunas partes hay sierras donde hallan minas de oro y plata, hierro y otros diferentes metales, de los cuales van sacando continuamente y en mucha cantidad.

Solia tener el Japon un solo emperador y monarca, á quien todos reconocian y obedecian, que se llamaban el Voo, y por otro nombre Dayri. Este emperador tenia dos personas principales, que eran como vireyes para el gobierno de sus estados, que se llamaban los Cubos, y segun refieren sus historias, habrá como 500 años que el uno de estos vireyes mató al otro y se alzó con toda la monarquía del Japon, dejando al Dayri sin nada: mas los señores y caballeros del imperio, teniéndole por tirano, se levantaron luego contra él y le hicieron cruel guerra, procurando destruirle, pero al fin él prevaleció contra todos y se quedó con buena parte de la tierra, y cada uno de los demás se alzó tambien con lo que pudo, tomando nombre de jacata, que quiere decir rey, y de esta manera el imperio y monarquía del Japon, que antes pertenecia á un señor, se dividió en 66 reinos y otros tantos reyes, y no se ha de entender como algunos piensan, que cada rey de estos es como un conde ó duque en nuestra España, sino al modo que en la corona de Castilla están los reinos de Leon y Aragon, y Granada, y de Sevilla, con otros muchos, y en cada uno hay señores muy ricos y poderosos. De la misma manera debajo de la antigua corona del imperio del Japon, hay ahora otros 66 reinos principales, y en cada uno de ellos señores de mucha renta, al modo que ellos la tienen como adelante diremos.

Y que esto sea así, pruébase claramente, porque en la primera division de estos reinos, el que entónces se quedó con título de rey de Figen, tuvo por muchos años todo lo que ahora posee el rey de Arima y el de Omura, y el de Firando y Gotto, y ahora en el mismo reino de Arima tiene su estado el señor de Jimabara y otros muy poderosos, que dieron al rey mucho trabajo y le pusieron en grande aprieto, y lo mismo se verá en el discurso de esta historia, en el reino de Bungo y en otros muchos.

Aunque todo el Japon está dividido en 66 reinos, comunmente se hacen tres partes más principales de toda esta tierra. La primera tiene nueve reinos y es como una isla continuada, la cual tiene un nombre comun que se dice el Jimo, ó por otro nombre Saycocu. Los nombres de los nueve reinos son estos: Figen, Bungo, Fiunga, Bonzumi, Sucuma, Fingo, Chicugen, Chicungo, Buygen. Entre todos estos nueve reyes, antiguamente el más principal y más poderoso de todos era el de Figen, porque era señor de Arima y Omura, Firando y Gotto, pero andando el tiempo con las guerras que sucedieron, el de Firando y el de Gotto se quedaron con sus tierras, sin reconocer á nadie y aun la tierra de Figen se vino á dividir entre dos parientes, quedándose con lo de Arima el que fué primero señor de todo Figen, y el otro con lo de Omura, y cuando los Padres de la Compañía entraron en aquel reino, estaba dividido entre dos hermanos, que el uno se llamaba rey de Arima y el otro rey ó príncipe de Omura. En todo lo restante del Jimo, el mayor señor era el rey de Bungo, porque después que en su tierra se comenzó á predicar la ley de Dios, vino á tener cinco reinos, de estos nueve que eran Fingo, Buygen, Chicugen, Chicungo y el de Bungo.

La segunda parte del Japon se llama Jicocu, que quiere decir cuatro reinos, porque otros tantos hay en aquella isla, cuyos nombres son estos: Tossa, Aba, Sanoqui, Gijo, de estos cuatro el más principal es Tossa.

La tercera y más principal parte del Japon, es una isla grande en que hay 47 reinos, y los nombres de ellos son: Nangato, Inami, Suno, Jujumi, Aqui, Foqui, Bingo, Inaba, Bichu, Mima, Zaca, Farima, Tanquima, Bigen, Tamba, Tango, Bacasa, Jamajiro, Jamato, Inzumo, Quiy, Jechi-

gen, Bomi, Inga, Jima, Ije, Mino, Canga, Noto, Yetchu, Fitachi, Jimano, Boari, Micava, Cay, Jenchingo, Deva, Canzuque, Toutomi, Furanga, Izu, Mucaji, Jimonojuque, Sangami, Jimoveza, Findeaqui, Bonju, Bandou. A esta isla principal se reducen otras seis, que son otros tantos reinos, los nombres de ellas son: Sado, Voqui, Ceujima, Iqua, Abangi, Injunojima. Estos son los nombres más ordinarios y comunes de los 66 reinos del Japon, aunque algunas veces les ponen los nombres propios de las ciudades más principales que hay en ellos, como el reino de Nangato se llama muchas veces Amanguchi, por la ciudad principal que se dice así, y el de Sucuma, se llama de Sajuma, y el de Bomi se dice Cunoconi, por la misma razon y otros muchos á este modo, lo cual es bien que vaya entendido desde aquí para que no cause confusion ó turbacion á quien lo leyere.

Entre los 47 reinos que tiene la isla principal, hay cinco que tienen un nombre comun que es Guoquinay ó la Tenza, y en estos principalmente consiste la monarquía del Japon, y al que es señor de la Tenza reconocen todos los demás como á superior, porque el primero que tiranizó la tierra fué señor de estos cinco reinos, y sus descendientes quedaron siempre con este título y preeminencia. El principal reino de estos se dice Jamajiro, en el cual está la grande ciudad de Meaco, que es la corte del Japon donde reside el Dayri y el señor de la Tenza, y los principales bonzos y sacerdotes de aquella tierra.

Conforme al valor que tienen los señores de la Tenza, suelen ir ganando otros reinos; y quitándolos á sus vecinos y tomándolos para sí como se verá en los libros siguientes que un monarca de estos se hizo señor de 30 reinos, y otro pasó aun más adelante, porque los puso todos debajo de su obediencia.

En estos 66 reinos ningun mando ni gobierno tiene el Dayri, que fué el primero y legítimo señor de ellos, aunque siempre le quedó un rastro de su antigua dignidad, porque el da y acrecienta los títulos de honra que merecen los reyes, señores y caballeros, así por la calidad de sus personas como por las victorias que alcanzan y cosas señaladas que hacen en la guerra. Estos títulos se distinguen por ciertas letras y caracteres que ponen en sus firmas. Y como los japones son tan codiciosos de la honra, por alcanzarlos, ofrecen cada año al Dayri tantos presentes y dineros, enviándole á visitar con sus embajadores, que aunque no tiene otras tierras ni rentas, con solo esto representa grande majestad, y es tenido de todos en suma veneracion.

CAPÍTULO II

De algunas costumbres particulares que tienen los japones.

Son las costumbres de los japones muy particulares y muy diferentes de lo que usan otras naciones y de lo que pasa en nuestra Europa, porque así como nosotros para hacer comedimiento á una persona nos quitamos el bonete, ellos se quitan los zapatos; y cuando han de recibir alguien en su casa se asientan, teniendo por mucha descortesía recibirle estando en pié. Acá pareceria mal un hombre pelada la cabeza, allá se tiene por gentileza y autoridad andar los hombres sin cabellos, y así, en pasando de catorce ó quince años, se los arrancan con harto dolor, dejando solamente un manojo de ellos en medio de la cabeza, si no son los viejos y gente de más autoridad que los dejan en el colodrillo.

Por acá ponen los hombres su tesoro en tener algunas piezas de plata y oro ó piedras preciosas; pero los japones en tener espadas de maestros antiguos y nombrados en aquella arte; y por una de estas dan 2.000 y 3.000 ducados. Y lo que más admira es ver que tienen esta misma estima de algunas cosas que entre nosotros serian de ningun precio ni valor, como unas trébedes y ciertos vasos y ollas en que calientan agua para echar los polvos de una yerba que llaman cha, con la cual convidan á beber á los que quieren hacer honra y cortesía. Suelen valer estas trébedes y ollas, cuando son de cierto barro y de oficiales antiguos, 4.000 y 6.000 ducados; y el rey de Bungo dió por una pieza de éstas 14.000; y cuando les preguntan la causa por qué gastan tanto dinero en cosas que tan poco valen, dicen que lo hacen por la misma razon que nosotros compramos en precio tan excesivo un diamante ó rubí, de los cuales hacen ellos tan poco caso, como hariamos nosotros de sus ollas; y aun añaden que en esto es mayor nuestro engaño que el suyo, porque ellos dan su dinero por cosas que son de algun provecho y uso, pero que nosotros le empleamos en lo que solo ha de servir de tenerlo muy guardado en cofres; y en parte tienen razon, porque estas ollas y vasos que ellos estiman tanto, tienen virtud de conservar el cha, cuyas propiedades son admirables, y una de ellas es, que si alguno bebe dos medias escudillas en dos veces de esta agua, pasará toda la noche sin que el sueño le dé pena, ni por haber dejado de dormir la noche, se hallará el dia siguiente con ménos buena disposicion en la cabeza y en todo el cuerpo que si hubiera dormido

el tiempo ordinario que otras veces tenia de costumbre.

Otra propiedad es, que aunque esté un hombre tomado del vino, en bebiendo de esta agua siente la cabeza libre y tan desembarazada de los humos del vino, como si no lo hubiera probado ni bebido. Y á esta causa estiman tanto los japones estos vasos que llaman boyones, porque en ellos y no en otras vasijas se conserva esta yerba con todas sus virtudes y propiedades. Tambien es muy particular el modo que guardan en sus comidas. Siéntanse en el suelo sobre esteras muy finas de palma, y cada uno come en su mesilla pequeña y cuadrada, y para cada plato traen mesa diferente. No usan manteles ni servilletas, cuchillo ni cucharas, y con todo eso guardan muy grande limpieza y modestia, porque toman lo que han de comer con dos varillas de madera ó de marfil, poco más largas que un palmo, y tienen ya en esto tanta destreza, que no se les cae una migaja.

Aborrecen grandemente la leche y las cosas que se hacen de ella, porque están persuadidos que la leche es la sangre de las ovejas mudado el color, y así les causa tanto horror el comerla como á nosotros el beber sangre cruda. El mismo asco tienen en comer carne de vaca ó carnero, como lo tendriamos nosotros en comer de un caballo ó de otra bestia semejante. Su comida ordinaria es arroz y aves que cazan, porque son muy aficionados á este ejercicio, y pescados frescos, que los tienen buenos y en grande abundancia, y frutas de la tierra muy sabrosas. No tienen vino sino el que hacen de arroz, y úsanle poco, porque gustan más de beber agua muy caliente, así en verano como en invierno.

Sus cortesías y ceremonias son infinitas, y de ellas tienen escritos muchos libros. Para sólo beber un jarro de agua usan de siete ú ocho; y en el comer y enviar presentes y recados de unos á otros, hay tantas que apénas hay quien las sepa todas. Los edificios de sus casas comunmente son de madera, aunque algunas fortalezas y palacios de algunos señores principales son de piedra, pero sin mezcla de cal ni de otra cosa, al modo que está hecha la puente de Segovia, porque las piedras de estos edificios son muy grandes y labradas con tal arte, que encajan muy bien las unas con las otras. Précianse de tener grande limpieza en sus casas, y aunque son de madera, pero muy hermosas y vistosas, especialmente las que son de gente noble que las hacen de ciprés ó cedro, de que hay mucha abundancia en aquella tierra. Todo el suelo y paredes cubren con esteras muy finas y delicadas, y de estas mismas hacen colchones en que se acuestan y cúbrense con unos ropones largos hasta en piés, aforrados en borra de seda ó de algodon, y pasan bien de esta manera, porque tienen costumbre de dormir siempre vestidos. La gente noble gasta mucha parte de la noche en músicas y representaciones y despachar negocios, y comunmente todos los japones duermen poco.

El vestido así de hombres como de mujeres, es muy honesto y vistoso, y el de la gente noble es de seda de diversas colores, sembrado de muchas pinturas que le hacen más gracioso; el tocado de las mujeres ordinarias, es traer el cabello recogido en la cabeza sin otra cosa alguna. El de las nobles, es traerle suelto, aunque cuando van á visitas ó son visitadas de personas principales ponen en la cabeza un lienzo, pero cuando van á la iglesia cubren toda la cabeza con la vuelta de una saya larga que traen sobre todo el vestido.

Acostumbran los japones tener un dia señalado en que comunmente se visten todos de verano, y otro en que se visten de invierno. En este tiempo, por causa del frio, aforran sus vestidos en la borra de la misma seda, que es muy caliente y abriga mucho. Dan los japones repudio á sus mujeres con grande facilidad y por causas ligeras, y toman otras; pero la mujer no puede hacer esto, sino es acogiéndose á casa de algun señor de la tierra; que entónces queda libre de su marido, pero esclava de aquel señor para toda la vida, sino es que él mismo de su voluntad quiera darle libertad, lo cual hacen muy raras veces.

CAPÍTULO III

De algunas otras condiciones y propiedades particulares de los japones.

Entre todas las naciones que se han descubierto en el Oriente hacen ventaja los japones á las demás, así en la nobleza de su condicion como en la capacidad de su entendimiento para dejarse gobernar y guiar de la razon, como lo ha mostrado la experiencia desde que los Padres de la Compañía entraron á predicarles la ley de Dios, porque apénas se halló hombre que quisiese recibirla, sin que le hubiesen convencido primero con razones eficaces de la falsedad de sus sectas y respondido á las dudas que proponian acerca de lo que se les predicaba. Échase de ver tambien su buen ingenio y habilidad, en que siendo para ellos tan peregrina nuestra lengua y letra, la aprenden con grande facilidad y en poco tiempo, y cualquier niño,

aunque sea pequeño, sabe dar un recado por largo que sea, sin mudar ni trocar las palabras que le dijeron, y los que son algo mayores, en ménos de un año, despues que son cristianos, hacen tan buen concepto de la ley de Dios, que la predican con la facilidad que si toda su vida se hubieran criado en ella.

La lengua de los japones es muy grave y copiosa, y en muchas cosas hace ventaja á la griega y latina, así en la abundancia que tiene de vocablos para decir una misma cosa, como en la propiedad y elegancia de ellos. Depréndese con esta lengua, juntamente retórica y buena crianza, porque no se puede hablar con todas personas, aunque sea de una misma cosa, sino con muy diferentes palabras, y así, las tienen para tratar con la gente noble, y para con la gente comun y más ordinaria, unos vocablos para tratar con los viejos, y otros para los que son de ménos edad, y quien los trocase ó mudase se reirian de él; y de aquí es, que en sabiendo bien la lengua del Japon se sabe el término y comedimiento con que se ha de tratar con todos.

Tienen dos maneras de abecedarios: uno es de solas letras y otro de figuras al modo de los chinas; son brevísimos en escribir, porque no ponen letra ni palabra sino es con mucha consideracion, por no ser notados de imprudentes ó menos discretos, y tienen tal ingenio y admirable artificio en el escribir, que declaran muchas veces con sola la escritura lo que no pueden declarar con palabras.

Estiman los japones en tanto la honra, que por guardar el punto de ella aborrecen el hurtar y el jugar, y por ella respetan y obedecen los hijos á los padres, los criados y vasallos á sus señores, y guardan la fe y palabra á los amigos, y tienen entre sí grandes cortesías y comedimientos. De aquí tambien les nace tener grande freno y moderacion en la gula y en la cólera, á lo ménos en lo que se puede notar y echar de ver, y por grande disgusto que el padre tenga de su hijo, ó el marido de la mujer, ó el señor de su criado, no lo ha de mostrar en el rostro ni en las palabras, porque tienen por grande bajeza que se echen de ver en ellos semejantes afectos desordenados; y á esta causa, cuando es necesario reñir ó reprender alguna cosa, hácenlo con mucha gravedad y modestia; y si el negocio es tal y tan pesado que temen les será ocasion para descomponerse, toman por medio tratarle por tercera persona, por no decir algunas palabras injuriosas ó afrentosas. Ayúdales mucho para esto que desde niños acostumbran tratarse con tanto comedimiento y cortesía, como si fueran hombres de mayor edad.

Esta moderacion de ánimo muestran tambien en las adversidades, como se ha visto en algunos príncipes y señores del Japon, que habiendo perdido sus estados no muestran en lo exterior más turbacion ni tristeza que si nada les hubiera sucedido, porque entre ellos la pobreza no es deshonra; y el que es noble, aunque venga después á ser pobre, le tienen respeto los demás como si fuera rico; y á esta causa, aunque pierdan la hacienda, como no pierdan su honra, llévanlo en paciencia, y por la misma razon, una persona noble no casará con otra que no lo sea por ningun interés que le dén. De la misma raíz nace otra costumbre bien extraordinaria que tienen los japones, que cuando algun señor manda matar á alguno de sus criados ó vasallos, él mismo, si lo sabe, se mata primero cruzándose los pechos con una daga, y lo mismo suelen hacer los que se precian de sus deudos ó amigos, cuando no pueden vengar su muerte, mostrando con esto el amor que le tenian, lo cual hacen por parecerles grande afrenta ser muertos por mano ajena.

El principal ejercicio de los japones y de que ellos más se precian, es el de las armas, y en él se crian desde niños, porque en llegando á doce años ciñen todos espada y daga. Usan tambien escopetas, arcos, flechas y lanzas en las guerras que tienen muy de ordinario unos reyes con otros, porque los súbditos y vasallos de un señor viven entre sí con mucha paz y tiene pena de muerte el que hiere ó mata á otro.

CAPÍTULO IV

De los diversos estados de gente que hay en el Japon entre los seglares.

Las suertes de gente que hay entre los japones se pueden reducir en comun á dos, que son la del estado seglar y la de los sacerdotes y religiosos. De los que tocan al estado seglar, la primera suerte es de los jacatas ó reyes, que son señores de reinos enteros con absoluto dominio y potestad. Estos jacatas se quedan con buena parte del reino para el sustento de su casa y familia y para acudir á sus obligaciones. Las demás tierras reparten á otros vasallos suyos que se llaman conijus, y es lo mismo que condes ó duques en España, y son la segunda suerte de gente, los cuales son mayores ó menores señores, segun la mayor ó menor parte que les cabe del reino. Estos conijus están siempre muy dependientes de los jacatas, porque les pueden quitar el estado y gobierno y darle á otro cuando quisieren, y por el tiempo que le gozan tienen obligacion de servir á los reyes con cierto número

de gente á su costa, en tiempo de paz y de guerra, mayor ó menor conforme al estado que tiene cada uno, y segun lo que acerca de esto disponen las leyes del Japon.

Los conijus tienen por vasallos otros señores que se llaman tonos, que son la tercera suerte de gente y corresponden á los mayorazgos de por acá. Porque de la manera que el rey guarda una parte del reino para sí, y la demás reparte entre los conijus, que son como duques ó condes, así tambien cada uno de éstos reserva para sí un pedazo del estado que le dieron, y lo demás reparte entre los tonos, que son caballeros principales, con la misma obligacion de acudirles con cierto número de soldados en tiempo de guerra y criados que los sirvan y acompañen en tiempo de paz; y por el mismo órden suelen tambien los tonos repartir con sus deudos y amigos aquella parte del estado que les ha cabido; y así la cuarta suerte de gente es de estos hidalgos y soldados que sirven á los jacatas, conijus y á los tonos, que son muchos. Y por esta dependencia que tienen los unos de los otros, siempre que alguno de los conijus ó tonos es privado de su estado y señorío, han de pasar por la misma pena todos sus criados y vasallos, y han de buscar su remedio si el que sucede en el mismo estado no quiere servirse de ellos y dejarlos en las tierras que antes tenian.

De aquí tambien nace que aunque estos señores del Japon no tienen tanta renta como los reyes y señores de Europa, juntan con mucha facilidad muy gruesos y lucidos ejércitos cuando quieren hacer alguna guerra, y representan mucha autoridad en sus casas con el grande acompañamiento que traen de criados á quien han repartido sus tierras, porque los mismos que les sirven de soldados en la guerra sirven tambien de criados y continuos de su casa.

Cada uno de estos jacatas, conijus y tonos, y aun cada padre de familias en su casa tiene tan absoluto imperio sobre sus inferiores y vasallos, que por sola su voluntad suelen desterrarlos y quitarles la hacienda y aun la vida, y cuando esto lo hacen con alguna razon y causa, nadie les dice nada, pero cuando no la hay, suelen los deudos y amigos procurar vengar aquella muerte ó deshonra. Y esta es la causa de ser los señores en Japon tan temidos y obedecidos, aunque como esta obediencia es tan violenta y los japones naturalmente son belicosos, altivos de corazon y amigos de su honra y deseosos de mandar, suelen juntarse algunos conijus que son poderosos y dan mucho en que entender á los reyes. Todos estos señores cuando son ya viejos ó sus hijos pasan de veinte años, de ordinario les entregan el gobierno de sus casas y estados, ayudándoles solamente con su industria y consejo, y ellos se retiran á una vida particular y más quieta, reservando para sí alguna renta con que puedan pasar conforme á su calidad, y en señal que dejan ya el mundo, se rapan la cabeza como bonzos.

Otra suerte de gente es de mercaderes, cuyo comercio ordinario es con los chinas que acuden á Macao, y algunas veces con los de las Filipinas y con los portugueses que vienen cada año al puerto de Nangasaqui y á otros del Japon. Su trato y comercio, aunque es de muchas y varias cosas, el más principal y más grueso es en sedas de diversos colores, por ser grande el gasto de ellas para el vestido de la gente noble; y así la sexta suerte de gente que hay en Japon, son artífices y oficiales, que son muchos, porque como la mayor parte de los que viven en las ciudades y villas son los hidalgos y caballeros que sirven á los jacatas y á los demás señores de soldados cuando hay guerra, y de criados y continuos de sus casas cuando hay paz, procuran todos andar muy compuestos y aderezados, y así es grande el número de oficiales que se ocupan en hacer vestidos de diferentes sedas y colores, y otros se emplean en hacer diversos géneros de armas, instrumentos de guerra y aderezos de caballos.

La última suerte de gente son los labradores que cultivan las tierras y heredades de estos señores y caballeros, y son como criados suyos, porque los sustentan y dan salario sin que lleven otro provecho de lo que labran y cultivan, que todo es para los señores y dueños de las mismas heredades.

CAPÍTULO V

De los muchos bonzos y sacerdotes que hay en Japon.

No es menor la diversidad que hay en el estado de los sacerdotes y religiosos del Japon, que entre los señores y caballeros seglares, y aunque en todas las partes de la India era el demonio adorado y reconocido por Dios, antes que se les predicase el santo Evangelio; pero señaladamente reinaba esta idolatría en Japon, donde él mismo habia plantado una falsa religion, y la tenia tan autorizada con grande número de sacerdotes y religiosos, ricos y poderosos, que parecia imposible entrar en aquella tierra ni recibirse en ella la ley de Dios.

Parecen estos bonzos en lo exterior un retrato y representacion de los verdaderos sacerdotes y religiosos que están dedicados en la Iglesia católica al culto divino, y así procuran imitar con sus idolatrías y supersticion las sagradas ceremonias con que Dios nuestro Señor es adorado y reverenciado de sus fieles, y el modo y órden

que tiene en los ministros y sacerdotes de su Iglesia. Porque de la manera que nosotros reconocemos al Sumo Pontífice y Vicario de Cristo por el supremo de todos los Prelados y sacerdotes, y en segundo lugar á los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, así ellos tambien tienen á su modo un supremo bonzo que se dice Jaco, y es cabeza de todos los demás, al cual pertenece aprobar y confirmar las sectas que se levantan de nuevo, y determinar las dudas que se ofrecen acerca de ellas, y por su declaracion han de pasar los demás. A él tambien acuden para que dispense en las cosas graves y de más importancia que tocan á su religion. Este mismo jaco elige los tundos, que son otros bonzos como obispos y arzobispos, los cuales tienen potestad de dispensas en cosas más livianas y ordinarias. Tambien confirma el jaco las elecciones de los superiores que han de gobernar los monasterios más famosos y principales, porque los demás superiores confirman los tundos.

Tienen estos bonzos muchas y muy grandes universidades donde estudian sus sectas. Las más insignes son cinco, y se llaman: Goya, Nenguru, Feyzan, Taninomine, Vandou, y ésta última tienen por más principal de todas y donde hay mayor concurso de estudiantes, aunque en cada una de las otras cuatro pasa el número de ellos de 3.000 ó 4.000. Así como las sectas del Japon son muchas y diferentes entre sí, lo son tambien los mismos bonzos en el hábito y ceremonias. Su oficio ordinario es hacer las exequias y enterramientos de los difuntos, porque se lo pagan muy bien. Dentro de sus monasterios suelen cantar á coros, leyendo por sus libros al modo que los sacerdotes y religiosos de por acá dicen los maitines y las demás horas.

Predican tambien muy de ordinario y con grande aparato exterior, porque se sube el predicador á un lugar alto á modo de púlpito ó cátedra, vestido de seda, con un ventalle de oro en la mano. Tiene delante puesta una mesa con un rico dosel, y encima su libro, por el cual va leyendo un poco, y después lo declara con tantas razones y elocuencia, que algunas veces hace llorar el auditorio, que pasa de ordinario de 2.000 y 3.000 personas. El fin que tienen en estos sermones es persuadir á los oyentes que en sola aquella secta que cada uno predica, se pueden salvar, procurando acreditarla para que la sigan, y es una de las granjerías que tienen estos bonzos para enriquecerse y pasar su vida, porque como los sermones son muy ordinarios y los oyentes muchos, y cada uno ofrece algun dinero, es mucha la cantidad que suelen recoger cada vez.

Parece que se juntó en estos bonzos del Japon toda la hipocresía de los fariseos, porque mirando su compostura exterior, su blandura en el hablar y tratar con todos, parecen hombres de grande santidad y virtud, y son los más viciosos y llenos de pecados que hay en aquella tierra. Pero como la gente echa de ver que no comen carne ni pescado, sino sólo arroz y yerbas (á lo ménos en público) tiénenlos en tanta veneracion, que falta poco para adorarlos. Ayuda tambien para ello que muchos de estos bonzos son muy nobles y ricos, que como los reyes y señores del Japon son tantos, ordinariamente algunos de sus hijos se hacen bonzos, y sus padres les edifican monasterios y aplican renta para que puedan vivir conforme á la calidad de sus personas, y este es uno de los mayores impedimentos que hay en aquellos reinos para manifestarse la ley de Dios, porque viendo los bonzos cuán contraria es á sus pecados y á la hipocresía de su vida, y que con ella se descubre la falsedad de sus sectas, de lo cual resulta perder sus devotos y feligreses y disminuirse en gran parte sus rentas y limosnas, procuran con todas sus fuerzas que nadie la reciba, ni haya quien la predique, como se verá en el progreso de esta historia.

En algunos monasterios más principales, fuera de los bonzos, hay muchas mujeres religiosas en otra habitacion distinta y apartada, y su ocupacion es hospedar las mujeres que vienen de otros reinos ó ciudades en peregrinacion para visitar los templos. Hacen tambien las nóminas y vestidos de papel que dan los bonzos á sus feligreses para asegurarles la salvacion y para que vayan derechos á su paraíso.

CAPÍTULO VI

Algunas sectas principales del Japon.

Aunque las sectas del Japon son muchas y muy diferentes, puédense reducir á dos principios universales. El primero es de los que niegan haber otra vida ni otras sustancias espirituales más de las que perciben por los sentidos exteriores, ni prémio ni castigo por las buenas ó malas obras. Los que profesan esta secta se llaman jenjus, y comunmente la siguen los reyes y señores del Japon, por vivir con más licencia y pecar con más libertad.

Los bonzos que la enseñan y predican tienen cierto modo de meditaciones, ordenadas á sólo quitar, si pudiesen, el gusano de la mala conciencia, y hallar paz en medio de sus pecados, y los que entre ellos son maestros y se llaman muza-

raquis, dan á sus discípulos cada dia algunos puntos en que mediten, para que acerca de ellos descubran nuevos motivos, comparaciones y razones para quietar el alma en su miserable modo de vida y hacerse sordos y como insensibles á las voces y remordimiento interior de la conciencia; de manera que sus meditaciones con más razon se podrán llamar quita pesares.

Todos estos bonzos y feligreses adoran á unos ídolos que llaman camis, los cuales fueron señores del Japon y muy señalados en la guerra. Tienen estos camis templos muy ricos y suntuosos, y por ellos juran en los negocios graves que se ofrecen, y señaladamente cuando los vasallos han de hacer juramento de fidelidad á sus reyes y señores. Tambien acuden á pedirles salud y victoria contra sus enemigos, y para alcanzar lo que desean, ofrecen en los templos de estos camis muchos dones de oro y plata y otras cosas, todo lo cual redunda en utilidad y provecho de los bonzos.

Entre los que confiesan haber otra vida, hay dos sectas principales de las cuales salieron otras muchas, como adelante se dirá. La primera de éstas se llama de los jodogius, que quiere decir hombres del lugar superior ó del paraíso. Adoran los de esta secta un ídolo que se dice Amida, del cual cuentan mil patrañas y mentiras; que fué hijo de un rey de Levante, y tuvo dos hijos, y que muerta su mujer, hizo por ella y por todos los que le adorasen grande penitencia, de manera que para salvarse no tuviesen necesidad más que de repetir estas palabras: «Namu, Amida, Buth,» que quiere decir: «Bienaventurado Amida, sálvanos,» y así las dicen con grande eficacia y devocion, pasando las cuentas de sus rosarios que para esto traen siempre en las manos.

Esta secta de Amida es una de las más extendidas y favorecidas que hay en Japon, porque como son gente de buenos entendimientos, tienen algun rastro de la otra vida y de la inmortalidad del alma, y como les prometen tan barata la salvacion y el perdon de sus pecados, huelgan de recibirla. Los bonzos que viven en los templos de Amida, suelen andar por las calles tañendo una campanilla y cantando aquellas tres palabras, con lo cual recogen mucha limosna. Tambien dan á sus devotos y feligreses ciertos vestidos hechos de papel con el nombre y figura de este ídolo con otras muchas nóminas, asegurándoles la salvacion si mueren con ellas. Por estos vestidos y papeles dan los japones grande suma de dinero, y es una de las buenas rentas y granjerías que tienen los bonzos.

La segunda secta se dice de los foquejus, y toman el nombre de un libro llamado *Foque*, por el cual se gobiernan así los bonzos como todos los demás que la siguen. Adoran estos otro ídolo por nombre Jaca, del cual dicen tantas fábulas y mentiras como del pasado, y una de ellas es que para salvarse los que le adoran, bástales decir con devocion estas cinco palabras: «Namu, Mio, Foren, Qui, Quio,» cuya significacion es tan oscura y dificultosa de entender, que nunca acaban los bonzos de penetrarla ni declararla, y parece haber sido invencion del demonio para que ni se pudiese disputar contra ellas, ni descubrir su falsedad. Mas la divina Providencia ordenó que el mismo Jaca declarase la poca sustancia y verdad que habia en todo lo que dejó escrito acerca de su secta, porque al fin de su libro *Foque*, dice estas palabras: «En cuarenta y cuatro años que escribí, aún no declaré la verdad, y por eso los 2.000 libros no son verdad.»

Estos bonzos foquejus son de los más obstinados que hay en Japon, porque sólo se fundan en el crédito y opinion que tienen de su libro *Foque*, por el cual se rigen como los moros por su *Alcoran*, sin querer admitir razon para ninguna cosa, porque fácilmente se hallan atajados y convencidos sin tener que responder. Son tenidos estos bonzos en tanta veneracion como los que adoran al ídolo Amida, porque los unos y los otros hacen muy fácil el camino de su paraíso y venden barata la salvacion, y para asegurarla dan estos bonzos foquejus tambien sus vestidos de papel y nóminas por el mismo precio que los de Amida.

CAPÍTULO VII

De otras sectas particulares que salieron de las tres primeras.

De las tres sectas principales que hemos dicho, nacieron otras muchas en diversos tiempos con ocasion de que algunos bonzos fueron introduciendo en sus monasterios particulares ceremonias y modos de adorar sus ídolos, y con esto se hicieron autores y fundadores de particulares sectas, entre los cuales fué un bonzo que dió principio á la secta de los icojus, que quiere decir hombres de un solo corazon y rostro. Este bonzo vino á ser tan estimado entre los japones y tan venerado de todos, que de sólo verle lloraba la gente y pedian que los absolviese de sus pecados, con tener él harto mayor necesidad de quien le perdonase los suyos, porque era muy vicioso. Hacíanle cada año una fiesta, y eran tantos los que de todas partes concurrian á ella y los que estaban esperando á que se abriese la puerta del templo, que de ordinario morian algunos

con la apretura de la gente y deseo de entrar; y aun otros por su devocion se dejaban caer para que los pisasen y ahogasen, teniéndose por dichosos en morir de aquella manera.

Entre los discípulos de Jaca hubo tambien otro bonzo muy famoso que se llamó Combadagi, que más parece haber sido demonio que hombre, segun las cosas que de él cuentan; lo cual se hace muy verosímil, porque uno de los preceptos que dejó á todos sus discípulos y feligreses fué que habian de adorar al mismo demonio. Enseñóles tambien ciertas palabras, con las cuales hacen que éntre el demonio en el cuerpo de quien ellos quieren, y que desde allí les responda á lo que le preguntan. Estando para morir este bonzo mandó que le hiciesen una cueva y encerróse dentro, diciendo que queria reposar y que desde allí á tantos mil años vendria á Japon un grande letrado y entónces él saldria para disputar con él y convencerle, pero que antes de este tiempo nadie se atreviese á despertarle de su sueño y reposo, ni abrir la cueva. Edificáronle despues de su muerte algunos templos, y el más principal de todos en un lugar llamado Coya, á donde está la cueva. Arden delante de su sepultura continuamente muchas lámparas, las cuales envian y sustentan allí con particular renta diversos señores.

Este bonzo, como era tan principal, tuvo muchos discípulos que inventaron otras sectas. Uno de ellos que se llamó Cacubao, fundó la de los negoros, que son muy nombrados en Japon. De estos negoros unos atienden á solo el culto de sus ídolos y son pocos, los más principales se ocupan en el ejercicio de las armas. Son muy belicosos y reciben sueldo de cualquier señor que quiere servirse de ellos en la guerra. Adoran todos á su fundador Cacubao, y tienen por oficio hacer cada dia cinco flechas. Son muy ricos y poderosos porque tienen dos reinos suyos propios que han conquistado, y fuera de esto algunos bonzos particulares tienen á 50.000 y 60.000 ducados de renta, que los pueden dejar á quien quisieren. No tienen superior á quien hayan de reconocer, aunque para el gobierno de su comunidad y república eligen 10 personas de los más ancianos que se llaman otonas, y por lo que éstos ordenan y determinan pasan á los demás. Nunca se casan, ni entra mujer en la ciudad donde ellos viven, y el que hallan haber pecado con alguna, no puede tener jamás oficio de otona ó gobernador. Las casas de estos negoros son todas de ciprés y cedro, con muchas salas y ricos aposentos, pintadas de historias antiguas. Sin esto tienen grandes huertas y hermosos jardines, con fuentes de agua y estanques llenos de peces. La tierra donde viven es tan poblada, que en tocando una campana (la cual se oye de muy léjos) dentro de tres ó cuatro horas se hallan juntos y á punto de guerra 30.000 negoros.

Este mismo bonzo Combadagi tuvo otros dos discípulos que fueron hermanos de padre y madre, los cuales tomaron tan bien la doctrina de su maestro, que fundaron ellos por sí otra nueva secta y peor que todas las pasadas, cuya profesion es ofrecerse de todo punto al servicio del demonio y darse por muy íntimos siervos y familiares suyos. Llámanse los que tienen esta secta jamabugis, que quiere decir soldados de la sierra, porque los más de ellos viven en unas muy ásperas montañas, y pocas veces los ven en poblado. Otros hay que pasan su vida con mil embustes y hechicerías que usan por el pacto que tienen con el demonio, como es descubrir algunos hurtos, decir por la mano la buena ó mala ventura como gitanos, y adivinar algunas cosas futuras. Antes de llegar á los pueblos tocan unas cornetas ó caracoles que traen colgados de la cinta, para que se entienda que vienen y se aprovechen de sus buenas habilidades los que se precian de sus devotos.

Entre otras cosas que dejaron los fundadores de esta secta para los que la hubiesen de seguir, fué una peregrinacion que hacen dos veces cada año para adorar al demonio en cierto templo, que por ser cosa tan particular y extraordinaria la pondré aquí como la contó uno de estos bonzos que la habia andado siete veces, y después por la misericordia de Dios nuestro Señor fué cristiano.

CAPÍTULO VIII

De la peregrinacion que hacen cada año los bonzos jamabugis.

Para echar de ver la suavidad que tiene el yugo de la ley de Dios y de su Evangelio, y cuán pesado y dificultoso es de llevar el que traen sobre sí los que sirven al demonio, basta leer con alguna atencion esta peregrinacion de los bonzos jamabugis.

Júntanse para esta jornada de ordinario más de 2.000 personas en la ciudad de Nara ocho ó diez leguas de Meaco, y tardan en ella setenta y cinco dias, porque otras tantas leguas hay desde donde parten hasta el fin de su peregrinacion, y es harto que puedan andar cada dia una legua, segun es áspero y trabajoso el camino que llevan por encima de unas altísimas sierras, en las cuales ni se ve animal, ni ave, ni sabandija, porque la mayor parte del año están cubiertas de nieve.

Todo el tiempo que dura la peregrinacion van estos feligreses del demonio haciendo penitencia y no comen más que un puñado de arroz tostado por la mañana y otro tanto por la tarde. Los primeros ocho dias padecen mucha sed, porque no se halla gota de agua si no la llevan consigo, y á esta causa suelen enfermar y aun morir algunos sin que haya quien se compadezca de ellos, porque al enfermo le dejan solo hasta que muere ó convalece, y los demás prosiguen su camino.

Parten todos estos peregrinos juntos de la ciudad de Nara, llevando cada uno sobre los hombros el mantenimiento necesario para todo su viaje. A ocho leguas de Nara comienza lo áspero de las sierras, y en un lugar que está al pié de ellas llamado Ocino, salen á recibirlos buen número de bonzos de los que viven en aquellas montañas. Estos bonzos, que se dicen los jenguis, y otros que se llaman guoguis, son los más íntimos y familiares que tiene el demonio en Japon, y así tratan con él muy de ordinario, y por eso viven entre aquellos riscos, y nunca los ven en poblado, ni sabe nadie dónde se recogen. Tienen los jenguis tan espantosos y fieros aspectos, que pone horror y temor el mirarlos. Traen los cabellos desgreñados, y por donde caminan llevan tanto ruido y estruendo, que parecen un recio torbellino. Acompañan estos jenguis á los peregrinos hasta otro lugar que se dice Ozaba, donde salen los guoguis para guiarlos en lo que resta de la peregrinacion.

Es comun opinion entre los japones que estos guoguis son demonios en figura de hombres. Su semblante y aspecto es aun más horrible y fiero que el de los primeros. Llevan á los peregrinos por unos riscos tan ásperos, que tienen necesidad de asirse con piés y manos para poderse tener y seguir á los guoguis, los cuales van saltando y brincando como corzos, y con tanta facilidad como si fueran por camino muy llano. Persuaden estos guoguis á los peregrinos que tengan mucha devocion con su dios Jaca, y que guarden el ayuno de aquellos dias con rigor, y si echan de ver que faltan con esto ó hacen alguna otra cosa con que les dén disgusto, arrebatan del pobre peregrino y cuélganle por las manos de algun árbol y dejánle estar allí, hasta que de puro cansado se despeña y hace mil pedazos, porque es muy grande la altura de aquellas sierras. Cuando sucede algun caso de estos han de callar todos y pasar adelante su camino, aunque sea padre ó hermano ó hijo del que se ha despeñado, porque en mostrando cualquiera sentimiento por su muerte, al punto le ponen á quien esto hace en el mismo lugar.

Habiendo caminado los peregrinos con este trabajo y peligro más que la mitad de su jornada, vienen á parar en un campo que hay entre aquellas sierras, donde los detienen un dia y una noche, haciéndolos estar sentados con harto trabajo, las manos cruzadas y las rodillas junto á la boca, y si alguno por estar cansado muda esta postura, acuden luego los guoguis (que andan mirando con atencion cómo está cada uno) y dánles con unos palos cruelmente en las rodillas hasta que se tornan á poner como estaban primero. Este dia y medio que detienen los peregrinos en aquel campo, es para que se acuerden y hagan memoria de los pecados de aquel año, y sírveles de exámen de conciencia para la confesion que han de hacer después. Bien creo yo que quien leyere este modo de penitencia y confesion que el demonio ha enseñado á sus ministros, se le hará muy dulce y suave el que Cristo nuestro Señor ha dejado en su Iglesia, y así lo sentia y decia el bonzo que probó el uno y el otro.

Pasadas algunas leguas del campo que habemos dicho, se descubren muchas y muy altas sierras puestas en contorno, aunque bien cerca unas de otras. Pero á todas ellas sobrepuja y hace ventaja en su altura un risco que está en medio. En la punta de este risco tienen los guoguis puesto un baston de hierro que tendrá más de tres varas de largo, al cual sacan con grande artificio fuera de la peña, hasta dejarle en el aire, y despues le tornan á recoger para dentro. En el remate del baston está asido un peso con dos balanzas grandes. En la una de ellas van poniendo los guoguis uno á uno todos los peregrinos, y en la otra su contrapeso, para que entrambas queden iguales.

Puesto el peregrino en la balanza, sácanla con su artificio hácia fuera y déjanla en el aire en medio de aquella profundidad y altura. A este espectáculo concurren todos los demás peregrinos, asomándose por las sierras que están alrededor. Mandan luego los guoguis al triste penitente que se confiese públicamente de cuantos pecados ha hecho aquel año, de manera que lo oigan y entiendan los circunstantes, y así lo hace. Acabada la confesion tornan á recoger para dentro el baston y las balanzas, y habiendo quitado el penitente ponen otro en su lugar, hasta que acaban de confesarse todos por el mismo órden, y si alguno encubre sus pecados y no los confiesa claramente, al punto estos ministros del demonio ó demonios en figura de hombres le arrojan de la balanza abajo, donde antes que llegue al suelo va hecho mil pedazos, despeñándose por aquellas asperísimas sierras.

Confesados todos los peregrinos, prosiguen su camino hasta llegar á un templo donde está el ídolo de Jaca, de oro macizo, acompañado de otros muchos ídolos pequeños, tambien de oro, que ofrecen algunos señores y caballeros del Japon, y los envian con estos jamabugis cuando van á su peregrinacion. Después de haber adorado al demonio en figura de Jaca, despídense de los guoguis, dándoles cada peregrino tres taes de plata, que valdrán más de cuatro escudos de los nuestros. Y últimamente llegan á otro templo que está al fin de su jornada, en el cual se recrean y festejan los peregrinos con banquetes y diversas representaciones por espacio de seis ú ocho dias en señal del buen suceso que han tenido en su viaje, y desde allí se vuelve cada uno para su tierra por otro camino diferente del que habian traido.

CAPÍTULO IX

De algunos monasterios más principales donde residen los bonzos del Japon.

Aunque en todos los reinos del Japon hay muchos monasterios de bonzos y templos de sus ídolos, pero señaladamente en la sierra de Frenojama, que está como cuatro leguas de la ciudad de Meaco. Tiene esta sierra tres leguas de largo y dentro de su contorno 13 valles muy deleitosos y apacibles, con grande abundancia de fuentes, hermosos rios y frescas arboledas. Está cercada toda esta sierra con una famosa laguna que llaman Domi, la cual tiene 30 leguas de largo y tres de ancho, y por lo más estrecho una. Críase en ella mucho y muy buen pescado que basta para proveer con grande abundancia á toda la ciudad de Meaco y su comarca.

Segun se halla en las historias del Japon, siendo el Dayri absoluto señor de toda la tierra, viendo la buena disposicion de este lugar, mandó que se recogiesen en los 13 valles de aquella sierra los más señalados bonzos de todas las sectas, y que no se ocupasen en otra cosa más que en atender al culto de sus ídolos y veneracion de sus dioses; y para que pudiesen hacer esto con más quietud y ménos distraccion, les dió para cada año 200.000 ducados de renta y señaló dos villas que ahora están al pié de la sierra (y entónces eran parte de la ciudad de Meaco) para que tuviesen cuidado de aderezar cada dia la comida necesaria para estos bonzos y de llevársela guisada. Edificáronse con esta ocasion muchos y muy ricos monasterios en los 13 valles; y así vino la sierra de Frenojama á ser cabeza y seminario de todas las sectas del Japon. En el principal monasterio de estos residia de ordinario el Jaco (que como queda dicho es el supremo de todos los bonzos) aunque tambien acude á sus tiempos á la ciudad de Meaco.

Con las muchas guerras y mudanzas que hubo en los reinos por la muerte del Dayri y levantamiento de los Cubos, se destruyó la mayor parte de estos monasterios y templos. Pero todavía cuando los Padres de la Compañía entraron en aquella tierra, habia más de 500 en la sierra, y entre ellos uno tan venerado de todos los reyes y señores del Japon, que por maravilla comenzaban guerra ó negocio de importancia, que no hiciesen primero sus votos y promesas á este templo de lámparas de oro y plata y de otras cosas, con lo cual crecia mucho cada dia su riqueza.

En el altar de este templo habia un ídolo muy grande cubierto de oro con tres cabezas y más de 40 brazos y manos. Dicen que con esto se dan á entender las muchas perfecciones de su Dios. Junto á este ídolo habia otros 1.500 tambien dorados, repartidos en nueve órdenes á manera de coros de ángeles, y será cada uno de la estatura de un hombre.

El segundo lugar, tambien muy célebre, es la ciudad de Nara, que con ser muy grande es la mayor parte de ella monasterios de bonzos y templos de ídolos, y uno de los principales santuarios del Japon, y como tal vienen de todas partes en peregrinacion á visitar esta ciudad, al modo que en Europa suelen ir los cristianos á Roma ó á Santiago. En uno de estos templos, que se llama el grande Daybut, hay un ídolo de metal todo cubierto de oro, tan alto, que puesta una paloma encima de su cabeza, parece desde abajo un pájaro muy pequeño. Este ídolo es la figura de Jaca; tiene á su lado otras dos menores, que son de sus hijos, guarnecidas tambien de oro. Para entrar á este templo hay tres puertas. En la principal de ellas parecen dos gigantes que la están guardando, que tendrá cada uno 40 palmos de largo. Poco más adelante hay otros dos como porteros, feroces mucho en su aspecto, y cada uno tiene debajo de sus piés la figura de un demonio. Detrás de la estátua de Jaca se descubren otros dos gigantes de la misma grandeza y hechura que los primeros. Susténtase todo el edificio sobre 98 pilares de cedro, que cada uno tiene de grueso tres brazas y media.

En esta misma ciudad habia otro templo tambien famoso que se llamaba Cobuquigi, y junto á él una laguna llena de peces, pero nadie se atrevia á llegar á ellos por ser cosa dedicada al mismo ídolo y para su servicio. La primera puerta de este templo será de 40 piés en alto y 25 en ancho, á la cual suben por una hermosa escalera de piedra, y de ella van á dar en un patio cua-

drado, con su claustro muy vistoso y bien labrado. De este patio se pasa á otros dos que en todo son semejantes al primero. Y últimamente, enfrente de las puertas de estos patios está la del templo más adentro y se sube á ella por otras gradas de piedra como las que habia en la primera entrada. Está fundado el templo sobre 70 columnas de cedro, que cada una de ellas (dicen) que despues de asentada en aquel lugar tenia de costa 5.000 ducados. En el altar habia tres figuras, una de Jaca y otras dos de sus hijos, que aunque parecian estar sentados, tenia cada una siete estados en alto. Habia tambien en este monasterio un dormitorio de los bonzos, que era una sala de 75 estados en largo, la cual tenia 40 camas por cada lado. Junto á esta pieza habia otra que servia de librería sobre 25 pilares. Todos los tres patios y claustros de este monasterio y lo demás de su edificio estaba pintado curiosamente de diversas historias antiguas.

Otros muchos templos y monasterios habia en esta ciudad del ídolo de Amida, semejantes á los que hemos dicho de Jaca, aunque en algunos se echaba de ver esta particularidad, que tenian delante de la puerta una hermosa calle de cedros tan altos y tan espesos, que se podia andar á mediodia por ella en verano sin recibir pesadumbre del sol. En otros templos habia en la misma calle por entrambas partes un órden de pilares muy bien labrados, y en cada uno su linterna de madera, pero muy vistosa, porque estaba cubierta de un barniz negro y muy resplandeciente, y los encajes y guarniciones eran de laton dorado y muchas de ellas de metal grabadas de oro, y en medio de cada pilar estaba escrito con letras de oro el nombre de quien la mandó poner allí. Todas estas lámparas estaban encendidas, y ardian toda la noche, porque sus dueños dejaban para esto renta particular con que se conservasen.

El tercero lugar donde los bonzos tenian más ricos monasterios y suntuosos templos era en la ciudad de Meaco, de la cual trataremos en el sexto libro. Así como esta ciudad hacia ventaja á las demás en su grandeza, nobleza y policía, tambien la hacian muy grande los templos y monasterios que en ella tenian los bonzos, á los que habia en la sierra de Frenojama y en la ciudad de Nara y en otras partes, así en la riqueza, hermosura, como en los jardines y recreaciones que tenian en estas, cuyas paredes eran tan blancas y lisas, que parecian de papel muy bruñido, las cuales á trechos estaban adornadas con mil pinturas de historias antiguas.

La limpieza de sus templos y monasterios es muy extraordinaria, porque no ha de haber una sola paja en el suelo que no la quiten luego, y para esto tienen hombres señalados que en ninguna otra cosa se ocupan más que en barrer y limpiar los templos y patios de sus casas, y no es menor la curiosidad de sus huertas y jardines y la diversidad de rosas y flores que crian en ellos. Los estanques llenos de peces y las aves de mil colores, y pueden hacer esto con mucha facilidad por los arroyos de agua que nacen de las sierras que están alrededor de la ciudad. Aunque algunos de estos bonzos tienen refectorio y dormitorio en comun, pero lo más ordinario es tener cada uno su casa particular dentro de la misma cerca y sitio del monasterio. Su vestido todo es de seda y con grande limpieza. No tienen obediencia particular á sus superiores, sino es cuando se juntan en el templo para hacer sus sacrificios, para cantar y leer al modo que ellos usan en su coro. Pero en todo lo demás cada uno sale de casa cuando y á donde quiere y hace todo lo que le da gusto.

CAPÍTULO X

De algunas fiestas particulares que hacen cada año los japones á sus ídolos.

Acostumbraban los japones hacer cada año algunas fiestas en honra de sus ídolos; pondré aquí las que son más universales en aquella tierra, para que mejor se vea la ceguedad y tinieblas en que vivia aquella gente. Una de estas fiestas celebran por el mes de Agosto, y para que se haga con más solemnidad, algunos dias antes reparten entre los oficios de la ciudad las invenciones que cada uno ha de sacar. Venido el dia de la fiesta, por la mañana hacen una procesion, á la cual concurre todo el pueblo. Van en ella lo primero 15 ó 20 carros triunfales cubiertos de paños de seda y de otros aderezos ricos y vistosos; dentro de los carros hay muchos niños bien vestidos, cantando y tañendo con diversos instrumentos, á los cuales siguen los oficiales, cuya es la invencion que han sacado. A estos carros de los oficios acompañan otros tantos de gente de armas, pintados de diversos colores con algunas antigüedades. Con este órden van por la mañana á dar una vista al tempo del ídolo, y por la tarde torna á salir la procesion de la mañana, con unas andas en que va el mismo ídolo, las cuales llevan algunos hombres haciendo muchos meneos y demostraciones, como que no las pueden llevar por ir allí su dios. Poco después salen del mismo templo otras andas en que (dicen) viene la manceba del ídolo. Y pasando más adelante se encuentran con la de la propia y legítima mujer. Los que

traen estas últimas andas, en viendo las del ídolo, comienzan á correr á una parte y á otra, mostrando el enojo y sentimiento que tiene la propia mujer por verle acompañado con la manceba. Aquí comienza la gente á llorar y compadecerse de la mujer del ídolo, y unas se llegan á las unas andas y otros á las otras, y todos juntos se vuelven al templo donde se acaba la procesion.

Otra fiesta hacen á los 29 de Julio. Váse toda la gente por la tarde á una calle la más ancha y larga del pueblo, la cual está atajada con maderos, de manera que se pueda ver lo que hay dentro y no puedan pasar por ella. Estando todos esperando viene el ídolo á caballo con un montante en las manos y dos pajes detrás que le van acompañando, de los cuales el uno lleva el arco y aljaba con sus flechas y el otro un gavilan. Tras el ídolo va mucha gente á pié y á caballo con diversas invenciones y libreas cantando y repitiendo con grande alegría estas palabras: «Genzaraizu, manzaraizu,» que quieren decir mil años de placer y mil cuentos de años de alegría. Síguense luego los bonzos, de cuyo monasterio sale la procesion y detrás de los bonzos van algunas hechiceras vestidas de blanco diciendo muchas canciones en alabanza de su Dios. Ultimamente, por remate de toda la fiesta viene una litera en que van las andas del ídolo á quien se hace aquella solemnidad, acompañada de mucha gente de armas, y habiendo dado una vuelta por la calle, se tornan con el mismo órden al templo de donde salieron.

La tercera fiesta se hace en el mes de Marzo, la cual con más propiedad se puede llamar ejercicio de guerra, aunque se hace en honra de sus ídolos. En acabando de comer salen al campo con sus armas los que quieren celebrar esta fiesta, llevando cada uno la figura del ídolo que adora, y después de concertados los escuadrones comienza la escaramuza. Lo primero con piedras, y luego con flechas y despues con arcabuces y lanzas, y últimamente con espadas. Salen de ordinario de la fiesta muchos heridos y algunos muertos, mas por ser este dia privilegiado ninguna pena ni castigo se da á los que hieren ó matan á sus contrarios, y suelen aprovecharse de esta ocasion los que tienen bandos ó enemistades para vengarse y satisfacer sus agravios.

CAPÍTULO XI

Del modo que tienen los japones para enterrar sus difuntos.

No es menor la diferencia que hacen los japones á las demás naciones acerca de sus difuntos y enterramientos, que en las otras cosas particulares que de ellos habemos contado. Cuando el difunto es persona principal, una hora ántes que le lleven al lugar donde ha de ser enterrado, van delante algunos de sus conocidos y amigos con los mejores vestidos que tienen, y sus mujeres de blanco, porque este color entre los japones se tiene por luto; toda la demás gente acompañan el cuerpo con este órden. Van en primer lugar muchos caballeros y personas ancianas con algunos bonzos, de los cuales el más principal va vestido de seda ó brocado y otros 20 ó 30 con roquetes. En segundo lugar va un hombre con una hacha de pino encendida, y junto de él 100 ó 200 bonzos, invocando el nombre del ídolo á quien adoró el difunto. Síguense luego en tercero lugar buen número de hombres que llevan unos cestos llenos de papeles puestos en unas lanzas, que como las van meneando caen los papeles que están pintados de diversos colores, y dicen que llueve rosas en señal que ya está el difunto en el paraíso. En el cuarto lugar van ocho bonzos mancebos de hasta veinte años con cañas largas en sus manos, y por remate de ellas unas banderas pequeñas de toca fina en que va escrito el nombre del ídolo, y otros 10 con linternas encendidas, á los cuales siguen dos mancebos vestidos de pardo con hachas de pino en la mano, sin otros muchos que llevan el mismo hábito y bonetes de cuero negro tan bruñido que reluce como espejos, con el nombre de su dios escrito en ellos.

Después de todo este acompañamiento van cuatro hombres que llevan en sus hombros unas andas muy galanas, dentro de las cuales va el difunto sentado, las manos juntas y la cabeza con las rodillas como quien va haciendo oracion; el vestido que lleva es blanco en señal de su inocencia, y sobre él un hábito de papel con el nombre del ídolo que adoró, de los que suelen dar los bonzos para asegurar la salvacion. Ultimamente van en esta procesion cerca del mismo difunto sus hijos ricamente vestidos, y el menor lleva en la mano una hacha de pino con que ha de pegar fuego al cuerpo de su padre.

No es ménos particular el modo que guardan en el enterramiento que en el acompañamiento. Si el difunto es persona noble, cercan un pedazo de campo con cuatro paredes, y cúbrenlas todas de paños negros, dejando solamente cuatro puertas por las cuales pueda entrar toda la gente; en medio de este cercado hacen un grande hoyo y le llenan de leña; junto á él ponen dos mesas con muchas y diversas cosas de comer, que suelen apreciarse en 40 ó 50 escudos. En la una de estas mesas hay un brasérico pequeño lleno de lumbre. Llegado el difunto á este lugar

atan las andas en que viene con una cuérda recia de la cual asen todos los bonzos invocando el nombre de su ídolo, ayudándoles en esto toda la otra gente, y luego las ponen sobre la leña que está en el hoyo. Llega entónces el bonzo que viene vestido de seda ó brocado para hacer el oficio, y habiendo dado tres vueltas al difunto con una hacha de pino encendida, reza unas palabras que él sólo entiende, y entónces da la hacha al hijo menor, el cual la arroja en el hoyo y con ella enciende la leña, y para que arda mejor echan aceite con algunos perfumes y cosas olorosas hasta que se consume el cuerpo del difunto. Quemado el cuerpo llegan los hijos al brasero que está en la mesa, y habiendo echado en él olores y perfumes, puestos de rodillas adoran á su padre como á hombre santo y que ya está en el paraíso.

Acabado el enterramiento dan á cada bonzo sus distribuciones, segun su cualidad y dignidad. Al que hace el oficio dan de ordinario 5, 10 ó 20 escudos, á los demás bonzos por lo ménos un ducado. El dia siguiente vuelven los hijos, parientes y amigos y cogen las cenizas del difunto, las cuales ponen sobre la mesa en un vaso dorado y las cubren con un rico dosel. Vienen luego los bonzos y tornan á hacer su oficio invocando el nombre del ídolo que adoran; esto mismo hacen los primeros siete dias, y al octavo llevan las cenizas á otro lugar que para esto tienen aparejado, y sobre la sepultura donde las dejan ponen su losa cuadrada con el nombre del difunto y de su ídolo esculpido en ella. Estas exequias del séptimo dia tornan á hacer al séptimo mes y séptimo año y aun algunos cada quince dias; y así es mucho lo que gastan en estos oficios y enterramientos y grande el interés y provecho de los bonzos, porque si el difunto es caballero ó hombre rico, de ordinario les cuesta 2.000 ó 3.000 ducados, y si de gente más comun 200 ó 300, y si tan pobre que no tiene para esto, entiérranle de noche porque no se entienda su necesidad y pobreza.

Fuera de estos oficios y enterramientos hacen los japones cada año una fiesta á sus difuntos por el mes de Agosto en esta forma. Salen después de mediodia al campo para recibir las almas, y en llegando á cierto puesto donde á su parecer las encuentran, se ponen á hablar con ellas muy despacio y con muchos comedimientos, diciendo que sean bienvenidas, que há mucho tiempo que no se vieron, y porque vendrán cansadas de su paraíso, se asienten y coman un bocado, y para esto les ponen arroz y frutas, entreteniéndose en aquel lugar por espacio de una hora. Suplícanles luego que se vayan á su casa, porque ellos van delante para aderezar lo necesario. Vueltos á la ciudad ponen muchas lámparas y antorchas encendidas por las calles, y en sus casas aderezan diversas mesas á modo de altares con frutas, arroz y otras cosas de comer. Toda la noche anda la gente por las calles, unos por devocion de sus difuntos y otros por ver las invenciones que hay en ellas.

Acabada la fiesta, el dia siguiente por la tarde tornan á salir al campo con hachas y luminarias, poniéndose en los cerros más altos para alumbrar las almas, y allí se tornan á despedir de ellas otra vez con los mismos comedimientos y cortesías Vueltos á sus casas tiran muchas piedras por encima de los tejados para que no se queden algunas almas escondidas. Unos hacen esto por el temor que de ellas tienen, y otros de compasion, pareciéndoles que si se detienen les lloverá en el camino ó le perderán si no se van en compañía de las demás. En estos dias llevan los bonzos grandes distribuciones y comen espléndidamente, porque ninguno hay, por muy pobre que sea, que no haga por sus difuntos todo lo que puede.

CAPÍTULO XII

De los modos que el demonio tiene para engañar á los japones en la muerte.

Muchos eran los errores y grandes las ignorancias con que el demonio traia ciegos á los japones para que no atinasen con el camino de la verdad y de su salvacion, como se puede entender de lo que hasta aquí se ha dicho. Pero no eran menores las invenciones que tenia para engañarlos en la hora de la muerte y llevarlos al tormento del infierno, pensando que iban al descanso de su paraíso.

Entre las demás ignorancias que tenian estos gentiles, una era pensar que así como en Japon hay muchos reinos, tambien habia muchos paraísos en la otra vida, y que cada ídolo recibia en el suyo á los que acá le habian servido y adorado por su Dios; y así tienen por cierto que debajo del agua está el paraíso del ídolo que llaman Canon, y cuando sus devotos y feligreses desean ir á gozarle, aparéjanse algunos dias antes para este camino con subirse en un lugar alto y predicar desde allí el desprecio del mundo á todos sus amigos y conocidos, procurando persuadirles que no pierdan tan buena ocasion para irse juntos. El postrero dia se despiden de todos y toman el camino hacia la orilla del mar, acompañándolos mucha gente. Entran luego en un barco con los mejores vestidos que tienen, llevando

en las manos unas hoces para cortar (como ellos dicen) las espinas y zarzas que hay antes de llegar á su paraíso. Puestos ya en el mar átanse al cuello unas grandes piedras y otras á los piés y manos y por medio del cuerpo, como sino bastara el peso de sus pecados para llegar presto al infierno, y uno á uno se arrojan á la mar, donde al punto son ahogados. Los parientes ó amigos que van cerca en otra embarcacion, pegan fuego á la de aquellos miserables, pareciéndoles que nadie será digno de entrar en ella de allí adelante. Los que están mirando desde la ribera lo que pasa, derraman muchas lágrimas, mostrando con ellas la envidia que tienen de su dichosa y bienaventurada suerte.

Otros hay que estando en el mar dan barreno al navío para que entrando el agua poco á poco se vaya hundiendo. A todos estos mártires del demonio hacen sus ermitas y capillas en la orilla del mar, adornadas con muchos versos en alabanza de los que veneran por santos y las visitan como lugares sagrados.

No es ménos extraordinario el modo que otros tienen de ir á su paraíso, porque se encierran en una cueva ó sepultura tan estrecha que apénas cabe un hombre sentado dentro, la cual se viene á cerrar en lo alto de manera que sólo queda un pequeño agujero para respirar, y desde allí está el pobre hombre llamando continuamente á su dios Amida, sin comer, ni beber, hasta que miserablemente acaba su vida.

A otros engaña el demonio apareciéndoles en diversas figuras y convidándoles á que se vayan con él á unas apartadas sierras, en las cuales hay una profunda cueva, y cuando los tiene allí, salta dentro y persuade á sus devotos que hagan lo mismo, porque de esta manera irán más presto al paraíso. Descubrióse este engaño por un caso particular. Iba un hombre viejo siguiendo al demonio con grande ansia (como él decia) de llegar al paraíso de Amida. Un hijo de éste, movido del amor natural que tenia á su padre, le pedia y rogaba que no hiciese tal cosa, mas viendo que no podia apartarle de su propósito y determinacion, le fué siguiendo secretamente, llevando su arco y flechas. Llegados al lugar de la sierra, apareció el demonio en figura de un hombre lleno de grande resplandor. Hincóse el viejo de rodillas para adorarle, pero el hijo que estaba mirando lo que pasaba, flechó su arco, y pensando que habia herido aquel hombre, halló que era una grande zorra, la cual fué siguiendo por el rastro de la sangre hasta que vino á parar en aquella profunda cueva donde vió muchos huesos de hombres muertos, que el demonio con sus engaños habia allí despeñado, y con esto libró á su padre de la muerte y del engaño en que vivia.

Estos y otros muchos eran los errores y engaños en que vivian los japones cuando el Padre Maestro Francisco Javier entró en aquel grande imperio con solos dos compañeros para dar principio á la predicacion del santo Evangelio y desarraigar la idolatría que tan hondas raíces tenia echadas en aquella tierra. Y como esta empresa era para tanta gloria de Dios nuestro Señor, favorecióla Su Divina Majestad con tan abundante y copioso fruto, como se verá en los libros siguientes, aunque á costa de muchos trabajos y persecuciones, porque no era justo costase poco lo que tanto vale en los ojos de Dios, como es la conversion y salvacion de las almas.

CAPÍTULO XIII

Cómo el P. Maestro Francisco Javier partió de Goa y llegó á Japon con sus compañeros.

Navegando algunos portugueses desde Malaca para la China el año de 1542, con la fuerza de los vientos y recio temporal que les dió, vinieron á parar en la costa del Japon y dieron después noticia de aquella tierra, y por esta vía la tuvo el P. Maestro Francisco Javier la primera vez estando en Goa, aunque después se informó más en particular de Pablo de Santa Fe, que se llamó Angero antes de ser cristiano, y era natural del Japon.

Entendida bien la disposicion de la tierra y condicion de la gente por la informacion de Paulo, como el P. Maestro Francisco traia su corazon tan abrasado con el celo de la honra de Dios y de la salvacion de las almas, propuso de tomar esta empresa, compadeciéndose mucho que gente de tan buenos entendimientos y tan capaces de razon, viviesen con tanta ignorancia y llenos de tantos errores. Habiendo, pues, encomendado este negocio á nuestro Señor con Misas y oraciones, dispuso las cosas de la India que estaban á su cargo, como queda dicho en el primer libro de esta historia, y por el mes de Abril de 1549 partió de Goa para Japon, llevando en su compañía al P. Cosme de Torres, y al H. Juan Fernandez y á Paulo Japon, recien bautizado, con otros dos criados suyos.

Llegados á Malaca último de Mayo del mismo año, recibió allí el P. Francisco cartas de algunos mercaderes conocidos suyos que estaban en Japon, en que le decian cómo los habia mandado aposentar el señor de aquella tierra en unas casas donde nadie se atrevia á vivir por miedo del demonio, y que un criado suyo habia

visto cierta vision una noche, la cual le espantó de manera, que comenzó á dar grandes voces, mas acudiendo los amos no vieron nada. Pusieron entónces cruces por toda la casa y nunca más se sintió cosa alguna, y con esta ocasion habian comenzado tambien los japones á poner cruces en las suyas, y estaban muy dispuestos para oir la ley de Dios habiendo quien se la predicase.

Con estas buenas nuevas dió el P. Francisco más priesa á su partida y salió de Malaca á 25 de Junio del mismo año en compañía de un mercader china, el cual ofreció al capitan de aquella ciudad que llevaria á los Padres y los pondria en Japon con mucha brevedad, mas en saliendo del puerto mudó parecer, deteniéndose en algunas islas sin necesidad y con harta pena del P. Francisco y de sus compañeros, viendo que se les pasaba el buen tiempo que tenian para su viaje, pero muy mayor se la daba las continuas idolatrías que hacian los del navío delante de un ídolo que llevaban, sin poderlas impedir ni estorbar. Echaban suertes á menudo y consultaban con el ídolo, ó por mejor decir con el demonio, si les convenia ir á Japon ó no. Fué servido nuestro Señor que salió bien la suerte de que les convenia ir, y que habian de tener buen tiempo; con esto prosiguieron su viaje por algunos dias. Pero tornando segunda vez á consultar si el navío en que iban volveria del Japon ó no, salió la suerte que iria, mas que no habia de volver. Con esta segunda suerte se determinaron los gentiles á no pasar de la China en todo aquel año, que para los Padres era sumo desconsuelo.

Sucediéronles dos trabajos en esta navegacion el dia de la gloriosa Magdalena por la tarde. El primero fué que estando abierta la bomba, cayó por ella un mozo de los que iban en compañía de los Padres, y fué maravilla no ahogarse; sacáronle con harta dificultad, aunque mal herido en la cabeza. El segundo trabajo fué que con los vaivenes del navío cayó en la mar una hija del capitan, y sin poderla socorrer se les ahogó. Y era tanto el sentimiento y lágrimas de su padre y de la otra gente, que era grande compasion verlos. Tornando á proseguir su camino, llegaron con buen tiempo al puerto de la China.

Estaban resueltos el capitan y sus compañeros de quedarse allí, sin que los Padres pudiesen acabar con ellos que pasasen á Japon; aunque les ponian delante que se habian de quejar al capitan de Malaca, porque no cumplian lo que allá les habian prometido. Mas Dios nuestro Señor, por cuya providencia se gobiernan todas las cosas y sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol, ordenó que los gentiles contra su voluntad y gusto tomasen el camino del Japon, porque mudándose el capitan del rio de Canton al puerto de Chincheo para invernar allí; estando ya para entrar en él le avisaron que no lo hiciese, porque habia dentro algunos corsarios y se perderia si pasaba adelante. Con estas ruines nuevas quiso volver á Canton, pero los vientos le fueron tan contrarios para ir allá y tan favorables para Japon, que hubo de hacer de la necesidad virtud, y enderezar su camino para donde la fuerza de los vientos le guiaban, y de esta manera, sin que el demonio ni sus ministros lo pudiesen impedir llegaron con próspero viaje al puerto de Cangojima, que era su propia tierra de Paulo de Santa Fe, á los 15 de Agosto de 1549 dia de la Asuncion de la Vírgen nuestra Señora, habiendo partido de Goa por el mes de Abril del mismo año.

CAPÍTULO XIV

De lo que el P. Francisco escribió desde Cangojima á los Padres y Hermanos de Goa.

Grande fué el consuelo y alegría del P. Francisco Javier viéndose ya en tierra del Japon, que tanto habia deseado. Desde la ciudad de Cangojima (que es en el reino de Sucuma ó Sajuma) donde desembarcó, escribió una carta á los Padres y Hermanos del colegio de Goa dándoles cuenta de su viaje; y porque en ella pone algunos avisos espirituales y de mucha importancia, me pareció recogerlos en este capítulo, pues lo que toca al camino y navegacion queda ya dicho en el pasado.

Tratando de las desgracias que sucedieron el dia de la gloriosa Magdalena, dice así: «El dia que nos acontecieron estos desastres, quiso Dios nuestro Señor hacerme tanta merced, como fué darme á sentir y conocer por experiencia muchas cosas acerca de los fieros y espantosos temores que el demonio suele poner cuando Dios se lo permite y él halla oportunidad para ello, y la suma de todos los remedios de que un hombre se ha de aprovechar en semejantes ocasiones, es mostrar grande ánimo contra todos los temores y tentaciones que trujere, desconfiando totalmente de sí y confiando mucho en Dios, guardándose de mostrar cobardía ni poner duda en la victoria teniendo tal defensor. Muchas veces me ponia delante que estábamos en parte donde se vengaria de mí muy á su salvo; pero como él no puede hacer más de cuanto le diere licencia Dios nuestro Señor, más se ha de temer en semejantes tiempos la desconfianza, que no la fuerza del enemigo.

»Trabajad, Hermanos mios, con todas las fuerzas que Dios os da para conoceros interiormente cuán pocos sois y valeis; que de la propia desconfianza nace la verdadera confianza en Dios, y por este camino alcanzareis tambien la humildad interior, de la cual, aunque en todas partes tendreis necesidad, mas en esta tierra muy mayor de la que pensais, y con ella hago cuenta que estais aparejados para todas las grandes adversidades corporales y espirituales que os pueden suceder; porque es propio de Dios nuestro Señor favorecer y ayudar á los humildes, y cuando los tales se ven puestos por su amor en medio de las tribulaciones, de ninguna cosa temen confiados en él, porque saben que sin su licencia, ni el demonio ni las demás criaturas pueden hacer nada, y cuando él se la da para que los aflijan y atribulen, echan de ver que lo ordena el mismo Señor para su ejercicio y prueba, ó en castigo de sus culpas, ó para mayor aumento de su gloria, y así le dan muchas gracias por este tan singular beneficio y reconocen juntamente que los prójimos que los persiguen son instrumentos que Dios toma para tanto bien de sus almas, y no hallándose con que poderlo gratificar, ruegan por ellos á nuestro Señor con muy crecido afecto, reconociendo el bien que por su mano les viene.

»Témome no inquiete el demonio á algunos de vosotros poniéndoos delante que haríades cosas de grande servicio de Dios, si estuviésedes ya en estas partes. Conoced esta por muy clara tentacion, si con semejantes pensamientos os hace aflojar en los ejercicios de vuestro aprovechamiento y en el deseo de ayudar á los prójimos; porque así como en las partes donde deseais hallaros no haceis fruto por estar ausentes, querria tambien impediros el que podeis hacer en vuestras almas y de los prójimos con quien vivís, librando lo uno y lo otro para cuando os halleis por acá; y por tanto, trabajad de vuestra parte por disponeros con las virtudes necesarias y confiad de Dios nuestro Señor, que el dará á sentir á vuestros superiores cuando sea tiempo para que os envien donde más le hayais de servir, y acordaos que estima Dios más una buena voluntad llena de humildad con que le ofrece un hombre su vida, que no los grandes servicios que sin ella se le hacen.

»Quiéroos dar parte de algunas mercedes que Dios nuestro Señor nos hace, para que nos ayudeis á darle gracias por ellas. La primera es, que en otras partes las criaturas suelen ser impedimento y ocasion para olvidarse el hombre de Dios, como son los padres, amigos y conocidos y la buena comodidad de las cosas temporales; mas en esta tierra tan remota y apartada todo esto falta; y, por otra parte, como los bonzos y sacerdotes de los ídolos son tan estimados, y nuestra santa ley tan contraria á sus costumbres, pienso que nos han de perseguir más que con palabras, y no seria pequeña merced de nuestro Señor, si por su amor y servicio nos cortasen el hilo de la vida, siendo ellos instrumento para que esta continua muerte en que vivimos se acabase y se cumpliesen en breve nuestros deseos. Considerando estas misericordias tan grandes que el Señor nos hace, estamos confusos de que pensábamos haberle hecho algun servicio en venir á estas partes, y ahora por su bondad nos ha dado á entender el singular beneficio que de su mano hemos recibido en habernos traido al Japon, para librarnos con esto del amor de las criaturas que nos podian ser impedimento para no tener puesta en solo él toda nuestra esperanza.

»Tambien os quiero dar cuenta de otro continuo cuidado en que vivimos, para que con vuestras oraciones nos ayudeis á salir bien de él, y es que siendo manifiestas á Dios nuestro Señor todas nuestras culpas y faltas, vivimos con un solícito temor de que no alce de nosotros su continuo favor y ayuda, aunque por otra parte tenemos mucha confianza que nos dará siempre su gracia para comenzar á servirle, porque del todo desconfiamos de nuestras fuerzas, estribando en Jesucristo nuestro Señor y en la intercesion de la Santísima Vírgen su madre, y de los nueve coros de los ángeles, tomando por particular valedor entre ellos al Arcángel San Miguel, príncipe y defensor de toda la Iglesia militante, y á aquel á quien está encomendada la guarda de este grande imperio del Japon; confiando que todos nuestros descuidos y faltas, de no encomendarnos como debemos á toda la corte celestial, suplirán los bienaventurados de nuestra Compañía que ya están en la gloria y representarán nuestros pobres deseos delante de la beatísima Trinidad.

»Acabo ésta sin poder acabar de escribir el grande amor que á todos tengo; y si los corazones de los que se aman en Cristo se pudiesen ver en esta vida, creo, Hermanos carísimos, que en el mio os veríades claramente, y si no os conociésedes viéndoos en él, seria porque os tengo yo en tanta estima, y vosotros por vuestra humildad os teneis en tan poco, y no porque vuestras imágenes no estén muy impresas en mi corazon. Ruégoos mucho que os ameis unos á otros y no consintais que nazcan en vuestras almas desabrimientos ni disgustos. Convertid parte de vuestros fervores en amaros muy de veras, y parte de

los deseos que teneis de padecer por Cristo en quitar de vuestros corazones los impedimentos que sentís para que no crezca esta caridad cada dia más en ellos; pues sabeis que el mismo Señor dice que en esto se han de conocer los que son discípulos suyos.»

CAPÍTULO XV

De lo que el P. Francisco y sus compañeros hicieron en el reino de Sucuma.

Llegados á la ciudad de Cangojima el P. Francisco Javier y sus compañeros, fueron muy bien recibidos de los parientes y amigos de Paulo y de toda la gente de aquella ciudad, y á ninguno pareció mal que Paulo se hubiese hecho cristiano, antes le estimaban y tenian en mucho por haber estado en la India y visto las cosas de ella. Residia el rey de Sucuma ó Sajuma (que es lo mismo) en otra ciudad cinco leguas de Cangojima; supo de la venida Paulo, y envióle á llamar para informarse de algunas cosas de la India que deseaba saber.

Fué luego allá Paulo y dióle muy buena cuenta de todo lo que le preguntó. Tambien le dijo cómo se habia hecho cristiano, y que en su compañía venian dos Padres de la India para predicar en Japon la ley de Dios que él habia recibido. Oyó el rey con mucho gusto lo que Paulo le decia, y viendo él su buena disposicion sacó una imágen de nuestra Señora que consigo llevaba muy devota, habiéndole primero declarado lo que representaba. Adoróla el rey puesto de rodillas, y mandó á todos los caballeros que allí estaban, hiciesen lo mismo. Dijo luego á Paulo que entrase á visitar á su madre y le mostrase aquella imágen tan hermosa. Holgó en extremo la reina de verla, y puesta de rodillas con todas sus damas, la adoró como lo habia hecho su hijo. Pocos dias después de vuelto Paulo á Cangojima, envió la reina un caballero de su casa para que le hiciese un retrato de aquella imágen y le trujese escritas algunas cosas de las que tenían los cristianos en su ley. No se pudo hacer la imágen que la reina pedia por no hallarse en aquella ciudad todos los materiales que eran necesarios para ello; pero envióle Paulo escritas algunas oraciones en lengua del Japon, como el Pater noster y el Ave María, con que se alegró mucho.

Viendo el P. Francisco los buenos principios que nuestro Señor iba descubriendo para que se predicase su santa ley en aquella tierra, pareció-le visitar al rey y á su madre y llevar consigo á Paulo que le sirviese de intérprete. Recibiéronle entrambos con mucha honra y cortesía, enteniéndose con el Padre en diversas preguntas buen rato de la tarde. Entre otras cosas le dijo el rey que guardase muy bien los libros en que estaba la ley de Dios, porque siendo tan buena como Paulo le habia dicho, le pesaria mucho al demonio de que se publicase. Con esta ocasion le suplicó el P. Francisco diese su Alteza licencia para comenzar á predicarla en su tierra, para que sus vasallos pudiesen recibirla si les contentase. Concedióselo el rey de muy buena gana, y dió para ello su provision muy cumplida.

Con este buen despacho dió el Padre la vuelta para Cangojima, con intencion de estudiar muy de propósito la lengua, aunque ya tenian él y sus compañeros alguna noticia de ella por la comunicacion de Paulo el tiempo que estuvo en Goa y después por el camino, pero no de manera que pudiesen predicar entónces con facilidad. Comenzó luego Paulo á dar noticia de la ley de Dios á sus deudos y amigos con tanto cuidado y deseo de su salvacion, que en pocos dias convirtió á nuestra santa fe á su madre y á su mujer y una hija que tenia con algunos otros parientes y amigos. Tambien pudieron predicar dentro de pocos meses el P. Francisco y sus compañeros con el mucho cuidado y diligencia que pusieron en deprender la lengua.

El órden que comunmente guardaban en estos sermones y pláticas, era mostrar lo primero á los gentiles cuán poca verdad y sustancia tenian las sectas del Japon. Lo segundo, cuán conformes eran á la razon los mandamientos de la ley de Dios. Lo tercero, les iban enseñando los misterios de nuestra santa fe, declarándoselos con diversas razones y comparaciones acomodadas á su capacidad y entendimiento. Y últimamente procuraban satisfacerles á sus dudas y dificultades, para que viniesen á hacer concepto de nuestra santa ley; de manera que comparando lo que ella predicaba con lo que enseñaban sus sectas, echasen de ver claramente la diferencia que habia de la luz á las tinieblas, y así quedasen más convencidos de la verdad. Con esto dentro de poco tiempo deseaban ya muchos y pedian el santo bautismo. Visitó el P. Francisco algunas veces á los bonzos de aquella ciudad por tenerlos favorables y ganarles la voluntad, especialmente al superior de todos, que se llamaba Ningit, hombre de ochenta años, y con quien el rey comunicaba todos sus negocios. Tuvo el Padre algunas pláticas con este bonzo, y siempre le halló muy dudoso acerca de la inmortalidad del alma. Espantábase mucho de que

los Padres hubiesen venido de tierras tan remotas al Japon, para sólo hablar de las cosas de Dios y enseñar á los hombres el camino de la salvacion, y decia que aquello no podia ser sino cosa mandada por Dios, pero como la doctrina que predicaban era tan contraria á los vicios y pecados en que ellos vivian, ninguno se determinó á recibirla por no obligarse á dejarlos.

Bautizáronse en este tiempo más de 100 cristianos de los que estaban mejor instruidos en la fe, entre ellos fué una señora, mujer de un caballero de los principales de aquella corte con algunos criados de su casa, de cuya virtud diremos adelante en su lugar. Hicieron los cristianos una capilla de prestado donde se juntaban á oir Misa y sermon entre tanto que hacian iglesia de propósito. Esto fué ocasion de que los bonzos comenzasen á alterarse, pareciéndoles que habia de ir creciendo cada dia el número de los cristianos y disminuirse el de sus devotos y feligreses, y por consiguiente habian ellos de perder grande parte de sus limosnas y rentas. No se atrevian á descubrir la ponzoña de su corazon, porque el rey y su madre que ya eran venidos á la ciudad de Cangojima, mostraban aficion y buena voluntad á la ley de Dios y á los Padres que la predicaban.

Estando las cosas en disposicion de poderse hacerse mucho fruto en aquel reino, sucedió que los navíos de los portugueses que solian venir de ordinario al puerto de Cangojima, se pasaron aquel año á otro del reino de Firando, 100 leguas más adelante. Sintió mucho el rey de Sajuma está mudanza, así por ver que perdia su reino la utilidad y provecho de aquella contratacion y comercio, como por haberse hecho esta comodidad al rey de Firando, que era su enemigo; y así, comenzó á perder la aficion que habia cobrado á los Padres, pareciéndole que pudieran ellos haberla estorbado si quisieran. Mucho se holgaron los bonzos de ver al rey disgustado con los Padres, y procuraron acrecentar su enojo con todas las razones que su malicia les enseñaba, y al fin pudieron tanto, que le persuadieron á que revocase la licencia que habia dado para que se predicase en su tierra la ley de Dios.

Procuró el P. Francisco dar satisfaccion al rey de que ni él ni sus compañeros habian sabido aquella mudanza de los navíos, ni eran parte para hacerlos volver, porque sus dueños iban adonde hallaban mayor ó mejor comodidad para vender sus mercadurías. Al fin viendo que ninguna satisfaccion bastaba, por tenerle los bonzos tan indignado contra los portugueses, encomendó á Paulo el cuidado de los cristianos que se habian bautizado, dándole el órden que habia de guardar con ellos, y él se partió con sus compañeros para Firando, dejando con harto sentimiento y desconsuelo á todos aquellos cristianos, aunque procuró consolarlos con la esperanza de que tornarian á visitarlos cuando hubiese disposicion para ello y el rey estuviese desenojado.

CAPÍTULO XVI

Cómo el P. Francisco llegó á Firando y desde allí pasó á Amanguchi y á Meaco, y últimamente volvió á Firando.

Partido el P. Francisco con sus compañeros de la ciudad de Cangojima, llegó al puerto de Firando, donde le recibieron los portugueses que allí estaban con grande contento y gusto, y por su respeto le hizo el rey de Firando mucha cortesía y dió licencia para que el Padre y sus compañeros predicasen en su tierra la ley de Dios. Comenzaron á ejercitar sus ministerios en la principal ciudad donde residia el rey, y como ya tenian facilidad en la lengua para poder predicar y tratar con todos, en poco tiempo se hicieron más cristianos en Firando, que se habian hecho en Cangojima, en todo un año.

Estaba el P. Francisco con grande deseo de llegar á la ciudad de Meaco, por ser la corte principal de aquellos reinos y donde estaban las letras y policía de todo Japon; pareciéndole que si allí se comenzaba á predicar el Evangelio, se extenderia su noticia con más facilidad por toda aquella tierra. Con este intento dejando en Firando al P. Cosme de Torres con los cristianos que se habian bautizado, tomó al H. Juan Fernandez, y partió de aquella isla al principio de Octubre del año de 1550.

Llegaron entrambos con harto trabajo á la ciudad de Amanguchi, que es en el reino de Nangato, 100 leguas de Firando. Era entónces esta ciudad una de las ricas y principales del Japon, de mucha nobleza y grande policía. Detúvose en ella algunos dias el P. Francisco, esperando alguna comodidad para ir á Meaco. En este tiempo tuvo órden de visitar al rey que deseaba saber algunas cosas de la India, y con esta ocasion le dió noticia de la ley de Dios que venia á predicar; y aunque mostró el rey oir con gusto y atencion lo que el Padre le decia, por entónces no tuvo aquella plática otro efecto. Hizo después algunos sermones en las plazas de aquella ciudad; pero con tan poco fruto como habia hecho en el rey, porque viendo al Padre y á sus

compañeros tan rotos y pobres, no hicieron caso de ellos ni de su doctrina, antes comenzaron á reir y burlar de lo que predicaban, así la gente comun y más ordinaria, como los nobles y caballeros de la corte, porque como en aquella ciudad reinaba tanto la vanidad y el pundonor, y por otra parte veian la gravedad y autoridad que representaban sus bonzos, los cuales andaban de ordinario vestidos de seda, no tenian ojos para ver el tesoro que estaba encerrado en la pobreza evangélica y menosprecio de todas las cosas.

Viendo el P. Francisco el poco fruto que hacia con su doctrina en aquella ciudad, partió de Amanguchi para Meaco, que serán otras 100 leguas. Tardó en este camino casi dos meses, pasando grandes trabajos por ser entónces la fuerza del invierno, y de las lluvias y nieves de aquella tierra. Habian de pasar en este camino por muchos y grandes rios, y á esta causa les era necesario ir siempre descalzos y para no errarle hacerse mozos de espuelas de algunos caballeros y caminar al galope de sus caballos. Otras veces de puro cansados, así con el trabajo del camino como por llevar en sus hombros el aderezo para decir Misa, deslizando por la nieve caian en el suelo. Para alivio de estos trabajos cuandó llegaban de noche á los lugares, ni hallaban quien los recogiese ni quien les diese un bocado de pan, y en algunas partes el recibimiento era apedrearlos por las calles, teniéndolos por hombres sin juicio y faltos de entendimiento.

De esta manera llegaron á la grande ciudad de Meaco, pero halláronla tan revuelta con guerras y disensiones, que ni hubo quien oyese sermon ni quien los acogiese en su casa. Viendo el Padre Francisco la poca disposicion que por entónces habia para hacer fruto en aquella ciudad, dió la vuelta para Amanguchi, y desde allí pasó á Firando con los mismos trabajos y peligros que habia venido, haciendo con ellos la sementera del copioso fruto que despues cogieron sus hijos y sucesores.

CAPÍTULO XVII

Cómo el P. Francisco volvió á la ciudad de Amanguchi, y el fruto que en ella se hizo y cómo desde allí pasó al reino de Bungo.

Las dos veces que estuvo el P. Francisco en Amanguchi, á la ida y vuelta de Meaco le pareció tan bien aquella ciudad, que determinó hacer asiento en ella y comenzar á predicar la ley de Dios muy de propósito; pero echando de ver que cuando allí estuvo, ni habian oido su doctrina ni estimádola, por verle tan pobre y maltratado, encomendando á nuestro Señor este negocio, le pareció que pues él venia á solo procurar la salvacion de aquellas almas, seria mayor servicio de Dios y gloria de la divina Majestad, acomodarse á su disposicion y flaqueza para ganarlas y traerlas al conocimiento de su Criador, como dice el Apóstol San Pablo que lo hacia él mismo; y así, ayudándole para esto los portugueses que estaban en Firando, hizo otros mejores vestidos y partió para Amanguchi con el H. Juan Fernandez.

Llegados á la ciudad visitó al rey con ocasion de cierta carta que tenia del virey de la India, por la cual pedia á los señores del Japon hiciesen buen acogimiento en sus tierras al P. Francisco y á sus compañeros. Dióle el Padre esta carta, y con ella le presentó un reloj y un monacordio y otras cosas que para este intento le habian dado los portugueses en Firando. Holgó el rey mucho con el presente por ser de cosas muy nuevas en aquella tierra, aunque en esta de poco valor y precio. Recibió al Padre esta segunda vez con más honra y cortesía que la primera, y aun le ofreció en recompensa del presente buena cantidad de oro y plata; mas el Padre no quiso aceptar cosa alguna. Espantóse el rey mucho de esto y comenzó á estimar su persona, pareciéndole que hacia ventaja á sus bonzos y sacerdotes en el menosprecio de las cosas temporales que ellos buscaban con tanto cuidado. Díjole el Padre, que ningun favor ni merced estimaria de su Alteza tanto, como que le diese licencia para predicar en su tierra la ley de Dios, pues habia venido para solo esto desde la India. Mostró el rey gusto en hacerlo y mandó dar luego su provision y casa en que él y su compañero viviesen, y sitio para que edificasen iglesia.

Con este favor del rey y su beneplácito, comenzaron á predicar el P. Francisco en una plaza y el H. Juan Fernandez en otra. Acudió mucha gente á oir el sermon viendo lo que el rey habia hecho con ellos, y era tal el concurso de los que iban á la casa con mil géneros de preguntas, que ni cabian dentro ni los dejaban descansar en todo el dia; porque á unos llevaba la curiosidad de saber cosas nuevas, otros iban por hacer burla de lo que predicaban, y algunos tambien con deseo de saber la verdad. Procuraba el Padre de satisfacer á todos y responder á las dudas que le proponian. Pero con haber muchos dias que oian sermon y mostraban estar convencidos de la verdad, ninguno pedia el santo Bautismo. Parece que los detenia un vano

temor de mundo, recelándose cada uno de ser el primero que recibia aquella nueva ley. Dábale esto algun cuidado y pena al P. Francisco por ver el poco fruto de su continuo trabajo, mas presto le consoló nuestro Señor cuando ménos lo esperaba.

Acaeció que estando un dia predicando el H. Juan Fernandez, como solia, en la plaza, pasó por allí un hombre algo libre y desenvuelto, el cual comenzó á hacer burla de lo que el Hermano decia, no sólo con palabras, sino con obras, escupiéndole en el rostro. Prosiguió el Hermano su plática con la misma serenidad que habia comenzado, sin responder palabra ni mostrar sentimiento alguno. Reparó mucho en esto un hombre honrado y principal de los que estaban oyendo el sermon, el cual admirado de que hubiese gente en el mundo que hiciese tan poco caso de las injurias y afrentas, y que así menospreciase la honra, se fué luego á casa pidiendo que le bautizasen, porque no era posible (decia él) sino que aquella era la verdadera ley y santa, pues tales hombres se criaban con ella; para que se vea por este ejemplo cuánto más poderosas y eficaces son las obras que las palabras, para rendir los corazones á Dios y aficionarlos á su servicio.

Desde aquel dia vinieron otros muchos á pedir el santo Bautismo, entre los cuales fué un mozo que habia estudiado en las universidades más famosas del Japon, con grande nombre de su mucha habilidad y buen entendimiento, y bien se pareció que le tenia tal, pues vino á alcanzar por su estudio, que las sectas del Japon eran invenciones de hombres, y así determinó de no creer ni seguir ninguna de ellas, sino adorar solamente al criador y hacedor de todas las cosas, conforme á la noticia confusa que de él tenia por sus letras. Este mozo era tenido en Amanguchi por uno de los más doctos que habia en aquella tierra en las sectas del Japon, el cual oyendo predicar contra ellas al P. Francisco y declarar la ventaja que les hacia la ley de Dios, convencido de la verdad, y pareciéndole que habia hallado lo que deseaba, pidió con instancia que le hiciesen cristiano. Bautizóle el P. Francisco con grande consuelo de su alma, como adivinando lo mucho que nuestro Señor se habia de servir de él. Llamóse este mozo Lorenzo, y desde luego se quedó en casa con los Padres, y después estuvo en la de Bungo, hasta que le recibieron por Hermano de la Compañía, en la cual vivió más de treinta años y fué uno de los mejores predicadores que hubo en el Japon, y por cuyo medio trujo nuestro Señor á su santa Iglesia muchos y muy principales señores y caballeros, que son hoy dia como columnas de aquella cristiandad.

Iba con esto creciendo cada dia la cristiandad de Amanguchi, de manera que en cinco meses que allí se detuvo el P. Francisco, dejó bautizadas más de 500 personas y edificada una buena iglesia. Eran estos cristianos de Amanguchi tan ejemplares en su vida, que confundian á los gentiles, porque entre sí mismos tenian grande paz, amor y union, y acudian continuamente á la iglesia á oir Misa y sermon y rezar sus devociones. Su mayor gusto era tratar siempre de la ley de Dios, y del singular beneficio que habian recibido de su mano, y bien se echó de ver dentro de poco tiempo cuán impresa tenian en su corazon la doctrina del Evangelio, pues no bastaron los muchos trabajos que les sucedieron para borrarla de su alma ni para hacerles faltar en la fe que ya habian profesado.

Estando las cosas de Amanguchi en este estado, llegó un navío de la India al reino de Bungo. Escribian con él los Padres de Goa representando al P. Francisco la mucha necesidad que habia de su presencia en aquellas partes. Tambien le pedia el rey de Bungo que se llegase á su ciudad de Funay, porque tenia deseo de conocerle y comunicar con él algunos negocios propios. Viendo el P. Francisco que su ida á la India parecia forzosa, para acudir á las obligaciones de su oficio, envió á llamar al P. Cosme de Torres, que estaba en Firando, para dejarle en Amanguchi con el H. Juan Fernandez, y que los dos tuviesen cuidado de aquella cristiandad. Dejó el P. Cosme de Torres encomendada la de Firando á algunos cristianos que estaban bien instruidos en la fe, dándoles órden de lo que debian hacer hasta que pudiese tornarlos á visitar.

Llegado á Amanguchi el P. Cosme de Torres, despidióse de él y del H. Juan Fernandez el P. Francisco, como quien no esperaba verlos más en esta vida mortal. A ellos y á los demás cristianos, que todos mostraban mucho sentimiento por su partida, consolólos el Padre con decirles que en llegando á Goa procuraria enviar algunos otros Padres que los ayudasen. Tomó su camino para Bungo, que serán 45 ó 50 leguas de Amanguchi, así por haberlo pedido el rey, como por estar en aquel puerto el navío en que habia de ir á la India. Holgó mucho el rey de Bungo de ver en su tierra al P. Francisco; trató con él despacio muchas cosas, y en algunos meses que allí se detuvo le cobró tanta aficion, que le ofreció de tener en su reino á todos los Padres que quisiesen predicar en él la ley de Dios, y favorecerlos siempre, y así lo cumplió después como se verá en el discurso de esta historia.

CAPÍTULO XVIII

De las preguntas que hicieron los bonzos y gentiles en Amanguchi, después de partido el P. Francisco.

Pesábales en extremo á los bonzos que se fuese dilatando la ley de Dios en Amanguchi, y que se hiciesen cada dia tantos cristianos; pero estando en aquella ciudad el P. Francisco, no habia quien se atreviese á disputar con él temiendo su propia confusion, porque con la eficacia y fuerza de sus razones fácilmente los dejaba convencidos, y así decian de él los gentiles, que era el mejor hombre que habia venido de Europa y que hacia ventaja á sus compañeros, en que ellos respondian á cada duda que se les proponia; mas el P. Francisco, á seis y siete dificultades que parecian muy diferentes, satisfacia con una breve respuesta. Cuando los bonzos supieron que era partido, pareciéndoles que ya no quedaba quien pudiese hacerles rostro ni responder á sus razones, acudieron de nuevo para disputar con el P. Cosme de Torres, pero con la gracia de nuestro Señor, él les satisfizo muy enteramente á cuanto le propusieron, y para que se vea el buen entendimiento de los japones, apuntaré aquí algunas dificultades particulares de las muchas que preguntaban.

La primera fué, de qué materia habia Dios criado el alma, porque el cuerpo ya sabian que era compuesto de los cuatro elementos. Respondióles el Padre, que así como cuando Dios crió el mundo no tuvo necesidad de alguna materia para criar el cielo y los elementos, sino que por su sola voluntad les habia dado el sér que ahora tienen, así tambien con sola ella criaba las almas, porque en Dios corren á las parejas el querer y el poder.

Preguntaron más, que les declarase qué cosa era Dios. Díjoles que bien sabian conforme á buena razon como todas las cosas que hay en el mundo y tienen sér no pudieron hacerse ellas mismas, y que era necesario confesar que habia una causa de la cual todas habian recibido el sér, y que esta primera causa en nuestra lengua se llamaba Dios.

Añadieron á esto, por qué tentaba el demonio y hacia tanto mal á los hombres. Respondióseles, que como habian sido criados para gozar de la gloria que él perdió, con la envidia que de ellos tenia, procuraba de engañarlos para que no gozasen de tanto bien. Replicaron, que si Dios era misericordioso y habia criado los hombres para el cielo, por qué dejaba al demonio que los persiguiese. Respondióseles, que el demonio no tiene más poder que para sólo representar al hombre y traerle á la memoria lo que es malo, y que él puede no consentir en ello con su libertad, y para eso le dió nuestro Señor entendimiento y razon, para conocer el bien y el mal, y voluntad libre con las ayudas necesarias de su gracia para escoger lo que quisiese, y así la culpa era del mismo hombre en echar mano de lo que era malo y contra razon.

Pasaron más adelante con sus dificultades, diciendo que si Dios crió los hombres para que siendo buenos y virtuosos alcanzasen la gloria, por qué los habia criado con tan malas inclinaciones, que comunmente se aficionaban á lo malo y sentian grande dificultad para todo lo bueno. A esto se les dijo, que Dios nuestro Señor habia criado todas las cosas buenas y perfectas, y al hombre con una admirable subordinacion y concierto de las pasiones con la razon, y que este órden se habia deshecho por el pecado, y de ahí nacia la dificultad que sentian á la virtud y el hallarse tan inclinados á lo malo. Pero que usando bien de las inclinaciones, ellas mismas ayudaban para merecer y aprovechar mucho, y con el ejercicio de las virtudes venian los hombres á moderar sus pasiones, de manera que hallaban facilidad y suavidad y mucho gusto en guardar la ley de Dios.

Preguntaron últimamente, que si Dios tenia particular cuidado y providencia de los hombres y deseo de salvarlos, cómo habia dilatado tanto tiempo la predicacion de su ley en los reinos del Japon. Díjoles el Padre que la ley de Dios desde el principio del mundo se habia declarado en los entendimientos de todos los hombres, porque aun los que se criaban en las montañas y desiertos, con la lumbre natural de la razon conocian el bien y el mal, y sabian que era cosa mala hacer á su prójimo el daño que no querian se les hiciese á ellos mismos, así en la persona, como en la hacienda, como en la honra; y obrando ellos conforme á esta lumbre natural, Dios nuestro Señor, por los medios de su providencia, les comunicaria el conocimiento verdadero de sí mismo, el cual justamente quitaba ó diferia á muchas naciones por las culpas y pecados y por las idolatrías que continuamente hacian, adorando por su Dios á las criaturas, contra todo lo que enseñaba la razon natural.

Estas y otras muchas dificultades pusieron los bonzos y los demás gentiles al P. Cosme de Torres, las cuales dejo de poner aquí por evitar prolijidad, pues de las que aquí se han apuntado se puede bien colegir la agudeza de su ingenio y la capacidad de su buen entendimiento.

CAPÍTULO XIX

Cómo mataron al rey de Amanguchi, y el peligro en que estuvieron el P. Cosme de Torres y su compañero.

Iba la cristiandad de Amanguchi cada dia en grande aumento, porque los bonzos ya no se atrevian á disputar con el P. Cosme de Torres, y la gente de la ciudad tambien iba conociendo cuán falsas y mentirosas eran todas sus sectas, y la ventaja que á todas ellas hacia la ley de Dios; y así eran muchos los que cada dia pedian y recibian el santo Bautismo. Crecia con esto el odio de los bonzos contra el P. Cosme de Torres, y cuando le encontraban por la calle, afrentábanle con palabras injuriosas, diciendo que era discípulo del demonio, predicador de mentiras, inventor de falsedades y algunas veces le apedreaban y escupian.

Todo esto pasaba el buen Padre con mucha paciencia y alegría, como hombre verdaderamente crucificado al mundo y que habia ofrecido su vida y honra por la salvacion de aquellas almas cuyo aprovechamiento estimaba tanto, que le hacia olvidar sus afrentas y trabajos. Viendo el demonio que por este camino no podia impedir la predicacion del santo Evangelio, que tanto se iba extendiendo en aquel reino, aprovechóse de otro medio, que fué levantar una conjuracion contra el mismo rey por medio de algunos vasallos y vecinos suyos, para que tomasen de aquí ocasion (como lo hicieron) los bonzos de publicar, que aquel era castigo de sus dioses por haber dado licencia para que se predicase aquella nueva ley en su tierra, y á los Padres casa en que viviesen.

Fué tan secreta esta conjuracion y cogieron los traidores al rey tan descuidado y desapercibido, que le convino salir huyendo de sus palacios, y viendo que no podia escapar de sus manos, hizo matar primero á su hijo y heredero, y él se cruzó luego el pecho conforme á la costumbre del Japon, y mandó á unos criados suyos que tomasen los cuerpos y los quemasen, porque no los hallasen sus enemigos. Muertos el rey y su hijo, pegaron fuego á los palacios y á otras casas de caballeros principales, y por ocho dias continuos estuvo toda la ciudad alborotada, porque los conjurados mataban á unos por vengarse y á otros por quitarles la hacienda.

Habia en aquella ciudad un caballero principal, el cual tenia particular afecto y devocion al P. Cosme de Torres y á su compañero, y lo mismo su mujer (aunque entrambos eran gentiles), pareciéndoles que era buena gente, y la doctrina que predicaban muy conforme á razon. No se determinaban á recibirla por entónces porque habian edificado á su costa algunos monasterios y templos de sus ídolos y hacíaseles de mal perder el fruto de estas obras; pero siempre favorecian al Padre y le ayudaban en lo que podian. Al principio de esta conjuracion y muerte del rey, envió el P. Cosme de Torres aquel poco hato que tenian, especialmente el recaudo para decir Misa en casa de este caballero, y su mujer lo hizo guardar y envió á decir al Padre que se viniese con su compañero para su casa, porque no les sucediese alguna desgracia con la turbacion y revuelta de la ciudad.

Hiciéronlo así, aunque con harto peligro, porque todas las calles estaban llenas de soldados, y cuando pasaban cerca de ellos decian unos á otros: «Matemos á estos que han sido causa de tanto mal, porque predicaban que nuestros ídolos no podian salvar á sí ni á otros, y ofendidos con estas blasfemias han enviado este castigo sobre el rey y sobre esta ciudad que los consentia;» mas Dios nuestro Señor, en cuya mano estan los corazones de los hombres, no les dejó ejecutar su mal deseo, antes los guardó en esta ocasion con su paternal providencia, para otros mayores trabajos que por su servicio y gloria habian de padecer.

Llegados á casa de esta señora, porque estuviesen más secretos, los envió con un criado suyo á un monasterio de bonzos que sustentaba con su renta, para que los escondiesen allí. No querian los bonzos recibirlos en su casa, diciendo, que eran demonios, y que por su causa se habia destruido la ciudad de Amanguchi. Al fin, por los ruegos del criado y respeto de su ama, les dieron un rincon harto estrecho, donde estuvieron dos dias pasando mucho trabajo y necesidad. Entendió la señora que allí los habia enviado el mal tratamiento que les hacian los bonzos, y el disgusto y pesadumbre con que los tenian en su monasterio, y así los trujo á su misma casa, y en ella los tuvo escondidos, porque si salieran en público, era muy verosímil que los mataran, segun que andaban los bonzos irritando contra ellos la gente de aquella ciudad. De esta manera anduvieron algun tiempo escondidos por las casas de los cristianos, para que hubiese menos noticia de ellos, hasta que el nuevo rey que sucedió en Amanguchi les tornó á confirmar la primera licencia que tenian, y con ella pudieron salir en público y predicar como antes.

La causa de esta mudanza fué que los mismos conjurados por tener rey de su mano, eli-

gieron para que lo fuese de Amanguchi á un hermano del rey de Bungo, que á la sazon estaba con él en la ciudad de Funay, donde tambien se halló el P. Maestro Francisco, que aun no era partido para la India, el cual sabiendo los trabajos que pasaban el P. Cosme de Torres y su compañero, pidió al rey de Bungo que encomendase mucho á su hermano los Padres que estaban en aquel reino solos y desamparados, y el mismo P. Francisco tambien se lo suplicó de su parte. Ofreció el nuevo rey de favorecerlos muy de veras, y así lo hizo en llegando á la ciudad de Amanguchi, porque luego les confirmó la licencia que tenian de predicar, y mandó con rigurosas penas que nadie los molestase de allí adelante.

Viendo el P. Francisco que las cosas de Amanguchi y de Bungo quedaban tan bien dispuestas con la voluntad que entrambos reyes mostraban de favorecer á los Padres en sus tierras, llegándose ya el tiempo de su navegacion, partió de Bungo por Firando para la India por el mes de Noviembre año de 1551, con deseo de enviar luego algunos Padres que ayudasen á los que en Japon quedaban trabajando.

CAPÍTULO XX

Cómo llegaron á Japon el P. Baltasar Gago y sus compañeros, y pasaron de Bungo á la ciudad de Amanguchi.

Con grande cuidado iba el P. Francisco de enviar quien pudiese ayudar en Japon al P. Cosme de Torres y llevar adelante los buenos principios que dejaba en el reino de Bungo, y así habiendo llegado con próspero viaje á la India, y tomado resolucion de volver á la China, como en el primero libro queda dicho, trujo en su compañía desde Goa hasta Malaca al P. Baltasar Gago y á los HH. Pedro de Alcaceva y Duarte de Silva, y de allí los despachó para Japon, y él tomó su camino para la isla de Sanchon.

Llegó el P. Baltasar con los dos Hermanos al puerto de Bungo por el mes de Agosto del año 1552, y sin detenerse pasaron á la ciudad de Funay, donde residia el rey con su corte, porque llevaban una carta y presente del virey de la India, agradeciéndole la buena voluntad y deseo que habia mostrado al P. Francisco para tener Padres en su reino y dejarles predicar la ley de Dios. Recibiólos con mucha benignidad y mándoles dar casa en que viviesen, y proveer muy cumplidamente de todo lo necesario. Era este rey de grande entendimiento y tenido por uno de los más discretos y prudentes que habia en Japon. Como el P. Cosme de Torres supo en Amanguchi de la venida del P. Baltasar y sus compañeros, envió luego á Bungo al H. Juan Fernandez que sirviese de intérprete en lo que se ofreciese, y de su parte diese tambien las gracias al rey de Bungo por el favor que su hermano les hacia en Amanguchi. Con esta ocasion visitó el P. Baltasar algunas veces al rey, y una de ellas con deseo de entender su voluntad le habló de esta manera: «Los dias pasados dije á vuestra Alteza algo de la ley de Dios, y como nosotros hemos venido desde la India para predicarla, deseamos saber si vuestra Alteza gustará de tenernos en sus tierras y darnos licencia para enseñar á sus vasallos esta santa ley, y para que ellos puedan recibirla si les contentare, y si por ahora no se determina en esto vuestra Alteza, iremos á Amanguchi á vernos con el P. Cosme de Torres, y á deprender bien la lengua, y en cualquiera tiempo que vuestra Alteza quisiere servirse de nosotros, mandándonos llamar, vendremos luego con mucho gusto.

Respondió el rey, que habia entendido muy bien lo que el Padre le habia propuesto, y tambien sabia, cómo estaba en Amanguchi el P. Cosme de Torres y los muchos cristianos que habia hecho, y que á él le pesaba de que no los hubiese en su tierra; y pues el Padre estaba predicando en aquella ciudad, se quedasen ellos en Bungo, que él mandaria poner luego sus provisiones por las calles, para que libremente pudiesen ser cristianos los que quisiesen. Dióle el P. Baltasar las gracias por aquella merced y favor que les hacia y tornóle á suplicar les diese licencia para visitar al P. Cosme de Torres, y que luego volverian de asiento á su ciudad de Funay. Hacia esto el P. Baltasar, porque como era nuevo en la tierra, deseaba informarse muy en particulr del P. Cosme de Torres, para dar principio á la cristiandad de Bungo. Holgó el rey de dar esta licencia, encomendándoles á la despedida que volviesen presto.

Grande fué el consuelo que recibieron aquellos pocos Padres y Hermanos que habia en Japon cuando se vieron juntos en la ciudad de Amanguchi y en aquella pobre casa; y para renovar la devocion de los cristianos que tan afligidos habian estado con los trabajos pasados, acordaron de celebrar lo mejor que pudiesen la fiesta del santo Nacimiento, que estaba cerca.

Aderezaron la iglesia muy bien con lo que de sus casas trujeron los cristianos, y asistiendo todos aquella santa noche, se les dijo una Misa cantada con sermon, declarándoles aquel soberano misterio. El dia siguiente tuvieron otra

Misa tambien cantada con otro sermon, y como era aquella la primera vez que se celebraba fiesta con alguna solemnidad en aquella ciudad, causó en todos los cristianos mucha devocion, y en los gentiles admiracion. Acabando el oficio divino, para mostrar los cristianos el amor y union que entre sí tenian, ordenaron un convite, en el cual se hallaron todos en compañía de los Padres y sirvieron á la mesa por su devocion los más honrados y principales. Acabada la comida (porque los bonzos para infamar la ley de Dios publicaban que los cristianos no hacian limosna, y que tomaban aquella nueva ley por no hacerla á sus ídolos y templos) acordaron que se pusiese una arca en la iglesia donde todos echasen sus limosnas, y señalaron mayordomos que tuviesen cuidado de repartirlas entre los enfermos y necesitados, y que fuera de esto cada mes se diese una comida á todos los pobres, haciéndoles primero una plática de la ley de Dios, y para conservar entre sí mismos la paz, amor y union.

Tambien determinaron que todos los domingos y fiestas principales se juntasen después de mediodia en casa de algun cristiano, mudándose las casas por su órden, y repitiesen allí los puntos del sermon que habian oido, y confiriesen entre sí de otros medios para su aprovechamiento. Guardaron esta loable y piadosa costumbre muchos años los cristianos de Amanguchi, y con ella se conservaron en la fe en medio de los muchos trabajos y persecuciones que tuvieron, y aun de ellos la tomaron después los cristianos de Bungo y de otras partes.

Acabada la fiesta del santo Nacimiento trataron los Padres entre sí de las cosas que parecian más necesarias para la conservacion y aumento de la cristiandad de Amanguchi y de la que se habia de comenzar en Bungo. Entre otras cosas que allí se determinaron fué, que el H. Pedro de Alcaceva volviese á la India y diese cuenta de la buena disposicion que habia en Japon para manifestarse la ley de Dios y la necesidad de obreros que pudiesen ayudar á los que trabajaban en aquella viña del Señor. Tambien acordaron que entre tanto que venian algunos Padres de la India, se repartiesen los que entónces habia de esta manera. Que el P. Cosme de Torres quedase en Amanguchi con el H. Duarte de Silva y otros dos mozos japones que servian en casa, de los cuales uno se decia Lorenzo, á quien bautizó el P. Maestro Francisco, y otro Melchor, y el P. Baltasar con el H. Juan Fernandez, que sabia bien la lengua, fuese á dar principio á la iglesia y cristiandad de Bungo. Con esta resolucion partió el P. Baltasar de Amanguchi con el H. Juan Fernandez por el mes de Enero de 1553; llevó en su compañía al H. Pedro de Alcaceva, para que desde allí tomase su camino á la India.

CAPÍTULO XXI

Cómo se dió principio á la cristiandad de Bungo, y lo que en ella sucedió.

Partidos de Amanguchi el P. Baltasar y sus compañeros, llegaron á Bungo al principio de Febrero de 53. Visitaron luego al rey que se holgó mucho con su venida, y sabiendo que el Hermano habia de ir á la India, escribió con él al virey en respuesta de su carta y presente que habia recibido, y ofreció de nuevo el favorecer siempre á los Padres que estuviesen en su reino y aun pedia que viniesen más, porque se hiciesen muchos cristianos, como él deseaba. Con estos recaudos partió el H. Pedro de Alcaceva del Japon, y llegó á la China poco después que habian llevado los portugueses el cuerpo del P. Maestro Francisco Javier, y así le alcanzó en Malaca y le acompañó después hasta Goa, como en el primero libro queda dicho. Con ocasion de las cartas que este Hermano llevaba para el virey, y la informacion que dió de la necesidad que habia de gente, se determinó ir al Japon el P. Melchor Nuñez, que entónces era Provincial, con otros compañeros, como en su lugar se dirá, y por ahora prosigamos lo de Bungo.

Mandó el rey poner sus provisiones en la ciudad de Funay, para que se predicase la ley de Dios en todos sus reinos y pudiesen recibirla sus vasallos. Comenzaron luego á hacer su oficio el P. Baltasar por una parte y el H. Juan Fernandez por otra. Al principio hubo en Funay las mismas dificultades que en Amanguchi, así de parte de los bonzos que tenian muchos y muy principales monasterios en este reino, y procuraban con todas sus fuerzas impedir la predicacion del santo Evangelio, como de parte de los seglares, porque á unos parecia (como dice San Pablo) locura y á otros disparate é invencion de hombres lo que se predicaba. Pero dándoles razon de todo con humildad y mansedumbre, y satisfaciéndoles á sus dudas y dificultades, fué nuestro Señor servido que se hicieron capaces de la verdad, y dentro de un año se bautizaron más de 700 personas con mucho gusto del rey, el cual les dió un sitio muy acomodado para que edificasen iglesia junto á la casa en que vivian. Comenzóse el edificio, y fué ocasion de que se echase de ver la devocion de los cristianos,

acudiendo á trabajar los que sabian hacerlo y los demás ayudando como podian, por tener su parte de merecimiento en aquella obra, y con la buena diligencia y mucho cuidado que se puso, en poco tiempo se hizo una muy capaz y hermosa iglesia.

Suplia nuestro Señor en este tiempo la falta que habia de predicadores con el fervor de los cristianos. Uno de estos tenia tanto deseo de la conversion de sus vecinos, que en toda su calle no dejó casa donde no se bautizase alguno por sus pláticas y exhortaciones. Tambien se señalaba mucho en esto otro cristiano, por nombre Paulo, hombre muy docto en sus sectas Trájole el demonio muchas y muy graves tentaciones para que no se bautizase, pero en determinándose á ello, cesaron todas; y nuestro Señor le dió tanto conocimiento y estima de su ley, que su mayor gusto y contento era andar persuadiendo á todos que se hiciesen cristianos. Y era grande el fruto que hacia y aun los Padres se ayudaban de él viendo sus buenas partes, cuando iban á predicar en algunos lugares.

Otro cristiano por nombre Antonio, que acudia á la casa de los Padres, pasando por Cutami, que es un lugar 10 leguas de Funay, supo cómo habia allí un enfermo que en siete dias no habia comido bocado ni podia pasar cosa alguna. Fué allá Antonio y dijo al enfermo que se arrepintiese de sus pecados y creyese en Jesucristo, porque confiaba en él que le daria salud.

Hizo el enfermo todo lo que este cristiano le dijo con el deseo de cobrar salud, y fué nuestro Señor servido que pudo comer luego, y dentro de pocos dias se bautizó. En este mismo lugar convirtió Antonio á otro hombre principal que se llamó Lúcas, y por su instancia y ruegos fueron á Cutami algunos dias el P. Baltasar y el H. Juan Fernandez, y Antonio, y bautizaron 260 personas, y entre ellas la mujer y dos hijas de Lúcas con toda su familia. Tambien oyó los sermones Queimindono, señor de aquella tierra, que es como un condado y de los más ricos que hay en todo aquel reino. Gustó tanto este caballero de los sermones, que estuvo oyéndolos un dia sin comer hasta la tarde, poniendo sus dudas acerca de la ley de Dios; y aunque no se bautizó, mostró deseo y dió buenas esperanzas de hacerlo, y dijo al Padre que él tenia muy particular cuidado de los que se hiciesen cristianos en su tierra, y él mismo persuadia á sus criados que oyesen sermon y se bautizasen. Antes que el Padre volviese á Funay, quedaban en el lugar de Cutami más de 300 cristianos. Y edificada una iglesia la cual hizo Lúcas á su costa, con un cementerio, y en él puso una cruz de piedra muy hermosa para que se enterrasen allí los cristianos y tuviesen donde hacer oracion.

Entre los que se bautizaron en Funay fué un caballero llamado Anselmo, señor de un lugar que es puerto de mar; este caballero pidió al P. Baltasar que fuese á predicar á sus vasallos, porque deseaban hacerse cristianos. Fué allá el Padre y bautizó á la mujer é hijos de este caballero, y con su ejemplo hicieron lo mismo los vecinos del pueblo, después de haber oido las pláticas del catecismo.

Obraba la divina Majestad algunas cosas maravillosas y extraordinarias con las cuales iba criando y conservando esta cristiandad de Bungo como á planta tierna en la fe. Bautizóse un ciego de muchos años, y por medio del santo Bautismo, con la vista del alma recibió tambien la del cuerpo. Extendióse la fama de este milagro por muchas partes, y comenzaron á venir enfermos á la iglesia de diversas enfermedades, ciegos, leprosos y mudos, para que los curasen. La medicina que se les daba era agua bendita, y por medio de ella cobraban la salud corporal y espiritual, porque en reconocimiento del beneficio que habian recibido de la mano del Señor, se determinaban á ser cristianos.

En otro lugar cerca de Funay, habia un mozo endemoniado que ni conocia á sus parientes ni deudos, ni queria comer bocado. Fué allá el P. Baltasar, y habiendo hecho sobre el enfermo los exorcismos conforme á la costumbre de la Iglesia, mandóle que pronunciase el nombre de San Miguel. Hízolo el mozo, y en acabando de decirlo comenzó á temblar y hacer tantos visajes, que ponia temor á los que estaban presentes; pero diciendo el santo nombre de Jesus, quedó libre de todo punto del trabajo que padecia. Bautizóse este mozo y llamóse Miguel, y con él su padre y otras siete personas. Poco después vino otra hermana de Miguel, sabiendo que su hermano habia cobrado salud, á quien el demonio habia atormentado casi treinta años, aunque á tiempos la dejaba libre. Oyó los sermones del catecismo, y dijo que queria ser cristiana. Enseñáronla á persignar, y en haciendo la cruz comenzó á temblar. Mandóle el Padre que dijese el nombre de Jesus y de San Miguel, pero cuanto ella más se esforzaba á pronunciarlos, tanto más rigurosamente la atormentaba el demonio. Al fin dijo el Padre Misa, y puestos los cristianos que allí habia en oracion, fué servido nuestro Señor que desde aquel dia nunca más el demonio la atormentó, y así recibió el santo Bautismo. Con estas obras maravillosas que cada dia obraba nuestro Señor, y con los continuos sermones y pláticas, iba creciendo el número de los

fieles que ya pasaban de 1.500 en Funay y en otros tres lugares comarcanos que se decian Tacal, Siquido y Cutami.

CAPÍTULO XXII

Del fruto que se hacia en la cristiandad de Amanguchi.

No era menor el fruto que se iba cogiendo en la iglesia de Amanguchi que en la de Bungo, porque después que los cristianos celebraron la fiesta del santo Nacimiento, era tal el fervor con que procedian y el ejemplo que con su vida daban, que admirados los gentiles decian y confesaban, que no era posible sino que era muy santa y muy buena la ley que tal mudanza hacia en la vida y costumbres de los que la recibian. Y desde allí adelante acudian muchos á pedir el santo Bautismo, no sólo de la gente comun y ordinaria, sino de los muy nobles y caballeros de la casa del rey, y cada uno traia consigo otros 15 ó 20.

Entre los que se bautizaron fué el gobernador principal de la ciudad con dos hijos suyos. Este caballero que era de mucha edad y se llamaba Naitondono, acabándole de bautizar se hincó de rodillas con las manos puestas y los ojos llenos de lágrimas, dando gracias á nuestro Señor por el beneficio tan singular que le habia hecho en traerle al conocimiento de su ley. Con el ejemplo del gobernador se movió á ser cristiano otro caballero muy principal con 300 personas de su familia, los cuales después de bien instruidos se bautizaron. Poco despues pidió el santo Bautismo otro caballero de setenta años, tan dado al culto de sus ídolos, que tenia grandes callos en las manos de ponerlas en el suelo para adorarlos como acostumbran los gentiles. Dióle nuestro Señor tan claro conocimiento de la vanidad de sus dioses, que no hablaba de otra cosa sino de los trabajos que tan sin fruto le hicieron pasar y de su grande ceguedad pues los tomó.

Determinó hacer este caballero una iglesia en un lugar suyo donde se juntasen los cristianos, y para enseñarlos él mismo, trasladó un libro que estaba traducido en lengua del Japon. Tambien se bautizó otro hombre de más de cincuenta años que en toda su vida no habia adorado ídolo, por estar persuadido que cuanto enseñaban las sectas del Japon era vanidad y mentira. Era este hombre muy docto en sus letras y de mucha discrecion, el cual se movió á ser cristiano por el ejemplo de la vida que hacia su mujer. Comenzó luego á deprender las oraciones, y escribió en lengua del Japon todo lo que estaba trasladado en ella, concertándolo en algunas partes con tan buen órden, que fué su trabajo de mucho provecho para todos los cristianos. Bautizóse con este hombre otro hermano suyo tambien muy hábil con otros amigos, parientes y conocidos.

Entre todas las personas que se bautizaron en Amanguchi, fué de grande edificacion la conversion de dos bonzos muy famosos de Meaco, que residian en esta ciudad y habian sido muy contrarios á la ley de Dios, procurando pervertir á cuantos podian. El uno de estos bonzos era de muy agudo ingenio y docto en la Filosofía natural. Preguntaba algunas veces cosas tan dificultosas que se admiraba el P. Cosme de Torres de su grande entendimiento. En las disputas que tuvo el Padre con este bonzo, que fueron muchas, trájole algunos testimonios del Apóstol San Pablo y razones eficaces sacadas de sus palabras.

Preguntóle una vez el bonzo quién era aquel hombre á quien daba tanto crédito y de cuyas palabras hacia tanto caso. Díjole el Padre cómo habia sido primero grande perseguidor de la Iglesia, y después de convertido á la obediencia de Dios, habia sido un vaso escogido para llevar por todo el mundo su santo nombre, siendo Apóstol y predicador de las gentes. Contóle tambien los muchos trabajos que habia pasado hasta dar la vida por la predicacion del santo Evangelio.

Estaba oyendo el bonzo con grande atencion lo que el Padre le contaba de la vida y conversion del Apóstol San Pablo, y es de creer que por su intercesion movió nuestro Señor el corazon de aquel nuevo Apóstol, porque en acabando el Padre su razonamiento le dijo: «Pues yo he parecido á este santo en los yerros y en las ofensas que he hecho contra Dios; pídoos, Padre, que me pongais por nombre Paulo, para que de aquí adelante le imite en las obras que hizo siendo Apóstol de Cristo». Parecióse bien cuán de corazon decia entónces Paulo aquellas palabras, porque desde el dia que se bautizó fué tan ejemplar su vida, que ponia admiracion á todos. Ayunaba continuamente, de noche dormia poco y en el suelo, con una piedra á la cabecera; levantábase á las doce y perseveraba hasta la mañana en su oracion mental; acabada la oracion tomaba disciplina con mucho rigor. Después de bien instruido en las cosas de nuestra santa fe, andaba de lugar en lugar predicando, y á sus tiempos señalados volvia á confesarse con el P. Cosme de Torres, y darle cuenta de lo que habia hecho.

Era extraordinario el fruto que hacia con sus sermones, porque como era tan docto en las sec-

tas del Japon, descubria con claras y evidentes razones su falsedad, y dejaba convencidos con la verdad á cuantos le oian. Predicaba muchas horas sin cansarse y sin dar fastidio á los oyentes, porque le habia dado nuestro Señor grande talento y mucha gracia para predicar en su lengua. El otro bonzo su compañero que se llamó Bernabé, fué tambien hombre muy ejemplar, y entrambos eran como dos espejos de virtud y santidad que resplandecian en aquella nueva cristiandad de Amanguchi; tenian su casa junto á la iglesia, y sustentábanse de limosna ó de algun trabajo de sus manos.

Nó sólo en la ciudad se bautizaban cada dia, sino tambien en los lugares comarcanos, donde algunas veces salia el P. Cosme de Torres y otras el H. Duarte de Silva, su compañero, y cuando ellos estaban muy ocupados, enviaban á Lorenzo ó á Melchor. En un lugar de estos llamado Alienon, una legua de la ciudad, se bautizaron una vez 50 ó 60 labradores, y volviendo allá Lorenzo algunas veces á visitarlos, bautizó otros 300, los cuales procedian con tanto fervor, que el bonzo de aquel pueblo que habia sido su sacerdote, confundido de ver la vida que hacian y las razones que le decian para mostrarle su ceguedad, tuvo por bien de irse á vivir á otra parte y dejarlos en paz.

Tenian estos cristianos de Amanguchi sermones y pláticas muy ordinarias de la ley de Dios, acomodadas al tiempo y á los misterios que la Iglesia celebraba en tiempo de cuaresma, de la penitencia y de la pasion y del Santísimo Sacramento. Tambien procuraba el P. Cosme de Torres que se celebrasen con alguna solemnidad las fiestas del Nacimiento, de la Resurreccion y algunas otras principales, porque echaba de ver cuanto se ayudaban los cristianos en su devocion y virtud con estas cosas exteriores.

No faltaban en la iglesia de Amanguchi obras maravillosas como en la de Bungo, con que Dios nuestro Señor confirmaba en la fe aquellos nuevos cristianos, como apercibiéndolos para los muchos trabajos que habian de pasar dentro de pocos años. Muchos enfermos habla que con solo beber un poco de agua bendita, cobraban entera salud. Estaba en Amanguchi un cristiano lisiado y contrahecho de todo el cuerpo más habia de dos meses, y aunque sus parientes habian probado muchos remedios, ninguna esperanza les quedaba de su vida. Fuéle á visitar otro cristiano amigo suyo, y llevóle una poca de agua bendita. Bebióla el enfermo con tanta fe y devocion, que el mismo dia estuvo bueno y sano y vino á la iglesia á dar gracias á nuestro Señor de la salud que le habia dado. Otro cristiano estando muy apretado con unas recias calenturas, pidió al P. Cosme de Torres que le diese algun remedio. Díjole el Padre que se persignase y santiguase en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Hízolo el enfermo confiado de que le habia de dar nuestro Señor la salud, y así le sucedió, porque se halló tan bueno y libre de su calentura y accidentes de ella, como si jamás la hubiera tenido.

Pasaba ya el número de los cristianos en la ciudad de Amanguchi y lugares de su comarca de más de 2.000. Estos fueron los primeros principios de aquellas dos principales iglesias en que residian los Padres de la Compañía el año 1554.

CAPÍTULO XXIII

De los trabajos que pasaron en Bungo los Padres y los cristianos, y la traicion que se armó contra el rey y el camino del P. Baltasar á Firando.

Estilo es muy ordinario de Dios nuestro Señor visitar á los suyos con favores del cielo y probarlos luego con diversos trabajos y tentaciones. Así lo hizo cuando al principio fundó su Iglesia, que por una parte la enriquecia con admirables dones de su gracia, y por otra permitia que la ejercitasen y probasen los tiranos con varias persecuciones, para que en medio de ellas resplandeciese más la virtud y santidad de los fieles, y lo mismo en su tanto ha usado Su Divina Majestad con la nueva iglesia y cristiandad del Japon, porque apénas se comenzaba á fundar en alguna ciudad ó reino, que no se levantasen luego para destruirla los ministros del demonio, que son los bonzos y sacerdotes de aquella tierra, como se verá muy claro en el discurso de esta historia.

Como iba creciendo en Bungo el número de los fieles y su devocion, iba tambien creciendo la ira é indignacion de los bonzos, que los hay en aquel reino y en la ciudad de Funay muchos y muy poderosos. Al principio comenzaron á disputar con el P. Baltasar, pensando de convencerle con sus razones aparentes, pero con la gracia del Señor ellos quedaban siempre concluidos, aunque procuraban disimular cuanto podian su confusion y vergüenza, dando grandes risadas en medio de las disputas y haciendo burla del Padre y de lo que predicaba. Cuando salian de casa, iban diciendo á toda la gente, que la doctrina de aquellos extranjeros eran fábulas y mentiras, que no se dejasen engañar como niños de hombres que ni se sabia de dónde eran ni lo que enseñaban; mas todas estas disimula-

ciones de los bonzos no bastaban para que la gente cuerda y de entendimiento no echase de ver, que ni respondian ni satisfacian á las razones que los Padres les hacian, por lo cual viendo los bonzos que iban perdiendo cada dia su crédito y reputacion con el pueblo, para vengarse de ellos les apedreaban de noche la casa. Llegó esto á noticia del rey y mandó á los caballeros cristianos de aquella calle, que guardasen la casa de noche, y si hallasen alguno tirando piedras, se le llevasen atado de piés y de manos, que él le haria castigar rigurosamente. Supieron esto los bonzos y no se atrevieron de allí adelante á inquietarlos más.

Pero usaron de otro medio más peligroso para pervertir á los cristianos, y fué darles á entender que era una misma doctrina la que predicaban los Padres y la que ellos enseñaban, interpretando las cosas de la ley de Dios á su modo, y dándoles tal color, que pudiesen engañar á los que sabian poco, ó eran sencillos ó muy nuevos en la fe. Viendo el P. Baltasar el peligro que en esto podia haber, procuró que todos los sermones y pláticas fuesen enderezadas á declarar la diferencia que habia de la una ley á la otra; y no contento con esta diligencia, escribió un libro acerca de esta manera, declarando muy en particular las sectas del Japon, y el poco fundamento y verdad que tenian. Este libro presentó el P. Baltasar al rey, y él le mandó leer en presencia de los de su consejo y principales caballeros de su corte. Contentó mucho á todos, y para que tuviese más autoridad, le selló el rey con su propio sello y le volvió al Padre, quedándose él con un traslado, para mostrarle en las ocasiones que se ofreciesen y acreditar más con esto la ley de Dios y á los que la predicaban.

En este tiempo, cuando el rey mostraba más amor á los Padres y hacia más favor á la cristiandad, se conjuraron contra él tres señores de los más principales de su reino, y le pusieron en grande aprieto, y á lo que se entendió, todo fué traza de los bonzos, porque favorecia el rey tanto la ley de Dios. Envió el P. Baltasar á palacio al H. Juan Fernandez, para que le visitase de su parte y le dijese, que estuviese su Alteza muy confiado en nuestro Señor que le sacaria bien de aquel trabajo, y que todos los cristianos tenian particular cuidado de hacer oracion por el buen suceso. Cuando el Hermano llegó á palacio, estaba todo lleno de caballeros y soldados con sus armas, que apénas se conocian cuáles eran los amigos ni los enemigos. Acertó á abrir el rey una ventana hácia la parte donde estaba el Hermano, y así pudo darle el recado, el cual recibió con mucho contento, agradeciendo al Padre el cuidado que tenia de sus cosas.

Poco después fueron descubiertos y conocidos los traidores y muertos con todos sus hijos y parientes, y la misma noche envió el rey un caballero que dijese al Padre, cómo ya los traidores habian sido castigados y cesado la alteracion pasada, y que si habia recibido algun daño en la casa ó iglesia, él lo satisfaria muy cumplidamente. Envióle entónces el Padre las gracias de aquel recado, y despues le fué á visitar, estando ya las cosas pacíficas y sosegadas.

Fué particular misericordia de nuestro Señor que no causó este desasosiego mudanza ni turbacion en los cristianos, antes acudian á la iglesia con más fervor y devocion, y por ser al principio de la Cuaresma, se les predicó el misterio del Santísimo Sacramento, porque habia algunos que después de bautizados, aún no le habian recibido, y para que se dispusiesen mejor, se hacian tambien pláticas ordinarias de la penitencia. Tomaban esto los cristianos tan de veras, y eran tantos sus ayunos, cilicios y disciplinas, que fué necesario ponerles tasa y moderacion, porque no perdiesen la salud. Pidieron en este tiempo el santo Bautismo algunos bonzos, que se tuvo en mucho, por ser todos de ordinario tan contrarios á nuestra santa fe, y uno de los que más en esto se señalaba, después de bautizado, reconociendo el beneficio que habia recibido del Señor, fué muy ejemplar en su vida, y tenia por devocion cada dia encomendar á Dios á los que predicaban su santa ley. Los cristianos que vivian en las aldeas y lugares fuera de la ciudad, ya que no podian venir cada dia á la iglesia por sus ocupaciones, acudian los domingos y fiestas á oir Misa y sermon, y algunos venian la noche antes, de suerte que cuando amanecia estaba ya la iglesia llena de gente. En oyendo Misa y sermon, preguntaban sus dudas acerca de la ley de Dios ó de lo que les habian predicado, y por la tarde se volvian á sus lugares.

Por ocasion de los portugueses que venian cada año á Firando, hubo de ir allá el P. Baltasar desde Bungo á confesarlos el año de 1554. Y el de 55 llevó consigo al H. Juan Fernandez y á Paulo el que se bautizó en Funay este último año. Y porque en esta ausencia no estuviese la casa é iglesia de Bungo sin alguno de la Compañía, vino á residir en ella el H. Duarte de Silva desde Amanguchi, donde quedó el P. Cosme de Torres con Lorenzo y Melchor, que eran los dos mozos japones que estaban en casa.

En el tiempo que el P. Baltasar estuvo en Firando confesando á los portugueses y tratando

otras cosas de importancia que llevaba encomendadas, el H. Juan Fernandez y Paulo se ocupaban en predicar á los gentiles. Pasaba ya el número de los cristianos en Firando de 500, entre los cuales habia algunos caballeros de la casa del rey, y él mismo mostraba aficion y gusto á la ley de Dios, y dió entónces á los cristianos un campo cerca de la iglesia donde se pudiesen enterrar, lo cual fué para ellos de mucho consuelo; y el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, pusieron en este campo que habia de ser cementerio una muy hermosa cruz llevándola en procesion con mucha solemnidad, hasta el lugar donde se habia de colocar, y de allí adelante tenian por devocion todos los cristianos en visitando la iglesia, ir tambien á visitar y hacer oracion á la cruz del cementerio.

Vueltos de Firando el P. Baltasar y sus compañeros, partió el H. Juan Fernandez á Amanguchi, porque los cristianos de aquella ciudad (como habia sido su primer predicador y maestro) le pedian con mucha instancia, y el H. Duarte de Silva quedó en su lugar en Bungo.

CAPÍTULO XXIV

Cómo se destruyó la ciudad de Amanguchi, y el P. Cosme de Torres se volvió á Bungo.

La cristiandad de Amanguchi iba con el aumento y prosperidad que hemos dicho, hasta que el año de 1556, para mayor prueba y ejercicio de los Padres y de los cristianos, permitió nuestro Señor por sus ocultos y secretos juicios, que se destruyese la ciudad de Amanguchi, y tomasen de aquí los bonzos ocasion para blasfemar de la ley de Dios y de los que la predicaban, haciendo creer á los gentiles, que donde quiera que entraban aquellos Padres, se destruia todo con guerras, no echando de ver que sus grandes pecados y muchas idolatrías eran causa de los castigos que Dios nuestro Señor les enviaba, porque teniendo la luz del Evangelio en sus casas no la querian recibir, y convidándoles con el perdon de sus culpas, se querian estar de asiento en ellas.

Fué, pues, el caso que como el nuevo rey de Amanguchi y hermano del de Bungo, no fué elegido con gusto de todo el reino, sino de solos los conjurados que mataron al legítimo rey, aunque gobernó con alguna paz y sosiego poco más de cuatro años, pero el de 1556 se levantó un señor muy poderoso con algunos deudos y amigos suyos contra el nuevo rey y los de su parcialidad, los cuales, por hallarse algo desapercibidos, no se atrevieron á esperarle. Hicieron estos conjurados lo primero, mucho daño en la tierra y luego pegaron fuego á la ciudad, el cual fué de manera que siendo entónces como algunos afirman tan grande como Lisboa, se quemó casi toda y la iglesia y casa de los Padres, que más parecia castigo del cielo que de la tierra.

Viendo los cristianos que el enemigo estaba en el campo y con su ejército formado, se juntaron con el Padre para consultar lo que se debia hacer. Parecióles á todos, que se recogiesen á Bungo el Padre y sus compañeros entre tanto que la tierra se apaciguaba, porque volviendo el enemigo, como traia en su compañía tantos bonzos que deseaban vengarse de él, no podrian defenderle contra tanta gente, siendo ellos tan pocos, aunque aventurasen sus vidas, lo cual habian de sentir más que perderlas. Mucho desconsuelo era para el P. Cosme de Torres haber de dejar á los cristianos en tiempo de tanto peligro y desamparo; mas viendo su determinacion y la instancia que en ello le hacian, hubo de condescender con sus ruegos.

Toda la noche antes de su partida gastaron confesándose los que podian y otros llorando su partida; fuéronle acompañando muchos de ellos dos y tres leguas el dia siguiente, y cuando últimamente se hubieron de despedir, era tal su sentimiento y lágrimas, que le quebraban el corazon, haciéndole al mismo Padre derramar otras tantas, que parece adivinaban aquellos cristianos los muchos años que habian de pasar, antes que tornasen á ver en su tierra Padre ni Hermano de la Compañía.

Llegó el P. Cosme de Torres á Bungo por el mes de Mayo del año 1556; trajo en su compañía al H. Juan Fernandez, y á Lorenzo, y á Melchor y á Paulo el bonzo, que se convirtió en Amanguchi, porque no se pudo acabar con él, que dejase al P. Cosme de Torres, por cuyo medio le habia hecho nuestro Señor tan singular beneficio.

Era tanta la compasion que tenia el buen Padre, viendo quemada su iglesia y en cierta manera deshecha y tan esparcida aquella cristiandad que con tantos trabajos habia conservado, que todas las veces que se ofrecia ocasion de hablar en ella, se le iban las lágrimas hilo á hilo por el rostro con tanta ternura, como un padre que hubiera perdido otros tantos hijos, los cuales este santo varon habia criado con tantos dolores y trabajos como queda dicho, aunque en medio de ellos le daba nuestro Señor tanto consuelo viendo el aumento de aquella cristiandad, que habia perdido grande parte de la vista, con la abundancia de las dulces lágrimas con que su alma

era continuamente regalada y visitada de nuestro Señor.

Poco después que llegó á Bungo el P. Cosme de Torres, se le armó al rey otra traicion como la de su hermano en Amanguchi, en la cual entraban 13 caballeros principales. Hízolos el rey matar á todos, y con esto se alteró el reino de manera que tuvo necesidad de salirse de Funay y retirarse para su seguridad á una fortaleza muy hermosa que estaba cinco ó seis leguas de aquella ciudad en una muy alta sierra, rodeada del mar por todas partes, que solamente quedaba una estrecha senda, por la cual se subia á ella desde la tierra.

CAPÍTULO XXV

Cómo llegó á Bungo el P. Melchor Nuñez, Provincial de la India, con otros compañeros, y lo que sucedió en el tiempo que se detuvo en Japon.

Con las buenas nuevas que el H. Pedro de Alcaceva dió en Goa de la cristiandad de Amanguchi y de la que se comenzaba en el reino de Bungo, determinó el P. Melchor Nuñez, que á la sazon era Provincial de la India, pasar á Japon y ver el fruto que se hacia en aquella tierra y animar y consolar, conforme á la obligacion de su oficio, á los que estaban trabajando en ella. Llevó en su compañía al P. Gaspar Vilela (1), y á otros dos Hermanos. Partiéron todos de Goa por el mes de Mayo de 1554, no pudiendo pasar en todo aquel año de Malaca, ni el siguiente del puerto de la China, así por falta de navíos como por las muchas tempestades y vientos contrarios que tuvieron.

Estando el P. Melchor en Macao, que es cerca de la China, recibió una carta del rey de Firando, pidiéndole por ella que viniese á su reino porque le haria todo regalo y cortesía; la carta dice así:

«El P. Maestro Francisco vino á ésta mi tierra donde hizo algunos cristianos, lo cual á mí me dió grande contento y á ellos favorezco mucho y no consiento que se les haga ningun agravio. Tambien ha venido otras dos veces el Padre que reside en Bungo, y ha bautizado algunos de mis criados y otras muchas personas nobles. Yo oigo algunas veces sus sermones, que me parecen muy bien, y guardo sus palabras en mi corazon y estoy muy cerca de ser cristiano. Recibiria placer que V. R. viniese á esta tierra, donde le haré la honra y buen acogimiento que su persona merece en Firando. TAQUANOMBO, *rey de Firando*»

Deseó mucho el P. Melchor dar gusto al rey de Firando viendo la voluntad y deseo que mostraba de que fuese á su tierra, y así enderezó su camino para allá. Mas los vientos fueron tan contrarios, que con grande trabajo y mucho peligro pudieron tomar puerto en el reino de Bungo. En llegando les dijeron, cómo estaba toda la tierra alterada, y el rey fuera de la ciudad recogido en su fortaleza, y que entendian ser muertos los Padres ó desterrados del reino. Mucho desconsuelo y pena fué para el Padre oir estas nuevas, pero nuestro Señor le consoló presto, porque llegando á Funay al principio de Julio de 56 los halló á todos buenos y al P. Cosme de Torres, que habia casi dos meses que era venido de Amanguchi.

Muy particular fué el consuelo de los Padres viéndose juntos en aquella casa; y en los dias que allí se detuvieron, trataron y comunicaron entre sí de los medios que se podian y debian tomar para llevar adelante la cristiandad que se habia comenzado en aquellos reinos, para lo cual ayudó mucho la experiencia que el P. Cosme de Torres tenia de aquella tierra.

Estaba en Funay á esta sazon un mozo portugués y noble, de treinta años y de muy buenas partes, con grandes deseos de emplearse de veras en el servicio de nuestro Señor. Llamábase este mozo Luïs de Almeida, el cual como supo que era llegado á la ciudad el P. Melchor Nuñez, Provincial de la India, le dió cuenta de sus buenos y antiguos deseos, y con parecer suyo y de los demás Padres, se determinó en ser de la Compañía, y fué un grande obrero en aquellas partes. Repartió su hacienda, que era mucha, entre pobres, conforme al consejo del Evangelio, y de buena parte de ella se edificó un hospital para curar los enfermos y criar niños huérfanos y desamparados.

Habiéndose detenido el P. Melchor algunos dias en Funay, pareció que convenia visitar al rey que estaba retirado en su fortaleza, porque aun duraban las alteraciones pasadas. Procuró el Padre persuadirle con muchas razones, que se bautizase; pero viendo el rey que estaban las cosas de su reino con tan poca quietud y sosiego, y que podria causar nueva turbacion y alteracion en sus vasallos, si dejase su ley y tomase otra en aquella coyuntura, no se determinó á tratar de ello por entónces, pero agradeció al Padre la visita, mostrándole mucho amor los dias que allí se detuvo.

Vuelto el Padre á Funay, tomó consigo al H. Juan Fernandez, y anduvo visitando los cristianos que vivian en los lugares de aquella comar-

(1) Otros autores escriben Villela. (N. del E.)

ca. No pudo continuar este ministerio como lo deseaba, porque le dió una muy grave y peligrosa enfermedad, de la cual estuvo muchos dias en la cama; y aunque despues se levantó, nunca pudo convalecer ni cobrar fuerzas, por serle contrarios los aires y mantenimientos de aquella tierra, y así le fué forzoso volverse á la India para cobrar salud. Llevó en su compañía uno de los Hermanos que habia traido, al otro dejó con el P. Gaspar Vilela en Funay, para que ayudasen al P. Cosme de Torres, al cual señaló por Superior de todos los que andaban en Japon.

CAPÍTULO XXVI

Cómo el P. Baltasar fué á Firando con dos compañeros, y lo que en el mismo tiempo sucedió en Bungo y Amanguchi.

Después que partió para la India el P. Melchor Nuñez, viendo el P. Cosme de Torres el deseo que habia mostrado el rey de Firando de que hubiese Padres en su tierra, envió allá al P. Baltasar que ya habia estado otras dos veces en aquella ciudad, y con él al H. Juan Fernandez y á Paulo, el que vino de Amanguchi. En Funay quedaron el P. Cosme de Torres y el P. Gaspar Vilela con los HH. Duarte de Silva, Luis de Almeida y Guillermo, que vino de la India con el P. Provincial y los dos mozos japones Lorenzo y Melchor. Dentro de pocos dias se reconciliaron con el rey de Bungo los señores de su reino, que andaban alterados, y con las nuevas mercedes que les hizo, los dejó más obligados á su servicio, y la tierra quedó con más quietud y paz que antes tenia.

Tambien parecia que se iban sosegando las turbaciones de Amanguchi en lo exterior, y los cristianos pedian al P. Cosme de Torres con mucha instancia, que se volviese á vivir con ellos. Deseaba el Padre consolarlos como á hijos tan queridos, mas por estar en tierra del rey de Bungo, que era tan protector de la cristiandad, pareció ser necesario darle cuenta de su deseo, principalmente porque siendo su hermano rey de Amanguchi, sabria mejor que nadie la disposicion que habia en aquel reino. Dijo el rey de Bungo al Padre cuando fué á visitarle, que por entónces no se pusiese en camino, que él avisaria cuando fuese tiempo más conveniente. De esta respuesta coligieron los Padres que habia alguna nueva conjuracion en Amanguchi (como era verdad), porque un deudo del rey que mataron, ayudándose de sus amigos y conocidos, vino sobre la ciudad, que en parte se habia reedificado con tan poderoso ejército, que mató al rey en una batalla y desbarató á los que eran de su parte, y se hizo rey y señor de Amanguchi.

El de Bungo viendo la muerte de su hermano con deseo de vengarla y hacer rey á su sobrino, hijo del muerto, juntó un muy grueso y lucido ejército de más de 60.000 hombres, y con él tuvo cercados á los contrarios en unas altísimas sierras mucho tiempo, hasta que por medio del Dayri, se compusieron los dos reyes, y el de Bungo quedó con mucha parte de las tierras de sus contrarios, entre las cuales fué el reino de Chicugen.

En este reino habia entre otras una ciudad muy principal que se decia Facata, á cinco jornadas de Bungo. Seria esta ciudad de más de 8.000 vecinos, que los más de ellos eran tratantes y mercaderes, aunque tambien habia en ella otra mucha gente principal.

Con estos conciertos quedó el rey de Bungo señor de cinco reinos enteros, y más temido de sus vasallos y de los vecinos, y comenzó tambien á hacer nuevos favores á la cristiandad, hablando de la ley de Dios delante de los señores de su reino con mayor estima y satisfaccion que de todas las sectas del Japon, y por hacer mayor honra y favor á los Padres, se fué á cenar una tarde á la casa donde ellos vivian. Acabada la cena se le hizo una plática de la ley de Dios, la cual oyó con mucho gusto. Entró luego á ver la iglesia y preguntó muy en particular qué significaban las imágenes que estaban en el altar. Antes de despedirse dijo á los Padres, que les queria señalar renta para todos los que estaban en su reino, aunque él les daba siempre lo que habian menester. Diéronle los Padres las gracias por la merced que les hacia, y suplicáronle que pues para su sustento era menester poco, fuese su Alteza servido de aplicar aquella renta que les daba, para un hospital que iban edificando, en que se habian de curar los pobres y enfermos de aquella tierra. Holgó el rey de ello, y tambien les dió un muy buen sitio en la ciudad de Facata, del nuevo reino de Chicugen, para que edificasen allí casa é iglesia, ofreciendo de ayudar para la obra.

Era grande el amor que este rey mostraba siempre á los Padres, y muchas las buenas obras que de él recibian continuamente, porque les dió las casas en que vivian, que eran unos palacios suyos de madera de cedro, y los proveia de todo lo necesario, y en cualquiera negocio que se les ofrecia, con grande llaneza y mucho gusto les decia su parecer y lo que les convenia.

El hospital á quien aplicó la renta el rey era

una casa grande que se edificó con la hacienda del H. Luis de Almeida, en la cual habia dos cuartos principales; en el primero, se curaban los heridos y otras enfermedades fáciles; en el segundo, los leprosos, que suele haber muchos en aquella tierra. Tomó el cuidado de este hospital el mismo H. Luis de Almeida, con deseo de servir á nuestro Señor en sus pobres, no sólo con su hacienda, sino tambien con su persona. Ayudábale en este ministerio un mozo japon de treinta años, por nombre Paulo, de rara virtud y grande médico entre los japones, el cual deseaba ser de la Compañía y servir á Dios nuestro Señor en pobreza, castidad y obediencia. Favorecia Su Divina Majestad á los que tenian cuidado del hospital con tan copiosa gracia, que las llagas y postemas de diez y doce años las daban sanas en quince ó veinte dias; y por este medio se convertian á nuestra santa fe muchos gentiles, los cuales viéndose sanos y la caridad y cuidado con que habian sido curados, holgaban de oir los sermones del catecismo y hacerse cristianos.

CAPÍTULO XXVII

Del fruto que hicieron en Firando el P. Baltasar y sus compañeros.

Partieron de Bungo el P. Baltasar y sus compañeros al principio del año de 1557 y llegaron á Firando con buen tiempo. Es esta isla de tres leguas en circuito y en ella hay algunos buenos lugares, y la principal poblacion es la ciudad de Firando, donde reside de ordinario el rey, y de ella toma el nombre toda la isla y todo el reino. Tiene un puerto muy capaz y acomodado para los navíos, y á esta causa suelen acudir á él los portugueses que vienen de la India para Japon.

Recibió el rey al Padre y á sus compañeros con amor y buena voluntad, y ellos comenzaron luego á predicar en la ciudad, y aunque el H. Juan Fernandez era uno de los que mejor hablaban la lengua, pero en extremo gustaban todos de oir á Paulo, por el grande talento y mucha gracia que nuestro Señor le habia comunicado para este oficio y ministerio; y así, lo era tambien el fruto que hacia con sus sermones, porque como entendia tan de raíz los engaños que tienen los japones, y se los iba descubriendo y declarando juntamente la verdad de nuestra santa fe, dejábalos convencidos. Tenia tanto celo de la salvacion de las almas, que no sentia trabajo ni cansacio aunque estuviese predicando todo el dia; y con la mucha gracia que tenia en todo, nunca cansaba ni daba fastidio á los oyentes.

Entre los que se bautizaron en Firando fué un caballero muy principal que se llamó D. Antonio, pariente muy cercano del mismo rey, y la segunda persona de su reino. Bautizóse tambien su mujer, por nombre doña Isabel y su hijo mayor D. Jerónimo, con otros muchos criados de su casa. He puesto los nombres en particular de estos caballeros, porque adelante se verá la cristiandad, virtud y constancia en la fe qué tuvieron en esta casa padres é hijos.

Tenia D. Antonio dos islas á cuatro leguas de Firando; la una se decia Tacugima y la otra Iquiceuqui, y deseaba mucho que los vecinos de ellas se hiciesen cristianos, pareciéndole que no tenia por vasallos suyos los que no servian á Dios como él. Pidió al P. Baltasar con mucha instancia, tuviese por bien de ir allá con sus compañeros. Concedióselo el Padre viendo su devocion y santo celo, lo cual estimó en tanto D. Antonio, que quiso él mismo acompañarlos, para mover más á sus vasallos con su ejemplo y con sus razones. Sirvióse mucho nuestro Señor del tiempo que se gastó en estas dos islas, porque en la de Tacugima se hicieron más de 600 cristianos, y en la de Iquiceuqui más de 800, y en cada una de ellas se edificó una buena iglesia y se dió el cuidado de ellas á dos cristianos ancianos que estaban bien instruidos en la fe, para que las tuviesen limpias y bien aderezadas y procurasen enseñar la doctrina á los niños y juntar á los demás cristianos los domingos y fiestas, para tratar algunas cosas de su aprovechamiento. Con esto dieron la vuelta para Firando, con grande consuelo de D. Antonio, por el fruto que en sus islas se habia hecho.

Tornaron á continuar los sermones el P. Baltasar y sus compañeros, así en la ciudad como en los lugares de aquella isla, y fué creciendo el número de los fieles, que ya pasaban de 1.300 para los cuales se hicieron tres iglesias á donde acudian á los sermones. Y para que se vea la virtud y constancia de estos cristianos de Firando, y cuán impresa tenian en su corazon la ley de Dios que les habian predicado, pondré aquí un ejemplo de una santa mujer y mártir, con la cual quiso Dios nuestro Señor honrar aquella iglesia, que aunque era esclava, su corazon era real y generoso.

Tenia esta dichosa esclava por costumbre (como todos los demás) después de haber rezado en la iglesia, ir á hacer oracion á la cruz del cementerio, donde se enterraban los cristianos. Viéndola su amo (que era gentil y muy contrario á la ley de Dios), dijo que si iba otra vez á hacer oracion á la cruz y no dejaba de ser cris-

tiana, la habia de matar. Ella respondió con una santa libertad, que no se habia hecho cristiana para dejar de serlo por temor de la muerte. Indignóse más el amo con esta respuesta y tornóla á amenazar, que le cortaria la cabeza, si volvia á la cruz. Hizo poco caso de estas amenazas la constante mujer, y sin temor alguno continuó su devocion como solia. Aguardóla su amo un dia al tiempo que venia de la cruz, y fuése para ella con su espada desenvainada, mas la bendita mujer le esperó hincadas las rodillas y puestas sus manos y los ojos en el cielo. Llegó el cruel tirano, y del primer golpe le cortó la cabeza y el hilo de la vida, para comenzar á gozar de la eterna. Tomaron los cristianos su cuerpo, y con toda la solemnidad que pudieron la enterraron en su iglesia, dando muchas gracias á nuestro Señor por la fortaleza que habia dado á su sierva, para ofrecer la vida por la confesion de su santa ley, animándose todos con este ejemplo para hacer otro tanto cuando fuese necesario (1).

Fué tanto lo que trabajó Paulo en Firando y en las islas de D. Antonio, que vino á enfermar gravemente, y entendiendo que nuestro Señor queria darle el premio de sus trabajos, pidió que le llevasen á Bungo para recibir antes de su muerte la bendicion del P. Cosme de Torres, á quien tenia entrañable amor y reverencia, como á su primer padre espiritual. Lleváronle desde Firando en una embarcacion, y el Padre lo recibió en Bungo con su acostumbrada piedad y caridad, procurando su salud como de hijo que tiernamente amaba por su grande virtud. Mas viendo que la enfermedad pasaba adelante, él mismo le confesó, y de su mano le dió el Santísimo Sacramento y la Extremauncion, y con el nombre de Jesus y María en la boca, dió el alma á su criador con grande paz y serenidad. Habia como tres años que era cristiano, y desde el dia de su conversion hasta la muerte, guardó siempre el rigor y modo de vida que hemos dicho. Estando Paulo enfermo en Bungo, envió el P. Cosme de Torres al P. Gaspar Vilela á Firando para que se quedase allí con el H. Juan Fernandez y ayudasen á aquellos cristianos, porque el P. Baltasar con el H. Guillermo habian de pasar á la ciudad de Facata á dar principio á una casa é iglesia en el sitio que el rey de Bungo les habia dado, y deseaba que se comenzase el edificio. Llegó el P. Gaspar Vilela á Firando por el mes de Setiembre de 1557, y el P. Baltasar partió de allí con su compañero al mismo tiempo para Facata.

(1) Sucedió este martirio, el primero del Japon, el año 1559. (N. del E.)

CAPÍTULO XXVIII

De lo que sucedió en Firando al P. Gaspar Vilela, y cómo se volvió á Bungo.

Partido el P. Baltasar con su compañero para Facata, quedaron en Firando el P. Gaspar Vilela y el H. Juan Fernandez, procurando de conservar y aumentar aquella cristiandad. Decíales el Padre Misa cada dia, y luego les predicaba por la tarde; hacia pláticas á los gentiles que deseaban oir la ley de Dios. El H. Juan Fernandez tambien se ocupaba en catequizar á los que se habian de bautizar y enseñar á los niños la doctrina cristiana. Con estos medios echábase de ver en los cristianos particular fervor y devocion, para lo cual ayudaban algunos milagros que obraba nuestro Señor en la iglesia de Firando como en la de Bungo y Amanguchi. Habia en aquella isla un hombre principal enfermo de mucho tiempo, para cuya salud se habian probado muchos y diversos remedios, pero sin fruto ni provecho. Fué á visitar á este enfermo un cristiano amigo suyo, el cual compadeciéndose de su larga y trabajosa enfermedad, le dijo que si él se bautizase y bebiese un poco de agua bendita, tenia mucha confianza en nuestro Señor, que estaria bueno y sano. El enfermo con el deseo que tenia de la salud, prometió que si él se viese libre de aquella enfermedad, se haria luego cristiano, y para mostrar que lo decia de veras y con todo su corazon, mandó á sus criados que así como estaba le llevasen á la iglesia. Hiciéronlo ellos, y en llegando le dieron un poco de agua bendita, la cual él bebió con mucha fe y devocion, y fué servido nuestro Señor, que conforme á ella cobrase la salud y volviese á su casa sano, y en agradecimiento de este beneficio, oyó luego los sermones y se bautizó.

Estando un dia en la iglesia el P. Gaspar Vilela, se llegó á él un niño harto pequeño (que era gentil) pidiendo que le hiciese cristiano. Respondióle el Padre que en sabiendo la doctrina cristiana, lo haria. Dijo entónces el niño, que él sabia muy bien toda la doctrina, y que no habia de salir de la iglesia sin que le bautizasen. Examinóle el Padre, y viendo cuán buena cuenta daba de todo, le dió el santo Bautismo. Fué el niño á su casa tan alegre y contento, que se parecian en su alma los efectos de la gracia que habia recibido en este Sacramento, porque dijo tantas cosas á sus padres y á sus hermanos de la ley de Dios, que dentro de pocos dias los trajo todos á la iglesia para ser cristianos.

Con estas cosas crecia cada dia en Firando el

número de los fieles y la indignacion de los bonzos que en todas partes hacian contradiccion á la ley de Dios, porque con los muchos que se convertian, iban perdiendo, no sólo sus intereses y provechos, sino tambien el crédito y autoridad con la gente. Viendo esto un bonzo, que en la dignidad y renta era como un Obispo y Superior del monasterio principal que habia en aquella ciudad y en aquel reino, se determinó disputar con el P. Gaspar, pensando de confundirle y cobrar la reputacion que él y sus bonzos iban perdiendo; pero sucedióle muy al revés, porque salió de la disputa tan afrentado y corrido viendo que ni pudo ni supo responder á las razones del Padre, que determinó vengarse de él y de los cristianos, por cualquier vía que pudiese, y para esto se concertó con tres hombres, que una noche hiciesen pedazos la cruz que estaba en el cementerio. Hicieron estos hombres lo que el bonzo les encomendó, pero por justo juicio de Dios acabando de quebrar la cruz comenzaron á reñir entre sí con una ocasion harto liviana, y de palabra en palabra vinieron á echar mano á las espadas, y los dos quedaron allí muertos y el otro nunca más pareció.

Cuando los cristianos vieron por la mañana quebrada su cruz y entendieron que los bonzos habian sido la causa (con el favor que para ello les dió D. Antonio, y porque otra vez no tuviesen atrevimiento de hacer semejantes desacatos á la Iglesia), pegaron fuego al monasterio de los mismos bonzos y quemaron grande parte de los ídolos que tenian en su templo, y otros que pudieron haber á las manos arrojaron en el mar. Hicieron esto los cristianos movidos del celo de la honra de Dios, aunque sin dar cuenta de ello al P. Gaspar Vilela, temiendo que se lo habia de impedir. De esto tomaron ocasion los bonzos y gentiles que los favorecian, para indignarse más contra la cristiandad, y particularmente contra el P. Gaspar, entendiendo que todo se habia hecho por su parecer y consejo. Fuéronse á quejar al rey, diciendo que echase de su tierra aquel Padre, sinó, que ellos procurarian vengarse de él y de los cristianos por otra vía. Temió el rey alguna turbacion y alteracion en su tierra, porque favorecian á los bonzos algunos caballeros principales que eran gentiles, y á los cristianos D. Antonio y sus deudos y amigos, y por bien de paz envió á decir al P. Gaspar Vilela, que se volviese por entónces á Bungo, porque así convenia para el sosiego y quietud de su tierra. Ayudó á esta determinacion del rey saber que el de Bungo enviaba al mismo tiempo su ejército contra Firando, porque este rey habia favorecido á un cuñado suyo en la muerte y destruccion del rey de Amanguchi, hermano del rey de Bungo, y así comenzó á recelarse de que estando el P. Gaspar en aquella isla, daria aviso en Bungo de lo que pasaba en Firando.

Procuró el P. Gaspar dar satisfaccion al rey, así en lo pasado contra los bonzos, como en lo presente que de él se recelaban; pero nada bastó para que el rey mudase su determinacion primera, por la instancia que hacian los gentiles para que le echase de su tierra, y el principal autor de todo esto era el bonzo superior del monasterio, pareciéndole que no podia cobrar el crédito que habia perdido en la disputa, sino echando al Padre de todo el reino de Firando; mas Dios nuestro Señor, que es justo juez, después de algunos años (como en su lugar se dirá) dispuso las cosas de manera que este bonzo fuese desterrado perpetuamente del reino y privado de todas las rentas que en él tenia.

Grande fué el desconsuelo de los cristianos, y muy particular el sentimiento de D. Antonio viendo que el bonzo habia salido con su intento en echar al Padre de Firando, y muchas veces estuvo resuelto de no consentirlo, aunque aventurase en ello su persona y estado; mas el Padre le pidió á él y á todos los demás cristianos que se acomodasen con el tiempo y confiasen en nuestro Señor, que sacaria de estos trabajos mucho fruto y guiaria los negocios de manera, que pudiesen volver allí de asiento. Al fin dejándoles el órden de lo que debian hacer, se despidió de todos, y en pocos dias llegó á la ciudad de Funay.

CAPÍTULO XXIX

Del fruto que se hizo en la ciudad de Facata, el tiempo que estuvieron allí el P. Baltasar y su compañero.

Llegaron el P. Baltasar y su compañero el H. Guillermo á Facata, que son 20 leguas por la mar, y con el sitio que el rey les señaló y la ayuda de costa que les mandó dar, acomodaron de presto una casa y capilla que podia servir de iglesia, entre tanto que se hacia otra de propósito.

Comenzó el Padre los sermones y el Hermano las doctrinas. Al principio habia pocos que quisiesen oir, por ser en aquella ciudad casi todos mercaderes y gente ocupada en sus tratos y mercancías; mas poco á poco fueron gustando de manera, que era grande el número de los oyentes, y para satisfacer al deseo de todos, era

necesario que el Padre les predicase por lo ménos dos sermones cada dia, uno por la mañana y otro por la tarde sin la doctrina cristiana, que tambien se hacia por las calles, y en cinco ó seis meses que allí estuvieron, tenian ya buen número de cristianos tan fervorosos y devotos, que parecian serlo de muchos años.

Vino en este tiempo á Facata un caballero de Amanguchi llamado Andrés, con toda su casa, á quien habia bautizado en aquella ciudad el P. Cosme de Torres, el cual como oyó decir que habia Padres en Facata, y que predicaban la ley de Dios, con deseo de confesarse y tratar de las cosas de su alma, dejó una buena renta que tenia en Amanguchi, y se vino sin despedirse del señor á quien servia. En llegando á Facata, entregó al P. Baltasar un solo hijo que tenia para que sirviese á nuestro Señor en la Iglesia desde pequeño, y él se recogió toda la Cuaresma en una casa que tomó cerca de la misma iglesia. Oia este caballero cada dia sermon y Misa, y gastaba muchas horas en la consideracion de sus pecados y en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor. Disciplinábase todas las noches, y el juéves de la cena, estando encerrado el Santísimo Sacramento, hizo en presencia de todos un coloquio resumiendo los misterios de la Pasion, con tanto sentimiento y devocion, que la ponia á los que se hallaron presentes. Acabado el coloquio se disciplinó hasta derramar mucha sangre.

Con estos y otros santos ejercicios se aparejó para la sagrada Comunion, la cual recibió el dia de Pascua, y para dar la vida por este mismo Señor, como lo hizo dentro de diez dias, porque siendo destruida esta ciudad (como se dirá en el capítulo siguiente) uno de los señores que vinieron sobre ella, hizo matar á Andrés porque estando en su servicio en Amanguchi se vino sin su licencia. Supo este buen caballero cómo le venian á matar, y con ser muy valiente y conocido por tal, nunca quiso poner mano á su espada, y todo el tiempo que le estuvieron acuchillando, hincado de rodillas y puestas las manos, rogaba á nuestro Señor por los que le quitaban la vida, á imitacion del glorioso San Estéban, en cuyo martirio habia meditado muchas veces aquella Cuaresma con particular devocion y gusto.

Tambien vino de Amanguchi á Facata otro cristiano, llamado Alejandro, con el mismo deseo, y dejó la renta que le daba otro señor á quien servia, por estar más libre y desembarazado de negocios de la tierra, y darse enteramente á nuestro Señor. Desde Facata escribió este cristiano á su amo la causa de su venida, y quiso Dios que aceptó la disculpa de Alejandro, y así le envió la mujer y suegra que por su respeto tenia presas. Ninguna de ellas era cristiana, y con los sermones que oyeron aquella Cuaresma se movieron á serlo y á pedir el santo Bautismo, lo cual fué para Alejandro de mucho consuelo. Este cristiano Alejandro, después que se destruyó Facata, se fué á vivir á Bungo, donde á pocos dias como llegaron, murió la mujer y suegra y él se determinó á vivir en castidad toda su vida, y hacer todo lo que le aconsejasen los Padres para su salvacion y mayor aprovechamiento.

Otro cristiano de Firando, por nombre Silvestre, viendo que el rey habia mandado salir de aquella tierra al P. Gaspar Vilela, se vino á Facata con su mujer é hijos, y después se fué á Bungo para vivir junto á la iglesia y poder oir cada dia Misa y sermon, gustando más de vivir con pobreza en Bungo por este respeto, que en Firando con la hacienda y comodidad que allí tenia, careciendo de lo que él tanto estimaba, porque les habia dado Nuestro Señor á estos buenos casados tanto deseo de su salvacion, que por asegurarla más, tenian en poco dejar su tierra y su descanso y comodidades temporales.

CAPÍTULO XXX

De la destruccion de Facata, y lo que sucedió al P. Baltasar y á su compañero.

Cada dia se iban convirtiendo muchos gentiles á nuestra santa fe en Facata, y habia grande esperanza de que toda la ciudad habia de recibir la ley de Dios, segun el buen gusto con que la oian; pero todo este fruto se impidió con el castigo que nuestro Señor envió sobre ella por sus ocultos juicios.

Habia quitado el rey de Bungo muchas tierras á los que se hallaron en la muerte de su hermano en Amanguchi. Después que su ejército se recogió, tornaron á rehacerse los contrarios, y con el favor que les daba el nuevo rey de Amanguchi, procuró cada uno irse aprovechando de las ocasiones y cobrar lo que habia perdido. El rey de Chicugen, cuya era esta ciudad, y uno de los desposeidos, con deseo de cobrarla, juntó buen número de gente, y cuando le pareció que estaban más descuidados en Facata de su venida, la cercó el domingo, que era octava de la Pascua de Resurreccion del año 1558. Quiso defenderla el gobernador que allí tenia el rey de Bungo, pero como la gente de aquella ciudad por la mayor parte eran mercaderes y poco ejercitados en

la guerra, no pudieron resistir á los que venian, y así fué muerto el gobernador y cuantos le favorecian.

Viendo el P. Baltasar este trabajo tan repentino, hizo embarcar al H. Juan Fernandez (que poco antes habia llegado allí) con algunos niños cristianos, y con los aderezos de la iglesia en una embarcacion que iba á Firando, para que desde allí se fuesen á Bungo, y él se recogió con el H. Guillermo y con Silvestre en otro navío que hallaron en el puerto. Pudieron hacer esto sin que lo echasen de ver los contrarios, por ser ya noche y ayudarles para ello los cristianos. Mas venida la mañana, hallaron que el capitan de la nao en que habian entrado era de los conjurados, y así les quitó cuanto tenian, amenazándoles con la muerte, si no le daban lo que quedaba, pensando que lo habian escondido.

Pasados dos ó tres dias, dió aviso este capitan á los que estaban en la ciudad cómo tenia en su poder aquellos Padres, para que viesen lo que se habia de hacer de ellos. Vinieron luego tres barcos de soldados y despojaron al Padre y á su compañero de los pobres vestidos que les habian quedado, dejándolos en camisa.

Llegados á la playa, comenzaron á reñir los que estaban en tierra con los que venian en las embarcaciones sobre el partir de los despojos, y al Padre y á su compañero encerraron en un vallado que se hacia entre dos sierras, lo cual era señal de quererlos matar. Acudieron luego muchos gentiles dando voces y pidiendo que les quitasen la vida, porque donde quiera que entraban, se destruia la tierra con guerras. A estas voces y ruido llegó un soldado que parecia de más calidad que los otros, y sacó al Padre y á su compañero de aquel lugar, mas cuando pensaban estar libres del peligro pasado, puso el soldado mano á su espada amenazándolos con ella, si no le mostraban la plata que tenian escondida. Respondióle el Padre que bien veia cómo no les habian dejado un solo vestido con que cubrirse, cuanto más plata que poderle dar. Con esto los dejó el soldado y se fué.

Habia entrado Silvestre en la ciudad á buscar algun remedio para abrigar al Padre que estaba desnudo y para rescatar al H. Guillermo que le habia llevado otro soldado por esclavo. Andando Silvestre con este cuidado, encontró un cristiano, hombre principal, que se llamaba Juan, á quien dió cuenta de lo que pasaba. Vino luego Juan con vestidos y llevó al Padre á su casa y rescató al Hermano, concertándose con el soldado que le tenia en su poder. Túvolos en su casa diez dias, y por ser de mucho ruido y concurso de gente, se pasaron á casa de otro cristiano, que era más secreta y escondida. De esta manera anduvieron cincuenta dias, hasta que los cristianos dieron órden como se embarcasen para Bungo, porque no habia esperanza que el nuevo señor de Facata daria licencia para que se predicase más en aquella ciudad la ley de Dios, por haber persuadido el demonio á muchos de estos gentiles, que el reino ó ciudad donde esta ley se predicaba, luego se destruia con guerras y disensiones.

Grande fué el consuelo y alegría que recibieron en Bungo, así los Padres como todos los cristianos con la venida del P. Baltasar, á quien ya tenian por muerto, y para mostrar lo que se habian holgado de su libertad, salieron seis leguas á recibirle, y desde allí á Funay habia muchas cuadrillas de cristianos esperándole á dos y tres leguas, y hasta las mujeres con los niños pequeños salian fuera de la ciudad á darle el parabien de su venida. Que tal es la caridad y el amor que estos nuevos cristianos tienen á sus maestros y padres espirituales, como lo habia sido el P. Baltasar en esta iglesia de Bungo, y así le amaban y estimaban todos mucho.

CAPÍTULO XXXI

Del fervor y devocion que habia en la cristiandad de Bungo.

En el tiempo que pasaban estos trabajos en Firando y Facata, crecia en Bungo el número y la devocion de los cristianos. Bautizábanse muchos de nuevo, y en los ya convertidos se echaba de ver grande deseo de su aprovechamiento. Todos los dias aunque lloviese ó nevase, estaba la iglesia por la mañana llena de gente para oir Misa y sermon, y los dias de fiesta era tanto el concurso de los cristianos que acudian de los lugares comarcanos, que apénas cabian en ella.

Tenian por costumbre los niños decir cada dia en acabando la Misa la mayor parte de la doctrina, cantando uno y respondiendo los demás. Tornaban despues de mediodia á la iglesia, y acababan de decir lo que habian dejado por la mañana; iban luego de dos en dos á besar la mano al Padre, y desde allí en procesion á una cruz muy devota que estaba delante del hospital, y hecha su adoracion, se volvian á sus casas. Antes de la noche se juntaban otra vez delante de la misma cruz, y puestos de rodillas, decian segunda vez la doctrina cantada, y con estos ejercicios ordinarios se les quedaba tan impresa en el corazon y en la memoria, que no habia niño que no la supiese muy bien dentro

de ocho meses en lengua del Japon y en latin, sin otras muchas oraciones y devociones particulares que deprendian.

Cuando estos niños decian la doctrina delante del Padre á la mañana ó á la tarde, tenia cuidado él mismo de irles declarando, conforme á su capacidad, algunos puntos de lo que habian de hacer para ser buenos cristianos, como era encomendarles la devocion de Nuestra Señora y de los Santos, examinar su conciencia antes de acostarse, hacer oracion por la mañana en levantándose y otras cosas semejantes. Y ellos se aprovechaban tan bien de lo que el Padre les enseñaba, que con su devocion admiraban y confundian á los gentiles. Enviando un cristiano á una niña muy pequeña por vino, aconteció que estándoselo midiendo, hicieron señal en la iglesia para el Ave María. Como la niña oyó que tañian á la oracion, dejó luego el jarro y se hincó de rodillas delante de todos, y puestas sus manos rezó cinco veces el *Pater noster* con el Ave María antes de levantarse. Quedaron espantados los gentiles que se hallaron presentes, y confesaban que no habia tal ley como la de los cristianos, pues tales costumbres enseñaba aun á los niños.

No era menor la devocion de los grandes que la de los niños, porque comunmente tenian todos por costumbre disciplinarse los viérnes en su casa ó en la iglesia, y muchos lo hacian cada dia, y comunmente todos los japones son muy inclinados á hacer penitencia y muestran particular afecto á la sagrada Comunion; y cuando les dan licencia para recibir el Santísimo Sacramento, es cosa maravillosa ver su devocion, porque en comenzando á decir la confesion, parece que quieren reventar de lágrimas, y particularmente cuando llegan á decir aquellas palabras: *Domine non sum dignus,* que quien los viese más los juzgaria por religiosos de muchos años, que por cristianos de tan poco tiempo.

Tenian otra costumbre tambien muy loable, que era juntarse los domingos por la tarde en casa de un cristiano por su órden; un dia en casa de uno y otro dia en casa de otro, hasta que daban vuelta por todos. Y ejercitábanse allí tres obras de misericordia. La primera, que resumian los puntos del sermon que aquel dia habian oido y lo que cada uno sacó para su aprovechamiento. Para esto solia acudir un Hermano de casa que les iba declarando más en particular lo que no entendieron bien, y de esta manera se les quedaba la doctrina del sermon más impresa en el corazon. La segunda que allí hacian, era dar cada uno cierta limosna, que será como dos maravedís, para socorrer á las necesidades de los cristianos pobres y enfermos, y para esto tenian señalados sus mayordomos, á cuyo cargo estaba saber estas necesidades y repartir las limosnas, dando primero cuenta de lo que habian de hacer. La tercera cosa es, que el huésped en cuya casa se juntaban aquel dia, daba una colacion para mostrar la caridad y union que ha de haber entre todos, y tenían les puesta tasa de lo que habian de dar, porque si se dejara á su voluntad, como son tan honrados gastaran más de lo que tenian.

Esta costumbre tomaron los cristianos de Bungo de los de Amanguchi, y á su imitacion hacian lo mismo en las demás partes. Lo cual era de tanto fruto y provecho, que por este medio se conservaban en la fe y buenas costumbres los cristianos de Firando, Facata y Amanguchi, sin tener Padres que los predicasen ni enseñasen, porque en estas juntas que hacian los domingos y fiestas, platicaban de la ley de Dios y leian algunos libros que tenian traducidos en su lengua acerca de los artículos y mandamientos, preguntaban las dudas que se les ofrecian á los que estaban más instruidos en la fe, y conferian entre sí de los medios que podian tomar para su aprovechamiento.

Tambien era muy particular la devocion que mostraban á las cuentas benditas, porque continuamente estaban rezando en las que habia puestas en la iglesia para todos en comun. Y si alguna persona alcanzaba á tener alguna cuenta propia, siempre andaba de mano en mano por los demás cristianos, y el mayor regalo que se les podia hacer era darles una cuenta bendita, la cual ellos estimaban como un grande tesoro.

CAPÍTULO XXXII

Cómo el P. Gaspar Vilela salió á visitar algunos lugares cerca de Funay.

Estaban juntos en este tiempo en la casa de Funay los tres Padres Cosme de Torres, que era Superior de todos, el P. Baltasar Gago y el P. Gaspar Vilela, y los Hermanos Juan Fernandez, Duarte de Silva, Guillermo y Luis de Almeida. Tenian tambien en su compañía algunos mozos japones de buenas habilidades y probada virtud, de los cuales se ayudaban los Padres para enseñar la doctrina cristiana y hacer algunas pláticas á los cristianos y gentiles, porque estaban bien instruidos en las cosas de nuestra santa fe, y con ellos se suplia en grande parte la falta que entónces habia de obreros y predicadores en aquella tierra.

Entre los que se criaban en la casa de Bungo, habia cuatro mozos que eran de más edad y se aventajaban á los otros en la virtud. El primero se decia Lorenzo, á quien bautizó el P. Francisco. El segundo Melchor, que entrambos vinieron de Amanguchi con el P. Cosme de Torres. El tercero se decia Damian, y el cuarto Paulo; este era grande médico entre los japones; y así, tenia cuidado de todas las medicinas que se gastaban en el hospital y ayudaba en este ministerio al H. Luis de Almeida. Damian enseñaba las letras del Japon á los hijos de los cristianos, porque antes iban á deprenderlas en los monasterios de los bonzos, y era de grande inconveniente para sus buenas costumbres.

Fuera de estos japones que eran más hombres, se criaban tambien en casa algunos niños de doce ó trece años (los cuales ofrecian sus padres para que sirviesen á nuestro Señor en la Iglesia) por las habilidades que descubrian y buenas esperanzas que daban de ser adelante muy útiles y por el fruto que se echó de ver con la institucion de estos niños, se fundaron despues seminarios de propósito, para criarlos en letras y virtud como en su lugar se dirá, y lo mucho que se sirve de ellos nuestro Señor.

Parecióle al P. Cosme de Torres, que pues habia tanta gente en aquella casa, saliesen el P. Gaspar Vilela y el H. Juan Fernandez á visitar los cristianos de la comarca. Partieron de la ciudad y llegaron aquella noche á una aldea donde los recogió una mujer muy pobre y vieja, casada con un buen cristiano, y aunque la cena no fué más que unos rábanos, su caridad era tanta y el alegría con que los recibió, que les dió harto más consuelo con esto que pudieran tener en otra parte con la abundancia de los manjares. Acabada la cena, preguntáronle si habria algunos gentiles que quisiesen oir sermon; salió la buena mujer á buscarlos, y aunque la noche era harto oscura y trabajosa, con su buen cuidado y diligencia trajo buen número de ellos, entre los cuales se determinaron diez á ser cristianos. Uno de estos era de setenta años, y habia adorado al demonio y tratado con él toda su vida familiarmente. Habia siete años que estaba casi tullido, y cuando hablaba, le daba un grande temblor en todo el cuerpo. Pidió al Padre con mucha instancia que no le dilatase el santo Bautismo; y por la misericordia de nuestro Señor, en recibiéndole el dia siguiente, quedó luego bueno y sano de su enfermedad y muy confirmado en la fe.

De este lugar partió el P. Gaspar para Cutami. Anochecióles una legua antes del pueblo, y con la oscuridad de la noche perdieron el camino sin saber dónde estaban. Fueron á dar al pié de unas sierras y caminaron junto á ellas por un rio abajo como dos horas, hasta dar en una casa que estaba en el campo, y era de un gentil. Llamaron á la puerta y rogáronle que los recibiese aquella noche, porque no sabian dónde ir. Él se excusó de admitirlos en su casa, con decirles que en pasando el rio hallarian otra de un cristiano, y que allí podrian recogerse. No sabia el Padre qué hacer, ni qué camino tomar por ser tan noche, mas nuestro Señor les deparó un hombre que los guió hasta la casa del cristiano, el cual los recibió con tanta alegría, que puesto á sus piés derramaba muchas lágrimas de contento, por tener tales huéspedes. Regalólos aquella noche, y el dia siguiente los proveyó de cabalgaduras hasta Cutami. En el camino encontraron algunos cristianos que teniendo noticia de su venida, salian á recibirlos.

Habia en Cutami (como está dicho) un cristiano muy honrado llamado Lucas, el cual como supo que el Padre y su compañero eran llegados, nunca consintió que pasasen en otra parte sino en su casa. Allí los vino á visitar el señor de este condado y tierra de Cutami, acompañado de muchos caballeros, y delante de todos dijo, que él gustaba mucho de que sus criados y vasallos fuesen cristianos, porque hallaba en ellos grande fidelidad y verdad.

Detúvose el P. Gaspar Vilela algunos meses visitando aquellos lugares alrededor de Funay, predicando continuamente él y su compañero á los cristianos y gentiles, y fué nuestro Señor servido, que el trabajo fuese con fruto y provecho, porque antes de volver á la ciudad de Funay, dejaron bautizadas más de 1.000 personas.

CAPÍTULO XXXIII

Del camino que el P. Gaspar Vilela hizo á la ciudad de Meaco.

Deseaba mucho el P. Cosme de Torres que se hiciese una mision á la grande ciudad de Meaco y se comenzase á predicar en ella la ley de Dios, porque como esta ciudad era la cabeza del Japon y fuente de todas las sectas y donde residian los principales bonzos y letrados, parecíale que seria esto de mucha importancia para que se divulgase la noticia del santo Evangelio por todas partes. Acordábase tambien cómo el P. Francisco Javier habia tenido este mismo deseo, y pasado muchos trabajos para intentarlo. Andando el Padre con este cuidado y pensamiento, ordenó la divina providencia (para que se acabase de resolver de todo punto)

que al mismo tiempo recibiese una carta de un bonzo principal y superior de un monasterio de la sierra de Frenojama, en que le decia cómo deseaba mucho entender la nueva ley que se predicaba en Bungo, de la cual habia oido muchas cosas, y que por ser él tan viejo, no podia venir á verse con el Padre, y así le rogaba le enviase alguna persona que pudiese satisfacer á su deseo.

Vista la carta del bonzo, y consultado entre aquellos Padres lo que convenia hacer, les pareció que fuese uno de los tres á ver la disposicion de aquella tierra, y conforme á ella procurase dar alguna noticia de la ley de Dios en aquella grande ciudad. Encomendóse este negocio á nuestro Señor algunos dias (por ser de tanta importancia para su divino servicio) aplicando á esta intencion las Misas y oraciones y otras penitencias y devociones. Ultimamente fué señalado para comenzar esta empresa el P. Gaspar Vilela, y que llevase á Lorenzo por compañero, el cual por su probada y conocida virtud y buenas partes, recibió el P. Cosme de Torres por Hermano de la Compañía, para que en esta mision acompañase al P. Gaspar Vilela.

Partieron entrambos de la ciudad de Funay por el mes de Setiembre del año de 1559, y tomaron su camino para Meaco, que serán 150 leguas de Bungo por mar. Faltóles el viento á la primera jornada, de manera que ni podian pasar adelante ni volver atrás. Comenzaron los gentiles en cuyo navío iba el P. Gaspar Vilela á pedir cierta limosna, como ellos acostumbran en semejantes necesidades, para algun templo de sus ídolos. Llegando al Padre con esta demanda, les dijo que él adoraba al Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, en el cual tenia puesta su confianza y no en los ídolos, que ningun poder tenian para remediar las necesidades de los hombres, y así no habia que pedirle limosna para ellos. Enojáronse mucho los gentiles con esta respuesta, persuadiéndose que les faltaba el viento por llevarle en su compañía; mas fué el Señor servido, que el dia siguiente por la mañana le tuviesen bueno y favorable. Tornó á mudárseles muy contrario dentro de pocas horas, y con esto se acabaron de confirmar en que por causa de aquel Padre les faltaba el viento. Llegaron á un puerto con harto trabajo y peligro, donde le quisieron dejar solo, y por mucha importunidad y ruegos, acabó con el capitan, que le llevase hasta otro puerto, 12 leguas más adelante.

Habia en este segundo puerto muchos navíos en que pudiera ir, mas los que habian traido al Padre anduvieron de uno en uno, persuadiéndoles que no le llevasen en su compañía, diciendo lo que á ellos habia acontecido, y así le dejaron y se fueron. Poco después de partidos todos, llegó otra embarcacion al puerto, y por tener falta de pasajeros, le recibió. Mostróse bien en este caso la providencia de Dios nuestro Señor, y el particular cuidado que tiene de sus siervos, porque de las primeras embarcaciones, unas se hundieron con una recia tempestad que les dió, y otras dieron en manos de corsarios, y sólo el navío en que iba el P. Gaspar y su compañero que salió después de todos, llegó sin peligro á la ciudad de Sacay, que está 12 leguas de Meaco, dia del bienaventurado Evangelista San Lucas, á los 18 de Octubre del mismo año de 59.

Desde Sacay tomaron su camino para la sierra de Frenojama, porque llevaba el P. Gaspar órden de visitar primero al bonzo que habia escrito á Bungo, cuya carta llevaba para dársela con otra del P. Cosme de Torres. Llegados á Sacomoto, que es un lugar al pié de la misma sierra, envió el Padre al H. Lorenzo con las cartas para que diese cuenta al bonzo de su venida; mas cuando el Hermano llegó al monasterio halló que ya era muerto el que los habia enviado á llamar. Recibió las cartas otro discípulo suyo que se llamaba Daizembo, y habia quedado por superior en el mismo monasterio. Este bonzo dijo al Hermano que no tenia él autoridad ni mano en aquella tierra para favorecerlos, porque aún no era conocido de la gente principal y era muy pobre. Volvió Lorenzo á Sacomoto con este recado, y no obstante el desvío que el bonzo le habia dado, se determinó el P. Gaspar de visitarle y tomar alguna noticia de la tierra.

Recibiólos el bonzo con muestras y señales de buena voluntad, oyeron él y los de su monasterio algunas pláticas del catecismo, y mostraron que les parecia bien la doctrina que el Padre enseñaba, y así se lo dijo en mucho secreto el bonzo Daizembo, mas que no se atreveria á recibirla, porque le matarian los demás bonzos si lo supiesen. Díjole tambien que para predicar aquella doctrina tenia necesidad de visitar primero al Jaco, que era el supremo de todos los bonzos y residia entónces en un monasterio muy principal de aquella sierra, porque sin su aprobacion ni le oirian en Meaco, ni harian caso de lo que predicase. Despidióse el Padre del bonzo, agradeciéndole los consejos que le daba.

Procuró salido de allí de visitar al Jaco, más por ganarle la voluntad, que por la necesidad que tenia de su aprobacion y licencia, pero nunca pudo negociar con sus criados que le diesen entrada para hablarle, temiendo que le darian disgusto si el Padre quisiese tratar ó disputar con él acerca de sus sectas; y lo principal fué por

que de nadie se deja ver este bonzo, sino llevan delante un buen presente para principio de la visita. Y como los criados vieron al Padre pobre y sin tener qué dar á su amo, no quisieron darle la puerta para que le hablase.

Viendo el P. Gaspar que no tenia entrada con este bonzo, ni esperanza de tenerla con los demás que vivian en la sierra de Frenojama, encomendando á nuestro Señor el negocio que traia de su servicio, y confiando en su divino favor y amparo, se determinó ir á la ciudad de Meaco, que estaba como cuatro leguas de allí, poco más ó ménos, y comenzar á predicar en ella su santa ley. El suceso que tuvo esta entrada en Meaco, y lo mucho que Dios nuestro Señor se sirvió de ella, diremos en el sexto libro.

LIBRO SEXTO

EN EL CUAL SE PROSIGUE EL DISCURSO DE LA PREDICACION DEL SANTO EVANGELIO, DESDE LA ENTRADA EN MEACO, HASTA LA MUERTE DEL CUBUZAMA, SUPREMO SEÑOR DEL JAPON

CAPÍTULO PRIMERO

De algunas cosas particulares de la ciudad de Meaco, y señores que residen de ordinario en ella.

Solia ser antiguamente la ciudad de Meaco muy mayor de lo que ahora es, porque segun refieren sus historias tenia siete leguas de largo, y tres de ancho, y dentro de su poblacion y vecindad entraban las sierras de Frenojama, con todos sus monasterios, que pasaban entónces de 3.000; pero con las muchas guerras que sucedieron cuando el un Cubo mató al otro y se alzó con el imperio, y en otras diversas ocasiones vino á deshacerse la ciudad, de manera que la sierra con sus monasterios quedó dividida y apartada casi cuatro leguas de lo que ahora se llama la ciudad de Meaco; la cual con todas las ruinas pasadas tiene más de una legua de largo. Está cercada toda ella de sierras y de muchos y grandes monasterios de bonzos, que están edificados en las faldas y vertientes de las mismas sierras.

Reside en esta ciudad toda la nobleza y policía del Japon, porque viven en ella de ordinario las tres cabezas más principales de toda su monarquía. La primera es el Dayri, que antiguamente era absoluto señor de todos estos reinos, y ahora no tiene más que sólo el nombre y la dignidad, aunque es tenido en tanta veneracion como uno de sus ídolos: nunca sale de casa ni se deja ver de nadie sino es muy raras veces.

Por respeto del Dayri acuden á la corte embajadores de todos los reyes y señores del Japon, que le visitan cada año con grandes presentes de dinero y joyas, para alcanzar nuevos títulos y grados de honra, y esta es su principal renta. Entre los criados que tiene el Dayri en su servicio, los principales se llaman cunges, y son muy estimados en todo Japon, porque cuando hay algunas diferencias entre los reyes y señores, envia el Dayri estos cunges como embajadores suyos, para que hagan las paces y compongan las cosas, y por ello les dan mucho dinero. Uno de estos cunges fué á Bungo para concertar aquel rey con el de Amanguchi, sobre las tierras que el de Bungo habia tomado en venganza de la muerte de su hermano, y por el favor que hizo en los conciertos al rey de Bungo, le dió más de 30.000 ducados.

En esta dignidad de Dayri, suceden los hijos mayores á sus padres, y en solos tres casos pueden ser privados de ella los que la tienen. El primero, si ponen los piés en el suelo, y á esta causa está siempre el Dayri sentado como uno de sus ídolos, y cuando se ha de mudar le llevan en una silla ó en andas. El segundo caso es si mata á alguno. El tercero si no es hombre muy pacífico.

La segunda cabeza principal que residia en la ciudad de Meaco, era el sucesor y descendiente de los que se levantaron contra el Dayri, que se decia el Cubuzama (1), el cual tenia el título de

(1) *Kubo-Sama* es la ortografía que hoy solemos dar á este nombre. (N. del E.)

emperador de todo el Japon y el gobierno universal de él cuando el P. Gaspar Vilela llegó á aquella ciudad, y todos los demás reyes y señores le reconocian por tal.

El que sucede en esta dignidad tiene por lo ménos cinco reinos propios que están cerca de Meaco, los cuales tienen un nombre comun, que es Guoquinay ó la Tenza, y en ellos consiste la monarquía del Japon.

Tenia el Cubuzama dos ministros principales para el gobierno no sólo de estos cinco reinos, sino para las cosas comunes y universales de los demás. El uno de estos que se decia Miojindono, era como visorey, á quien pertenecia proveer y ordenar las cosas. El otro, que se llamaba Dajandono, ó por otro nombre Mazumangadono, era como ejecutor de lo que ordenaba el virey, especialmente en las cosas de justicia, y porque de entrambos será necesario tratar adelante he querido poner aquí sus nombres y oficios.

La tercera cabeza que tenia su asiento en Meaco, era el supremo de todos los bonzos y sacerdotes que llaman Jaco, el cual tiene muchas y muy gruesas rentas, y por ser tan poderoso y rico, suele traer guerra algunas veces con los señores seglares, y aunque de ordinario vive en la ciudad en un monasterio muy principal que allí tiene, algunas veces se va á la sierra de Frenojama, por su entretenimiento y gusto.

Por causa de estos tres personajes y cabezas del Japon, tenian tambien sus casas y palacios en esta ciudad otros muchos señores de diversos reinos, y los que no residian en la corte, enviaban sus embajadores, los cuales asistian allí para tratar los negocios que se les ofrecian con el Dayri y con el Cubuzama.

Tambien por respeto del Jaco, estaban en Meaco los más principales bonzos y mayores letrados que habia de todas las sectas, á cuya causa era esta ciudad la más poblada y de mayor policía que habia en el Japon; y no era menor su riqueza y abundancia, porque acudian á ella todas las mercadurías ricas y preciosas, y cosas de algun valor y estima que se hallaban en los demás reinos. Por estas y otras muchas razones deseaba tanto el P. Francisco Javier comenzar á predicar en esta ciudad el santo Evangelio, pareciéndole que si nuestro Señor abria puerta para ello, seria grande parte para que se extendiese su noticia por los demás reinos, como la experiencia lo ha mostrado.

El fruto de lo que este santo varon sembró con tantos trabajos y afrentas, cogieron los hijos que le sucedieron en esta mision. El primero de ellos fué el P. Gaspar Vilela, el cual como queda dicho en el libro pasado, partió de Bungo con el H. Lorenzo, para continuar esta empresa.

CAPÍTULO II

Cómo el P. Gaspar Vilela comenzó á predicar en Meaco, y el fruto que se siguió.

Llegaron el P. Gaspar Vilela y el H. Lorenzo, su compañero, á la ciudad de Meaco á los últimos de Noviembre de 1559. Buscaron luego una pobre casilla donde se recogieron por ser entónces lo recio del invierno en aquella tierra. Estuvo el Padre algunos dias sin salir en público, encomendando á nuestro Señor aquella mision con particular oracion y penitencia, y suplicándole que le enseñase el modo más conveniente para comenzarla. Pasados algunos dias tomó su cruz en la mano, y puesto en medio de una calle principal, donde vió algun concurso de gente, comenzó á predicar cómo habia un criador del cielo y de la tierra, la caida de los ángeles, el pecado de los primeros hombres, el remedio que Dios habia dado al mundo por medio de su hijo, hecho hombre, y puesto en una cruz. Juntóse á este espectáculo mucho número de hombres admirados de oir cosa tan nueva. Al principio tenían lo por fábula y mentira, y aun como dice el Apóstol, por locura; y así burlaban y reian de lo que el Padre predicaba, como cosa tan contraria á la religion y sectas en que se habian criado ellos y sus antepasados.

Continuó el P. Gaspar sus pláticas un dia en una calle y otro dia en otra, y por esta vía comenzó á extenderse por toda la ciudad la noticia de la nueva doctrina que predicaba un extranjero. Crecia con esto cada dia más el número de los oyentes, porque á unos llevaba la curiosidad y el deseo de saber cosas nuevas, y otros iban por hacer burla y escarnio de quien las predicaba.

Pasados los primeros dias y la ofension que con su novedad habia causado la doctrina del Evangelio, como gente de tan buenos entendimientos, comenzaron á reparar en ella y conferirla con lo que enseñaban sus bonzos y sacerdotes, y á muchos parecia muy bien, y confesaban que los mandamientos eran muy conformes á razon. Al fin, la verdad ayudada con la gracia del Señor, fué convenciendo sus entendimientos, y algunos se determinaron de oir muy de propósito y continuadamente los sermones, entre los cuales fué un caballero natural de Amanguchi con otros diez amigos suyos, que después

de bien instruidos en la fe se bautizaron. Habia en la ciudad de Nara, cerca de Meaco, un mozo virtuoso que se llamaba Cosme y se habia bautizado en Bungo. Este mozo, como oyó decir que estaban Padres en Meaco y que predicaban, dejó su padre y madre y vínose á vivir con ellos, con deseo de servir á nuestro Señor en castidad y pobreza, y obedecer al P. Gaspar en lo que le mandase.

Apénas habia comenzado á manifestarse la ley de Dios en Meaco, cuando comenzaron tambien á turbarse y alborotarse los bonzos (como Herodes en siendo nacido el santo Niño) porque teniendo noticia de lo que habia pasado en Amanguchi, Firando y Bungo, temiendo no fuese lo mismo en Meaco, procuraron no sólo desacreditar la ley de Dios, sino desterrarla si pudiesen del Japon.

Levantaron lo primero al Padre muchos falsos testimonios, diciendo que comia carne humana y que le hallaban en su casa los huesos de los hombres muertos. Apedreábanle de noche la casa, y por todas vías procuraban desasosegarle. Añadian á esto que la ley que predicaba era tan mala y abominable, que donde quiera que la recibian se destruia la tierra con guerras y disensiones, poniendo ejemplo en Amanguchi, Facata y Firando. Mas viendo que el Padre perseveraba en sus pláticas y sermones sin hacer caso de sus calumnias, persuadieron al dueño de la casa en que vivia, que le echase de ella, y porque no salió el P. Gaspar al mismo punto que le dieron el recaudo, vino el huésped con su espada desenvainada amenazándole con la muerte si no lo hacia. Hubo de salirse luego con harto trabajo é incomodidad, y recogerse en otra casa que ni tenia techo ni otro reparo, con ser en la fuerza de las nieves y lluvias de aquella tierra; pero en medio de estos trabajos le daba nuestro Señor mucho consuelo por haber comenzado á manifestar su santa ley en aquella ciudad, y ver que cada dia se tenia más estima de ella.

Sentian esto los bonzos en el alma, y así acordaron de tomar otro medio, que fué confundir al Padre con sus disputas, para que ni osase predicar más ni parecer en público, y se fuese de la tierra afrentado y corrido, como si los consejos de los hombres fuesen bastantes para deshacer el de Dios, que sabe coger á los sabios con sus mismas astucias y aprovecharse de ellas para sus propios intentos, como les aconteció á estos bonzos, no sólo esta sino otras muchas veces, porque los medios que tomaban para desacreditar y destruir la ley de Dios, con esos mismos la hacia Dios estimar en los corazones de todos y aun de sus mismos enemigos. Juntábanse los bonzos más doctos y letrados de Meaco, para disputar con el Padre, y con la gracia de nuestro Señor quedaban siempre confundidos; y echaba de ver la gente la ventaja que hacia la ley de Dios á todas sus sectas, y la que hacia el P. Gaspar á los bonzos en las disputas; porque ni sabian responder á sus razones, ni satisfacer á sus dificultades.

Entre los demás bonzos que vinieron á disputar con el Padre, fué uno que habia gastado treinta años en sus meditaciones y estaba aprobado por los más principales letrados del Japon, para ser maestro y poder enseñar á otros. Entró este bonzo con una arrogancia extraordinaria, diciendo que sólo venia á oir cosas nuevas para entretener el tiempo, porque en lo que tocaba á su salvacion él sabia bien lo que le convenia. Comenzóse la disputa, que duró algunas horas, y por la misericordia de Dios con las razones que el Padre le trujo, mostrando la conveniencia que tienen los misterios de la religion cristiana, y cuán conformes son á la razon sus mandamientos, él quedó tan convencido que dijo y confesó ser burla y mentira cuanto habia estudiado y leido, y se determinó á recibir el santo Bautismo, como lo hizo dentro de pocos dias.

Causó tanta admiracion en todo el Meaco la conversion de este bonzo, por ser tan conocido y estimado en aquella ciudad, que por su ejemplo oyeron sermones otros 15 bonzos, y después de haber quemado todos sus libros, se bautizaron, de los cuales algunos se determinaron á guardar castidad toda su vida. Otro famoso bonzo de la sierra de Frenojama, vino tambien á disputar con el Padre, y aunque confesó que las sectas del Japon eran invenciones de hombres, y que la ley de Dios era digna de ser estimada, pero no se determinó á recibirla por no perder su renta y reputacion; y lo principal fué por no dejar sus pecados, que no se compadecian con la santidad y pureza que ella enseñaba. Con estas cosas corria ya tanto la fama de la ley de Dios, que no se hablaba de otra cosa por las calles y en los palacios del Dayri y del Cubuzama, aprobándola unos y condenándola otros, conforme á los diversos pareceres y gustos que suele haber en todas las cosas. Fué esto ocasion de que viniesen una noche algunos caballeros del palacio del Cubuzama y dos cunges de la casa del Dayri, con deseo de oir la nueva doctrina que el Padre predicaba. El les hizo una plática de las cosas que le parecieron ser á propósito de tales oyentes, á la cual estuvieron todos con mucha atencion, y se despidieron diciendo que cuanto el Padre enseñaba era muy puesto en razon, y que aquella doctrina satisfacia á sus entendimientos.

CAPÍTULO III

Cómo dió licencia el Cubuzama para que se predicase en Meaco la ley de Dios, y se edificó iglesia, y la indignacion que tuvieron de esto los bonzos.

Viendo el P. Gaspar de Vilela el año de 1560 las dificultades que ponian los bonzos y la contradiccion que hacian á la predicacion del santo Evangelio, por ser poderosos y tener mano y autoridad en aquella ciudad, y que cada dia habian de buscar nuevas trazas y medios para impedirla, parecióle que seria de mucha importancia visitar al Cubuzama, y alcanzar de él alguna patente y licencia para residir en aquella ciudad y predicar en ella libremente la ley de Dios; porque con esto los gentiles oirian los sermones de mejor gana, y la persecucion de los bonzos haria ménos impresion en todos. Negocióse esta visita por medio de algunos caballeros y personas principales de la casa del Cubuzama, conocidos y amigos del bonzo que se bautizó, y de otros cristianos.

Recibió el Cubuzama al P. Gaspar Vilela con mucha benignidad, y en señal de amor y buena voluntad, le dió el cha, que es cierta bebida con que suelen convidar los japones á los que quieren hacer honra y mostrar amistad, y como ya tenia alguna noticia de la doctrina que el Padre predicaba, por lo que sus criados y caballeros le habian dicho, fácilmente concedió la licencia que se le pidió.

Como se entendió en la ciudad el favor que el Cubuzama habia hecho al Padre y la licencia que le habia dado para predicar libremente su doctrina, creció el número de los oyentes, que no se vaciaba la casa de dia, ni grande parte de la noche, porque no sólo de la ciudad, sino de los lugares comarcanos acudian á oir la nueva ley que se predicaba en Meaco. Habíanse ya bautizado más de 200 personas, y otros muchos deseaban lo mismo, y así fué necesario comprar casa y edificar iglesia para poder decir Misa á los cristianos y predicar á ellos y á los gentiles. Ayudaron para esta obra los cristianos con sus limosnas con mucha liberalidad, y pusieron en ella tanta diligencia y cuidado, que se dijo la primera Misa en la nueva iglesia el dia de la Natividad de Nuestra Señora, á los 8 de Setiembre de 1560, y esta fué su vocacion (1) para tomar á la Santísima Vírgen por abogada y patrona en la conversion de aquellos reinos.

No pudo sufrir el demonio ni sus ministros, que eran los bonzos, ver edificada iglesia en Meaco y el aumento de aquella cristiandad, y para destruirla de todo punto, antes que echase más hondas raíces, se juntaron los principales bonzos de Meaco y de la sierra de Frenojama con el Jaco, que es la cabeza de todos, para tratar de este negocio. Salió de la consulta que ofreciesen grande suma de oro y plata á los gobernadores de Meaco, y los persuadiesen á que echasen aquel Padre de la ciudad con la mayor deshonra y afrenta que pudiesen. Persuadieron fácilmente los bonzos lo que deseaban á los gobernadores, por ser todos ministros del demonio.

Tuvieron los cristianos aviso de lo que pasaba, y para tratar del remedio, se juntaron en la iglesia. Parecióles á todos que convenia, se saliese el Padre de la ciudad secretamente y se recogiese en una fortaleza cuatro leguas de allí, porque se desacreditaria mucho la ley de Dios en Meaco, si los gobernadores le echasen fuera con la publicidad y deshonra que los bonzos deseaban. Con esta resolucion se partió el Padre con su compañero, dejando encomendada la casa é iglesia á los cristianos, y algunos le fueron acompañando hasta la fortaleza donde habia de estar.

Cuando el dia siguiente se supo en la ciudad que el Padre era ido, hubo diversos pareceres sobre el caso, como suele acontecer en todas las cosas. Unos decian que con razon le habian echado, otros que habia sido muy grande agravio desterrar de aquella ciudad un extranjero, que á nadie hacia mal y gustaba de vivir entre ellos, y les enseñaba una ley muy conforme á razon. Entendido lo que pasaba en la ciudad, pareció á los cristianos que el Padre se volviese y estuviese secreto unos dias, entre tanto que se trataba de su restitucion.

Vuelto el Padre, tornaron á consultar los cristianos este negocio, y tomóse por resolucion que pidiesen á los gobernadores espacio de cuatro meses para que en este tiempo se mirase si convenia que el Padre quedase en Meaco ó se fuese para nunca más volver. No pudieron negar los gobernadores este plazo tan breve que se les pedia, porque intercedieron en esto muchas personas á quien habia parecido mal lo primero. Habida esta licencia, salió el Padre en público y tornó á predicar en su iglesia como solia.

En este tiempo de los cuatro meses vino á entender el Cubuzama lo que sus gobernadores habian intentado contra el Padre á instancia de los bonzos, contra la licencia que él habia dado, de lo cual mostró mucho disgusto y sentimiento, y dió luego segundas provisiones y más cumplidas que las primeras, y con penas muy rigu-

(1) Advocacion.

rosas á quien de allí adelante le perturbase, mandando que se pusiese públicamente en las calles principales de Meaco, para que nadie pretendiese ignorancia de ser aquella su voluntad, de suerte que el medio que tomaron los bonzos para echar al Padre de Meaco, ese mismo tomó Dios para que estuviese más de asiento y con más gusto y aprobacion del Cubuzama, y se echase de ver, que era la mano del Señor la que deshacia las trazas del demonio y de sus ministros, y la que defendia y amparaba aquella tierna planta de la iglesia de Meaco. Porque quien con alguna atencion mirare como partió el Padre Gaspar Vilela de Bungo á los primeros de Setiembre de 1559, y entró en Meaco á los últimos de Noviembre, y antes que se cumpliese el año tenia ya edificada iglesia con buen número de cristianos y licencia del Cubuzama, confirmada segunda vez, para predicar el Evangelio, claramente echará de ver ser esta obra de la poderosa mano del Señor, el cual así como sujetó al mundo á la obediencia de su ley por medio de unos pocos predicadores y apóstoles suyos, él mismo era (1) el que ponia tambien entónces la bandera de su cruz, con tan pocos y tan flacos soldados, en esta grande ciudad de Meaco, cabeza de toda la monarquía del Japon, en señal de la victoria que habia de alcanzar contra los pecados é idolatrías que tan arraigadas estaban en aquella tierra.

CAPÍTULO IV

Cómo el P. Baltasar Gago volvió á la India, y lo que en el camino le sucedió.

Llegaban á Bungo las buenas nuevas de la cristiandad de Meaco, y la grande puerta que se iba abriendo en aquellos reinos para la predicacion del santo Evangelio, lo cual aunque era de grande consuelo para todos, pero al P. Cosme de Torres, como Superior que era en aquellas partes, daba mucho cuidado, viendo los pocos obreros y compañeros que tenia para acudir á estas y otras muchas necesidades, y para remedio de ellas, acordó de enviar á la India al P. Baltasar Gago, que como testigo de vista las representase allá y trujese algunos Padres y Hermanos que pudiesen ayudar á los que quedaban trabajando.

Partió el P. Baltasar de Bungo á 7 de Octubre de 1560 en un navío que iba á Malaca. Caminaron con tan buen tiempo los doce primeros dias, que pensaron entrar el siguiente en Macao, y como gente que estaba ya tan cerca del puerto y libre de los peligros de la mar, comenzaron los del navío á hacer fiesta y gastar su matalotaje en convites y meriendas; pero cuando á su parecer estaban más seguros, comenzó á cerrarse el cielo de espesos nublados y tras ellos se siguió una grande tempestad de agua acompañada de furiosos vientos, los cuales al paso que iban creciendo, iban juntamente alborotando el mar y levantando sus olas con tan temerosos bramidos, que ponia espanto á quien los oia. Acrecentábase el temor con ver que venia la noche y la tempestad crecia por momentos, de manera que á las diez de la noche se hizo pedazos el mástil, y con la fuerza del viento cayó en el mar; con lo cual perdieron la esperanza de poder escapar, dándose ya todos por perdidos.

En este tiempo eran tan grandes los vaivenes del navío y las olas que venian sobre él, que hacian perder el ánimo y el tino á los marineros. Solo el piloto estuvo toda la noche gobernando el navío y mirando por su aguja hacia dónde los arrojaba la tempestad. Venida la mañana, ni el mar se aplacaba, ni tenian esperanza de salvarse; porque les faltaba el mástil y no tenian entenas, ni velas, ni de qué hacerlas. Sólo habia obra de 100.000 ducados en plata, que entónces aprovechaban poco. Viendo el peligro en que estaban, acordaron de cortar otro mástil de la proa, porque con su peso abria el navío y le trastornaba de manera que con grande dificultad le tornaba á enderezar. Con este trabajo pasaron aquel dia y la noche siguiente esperando cada hora la muerte. Cuando amaneció el tercero dia estaba la tempestad en su fuerza, y fuéles necesario deshacer todas las cámaras y aposentos y obras que llaman muertas, y echarlas al mar, dejando sólo el casco del navío.

Un sólo remedio les quedaba para salir de aquel peligro, y era poner un mástil nuevo que allí traian, pero no daba lugar para ello la fuerza de los vientos; advirtió el piloto que iban á dar en los bajíos que llaman de Borneo, donde se suelen perder las naos, y así determinó de poner el nuevo mástil, con cualquier riesgo que hubiese, remendando una vela vieja que les habia quedado con un fardel de paños que por grande ventura se halló en lo más hondo del navío, habiéndole tenido su dueño ya por perdido.

Con este nuevo mástil y vela caminaron un dia y una noche; pero como era tan grande la tempestad y tan furiosas las olas que batian el navío, tampoco pudo resistir este segundo mástil, y así vino á faltar al mejor tiempo. Viéndose

(1) Debe haber alguna equivocacion en el texto, pues no vemos como se enlaza esta apódosis con lo que precede. Quizá en vez de las palabras *él mismo era el que ponia tambien*, se deba decir, *así tambien ponia entónces*, etc. (N. del E.)

del todo perdidos, procuraron hacer otro tercero de las vigas y madera que por allí habia, mas tampoco duró este como los demás. Ultimamente aderezaron un pequeño batel para poner dentro la plata y salvarse los que pudiesen. Importunaron mucho al P. Baltasar que entrase en aquel barco, pero nunca quiso aceptarlo por no desamparar más de 200 personas que quedaban en la nao.

Andando los marineros y piloto y la demás gente con esta confusion y turbacion, sin saber qué medio ni consejo pudiesen tomar para escapar del peligro en que estaban, habiendo hecho todos muchas promesas (cada uno conforme á su devocion) pusieron el cuarto mástil hecho de pedazos, y con ser este el más flaco y de quien tenian ménos confianza, fué nuestro Señor servido que duró hasta llegar á la isla de Aynon, que es cerca de la China, y en llegando al puerto y saltando todos en tierra se abrió todo el navío y quedó hecho pedazos, que parece le habia Dios conservado milagrosamente hasta aquel punto. Salidos á tierra dieron gracias á nuestro Señor por la misericordia que todos habian recibido. Desde Aynon fueron algunos portugueses á Canton, y desde allí pasaron á Macao, de donde trujeron embarcaciones en que pudiesen ir todos.

Al principio de esta tempestad exhortó el P. Baltasar á los del navío que se confesasen y aparejasen para lo que nuestro Señor ordenase de ellos. Hiciéronlo así y entretanto que duró aquel trabajo, unos rezaban letanías, otros lloraban sus pecados y tomaban disciplinas, y otros ofrecian limosnas para remediar necesidades de pobres, de suerte que todo el aprieto y peligro en que nuestro Señor les puso, fué para usar con ellos de mayor misericordia.

No pudo llegar el P. Baltasar en todo aquel año á la India, hasta el mes de Abril de 1562; fué recibido en Goa con mucha alegría de todos sus Padres y Hermanos por las buenas nuevas que traia del Japon, y en su lugar diremos lo que resultó de su viaje.

CAPÍTULO V

Cómo el H. Luis de Almeida fué á visitar los cristianos de Firando, Facata y otras partes.

Despues de las revueltas que hubo en el reino de Amanguchi, se concertaron el rey de Bungo y su contrario por medio de un cunge que para esto envió el Dayri desde Meaco, y aunque en los conciertos y capítulos de la paz quedó mejorado el rey de Bungo, porque le adjudicaron los dos reinos de Bujen y Chicujen, que antes pertenecian á la corona de Amanguchi, pero los cristianos de este reino ganaron poco en ello, porque el sucesor era muy enemigo y contrario á la ley de Dios y de los cristianos, y nunca consintió que entrase Padre en su tierra á predicarles, bien que disimulaba con los cristianos, por no alborotar el reino, pero en las ocasiones que se le ofrecian, descubria bien su mala voluntad y el poco gusto que con ellos tenia. Porque los bonzos, por quien él se gobernaba, le habian persuadido que todos los trabajos de aquella tierra habian sucedido, por haber dado entrada y abierto puerta á que se predicase aquella ley y haberla querido favorecer los reyes pasados.

Deseaba mucho el P. Cosme de Torres visitar y consolar los cristianos de Amanguchi, que los amaba tiernamente como á primeros hijos, y para ello buscó diversos medios, pero ninguno tuvo efecto. Viendo que no habia lugar para lo que él deseaba, escribíales á menudo, animándolos con sus cartas para que perseverasen. Enviábales instrucciones y avisos particulares de lo que habian de hacer, y con esto conservaba nuestro Señor aquella cristiandad tan sola y desamparada, pero favorecida con su gracia y dones del cielo.

Hacian tambien mucha instancia los cristianos de Facata y Firando por algun Padre, mas no era posible dársele, porque el P. Baltasar era ya partido á la India, y el P. Gaspar Vilela estaba en Meaco. Por no dejarlos desconsolados envió al H. Luis de Almeida que de su parte los visitase y consolase y diese buenas esperanzas, que en viniendo Padres de la India se acudiria á su buen deseo.

Tomó el Hermano su camino derecho á Facata el año de 1561, donde le recibieron con tanta alegría, que sabiendo de su venida, salieron más de una legua á esperarle. Los dias que allí se detuvo repartió las pláticas de la doctrina de esta manera: que por la mañana predicaba á los cristianos para confirmarlos más en la fe, y que hiciesen entero concepto de la ley de Dios; por la tarde á los gentiles, que siempre habia muchos, entre los cuales fué un bonzo, predicador del rey de Amanguchi. Este anduvo disputando con el Hermano toda una semana, poniendo sus dificultades acerca de lo que oía, y por su mano escribia las respuestas que le daba, y después las pensaba y consideraba despacio, y por este camino vino á entender (como él decia) que en sola la ley de Cristo habia el verdadero remedio de los pecados, y convencido de esta verdad, pidió el santo Bautismo con grande admiracion de todos, y fué causa de que

por su ejemplo otros muchos se hicieron tambien cristianos. Habia en esta ciudad de Facata dos hombres enfermos, y entrambos gentiles; el uno padecia tan recios dolores en la cabeza, que estuvo determinado muchas veces de matarse por no sufrirlos. El otro tenia todo el cuerpo cubierto de lepra muy fea. Pidieron al Hermano los cristianos que visitase aquellos enfermos y les diese algun remedio. Fué á sus casas y aplicóles algunas medicinas fáciles de las que solia usar en el hospital de Bungo, que para semejantes necesidades solia llevar consigo á donde quiera que iba. Fué nuestro Señor servido que al tercero dia el uno quedó limpio de su lepra y el otro libre de sus dolores, y en recoroci-miento de este beneficio, oyeron los sermones y se bautizaron.

De Facata partió el Hermano á la isla de Tacujima, que era de D. Antonio, en el reino de Firando, y con su venida se acabaron de bautizar los gentiles que en ella habian quedado. Eran los cristianos de esta isla muy ejemplares en su vida. Todo su gusto era acudir á la iglesia, y así los chicos como los grandes sabian muy bien la doctrina, porque un cristiano que primero fué bonzo y despues de bautizado tomó á su cargo mirar por la iglesia, tenia grande cuidado de que todos la supiesen, y él la enseñaba á los que tenian necesidad.

Vinieron desde Firando unos portugueses á visitar al H. Luis de Almeida, que le conocian de antes que fuese religioso, los cuales se consolaron y edificaron grandemente de ver la devocion de aquellos cristianos, los cuales estaban muy de ordinario en la iglesia hincados de rodillas, levantadas sus manos y derramando muchas lágrimas delante de la imágen del crucifijo, considerando los misterios de la muerte y pasion de Cristo, en la cual les daba nuestro Señor particular devocion y sentimiento.

Hicieron tambien los niños una doctrina, juntándose para ella 100 niños á una parte y otras tantas niñas á otra. Entraban en la iglesia con tanto órden y concierto, que parecian religiosos. Después de tomada el agua bendita, se hincaron todos de rodillas á hacer oracion, y sin decirles nada, acabada la oracion cada uno se puso en su propio lugar, comenzando dos á cantar la doctrina y respondiendo los demás.

Pero admiraba mucho á los que estaban presentes la modestia y devocion con que la decian, porque con ser entónces tiempo de calor y que les corria á los niños el sudor por el rostro, no levantaban los ojos del suelo ni hacian más sentimiento que si estuvieran en una muy alta contemplacion; y así les parecia que más estaban oyendo un coro de ángeles que de niños.

De esta isla pasó el H. Luis de Almeida á la segunda de D. Antonio, que se dice Iquizeuqui, en la cual habia 800 cristianos y se hicieron algunos otros de nuevo. Su devocion y fervor era el mismo que en la de Tacujima, porque en todo guardaban el mismo órden, así en acudir los grandes á la iglesia, como en decir los niños la doctrina y en procurar todos de saberla muy bien. Contaron los cristianos al Hermano una cosa que pocos dias antes habia acontecido en aquella isla. Estaba una mujer cristiana preñada y tomó cierta medicina para echar la criatura, de lo cual vino á morir. Supieron los cristianos el caso, y pareciéndoles que habia muerto en pecado, no quisieron enterrarla en el campo que llamaban de la Cruz, donde ellos se enterraban, que era junto á la iglesia. Pasados algunos dias, estando enfermo otro cristiano, y muy al cabo, le apareció esta mujer y le dijo: «No quisieron enterrarme los cristianos en el campo de la Cruz, pues no estoy en el lugar que ellos piensan, porque antes de mi muerte oyó el Señor mis gemidos y grande arrepentimiento que tuve y usó de misericordia con mi alma.»

Partido el Hermano de Iquizeuqui, visitó otros dos lugares de cristianos que habia en la misma isla de Firando, antes de llegar á la ciudad. No gustó el rey de su venida cuando lo supo, pero disimuló por causa de los portugueses que estaban en su tierra y por no disgustar á D. Antonio, que vivia en la ciudad y hospedó en su casa al H. Luis de Almeida. Detúvose algunos dias en Firando predicando continuamente á la mañana y á la tarde á los cristianos y gentiles, y á la noche hacia algunas pláticas á D. Antonio y á la gente de su casa, porque es costumbre muy ordinaria entre los señores del Japon, tomar buena parte de la noche para los negocios de más importancia, por dar lugar entre dia á otras ocupaciones ordinarias de su gobierno. Estando el Hermano tan bien ocupado en Firando, vino á enfermar gravemente con el trabajo continuo, y así fué necesario volverse á Bungo, en estando para ello. Llegó allá por el mes de Agosto de 1561.

CAPÍTULO VI

Del modo que tenian los Padres en Bungo para celebrar las fiestas del año y el tiempo de Cuaresma.

Por ser la iglesia de Bungo la principal y de más número de cristianos que entónces habia en Japon, procuraban los Padres celebrar algunas fiestas del año con la solemnidad que podian,

para despertar con esto la devocion y fervor de los fieles. Especialmente se hacia esto en la fiesta del santo Nacimiento, en los oficios de la Semana Santa y Pascua de Resurreccion, porque en semejantes dias acudian á aquella iglesia los cristianos de ocho y diez leguas.

En la noche del santo Nacimiento se les decia una Misa con sermon, en el cual se declaraba aquel soberano misterio, y el fin que Dios tuvo en hacerse hombre, y los frutos que de ellos nos vinieron; y para que la fiesta fuese más alegre acostumbraban los cristianos hacer algunas representaciones á propósito del mismo misterio que se celebraba, ayudándose para esto de lo que habian oido en los sermones y de lo que en particular les habian enseñado los Padres. Hacíanlo con tanta propiedad y con tan buenos aderezos de vestidos, y lo que más era de estimar con tanta devocion, que hacian derramar muchas lágrimas á los oyentes, y eran para ellos las representaciones pláticas muy espirituales, porque ninguna cosa hacian ni decian que no fuese para el fin que ellos pretendian con estas representaciones, que era su mayor devocion y aprovechamiento.

En tiempo de Cuaresma se repartian los sermones por este órden. Los miércoles se predicaba del Sacramento de la Penitencia, enseñándoles cómo se habian de aparejar para la confesion. Otro dia se les predicaba del Santísimo Sacramento y el modo cómo se habian de disponer para recibirle dignamente. Los viérnes se les iban declarando los misterios de la Pasion, para que los pudiesen meditar con fruto y provecho. Tenian todos estos cristianos por costumbre disciplinarse tres dias cada semana todo el tiempo de la Cuaresma, ó en la misma iglesia, ó en sus casas los que no podian salir de ellas cómodamente. Antes de la disciplina que tomaban en la iglesia, se les hacia de ordinario una breve plática, declarándoles el fin que habian de tener y el fruto que habian de sacar de aquel santo Ejercicio y de semejantes penitencias.

Llegada la Semana Santa, componian su monumento con los mejores aderezos que los cristianos tenian en sus casas, aunque la iglesia toda se colgaba de negro, y conforme al número que habia de Padres y Hermanos (ayudándose tambien de los mozos japones que estaban en casa) hacian el Oficio de las tinieblas y del Juéves y Viérnes y Sábado santo lo mejor que podian. Para ayudar más á la devocion de los cristianos vestian algunos niños de los que se criaban en casa ó de los que andan en la escuela, con túnicas y diademas, de los cuales cada uno llevaba en las manos una insignia de la Pasion.

Estos niños iban el Juéves santo en procesion llevando su cruz delante hasta el monumento, donde habiendo adorado el Santísimo Sacramento, hacia cada uno su coloquio, declarando el misterio de la Pasion que le cabia, con tanta ternura y lágrimas, que ponian mucha devocion á toda la gente. Acabados los coloquios, continuaban su procesion hasta una cruz que estaba delante del hospital. Por la tarde salia otra procesion de hombres desde la misma iglesia á la cruz, acompañada de todos los cristianos, que no era de menor devocion que la primera. Hallóse en estos oficios de la Semana Santa en la iglesia de Bungo un cristiano de Firando, y escribiendo á los cristianos de su tierra lo que habia pasado, dice así: «Mucho me holgara, hermanos mios, que estuvieran acá el dia que nuestro Señor Jesucristo padeció por nuestro amor, porque casi me parece imposible ser mal cristiano quien aquí se halló presente; en todo aquel dia y noche no hubo cosa que no moviese á llorar, y disciplinábanse todos de manera que dejaban el camino por donde iban lleno de sangre.»

Acabados los oficios de la Semana Santa, celebraban con la misma solemnidad (trocándola en alegría) la Pascua de Resurreccion, porque hacian otra procesion el domingo por la mañana con el Santísimo Sacramento, en la cual se hallaban todos los cristianos con los mejores vestidos que tenian, y con guirnaldas de flores en las cabezas y velas encendidas en sus manos.

Tambien se celebraban en aquella iglesia los oficios de los difuntos, para dar á los recien bautizados estima de la otra vida, para lo cual ponian en medio de la iglesia una tumba cercada de muchas velas y cirios encendidos, adornando el cuerpo y capilla de la iglesia con paños negros. Predicábaseles en este tiempo del infierno y de la gloria, de la muerte y del juicio, y en su tanto hacian lo mismo cuando moria algun cristiano, acompañándole todos los demás con sus velas y llevando el cuerpo como por acá se acostumbra en sus andas, cubierto con algun paño negro. Acudian de ordinario á estas fiestas y enterramientos, no sólo los cristianos, sino muchos gentiles, y quedaban muy edificados de ver el modo y órden que se guardaba en todo, y el ver estas cosas era ocasion de que muchos se convertiesen á nuestra santa fe.

CAPÍTULO VII

De algunas cosas de edificacion que sucedieron en Bungo.

Poco despues que el H. Luis de Almeida llegó enfermo á Bungo por el mes de Agosto, de 61, sucedió que un caballero cristiano, secre-

tario del rey de Firando, siendo ya de edad de setenta y cinco años, tuvo deseo de confesarse antes de su muerte, y viendo que no habia sacerdote con quien poderlo hacer, sino era en Bungo, donde residia el P. Cosme de Torres, se determinó ir allá y hacer lo que convenia al bien de su alma, aunque aventurase en ello el favor y gracia de su rey y la renta que le daba. Comunicó esta determinacion con su mujer, la cual le animó para ello, porque era muy buena cristiana. Partió este caballero de Firando una noche sin dar cuenta á nadie de su viaje. Cuando supo el rey por la mañana que se habia ido sin su licencia, recibió grande disgusto y mandó que fuesen tras él y le prendiesen donde quiera que le alcanzasen; mas por buena diligencia que pusieron los que iban en su seguimiento, con el tiempo que les llevaba de ventaja, no le pudieron encontrar sino muy cerca del reino de Bungo, antes de entrar en él.

Era amigo del rey de Firando este señor, en cuyo estado alcanzaron al secretario, el cual por dar gusto al rey le hizo prender y tratar con poca piedad para inclinarle con este rigor á que se volviese á Firando. Llevó el buen caballero todo este mal tratamiento con mucha paciencia y alegría, y con resolucion de morir en la prision antes que dejar su camino, y el provecho espiritual que con él esperaba para su alma. Consolóle su buena mujer en este trabajo, animándole con sus cartas á perseverar en lo comenzado.

Supo el P. Cosme de Torres en Funay la prision de este caballero, y dió cuenta de ella al rey de Bungo, el cual despachó luego un criado suyo al que le tenia preso, para que se le enviase á su ciudad de Funay. Hízolo así aquel señor vista la carta del rey. El que llevó este recaudo halló al caballero preso con mucha alegría, diciendo, que no era él digno de irse á confesar y recibir de nuestro Señor tan señalada merced, y que á trueco de alcanzarla, era poco lo que padecia. Con ser tan viejo y estar en prision, dicen que tomaba cada dia una disciplina y gastaba muchas horas en oracion. Llegado á Bungo, era tanto su contento de verse en parte donde pudiese confesarse y recibir el Santísimo Sacramento, que no podia disimular su alegría. Poco despues que llegó á Bungo este caballero, supo cómo su mujer era muerta en Firando, y así determinó acabar su vida en Funay, junto á la iglesia. Ocupábase en enseñar á escribir los hijos de los cristianos que se criaban en nuestra escuela, por ser muy aventajado en la letra del Japon, en lo cual mostró bien su humildad, queriendo dejar un oficio tan honroso y de tanta renta como tenia en casa de su rey y trocarle por otro tan humilde y acompañado de pobreza por servir y agradar más á su Dios, y tratar del aprovechamiento de su alma, estando libre de las ocupaciones de la corte, que para los japones es cosa muy rara por ser gente que hacen tanto caso del punto de la honra y reputacion del mundo.

Recibió en este mismo tiempo en la Compañía el P. Cosme de Torres á un mancebo portugués que se decia Arias Sanchez, el cual vino desde Firando con estos deseos. Ocupóse este Hermano algun tiempo en servir y curar los enfermos del hospital, y después en enseñar á leer, escribir, cantar y tañer vihuelas de arco á 15 niños que se criaban en aquella casa, para que con esta música se celebrasen los Oficios divinos con más solemnidad. Estos niños eran de los que sus padres ofrecian para que sirviesen á Dios nuestro Señor en aquella iglesia. Entre los cuales habia algunos muy hábiles y devotos; el mayorcito de estos, que seria de trece ó catorce años, y se llamaba Agustin, leyendo la Pasion en su lengua de japon, solian correrle las lágrimas por el rostro con grande serenidad, aunque estuviese en la iglesia y delante de mucha gente. Habia este niño pedido muchas veces al P. Cosme de Torres le diese licencia para comulgar, y vista su virtud y perseverancia se la dió para el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, del año de 61. Estuvo todo el tiempo que duró aquel dia la Misa con tanta devocion y lágrimas, que enternecia á los que le miraban. Antes de recibir el Santísimo Sacramento hizo un coloquio á nuestro Señor, refiriendo en su lengua las misericordias que de su mano habia recibido en haberle criado, redimido y sacado de las tinieblas de la infidelidad y puesto en el número de sus cristianos, con tanto sentimiento, que hacia llorar á cuantos habia en la iglesia.

Pidieron los cristianos un dia al P. Cosme de Torres que diese remedio á una señora principal y mujer de un criado del rey á quien atormentaba el demonio de manera que se salia por los campos dando gritos y voces. Mandó el Padre que la trujesen al hospital y que la instruyesen en la fe cuando se le pasase aquella turbacion, pues quedaba entónces con entero juicio, porque tenia confianza en nuestro Señor que por este medio quedaria libre de aquel trabajo. Instruyéronla muy bien en los misterios de la fe, y cuando llegó el dia del bautismo, hallándose presentes muchos cristianos estuvo la mujer con grande quietud y sosiego, hasta que el Padre le echó sobre la cabeza el agua para bautizarla, que entónces se paró tan furiosa, que apénas la po-

dian tener cuatro hombres por todo el tiempo que duró el bautismo. Pero desde aquel punto nunca más la atormentó el demonio. Viendo el marido tan manifiesto milagro, vino con sus hijos y criados á que les enseñasen la ley de Dios, porque deseaba que todos en su casa fuesen cristianos y recibiesen tan santa ley. Eran estos cristianos de Bungo tan obedientes, que mandando á uno que tomase una disciplina por haber dado cierta limosna de la caja del hospital sin licencia de los que tenian aquel cuidado, fué luego á cumplirla, y puesta su túnica se disciplinó en la iglesia. Lo mismo hizo otro mancebo honrado de veinte años, porque estaba hablando con una mujer en la iglesia, aunque de cosas buenas, el cual sin turbacion alguna hizo delante de todos su disciplina, con que los dejó muy edificados viendo su humildad y obediencia.

CAPÍTULO VIII

Cómo el P. Gaspar Vilela, fué á la ciudad de Sacay, donde hizo algunos cristianos.

Dos jornadas de Meaco hay una ciudad llamada Sacay, que se gobierna al modo de Venecia; la cual nó sólo es muy rica por los gruesos tratos de mercadurías que en ella hay, sino tambien muy fuerte, porque hácia el Poniente la cerca el mar, y por las otras partes está rodeada de unas muy hondas cavas que siempre están llenas de agua. Dicen que no hay lugar en todo Japon tan quieto y seguro, y que cuando en otros reinos suele haber guerras y disensiones, en esta ciudad se vive con mucha paz, porque dentro de los muros no se distinguen los amigos de los enemigos, ni los vencedores de los vencidos, cuando se acogen á ella. En las calles nunca hay riñas ni alborotos, porque en sintiendo algo las cierran con sus puertas, que para esto tienen al modo de la China, y prenden luego á todos los que se hallan presentes y castigan rigurosamente á los culpados. Habia llegado á esta ciudad la fama de la ley de Dios que se predicaba en Meaco, y de los cristianos que se habian bautizado, y como de cosa tan nueva en aquella tierra, hablábase de esto en las plazas y en las casas particulares, alabando unos la vida de los cristianos, y otros por el contrario diciendo mal de ellos.

Oyendo tratar de esto algunas veces un hombre principal de Sacay, le vino deseo de saber qué ley era aquella de la cual tantas cosas se decian, y así escribió al P. Cosme de Torres á Bungo, y al P. Gaspar Vilela á Meaco, pidiéndoles que enviasen alguna persona que predicase en aquella ciudad la nueva ley que habia llegado á Japon, ofreciendo que él recibiria en su casa á los que viniesen y les haria todo buen tratamiento. Con esta carta partió de Meaco el P. Gaspar Vilela con el H. Lorenzo por el mes de Agosto de 61, por no perder la buena ocasion que se ofrecia de manifestar la ley de Dios en aquella ciudad tan principal, y hasta su vuelta dejó encomendada la casa é iglesia de Meaco á algunos cristianos.

Llegados á Sacay, recibiólos en su casa aquel hombre con mucho amor y gusto, y porque estuviesen mejor acomodados y pudiesen predicar más libremente á los que quisiesen oir sermon, les dió unas piezas muy grandes y bien acomodadas, que aunque estaban apartadas algo de su habitacion, pero dentro del sitio y cerca de la misma casa, y allí les proveia de todo lo neçesario con mucha liberalidad. Comenzó el Padre los sermones con grande concurso, así de ciudadanos como de caballeros y soldados, que todos venian con grande curiosidad de saber qué enseñaba aquel Padre. Son los de aquella ciudad gente de muy buenos entendimientos, y así pudo con ellos mucho la razon y la verdad, porque se hicieron muy capaces de ella, pero como reinaba tanto en Sacay el punto de honra, y la vanidad, persuadíales el demonio, que era deshonra y afrenta hacerse cristianos, y nadie se atrevia á ser el primero, hasta que el Señor echó su bendicion en la casa donde el P. Gaspar posaba, porque el huésped con la continua comunicacion que con él tenia, entendió más de raíz los misterios de nuestra santa fe, y así se determinó á romper con todo y hacerse cristiano con toda su casa. Bautizóse este caballero, que se llamó Sancho, y su mujer (que era una señora muy principal) María. Tenian estos caballeros un hijo y una hija, que fueron como dos rosas nacidas entre las espinas de la infidelidad é idolatrías de aquella ciudad; el niño tomó por nombre Vicente y la niña Mónica.

Por el ejemplo de Sancho se bautizaron catorce soldados con notable reformacion en su vida y costumbres, y poco despues se bautizaron algunos ciudadanos y otros se aparejaban para lo mismo. Viendo Sancho la merced tan señalada que nuestro Señor le habia hecho á él, y á su mujer é hijos, aderezó una de las mejores y más capaces piezas que habia en la casa, para que de allí adelante sirviese de iglesia y pudiese el Padre decir Misa, y los cristianos y gentiles oir sermon, pagándole nuestro Señor el buen acogimiento que hizo á sus siervos y ministros con hacer de su casa templo, y á él y á sus hijos recibirlos en el número de sus fieles y es-

cogidos. Por algunas revueltas que sucedieron en Meaco, no pudo volver el Padre allá tan presto como habia pensado, y fué providencia de nuestro Señor, para que con esta ocasion pudiesen ser ayudados mejor estos cristianos de Sacay, que aun eran plantas muy tiernas para dejarlas tan presto.

Detúvose el Padre un año en esta ciudad, diciéndoles cada dia Misa y predicando por la mañana á los cristianos, y por la tarde el H. Lorenzo á los gentiles, instruyendo muy despacio á los que se querian bautizar, que eran muchos, porque el ejemplo y vida de los unos movia y despertaba á los otros, y allanaba las dificultades que sentian de esta manera. El año de 1562 fué nuestro Señor fundando poco á poco aquella iglesia de Sacay, en la cual resplandecian como dos estrellas los dos hermanos Vicente y Mónica, hijos de Sancho.

Era este niño de trece ó catorce años cuando se bautizó, aunque en su cordura y discrecion parecia de más edad. Preguntóle un dia el Padre Gaspar, que hasta donde llegaba el amor que tenia á Jesucristo nuestro Señor. Respondió, que hasta poner su vida por él, y que aunque le cortasen los gentiles todo su cuerpo en mil pedazos, no dejaria de confesar que era cristiano. Parece que se habia esmerado la naturaleza en este niño, criando una cosa perfecta, porque su exterior era como de un ángel, así en la buena disposicion y proporcion de su cuerpo, como en la hermosura y facciones de su rostro, y lo que más le hacia amable á todos era la mucha virtud que en él resplandecia, porque era muy humilde, modesto y devoto. Confesábase y recibia el Santísimo Sacramento cada ocho dias, con tantas lágrimas que edificaba á cuantos le miraban.

Tuvo este niño grande deseo de ir á Bungo, por conocer al P. Cosme de Torres y ver los cristianos de aquella iglesia, de cuyo fervor y devocion habia oido decir muchas cosas. Insistió tanto en esto con sus padres, que le hubieron de dar licencia para que fuese allá. Enviáronle bien acompañado de criados y lo demás que para su camino era necesario. Llegado á Bungo, viendo el modo de proceder que tenian los niños que se criaban en aquella casa, quiso cortarse luego el cabello y quitarse los vestidos de seda que llevaba, con deseo de servir á nuestro Señor toda su vida en pobreza, pero por justas causas no le consintió el P. Cosme de Torres que hiciese por entónces aquellas mudanzas, y aunque era mucha la devocion y virtud de Vicente, y los deseos que tenia de servir á nuestro Señor, no eran menores los de su hermana Mónica, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO IX

De los desasosiegos y revueltas que hubo en Meaco, y cómo después de acabadas volvió allá el Padre Gaspar.

Detúvose (como dijimos) el P. Gaspar un año en la ciudad de Sacay, por ocasion de las revueltas y desasosiegos que hubo todo este tiempo en Meaco, porque apénas habia pasado un mes después que el Padre partió á Sacay, cuando cercaron al Meaco más de 40.000 hombres de algunos reyes y señores que se daban por agraviados del Cubuzama, y entre ellos el nuevo rey de Amanguchi. Pusiéronle en mucho aprieto por hallarle desapercibido, y destruyéranle del todo, si no acudiera de presto á socorrerle un tio suyo con tan buen número de gente y tan diestra, que bastara para quitar el cerco de todo punto, si no le salieran al encuentro los negoros, de quien en el quinto libro se hizo mencion, los cuales por ciertos disgustos que tenian con el Cubuzama y su tio, viendo la buena ocasion que tenian de vengarse de entrambos, pusieron en órden su gente y alcanzaron al tio cerca de Sacay. Estuvieron entrambos ejércitos algunos dias á vista de aquella ciudad, y entre tanto fué el H. Lorenzo á Meaco á consolar los cristianos que estaban muy afligidos, porque un cuñado del Cubuzama que vino á socorrerle, pidió la casa é iglesia de los cristianos para aposentarse en ella con sús soldados, pero fué nuestro Señor servido que esto no tuviese efecto, porque algunos señores conocidos de los cristianos le rogaron que no les tomase su iglesia y él holgó de dejarla.

Pasados algunos dias, y vuelto el H. Lorenzo, se dió la batalla á vista del Sacay, y los negoros vencieron y desbarataron al tio del Cubuzama, el cual atemorizado con el mal suceso de su tio, no se teniendo por seguro dentro del Meaco, se salió secretamente con algunos caballeros y se recogió en una fortaleza que era casi inexpugnable. Con esto los que primero habian cercado la ciudad, entraron dentro y la saquearon. Siguiendo por otra parte los negoros la victoria contra el tio del Cubuzama, le cercaron en una fortaleza donde se acogió. Viendo el sobrino la destruccion de su tio y el peligro en que estaban por su respeto, tomó 20.000 hombres que pudo juntar de presto y dió sobre los negoros una noche (estando ellos bien descuidados) con tanto valor y esfuerzo, que los venció y mató á muchos de ellos, y los demás se escaparon huyendo.

Juntáronse luego el ejército del Cubuzama con la gente de su tio, y antes que se supiese en

Meaco la victoria de los negoros, dieron sobre los enemigos que se habian apoderado de la ciudad é hicieron en ellos tan grande estrago, que por muchos años no pudieron alzar cabeza, y así quedaron por entónces las cosas de Meaco y del Cubuzama quietas y pacíficas, y el P. Gaspar Vilela volvió del Sacay por el mes de Setiembre de 62. Fué nuestro Señor servido, que en esta revuelta no fuese destruida ni saqueada la iglesia, como lo fueron otras muchas casas de caballeros y templos de bonzos, porque un señor amigo de los vencedores que primero entraron en Meaco, habia oido algunos sermones y sacó de ellos licencia, para que nadie tocase en la iglesia, queriendo hacer este favor á los cristianos, ó por mejor decir, nuestro Señor por su medio.

Vuelto el Padre al Meaco, tornó á continuar sus sermones para refrescar á los cristianos la memoria de lo que primero les habia enseñado, por si acaso con los desasosiegos y revueltas pasadas estaban algo olvidados. Los bonzos en sus sermones públicamente blasfemaban de la ley de Dios; y decian que no habia que disputar contra ella, porque era del demonio y contraria á la suya.

Llegada la cuaresma del año de 1563, repartió el Padre los sermones, de suerte que un dia predicaba de la penitencia y cómo se habian de aparejar para confesar, y otro del Santísimo Sacramento; y los viérnes de la pasion al modo que se hacia en la iglesia de Bungo, y por ese mismo órden celebraron los oficios de la Semana Santa y Pascua de Resurreccion.

Pasadas las fiestas de la Pascua, tornó á turbarse otra vez la paz de Meaco, porque los bonzos negoros que habian sido desbaratados del Cubuzama, se rehicieron de gente, y era fama que venian sobre el Meaco con poderoso ejército para vengarse de la pérdida y afrenta pasada. Andaba la ciudad tan revuelta y turbada con la guerra que esperaban, que era grande impedimento para los sermones y conversion de los gentiles; y así pidieron los cristianos al Padre Gaspar se volviese al Sacay, hasta ver en qué paraban aquellos temores. Partióse el Padre para allá con deseo de llevar adelante la cristiandad que allí se habia comenzado, pues en Meaco no habia entónces disposicion para ello.

CAPÍTULO X

Del camino que el H. Luis de Almeida hizo á Sajuma.

En el tiempo que en las partes de Meaco pasaba lo que habemos dicho, llegó al puerto de Cangojima, que es en el reino de Sajuma, un navío cuyo capitan se llamaba Manuel de Mendoza, el cual con algunos de sus compañeros se vino á Bungo por visitar al P. Cosme de Torres, y confesarse él y sus compañeros

Con este capitan escribió una carta el rey de Sajuma al P. Cosme de Torres, pidiendo que enviase algun Padre á su tierra, haciéndole cargo del buen acogimiento que á él y al P. Francisco habia hecho cuando la primera vez desembarcaron en su reino. Holgó el Padre de corresponder al buen deseo que mostraba el rey, y aunque no tenia Padre que pudiese ir entónces, porque no se perdiese aquella buena ocasion de volver en su gracia y de visitar los cristianos que habia en aquella tierra, envió al H. Luis de Almeida, y á Melchor uno de los mozos japones que habia en casa.

Partieron entrambos de Bungo por el mes de Diciembre de 1561 en compañía del capitan Manuel de Mendoza, que volvia para Cangojima. Cogióles la noche una legua antes de Cutami, y pasaran mucho trabajo y peligro por las nieves que habia, si no encontraran diez cristianos que venian con hachas para enseñarles el camino, porque tuvieron aviso de su venida. Hospedáronlos aquella noche con mucho regalo á todos, y el dia siguiente los fueron acompañando una legua, para guiarlos en algunos malos pasos que habia. Gastaron tres dias hasta llegar al puerto donde se habian de embarcar, y en pocos más llegaron con buen tiempo á Cangojima.

Quiso el H. Luis de Almeida, antes de llegar á la ciudad, visitar algunos cristianos que vivian en una fortaleza (1) cerca del camino por donde iban, á los cuales habia bautizado el P. Francisco Javier, y á esta causa se apartó del capitan en cuya compañía habia venido. Era aquella fortaleza una de las buenas que habia en Japon, porque estaba edificada encima de una muy alta sierra, con diez torreones que estaban divididos á trechos, y de uno á otro se pasaba por puentes levadizos, pero tan altos que ponia temor y espanto mirar hácia abajo por su grande profundidad. En medio de estos torreones estaba la fortaleza en la cual residia un caballero principal que era señor de ella y vasallo del rey de Sajuma. Recibieron al Hermano y á su compañero con mucha alegría, y luego le cercaron la señora de la fortaleza con sus hijos y otros cristianos preguntándole por el P. Francisco Javier y Cosme de Torres, y por el aumento de la cristiandad en el reino de Bungo, en Meaco y en otras partes; alegrándose mucho con las buenas nuevas

(1) Esta fortaleza es el castillo de Echandono de que se habla en la vida de San Francisco Javier. (N. del E.)

que el Hermano les daba, porque habia casi trece años que no habian visto Padre ni Hermano de la Compañía, ni quien les hiciese una plática de la ley de Dios, y con todo esto tenian tan fresca la memoria del P. Francisco, y de lo que les habia enseñado, que se echaba de ver cuán impresas habian quedado en sus almas las verdades que habian oido.

Estaba en aquella fortaleza un viejo que era como mayordomo de la casa, á quien todos tenian mucho respeto, y por su virtud le amaban como á padre. Dejóle muy encargado el P. Francisco, que tuviese cuidado de bautizar las criaturas que naciesen y de enseñarles la doctrina cristiana; y él lo habia hecho con grande cuidado. Tambien dió el mismo Padre á la señora de la fortaleza escritas las oraciones del Pater noster y Ave María, Credo y Salve, con las letanías, las cuales tenia muy guardadas. Contaban al Hermano esta señora y el viejo algunas cosas particulares que nuestro Señor habia obrado por medio de aquellas oraciones, como era haber sanado algunos enfermos poniéndoselas al cuello, especialmente el señor de aquella fortaleza, que estando una vez desahuciado, poniéndole las oraciones cobró entera salud.

Mostráronle tambien unas disciplinas del mismo Padre que por su devocion se disciplinaban con ellas cada semana una vez todos los cristianos, aunque no consentia el viejo que se diesen más que cinco golpes con ella, porque no se gastase; y la misma señora de la fortaleza estando una vez enferma dándose tres golpes con la disciplina (como lo tenia de costumbre), se halló luego con salud.

Con estas cosas conservaba nuestro Señor en la fe aquellos cristianos, sin haber tenido en tantos años maestro ni predicador. En el tiempo que allí se detuvo el H. Luis de Almeida y su compañero, procuraron de tornarlos á instruir muy de propósito.

Haciéndoles pláticas del catecismo por la mañana y por la tarde. Bautizáronse de nuevo otros diez cristianos y dos hijos del señor de la fortaleza, y con esto se despidió de todos, dándoles esperanzas del volver por allí antes de ir á Bungo, con lo cual quedaron consolados.

CAPÍTULO XI

Cómo el H. Luis de Almeida, visitó al rey de Sajuma y á los cristianos de Cangojima.

Vuelto el H. Luis de Almeida de la fortaleza á la ciudad de Cangojima, visitó al rey y dióle la carta que llevaba del P. Cosmé de Torres, en respuesta de la que él habia escrito. Mostró holgarse con la carta, y de palabra dijo al Hermano que él gustaba de que los Padres estuviesen en su tierra y sus vasallos se hiciesen cristianos.

Tuvo necesidad el Hermano de partirse luego al puerto de Tomari, donde estaba el capitan ya de camino para la India, para darle algunos despachos de importancia. Volvió luego á la ciudad para visitar y consolar los cristianos que el P. Francisco Javier habia bautizado cuando allí estuvo la primera vez, los cuales habian perseverado siempre en la fe, aunque habian padecido hartos trabajos y contradicciones de parte de los bonzos, que hay muchos en aquel reino.

Pareció al Hermano que seria servicio de nuestro Señor, trabar amistad con algunos bonzos principales, porque si no pudiese reducirlos al camino de la verdad, á lo ménos quedasen benévolos y no diesen tanto trabajo de allí adelante á aquellos pobres cristianos. Con este deseo los visitó algunas veces en su monasterio, y con ocasion de una medicina que dió al superior y principal bonzo para un mal de ojos que tenia, comenzó á tratar familiarmente con el Hermano de diversas cosas, y una vez le dijo que deseaba mucho saber lo que el P. Francisco habia predicado en aquella ciudad. Viendo el Hermano su buena disposicion y la buena ocasion que se ofrecia para lo que tanto deseaba, declaróle cómo habia un Criador de todas las cosas, y la particular providencia que de ellas tenia, especialmente de los hombres, para darles premio por sus buenas obras y castigo y pena por las malas.

Iba el bonzo gustando de la plática, y por ser ya noche rogó al Hermano se quedase á reposar en su monasterio. Hízolo por darle gusto y ver sus buenos deseos. Aprovechóse el bonzo de la ocasion que entónces tenia, y cuando le pareció que el Hermano habria reposado un poco, vino acompañado de otro amigo suyo y gastaron lo restante de la noche en hacer preguntas sobre la ley de Dios, y de allí adelante entrambos bonzos iban á la posada del Hermano, para oir más despacio las pláticas del catecismo que cada dia les hacia. Quedaron los dos tan convencidos de la verdad en sus entendimientos, que dijo una vez el bonzo principal al Hermano, que tenia debajo de los piés todos los libros de Jaca y Amida, y que prometia de no adorar de allí adelante sino al verdadero Dios, porque en su corazon él era cristiano, y dió muestras de este buen deseo, porque en las ocasiones que se ofrecian de hablar de la ley de Dios delante del rey, siempre este bonzo mostraba estima de ella y decia que cuanto predicaban los Padres, lo probaban con tan buenas razones, que bastaban á conven-

cer cualquiera buen entendimiento. Hablando un dia con el rey en presencia de muchos caballeros, refirió el bonzo algunas cosas de las que habia oido, á lo cual respondió el rey que todo aquello era cosa santa y muy buena.

Estas palabras que dijo el rey y la mucha amistad de los bonzos con el H. Luis de Almeida, consoló y animó mucho á los cristianos, y despertó nuevo deseo en los gentiles de oir sermones y pedir el santo Bautismo, el cual recibieron dos caballeros principales y privados del rey con sus mujeres y criados, que serian más de 40 personas, y por su ejemplo se hicieron otros de ménos calidad. Hicieron luego su iglesia, aunque pequeña, pero bien acomodada, donde acudian á hacer oracion, rezar sus devociones, encomendarse á nuestro Señor y oir las pláticas que el Hermano les hacia.

Pidiéronle en este tiempo de la fortaleza con mucha instancia, que se llegase allá porque habia algunos caballeros gentiles que deseaban hacerse cristianos, y fué muy acertado el camino, porque en doce dias que se detuvo en la fortaleza predicando por la mañana á los cristianos, y por la tarde á los gentiles, por la gracia del Señor se bautizaron 70 personas, y los cuatro ó cinco eran de los más principales que habia en ella. A uno de estos dió nuestro Señor tanto conocimiento de su ley, que escribió en un libro todo lo que oia en las pláticas, comenzando desde la creacion del mundo, hasta la venida de Cristo y los misterios de su Pasion, con tan buen órden y concierto, que fué su trabajo de mucho provecho para aquellos cristianos. Acostumbraba este caballero salirse muchas veces con su libro á un bosque que estaba en la falda de aquella sierra, y escondido entre los árboles, leia un capítulo y luego meditaba el paso ó misterio que habia leido, gastando algunas horas en este santo ejercicio, en el cual consolaba y regalaba nuestro Señor su alma con grande abundancia de lágrimas, señaladamente cuando consideraba el tiempo que habia vivido en sus tinieblas é infidelidad, y se veia que era cristiano y tenia conocimiento verdadero de Dios y del camino de su salvacion.

Preguntóle un dia el Hermano á este caballero en presencia de otros cristianos, qué haria si el rey le enviase á llamar y le dijese: «No seais más cristiano, pues sois mi vasallo y vivís de la renta que yo os doy». Lo que yo responderia en tal caso (dijo) seria: «Señor, ¿quereis que yo os sirva con toda lealtad? ¿quereis que os ame? ¿que no os tome vuestra hacienda? ¿que os sea fiel en todo? pues mándame que sea cristiano, porque mandarme que no lo sea, es mandarme todo lo contrario de esto».

Hicieron los cristianos en esta fortaleza una iglesia muy devota y bien aderezada, donde acudian muy de ordinario á encomendarse á Dios nuestro Señor, como los de la ciudad de Cangojima. Guardaban todos entre sí mucha paz y grande union; sólo una cosa los tenia desconsolados, principalmente á la señora de la fortaleza, y era ver que su marido no fuese cristiano ni gozase de tanto bien. Rogó al Hermano que le hablase y procurase saber su voluntad. El lo hizo con una buena ocasion que para ello tuvo.

Preguntándole cuál era la causa de no hacerse cristiano, pues ya habia oido tantas veces pláticas de la ley de Dios, respondió á esto el caballero, que si él no entendiera que la ley de los cristianos era la verdadera y santa, no hubiera consentido que su mujer é hijos y la gente de su casa la recibieran, y que en su corazon él no adoraba sino á solo Dios verdadero, á quien pedia favor en todas sus necesidades; mas que no osaba manifestar lo que tenia en su corazon, por algunas causas particulares que entónces habia para no disgustar al rey de Sajuma, el cual lo sentiria mucho si se hiciese cristiano, pero que tenia mucha confianza en Dios se habian de disponer las cosas de manera que él pudiese cumplir su buen deseo sin los inconvenientes que habia de presente. Con esta respuesta quedaron todos los de la fortaleza muy consolados, y el H. Luis de Almeida se volvió para Cangojima. Pocos dias después de llegado á la ciudad, recibió una carta del P. Cosme de Torres que le enviaba á llamar de priesa para cosas de mucho servicio de nuestro Señor, como se dirá en el capítulo siguiente.

Entendida por los cristianos su partida, fué mucho su sentimiento y desconsuelo viendo cuán solos quedaban, pero el Hermano les dió esperanza de que él ó algun otro Padre volverian á visitarlos. Estuvieron los dos bonzos con el Hermano la noche antes de su partida, pidiéndole con instancia que los bautizasen, mas no lo hizo, porque aunque tenian convencido el entendimiento de la verdad, faltábales la voluntad y determinacion necesaria de renunciar sus idolatrías. Parecíales á estos bonzos que si moria el rey ó algun otro caballero principal, no podian dejar de enterrarle y hacer el oficio conforme á sus ceremonias y ritos gentílicos, y así querian servir juntamente á dos señores, á Cristo y á Belial. Dióles el Hermano la razon por qué no podian ser bautizados, teniendo aquel propósito, pero que estando mejor dispuestos, vendria de Bungo quien lo hiciese.

Partido el Hermano de Cangojima, aunque

de paso, visitó otra vez á los cristianos de la fortaleza, los cuales vinieron acompañándole hasta donde se habia de embarcar, y con próspero viaje llegó á Bungo el mes de Mayo de 1562.

CAPÍTULO XII

Cómo el H. Luis de Almeida fué al reino de Omura y Firando, y el P. Cosme de Torres vino á Vocojiura, y lo que resultó de su venida.

La causa de enviar á llamar el P. Cosme de Torres tan de priesa al H. Luis de Almeida cuando estaba en Cangojima, fué haberle escrito el rey de Omura pidiendo que le enviase algun Padre ó Hermano que predicase la ley de Dios, porque él haria iglesia y daria renta para los que estuviesen en su tierra, y desde luego ofrecia para esto un hermoso puerto que se decia Vocojiura con todos los labradores de dos leguas alrededor, y que ningun gentil pudiese vivir de asiento en él sin voluntad y licencia de los Padres. Decia más, que si los navíos de los portugueses quisiesen venir al mismo puerto, los libraria por diez años de todos los derechos que habian de pagar. Para dar asiento en todas estas cosas, envió el P. Cosme de Torres á llamar al H. Luis de Almeida, por el buen modo y discrecion que tenia para tratar con estos señores del Japon.

Por el mismo tiempo, deseando el rey de Firando tornar en gracia con los Padres y granjear por este camino á los portugueses, para que acudiesen á su puerto y reino, comenzó á mostrar más favor que solia á los cristianos y dar muestras de que gustaba mucho residiesen los Padres en su tierra y predicasen la ley de Dios. Tambien habian pedido los de Facata con mucha instancia, que les enviasen algun Padre ó Hermano. Cuando llegó este recaudo de Facata estaba enfermo el H. Juan Fernandez, y por no dejar desconsolados aquellos cristianos, envióles el P. Cosme de Torres á Damian, acompañado con otro cristiano, que era hombre de edad y virtuoso.

Este mozo Damian, que era uno de los que se criaban en casa, tenia muy buenas partes y grande talento natural para predicar en su lengua, y en poco más de dos meses que estuvo en Facata, bautizó más de 100 cristianos de la gente más principal y más honrada, sin otros muchos de menor calidad Cuando llegó á Bungo el H. Luis de Almeida (como queda dicho) estaba ya mejor de su salud el H. Juan Fernandez. Despachólos luego á entrambos el P. Cosme de Torres con este órden. Que el H. Juan Fernandez quedase en Facata, y el H. Luis de Almeida llévase á Damian consigo y pasase á Firando, y desde allí á Omura.

Partieron los dos Hermanos de Bungo á 5 de Julio de 1562. Antes de llegar á Facata los hospedó un cristiano noble y rico que vivia cuatro leguas de la ciudad, á quien habia bautizado Damian con toda su casa. Entrando por el patio vieron en frente de la puerta una hermosa cruz donde todos hicieron oracion. Recibiólos este caballero con mucho amor, y luego se llegaron todos los de casa para que les dijesen alguna cosa de nuestro Señor y de su santa ley, que estas eran las pláticas de mayor entretenimiento y gusto para estos cristianos.

Mucho sintieron en Facata la partida de Damian por el amor que le tenian y grande gusto con que oian sus sermones, pero con la esperanza de que volveria presto se consolaron. Partidos de Facata, llegaron con buen tiempo al puerto de Vocojiura en el reino de Omura. Desde allí envió el H. Luis de Almeida á Damian con su compañero para que predicase á los de Firando, y él partió con Melchor á visitar al rey de Omura que estaba 12 ó 15 leguas de aquel puerto. Recibióle muy bien mostrando que se holgaba mucho con su venida, y remitió luego todo el despacho de lo que habia escrito al P. Cosme de Torres á un gobernador suyo para que le hiciese muy á gusto del Hermano, mas por cierta dificultad que se le ofreció, quiso consultar primero al P. Cosme de Torres, antes de hacer las escrituras.

Con esto se volvió el Hermano para el puerto de Vocojiura y por mandado del rey edificaron una muy buena casa de madera de cedro (como las usan en aquella tierra) y se comenzó juntamente el edificio de la iglesia conforme á la traza que el Hermano les dió para ella.

Estaba bien descuidado el H. Luis de Almeida en Vocojiura, cuando le dijeron que el P. Cosme de Torres era llegado á aquel puerto. La causa de su venida fué un navío de portugueses que llegó de la China, y sin querer parar en Firando, tomó puerto en tierra de otro Señor enemigo suyo, de lo cual habia de recibir el rey de Firando notable disgusto cuando lo supiese, y era justo excusarle en tiempo que mostraba deseo y voluntad de favorecer á los cristianos.

Pudo prevenir el Padre este inconveniente, porque el navío venia encomendado á un caballero portugués que á la sazon se halló en Bungo, y así le llevó en su compañía el P. Cosme de Torres, y dieron órden como el navío se pasase luego á Firando. Quedó el rey muy agradecido

y obligado de lo que se habia hecho por su respeto, y ofreció de mostrarlo en favorecer siempre á los cristianos de su tierra.

Acabado este negocio se partió el Padre al puerto de Vocojiura. Llevaba en su compañía á Paulo, el médico que tenia cuidado del hospital de Bungo, y á Agustin, el que se criaba en casa, y á Vicente, el niño de Sacay, hijo de Sancho, para enviarle desde allí á sus padres que tenian mucho deseo de verle. Despachó tambien desde allí al H. Luis de Almeida, para que fuese á concluir con el rey de Omura lo que tocaba á la iglesia y puerto de Vocojiura, y dentro de cinco dias volvió con los recaudos hechos muy á gusto de todos.

Estando el Padre en este puerto, le pidió un caballero principal de Facata que le enviase una persona que supiese dar remedio á tres caballeros que habian salido mal heridos de una revuelta, y él los estimaba mucho. La ocasion de pedir esto al P. Cosme de Torres, fué saber que venia de Bungo, donde se hacian curas maravillosas, y traia en su compañía al que curaba en aquel hospital. Fué allá Paulo, y aunque los heridos estaban con mucho peligro, fué nuestro Señor servido que les sacó las pelotas (1) que tenian en el cuerpo, y en quince dias los dió sanos. Ofrecíanle por la cura mucho oro y plata, mas ninguna cosa quiso recibir, diciendo que por solo Dios habia venido á curarlos y no por interés. Quedó aquel caballero por una parte muy edificado, y por otra muy agradecido al servicio que se le habia hecho; y así lo mostró después en las ocasiones que se ofrecieron de favorecer á los cristianos y á las cosas de la iglesia, y mandó que á ninguno de la Compañía que pasase por sus tierras, llevasen derechos de cosa que les tocase.

Acostumbraba el rey de Bungo (como queda dicho) ir cada año á comer cierto dia á la casa de los Padres, por hacer aquel favor y honra á los cristianos, y era causa de que sus vasallos estimasen la ley de Dios y la recibiesen de mejor gana. Y porque estando el Padre ausente no dejase el rey de hacerles aquella merced, envió desde Vocojiura al H. Luis de Almeida, para que le diese cuenta de lo que pasaba en Firando y Omura, y le suplicase de su parte hiciese el favor y merced que solia á aquella casa.

Llevó el H. Luis de Almeida en su compañía á Damian, que poco antes habia llegado de Firando. Estaban en la casa de Bungo entónces solamente los H Duarte de Silva, Guillermo y Arias Sanchez, con los niños que allí se criaban. Visitó el H. Luis de Almeida al rey otro dia como llegó, dióle el recaudo que llevaba del P. Cosme de Torres, el cual recibió con su acostumbrada benignidad, y vino el mismo dia que solia otros años á comer á casa con el príncipe su hijo, que seria de cinco años. Entre tanto que duró la comida, tocaron sus vihuelas de arco los niños, con tanta destreza y buena gracia, que recibió particular contento de oirlos.

El dia siguiente fué el Hermano á darle las gracias de la merced que les habia hecho y á pedirle licencia para volver á donde estaba el P. Cosme de Torres. Partido de Bungo, pasó por Facata y dejóles allí á Damian con su compañero, porque le habian pedido con mucha instancia, y los dos HH. Luis de Almeida y Juan Fernandez (que estaban en Facata) tomaron su camino para el puerto de Vocojiura, á donde llegaron á los últimos de Setiembre de 1562.

(1) Balas.

CAPÍTULO XIII

De la iglesia que se edificó en el puerto de Vocojiura, y el fruto que en ella se hizo.

El puerto de Vocojiura tiene todo él dos leguas de ancho, y la entrada tan escondida, que no se echa de ver desde el mar, hasta que llegan muy cerca. Dentro del mismo puerto se ven por la ribera de una parte y de otra muchas poblaciones, y junto á ellas algunos puertos donde se pueden recoger los navíos; pero el mejor y más capaz, está á media legua, en entrando hácia la mano derecha. En la boca de este puerto hay una isleta alta y redonda, encima de la cual está una muy hermosa cruz que se ve de muy léjos. Esta cruz se puso porque en el mismo lugar apareció en el aire otra semejante, tres tardes arreo. Caminando desde la cruz por la orilla del mar á la mano derecha del puerto, edificó el P. Cosme de Torres la iglesia, y se acabó la casa en un campo que estaba todo cercado de muy alta y fresca arboleda, y en medio tenia una fuente muy hermosa. En frente de la casa é iglesia se descubria la poblacion principal, la cual se dividia con un pequeño y estrecho brazo de mar, que se pasaba por una puente de piedra. Al cabo de la puente comenzaba una escalera de siete gradas, tan ancha como la misma puente, y como iba subiendo, se iba tambien ensanchando, de manera que en lo más alto venia á ser tres veces más ancha que al principio; del remate de esta escalera comenzaba el campo y placeta cercado de árboles, de la cual se

subia por otras cuatro gradas á un patio, donde á la una parte estaba la iglesia y á la otra la casa de los Padres.

Habia en esta tierra muchos pescadores que vivian en el mar con sus mujeres é hijos todo el dia, y á la noche se recogian al puerto, y así era muy proveida toda aquella tierra de buen pescado. Parece que trajo nuestro Señor al P. Cosme de Torres al puerto de Vocojiura para el consuelo de los cristianos de Firando y Tacujima y de otras partes, porque habia mucho tiempo que ni oian Misa ni se confesaban por falta de sacerdotes, que solos habia dos en todo Japon, que eran el P. Cosme de Torres y el P. Gaspar Vilela que estaba en Meaco.

Sabiendo los cristianos de aquellas islas cómo el Padre estaba en Vocojiura, comenzaron á venir de Firando, de Iquiceuqui y de Tacujima, de 20 en 20 en sus embarcaciones para visitarle y confesarse, y era tanta la reverencia con que estaban delante de él, que nunca levantaban los ojos del suelo todo el tiempo que el Padre hablaba con ellos, como si tuvieran presente á Cristo nuestro Señor ó alguno de sus Apóstoles, porque con estos ojos miraban aquellos cristianos á los que les predicaban y enseñaban la ley de Dios. Hacíales el H. Juan Fernandez pláticas de la penitencia y del Santísimo Sacramento, para que se dispusiesen mejor á la confesion y sagrada Comunion; y era tal su fervor, que todos los dias en que se aparejaban para la confesion, ayunaban y tomaban sus disciplinas.

Vivia un portugués mozo (y ménos compuesto en sus costumbres de lo que fuera razon) en una casa donde posaban algunos de estos cristianos que venian de fuera, el cual viendo las disciplinas que hacian cada noche, la humildad con que andaban, el fervor y devocion con que acudian á la iglesia, confundido con estos ejemplos, reformó muy de veras su vida y modo de proceder.

Estando un dia el P. Cosme de Torres confesando en la iglesia, vino á sus piés una mujer que no tenia tan buena fama. Comenzó á decir sus pecados, pero fué tal su dolor y arrepentimiento, y tanta la abundancia de lágrimas que derramaba, y los sollozos y gemidos que daba, que no pudo pasar adelante ni acabar la confesion. Llegaron algunas mujeres que estaban esperando para lo mismo, y levantándola de los piés del Padre, donde se habia arrojado, la llevaron á un rincon de la iglesia. Allí estuvo llorando sus culpas amargamente como otra Magdalena, y después hizo su confesion, dejando á todos los que estaban en la iglesia muy edificados con su penitencia y arrepentimiento.

CAPÍTULO XIV

Cómo el P. Cosme de Torres visitó los cristianos de Firando y de las islas.

Detúvose el P. Cosme de Torres algunos dias en el puerto de Vocojiura, para dejar bien asentadas las cosas de aquellla iglesia. Determinó antes de volver á Bungo, de visitar á los cristianos de Firando y de las demás islas, porque no habian podido venir todos á Vocojiura. Envió para esto delante al H. Juan Fernandez y á Agustin que los predicasen y dispusiesen para que se pudiesen confesar cuando él llegase. Tambien envió con ellos algunos frontales é imágenes que se habian traido de la China para la iglesia de Firando y de las otras islas. Llegaron entrambos á la isla de Iquizeuqui, en la cual se detuvieron diecisiete dias; y era tanto el gusto con que oian los cristianos las pláticas que les hacian, que no sólo por la mañana sino á mediodia y á la noche, estaba la iglesia llena de gente; y lo mismo sucedió en Firando, que de dia predicaban en la iglesia á todos, así á cristianos como á gentiles, y en casa de D. Antonio casi hasta media noche, donde fuera de su madre y su mujer é hijos y otra gente de su casa, acudian tambien muchos cristianos á oir las pláticas que allí hacia el Hermano.

Acercábase ya la fiesta del santo Nacimiento del año de 1563 y deseaban los cristianos que el P. Cosme de Torres la celebrase con ellos en su iglesia de Firando. Envióselo á pedir muy encarecidamente D. Antonio con algunos criados suyos, los cuales llevaron navíos y lo demás que era necesario para su venida. Concedióselo el Padre por darles aquel consuelo, y entre tanto que volvia de Firando, dejó en Vocojiura al H. Luis de Almeida, para que predicase á los gentiles de aquel puerto que deseaban oir la ley de Dios.

Llegó el Padre á Firando con Paulo y Vicente, el niño de Sacay, la víspera del Apóstol Santo Tomás á media noche, y con ser tan tarde, en sabiéndolo los cristianos, vinieron con grande alegría á tomar su bendicion, y todo el tiempo que se detuvo en aquella ciudad, nunca la iglesia se vaciaba de dia oyendo sermon, y de noche confesándose los que no podian hacerlo antes. El Hermano tambien se ocupaba en hacer pláticas de la penitencia para los que se habian de confesar, y en enseñar la doctrina á los que pedian el santo Bautismo, que eran muchos. Y entre ellos dos caballeros principales, el uno se llamó D. Juan, hermano de D. Antonio, y el otro

D. Luis, casado con una hermana de su mujer del mismo D. Antonio, que tambien era cristiana y se decia doña Beatriz. Celebraron la fiesta del Nacimiento con la mayor solemnidad que pudieron, gastando aquella santa noche en cantar muchas historias de la sagrada Escritura á su modo, hasta que se hizo hora de la Misa, en la cual tuvieron tambien sermon.

Conocia D. Antonio á su padre de Vicente, y á esta causa hizo el P. Cosme de Torres que le visitase antes de partir para Sacay. Fueron las pláticas de este niño todo el tiempo que duró la visita del aparejo con que habian de llegar á la confesion y á la sagrada Comunion, dejando á D. Antonio y á su mujer y á otras muchas señoras que se hallaron presentes, no ménos edificadas que admiradas de ver en un niño de tan poca edad tanta virtud y devocion, acompañada de una singular modestia y compostura. Pero lo que más admiró al P. Cosme de Torres fué ver el sentimiento que mostró este niño, cuando le dijo que desde allí habia de partirse al Sacay, porque sus padres lo pedian con mucha instancia. Eran tantas sus lágrimas y lo que sentia apartarse de los Padres, que no sabian con qué consolarle. Al fin dándole el Padre muchas razones por las cuales convenia que fuese, tomada su bendicion, partió de Firando y llegó bueno al Sacay, donde fué recibido de sus padres con mucho contento.

Desde Firando pasó el Padre á las islas de Tacujima y de Iquizeuqui, detúvose como dos meses y confesó á todos los cristianos que habia en ellas, y dejándolos consolados volvió al puerto de Vocojiura al principio de Marzo de 63. Tenia ya el H. Luis de Almeida bien instruidos en los misterios de la fe más de 300 gentiles de la poblacion que estaba junto á la iglesia, y así los bautizó el Padre en llegando á Vocojiura.

Acercábase ya el tiempo de volverse para Bungo el P. Cosme de Torres, mas Dios nuestro Señor dispuso las cosas de otra manera que él las trazaba por lo mucho que se habia de servir en que se detuviese entónces en aquel puerto, porque estando ya para entrar en el navío se le torció un pié, lo cual fué ocasion de quedarse allí toda la Cuaresma y parte del verano.

CAPÍTULO XV

Cómo el P. Cosme de Torres estuvo con los cristianos en Vocojiura la Cuaresma y Semana Santa, y el H. Luis de Almeida fué á Jimabara.

Grande fué el consuelo de todos los cristianos así de Vocojiura como de Firando y de las islas, cuando supieron que el P. Cosme de Torres se habia de quedar en el puerto toda la Cuaresma; y así en los cristianos y gentiles de Vocojiura se echó de ver luego un nuevo fervor y deseo de su aprovechamiento, con los sermones que hacian los HH. Juan Fernandez y Luis de Almeida, que parecia todo aquel pueblo una congregacion de religiosos, en la devocion con que acudian á la iglesia, la reverencia con que asistian á la Misa y la atencion con que oian los sermones, particularmente cuando entró la Cuaresma, porque eran muy ordinarias las disciplinas y el hacer procesiones de la iglesia á la cruz que estaba á la entrada del puerto.

Llegó á este tiempo á Vocojiura un criado del señor de Jimabara con una carta para el P. Cosme de Torres, pidiendo alguna persona que predicase la ley de Dios á sus vasallos. Era este caballero cuñado del rey de Arima, casado con hermana de su mujer, y en renta y nobleza el más principal de aquel reino, y así le envió al H. Luis de Almeida, en compañía de Melchor, con órden de que volviesen para la Semana Santa. Partieron de Vocojiura la tercera semana de Cuaresma, y llegaron en cinco dias por mar á Jimabara. En sabiendo aquel caballero cómo eran venidos, los mandó aposentar y proveer muy cumplidamente de todo lo necesario; fuéronle á visitar el dia siguiente, y él los recibió con mucha cortesía, y por ser tarde los hizo quedar á cenar en su casa. Despues de haber cenado mandó llamar á los principales criados de su palacio para que oyesen sermon. Declaróles el Hermano cómo habia un criador de todas las cosas y por cuya providencia se gobernaban y conservaban, y cómo habia sido invencion de hombres llamar dioses á los ídolos. Oyeron todos con mucha atencion la plática, y despues le pusieron sus dudas y dificultades como lo tienen de costumbre los japones. Luego el dia siguiente dió este señor licencia para que pudiese el Hermano predicar la ley de Dios libremente en su tierra, y envió un recaudo á los principales de Jimabara, para que oyesen los sermones, y que él gustaria mucho de que se hiciesen cristianos.

Comenzó el Hermano sus pláticas de la doctrina, una por la mañana y otra despues de mediodia y otra á la tarde, para que pudiesen acudir cada uno conforme á sus ocupaciones. Convidó otro dia este caballero al Hermano á comer en su casa con intento de oir sermon más despacio. Juntáronse á esta plática el señor de Jimabara, su mujer y todos sus criados; quedó este caballero con tanta satisfaccion de la ley de Dios y de su verdad, que pidió al Hermano le bautizase luego una sola hija que tenia de cuatro años, á la cual pusieron por nombre María, y él

se excusó con algunas razones humanas (que siempre tienen estos señores) de no hacerse cristiano hasta saber la voluntad de su rey; bautizarónse con esta niña otras tres mujeres principales que la criaban y más de otras 50 personas principales de aquel lugar. Llegábase ya la Semana Santa y el tiempo en que se habia de volver el Hermano á Vocojiura, conforme al órden que traia del P. Cosme de Torres; y así se despidió de este caballero, dándole esperanza que volveria á su tierra más despacio, lo cual él agradeció y estimó mucho y ofreció que haria la iglesia, y daria todo lo necesario para los Padres que estuviesen en su tierra; y para la iglesia señaló desde luego un muy buen sitio donde se edificase.

Llegó el Hermano á Vocojiura el Miércoles Santo, y halló la iglesia y monumento muy bien compuesto y aderezado; celebráronse los oficios de aquella semana con la solemnidad que se pudieran hacer en la iglesia de Bungo, porque concurrieron á la iglesia de Bocojiura los cristianos de Firando y de las islas de Tacujima y de Iquizeuqui, y aun desde Bungo vinieron algunos y de Facata; los sermones en aquellos dias fueron muy ordinarios, así de la Pasion como del Santísimo Sacramento y de la Penitencia. Comulgaron casi los más cristianos el Juéves Santo y algunos se quedaron para el dia de Pascua, porque como el Padre era solo para confesar, no podia satisfacer al deseo y devocion de todos.

El Juéves Santo por la tarde vinieron muchos disciplinantes con sus túnicas negras y coronas de espinas en las cabezas, los cuales hacian delante del Santísimo Sacramento coloquios tan tiernos, que con sus palabras y las lágrimas que derramaban movian á cuantos estaban en la iglesia á hacer lo mismo. Venida la noche salió una procesion muy solemne de disciplinantes desde la iglesia hasta la cruz, acompañándola todos los demás cristianos con sus velas encendidas y rosarios en las manos, de manera que los unos iban derramando sangre y los otros lágrimas de devocion; espectáculo por cierto para despertarla muy grande en quien mirara con atencion cuán pocos dias antes habia sido el demonio adorado en aquel lugar con tantas idolatrías, viendo ahora adorar y reconocer por su verdadero Dios y Redentor á Cristo nuestro Señor, con tanta fe y devocion y sentimiento tan tierno de su Pasion.

Pero no fué menor el alegría espiritual con que celebraron la fiesta de la Resurreccion. Vinieron aquella mañana todos los cristianos con los mejores vestidos que cada uno tenia, y trocadas las coronas de espinas por guirnaldas de flores que todos traian en sus cabezas, hicieron muchos altares en el campo delante de la iglesia, y en el camino que habia hasta la cruz, el cual estaba todo adornado de una parte y de otra de muy frescos y hermosos árboles, que hacian una graciosa y vistosa calle. Salió la procesion de la iglesia cuando amanecia, llevando el Padre el Santísimo Sacramento debajo de un rico palio. Ayudaron para la solemnidad y alegría de esta fiesta los portugueses que habia en el puerto con los instrumentos músicos que suelen traer en sus navíos.

Grande era por cierto el consuelo y alegría de aquellos cristianos, pero muy sin comparacion era mayor la de aquel venerable P. Cosme de Torres, como lo mostraban las muchas lágrimas que por su rostro corrian, mirando la devocion y fervor de aquellos nuevos hijos que Dios le habia dado en aquella iglesia de Vocojiura.

CAPÍTULO XVI

Cómo el rey de Omura vino al puerto de Vocojiura, y lo que pasó con el P. Cosme de Torres.

Ocho dias después que el H. Luis de Almeida partió para Jimabara llegó al puerto de Vocojiura (que por otro nombre se llamaba de Nuestra Señora) el rey de Omura, señor de aquella tierra, acompañado de muchos caballeros. Habia doce ó trece años que era muerto el rey sin tener hijo legítimo ni heredero que le sucediese, porque solamente habia quedado un bastardo, por nombre Gotondono, y por ser hijo de una esclava, ni la reina ni los gobernadores del reino consintieron que entrase en la posesion de él, contentándose con darle algunas tierras en que viviese honradamente.

Era el rey de Arima uno de los principales reyes del Jimo, y por ser deudo muy cercano del rey de Omura difunto, prohijó la reina á un hermano de este rey de Arima, llamado Sumitanda, y con mucho gusto de los gobernadores y de todo el reino le dieron la posesion, porque era muy valeroso caballero y de partes muy aventajadas. Entre tanto que vivió la reina llamóse príncipe de Umbra, y muerta ella quedó con el título y posesion de rey de Omura. En llegando al puerto, le fué á visitar el P. Cosme de Torres, acompañado de algunos portugueses que habian invernado allí; suplicóle que hiciese favor y merced á aquella casa con visitarla el dia siguiente y comer en ella.

Tenia este príncipe un exterior y rostro muy apacible y gracioso, y en su trato era tan comedido con todos, que nadie le hablaba que no le

quedase muy aficionado. Recibió al Padre con mucha honra y grande cortesía, y dijo que haria lo que le pedia con mucho gusto. Vino el dia siguiente con algunos caballeros como lo habia ofrecido; sirviéronle á la mesa los portugueses como lo pudieran hacer á su rey. Acabada la comida, quedóse el P. Cosme de Torres solo con él, díjole lo mucho que se habia consolado con su venida, por tener ocasion de declarar á Su Alteza la ley de Dios que predicaba. Llevóle luego á la iglesia y fuéle mostrando el altar que estaba bien aderezado y adornado con una imágen de nuestra Señora muy devota. Vueltos á casa dijo el rey, que gustaria de oir algo de lo que el Padre enseñaba á los cristianos. Hízole entónces el H. Juan Fernandez una plática de las cosas que parecieron ser más á propósito, y él las oyó con mucha atencion y gusto.

Acabada la plática presentóle el P. Cosme de Torres un abano dorado con un Jesus en medio y una cruz y tres clavos encima, que para este efecto le habian dado los portugueses. Preguntó muy en particular qué letras eran aquellas y qué significaban. Respondió el H. Juan Fernandez, que para mostrar el Padre el grande deseo que tenia de ver muy impreso en el corazon de Su Alteza, aquel glorioso nombre se habia movido á presentarle el abano en que estaba escrito, y que para entender cosas tan altas, era menester más tiempo, y desocuparse Su Alteza para oir los sermones donde se declaraban aquellos misterios. Respondió el rey á esto que sin falta lo haria así. Iba nuestro Señor disponiendo el corazon de este príncipe poco á poco, y aficionándole á las cosas de su santa ley por lo mucho que de él se habia de servir en aquella tierra, con el ejemplo de su vida y constancia que después mostró en la confesion de su fe.

Con lo que el H. Juan Fernandez dijo al rey, le creció más el deseo de entender muy en particular lo que estaba encerrado en aquel santísimo nombre y en la cruz y clavos que tenia; y así, el dia siguiente volvió á la iglesia, y dejando á todos sus caballeros en el patio, entró en casa con solo uno que era cristiano y se decia D. Luis, á quien amaba y queria el rey mucho por su virtud y buenas partes. Salióle á recibir el Padre, y entendiendo que gustaria de quedarse con el H. Juan Fernandez, los dejó solos. Comenzó el Hermano á darle razon de la creacion del mundo, la caida de los ángeles y primeros hombres; pero como no le declaraba lo que él deseaba saber, díjole que tratase de las virtudes de aquel santo nombre y misterios de la cruz. Fuéselos declarando el Hermano, y de camino le contó la historia de la cruz, y la victoria que por medio de ella alcanzó Constantino del emperador Majencio. Gustó mucho de oirla, y pidió que le escribiesen las oraciones y le enseñasen el modo de persignarse. Preguntó tambien qué tiempo era aquel de la cuaresma, porque se habia instituido, y qué penitencia hacian los cristianos, y qué dias ayunaban y dejaban de comer carne y qué fiestas guardaban. Por estar más cierto de todo y que no se le olvidase, iba escribiendo el rey de su propia mano todo lo que el Hermano le respondia, en lo cual se detuvo hasta más de la media noche.

El dia siguiente envió á decir al Padre con D. Luis, que él habia entendido las cosas más principales que habia en la ley de Dios, y que estaba determinado de ser cristiano y recibir el bautismo en dándole Dios un hijo, porque entónces podria hacer en su reino lo que quisiese con más libertad, y pues tenia en su corazon esta determinacion, que si el Padre le daba licencia traeria consigo la señal de la cruz. Respondióle el Padre, que teniendo Su Alteza aquel propósito podia muy bien traerla, y que confiaba en el mismo Señor, le daria el hijo que deseaba y tiempo para cumplir sus buenos deseos.

Vuelto el rey á Omura, mandó hacer una hermosa cruz de oro para traer al cuello. Ofrecióse le necesidad en este tiempo de visitar al rey de Arima, su hermano mayor, el cual le preguntó si era cristiano, viendo que traia la cruz descubierta y delante de todos. Respondió el de Omura que en su corazon ya lo era, y con esta ocasion le dijo tantas cosas de la ley de los cristianos, que le persuadió á que procurase por todas vías se predicase en su reino. Volvió el rey á Omura muy alegre, porque su hermano habia llevado bien que él fuese cristiano, y por verle aficionado á que en su tierra se predicase la ley de Dios. Dentro de pocos dias como llegó á Omura, tornó al puerto de Vocojiura, al principio de la Semana Santa. Fué á visitarle el H. Juan Fernandez, con los portugueses de parte del P. Cosme de Torres, disculpándose de no irle á ver por ser tiempo de tristeza, en el cual se celebraba la Pasion y muerte de Cristo nuestro Señor. Detúvose el rey en este puerto hasta el sábado por hallarse en los oficios del Jueves y Viérnes Santo, y con lo que aquellos dias vió, quedó grandemente confirmado en su primera determinacion y propósito.

Antes de su partida le visitó el Padre y le suplicó que por ser aquel pueblo casi fundado todo de nuevo, y los moradores y vecinos de diversos reinos, mandase Su Alteza dar leyes escritas en tablas, por las cuales se gobernasen y

se pudiesen mostrar públicamente á todos. Concedióle muy liberalmente todas las leyes y condiciones que le parecieron al Padre ser convenientes, así para la paz y union de unos con otros, como para la predicacion del Evangelio; y para que todo se cumpliese mejor, mandó que residiese en Vocojiura uno de los gobernadores principales del reino, y que cuando por alguna causa se hubiese de ausentar, quedase D. Luis en su lugar, y que ninguna cosa se hiciese de importancia sin consultarla primero con el P. Cosme de Torres. Con estos y otros muchos favores que el rey hacia cada dia á los cristianos, fué creciendo la poblacion de Vocojiura, de manera que en breve tiempo pasaban de 1.000 cristianos los que habia en ella, sin los que de nuevo venian cada dia para avecindarse allí.

CAPÍTULO XVII

Cómo se comenzó á predicar la ley de Dios en el reino de Arima.

Movido el rey de Arima con las buenas nuevas que le dió su hermano el rey de Omura de la ley de Dios y con el buen ejemplo que daban los cristianos en la tierra de su cuñado, el señor de Jimabara, envió dos hombres principales al P. Cosme de Torres con una carta y cinco piezas de seda, pidiéndole que enviase alguno que predicase en su reino; porque él haria iglesia y daria todo lo demás que fuese necesario. Uno de los que traian esta carta era el gobernador del puerto de Cochinozu, que era de los más frecuentados que habia en aquella tierra, por el concurso de navíos y mercaderes que á él acudian no sólo del Japon, sino de la China y de otras partes. Añadia el rey en su carta, que el gobernador que la llevaba, deseaba mucho ser cristiano y se bautizaria luego, lo cual ayudaria para que con su ejemplo se hiciesen cristianos los demás.

Fué muy particular el consuelo que recibió el P. Cosme de Torres viendo la puerta que nuestro Señor iba abriendo en el reino de Arima para la predicacion del Evangelio, como habia hecho en el de Omura. Respondió á la carta del rey, y de palabra dijo al gobernador, que él quisiera tener salud para poder ir á visitar luego á Su Alteza; pero que en acabando el Oficio de la Semana Santa, enviaria allá al H. Luis de Almeida, para dar órden en lo que Su Alteza me mandaba. Partió el Hermano de Vocojiura en pasando la Pascua, aunque primero fué á visitar al rey de Omura, con ocasion de una revuelta que habia sucedido aquellos dias en su ciudad. Riñeron dos caballeros principales, y sintiéndose el uno agraviado del otro, fué causa de que se dividiesen los deudos y amigos de entrambas partes, los unos para vengar la injuria, y los otros para defender á su pariente y amigo. Con esta ocasion se dividió la ciudad en bandos, y los bonzos comenzaron á decir que ya se iba descubriendo el castigo que los ídolos enviaban al rey porque favorecia la ley de los cristianos; pero fué Dios servido que se apaciguase presto aquel desasosiego, con desterrar al que habia sido causa de él.

Detúvose el Hermano en aquella ciudad cinco ó seis dias, en los cuales oyó el rey sermon todas las noches, por estar entónces más desocupado de negocios. En el tiempo que se detuvo allí el Hermano llegaron á Omura Paulo y Damian y otro mozo japon, para acompañar al H. Luis de Almeida. Habia llamado el P. Cosme de Torres á Damian, que estaba en Facata, para que se viniese á tener la Semana Santa y predicase aquellos dias en Vocojiura, porque tambien acudian allí casi todos los cristianos de Facata. Viendo el Padre sus buenas partes y el fruto y edificacion con que siempre habia trabajado, le recibió por Hermano de la Compañía, y como tal le envió con el H. Luis de Almeida á esta mision del reino de Arima.

Desde Omura partió el Hermano con sus compañeros para Arima, donde halló al rey de camino para una guerra que traia con otro señor vecino suyo. Recibiólos con mucho amor, y con estar tan ocupado los pocos dias que se detuvo antes de partir á la guerra, oia cada noche sermon. Declaróle el Hermano muy en particular la excelencia é inmortalidad del alma, porque el rey era de la secta de los jenjus, que niegan ser inmortal. Puso muchas dificultades acerca de este punto, mas á todas le satisfizo bien el Hermano con la gracia del Señor, y mostró el rey quedar convencido de la verdad y con deseo de oir los sermones del catecismo muy de propósito, y porque él se habia de partir luego, despachó al Hermano con un criado suyo al puerto de Cochinozu, con una provision y patente muy cumplida, para que se predicase la ley de Dios, y á su gobernador, para que se hiciese una iglesia en aquel pueblo. Yendo de camino á Cochinozu, visitó el Hermano á los cristianos de Jimabara, que le recibieron con grande alegría, y en los pocos dias que allí se detuvo con ellos, bautizó 60 personas que sabian bien la doctrina Otros muchos habia que deseaban lo mismo, aunque por no estar tan bien instruidos se les dilató el bautismo para la vuelta, y por su con-

suelo les dejó allí un cristiano, hombre virtuoso que llevaba en su compañía.

El dia que salió de Jimabara vino á hacer noche en otro lugar, en el cual vivia su padre de la reina de Arima, y de la mujer del señor de Jimabara. Era este lugar muy fresco á maravilla, porque toda la calle por donde iban hasta el palacio, era de una parte y de otra cercada de hermosos cedros, con una acequia de agua que los iba regando. Habia oido este caballero algunos sermones al H. Luis de Almeida en Jimabara, en casa de su yerno, cuando estuvo allí la primera vez, y así le recibió en su casa con mucho gusto y le pidió que les dijese algo de la ley de Dios á él y á su mujer é hijos y á otros deudos y caballeros de su casa. Oyeron todos el sermon con mucha atencion, y deseaban harto que el Hermano se pudiera detener allí algun tiempo para oir lo que les faltaba del catecismo, pero él los consoló con darles esperanza de tornarlos á visitar en teniendo lugar para ello por ir entónces de priesa.

Llegó al puerto de Cochinozu, donde le estaban esperando con harto deseo. Aposentó el gobernador á los Hermanos en su casa, y luego se dió órden para que acudiesen todos á los sermones. Habia en Cochinozu mucha gente noble y principal, porque solia residir el rey muchas veces en este pueblo por su apacibilidad y frescura. Predicaban los Hermanos por las mañanas y tardes cada dia, sin la doctrina que enseñaban á los niños; oian todos con tanto deseo y gusto, que dentro de quince dias se bautizaron 250, y entre ellos el gobernador y su mujer é hijos. Con este buen principio se comenzó luego el edificio de la iglesia que el rey habia mandado hacer, y en poco tiempo con el mucho cuidado y buena diligencia, se acabó de manera que pudieron poner en ella su altar para que acudiesen allí los cristianos á hacer oracion y á oir los sermones.

CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió en Jimabara y Cochinozu, hasta que el H. Luis de Almeida volvió al puerto de Vocojiura.

Viendo los bonzos de Jimabara (que eran muy ricos y emparentados en aquella tierra) que el señor de ella habia hecho cristiana á su única hija y favorecia tanto la ley de Dios; y que su cuñado el rey de Arima habia dado tambien licencia para que se predicase en su reino, comenzaron á temer, que en poco tiempo habian de perder la mano y autoridad que hasta allí habian tenido con los señores de la tierra. Para dar remedio en esto se juntaron tres monasterios que habia en aquella ciudad, tomando por cabeza de esta consulta á un tio del mismo señor de Jimabara, que era superior del monasterio más principal. Fueron lo primero á hablar al señor y dijéronle que cómo consentia en su tierra gente tan mala que comia hombres, y la tierra donde predicaban se destruia luego con guerras, con otras mil blasfemias y calumnias. Entendió bien el señor de Jimabara que cuanto decian los bonzos era falsedad y mentira, y así no hizo caso de sus razones, dando él otras más eficaces para sosegarlos.

Tuvo aviso en Cochinozu el H. Luis de Almeida de lo que pasaba en Jimabara, y procuró acudir luego allá, dejando con los cristianos de aquel puerto á Paulo Japon, para que los predicase entre tanto que él volvia. Con su venida tornaron los de Jimabara á oir los sermones con el mismo concurso y gusto que la primera vez, porque ni cabian en la casa ni en la calle á donde se predicaba, y habia más de 300 que deseaban y pedian el santo Bautismo.

Crecia con esto más la indignacion de los bonzos, los cuales viendo que por medio del señor no habian podido salir con su intento, echaron por otro camino y concertaron que uno de ellos cuando el Hermano estuviese predicando, quebrase una cruz que estaba en frente de la casa donde se hacian los sermones; pareciéndoles que con esto espantarian á los gentiles y pondrian temor á los cristianos. Hiciéronlo así, porque estando un dia predicando el Hermano, llegó un bonzo con diez ó doce hombres, y antes que pudiesen advertir á lo que venia, por estar oyendo sermon, echó mano de la cruz y la hizo pedazos. Alborotáronse mucho los cristianos con este atrevimiento y desvergüenza del bonzo, y deseaban vengar la afrenta que se habia hecho á nuestro Señor, con pegar fuego á sus templos y monasterios; mas el Hermano los quietó con buenas razones, dándoles á entender, que no era tiempo entónces de vengarse, sino de tener paciencia, pues la tenia el mismo Señor á quien se habia hecho la injuria.

Como vieron los bonzos que les habia salido bien este lance, determinaron de romper otras cruces de papel que los cristianos tenian puestas en las puertas de sus casas. Tuvo aviso de esto el señor de Jimabara, y temiendo algun alboroto en la tierra, por ser los bonzos poderosos y tener á su tio por cabeza de esta conjuracion, envió á decir á los cristianos le hiciesen placer de no ponerse en defensa contra los bon-

zos, porque eran pocos para resistirlos; pero que él tomaba á su cargo la satisfaccion de estas injurias y de las demás que habian hecho á la ley de Dios. Exhortólos tambien el Hermano á lo mismo, pues no era posible entónces estorbar aquellos agravios sin ponerse á peligro de alborotar la tierra y perderse todos. Al fin se rompieron las cruces con harto dolor y sentimiento de todos.

No se contentó el demonio con lo pasado, sino que levantó otro nueva turbacion á los cristianos. Estando un dia el H. Luis de Almeida haciéndoles una plática en casa de un hombre honrado y principal, llamado Juan, entraron dos mancebos de un lugar cerca de Jimabara. Venia el uno de ellos algo tocado del vino, y comenzó á preguntar algunas cosas sobre el sermon muy fuera de propósito. El compañero que venia con él, quiso irle á la mano y sacarle de allí, porque no se echase de ver su poca discrecion. Sintióse el mozo de esto, y echó mano á su espada delante de 100 cristianos que se hallaron presentes, los cuales procuraron de sosegarle; pero él estaba tan colérico, que fué necesario quitarle la espada, porque no hiciese algun desatino. Esto segundo tomó el mozo por mayor afrenta que la primera, y determinó de no volver á su lugar sin vengarse primero, y lo mismo le envió á decir su padre sabiendo lo que habia pasado, porque era hombre noble, y todo su enojo era contra el dueño de la casa, porque en ella le habian quitado la espada. Juntáronse todos los cristianos para defender á Juan, y los parientes y amigos del injuriado para vengarse de él, y si nuestro Señor no lo atajara, sucedieran muchas muertes y trabajos, y tuvieran los bonzos harta ocasion para dar color á sus mentiras y falsedades.

El modo con que esto se atajó, fué que viendo los contrarios cuán apercibidos estaban los cristianos para defender á Juan, no se atrevieron á llegar á su casa, dándose por satisfechos de su injuria con que entrase el mozo en casa de otro cristiano que estaba fuera de la ciudad, y tomase de allí otra espada. Hízolo así, porque no halló dentro quien se lo impidiese, y con esto se volvió el injuriado á su lugar, y los cristianos quedaron libres de la congoja y aprieto en que estaban.

Vinieron el dia siguiente, que era Pascua del Espíritu Santo, con grande alegría á dar gracias á nuestro Señor por la merced que les habia hecho, y para mayor solemnidad de aquella fiesta, se bautizaron 200 personas, y entre ellas un caballero muy principal y rico, que se llamó don Leon, pariente muy cercano del señor de Jimabara.

Estaba la casa donde vivia el Hermano en la misma calle donde tenian los bonzos sus monasterios, los cuales viendo cada dia el concurso de la gente á los sermones, crecia más su ira y enojo, y por quitarles esta ocasion de delante, se mudó el Hermano á otra casa en el sitio que el señor les habia señalado para edificar su iglesia, y á esta causa vivian de allí adelante con más quietud. Viendo el Hermano que las cosas de Jimabara estaban más sosegadas, dejó allí á Damian para que predicase á los cristianos y gentiles, y él se volvió al puerto de Cochinozu, donde habia dejado á Paulo. Llegado á Cochinozu, echó de ver que no acudian los niños á la doctrina, ni los gentiles al sermon como solian, y halló que la causa de esto era un encogimiento natural que tenian de acudir tantas veces á la casa del gobernador, donde el Hermano posaba, porque como los japones son tan limpios, parecíales que ensuciaban las piezas de su casa, yendo cada dia los niños y los demás allá, y por quitar este inconveniente, se tomó otra casa junto al sitio donde se habia edificado la iglesia. Detúvose el Hermano en aquel puerto veinte dias, y en este tiempo bautizó 170 cristianos, y desde allí adelante acudian todos á los sermones, y los niños á las doctrinas, como la primera vez.

Para acabar de asentar algunas cosas de la iglesia de Jimabara, tuvo necesidad el H. Luis de Almeida de volver allá. Halló que los bonzos habian perdido mucha parte de su brío por el grande favor que el señor del pueblo hacia á los cristianos, y con su venida se comenzó luego el edificio de la iglesia. Era el sitio de ella una fortaleza antigua, y aunque por una parte estaba algo apartada del lugar, por otra estaba en medio de él; porque el puerto de Jimabara era á modo de dos medias lunas, y en la punta de en medio estaba el sitio casi todo cercado del mar.

Dió tambien este caballero sesenta casas que estaban junto al sitio, para que de allí adelante pagasen los derechos (que á él le solian dar) á la iglesia, y para ella dió toda la madera necesaria puesta en el mismo lugar. Fuera de esto hizo una puente muy hermosa con una grande calzada de piedra desde en medio del pueblo hasta cerca de la iglesia para que pudiesen pasar los cristianos un pequeño brazo de mar y venir á la iglesia con más comodidad, y él mismo exhortaba á sus vasallos para que se hiciesen cristianos por la grande fidelidad que en ellos hallaba.

Habia en este lugar como 200 niños que venian á la iglesia, y más de los 70 vestidos de

seda, porque eran hijos de hombres principales y ricos, y en su rostro parecian unos ángeles. Tenian disputa muy ordinaria entre sí sobre la ley de Dios y la de los gentiles, y estaban ya tan diestros en responder á las preguntas, que parecian cristianos de muchos años. Sus cantares por las calles eran de la doctrina cristiana ó historias de la sagrada Escritura, que los cristianos habian puesto en verso á su modo.

Fué nuestro Señor servido de llevar para sí las primicias de esta iglesia, que fueron seis niños, y el primero de ellos, cuando queria espirar, levantó la mano hácia el cielo diciendo en su lengua: «Tenjangate mayro,» que quiere decir, luego me iré al cielo.

CAPÍTULO XIX

Cómo se bautizó el rey de Omura, que se llamó D. Bartolomé, y vinieron dos Padres y Hermanos de la India.

Como el rey de Omura habia venido dos veces al puerto de Vocojiura, segun queda dicho, parecióle al P. Cosme de Torres que era razon de irle á visitar á su ciudad, que estaba diez leguas del puerto. Partió el Padre para Omura pasada la fiesta de la Ascension del año de 63, acompañado de tres ó cuatro portugueses principales que acababan de llegar de la China, y habian dado aviso, de cómo llegaria presto otra nao en que venian dos Padres y un Hermano de la India. Recibiólos el rey con mucho amor, haciendo al Padre y á los que venian con él toda cortesía.

Tratando después el Padre aparte con el rey, le dijo, que seria bien se hiciese una iglesia en aquella ciudad, para que desde allí se manifestase la ley de Dios por todo el reino. Respondió el rey que este mismo era su deseo, mas que si la iglesia se hacia luego, era necesario derribar un monasterio donde él pensaba edificarla, y que por ser los bonzos de él muy nobles y emparentados, podrian causar algun alboroto en la tierra; que si le parecia, esperasen alguna buena ocasion para hacer lo que él tanto deseaba. Viendo el Padre su voluntad, le dió las gracias y se volvió al puerto.

Pasados dos ó tres dias después que el Padre llegó á Vocojiura, le envió á pedir el rey que se llegase á Omura alguno de casa que entendiese bien la ley de Dios, porque tenia algunas cosas de importancia que tratar. Acertó á llegar este recaudo á tiempo que no hubo en casa quien pudiese ir por estar fuera todos los Hermanos, unos en Firando y otros en las islas, aunque el Padre envió á llamar luego al que estaba más cerca. Pero como el rey tenia tan grande deseo de cumplir lo que ya en su corazon habia determinado, dentro de cinco dias vino él mismo al puerto con solos 30 caballeros que le acompañaban. En llegando envió á decir al Padre que deseaba mucho hablarle, pero que antes de verle queria saber su parecer en algunas cosas, y así le rogaba le enviase alguno que de su parte le diese un recaudo y pudiese satisfacerle á algunas dudas que tenia. Envióle el Padre un hombre cristiano y de buen entendimiento, por que aún no habian venido los Hermanos que habia enviado á llamar. Detúvose el rey con este hombre hasta la media noche, informándose de algunas cosas, y vuelto á casa dijo al P. Cosme de Torres cómo el rey estaba determinado de ser cristiano, si Su Reverencia tenia por bien de bautizarle, aunque no quemase luego los templos de los ídolos, ni destruyese los monasterios de los bonzos; porque como el rey de Arima era su hermano mayor y gentil, no podia ejecutarlo luego sin grandes inconvenientes, mas que él prometia y daba su palabra de hacerlo con la primera ocasion buena que para ello tuviese, y de no tener cuenta de allí adelante con los bonzos ni sustentarlos, como antes lo hacia. A esto respondió el Padre que con la palabra de Su Alteza y voluntad que mostraba de hacer lo que pudiese á su tiempo y sazon, él le haria cristiano cuando estuviese bien instruido en las cosas de la fe.

Alegróse el rey en extremo con esta respuesta, y á la misma hora vino á casa con todos sus caballeros y estuvo oyendo sermon hasta la mañana. Parecióle al Padre que tenia muy bastante noticia de la ley de Dios con los sermones que antes habia oido, y aunque quisiera celebrar aquella fiesta con la solemnidad que era razon, y llamar para ella á los portugueses que estaban en el puerto, nunca el rey lo consintió, antes puesto de rodillas entre sus criados, y con grande humildad y devocion recibió el santo Bautismo, y le pusieron por nombre D. Bartolomé. Hiciéronse tambien cristianos casi todos los caballeros que venian en su compañía, y antes de ser bautizados, les mandó el rey, que diesen cuenta de la doctrina cristiana, que todos la sabian bien, y dijo al Padre que ninguno de aquellos criados suyos dejaran de hacerse cristianos, aunque él no lo fuera.

Partióse el rey otro dia por la mañana de Vocojiura, porque su hermano el rey de Arima le estaba esperando para ir juntos á una guerra que traia. Despidióse el rey del P. Cosme de

Torres, pidiéndole que encomendase á Dios con particular cuidado el buen suceso de sus cosas.

Comenzáronse á descubrir luego los efectos de la divina gracia en el corazon de este cristiano príncipe, porque yendo de camino para la guerra, y acertando á pasar por junto á un templo del dios de las batallas, que llaman los japones en su lengua Mautisten, mandó parar allí su gente y que le pegasen fuego y quemasen el templo y el ídolo, el cual tenia en su cabeza un gallo. Dióle el rey un golpe con su espada diciendo: «¡Oh cuántas veces me engañaste pensando que podias algo!» Quemado el templo, antes de pasar adelante hizo poner en lugar del ídolo una hermosa cruz, la cual adoró él mismo puesto de rodillas con mucha devocion, y mandó que hiciesen lo mismo cuantos iban en su compañía.

Estando las cosas de Omura y de la iglesia de Vocojiura en el estado que habemos dicho, y el H. Luis de Almeida ocupado en Jimabara, recibió una carta del P. Cosme de Torres, en que le ordenaba se viniese á aquel puerto, porque estaba esperando la nave de la China en que venian unos Padres de la India conforme al aviso que tenia de la que vino delante. Recibida esta carta dejó á Damian en Jimabara para que tuviese cuidado de los cristianos, y él pasó á Cochinozu, donde se detuvo otros pocos dias, dando órden en lo que faltaba de la iglesia que allí se edificaba. Puso tambien una cruz de tres estados en alto en un sitio muy agradable, al cual se subia por una escalera de piedra. Estaba la cruz como 300 pasos de la iglesia y en frente de ella. Tenian los cristianos por devocion en saliendo de la iglesia, ir á hacer oracion á la cruz y los niños á cantar la doctrina. Junto á esta cruz enterró el Hermano aquellos dias dos angelitos que murieron como primicias de aquella iglesia, en la cual habia entónces más de 400 cristianos.

Dejó el Hermano con ellos á Paulo Japon, y él tomó su camino para Vocojiura, donde llegó á los 2 de Julio de 1563, á tan buena coyuntura, que estaba ya la nave dentro del puerto, en el cual venian el P. Luis Froes y el P. Juan Bautista Montano, y el H. Jacome Gonzalez para ayudar en sus trabajos al P. Cosme de Torres, cuya alegría fué tan grande cuando los vió, que le corrian las lágrimas al santo viejo por sus ojos, diciendo que ya no queria vivir más, pues le habia nuestro Señor hecho tanta merced de enviarle compañeros en tiempo de tanta necesidad. No fué menor el alegría de todos los cristianos, saliéndolos á recibir hasta la nao y dándoles el parabien de su venida.

CAPÍTULO XX

Cómo se repartieron los Padres que vinieron de la India, y el P. Juan Bautista Montano fué á Bungo con el H. Luis de Almeida.

Luego que llegaron al puerto de Vocojiura los PP. Luis Froes y Juan Bautista Montano, sabiendo los cristianos de Firando y de las islas comarcanas que traian cuentas benditas y medallas, venian embarcaciones llenas de gente solo á pedir que les diesen una cuenta ó imágen bendita, que tal era la devocion y estima que tenian de estas cosas. Tambien pidió D. Antonio al P. Cosme de Torres, que pues tenia ya otros dos Padres en su compañía, le diese uno que residiese en sus islas, para el consuelo y aprovechamiento de aquellos cristianos, y que si no se lo concedia, enviaria á sus dos hijos para que echados á sus piés se lo suplicasen. Por otra parte el señor de Jimabara decia que le cumpliesen cierta palabra que se le habia dado de que estaria en su tierra un Padre, pues ya habia en ella más de 1.500 cristianos; pero sobre todos hacia instancia el rey de Bungo, pidiendo que el P. Cosme de Torres se volviese á su ciudad de Funay, y si esto no era posible, enviase algun Padre que residiese en aquella casa, porque habia más de un año que no oian Misa los cristianos y vivian por esa causa muy desconsolados.

Todas estas peticiones eran tan justas, que se hallaba el P. Cosme de Torres con grande trabajo para satisfacer al deseo de estos señores, porque aun para la cristiandad que se comenzaba en Omura y Arima, eran pocos los dos Padres que habian llegado; pero como era tan necesario cumplir con el rey de Bungo, por ser tan defensor de los cristianos y amparo de los de la Compañía, envió al P. Juan Bautista Montano con el H. Luis de Almeida, para que residiesen en Funay, y con los demás cumplió, ofreciendo de enviarlos á visitar.

Partieron de Vocojiura el P. Juan Bautista y el Hermano á los 17 de Julio de 63, con órden que el Padre se fuese derecho á Bungo con una carta del P. Cosme de Torres para el rey, y el H. Luis de Almeida visitase de camino á los reyes de Arima y Omura que estaban en la guerra, y á los cristianos de Jimabara y de Cochinozu, y á Damian y Paulo que estaban con ellos, dejándoles instruccion de lo que habian de hacer.

Recibieron entrambos reyes al Hermano con

mucha alegría, y en el capítulo siguiente se dirá lo particular que pasó con el rey D. Bartolomé. En Jimabara y Cochinozu, tambien halló muy consolados á los cristianos con los muchos favores que siempre les hacia el señor de la tierra, y cada dia crecia el número de los fieles con la predicacion de Damian y Paulo.

Partido de Cochinozu llegó á Bungo, donde halló al P. Juan Bautista que le esperaba para visitar al rey que estaba en otra ciudad cinco ó seis leguas de Funay, que se dice Vosuqui. Recibiólos á entrambos con su acostumbrada benignidad, holgándose mucho con las buenas nuevas que le contaron de la conversion del rey D. Bartolomé y del aumento de la cristiandad en Arima y Jimabara. Visitaron tambien á algunos señores principales de la corte, para que el P. Juan Bautista, como nuevo en la tierra, los conociese y le conociesen.

Vueltos á Funay, procuraron de renovar el fervor de aquellos cristianos, diciéndoles el Padre Misa cada dia y predicando el Hermano por no tener entónces el Padre tanta facilidad en la lengua. Dentro de pocos dias vino el rey á Funay y suplicáronle que hiciese merced á aquella casa, como solia, de venir á comer á ella, para que con este nuevo favor tornasen sus vasallos con más gusto á oir los sermones. Dijo que él holgaba de ello, y que iria el dia siguiente y llevaria consigo un embajador de Meaco que allí tenia, y era hombre muy principal, y gustaria le hiciesen la misma honra que á su persona, porque deseaba con esto ganarle la voluntad y obligarle á que favoreciese en Meaco al P. Gaspar Vilela, como se lo pensaba pedir con mucho encarecimiento. Hízoseles en casa á entrambos el recibimiento y servicio acostumbrado, y mostró el rey quedar contento de lo que se habia hecho con el embajador.

De ahí á pocos dias envió el P. Cosme de Torres á suplicar al rey de Bungo escribiese al rey de Arima y á otro vecino suyo llamado Riozogi, con quien traia muy reñida guerra, pidiéndoles que tuviesen paz entre sí, porque con ocasion de esta guerra, traian al rey D. Bartolomé muy ocupado y no le daban el lugar y tiempo que él deseaba para manifestar y extender la ley de Dios en su reino.

Ofreció el rey de Bungo, no sólo de escribir las cartas como el Padre se las pedia, sino que enviaria dos caballeros principales de su casa por embajadores con ellas para pedirles que por su respeto holgasen de tener paz aquellos señores, y fué esta diligencia de mucho efecto, porque se concertaron entrambos por este medio.

CAPÍTULO XXI

Del fervor y devocion del rey D. Bartolomé, y cómo vino al puerto de Vocojiura á visitar á los Padres.

Crecia cada dia en el pecho del valeroso rey D. Bartolomé el zelo de la honra de Dios y de la exaltacion de su santa fe, y para mostrar cuánto más era lo que hacia de lo que prometia, estando con su hermano en la guerra, envió un buen escuadron de gente para que destruyesen por todo su reino cuantos templos de ídolos hallasen, y á los portugueses que estaban en Vocojiura dió licencia para que cortasen toda la madera que hubiesen menester, porque la habia mucha y muy buena en dos ó tres leguas del puerto.

Para dar las gracias á este príncipe de lo que hacia y animarle á que pasase adelante con sus santos deseos, ordenó el P. Cosme de Torres al H. Luis de Almeida que le visitase cuando iba de camino á Bungo, como en el capítulo pasado queda dicho. Holgóse mucho con el Hermano y detúvole allí dos ó tres dias para informarse despacio en algunas cosas. Mostraba bien el rey en su vestido, cuánto se preciaba de la religion que habia profesado, porque en cada hombro traia un mundo de oro en campo blanco y en medio un Jesus, del cual salia una cruz, y por remate tres clavos, todo bordado de oro, y lo mismo traia en las espaldas, y al cuello su rosario, con una cruz de oro muy rica. Estaban con él todos los caballeros cristianos tambien con sus rosarios y cruces de oro al cuello, porque no se contentaba este príncipe con ser cristiano, y que sus caballeros lo fuesen, sino que se honrasen y preciasen de serlo los que andaban en su compañía y que lo diesen á entender así á los gentiles.

Estando un dia con el H. Luis de Almeida, mandó traer un libro que el P. Gaspar Vilela habia compuesto en Meaco, el cual contenia muchas preguntas de las que habian hecho los bonzos al mismo Padre sobre la ley de Dios, con sus respuestas. Pidió al Hermano que le declarase cada pregunta y respuesta de aquellas, para saber responder (cuando fuese necesario) á los que quisiesen reprender la ley de Dios.

Tenia este príncipe acompañada su mucha devocion con una grande discrecion para la conversion de sus criados, porque lo primero procuraba ganar á los más nobles y principales, para que con su ejemplo recibiesen los demás la fe con más gusto y suavidad, y para esto á los que tenia en su campo, él mismo les probaba con razones eficaces cuán justa y santa era la ley de Dios, y cuando los veia con deseo de ser

cristianos, enviábalos de cuatro en cuatro al puerto de Vocojiura, para que los Padres los acabasen de instruir en la fe y los bautizasen. De esta manera fué ganando mucho número de caballeros para Dios, y donde él estaba más parecia congregacion de religiosos que de soldados, porque sus pláticas ordinarias eran de la misericordia que nuestro Señor les habia hecho en traerlos al conocimiento de su ley.

Después de partido el H. Luis de Almeida, dándole lugar los negocios de la guerra, vino á su ciudad de Omura. Estando allí le dijeron que en el puerto de Cochinozu algunos gentiles desasosegaban y molestaban á los cristianos, y sin que nadie se lo pidiese, despachó luego dos caballeros, á su hermano el rey de Arima que quedaba en el campo, pidiéndole que pues habia dado licencia para que sus vasallos recibiesen la ley de Dios, no consintiese que fuesen maltratados de los gentiles.

Tambien envió otro caballero al mismo puerto para saber lo que pasaba, y entendiendo que Chegandono su padre era la causa de todo, envió á decir á los cristianos que si habian menester favor para su defensa, se lo avisasen, porque se lo daria, aunque fuese contra su padre, y si querian vivir en su tierra, les daria con que pudiesen pasar honradamente en ella. Era este viejo Chegandono padre de entrambos reyes, muy contrario á la ley de Dios, y aunque por su edad (conforme á la costumbre del Japon) habia dado á su hijo mayor el gobierno del reino de Arima, y este príncipe favorecia á los cristianos; pero el padre como se gobernaba por los bonzos, de secreto hacíales el mal que podia, y con su autoridad los bonzos y gentiles tambien les daban harto trabajo en las ocasiones que se ofrecian.

Antes de volver á la guerra, fué el rey desde Omura á ver los Padres que estaban en Vocojiura, y ellos fueron á visitarle en sabiendo que era llegado al puerto en compañía del capitan D. Pedro de Almeida, el cual le presentó un rosario que habia traido de la India con una cuenta bendita engastada en oro, y todo él era de mucho precio y estima. Tambien le presentó un colchon de seda con su colcha y almohadas de lo mismo, muy ricas. Agradeció mucho el rey el presente por ser de cosa nueva en aquella tierra. Quedaron los portugueses muy edificados de ver el ejemplo que daba este príncipe con su vida á todos los demás cristianos, porque cuando entraba á hablar con el P. Cosme de Torres, por la grande reverencia que le tenia, se quitaba su espada y daga como si fuera persona particular. Y cuando le ponian sitial en la iglesia, de ordinario estaba fuera de él para oir Misa, y aunque es costumbre entre los japones que los señores estén muy apartados de sus criados y vasallos, nunca él consentia que estando en la iglesia estuviesen los cristianos léjos de él, aunque en saliendo de allí guardaba el decoro y autoridad que su calidad y persona merecia.

El tiempo que se detuvo en aquel puerto, venia cada dia muy de mañana á la iglesia y estaba rezando sus devociones y encomendándose á nuestro Señor más de una hora antes que el Padre saliese á decir la Misa, la cual oia con grande devocion y reverencia; y gustaba tanto de oir la doctrina cristiana, que se detenia en la iglesia hasta que la acabasen de cantar los niños, como lo tenian de costumbre. Antes de volver á su ciudad de Omura dijo al P. Cosme de Torres, que pues los japones en el mes de Agosto hacian las exequias y memoria de sus difuntos, porque no pensasen los gentiles que se habia hecho cristiano por no dar limosna, ni ejercitarse en obras de piedad, pensaba en aquellos dias dar de comer á 5.000 ó 6.000 pobres para que nuestro Señor le ayudase y favoreciese. Alabóle el Padre su buen propósito, y como era hombre que hacia aun más de lo que decia, no sólo dió la limosna á los pobres como lo habia ofrecido; pero en lugar de los olores y perfumes que solia poner delante de la estátua del rey su predecesor, la mandó quemar y hacer polvo, con que á todos los gentiles puso admiracion y espanto.

Estando hablando un dia con la reina su mujer, le dijo que siendo él ya cristiano y muchos caballeros de su reino, deseaba saber en qué ley pensaban de vivir ella y sus mujeres de allí adelante. Respondió la reina, que ella y todas sus criadas estaban muy resueltas de no tomar otra ley más de la que Su Alteza habia escogido, porque les parecia muy buena y muy santa. Fué grande el contento que recibió el buen rey con la respuesta de su mujer, y luego le echó al cuello un rosario con su cruz de oro para que tambien las trajesen en señal de la voluntad y deseo que tenian de ser cristianas.

Este era el próspero suceso con que nuestro Señor llevaba la cristiandad de Omura, y las esperanzas que habia de convertirse en breve todo aquel reino por el mes de Agosto de 1563.

CAPÍTULO XXII

De una secreta conjuracion que se hizo para matar á los dos reyes de Arima y Omura, y á los Padres de Vocojiura.

No pudieron disimular la pena y enojo que tenian los bonzos y ministros del demonio, viendo tan gloriosos principios como Dios nuestro Se-

ñor iba dando en la cristiandad de Arima y Omura, temiendo el grande aumento que de ello se podia esperar, y así determinaron de poner todas sus fuerzas para destruirla de todo punto. Con este intento armaron una secreta conjuracion contra los dos reyes y hermanos, deseando quitarles la vida y los estados, porque favorecian tanto la ley de Dios, siendo los instrumentos y principales movedores de esta traicion y atizadores de este fuego los mismos bonzos, y la ocasion que para ello tomaron fué esta.

Habíanse hecho cierto modo de paces entre el rey de Arima y sus contrarios (con quien habia traido las guerras pasadas) y esto á peticion del rey de Bungo, que para concluirlas envió dos embajadores y caballeros principales de su casa. Los bonzos como muy poderosos y emparentados en el reino, tornaron á solicitar al enemigo del rey de Arima para que se levantase contra él, porque estaba entónces descuidado con los conciertos pasados, dándole sus colores y salidas para que lo pudiesen hacer, no obstante las paces y capitulaciones que se habian asentado, y ofreciéndole nuevos favores y ayudas para salir con su intento, porque en esta conjuracion entraba con algunos otros señores el rey de Firando. Por otra parte los bonzos del reino de Omura viendo la destruccion que el rey habia hecho de sus ídolos y templos, y que habia quemado la estátua del rey su predecesor, juntáronse con los gobernadores del reino más principales, que eran gentiles, y tomaron por cabeza de su conjuracion á Gotondono, el hijo bastardo del rey difunto, á los cuales tambien favorecia el rey del Goto.

Estando concertada esta conjuracion, determinaron que en un mismo dia se ejecutase contra los dos reyes y se levantasen, en Omura contra Bartolomé, y en Arima contra su hermano, y porque el P. Cosme de Torres habia bautizado al rey de Omura, y segun ellos pensaban, por su consejo habia destruido los templos de los ídolos, determinaron de matarle á él y á los demás juntamente con el rey, pareciéndoles que de esta manera se acabaria la cristiandad que con tan próspero suceso habia comenzado en aquellos reinos.

Para hacer esto con mayor disimulacion fueron los gobernadores de Omura á pedir al rey, que enviase por los Padres que estaban en Vocojiura, para que se hiciese una iglesia muy principal en aquella ciudad y se celebrase el bautismo de la reina con grande fiesta y solemnidad, porque todos ellos con otros muchos caballeros del reino, estaban determinados de hacer lo mismo y ser cristianos. Como estas nuevas eran de tanto gusto y contento para el rey, al punto despachó á D. Luis, su privado, al puerto de Vocojiura, para que diese cuenta al P. Cosme de Torres de lo que pasaba y le pidiese de su parte que en todo caso viniese luego á Omura, para señalar el sitio de la iglesia y dar órden en el bautismo de la reina y de los gobernadores de su reino.

Era esto dos dias antes de la Asuncion de Nuestra Señora, en el cual habia de hacer su profesion el P. Cosme de Torres, que por falta de sacerdote se habia dilatado algunos años; y así por esto como por andar indispuesto, respondió al rey, que otro dia de la fiesta de Nuestra Señora se partiria para Omura. Mas temiéndose los conjurados, que con la dilacion se podria descubrir su juego, tornaron á hacer instancia al rey, que tornase á enviar á D. Luis, para que no hubiese falta en la venida de los Padres para aquel dia, porque era el mismo que tenian señalado para ejecutar su traicion en entrambos reinos, y así volvió D. Luis á Vocojiura víspera de Nuestra Señora, para acompañar los Padres hasta Omura.

Habian venido para esta fiesta desde Bungo el H. Arias Sanchez con los niños de aquella casa y sus instrumentos, porque se hiciese con más solemnidad. Tambien por su parte los cristianos y portugueses que habia en el puerto, para mostrar el amor que tenian al Padre, procuraron hacer lo que pudieron.

Acabada la fiesta, el dia siguiente por la mañana dijo el P. Cosme de Torres misa, con intento de partir luego para Omura. Pero habiéndose recogido en su oracion, como lo tenia de costumbre (especialmente cuando habia de comenzar algun negocio grave), salió de ella con determinacion de no ir entónces á Omura sin enviar primero un recaudo al rey y esperar su respuesta. Y aunque esta nueva resolucion admiró á todos, pero el suceso mostró, que habia sido del cielo y que nuestro Señor la habia puesto en el corazon de su siervo, por la mucha falta que hiciera con su muerte á toda la cristiandad del Japon, y así despachó á D. Luis aquel dia, quedándose el Padre en Vocojiura.

Habian dado cargo los conjurados de matar á los Padres, á un caballero gentil que se llamaba Feribo, el cual pensando que venian con D. Luis, salió al camino con su gente y mató á D. Luis y á cuantos iban con él, y aquella misma noche, conforme al concierto, se levantaron los conjurados en Arima y Omura, y fué particular misericordia del Señor que pudiesen los dos reyes escapar con la vida, porque el de Omura con harto trabajo y peligro se recogió con su

mujer y criados á una fortaleza que tenia muy buena junto á la ciudad, á la cual pusieron fuego los enemigos, como la hallaron desamparada. Y lo mismo le aconteció á su hermano en Arima, que tuvo necesidad de librarse á uña de caballo y salirse de la ciudad y recogerse á otra fortaleza.

Cuando estas tristes nuevas se supieron el dia siguiente en Vocojiura, fué tanta la pena y turbacion de todos, que no sabian qué consejo tomar. Los mercaderes del Japon que estaban en aquel puerto, recogieron sus haciendas para alzar velas antes que llegasen los enemigos. Lo mismo hicieron los portugueses, que tambien se entraron en sus navíos, llevando consigo á los Padres y Hermanos que allí habia, con todo el aderezo de la iglesia; pareciéndoles, que pues los habian deseado matar juntamente con el rey, vendrian tambien á buscarlos al puerto.

Por el mismo órden se recogieron á los navíos cuantos cristianos y niños pudieron hacerlo, y fué particular providencia de nuestro Señor, porque el dia siguiente vinieron parte de los conjurados sobre Vocojiura, y pusieron fuego al pueblo y á la iglesia, destruyéndolo todo. Estaba mirando el P. Cosme de Torres desde lo alto del navío lo que pasaba, y con abundancia de lágrimas que corrian por sus ojos y salian de su lastimado corazon, lloraba la destruccion de aquella cristiandad y la pérdida de tantos hijos, renovando con este trabajo presente la memoria de los pasados que tuvo en Amanguchi, y suplicaba á nuestro Señor se apiadase de aquellos cristianos y diese fortaleza y constancia al rey D. Bartolomé, el cual por el zelo de su honra y de la manifestacion de su santa ley, estaba puesto en tan grande aprieto y peligro.

CAPÍTULO XXIII

Cómo vino de Bungo á Vocojiura el H. Luis de Almeida, y lo que en el camino le sucedió.

Sabida en Firando la destruccion de Vocojiura, envió luego D. Antonio navíos al P. Cosme de Torres con sus criados, para que se viniesen él y sus compañeros á sus islas, donde estarian muy á su gusto y sin que nadie les diese pesadumbre; pero como el Padre estaba con tanta pena hasta saber el suceso del rey D. Bartolomé, parecióle detenerse en aquel puerto, pues no tenia peligro estando allí los navíos de los portugueses, y así envió con los paraos que habian venido al H. Juan Fernandez para que guardasen entre los cristianos de Firando los ornamentos y lo demás que habian recogido de la iglesia de Vocojiura. Tambien despachó para Bungo al H. Arias Sanchez con los niños que en su compañía habian venido á la fiesta de su profesion. Mas antes que ellos llegasen á Bungo se supo allá lo que habia pasado en Arima y Omura de algunos mercaderes que venian de aquellas partes, y del H. Damian y Paulo que venian de Jimabara y Cochinozu, á los cuales libraron los cristianos con harto trabajo de que no los matasen, cuando se levantaron los conjurados contra el rey de Arima.

Causó tanta turbacion en Bungo esta nueva entre todos los cristianos, y recibieron tanta pena, como si aquel trabajo fuera propio de cada uno. Y por el contrario, los gentiles y los bonzos comenzaron de nuevo á blasfemar de la ley de Dios, diciendo que aquel era justo castigo de sus dioses contra aquellos dos reyes, por haber favorecido en sus reinos una ley tan mala.

Como el P. Juan Bautista y los Hermanos que residian en aquella casa aún no sabian con certidumbre lo que habia sucedido á los Padres que estaban en Vocojiura, acordaron que fuese allá el H. Luis de Almeida, para ayudar á su necesidad y trabajo en lo que pudiese.

Partido el Hermano de Bungo, llegó á Jimabara, y lo primero con que le saludaban los que encontraba en el camino era, ¿á dónde vas, que ya es quemada la iglesia de Vocojiura y no hay allí Padres? Los del parao en que iba, tambien le aconsejaban que no saltase en tierra, porque si le conocian, ó le matarian ó echarian con afrenta de la ciudad, por haber sido el primero que predicó allí la ley de Dios. Y así le fué necesario quedarse aquella noche en el navío, aunque por saber cómo estaban los cristianos en Jimabara, envió un mozo japon que llevaba consigo, para que les avisase de su venida. En sabiendo los principales cristianos de la ciudad que el Hermano habia llegado á su puerto, vinieron en paraos á visitarle, trayendo colacion para él y los que le acompañaban. Luego llegaron otras embarcaciones de los niños que se criaban en la iglesia y venian á ver á su maestro. Estuvieron aquella noche todos con el Hermano contándole sus trabajos y persecuciones, y él los consolaba como mejor podia. En siendo de dia, se despidió de todos con hartas lágrimas de aquellos pobres cristianos.

Desde allí pasó al puerto de Cochinozu, donde se renovó su tristeza, porque ni vió la cruz que habia puesto en frente de la iglesia, ni aquel concurso de los niños ni de los otros cristianos que con tanta devocion solian frecuentar aquellas estaciones; antes en llegando, vino un parao con dos hombres, los cuales le dijeron que no se

desembarcase ni saltase en tierra, porque Chegandono, padre del rey de Arima y Omura, habia mandado, que sopena de muerte nadie recibiese á los Padres en este lugar ni se predicase más la ley de Dios, por la cual habia venido tanto mal á sus hijos, y así habia mandado quitar la cruz y hacerla pedazos. Con esta nueva se recogió el Hermano en su navío, harto triste y desconsolado. Siendo ya como la media noche, vino otro parao lleno de gente, y llegándose muy cerca decian en lengua del Japon con muchas lágrimas. ¿Dónde está el señor Hermano? Reconoció en la voz que eran de los cristianos más honrados de aquel puerto, y saliólos á recibir. Renovóse entre todos el dolor con la memoria del alegre tiempo en que se habia fundado aquella iglesia, y puesto la cruz con tanto consuelo y devocion de los cristianos, los cuales decian con mucho sentimiento. «Si dejamos á Dios, ¿á quién iremos á buscar? Y si en nuestros trabajos no le pedimos favor y ayuda, ¿hémosle de pedir á las estátuas de palo y de piedra que adorábamos?» Otros decian con los ojos hechos lágrimas: «¿Quién ha de borrar de nuestro corazon el conocimiento y amor de Jesucristo nuestro Salvador y Redentor?»

No fué pequeño consuelo para el Hermano ver la constancia en la fe de estos cristianos y su mucha devocion, á los cuales estuvo consolando toda la noche con la esperanza de la divina misericordia, que aunque aflige á los suyos algun tiempo para probarlos, pero con sus entrañas paternales los socorre en las mayores necesidades. Partido de Cochinozu, llegó al puerto de Vocojiura á los 20 de Setiembre de 1563, donde halló al P. Cosme de Torres y al P. Luis Froes y al H. Jacome Gonzalez, recogidos en un navío de los que habia en aquel puerto.

CAPÍTULO XXIV

Del buen suceso que tuvo la persecucion del rey de Arima y de Omura.

Dió nuestro Señor licencia al demonio para que afligiese al santo Job y le quitase su hacienda é hijos, con ser varon tan justo y recto, para que se descubriese al mundo con el testimonio de sus obras, cuán bien fundado tenia su corazon en el amor y temor de Dios, y cuán fiado estaba de su divina providencia. Y para el mismo efecto quiso el mismo Señor, que este buen rey fuese probado y ejercitado por medio de los bonzos y gentiles, para que fuese un claro testimonio y vivo ejemplo á toda la cristiandad que se iba plantando en los reinos del Japon, de cuán pura y desnudamente habian de buscar á Dios y los bienes eternos, los que de nuevo se convertian á nuestra santa fe, como lo hizo este valeroso príncipe, pues no bastaron tales encuentros para derribarle, ni las tempestades que por él pasaron para hacer sentimiento en su constancia y fortaleza.

En el cap. XXII queda dicho, cómo el rey D. Bartolomé con toda su casa se habia recogido á una fortaleza que tenia cerca de la ciudad. Pedíanle todos los conjurados, que dejase la ley que habia recibido, y que con esto sus vasallos le darian la obediencia como antes y le reconocerian por su rey y señor; pareciéndoles que en volviendo el rey atrás por su ejemplo, harian lo mismo los demás, y que con esto se acabaria la cristiandad en aquel reino. Para atraerle á lo que deseaban, le cercaron en su fortaleza, por tierra Gotondono y el traidor de Feribo, con los gobernadores del reino y la gente que habian juntado, y por la mar 150 velas que envió el rey de Firando, y otras 110 del reino del Goto y 60 de Feribo, el que mató á D. Luis.

De esta manera le tuvieron cercado y apretado algunos dias, enviándole diversos recados de parte de todos los conjurados, para que se hiciese gentil; mas el valeroso príncipe, aunque tan apretado, siempre tuvo puesta su confianza en Dios, y respondió á todos sus recados con una constancia digna por cierto de su real y generoso corazon, diciendo: «Nunca Dios quiera que por el reino de la tierra pierda yo el del cielo, ni que el temor de la muerte, ni de perder mi reino, me haga faltar con la verdad y fidelidad que debo á Dios desamparando su ley.»

No le faltó nuestro Señor á este buen rey en su mayor afliccion, antes le sacó de ella con mucha honra suya, porque Chegandono su padre, con el amor natural que tenia á sus hijos, viendo que por aquel camino no se habia de hacer nada con el rey de Omura, se concertó con los que se habian conjurado contra el rey de Arima su hijo, en esta forma: que se casase una hija del principal de los conjurados con el hijo del heredero del reino de Arima, y todos juntos socorriesen á D. Bartolomé y le pusiesen en posesion de su reino. Viendo el rey el socorro que su padre y hermano le enviaban y el buen número de gente que traian, salió de la fortaleza y dió la batalla á sus enemigos. Entró en ella con una cruz en el pecho izquierdo y otra cruz en las espaldas, todo muy bien labrado en sus armas, y la misma señal de la cruz sacó por divisa en su estandarte. Dióse esta batalla á los 4 de Octubre de 63, y aunque el rey D. Bartolomé era muy

valeroso capitan y soldado, ayudóle nuestro Señor aquel dia de manera, que con grande estrago de sus enemigos quedó con la victoria, y era comun fama entre los que se hallaron en la batalla, que todo el tiempo que ella duró, se vió en el aire otra cruz como la que traia el rey en su estandarte, y el capitan de Firando decia después, que D. Bartolomé habia alcanzado aquella victoria por ser tan buen cristiano.

No se halló en esta guerra D. Antonio ni algun otro cristiano de aquel reino, porque como se hizo la gente de secreto contra D. Bartolomé, no se atrevió el rey de Firando á fiarse de ningun cristiano en aquel caso, pareciéndole que ó al mejor tiempo le descubririan sus trazas ó se volverian contra él en favor de D. Bartolomé, por el amor que unos cristianos tenian á otros.

Alcanzada la victoria, envió el rey un caballero que diese esta buena nueva al P. Cosme de Torres si no era partido de Vocojiura, y le dijese, que aunque habia tenido tantos trabajos y contradicciones por ser cristiano, estaba con todo esto muy firme en la fe, y lo habia de estar siempre con la ayuda de nuestro Señor.

Fué grande el alegría que los Padres recibieron con esta nueva, y para mostrarla los portugueses que aun se estaban en Vocujiura, embanderaron luego todos los navíos y dispararon su artillería, dando muchas gracias á Dios que habia librado de sus enemigos aquel buen rey. Quisiera harto el Padre ir en persona á visitar á los dos reyes y hermanos, que estaban juntos después de la victoria en Omura, mas dejólo por no indignar á su padre Chegandono, ni alborotar de nuevo á los bonzos con su ida, especialmente, que aún le quedaban algunos lugares principales al rey por allanar, que todavía estaban rebeldes; pero envió un cristiano, hombre honrado y viejo, para que de su parte le diese el parabien de la victoria y del buen suceso de sus cosas. Recibió el rey á este hombre con grande alegría, y abrazándole con las lágrimas en los ojos, decia que le parecia tener presente al P. Cosme de Torres, y que confiaba en nuestro Señor, que presto tendria á él y á los demás en su ciudad, como él deseaba. Poco despues cercaron los dos reyes al traidor de Feribo que mató á D. Luis, y le destruyeron, y lo mismo hicieron de Gotondono. Y D. Bartolomé se fué haciendo señor de todo el reino sin contradiccion, y en su lugar diremos el fin que tuvo este negocio y lo que hicieron el P. Cosme de Torres y Luis Froes, porque cada uno de ellos se recogió á su parte, cuando se fueron del puerto los navíos para la India.

CAPÍTULO XXV

De la persecucion que se levantó en el Meaco contra la cristiandad.

Parece que hemos olvidado mucho la cristiandad de Meaco por continuar el hilo de la que nuestro Señor iba fundando en Arima y Omura. Pero bien será que digamos lo que en este tiempo pasaba en aquellas partes donde no ejercitaba ni probaba ménos el mismo Señor aquella iglesia, que habia probado la de Arima y Omura, conforme al estilo ordinario que Su Divina Majestad guardó en el discurso de su primitiva Iglesia, afligiéndola primero para después consolarla y humillándola para honrarla y acrecentarla.

En el cap. XIII de este libro queda dicho cómo el P. Gaspar Vilela salió de Meaco para el Sacay por el mes de Abril de 1563, por causa de la guerra que se esperaba en Meaco por parte de los bonzos que llaman negoros. Esta guerra no pasó adelante, aunque los temores de ella duraron algunos meses. Llegábase ya el Adviento y fin del año de 63, y pareciéndole al Padre, que las turbaciones de la guerra eran pasadas, partió del Sacay para visitar á los cristianos de Meaco. Comenzó luego sus sermones, y los cristianos á aparejarse para la fiesta del Santo Nacimiento, la cual celebraron con gran devocion y consuelo, con Misa y sermon y muchas comuniones que hubo aquella santa noche.

Entrando el mes de Enero del año de 1564, llegaron á Meaco Damian y Agustin, que los enviaba el P. Cosme de Torres, para que ayudasen al P. Gaspar Vilela y al H. Lorenzo, que estaban solos y con mucho trabajo en aquellas partes, llevando el peso de tantas y continuas ocupaciones. Con la venida de estos dos Hermanos, entrada la Cuaresma, repartieron los sermones y pláticas entre todos, acudiendo á diversos barrios de la ciudad cada dia. Comenzó á ser tan grande el concurso de los oyentes y de los que pedian el santo Bautismo, no sólo de la gente comun y ordinaria, sino de la principal y caballeros de aquella corte, que no pudiendo ya disimular más los bonzos su sentimiento, se tornaron á juntar segunda vez, así los de la sierra de Frenojama, como los de la ciudad de Meaco, con el Jaco y supremo bonzo de todos. Hicieron su concilio estos ministros del demonio con el mismo deseo y corazon que los escribas y fariseos para quitar la vida á Cristo, y determinaron en su consulta, que no se alzase mano de este negocio hasta probar todas sus fuerzas para des-

truir la cristiandad y echar de Meaco al P. Gaspar Vilela, pareciéndoles que si no lo atajaban con tiempo, la Iglesia y cristiandad iba creciendo de manera, que no seria posible remediarlo adelante.

Para que mejor se entienda el medio que tomaron estos bonzos para salir con su intento, se ha de advertir como al principio del quinto libro queda dicho, que aunque el Cubuzama era el supremo señor del Japon, tenia dos criados, por cuyo medio gobernaba la ciudad de Meaco y los demás reinos que le pertenecian. El uno de estos, que se llamaba Miojindono, era como visorey ó presidente de todos los negocios. El segundo, que se decia Dajandono, tenia á su cargo la administracion y ejecucion de las cosas de justicia. Habia tambien en Meaco dos bonzos muy famosos y grandes letrados, á quien reconocian los demás por sus letras y erudicion; el uno que se decia Jamajicodono, tenia por oficio enseñar al virey las cosas de su religion y sectas, y era como maestro suyo. El segundo, que se llamaba Quicodono, era como consejero de Dajandono, porque este bonzo consultaba primero con el demonio los negocios y después decia á Dajandono lo que habia de hacer.

Juntáronse, pues, los bonzos de Meaco y Frenojama y dieron trece capítulos á estos dos bonzos para que por vía de gobierno los representasen á Dajandono, y para que su malicia fuese más cubierta y disimulada, entre los capítulos que tocaban al bien comun del reino, pusieron dos contra el P. Gaspar Vilela. El primero, que aquel Padre habia venido de la India y era necesario para la paz y quietud de los reinos, que fuese echado de ellos y destruida su iglesia, porque decia mal de los ídolos á quien habian venerado todos los antepasados, con lo cual la gente del pueblo no teniendo respeto á las escrituras de Jaca y Amida, cometian muchos pecados y grandes traiciones. El segundo, que las tierras donde estos Padres residian, eran luego destruidas con guerras, como lo habian sido Facata y Amanguchi, y últimamente, los reinos de Arima y Omura habian estado en término de perderse por la misma causa.

Dieron los bonzos á Dajandono estos capítulos, y él respondió, que siendo el Padre extranjero, no convenia á su honra echarle del Japon sin examinar primero su causa; pero que él remitia todo este negocio á los dos bonzos Jamajicodono y Quicodono, para que se informasen de lo que predicaba aquel Padre, y si fuese doctrina perjudicial al bien comun, le echasen del Meaco y lo tomasen la iglesia.

No se puede decir el alegría de todos los bonzos y gentiles viendo que la última resolucion de aquel negocio estaba (como dicen) en sus manos, y no fué menor el desconsuelo de todos los cristianos temiendo que de esta vez habia de quedar la iglesia destruida y el Padre desterrado para siempre; y así le pidieron con grande instancia que se volviese al Sacay, hasta ver la resolucion que tomaban los bonzos, porque sabiendo que deseaban echar al Padre del Meaco con toda la afrenta que pudiesen, no querian verlo con sus ojos, pues no habian de tener corazon para sufrirlo ni disimularlo, aunque se pusiesen todos á peligro de perder las vidas. Por no poner el Padre aquellos cristianos en mayor trabajo y afliccion de la que tenian, aunque con harto desconsuelo suyo, salió del Meaco para Sacay, llevando consigo á los HH. Lorenzo, Damian y Agustin y algunos otros cristianos que fueron en su compañía.

CAPÍTULO XXVI

Del grande fruto que nuestro Señor sacó de esta persecucion con la conversion de los dos bonzos y otros caballeros.

¿Quién dijera (mirando las cosas con ojos de prudencia y discrecion humana) que estando el negocio de la cristiandad puesto en manos de sus enemigos (como lo eran estos dos bonzos) no habia de quedar de todo punto destruida y el Padre desterrado para siempre del Meaco? Pero en los negocios más desconfiados y al parecer sin remedio humano, es donde más se descubre la providencia divina y particular cuidado que tiene de sus hijos y las admirables trazas de su infinita sabiduría, con las cuales trueca las manos de tal manera, que los medios y caminos que tomaron los enemigos de la ley de Dios para destruirla, por esos mismos la levantó Dios y acrecentó mucho más, y por donde los bonzos pensaron confundir á los cristianos, quedaron ellos más corridos y avergonzados. Y al fin les aconteció lo que á Aman con Mardocheo.

Estando, pues, los bonzos y gentiles con grande alegría, porque pensaban destruir tan presto la cristiandad, y por el contrario, los cristianos con suma afliccion y desconsuelo sucedió que un pobre cristiano llamado Diego, vecino de Meaco, fué á pedir delante de Dajandono que le mandase pagar cierta deuda, la cual no podia cobrar. Hallóse presente á esta sazon Jamajicodono, uno de los bonzos á quien estaba cometido el negocio de la iglesia. Este bonzo, conociendo que Diego era cristiano, por hacer burla de él díjole riendo: «¿Tú eres de los cristianos?» respondió

Diego que sí. Preguntóle entónces, «Pués dime, ¿qué es ser cristiano y qué os enseñan á vosotros? Respondió Diego: «como quiera que yo soy nuevo en la fe, aunque tengo la ley de Dios por muy santa y verdadera, pero no tengo yo la capacidad que es menester para declararla. Tornóle á apretar el bonzo, que le dijese algo de lo que sabia. Comenzó entónces Diego á decir las razones que habia oido para entender que habia un Dios, criador de todas las cosas, que daba premio á los buenos y castigo á los malos por sus obras, y que el alma era inmortal, y así habia de vivir para siempre ó en descanso y gozo eterno si obraba bien, ó en tormento eterno si hacia lo contrario.

Estábale oyendo el bonzo con grande atencion y admiracion de lo que decia, y como hombre de buen entendimiento comenzó á reparar en aquellas verdades, hasta que ayudado de la poderosa mano del Señor, que interiormente movia su corazon, se halló tan mudado, que dijo á Diego: «Corre, ve, di al Padre que venga luego á declararme la ley que predica, porque si tú con saber tan poco, hablas tan bien, qué hará tu maestro? Porque si me satisface bien á mis dudas, yo recibiré su doctrina y lo mismo hará Quicodono.

Quedó espantado Diego de lo que oyó decir al bonzo, y pareciéndole que aquella era obra de la mano del Señor, dejó luego la demanda que habia puesto, y tomó su camino para el Sacay y contó al P. Gaspar Vilela todo lo que pasaba. Pareció á los cristianos de aquella ciudad cuando le oyeron, que era paz fingida, y que el bonzo le enviaba á llamar con cautela para matarle, y así aunque el Padre deseó ir luego á Meaco, nunca se lo consintieron. Pero acordaron que fuese allá Lorenzo y supiese lo que habia, y volviese dentro de cuatro dias: donde no, que aquello tendrian por señal de que estaba preso ó le habian muerto. Llegó Lorenzo á Meaco, y como era tan docto en las sectas del Japon y de tan agudo y vivo ingenio y bien enseñado en la ley de Dios, dió á los dos bonzos tan entera satisfaccion de lo que deseaban saber, que con la gracia del Señor se determinaron entrambos de ser cristianos.

Habian ya pasado los cuatro dias sin que Lorenzo hubiese vuelto ni se supiese cosa alguna en Sacay. Estaban todos con mucha pena no sabiendo lo que habia sucedido al H. Lorenzo, y así enviaron un cristiano por nombre Antonio, que les diese aviso de todo. Este cristiano encontró al H. Lorenzo en el mismo camino, que venia con otros dos hombres para llevar al Padre, porque los dos bonzos querian ser bautizados por su mano. Partió luego el P. Gaspar con esta buena nueva de Sacay, y llegado al Meaco, acabó de instruir bien en la doctrina á los dos bonzos y á otro caballero muy principal pariente del virey Miojindono, y después los bautizó. Fué tanta la confusion y vergüenza que cayó á los bonzos de Meaco y Frenojama, viendo que aquellos en cuyas manos se habia puesto el dar sentencia contra la ley de Dios la habian recibido, que de puro corridos ni osaban parecer en público ni tuvieron ánimo para tratar más del negocio; y por el contrario, no se puede decir el consuelo universal y alegría de todos los cristianos, viendo trocada su tristeza y afliccion en tanto gozo y contento.

Aquel caballero que se bautizó, pariente del virey Miojindono, que se llamó despues D. Sancho, vivia en una fortaleza ocho leguas de Meaco, que se decia Imori, que era la mejor y más principal de cuantas tenia Miojindono. Teníala á su cargo este caballero, por ser pariente suyo muy cercano. Residian en ella muchos caballeros principales y soldados, los cuales oyendo decir á D. Sancho lo que habia pasado en Meaco y cómo se habian bautizado aquellos dos bonzos á quien todos conocian y estimaban mucho, enviaron un recaudo al P. Gaspar Vilela, pidiéndole que si él no podia venir á la fortaleza, les enviase alguna persona que les predicase la ley de Dios, porque tenian deseo de oirla. Envió allá el Padre á Lorenzo con otro compañero, por estar él muy ocupado en Meaco con la mucha gente que cada dia se convertia. Detúvose Lorenzo en la fortaleza de Imori algunos dias predicando continuamente, y fué nuestro Señor servido, que se bautizaron 60 caballeros principales, y en la poblacion que estaba junto á ella casi 500 personas. Hízose luego una buena iglesia, á la cual acudian todos á rezar y oir los sermones.

Pasados algunos dias, dijo el bonzo Jamajicodono al P. Gaspar Vilela, que le parecia ser de importancia para muchas cosas, que el mismo Padre fuese á visitar al virey que estaba entónces una jornada más adelante de la fortaleza de Imori Recibióle el virey con mucha cortesía, agradeciéndole la visita; y holgó de oir una plática que se le hizo de la ley de Dios, y después dijo que le parecian muy bien las cosas de los cristianos, y que él los favoreceria siempre en Meaco.

Viniendo el Padre de camino visitó á los cristianos de Imori, que se consolaron mucho con su vista y con la Misa que les dijo en su nueva iglesia, y buenas nuevas que les dió de lo que habia respondido Miojindono su señor, y antes

de su partida bautizó en aquella fortaleza otros trece caballeros.

Fué de tanta importancia la conversion de los dos bonzos, que por su ejemplo se hicieron cristianos otros muchos gentiles en diversas partes, á donde salieron los HH. Lorenzo, Damian y Agustin con diversas ocasiones, y se edificaron cinco iglesias en cinco fortalezas, porque estos dos buenos cristianos convirtieron su diábolica ciencia con que antes servian al demonio, en un grande celo de la honra de Dios y de la salvacion de los japones. Para lo cual hicieron un libro, en el cual declaraban el principio y fundamento de todas las sectas del Japon y lo interior de ellas, para que todos echasen de ver su falsedad, y al cabo por remate del libro declaraban la ley de Dios y su verdad. De manera, que cualquiera persona leyendo lo uno y lo otro, conocia claramente el engaño en que vivia, y quedaba persuadido á hacerse cristiano.

Fué extraordinario el fruto que se hizo con este libro, por saber todos que le habian compuesto los dos bonzos que eran tan conocidos y estimados de todos los señores y caballeros, y por este medio cobró tambien particular estima la ley de Dios, no sólo acerca de los dos gobernadores del reino Miojindono y Dajandono, sino del mismo Cubuzama, porque yéndole á visitar un dia el P. Gaspar Vilela y suplicándole diese algun favor á los cristianos de Amanguchi, á los cuales el rey habia quitado su iglesia y no consentia que se juntasen á tratar cosas de su salvacion, lo hizo de muy buena gana, y escribió una carta al rey de Amanguchi como el Padre se la pidió, encargándole mucho que no hiciese mal tratamiento á los cristianos y que los dejase vivir en su ley, pues á nadie hacian agravio ni perjuicio. Sirvió esta carta para que de allí adelante no los persiguiese el rey descubiertamente como solia, y pudiesen vivir con alguna quietud y sosiego, y así convirtió Dios nuestro Señor todas las trazas que tomaron los bonzos para destruir la cristiandad de Meaco, en mayor confusion suya y acrecentamiento de los fieles y mayor estima de su ley acerca de todos.

Iba con esto la iglesia de Meaco cada dia en grande aumento, y para llevar este fruto adelante envió el P. Gaspar Vilela á pedir al P. Cosme de Torres algun sacerdote que le ayudase, porque siendo él solo, no podia acudir á tantas partes como pedian, y deseaban oir Misa y confesarse. Y el Padre vista su necesidad, se le envió como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO XXVII

Cómo se partió de Vocojiura el P. Cosme de Torres, y pasó á Cochinozu y á Tacaje.

Detuviéronse el P. Cosme de Torres y el Padre Luis Froes en el puerto de Vocojiura hasta que llegó el tiempo de partirse para la India los navíos que allí estaban. Y porque las cosas de aquel reino, aunque iban de bien en mejor, no estaban del todo pacíficas y quietas, pareció á los Padres que seria conveniente retirarse por entónces, por no irritar más á los gentiles contra el rey D. Bartolomé, ni á su padre contra la cristiandad. Con esta resolucion el P. Luis Froes se fué á la isla de Tacujima (que era de D. Antonio) á donde estaba el H. Juan Fernandez, y el P. Cosme de Torres se embarcó con los HH. Luis de Almeida y Jacome Gonzalez en un parao que le habia enviado D. Leon desde Jimabara. Llegado el Padre con sus compañeros, hospedólos en su casa el mismo D. Leon, aunque con peligro de incurrir por ello la indignacion de Chegandono, padre del rey de Arima; pero como él se preciaba tanto de buen cristiano como de buen caballero, todo lo pospuso.

Habia en esta ciudad como 800 cristianos, los cuales como supieron que el P. Cosme de Torres estaba en casa de D. Leon, venian á visitarle de noche, un dia unos y otro dia otros, por hacer menos ruido. Consolaba á todos el Padre y animábalos con la esperanza de que se acabarian presto aquellos trabajos. Tambien venian los niños y disputaban delante de él sobre la ley de Dios, haciendo el uno persona de gentil y otro de cristiano, porque estaban muy diestros y bien enseñados en estas disputas. No era pequeño alivio para la pena que el Padre traia de la destruccion de Vocojiura, ver la devocion de estos niños y la constancia y firmeza en la fe de los grandes. Pero aun este pequeño consuelo que recibian con su presencia aquellos afligidos cristianos, no quiso el demonio que le gozasen mucho, porque sabiendo los bonzos que estaba allí el Padre, venian de noche á apedrear la casa y decir mil blasfemias contra la ley de Dios. Sintió tanto D. Leon este descomedimiento de los bonzos, que estuvo determinado ir con sus criados y pegarles fuego en sus monasterios, si el P. Cosme de Torres no le fuera á la mano, poniéndole delante su peligro y el daño de todos aquellos cristianos.

Al fin viendo el Padre que el detenerse allí, sabiéndolo los bonzos, habia de ser ocasion de que afligiesen más á los cristianos, se pasó á la

isla de Tacaje, siete leguas más adelante, á la entrada del reino de Bungo, para desde allí con sus cartas y consejos animar y consolar aquella cristiandad de Arima y Omura. Desde Tacaje envió al H. Luis de Almeida á Bungo con órden que despachase luego á Damian y Agustin para el Meaco, á donde llegaron como queda dicho en el mes de Enero de 1564.

Mucho se holgó el rey de Bungo cuando supo que el P. Cosme de Torres estaba ya en su tierra, y escribió luego á su gobernador de Tacaje encomendándosele mucho, y dentro de pocos dias le envió con el H. Duarte de Silva dos provisiones, que cada una de ellas contenia tres puntos. El primero, que daba licencia á todos los de aquella isla, como la tenia dada á todos los de su reino, para que pudiesen recibir la ley de Dios. El segundo, que nadie pusiese impedimento á los que se hiciesen cristianos, porque seria castigado con grande rigor. El tercero, que él era contento y gustaba mucho de que se predicase para siempre la ley de Dios en sus reinos.

Con una de estas provisiones envió el P. Cosme de Torres al H. Duarte, para que predicase en otro pueblo de aquel reino llamado Cabajiri, que estaba en otra isla junto á aquella, y lo habian pedido con mucho deseo. Trabajó tanto este Hermano en los continuos sermones que hizo toda aquella cuaresma de 64, que de puro cansancio cayó en una muy grave enfermedad. Vino para curarle desde Bungo el H. Luis de Almeida, pero viendo que la enfermedad pasaba adelante y los remedios que le hacian aprovechaban poco, le llevó de Cabajiri á la isla de Tacaje, por el grande deseo que tuvo el Hermano de ver al P. Cosme de Torres y recibir su bendicion ántes de su muerte. Llevóle nuestro Señor para sí diez dias después que llegó á Tacaje, habiendo recibido los Santos Sacramentos con mucha devocion. Fué este Hermano de grande virtud y habia trabajado mucho con los cristianos de Bungo, y con el deseo que tenia de ayudar á sus prójimos, deprendió no sólo las letras del Japon, sino tambien las de la China, é hizo un arte en lengua del Japon y vocabularios muy copiosos, que fueron de grande utilidad para los que andaban en aquellas partes y para los que venian de la India.

Murió en este tiempo tambien Chegandono, padre de los reyes de Arima y Omura y perseguidor de los cristianos, y con su muerte quedó el hijo y rey de Arima con más libertad para favorecerlos. Envió luego un recaudo al P. Cosme de Torres á la isla de Tacaje, diciendo que gustaria de verle cuando pudiese llegarse á Cochinozu sin incomodidad. Estaba el Padre muy falto de salud cuando recibió el recaudo del rey de Arima, y por no caer en falta con él, envió al H. Luis de Almeida para que de su parte le visitase y dijese que en estando con alguna mejoría, se partiria luego para ver lo que Su Alteza mandaba.

Llegó el Hermano al puerto de Cochinozu, donde le recibieron el gobernador y los demás cristianos con grande alegría, pareciéndoles que nuestro Señor iba ya dando fin á sus trabajos. Estaba el rey en la ciudad de Arima una jornada más adelante. Holgóse mucho con el Hermano cuando llegó; contóle los trabajos que él y su hermano D. Bartolomé habian pasado, y últimamente le dijo que habia enviado á llamar al Padre, para rogarle que se tornase al puerto de Cochinozu, pues habia en él tantos cristianos, y que luego enviaria un criado suyo, para que le restituyesen sus casas y se tornase á edificar la iglesia, y que en acabando de pacificar su tierra, pensaba edificar otras muchas en ella.

Con este recaudo volvió el Hermano á Tacaje á tiempo que ya el Padre estaba mejor, y así pudo partirse luego para Cochinozu. No se puede decir el contento de aquellos cristianos, dando por bien empleados todos sus trabajos pasados por el consuelo y alegría presente. Dióse luego órden en aderezar la iglesia como antes estaba; pusieron tambien la cruz en su mismo lugar y sitio. Acabado esto, se comenzaron los sermones y pláticas, y con ellos se despertó y acrecentó la devocion de aquellos cristianos, y como era la primera vez que oian Misa, era tanto el gusto que tenian en asistir á ella, que en amaneciendo estaban ya todos en la iglesia esperando la hora en que el Padre habia de salir á decirla.

CAPÍTULO XXVIII

De lo que pasaron el P. Luis Froes y su compañero en las islas de Tacujima y de Iquizeuqui, y el castigo que hizo dar D. Antonio al bonzo de Firando.

Partido el P. Luis Froes del P. Cosme de Torres, tomó su camino para la isla de Tacujima, donde estaba el H. Juan Fernandez desde que vino de Vocojiura. Cuando los de Tacujima supieron que venia el Padre á estar en su isla, fué tanto su contento, que salieron á recibirle con muchas embarcaciones, y los que no las hallaron le estaban esperando en la playa. Venia entónces el Padre enfermo con algunas calenturas; en hallándose libre de ellas, comenzó á decir Misa á los cristianos, y el H. Juan Fernan-

dez á continuar sus sermones. Aprovechábanse tambien los cristianos de la ocasion que tenian, que se parecia bien en su vida y costumbres lo que nuestro Señor obraba en sus almas, porque era muy ordinario levantarse á media noche á rezar y meditar los misterios de la Pasion, gastando en este santo ejercicio hasta la mañana. Otros le comenzaban en anocheciendo y perseveraban en él hasta media noche, de manera que no estaba ménos llena de gente la iglesia de noche que de dia, porque venian de Firando y otras islas comarcanas cada dia muchos cristianos á visitar al Padre y confesarse con él. Pedíanle con grande humildad alguna cuenta bendita de las que habia traido de la India, y el que alcanzaba una se tenia por muy dichoso y rico, dejando en todos los demás una santa envidia.

Celebró en aquella isla el Padre la fiesta del santo Nacimiento, á la cual vinieron los cristianos de Firando, y D. Antonio envió sus hijos para que se hallasen en ella, porque él por sus precisas ocupaciones no pudo venir. No dejaba el demonio de impedir el fruto y consuelo de los cristianos por todas las vías que podia, porque pasada la fiesta, estando un cristiano derritiendo un poco de cera para hacer unas velas, saltó el fuego, y como los edificios son de madera, con el aire que hacia se encendió de tal manera, que se quemó toda la iglesia y sacristía y la casa en que el Padre vivia con otras doce ó quince casas de cristianos, y con grande dificultad se pudieron salvar los ornamentos y el recaudo para decir Misa; pero en sabiendo los cristianos de Firando y de las islas lo que habia pasado, acudieron luego y pusieron tanto cuidado, que en poco tiempo tornaron á edificar la iglesia y reparar todo lo que se habia quemado, porque la caridad y amor que unos á otros se tenian, les hacia sentir los trabajos de sus hermanos como si fueran propios.

Poco después sucedió otra cosa semejante en Firando, que con ocasion de cierta fiesta que hacian los gentiles en aquella ciudad, se quemaron algunas casas y entre ellas la iglesia, pero todos estos trabajos se llevaban con alegría viendo la devocion de aquellos cristianos, porque si mucha habian tenido en la fiesta del Nacimiento, muy mayor fué la que nuestro Señor les comunicó en el tiempo de la Cuaresma con los continuos sermones que tuvieron de la Pasion y de la Penitencia. Para celebrar los oficios de la Semana Santa se juntaron en Tacujima los cristianos de Firando y de otras partes; hicieron su monumento y encerraron el Santísimo Sacramento, y por la tarde acudieron á la iglesia muchos disciplinantes, fuera de la procesion que hubo á la noche, al modo que el año antes se habia hecho en el puerto de Vocojiura, porque los más de los cristianos que estuvieron en Tacujima se habian hallado el año antes en aquel puerto.

Pasada la Pascua, fué el H. Juan Fernandez á visitar la isla de Iquizeuqui, en la cual halló una mujer que pasaba de ochenta años, muy honrada y principal que habia ido en romería á muchos templos de ídolos, y los bonzos le habian dado un hábito de papel, sin otras muchas cédulas y escrituras que ellos suelen vender por mucho dinero, para asegurar la salvacion. Yendo, pues, el Hermano á visitar un cristiano enfermo, hallóse presente esta vieja por ser su parienta. Díjole el Hermano, si gustaria de oir algo de la otra vida; ella respondió que sí oiria de buena gana, pero que ser cristiana, no habia que tratar de ello. Comenzó el Hermano su plática, mostrándole con claras razones cuán falso era lo que Amida habia enseñado y escrito. Quedó con esto la mujer muy persuadida que no se podia salvar en aquella secta, y que habia vivido engañada hasta allí, y pidió que le enseñase el camino de la verdadera salvacion. Fuéla instruyendo el Hermano algunos dias y después la bautizó. Trujo luego todos sus papeles para que los quemase, pesándole mucho de haber gastado sus años y vida tan sin provecho, y deseando restaurar lo perdido, comenzó á servir á nuestro Señor con tanto fervor, que daba grande ejemplo á todos los demás cristianos, porque siendo de tanta edad, iba cada dia á la iglesia y rezaba 300 Ave Marías, y cada noche se levantaba dos ó tres veces á hacer oracion á nuestro Señor para que le perdonase su vida pasada.

Para que se vea la particular providencia que Dios tiene de los suyos y de castigar á los que algun tiempo los trujeron afligidos y atribulados, será bien que digamos lo que en este tiempo sucedió en Firando. Habia en aquella ciudad, como se ha dicho, un bonzo muy principal y rico y de grande autoridad, como entre nosotros lo seria un Obispo. Este bonzo era capital enemigo de los cristianos, y por su causa echaron la primera vez de Firando al P. Gaspar Vilela é hicieron pedazos algunas cruces. Estaba D. Antonio muy sentido y disgustado con el bonzo por estas cosas.

Ofreciósele al mismo tiempo cierta guerra al rey de Firando, en la cual hubo de ir D. Antonio por capitan general de su gente acompañando al mismo rey. Estando en la guerra, envió el bonzo á pedir á D. Antonio que le diese ciertas tierras para juntarlas con otras suyas. Respon-

dióle D. Antonio, que en ninguna manera se las daria. Tomó el bonzo esta respuesta por grande afrenta y mandó á sus criados, que pusiesen fuego á los sembrados de arroz que habia en aquellas tierras y quemasen las casas de los labradores que las cultivaban. Supo D. Antonio lo que pasaba, y dijo al rey, quejándose de aquel agravio, que ya no era tiempo de disimular más las maldades de aquel bonzo, y que si Su Alteza no le castigaba luego de manera que quedase satisfecho, él se partiria con su gente á hacerlo. El rey viendo la necesidad que tenia de D. Antonio, y que era su deudo y la persona más principal de su reino, aunque harto contra su voluntad, dijo que viese el castigo que le parecia se diese al bonzo, porque él le mandaria ejecutar. Acordándose entónces D. Antonio de lo pasado, y que por su causa habia sido desterrado el P. Gaspar Vilela de Firando, pidió al rey que desterrase al bonzo perpetuamente de todo el reino y repartiese sus tierras á otros, porque no le quedase esperanza de volver más á ellas. Todo se hizo á la letra como D. Antonio lo pidió con harta confusion y vergüenza de los bonzos, viendo ir desterrado al que tenian por su cabeza y superior, y no fué menor el alegría de los cristianos, por ver fuera de aquella tierra un tan grande enemigo de la ley de Dios y de todos los que la profesaban.

CAPÍTULO XXIX

Cómo vinieron de la India tres Padres, y lo que pasaron hasta entrar en Firando.

El rey de Firando, aunque en lo exterior contemporizaba con los portugueses y con la cristiandad por su interés que era mucho, en que viniesen á su puerto los navíos de la India, pero en lo interior de su corazon aborrecia la ley de Dios, y de ninguna manera consintiera cristianos en su tierra si no fuera por esta causa, y así en algunas ocasiones que se ofrecieron, siempre mostró su mala voluntad y poca aficion que tenia á los cristianos, y él fué uno de los que se conjuraron contra los reyes de Arima y Omura, y no consintió que los Padres de Vocojiura se recogiesen en Firando, aunque D. Antonio deseó de tenerlos allí; y á esta causa el P. Luis Froes y el H. Juan Fernandez se hubieron de pasar á la isla de Tacujima, que era del mismo D. Antonio, y el P. Cosme de Torres se recogió en la de Tacaje. Esta misma aversion á la ley de Dios tenian la reina y sus hijos y otros muchos señores principales de la tierra que iban con el gusto de su rey.

Y aúnque los Padres de la Compañía entendian esto, disimulaban con él lo mejor que podian, lo primero, porque aunque era verdad que el rey tenia esta mala voluntad á los cristianos, al fin pasaba con ellos y los dejaba vivir en su ley; lo segundo, porque habiendo en aquel reino tantos y tan buenos cristianos, ni se podian ni debian desamparar, sino procur r de conservarlos por todas vías; lo tercero, porque en el puerto de Firando habia buena comodidad para despachar las mercadurías por todo el Japon, y así gustaban los portugueses de venir á él y los Padres de conservar la benevolencia del rey.

Llegaron á esta sazon dos navíos de la China cerca de Firando, los cuales dieron noticia cómo en la nave *Santa Cruz*, que tambien llegaria presto, venian tres Padres de la India. Dió aviso el P. Luis Froes á los capitanes de estos navíos desde Tacujima, que importaba mucho al servicio de nuestro Señor, que no entrasen en el puerto de Firando sin que primero les concediese el rey algunas condiciones para el bien de aquella cristiandad. Los capitanes, como celosos de la honra de Dios, pararon con sus navíos dos leguas antes del puerto, y aunque los oficiales del rey les rogaron que entrasen, respondieron que no lo harian sin saber primero el gusto del P. Luis Froes, que estaba en Tacujima.

Viendo el rey lo que pasaba, envió á visitar al Padre dando algunas disculpas de lo pasado, y rogándole que tuviese por bien entrasen los navíos en su puerto. Envió entónces el Padre un recaudo á los capitanes, y con esto entraron. De ahí á pocos dias fueron á visitar al rey y suplicáronle diese licencia para que el Padre estuviese en Firando y se tornase á edificar la iglesia, porque ellos la querian hacer á su costa. Concedióselo el rey al principio, pero después andúvoselo dilatando con falsas promesas y esperanzas, hasta que llegó la nave *Santa Cruz*, víspera de la Asuncion de nuestra Señora, del año de 1564, en la cual venian los PP. Melchor de Figueredo, Baltasar de Acosta y Juan Cabral. Procuró el P. Luis Froes que la nao no entrase en el puerto hasta que el rey cumpliese lo que tantas veces habia ofrecido, y aunque el capitan holgó de ello, pero algunos particulares que venian cansados de la mar, atendiendo más á su particular que al servicio de nuestro Señor, sacaron á tierra parte de sus mercadurías, y por justo juicio de Dios las perdieron, porque se pegó fuego en la casa donde las habian depositado, en lo cual perdieron más de 12.000 ducados.

Retiróse el capitan con su nao dos leguas del puerto, y envió á decir al rey que no entraria en

él hasta que Su Alteza cumpliese lo que á sus compañeros habia ofrecido acerca de la iglesia, porque no tenian donde oir Misa y hacer lo demás que debian como cristianos. Al fin viéndose apretado el rey, lo hubo de conceder más por fuerza que de grado.

Habida la licencia, pareció á los capitanes de los navíos y á los cristianos de la tierra, que pues el P. Gaspar Vilela habia sido echado de Firando con ignominia y nota, era justo que entrasen entónces los Padres con alguna demostracion de alegría. y para este fin aderezaron sus navíos con todas las banderas y gallardetes y artillería que suelen tener. Estaban los cristianos en la playa con buen órden esperando á los Padres, y al desembarcar hicieron los navíos su salva, disparando toda la artillería y tocando los instrumentos músicos de chirimias y sacabuches. Era tanto el contento y alegría de los cristianos, que andaban por las calles hombres, mujeres y niños levantadas las manos y dando gracias á nuestro Señor de ver restituidos los Padres en su tierra y cumplido lo que tanto habian deseado.

Fueron los Padres á visitar al rey acompañados de los capitanes y de D. Antonio y sus hijos y otra gente principal. Diéronle las gracias de la merced que les hacia en darles licencia para residir en su tierra. Recibiólos con buen rostro, que lo tuvieron en mucho por saber su poco gusto y aficion. Desde allí fueron á casa de D. Antonio, el cual los regaló á todos con grande amor y señales de mucho contento.

Tratóse luego de edificar la iglesia y casa para los Padres. Entre tanto que la obra se acababa, el P. Juan Cabral se fué á la isla de Tacujima á decir Misa á los cristianos; los PP. Luis Froes y Baltasar de Acosta estuvieron en el puerto dentro de los navíos para confesar la gente que venia en ellos, y el P. Melchor de Figueredo partió á Cochinozu á verse con el P. Cosme de Torres y darle los despachos que traia de la India, para que como Superior de todos desde allí diese órden á los demás Padres lo que cada uno habia de hacer. Solo el H. Juan Fernandez que tenia cuidado del edificio estaba en la ciudad de Firando, y con su mucho cuidado y diligencia y el deseo que tenian los cristianos de verle acabado para que residiesen los Padres allí de asiento, fué nuestro Señor servido que á los 8 de Diciembre de 64, dia de la Concepcion de la Vírgen nuestra Señora, dijo Misa en la nueva iglesia el P. Baltasar de Acosta, y él mismo predicó con grande consuelo de todos los cristianos, y desde aquel dia estuvieron los Padres en su casa.

CAPÍTULO XXX

De cómo repartió el P. Cosme de Torres los Padres, y envió al Meaco al P. Luis Froes y al H. Luis de Almeida.

Con estos Padres que últimamente habian venido de la India, estaban ya en Japon siete sacerdotes y ocho Hermanos. El P. Cosme de Torres, que era Superior de todos, el P. Gaspar Vilela, el P. Luis Froes, el P. Juan Bautista Montano, el P. Baltasar de Acosta, el P. Juan Cabral, y el P. Melchor de Figueredo y los Hermanos Juan Fernandez, Luis de Almeida, Jacome Gonzalez y Arias Sanchez y otros cuatro naturales del Japon, que se habian criado en casa y recibido por Hermanos de la Compañía, cuyos nombres eran: Lorenzo, Damian, Agustin y Melchor, porque el otro mozo Paulo, que tambien tenia los mismos deseos, murió en Bungo después que volvió de Cochinozu, cuando se levantó la conjuracion en los reinos de Arima y Omura.

Viendo, pues, el P. Cosme de Torres la gente que tenia, aunque era poca para acudir á todas las necesidades, procuró de remediar las más urgentes y precisas, como era la de Meaco, para la cual señaló al P. Luis Froes por compañero del P. Gaspar Vilela, y al H. Luis de Almeida dió órden que llegase al Meaco con el mismo P. Luis Froes, y le trujese relacion del estado que tenia la cristiandad en aquellas partes. Al P. Baltasar de Acosta dejó con los cristianos de Firando, y al P. Juan Cabral encomendó el cuidado de la isla de Tacujima y otras comarcanas, y al P. Juan Bautista la casa é iglesia de Bungo como antes la tenia. Los dos PP. Cosme de Torres y Melchor de Figueredo se quedaron en el puerto de Cochinozu, para acudir desde allí á los cristianos de Jimabara y á los demás que habia en el reino de Arima, entretanto que se acababan de sosegar del todo las cosas de Omura.

Partieron de Bungo para el Meaco el P. Luis Froes y el H. Luis de Almeida á los últimos de Diciembre de 64, y aunque con algunos trabajos que se ofrecieron en el camino, al fin llegaron al Sacay á los últimos de Enero del año de 1565. Recibiólos en su casa Sancho como hacia á todos los de la Compañía que por allí pasaban, y para esto tenia unos muy buenos aposentos dentro del sitio de su casa, aunque algo apartados de su habitacion, porque los hombres ricos y principales acostumbran tener algunas piezas de respeto que sólo sirven para huéspedes. Vi-

nieron luego su mujer é hijos de Sancho á visitar al Padre, que en su hábito y crianza parecian mujer é hijos de algun príncipe. Tenia el H. Luis de Almeida necesidad de comprar algunas cosas en aquella ciudad para enviarlas á Bungo, y así por esta causa como por una grave enfermedad que luego le sucedió, se hubo de detener en aquella casa algunos dias, mas el P. Luis Froes, con el grande deseo qué llevaba de verse con el P. Gaspar Vilela, partió luego el dia siguiente para la ciudad de Meaco en compañía de tres cristianos y otro hombre gentil que habia venido desde Bungo en la misma embarcacion. Era este hombre natural de un lugar llamado Osaca, donde llegaron el mismo dia que partieron de Sacay, y aunque el Padre habia tomado posada en el meson, este gentil, que era hombre honrado, le llevó á su casa por la buena compañía que habia traido todo el camino.

Era señor de Osaca un bonzo muy rico y poderoso, pero grande enemigo de la ley de Dios y del P. Gaspar Vilela, porque la predicaba. Estando reposando el Padre á media noche, oyó un grande ruido y alboroto en toda la ciudad, y mirando lo que era, vió que se habia encendido fuego en la fortaleza, el cual con un recio viento que corria fué creciendo de manera, que dentro de tres ó cuatro horas se quemó toda la fortaleza de Osaca y otros monasterios, en los cuales tenia el bonzo recogida grande parte de su riqueza; quemáronse tambien 900 casas y 100 personas. Andaba la gente por las calles buscando donde recogerse con su hato; los tres cristianos que venian con el Padre, sacaron con tiempo dos cajas en que traia los ornamentos y los demás aderezos necesarios para decir Misa, y pusiéronlos fuera de la ciudad en una sierra.

Hallóse muy atajado el hombre que tenia al Padre en su casa, porque como era honrado y principal, recogiéronse á ella muchas señoras y gente de la ciudad, y fuéle forzoso decir al Padre que le perdonase, porque tenia necesidad de su aposento para darle á personas á quien tenia precisas obligaciones de amistad y deudo. Anduvieron á buscar donde estuviese el Padre aquella noche, y al fin uno de aquellos cristianos con otro hombre gentil conocido suyo, le llevaron á casa de una mujer honrada que vivia en frente de la fortaleza, donde le escondieron en un aposentillo alto, que era bien estrecho, y porque venian cada hora criados del bonzo con sus armas á visitar las casas para ver si habia algunos extranjeros ó enemigos que hubiesen pegado el fuego, quitaron la escalera por donde habia subido.

Pusieron el dia siguiente muchas guardias en toda la ciudad, y en frente de la casa donde estaba el Padre escondido habia más de 300 arcabuceros. La pobre mujer en cuya casa el Padre se habia recogido, comenzó á temer diciendo que no podia tener en su casa gente forastera, porque si en la ciudad se entendiese, le vendria mucho daño. Preguntó el Padre á los tres cristianos si podria ir al Meaco ó volver á Sacay, pero á todos parecia imposible, hasta que diesen lugar para ello las guardas que estaban puestas. Al fin viendo la afliccion de aquella mujer, se determinaron los cristianos de sacar al Padre antes que amaneciese fuera de la ciudad, donde el peligro seria menor. Salieron todos juntos por una puerta, en la cual habia un postigo abierto, llevando al Padre en medio, y como eran personas conocidas y ninguno llevaba armas, aunque pasaron entre muchos soldados nadie reparó en ellos.

El gentil que primero recibió al Padre en su casa, ya que no pudo tenerlo en ella, dió órden cómo su hato se llevase á Meaco y él mismo fué acompañando al Padre más de media legua, y fué harta causa para que ni las guardas ni los soldados reparasen en el Padre viéndole ir en compañía del gentil, que era muy conocido en la ciudad. Salido el Padre y sus compañeros de Osaca, caminaron todo aquel dia por unos campos muy llanos, pero de tanta nieve, que no podian dar paso, y así hubieron de torcer el camino hacia un rio, en el cual hallaron un parao que los llevó hasta Meaco, á donde llegaron á los últimos de Enero de 65.

Grande fué el consuelo y alegría que recibió el P. Gaspar Vilela con la venida del P. Luis Froes que tanto habia deseado. Estaba el buen P. Gaspar, con tener poco más de cuarenta y dos años, tan blanco y cano, como si fuera de ochenta, con los muchos trabajos de frio y necesidad que habia pasado en aquella tierra. Sabia muy bien la lengua de aquella ciudad, que era la más cortesana y más propia que se hablaba en todo Japon, y predicaba y confesaba en ella, y para consuelo y provecho de los cristianos, habia trasladado algunos libros devotos, y entónces estaba haciendo el *Flos sanctorum*.

CAPÍTULO XXXI

Cómo el P. Gaspar Vilela y el P. Luis Froes fueron á visitar al Cubuzama, y se celebró en la ciudad de Meaco el oficio de la Semana Santa.

Cuando el P. Luis Froes llegó á Meaco á los últimos del mes de Enero, era el principio del año, segun la cuenta de los japones, cuando to-

dos los señores tienen por costumbre de visitar al Cubuzama y al Dayri con sus presentes. Procuraba tambien el P. Gaspar Vilela visitar cada año al Cubuzama, favoreciéndole en esto algunos caballeros de su casa para quedar debajo de su proteccion y amparo, y que los gentiles tuviesen alguna estima de la ley de Dios, y por la misericordia del Señor, siempre el Cubuzama le habia dado muy grata audiencia haciéndole aún más honra que á sus bonzos, y porque los japones suelen estimar las personas por lo que ven de fuera, cuando el Padre iba á visitarle, llevaba de ordinario puesta su sobrepelliz y estola, y esta vez que fueron entrambos Padres, llevó una capa de iglesia que tenia la capilla de brocado, y la habia traido de la India el P. Luis Froes para el servicio de la iglesia. Fueron los dos Padres acompañados de 15 ó 20 cristianos honrados desde su casa hasta los palacios del Cubuzama, que seria un buen cuarto de legua, y todo por una calle muy derecha. Eran estos palacios por una parte muy fuertes y por otra muy vistosos, estaban cercados de un foso muy hondo y lleno de agua, el cual se pasaba por una puente levadiza. Dentro de los mismos palacios habia muy frescos jardines sembrados de diversas flores de muchos y varios colores, y no era menor la diversidad que habia de árboles, así de los que se crian en Europa como de otros muy diferentes y propios de aquella tierra. La hermosura y riqueza de las piezas y aposentos, su limpieza y aderezo era admirable, porque las paredes estaban cubiertas ó de ricas colgaduras de paños de oro ó de muy graciosas pinturas.

Cuando llegaron los Padres á palacio hallaron en la puerta como 400 soldados con sus armas, que eran de la guarda. En los patios de más adentro habia muchos señores y caballeros, y todos les hacian grande honra y cortesía, y algunos los acompañaban hasta la primera sala, donde estuvieron esperando un poco, y de allí los llevaron á otras cuadras más adentro. En una de ellas estaba el Cubuzama representando su grandeza y majestad; hiciéronle su comedimiento los Padres, y presentáronle un espejo grande de cristal y un poco de almizcle y otras cosillas que aunque eran de poco precio, las estimó él mucho por ser nuevas y traidas de la India. Recibiólos con mucha benignidad, y agradecióles el presente que le habian hecho. Salidos los Padres de la cuadra á la primera sala, vino un caballero de la cámara del Cubuzama, diciendo que su señor deseaba ver aquella capa que el Padre traia puesta por ser cosa tan nueva. Lleváronsela, y pasada media hora, la tornaron á traer. Desde aquella sala los llevó aquel caballero á otras cuadras como las primeras donde estaba la reina, abrieron las puertas, y desde allí le hicieron los Padres su comedimiento. Ultimamente los llevaron á otro cuarto del palacio donde estaba la madre del Cubuzama acompañada de muchas señoras como tambien lo estaba la reina, y todas con tanta modestia y silencio, que parecia una congregacion de religiosas. Acabadas estas visitas, el dia siguiente partió el P. Gaspar Vilela á visitar á Miojindono y á Dajandono, que estaban en dos fortalezas suyas cerca de Meaco, y para confesar y decir Misa de camino á los cristianos de Imori y de otras forlezas.

Entretanto que el P. Gaspar Vilela hizo esta ausencia, vinieron á la iglesia de Meaco algunos criados del Cubuzama á oir sermón, y entre ellos cuatro caballeros principales, los cuales habiendo oido siete ú ocho dias de sermon continuadamente, pidieron el santo Bautismo con grande desengaño de sus errores pasados y mucha estima de la ley de Dios y deseo de manifestarla en sus tierras.

El modo que se tenia en catequizar á estos cristianos del Meaco, por ser de tan agudos y vivos ingenios, era este. Lo primero, se les declaraba con razones eficaces cómo habia un Criador del cielo y de la tierra, por cuya sabiduría y providencia se gobernaban todas las cosas. Lo segundo, cómo el alma era inmortal, y que apartada del cuerpo habia de vivir para siempre. Acerca de estos dos puntos solian ellos proponer muchas dudas y dificultades, á las cuales procuraban los Padres dar entera satisfaccion. Lo tercero, se les mostraba la falsedad y mentiras que enseñaban las sectas del Japon y en particular se procuraba impugnar aquella secta en que cada uno vivia. Tras esto se les predicaba la caida de los ángeles, el pecado de los primeros hombres y la conveniencia que hubo para su remedio en hacerse Dios hombre; prosiguiendo los misterios de la Encarnacion, Pasion y muerte de Cristo nuestro Señor y de su Resurreccion, los misterios de la cruz, el juicio final, penas del infierno y purgatorio y la gloria de los bienaventurados, y últimamente se les declaraban antes del bautismo los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y el buen uso de los Sacramentos.

Eran estos cristianos tan deseosos de saber de raíz lo que tocaba á su salvacion, que muchos de ellos escribian las pláticas que oian, y despues volvian á conferir lo que habian escrito, para ver si era lo mismo que les enseñaron. De estos cuatro caballeros que se bautizaron en la iglesia de Meaco, el uno tenia á su cargo la fortaleza de Nara, que era la principal que tenia Dajandono.

El segundo era señor de la fortaleza de Tochi, y por ser primo del Cubuzama le llamaban Alteza. El tercero era señor de la fortaleza de Sava, que se llamó D. Francisco, que aunque mozo tenia grande celo de la honra de Dios. Halláronse á la sazon estos caballeros en Meaco, porque habian ido á visitar al Cubuzama, conforme á la costumbre de su año nuevo, y volvieron á sus fortalezas más ricos y mejorados de lo que ellos pensaban.

Vuelto el P. Gaspar Vilela á Meaco, repartieron los sermones de la cuaresma como les pareció que serian para más provecho de los cristianos. Los domingos, sobre los Evangelios. Los miércoles, de la Penitencia. Los juéves, del Santísimo Sacramento. Y los viérnes, de la Pasion; y por las tardes se tornaba á resumir el sermon de la mañana con algunas cosas que siempre se añadian para mover más á devocion. Los viérnes en la tarde después de repetido el sermon se decia la letanía, y tras ella tomaban todos disciplina ó en la iglesia ó en sus casas, conforme á la comodidad que cada uno tenia, con lo cual crecia en todos el fervor y la devocion; pero mucho más se echó de ver esto en la Semana Santa, porque como era la primera vez que se celebraban aquellos misterios en Meaco, de propósito vinieron á hallarse presentes muchos cristianos de 10 y 20 leguas, y entre ellos muchos caballeros nobles con sus mujeres é hijos. Hicieron dentro de la capilla de la iglesia un sepulcro muy bien aderezado donde se encerró el Santísimo Sacramento. Hubo toda aquella tarde muchos disciplinantes con túnicas y coronas de espinas en la cabeza, y á la noche otra muy solemne procesion de los mismos, precediendo el sermon de la Pasion para exhortarlos á que tomasen aquella penitencia con deseo de imitar y acompañar á Cristo nuestro Señor en sus trabajos y dolores. Hubo tambien el Juéves Santo y el domingo de Pascua muchas confesiones y comuniones.

Tenian por costumbre los cristianos de Meaco para mostrar su caridad y union, dar de comer en estas Pascuas á los cristianos que venian de fuera; y así comieron aquel dia en casa muchos caballeros y cristianos de los lugares y fortalezas, los cuales estuvieron hasta la tarde platicando de cosas de nuestro Señor. Oian los gentiles en la calle el rumor de la gente que estaba en la iglesia y pidieron algunos de ellos que les abriesen la puerta para ver el altar de los cristianos, que estaba aquel dia muy bien aderezado. Abrióseles la puerta y casi todas las mujeres y hombres que entraron, aunque eran gentiles, se hincaban de rodillas, y levantadas las manos adoraban la imágen de Cristo nuestro Señor, y hacian reverencia á las demás imágenes que estaban en el altar, como lo veian hacer á los cristianos.

Convirtiéronse aquella cuaresma en la iglesia de Meaco muchos gentiles por los sermones que continuamente se predicaban, y el buen ejemplo que los cristianos daban con su vida. Entre los demás fué un caballero principal del reino de Bomi que se llamaba Dario, hermano menor de otro caballero que se decia Vatadono, que era el más principal señor de aquel reino, de los cuales adelante haremos larga mencion.

CAPÍTULO XXXII

De lo que sucedió al H. Luis de Almeida el tiempo que estuvo en Sacay y llegó á Meaco.

En el cap. XXX se dijo cómo el H. Luis de Almeida hubo de quedar en Sacay por algunos dias curándose de la enfermedad que allí le dió. Tenian tanto cuidado de su salud en casa de Sancho, como si fuera su propio hijo. Visitábale un médico que era cristiano y muy docto en sus letras y experimentado en las medicinas de aquella tierra, y así en pocos dias estuvo sano; en tanto que convalecia y tomaba fuerzas para ir á Meaco, hizo algunas pláticas á los cristianos y gentiles, y bautizó ocho personas.

Tenia este caballero Sancho una hija que se decia Mónica, hermana de Vicente, y bien semejante á él en la virtud y devocion. Esta doncella vino un dia á hablar al Hermano acompañada con una dueña honrada que era aya suya, y díjole cómo después que era cristiana le habia dado nuestro Señor deseo de servirle con perpetua castidad, y así estaba determinada de no casarse, sino de cortarse los cabellos, que entre los japones era lo mismo que acá entrar en religion, y queria pedir á su padre que se sirviese de ella toda su vida como de una de sus esclavas; mas que ahora le habian dicho que trataba de casarla con un tio suyo que era gentil, en lo cual ella no consentiria por ningun respeto, aunque hubiese de perder la vida; por tanto, le pedia diese cuenta á su padre de la voluntad y deseo que tenia, antes que pasase más adelante con aquel negocio. Alabóle el Hermano su buen propósito, y díjole el grande merecimiento que tendria delante de nuestro Señor por el estado que escogia, pero que era bien mirar primero los peligros que podia tener en su edad tan tierna, para perseverar en lo que comenzaba. A esto respondió Mónica, que ella estaba muy confiada en nuestro Señor, que así como le habia dado aquel

deseo, le daria su gracia para cumplirle, y que con este intento se habia acostumbrado á ayunar tres dias arreo, sin comer ni beber cosa alguna, y á tener cada dia algunas horas señaladas para meditar la Pasion de Cristo; y con estos y otros santos ejercicios que tenia, se hallaba con grande ánimo y fortaleza para servir á nuestro Señor toda la vida en este estado.

Viendo el hermano la voluntad de Mónica, tan firme y constante, dió cuenta de lo que pasaba á Sancho su padre, declarándole juntamente que no la podia casar con su tio, así por ser gentil y muy aficionado al culto de sus ídolos, como por ser pariente tan cercano y tan contra la voluntad de su hija. Hallóse Sancho algo confuso con este recaudo de su hija, por estar el negocio ya publicado y parecerle que saliéndose afuera quebraba su palabra; pero dijo al Hermano que si en tratar de este casamiento habia algo contra la ley de Dios, él lo pospondria todo y buscaria medios para deshacerle. Con esto quedó Mónica consolada, y suplicaba continuamente á nuestro Señor, que descubriese á su padre algun camino con que pudiese salir de aquel negocio sin afrenta suya.

Llegábase ya el tiempo de partir el Hermano para Meaco; despidióse de Sancho y de sus hijos y de los cristianos que le fueron acompañando hasta un rio donde se habia de embarcar, para tomar desde allí el camino hácia la fortaleza de Imori, donde pensaba hallar al P. Gaspar Vilela. En el mismo rio halló dos paraos que habia enviado el principal caballero de la fortaleza, que tambien se decia D. Sancho; en uno de ellos venia el hijo mayor de este caballero, que seria de trece años, que en su traje y crianza descubria bien la calidad de su persona. Dió al Hermano un recaudo de parte de su padre, diciendo que le perdonase no venir él mismo á recibirle por tener al P. Gaspar Vilela por su huésped y no dejarle solo (habia venido el Padre como queda dicho desde Meaco, para visitar á Miojindono y Dajandono, y confesar de camino y decir Misa á los cristianos de aquella y de otras fortalezas) y llegaron á puesta del sol al pié de la fortaleza de Imori, á la cual subieron por una sierra llena de muy altos y hermosos cedros.

Recibiéronle el P. Gaspar Vilela y D. Sancho, con mucha alegría. Detúvose aquí el Hermano algunos dias ayudando con sus pláticas y sermones de la Penitencia á los que se aparejaban para las confesiones que el Padre iba haciendo. Era grande consuelo para entrambos ver tantos caballeros como acudian á los sermones, vestidos todos de seda, con sus espadas y dagas guarnecidas de oro, y muchos de ellos de veinticuatro ó veinticinco años, y otros aun de ménos edad, y con ser tan nobles y principales, era tanta la reverencia con que estaban delante del P. Gaspar Vilela, como pudieran estar delante de su rey.

Junto á esta fortaleza y al pié de ella habia una isla de media legua que se decia Sanga, cercada toda de un brazo de mar, la cual era del mismo D. Sancho. Vivian en ella muchos cristianos criados y vasallos suyos, los cuales tenian allí otra iglesia donde el P. Gaspar Vilela les dijo Misa y el Hermano predicó algunos sermones; de aquí se partió el H. Luis de Almeida para Meaco, y el Padre á visitar los cristianos de las otras fortalezas para volver luego á Meaco á tener allí la cuaresma.

CAPÍTULO XXXIII

De lo más que pasó el H. Luis de Almeida en las partes de Meaco hasta que volvió á Bungo.

Detúvose el H. Luis de Almeida con los Padres en Meaco toda la cuaresma y Semana Santa, y pasada la Pascua, á los primeros de Abril de 65 partió de aquella ciudad en compañía del H. Lorenzo, para llevarle consigo á Bungo, porque andaba muy falto de salud en aquella tierra con los continuos trabajos que habia tenido. Fueron entrambos de camino por las fortalezas donde habia cristianos para dar cuenta de todo al P. Cosme de Torres, como se lo habia encomendado, y porque á la ida de Meaco habia visitado á los que estaban en la fortaleza de Imori; fuese entónces derecho á la fortaleza de Nara, que era de Dajandono y una de las hermosas y fuertes que habia en Japon.

Tomó Dajandono para sitio de esta fortaleza una montaña muy alta, y cortóla de manera que de las mismas peñas dejó hechas muchas torres, y en medio un grande y espacioso campo, en el cual hizo que muchos caballeros principales que tenia por vasallos y de quien él se fiaba, edificasen sus casas, y como deseaban darle gusto y llevar cada uno ventaja al otro, hicieron muchos y muy vistosos edificios; pero á todos hacian ventaja los palacios que el mismo Dajandono habia edificado para sí, los cuales eran de cedro muy oloroso y las paredes de muy graciosas pinturas, y adonde faltaba la pintura, todo lo que se parecia, estaba cubierto de oro. Adornaban este edificio los pilares en que se sustentaba, que eran unas columnas de metal muy bien labrado, con las cornisas y pedestales sobredorados. Estaba esta fortaleza cercada de un ancho y fuerte muro, cuyas paredes por dentro y fuera eran tan blancas como si fueran de un papel muy bruñido. Visitó el Hermano á un caballero principal

que era cristiano y tenia á cargo esta fortaleza con algunos otros que se habian bautizado en Meaco. De esta fortaleza pasó á la de Tochi, que está cinco leguas más adelante de la de Nara, en la cual residia el primo del Cubuzama con otros muchos caballeros principales, de los cuales muchos eran ya cristianos; detúvose aquí el Hermano tres dias, porque se lo pidieron para predicarles y responderles á las dudas que tenian.

De la fortaleza de Tochi pasó á la de Sava, que estaba 20 leguas de Meaco, en una sierra tan alta, que parecia á los que estaban en ella hallarse en la media region del aire. Era muy apacible su vista, porque desde lo alto se descubrian más de 15 leguas de sierra llana. Media legua en contorno de la fortaleza, estaba toda la sierra cercada de pinos, cedros y cipreses, que hacian aquel sitio muy fresco y apacible y de mucho entretenimiento y recreacion, con la caza de diversos animales que se criaban en aquel monte.

Dos leguas antes de llegar á la fortaleza encontraron los Hermanos 15 ó 20 hombres que enviaba D. Francisco, señor de la fortaleza, para que acompañasen á los Hermanos, teniendo noticia de su venida.

Llegaron á la fortaleza adonde los recibieron con su acostumbrada caridad los cristianos, porque D. Francisco pensando de encontrarlos en el camino, habia salido á caza con 20 caballeros y vino algo tarde con un puerco montés muy grande que habia muerto; y en apeándose, la primera cosa que él y sus caballeros hicieron fué ir á la iglesia que allí tenian á hacer oracion; y luego entraron á ver á los Hermanos que estaban aposentados junto á la misma iglesia, dándoles las gracias de la visita que le hacian. Era este caballero de muchas partes y gracias naturales, alto y bien dispuesto, de grandes fuerzas y mucha destreza en las armas; pero lo que más ennoblecia su persona y hacia que todos le amasen, era su grande virtud; porque con haber tan poco tiempo que era cristiano, su devocion y celo de la honra de Dios era tanto, que donde quiera que se hallaba, sus pláticas eran de esto. Estúvole oyendo el H. Luis de Almeida una vez que estaba hablando con sus criados, y decíales: Qué servicio puede hacer á su señor el que no es cristiano, y quién se puede fiar de quien no teme ni reconoce á Dios; y así, ni tengo por hombre al que no es cristiano, ni deseo tratar con él, ni servirme de él.

Estando el Hermano en aquella fortaleza, ofreciósele á D. Francisco necesidad de llegarse á otra cerca de la suya, para hacer ciertas paces entre unos caballeros; y como no perdia ocasion en que pudiese tratar de la ley de Dios, acabadas las paces, les dijo tantas cosas de la ceguedad é ignorancia en que vivian, que los persuadió á que oyesen sermon y se hiciesen cristianos; y por esta causa se hubo de detener allí el Hermano otros seis ú ocho dias más. Decia algunas veces este caballero, que deseaba poder estar en muchas partes para hallarse adonde él sabia que podia hacer provecho. Otra vez con este mismo celo convirtió á nuestra santa fe á otro caballero vecino suyo con toda su casa; en lo cual se echa bien de ver, cómo reparte el Señor sus dones, sin aceptacion de personas, comunicando á un caballero mozo, soldado y gentilhombre, tanto celo de su honra y de la salvacion de las almas, como si fuera religioso que tuviera profesion de ello.

De esta fortaleza tomaron los Hermanor su camino para Sacay, donde se habian de embarcar para Bungo. Envió D. Francisco 24 soldados para que los sacasen de algunos pasos peligrosos, y después los acompañaron cuatro de ellos hasta el Sacay, que eran 35 leguas, haciéndoles siempre la costa los criados de D. Francisco, porque se lo habia mandado su señor y que no consintiesen otra cosa. Llegados á Sacay, los hospedó Sancho con el amor que siempre, y con grande alegría suya y de sus hijos, y particularmente de Mónica, porque sin faltar su padre á lo que habia tratado antes, se habia desbaratado su casamiento, y ella quedaba libre para servir á nuestro Señor como deseaba.

El médico que habia curado al Hermano en su enfermedad, deseaba emplearse todo en el servicio del Señor y dejar el mundo; y pareciéndole que entre sus naturales tendria muchos impedimentos para ello, determinó irse á Bungo en compañía del Hermano, á donde llegaron con próspero viaje y sin peligro alguno á los últimos de Mayo de 1565.

CAPÍTULO XXXIV

De lo que pasó en Bungo y Jimabara después que volvió de Meaco el H. Luis de Almeida con su compañero.

Llegados de Meaco á Bungo los Hermanos Luis de Almeida y Lorenzo, fueron á visitar al rey que estaba en la ciudad de Vosuqui, que era muy fresca y cerca del mar cinco ó seis leguas de Funay. Holgóse mucho el rey con las buenas nuevas que le contaron de la cristiandad de Meaco, porque aunque era gentil tenia grande estima de la ley de Dios y aficion á los cristianos, y se holgaba de todo su bien y aumento. Con ocasion de haber pasado el rey su corte aquel verano á

Vosuqui, se habian venido á vivir allí muchos caballeros cristianos que siempre le acompañaban, aunque estaban con harto desconsuelo por no tener iglesia ni quien les predicase. Dió el H. Luis de Almeida cuenta de esto al rey, y pareciéndole justo el sentimiento de aquellos caballeros, dió luego un muy buen sitio cerca de su fortaleza y del mar, para que se edificase iglesia y casa para los Padres, y ofreció todo lo necesario para el edificio y los que allí residiesen. Dió el Hermano al rey las gracias por la merced que les hacia, y partióse para Cochinozu, donde estaba el P. Cosme de Torres á darle cuenta de esto y de lo que habia hecho en las partes de Meaco.

Cuando llegaron los Hermanos al puerto, hallaron que era ido el Padre á confesar á los cristianos de Jimabara, porque se lo habian pedido con mucha instancia, y así hubieron de pasar allá. Recibiólos el Padre con sus entrañas de piedad y con particular consuelo en saber el aumento de aquella cristiandad. Todo el tiempo que se detuvieron en Jimabara hubo sermon cada dia, porque los Hermanos predicaban el uno por la mañana y el otro por la tarde; y el Padre confesaba hasta que cumplió con todos los cristianos de aquella ciudad, que pasaban de 1.200 con los que se bautizaron aquellos dias. Estando el Padre en esta ciudad, sucedió una cosa en que se descubrió bien la devocion y obediencia de aquellos cristianos.

Vinieron á Jimabara unos gentiles de otro lugar con sus danzas y fiestas, como ellos las acostumbran, y pareciéndoles que darian gusto á los cristianos, entraron en la iglesia con estas danzas. Los cristianos, por pagarles y agradecerles la buena vecindad, fueron otro dia al lugar de los gentiles con otra danza, cantando muchas letras en alabanza de la Vírgen y de Cristo nuestro Señor. Supo el Padre lo que pasaba, y mandó que cuando volviesen, les cerrasen la puerta de la iglesia, porque habian ido con danzas al pueblo de los gentiles. El dia siguiente por la mañana cuando los cristianos vinieron á la iglesia y hallaron que se habia dicho la Misa, y las puertas estaban cerradas y que no se abrian por su respeto, echando de ver su culpa por esta demostracion que el Padre habia hecho, todos juntos, así como habian ido en la danza, se vistieron sus túnicas, y con las disciplinas vinieron en procesion hasta la puerta de la iglesia, derramando muchas lágrimas de sus ojos y sangre de sus espaldas.

Mandó entónces el Padre que les abriesen la puerta y ellos entraron prosiguiendo su disciplina, hasta que el Padre mandó que cesasen. Hízoles con esta ocasion una plática, declarándoles cuánto importaba huir, no sólo de lo que era malo claramente, sino tambien de lo que tenia apariencia de mal, y que aunque él estaba enterado y satisfecho de que su intento no habia sido malo en hacer aquella fiesta á los gentiles, pero que era justo entendiesen el peligro á que se ponian en comunicar con ellos en cosas semejantes. Confesados los cristianos de Jimabara, dejó allí el P. Cosme de Torres al H. Arias Sanchez, para que acabase de instruir algunos que pedian el santo Bautismo, y él se volvió al puerto de Cochinozu con los Hermanos Luis de Almeida y Lorenzo. Estando en aquel puerto le pareció que fuesen los dos Hermanos al puerto de Facunda, que era del reino de Omura, porque habian llegado allí unos navíos de la India, y con esta ocasion podian saber el estado y disposicion en que tenia sus negocios el rey D. Bartolomé.

Fué necesario hacer este camino por Jimabara, porque pocos dias después de venido el Padre de aquella ciudad murió D. Leon, y no sin sospecha que por medio de los bonzos le habian dado ponzoña por ser tan protector de todos los cristianos que allí habia, los cuales pidieron al P. Cosme de Torres les enviase al H. Luis de Almeida, para que le enterrasen como lo merecia su persona con alguna solemnidad. Llegaron allá los dos Hermanos y concertaron el enterramiento lo mejor que pudieron. Acompañaron el cuerpo más de 700 cristianos con sus velas encendidas y cantando las letanías en voz alta. Enterráronle en un ataud, y el dia siguiente pusieron sobre su sepulcro una piedra muy bien labrada, que salia un codo de la tierra, con su cruz, y alrededor de este túmulo pusieron una reja, y para mostrar el amor que todos tenian á este caballero, iban muy de ordinario á rezar á su sepulcro para encomendarle á nuestro Señor.

Muerto D. Leon, se les ofreció á estos cristianos otra ocasion de mostrar su virtud y constancia en la fe, y cuán arrepentidos estaban de la primera fiesta que habian hecho por dar gusto á los gentiles, porque celebrando aquellos dias una de las más solemnes que ellos tienen en todo el año para honra de sus ídolos, que es como entre nosotros la fiesta de Corpus Christi, insistieron mucho los bonzos y gentiles que entrasen en ella los cristianos, pareciéndoles que faltando D. Leon no habria quien les hiciese resistencia; pero ellos estuvieron muy firmes en no aceptarlo. Enojáronse de esto mucho los bonzos y fuéronse á quejar al señor, diciendo que la fiesta se quedaria por hacer, si los cristianos no entraban en ella. Mandó el señor llamar á los más

principales, y rogóles que ayudasen por su parte para que la fiesta no cesase. Ellos respondieron que no lo podian hacer conforme á la ley que profesaban. Díjoles entónces que no tuviesen ellos cuenta con el ídolo, cuya era la fiesta, ni la hiciesen por ese fin, sino porque él se lo rogaba. Tornaron ellos á responder que en aquello iban contra la ley de Dios, y que por ningun respeto lo harian. Viendo el señor su constancia, dijo que él los daba por libres de la fiesta y de cualquier obligacion de acudir ni contribuir para ella de allí adelante.

CAPÍTULO XXXV

Cómo los Hermanos Luis de Almeida y Lorenzo, y después los Padres Melchor de Figueredo y Juan Cabral, estuvieron en Omura; y de la nueva conjuracion y victoria que tuvo el rey D. Bartolomé de sus enemigos.

La ocasion que hubo para ir los Hermanos Luis de Almeida y Lorenzo al reino de Omura fué el haber llegado al puerto de Facunda que estaba 25 leguas del de Cochinozu, la nao de D. Juan Pereira, capitan mayor de Macao, y era de mucha importancia hablar á los que venian en ella, para el buen suceso de los negocios del rey D. Bartolomé, el cual, como supo que los Hermanos estaban en el puerto de Facunda, los envió á rogar se llegasen á Omura, porque tenia una hija suya muy enferma. Fueron allá los Hermanos después que hubieron negociado en Facunda á lo que iban. Recibiólos el rey con extraordinario contento, porque habia casi dos años que no habia visto Padre ni Hermano en su tierra, por las muchas guerras y desasosiegos que en aquel tiempo habia tenido, aunque siempre nuestro Señor le dió victoria de sus enemigos.

Después que hubo preguntado por los Padres muy en particular, pidió que predicase el H. Lorenzo, los dias que allí se habian de detener á los caballeros que andaban en su compañía, porque seria posible que se les hubiese olvidado algo de lo que habian oido con el desasosiego de las guerras pasadas; y así los mandó llamar y les encargó que oyesen con mucha atencion y reverencia los sermones, y él mismo advirtió al H. Lorenzo de lo que entendia ser más á propósito y tenian más necesidad sus criados, para que tratase de ello en el sermon. Cuando fué hora de comenzarle, para mostrar con su ejemplo á los demás el respeto que se habia de tener á los que predicaban la ley de Dios, se levantó de su silla y se fué á sentar entre sus criados, dejando su propio lugar para el Hermano que habia de hacer la plática, sin que se pudiese acabar con él otra cosa.

Mejoróse la niña dentro de pocos dias, y en estando buena, se volvió el Hermano con su compañero al puerto de Facunda, y desde allí á Cochinozu, porque el P. Cosme de Torres le envió á llamar de priesa, por la que daba el rey de Bungo, para que se hiciese luego en Vosuqui la casa y la iglesia, y así hubo de ir á dar órden en este edificio. Los portugueses que estaban en Facunda pidieron al P. Cosme de Torres les enviase al P. Melchor de Figueredo por algunos dias, para oir Misa y confesarse antes de su partida para Macao. Habíase hallado el P. Juan Cabral muy falto de salud en aquella tierra desde que llegó á Japon, porque continuamente echaba sangre; y así le ordenó el P. Cosme de Torres que se viniese de Tacujima, donde estaba, al puerto de Facunda, para que desde allí se volviese á la India en la nao que estaba ya de partida.

Supo el rey D. Bartolomé en su ciudad de Omura, cómo estaban en el puerto los dos Padres, y con el grande amor que les tenia, sin prevenirles, vino un dia á visitarlos acompañado de hasta 50 caballeros. Mostró grande deseo de oir Misa, y por su consuelo, aunque estaban ya los ornamentos en el navío, se sacaron y se le dijo, la cual él oyó con mucha devocion. Despidiéndose del P. Juan Cabral, mostró con palabras harto tiernas el sentimiento que tenia de su enfermedad, y que ella fuese causa de volverse á la India, diciendo que deseaba ver muchos Padres en aquella tierra, para que se dilatase más la ley de Dios; y así no podia dejar de sentir mucho ver que de los pocos que habia se fuese alguno, y con esto pidiendo á entrambos Padres que le encomendasen á Dios nuestro Señor, y el buen suceso de sus negocios, se volvió á su ciudad de Omura, dejando muy edificados á los portugueses de su grande cristiandad y mucha virtud. La cual probaba nuestro Señor en este buen rey cada dia con nuevos ejercicios de paciencia para su mayor merecimiento y ejemplo de los demás cristianos; porque pocos dias despues que volvió á Omura se le levantaron otros nuevos enemigos, por serlo de la ley de Dios, los cuales se le apoderaron de la fortaleza principal que tenia junto á la ciudad.

Viendo el rey que perdida aquella fortaleza, corria mucho riesgo la ciudad y toda aquella tierra de Omura, recogió su gente con la mayor brevedad que pudo, y como era tan valeroso y tenia tan grande confianza en nuestro Señor en todos sus trabajos, determinóse de cobrar la for-

taleza ó morir en la demanda. Túvola cercada unos dias con buen número de gente, mas parecia inexpugnable y casi imposible tomarla, pero como el rey era de grande valor y ánimo y de mucha experiencia en cosas de la guerra, y veia cuánto importaba la brevedad antes que á sus enemigos les viniese nuevo socorro, escogió en una noche que era muy oscura 30 caballeros cristianos de los más señalados que habia en su campo, y con solos ellos por sendas secretas que él sabia, subió á la fortaleza dejando al pié de ella su ejército y la mayor parte del que tenian los contrarios, y á sus capitanes dió órden para que antes de amanecer diesen sobre ellos. Estaban bien descuidados los de la fortaleza de pensar que el rey ni nadie de su parte acometiera tal empresa, y más estando los enemigos á vista, y así primero estuvo dentro que fuese sentido. Viéndose el rey con sus caballeros dentro de la fortaleza, peleó con tanto valor y ánimo, que le hizo perder á sus contrarios, y fácilmente se le rindieron. Por otra parte sus capitanes antes que fuese de dia, dieron en los que estaban al pié de la sierra, los cuales viendo perdida la fortaleza, volvieron luego las espaldas y alcanzó el rey una señalada victoria de ellos, que fué causa de tener paz por algun tiempo.

CAPÍTULO XXXVI

Del estado que tenia la cristiandad de Meaco por este tiempo.

En este tiempo iba la cristiandad de Meaco en grande aumento, porque se hacian cada dia muchos cristianos de nuevo, así de los naturales de aquel reino como de otros. Entre los cuales fué un cuñado del rey de Mino, hombre muy hábil y discreto. Este caballero escribia todo cuanto oia en los sermones, y luego ponia sus dificultades sobre cada punto, porque como estos japones son de tan buenos entendimientos y sujetos á la razon, desean que les convenzan con ella de sus errores, para hacerse más capaces de la verdad del Evangelio, la cual procuran entender muy de raíz, y á esta causa en el reino de Meaco, donde más florecian las letras é idolatrías, era necesario á los Padres que allí residian aprender y estudiar de nuevo otro género de ciencias, que eran las leyes y sectas del Japon, para poder disputar contra los que las profesaban. Porque en no sabiendo confutarlas y apuntar algunas autoridades de sus escrituras, y por ellas mismas probarles su falsedad, tenian en poco á los que trataban con ellos, y hacíales poca impresion lo que les predicaban; y por esta razon procuraba el P. Gaspar Vilela leer cada dia á los de casa algo de estas sectas, por estar él tan versado en ellas, para que así pudiesen con más facilidad impugnar los errores de los gentiles.

Tambien acostumbraba el mismo Padre convidar cada año en casa algunos señores de la casa del Cubuzama, para tenerlos benévolos en las ocasiones que se ofrecian de tratar algunos negocios tocantes á la cristiandad. Pasada la cuaresma del año de 65, en los dias de Pascua de Resurreccion vinieron á casa algunos caballeros, y entre ellos el suegro del Cubuzama y padre de la reina.

Acabada la comida, dijeron aquellos señores que deseaban oir alguna plática de la ley de Dios. Hízola el P. Gaspar por espacio de una hora. Oyéronla todos con mucha atencion, aprobando la ley de los cristianos, por muy santa y buena. Uno de estos caballeros convidados era cristiano, y dijo á los demás que oyesen por entretenimiento disputar á dos niños de casa, haciendo el uno persona de gentil y el otro de cristiano. Tuvieron su disputa los niños con tanta gracia, que dió mucho contento á todos, y muy particularmente al suegro del Cubuzama, el cual dijo que habia de procurar en hallando buena ocasion para ello, que el Cubuzama y su hija oyesen la disputa de aquellos niños. Antes de despedirse fueron todos á la iglesia que estaba muy bien aderezada, y puestos de rodillas hicieron grande reverencia á la imágen de Cristo nuestro Señor.

Bautizóse tambien por este mismo tiempo otro caballero muy principal, criado del Cubuzama y señor de la mayor parte del reino de Tamba, en el cual tenia una muy hermosa fortaleza. Llamóse este caballero D. Juan Naitadono después de bautizado, y decia á los Padres que recibia tanto gusto y consuelo de ver á los soldados cristianos devotos, y dar buen ejemplo, como antes le tenia con el acrecentamiento de sus rentas y estado.

Otro caballero, secretario de Miojindono, contaba tambien que le solicitaban mucho los bonzos con grandes dádivas y presentes para que hablase á su señor sobre un templo que ellos pretendian, pero él les respondió que en ninguna manera lo habia de hacer, por ser cosa en que favorecia á la adoracion de los ídolos.

Ocho dias antes de la Pascua del Espíritu Santo, publicó el Padre á todos los cristianos un Jubileo que Su Santidad habia enviado á todas partes por el buen suceso del Concilio de Trento. Aparejáronse para ganarle, no sólo los cris-

tianos de Meaco, sino de las fortalezas, de las cuales venian á casa todos aquellos dias muchos caballeros. Hacíanseles pláticas á ellos y á los demás cristianos de la penitencia y comunion, para que se dispusiesen mejor á recibir estos Santos Sacramentos, y casi todos los cristianos tomaban cada noche disciplina. Comulgaron el mismo dia de Pascua, y el P. Gaspar Vilela les hizo una plática declarándoles el tesoro del Júbileo que ganaban. Con este feliz progreso iban las cosas de la iglesia de Meaco, y cada dia se esperaba mayor aumento en ellas, porque habia muchos señores y caballeros cristianos, y otros gentiles á quien parecia bien la ley de Dios, y la favorecian. Mas todas estas esperanzas se cortaron con el grande trabajo que vino sobre esta ciudad, del cual alcanzó buena parte á la misma iglesia y á los cristianos, que parece los quiso nuestro Señor disponer para él con el santo Jubileo que habian ganado, porque en la casa y escuela de Dios nuestro Señor, así como los trabajos son víspera del consuelo, por el contrario, los particulares favores del cielo se dan para disponer las almas á llevar mejor los trabajos que han de suceder, cual fué el de esta ciudad de Meaco, con la muerte de su emperador y conjuracion que contra él se levantó, la cual fué principio de mudarse la monarquía y gobierno de aquel imperio, como se dirá en la segunda parte de esta historia y en el libro séptimo de ella.

(1) Aqui termina el primer tomo en la edicion de Alcalá. Como la division en primera y segunda parte sólo se funda en la distincion material de los dos volúmenes, pues el órden de los libros y la série de los hechos siguen invariables en el segundo tomo, nos ha parecido conveniente prescindir de nuevos títulos y continuar reimprimiendo lo restante por el mismo tenor, si bien conservamos el breve prólogo que el autor puso al segundo tomo, y que puede verse al principio del siguiente libro. (N. del E.)

PRÓLOGO

DE LA

SEGUNDA PARTE DE ESTA HISTORIA

Por parecerme, cristiano lector, que seria mucho embarazo y grande volúmen recoger toda esta historia en un tomo, la dividí en dos partes, de las cuales la primera tiene seis libros, cuatro de la India Oriental y dos de lo que toca á los reinos del Japon, rematando el último de ellos con el feliz progreso de la cristiandad por todo el tiempo que duró la monarquía del Japon en los legítimos ó antiguos poseedores de ella. La segunda parte contiene otros siete libros, comenzando en el séptimo, que es el primero de este segundo tomo, desde la muerte violenta del Cubuzama, supremo emperador del Japon, y prosiguiendo el discurso de la predicacion del santo Evangelio, desde el año 1565 hasta el de 1600, en el cual se remata esta historia y el libro décimotercio de ella.

Vánse apuntando los varios sucesos que tuvo la cristiandad en este tiempo con la mudanza de los nuevos emperadores, ó por mejor decir, tiranos que sucedieron en aquella monarquía, y el modo con que nuestro Señor fué conservando y aumentando aquella cristiandad, entre las muchas persecuciones y grandes trabajos que continuamente ha padecido, no sólo de los bonzos y sacerdotes de aquella tierra, sino de los mismos reyes y señores gentiles, y particularmente de un tirano que de todo punto quiso destruirla en los últimos años de su imperio, y los valerosos pechos que en estas ocasiones descubrieron los cristianos de toda suerte y calidad, ofreciendo alegremente no sólo sus haciendas, sino tambien las vidas por la confesion de la fe.

Y porque habiendo acabado esta historia vinieron á mis manos ciertos tratados, en los cuales se dicen algunas cosas que son contrarias á lo que se ha es-

crito en los dichos libros y á la verdad de la misma historia, y se han divulgado y extendido por muchas partes; por remate del libro décimotercio y de toda esta historia añadiré un breve tratado, en el cual se responde á las cosas más principales que en los dichos tratados se tocan, dando la razon precisamente de cada una de ellas, para que se entienda la verdad y el fundamento con que todo se ha escrito, y el cristiano lector tenga más entera satisfaccion y seguridad en lo que leyere, y Dios nuestro Señor sea más glorificado en lo que por medio de sus siervos y ministros va obrando en la conversion de las almas, al cual sea gloria y honra para siempre jamás en los siglos de los siglos. Amen.

LIBRO SEPTIMO

CÓMO FUÉ MUERTO EL CUBUZAMA Á TRAICION
Y SE ALZÓ CON EL IMPERIO Y MONARQUÍA DEL JAPON NOBUNANGA, REY DE BOARI,
DEJANDO CON SÓLO EL TÍTULO Á UN HERNANO DEL MUERTO,
Y EL SUCESO DE LA CRISTIANDAD EN ESTE TIEMPO,
HASTA QUE EL MISMO NOBUNANGA VINO SOBRE LA CIUDAD DEL MEACO,
Y LA TOMÓ POR FUERZA DE ARMAS

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo fué muerto á traicion el Cubuzama, su madre, mujer é hijos.

Descúbrese bien en lo que habemos de tratar en este capítulo, la poca estabilidad y firmeza que hay en las cosas de esta vida, y cuán sujetas están todas ellas á mil mudanzas, peligros y desastres, sin que sean exentos de este tributo y pecho los monarcas, ni príncipes, ni los más poderosos de la tierra, si la poderosa mano del Señor no los conserva, ampara y defiende; pues bastó la ambicion de solos dos hombres, para privar en un dia de la vida estados y grandeza á uno de los mayores emperadores del mundo, y más bien quisto y amado de sus vasallos, como lo era este Cubuzama, el cual (como otras veces se ha dicho) tenia dos criados de quien confiaba el gobierno de sus estados, que se llamaban Miojindono y Dajandono; el primero era muy ambicioso, pero el segundo más cruel y aparejado para ejecutar cualquiera traicion por sus mañas y disimulacion.

Habia acrecentado aquellos dias el Cubuzama á Miojindono en mayor estado y dignidad de la que antes tenia, y con esta ocasion vino de sus fortalezas al Meaco, acompañado de Dajandono y de otros muchos señores, con 12.000 hombres de guerra bien apercibidos, aunque sin saber á lo que venian, porque la voz y fama comun era que Miojindono venia á dar las gracias al Cubuzama de la nueva merced que le habia hecho, y la traicion solo él y Dajandono la traian en su pecho, con intento de avisar á sus capitanes de lo que habian de hacer, conforme á la sazon y ocasion que hallasen despues de llegados al Meaco.

Aposentáronse media legua de la ciudad con su gente, á título de no oprimirla ni molestarla con tantos soldados. El P. Gaspar Vilela fué luego á visitarlos, como lo habia hecho en sus fortalezas, y entrambos le recibieron con señales de buena voluntad. Visitó tambien de camino á los caballeros cristianos que venian en aquel ejército. El Cubuzama mandó pregonar luego en toda la ciudad, que nadie tuviese pesadumbres con los soldados, porque era hombre muy pacífico, y como tal habia gobernado aquella tierra dieciocho años con buena prudencia y más paz que sus antepasados. Fué Miojindono á visitarle algunas veces en este tiempo, y últimamente, para ejecutar su traicion, determinó hacerle un banquete á su modo en un monasterio de bonzos, y así le suplicó quisiese aceptar de su mano aquel servicio que deseaba hacerle.

Tuvo el Cubuzama por sospechoso el convite viendo la gente que traia Miojindono, y procuró excusarse con buenas palabras, mas él insistió tanto en esto con mil promesas y palabras que

dió al Cubuzama, que lo hubo de aceptar con condicion que el convite fuese en casa de su madre del mismo Cubuzama, que era dentro de sus palacios. Esto se concluyó el sábado en la tarde antes del domingo de la Trinidad del año de 1565. Fueron creciendo los temores y recelos de alguna traicion en el pecho del Cubuzama, de manera que hallándose con poca gente de guerra y no pudiendo juntarla sin hacer ruido, determinó salirse á media noche del Meaco con algunos señores y caballeros de los que vivian en su palacio, con intento de recogerse en una fortaleza.

No sabian los que iban con él la causa de aquella novedad y tan repentina mudanza, hasta que él mismo se lo dijo estando una legua de la ciudad. Cuando aquellos señores y caballeros entendieron el caso, fuéronle á la mano, poniéndole delante que era grande nota y menoscabo de su dignidad ir huyendo de sus criados sin saber de cierto que le quisiesen hacer traicion, especialmente siendo Su Alteza tan buen príncipe, que á nadie tenia ofendido, y ménos á Miojindono y Dajandono, á los cuales habia hecho tantas y tan señaladas mercedes, dándoles cargos y oficios tan honrosos en su imperio. Persuadido el Cubuzama con estas y otras razones que le dijeron, se quietó y dió la vuelta para sus palacios.

No fué este negocio tan secreto que no vino á entender Miojindono lo que habia pasado, y recelándose que con la dilacion se podrian descubrir sus trazas, cabalgó el domingo por la mañana, dia de la Santísima Trinidad, con obra de setenta caballeros, diciendo que iba á un monasterio de bonzos que estaba una legua de la ciudad, y poco después habiendo avisado á Dajandono de lo que habia de hacer, revolvió de repente sobre los palacios del Cubuzama, y como era tan de mañana, apénas habia dentro sino hasta 200 caballeros. Al mismo tiempo llegó Dajandono con los 12.000 hombres, y cercó los palacios. Púsose Miojindono en la puente del foso, y Dajandono con los demás tomaron las otras puertas del palacio, para que nadie se les escapase. Salió su padre de la reina á mirar qué alboroto era aquel; dijéronle los dos conjurados que llevase al Cubuzama un escrito que allí tenian, el cual, en suma, decia que mandase matar luego á la reina su mujer y á otros caballeros que allí le daban por lista, y que con esto se volverian. Arrojó este caballero el papel en el suelo viendo lo que contenia, y comenzó á reprender á Miojindono de aquella traicion y desacato. Mas viendo lo poco que aprovechaban sus razones para reprimir la furia de aquellos traidores, retiróse hácia donde estaba el Cubuzama, y sacando su daga se cruzó el pecho conforme á la costumbre del Japon.

No pudiendo encubrir más su traicion Miojindono y Dajandono, comenzaron á pegar fuego á los palacios por todas partes. Vióse necesitado el Cubuzama de salir á pelear con los pocos caballeros que allí tenia; mas diéronle una lanzada en el pecho, y con esta y otras heridas cayó luego muerto. No contentos los traidores con lo que habian hecho, porque no quedase rastro de su generacion, mataron tambien á su madre del Cubuzama y á muchas doncellas, y las demás se abrasaron con el fuego.

Tenia el Cubuzama dos hijas, las cuales teniéndolas ya por muertas, andaban debajo de los piés de los soldados. Conociólas un cristiano y tuvo órden para sacarlas de allí y ponerlas en una casa secretamente. Anduvieron buscando á la reina, ofreciendo grandes promesas á quien la descubriese; al fin la hallaron en un monasterio al tercero dia. Diéronle allí un recado de parte de Miojindono y Dajandono cómo habia de morir, el cual ella recibió sin turbacion alguna. Pidió luego papel y tinta y escribió una carta á sus hijas, en que les decia que pues la mandaban matar tan injustamente, no recibia pena ni tristeza por ello, antes lo tenia por favor y merced de sus dioses, para llevarla al paraíso en compañía del Cubuzama su señor. Acabada la carta, hincada de rodillas delante del ídolo de Amida, le cortaron la cabeza.

Murieron en palacio con el Cubuzama como 100 caballeros de los principales de Meaco; entre estos fué un mozo de trece ó catorce años, paje del Cubuzama, el cual peleó tan valerosamente, que los mismos traidores daban voces para que le prendiesen y no le matasen; mas viendo el mozo que siendo muerto el Cubuzama su señor, quedaba él con mucha deshonra si quedaba con la vida, arrojando la espada de la mano, sacó la daga y con ella se cruzó los pechos y cayó muerto, para que se vea cuán grande es el valor natural y ánimo de los japones, y cuánto más caso hacen de la honra que de la vida

Otro caso semejante aconteció pocos dias después que mataron al Cubuzama. Vino un caballero, criado suyo, de cierta romería que habia hecho, y sabiendo lo que habia pasado en Meaco, fué á visitar el sepulcro de su señor, y junto á él sacó tambien su daga y se cruzó los pechos para mostrar el amor y fidelidad que le tenia.

Después que Miojindono y Dajandono hubieron muerto al Cubuzama y á todos sus parientes y amigos, y quemado sus palacios, partieron con su gente para sus fortalezas, llevando preso

un hermano solo que habia quedado del Cubuzama, al cual perdonaron, porque era bonzo y no se recelaron de él; pareciéndoles que con llevarle preso estaban seguros, y en su lugar se dirá lo que de él sucedió.

CAPÍTULO II

Cómo fueron desterrados de Meaco los Padres Gaspar Vilela y Luis Froes.

Bien descuidados estaban los Padres en su casa el domingo de la Santísima Trinidad por la mañana, cuando les vinieron á decir lo que pasaba en los palacios del Cubuzama, que fué para ellos de grande tristeza y desconsuelo. Fuéronse luego todos á la iglesia á decir las letanías, suplicando á nuestro Señor se acordase de ellos y de aquella cristiandad, porque como los bonzos de la secta de los foquejus eran los mayores enemigos de la ley de Dios y de los que la predicaban, y Dajandono, autor de esta traicion, era de su secta y tenian con él mucha mano y autoridad, temian con mucha razon su total destruicion.

Venian los cristianos á la iglesia llorando de ver semejante crueldad y traicion, muerto su rey y toda su generacion con tanta inhumanidad; tenian los Padres alguna confianza de su remedio en los caballeros cristianos que venian con Miojindono y Dajandono, que serian como 300, pero eran tan pocos entre 12.000 gentiles, que ninguna cosa podian hacer en su defensa, aunque todos aventuraran sus vidas. Uno de estos caballeros envió á decir á los Padres, que quien habia tenido ánimo para cometer semejante traicion contra su rey, bien se podia temer que fácilmente haria cualquiera otra maldad, y que de su parecer se pusiesen los Padres luego en salvo. Envióle el Padre á agradecer aquel cuidado que tenia de avisarle, y respondió que consultaria con los cristianos lo que se debia hacer.

Aquella noche se confesaron todos los de casa, y por la mañana dijeron Misa los Padres y comulgaron los Hermanos, aparejándose para lo que nuestro Señor fuese servido ordenar de ellos. Juntáronse aquel dia en la iglesia los principales cristianos de Meaco con los Padres, para tratar de aquel negocio Estando todos juntos tomó la mano el P. Gaspar Vilela, y díjoles su voluntad y determinacion y la de sus compañeros, que era no salir de Meaco ni desampararlos, trayéndoles á la memoria el odio que siempre habian mostrado á la ley de Dios, y á los que la predicaban estos bonzos foquejus, y la mano que ahora tenian con Dajandono, por lo cual si él determinaba de matarlos, á ninguna parte podrian huir donde escapasen de sus manos, y así miradas todas las cosas le parecia que ninguna cosa les estaba mejor que ofrecer sus vidas á nuestro Señor, esperando la muerte en aquella iglesia.

Acabado este razonamiento, entró el secretario de Miojindono que venia á visitar á los Padres, hiriéndose los pechos con la pena que tenia de la traicion de su amo, diciendo que la habian tenido tan encubierta él y Dajandono, que primero estuvo ejecutada que la tuviesen entendida los caballeros y soldados cristianos que allí venian, y que ellos estaban sobre aviso para saber si se trataba algo acerca de los Padres, y les harian saber cualquiera novedad que hubiese.

Los bonzos foquejus, viendo la buena ocasion que tenian para vengarse de los Padres, fuéronse á Dajandono y pidiéronle que los mandase matar, dando para esto muchas razones. No permitió nuestro Señor, en cuya mano están los corazones de los hombres, que la perversa intencion de los bonzos se cumpliese, porque Dajandono teniendo respeto á los criados que él y Miojindono tenian, que eran cristianos y personas principales, se contentó con que los Padres fuesen desterrados de Meaco y se les tomase la iglesia, pero no quiso que los matasen, pareciéndole que con esto cumplia bastantemente con los bonzos, y no lastimaba tanto á los cristianos que andaban en su servicio y de Miojindono.

Como se entendió esta voluntad de Dajandono y tuvieron aviso de ella los Padres, recogieron todos los ornamentos y aderezos de la iglesia, para enviarlos al Sacay ó á la fortaleza de Imori, de la cual vino luego D. Sancho con algunos otros caballeros sabiendo lo que pasaba en Meaco, para tratar del remedio si le habia. Al fin después de muchas consultas que se hicieron sobre el caso, pareció á todos los cristianos que el P. Gaspar Vilela se fuese luego con D. Sancho á Imori, y el P. Luis Froes esperase á lo que sucedia; y si lo que se habia dicho pasaba adelante, se saliese tambien el P. Luis Froes de la ciudad antes que se ejecutase la sentencia, porque seria grande desconsuelo para toda aquella cristiandad si públicamente los echasen de la ciudad y con la ignominia que deseaban los bonzos, y seria poner á todos los cristianos en manifiesto peligro de perderse, queriendo volver por sus maestros.

Hacíasele muy de mal al P. Gaspar Vilela sa-

lir de Meaco en aquella ocasion, pareciéndole que se habian de ofrecer muchas cosas, para las cuales habia de ser necesaria su presencia; pero fué tanta la instancia de aquellos cristianos y caballeros, que hubo de condescender con su gusto, aunque con harto desconsuelo suyo. Parece que el corazon le daba lo que después sucedió, que no habia de ver más su querida iglesia de Meaco, que con tantos trabajos habia plantado y conservado; y así despedido de todos con muchas lágrimas, se partió en compañía de D. Sancho para la fortaleza de Imori, á la cual llegó á los 27 de Julio de 1565.

Partido el P. Gaspar Vilela, como entendieron los caballeros de Miojindono y Dajandono la resolucion que se habia tomado de desterrar á los Padres, andaban muy afligidos y con grande cuidado de que los bonzos ó algunos otros gentiles en su nombre no hiciesen algun agravio á la iglesia y al Padre y Hermanos que allí estaban, y concertaron de repartirse para ir guardando y velando la casa por su órden, de dia y de noche. Viendo el P. Luis de Froes que ya se sabia la determinacion de Dajandono y el peligro en que estaban aquellos cristianos y caballeros por su causa, acabó de recoger el poco hato que quedaba de la iglesia para irse á donde estaba el P. Gaspar Vilela, conforme al órden que le habia dejado. Ayudóle para tomar esta resolucion uno de los gobernadores de Meaco que era gentil, pero aficionado á los cristianos, el cual vino á ver al Padre y le dijo cómo habia trabajado para que no los desterrasen, pero que no habia podido salir con ello, porque Dajandono y los bonzos foquejus eran autores de esto, y que le parecia se fuese luego antes que se publicase la sentencia, porque él procuraria se dilatase el publicarla hasta que estuviese léjos de la ciudad.

Sabiendo los cristianos cómo el Padre se habia de partir, porque los bonzos no saqueasen la iglesia y apellidasen victoria, quitaron hasta las puertas y ventanas y esteras y lo llevaron todo á guardar en sus casas. Entraron á esta sazon 15 ó 20 señoras principales que venian á oir Misa, las cuales viendo deshecho el altar y descompuesta la iglesia, comenzaron un llanto tan grande, que quebraban el corazon de quien las oia, porque eran tantas las lástimas que decian viéndose sin iglesia y sin Misa y sermones en medio de tantos trabajos, que no hubiera corazon por muy duro que fuera á quien no enternecieran.

Al mismo tiempo llegó otra señora tambien principal en aquella ciudad, la cual estando enferma oyó decir en su casa que Dajandono mandaba cortar las cabezas á los Padres, y así vino á la iglesia diciendo que pues era cristiana, queria morir allí con ellos. Hízoles el Padre á todas una plática, consolándolas con que nuestro Señor habia de sacar muchos bienes de estos trabajos que ahora padecian, como ya otras veces lo habian experimentado.

Al fin, despedido de todos los cristianos, salió de Meaco acompañado del secretario de Miojindono y de sus criados y otros caballeros que fueron con él hasta sacarle de la ciudad, y desde allí le acompañaron los que parecieron ser necesarios para llegar con seguridad á la fortaleza de Imori, en la cual halló al P. Gaspar Vilela harto congojado, porque como supieron los caballeros de aquella fortaleza, que eran muchos y muy principales, la última determinacion de Miojindono y Dajandono, y que habian firmado la sentencia del destierro juntamente con el Dayri, fué tanto su sentimiento, que no bastaba el Padre para sosegarlos. Decian que ellos pedirian con humildad á Miojindono que restituyese á los Padres en la iglesia de Meaco, pero que si no lo hacia, desde luego se daban por despedidos de su servicio, porque no era razon que ellos disimulasen una cosa tan injusta, como echar á sus maestros de Meaco con tanta afrenta. Púsoles el Padre delante algunas veces el peligro de sus almas y vidas y de otros muchos que por su respeto habian de correr el mismo riesgo, y dándoles para esto muchas razones, poco á poco los fué sosegando.

Recogióse el P. Luis de Froes en la isla de Sanga, que estaba al pié de la fortaleza donde pasaba su vida en la iglesia con los cristianos, predicándolos cada dia, y lo mismo hacia el P. Gaspar Vilela con los de la fortaleza. El dia siguiente, como el P. Luis Froes salió de Meaco, que fué 1.° de Agosto de 1565, se dió público pregon en la ciudad cómo los Padres iban desterrados por mandado del Dayri, y Miojindono y Dajandono, lo cual fué para los cristianos de sumo desconsuelo.

CAPÍTULO III

Del aumento que habia por este tiempo en la cristiandad de Bungo.

Muy propio es de nuestro Señor templar el rigor de sus castigos con la suavidad y dulzura de sus misericordias, como parece en el discurso y modo con que Su Divina Majestad iba plantando su iglesia en estos reinos del Japon, que si por una parte la afligia en la ciudad de Mea-

co para más ejercitarla y purificarla, en ese mismo tiempo la regalaba con nuevos favores del cielo en las partes del Jimo, porque en el reino de Bungo vivian los cristianos con mucha paz y sosiego, por el grande favor y amparo que tenian todos en el rey. Aunque los bonzos con ocasion de lo que pasaba en Meaco, procuraban persuadirle que echase tambien á los Padres de su tierra, pero él les respondia de manera que siempre iban corridos y avergonzados. Y una vez que más le apretaron en esto, dijo: Trece ó catorce años ha que tengo estos Padres en mi tierra, y con ser entónces señor de tres reinos tengo ahora cinco, y después que favorezco la ley que ellos predican, tengo hijos y herederos para mis estados, los cuales nunca habia tenido ni alcanzado de los ídolos con haberles hecho tantos sacrificios y edificado tantos templos por este respeto; y así os mando que en este particular no me hableis más de aquí adelante. Con esto les puso perpetuo silencio para que en su presencia no se atreviesen á hablar cosa que fuese en ofensa de la ley de Dios ni de los que la predicaban.

Hacíanse en aquella iglesia los divinos Oficios con más solemnidad que en ninguna parte, porque algunos de los niños que se criaban en casa eran tan hábiles y diestros en la música, que era grande consuelo y mucha devocion oir una Misa cantada con sus voces y diversos instrumentos, lo cual hacian todos los domingos y fiestas principales. Y de la misma manera decian la Salve á coros los sábados en la tarde. Con estas cosas se despertaba mucho la devocion en los cristianos, y en los gentiles el deseo de su conversion.

Habia en Funay una mujer muy virtuosa que se habia bautizado casi de los primeros cristianos que hubo en aquella iglesia; tenia esta mujer algunos hijos gentiles y un hermano bonzo que era rico y poderoso en aquella tierra, mas por ver que se habia hecho cristiana, ni el bonzo ni sus hijos la visitaban, y viéndola padecer necesidad, ninguno de ellos queria socorrerla. Llevaba todo esto la buena mujer con mucha paciencia y alegría por amor de Dios, y era tanta su devocion, que con ser vieja, aunque estuviese nevando ó hiciese grandes frios, ningun dia dejaba de ir á la iglesia á oir Misa, y después se quedaba algunas horas en oracion hincada de rodillas. Estando enferma y muy al cabo, enviáronle á decir el bonzo y sus hijos que les diese licencia para visitarla; mas ella les respondió que habia quince años que era cristiana, en los cuales habia padecido mucha necesidad sin que la hubiesen querido ver ni favorecer, y nuestro Señor la habia dado gracia y fuerzas para llevarlo todo por su amor, y no queria en este punto ponerse á peligro de perder el fruto de sus trabajos por tratar con ellos, pues ya sabia lo que le querian decir y persuadir, y que les pedia la dejasen sola en la muerte como la habian dejado en la vida. Llamó luego á un nieto que tenia cristiano y á una criada suya, y rogóles que no dejasen entrar á ningun gentil para visitarla, sino que tuviesen entrambos cuidado de acordarle muchas veces el Santísimo nombre de Jesus y de María, y así acabó con ellos en la boca.

En la comarca de Funay habia muchos lugares á una legua y á dos y á cuatro, y en cada uno de ellos buen número de cristianos, y porque muchas veces con las grandes nieves y frios y crecientes de rios que hay en aquella tierra, no podian venir á la iglesia para oir Misa, ordenó el Padre que en cada lugar hubiese una capilla ó ermita con su altar adonde se juntasen los cristianos para hacer oracion. Estos lugares visitaban los Padres y Hermanos desde Funay á sus tiempos y decian Misa y predicaban á los cristianos y gentiles que habia en ellos.

En un lugar de estos habia una doncellita cristiana de poca edad, pero de mucha virtud y devocion, la cual hacia cada dia oracion á nuestro Señor por la conversion de su madre que era gentil, y aunque los parientes insistieron mucho con la madre para que no se hiciese cristiana, al fin pudo más con nuestro Señor la oracion de su buena hija y se bautizó. Otro cristiano que se decia Nicolás y tenia en su casa un oratorio, visitando á un enfermo, tomó las cuentas en que rezaba y púsolas sobre la cabeza del enfermo con tanta fe y devocion, diciendo el nombre de Jesus y de María, que á la hora quedó sano.

En otro lugar habia un hombre honrado y cristiano, cuya mujer era gentil, y por ser hermana de un bonzo, nunca quiso bautizarse con su marido ni oir cosa de la ley de Dios. Visitando un Padre aquel lugar, rogó el marido á su mujer que oyese sermon aunque no hubiese de ser cristiana. Comenzó á oir las pláticas del catecismo, más por el respeto que tenia á su marido que por otra cosa, pero nuestro Señor fué disponiendo su corazon por medio de ellas, de manera que habiéndose de volver el Padre á Funay, le pidió con muchas lágrimas que no se fuese sin bautizarla, porque ella entendia que no se podia salvar sino siendo cristiana. Detúvose el Padre por esta causa y bautizóla con algunos otros, dia de San Miguel del año de 65.

CAPÍTULO IV

De la devocion que nuestro Señor comunicaba en el mismo tiempo á los cristianos de Firando.

En el lib. VI queda dicho cómo el rey de Firando dió licencia para que se edificase de nuevo iglesia en su ciudad y se dijo en ella la primera Misa el dia de la Concepcion de nuestra Señora del año de 64. Residian allí entónces el P. Baltasar de Acosta y los HH. Juan Fernandez y Jacome Gonzalez. Comenzó el P. Baltasar de Acosta á predicar, y los Hermanos por su parte á hacer las pláticas del catecismo, como lo tenian de costumbre, y echaron de ver que al principio oian pocos y se convertian ménos. Procurando entender la causa de esto, hallaron que era el poco gusto que el rey tenia de que sus vasallos se hiciesen cristianos. Viendo esto D. Antonio, como era tan celoso de la honra de Dios y de la conversion de los gentiles, trabajó con todas sus fuerzas porque el rey fuese á visitar la iglesia y mostrase favor á los cristianos; al fin salió con ello por el grande respeto que el rey le tenia, y así vino acompañado de muchos caballeros, principalmente del mismo D. Antonio y D. Juan su hermano. Vió primero la iglesia que estaba bien aderezada, y después anduvo toda la casa de los Padres mostrándoles buena voluntad y amor. Fué esta visita del rey de tanta importancia para la conversion de sus vasallos, que desde aquel dia comenzaron á oir los sermones con más gusto y perseverancia, y se convirtieron muchos, entre los cuales fueron dos caballeros, criados del mismo rey de Firándo.

Llegado el dia del santo Nacimiento, celebraron los cristianos la fiesta con la solemnidad que pudieron, porque no habian celebrado otra desde que el P. Cosme de Torres estuvo en aquella ciudad. Hicieron los cristianos algunas representaciones acerca de aquel sagrado misterio, como fué la adoracion de los pastores y otros pasos de la Escritura, todo con mucha propiedad y devocion. Cantaron tambien algunas coplas en loor de la Vírgen y del santo Niño recien nacido. Halláronse en esta fiesta D. Antonio y su hermano con sus mujeres é hijos y criados, mostrando mucho amor y afabilidad á los cristianos, y repartiéndoles por su mano colacion que habian mandado traer de sus casas para los que representaban; y á un cristiano porque cantó unos versos con buena gracia, hizo dar D. Antonio un vestido de seda. Tambien celebró el P. Juan Cabral esta misma fiesta con os cristianos de Iquizeuqui, á la cual acudieron los de Tacujima, y á todos comunicó el Señor nuevos fervores y deseo de su servicio.

Habia en Firando un señor gentil casi tan rico como D. Antonio, el cual tenia una sola hija heredera de su estado. Estuvo esta señora casada primero con un hermano del rey, y por su muerte casó segunda vez con D. Juan, hermano de D. Antonio. Vivia entónces la suegra de este caballero, y por ser ella y su hija gentiles, pasaba D. Juan algunos trabajos y pesadumbres en su casa; sucedió que enfermó esta señora mujer de D. Juan, y como su madre la queria tanto, hizo grandes limosnas y romerías á los ídolos por su salud; mas al fin murió, de lo cual quedó la vieja tan escandalizada, que toda la devocion que antes tenia con los ídolos, se volvió en aborrecimiento suyo y de los bonzos, y decia públicamente que si los ídolos pudieran algo, no fuera posible sino que se movieran á compasion y piedad y dieran salud á su hija, habiéndoles hecho tantos servicios.

Con esta buena ocasion que halló D. Juan dijo á su suegra algunas cosas de la ley de Dios, con que la fué inclinando á que oyese los sermones y diese licencia para que se bautizase su nieta é hija de D. Juan, que habia quedado de cuatro años y era la heredera del estado. Holgó de ello la suegra, y así fué allá el P. Baltasar el dia de la Circuncision del año de 65 y bautizó la niña. Agradeció mucho su abuela la visita del Padre y el haber ido á bautizar su nieta, y ofreció de oir ella tambien de propósito los sermones y hacerse cristiana, y en señal de su deseo y voluntad, pidió al Padre que enviase alguno de los que tenia en su compañía, para que comenzase á predicar la ley de Dios en sus tierras y de D. Juan, porque deseaba que de allí adelante ningun vasallo suyo fuese gentil.

Partió el P. Baltasar de Acosta á estos lugares con un compañero para ver la disposicion que en ellos habia; y en los dias que por allá se detuvieron, bautizaron 550 personas, y entre ellos dos bonzos. El uno hizo luego de su monasterio una iglesia, y puso en ella una hermosa cruz con determinacion de servir allí á nuestro Señor toda su vida, como antes habia servido al demonio, y por esta causa le instituyó el Padre muy de propósito para que pudiese enseñar á los demás cristianos la doctrina y tuviese cuidado de los niños. En uno de estos lugares estaba el templo donde se habia enterrado la hija de aquella señora; mas como ella estaba ya resuelta en ser cristiana, mandó quemar aquel templo y los demás que habia en sus lugares, y poco después recibió tambien el santo Bautismo.

CAPÍTULO V

De algunos trabajos y desasosiegos que tuvieron los cristianos de Firando.

Con el favor que habia hecho el rey á los cristianos, vivian todos muy consolados, y los gentiles oian de buena gana la ley de Dios y la recibian; pero como todo lo que este rey hacia era por sus particulares respetos, y no le salia de corazon, en cualquiera ocasion que se ofrecia, mostraba bien lo que tenia en él.

Sucedió en este tiempo que vino un portugués de Omura para Firando, y en su compañía cuatro cristianos naturales de aquel reino, los cuales traian una carta del rey D. Bartolomé para D. Antonio, mostrándole amor y buena voluntad, por las nuevas que habia oido de su cristiandad. Esta carta vino á manos del rey de Firando, y con ella se persuadió que D. Antonio se carteaba con D. Bartolomé, y que le queria armar alguna traicion, y aunque por entónces no dió muestras de su sentimiento contra D. Antonio, pero mandó hacer cuartos á los cuatro cristianos que habian traido la carta. Aconteció al mismo tiempo venir otro criado de D. Antonio del puerto de Facunda, que era en el reino de Omura, el cual trajo algunas cosas que venian de la India para los Padres que residian en Firando. Encontró á este mozo cuando venia en el camino un capitan del rey de Firando que se decia Catondono, y aunque supo que era para los Padres lo que llevaba se lo quitó. Entre las cosas que allí venian, era una imágen de nuestra Señora que se habia mandado hacer en la India para la iglesia. Tomó el capitan la imágen, y como era ídolatra y enemigo de la ley de Dios, púsola en su sala y borróle con tinta los ojos, y de esta manera le mostraba á todos, haciendo burla de ella y de los cristianos, y aun se decia que el príncipe heredero del reino habia mostrado gusto de lo que hizo Catondono, porque tambien era contrario á la ley de Dios como su padre.

Vinieron á entender este caso D. Antonio y D. Juan su hermano con otros caballeros cristianos, los cuales recibieron tanta pena, que tomaron la injuria que se habia hecho á la Madre de Dios, como si fuera hecha á sus propias personas, y determinaron vengarla aunque perdiesen en ello sus estados. Supo el Padre la determinacion de estos caballeros y procuró sosegarlos, poniéndoles delante, que aunque su celo era bueno y santo, pero no era tiempo de mostrarle, porque con la ruin voluntad que el rey tenia á toda la cristiandad y las sospechas de que se entendian y carteaban con el rey D. Bartolomé, tomaria esta por ocasion para destruirlos á todos, persuadiéndose que no era aquello por vengar la injuria de la imágen, sino por alborotarle el reino, para que viniese D. Bartolomé y se hiciese señor de él.

Estando las cosas en este punto, acertó á pasar un dia por la calle aquel criado de D. Antonio á quien quitaron el hato que traia para los Padres, el cual encontrándose con otro criado del capitan Catondono, (que se halló con su amo en aquella sazon) arremetió para él y quitóle la espada, que entre los japones es grande afrenta. Tomó Catondono la injuria de su criado por propia, por ser el que la hizo criado de D. Antonio (á quien tenia por enemigo) juntóse este capitan con el príncipe, y concertaron entre los dos de destruir la iglesia y á D. Antonio, y es de creer que sabia el rey lo que pasaba, porque sin su consentimiento no se atrevieran los dos á intentar una cosa tan grave como esta.

No pudo ser esto tan secreto que no lo viniesen á entender D. Antonio y su hermano, los cuales avisaron luego á sus vasallos y gente de las islas y los demás lugares, para que estuviesen á punto. Por otra parte los cristianos de Firando, sabiendo lo que pasaba, tomaron secretatamente sus armas y fuéronse á la iglesia y á las casas de D. Antonio y D. Juan, que estaban en la calle por donde los enemigos habian de venir para dar en la iglesia. Supieron el rey y Catondono el apercibimiento y determinacion con que estaban los cristianos, y no se atrevieron á pasar adelante con su intento, porque D. Antonio era muy valeroso capitan, y no lo era menor D. Juan su hermano, y tenian mucha gente bien apercibida y no podian ganar con ellos nada si llegaran á las manos.

El rey con sus acostumbradas disimulaciones y ficciones, dió á entender, que no habia sabido nada de lo pasado, y que le pesaba mucho que D. Antonio tuviese pesadumbre alguna con su hijo, siendo tan deudo y con su capitan Catondono, y así procuró luego hacerlos amigos, y con esto cesó por entónces aquella turbacion, aunque presto sucedieron otras. Porque los bonzos como eran poderosos y tan emparentados en aquel reino, sabiendo el poco gusto del rey y del príncipe su hijo con los cristianos, procuraron segunda vez quitar la cruz que tenian en el cementerio junto á la iglesia; mas D. Antonio tomó este caso tan por suyo como los demás que tocaban á la Iglesia y honra de nuestro Señor, y anduvo haciendo extraordinaria pesquisa sobre quién habia quitado la cruz, protestando

que habia de quemar los monasterios de los bonzos que habia en la ciudad si no parecia. Temieron mucho los bonzos que D. Antonio haria lo que decia, porque conocian su ánimo y determinacion en las cosas que tomaba entre manos, y así tornaron á poner la cruz donde antes estaba sin haber tocado en ella.

No eran bien acabados estos trabajos cuando sucedió otro de nuevo con ocasion de que la nao de D. Juan Pereira, gobernador de Macao, vino de la China con grande riqueza, y por aviso que tuvo el capitan de ella, como el rey de Firando era enemigo de D. Bartolomé, no quiso venir con su nao al puerto de Firando, sino al de Facunda, que era del reino de Omura. Sintió esto mucho el de Firando, y enojado contra los portugueses por lo que habian hecho, envió contra ellos á Catondono su capitan general con una armada de cincuenta velas, y en su compañía otros dos señores de Firando, tan grandes enemigos de la ley de Dios como el mismo Catondono, pero nuestro Señor dió á los portugueses tan grande victoria contra los gentiles, que su armada volvió desbaratada y maltratada, y murieron de ella más de 60 personas en la refriega, y quedaron heridos más de 200, de los cuales muchos murieron después, y entre ellos fueron dos capitanes muy nombrados de Meaco y otros dos de Firando y seis parientes de Catondono.

Grande fué la alegría de los cristianos por el buen suceso de esta victoria, y túvose por muy cierto, que segun el sentimiento que de ella mostró el rey de Firando, procurara vengarse de la cristiandad, si no temiera que D. Antonio y su hermano y los demás caballeros cristianos se habian de poner á defender la iglesia, como lo habian hecho poco antes. Con este navío de D. Juan Pereira se volvió el P. Juan Cabral á la India por la falta de su salud (como queda dicho en su lugar) á los últimos de Setiembre de 1565.

CAPÍTULO VI

De lo que sucedió en las partes de Meaco después que desterraron los Padres, y cómo el P. Gaspar Vilela vino al reino de Bungo.

Estuvieron el P. Gaspar Vilela y el P. Luis Froes con sus compañeros Damian y Agustin en la fortaleza de Imori y en la isla de Sanga, que está al pié de ella algunos meses. Mas viendo que los desasosiegos del Meaco iban creciendo, y la fortaleza donde estaban era de Miojindono porque no se les siguiese alguna otra turbacion á los cristianos por su respeto, determinaron pasarse á la ciudad de Sacay, donde en semejantes tiempos se podia vivir con alguna quietud, para tratar desde allí de su restitucion al Meaco, cuando los negocios diesen lugar para ello. Movíales tambien á hacer esta mudanza el deseo de ayudar á los cristianos de aquella ciudad que lo pedian con grande instancia.

Llegados á Sacay, comenzaron á predicar entrambos Padres, y con los sermones se tornó á renovar la devocion de los cristianos y la conversion de los gentiles, en lo cual estuvieron bien ocupados hasta que llegó la fiesta del Nacimiento, que era una de las que con más devocion y gusto los cristianos celebraban en todas partes, y así concurrieron al Sacay, sabiendo que estaban allí los Padres de dieciocho y veinte leguas, y para que se vea su devocion, basta decir que con ser entónces la fuerza del invierno, vinieron muchas señoras principales de ocho y diez leguas para hallarse en esta fiesta, y pudiendo venir en sus literas como lo acostumbran cuando salen fuera, alcanzaron licencia de sus maridos para venir á pié, por imitar en este modo de peregrinacion, la que hizo aquellos dias la Santísima Vírgen desde Nazaret á Belén. Confesaron y comulgaron para aquel dia todos los cristianos, y la noche gastaron en la iglesia, parte en oracion meditando aquel sagrado misterio y parte cantando algunas historias de la Escritura, que por su devocion habian compuesto en verso algunos caballeros, y después tuvieron su Misa y sermon.

El dia siguiente comieron en casa con los Padres los principales caballeros y cristianos forasteros, y la plática que tuvieron sobre mesa, fué contar cada uno los particulares beneficios y mercedes que habia recibido de la mano del Señor en haberle hecho cristiano, y los encuentros y dificultades que habian pasado con los bonzos acerca de la ley de Dios, mostrando todos el grande deseo que tenian de verla muy dilatada en Japon. Continuaron su devocion los de Sacay aquella cuaresma del año de 1566, y para la Semana Santa tornaron á hallarse en los divinos oficios los mismos cristianos que habian estado en la fiesta del Nacimiento, y así los celebraron con la solemnidad que se pudiera hacer en Bungo, no sólo en el ornato de la iglesia y aderezo del monumento, sino en la procesion y número de disciplinantes y frecuencia de confesiones y comuniones. Predicóseles el Juéves Santo en la noche la Pasion, y ninguno hubo que quisiese volver á su casa, quedándose delante del Santísimo Sacramento, unos meditando y considerando los misterios que habian oido en el sermon, otros leyendo algunos libros devotos que

tenian traducidos en su lengua sobre los mismos misterios.

Decian después los cristianos que les aprovechaba mucho para confirmarse en la fe, hallarse en estos oficios divinos del santo Nacimiento y Pasion de Cristo nuestro Señor, por las particulares mercedes y favores que les hacia en semejantes dias, y la devocion y consuelos del cielo que sentian en sus almas. Los cristianos de Meaco, aunque estaban sin iglesia y sin sermones, aderezaron tambien su capilla en casa de un cristiano principal y honrado, y allí se juntaron en estos dias á hacer oracion y tratar algunas cosas de su aprovechamiento, refrescando con lágrimas la dulce memoria de las fiestas que otros años habian celebrado. Ayudábales mucho en esta soledad y desamparo Tomás, uno de los bonzos que se bautizaron en Meaco, porque como era tan docto en las sectas del Japon y estaba bien instruido en la ley de Dios, confirmaba á los cristianos en la fe con sus pláticas y buenas razones, y los Padres tambien por su parte tenian cuidado de animarlos y consolarlos desde el Sacay con sus cartas.

Ocupábanse estos cristianos de Meaco, para conservar su devocion y crecer en la virtud, en obras de misericordia y ejercicios de penitencia. Visitaban los enfermos y dábanles limosnas, y cada semana de cuaresma tomaban tres veces disciplina y algunos la ayunaban toda, con sólo un poco de arroz y agua, disciplinándose cada dia hasta derramar sangre, suplicando á nuestro Señor les restituyese su iglesia y á los Padres que eran sus maestros.

Pero no se descuidaban por esto de probar todos los medios que podian para alcanzar licencia del Dayri de que volviesen á Meaco, ayudándose de algunos señores gentiles amigos y conocidos suyos. Al fin por la intercesion de algunos caballeros que hablaron al Dayri sobre este negocio, vino á decir que él daria la licencia que pedian, si los cristianos le juraban primero que aquellos Padres no comian hombres, porque estaban infamados de ello. Procuraron los cristianos de darle muchas satisfacciones, mostrando cuán falso era lo que habian levantado á los Padres algunos gentiles, mas porque no quisieron hacer el juramento por sus ídolos como él lo pedia, no tuvo efecto esta diligencia.

Pasada la Semana Santa, envió á llamar el P. Cosme de Torres desde Cochinozu al P. Gaspar Vilela, para comunicar con él los medios que podia haber acerca de restituir la iglesia de Meaco y otras cosas tocantes á la cristiandad de aquellas partes, con órden de que el P. Luis Froes quedase en Sacay hasta ver si nuestro Señor descubria algun camino como pudiesen volver de asiento los Padres á residir en aquella ciudad. Partió el P. Gaspar Vilela con el H. Damian de Sacay á los últimos de Abril de 1566, y llegó á Bungo á los últimos de Mayo del mismo año.

CAPÍTULO VII

De algunas cosas de edificacion que pasaron en el Sacay después de partido el P. Gaspar Vilela.

Con las buenas costumbres en que habia criado el P. Gaspar Vilela á todos aquellos cristianos y caballeros con quien trataba, aunque él se partió para Bungo, sabiendo que dejaba en su lugar al P. Luis Froes, vinieron muchos de ellos á confesar y comulgar para la Pascua del Espíritu Santo, así de las fortalezas como de Meaco. Era particular consuelo y edificacion ver aquellos caballeros por los rincones de la casa examinando sus conciencias y aparejándose para confesar; los más de ellos escribian sus pecados y traian el modo de confesar y de prepararse para la comunion traducido en su lengua. Entre estos habia algunos que tenian tanta cuenta con sus almas, que aun estando en la guerra examinaban cada dia sus conciencias y después se confesaban dia por dia de todo lo que habian hecho desde la última confesion.

El secretario de Miojindono, que era un caballero mozo, pero de muchas partes y grande discrecion, tenia por costumbre venir de ocho ó diez leguas, cuatro ó cinco veces cada mes para confesarse y comulgar y consultar sus dudas. Llegaba de ordinario á Sacay por la tarde y gastaba la mayor parte de la noche en examinarse y tomar disciplina; por la mañana se confesaba y comulgaba, y luego se volvia con dos ó tres criados que le acompañaban, y así era este caballero un espejo de toda virtud á los cristianos de la corte y confusion para los gentiles, porque con ser mozo, rico y gentil-hombre, y tan privado de Miojindono, era tanta su honestidad y modestia, que parecia en su vida y costumbres un religioso.

Vino por este tiempo á la ciudad de Sacay un bonzo hermano de la reina de Jamato, mujer de Dajandono y superior de su monasterio. Trújole un caballero cristiano para que oyese algunos sermones, estuvo muy atento á todo lo que el Padre predicaba, y propuso sus dificultades, á las cuales se le dió entera satisfaccion. Dijo después este bonzo al caballero que le habia traido, que de muy buena gana se hiciera él cristiano y recibiera tan buena ley, mas que no se atre-

via por no disgustar á Dajandono, su cuñado, y no perder la renta que tenia; pero que si el P. Luis Froes queria ir al reino de Jamato, le tendria en su monasterio todo el tiempo que quisiese estar en él.

Tambien vino otro bonzo de la Universidad del Vandou que era maestro de muchos caballeros y de grande reputacion y estima en aquella Universidad y muy docto en la Astrología; traia en su compañía tres caballeros discípulos suyos que eran hermanos y naturales de Meaco. Oyeron sermon cuatro dias sin preguntar nada, porque el bonzo les dijo que en materia tan nueva para ellos como era la inmortalidad del alma, lo mejor era oir hasta el fin y después conferir con profundo exámen lo que se habia dicho con lo que enseñaban las sectas del Japon. Fué el Padre prosiguiendo sus pláticas ordinarias del catecismo, y cuando llegó á tratar de la conveniencia que habia en haberse hecho Dios hombre para remediar los daños del pecado y satisfacer por la culpa, no pudiendo disimular más el bonzo la alegría que tenia en su corazon, dijo que aquella doctrina era la verdadera, y que en esto no podia haber duda alguna, por ser tan conforme á razon, y que así él determinaba desde luego hacerse cristiano, y lo mismo dijeron los tres caballeros discípulos suyos. Bautizólos el Padre á todos á los 25 de Agosto de 66. Escribió este bonzo despues muchas cartas á diversos caballeros que habian sido sus discípulos, desengañándoles de la doctrina que antes les habia enseñado, y exhortándolos á que viniesen á oir la verdadera con que se habian de salvar. Contaba él mismo, que acontecia muchas veces cuando moria alguno de aquellos bonzos y maestros de la Universidad de Vandou, llevar el cuerpo los demonios por el aire, y otras veces desaparecer el cuerpo y el ataud en que estaba.

Otro bonzo de Meaco, después de haber estudiado mucho en sus libros, no hallando quietud en su conciencia con cuanto habia leido, dejó la renta del monasterio y el hábito de bonzo y se hizo soldado. Era este bonzo hombre de muy buen entendimiento: vino con otros dos compañeros á oir lo que el Padre predicaba, y por la misericordia del Señor, todos tres recibieron el santo bautismo.

Uno de los cuatro gobernadores de Meaco y del consejo de Miojindono, hallándose en la ciudad de Sacay, envió á decir al P. Luis Froes con un cristiano, que deseaba oir algun sermon. Vino luego á casa con solos tres criados, y estuvo oyendo como hora y media con grande atencion, mostrando mucho contento y gusto de la doctrina que se predicaba, y antes de despedirse dijo al Padre, que por ser la salvacion cosa de tanta importancia, en dándole lugar sus ocupaciones, procuraria de oir los sermones que le faltaban. Con el ejemplo de esta gente principal y verlos ir á la iglesia y á los sermones, se movian cada dia otros muchos á recibir la ley de Dios.

Habia en Sacay un cristiano cuya mujer y suegra eran gentiles. Tenia este cristiano una niña de cinco años ó seis, y aunque la mujer por dar gusto á su marido holgaba de que se bautizase, pero la suegra de ninguna manera lo consentia. Vino á estar la niña muy enferma, y porque no la bautizasen envió á llamar su abuela un hermano que tenia bonzo, para que él con otros criados la guardasen. Estaba su padre con mucha pena, por ver morir á la hija sin el santo Bautismo, y consultando el caso con el P. Luis Froes, les pareció que fuese un cristiano á visitarla en hábito de médico y llevase en la mano un lienzo mojado en agua y con disimulacion la bautizase. Iba el cristiano bien instruido en todo lo que habia de hacer, y así la bautizó sin que lo echasen de ver, y el dia siguiente la llevó nuestro Señor para sí con grande consuelo de su padre.

CAPÍTULO VIII

Cómo los HH. Luis de Almeida y Lorenzo fueron al reino del Goto, y lo que allá les sucedió.

El año de 1565 vino un caballero del reino del Goto con una carta para el P. Baltasar de Acosta que residia en Firando, pidiéndole que fuese á predicar la ley de Dios en aquella tierra. La ocasion que tuvo el rey para enviar este recaudo fué la grande admiracion que le causó ver la constancia del rey D. Bartolomé y la victoria que Dios le habia dado contra todos sus enemigos por medio de la santa Cruz; y como él habia sido uno de los conjurados para hacer aquella guerra, tuvo grande deseo de saber qué ley era aquella por cuya defensa habia querido el rey D. Bartolomé aventurar su vida y estado, y así escribió al P. Baltasar de Acosta, que estaba más cerca, porque residia en Firando.

No fué posible acudir al Goto en todo aquel año por las muchas ocupaciones que tenian los Padres en todas partes, y por la falta que hiciera el P. Baltasar en Firando con las turbaciones que allí sucedieron, mas porque no quedase aquel rey desconsolado ni se le pasasen los buenos deseos que mostraba, envió el P. Cosme de Torres á los HH. Luis de Almeida y al H. Lorenzo, para que viesen la disposicion que habia

de manifestarse la ley de Dios en aquel reino, y supiesen más en particular la voluntad del rey.

Partieron entrambos Hermanos del puerto de Cochinozu (donde residia el P. Cosme de Torres) por el mes de Enero de 66. Está el reino del Goto como 70 leguas por mar del puerto de Cochinozu, tiene todo él tres islas bien juntas, que de una á otra no hay más que media legua. Es tierra bien poblada y de muchos monasterios de bonzos, especialmente la isla principal donde reside el rey, que es muy fresca y apacible con la diversidad que tiene de rios y bosques y abundancia de caza. Llámase la principal ciudad de esta isla Ochicoa. Llegados los Hermanos al puerto que está bien cerca de la ciudad, no quisieron salir en tierra hasta dar cuenta al rey de su venida y pedirle licencia para ello. Envióles á decir que fuesen bien venidos, y que los esperaba con mucho deseo en su ciudad, donde los mandaria aposentar y proveer de todo lo necesario. Con este recaudo salieron á tierra y fueron á visitarle. Recibiólos con mucho amor, agradeciéndoles el trabajo de su camino. Dejaron los Hermanos pasar unos pocos dias, procurando en ellos ganar la voluntad del rey y de los caballeros de su corte, y cuando les pareció ser tiempo, le suplicaron que pues estaban juntos los principales señores del reino (por ser el principio de su año, cuando venian todos conforme á la costumbre del Japon á visitar al rey) mandase Su Alteza que hubiese sermon, para que pudiesen oirle y saber la causa de su venida.

Holgó el rey que se hiciese así, y mandó señalar para los sermones unas casas muy principales que tenia en medio de la ciudad. Quiso él mismo hallarse presente á los sermones con el príncipe su hijo y los hombres principales que allí tenia, para ver qué ley era aquella, y si era buena para sus vasallos. Habia en la sala donde estaba el rey más de 400 personas entre señores y caballeros, y en otra distinta la reina con muchas señoras. Comenzó el H. Luis de Almeida su sermon por el principio del catecismo, declarando cómo habia un Criador de todas las cosas y el cuidado y providencia que de ellas tenia, y más particular para con los hombres. Mostró el rey mucho contento de lo que habia oido, y quedó con mayor deseo de oir los sermones que faltaban, y lo mismo daban á entender los que se habian hallado presentes.

En todas las partes donde se comenzaba á predicar de nuevo la ley de Dios, procuraba el demonio poner todas sus fuerzas para impedir que no pasase adelante, como se ha visto en el discurso de esta historia, y lo mismo sucedió en este reino del Goto, que cuando el rey y sus vasallos iban oyendo los sermones con más gusto, siendo este rey muy sano, y que en su vida no habia tenido enfermedad, le dió de repente un accidente tan peligroso, que le puso en mucho aprieto, porque le acudió una calentura muy ardiente y con grande dolor en la cabeza y en todo el cuerpo. Tomaron de aquí ocasion los gentiles y bonzos (como son tan agoreros) para decir que aquel era castigo y señal de la ira de sus dioses, por haber consentido el rey que se predicase en su tierra la ley de Cristo para destruir con ella sus templos y adoracion, y de allí adelante ninguno volvió más á oir sermon, que para los Hermanos fué de harto desconsuelo. El dia siguiente se halló el rey muy peor, porque los dolores iban creciendo y con ellos le acudieron unas angustias de corazon que le tenian muy afligido. Mandóse pregonar luego por todo el reino la penitencia que en semejantes necesidades acostumbran hacer los gentiles, que era no comer carne, guardar continencia por algunos dias, hacer sacrificio á los ídolos, mas con todo cuanto hacian, el rey no se mejoraba. Estaban los Hermanos en este tiempo con grande pena, porque como el rey era tan amado de sus vasallos y parecia á los gentiles que por su causa le habia venido tanto mal, mirábanlos como á gente descomulgada y que merecian ser echados del reino.

Viendo el H. Luis de Almeida que la enfermedad del rey pasaba tan adelante, le envió á suplicar que le diese licencia para visitarle y ver su enfermedad, porque tenia confianza en el Criador del cielo y de la tierra, que le habia de dar salud. Estaba el rey tan congojado, que deseaba se probasen cuantos medios habia para aliviar sus dolores, y con la esperanza que el Hermano le daba de su salud, le envió á decir que viniese luego, porque holgaria mucho de su visita. Tenia este Hermano experiencia (del tiempo que tuvo á su cargo el hospital de Bungo) de algunas medicinas fáciles que hacian maravillosos efectos y las traia siempre para semejantes necesidades. Entrado donde estaba el rey, halló le muy congojado con los dolores y angustias que padecia en el corazon. Tomóle el pulso y dióle una medicina de las que llevaba y díjole que tuviese mucha confianza en Dios que le habia de dar salud.

Volvió al dia siguiente y halló que la calentura era mucho menor, y con esta ocasion le dijo que se acordase, cómo solo el Criador del cielo y de la tierra que le habia dado el ser y la vida, podia darle tambien la salud, y se encomendase á él muy de corazon. Aquel mismo dia por la tarde le tornó á crecer el dolor de la ca-

beza. Envió luego por el Hermano, y pidióle algun remedio para el dolor que sentia. Dióle razon el Hermano, de dónde habia procedido aquel dolor, y aplicóle otra medicina, con la cual reposó toda la noche, y cuando le tornó á visitar por la mañana, halló que ya estaba libre de calentura. Con esto le hizo una plática breve, acordándole el poco poder y virtud que tenian los ídolos, y cuán diferente era el poder de Dios, en cuya mano estaba la salud y vida de los hombres. Como se entendió en palacio que el rey estaba bueno y sin calentura, fué grande el alegría de todos, y la reina y sus hijos enviaron muchos presentes al Hermano. Recibiólos por no disgustarlos y convidó á los caballeros principales de palacio para tener ocasion de trabar amistad otra vez con ellos y ganarles la voluntad, para que tornasen á oir de buena gana los sermones.

Pasados diez dias que el rey estaba ya convalecido, fuéle á visitar el Hermano y díjole cómo ellos estaban ociosos en su tierra, dejando de acudir á otras partes donde habia mucha necesidad, y así le suplicaba diese órden para que sus vasallos oyesen la ley de Dios, pues habian venido por solo esto. Viendo el rey la razon que el Hermano tenia, mandó que el dia siguiente se juntasen todos á oir sermon como la primera vez, aunque se disculpó de no hallarse presente, porque todavía sentia alguna flaqueza en sus fuerzas, pero dió órden que asistiesen á los sermones la reina y el príncipe su hijo con otros caballeros.

Al segundo dia despues que el Hermano comenzó sus pláticas, que era lúnes de la quincuagésima, procuró el demonio poner otros nuevos impedimentos para quitar á los gentiles el gusto con que oian la doctrina del santo Evangelio, y la tuviesen por escándalo y tropiezo. Sucedió, pues, que se pegó fuego en la ciudad, y con el viento que corria se quemaron algunas casas, y el mismo dia se le hinchó al rey un dedo con recios y agudos dolores, lo cual tuvieron todos por tan mal agüero, que de allí adelante ninguno acudió más á los sermones. Envió el rey á pedir al Hermano algun remedio para el dolor que sentia, porque tenia mucha confianza en sus medicinas. Aplicóle una fácil, y plugo al Señor que con ella se le quitase la hinchazon del dedo, y el dolor que en el tenia; pero así el rey como los demás quedaron tan atemorizados de lo pasado, que ninguno se atrevia á tratar más de que hubiese plática ni sermon; y aunque algunos visitaban á los Hermanos, más era por amistad y por cumplimiento que no por desear saber lo que tocaba á su salvacion.

CAPÍTULO IX

Del suceso que tuvo la mision del reino del Goto.

Estando las cosas con la suspension que hemos dicho, y el H. Luis de Almeida resuelto de volverse con su compañero al puerto de Cochinozu, llegaron á aquella ciudad dos mercaderes y hombres ricos de Facata, que estará como 75 leguas del Goto, y por ser muy entendidos en las sectas del Japon, quisieron saber lo que el Hermano predicaba. Oyeron quince dias sermon, y convencidos de la verdad pidieron el santo Bautismo. Causó esto grande admiracion en aquella ciudad, viendo que hombres tan discretos y que los conocian por tales, dejaban la ley en que se habian criado ellos y sus antepasados, y recibian la de los cristianos, lo cual fué ocasion de que la estimasen más.

Recibió en este tiempo una carta el H. Luis de Almeida del P. Cosme de Torres, en la que le ordenaba se volviese al puerto de Cochinozu, pues en el Goto, por entónces se hacia tan poco fruto. Fué el Hermano á despedirse del rey con la carta en la mano, y á pedirle licencia para tomar su camino. Mostró de esto el rey muy particular sentimiento y no menor el príncipe su hijo, y procuraron persuadirle con muchas razones que no se partiese, diciendo que era grande afrenta suya haber estado cuatro meses en su tierra, sin haber hecho ningun cristiano. Viendo el Hermano el grande deseo que el rey y el príncipe su hijo mostraban, parecióle se serviria nuestro Señor de que se detuviesen algun tiempo más en aquella tierra, y que por ventura seria principio para que se recibiese en ella la ley de Dios. Dió cuenta al P. Cosme de Torres de las razones que habia tenido para quedarse en el Goto, y respondió al rey y á su hijo que holgaba de hacer lo que mandaban, pero que les suplicaba se continuasen los sermones, porque no estuviese allí ocioso y de balde habiendo tanto que hacer en otras partes.

Agradeció mucho el rey que por su respeto se detuviesen los Hermanos, y prometióles de dar licencia para que libremente se pudiesen hacer cristianos cuantos quisiesen serlo de sus vasallos, y eximirlos de la obligacion que tenian de acudir á las fiestas de los gentiles: y luego mandó que desde el dia siguiente se comenzasen los sermones, y porque sus vasallos perdiesen el temor que habian cobrado, quiso oir él mismo catorce dias continuadamente con el príncipe su hijo, y los principales caballeros de la corte; entre los cuales se determinaron 25 de

ellos á ser cristianos. Uno de estos era de los principales gobernadores del reino, que despues de bautizado se llamó D. Juan. Animábalos el rey con sus palabras diciendo, que la ley que tomaban era muy buena y santa, y digna de que todos la recibiesen, y aun daba él tambien muestras de hacerse cristiano á su tiempo.

Legua y media de la ciudad de Ochicoa habia un lugar que se decia Ocura, cuyos moradores enviaron á decir al H. Luis de Almeida que fuese á predicarles, porque deseaban saber cómo se habian de salvar. Acudieron allá los Hermanos, y en los dias que se detuvieron en aquel pueblo bautizaron 123 personas de las más honradas y principales del lugar, dia del glorioso San Juan Bautista del año 66. Hicieron estos cristianos una muy graciosa iglesia en una punta que hacia la Tierra Firme por aquella parte hasta entrar en el mar. Estaba el sitio de la iglesia en un cerrito alto, cercado de frescas arboledas, y por medio de él descendian de una sierra dos golpes de agua muy hermosos, los cuales iban á entrar en el mar, por junto al mismo lugar que estaba en lo llano. Sabiendo los cristianos de la ciudad que se hacia la iglesia en Ocura, vinieron todos á caballo con más de 100 peones diciendo que querian tener algun merecimiento en aquella obra. Pocos dias después pasando el rey por allí á caza, le contentó tanto el puesto donde se habia hecho la iglesia, por su frescura y apacibilidad, que mandó edificar para sí unos palacios, sin consentir que hubiese en aquel sitio más que la iglesia y sus propias casas, lo cual tuvieron los cristianos por mucho favor, y quedaron muy animados y consolados.

Habia en este lugar de Ocura una vieja de setenta y cinco años, madre del señor del mismo lugar, la cual sentia mucho ver á sus hijos, que eran cuatro, hacerse cristianos, pareciéndole que le habian de obligar los hijos á hacer otro tanto, y con esto habia de perder todos los papeles y perdones que tenia de sus bonzos, en los cuales habia gastado mucha cantidad de dineros. Fué servido nuestro Señor, que por importunidad de sus hijos oyó los sermones, y quedó tan desengañada, que trujo al Hermano un grande cofre lleno de sus nóminas y hábitos de papel, en que estaban pintados Jaca y Amida, para que lo quemase todo, y recibió el santo Bautismo con grande consuelo de su alma y alegría de sus hijos.

Vuelto el Hermano á la ciudad de Ochicoa, mandó el rey que se hiciese en ella otra iglesia, y señaló para ella un sitio muy á propósito, que con estar en la ciudad, caia sobre el mar, y no ménos agradable y apacible que lo era el de Ocura, porque tambien era cercado de muy fresca arboleda. Con estos favores que el rey hacia á los cristianos, eran muchos los que se aparejaban para recibir el santo Bautismo, unos oyendo sermones y otros deprendiendo las oraciones, y estaban las cosas dispuestas de manera que se esperaba una grande conversion en aquella isla; si el demonio como lo tiene de costumbre no turbara la paz de aquella tierra, para que los bonzos sus ministros tuviesen ocasion de publicar, que donde quiera que se predicaba la ley de los cristianos, se destruia todo con guerras.

Habian venido poco antes á esta isla unos corsarios de Firando, los cuales saltando en tierra mataron en un lugar cerca de la costa alguna gente y llevaron cautivos 27 personas. Los del Goto, viendo el agravio que se les habia hecho, aparejaron sus navíos y fueron en seguimiento de los corsarios, y no hallándolos dieron en otro lugar de Firando, y quemáronle.

Sucedió tambien al mismo tiempo, que un cuñado del rey de Firando que era vasallo de este rey del Goto, se rebeló contra su señor por consejo (segun decian) del rey de Firando, para quitar su reino al del Goto, el cual siendo avisado de lo que pasaba, dió secretamente en las tierras de este traidor y echóle de ellas. Sintió mucho el de Firando lo que por su respeto habia sucedido al cuñado, y con deseo de vengar este agravio, aparejó luego una gruesa armada de 200 velas, y porque el rey del Goto no sabia á cuál de sus tres islas vendria á desembarcar, hizo que se apercibiesen todas tres, recogiendo la gente de la costa y lugares más pequeños á los mayores, y á las fortalezas, y á algunas sierras altas; como tuvieron aviso en el Goto que la armada era partida de Firando, no quedó en los lugares que estaban cerca del mar, sino sola la gente de guerra.

Habíanle dado en este mismo tiempo unas calenturas muy recias al H. Luis de Almeida, que le pusieron harto flaco, pero con todo su trabajo se retiraron él y su compañero á la sierra con la demás gente. Llegó la armada de Firando á la primera isla del Goto, y en la costa de ella quemó algunos lugares pequeños y al cabo de veinticinco dias se volvió. El del Goto hizo otra armada de 100 velas, y cuando le pareció que estaban descuidados en Firando, dió en otra isla de aquel reino, donde hizo otro tanto daño, y así quedaron entrambos satisfechos de sus agravios.

En esta ocasion se mostró bien la virtud de los cristianos, porque queriendo el rey del Goto tomar juramento de fidelidad conforme á las ce-

remonias de los gentiles, dándoles á beber cier ta taza de vino, dijo un caballero que allí estaba que aquello era vino y como vino lo beberia, mas el gobernador D. Juan, viendo tan tibia respuesta, salió en la sala delante del rey y respondió en nombre de todos: «Sepa Vuestra Alteza que ningun cristiano de los que han de ir en esta armada beberá ese vino, porque seria hacer contra nuestra santa ley que nos manda que no juremos por los dioses de los gentiles, sino por el Señor que crió el cielo y la tierra cuando fuere necesario hacerlo, y si Vuestra Alteza quiere que le hagamos el juramento en esta forma, hacerle hemos.» Dijo entónces el rey: «Teneis razon, que no me acordaba que fulano era cristiano.» Este caballero y gobernador que se decia D. Juan, era muy principal en el reino del Goto y muy valeroso en las armas, y así lo mostró en esta jornada. Al desembarcar él y los demás cristianos se hincaron de rodillas y se persignaron y santiguaron é hicieron oracion para entrar en la batalla con los de Firando, y fué el Señor servido que ningun cristiano muriese con hacer en ella cosas muy señaladas, de lo cual sacaron todos grande confianza para usar de la señal de la santa Cruz en sus peligros y trabajos.

Convalecia tan mal de su enfermedad el H. Luis de Almeida, que fué necesario para cobrar salud volverse con su compañero al puerto de Cochinozu con órden particular que para ello tuvieron del P. Cosme de Torres, su Superior, porque el H. Lorenzo habia de partir luego á Meaco, donde era muy necesario para ser compañero del P. Luis Froes, por el conocimiento que tenia con todos los caballeros de aquellas partes desde que estuvo allá con el P. Gaspar Vilela. Mucho sintieron los cristianos del Goto la ausencia de los Hermanos, y no ménos el rey y su hijo, pero el Hermano les dió esperanza de tornarlos á visitar, y con esto se partió dejándoles el órden de lo que habian de hacer, como lo acostumbraban en las demás partes donde no habia Padres. Llegaron entrambos á Cochinozu en el mes de Setiembre de 66.

Una cosa vieron en este reino los Hermanos muy particular, que por serlo tanto, la quise poner aquí. Hay un monte en una de estas islas, que será de seis leguas, donde hay mucha caza y se crian en él unos animales como perros, pero tienen el pelo muy blando como seda, y la carne comen los japones por mucho regalo en sus convites. Estos animales cuando son muy viejos se entran en el mar, y poco á poco se van convirtiendo en unos peces tan grandes como atunes, y cuando los pescan ya conocen que fueron animales de la tierra; en el tiempo que estuvieron los Hermanos en el reino del Goto, trujeron al rey uno de estos peces, el cual tenia la mitad del cuerpo con sus escamas y la otra mitad era figura de perro; que si no fueran testigos de vista los que escribieron el caso, fuera dificultoso para creerle por sola relacion.

CAPÍTULO X

Cómo el P. Melchor de Figueredo fué á Jimabara y á Bungo y el P. Gaspar Vilela á Omura y al Jequi.

Por el mismo tiempo que los Hermanos Luis de Almeida y Lorenzo hicieron su camino para el reino del Goto, fué el P. Melchor de Figueredo á visitar los cristianos de Jimabara, porque vinieron 10 hombres principales á Cochinozu á pedírselo al P. Cosme de Torres. Partió el P. Figueredo al principio de Enero de 66, llevando en su compañía á Paulo, el médico que vino de Sacay. Llegados á Jimabara, salieron los cristianos á recibirlos hasta la playa, así hombres como mujeres y niños, porque era grande el deseo que tenian de oir Misa y sermon y confesarse. Comenzó el Padre sus sermones y Paulo se ocupaba en instruir á los que se habian de bautizar, y enseñaba juntamente á los niños á leer y escribir la letra del Japon, porque no fuesen á deprenderlo á los monasterios de los bonzos. Renovóse con esto el fervor de aquellos cristianos; pero señaladamente en el tiempo de cuaresma y Semana Santa. Encerróse el Santísimo Sacramento el juéves por la mañana, y á la noche hubo su procesion de disciplinantes, sin otros muchos que venian toda la tarde á la iglesia, derramando mucha sangre los unos y los otros.

Para el dia de la Resurreccion habia compuesto Paulo en verso la historia del sepulcro y respuesta del ángel á las Marías. Representáronla los niños con mucha devocion al tiempo que se hacia aquella mañana la procesion con el Santísimo Sacramento. Pasada la Pascua vino el P. Cosme de Torres desde Cochinozu á visitar aquellos cristianos de Jimabara, y con su venida se bautizaron otras 50 personas. Habiéndolos visitado y consolado á todos, se volvieron los Padres á Cochinozu, porque desde allí habia de ir el P. Figueredo á Bungo, para ayudar al P. Juan Bautista Montano, que andaba muy falto de salud con el continuo trabajo que allí tenia, y para que visitase los lugares de aquella comarca, que por falta de Padre que lo hiciese, habia dias que no se visitaban.

Llegó á Bungo el P. Gaspar Vilela (como que-

da dicho) á los últimos de Mayo de 66; desde allí pasó á Cochinozu á verse con el P. Cosme de Torres, que se holgó en extremo con su venida, para comunicar las cosas de la cristiandad de Meaco, que tan revueltas andaban entónces. Entre otras cosas pareció á entrambos Padres que convendria volviese allá el H. Lorenzo, por tener mucha mano y conocimiento con todos aquellos señores gentiles, para las necesidades que se podrian ofrecer, y con este intento le envió á llamar el P. Cosme de Torres al reino del Goto, y en llegando á Cochinozu, á fin de Setiembre de 66 le envió luego á Meaco, para que ayudase al P. Luis Froes.

Una de las cosas que más cuidado le daban al P. Cosme de Torres era ver el suceso de los negocios que tocaban al rey D. Bartolomé y de su hermano el rey de Arima, y por esta causa residia de asiento en Cochinozu, para acudir al uno y al otro en lo que fuese necesario.

Ibanse poniendo en buen término las cosas de entrambos hermanos y pacificándose cada dia más sus reinos. Parecióle al Padre que era razon enviar á visitar estos príncipes con los Padres Gaspar Vilela y Melchor de Figueredo, para que supiesen el cuidado que tenia de encomendar á nuestro Señor sus negocios. Partieron los dos Padres con este órden de Cochinozu, que el P. Figueredo visitase al rey de Arima, y desde allí tomase su camino para Bungo, y el P. Gaspar Vilela pasase al reino de Omura.

Agradeció mucho el de Arima la visita del P. Figueredo, y la memoria y cuidado que tenia de sus cosas el P. Cosme de Torres, y él mismo vino después algunas veces al puerto de Cochinozu, y siempre iba á ver la iglesia y casa de los Padres. Con esta ocasion le hacian algunas pláticas de la ley de Dios, y como era hombre de buen juicio y entendido en las sectas del Japon, echaba de ver la diferencia que habia de la una doctrina á la otra; y así dijo una vez que por no haber entendido bien sus vasallos la sustancia de la ley de Dios, no se hacian cristianos mostrando con las palabras y semblante del rostro, que aguardaba él alguna buena ocasion para hacerlo.

El P. Gaspar Vilela visitó al rey D. Bartolomé en Omura, donde le halló bien ocupado en allanar los desasosiegos de su tierra, que no eran del todo acabados. Holgóse mucho con el Padre y con la relacion que le dió de la cristiandad de Meaco, díjole que todo su deseo era acabar de pacificar su tierra para procurar luego con todas sus fuerzas que se predicase en ella la ley de Dios sin contradiccion ni dificultad, y que con la esperanza que tenia de ver algun dia á todos los de su reino cristianos, llevaba en paciencia los trabajos y pesadumbres de la guerra. El Padre le animó dándole muchas razones, para que confiase en nuestro Señor le cumpliria su santo deseo, y que si ahora le daba tantos trabajos, era para que gozase después el fruto de ellos. Con esto se volvió el P. Gaspar á Cochinozu, dejando al rey muy consolado.

Entre el reino de Arima y el reino de Fingo hay un grande y espacioso brazo de mar con que se dividen estos reinos, en el cual hay algunas islas con diversas fortalezas y poblaciones, que todas pertenecen al reino de Fingo. Están repartidas estas islas entre cinco señores: la mayor de ellas se llama Amacusa, y está dividida entre dos señores; el que tiene la mayor parte se llama señor de Amacusa, y el otro se dice señor de Jequi, y cada uno tiene en su jurisdiccion y distrito muchas poblaciones y muy buenas fortalezas. Este señor de Jequi, que era pariente del rey de Arima, habia pedido diversas veces que fuesen á predicar la ley de Dios en su tierra, porque no está más de siete ú ocho leguas de Cochinozu. Fué allá el P. Gaspar Vilela con un compañero, y halló tan buena disposicion en los naturales de aquella tierra, que en pocos meses que allí se detuvo bautizó más de 600 personas. Pasó el P. Cosme de Torres á ver el fruto que en aquella isla se hacia, por estar tan cerca, y con su venida se bautizó otro grande número de gentiles, y se edificó una muy buena iglesia, á la cual acudian todos los cristianos á oir Misa y sermon y encomendarse á nuestro Señor, y en su lugar diremos lo que toca á esta cristiandad del Jequi y Amacusa.

CAPÍTULO XI

De la cristiandad de Firando, y lo que en ella pasaba por este tiempo.

Tambien iba la cristiandad con grande aumento en la iglesia de Firando por este tiempo, y se echaba de ver en los fieles mucha devocion, porque eran muy continuos en la confesion y comunion; siendo los primeros que daban ejemplo en todo D. Antonio y D. Juan su hermano, y D. Luis su cuñado, y sus mujeres, é hijos, y la demas gente que habia en casa de estos caballeros, y eran tan puntuales en esto, que aun á las letanías que se decian en la iglesia por la tarde, ni ellos, ni sus hijos y mujeres nunca faltaban. Tenian estos cristianos tanta devocion y estima de frecuentar los Sacramentos de la Confesion y sagrada Comunion, que venian de las islas comarcanas á la iglesia de Firando embarcaciones llenas de gente para confesarse, y

algunos esperaban ocho y diez dias para poderlo hacer; pero viendo el Padre, que allí residia, por una parte su devocion y por otra su trabajo, les prometió de irlos á confesar y decir Misa á sus islas en cumpliendo con los de Firando, porque no hiciesen falta á sus labores y ocupaciones, y así lo hizo comenzando por la isla de Iquizeuqui.

Entre los que allí se confesaron fué un cristiano que era muy viejo y habia tenido cuidado de la iglesia y de enseñar la doctrina á los niños. Confesó y comulgó este buen hombre, y el dia siguiente le llevó nuestro Señor para sí. Por el mismo órden fué visitando las demás islas de D. Antonio y de D. Juan su hermano. Cuando llegaba el Padre al puerto de alguna de estas islas, estaban ya los cristianos esperándole en la playa, y después de darle el parabien de su venida, se ponian todos en procesion las manos levantadas al cielo, y de esta manera cantando los niños la doctrina, le llevaban á la iglesia.

En una isla de D. Juan que se decia Jiji, habia un caballero que se habia hecho cristiano en Firando algunos años antes, pero no vivia como tal, y por su ejemplo otros diez ó doce criados suyos que se habian bautizado con él, procedian con la misma libertad y desórden. Sólo quedó uno entre todos llamado Jorge, que vivia como buen cristiano, y en todas las ocasiones que se ofrecian acordaba á sus compañeros, cuán mal correspondian con la vida y costumbres á la obligacion que tenian; y lo mismo hacia con su señor, por lo cual era menospreciado y aborrecido de todos. Cuando llegó á esta isla el P. Baltasar de Acosta, por la importunidad de Jorge, vino su amo á oir los sermones con toda la gente de su casa, é hicieron tal mudanza en su vida, que fueron muy ejemplares cristianos desde allí adelante. Este caballero vino á Firando con sus criados la Semana Santa del año de 66 á confesarse. Disciplináronse todos en la procesion del Juéves Santo con mucho fervor y devocion, y desde entónces estimaba á su criado Jorge como si fuera su hermano, reconociendo que por su medio y buenos consejos le habia hecho nuestro Señor tanta merced.

Tambien se echó de ver en otro lugar de estos que se decia Nejico (que era de la suegra de D. Juan) la virtud de algunos cristianos, porque cuando aquella señora (siendo aún gentil) dió licencia que sus vasallos se hiciesen cristianos, no quiso que se bautizase un mancebo principal de aquel lugar, porque le servia este mozo de muchas cosas, que no las hicieran los cristianos por tocar á sus ídolos, y así mandó expresamente al gobernador de aquel lugar, que era cristiano y se llamaba Diego, que en ninguna manera le dejase hacerse cristiano.

Visitando el Padre aquellos lugares como lo tenia de costumbre, llegó á Nejico. Oyó este mozo los sermones, y fué tal el deseo que tuvo de ser cristiano, que le hubo de dar el Padre el santo Bautismo, mas fué tal el disgusto que recibió su señora cuando lo supo, que envió á decir al gobernador que le hiciese matar luego. Diego como era tan buen cristiano, no sólo no hizo lo que su señora le mandaba, pareciéndole cosa injusta, antes avisó al mozo de lo que pasaba, y él y su Padre, que tambien era cristiano, dejando sus casas y hacienda, se fueron á vivir á otro lugar de D. Antonio. Lo mismo le sucedió al gobernador Diego, que cuando supo su señora lo que habia hecho, le quitó la renta que tenia y le echó de sus tierras, y él se fué con su mujer é hijos á otro lugar de D. Antonio con mucha alegría, holgándose de ser desterrado y padecer pobreza por Cristo nuestro Señor, por ver (como él decia) que no le remordia la conciencia acerca de aquel negocio. Verdad es que cuando después se bautizó esta señora, entrado el año de 66, los perdonó á todos y volvieron en su gracia y les dió la misma renta, y aún más que antes tenian, estimando en mucho su virtud.

No fué ménos notable y ejemplar otro caso que sucedió en la ciudad de Firando. Bautizóse allí un caballero mozo y noble sin saberlo su padre, porque si lo entendiera, lo estorbara por todas las vías posibles, y cuando lo supo fué tal el enojo que tuvo contra su hijo, que le desheredó de su mayorazgo y le echó de su casa, y lo mismo hicieron sus parientes deshonrándole donde quiera que le encontraban; mas él como buen cristiano, perseveró siempre sufriendo con grande alegría aquellas afrentas y pobreza que padecia, y decia muchas veces que con la esperanza que Dios le daba de la otra vida, no sentia la pobreza y deshonra con que vivia y pasaba, sustentándose de la limosna que le daban los que antes habian sido sus criados y á quien él solia hacer mercedes.

Otro criado del rey de Firando, que era como administrador general de su hacienda, y tenia con este oficio muy buena renta y era muy estimado de todos, dijo un dia al rey su señor que todo el tiempo que habia sido gentil le habia servido con fidelidad, pero que siendo ya cristiano y de mucha edad, le importaba á su salvacion descargarse de tantos cuidados, para atender de propósito al principal negocio que tenia de su alma, y que Su Alteza le tuviese por excusado de allí adelante, pues no faltarian muchos

que le pudiesen servir en aquel oficio con la renta que á él le daba.

Otras dos cosas sucedieron en el reino de Firando el año de 1567, de grande edificacion. La primera fué que habiéndose convertido un bonzo á nuestra santa fe y casado con una mujer cristiana y virtuosa, una señora gentil cuyo vasallo era, le hizo mucha instancia porque dejase aquella mujer y se casase con otra que ella le queria dar; pero él nunca quiso hacerlo, viendo que en ello ofendia á Dios, por lo cual su señora le mandó matar y él recibió las heridas y aguardó la muerte hincado de rodillas sin quererse defender. Otro cristiano sirviendo á un señor gentil, le mandó que quebrantase una fiesta y no hiciese caso de aquellas invenciones de los cristianos, si no, que le quitaria la vida; mas él quiso perderla antes que dar á entender á su amo que no estimaba más que su vida cualquier mandamiento de la ley de Dios. Estos y otros muchos ejemplos que cada dia se veian en aquellos cristianos, movian mucho á los gentiles para que recibiesen la ley de Dios, y así se bautizaron en Firando aquel año más de otros 100 cristianos.

Este mismo año de 67, á los últimos de Junio, fué nuestro Señor servido de llevar para sí al H. Juan Fernandez, primero compañero de los PP. Francisco Javier y Cosme de Torres, el cual gastado y consumido de los muchos trabajos que habia pasado predicando casi veinte años en aquellos reinos con tanto fruto y ejemplo de vida, acabó esta mortal, recibidos todos los Sacramentos, para ir á gozar en la eterna el premio de sus obras y buenos servicios. Enterráronle en la iglesia de Firando, cuya muerte sintieron y lloraron mucho todos los cristianos.

CAPÍTULO XII

De lo que pasaba en este tiempo en las partes de Meaco, particularmente en la ciudad de Sacay, y en la fortaleza de Imori.

En el cap. VII queda dicho, cómo el P. Luis Froes estaba en la ciudad de Sacay y el fruto que nuestro Señor allí habia hecho el verano de 1566. Venido el invierno y creciendo las guerras, como se dirá en el capítulo siguiente, estaban dos ejércitos contrarios cerca de aquella ciudad: el uno era de Miojindono y Dajandono, en que habia como 10 ó 12.000 hombres y el otro de Vatadono, capitan general de Nobunanga, rey de Boari, de 15.000. Habia en estos dos ejércitos muchos caballeros cristianos, de los cuales algunos venian á vengar la muerte del Cubuzama, y otros eran vasallos de los dos tiranos que le habian muerto. Descubríanse las tiendas y alojamientos de los caballeros y capitanes cristianos, por unas grandes y hermosas cruces que traian en los yelmos ó capacetes, unas medallas de oro ó de plata y dentro muy bien grabado y esculpido el nombre santísimo de Jesus.

Para que los gentiles echasen de ver el amor y union que entre sí tenian los cristianos, aunque fuesen de ejércitos tan contrarios, determinó el P. Luis Froes, que pues habia treguas en aquellos dias, se juntasen en la iglesia de Sacay á celebrar la fiesta del santo Nacimiento, aquellos soldados y caballeros con los cristianos de la ciudad. Era ya llegado de Cochinozu el H. Lorenzo, y así él y los otros dos Hermanos, aderezaron la iglesia para aquel dia lo mejor que pudieron. Vinieron todos los cristianos sin faltar ninguno, así del ejercito de Miojindono, como los del contrario de Vatadono, gastando parte de aquella noche en aparejarse para confesar y comulgar. Díjoles el Padre dos Misas, y los Hermanos hicieron otras dos pláticas de aquel Santo misterio. Era grande consuelo ver tantos caballeros y soldados, tan ricamente vestidos en su hábito militar, confesar y comulgar con tanta devocion, y que siendo de ejércitos contrarios se tratasen con tanta cortesía y amor, como si fueran todos hermanos de padre y madre. Admiraba esto tanto á los gentiles, que decian y confesaban no ser necesario otro testimonio para entender cuán santa era la ley de los cristianos, sino ver la mudanza que hacia en los corazones de los que la recibian.

El dia de Pascua por la tarde se entretuvieron unos con otros, contando cada uno las mercedes particulares que habia recibido de nuestro Señor después que era cristiano. Antes de partirse, para mostrar más su union y caridad, hicieron traer diversos platos de frutas y tomaron colacion todos juntos, sirviendo en aquel convite algunos caballeros mozos y muy principales por su humildad, que si no fueran cristianos, por ningun respeto lo hicieran. Acabada la colacion, se despidieron unos de otros con mucho amor y cortesía, y últimamente se despidieron del Padre y se volvieron á sus alojamientos. En este tiempo que los ejércitos estuvieron á vista de Sacay, vino Vatadono, capitan general de Nobunanga con su hermano Dario, á visitar algunas veces al Padre y ver su iglesia, y la causa de este tan particular favor se dirá en el cap. XIV.

Entrado el año de 1567, parecióle al P. Luis Froes que seria bien visitar á los cristianos de la fortaleza de Imori, porque D. Sancho y los demás caballeros y cristianos estaban con gran-

de deseo de oir Misa, y confesar y comulgar y lo habian pedido muchas veces. No pudieron venir estos caballeros á la fiesta del santo Nacimiento que se celebró en el Sacay, porque como aquella fortaleza era la mejor de cuantas tenia Miojindono, y la fiaba de D. Sancho y de los que estaban en su compañía, no podian desampararla teniendo el ejército de Vatadono tan cerca.

Avisó el P. Luis Froes, cómo pensaba visitarlos para el dia de los Reyes, lo cual fué para todos los de la fortaleza un particular consuelo. Envió luego D. Sancho navíos y lo demás necesario para el camino, y después salió él mismo dos leguas á recibirle acompañado de su hijo. Era este caballero un ejemplo de virtud á todos los que vivian en aquella fortaleza, los cuales contaban al Padre que una de las mayores recreaciones que tenia D. Sancho, era proponer algun punto de las sectas del Japon, y luego probar con razones eficaces cuán falso era todo lo que enseñaban; y con esto hacia muy grande fruto en aquellos con quien trataba. A su hijo mayor, que era de trece años, pero muy hábil y discreto, tenia repartido el tiempo de todo el dia, señalándole ciertas horas para leer y escribir y otras para los ejercicios en que se habian de criar los caballeros, y en particular le mandaba que rezase cada dia todo el Rosario de Nuestra Señora en tres veces, á la mañana y á mediodia y á la noche, puesto de rodillas delante del altar sin otras devociones particulares que rezaban todos los cristianos, por las cuentas benditas que estaban puestas en la iglesia. Y á su ayo del niño decia, que le avisase cada dia si faltaba en alguna cosa de aquellas.

Llegada la fiesta de los Reyes, se confesaron D. Sancho y su mujer, parientes y criados y los demás caballeros y cristianos, y comulgaron el mismo dia. Habia tantas disciplinas de parte de noche, que más parecia convento de religiosos que fortaleza de soldados.

A vuelta de cuaresma se dieron dos batallas campales entre los dos ejércitos que estaban alojados á vista del Sacay. Puso esto en grande cuidado al P. Luis Froes, por causa de los caballeros cristianos que se habian de hallar en ellas. Pero fué nuestro Señor servido, que con hacer cosas muy señaladas, aunque algunos quedaron heridos en la primera batalla, no murió más que uno, y en la segunda dos, porque todos iban muy sobre aviso de no encontrarse unos con otros, antes ayudarse en lo que pudiesen. Desbarató Vatadono en la última batalla á los traidores que habian muerto al Cubuzama, y tuvieron necesidad de recogerse á una fortaleza que se decia Cabachi, donde los tuvo cercados algunos dias; pero no teniéndose allí por seguros, por vías secretas se le salieron al principio de la Semana Santa, y Vatadono quedó por señor de la fortaleza, y poco á poco les fué quitando tambien sus tierras.

Hallóse el P. Luis Froes en Imori cuando se dieron las dos batallas, y así le fué forzoso y necesario detenerse toda la cuaresma en aquella fortaleza, porque no estaban seguros los caminos para volver al Sacay; y porque tambien le pareció, que esta era una buena ocasion para consolar á los cristianos de Meaco, que habian estado tanto tiempo sin confesarse, y veníales muy á cuento porque la fortaleza de Imori estaba como en medio del camino de Meaco y del Sacay, y así podian los unos y los otros acudir allí con más comodidad. Dió cuenta el Padre á D. Sancho del deseo que tenia de celebrar allí los oficios de la Semana Santa, el cual holgó en extremo de la traza que se daba para que se juntasen los cristianos en su fortaleza; y ofreció de hacer todo regalo y buen acogimiento á cuantos viniesen, porque era muy grande el celo que tenia este caballero de la honra de nuestro Señor y de todo lo que tocaba á su servicio.

Como se entendió entre los cristianos de Meaco lo que el P. Luis Froes habia acordado, fué grande su alegría y consuelo espiritual; y cuando vino el lúnes de la Semana Santa, era mucho el número de los que habian concurrido, así de Meaco como de otros lugares. A todos hospedaba D. Sancho con mucha caridad, y proveia de todo lo necesario con grande liberalidad. El Mártes Santo llegaron otros 50 caballeros de los principales cristianos de Meaco con sus mujeres é hijos que venian á gozar de aquel santo tiempo. A la gente más principal aposentaba D. Sancho dentro de la fortaleza, y á los demás cristianos al pié de ella en la isla de Sanga, que por ser tan cerca, sin ninguna dificultad podian acudir todos á los oficios divinos que se habian de celebrar en la iglesia de la misma fortaleza.

Cuando se vieron allí juntos los cristianos de Meaco con el P. Luis Froes, eran tantas sus lágrimas y gemidos (acordándose del tiempo que tuvieron iglesia, viéndose ahora sin ella y sin Padres que les dijesen Misa) que quebraban el corazon de quien los oia. Aderezaron los Hermanos la iglesia y monumento, porque D. Sancho tenia en su casa muy buen recaudo para todo. Confesáronse en aquellos dias todos los cristianos, así hombres como mujeres, y la mitad de ellos comulgaron el Juéves Santo, y la otra mitad el domingo de Pascua, porque se pudiesen confesar todos con más comodidad.

Pesábale al demonio de ver la devocion con que asistian aquellos cristianos á los divinos oficios, y el mucho provecho espiritual que de esto se les seguia, y quiso perturbarlos con una carta que escribieron á D. Sancho desde Sacay; la cual recibió el juéves acabando de encerrar al Santísimo Sacramento. Avisábanle en ella cómo Miojindono y Dajandono, no se atreviendo á esperar en la fortaleza de Cabachi, se habian ido huyendo, y Vatadono se habia hecho señor de ella, y pensaba ir tomando las demás tierras de estos señores, porque traia para ello órden de Nobunanga. Fué grande la turbacion que cayó en todos cuando se entendieron estas nuevas, porque siendo la fortaleza de Imori la mejor de cuantas tenia Miojindono, les pareció habia de venir sobre ella luego el ejército de Vatadono, y que los caminos estarian tomados y habian de perecer allí, y así trataban de buscar medios para volver á sus casas. Mas el valeroso D Sancho con ser el que más riesgo corria, juntó á todos y dijo, que aquella era invencion del demonio para desasosegarlos, porque el lugar donde estaban era muy seguro y fuerte y las guerras no se comenzarian en aquellos quince ni veinte dias; y cuanto á los caminos, que él se ofrecia de ponerlos muy seguros en sus casas, y acompañarlos él mismo con sus criados si fuese necesario, cuanto más que habiéndose juntado allí para cosa de tanto servicio de nuestro Señor, debian tener grande confianza en él, que los sacaria de cualquier aprieto y trabajo.

Con estas y otras razones que el P. Luis Froes tambien les dijo se quietaron del todo, y después de mediodia vinieron de 10 en 10 á la iglesia con sus túnicas y disciplinas, y á la noche hicieron muy solemne procesion, derramando en ella mucha sangre y lágrimas. Con la misma devocion celebraron la Pascua de Resurreccion, haciendo aquella mañana otra procesion desde la iglesia hasta una cruz, y disparando la artillería de la fortaleza. Todo el camino por donde iba la procesion era una muy fresca arboleda, y á trechos habia sus altares adornados con muchas flores y rosas. Vueltos á la iglesia tuvieron Misa y sermon, y aquel dia hizo don Sancho un banquete á todos los cristianos que se hallaron en Imori; y después de mediodia, mandó traer 12 ó 15 embarcaciones grandes para que entrasen en ellas los cristianos, y se recreasen en un hermoso y caudaloso rio que estaba al pié de la fortaleza, de la cual se hace la isla de Sanga. Vinieron luego más de otros 90 barcos de los vasallos de D. Sancho con redes para pescar, y cogieron grande cantidad de peces. Vueltos á la iglesia aquella tarde, repartió el Padre entre aquellos cristianos algunos *Agnus Dei*, y cuentas benditas; y el dia siguiente por la mañana se despidieron todos del Padre y de D. Sancho y se volvieron á sus casas, y el Padre con los Hermanos para el Sacay.

CAPÍTULO XIII

En que se declara quién era Vatadono y Nobunanga, y cómo por medio de ellos fué restituido en la dignidad de Cubuzama un hermano del muerto.

Vatadono de quien en el capítulo pasado hicimos mencion, era natural del reino de Bomi, y el mayor señor de él y vasallo del Cubuzama muerto. Llevaron preso Miojindono y Dajandono (como queda dicho) á Cabadono Voyacata, mozo de veinticuatro años, el cual era bonzo y hermano del Cubuzama, diciendo que le querian restituir en el estado y en la dignidad de su hermano, aunque su intento no era sino partir los reinos entre sí, y entre tanto tenerle preso para deslumbrar á los señores del Japon y después matarle.

Vino á entender Voyacata, estando preso, los intentos de Miojindono y Dajandono, que eran quitarle la vida, y así procuró huir de la prision, y no faltó quien le ayudase para ello. Acogióse entónces á una fortaleza llamada Coca, donde vivia Vatadono, porque le conocia por muy valeroso capitan y aficionado al Cubuzama su hermano. Recibióle Vatadono en su fortaleza con mucho contento y tratóle conforme á la calidad de su persona todo el tiempo que allí estuvo, y tomó muy á su cargo el favorecerle y procurar por todas vías de que fuese restituido en el estado y dignidad de su hermano, y para esto habló á muchos señores vasallos del Cubuzama y á otros que eran parientes de los que habian muerto en su servicio, persuadiendo á todos, que vengasen la muerte de su señor.

Tenia tambien Vatadono estrecha amistad con el rey de Boari, que se llamaba Nobunanga, y como sabia las grandes partes que este príncipe tenia para salir con cualquiera empresa que tomaba entre manos, hizo tanto con él, que se encargó de restituir á Voyacata en su estado, y para comenzar esta jornada, nombró por su capitan general al mismo Vatadono, y le envió delante con 10 ó 12.000 hombres para que comenzase á hacer guerra á Miojindono y Dajandono, entretanto que él llegaba con todo su ejército á poner en posesion al nuevo Cubuzama.

Con esta gente y la que después se le juntó á

Vatadono de otros señores, que pasarian todos de 15.000 hombres, dió las dos batallas cerca del Sacay á los dos traidores, y después los cercó en la fortaleza de Cabachi y se hizo señor de ella y de la mayor parte de sus tierras, y esta fué la ocasion del rebato que tuvieron los cristianos la Semana Santa en la fortaleza de Imori, como se dijo en el capítulo pasado.

Poco después que alcanzó Vatadono estas victorias, llegó Nobunanga al Meaco con 50.000 hombres para poner en posesion á Voyacata, y porque este príncipe vino después á tener la monarquía del Japon, será bien decir primero sus partes y calidades. Era cuando vino al Meaco de treinta y siete años, alto de cuerpo, aunque delgado y de poca barba, en extremo belicoso, y aficionado al ejercicio de las armas; inclinado á obras de justicia y misericordia, pero ambicioso de honra con demasía. Tenia grande secreto en lo que determinaba, y era sagacísimo en ardides de guerra, poco ó nada sujeto al consejo de los suyos, y grandemente temido de todos por ser hombre intrépido y animoso para emprender cualquier cosa. Era áspero en el tratamiento, y á todos los reyes del Japon tenia en poco y los hablaba por encima del hombro. Era de buen entendimiento y juicio, y así no hacia caso de los ídolos, porque los tenia por cosa de burla, y decia que eran invenciones de hombres. Traia siempre 2.000 hombres de á caballo para su guarda, y siendo su padre señor de solo el reino de Boari, él por su grande valor é industria habia conquistado algunos otros.

Llegado Nobunanga al Meaco con este tan poderoso ejército y la grande fama que corria de sus hazañas, no halló resistencia para hacer cuanto quiso. Mandó aposentar al nuevo Cubuzama que llevaba en su compañía en el principal monasterio de aquella ciudad, entretanto que se tornaban á edificar los palacios de su hermano que se habian quemado, y la gente de su ejército hizo alojar por los otros monasterios de bonzos, aunque ellos se habian prevenido con grandes dádivas y presentes que le habian hecho, para que no les repartiese soldados.

Para comenzar el edificio de los palacios, mandó derribar luego dos monasterios que habian edificado los bonzos en el mismo sitio, y para que estuviese más espacioso y desahogado, tomó otras cuatro calles en cuadro, y así fué necesario poner por el suelo otro buen número de monasterios. Traia Nobunanga en el edificio de estos palacios 25.000 personas, y cuando ménos habia eran 14.000; y esto no sólo de la gente comun, sino de los nobles y principales de Meaco, porque á trueco de darle gusto y tenerle contento, á todo se allanaban, y por ser naturalmente aficionado á obras y edificios, andaba él mismo como sobreestante de lo que se hacia, vestido con una cuera de pieles de tigre, y su espada por báculo en la mano, y á esta causa nadie se atrevia á parecer delante de él con vestidos de seda, ni hábito de cortesano.

Quiso hacer esta obra de cantería, y por no hallar á mano piedra que fuese á su gusto, mandó que se deshiciesen cuantos ídolos habia de piedra, y se los trajesen rastrando con sogas por medio de aquellas calles, obligando á cada señor que le trajese cada dia con su gente cierto número de ellos. Tenia con estas cosas tan espantados y atemorizados á los de Meaco, y tan afrentados y avergonzados á los bonzos, que no osaban parecer en público. Todo el tiempo que duraron las obras, mandó que no se tocase dentro ni fuera de Meaco otra campana, sino una que él hizo poner en la fortaleza para llamar y despedir la gente. Los que querian entrar á ver las obras habian de pasar por una puente levadiza donde él estaba de ordinario; y porque vió una vez (aunque de léjos) que un soldado levantó un manto á una mujer para verla el rostro, él mismo le cortó la cabeza por su mano. Con esta continua asistencia que tenia en las obras, y la mucha gente que se ocupaba en ellas, hizo en poco tiempo lo que otros no pudierañ hacer en algunos años.

Acabada la cantería, restábale hacer labrar la madera para los aposentos y salas, y si hubiera de esperar á esto fuera necesario detenerse mucho tiempo; y con el deseo que tenia de concluir lo que tocaba al Cubuzama, para proseguir otras cosas que tenia comenzadas, dió en un medio que sólo él pudiera intentarlo, y fué deshacer todos los jajequis y beobus (que son unas piezas doradas y riquísimamente labradas, que estaban en dos famosos templos y los más principales que habia en Japon; el primero estaba en la ciudad de Meaco, que se decia Rochio, y el segundo en la ciudad de Nara, y se llamaba el gran Daibut), y que todos estos jajequis y beobus, así como estaban, los fuesen asentando en las salas y cuadras del palacio.

No se puede encarecer la afliccion y pena de los bonzos, cuando supieron la determinacion de Nobunanga, pareciéndoles que aquello era la última miseria y afrenta que les podia venir. Juntáronse para tratar de este negocio 1.500 bonzos de los más principales, y suplicaron á Nobunanga (y hicieron que el Dayri tambien se lo pidiese) que por cualquier precio de oro y plata que pidiese, les dejase sus templos en pié, y no les hiciese tan grande afrenta; pero él sin hacer caso

de nadie, mandó que se ejecutase lo que habia determinado.

Habian sido los bonzos del monasterio de Rochio, los que negociaron con el Dayri y con Dajandono que desterrasen á los Padres de Meaco, y les quitasen su iglesia, porque tenian con él mucha mano entonces, mas como nuestro Señor sabe trocarlas cuando él es servido, así dió á estos bonzos el castigo que su arrogancia y soberbia merecia, y que viesen sus ídolos arrastrados por medio de las calles de Meaco, y parte de sus monasterios hechos aposentos de soldados, y últimamente deshechos los más famosos y de mayor autoridad que tenian en Japon; y con la misma mano que tomó para castigar á estos arrogantes bonzos, levantó y favoreció á los afligidos cristianos, trocando sus lágrimas y desconsuelo pasado, en doblada alegría con la restitucion de los Padres y de su iglesia en la ciudad de Meaco, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIV

Cómo fué restituido el P. Luis Froes á su iglesia de Meaco por medio de Vatadono.

Bien se echa de ver en lo que habemos de tratar en este capítulo, cuán padre es Dios nuestro Señor de sus hijos, y la particular providencia que de ellos tiene y cómo dispone y ordena las cosas con su infinita sabiduría de tal manera, que cuando parece estan más desahuciadas y sin remedio, se le dé Su Divina Majestad por el camino que los hombres ménos piensan, para que deprendan á poner su confianza en él, en medio de sus mayores tribulaciones y trabajos. Y para que mejor se entienda el brazo que Dios tomó para tornar á levantar su iglesia en Meaco, y restituir al Padre en ella por medio de Vatadono, será bien que digamos primero de dónde comenzó la devocion de este caballero, y el grande favor que siempre hizo á la cristiandad todo el tiempo que vivió.

Tenia Vatadono otro hermano menor que se llamaba Dario, el cual fué padre del valeroso caballero Justo Ucondono, de quien en el discurso de esta historia se ha de hacer mucha memoria por su grande virtud y cristiandad. Predicando en Meaco el P. Gaspar Vilela, oyó Dario sus sermones y por la gracia del Señor se hizo cristiano y fué muy ejemplar toda su vida. Hablaba Dario muchas veces con su hermano Vatadono acerca de la ley de Dios, mostrándole con razones la diferencia que hacia á las sectas del Japon en su verdad y santidad. Fueron los dos hermanos un dia á visitar al P. Gaspar Vilela, y él los recibió con toda la voluntad y caricias que pudo.

Edificóse mucho Vatadono del buen modo y término con que el Padre los habia acogido, y dijo que gustaria de oir sermon. Predicóle el Padre lo que ordinariamente solia al principio del catecismo, cómo Dios era Criador de todas las cosas, y el punto de la inmortalidad del alma y particular providencia acerca de los hombres, premiando sus buenas obras y castigando los pecados. Estuvo oyendo el sermon hora y media con mucha atencion, y como era hombre de grande juicio y entendimiento, hiciéronle mucha fuerza las razones y quedó con deseo de continuar los sermones, y así dijo al P. Gaspar que por serle necesario partir luego al reino de Bomi, no podia oir lo que le faltaba, pero que en dándole para ello lugar sus ocupaciones, lo procuraria, y que en todo lo que él pudiese, veria la voluntad con que siempre le favoreceria.

Partido Vatadono al reino de Bomi, pasados algunos dias escribió á su hermano Dario, que pidiese al P. Gaspar Vilela le enviase alguna persona que le declarase la ley de Dios; pero con algunas ocupaciones precisas que ocurrieron, no hubo quien pudiese ir hasta después de muerto el Cubuzama, cuando estaban desterrados en Sacay, que entónces acudió allá el H. Damian, aunque fué á tiempo que tenia Vatadono en su fortaleza á Voyacata, hermano del Cubuzama muerto, y andaba muy ocupado tratando con los señores comarcanos y con el rey de Boari de su restitucion, y así no pudo asistir á los sermones como deseaba, y se hubo de volver el Hermano á Sacay.

Vino después Vatadono por capitan general de Nobunanga (como queda dicho) y trajo consigo á Dario su hermano, y fué uno de los caballeros cristianos que se hallaron en el Sacay á la fiesta del santo Nacimiento que allí se celebró Estando un dia hablando Dario con su hermano Vatadono, le dió cuenta del agravio que habian hecho el Dayri y Dajandono á los cristianos en desterrar á los Padres y quitarles su iglesia, teniendo licencia del Cubuzama pasado para residir en Meaco y predicar en ella la ley de Dios, y que le suplicaba tomase á su cargo favorecerlos con Nobunanga y con el nuevo Cubuzama, procurando de restituirlos á su iglesia y defenderlos de los bonzos y gentiles, por ser aquellos Padres sus maestros y extranjeros, y que á nadie hacian mal. Holgó mucho Vatadono de lo que su hermano le pidió, y que se ofreciese ocasion de mostrar la voluntad y deseo que tenia de favorecer á los Padres y á la cristiandad como lo habia ofrecido al P. Gaspar Vilela, y así le prometió de tomar este negocio muy á su

cuenta y poner en él todas sus fuerzas, y sabiendo que el P. Luis Froes estaba en Sacay (porque ya era ido á Bungo el P. Gaspar) dijo á su hermano Dario que holgaria de verle.

Vino luego el Padre á visitarle á su ejército, donde le halló acompañado de muchos señores y caballeros. Recibióle Vatadono con tanta honra y cortesía, que dejó espantados á todos los que se hallaron presentes, porque le hizo sentar en su propia silla (sin que bastasen los ruegos y excusas del Padre) deseando mostrar desde luego las veras con que habia de favorecer la cristiandad, y porque entendió que en Sacay miraban al Padre como á hombre desterrado de Meaco, para darle más honra y autoridad entre los gentiles, fué él mismo algunas veces á visitarle y á ver su iglesia, llevando en su compañía los principales señores y caballeros del ejército.

Llegados á Meaco Nobunanga y Vatadono, y pasados algunos meses que las ocupaciones dieron lugar para ello, estando un dia presentes muchos señores y caballeros y el nuevo Cubuzama, dijo Vatadono á Nobunanga, que en pago de los servicios que habia hecho á Su Alteza en aquella jornada, le suplicaba le hiciese merced de mandar restituir á Meaco los Padres que tan injustamente habian sido echados de aquella ciudad por el Dayri y Dajandono, y quitádoles su iglesia. Quiso contradecir la peticion de Vatadono un cunge, criado del Dayri, que le habia hecho firmar la patente del destierro y grande enemigo de la ley de Dios, el cual dijo á Nobunanga que no los restituyese, porque donde quiera que estaban aquellos Padres, todo se revolvia con guerras y se destruia. Rióse Nobunanga del cunge, y díjole: «Teneis muy estrecho corazon, pues os parece que en una ciudad como esta ha de bastar un hombre para turbarla.» Y con el ruin semblante que mostraba á lo que no le daba gusto ó no le parecia ser conforme á razon, nadie le osaba replicar palabra. Vuelto á Vatadono le dijo que holgaba de que el Padre volviese a Meaco y se le restituyese la iglesia. El Cubuzama como estaba tan obligado á Vatadono, respondió lo mismo.

Habidas estas dos licencias, restaba la del Dayri para que fuese con beneplácito de todos la restitucion del Padre. Envió Vatadono á decir á los cunges que le sacasen esta licencia del Dairy, pues eran de su consejo; mas temiendo que por ventura darian disgusto á su señor, ó por las causas que les pareció, se excusaron con Vatadono, diciendo que el Padre comia hombres y que la ley que predicaba era del demonio, y que no se atreverian á hablar sobre aquel negocio. Enfadóse grandemente Vatadono con esta respuesta, y envióles á decir que él traeria al Padre á Meaco y le pondria en la posesion de su casa é iglesia sin tener cuenta con ellos ni con el Dayri, pues Nobunanga y el Cubuzama lo querian así. Atemorizáronse los cunges viendo enojado á Vatadono, y ofrecieron de favorecer al Padre en todo lo que se le ofreciese con el Dayri, pero Vatadono sin hacer caso de ellos envió se viniese luego al Meaco. Diéronle este recaudo en Sacay ocho dias antes de la Semana Santa del año de 1568 á los 26 de Marzo. Acabó de confesar los cristianos de aquella ciudad, y comulgólos, y desde allí tomó su camino para Meaco, á donde llegó lúnes de la misma Semana Santa.

Cuando los cristianos supieron de su venida, salieron á recibirle tres leguas, derramando tantas lágrimas de alegría, como antes habian derramado de pena, dando por bien empleados los trabajos pasados, viendo tal fruto de ellos. Como fué la venida del Padre tan de repente, y que apénas la supieron en Meaco, ni estaba aderezada la iglesia, ni la casa donde solian vivir antes, hospedóle en su casa un cristiano muy honrado llamado Antonio, y allí vinieron todos los demas, así de la ciudad como de los lugares comarcanos á visitar al Padre, y darle el parabien de su venida.

CAPÍTULO XV

Cómo el P. Luis Froes visitó á Nobunanza y al Cubuzama, y los favores que le hicieron por medio de Vatadono.

Luego que el Padre llegó á Meaco, le envió á decir Vatadono que fuese á ver á Nobunanga, porque le habia preguntado algunas veces si era venido del Sacay. Llegó el Padre á la fortaleza, acompañado de algunos cristianos, pero fué á tiempo que estaba cerrada, y Nobunanga oyendo música, y así no pudo hablarle. Dijéronle que en estando otra vez desocupado, le avisarian para que le viese. Dijo después Nobunanga á Vatadono, que no le habia hablado por no saber el tratamiento que se debia hacer á un hombre extranjero, que venia al Japon de tantas mil leguas. Quiso tambien visitar el mismo dia al Cubuzama, mas por estar enfermo tampoco le pudo ver. Fué esto ocasion de que hubiese muchos dichos en la ciudad, porque los bonzos para disimular su corrimiento y disfavor, decian que ni el Cubuzama ni Nobunanga habian querido ver ni hablar al Padre, ni quisieran que hubieran venido al Meaco. Supo esto Vatadono, y tomólo por negocio propio y que le iba su hon-

ra en acreditar al Padre, por haber venido en su confianza desde Sacay; y cuando le pareció buena coyuntura, vino él mismo con 30 caballeros para llevarle á la fortaleza, y por hacerle más honra, se fué con él á pié por todas las calles.

Estaba Nobunanga mirando las obras sobre una puente levadiza por donde pasaban todos. Llegó el P. Luis Froes en compañía de Vatadono á hacerle su acatamiento delante de mas de 7.000 hombres, y muchos señores que estaban con él. Mandóle cubrir por el sol que hacia, y preguntóle cuántos años tenia y el tiempo que habia gastado en los estudios, cuánto habia que estaba en aquella tierra, y si tenian sus parientes esperanza de verle más, y otras muchas cosas á este modo. Particularmente le preguntó si la ley de Dios no se dilatase en Japon, si se volveria á la India. Respondióle el Padre, que aunque no hubiese más que un solo cristiano, por conservarle estaria cualquier Padre toda su vida en aquella tierra. Preguntó más, que cómo no tenian más casas é iglesias en aquella ciudad. A esto dijo el Padre, que así como en naciendo el grano, solian ahogarle las espinas y no le dejaban crecer; de esa manera los bonzos en viendo que algunos se hacian cristianos, procuraban perseguirlos y destruirlos. Dijo entónces Nobunanga mil males contra los bonzos y contra su vida y costumbres, y que no pretendian sino sacar dineros y regalar sus cuerpos.

Con esta ocasion le suplicó el Padre que pues Su Alteza tenia entónces el mando y gobierno de aquellos reinos, mandase juntar los más insignes letrados de la universidades, y los oyese disputar con él, por su entretenimiento sobre la ley de Dios y las sectas del Japon; y que si él fuese vencido en la disputa, con justa razon le podria mandar Su Alteza salir de Meaco y de todo el Japon, como á cosa inútil y sin provecho. Oyendo esto Nobunanga, volvióse riendo á los que estaban allí y dijo, que de grandes reinos no podian dejar de nacer hombres de grande ánimo y capacidad, y al Padre respondió que no sabia él si los letrados del Japon querrian aceptar la disputa, pero que seria posible se ofreciese adelante ocasion para ello. Suplicóle últimamente el Padre le diese su patente para residir en Meaco, porque seria la cosa con que más se extenderia su fama por toda la India. Mostró buen rostro á esta peticion y voluntad de hacer lo que se le pedia. Duró esta plática casi dos horas, la cual estaban oyendo aunque algo de léjos muchos bonzos, deshaciéndose de envidia, viendo la audiencia que le daba Nobunanga. Luego llamó á Vatadono y le dijo, que le fuese á enseñar las obras que hacia en los palacios y fortaleza, y poco después le envió otro recaudo que se las mostrase muy despacio. Cuando volvió el Padre de ver las obras, dijo á Nobunanga lo mucho que le habian contentado, lo cual fué para él de grande gusto, que sus cosas pareciesen bien á los extranjeros, y así le despidió con señales de buena voluntad.

Pasados otros dos dias, volvió Vatadono á casa, porque tenia ya negociado que le hablase el Cubuzama. Recibióle con mucha cortesía viendo que en esto daba gusto á Vatadono; el cual no contento con lo que habia hecho en favor de la cristiandad, procuró sacar patentes de estos señores, para que el Padre pudiese residir y predicar en Meaco. Y no era pequeña dificultad haberla de Nobunanga, porque la ciudad de Sacay, por una patente de cuatro renglones le habia dado aquellos dias 40.000 ducados; y algunos monasterios de bonzos por otras harto fáciles le ofrecieron unos 15 y otros 20 barras de oro. Habian juntado algunos cristianos secretamente tres barras de plata, y dádolas á Vatadono para sacar la patente; el las aceptó por no desconsolarlos, y de su casa puso otras siete, y las ofreció á Nobunanga, de parte del P. Luis Froes, diciendo que por ser pobre y extranjero, no ofrecia á Su Alteza más, y por ser tan poco no se habia atrevido á traerlo él mismo, pareciéndole descortesía. Rióse Nobunanga, y dijo á Vatadono, que siendo el Padre extranjero, no era autoridad suya, llevarle algo por la patente; que él gustaba de dársela de gracia y que la hiciese el mismo Vatadono, y supiese después si estaba á gusto del Padre, que él la firmaria.

La forma de la patente en nuestra lengua decia de esta manera. «Doy licencia al Padre para estar en Meaco y predicar su ley. No le será tomada su casa de aposento ni la iglesia, ni ménos tendrá los oficios y obligaciones de la calle en que vive, porque de todo le doy por exento y desobligado; y en cualquiera de mis reinos que quisiere estar, no recibirá molestia; y si por ventura hubiere alguno que le haga alguna sinrazon, muy cumplidamente le haré justicia y le daré el castigo que merece.» Decia luego un poco más abajo. «Para el Padre de la cristiandad, en la iglesia que se llama de la verdadera doctrina.» Sacó tambien Vatadono patente del Cubuzama, que en sustancia decia lo mismo que la de Nobunanga. Con esta ocasion tornó el Padre á visitar á estos señores segunda vez, para darles las gracias de la merced que habian hecho á toda aquella cristiandad, y con el favor de Vatadono fué tan bien recibido de ellos como la primera vez. Fuera de esto venia muchas veces Vatado-

no á casa acompañado de muchos caballeros, por hacer honra á los cristianos, ofreciéndose de nuevo para todo lo que tuviesen necesidad.

Habiendo ya acabado Nobunanga los palacios del Cubuzama, y puéstole en ellos, como siempre tuvo ojo á dejarle con solo el título y quedarse él con todo el mando y gobierno de aquellos reinos que pertenecian al Guoquinay, antes de partir de Meaco nombró por su visorey á Vatadono, para que en su ausencia se hiciese recurso á él en todos los negocios.

Parecióle al P. Luis Froes que era justo irle á dar el parabien de esta merced que le habia hecho Nobunanga, y darle tambien las gracias de las que él continuamente hacia á la cristiandad. Fué el Padre acompañado de los cristianos más principales de la ciudad, y el virey los recibió con el amor y gusto que siempre, y los hizo quedar á comer en su casa y sobre mesa dijo á todos. Yo tengo hechos muchos servicios al Dayri delante de Nobunanga y del Cubuzama, y en pago de ellos ninguna otra cosa espero ni quiero más que su patente para el Padre. Respondió el P. Luis Froes, que no sabia con que pagarle ni servirle tantas mercedes, sino con suplicar á nuestro Señor que le hiciese cristiano, para que tuviese por este camino el premio en el cielo que sus obras merecian. Díjole á esto Vatadono con grande contento, que habia muchos dias que en su corazon era cristiano; y que estando más libre de ocupaciones y negocios, pensaba oir muy despacio todos los sermones para serlo enteramente.

Habíanse dado los cristianos ya en este tiempo tanta diligencia y habian puesto tanto cuidado en aderezar la iglesia y casa de los Padres, que la dejaron muy mejor y más acomodada que antes estaba. Hizo el Padre fijar luego los traslados de las patentes de Nobunanga y del Cubuzama, en la puerta de la iglesia. Y con esto comenzó sus sermones y se tornó á renovar el fervor de aquellos cristianos, que parecia ser entónces el primero dia de su conversion y fundacion de la iglesia de Meaco, donde los dejaremos por ahora, entretanto que vamos á ver lo que en este mismo tiempo pasaba en la cristiandad del Jimo, Bungo, Arima, Omura, Jequi y Amacusa.

CAPÍTULO XVI

Del fruto que se hacia en la iglesia y cristiandad de Bungo, los años de 67 y 68.

No iba con ménos aumento la cristiandad los años de 67 y 68 en las partes del Jimo que en las de Meaco, porque tras el invierno encogido y lleno de nublados, cierta es la primavera alegre y apacible. Residian en este tiempo los Padres Juan Bautista Montano y Melchor de Figueredo en la iglesia de Bungo, donde celebraban las fiestas del Nacimiento y oficios de la cuaresma y Semana Santa, con la devocion y fervor de los cristianos que otras veces se ha dicho, la cual iba creciendo cada dia con la frecuencia de los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunion, y con los sermones continuos que los Padres hacian. Visitaban tambien á su tiempo los lugares de la comarca en los cuales se hacia de ordinario mucho fruto y se convertian buen número de gentiles; señaladamente se echó de ver este fruto en un estado, que se llama Inda, que es como condado, y le gobernaba un cuñado de la reina, que aunque era gentil, tenia buena voluntad á los cristianos; y así envió á decir desde Funay al Padre que predicaba en aquellos lugares, lo mucho que se holgaba de las buenas nuevas que le decian de la gente que tenia á su cargo y que él ayudaria para su conversion con todo lo que fuese necesario y para el sustento de los que se ocupasen en esta obra, porque tenia muy entendido que la ley de Dios que sus vasallos recibian, era la verdadera, y que él fuera el primero que se hiciera cristiano, si no tuviera por entónces algunas causas justas que le obligaban á dilatarlo.

Con esta buena voluntad que mostraba este caballero, se animaban más los gentiles á oir sermon, y en pocos dias se bautizaron más de 200 personas, y entre ellas dos caballeros principales criados del rey, con toda la gente de sus casas. Hízose una iglesia en el lugar principal de aquel estado, que se llama Inda, y los de Funay vinieron á darles el parabien de su conversion y de la iglesia que habian edificado.

En otro lugar llamado Tacuata, que está una legua de Funay, donde habia buen número de cristianos, vivia un caballero gentil, criado del rey y muy emparentado en el reino. Tenia este caballero una hija casada, á la cual el demonio atormentaba continuamente sin que le aprovechasen los muchos medios y diligencias que para su salud se habian hecho. Entre los demás trabajos que padecia, eran unos grandes temblores de todo el cuerpo, que cada vez entendia ser lo último de su vida. Andaban con esto sus padres y marido muy afligidos, sin saber qué consejo tomar. Díjoles el Padre que la trajesen á oir los sermones, porque tenia confianza en nuestro Señor, que si se bautizaba, quedaria libre de todo su mal, y así le sucedió, porque desde el mismo dia que recibió el santo Bautismo, ni el demonio le atormentó más ni sintió dolor alguno de los

que antes padecia. Quedaron sus padres y el marido tan admirados de ver este milagro, que luego procuraron de oir tambien ellos los sermones, y después se hicieron cristianos con toda la gente de su casa. En Vosuqui, siete leguas de Funay, donde solia residir el rey mucha parte del año, se edificó otra iglesia, en la cual se bautizaron estos dos años buen número de cristianos naturales de aquella ciudad y dos señoras principales con algunas deudas y parientas suyas.

Por este mismo tiempo se levantó una guerra entre el rey de Amanguchi y un sobrino del rey de Bungo, hijo del que mataron algunos años antes, porque estaban mal contentos los del reino con el señor que entónces tenian, y así procuraron que este príncipe desterrado tornase á cobrar su estado. Dióle su tio el rey de Bungo 80.000 hombres para hacer la guerra al de Amanguchi, que tenia 70.000 puestos en campo. Envióle á visitar el P. Melchor de Figueredo en esta ocasion, y él estimó en mucho la visita y memoria que de él tenian, y dijo que si Dios le daba victoria contra sus enemigos, no sólo habia de favorecer con todas sus fuerzas á los cristianos en Amanguchi, sino que él tambien lo habia de ser; pero por ocultos y secretos juicios de nuestro Señor, este príncipe fué vencido y desbaratado del de Amanguchi, y después murió de pena y algunas heridas que sacó de la batalla, que fué grande pérdida para toda aquella cristiandad, porque este caballero en tiempo de su destierro y pobreza, habia tratado familiarmente con muchos cristianos y estaba determinado de serlo, y si tomara la posesion del reino, fuera grande el fruto que se hiciera en aquella tierra.

CAPÍTULO XVII

Cómo vinieron de la India otros dos Padres y un Hermano, y el P. Cosme de Torres fué á Omura y el P. Gaspar Vilela al puerto de Nangasaqui.

El año de 1568 llegaron al puerto de Cochinozu los PP. Baltasar Lopez y Alejandro con el H. Miguel Vaseo, que fué particular consuelo y alivio para los que estaban en aquella tierra. Recibiólos el P. Cosme de Torres con su acostumbrada caridad y amor, y para que pudiesen mejor deprender la lengua, les ordenó que se detuviesen en Cochinozu el tiempo que para ello fuese menester, en compañía del P. Gaspar Vilela que les podia ayudar mucho en esto y en darles noticia de las sectas del Japon.

Iban los negocios del rey D. Bartolomé mejorándose cada dia, de suerte que por el año de 68 tenia ya casi todo su reino pacífico y quieto, y con el deseo que tenia de ver al P. Cosme de Torres que habia sido su primer Padre y maestro, le envió á pedir que si era posible se llegase á su ciudad, porque le seria de sumo consuelo para dar órden en la iglesia de Omura y en otras que deseaba edificar en su reino.

Partióse el Padre luego para allá, y no se puede decir el alegría del buen rey cuando le vió y las lágrimas con que le recibió, aunque no eran ménos las que derramaba el buen Padre acordándose de los trabajos pasados. Estaba el rey con grandes deseos de que todo su reino se convirtiese luego; mas el P. Cosme de Torres, como experimentado, le pareció que era necesario moderar sus fervores y proceder con mucho tiento y suavidad en la conversion de sus vasallos, especialmente al principio, porque no se tornasen á alborotar y le pusiesen en muchos trabajos. Remitióse el rey á lo que el Padre le pareciese, y así comenzó los sermones en la ciudad de Omura, y poco á poco fué ganando con ellos y con su apacible trato los ánimos y voluntades de la gente principal, y se edificó una muy buena iglesia, en la cual se iban bautizando cada dia muchos gentiles. Tambien pareció que seria á propósito edificar otra iglesia en un puerto del mismo reino que se decia Nangasaqui, por ser uno de los mejores que hay en la costa del Japon para los navíos que vienen de la India, y serviria aquella iglesia de lugar de refugio para todos los cristianos que en otras partes fuesen maltratados y afligidos, que se podrian venir á vivir en él. Dió cuenta el P. Cosme de Torres, al rey de este su deseo, el cual holgó tanto de ello, que desde luego hizo gracia y merced á la iglesia que se habia de edificar, de los derechos que le pertenecian de la nave de Macao y navíos que acudian á aquel puerto.

Divídese el reino de Omura, con un brazo de mar en dos partes: en la que mira al mar Océano, está el puerto de Nangasaqui, seis leguas del de Cochinuzu, y en la misma costa es muy capaz y seguro para los navíos y de grande recreacion para los que viven en él, por su apacibilidad y frescura. Desde el puerto hasta el brazo de mar hay muchas y buenas poblaciones; pero la mayor parte del reino y la mejor está pasado el mismo brazo, adonde cae la ciudad de Omura.

Para dar principio á la iglesia de Nangasaqui, envió á llamar el P. Cosme de Torres al P. Gaspar Vilela que estaba en Cochinozu. Llegado el Padre á Nangasaqui, comenzó á predicar á los

gentiles, y aunque al principio no parecia que oian de buena gana, pero después fueron gustando de manera, que en poco más de un año que allí trabajó con ellos, bautizó todo el lugar, que serian 1.500 almas, y edificó una iglesia muy graciosa con la invocacion de Todos los Santos. Desde allí salió tambien el Padre á otros lugares de aquella comarca, en los cuales se convirtieron buen número de gentiles, y porque tenian experiencia los Padres, cuando ayudaba á estos cristianos nuevamente convertidos á la fe ver celebrar los misterios de la pasion de Cristo nuestro Señor, procuró el P. Gaspar Vilela hacerlo aquel primer año de 68 con la mayor solemnidad que pudo, al modo que se hacia en las otras iglesias. Hicieron el Domingo de Ramos la procesion en la cual se hallaron 1.500 cristianos, y el Juéves Santo encerraron el Santísimo Sacramento. Aquel mismo dia lavó el Padre los piés á doce pobres hincado de rodillas, declarándoles lo que Cristo nuestro Señor habia hecho con sus Apóstoles. Acabado el lavatorio, comenzaron las disciplinas y á la noche hicieron su procesion dejando bien señalado de sangre el lugar por donde habia pasado. El Viérnes Santo vinieron 15 niños vestidos de negro delante del altar y con los ojos bajos y una insignia de la Pasion en las manos. Vueltos al pueblo decian: «Mirad, cristianos, que esta cruz es la semejanza de la en que Cristo, Dios verdadero, por nos salvar quiso recibir muerte y pasion.» Decian estas palabras en su lengua con afectos tan tiernos, que movian á mucha devocion á cuantos estaban presentes. Acabados por su órden los coloquios, tomaban luego los niños tambien su disciplina.

El Domingo de la Resurreccion se celebró con otra procesion en la cual llevaban el Santísimo Sacramento desde la iglesia hasta una cruz, acompañándola todos con los mejores y más ricos vestidos que tenian, y con muchas danzas á su modo, dando infinitas gracias á nuestro Señor, porque los habia sacado de las tinieblas de la infidelidad en que habian vivido. Estos fueron los primeros principios de la iglesia de Nangasaqui, pero no eran menores los fervores y devocion de los cristianos de Omura, los cuales celebraron estas fiestas de la misma manera que en Nangasaqui, y por eso no será necesario repetirlo en particular.

Tenia grande deseo el rey D. Bartolomé que se bautizasen luego su madre, mujer é hijos, pero como el P. Cosme de Torres deseaba no dar ocasion de nuevas turbaciones en el reino, por algunas causas que le parecieron ser precisas, lo dilató para otra mejor ocasion y coyuntura, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el P. Juan Bautista, fué al reino del Goto, y los Hermanos Luis de Almeida y Miguel Vaseo á la isla de Amacusa y Jequi.

Al mismo tiempo que el rey D. Bartolomé envió á llamar al P. Cosme de Torres, le escribieron los cristianos del Goto pidiendo que les enviase allá algun Padre, porque el príncipe y heredero de aquel reino mostraba grande voluntad y deseo de ser cristiano.

Tambien le hacia mucha instancia el señor de Amacusa y el de Jequi, por algun Padre ó Hermano que predicase la ley de Dios á sus vasallos. Habíase movido á pedir esto el señor de Amacusa, por la buena fama que corria en su tierra, de los cristianos que habia hecho los años pasados el P. Gaspar Vilela en tierra de su vecino el señor de Jequi. Eran tan justas estas peticiones, y parecia tan necesario y forzoso el acudir á ellas, que hubo de venir de Bungo el P. Juan Bautista para ir al Goto, atento á que el P. Gaspar Vilela quedaba en Cochinozu, y los PP. Alejandro y Baltasar Lopez aún no estaban tan expeditos en la lengua, que pudiesen predicar en ella, y por esta misma causa envió entónces á los HH. Luis de Almeida y Miguel Vaseo á la isla de Amacusa y al Jequi, para cumplir con aquellos señores que con tanto deseo lo pedian.

Llegado el P. Juan Bautista al Goto, recibiéronle el rey y su hijo y todos los cristianos con grande alegría y contento, y con su venida se comenzaron á hacer muchos cristianos de nuevo, pero quien más lo deseaba era el príncipe y heredero del reino. Dió cuenta al Padre de la determinacion que tenia de hacerse cristiano, por estar muy persuadido (desde que estuvo allí el H. Luis de Almeida) que era aquella la verdadera ley, sin la cual no habia salvacion para su alma. Alabóle el Padre su santo propósito, mas por no disgustar al rey que tan grato y benevólo se mostraba á la cristiandad, parecióle que seria bien se le diese cuenta de esto y se le pidiese licencia para ello. Pidióla el príncipe á su padre, y aunque mostró buena voluntad á lo que su hijo le propuso, pero anduvo dilatando el darle licencia de dia en dia, sin acabar de concedérsela.

Viendo esto el príncipe y que sus deseos eran tan fervorosos que no sufrian tan largas dilaciones, hizo grande instancia al Padre que le bautizase, aunque fuese secretamente. Encomendóse este negocio á nuestro Señor, por ser de tanta

importancia, y al fin se determinó el P. Juan Bautista de bautizarle una noche con harta disimulacion, y púsole por nombre D. Luis. No pudo encubrirse mucho tiempo, porque la gracia del Señor recibida en el Bautismo comenzó á obrar en el corazon de aquel príncipe y dar muestras de lo que en él tenia. Acudia á la iglesia con los demás cristianos, rezaba por sus cuentas y hacia otras cosas por las cuales vino á entender el rey lo que pasaba, pero no mostró de ello sentimiento ni disgusto, y con esto acabó el príncipe de declararse por cristiano, lo cual fué un extraordinario consuelo para todos los demás cristianos de aquel reino, y les puso un nuevo ánimo para adelantarse y crecer más en la virtud. Dábales tanto ejemplo en esto el príncipe, que él era el primero en la iglesia á la Misa y á los sermones, y á la doctrina cristiana, y dentro de su aposento tomaba sus disciplinas cada semana, y en su lugar diremos del valor y constancia de este príncipe y de su mucha virtud y cristiandad.

No fué ménos bien recibido el H. Luis de Almeida con su compañero en la isla de Amacusa que lo habia sido en el Goto el P. Juan Bautista. Después de haber estado allí algunos dias viendo el Hermano la buena voluntad del señor de Amacusa, le pidió ciertas condiciones que le parecieron ser necesarias, para que la ley de Dios se pudiese manifestar en aquella tierra. La primera, que diese una cédula ó firma, por la cual constase á sus vasallos, cómo aquella era su voluntad. La segunda, que él mismo oyese los sermones, por lo ménos ocho dias, para que sus vasallos oyesen de mejor gana. La tercera, que pareciéndole bien la ley de Dios, hiciese cristiano uno de sus hijos á quien los demás que se bautizasen tuviesen por su cabeza. Y la cuarta, que se edificase una iglesia en aquella ciudad de Amacusa. Concediólo todo este caballero como el Hermano lo pidió, y asistió diez dias á los sermones con todos los de su casa y otra gente principal de la ciudad. Los primeros que se bautizaron fué el gobernador de aquella isla con otras 50 personas de su familia. Llamóse este caballero D. Leon, y parecióse bien en la devocion y virtud al otro D. Leon que murió en Jimabara. Poco después se bautizó el suegro de este caballero y otras 120 personas con algunos otros criados del señor de Amacusa. Salió tambien el Hermano por los lugares comarcanos, y en diversas veces bautizó más de 400 personas, y toda la tierra de Amacusa parece que estaba movida para recibir la ley de Dios por el grande calor que ponia en esto el gobernador D. Leon, y el favor que hacia el Señor de aquella tierra á todos los que se bautizaban.

En llegando á Amacusa los dos Hermanos, pasó el H. Miguel Vaseo al Jequi, porque sabia razonablemente la lengua y lo pidieron aquellos cristianos, con cuyo ejemplo estaban todos los gentiles sus vecinos tan bien dispuestos, que en tres lugares que se llamaban Jequi, Tororo y Figuro, se bautizaron 1.400 personas de nuevo fuera de los que el P. Gaspar Vilela bautizó cuando estuvo allí la primera vez. Edificáronse luego dos iglesias, y era tanta su devocion así en los niños como en los grandes, que parecian cristianos de mucho tiempo, y aunque no tenian sacerdote que los confesase y dijese Misa, se juntaban en la iglesia á oir las pláticas de la doctrina que el Hermano les hacia y á rezar por sus cuentas y á encomendarse á nuestro Señor, y en el modo que podian celebraban las fiestas principales del santo Nacimiento y Pascua de Resurreccion, y para mostrar el amor que unos á otros se tenian, en semejantes dias se convidaban los cristianos, dejando de convidar á sus deudos y parientes si eran gentiles.

CAPÍTULO XIX

De la persecucion que se levantó contra los cristianos de Amacusa y de Jequi.

Quiso nuestro Señor probar á los cristianos de Amacusa y del Jequi, como habia hecho en las demás partes donde iba fundando su Iglesia. Viendo los bonzos de Amacusa (que estos son los más ordinarios instrumentos de que se aprovecha el demonio contra la cristiandad) cuán de veras se iba recibiendo la ley de Dios en aquella isla, y que si se descuidaban, en poco tiempo ni abria lugar ni fortaleza que no fuese de cristianos, confederáronse con dos hermanos del señor de la tierra, que eran gentiles, para destruir la cristiandad, y matar al gobernador D. Leon, porque era el que ponia más calor en la conversion de los gentiles, pareciéndoles que de esta manera cesaria todo. Hízose esta conjuracion tan secretamente, que una noche se juntaron 700 hombres de armas con intento de dar en la casa de D. Leon por la mañana, para matar á él y á su suegro, que tambien era persona principal. Antes de ejecutar su maldad enviaron á decir los conjurados al señor de la tierra, cómo ellos querian matar á D. Leon, por ser muy perjudicial, que lo tuviese por bien. El tono les respondió con harto disgusto y aspereza, y dió luego aviso á D. Leon de lo que pasaba.

Como los cristianos entendieron el caso, tomaron sus armas y fuéronse á la casa de D. Leon para defenderle, y hasta las mujeres y niños acu-

dieron á su casa por el amor que todos le tenian. Vino á este tiempo un bonzo de parte de los contrarios á decir á D. Leon que se matase, conforme á la costumbre de la tierra, antes que ellos viniesen á ejecutarlo. Tenia el gobernador ya más de 600 personas bien apercibidas para lo que fuese menester, y su casa bien pertrechada, de manera que el bonzo quedó espantado cuando lo vió, y la respuesta que le dieron fué que viniesen cuando quisiesen, que allí los quedaban esperando. Tornáronle á enviar segundo recaudo que se saliese de Amacusa y se fuese desterrado, y con eso no tratarian de su muerte; mas él les respondió que por su mandado ni por temor de la muerte no haria tal cosa, porque no tenia obligacion de obedecerlos. Irritáronse más con esta respuesta los bonzos, y acudieron al tono ellos y sus hermanos á importunarle que desterrase á D. Leon, si no queria que se alborotase la tierra. Viendo el señor de Amacusa á sus hermanos y á los bonzos tan alterados, rogó á D. Leon que se ausentase por algun tiempo de la isla, entretanto que se pacificaban sus vasallos. El holgó de hacerlo, y partió con su mujer é hijos, parientes y criados, que serian más de 50 personas, con intento de vivir en Cochinozu.

Dió cuenta el H. Luis de Almeida al rey de Bungo de lo que pasaba en Amacusa (porque era entónces señor del reino de Fingo al cual pertenecia esta isla) suplicándole que escribiese al tono, que no desmayase, ni dejase de favorecer en su tierra la ley de Dios. Vino la carta del rey tan buena y tan favorable, que la hizo leer el tono y mostrar á sus vasallos, y dijo al Hermano, que tornase á predicar y proseguir sus sermones como de antes. En veinticinco dias que los prosiguió, habia 500 personas que pedian el Bautismo, con lo cual tornaron de nuevo á irritarse los bonzos y dijeron al señor, que ó ellos se habian de ir de la tierra ó el Hermano que predicaba habia de salir de ella. Escribiéronle á la misma sazon otros tres señores principales de la isla (persuadidos de los bonzos) pidiéndole esto mismo. Hallóse el tono apretado con esto, y temiendo alguna secreta conjuracion dijo al H. Luis de Almeida, que le parecia necesario dar lugar por entónces á la ira de los bonzos, para que él pudiese sosegar á sus vasallos, y aunque de presente no se hiciesen más cristianos él no descansaria hasta que todos lo fuesen, y en razon de esto dió al Hermano un papel firmado de su nombre, en que le ofrecia que cuando otra vez volviese, haria cristiano á su hijo mayor y á otros dos hombres principales, y daria licencia para que en todos sus pueblos, que eran más de 20, libremente se pudiese predicar la ley de Dios, y recibirla cuantos quisiesen. Tambien le pidió que el rey de Bungo escribiese á algunas personas principales de la isla, para que no hiciesen contradiccion á esta obra.

Cuando estas cosas pasaban en Amacusa, los mismos bonzos se concertaron con los del Jequi, para que procurasen hacer allá otro tanto con el señor de la tierra y echase fuera al Hermano que allí predicaba. Hallaron los bonzos del Jequi buena disposicion en el señor de aquella isla, y así le persuadieron fácilmente á que mandase con público edicto, que nadie recibiese más aquella ley, y el Hermano saliese luego de la tierra. Antes que se partiese el Hermano del Jequi, sucedió una cosa de harta edificacion en un lugar de aquellos. Comenzó á flaquear un cristiano viendo el edicto que el Tono habia mandado publicar, supiéronlo la mujer é hijos que eran cristianos, y no quisieron estar más en su compañía. Decia la mujer cuando le rogaban que viviese con su marido, que Dios la librase de vivir con hombre que por temor de la muerte faltaba con la fidelidad que debia á Cristo. Fué tanto lo que se compungió este hombre con ver el sentimiento de su mujer é hijos, que se fué luego al Hermano con muchas lágrimas, ofreciendo de hacer toda la penitencia que fuese necesaria y los Padres le mandasen, y para mostrar cuán de corazon lo decia, por no tener otra vez ocasion de flaquear en aquel lugar, se fué con su mujer é hijos á vivir al puerto de Nangasaqui, y lo mismo iban haciendo otros cristianos del Jequi.

Vino á entender el rey de Bungo lo que pasaba en Amacusa y en el Jequi, y luego despachó un criado suyo, hombre principal para los señores de las islas y otras personas que tenian mano en ellas, encomendándoles por sus cartas que favoreciesen la ley de Dios y á los que la predicaban, pues él lo hacia tambien en su reino de Bungo, porque en esto le darian mucho contento. Fueron estas cartas de tanto efecto, que bastaron para sosegar las turbaciones pasadas, y adelante se dirá el fruto que de esto se siguió.

CAPÍTULO XX

De la persecucion que se levantó contra la cristiandad en Meaco por medio de un bonzo.

Grande debe de ser el tesoro que está encerrado en las tribulaciones, pues con tan larga mano las reparte nuestro Señor con sus más queridos hijos, y no les consiente tener consue-

los en esta vida, sino muy de paso, porque no se olviden con ellos de la otra, que ha de ser eterna. Estaban los cristianos de Meaco con grande alegría y contento viendo la mudanza que Dios habia hecho en sus cosas, castigando á los bonzos y favoreciendo la cristiandad por medio de Nobunanga y Vatadono; pero no duró esto mucho; que presto se levantó un bonzo á quien los cristianos llamaban Antecristo ó Lucifer encarnado, el cual los ejercitó y trujo bien afligidos.

Llámase este bonzo Niquijojuni, hombre de baja suerte, idiota y sin letras, pero de los más vivos y sagaces que pudiera hallar el demonio para imprimir en él su malicia. Era muy libre en el hablar y elocuentísimo en la lengua del Japon; tuvo varios sucesos, unos prósperos y otros trabajosos, y últimamente vino á ser muy privado del Dayri, al tiempo que Nobunanga vino á restituir en Meaco al nuevo Cubuzama. Porque echando de ver la sagacidad de este bonzo y su grande elocuencia, quiso tomarle por su agente para tratar algunos negocios que le importaban con Nobunanga, y acertó á caer en tanta gracia del mismo Nobunanga, que no le apartaba de su lado y gustaba de su buen entretenimiento, y con esto creció en el bonzo una soberbia y jactancia de Lucifer.

Estando, pues, el P. Luis Froes en su iglesia muy quieto y sosegado, le vinieron á decir que el Dayri trataba con Nobunanga de que le tornase á echar de Meaco y quitar la iglesia, y que las mismas diligencias hacia con el Cubuzama. Envió el Padre al H. Lorenzo para que supiese de Vatadono, si era verdad esto que le habian dicho. Respondióle el virey que estuviese en su iglesia sin pena ni cuidado, que aquellas eran invenciones de los bonzos, y que teniendo él tan á su cargo la cristiandad, nadie se atreveria á enojarlos en Meaco. Con esto pasaron algunos meses sin turbacion alguna.

Queriéndose partir Nobunanga de Meaco para su reino de Boari al fin del verano de 1568, fuéle á visitar el P. Luis Froes por consejo de Vatadono, y aunque habia muchos señores y caballeros que querian negociar con él, detuvo al Padre muy despacio en buena conversacion. Aquel mismo dia habia hecho grande instancia el bonzo Niquijojuni á Nobunanga, para que echase al Padre de Meaco antes que se partiese de aquella ciudad, diciendo que era hombre perjudicial y que todo se destruia donde quiera que estaba, mas él le habia respondido que no lo pensaba hacer, porque le habia dado ya su patente para residir en todos sus reinos. Iba ya advertido el Padre de Vatadono acerca de lo que el bonzo habia pasado con Nobunanga, y así antes de despedirse le suplicó que por cuanto los bonzos con la mala voluntad que le tenian, podrian levantarle algunos testimonios, no les diese crédito sin oirle primero, porque era solo en aquella tierra, y no tenia en ella más favor que el de Su Alteza; y así le tornaba á suplicar que habiéndose de partir para Boari, le dejase encomendado á su virey Vatadono para que fuese su protector. Preguntóle Nobunanga cuál era la causa del odio que le tenian los bonzos; respondió el H. Lorenzo que habia entre los bonzos y el Padre la diferencia que entre la luz y las tinieblas, y entre la virtud y los vicios, porque esta distincion habia entre la doctrina que el Padre enseñaba y la de los bonzos. Preguntó más, si adoraban los cristianos á los Camis y Fotoques. Respondióle que no, porque eran hombres como los demás que nacieron y murieron, y no pudiendo librarse de la muerte, ménos podrian salvar á otros.

Estaba presente á toda esta plática el bonzo Niquijojuni, pero ni el P. Luis Froes, ni el H. Lorenzo le habian conocido. Díjole entónces Nobunanga, ¿qué decís á esto Niquijojuni? preguntad alguna cosa. Comenzó el bonzo con su acostumbrada soberbia, y dijo, que á quién adoraban, pues no reconocian por dioses á los Camis y Fotoques. Respondiéronle que á Dios trino, y uno, criador del cielo y de la tierra. Pues mostrádmele dijo el bonzo. Respondió Lorenzo: es invisible y sustancia espiritual, y con esta ocasion le declaró algunas de las divinas perfecciones. Alborotóse el bonzo oyendo doctrina tan nueva para su ciego entendimiento, y dando voces dijo: «Esto es maraña, échelos Vuestra Alteza fuera de Meaco, que son embaidores y andan engañando el mundo con estas mentiras.» Rióse Nobunanga, y tornóle á decir; Desenojaos, y preguntad que ellos os responderán,» mas él estaba tan turbado y ciego con su enojo, que no acertaba á decir palabra. Preguntóle entónces el H. Lorenzo, si sabia quién era el autor de la vida y el principio de todos los bienes. Respondió como hombre enojado á todo, que no sabia.

Habia muchos señores y caballeros dentro de la sala donde pasaba esta disputa, y por disimular el rey el corrimiento y confusion del bonzo, preguntó él mismo si el Dios de los cristianos daba premio por las buenas obras, y castigo por las malas. Respondió Lorenzo que sí, aunque era de dos maneras; ó temporal en esta vida ó eterno en la otra. Salió con esto el bonzo, dando una grande risada, y dijo: «Segun eso después de muerto el hombre, queda alguna cosa que

haya de recibir premio ó castigo.» Tomó la mano el P. Luis Froes, para responder á esta pregunta, y dió algunas razones al bonzo para declararle la inmortalidad del alma. Tornó á replicar el bonzo que se la mostrasen, que la queria ver. Trújole el Padre algunas comparaciones conforme á su poca capacidad, para que entendiese, cómo no se podia ver con ojos corporales la sustancia espiritual. Viéndose atajado el bonzo con ellas, levantóse crujiendo los dientes y mudado el color, con una furia infernal dijo: «Pues que enseñais que queda el alma después del hombre muerto, habéismela de mostrar, y para verla tengo de cortar la cabeza á este vuestro discípulo.» Y diciendo y haciendo, arremetió por una espada que estaba allí cerca. Levantóse el rey y asióle por detrás hasta que llegó Vatadono con otros caballeros, y le quitaron la espada de la mano, causando harta risa en todos.

Dijo Nobunanga al bonzo que se fuese luego, que buena descortesía habia hecho en su presencia, y moderó por entónces su sentimiento por amor del Dayri, para cuyos palacios habia entregado á este bonzo el dia antes 45.000 ducados. Pero Vatadono, como más sentido y ofendido del caso, dijo: que si no tuviera respeto á estar delante del rey, cortara la cabeza á aquel tacaño. Habia durado la disputa más de dos horas, y pareciendo que ya era tarde, se despidió el Padre del rey, saliendo con él Vatadono y otros muchos caballeros hasta donde le estaban esperando los cristianos. El dia siguiente partió Nobunanga para el reino de Boari, y aunque salió con él Vatadono, le hizo volver desde seis leguas, porque le dejaba por virey en aquella tierra.

CAPÍTULO XXI

De las diligencias que hizo el bonzo Niquijojuni contra la cristiandad, y el buen oficio de Vatadono.

Quedó tan corrido y afrentado el bonzo Niquijojuni de lo que pasó con el Padre delante de Nobunanga, que determinó poner todas sus fuerzas para echarle de Meaco y destruir la cristiandad, pareciéndole que de otra manera no repararia el crédito y reputacion que habia perdido, y con sus acostumbradas astucias y mañas sacó patente del Dayri, para que fuese desterrado de todos los reinos del Japon. Avisó al Padre de esta patente que el bonzo habia sacado un caballero casado con la hija de un cunje del consejo del mismo Dayri, y que habia de ir luego á presentarla delante del Cubuzama, para que la mandase ejecutar. Con esta relacion envió el P. Luis Froes al H. Lorenzo en casa de Vatadono, para que le diese cuenta de lo que pasaba. El respondió que se informaría luego de los cunjes, de lo que habia proveido el Dayri, y procuraria estorbarlo. Aquel mismo dia fué el bonzo al Cubuzama, en compañía de un cunje, con la patente en la mano de parte del Dayri, para que mandase luego desterrar al Padre; mas como el Cubuzama queria tanto á Vatadono, y le estaba tan obligado y sabia que en favorecer á los cristianos le daba gusto, respondió muy libremente al bonzo y al cunje con estas palabras: «Decid al Dayri, que de Su Majestad no es admitir, ni desterrar á nadie de esta ciudad ni del reino, porque esto me toca á mí, y que yo tengo dada patente al Padre no sólo para estar en Meaco, sino en los demás reinos del Japon, y no habiendo causa para echarle fuera, estoy determinado de no hacerlo, especialmente teniendo él patente de Nobunanga para lo mismo.

Fué Vatadono aquella tarde á visitar al Cubuzama, y contóle lo que habia pasado con el bonzo y con el cunje, por lo cual Vatadono, con el rostro y cabeza en el suelo le dió las gracias, y vuelto á su posada envió á decir al P. Luis Froes que el dia siguiente fuese á visitar al Cubuzama, y agradecerle lo que en su favor habia hecho, porque él iria á esperarle en palacio, y que llevase las patentes que tenia de Nobunanga y del mismo Cubuzama. Aquella misma tarde poco antes que el Padre y Vatadono llegasen á palacio, volvieron el bonzo Nicojujoni y el cunje, con otro segundo recaudo del Dayri, en que le pedia que pues él no echaba al Padre de Meaco por tener patente de Nobunanga, le enviase á pedir que la revocase y le mandase desterrar. Estaba el Cubuzama algo enfadado con estos recaudos del Dayri, y así no quiso dar otra respuesta más que remitirse á la pasada y que en ninguna manera pediria á Nobunanga tal cosa, porque ni veia razon ni causa para ello.

Cuando salian el bonzo y el cunje, entraban en palacio Vatadono y el P. Luis Froes, y adivinando Vatadono los pasos en que andaban, dijo al cunje con algun sentimiento: «Decid al Dayri que yo le tengo hechos hasta ahora muchos servicios delante de Nobunanga y del Cubuzama, esperando que en pago de ellos me habia de dar la patente que me habia prometido para el Padre á quien yo favorezco, y que ahora no sólo no me la da, pero que trata de echarle de Meaco, lo cual es deshonrarme á mí y hacer la mayor injusticia del mundo, y si piensa de hacerlo así, yo tambien desde ahora alzo mano de su servicio y de favorecer á los cunjes de su consejo.» Estaba indispuesto el Cubuzama aquel dia, y con todo eso insistió Vatadono en que viese al Pa-

dre, porque no pensasen sus contrarios que era disfavor que le hacia por los recaudos que el Dayri le habia enviado, y así le hizo entrar en el mismo aposento con ocasion de concertar un relojico que el Padre llevaba, que por ser cosa nueva, holgó el Cubuzama de verle, y mandó llamar á otros muchos señores y caballeros que estaban fuera, para que tambien le viesen, y delante de todos contó por donaire los recaudos que el Dayri le habia enviado y las respuestas que le habia dado; por lo cual así Vatadono como el Padre de nuevo le dieron las gracias.

Estaban las cosas al parecer sosegadas, mas el bonzo Niquijojuni, que se abrasaba con la ira de ver que no se hacian las cosas como él deseaba, tornó á insistir de nuevo con el Dayri, para que le diese otra patente no sólo para desterrar al Padre de Meaco, sino para matarle donde quiera que le hallase y para tomar la iglesia. Si sacó esta patente ó no, con dificultad se pudo averiguar, pero el bonzo publicaba que la tenia y amenazaba que no habia de parar hasta quitar la vida al Padre y destruir la cristiandad. Tuvo aviso Vatadono de estas nuevas mañas é invenciones del bonzo, y para prevenir inconvenientes, como visorey que era de Meaco, envió un caballero de su casa con algunos soldados á todos los moradores de la calle donde estaba la iglesia y vivia el Padre, avisándoles que si el bonzo Niquijojuni enviase á publicar allí alguna provision ó patente del Dayri contra el Padre y contra la iglesia, no hiciesen caso de ella, porque si á su noticia llegaba que la admitian, les prometia de destruirles sus casas sin dejar ninguna.

CAPÍTULO XXII

De algunas demandas y respuestas que hubo entre Vatadono y el bonzo Niquijojuni, y cómo el Padre Luis Froes fué al reino de Mino á visitar á Nobunanga.

Para mayor ejercicio y afliccion de los cristianos permitió nuestro Señor que el bonzo Niquijojuni tuviese en aquel tiempo mayor autoridad acerca de Nobunanga, y le acrecentase su dignidad dándole algunos cargos principales y preeminencias en aquellos reinos. La primera fué que en las cosas graves y de importancia que el Cubuzama determinase, hiciese recurso al consejo y parecer de este bonzo. La segunda, que él solo tuviese cargo de reedificar los palacios del Dayri. La tercera, que la moneda que hubiese de correr por todo el reino la aprobase él primero, y con su aprobacion pasase por donde quiera. La cuarta, que en las guerras de los reinos comarcanos todos los conciertos se tratase por su órden y direccion. Con esto creció la soberbia y arrogancia de este bonzo, y solo le detenia para no mostrar su ira é indignacion contra la cristiandad, el estar en Meaco el visorey Vatadono, á quien todavía tenia algun respeto, por saber la autoridad que tenia no sólo en aquella ciudad, sino delante de Nobunanga y del Cubuzama.

Sucedió en este tiempo, que seria por el mes de Mayo del año de 1569, que tuvo necesidad Vatadono de ir á visitar cierta fortaleza suya que se llamaba Tacacuqui, siete leguas de Meaco. Viendo el bonzo que el visorey estaba fuera de la ciudad y que nadie habia que le hiciese resistencia, tornó á hacer nuevas diligencias con el Cubuzama para que consintiese en la sentencia del Dayri y poderla ejecutar más á su salvo; despachó luego el Padre al H. Lorenzo para que diese cuenta á Vatadono de lo que pasaba. Parecióle al virey escribir una carta al bonzo de su mano, por ver si por este camino podia templar su ira. Escribió tambien á tres caballeros amigos suyos de la casa del Cubuzama, para que en su ausencia favoreciesen al Padre. La carta de Vatadono para el bonzo, en sustancia decia esto: «El Padre tiene patente del Cubuzama y Nobunanga para residir en Meaco, y ahora he oido decir que le quieren echar fuera. Si el Cubuzama y Nobunanga le echaren, no tengo qué decir, y si esto sale de cualquiera otra parte, ningun caso hago de ello, y en lo que toca al Padre, si hay algo que decirme, yo responderé.» A esta carta respondió el bonzo otra bien arrogante y llena de soberbia en esta forma:

«Cuanto á lo que V. S. dice del Padre, el Dayri le ha echado de Meaco cinco años ha, y querer V. S. restituirle y contradecir al Dayri, verdaderamente desde que es visorey de estos reinos no ha hecho cosa más injusta. Desde el principio del mundo la palabra del Dayri es como el sudor, que en saliendo una vez por los poros, nunca torna á entrar por ellos; y siendo esto así, querer V. S. solo, contradecir á su ordenacion, en todos los tiempos pasados se oyó ni se vió cosa semejante, y por ser V. S. visorey de estos reinos, no ha de querer favorecer ni sustentar una cosa tan injusta. Por tanto, le pido que con sosegado corazon pondere en particular cada una de las cosas que en esta digo, porque me atrevo á decir que no hay en todo Japon quien le aconseje mejor que yo, y mis palabras son una saludable medicina para todas las enfermedades, y si yo dejase de decir á V. S. lo que siento, quebrantaria las leyes de misericordia y de piedad, y faltaria en lo que debo á mi profesion y religion.»

Volvió el H. Lorenzo con esta carta á Vatadono, que estaba en otra fortaleza quince ó veinte leguas de Meaco, y cuando la hubo leido, arrojándola en el suelo, dijo: «No hay cosa que tanto desee, como cortar la cabeza de este tacaño.» Al fin, viendo las mañas é invenciones del bonzo, le pareció que el P. Luis Froes tomase trabajo de visitar á Nobunanga, que estaba entónces en el reino de Mino, y le diese cuenta de todo, porque no se anticipase Niquijojuni con algunas mentiras y falsos testimonios, como solia hacerlo otras veces, y dijo á Lorenzo que él holgara de poder llevar consigo al Padre, mas que no podia ir tan presto al reino de Mino por las ocupaciones precisas que tenia entre manos, pero dióle dos cartas, una para su huésped del mismo Vatadono, donde solia posar yendo á aquel reino, encargándole que recibiese al Padre y á su cuenta le diese todo lo necesario. La otra era para un señor muy privado del rey y amigo suyo, para que favoreciese al Padre con Nobunanga, y lo mismo encomendó á Jibatadono, capitan general del rey que estaba allí, y de camino para el reino de Mino.

Con estos despachos volvió el H. Lorenzo á Meaco, y dando cuenta á los principales cristianos de lo que Vatadono decia, pareció á todos que el Padre hiciese aquel camino. Despidiéronse aquella noche con hartas lágrimas, temiendo si habia de ser esta salida de Meaco como la pasada y tan dificultosa la vuelta. Fuéronle acompañando algunos cristianos hasta un lugar que se dice Sacomoto, donde se habia de embarcar. Partieron de Sacomoto el P. Luis Froes y el H. Lorenzo para el reino de Mino á los 8 de Junio de 69.

Todo el tiempo que el Padre estuvo ausente de la ciudad echaron fama los bonzos, que Nobunanga le tenia preso para mandarle matar conforme á la patente del Dayri, y que de allí adelante ni habia de haber Padres ni iglesia en Meaco. Corrió esta fama, no sólo por la ciudad, sino por todas las fortalezas y en las demás partes donde habia cristianos, que fué para todos de grandísimo desconsuelo, aunque se trocó presto en doblada alegría con los favores que Nobunanga hizo al Padre y el buen despacho que trujo, como se dirá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXIII

De la nueva ciudad y fortaleza que edificó Nobunanga en el reino de Mino.

Entre los reinos que en aquellos años conquistó Nobunanga fué el reino de Mino, que estaba cerca del de Boari. Contentóle mucho esta tierra por ser muy apacible y de grande recreacion, así por los grandes y hermosos rios y frescas arboledas que tenia, como por la mucha caza, no sólo de aves y volatería, sino de varios y diversos animales que habia en los bosques, y así determinó hacer en este reino su asiento, y fundar en él una nueva ciudad que fuese la cabeza de su monarquía, y como era hombre tan poderoso y rico y deseoso de hacer ventaja á todos, edificó en esta nueva ciudad unos palacios y fortaleza que excedian á todos los que habia en el Japon, que por ser tales y de tanta recreacion, los pusieron por nombre los de Mino el Paraíso de Nobunanga.

Estaba la ciudad situada al pié de un grande monte, el cual se dividia en otros tres pequeños, pero todos muy poblados de hermosa arboleda, y de muchas yerbas y flores olorosas. Rodeaba todo este monte una laguna que tenia 24 leguas de largo y seis de ancho, de la cual salian algunos rios que pasaban por dentro y fuera de la ciudad, que parecia otra Venecia. Por la parte que no estaba cercada de la laguna se descubrian unos muy graciosos prados y espaciosos campos, que se podian muy bien regar con los mismos rios.

Quiso Nobunanga edificar sus palacios y fortaleza en lo más alto del monte, y que la ciudad quedase al pié de él, pero repartida y dividida con este órden: que los mercaderes y oficiales y gente ordinaria viviesen en lo más bajo y más llano; pero á los señores y caballeros de su corte señaló por sitio para que edificasen casas por toda la ladera del monte, que era harto llana, hasta llegar á sus palacios, de manera que desde lo alto de ellos fuese una calle derecha y la más principal, hasta lo más bajo de la ciudad. Comenzaron á edificar en este sitio todos los señores y caballeros, sabiendo que daban gusto á Nubunanga en ello, y como edificaban unos en competencia de otros, fueron tantas las casas y los jardines, y tan graciosos y vistosos los edificios, que vino á ser aquella ciudad, que se llamó Anzuquiama, una de las hermosas y ricas del Japon, y de mayor comercio y contratacion. Estaba toda ella muy bien trazada con sus calles muy largas y derechas, y tan anchas, que podian ir paseando por ellas diez y doce personas juntas á caballo. Las casas de los señores y caballeros estaban cercadas con muros de piedra y chapiteles muy hermosos, que cada una parecia una fortaleza, y como rodeaban toda la ladera del monte en contorno, dejando los palacios y fortaleza en medio, hacian una muy graciosa vista á quien lo miraba desde afuera.

Pero la hermosura, primor y riqueza de los

palacios y fortaleza, excedia á todos los edificios que habia en Meaco y en los demás reinos del Japon, y aunque será imposible pintarlos al vivo como ellos eran, todavía será bien hacer siquiera algun dibujo de aquel soberbio edificio, porque á su tiempo diremos en lo que paró.

Toda la cumbre del monte estaba cercada de un grueso muro de piedra con muchas y muy hermosas torres. Entrando por la primera puerta ántes de llegar á los palacios, habia una grande plaza, y á un lado de ella un teatro muy capaz para representaciones y fiestas públicas. Pasada esta plaza, se subia por una escalera de piedra muy curiosa hasta una sala y corredores que estaban en el primer suelo, de los cuales se descubria parte de la ciudad. Lo que se veia por de fuera en estos corredores, era una admirable pintura, y las ventanas de las piezas que á ellos salian eran de diversos colores, unas blancas, otras coloradas, azules y verdes, pero tenia tal lustre y resplandor la madera aun de las barandas del corredor, que parecian unos muy claros espejos. Entrando de esta primera sala á los aposentos de aquel corredor, eran tantos y tan vistosos, y edificados con tal artificio y traza que parecian un laberinto de Creta, donde fácilmente se perdiera quien no llevara buena guía. Estaban todos estos aposentos muy bien aderezados, unos de hermosas pinturas, y otros de finísimos paños, y toda la clavazon que se descubria, y las cerraduras de puertas y ventanas eran de oro. En frente de las barandas de este primero corredor se descubrian cinco ó seis jardines con sus estanques.

De este primero suelo se subia á otro segundo, en el cual estaban las salas y aposentos de la reina y de sus mujeres, que hacian notable ventaja á los primeros, porque su colgadura eran paños de finísimo brocado. Tenia este cuarto unos corredores que miraban á la ciudad, y otros á la sierra, á los cuales correspondian otros jardines aun más graciosos y vistosos que los primeros, con toda la diferencia de aves y pájaros de diferentes colores que se hallaban en Japon.

En el tercer suelo estaban los más ricos y curiosos aposentos que llaman jajequis, que estiman los japones como las niñas de sus ojos. Todas las figuras de estas piezas eran de oro y colores finísimos, y los corredores, y barandas, y puertas y ventanas de lo mismo. Desde estos últimos corredores se descubria toda la ciudad con todas sus calles y edificios. Iba haciendo el monte por aquella parte un poco de cuesta, y así iban tambien subiendo los cuartos y edificios de los palacios hasta igualar con lo más alto de él.

A donde se remataba el edificio de los palacios comenzaba el de la fortaleza, el cual era tan hermoso, rico y vistoso, que hacia notable ventaja al de los palacios. Toda la teja de este edificio era azul y tan resplandeciente, que cuando daba el sol en ella, deslumbraba á los que la miraban; desde lo alto de la fortaleza se descubria grande parte del reino de Mino y de Boari, por ser tierra muy llana.

CAPÍTULO XXIV

Cómo el P. Luis Froes llegó al reino de Mino, y los favores que le hizo Nobunanga, y el buen despacho con que volvió.

Llegado á Mino el P. Luis Froes con el H. Lorenzo su compañero, recibiólos en su casa el huésped de Vatadono, y dióles todo lo necesario el tiempo que allí se detuvieron, conforme á la carta que llevaban. Estuvieron en aquella casa dos dias esperando un caballero á quien Vatadono habia escrito que hablase por ellos al rey, y al mismo tiempo llegó á la ciudad Jivatadono, capitan de Nobunanga, que tambien venia encargado de favorecerlos. Estos dos caballeros dieron cuenta á Nobunanga cómo estaba allí el P. Luis Froes, que venia á visitarle. Holgóse mucho cuando lo supo, aunque entendida la causa, mostró enfado y pesadumbre con los de Meaco y dijo: «Mucho me pesa que el Dayri haya dado patente para echar á este Padre de Meaco, ó matarle; porque es la mayor gracia del mundo, querer persuadir que en cualquiera reino que los Padres están es luego destruido, y por la compasion que yo le tengo, siendo extranjero, le tengo de amparar y favorecer, de manera que nadie le pueda dar pesadumbre.» Tuvo el Padre aviso de esta buena respuesta que Nobunanga hábia dado en su negocio, y fuese hácia el palacio por ver si hallaba ocasion de visitarle. Ofrecióselo muy buena, porque pasaba el rey por los corredores á ver el edificio, cuando llegó el Padre, y así fué á hacerle su comedimiento y reverencia.

Holgóse con él Nobunanga preguntándole cuándo habia venido y cómo estaba y otras cosas á este modo. Llamó luego siete ú ocho caballeros principales que algunos eran del Meaco y de la casa del Cubuzama, y con sólos estos y el P. Luis Froes y el H. Lorenzo entró á ver la obra de sus palacios y fortaleza, dejando fuera más de otros 600 caballeros que venian á negociar con él de diversas partes. Cuando pasaban de los primeros corredores á las salas y cuadras, dijo al Padre que aunque gustaba de que viese

sus casas, pero que temia le habian de parecer poco respecto de las que habia visto en Europa; mas que por ser extranjero y haber venido de tan léjos, queria él mismo mostrárselas, y así le llevó por todas las salas, y cuadras y jardines sin dejar nada, lo cual hasta entónces con nadie habia hecho, porque con ser aquellos señores y caballeros tan principales, fué aquella la primera vez que les hizo el rey aquel favor.

Vueltos al primer corredor mandó venir allí un enano muy pequeño para que danzase y cantase, y despues hizo traer algunas conservas y frutas, y convidó á merendar al Padre y á su compañero. Quedaban admirados los presentes de de ver tales favores como el rey hacia al Padre, porque jamás habia hecho cosa semejante con ningun príncipe ni señor que le visitase; pero el supremo Señor que tiene en su mano el corazon de los reyes, inclinaba y movia el de Nobunanga para que en aquella ocasion hiciese este favor y otros muchos á su Iglesia recien plantada en aquellos reinos, por la necesidad que tenia de su proteccion y amparo contra los que le perseguian. Tornando el Padre á visitar á Nobunanga el dia siguiente, llevaba escrita una carta que el mismo Padre habia notado para el Cubuzama, con intento de pedir al rey que la firmase en su recomendacion. Leyóla y parecióle que estaba corta y algo breve, y mandó escribir allí en su presencia otra más cumplida y más encarecida, así para el Cubuzama como para el Dayri, entrambas en la misma forma. Tambien escribieron algunos de aquellos señores al Meaco, los grandes favores que Nobunanga habia hecho al Padre y el gusto con que favorecia sus cosas, y lo mismo escribió el secretario de Nobunanga al bonzo Niquijojuni.

Recibidos estos despachos, fué el P. Luis Froes con su compañero á darle las gracias de la merced y favor que les habia hecho á ellos y á toda la cristiandad, amparándola contra los que la querian destruir. Estaban presentes muchos señores y caballeros, así del Meaco como de otros reinos, cuando el Padre se quiso despedir, y delante de todos le dijo Nobunanga: «Padre, no tengais cuenta con el Cubuzama ni con el Dayri, porque todo está debajo de mi mano y poder, y así sólo haced lo que yo os dijere y estad donde quisiéredes.» Preguntóle entónces que cuándo se habia de partir; respondióle el Padre que el dia siguiente por la mañana pensaba hacerlo, si Su Alteza no le mandaba otra cosa. Díjole el rey que dilatase su partida por otros dos dias, porque le queria mostrar el dia siguiente la fortaleza, pues habia visto sus palacios. Volvió el Padre á la hora que le habian señalado. Estábanle ya aguardando siete ú ocho caballeros para acompañarle y subirle á la fortaleza. A la entrada de ella estaban 15 ó 20 caballeros mozos, los cuales de noche y de dia guardaban aquella puerta, mudándose á sus tiempos. Pasando más adelante, habia otros 100 caballeros de poca edad, hijos de los señores principales de sus reinos, que no pasaban de doce ó quince años; de estos caballeros se servia el rey para sólo llevar y traer recaudos, los cuales daban y recibian en las primeras salas de la fortaleza sin pasar más adentro, porque en las cuadras y salas que estaban de allí adelante y eran más interiores, sólo se servia de las damas que habia en su casa, ó de los príncipes sus hijos, que eran tres, el mayor de trece años y el menor de once.

Cuando le avisaron que el Padre y su compañeron eran llegados á la fortaleza, mandólos entrar, y á uno de sus hijos hizo que trajese el cha, que es una yerba, la cual mezclan con agua caliente y es señal de amor y cortesía cuando convidan con ella. Dió al Padre la primera porcelana del cha, y él tomó la segunda, y la tercera dió al H. Lorenzo. Mostró luego al Padre desde lo alto de la fortaleza grande parte de aquel reino de Mino, por ser todo él tierra muy llana, y estuvo platicando con él de diversas cosas como dos horas. Al medio de la plática llamó al príncipe su hijo, y á lo que después pareció (porque le habló en secreto) fué decirle que les aderezasen de cenar. Trajeron luego dos mesas, una para el Padre y otra para el H. Lorenzo, conforme á su costumbre. Entre tanto que cenaban, les hizo traer dos vestidos, diciendo que se los daba para que viesen el amor que les tenia, y así los despidió con mucha gracia y gusto.

Estaban los cristianos con harta pena en Meaco por la fama que los bonzos habian sembrado en la ausencia del Padre, pero cuando él llegó por el mes de Junio de 1569, y por las cartas que de allá trajo, se entendieron los favores que Nobunanga le habia hecho y el buen despacho que traia, no se puede decir el alegría que todos recibieron y la confusion que cayó sobre los bonzos. Envió el P. Luis Froes al H. Lorenzo con las cartas que traia á Vatadono que estaba en la fortaleza de Tacacuqui, para que le diese razon de todo lo que habia pasado, el cual se holgó tanto con estas buenas nuevas como si á su propia persona se hubieran hecho aquellos favores. Detuvo al H. Lorenzo allí tres ó cuatro dias, en los cuales siempre oia sermon y mostraba la grande satisfaccion que tenia de la ley de Dios y el deseo de acabar de oir todas las pláticas del Catecismo y hacerse cristiano. Dijo tambien al Hermano, que pensaba hacer en aquella fortale-

za suya una iglesia, y que mirase el lugar y sitio donde estaria mejor, porque él señalaria renta para el Padre y compañeros que allí hubiesen de residir. Ultimamente trataron qué medios se tomarian con aquel bonzo para ablandar su ira, y pareció que seria á propósito escribirle el virey una carta algo cariciosa, para que se la diesen con la otra que le escribia el secretario de Nobunanga, y así la envió abierta para que el Padre la viese primero, la cual decia de esta manera:

«El Padre se partió los dias pasados á Mino para visitar á Nobunanga, y fué de Su Alteza, no sólo bien recibido, mas aún me escribió le favoreciese con grande cuidado, por lo cual pido á Vm. que sea intercesor por él delante del Dayri, que por ser persona extranjera he tomado á mi cargo yo el favorecerle, y haciéndolo Vm. así de aquí adelante, fuera del grande contento que yo recibiré, ninguna cosa me pedirá conforme á mi posibilidad que yo no lo haga.»

Recibió el bonzo esta carta, pero ni por eso, ni por lo que le escribieron de Mino, amansó su furia, ántes en respuesta de ella escribió otra á Vatadono en esta forma:

«Vi las cartas de V. S. y del secretario de Nobunanga, y en lo que toca al Padre sepa V. S. que es denunciador de la ley del demonio, y que contradice al culto y veneracion de los camis y fotoques, perjudicando á todas las leyes del Japon, y sobre todo esto, oyó que V. S. le tiene aficion y le favorece, y es para mí esto una duda tan grande que sobrepuja mi entendimiento, porque haciéndose V. S. defensor de este hombre tan pernicioso, con más razon lo habia de ser de mí, pues en mí hay provecho y suficiencia para cuantas cosas hay, y soy la utilidad y provecho de todos los 66 reinos del Japon; y para el sosiego y paz de ellos, coadjutor de V. S. No hay duda sino que para lo que toca á Nobunanga y Cubuzama, yo no tengo segundo ni tercero que me iguale; pero si en mí hay alguna injusticia ó descortesía, V. S. me dé consejo.

»No quiso responder Vatadono á esta carta sino envió á decir al Padre, que compusiese su iglesia y se estuviese en ella como de ántes, que él vendria presto á Meaco y asentaria las cosas muy de propósito.»

Pareciéndole al bonzo Niquijojuni que perdia de su reputacion y autoridad en no salir con lo que habia intentado, determinó de ir al reino de Mino y negociar con Nobunanga, que consintiese en la patente del Dayri, fiando de sus mañas y astucias que saldria con ello; mas Vatadono que lo supo con tiempo, escribió á sus amigos y conocidos lo que pasaba, para que previniesen al rey, y así cuando llegó el bonzo halló tan ruin acogida en Nobunanga, que le trató muy ásperamente, reprendiéndole su pertinacia contra un extranjero, y con el mal semblante que le mostró, sin atreverse á replicarle ni hablar palabra, se volvió el bonzo harto corrido y afrentado, y en su lugar diremos las nuevas trazas de que usó para salir con su intento. Entre tanto volvamos á la cristiandad de las partes del Jimo.

CAPITULO XXV

Del fruto que nuestro Señor hacia en las partes del Jimo, y la venida de algunos Padres de la India.

Cuando estas cosas pasaban en el Meaco, iba la cristiandad de las partes del Jimo con mucho aumento, porque así en Bungo como en el reino de Arima y Firando, y en las islas de Amacusa y Jequi, iba cada dia creciendo el número de los fieles, pero muy particularmente en el reino de Omura, porque el P. Cosme de Torres por su parte, y el rey D. Bartolomé por la suya, hacian todo lo posible por reducir aquel reino á la doctrina del Evangelio y á la fe de Cristo nuestro Señor.

Habia dilatado el rey D. Bartolomé hasta entónces (por consejo del P. Cosme de Torres) la conversion de su madre, mujer é hijos, con justas causas que se habian ofrecido; pero advirtiendo que algunos señores y caballeros se iban deteniendo en recibir la ley de Dios por este respeto, determinó que todos los de su casa se hiciesen cristianos, y para ponerlo en ejecucion porque sus vasallos no tuviesen ocasion de quejarse, mandó juntar en Omura á los principales de su reino, á los cuales habló de esta manera: «Porque tuviésedes alguna noticia de la ley de Dios, esperé hasta ahora con la conversion de los de mi casa, y pareciéndome que ya la debeis de tener entendida, he determinado que todos se bautizasen por lo que á mí toca y á la salvacion suya, y tambien para daros á entender, que más me importa contentar á Dios poniendo esto por obra, que cualquier recelo que me pueda estorbar para dejar de hacerlo, y si esto os desagradare, yo y mi casa nos contentamos de quedar con Dios y con esta buena suerte, y vosotros podreis elegir otro señor.»

Dijo estas palabras el rey con tanto peso y sentimiento, ó por mejor decir, con tanto espíritu del cielo, que los principales señores y caballeros del reino que allí estaban, dijeron que eran muy contentos de lo que Su Alteza hacia, dando mues-

tras de querer hacer ellos otro tanto; y así se esperaba muy en breve grande conversion en aquel reino.

Estando el P. Cosme de Torres disponiendo las cosas para el Bautismo de la madre, mujer é hijos del rey D. Bartolomé, le dieron aviso cómo era llegado á la isla de Jequi el P. Francisco Cabral, que venia por Superior y Viceprovincial del Japon. El cual, sabiendo el estado de las cosas de Omura, envió á decir al rey que la primera cosa que haria en hablando á los Padres en Jequi, seria irle á visitar en su ciudad y bautizar de su mano á la reina y á sus hijos, y así pareció que se suspendiese por entónces el Bautismo, por ser necesario juntarse luego los Padres que andaban en aquellas partes. Dióseles aviso y acudieron á la isla de Jequi al principio del mes de Julio del año de 1570 los Padres Cosme de Torres, Gaspar Vilela, Baltasar de Acosta, Baltasar Lopez, Melchor de Figueredo, Juan Bautista Montano, P. Alejandro y el P. Organtino que venia con el P. Francisco Cabral. Con estos Padres vinieron tambien los HH. Luis de Almeida, Arias Sanchez y algunos otros que se pudieron desocupar. No pudo hallarse en el Jequi el P. Luis Froes, ni los Hermanos que andaban con él en las partes de Meaco, porque ni se les podia dar aviso de manera que viniesen á tiempo, ni era sazon ni conyuntura para dejar comenzadas las cosas de aquella cristiandad, que se iban entablando bien con el favor de Nobunanga y de Vatadono.

Fué la junta de aquellos Padres de particular consuelo para todos, por haber mucho tiempo que no se habian visto unos ni otros, como andaban divididos en diversos reinos; y no fué de menor provecho, porque trataron y confirieron entre sí de muchas cosas importantes á su aprovechamiento y disciplina religiosa, y de los medios con que más podian aprovechar aquella cristiandad. Tambien se determinó allí que el P. Gaspar Vilela fuese á la India, así por andar muy falto de salud en aquella tierra, como para dar noticia allá del estado de la cristiandad del Japon, pues lo podia hacer mejor que nadie como testigo de vista; y con esa ocasion viniesen algunos Padres más con los cuales se pudiese acudir á tantas necesidades como habia en aquellos reinos.

Concluidos estos negocios más comunes y universales, repartió el P. Francisco Cabral (como superior que era) los Padres que entónces quedaban en Japon por este órden. Al P. Juan Bautista Montano envió á Bungo, al P. Baltasar Lopez á Cochinozu, al P. Baltasar de Acosta á Firando, al P. Alejandro al Goto, al P. Melchor de Figueredo á Omura y al P. Organtino envió á las partes de Meaco, para que ayudase al P. Luis Froes; el P. Cosme de Torres se quedó en el Jequi por estar algo indispuesto, y para despachar al P. Gaspar Vilela á la India con los navíos que estaban en el Jequi, en los cuales habian venido el P. Francisco Cabral y el P. Organtino.

CAPÍTULO XXVI

Cómo se bautizó la madre, mujer é hijos del rey D. Bartolomé, con otra gente principal del reino, y la muerte del P. Cosme de Torres.

Acabada la congregacion que hizo el P. Francisco Cabral de aquellos Padres en la isla de Jequi, habiendo de visitar la cristiandad de las partes del Jimo, quiso comenzar por el reino de Omura, para cumplir lo que habia ofrecido al rey D. Bartolomé, de ir él mismo á bautizar á su mujer é hijos. Partió el Padre de Jequi, llevando en su compañía á los PP. Baltasar de Acosta, Melchor de Figueredo y al H. Luis de Almeida. Llegados al puerto de Nangasaqui, como lo supo el rey D. Bartolomé, no le dió lugar su devoción á que se contentase con enviar á visitar los Padres, sino que él mismo vino á hacerlo, acompañado de muchos caballeros, y los llevó á su ciudad de Omura.

Estaban ya la reina y sus hijos bien instruidos en la fe, y así dentro de pocos dias como llegó el P. Francisco Cabral, se hizo el Bautismo con toda la solemnidad posible, y conforme á la costumbre de la Iglesia católica, se casaron el rey D. Bartolomé y la reina su mujer. Bautizáronse tambien el mismo dia otras 100 personas de las principales del reino, y fué grande el alegría que hubo en toda la ciudad, porque los mismos gentiles venian á dar el parabien al rey del Bautismo de su mujer é hijos, y los portugueses que estaban en Jequi, vinieron á Omura para hallarse en aquella fiesta, los cuales llevaron un presente al rey con el parabien de la merced que nuestro Señor habia hecho á su casa.

Faltaba por bautizar la madre del rey, que por ser de sesenta años no quiso su hijo que se bautizase hasta que más despacio hubiese entendido las cosas y misterios de la religion cristiana, dando por razon que su madre estaba muy arraigada en el culto y veneracion de los ídolos por el uso que tenia de adorarlos, y aunque mostraba grande deseo de recibir el santo Bautismo, queria que estuviese primero muy fundada en la doctrina, porque no hiciese después alguna cosa con que le echase en vergüenza ó diese mal

ejemplo á los demás cristianos. Para este efecto se quedó en Omura el P. Melchor de Figueredo, y el P. Francisco Cabral pasó adelante visitando la cristiandad. Dentro de pocos dias se bautizó tambien la madre del rey, cuando pareció que estaba bastantemente instruida.

Con ocasion de estos Bautismos se movieron otros muchos del reino á oir los sermones, porque ya comenzaba nuestro Señor á pagar el celo de este buen rey, y el deseo que siempre habia tenido de la conversion de sus vasallos, y para honrar más y animar á los que se convertian, procuraba de hallarse él mismo siempre en los bautismos.

No se entendió al principio cuando partieron los Padres de Jequi, que la indisposicion del P. Cosme de Torres era cosa de cuidado ni peligro, pero como la calenturilla, aunque lenta, iba acompañada con su vejez y muchos trabajos, cada dia fué estando peor, de manera que no pudo ir á Omura ni hallarse en el Bautismo de la reina y de sus hijos como todos deseaban. Al fin la calentura fué creciendo y él sintiendo más flaqueza, aunque no de manera que el P. Gaspar Vilela y los Hermanos que habian quedado en su compañía pensasen que estaba su muerte tan cercana, mas el buen Padre entendiendo que se llegaba el término de su vida, se confesó generalmente con el mismo P. Gaspar Vilela, y el dia siguiente sacando fuerzas de flaqueza, fué á la iglesia para recibir allí el Santísimo Sacramento. Antes de comulgar hizo un coloquio á nuestro Señor tan tierno y lleno de lágrimas, que las hacia derramar á cuantos estaban presentes. Después de comulgado se recogió á su aposento y se despidió del P. Gaspar Vilela y de los Hermanos, abrazándolos á todos tiernamente, y poco después dió su alma al Señor á los 2 de Octubre del año de 1570, repitiendo muchas veces el nombre Santísimo de Jesus y de María. Murió con grande alegría nacida del testimonio de su buena conciencia y de las muchas prendas que tenia de nuestro Señor que le llamaba á su eterno descanso, para darle el premio de lo mucho que habia padecido por la gloria de su santísimo nombre, predicando el santo Evangelio veinte años en aquella tierra como varon apostólico, con tantas persecuciones, afrentas y trabajos como en el discurso de su vida queda dicho.

Quedó su rostro después de muerto tan hermoso, que más parecia vivo que difunto. Halláronse en su enterramiento los PP. Baltasar Lopez, Alejandro y el P. Gaspar Vilela. Tambien vinieron los cristianos de Cochinozu y de otras partes que alcanzaron á saberlo, y era tanto el sentimiento y lágrimas por su muerte, como si cada uno hubiera perdido su propio padre, porque le tenian todos por tal. Viéronse en mucho trabajo para poderle enterrar con el grande concurso de gente que venia á besarle los piés, y apénas le dejaron pedazo del vestido, deseando llevar cada uno alguna cosa de él, para guardarla por reliquia. Tal era la estima y veneracion que todos los cristianos tenian á este santo varon, pero quien más tiernamente sintió su muerte fué el rey D. Bartolomé cuando lo supo, porque le amaba como á su primero Padre y maestro. Predicó á su Misa y enterramiento el P. Gaspar Vilela, declarando cómo el trabajador y obrero de la viña del Señor era digno de su premio. Y cuál seria el que Dios tendria guardado para aquel siervo suyo que con tanta fidelidad habia trabajado tantos años! De ahí á pocos dias partió el P. Gaspar para la India, y llegó con próspero viaje en pocos meses, donde tambien le dió Su Divina Majestad á él dentro de pocos años el premio de lo que en Japon y en otras partes habia servido á su Dios y á la Compañía, como verdadero hijo de ella.

CAPÍTULO XXVII

De cómo el P. Alejandro fué al reino del Goto, y el fruto que allí se hizo, y la persecucion que se levantó contra los cristianos, y el grande valor del príncipe D. Luis.

Conforme al repartimiento que el P. Francisco Cabral hizo en la isla de Jequi, cúpole al P. Alejandro visitar el reino del Goto, para donde se partió después de la muerte y enterramiento del P. Cosme de Torres. Recibiéronle los cristianos con mucho contento, porque habian quedado muy solos con la venida del P. Juan Bautista al Jequi cuando se hizo la congregacion de los Padres en aquella isla. Comenzó el P. Alejandro sus sermones para confirmar á los cristianos en la fe y despertar á los gentiles á recibirla, y con la gracia del Señor se echaba de ver mucho fervor y devocion en todos los cristianos. Pero quien más en esto se señalaba era el príncipe D. Luis y heredero del reino, el cual se habia casado pocos dias ántes que el Padre llegase al Goto, y lo primero que hizo en siendo venido el P. Alejandro, fué procurar que su mujer y criados fuesen cristianos, enviándoselos de cuatro en cuatro, para que estando bien instruidos se bautizasen. De esta manera en poco tiempo recibieron el santo Bautismo la mujer del príncipe que se llamó doña María, con otras 12 ó 15 mujeres y hasta 100 caballeros criados suyos.

Fué particular consuelo para los cristianos ver que toda aquella casa hubiese recibido la fe, pareciéndoles que tendrian siempre favor y amparo en el que habia de ser su rey y señor. No se contentó este príncipe con que los de su casa recibiesen la ley de Dios, sino que tambien procuró hiciesen lo mismo algunos pueblos que su padre le habia dado cuando se casó, y para que esto fuese con más suavidad, les envió primero un recaudo, rogándoles que holgasen de oir los sermones de la doctrina, y si les pareciese bien y les contentase la ley de Dios, la recibiesen. Al principio tuvieron dificultad algunos lugares, pero luego respondieron que harian lo que Su Alteza les mandaba, y así comenzaron á oir los sermones con grande gusto y con mucho deseo de hacerse cristianos, y segun la disposicion que habia en la gente esperábase una extraordinaria conversion si el demonio no lo atajara con sus acostumbradas invenciones por medio de sus ministros, que son los bonzos, los cuales viendo cuán de veras tomaba el príncipe la conversion de sus vasallos, y que no habia de parar hasta que todos los de su reino se bautizasen, hicieron cierta liga y confederacion secreta con un tio hermano de su padre, y solicitaron nuevos pueblos de gentiles para que le favoreciesen, y por ser este caballero grande idólatra y enemigo de la ley de Dios, tomó el negocio muy á su cargo.

Lo primero que hizo fué enviar un recaudo á su sobrino en nombre de sus vasallos, pidiéndole que dejase la ley que habia recibido, porque siendo él de una ley y ellos de otra, habia de ser ocasion de grandes disensiones en el reino. A este recaudo respondió el príncipe, como muy valeroso y muy cristiano, que en cualquiera ocasion que su tio le mandase algo, holgaria de obedecerle y darle gusto, pero que en este particular no le hablase nadie, porque ni al rey su padre obedeceria en tal caso. Viendo los gentiles que por esta vía no podian salir con su intento, enviaron segundo recaudo al rey, dándole á entender, que si el príncipe su hijo no dejaba la ley que habia tomado, no pensaban reconocerle por señor. Respondióles el rey, por sosegarlos, que llamaria los de su Consejo y trataria con ellos del negocio. Salió de la consulta, que pidiese el rey á su hijo, que ó no fuese cristiano ó á lo ménos que lo disimulase, dando á entender que no lo era, dejando de acudir á la iglesia y haciendo otras cosas semejantes.

Trató el rey diversas veces con su hijo sobre este negocio, dándole para ello muchas razones y diciéndole que bien podia ser cristiano en su corazon, aunque en lo de fuera mostrase lo contrario, entre tanto que se pacificaban sus vasallos. Esto mismo le suplicaban los del Consejo de su padre y otros muchos caballeros; pero la respuesta que dió siempre á todos y á su padre, fué cómo la que habia dado á su tio (por estas palabras) que la ley de Dios no sufria, que quien una vez la hubiese recibido mostrase con señales exteriores que la habia dejado, y así él estaba determinado de ántes morir que dejar de confesarla; pero que si entendia su padre que por su causa se le habia de alborotar el reino, que él holgaria de desterrarse de él y vivir en otra parte con su mujer y los de su casa, aunque hubiese de pasar con necesidad y pobreza, y que esta tuviesen por su última resolucion y respuesta, digna por cierto de príncipe cristiano y de corazon tan generoso. Y para que mejor se vea el celo que tenia de la honra de Dios y de su ley, con no haber más que un año que se habia bautizado, ántes de decir el suceso y fin de esta alteracion, pondré aquí dos ó tres cosas que me contó de este príncipe el P. Alejandro viniendo de Roma el año de 1575, las cuales le habian pasado con él estando en el Goto el año de 70.

La primera fué que viniendo una mujer cristiana del campo con necesidad, cogió un poco de fruta de un árbol, que seria como acá un par de manzanas, para mojar la boca por ser en verano y tiempo de calor. Supo esto el príncipe D. Luis, y teniendo aquello por hurto, quiso mandar que le cortasen la cabeza, por parecerle que habia hecho una grande afrenta á la ley de Dios, en quebrantar su mandamiento con aquel hurto. Tuvo aviso de lo que pasaba el P. Alejandro, y fué á darle razon cómo aquello era una cosa poca, y la mujer la habia cogido con tanta necesidad, que no se podia llamar hurto. A esto replicó el príncipe con estas palabras: «Padre, la ley de Dios que nos habeis enseñado, solamente dice, no hurtarás sin excepcion de poco ó mucho, y si no fuera por vuestro respeto, yo le quitara la cabeza porque no se atreviera á quebrantar otra vez la ley de Dios, y dar mal ejemplo á los cristianos. Al fin, para satisfacerle, fué necesario que la pobre mujer pagase sus manzanas con estar otros tantos dias á la puerta de la iglesia, entre tanto que se decian los Oficios divinos con una vela en la mano y con una soga al cuello.

La segunda cosa fué el grande respeto que tenia este príncipe á la Iglesia y á los Sacerdotes, porque cuando hablaba con el Padre preguntándole alguna cosa de la ley de Dios, hincaba primero las rodillas en el suelo y daba por razon de esto que si á su padre por ser rey, le hablaban sus vasallos de aquella manera y muchas veces ponian el rostro en el suelo, cuánta más razon era que los cristianos hiciesen aquello con el

que tenian en lugar de Dios, y de cuya boca recibian la doctrina del cielo. De aquí tambien le nacia, que cuando entraba en la iglesia con los demás cristianos, aunque le ponian su sitial jamás se asentaba ni ponia en él, sino al principio del banco en que estaban sentados los demás cristianos.

Quiso el Padre moderar esta devocion del príncipe por lo que se debia al decoro de su persona, y así le dijo: «Mire Vuestra Alteza, que la ley de Dios no contradice á la policía humana ni al respeto que es justo tengan los vasallos á su señor; y así es razon que haya alguna diferencia en el asiento, aunque sea en la iglesia.» Pero á todas estas razones respondió el príncipe con otra que no pudiera salir sino de un pecho y corazon tan cristiano y de un entendimiento tan ilustrado como él le tenia con los muchos dones del cielo que Dios habia puesto en su alma; y pondré aquí sus mismas palabras, para que por ellas se vea mejor el corazon de este príncipe, que son estas: «Padre, bien entiendo que la ley de Dios no contradice á lo que me habeis dicho, y así desde aquella puerta de la iglesia afuera, pues son mis vasallos, yo me huelgo que tengan el respeto que es razon, mas desde aquella puerta adentro, ellos y yo somos criados de aquel Señor que está en el altar, y delante de su señor no es necesario que haya tanta distincion entre los criados.» ¡Que no será de pequeña confusion para quien las leyere, viendo lo que hacia y sentia este príncipe con sólo un año que le habian predicado la ley de Dios, y lo que cada dia por acá pasa aun entre personas particulares sobre los asientos y lugares que han de tener en las iglesias!

CAPÍTULO XXVII

Del fin que tuvo la persecucion del Goto, y cómo el P. Alejandro volvió á la India y Europa.

Viendo el rey que no podia acabar con su hijo lo que deseaba por el camino que habia tomado, con el disgusto que de esto recibió quiso intentar otro medio, y fué mandar con edicto público, que todos los que en su reino habian recibido la ley de Dios, la dejasen luego y se volviesen al culto y adoracion de los ídolos, pareciéndole que de esta manera haria de su hijo lo que quisiese, si los cristianos le dejaban solo. Oido el edicto, recogiéronse todos los cristianos, así de la ciudad como de los lugares comarcanos á la iglesia, temiendo que segun los señores del Japon son muy amigos de que en todo se haga su voluntad, no podria resultar de este mandato sino su muerte ó destruccion, pues no le habian de obedecer.

El primero que se vino á la iglesia con la gente de su casa fué el mismo príncipe D. Luis, el cual con su acostumbrado valor puso ánimo y esfuerzo á todos, diciéndoles que estuviesen muy ciertos y seguros de que no habia de consentir que tocasen al menor de ellos, sin que primero le hubiesen quitado á él la vida y hecho pedazos en la puerta de la iglesia. Tambien les hizo el P. Alejandro una plática, declarándoles la obligacion que tenian en semejante ocasion, no sólo á tener la fe en el corazon, sino á confesarla y á manifestarla exteriormente, trayéndoles algunos ejemplos de los santos y mártires de la primera Iglesia.

Con esto cobraron todos tanto ánimo, que enviaron un recaudo al rey, diciendo que ellos habian recibido la ley de Dios y se habian hecho cristianos con su licencia y beneplácito, y que si por ello queria quitarles sus tierras y haciendas, se sirviese de ellas, que ellos irian á buscar su vida en otra parte; pero que si con esto no se satisfacia Su Alteza, allí estaban todos aparejados para morir dentro de su iglesia. No sólo en los hombres de más edad, sino tambien en los niños se echaba de ver este ánimo para morir por la ley de Dios; porque un niño de ocho años, hijo de un cristiano honrado, fué á su madre con mucho contento diciendo que se holgaba de morir en compañía de su padre, porque se iria luego al cielo. Pidiendo otro niño cierta cosa á su madre, dijo el padre que se la diese, pues habian de ir luego á la iglesia para morir con los demás cristianos. Oyólo el niño, y vuelto á su padre le dijo: «¿Cómo, padre, pensais vos de morir sin mí? pues sabed que no ha de ser así, porque cuando os quisieren matar yo me arrojaré sobre vos, para que me maten á mí primero.»

Otro caballero honrado llevó un nieto suyo al rey, para que conforme á la costumbre del Japon le diese cierto título honroso como acá una encomienda ó hábito. Concedióselo el rey con condicion, que no se bautizase aquel mozo. Respondió entónces el tio con grande ánimo y valor: «Señor, este mozo es hijo de cristiano y nieto mio, y está determinado de morir con los demás, por la fe del verdadero Dios.»

Enojóse el rey con la respuesta, y no le quiso dar lo que pedia, y el viejo volvió muy alegre porque se lo hubiesen negado á título de ser cristiano. Este mismo caballero dijo un dia al príncipe delante de otros cristianos. «Yo, señor, soy de setenta años, y siendo de esta edad estoy muy aparejado para morir antes que hacer lo que vuestro padre quiere, y suplícoos que hagais

vos lo mismo, pues entendeis bien que cuanto sois mayor en el reino, tanto estais más obligado á cumplir lo que una vez prometístes á Dios.» No dijo aquel caballero estas palabras por ver flaqueza alguna en el príncipe, que estaba más firme que todos, sino para mostrar su devocion y constancia.

Al fin viendo el rey la resolucion que habian tomado los cristianos y que el príncipe su hijo se habia recogido con ellos en la iglesia con determinacion de morir antes que consentir que tocasen á ninguno de sus vasallos, movido con el amor natural de padre, fué remitiendo su enojo y componiendo sus cosas con los gentiles, de manera que dejaron entónces á los cristianos con paz y sosiego, y pudieron celebrar los oficios de la Semana Santa del año de 1571 con grande consuelo y devocion, pagándoles nuestro Señor en aquellos dias con gustos del cielo los trabajos pasados. Hicieron el Juéves Santo una procesion, en la cual habia casi 1.000 disciplinantes, y porque los gentiles no se atreviesen á hacerles alguna descortesía, iba el príncipe con toda su gente apercibido para lo que fuese menester, guardando la procesion; pero nuestro Señor lo ordenó de suerte que nadie se atrevió á perturbarlos.

Acabados los oficios de la Semana Santa y de la Pascua de Resurreccion, tornó el príncipe D. Luis á insistir con el P. Alejandro, en que sus vasallos se hiciesen cristianos, porque ellos mismos lo pedian. Envió el Padre delante un cristiano que traia por compañero para que comenzase á enseñar la doctrina á los que deseaban el Bautismo entre tanto que él iba. Cuando el Padre fué al primer lugar, que estaba nueve leguas de Ochicoa, saliéronle á recibir á la playa los gentiles cantando de alegría, diciendo en su lengua, bendito sea Dios que hemos visto al que nos ha de sacar de la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora hemos vivido; en pocos dias que con ellos estuvo bautizó 600 personas.

De este lugar pasó á otro, en el cual bautizó otras 500. Echábanse de ver en estos cristianos los efectos de la divina gracia que habian recibido, porque su mayor gusto era procurar que tambien lo fuesen sus parientes y amigos.

No pudo visitar el Padre más lugares porque tuvo necesidad de volver á la ciudad para acabar de asentar algunas cosas que habia dejado comenzadas de la iglesia de Ochicoa. Fué muy grande el consuelo que el príncipe recibió cuando supo los que se habian bautizado, y la buena disposicion que habia en los demás para hacer lo mismo; y decia al Padre que ninguna cosa le daba tanto gusto como ver la conversion de sus vasallos. Acabado lo que tocaba á la iglesia de Ochicoa, quiso volver el Padre á visitar los lugares que quedaban y proseguir la conversion que estaba comenzada de los gentiles, pero no pudo pasar adelante con su deseo, porque al mismo tiempo recibió una carta del P. General de la Compañía, por la cual le mandaba volviese del Japon á Europa, para algunos negocios de importancia y servicio de nuestro Señor. Mucho sintieron los cristianos la ausencia del Padre y más el príncipe D. Luis, por ser en aquella sazon y coyuntura; pero el P. Francisco Cabral le consoló con sus cartas, dándole esperanza de visitarle él mismo ó enviar quien lo hiciese. Partió el P. Alejandro del Japon el año 1571, y sin detenerse en la India, pasó á Portugal y de allí á Roma, y volviendo el año de 75 de Roma me contó á mí en Alcalá lo que en el cap. XXVII queda referido del príncipe D. Luis.

CAPÍTULO XXIX

Cómo el P. Francisco Cabral visitó los cristianos de Amacusa y se bautizó el señor de aquella tierra.

Después que salió de Amacusa el H. Luis de Almeida la postrera vez, y el gobernador de la isla D. Leon vino desterrado á Cochinozu, el señor de la tierra se dió tan buena maña, que cercó á sus hermanos en una fortaleza, y á los que se juntaban con ellos y eran causa de las alteraciones pasadas y presentes, y apretólos de manera que los dejó sin fuerzas para poderle dar pesadumbre de allí adelante, y así tornó á llamar luego á su gobernador D. Leon, á quien amaba y estimaba mucho por su grande valor y prudencia, y después de venido, por su consejo escribió el señor de Amacusa diversas cartas al P. Francisco Cabral, pidiéndole que visitase aquella su tierra, mostrando voluntad y deseo de oir la ley de Dios y de recibirla.

Por ser este caballero tan principal y estar su isla tan cerca de Omura y de Arima, acabado el Bautismo de la mujer é hijos del rey D. Bartolomé, partió el Padre para Amacusa, llevando en su compañía al H. Luis de Almeida y á otro Hermano japon que se decia Vicente. Estábalos esperando el señor de la tierra en una fortaleza suya por nombre Fondo, y de las mejores que tenia en toda la isla. Al pié de ella habia un muy buen lugar donde se aposentó el Padre con sus compañeros. Vino luego el señor á visitarle acompañado de muchos caballeros. Pasados los primeros dias en visitas y cumplimientos, porque son en esto muy puntuales todos los señores del Japon, comenzó el Padre los sermones. Acudia á

ellos mucha gente, y para que oyesen de mejor gana y tuviesen estima de lo que se les predicaba, quiso el mismo señor de Amacusa hallarse presente, ayudando para esto la buena industria y diligencia que puso el gobernador D. Leon.

Fué nuestro Señor servido, que este caballero con la continua asistencia de los sermones, se hizo tan capaz de la verdad, que cuando estaban más descuidados envió á decir un dia al Padre, cómo él estaba muy persuadido que aquella ley era la verdadera y santa, y estaba determinado de recibirla y hacerse cristiano. Fué esta nueva para todos de particular consuelo, y así, después de haber oido todos los sermones del catecismo, le bautizó el Padre y puso por nombre D. Miguel. Por su ejemplo se hicieron tambien cristianos los de la fortaleza de Fondo, y del lugar que estaba al pié de ella, y otros muchos pedian y deseaban el santo Bautismo.

Entre los que se bautizaron fué un mozo de diez y ocho años, hijo bastardo de este señor, muy agraciado y bien dispuesto. Sintiólo mucho su madrastra y mujer del señor de Amacusa, porque todavía era gentil y queria á este mozo como si fuera su hijo. Llamóle un dia y díjole que cómo era tan desagradecido en haberse hecho cristiano contra su voluntad, habiéndole ella recibido en su casa como si fuera hijo propio; por lo cual le mandaba que no pareciese más delante de ella ni se tuviese por su hijo. El mozo le respondió, que lo haria como se lo mandaba. Fuese luego á donde estaba el P. Francisco Cabral, y dióle cuenta de lo que con su madrastra habia pasado, diciendo que estaba muy alegre y contento de padecer de allí adelante pobreza y necesidad por amor de nuestro Señor; mas sabiendo su padre el caso y estimando al hijo mucho más por su virtud, le mandó que estuviese en su casa como de ántes.

Pidió este caballerito al P. Francisco Cabral que le confesase ántes de su partida. Díjole el Padre que los pecados hechos ántes del Bautismo, en él se habian perdonado, y que no era necesario confesarlos. Tornó á hacer instancia segunda vez para que le confesase, diciendo que aunque no sentia en su conciencia cosa que le obligase á la confesion (porque habia solos diez ó doce dias que se habia bautizado), pero que lo deseaba por ser participante de la gracia que nuestro Señor comunica en aquel Sacramento. Tambien se bautizó un bonzo que habia sido grande predicador en aquella tierra, y luego se comenzó á edificar una muy buena iglesia en la fortaleza de Fondo, y porque el Padre habia de pasar adelante á visitar otros lugares, dejó en Amacusa con los cristianos al H. Luis de Almeida.

CAPÍTULO XXX

De la persecucion que el bonzo Niquijojuni levantó contra el visorey Vatadono, y lo que de ella resultó.

Vuelto á Meaco el visorey Vatadono, trató con el Cubuzama, lo que tocaba al Padre y á la Iglesia tan de veras, que nadie se atrevió de allí adelante á molestar á los cristianos, ni el mismo bonzo Niquijojuni osaba hablar en público contra ellos, viendo los extraordinarios favores que el visorey les hacia, como se vió en este caso particular.

Fué un dia á palacio una mujer cristiana y pobre para hablar al visorey sobre cierto negocio suyo. Estando aguardando la buena mujer en una sala, púsose á rezar su rosario esperando que saliese Vatadono. Llegáronse unos pajes (como es costumbre en palacio) á querer burlar de la pobre vieja, y tirándole del rosario quitáronle una imágen que traia en él. Comenzó la vieja á reprenderlos de lo que hacian, y debió de alzar un poco la voz de manera que lo oyó el visorey en su aposento, y saliendo á ver lo que era, los mandó prender, especialmente á dos pajes que halló culpados.

Los parientes de estos mozos, que eran principales, temiendo no hiciese el visorey algun castigo riguroso, acudieron al P. Luis Froes, para que intercediese por ellos. Envió al H. Lorenzo de su parte para que hablase á Vatadono, y le suplicase que no hiciese caso de lo que habian hecho aquellos pajes; estuvo Lorenzo con él casi toda una noche sin poder alcanzar el perdon. Fué por la mañana el P. Luis Froes á pedirle lo mismo, y respondióle con muy blandas palabras, diciendo que todo se haria bien. Entendió el Padre que el negocio quedaba acabado, mas en saliendo él de casa los mandó llevar presos á su fortaleza, y poco después partió él mismo para allá.

Tornó á enviar el P. Luis Froes al H. Lorenzo, para que le suplicase por aquellos mozos, que se lo pidieron sus parientes con mucha instancia. Halló el Hermano á Vatadono muy resuelto de castigarlos, y daba por razon que siendo él visorey y justicia de aquella tierra, y viniendo á su casa los cristianos á pedirle favor en sus negocios, no habia de haber persona que se atreviese á agraviarlos, sabiendo en todos aquellos reinos, que él tenia á su cargo el favorecerlos, cuanto más que quitar á una mujer vieja la Verónica que los cristianos estimaban tanto, aunque á otros pareciese pequeño delito, para él era muy grande por haberse hecho en su casa; al fin des

pidió al H. Lorenzo con buenas palabras, y en partiéndose examinó bien la causa de aquellos mozos, y al uno dió por libre y al otro que halló culpado mandó cortar la cabeza, con lo cual á todos los gentiles puso grande espanto y temor.

Todas estas cosas atizaban más la ira del bonzo Niquijojuni, y pareciéndole que teniendo el visorey Vatadono la mano y autoridad que Nobunanga le habia dado en aquella tierra, nadie podria atreverse á dar pesadumbre á los cristianos; revolvió su indignacion contra Vatadono, y aprovechóse de todas sus mañas y astucias para descomponerle con Nobunanga. Halló alguna gente principal que le ayudó para su intento, y señaladamente los bonzos de la sierra de Frenojama. Los unos y los otros juntaron muchos capítulos, aunque falsos, contra el visorey acerca del gobierno de aquellos estados, y entregáronlos á este bonzo, el cual supo dar tal color á las cosas, que Nobunanga dió crédito á ellas por ser las personas que las afirmaban de quien él tenia satisfaccion. Yendo Vatadono desde su fortaleza para el reino de Mino á visitar á Nobunanga, le envió á decir que no llegase allá, porque ni queria verle ni hablarle. Viendo el bonzo Niquijojuni (que estaba en Mino negociando esto) cuán bien le habia salido la primera traza, apretó más el negocio, añadiendo nuevos falsos testimonios, con los cuales indignó á Nobunanga, de manera que le quitó el oficio de visorey y más de 20.000 ducados de renta que tenia, y dentro de pocos dias le mandó derribar una de sus fortalezas.

Gloriábase el bonzo de ver caido á Vatadono de su estado y autoridad y privado de su renta y en desgracia de Nobunanga, y decian públicamente él y sus amigos los bonzos de Meaco y Frenojama, que aquel era evidentísimo castigo y rigurosa justicia de sus dioses contra Vatadono, porque sin temor ni respeto suyo habia querido favorecer una ley tan falsa y tan perniciosa. Era en este tiempo la tristeza y desconsuelo de los cristianos y del P. Luis Froes tanta, que no se puede decir, viendo el trabajo que por su causa habia venido á Vatadono, porque bien entendieron de dónde habia nacido todo.

Mostróse bien en esta ocasion el grande valor de Vatadono, y cuán de veras amaba y favorecia la cristiandad, porque yéndole á visitar muchos señores y caballeros del Meaco y á darle el pésame de su trabajo, decia á todos que teniendo el P. Luis Froes buen suceso en sus cosas y estando él en Meaco, no tenia en nada su desgracia y disfavor con Nobunanga, y que tuviesen por cierto que pues el Padre era extranjero y sólo pretendia predicar en aquella tierra la ley de Dios, que era tan justa y tan santa, habiendo tomado á su cargo el favorecerle, cuando el Dayri y Nobunanga le quisiesen desterrar él habia de dejar eso poco que le habia quedado, y su casa para irse en su compañía á la India.

Pasó Vatadono algunos meses con esta tribulacion; rapóse toda la barba y cabeza, y lo mismo hicieron más de otros 200 caballeros, que es señal entre los japones de darse por agraviados del rey y dejar el cuidado de cosas temporales; mas como nuestro Señor sabe dar á cada uno su merecido, ordenó las cosas con su infinita sabiduría de manera que se echó de ver dentro de pocos dias el cuidado que tiene de favorecer á los que le sirven, y de castigar en su tiempo á los que le ofenden. Vino Nobunanga al Meaco, como solia hacerlo otras veces, y cuando estaban esperando todos que habia de mandar cortar la cabeza á Vatadono, como lo habian publicado el bonzo Niquijojuni y sus consortes, le hizo llamar, y delante de muchos señores y caballeros le honró y mostró más amor que nunca, y mandando traer uno de sus vestidos más ricos, se le hizo poner, diciendo que se queria servir de él como de ántes y en cosas de mucha importancia, y para mostrar los nuevos favores que le pensaba hacer, subió en su caballo y mandó que el visorey Vatadono subiese en otro y los dos solos fueron á correr juntos en la carrera acostumbrada, y sobre la renta que ántes tenia le añadió otros 40.000 fardos de arroz cada año.

Con esta nueva mudanza y prosperidad de Vatadono, bien se puede entender cuál seria la confusion de los bonzos y el alegría de los cristianos, los cuales decian por donaire á los gentiles hánse reconciliado vuestros dioses con el visorey ó están durmiendo, pues no echan de ver la mudanza de su buena suerte. Fué el P. Luis Froes luego á darle el parabien con más contento que habia ido á darle el pésame á su fortaleza, y en compañía del mismo Vatadono fué tambien á visitar á Nobunanga y darle las gracias de lo que habia hecho con el visorey. Holgóse mucho Nobunanga con el Padre, y díjole que tenia razon de alegrarse con Vatadono, porque era muy principal discípulo (entendiendo que ya era cristiano).

Y para que el bonzo Niquijojuni, autor de estos enredos y marañas tuviese el castigo que su arrogancia y soberbia merecia, sucedió que dentro de cinco dias después de reconciliado Vatadono con Nobunanga, le dieron grandes capítulos é informaciones contra este bonzo, de muchos y graves delitos que habia cometido, con los cuales se indignó el rey de manera que estuvo muy determinado de mandarle cortar la cabeza, si no intercediera por él el Dayri, y aunque

le perdonó la vida por su respeto, pero quitóle todos cuantos cargos y oficios tenia, é hízole dar muchas coces y dejóle como al más pobre y miserable hombre de toda la ciudad, y desde aquel dia, como se descubrieron sus ruindades y astucias, nunca más alzó cabeza ni el rey hizo caso de él. Este fué el castigo del bonzo Niquijojuni, mas el que les vino á los de la sierra de Frenojama, donde se hacian todas las consultas y salian todos los decretos y se fraguaban las persecuciones contra la cristiandad, diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXI

Cómo se levantaron contra Nobunanga Miojindono y Dajandono; la muerte de Vatadono, y destruccion de los bonzos de la sierra de Frenojama.

Cuando vino Nobunanga la primera vez al Meaco para restituir á Voyacata en la dignidad de su hermano que habia sido muerto, quitó á Miojindono y á Dajandono la mayor parte de sus tierras y los trujo muy apretados algun tiempo, y al fin los dejó por entónces con partidos muy aventajados que le hicieron á su gusto, y grande suma de dinero que le ofrecieron; pero como estos dos señores habian tenido el gobierno de Meaco y de los demás reinos y tierras del Cubuzama muerto, viéndose después privados de todo, con el sentimiento que suelen causar semejantes caidas, procuraban por todas vías cobrar su antigua dignidad, solicitando á sus amigos y conocidos, y algunos otros enemigos de Nobunanga, para que se levantasen contra él. Al fin juntaron entre todos un grueso ejército, y volviendo Nobunanga de Meaco para su reino de Mino, le salieron al encuentro; iba entónces en su compañía el visorey Vatadono, después de estar ya en su gracia y amistad, el cual hizo en esta batalla cosas tan señaladas, que atribuyeron todos la victoria de ella á su grande valor y destreza, y fué esto causa de que se confirmase de todo punto la amistad suya y de Nobunanga, el cual para mostrar el amor que le tenia, se quitó una rica espada y de grande precio que traia ceñida, y se la dió al visorey, diciendo que estaba empleada mejor en él que en ningun otro.

Quedó mal herido Vatadono de esta batalla y tuvo necesidad de recogerse á su fortaleza de Tacacuqui, para curarse. Tambien se volvió Nobunanga para Meaco, y pareciéndole que los contrarios iban muy destrozados y desbaratados por haberles muerto más de 6.000 hombres, despidió parte de los soldados que consigo tenia.

Como entendieron esto Miojindono y sus aliados, recogieron su ejército con grande presteza y reforzándole de nuevo, pensaron de coger á Nobunanga desapercibido en el Meaco, pero como él hacia ventaja á todos en ardides de guerra, cuando pensaban que estaba más descuidado, los cogió á ellos desapercibidos una noche y los desbarató de manera, que no tuvieron otro remedio sino acogerse á las sierras de Frenojama, donde los tuvo cercados hasta que entró lo recio del invierno, con tanto rigor, que por la mucha nieve perecia la gente del un ejército y del otro, y les fué forzoso dejar por entónces la guerra y retirarse cada uno á su parte con harto consuelo de la ciudad de Meaco, porque estaban temiendo que si Nobunanga fuera vencido habian de volver á destruir la ciudad Miojindono y Dajandono, como lo habian hecho en la muerte del Cubuzama.

Entre tanto que pasaban estas cosas entre aquellos dos ejércitos, estábase curando en su fortaleza el visorey Vatadono, y aunque estuvo en mucho peligro, al fin le dió nuestro Señor salud. En todo este tiempo de su enfermedad y convalecencia le visitaban muy á menudo el P. Luis Froes y el H. Lorenzo, por la mucha obligacion que toda la cristiandad le tenia. Estando ya mejor, detuvo consigo al H. Lorenzo para que le predicase lo que le faltaba de oir del catecismo, porque estaba ya resuelto en no dilatar más su Bautismo, sino hacerse luego cristiano como en su corazon lo era muchos dias habia, y hacer la iglesia que estaba ya trazada en aquella fortaleza.

Estándose aparejando para esto y oyendo los sermones con cuidado, sucedió su muerte por ocultos y secretos juicios de nuestro Señor; ántes que pudiese poner en ejecucion sus deseos. El caso pasó de esta manera. El señor de Iquenda y vecino de Vatadono, era muy poderoso y su gente muy belicosa, y por los continuos desasosiegos que tenian los vasallos del un señor con los del otro, hizo Vatadono dos fortalezas en frente de la tierra de sus contrarios y en los confines de ella, de lo cual estaba sumamente ofendido el de Iquenda, y apercibiendo buen número de gente, determinó derribarlas ó hacerse señor de ellas.

Guardaba estas fortalezas en ausencia de Vatadono, Dario, su hermano menor, el cual avisó luego al visorey por la posta de la venida y apercibimiento de los contrarios. Dieron este recaudo á Vatadono cuando estaba oyendo los sermones y aparejándose para recibir el santo Bautismo, y pareciéndole que era necesaria su presencia en aquella sazon para animar á sus soldados y reprimir el ímpetu de los enemigos, partió de Tacacuqui con solos 200 caballeros con inten-

cion de entrar en sus fortalezas ántes que llegasen los de Iquenda, porque dejaba órden á su hijo que caminase con la demás gente para socorrerlas. Supieron los enemigos por sus espías de la venida de Vatadono y la poca gente que traia, y porque no se les retirase, saliéronle al camino unos pocos encubriéndose los demás. El visorey como era tan valiente y animoso, comenzó la escaramuza haciendo cosas muy señaladas; mas como los de Iquenda estaban sobre aviso, al mejor tiempo salieron con lo restante de su ejército y cargando todos á la parte donde estaba Vatadono, fueron tantas las heridas que le dieron, que cayó muerto de estas, y es de confiar de la divina misericordia, que quien con tantas veras habia favorecido su Iglesia y estaba aparejándose para recibir el santo Bautismo, se salvó con este deseo que tenia de hacerse luego cristiano. Sintieron el Padre y los Hermanos y toda la cristiandad esta muerte de Vatadono, como era razon, teniéndola por el mayor de los trabajos que en aquellos años les habian sucedido; pero confiaban en nuestro Señor, que faltando este caballero, no le faltarian á la divina Majestad otros medios para amparar y defender su Iglesia como hasta allí lo habia hecho.

Quedó Nobunanga grandemente ofendido de los bonzos que vivian en la sierra de Frenojama, porque habian favorecido mucho á sus contrarios cuando los tuvo allí cercados. Disimuló por entónces su sentimiento, y entrado el verano de 71 vino al Meaco, como otras veces lo solia hacer, y para disimular mejor lo que traia pensado, detúvose en Meaco hasta el mes de Setiembre, teniendo entónces prevenida su gente. Cuando pensaron que se volvia al reino de Mino, revolvió sobre la sierra y cercóla de manera que ningun bonzo se le escapase. Quisieron aplacarle con grandes dádivas y presentes é intercesiones del Dayri y del Cubuzama, pero él se hizo sordo á todo y lo primero quemó la villa de Sacomoto y los demás lugares que tenian los bonzos al pié de la sierra, y luego subió con la mayor parte de su ejército á lo alto, y aunque se le quisieron defender, al fin él los desbarató y mató sin dejar ninguno, porque los andaba á buscar uno á uno por aquellas sierras, como quien anda á caza de conejos. Quemóles tambien cuantos templos y monasterios tenian en los valles. Acabó de hacer Nobunanga este castigo que tan merecido tenian aquellos bonzos por sus pecados, dia de San Miguel de 71, y desde allí se fué á su reino de Mino, dejando espantada y atemorizada la tierra con la destruccion de tantos templos y muerte de tantos bonzos.

Viendo Miojindono y Dajandono lo que habia hecho Nobunanga contra los bonzos por haberlos favorecido á ellos, pareciéndoles que estaban obligados á vengar aquella afrenta como propia tornaron á juntar su ejército y convocar sus amigos contra Nobunanga; y en su lugar diremos lo que hicieron.

CAPÍTULO XXXII

Cómo el P. Organtino llegó á Meaco, y algunas cosas de edificacion que sucedieron en aquella iglesia.

En el repartimiento que hizo el P. Francisco Cabral, envió al P. Organtino al Meaco para ayudar al P. Luis Froes. Partió este Padre de Bungo y llegó al Sacay á tiempo que Nobunanga tenia cercados á Miojindono y á los demás en la sierra de Frenojama, y por estar las cosas del Meaco por entónces tan revueltas y el suceso de aquella guerra tan dudoso, se detuvo en la ciudad hasta que Nobunanga se retiró al reino de Mino con su ejército, y los demás tambien á sus tierras por el grande rigor del invierno que entraba y la mucha nieve que caia. Estando ya sosegada la tierra, se vino para Meaco, y con su ayuda y buena compañía pudo el P. Luis Froes salir á visitar las fortalezas y lugares donde habia cristianos, dejando al P. Organtino con los de Meaco, en los cuales parecia que con los continuos trabajos resplandecia más su virtud.

Habíase bautizado en aquella iglesia de Meaco más habia de dos años un hijo de los hombres más honrados del Sacay, sin que sus padres (que eran gentiles) lo supiesen. Vuelto este mozo al Sacay, tuvo su padre sospecha que era cristiano por algunas cosas que veia en el hijo. Al fin andando con este recelo halló en su aposento un rosario con una cuenta bendita y una imágen, y certificado con esto de su sospecha, recibió tanto enojo que le echó de su casa. Anduvo el mozo muchos dias padeciendo grande pobreza y necesidad, y muchos vituperios y afrentas de sus parientes, y al fin viendo que su padre y deudos le desamparaban del todo, se volvió al Meaco y pidió al P. Luis Froes le recibiese en casa. Vista su grande virtud y perseverancia, le recibió por Hermano de la Compañía y se llamó el H. Cosme. Sabiendo su padre cómo estaba recibido, teniéndole por descomulgado, dijo á su mujer que si más le veia ni le hablaba, la echaria tambien de casa, y á su hijo envió á decir que pues ya no lo era y sus dioses le habian desheredado del paraíso, renunciase á su hacienda. Cosme respondió á su padre, que por hacerse en esta vida heredero de la cruz y trabajos de Cristo, y en la

otra de los tesoros del cielo, él renunciaba absolutamente cuanto en este mundo le pertenecia. Fué este mozo despues muy ejemplar y buen predicador, porque era muy hábil y de buen entendimiento.

Pero no fué de ménos edificacion la vida y costumbres de una virtuosa doncella. Vivian en la ciudad de Meaco dos cristianos de los primeros que bautizó el P. Gaspar Vilela, marido y mujer de casi setenta años; el viejo se llamaba Antonio y la mujer Magdalena. Tenian una sola hija, á la cual bautizó el P. Gaspar siendo muy niña. Conservóse esta doncella en tanta virtud y recogimiento, que cuanto crecia más en la edad así tambien era mayor el ejemplo que daba con su vida y honestidad. Era de muy buen parecer y adornada de otras muchas partes naturales, y á esta causa la deseaban muchos y pedian á sus padres para casar con ella; pero nunca ella consintió que se tratase de este negocio, ni quiso ponerse vestidos preciosos y ricos, y los que le daban sus padres conforme á su calidad, porque era gente noble, los repartia con los pobres y decia que deseaba vivir con tanta necesidad y pobreza como uno de ellos, para sentir por experiencia lo que habia padecido Cristo nuestro Señor, á quien tenia por esposo. Ayunaba tres dias en la semana y los otros tres tomaba disciplina, confesaba y comulgaba cada ocho dias, fuera de esto gastaba cada dia seis ó siete horas en su oracion mental y vocal, puesta siempre de rodillas, suplicando á nuestro Señor con mucha perseverancia, que si sus padres determinasen de casarla, la llevase de esta vida antes que se efectuase, por el grande deseo que tenia de conservar su honestidad y limpieza. Parece que oyó nuestro Señor su oracion y le fué agradable su peticion, porque tratando sus padres de casarla y teniendo ya hechos los conciertos, le dió una enfermedad tan grave que en tres dias la llevó el mismo Señor para sí, y con ser tal la enfermedad, cumplia cada dia con sus devociones y preguntaba si le perdonaria nuestro Señor la poca reverencia con que las rezaba por no estar de rodillas como solia. Despues de su muerte hallaron en una bolsica donde tenia las reliquias escrito de su mano el órden con que tenia repartido todo el dia para sus devociones y ejercicios espirituales.

Así como era grande la misericordia que nuestro Señor usaba con los cristianos dándoles tanto conocimiento y estima de su ley, por otra parte era grande lástima y compasion ver las ignorancias y errores de algunos gentiles. Habia uno de estos en la ciudad de Meaco, grande enemigo de la ley de Dios, el cual siendo seglar se hizo bonzo y á su costa edificó un templo con deseo de predicar la secta de Jaca, y aficionar los hombres á ella. Contó un cristiano que pasando un dia por aquel templo, estaba predicando este bonzo y decia: «Sabeis cuanto andan los hombres errados y cuán ofuscada traen la lumbre de su entendimiento, que anda en esta corte cabeza de los 66 reinos del Japon, un miserable extranjero embaidor, que ni sabeis de dónde vino ni si le llovieron las nubes, y si mirais su doctrina, os quiere persuadir que adoreis un hombre crucificado; y llega á tanto la locura y temeridad de los hombres, que olvidados del padre de las misericordias, el altísimo Jaca, principio de todas las gentes, haya algunos tan desatinados que vayan á oir las locuras de aquel extranjero; y estoy yo aquí siendo vuestro natural y olvidado de mi honra y provechos temporales, sólo movido con el deseo de salvaros, y con grande dificultad puedo hacer que os junteis para oirme.»

No sólo este bonzo sino otros muchos tenian por oficio predicar contra la ley de Dios, doliéndose de la ignorancia y engaño de los que la recibian, y eran tan elocuentes, especialmente los que predicaban de ordinario en aquella corte, que parecia se juntaba en ellos la retórica de Tulio y de Quintiliano.

Contaba á los Padres un cristiano que primero habia sido bonzo y superior de un monasterio, que pasando por una calle encontró á otro bonzo que habia sido amigo y conocido suyo, y entre otras cosas le dijo: «Bienaventurados y dichosos somos nosotros, y dichosa nuestra suerte porque no acertamos á ser cristianos, y tengo mucho dolor y sentimiento de vos, por veros seguir una ley tan dudosa y que perdais las letras que con tanto trabajo habíades estudiado; es tan grande y tan infinita la misericordia de Jaca, que por más graves y horrendos pecados que un hombre haga, todos le son perdonados por sus merecimientos; y á todos cuantos hombres hay los ha de hacer bienaventurados aunque ellos no quieran, y así en esta vida vivimos libremente sin temor de castigo ni pena, holgándonos á nuestras anchuras, pues hemos de ser salvos por Jaca.»

Esto es con lo que el demonio tenia asidos en sus pecados á estos ciegos gentiles, engañándolos con una vana confianza sin fundamento, al modo que hoy dia tambien lo vemos en los herejes de nuestro tiempo, los cuales persuadidos que se pueden salvar y justificar con sola la fe, viven libre y disolutamente en todo género de vicios y pecados, porque el mismo demonio que es autor de aquellas fábulas y mentiras para traer ciegos y engañados á los gentiles, es tambien au-

tor de estos errores y falsedades, para llevar á los herejes cargados de vicios y pecados al infierno, asegurándolos con estas vanas confianzas, para que nunca hagan verdadera penitencia ni enmienden sus vidas, y es justo juicio y castigo de Dios que den en semejantes ignorancias y errores los que teniendo tanta luz de la verdad evangélica, quieren cerrar los ojos para no verla.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo el P. Francisco Cabral fué á visitar los cristianos de las partes del Meaco, y lo que en este camino le sucedió hasta llegar allá.

Despues que el P. Francisco Cabral visitó los cristianos que habia en las partes del Jimo, partió de Bungo á los 21 de Octubre de 1571 con solo un Hermano japon, para visitar los cristianos é iglesias de las partes de Meaco, y aunque tuvo algunos trabajos en su viaje y navegacion, al fin llegó al Sacay á los 15 de Diciembre. Vinieron luego desde Meaco el P. Organtino y el H. Lorenzo, para guiarle y acompañarle; mas siendo ya tan cerca la fiesta del santo Nacimiento, parecióle al Padre por algunas causas celebrarla en la isla de Sanga, antes de llegar á Meaco. Supo D. Sancho esta determinacion del Padre, y envió luego gente de á pié y de á caballo que viniese en su compañía, porque no estaban los caminos muy seguros á causa de que tenian su alojamiento por allí cerca los ejércitos de Miojindono y Dajandono, y el rey de Abba, que los favorecia contra Nobunanga, para vengar la muerte de los bonzos de Frenojama. Salió D. Sancho dos leguas de la fortaleza de Imori á recibir al Padre y acompañarle hasta la iglesia de Sanga, porque mostró gusto de posar allí. Acudieron á esta fiesta muchos cristianos del Sacay, y los soldados y caballeros que habia en los ejércitos de Miojindono y Dajandono y á todos proveyó y regaló D. Sancho con su acostumbrada liberalidad. Bautizóse estos dias un caballero vecino de D. Sancho con otros 11 criados, que aunque no tenia más que diez y siete años, en el seso y prudencia parecia de más de treinta; movióse á ser cristiano por la comunicacion que tenia con D. Sancho y el grande ejemplo que daba con su vida.

Pasadas las fiestas del año de 1572 pareció á los cristianos, que seria bien, que el Padre visitase aquellos señores, pues estaban tan cerca, aunque cada uno en su alojamiento diferente, porque serviria de tenerlos más gratos en las ocasiones que se ofreciesen. El primero á quien visitó el Padre fué al rey de Abba. Estaba el rey en una consulta con más de 30 capitanes cuando le dieron el recaudo, y con todo eso mandó que entrase y dilató la consulta para otro tiempo. Recibió al Padre con mucha cortesía y honra haciéndole sentar cerca de sí, y después de pasados los cumplimientos, que son muy ordinarios entre aquellos señores, pidió que les dijese algo de la ley de Dios, porque nunca habia oido cosa particular de ella y lo deseaba; y para esto hizo juntar en su tienda á los señores principales y capitanes del ejército. Comenzó el H. Lorenzo la plática por tener grande elocuencia y facilidad en su lengua, y declaróles cómo habia un Criador de todas las cosas, el cual daba premio y castigo en la otra vida conforme á las buenas ó malas obras de cada uno. Díjoles tambien cómo el alma era inmortal, probándolo con eficaces razones; porque comunmente todos estos señores siguen la secta de los jenjus, que niegan la inmortalidad. Estuvieron oyendo todos con mucha atencion, y cuando acabó, dijo el rey de Abba, que cuanto les habia predicado era cosa muy santa y conforme á razon, y que gustara mucho de oir despacio todo lo demás.

Desde aquí pasó el Padre á visitar á Miojindono, al cual halló hablando con un bonzo muy principal; recibió al Padre con la misma honra y cortesía que el rey de Abba lo habia hecho, y el dia siguiente le envió á visitar á la fortaleza de Imori, y pidió que volviese el H. Lorenzo para que le declarase despacio algunas cosas que deseaba saber. Estuvo con él dos dias el Hermano, en los cuales Miojindono le puso muchas dudas acerca de la inmortalidad del alma, pero el Hermano le satisfizo muy bien y estaba en disposicion, que si los desasosiegos de la guerra le dieran lugar, oyera los sermones de propósito; pero dentro de pocos dias vino Nobunanga con tan poderoso ejército contra estos señores, que no se atrevieron á esperarle y tuvieron por buena dicha poderse retirar cada uno con su gente.

Desde Sanga partió el Padre para Meaco con intento de visitar de camino á su hijo de Vatadono, que estaba en la fortaleza de Tacacuqui, la cual habia sido de su padre. Acompañáronle los criados de D. Sancho hasta la ribera del rio Jonda, adonde encontraron á Justo Ucandono, hijo de Darío y primo del hijo de Vatadono, que venia á recibirle y acompañarle. Dióles el Padre á todos el pésame de la muerte del visorey diciendo las muchas razones que tenia toda la cristiandad y muy en particular los Padres, para sentir su muerte y la confianza que tenian de su salvacion, por haberle sucedido en tiempo que él deseaba tanto recibir el santo Bautismo; ofrecióles tambien que tendrian todos mucho cuida-

do de acudir siempre á cualquiera cosa en que pudiesen servir á sus deudos, como tenian obligacion. Agradecieron la mujer de Vatadono y su hijo la visita que el Padre les hizo, y quedaron muy consolados con la esperanza que les dió de su salvacion. Desde allí partió el dia siguiente para Meaco, y en el camino encontró muchos cristianos que salian á recibirle sabiendo de su venida.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo el P. Francisco Cabral visitó al Cubuzama y á Nobunanga, y el favor que le hicieron.

Llegado á Meaco el P. Francisco Cabral, pareció á los cristianos de aquella ciudad que convenia visitar al Cubuzama y á Nobunanga, pues habia visitado á Miojindono y al rey de Abba, y porque Nobunanga estaba en su reino de Mino, antes de ir allá, hiciese la visita del Cubuzama. Fueron en su compañía el P. Luis Froes y el P. Organtino; mandólos el Cubuzama entrar en su aposento y recibiólos con mucha benignidad y cortesía; detúvose con ellos más de dos horas preguntando diversas cosas de la India y de Europa, y antes de despedirse les dijo, que no tuviesen pena de las cosas de la iglesia y cristiandad, que él las favoreceria siempre y á los Padres que residiesen en Meaco.

Restaba por hacer la visita de Nobunanga, que era la más necesaria y más importante de todas, así por haber él favorecido siempre á los Padres, como porque no les quedaba otro amparo ni proteccion después de la muerte del visorey Vatadono, en aquellos reinos. Llevó el Padre en su compañía al P. Luis Froes y al H. Lorenzo, porque eran sus conocidos, para poder tratar mejor con él lo que fuese necesario. Llegados á la ciudad de Anzuquiama, donde residia entónces Nobunanga, acertaron á posar pared en medio de la casa de su secretario, al cual viniendo aquella noche de palacio dijeron en su posada, cómo estaban allí unos Padres. Enviólos luego á visitar, y él mismo lo hizo por la mañana. Vuelto á palacio dijo á Nobunanga su señor la venida de los Padres y quiénes eran; holgóse mucho de oirlo, y aunque tenia algunos embajadores y señores de diversos reinos que habia de despachar aquel dia, dijo que se quedasen por entónces y que viniesen luego los Padres, porque queria comiesen con él. Llegados á palacio, mandó que entrasen y recibiólos con mucho gusto, y después de pasados los cumplimientos ordinarios, hizo traer un plato de frutas para que tomasen un bocado entre tanto que se llegaba la hora de comer.

Viendo el P. Francisco Cabral la voluntad que Nobunanga mostraba, dijo al H. Lorenzo que le dijese alguna cosa acerca de la ley de Dios. Comenzó el Hermano á tratar cómo habia un Dios Señor y Criador de todas las cosas, por cuya sabiduría y providencia se gobernaban, y que este Señor aunque Su Alteza no le conocia, era el que le daba buen suceso en sus cosas y aumentaba los reinos, porque hacia justicia y favorecia su ley. Oyó toda la plática Nobunanga con mucha atencion, y vuelto al Padre con rostro alegre le dijo: ¿«Sabe, Padre, cuál es la causa porque les quieren mal los bonzos y los persiguen? Porque les dicen la verdad y los confunden con estas razones; que lo que aquí me han dicho es la misma verdad, y lo que ellos enseñan es todo burla y mentira, que ni hay camis ni fotoques,» y vuelto á los señores y caballeros que estaban en la sala, dijo: «Estos son los hombres que yo busco claros y rectos, y no estos perversos bonzos del Japon, llenos de mil hipocresías y mentiras con que traen engañado el mundo.»

Llegada la hora de comer, se retiró Nobunanga con los Padres á otro aposento, sin que entrase allá más que un señor muy principal de Meaco, que habia enviado el Cubuzama para que visitase al rey con un presente de su parte. Estando todos en el aposento dijo á este caballero: «Mandéos entrar, porque convido á los Padres y quise que vos les hiciésedes compañía.»

Era este uno de los mayores enemigos que tenia en Meaco la cristiandad, y que más contrario se mostraba á los Padres en cuanto se ofrecia, y por no perder tan buena ocasion dijo el P. Luis Froes al caballero: «Que pues Su Alteza les hacia tanta merced y honra como veia, se la hiciese él tambien en Meaco cuando alguno les hiciese agravio.» Entendió Nobunanga la plática y antes que el otro hablase respondió él mismo: «¡Bueno seria, por cierto, que hiciese otra cosa de lo que se le pide, viendo lo que yo hago!» Dijo entónces el caballero que él lo haria de allí adelante como Su Alteza mandaba, pidiendo perdon á los Padres de no haberlo hecho hasta entónces.

Detuviéronse los Padres dos dias en Anzuquiama, porque Nobunanga quiso que viese el P. Francisco Cabral sus palacios y fortalezas, y después los despidió con muestras de grande amor, y mandó que les diesen cabalgaduras y todo lo necesario y gente que los acompañase hasta Meaco; y cuando salian llamó al H. Lorenzo, y díjole: «Lorenzo, ved si han menester algo los Padres en Meaco, y así mismo advertid lo que fuere necesario para la iglesia y avisadme de ello, porque deseo que no os falte nada.» Sa-

lidos ya los Padres, dijo á todos los señores y caballeros que se hallaron presentes: «Las leyes y sectas del Japon, van todas de mal en peor, sola la que estos hombres predican me parece que es verdadera, y por eso es perseguida; yo determino de levantarla y favorecerla, y si no acabo de matar cuantos bonzos hay y destruyo sus templos, no es por falta de voluntad, sino porque no me tengan por loco y precipitado.» Descubríase bien en todo esto la divina providencia y el particular cuidado que nuestro Señor tiene de los suyos; pues para suplir la falta que hacia Vatadono á los Padres y á toda la cristiandad, quiso que creciesen los favores y voluntad de este príncipe para defenderlos y ampararlos. Llegados á Meaco los Padres, fué grande el alegría de los cristianos porque no se hablaba de otra cosa en la ciudad sino de los muchos favores que Nobunanga les habia hecho en Anzuquiama, con lo cual los enemigos de la ley de Dios no osaban desplegar su boca.

CAPÍTULO XXXV

Cómo se dió principio á la cristiandad en el reino de Tamba y en otros lugares, y el P. Francisco Cabral volvió desde Meaco á Bungo.

El reino de Tamba pertenece á la corona del Cubuzama, y es uno de los que llaman de la Tenza ó del Guoquinay. Tenia el gobierno de él y buena parte de su renta en tiempo del Cubuzama pasado, un caballero cristiano que se decia D. Juan Naytadono, al cual habia bautizado el P. Gaspar Vilela, como queda dicho en el último capítulo de este libro. El nuevo Cubuzama y hermano del muerto conociendo la fidelidad y valor de D. Juan, le recibió por su criado y le dió el mismo oficio y confirmó la renta que antes tenia.

Parecióle á D. Juan que esta era buena ocasion para lo que él tanto deseaba, que era hacer cristianos á sus vasallos, porque el Cubuzama su señor favorecia entónces á la cristiandad, y así no le daria disgusto en que él procurase la conversion de aquel reino. Vino este caballero á visitar al P. Francisco Cabral, estando en Meaco, y trujo consigo dos gobernadores de los principales del reino, en los cuales habia hallado D. Juan alguna dificultad para sus intentos. Oyeron algunos sermones los dias que se detuvieron en la ciudad, y por la gracia del Señor quedaron tan mudados y trocados, que vista D. Juan su buena disposicion, trató con los Padres que fuese el H. Lorenzo á aquel reino, y comenzase á predicar en él la ley de Dios.

Llegado el Hermano á Tamba comenzó sus sermones, y los primeros que se hicieron cristianos y recibieron el santo Bautismo fueron los mismos gobernadores que antes estaban tan adversos, con más de otras 30 personas de las principales y entre ellas dos hermanos de don Juan Naytadono.

Ofrecióse cierta necesidad de volver el H. Lorenzo á Meaco en aquellos dias, y á esta causa se hubo de suspender la conversion de aquellos gentiles, de los cuales muchos deseaban y pedian ya el Bautismo. Poco antes que el Hermano partiese de Tamba, sucedió un caso que los confirmó más en el propósito y determinacion que tenian de ser cristianos.

Vivia su madre de D. Juan en un lugar de aquel reino que casi todo él era de bonzos, los cuales tenian por superior á un criado de esta señora. Era este bonzo inimicísimo de la ley de Dios y tan descompuesto en sus costumbres, que se determinó matar á su señora por robarle la hacienda, concertándose para esto con una criada de la misma casa. Prendieron al bonzo para hacer justicia de él, y estando preso le visitó el H. Lorenzo. Procuró persuadirle á que se hiciese cristiano y salvase su alma, pues no podia librarse de la muerte. Tocó nuestro Señor con su gracia aquel corazon tan endurecido, y al fin se bautizó; y porque el Hermano se habia de partir al Meaco antes que le justiciasen, dejóle una cuenta bendita para que en la hora de su muerte se aprovechase de ella.

Sentenciaron al bonzo á que fuese quemado vivo poniéndole el fuego apartado un poco para que se abrasase despacio. Llevaba su cuenta bendita en la mano repitiendo el nombre de Jesus y de María por todo el camino hasta que llegaron al lugar donde habia de ser justiciado. Pidió á los cristianos que le atasen bien aquella cuenta al dedo, porque el Hermano le habia dicho que la tuviese siempre consigo. Puesto dentro del brasero, asentóse en el suelo rodeado del fuego que iban encendiendo y de esta manera estuvo cuatro horas sin hacer movimiento alguno, los ojos bajos y repitiendo solamente el nombre de Jesus y de María. Pasadas estas horas cayó en el suelo, y teniéndole ya todos por muerto apartaron el fuego para sacarle de allí. En llegando al cuerpo se levantó súbitamente diciendo Jesus y María, aunque luego espiró. Hallaron despues los cristianos la cuenta y el cordon con que estaba atada, sano y sin lesion alguna, ni señal de haber llegado al fuego con estar todo el dedo quemado; de lo cual admirados se confirmaron más en la fe, y en los gentiles creció el deseo del Bautismo. Guardó D. Juan para sí la cuenta y el

cordon, y él mismo escribió á los Padres de Meaco el caso cómo habia sucedido, pidiendo que volviese luego el H. Lorenzo, porque los gentiles estaban con grande deseo de recibir la ley de Dios.

Por este mismo tiempo, que era al principio del año de 1572 vinieron á Meaco dos venerables viejos del reino de Inga, diciendo que un hombre de su tierra les habia contado algunas cosas que habia oido de la ley que se predicaba en Meaco, y les habia parecido tan bien, que se habian determinado de venir á saber qué doctrina era aquella. Oyeron un dia sermon, y satisfechos de lo que deseaban, dijeron que se querian volver luego y hacer cada uno su iglesia, y cuando las tuviesen hechas vendrian á pedir quien les predicase y enseñase el camino de su salvacion. Parecióles entónces á los Padres que debian ser aquellas palabras de cumplimiento, pero no pasó mucho tiempo cuando volvió el uno de ellos y dijo cómo habian hecho ya las dos iglesias en dos lugares, que les diesen quien les predicase, como se lo habian ofrecido. Alabóles el Padre mucho su santo celo, y prometióles de enviar allá al H. Lorenzo, en viniendo de Tamba, donde estaba entónces muy ocupado.

Llegábase ya el tiempo de partir el P. Francisco Cabral de Meaco para las partes del Jimo. Fuése á despedir del Cubuzama, para tornarle á encomendar de nuevo la cristiandad y á los Padres que quedaban en aquel reino. Recibióle con el mismo gusto que la primera vez, ofreciendo de nuevo de favorecer siempre á la Iglesia y á los Padres.

Partido el Padre de Meaco, vino á celebrar la Semana Santa en la isla de Sanga, donde habia celebrado la fiesta del santo Nacimiento. Concurrieron allí los cristianos del Sacay, y de las fortalezas y muchos de Meaco. Bautizáronse tambien en este tiempo otros 60 caballeros vasallos de aquel señor vecino y amigo de D. Sancho.

Pasada la Pascua de Resurreccion partió el Padre de la fortaleza de Imori para la ciudad de Sacay, donde se embarcó, y en poco más de quince dias llegó á Bungo y de allí pasó á Cochinozu y á la isla de Amacusa, por visitar al señor de ella, á quien el Padre habia bautizado, y halló que con el trabajo y cuidado del H. Luis de Almeida y el grande favor del gobernador D. Leon, y el que para todo daba D. Miguel, señor de la isla, se habian ya edificado en ella doce iglesias. Desde allí pasó á visitar al rey D. Bartolomé por el mes de Setiembre de 72, y tambien halló grande aumento en la cristiandad, porque se habian ya bautizado algunos señores principales de la tierra y seis bonzos, y la mayor parte del reino deseaba y pedia lo mismo, y para esto andaban ya predicando por diversos lugares el P. Melchor de Figueredo por una parte, y el P. Gaspar Coello por otra, con sus compañeros. Este P. Gaspar Coello vino de la India en el tiempo que el P. Francisco Cabral estuvo en Meaco; cuando llegó á Omura aún no eran partidos de Nangasaqui los navíos, y así envió con ellos al P. Baltasar Lopez á la India, por la falta de salud con que andaba en aquella tierra, y para que solicitase la venida de otros Padres, pues iba creciendo cada dia más la necesidad con las muchas y nuevas puertas que nuestro Señor iba abriendo en todas partes á su santo Evangelio.

CAPÍTULO XXXVI

De algunas cosas que sucedieron en las partes de Meaco despues que partió de allá el P. Francisco Cabral.

Partió el P. Francisco Cabral de Sacay para las partes del Jimo, por el mes de Abril de 1572. En todo este tiempo se vivia con paz y sosiego en las partes de Meaco, por el grande favor que Nobunanga y el Cubuzama hacian á toda la cristiandad; y así tuvieron lugar los Padres Luis Froes y Organtino de visitar despacio los cristianos que estaban repartidos en diversas fortalezas y á los del Sacay y de otros lugares cerca de Meaco. El H. Lorenzo tambien se detuvo algunos meses en el reino de Tamba, donde hizo muchos cristianos y luego pasó al reino de Inga. Y en los dos lugares donde residian aquellos dos venerables viejos, no sólo los bautizó á ellos y á sus deudos, parientes y criados, sino á otros muchos. Dejólos á entrambos bien instruidos para que pudiesen enseñar á los demás, y á cada uno encomendó el cuidado de su iglesia, dándole órden de lo que debia hacer para juntar los cristianos los domingos y dias de fiesta, y tratar de cosas de su aprovechamiento, como lo usaban los demás cristianos donde no tenian Padres que les predicasen.

Venido el invierno, quedóse el P. Luis Froes en Meaco, para celebrar con los cristianos de aquella ciudad y comarca la fiesta de Navidad y la Cuaresma y Semana Santa del año de 1573. Y el P. Organtino se pasó á Sanga, para hacer lo mismo á donde concurrieron cristianos del Sacay y de las fortalezas, por ser lugar muy acomodado para todos y gustar D. Sancho de recibirlos, porque daba nuestro Señor á este caballero particular devocion y gusto en gastar sus rentas en semejantes obras de su servicio, y él mismo importunaba á los Padres para que juntasen allí

los cristianos, diciendo que en ninguna parte podrian celebrar estas fiestas con más quietud y sosiego que en su fortaleza de Imori, por ser cristianos casi todos los que habia en ella y en la isla de Sanga.

Hizo nuestro Señor á este caballero muchas mercedes librándole de mil peligros por el grande celo que tenia de su honra y servicio; pero señaladamente una vez que le quisieron matar. Era D. Sancho pariente muy cercano de Miojindono, y por eso fiaba de él aquella fortaleza que era la mejor cosa que le habia quedado después que Nobunanga le quitó la mayor parte de sus tierras, la cual estaba siempre muy proveida de buena gente y muchas municiones, y ella en sí tan fuerte, que sino era por alguna traicion parecia imposible tomarla. Habia dentro tres caballeros gentiles, y aunque principales en la casa de Miojindono, pero contrarios á la ley de Dios y poco afectos á D. Sancho. Estos tres caballeros persuadidos y sobornados por algunos amigos de Nobunanga, determinaron de matar á D. Sancho y á su hijo y entregar la fortaleza. Fué Dios servido que se entendiese la traicion antes de efectuarla; y siendo avisado Miojindono del caso, los hizo matar á todos tres, y con esto quedó libre D. Sancho del peligro y con más seguridad para adelante no quedando dentro ningun gentil.

En un lugar cerca de esta fortaleza vivia un buen cristiano llamado Hector, ayo de un caballero mozo y gentil. Reprendíale algunas veces su ayo de sus liviandades por la obligacion que tenia, mas el mozo que era vicioso y llevaba mal las represiones, determinó de hacerle matar. Cogieron á Hector bien descuidado de semejante traicion, y viendo que le venian á matar tomó la cuenta bendita que traia al cuello con las reliquias, y esperó la muerte hincado de rodillas y puestas las manos Mandó buscar luego D. Sancho la mujer é hijos de este cristiano, y con su piedad las trajo á su isla de Sanga, á donde los sustentaba á ellos y á otros muchos cristianos pobres.

Vinieron al Meaco (donde quedó el P. Luis Froes la Semana Santa) cuatro cristianos del reino de Boari, que habian pasado muchos trabajos en el camino, los cuales entrando en la iglesia se arrojaron en el suelo delante del altar con muchas lágrimas, dando gracias á nuestro Señor por haberles conservado la vida hasta hallarse en los oficios de la Semana Santa, porque no los habian visto celebrar otra vez en su vida. Venia con estos un cristiano llamado Constantino á quien habia bautizado el P. Gaspar Vilela, y con ser solo en aquel reino de Boari, habia hecho un oratorio dentro de su casa, y con sus pláticas habia convertido buen número de cristianos, á los cuales juntaba en su oratorio y leia por un libro la declaracion que tenia escrita de los diez mandamientos, y con esto los conservaba en la fe y predicaba continuamente á los gentiles. Este mismo cristiano Constantino enterraba los muertos y bautizaba las criaturas, y por su devocion persuadió á aquellos cuatro cristianos á que viniesen al Meaco á hallarse en los oficios de la Semana Santa. Confesáronse y recibieron el Santísimo Sacramento, y dióles el Padre algunas cuentas benditas, las cuales estimaban en tanto que daban por bien empleado todo el trabajo de aquel camino por llevar tal tesoro.

Tambien escribió al P. Luis Froes D. Juan Naitadono de Tamba, cómo los cristianos de aquel reino procedian con tanto ejemplo y edificacion en su vida, que confundian con ella á los gentiles, y que á él le importunaban los bonzos para que hiciese las honras de su madre, y les habia respondido que pensaba hacerlas de manera que aprovechasen á sus hijos, pues no le habian de aprovechar á ella, y así lo hizo dando aquel mismo dia de comer á más de 1.000 pobres y limosna en dinero á cada uno, que fué de grande edificacion para los cristianos y gentiles.

Por este mismo tiempo, que seria pasada la Pascua de Resurreccion de 73, sucedió en la fortaleza de Tacacuqui un caso bien extraordinario. Vivian juntos el hijo de Vatadono y su madre como señores de la fortaleza y Darío y Justo Ucandono su hijo, como tio y primo que eran de aquel caballero. Darío, como era tan buen cristiano, advertia algunas veces á su sobrino de lo que parecia ser necesario para corresponder á sus obligaciones, y de algunos descuidos y faltas de sus criados, lo cual fué ocasion de que el sobrino como mozo, y sus criados como libres, tuviesen á Darío por mal encuentro. Viendo los criados á su amo algo disgustado, fueron añadiendo leña al fuego y diéronle á entender que Darío y su hijo querian levantarse con la fortaleza, y que para su seguridad convenia matarlos. Creyóle el hijo de Vatadono como mozo, y determinó matar á su tio y primo, pero como los dos eran bien vistos y amados de la gente principal, no faltó quien los avisó de lo que pasaba y del dia en que los habian de matar. Venido el dia, llegóse el hijo de Vatadono á hablar á su primo con disimulacion al oido para darle de puñaladas. Estaba Justo muy sobre aviso, y cuando le vió echar mano á la daga, cerró con él, y echando mano á la suya, dió á su primo una grande puñalada por la garganta y algunas otras heridas. Comenzaron luego á echar mano de una parte y de otra, y por ser de noche y haberse muerto la

hacha que estaba en la sala donde esto pasaba, los mismos criados de Justo pensando que herian á su primo, dieron á su amo tres grandes heridas. De esta manera se apartaron el uno del otro, y echando mano á las espadas dió el hijo de Vatadono una cuchillada á Justo, y él dió otra á su primo, con que le cortó los dedos de la mano y se le cayó la espada en el suelo.

Viéndose tan mal herido el hijo de Vatadono, recogióse á la torre de la fortaleza donde estaba su madre; mas los criados de Darío y Justo, indignados de la traicion que á sus amos se habia hecho, pelearon de manera que le fué forzoso al hijo de Vatadono tomar un caballo (con estar tan mal herido) y salirse de la fortaleza huyendo, y lo mismo hizo su madre y los demás criados que allí tenian, quedando Darío y su hijo Justo por señores de ella. Este título aun fué más justificado, porque el hijo de Vatadono murió de las heridas que llevaba dentro de pocos dias; y sucedieron entrambos en sus tierras y fortalezas como deudos más cercanos. De estos dos caballeros, padre é hijo, hemos de tratar adelante, muy en particular de su grande valor, virtud y cristiandad, y por eso he contado tan por menudo el modo por donde sucedieron en el estado de Vatadono.

La paz que habia en los reinos de Meaco se turbó presto con las disensiones que hubo entre el Cubuzama y Nobunanga, de lo cual alcanzó tambien su parte á la cristiandad, como se dirá en el libro siguiente.

LIBRO OCTAVO

DEL PROGRESO QUE TUVO LA CRISTIANDAD
DESDE QUE NOBUNANGA VINO SOBRE LA CIUDAD DE MEACO CON SU EJÉRCITO,
HASTA QUE PARTIERON DEL JAPON LOS EMBAJADORES QUE ENVIARON ALGUNOS REYES,
PARA DAR LA OBEDIENCIA AL PAPA GREGORIO XIII

CAPÍTULO PRIMERO

De las ocasiones que tuvo Nobunanga para romper con el Cubuzama.

Aunque no es mi intento tratar en esta historia de las guerras y disensiones que tenian entre sí estos señores del Japon tan de ordinario, por ser todos ellos naturalmente belicosos; pero algunas veces es necesario y forzoso tocar algo de ellas, porque de su buen ó mal suceso pende el aumento de la cristiandad en aquellos reinos, como se ha visto en lo que hemos tratado hasta ahora, y más claramente se echará de ver en lo que nos queda por decir.

Aunque Nobunanga restituyó al Cubuzama en la dignidad de su hermano, á quien mataron Miojindono y Dajandono, como se ha dicho en el libro VII, pero siempre fué con designio de no dejarle más que solo el nombre y quedarse él con toda la mano y gobierno de aquellos reinos, y con este intento puso á Vatadono su capitan general por visorey, el cual lo mandaba y gobernaba todo el tiempo que le duró la vida.

Muerto Vatadono, puso el Cubuzama de su mano otro virey llamado Viedono. Sintió mucho Nobunanga que esto se hiciese sin decirle nada. Tambien le descontentaban algunas cosas que este virey hacia, por ser contrarias al gobierno que tenia Vatadono y á las ordenaciones que él habia dado para aquellos reinos, y así envió desde Mino 15 capítulos al Cubuzama, haciéndole cargo de estos desórdenes con algunas palabras graves. El Cubuzama, como estaba algo disgustado de verse tan sujeto á Nobunanga, y de que le tuviese usurpados algunos reinos de su corona, hubo menester poco para sentirse con este recaudo. Pasaron algunas demandas y respuestas en este negocio, que duraron como mes y medio.

Llegada la Pascua de Resurreccion de 1573, temiendo el Cubuzama que no viniese Nobunanga y por fuerza le quitase su estado y llevase preso á Mino al príncipe que le habia nacido, comenzó á proveer su fortaleza de municiones y mantenimientos, como le pareció ser necesario para su defensa. Tuvo aviso Nobunanga del apercibimiento que hacia el Cubuzama, y pesándole de su inquietud y turbacion, le envió muchos recaudos, blandos y comedidos para sosegarle, y aun para más seguridad le envió un hijo suyo en rehenes; pero el Cubuzama no quiso aceptar este partido y ofrecimiento, porque algunos señores enemigos de Nobunanga le atizaban y solicitaban, para que rompiese con él, como de hecho se lo persuadieron.

Tomada esta resolucion, lo primero que hizo el Cubuzama fué confederarse con Miojindono y Dajandono, los que mataron á su hermano; lo segundo mandó pregonar públicamente en Meaco, que ninguno recogiese en su casa, ni admitiese en la ciudad persona alguna de los reinos de Nobunanga; lo tercero hizo echar fuera de Meaco á todos sus amigos y derribar cierto edi-

ficio que tenia comenzado de unos palacios. Viendo Nobunanga la enemistad tan declarada del Cubuzama, juntó un poderoso ejército de más de 50.000 hombres, y comenzó á caminar hácia el Meaco con su gente.

Cuando se entendió en la ciudad la determinacion de Nobunanga y el ejército que traia, comenzaron los vecinos á sacar sus haciendas y enviar sus mujeres é hijos á diversas partes por estar más desembarazados para la guerra que esperaban. Sabiendo los cristianos de fuera de Meaco lo que pasaba, escribieron diversas veces al P. Luis Froes y á sus compañeros que se recogiesen á sus tierras. Esto le pidió D. Juan Naytadono desde Tamba siete ú ocho veces, y D. Sancho desde Imori, y Justo Ucandono de la fortaleza de Tacacuqui. Lo mismo le pedian los de Meaco, porque estando con el aprieto de la guerra, no podrian acudir á los Padres como deseaban; mas él los consoló á todos con decir que aún ponian algunos duda en la venida de Nobunanga, y por lo ménos era bien aguardar á saber la certidumbre de ella.

Estando la ciudad bien llena de temores, por saber el grande valor de Nobunanga y la poca gente que el Cubuzama tenia para resistirle, llegó D. Juan Naytadono del reino de Tamba con 2.000 soldados muy lucidos; en todas las banderas traian unas grandes y hermosas cruces, y D. Juan, encima del capacete por divisa un Jesus de oro. Con este acompañamiento fué á dar una vista delante de los palacios del Cubuzama, el cual se alegró tanto con su venida, que le acrecentó en su renta 10.000 fardos de arroz, y toda la ciudad recibió nuevo ánimo y esfuerzo. El dia siguiente fué el visorey Viedono á tomar el juramento de fidelidad á D. Juan, que en semejantes ocasiones suelen pedir los señores á sus vasallos. Quiso el visorey que jurase D. Juan conforme á la costumbre de los gentiles. Mas él le respondió que era cristiano, y como tal juraria, y no de otra manera; y si esto no bastaba, daria en rehenes sus dos hermanos que allí traia. Supo el Cubuzama lo que habia pasado al virey con D. Juan, y mandóle que no le pidiese más juramento de lo que él quisiese, porque con eso y con sola su palabra quedaba muy satisfecho.

Vino este caballero por la tarde acompañado de los soldados cristianos que traia de Tamba, entró en la iglesia, y después de haber hecho oracion muy despacio, visitó los Padres y pidió que le diesen alguna instruccion para aparejarse aquella noche y examinar su conciencia, porque deseaba confesarse y comulgar el dia siguiente. Dióle el P. Luis Froes un confesionario que tenia traducido en lengua del Japon; confesóse el dia siguiente con mucha humildad y recibió el Santísimo Sacramento, y con ser tan mozo y muy grande soldado, era un grande ejemplo de toda virtud para sus vasallos.

CAPÍTULO II

Cómo Nobunanga llegó á Meaco con su ejército, y el suceso que tuvo esta jornada.

Dudaban muchos que Nobunanga pudiese salir de Mino y pasar al Meaco por tener muchos enemigos que le aguardaban al paso solicitados para esto del Cubuzama, porque fuera de Miojindono y Dajandono y sus aliados, era fama que venia á hacer guerra á Nobunanga (y á reedificar la sierra de Frenojama y los monasterios que él habia destruido) Jinguen, rey de Sanoqui, el cual siendo bonzo prendió á su hermano mayor y desterró á su padre y se alzó con el reino.

Publicaba este bonzo que venia á restaurar la religion y culto de sus dioses, y en una carta que escribió á Nobunanga, puso este título: «Jinguen, el supremo de los reyes y religiosos;» pero respondióle Nobunanga con otro tal por estas palabras: «Nobunanga, sujetador de los demonios, enemigo y destruidor de las sectas.» Como sabian en Meaco, que todos estos publicaban guerra y enemistad contra Nobunanga, descuidáronse pensando que no se atreveria á salir de Mino, pero como él hacia tan grande ventaja á todos en los ejercicios militares y ardides de guerra, el dia que le vieron sus contrarios con ejército formado y que comenzaba á marchar, ninguno osó esperarle ni ponerse delante, y cuando ménos pensaban en Meaco de su venida, oyeron decir que estaba en el reino de Bomi. Con este aviso recogió el Cubuzama la gente que tenia dentro de su fortaleza, y la principal era la que trujo D. Juan Naytadono. Viendo el P. Luis Froes que no se excusaba la guerra, hizo un lío ó dos de todo el hato de la iglesia para sacarlo fuera de la ciudad. Era tanto el cuidado que D. Juan tenia del Padre, que enviaba cada dia cinco ó seis veces desde la fortaleza á saber cómo estaba, y con sus mismos criados y gente envió á Tamba los aderezos de la iglesia para que los guardasen allá.

Estando toda la ciudad con esta suspension, esperando si venia Nobunanga ó si mudaba de parecer, el dia de la Ascension á las nueve de la mañana se tocó en la fortaleza del Cubuzama una campana en señal que el ejército llegaba. Estaba Nobunanga á este tiempo media legua

de la ciudad con 5.000 ó 6.000 hombres, y lo restante del ejército venia con Jibatadono, su capitan general. Grande disgusto recibió el rey cuando supo que el Cubuzama habia mandado derribar el edificio de sus palacios, y mostró bien la magnanimidad de su corazon y la prudencia con que sabia moderar su cólera, cuando era menester, porque disimulando el enojo que tenia, mandó á Jibatadono hiciese pregonar que ningun soldado entrase en la ciudad ni hiciese agravio á nadie sopena de la vida.

Cuatro dias estuvo Nobunanga tratando de paces con el Cubuzama, poniéndole delante cómo le habia restituido en su estado y dignidad y el aprieto en que le podia poner, habiendo de comenzar la guerra por aquella ciudad. A todas estas razones y otras muchas cerró los ojos el Cubuzama, porque sus ruines consejeros le persuadieron que no ablandase con él ni le admitiese partidos, aunque presto se arrepintió de no haberlo hecho. Como vió esto Nobunanga, dicen que se le saltaron las lágrimas porque le obligaban á hacer lo que no traia pensado. Despachó luego siete capitanes con 7.000 ú 8.000 hombres, para que pegasen fuego y destruyesen las villas y lugares que habia á tres y cuatro leguas en contorno de Meaco. Partió esta gente con el órden que les habian dado, y dentro de un dia asolaron noventa y tantos lugares de 400 y 500 vecinos, con todos los templos y monasterios que en ellos habia; y si algunos se libraron, fué por la mucha cantidad de oro y plata que dieron á los soldados por su rescate.

Después de haber destruido estos lugares tornó Nobunanga á tratar de las paces con el Cubuzama, pero á ningun partido le salió. Viendo esto los de la ciudad y temiendo su total destruccion, procuraron negociar con el rey que no la saquease ni quemase. Habia dos partes en esta ciudad, una que llamaban el Meaco de arriba, donde vivian todos los señores y caballeros y gente noble, y los mercaderes principales que hacian sedas y damascos para todo Japon. La otra parte se llamaba el Meaco de abajo, en el cual vivia la gente más ordinaria y comun. Los del Meaco de arriba ofrecieron á Nobunanga más de 1.300 barras de plata por su rescate y otro tanto los de abajo. Estos supieron negociar con él por vía de humildad y reconocimiento, y así les prometió de no tocar en sus casas y les perdonó las barras que le ofrecian. Pero los del Meaco de arriba como ricos y nobles y más soberbios, llevaron el negocio por otros términos diferentes y contrarios á la condicion de Nobunanga, y así no quiso oirlos.

Viendo, pues, Nobunanga que sus comedimientos habian aprovechado tan poco para con el Cubuzama, determinó de ponerle en tal aprieto que hiciese por fuerza lo que no queria de grado; y así á los 4 de Mayo de 73 salió con todo el ejército de sus alojamientos y entró en la ciudad con tanto coraje y brío que no bastaron los que la defendian á resistirle para que no quemase y destruyese cuantas casas y templos habia en el Meaco de arriba, sin perdonar á los famosos templos y monasterios que allí tenian Jaca y Amida; porque de los más principales quemaron 20 y de otros menores más de 80 sin otras más 6.000 ó 7.000 casas. Hecho esto, determinó Nobunanga cercar la fortaleza del Cubuzama, y privarle de su dignidad para poner en ella á un hijo segundo del Dayri. Supo el Cubuzama los intentos de Nobunanga, y como ya conocia el pecho y valor que tenia para salir con lo que tomaba entre manos, echó de ver, aunque tarde, cuán mal consejo habia tomado, y cuán peor le estaba pasar adelante y quererse defender, pues habia de ser perdiendo su vida y estado; y el que ántes no quiso aceptar los partidos que le ofrecian, hubo de pedirlos entónces, y Nobunanga los asentó á su gusto y como le pareció, dejando al Cubuzama más rendido y sujeto que ántes estaba; porque le quitó todo el gobierno de aquellos reinos, y él puso de su mano los ministros y oficiales, y de allí adelante ninguna otra cosa se hacia más de lo que él mandaba y ordenaba, y el Cubuzama se quedó hecho una estátua como el Dayri. Edificó luego sus palacios con una hermosa fortaleza, y aunque residia de ordinario con su corte en la ciudad de Anzuquiama, en el reino de Mino, á sus tiempos venia al Meaco para ver si se hacia lo que él mandaba y tener al Cubuzama más sujeto; y para mostrar el sentimiento que le quedaba de lo pasado, cuando hubo de partir del Meaco, no quiso verle ni visitarle.

Yendo de camino Nobunanga con su gente, le sucedió una cosa bien particular. Estaba junto al reino de Boari una famosa universidad de bonzos que se decia Facusin, en la cual habia muchos y muy buenos monasterios. Aconteció pues, que en el tiempo que Nobunanga se detuvo en Meaco, entró un foragido con alguna gente en el reino de Boari y robó una buena cantidad de arroz en las tierras que eran del mismo rey, y para tenerlo más seguro lo depositó en estos monasterios de Facusin. Tuvo noticia Nobunanga del caso, y con la ofension y disgusto que generalmente tenia con los bonzos, volviendo de Meaco con su ejército tuvo cercados tres dias todos los monasterios, y luego les pegó fuego á ellos y á todas las demás casas de aquella universidad.

A otro bonzo que era muy famoso en el Meaco por sus letras y grande autoridad, supo que habia predicado contra él en aquella ciudad poco ántes que él llegase con su gente, y que habia dicho delante del Cubuzama: «Nobunanga ha llegado ya á la cumbre de su tiranía y así no puede durar mucho y cada dia irá cayendo;» húbole Nobunanga á las manos, y aunque el Dayri y el Cubuzama y otros muchos señores intercedieron por él, sin hacer caso de nadie, le mandó cortar la cabeza y poner por el suelo el monasterio donde vivia. Parece que habia puesto nuestro Señor á este rey el azote en la mano para castigar á estos bonzos que tan contrarios eran y enemigos de su ley, como en otro tiempo le dió á Totila para castigar á Italia por sus pecados; y así le ofrecia las ocasiones para ejecutarlo, como él las pudiera desear. Esperaban los gentiles un grande y extraordinario castigo de los dioses contra Nobunanga por la destruccion de sus templos y muerte de tantos bonzos, mas viendo que con cuanto habia hecho, sus estados y rentas iban creciendo y sucediéndole todo prósperamente, fuéronse desengañando y conociendo cuán poco era su poder, y comenzaron á perder la confianza que en ellos tenian.

CAPÍTULO III

De lo que sucedió al P. Luis Froes en esta destruccion de Meaco.

Estaban los cristianos de Meaco, como queda dicho en el capítulo pasado, esperando la venida de Nobunanga y con grande cuidado de lo que podria suceder al Padre si la ciudad se entraba á fuego y á sangre, como se temia del enojo y disgusto del rey contra el Cubuzama; y así le importunaron que se fuese á un lugar llamado Cungo, media legua de Meaco, donde habia algunos cristianos, porque ellos tendrian tanto que hacer en la defensa de la ciudad, que no podrian favorecerle aunque quisiesen. Salióse el Padre de la ciudad por quitarles de ese cuidado y pena, y llevó consigo al H. Cosme y á otro cristiano llamado Antonio. Llegados al lugar, recogiólos en su casa un hermano de este cristiano que se decia Benito, y el dia siguiente se pasaron á casa de otro sobrino suyo, porque habia en ella mejor comodidad.

Entraron poco después en este lugar algunos soldados de Nobunanga que venian para destruirle. Halláronse con esto muy atajados los cristianos no sabiendo dónde esconder al Padre: al fin le llevaron á casa de un hombre de los más principales del pueblo, que aunque era gentil, pero su padre era cristiano, y así le recogió en un pajar á las espaldas de su casa. Concertáronse los de este pueblo con los capitanes por grande suma de dinero para que no los destruyesen, mas con todo eso, en llegando los soldados al lugar, conforme á su costumbre comenzaron á buscar cuantas gallinas habia, y como se llegaban cerca del pajar para matarlas, disparaban las escopetas y pasaban las pelotas por encima de las cabezas de los que estaban recogidos dentro. La gente de aquel lugar, como la mayor parte era de gentiles, por afligir á los cristianos dijeron á los soldados cómo estaba escondido en aquella casa el predicador de los cristianos y su compañero, y que en su mano estaba si los querian matar ó despojar de lo que tenian. Acudieron los soldados á casa del gentil preguntando por el Padre, él le respondió que habia estado allí, mas que ya era ido; pero aunque estuviera en su casa no se le mostrara, porque el Padre era conocido de Nobunanga, y cualquier agravio que le hicieran, lo habia de saber y lo habian de pagar todos. Fué esto bastante para que los soldados no hablasen más palabra ni tratasen de buscarle.

Juntáronse aquella noche los cristianos con este hombre gentil y algunos criados y parientes suyos, para llevar al Padre á otro lugar de cuatrocientos vecinos, en el cual habia un monasterio insigne de bonzos que se decia Toxi; y porque no fuesen sentidos de los bonzos, cuyo era el lugar, concertaron que entrasen á las nueve de la noche: y para esto un cristiano llamado Alejandro, previno á tres primos suyos gentiles que con buen modo cobrasen las llaves de las puertas. Habia en este lugar una cava ó foso llena de agua, aunque no era honda, la cual se habia de pasar para ir de la una parte del pueblo á la otra. Llevaba un cristiano al Padre sobre sus hombros, pasándole por el agua, cuando llegaron dos mujeres cristianas, cuyos maridos venian allí, las cuales con lágrimas en los ojos dijeron que tornasen á sacar al Padre fuera del pueblo, porque los bonzos habian tenido aviso de su venida y mandado pregonar que si llegase allí le matasen, y la casa donde le recogiesen fuese quemada. El cristiano que llevaba al Padre, quedó atajado oyendo aquel recaudo, y los demás que iban en su compañía y no sabian qué consejo tomar, porque tornar á salir era imposible, que ya las llaves estaban en poder de los bonzos, y el pasar adelante habia de ser con tanto peligro.

Estando con esta confusion; el sobrino de Alejandro, que habia tomado las llaves de la puerta y era gentil, dijo: «No tengais temor, que

yo recogeré al Padre en mi casa; y si algo hubiere, yo me pondré á cualquier riesgo por su defensa, y así le llevó y tuvo escondido ocho dias en su casa, hasta que partido Nobunanga de Meaco con su ejército, el Padre se volvió á la ciudad, en la cual halló tantos trabajos que le quebraban el corazon, porque unos habian perdido sus casas y haciendas, otros sus padres, hijos ó parientes, otros veian sus mujeres muertas ó cautivas, de las cuales, cuando salieron del Meaco, muchas cayeron en manos de soldados, y las que quisieron escapar de este peligro, dieron en otro mayor, porque pasando un rio que era algo furioso, aunque no muy hondo, las ahogó con su corriente, y hallaban después en la orilla 30 y 40 mujeres ahogadas con otros tantos niños. Partido Nobunanga de la ciudad con su ejército, salió D. Juan Naytadono de la fortaleza, y el mismo dia vino luego á visitar al Padre, y lo mismo hicieron los demás soldados y caballeros. En los dias que aquí se detuvo D. Juan, bautizó el Padre á un hermano suyo que se llamó D. Julian, y otro hijo de este caballero de nueve años, por nombre D. Benito.

Quedó el Cubuzama tan atemorizado de Nobunanga y de ver que no le habia querido hablar ni visitar cuando se partió, como otras veces solia, que determinó salirse de la ciudad y recogerse á otra fortaleza que tenia á su parecer inexpugnable, porque no volviese y los llevase á él y á su hijo presos á Mino, habiéndoles ya quitado el mando y gobierno de aquellos reinos.

Estaba D. Juan indispuesto en la cama cuando le dijeron la determinacion del Cubuzama, levantóse luego y llegó á palacio á tiempo que ya estaba para partirse con más de 60 señores y caballeros principales; hízole D. Juan un razonamiento muy discreto poniéndole delante el peligro en que ponia aquella ciudad y los muchos trabajos que con su ausencia le habian de venir, y fué bastante para que el Cubuzama mudase parecer y cuantos con él estaban; y desde allí adelante tuvieron á D. Juan en aquella tierra por tan discreto como valiente soldado. En reconocimiento de este servicio que Naytadono hizo al Cubuzama, recibió por sus criados á don Julian su hermano y á D. Benito su sobrino.

CAPÍTULO IV

Cómo el P. Francisco Cabral visitó á los cristianos de Facata y Amanguchi, y de algunas cosas de edificacion que vió en ellos.

Habia casi veinte años que ningun Padre ni Hermano habia visitado los cristianos del reino de Amanguchi, porque después que mataron por traicion al hermano del rey de Bungo, ni el que sucedió en el reino, ni su hijo que á la sazon gobernaba, jamás consintieron á los Padres en su tierra, ni que los cristianos tuviesen iglesia. Andaba en este tiempo el rey ocupado en algunas guerras fuera de su reino, y así le pareció al P. Cabral que seria esta buena ocasion para visitar aquellos cristianos y animarlos á que perseverasen; y porque el camino para Amanguchi se podia tomar por la ciudad de Facata, quiso tambien ver los cristianos de aquella tierra.

Partió el Padre de Bungo para Facata el año de 1574. Recibiéronle en aquella ciudad los cristianos con mucho contento, porque habia más de diez años que no habian visto Padre alguno. Estaba ya la ciudad muy renovada desde las guerras pasadas, y los cristianos tenian una buena iglesia, de la cual tenia cuidado un cristiano que se decia Cosme. Detúvose el Padre en esta ciudad más de un mes predicando á los cristianos y gentiles, de los cuales se convirtieron algunos.

Desde Facata pasó á Amanguchi; en este reino no habia iglesia, pero juntábanse los cristianos en casa de uno que era principal y tenia secretamente una capilla con su retablo que el P. Cosme de Torres les envió. Allí acudian todos á hacer oracion y después leian por un libro de los misterios de nuestra santa fe, y una declaracion de los mandamientos que el mismo Padre les envió, y todos juntos platicaban un rato sobre lo que habian leido. Señalaban tambien algunas personas que tuviesen cuidado de visitar los enfermos y repartir las limosnas que todos ofrecian. Muchos de estos cristianos venian á confesarse á Bungo, que serán 50 leguas y otros á Firando y á otras partes donde habia Padres, y con estos santos ejercicios que tenian entre sí y algunas cartas que los Padres les escribian de ordinario, se habian conservado veinte años entre aquella gentilidad, sin sermones ni otras ayudas espirituales.

Cuando supieron que el Padre venia á visitarlos, fué tanto su consuelo, que salieron á recibirle muchos de ellos más de cuatro leguas. Serian los cristianos que habian quedado en esta ciudad y su comarca como 300 porque los demás, parte de ellos habian muerto en las guerras y otros se habian ido á vivir en otros reinos. Detúvose el Padre tres meses predicándoles continuamente y renovando la memoria del Catecismo, para que se hiciesen más capaces de la doctrina cristiana, y se les quedase más impresa en el corazon. Era tanto el gusto con que oian, que estaban hasta media noche oyendo y preguntando sus

dudas, queriendo aprovechar el tiempo que tenian para informarse de la ley de Dios y de las cosas de su salvacion. Muchas cosas halló el Padre entre estos cristianos de grande edificacion, de las cuales apuntaré aquí algunas.

Habia una vieja de ochenta años en un lugar que se decia Miano, una legua de la ciudad, á la cual bautizó el P. Cosme de Torres y puso por nombre Catalina. Tenia esta buena cristiana por costumbre (con ser de tanta edad) levantarse cada noche á hacer oracion, y era tal la pureza de su alma y la reverencia con que andaba delante de nuestro Señor, que le parecia grande desacato y descortesía volver á dormir después de haber cumplido con su oracion y devociones; y preguntaba al Padre si lo podria hacer sin ofensa de Dios, porque algunas veces por su edad se hallaba con necesidad de reposar un poco.

Esta mujer todo el tiempo que el Padre se detuvo en Amanguchi, madrugaba de manera que con estar su lugar más de una legua de la ciudad, por muy de mañana que el Padre dijese Misa, ya ella esperaba para oirla; y las más veces venia estando el camino cubierto de nieve; y habiendo de pasar dos veces un rio, decíanle sus vecinos, que eran gentiles, que no tomase tanto trabajo por ir cada dia á la ciudad, que le podria suceder alguna desgracia en el camino, ó matarla un lobo de muchos que habia por allí; mas ella respondia que no tuviesen pena, porque á ella ninguna le daban aquellas cosas, ni temia que le sucediesen semejantes desgracias yendo á oir Misa y á ver á su Dios.

Otra mujer llamada María á quien bautizó el P. Francisco Javier cuando estuvo en aquella tierra, vivia once leguas de la ciudad, y por haber tantos años que no oia sermon, sólo habia conservado en su memoria la oracion del Pater noster y Ave María, que entónces deprendió, y las rezaba cada dia; y por este medio la conservó nuestro Señor entre tantos idólatras, porque no habia otro cristiano en su lugar sino ella, y era tal su vida y la perfeccion de ella, que habia vendido toda su hacienda y dádola á los pobres; y ella se sustentaba de la limosna que pedia, acordándose que vivian de aquella manera los Padres que la bautizaron y enseñaron la ley de Dios; y cuando supo que el P. Francisco Cabral estaba en Amanguchi, vino á pié y con harto trabajo (por las muchas nieves que habia) para oir los sermones. Instruyóla el Padre muy de propósito en el Catecismo, y con esto volvió á su lugar muy consolada; pero aquella doctrina del cielo que cayó en tan buena tierra, presto fructificó, porque no pasaron muchos dias cuando la buena mujer volvió á la ciudad con cuatro bonzos que traia convertidos á nuestra santa fe, y se bautizaron en Amanguchi.

Tambien vino otro hombre honrado y rico á pedir el santo Bautismo. Preguntóle el Padre con qué ocasion se habia movido á sér cristiano. Respondió que nuestro Señor le habia hecho aquella merced por medio de un cristiano pobre que se decia Mateo, natural de Amanguchi, el cual para pasar su vida andaba de lugar en lugar vendiendo peines y agujas; y tenia por costumbre entrando en cualquier meson ó casa predicar luego, y tratar de la ley de Dios diciendo mil alabanzas de ella, y que hallándose él una vez con otros muchos presente, le oyó decir cómo habia un Criador de todas las cosas á quien todos estaban obligados á adorar y á guardar ciertos mandamientos para servirle y obedecerle, porque haciéndolo así, les daria un gran premio en la otra vida, y que desde entónces él se habia determinado de ser cristiano, y en llegando á su casa, habia quemado cuantos ídolos tenia; y aunque su gente y los vecinos viendo lo que hacia le preguntaban si se habia vuelto loco, él les habia dicho que entónces comenzaba á cobrar su juicio y seso, adorando al verdadero Dios. Acusaron á este hombre los bonzos de su pueblo delante del señor por lo que habia hecho, y él confesó claramente que deseaba ser cristiano, y no pensaba adorar más los ídolos. El señor le dijo que fuese cristiano si gustaba de ello, con tal que le sirviese con fidelidad y así le dejó, y él vino á bautizarse á Amanguchi, sabiendo que estaba allí el Padre. Y vuelto á su lugar persuadió á otro vecino suyo que hiciese lo mismo. Estos eran los predicadores que nuestro Señor entónces tomaba para necesidades tan extremas por la falta que habia de quien pudiese acudir á ellas.

Pero no era menor el celo y fervor de un ciego llamado Tobías, el cual pasaba su vida pidiendo limosna y tocando cierto instrumento; y con esto tenia ocasion de entrar en casa de muchos señores y caballeros, y ninguna perdia para predicar la ley de Dios, donde él sentia que podia hacer algun fruto; y aun algunas veces por donaire y entretenimiento, gustaban los caballeros de hacerle disputar con los bonzos; y por la gracia del Señor, siempre los dejaba confundidos, de lo cual vinieron á indignarse tanto contra el ciego, que se concertaron con unos hechiceros para que hiciesen por sus encantamientos que entrase el demonio en el cuerpo de Tobías, y tuviesen ellos ocasion de hacer burla de él y de la ley de Dios que predicaba.

Con este intento le convidaron un dia para disputar delante de muchos caballeros. Aceptó el ciego Tobías la disputa, y á pocas razones atajó á los bonzos, que no le supieron responder. Comenzaron luego los hechiceros á hacer su oficio conforme al concierto que traian hecho con los bonzos, mas el buen Tobías que entendió lo que pretendian, riéndose de ellos dijo, que hiciesen cuanto pudiesen, para que se echase mejor de ver cuán poco poder tenia el demonio contra los cristianos; y así sucedió, porque en lugar de entrar el demonio en el cuerpo de Tobías por justo juicio del cielo se apoderó de los mismos hechiceros, y comenzaron á temblar con todo el cuerpo.

Con este castigo y pena vinieron en conocimiento de su culpa; y echados á los piés de Tobías le pidieron perdon de lo que contra él habian querido hacer, prometiéndole de nunca más usar de aquella arte, y lo que tomaron los bonzos por medio para confundir al ciego Tobías y la ley de Dios que predicaba, eso mismo se convirtió en mayor confusion suya y en mayor gloria de Dios nuestro Señor y estima de su santa ley. Estas y otras cosas de mucha edificacion halló el P. Francisco Cabral entre aquellos cristianos de Amanguchi el tiempo que con ellos estuvo supliendo la divina Majestad con ellos la falta de los predicadores.

CAPÍTULO V

De la persecucion que se levantó contra el rey D. Bartolomé.

Tenia el rey D. Bartolomé un cuñado, hermano de su mujer, que se decia Isafay, grande señor, pero muy enemigo de los cristianos. Este caballero procuró persuadir al rey diversas veces que dejase la ley de Dios y se volviese á la de los gentiles, mas viendo que no aprovechaban sus diligencias, se confederó con el rey de Firando y con algunos otros señores para levantarse contra su cuñado y quitarle el reino. Recogió Isafay buen número de gente por tierra, y el rey de Firando le ayudó con una buena armada por la mar.

Con este apercibimiento vino una noche á la ciudad de Omura, y por medio de unos bonzos con quien se entendia entró dentro y se hizo señor de la ciudad. Estaba entónces el rey D. Bartolomé en otra ciudad cerca del mar, que era muy fresca, bien desapercibido de gente, porque tambien estaba descuidado de semejante traicion. Llególe á media noche aviso de lo que pasaba en Omura á tiempo que no tenia dentro de la fortaleza sino poco más de 12 caballeros y 50 mujeres criadas de la reina, y los enemigos venian á grande priesa sobre él. Viéndose el buen rey tan desapercibido de todo socorro humano, hizo llamar á un Hermano de la Compañía que estaba en la ciudad y tenia cuidado de la iglesia, y cuando le vió abrazándose con él, dijo: «Yo estoy muy alegre, pues me veo morir por la honra y servicio de mi Dios, y sé cierto que estos me quieren quitar el estado y la vida sin otra causa más que por ser cristiano.»

Siendo ya de dia, y los enemigos entrados en la ciudad, comenzaron á robar lo que habia en ella y á destruir la iglesia. Estábalo mirando el rey desde su fortaleza, y cuando vió que pegaban fuego á la iglesia, lleno de un espíritu del cielo, dijo: «Ahora creo que tengo cierta la victoria, pues que estos traidores se han atrevido contra Dios y contra su Iglesia.» Habian subido los de la ciudad hácia la fortaleza con sus armas para favorecer á su señor, mas los enemigos que lo entendieron, se dieron tanta priesa, que les cogieron la delantera y atajaron el paso, deseando cercar al rey y acabar de esta vez con él, aunque con toda su diligencia no pudieron estorbar que no entrasen en la fortaleza más de treinta caballeros de los más valientes y esforzados, los cuales rompieron por un lado de los enemigos.

Comenzó luego Isafay á poner en órden su gente para dar asalto á la fortaleza, mas el rey D. Bartolomé, poniendo toda su confianza en Dios nuestro Señor, como siempre la habia tenido en sus mayores trabajos, apercibió los 30 caballeros que entraron de nuevo para salir con ellos y hacer rostro á sus enemigos, y á los 12 que ántes tenia dejó para defensa de algunos lugares más flacos. Y porque no pareciese que estaba la fortaleza tan desapercibida de gente, y con esto se les doblase el ánimo á los contrarios, hizo que todas las mujeres tomasen lanzas en las manos, y puestas por la muralla hiciesen su guardia como si fueran soldados. Estaba delante de la fortaleza una calle larga con sus pretiles, porque de una parte y de otra habia unos grandes riscos y despeñaderos; era esta calle tan ancha que podian caber en ella seis ú ocho hombres. Viendo el rey D. Bartolomé que venia Isafay con su gente hácia aquella parte, salió con sus treinta caballeros apellidando el nombre de Jesus y de María, con tanto valor y esfuerzo, que al primero encuentro hizo retirar á los enemigos que estaban cerca de la puerta de la fortaleza hasta fuera de toda la calle y sin

perder ninguno de los suyos, quedaron muertos más de 60 de los contrarios.

Como los de la ciudad vieron el peligro de su señor hechos un escuadron, rompieron por un lado de los que venian huyendo del rey, y pudieron juntarse con él más de 400 soldados. Llegaron al mismo tiempo de Omura y de otros lugares algunos señores y capitanes que venian á ayudar á su rey, con la gente que pudieron juntar de presto, sabiendo el aprieto en que estaba. Hallándose, pues, el rey con hasta 2.000 soldados, aunque eran pocos respecto de los contrarios, se determinó darles la batalla, por que echó de ver en ellos que le iban cobrando temor y miedo. Ayudóle nuestro Señor en ella como en todas las pasadas, porque habiendo muerto por su mano al capitan general de Isafay, comenzaron los de su ejército á desmayar y el rey D. Bartolomé á apretarlos de manera, que sin aguardar unos á otros cada uno fué huyendo por su parte, y la gente del rey siguiéndolos, y era tanto el miedo que llevaban que sin acordarse de sus reales ni tiendas, procuraban salvar las vidas, y así fué grande la riqueza y despojo que se recogió de esta victoria.

Al mismo tiempo que peleaba el rey D. Bartolomé contra su cuñado en la tierra, hacia Dios por él la guerra en la mar contra la armada de Firando, con una recia tempestad que hundió la mayor parte de ella, y la que escapó fué tan maltratada, que no pudo ser de provecho, y así volvió nuestro Señor por la causa de este buen rey sacándolo de tan grande peligro como otras veces lo habia hecho, con lo cual quedaba él siempre más confirmado en la fe y deseoso de la conversion de su reino; pero no fué menor el castigo que dió Su Divina Majestad en Omura á un bonzo principal, el cual habia sido autor de esta traicion y el que habia solicitado á Isafay para que se levantase contra el rey, y el que abrió las puertas para que entrasen los enemigos en la ciudad. Este bonzo, por hacer más burla de los cristianos y de la ley de Dios, se fué á la iglesia y entró en la sacristía, topó allí acaso una sobrepelliz y púsosela por donaire, tornó luego á salir con ella á la puerta de la iglesia, á tiempo que llegaban los soldados de Isafay, ciegos con la rabia que traian, los cuales pensando que era el Padre de la Compañía que residia en aquella iglesia, hicieron pedazos al bonzo ántes que advirtiesen en lo que habian hecho, y así tuvo el castigo y pena que merecian sus pecados y traicion, por mano de aquellos mismos á quien él habia incitado para ella y para que destruyesen la iglesia.

CAPÍTULO VI

Del grande fruto que sacó nuestro Señor del trabajo que tuvo el rey de Omura.

Viendo el rey D. Bartolomé la victoria que nuestro Señor le habia dado contra todos sus enemigos, en reconocimiento de ella y de las mercedes que de su mano habia recibido, determinó desarraigar de todo punto la idolatría de su tierra y que no hubiese en todo él persona que no recibiese la ley de Dios. Para este efecto hizo juntar en Omura á los principales señores y caballeros del Reino, y estando juntos les hizo un razonamiento con la discrecion y valor que solia tratar los demás negocios que tocaban á la honra de Dios nuestro Señor. En sustancia les dijo, que hasta entónces habia contemporizado con sus vasallos porque no se le inquietasen y levantasen, pero que ya estaba muy desengañado y persuadido que sólo Dios, Criador del cielo y de la tierra, era el que daba y quitaba y conservaba los estados, y así, no queria que desde allí adelante en todo su reino otro fuese adorado ni reconocido por Dios, sino sólo él, y que los que no quisiesen recibir su ley, así bonzos como legos, podrian irse á vivir en otra parte, porque él estaba determinado de no consentirlos en su tierra.

Dijo el rey estas palabras con tal ponderacion y peso, que ninguno se atrevió á contradecirle ni replicarle, antes mostraron todos quedar muy convencidos de sus razones y muy aparejados para cumplir en aquello su voluntad; y porque sabia el rey que la mayor dificultad de este negocio consistia en allanar á los bonzos, viniendo los principales que habia en el reino á darle el parabien al principio de su año nuevo, conforme á la costumbre del Japon, los convidó á comer en su casa, y acabada la comida, les dijo que gustaria mucho de que oyesen la ley de Dios, y pareciéndoles justa y santa la recibiesen, y que él les prometia que no perderian por eso sus rentas, sino que antes se las daria mejoradas y acrecentadas. Convencidos los bonzos con las razones y liberalidad del rey, se determinaron de oir los sermones más de 60 monasterios principales, aunque algunos pocos bonzos obstinados, tuvieron por mejor salirse del reino que no aceptar el partido.

Andaban en este tiempo el P. Gaspar Coello con un Hermano predicando en este reino por una parte, y el P. Melchor de Figueredo con su compañero por otra; mas era tanta la gente que deseaba y pedia el santo Bautismo, que fué ne-

cesario venir á ayudarles los Padres que estaban en otras partes, y por la misericordia de nuestro Señor se fué continuando este fruto, de manera que en el año de 1575 se bautizaron más de 20.000 almas, y el año de 76 más de otras 15.000, y se edificaron en estos dos años 40 iglesias en el reino de Omura; porque el ver á sus bonzos y sacerdotes á quien tenian ántes tanta veneracion hechos niños, aprendiendo la doctrina cristiana y á persignarse y santiguarse, allanaba las dificultades que podian tener todos los demás, y decian los gentiles que no era menester otro testimonio para entender cuán santa era la ley de Dios, sino ver que los mismos que ántes la perseguian tanto, tenian ahora puesto su gusto y contento en deprenderla; y así, no tenian los Padres dificultad en persuadir á los gentiles que se hiciesen cristianos, porque ellos venian ya convencidos de lo que veian y apénas bastaban los dias y las noches para satisfacer al deseo de los que pedian les enseñasen las oraciones.

No se puede decir el contento y alegría del rey D. Bartolomé viendo la conversion de sus vasallos que tanto habia deseado. Olvidábase ya de todos sus trabajos pasados y dábalos por muy bien empleados por ver en sus dias el fruto tan copioso de ellos, y era tal su celo que, dejando de ser rey, hacia oficio de predicador; porque donde quiera que se hallaba, animaba á los unos, honraba á los otros y mostraba á todos con razones manifiestas la ventaja que hacia la ley de Dios á todas las sectas del Japon y á la doctrina que ellas enseñaban.

Dió luego órden que se hiciese en la ciudad de Omura otra iglesia mejor que la primera del monasterio más principal que allí tenian los bonzos, teniéndolo ellos por grande dicha por ser ya cristianos muy de corazon. Comenzáronse á celebrar en ella las fiestas del santo Nacimiento y Semana Santa, con grande solemnidad, porque apénas habia ya en la ciudad gentil ninguno. Hallábanse en estos oficios el rey D. Bartolomé, su mujer é hijos, procurando de ser los primeros en las cosas de virtud y devocion, porque entendian cuánto importaba esto para que sus vasallos estimasen la ley que habian recibido y se preciasen de guardarla.

Si bien miramos el discurso de este valeroso rey, desde el primero dia de su conversion le probó nuestro Señor con mayores y más continuos trabajos que á ningun otro, y así correspondió á ellos el fruto, porque este reino fué el que primero de todos recibió enteramente la ley de Dios, y donde más número de cristianos habia, pues pasaban de 40.000 y estaban edificadas 40 iglesias.

CAPÍTULO VII

Cómo se bautizó el hijo segundo del rey de Bungo, que se llamó D. Sebastian.

Aunque el mundo no lo crea, es verdad muy cierta y averiguada que tiene Dios nuestro Señor más larga y abierta la mano para consolar á los suyos que para afligirlos, como se ha visto en los varios sucesos de la cristiandad de Meaco y Omura, y en los que ahora iremos contando de los reinos de Bungo y Arima. Habia llegado el P. Francisco Cabral al reino de Omura para visitar al rey D. Bartolomé, y darle el parabien de la conversion de sus vasallos; estando allí le escribió dos veces el rey de Bungo que deseaba se llegase á Vosuqui, porque tenia algunas cosas de importancia que tratar con él. Pareció ser justo acudir á lo que pedia el rey por lo mucho que toda la cristiandad de aquel reino le debia.

Es costumbre muy ordinaria en Japon que cuando algun rey tiene dos hijos, por evitar entre ellos guerras y disensiones hacen bonzo al segundo, dándole buena renta con que pueda pasar y vivir conforme á su calidad, y así cuando le nació al rey de Bungo el segundo hijo, le dedicó luego para que fuese bonzo, y las rentas principales que iban vacando en el reino las guardaba todas para él. Siendo ya el niño mayor le edificó su padre un monasterio muy suntuoso en la ciudad de Vosuqui en que viviese.

Como el rey venia á comer cada año á la casa de los Padres, solia traer consigo á este príncipe y él se venia muchas veces á la iglesia por su entretenimiento, y poco á poco se fué aficionando á la ley de Dios por lo que veia y oia, de manera que ni con halagos ni amenazas nunca pudieron el rey ni la reina sus padres persuadirle á que fuese bonzo, ni que viese el monasterio que para este efecto se iba edificando, antes decia claramente que habia de ser cristiano.

Viendo el rey la determinacion del príncipe y que ya era de catorce años, holgó de que se hiciese cristiano, pareciéndole que la ley de Dios era tan justa y santa que seria más poderosa y eficaz para que este hijo tuviese paz con su hermano, y le fuese más obediente que si fuera bonzo. Para tratar de este negocio envió á pedir al P. Francisco Cabral se llegase á Vosuqui, y en viniendo le dió cuenta de los deseos del príncipe y la determinacion que él tenia de que se hiciese cristiano, y así le entregó luego al Padre diciendo que tenia grande confianza de que otros muchos señores y caballeros del reino habian de hacer lo mismo con el ejemplo de su

hijo. Alabóle el Padre el buen consejo y determinacion que habia tomado acerca del príncipe y dióle tambien las gracias de la merced y favor que en esto hacia á toda la cristiandad de Bungo, en darles á su hijo para que fuese como cabeza y amparo de ella. Instruyeron luego al niño en los misterios de la fe, y con su buen ingenio y mucha habilidad se hizo muy capaz de todo y aprendió las oraciones y lo demás que era necesario. Quiso el rey hallarse en su Bautismo, que fué en el mes de Diciembre de 1575 con grande fiesta y solemnidad, y pusiéronle por nombre D. Sebastian. Bautizáronse tambien algunos caballeros principales que estaban bien instruidos y los más eran criados suyos. Todo el tiempo que duraron las ceremonias del santo Bautismo estuvo el rey (con ser gentil) hincado de rodillas y descubierta su cabeza mostrando la estima que tenia de aquel Sacramento que se administraba. Quedóse aquel dia á comer con los Padres y por hacer más honra á los cristianos quiso que comiesen con él y con su hijo los recien bautizados.

Acercábase ya la fiesta del santo Nacimiento y el P. Francisco Cabral habia ofrecido á los cristianos de Funay de irla á celebrar con ellos. Fuese á despedir del rey y á pedirle licencia para llevar consigo al príncipe D. Sebastian, porque deseaba hallarse con los demás cristianos en ella; holgó el rey de darle licencia, y mandó que aderezasen una casa en Funay, junto á la misma iglesia donde posase el príncipe, y al dia siguiente le envió muy acompañado de gente. Fué muy grande la alegría de los cristianos con la venida del príncipe D. Sebastian, á quien miraban ya con otros ojos y corazon por verle cristiano. Tenian aparejadas algunas representaciones de aquel misterio, para celebrar la fiesta con más solemnidad y devocion, de las cuales gustó mucho el príncipe, y aunque era niño, mostraba ser hombre en sus cosas, porque á sus criados y á los caballeros que con él habian venido, aunque los consintió estar en la iglesia al tiempo de las representaciones, mas cuando se hubo de decir la misa, mandó que saliesen fuera todos los que eran gentiles, y el dia siguiente les dijo que no tendria en su servicio á ninguno que no fuese cristiano.

El dia de Pascua de Navidad por la tarde hizo llamar á todos los caballeros cristianos que habia en Funay, y poniéndose al cuello su rosario, dijo á los demás que hiciesen lo mismo y se fuesen con él. Con este acompañamiento pasó por algunas calles principales de la ciudad, haciendo derribar cuantos ídolos hallaba en ellas. Advirtióle el P. Francisco Cabral que mirase Su Alteza no diese disgusto con aquello al rey su padre, ó causase algun alboroto en la ciudad. Respondióle á esto el príncipe con un ánimo más que de su edad, que siendo cosa de tanto servicio de Dios lo que él hacia, ni sus padres se disgustarian, ni temia que por ello sucediese algun trabajo, y que de propósito lo hacia para que entendiesen todos los del reino cuán de veras era cristiano y cuánto se preciaba de serlo. Así como era grande el alegría de los cristianos viendo el ánimo y valor de su príncipe D. Sebastian, así lo era tambien la tristeza de los gentiles, y señaladamente de los bonzos que querian reventar de pena por ver que estando aquel príncipe ofrecido para ser bonzo y de quien ellos pensaban hacer cabeza para bandearse en aquel reino, le tenian ahora por contrario, y enemigo y destruidor de sus ídolos. Quejábanse públicamente del rey, diciendo que no se espantaran si dejara su hijo de ser bonzo, pero que no siéndolo diese licencia para que fuese cristiano, habia sido la mayor afrenta que se podia hacer á las leyes del Japon; y era condenar sus sectas y religion, pues daba á entender que estimaba más la ley de los cristianos y le parecia mejor que todas ellas.

CAPÍTULO VIII

Del fruto que se siguió en Bungo del Bautismo del príncipe y de la conversion del rey de Tosa.

Pasada la fiesta del santo Nacimiento del año de 1576 se volvió el príncipe D. Sebastian á la ciudad de Vosuqui, donde estaba entónces la corte, porque el rey gustaba de vivir allí. Eran tantos los que cada dia se movian á ser cristianos por el ejemplo de su príncipe, que era necesario hacer cuatro y cinco pláticas para satisfacer al deseo de los que venian á oir sermon; y así, todos los domingos habia Bautismos solemnes de caballeros y gente principal, y con ser muchos de ellos mozos de diecisiete, hasta veinticinco años, ricos, y nobles y criados en regalo, era tal la mudanza que se echaba de ver en su vida y costumbres después de bautizados, que ponia admiracion á los que primero los habian conocido, porque siendo ántes muy soberbios y livianos, los veian después humildes, modestos y castos; y algunos de ellos se levantaban á media noche para encomendarse á nuestro Señor y rezar sus devociones. Acudian todos muy de ordinario á la iglesia con grande gusto á preguntar sus dudas é informarse de lo que convenia para su salvacion, y sus pláticas estando en palacio eran tratar de la merced

que nuestro Señor les habia hecho en sacarles de los errores en que vivian, y cuán diferente doctrina enseñaba la ley de Dios de la que predicaban sus bonzos.

Concertaron estos caballeros recien bautizados y otros de los más antiguos, hacer entre sí un modo de congregacion, y junta los domingos y fiestas despues de mediodia, para tratar de cosas de su aprovechamiento y buscar razones con que convencer á los demás caballeros gentiles cuando se ofreciese hablar con ellos en palacio, y para responder á las dificultades que solian poner acerca de la ley de Dios. Aprovecharon tanto con este ejercicio, que no se hallaba en la ciudad lego ni bonzo que se atreviese á disputar con ellos, porque siempre quedaban confundidos. Hizo juntar una vez en palacio el príncipe hermano mayor de D. Sebastian muchos gentiles y bonzos con deseo de verlos disputar con los cristianos. Estando juntos llamó á un caballero de aquellos recien bautizados, que era paje suyo de poca edad, y dijo á los bonzos que disputasen contra él y pusiesen cuantas dificultades tenian contra la ley de Dios, porque él mismo queria ser el juez de aquella disputa y ver quién tenia más razon. Comenzaron los bonzos á disputar con el caballero, pero él respondia y satisfacia á sus dudas de manera que los bonzos quedaron confundidos y atajados, y el mismo príncipe y heredero del reino, que era el juez, vino á confesar delante de todos que era locura querer contradecir á la ley de los cristianos, porque era la más llegada á razon y más conforme á ella de cuantas habia en Japon.

El rey de Tosa era el más principal de los cuatro reyes que hay en la isla de Saycocu, y el que entónces gobernaba estaba casado con una hija del rey de Bungo. Habíansele rebelado sus vasallos poco ántes que se convirtiese el príncipe don Sebastian, y así tuvo necesidad de recogerse con su suegro á la ciudad de Vosuqui. Era este rey de muy buen entendimiento y claro juicio, y acudia algunas veces á la iglesia de los cristianos y gustaba de oir los sermones que cada dia se predicaban. Fué haciendo conferencia de la doctrina que allí oia, con la que sus bonzos le habian enseñado, y vino á entender ayudado de la gracia de nuestro Señor la diferencia y ventaja que habia de la una á la otra, y así determinó en su corazon de ser cristiano; pero detenía se en ejecutarlo por un respeto de mundo y vano pundonor, de no obligarse á vivir con la humildad que profesaba la religion cristiana siendo él tan principal, y lo que más fuerza le hacia, era ver que su suegro y los príncipes sus hijos, con haber oido tanto tiempo predicar aquella ley en su tierra, nunca la habian recibido; mas cuando vió que el príncipe D. Sebastian se habia bautizado y el rey mostraba gusto de ello y estimaba aquella religion, fué grande parte todo esto para que se le allanasen las dificultades que sentia, y así con la gracia del Señor se dispuso á recibir el santo Bautismo en la iglesia de Vosuqui. Habia tratado el rey de Tosa de este negocio con el P. Francisco Cabral, aunque no se halló á su Bautismo porque ya era partido de Vosuqui por la ocasion que se dirá en el capítulo siguiente.

Poco después de bautizado el rey le enviaron á suplicar sus vasallos que se volviese á su tierra, porque todos le servirian y obedecerian con mucha fidelidad. Fué y recibiéronle con gusto y contento, pero cuando entendieron que era cristiano y que trataba de que sus vasallos lo fuesen, tornaron á alborotarse de manera que le fué necesario recogerse á una fortaleza en lo último del reino. Sobre este caso escribió el mismo rey al P. Francisco Cabral una carta en que le daba razon de todo, y dice así: «Sabiendo que V. R. es vuelto de la parte del Jimo, envio este criado mio á darle cuenta de mí y á rogarle me encomiende á Dios. Después de su partida se me abrió la puerta para volver á mi estado, enviándome á llamar mis vasallos, para lo cual aunque yo deseé ser bautizado de mano de V. R. no pudiendo esperarle pedí al Padre de Vosuqui que me bautizase. Después de esto con la ayuda de nuestro Señor entré en posesion de mi estado, y acordándome del beneficio que nuestro Señor me habia hecho, ordené luego que se edificase una iglesia y casa para que pudiesen vivir los Padres en ella cuando viniesen, señalándoles renta para todo. Tambien mandé que en todos los lugares principales del reino hiciesen casas al modo de la que yo habia edificado, para que donde quiera que fuesen á predicar hallasen la misma comodidad, porque algunos de mis vasallos deseaban recibir la ley de Dios que yo habia escogido. Estando yo muy contento y para enviar por algunos Padres ó Hermanos que viniesen á predicar á ellos y á mí; súbitamente se revolvió todo el reino fuera de lo que yo pensaba, y de nuevo he sido echado de él y quedo en esta fortaleza de Nangajima; y aunque hasta ahora yo no me quejo de Dios nuestro Señor, pero todavía tengo una duda por este mal suceso, porque si le quiero atribuir á mis pecados, veo que mis enemigos son más pecadores porque son gentiles y traidores á su señor; por lo cual ruego á V. R. me responda á esta duda y me envíe algun libro de las cosas de Dios, porque estoy solo entre esta gentilidad, aunque he hallado aquí un ciego por nombre Tobías, que

ha mucho tiempo se bautizó en Amanguchi, con el cual me entretengo de buena voluntad por ser muy buen cristiano. Hágame V. R. encomendar mucho á Dios, y escríbame siempre, porque yo haré lo mismo.» A esta carta le respondió el Padre otra larga declarándole en ella con muchas razones cómo nuestro Señor suele dar en esta vida trabajos á los que más ama y quiere, trayéndole por ejemplo al rey D. Bartolomé, y animándole que tuviese mucha esperanza y confianza en Su Divina Majestad que le favoreceria en todo. Recibida esta carta quedó el rey muy consolado y animado para llevar sus trabajos con alegría.

CAPÍTULO IX

De la conversion y Bautismo del rey de Arima, que se llamó D. Andrés, y la venida de tres Padres de la India.

No sólo hizo el buen efecto que hemos dicho en el rey de Tosa la conversion del príncipe D. Sebastian, sino tambien en el rey de Arima, porque esta fuerza tiene (para persuadir á la virtud) el ejemplo de los príncipes y señores que van delante. Habia muchos dias que el rey de Arima estaba convencido de que la ley de Dios era la verdadera, y que las sectas del Japon eran invenciones de hombres, y cosas sin fundamento, y por esta causa favoreció siempre la cristiandad en su reino; pero detenía le para hacerse cristiano ver los muchos trabajos que por esta causa se le habian recrecido al rey de Omura, su hermano, temiendo no le sucediese á él de la misma manera. Mas cuando vió los buenos sucesos que tuvo en todas las guerras, y que muchos de ellos habian sido extraordinarios, echó de ver que no podia ser aquello sin particular favor del cielo, y así con esto y con verle despues pacífico en su reino, y que todos sus vasallos se hacian cristianos, se iba él tambien inclinando á hacer lo mismo. Ayudóle para acabarse de determinar la conversion del príncipe D. Sebastian, porque los reyes del Jimo tenian al de Bungo por hombre de gran discrecion y de mucha prudencia, y por muy mirado en todas sus cosas que no hiciera cristiano á su hijo si no tuviera la ley de Dios por la mejor y mas santa. Anduvo con estos santos pensamientos y deseos algunos dias, hasta que ayudado de la gracia del Señor, vino á resolverse de todo punto en ser cristiano, y para ejecutarlo envió á llamar al H. Luis de Almeida, que habia quedado solo con los cristianos de Cochinozu, porque los demás Padres estaban en el reino de Omura ayudando á la conversion de aquella gente, como queda dicho.

Venido el H. Luis de Almeida, como el rey le conocia y le tenia amor, dióle cuenta de su determinacion, pidiéndole que le acabase de instruir bien en la fe y le bautizase, porque no le sucediese algun impedimento que le quitase tanto bien para su alma. Comenzó el Hermano las pláticas del Catecismo, á las cuales asistia el rey y la reina y otros caballeros que tenian el mismo deseo; entre tanto dió el Hermano cuenta al P. Francisco Cabral, que estaba en Bungo, de la resolucion que el rey de Arima tenia, para que si era posible viniese él mismo á bautizarle, y esta fué la ocasion de partirse el P. Cabral de Vosuqui ántes del Bautismo del rey de Tosa, aunque tampoco llegó á tiempo de hallarse en el de Arima, porque era tanto el deseo que el rey tenia de verse cristiano, que no quiso dilatarlo, temiendo que el Padre con las ocupaciones de Bungo no podria venir tan presto, y así le hubo de bautizar el mismo Hermano, juntamente con la reina su mujer, y á otro hermano y una hermana del rey con tres sobrinos y algunos caballeros principales; llamóse este rey de Arima, D. Andrés.

Cuando llegó el P. Francisco Cabral, halló ya hechos estos Bautismos, y que universalmente pedia todo el reino les predicasen la ley de Dios, deseando imitar á su rey y hacerse cristianos; pero no habia quien pudiese acudir al deseo de tanta gente. El H. Luis de Almeida, aunque solo y muy falto de salud, sacaba fuerzas de flaqueza, y lo mismo hacia el Padre Francisco Cabral, y entrambos trabajaban de noche y de dia por no desconsolar á los que con tanto deseo y gusto pedian el santo Bautismo.

Estando en este aprieto fué nuestro Señor servido de consolarlos y socorrerlos con la venida de los PP. Alonso Gonzalez, Cristóbal de Leon, Juan Francisco y Antonio Lopez, que llegaron al puerto de Cochinozu, y venian de la India. Con la buena ayuda de estos Padres fué creciendo el número de los fieles de manera que el año de 76 se hallaron por cuenta que estaban bautizados en aquel reino 20.000 cristianos. Señaló el rey D. Andrés desde luego, el templo más principal que habia en Arima de ídolos, y era como Metrópoli de todos los del reino, para que se hiciese en él una iglesia, aplicando para ella y para que se sustentasen los Padres que predicaban, la renta que antes tenia el mismo templo.

Estando las cosas de la cristiandad de Arima en su mayor fervor y en el punto que hemos

dicho, y que en poco tiempo se esperaba la conversion de todo el reino, permitió nuestro Señor por sus ocultos y secretos juicios que este fruto se atajase con la muerte del rey D. Andrés, que daba calor á todo. Hízosele una postema en la espalda, y de ella murió dentro de pocos dias como buen cristiano, y con grande reconocimiento de la merced que nuestro Señor le habia hecho en traerle á su Iglesia. El príncipe y heredero de este reino no se habia bautizado, porque su padre vino á entender que algunos deudos suyos y señores gentiles y otros bonzos le persuadian que no lo hiciese, y quiso el rey llevarlo con suavidad y gusto en un negocio tan grave como este, pensando de atraerlo con más facilidad por este camino á lo que deseaba.

Cuando estos señores y bonzos vieron muerto al rey D. Andrés, tuvieron más entrada y mano con el príncipe, y aunque él era de buen entendimiento y de muchas partes y valor, como después lo mostró; pero entónces con la poca edad y experiencia que tenia, dejóse persuadir de ellos, y por su consejo mandó echar á los Padres de su tierra y que no predicasen más la ley de Dios. Con esta ocasion padecieron los cristianos hartos trabajos, y los gentiles tomaron ánimo para afligirlos cortándoles las cruces que tenian puestas en algunos lugares. Cuando cortaron estas cruces los gentiles, halláronse presentes dos hombres que tambien lo eran, los cuales llevaron á sus casas los pedazos de ellas, é hicieron unas gamellas pequeñas para lavarse los piés (como en menosprecio de las cruces, diciendo que aquellos palos adoraban los cristianos), pero no quedaron sin castigo de su atrevimiento, porque las mujeres de estos dos hombres, que tambien eran participantes en la culpa de sus maridos, se ahogaron en un pozo sin que las pudiesen valer, y á los maridos se les llenaron las piernas de unas llagas hediondas, que el uno murió de ellas, dentro de pocos dias, y el otro conociendo su culpa se arrepintió de ella, y sanó, aunque por toda la vida quedó manco y cojo, y él mismo contaba después lo que habia pasado.

Este fué el trabajo que sucedió á la cristiandad de Arima, aunque de él sacó nuestro Señor mucho fruto (como adelante se dirá) porque este príncipe que echó á los Padres de sus tierras fué el que después con más ánimo y voluntad aventuró su persona y estados para defenderlos y conservarlos en ellas, para que se vean las obras de Dios y mudanzas que sabe hacer de los corazones cuando él es servido.

CAPÍTULO X

Cómo el P. Melchor de Figueredo fué á visitar los cristianos del Goto y de Facata.

Vivian con mucho desconsuelo los cristianos del reino del Goto, porque ni tenian Padre que les dijese misa ni quien les predicase después que salió el Padre Alejandro de aquella tierra. Era ya muerto el rey viejo y habia tomado la posesion del reino el príncipe D. Luis, el cual pedia continuamente al P. Francisco Cabral con sus cartas que se acordase de él y de sus vasallos. Deseaba mucho el Padre consolarlos, porque lo merecia la virtud y devocion de aquel rey; mas sucedieron tantas cosas y todas tan precisas, como fueron la conversion del reino de Omura, del príncipe D. Sebastian y del reino de Arima, que no habia sido posible enviar allá nadie, porque todos andaban muy ocupados; pero con la muerte del rey D. Andrés y mudanza que hubo en las cosas de Arima, pudo enviar el P. Francisco Cabral á Omura los Padres que andaban en Arima, con órden que el P. Melchor de Figueredo pasase desde allí al reino del Goto y á la vuelta visitase los cristianos de Facata, que lo pedian con la misma instancia. Tambien envió al P. Juan Francisco al Meaco para ayudar al P. Organtino, porque el P. Luis Froes andaba muy falto de salud en aquella tierra. Repartidos los Padres de esta manera, el P. Francisco Cabral se volvió á Bungo desde Cochinozu, y llegó allá al principio del año de 1577, porque le estaban allí esperando para algunas cosas de importancia y bien de aquella cristiandad. Tambien recibió allí la carta del rey de Tosa, en que le daba cuenta del suceso de sus cosas, como queda dicho en el cap. VIII.

Partido de Omura el P. Melchor de Figueredo llegó al reino de Goto, donde fué recibido del rey y de todos los cristianos, con grande consuelo y alegría, como cosa que tanto habian deseado. Visitó el Padre todos los lugares donde habia cristianos, predicóles y díjoles misa y confesóles y celebró con ellos la fiesta del santo Nacimiento al fin del año de 76. Señalábanse el rey D. Luis y los de su casa en la devocion y virtud, y con su vida y ejemplo animaban á los demás para ir adelante en el divino servicio.

Detúvose el Padre cuatro meses en aquel reino por el consuelo de los cristianos, y despedido de ellos tomó su camino para la ciudad de Facata, donde le recibieron con el mismo deseo y contento que en el Goto. Ejercitó con ellos sus acostumbrados ministerios, predicándoles

cada dia y confesándolos á todos. Acabado con los de la ciudad, visitó algunos lugares donde habia cristianos; el primero se decia Tanara, en el cual habia dos Hermanos labradores. Al uno de estos, que se llamaba Miguel, habia comunicado nuestro Señor tanta gracia y espíritu suyo, que continuamente andaba predicando á los gentiles, y era como columna que sustentaba con su virtud y ejemplo á los cristianos de aquel lugar, y con sus vivas y eficaces razones confundia á los gentiles de manera que ninguno se atrevia á disputar con él. En otro lugar que se decia Fujinovar, vivia otro cristiano noble, criado de un señor de los principales del reino de Chicujen, que hacia el mismo oficio que Miguel con los cristianos y gentiles de su pueblo. Desde Fujinovar volvió el Padre á Facata, y desde allí pasó á una fortaleza que estaba tres leguas y se decia Taquibana; la ocasion de ir allá fué esta.

Habíase bautizado los años pasados en un lugar cerca de Bungo un hombre principal criado del rey, el cual tenia un hijo bonzo. Este mozo procuraba apartar á su padre de la ley de Dios que habia recibido por todos los medios que él sabia, y no pudiendo salir con su intento, para tener ocasion de hacer burla de los cristianos quiso oir los sermones. Pasado algun tiempo arrepintióse este bonzo de traer hábito de religioso y tomó el de seglar; y por ser entre ellos esta mudanza género de afrenta, como lo seria acá salirse un hombre de la religion, dejó su tierra y vino á vivir al reino de Chicujen. Dióle el rey de Bungo, cuyo era este reino la fortaleza de Taquibana, para que tuviese cargo de ella, por ser hombre noble y buen soldado. Estando en esta fortaleza acordóse de los sermones que habia oido en su tierra, y comenzó á tratar de la ley de los cristianos por entretenimiento con otros caballeros que allí habia, entre los cuales tocó nuestro Señor el corazon á uno, con sólo oir lo que de ella referia el capitan de la fortaleza, y como supo que el Padre que la predicaba estaba en Facata, fué luego allá, y con las pláticas y sermones que allí oyó, quedó muy resuelto en ser cristiano y pidió al Padre que se llegase á la fortaleza, para que le bautizase con toda su familia. Con esta ocasion fué el Padre á Taquibana, y despues de haber catequizado á su mujer, hijos y criados de este caballero y bautizádolos, fué nuestro Señor servido de abrir los ojos y el corazon del capitan que primero habia sido bonzo, el cual se bautizó y pusiéronle por nombre Damian, y al otro caballero Leon, y entrambos fueron de allí adelante muy buenos cristianos, y por su ejemplo se convirtieron otros cinco caballeros que tenian á su cargo buen número de soldados.

Vuelto el Padre á Facata continuó los sermones, y por la misericordia del Señor se bautizaron más de 400 personas, y entre ellas un bonzo que habia sido predicador muy nombrado en aquella tierra. Iba creciendo cada dia el fruto, y fué menester enviar un compañero al Padre para satisfacer al deseo de los que se convertian, como se dirá en su lugar.

CAPÍTULO XI

De algunas cosas de edificacion que sucedieron en la iglesia de Bungo por el año de 77.

Iba la cristiandad en los reinos del Jimo con el aumento que acabamos de decir, y particularmente en la iglesia de Bungo se convertian cada dia muchas personas nobles del reino movidos con el ejemplo de D. Sebastian, su príncipe. Llevó la reina este Bautismo de su hijo con mucho disgusto y sentimiento, porque era grande el odio y aborrecimiento que tenia á los cristianos, y aunque se reprimia de no mostrarle por respeto de su marido; pero ninguna ocasion se le ofrecia en que pudiese afligirlos y perseguirlos, que no lo hiciese, y era esto ya tan conocido y entendido por todos los cristianos, que le habian puesto nombre de Jezabel, á imitacion de la que perseguia á los profetas.

Tenia la reina allí en Vosuqui una hija casada con un señor principal de Meaco, y parecia bien ser hija de tal madre en el odio que tenia á la ley de Dios. Servia á esta señora y á su marido un caballero cristiano que se llamaba Estéban. Mandó un dia á Estéban su amo que fuese con cierto recaudo á un monasterio de bonzos, pero pareciéndole á este mozo, que en hacer aquello iba contra la ley de Dios, se excusó de llevar el recaudo, y su amo como cuerdo le encomendó á otro. Supo la mujer lo que habia pasado, y como tenia el espíritu de su madre y gustaba de hallar ocasion para calumniar á los cristianos, envió á llamar á Estéban con intento de enviarle con otro recaudo semejante al de su marido. Excusóse el paje diciendo que por ser cristiano no podia cumplir lo que le mandaba. Insistió su ama en que lo habia de hacer ó le mandaria matar. Respondió Estéban como buen cristiano, que aunque Su Alteza le mandase matar, él no haria cosa en que ofendiese á Dios. Enojáronse con esta respuesta y alteráronse mucho la madre y la hija, agravando y ponderando la desobediencia de los cristianos para con sus señores. Estaban fuera de la ciudad

cazando en unos bosques cinco ó seis leguas de allí el rey y el príncipe heredero del reino cuando esto sucedió. Escribióles la reina una carta llena de quejas contra los cristianos, pidiendo que los mandasen echar no sólo de la ciudad, sino de sus reinos; pero como el rey era tan prudente y conocia bien la condicion de su mujer, no hizo caso de lo que escribió.

Vueltos el rey y el príncipe á Vosuqui, quejáronse la madre y la hija de nuevo al príncipe, que ya comenzaba á gobernar sus reinos (conforme á la costumbre del Japon) y diéronle tantas quejas, particularmente contra Estéban, que estuvo determinado de mandarle matar. Su padre y parientes de Estéban, como eran gentiles, pedíanle que hiciese lo que mandaba la princesa aquella vez sola, porque ella se contentaba con eso por habérselo ya mandado; mas nada bastó para que Estéban mudase su determinacion y el propósito que tenia de no ofender á Dios. Crecia más con esto la ira de la princesa y de su madre, diciendo que aquello era dar de cabeza y querer salir aquel mozo con la suya en no obedecerlas. Viendo el P. Juan Bautista por una parte la indignacion de la reina y de su hija, y por otra el peligro de Estéban, aconsejóle que se fuese á Funay entre tanto que se daba razon y satisfaccion al príncipe y á su hermana de aquel negocio. Hacíasele de mal á Estéban salirse de Vosuqui, pareciéndole que era huir la corona del martirio. Pero con las razones que el Padre le dió de que convenia hacerlo así, partió secretamente á Funay, donde estuvo hasta que el Padre dió razon al príncipe, cómo Estéban habia dejado de llevar aquel recaudo sólo por ser contra la ley de Dios y no por desobedecer á su señora, porque la misma ley que prohibia las ofensas de Dios, mandaba que los criados obedeciesen á sus señores con todo respeto y humildad en lo que no fuese contra los mandamientos del mismo Dios. Satisfízose el príncipe con esto, y el rey, entendido el caso, sosegó á su mujer é hija; y así cesó aquella turbacion con harto consuelo de los cristianos por el buen suceso que habia tenido.

Obraba nuestro Señor en este tiempo algunas cosas extraordinarias y maravillosas con las cuales confirmaba á los cristianos en la fe y despertaba á los gentiles para recibirla. Tenian unos cristianos en su casa una criada gentil, la cual habia cinco años que estaba enferma y tan lisiada, que no podia alzar la cabeza hácia el cielo. Estando el amo de esta moza una vez haciendo oracion delante de la imágen de nuestra Señora que tenia en su casa, hallóse cerca la criada y comenzó á temblar y dar voces. El amo no sabiendo la causa de su alteracion, púsole ciertas reliquias que tenia en la cabeza, mas en sintiéndolas la mujer, comenzó á dar mayores gritos y voces rogándole que se las quitase, porque la atormentaba con ellas. Insistió el amo en que las tuviese puestas, y echóle agua bendita y luego quedó la moza libre de su enfermedad y tormento que padecia, y reconociendo el beneficio de nuestro Señor se bautizó.

Otra mujer que habia dos años estaba tullida en una cama sin poderse menear, hizo llamar á este mismo cristiano para pedirle algun remedio. Púsole las reliquias que habia puesto á su criada y comenzó á dar voces el demonio por la boca de aquella mujer, diciendo que se las quitasen, que él se iria luego. Quedó con esto la mujer tan buena, que el dia siguiente pudo ir á la iglesia pidiendo que la instruyesen en la fe y la bautizasen. Con estas mismas reliquias huyó otra vez el demonio de una persona á quien atormentaba en un brazo con una hinchazon que no le podia menear, y en poniéndoselas, parece que iba huyendo la hinchazon de ellas, hasta que de todo punto se deshizo.

A otro cristiano llamaron los gentiles para que echase el demonio del cuerpo de un hombre á quien atormentaba. Era este cristiano tan nuevo en la fe, que no sabia más que la doctrina y las oraciones que rezaba cada dia, y así dijo á los gentiles que llamasen á otro que supiese más de la ley de Dios, porque él era rudo, ignorante y no sabia hacer lo que le pedian. Importunáronle tanto los gentiles en que procurase echar el demonio de aquel hombre, que no pudo librarse de ellos y suplió con su humildad la falta de ciencia que tenia. Tomó su rosario que traia al cuello y púsosele al endemoniado, repitiendo muchas veces Jesus María, y bastó para que el hombre quedase libre enteramente de su afliccion y trabajo.

Pero no fué ménos célebre otro caso que aconteció en Vosuqui, donde residia el rey con toda su corte. Usa el demonio de una astucia con esta ciega gentilidad para traerlos más engañados, permitiéndolo nuestro Señor así por sus grandes pecados, que algunas veces entra en los cuerpos de muchos gentiles y por el pacto que tiene hecho con sus ministros los bonzos jamabujis, sale después por sus ruegos, para dejarlos honrados y acreditados con la gente. Habia en esta ciudad de Vosuqui una mujer endemoniada, y por ser ella y su marido gentiles (aunque honrados y principales) no quisieron ayudarse del remedio de los cristianos, sino hicieron traer un bonzo jamabuji para que la sanase, queriendo hacer con esto una prueba y demostracion que tam-

bien los gentiles sabian y podian echar demonios como los cristianos.

Venido el bonzo jamabuji, concurrió á este espectáculo mucho número de gentiles, y á vuelta de ellos algunos cristianos para sólo ver lo que pasaba. Comenzando el bonzo á hacer sus diligencias, volvióse para él la mujer endemoniada con un rostro muy fiero que representaba bien en su aspecto el que hablaba por su lengua, y díjole: «Tú vienes muy confiado en que me has de hacer salir de donde estoy, mas bien te puedes volver, porque yo estoy muy léjos de hacerlo por tu mandado, y nadie me podrá echar de aquí sino aquel bellaco de Juan Goto, que trae cierta cosa en el seno que me da grande tormento.» Este era uno de los cristianos que se habian llegado á ver lo que hacia el bonzo, y traia en el pecho una imágen de Cristo nuestro Señor, que poco ántes se la habian dado en la iglesia y la llevaba para ponerla en su rosario. Quedaron los gentiles admirados de oir estas palabras y mucho más cuando vieron la prueba de ellas, porque quitándose el cristiano la imágen que traia la puso á la mujer haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz, y ella comenzó á temblar haciendo mil visajes con los ojos, y dando grandes voces diciendo que echasen fuera aquel hombre. Estaba el cristiano puesto de rodillas junto á la puerta de la casa donde esto pasaba rezando con mucha devocion el *Pater noster* y el Ave María. Tornó la mujer á dar mayores voces y decir que no podia estar más allí, que se quitase aquel hombre de la puerta, porque teniendo él al cuello una cruz que traia no podia salir por ella y que luego se iria. Apartóse el cristiano y cayó la mujer en el suelo amortecida, aunque luego se levantó libre de su trabajo. Con este milagro tan evidente se bautizaron ella y su marido, hijos y criados y toda la familia, y lo mismo hizo el bonzo jamabuji, el cual fué después muy buen cristiano y muy ejemplar en su vida.

CAPÍTULO XII

Cómo se convirtió á nuestra santa fe Chicatora, sobrino de la reina de Bungo, y sentimiento que de ello tuvieron su padre y su tia.

Era ya llegado el año de 1577 cuando estas cosas pasaban en la iglesia de Bungo, y fué tal la fama que corrió por todo el reino de este milagro, que los cristianos quedaron muy confirmados en la fe, y los gentiles tan confusos, que no sabian qué decir ni responder á cosas tan claras y manifiestas como veian por sus ojos.

Tenia la reina de Bungo un hermano llamado Chicacata, que era gobernador de los tres reinos, y la segunda persona después del rey en aquellos estados de Bungo, así en dignidad y autoridad como en renta, porque tenia cada año más de 80.000 ducados, que era mucho para el modo de renta que tienen los señores del Japon. Tenia sin esto 30.000 vasallos, que son otros tantos criados y soldados, pagados para cuando quisiese servirse de ellos en paz ó en guerra.

Este caballero no tenia hijo ni hija que heredase sus estados, lo cual era para él y para su mujer grande pena y sumo desconsuelo. Acertó á ir una vez Chicacata al Meaco, y contentóle en extremo un hijo del principal cunje y criado del Dayri, que seria entónces de siete años; y aunque su padre de este niño no tenia la renta que Chicacata, pero era muy más principal que él en dignidad y nobleza. Y á esta causa pidió Chicacata al cunje que se le diese, porque le queria tomar por su hijo, y dejarle por heredero de sus estados. Holgó el cunje de dársele, y Chicacata le trajo consigo á Vosuqui, púsole por nombre Chicatora, y crióle en su casa con la honra y regalo que á su propio hijo; y el niño era tal, que cuantos le veian se aficionaban, y la madrastra lo queria más que si le hubiera parido, y la reina le amaba como á sobrino, porque era muy hermoso de rostro, gentil hombre y muy agraciado en todo, y tan hábil para todas las cosas, que en poco tiempo decian sus maestros que les hacia ventaja en cuanto le enseñaban. Deprendió á leer, escribir, cantar y tañer, y todos los ejercicios de armas, que ponia admiracion ver la gracia que en todo tenia. Contentaban cada dia más al rey y á la reina las buenas partes de este mozo, y pareciéndoles que no hallarian príncipe en quien concurriesen tantas cosas juntas ni tan á su gusto, determinaron de casarle con una hija suya, porque con los estados de Chicacata y lo que ellos darian á su hija, vendria á ser el mayor señor del reino.

Siendo Chicatora de catorce años, llevóle su padre un dia á la iglesia de Vosuqui, residiendo allí el P. Francisco Cabral, porque el rey y sus hijos y los demás caballeros solian hacer lo mismo. Con esta ocasion oyó Chicatora una plática de la ley de Dios, y después volvió algunas veces á hablar con el Padre, y poco á poco se fué aficionando á la doctrina del Evangelio, pero no se determinó entónces á ser cristiano, porque sus padres y la reina le querian y regalaban de manera, que como era niño más trataba de esto que no de atender á cosas de su salvacion ni de la otra vida.

Sucedió el milagro que acabamos de contar siendo ya Chicatora de diez y seis años, el cual admirado de una cosa tan extraordinaria, reparó mucho con su buen entendimiento, y mucho más con la luz del cielo que nuestro Señor le iba comunicando, en que obra tan maravillosa como aquella no se podia hacer ménos que con virtud divina. De donde vino á sacar en limpio que sola la ley de los cristianos era la verdadera, pues obraba Dios tales cosas por medio de los que la recibian, y así propuso en su corazon de ser cristiano. Dió cuenta de estos deseos al P. Francisco Cabral, y concertaron que un Hermano japon que se decia Juan, fuese cada dia á cierta hora para instruirle bien en la fe, porque este Hermano era muy hábil y predicaba muy bien. Hacíase esto con grande secreto, porque si lo entendieran sus padres de Chicatora recibieran mucho disgusto y no lo consintieran. Disimulóse el negocio algun tiempo con la prudencia y discrecion de Chicatora, el cual se iba cada dia confirmando más en sus propósitos. No pudo durar mucho tiempo este recato, porque viendo los criados de Chicacata entrar aquel Hermano tantas veces á hablar en secreto con Chicatora, sospechando lo que podia ser, avisaron de ello á su padre, el cual aunque recibió notable pena, calló por entónces y no habló á su hijo, pero mandó que no dejasen entrar más en su casa aquel Hermano. Supo la reina lo que habia pasado, y envió á llamar á su hermano Chicacata, y díjole que si su hijo se hacia cristiano, ni ella le tendria por sobrino, ni le daria su hija por mujer; y así que procurase apartarle desde luego de su propósito, porque si pasaba adelante con él, no le veria más de sus ojos. Habló entónces Chicacata á su hijo, y púsole delante el disgusto suyo y de la reina su tia, si entendiesen que trataba de ser cristiano, y lo mucho que perderia, porque ni él le tendria por hijo, ni le dejaria sus estados, ni la reina le reconoceria por sobrino, ni le daria su hija por mujer.

Grande encuentro era por cierto este para un mozo tan noble y de diez y seis años, ponerle delante el haber de perder un estado tan grande como el de su padre y una princesa por mujer, y la honra, estima, autoridad y regalo que acompañaban á todo esto; mas á los que nuestro Señor comunica su espíritu y luz del cielo para hacer diferencia entre los bienes eternos y temporales, saben estimar cada cósa en lo que es, y tener en poco toda la honra, riqueza, nobleza y regalo de la tierra, cuando se atraviesa de por medio perder por estas cosas los bienes del cielo y al mismo Dios. Tal era el espíritu que nuestro Señor habia comunicado á Chicatora, porque con un ánimo y corazon real y generoso, respondió á su padre: Que el dia en que se habia determinado á ser cristiano, habia puesto delante de sus ojos, no sólo la pérdida de la princesa su esposa, sino la de todo el estado que su padre y su tia le habian de dar; pero que ni lo uno ni lo otro le daba pena, ántes lo daba por bien empleado por la salvacion de su alma, y que desde luego, si era necesario, se volveria al Meaco en casa de sus padres y alzaria mano de todas las esperanzas que le daban.

Sintió mucho Chicacata una respuesta tan resoluta como esta de su hijo, mas como le amaba tanto, no podia acabar consigo, dejarle volver en casa de sus padres, pareciéndole que era grande afrenta suya, que habiéndole ya traido y tenido por hijo en su casa tanto tiempo, le viesen volver otra vez á la de sus padres; y así propuso de intentar todos los medios posibles para apartarle de su determinacion y voluntad. Túvole lo primero encerrado muchos dias, mostrándole siempre el rostro grave y severo, y diciéndole palabras ásperas y de mucho sentimiento, pensando de rendirle por este camino. Llevábalo todo Chicatora con mucha alegría, y lo que más sentia era no poder hablar con el P. Francisco Cabral para informarse de algunas cosas. Viendo la reina y su hermano la constancia del mozo, parecióles que seria buen medio para divertirle de su propósito, llevarle á otro reino de los que gobernaba su padre Chicacata, porque no viendo allá cristianos ni Padres, se olvidaria más presto de todo y mudaria parecer.

Estando en el reino de Buygen, le escribió el P. Francisco Cabral una carta, animándole á que perseverase en la empresa que habia comenzado, poniéndole delante el ejemplo de los santos y el grande premio que tendria en el cielo. Llevó esta carta un Hermano de la Compañía que se decia Roque y residia en la casa de Funay. Dióle nuestro Señor á este Hermano una buena ocasion para dar la carta á Chicatora y hablarle sin que sus criados entendiesen lo que era, y con el mismo respondió al Padre agradeciéndole el cuidado que habia tenido de enviarle á visitar y consolar, y que le hacia saber que aunque habia pasado muchas persecuciones y trabajos de su padre y de los gentiles para que dejase de ser cristiano; pero que él estaba en su corazon con la misma determinacion que siempre, y que cada dia rezaba por sus cuentas y se encomendaba á nuestra Señora continuamente, para que le ayudase á salir bien de aquel negocio.

CAPÍTULO XIII

Cómo volvieron á Chicatora de Buygen á Bungo, y se bautizó, y el sentimiento de su padre y de su tia por ello.

Pareciéndole á Chicacata que su hijo estaria ya mudado y olvidado de sus primeros intentos con haberle tenido algun tiempo donde no habia Padres ni cristianos, envió por él para que volviese á Vosuqui. Veníanle acompañando más de 70 caballeros, y saliéronle á recibir todos los que se hallaron en la corte, porque le miraban como á yerno del rey y sobrino de la reina, y que habia de casar con su hija, y la voz comun era que le traian para efectuar el casamiento, que se habia dilatado hasta entónces por ser la princesa de poca edad que no pasaba de catorce años, y Chicatora tendria como diez y seis. Recibióle su padre y la reina su tia con grande amor y muchas caricias, que bastaran á trocar cualquier corazon, si Dios no le tuviera tan prevenido con su gracia.

Habló Chicacata á su hijo pasados algunos dias, teniendo el negocio por muy llano, y díjole cómo le habia traido para casarle luego, porque así lo queria la reina, y que procurase darle gusto y contento en todo. Entendió bien Chicatora á dónde tiraba su padre, y respondióle, aunque con mucho comedimiento, pero con la misma resolucion que la primera vez, lo cual sintió tanto Chicacata, que parecia querer reventar de pena.

Fué el dia siguiente á visitar á su tia la reina, la cual entre otras pláticas le preguntó si tenia todavía propósito de ser cristiano. Respondió Chicatora, que muchos dias habia que lo era en su corazon. Fué tanta la indignacion de la reina con esta respuesta, que le trató muy ásperamente y con palabras de mucho disgusto y desabrimiento, y su padre le mandó encerrar en un aposento, para que ni hablase con los cristianos ni le viesen.

No sabia Chicacata qué medio tomar para traer á su hijo á lo que deseaba, y entre otros que anduvo pensando, fué enviar un caballero principal de su casa al P. Francisco Cabral, quejándose de su hijo que no le queria obedecer, y pidiéndole que le aconsejase lo hiciese, pues su ley así lo mandaba. Bien entendió el Padre el intento de Chicacata, mas por no disgustarle, hizo que el H. Juan escribiese una carta á Chicatora en que le dijese que como no fuese contra la ley de Dios y la salvacion de su alma, tenia obligacion de obedecer á su padre. Dieron esta carta á Chicatora donde estaba encerrado, y dicen que habiéndola leido, la puso sobre su cabeza llorando con ella.

Viendo Chicacata cuán poco le aprovechaban los medios que habia tomado con su hijo, y que el tenerle encerrado era de poco fruto, quiso probar á dejarle con libertad y que saliese á pasear con los demás caballeros de la corte y que tratase con ellos, pareciéndole que este seria buen camino para divertir de sus buenos propósitos á un caballero mozo. Súpose aprovechar Chicatora de esta buena ocasion y tiempo que Dios le daba, porque con su mucha discrecion y prudencia disimulaba en lo de fuera, andando y paseando con los caballeros por la corte, y algunas veces se entraba á hablar con el P. Francisco Cabral, tomando para esto ocasion de andar tirando con una escopeta cerca de la iglesia y casa de los Padres, y al fin concertó que él se vendria una tarde con solos tres pajes, de quien se fiaba y deseaban ser cristianos para que á él y á ellos los bautizasen.

Era tan discreto Chicatora, y hacia tan del cortesano, que su padre se iba ya persuadiendo que por aquel camino habia de salir con lo que tanto deseaba, y que en poco tiempo se le pasarian sus primeros fervores; mas el animoso y constante caballero, que se aprovechaba de aquellas disimulaciones para cumplir mejor sus santos deseos, cuando le pareció que su padre estaba más seguro y descuidado, avisó al P. Francisco Cabral que le esperase víspera del glorioso San Márcos, y aquella misma tarde fué á la iglesia con solos tres pajes y recibió el santo Bautismo. Pusiéronle por nombre D. Simon, y luego se bautizaron tambien sus tres criados.

Era tanta la alegría del nuevo caballero de Cristo después de bautizado, que se echaban de ver en su alma los efectos de la gracia que habia recibido, y con un sentimiento tierno decia al P. Francisco Cabral que no deseaba para que su contento y gozo fuese cumplido, sino que le llevase nuestro Señor para sí, ántes que fuese manchada su alma con algun pecado. Algunas otras veces vino Chicatora á la iglesia con la misma disimulacion á oir misa. Mas al fin no pudo encubrirse tanto, que su padre no lo viniese á entender, porque D. Simon de propósito se ponia el rosario al cuello y le traia en las manos dentro de casa, para que su padre echase de ver que ya era cristiano.

No pudo ya Chicacata disimular más su sentimiento y pena, y por ser aquella ocasion á su parecer tan grave que le obligaria á descomponerse con su hijo, envióle un recaudo conforme á la costumbre del Japon con un caballero prin-

cipal. La sustancia de él era el mucho disgusto que habia recibido de que se hubiese hecho cristiano, cuando él pensaba que estaba más léjos de ello, y que para dárselo á entender más claro se hubiese puesto las cuentas al cuello, y tambien habia sabido que sin su licencia iba algunas veces á la iglesia: que no lo hiciese más, porque á cualquier criado que le acompañase le mandaria matar luego, y si él quisiese ir solo le echaria de su casa, lo cual le habia de ser de mucha vergüenza y afrenta. A este recaudo respondió D. Simon con el mismo valor y ánimo que otras veces, que él era cristiano ya, y conforme á su obligacion, no podia dejar de ir á la iglesia para oir misa y encomendarse á Dios, aunque fuese á costa de muchos trabajos y aun de su vida.

Exasperóse mucho más Chicacata con esta segunda respuesta de su hijo, y encerróle luego en un aposento, y dentro de pocos dias le fué quitando los criados que tenia, de quien se podia recelar que irian ó vendrian con recaudos de los Padres. Antes que del todo se los quitasen, escribió D. Simon una carta al P. Francisco Cabral, dándole cuenta de lo que con su padre habia pasado, y en ella decia el consuelo que Dios le daba, en haberse ya declarado por cristiano y padecer lo que padecia por esta causa.

Respondióle el Padre á esta carta animándole á que pelease como buen caballero por la honra del Señor, y juntamente le envió escrita la vida del glorioso martir San Sebastian, trasladada en lengua del Japon, con las exhortaciones que hizo este Santo á unos caballeros para animarlos al martirio. Si mucho era el sentimiento de Chicacata por lo que su hijo habia hecho, mucho mayor fué el de la reina su tia, cuando supo que ya era bautizado, porque hacia y decia cosas que parecia haber perdido el juicio, y su mayor indignacion era contra los Padres de aquella casa, porque le habian bautizado, sin que ella ni su padre lo supiesen.

CAPÍTULO XIV

De los nuevos medios que tomaron la reina y su hermano, para derribar á D. Simon.

Aunque era tanto el enojo y disgusto de la reina y de su hermano contra D. Simon por lo que habia hecho, pero como este sentimiento nacia de lo mucho que le amaban, no podian sosegar el uno ni el otro, hasta probar todos los medios posibles para derribarle y hacer que dejase la ley que habia recibido. Y para esto le enviaron primero cuantos señores y caballeros principales habia en la corte que le hablasen, cuyas razones parece que habian de bastar para mover cualquier corazon por firme y constante que fuese.

Ponianle delante aquellos caballeros la nobleza de su linaje y casa, la riqueza de sus estados, la princesa que le daban por mujer, la honra, autoridad, grandeza y regalo que con estas cosas habia de tener, pues nadie en el reino se le podia igualar; y todos se habian de tener por muy dichosos de servirle, y que no haciendo lo que su padre y la reina su tia le mandaban, no sólo habia de perderlo todo, y vivir siempre en prision ó desterrado, y con grande infamia y abatimiento, pero que ninguno de ellos con amarle tanto, se habia de atrever á verle ni hablarle, por no dar disgusto á su padre ni á su tia.

A todas estas razones y otras muchas que aquellos caballeros le hacian, respondia el valeroso príncipe diciendo que ni queria ser yerno del rey, ni los estados ni vasallos de su padre, habiéndolo de comprar con la salvacion de su alma, la cual estimaba en tanto, que á trueco de asegurarla, queria más vivir con necesidad y pobreza, que gozar de todo lo que le prometian habiendo de dejar á Dios por ello. Quedaban espantados y admirados aquellos señores y caballeros de ver una fortaleza tan grande en un caballero de tan poca edad, y un ánimo tan generoso, con que despreciaba tales y tan grandes cosas; y decian que no era posible, sino que la ley de los cristianos era la mejor de todas, pues daba tal ánimo y fortaleza á los que la recibian.

Deshacíase su padre Chicacata, y mucho más la reina, viendo cuán poco aprovechaban sus diligencias, y quisieron aprovecharse segunda vez de los Padres, como si ellos le hubieran de persuadir que dejase la ley de Dios. Envió Chicacata un recaudo al P. Francisco Cabral que contenia tres puntos. El primero que ántes que su hijo oyese los sermones y pláticas de la ley de Dios, le tenia respeto y obediencia, y después acá le desobedecia en muchas cosas, por lo cual le pesaba de que se hubiese bautizado. El segundo, que siendo su hijo tan ilustre, era grande afrenta suya ir tantas veces á la iglesia, y andar con las cuentas al cuello. El tercero, que en sus tierras habia muchos templos de camis y fotoques, y siendo su hijo cristiano, se habian de destruir y perder las rentas, y que por estas razones le pedia aconsejase á su hijo dejase de ser cristiano, y que él le prometia de favorecer tanto á la iglesia, como si su hijo lo fuera.

A estos tres puntos respondió el Padre en esta forma: «Lo primero, que no tenia razon de quejarse porque su hijo fuese cristiano, pues él mismo le habia traido á la iglesia la primera vez, y que el no hacer lo que le mandaba, siendo contra la ley de Dios, estaba obligado á ello, pues la primera y mayor obligacion de todas, era la que tenian los hombres á Dios. Cuanto á lo segundo, que en Europa habia muchos reyes y señores mayores que los del Japon, los cuales tenian por mucha honra acudir á la iglesia y á las obligaciones que tenian como cristianos; y en Japon lo hacian tambien así el rey de Omura y el príncipe D. Sebastian y otros muchos caballeros muy principales. Cuanto á lo tercero de la destruicion de sus ídolos y templos, que habia mucho que hacer hasta llegar á eso; pero que aunque su hijo lo hiciese, no habia que temer que por eso le vendria mal alguno, porque Nobunanga era el que más ídolos y templos habia quemado y destruido; y hasta ahora no se habian disminuido por eso sus rentas y estados. A lo último que pedia, aconsejase á su hijo que dejase la ley que habia recibido, que esto no lo sufria la rectitud y verdad que ella enseñaba, porque ni un sólo pecado muy ligero consentia, cuanto más uno tan grave como seria este; y así tuviese por cierto, que ántes perderian los Padres la vida y dejarian destruir todas las iglesias del Japon, que dar tal consejo á nadie; mas que si dejaba permanecer á su hijo en la ley que habia recibido, él tomaba á su cargo hacer que le fuese más obediente que ningun otro hijo lo era á su padre.»

Como este medio no le salió á Chicacata como él pensaba, quiso probar otro, que fué engañar á su hijo con cierta maña y astucia, aprovechándose para ella de un caballero con quien su hijo solia enviar ántes algunos recaudos á la iglesia y le tenia ya pervertido para este negocio Chicacata con dádivas y promesas. Este caballero era gentil y fué á Chicatora con color de visitarle como otras veces, y díjole cómo su padre estaba determinado de destruir la iglesia y matar á los Padres por su causa, y que á ellos les parecia que pues su ánimo y corazon era hacer cristianos á todos sus vasallos en tomando el gobierno de sus estados, que podia disimular ahora con su padre; y aun convenia hacerlo por no poner la iglesia y vida de los Padres en tanto peligro y que respondiese luego, porque habia peligro en la dilacion.

Grande fué la pena y turbacion de D. Simon con este recaudo, no sabiendo lo que habia de hacer ni responder en aquel caso, porque le hacia grande fuerza por una parte el peligro de los Padres y de la iglesia; y tener por cierto que ellos lo enviaban aquel recaudo, aunque por otra parte no se acababa de persuadir que fuese suyo, ni aun le parecia muy conforme á la ley de Dios y á lo que otras veces él habia oido á los mismos Padres. Apretado con esta variedad de pensamientos, encerróse en su aposento y puesto de rodillas, con los ojos hechos fuentes de lágrimas, sin poderse resolver en nada, suplicaba á nuestro Señor que le ayudase para no hacer cosa contra su servicio. Dábale tanta priesa el que traia el recaudo porque respondiese, que para entretener el negocio hasta informarse más en particular, respondió con esta generalidad, que él procuraria dar gusto á su padre en todo lo que pudiese. Estas palabras interpretaron los criados y amigos de Chicacata á su modo, diciendo que D. Simon queria dejar de ser cristiano, no habiéndole pasado por pensamiento hacer tal mudanza, ántes con la inquietud que causó en su corazon aquel recaudo, procuró de dar aviso al P. Francisco Cabral de todo lo que habia pasado, pidiéndole que le avisase de lo que debia hacer. El Padre le respondió que aquel recaudo no habia sido suyo sino de Chicacata su padre, para engañarle con ese color y que sin tener respecto al peligro de ellos ni de la iglesia, estaba obligado á permanecer en la fe que habia recibido y á confesarla siempre que fuese menester.

Con este aviso que tuvo D. Simon, envió recaudo á su padre diciendo cómo él era cristiano y habia de vivir y morir en la ley que tenia, y que si por esto tenia disgusto y pesadumbre y le queria mandar matar, podria hacerlo; y si esto no le parecia, podria enviarlo al Meaco á casa de sus padres.

Con este recaudo acabó de perder Chicacata la esperanza que tenia de alcanzar nada de su hijo, y comenzó á tratarle con más rigor y aun en el tratamiento de su persona peor que á sus criados; y persuadiéndose que este recaudo y resolucion habia nacido de los PP. Francisco Cabral y Luis Froes, los envió á decir que pues no habian querido persuadir á su hijo á que dejase de ser cristiano, y por ellos perdia á su hijo y el sucesor de sus estados, que él les prometia de vengarse de quien tanto mal le habia hecho, destruyendo la iglesia y matando á los Padres que estaban en ella; y que esta tomasen por su última resolucion. A este recaudo le respondió el Padre que cuanto á las promesas que les habia hecho para que aconsejasen á su hijo que dejase de ser cristiano, bien podia haber entendido que cuando los Padres dejaban su naturaleza y venian á tierras tan extrañas, era por sólo bus-

car la gloria de Dios y salvacion de las almas. Y á lo que decia, habia de destruir la iglesia y matar á los Padres, que de sola una cosa tenian pena y era no tener más que una vida que ofrecer á Dios; porque si cada uno de ellos tuviera mil, se las ofrecieran todas; y que cuando olvidándose de sus obligaciones, quisiese con armas y poder destruir la iglesia y matar unos hombres pobres y extranjeros que estaban en ella enseñando á los japones el camino de su salvacion, allí los hallaria aparejados no con armas y cerradas las puertas, sino hincados de rodillas y con grande confianza en nuestro Señor, de que usaria con ellos de su acostumbrada piedad y misericordia.

Dábanle al príncipe D. Sebastian mucha pena los trabajos de su primo D. Simon, porque le amaba tiernamente, no sólo por el deudo que tenian, sino mucho más porque era tan buen cristiano. Deseaba mucho verle y consolarle, pero no se atrevia por amor de la reina su madre y de Chicacata su tio que lo llevaban ásperamente, porque enviando un dia el príncipe D. Sebastian á visitar á su primo con un paje, encontrándole Chicacata y recelándose de que por aquella vía su hijo enviaba recaudos á los Padres, amenazó al paje que si otra vez entraba en su casa él ó cualquiera otro, los haria matar. De lo cual quedó el príncipe no sólo sentido, sino gravemente ofendido de su tio.

CAPÍTULO XV

De lo que hicieron los cristianos de Vosuqui sabiendo la determinacion de Chicacata.

Como entendieron los caballeros cristianos que residian en la corte de Vosuqui la determinacion de Chicacata y la resolucion con que habia avisado á los Padres que habia de destruir la iglesia y matarlos á ellos, tomaron todos este negocio por propio suyo, y al punto se recogieron á la iglesia bien apercibidos con sus armas, aunque las llevaban encubiertas por no hacer ruido hasta que fuese menester. Traian sobre las armas los mejores vestidos que tenian y más ricos, para mostrar el gusto y alegría con que ofrecian sus vidas por la defensa de la Iglesia. Hízoles el P. Francisco Cabral una plática, persuadiéndoles que se volviesen á sus casas, pues su padre de D. Simon, contra solos ellos mostraba su enojo por haber bautizado su hijo, y no era razon impedirles el mayor premio que podian esperar por sus trabajos en aquella tierra, estando tan cerca de recibirle. Respondieron á esto, que si el rey su señor mandara aquello, ellos quitaran luego sus espadas, y puestos de rodillas esperaran el martirio juntamente con los Padres; pero que siendo traza nacida de sólo el disgusto de Chicacata, y tan injusta y en menosprecio de la ley de Dios, que ellos se tenian por tan caballeros como él, y por ninguna cosa sufririan tal afrenta contra Dios ni tal agravio á su Iglesia, sino que la habian de defender hasta perder la vida, y tenian por muy grande dicha ofrecerla á nuestro Señor con tal ocasion como ésta, en el cual tenian confianza que los haria participantes del martirio si allí muriesen, pues no les movia á esto otra cosa más que sólo el celo de su honra.

Recogió el Padre todos los aderezos de la iglesia y púsolos en dos cajoncillos, porque si nuestro Señor ordenase que muriesen allí, los llevasen á la iglesia de Funay donde estaba el P. Juan Bautista. Encomendólos el Padre á un caballero para que los hiciese guardar en su casa. El se excusó con decir que en su poder quedarian los cajones á mal recaudo, por estar él determinado de morir en la defensa de la Iglesia; mas que él encomendaria á su mujer que los guardase. Fué este caballero á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que pasaba, y con ser ella una señora muy principal, respondió á su marido: «Buena cosa es esa por cierto, que habiendo de ser los Padres mártires esta noche, y holgándoos vos de acompañarlos en tan gloriosa empresa, me querais persuadir á mí que me quede yo á guardar los cajones, y sea privada de tanto bien como será para mí morir con los demás. Lo que me parece es, que os torneis luego á la iglesia, que yo seré muy en breve allá, y no dejaré de hacerlo, aunque supiese que me habian de matar en el camino.» No pudiendo este caballero persuadir á su mujer lo que deseaba, preguntóle qué harian de aquellos ornamentos que el Padre le habia encomendado. Dijo ella que se diesen á sus criadas, pues habia entre ellas doce mujeres cristianas; mas ninguna de ellas quiso encargarse de guardarlos, diciendo que habian de ir todas con su señora y con los demás cristianos á morir con ellos.

Viendo el Padre que ni este caballero ni los de su casa querian encargarse de guardar los ornamentos, habló á otro caballero hermano mayor del mismo, pero tambien se excusó como su hermano, con que él no habia de salir de la iglesia, y su mujer y los de su casa habian tambien de venir á estar en ella en sintiendo cualquiera cosa.

Siendo ya noche, y estando aquellos caballe-

ros en la iglesia, llamaron á la puerta con alguna priesa. Acudieron luego todos con sus armas, y hallaron que era un grande número de señoras cristianas, mujeres y deudas y criados de aquellos caballeros que venian á la iglesia, para esperar lo que sucediese y morir en compañía de sus maridos. La una de estas señoras tenia sus casas juntas con las de sus padres que eran gentiles, y temiendo que si salia por la puerta principal la habian de sentir sus parientes y estorbar que no fuese á la iglesia, hizo romper una pared á las espaldas de la casa, y por ella salió con todas sus mujeres.

Otra señora, tambien de sangre real, la cual tenia sólo un hijo de seis años, le dejó durmiendo y se vino con todas sus mujeres. Súpose después de sus maridos que todas estas señoras traian debajo de los vestidos ricos y preciosos terciados y dagas, con intento de que si los enemigos no quisiesen matarlas por ser mujeres, habian ellas de ofrecer sus vidas por la defensa de la Iglesia, con ánimo y valor de hombres. De esta manera pasaron toda la noche en la iglesia, encomendando á nuestro Señor el buen suceso de aquel negocio y aparejándose para lo que Su Divina Majestad ordenase de ellos.

CAPÍTULO XVI

Cómo se vieron y hablaron D. Simon y el príncipe D. Sebastian su primo, y el suseso que tuvo este negocio de Chicacata.

Cuando todas estas cosas pasaban en la ciudad de Vosuqui, estaban ausentes el rey de Bungo y el príncipe su hijo mayor. Porque como era tiempo de verano, habian salido á cazar en unos bosques cinco ó seis leguas de allí, y detuviéronse por allá más de quince ó veinte dias sin volver á la ciudad como otras veces lo solian hacer. Estaba muy afligido D. Simon viendo la dureza de su padre y tia y la poca esperanza que habia de mudar su condicion, y lo que más le desconsolaba era, ver el trabajo en que ponian á los Padres y á los cristianos por su causa. Para ver si habia algun corte en este negocio, envió á pedir al príncipe D. Sebastian su primo, que le hiciese placer de salirse hácia el campo con disimulacion para cierta hora, porque para el mismo tiempo él buscaria traza de salir de su casa. Holgó el príncipe en extremo con este recaudo, porque ninguna cosa deseaba tanto como ver á D. Simon, á quien amaba tiernamente.

Salió D. Simon solo con un paje de quien se fiaba, porque se le habian enviado sus padres desde Meaco; cuando llegó al puesto halló ya á su primo que le esperaba. Abrazáronse entrambos príncipes con grande ternura, especialmente D. Sebastian que viendo á su primo tan flaco y perdido el color de su rostro con las aflicciones y trabajos que habia pasado, no pudo detener las lágrimas compadeciéndose mucho de él.

Estuvieron entrambos abrazados buen rato sin poderse hablar palabra, porque las muchas lágrimas que en parte eran de pena y parte de alegría no les daban lugar á otra cosa. Pasados estos primeros sentimientos tiernos, D. Simon dió cuenta á su primo de todas sus cosas y de la indignacion tan perseverante de su padre, la cual entendia que habia de parar en matarle ó desterrarle. Y así le suplicaba por el parentesco y amistad, y principalmente por ser entrambos cristianos, tomase muy á su cargo el favorecer este negocio y el de los Padres, pues no tenia de quien fiarse sino era de él. El príncipe le prometió de hacer como si fuera cosa propia suya, y le dió su palabra que si por ser cristiano le desterrasen, dejaria su estado y se iria con él. No pudo ser tan secreta la visita de estos príncipes que no lo viniese á entender la reina, de lo cual se enojó tanto, que yendo algunas veces el príncipe D. Sebastian su hijo á hablarla en favor de D. Simon, nunca quiso darle lugar para que la viese, ántes le envió á decir que ni le tenia por hijo ni le queria reconocer por tal.

Con el favor de la reina comenzó tambien Chicacata su hermano á descomedirse con el príncipe, aunque en su ausencia y decir algunas palabras pesadas de él. Vino á saber esto el príncipe D. Sebastian, el cual como estaba ya ofendido de su tio por otras cosas pasadas, con esta ocasion le envió un recaudo con dos caballeros criados suyos en esta forma:

Decid á mi tio, que aunque el rey mi señor me llevó á la iglesia y se halló presente á mi Bautismo, pero que yo no me hice cristiano por sola su voluntad y gusto, sino por estar convencido de la verdad que hallé en la ley de Cristo, y querer que su hijo vuelva atrás y la deje después de haberla recibido, es tener en poco la ley que yo precio y estimo tanto, y que este negocio ya es mio y toca á mi honra, y por eso que mire cómo lo trata, y que entienda tambien que yo he tomado á los Padres por mis maestros, y el hacerles agravio ó tocar en la iglesia, es hacerle á mi propia persona, y así lo tomaré por afrenta y me sentiré obligado á vengarla, y últimamente decidle, que dónde se sufre, que amenaze con la muerte á los criados que yo envio á visitar á mi primo, que esté cierto que lo mismo mandaré yo hacer á cualquiera de los suyos que hallare.

Con este recaudo de D. Sebastian creció la ira de la reina y de su hermano contra él y toda la cristiandad, y escribieron luego al rey y al hijo mayor que estaba con él, diciendo que los cristianos se conjuraban para levantarse con el reino, tomando por cabeza á D. Sebastian y á D. Simon su primo; y que si ahora que eran pocos daban tanto trabajo y servian tan mal á su rey, qué harian cuando fuesen muchos, y que así le convenia destruir luego tan mala secta ántes que se viniese á perder por ella todo el reino. Sabiendo el príncipe D. Sebastian lo que su madre y tio habian escrito al rey y á su hijo, como discreto no quiso irse á recoger con los demás cristianos á la iglesia aquella noche, porque no verificasen después con esto su mentira delante del rey y del príncipe su hermano con algun color aparente, mas con todo eso envió su gente para que velasen y guardasen la iglesia y le avisasen de cualquiera cosa que sucediese, y fué bastante para reprimir el ímpetu de la reina y de Chicacata, el valor con que D. Sebastian trató este negocio y las veras con que le tomaba y el apercibimiento que él y los cristrianos tenian para defender la iglesia y á los Padres que estaban en ella. No se contentó D. Sebastian con haber hecho rostro á su tio en Vosuqui (como se ha dicho) con el recaudo que le envió, sino que el dia siguiente tomó la posta para donde estaba el rey su padre y el príncipe su hermano mayor, con intento de deshacer con su presencia las falsas informaciones que de él y de su primo habian escrito. El P. Francisco Cabral envió tambien por su parte un cristiano con cartas para el rey y príncipe, dándoles razon á entrambos, muy en particular, de todo lo que en este caso habia pasado.

Habia ya recibido el rey las cartas de la reina y de Chicacata cuando llegaron las del P. Francisco Cabral y D. Sebastian; pero como conocia el ánimo y corazon de su mujer y cuñado contra los cristianos, no hizo caso de cuanto le escribieron; mas cuando leyó las del P. Francisco Cabral, y supo después de D. Sebastian su hijo las demasías de Chicacata contra D. Simon y contra los Padres y la Iglesia, enojóse grandemente, y con palabras muy graves mostró bien su sentimiento delante de sus hijos y de muchos caballeros, diciendo: «Veintisiete años ha que tengo á los Padres en mis reinos, y estoy muy satisfecho de su vida y doctrina, y por eso los tengo á mi cargo, y querer Chicacata tocar en ellos y en la Iglesia, es quererse declarar por mi enemigo, y si las injurias que se hacen á los Padres en otros reinos tengo yo por propias, ¿cuánto más he de sentir las que se les hicieren en mi tierra, teniéndolos yo debajo de mi amparo? Y en lo que toca á D. Simon, por ser ya cristiano, le tengo de favorecer como hago á los demás, y si su padre le echare de su casa, yo le tendré en la mia como uno de mis hijos.»

No faltó quien avisó á la reina y á su hermano del sentimiento que el rey habia mostrado de lo que allá los dos habian hecho, y así, temiendo su indignacion, alzaron mano por entónces de afligir más á los cristianos. Ayudó tambien para esto una grave y peligrosa enfermedad que en este mismo tiempo dió á la reina, de la cual pensó morir, y todos entendieron ser castigo del cielo por su dureza y obstinacion. Al fin, vueltos el rey y sus hijos á la ciudad de Vosuqui, Chicacata holgó de perdonar á su hijo y mostrarle buen rostro por aplacar al rey y á los príncipes sus hijos, y á todos pareció que D. Simon, á los principios no acudiese tan de ordinario á la iglesia, ni los cristianos hiciesen demostracion pública de alegría por este buen suceso, porque no fuese ocasion de tornarse á irritar Chicacata y alborotarse la reina.

No se puede decir la alegría de los dos príncipes D. Sebastian y D. Simon cuando acabados estos trabajos, se tornaron á ver y abrazar, derramando entrambos tantas lágrimas de alegría como habian derramado la primera vez de pena y de tristeza. Fuéronse los dos juntos siendo ya bien noche á visitar á los PP. Francisco Cabral y Luis Froes, que los recibieron con extraordinario contento, así ellos como otros muchos caballeros y cristianos que allí los estaban esperando. Dieron todos gracias á nuestro Señor en la iglesia por la merced tan señalada como les habia hecho en sacar á D. Simon y á todos los cristianos de la afliccion en que se habian visto.

Por el ejemplo de D. Simon y su grande constancia se movieron otros 20 caballeros principales á recibir el santo Bautismo, y el príncipe D. Sebastian por hacerles más honra, los convidó á comer en su casa aquel dia. Era tanto el número de los que de allí adelante deseaban ser cristianos, que tenian bien que hacer los que residian en la casa de Vosuqui; que este suele ser el fruto que nuestro Señor de ordinario saca de semejantes trabajos y persecuciones, acrecentar con ellas el número de los fieles. Y porque parece nos hemos olvidado mucho de la cristiandad de Meaco, será bien que dejemos ahora la de Bungo en el estado pacífico que poseia, y digamos lo que por este mismo tiempo pasaba en aquellas partes donde nuestro Señor tambien iba aumentando y favoreciendo su Iglesia.

CAPÍTULO XVII

De cómo se renovaron las iglesias que habia en las partes de Meaco, y creció el número de los fieles.

Aunque habia años que los Padres tenian casa é iglesia en Meaco, pero con las continuas turbaciones y persecuciones que habian padecido nunca habian edificado cosa de propósito, y así andaban desacomodados con una iglesia pequeña y poco capaz; pero viendo que nuestro Señor les daba ya alguna quietud y sosiego con la sombra y amparo de Nobunanga, determinaron edificar iglesia de propósito y junto á ella su habitacion. Ayudaron para esta obra con sus limosnas todos los cristianos, cada uno conforme á su posibilidad, pero señaladamente mostraron su devocion en esta ocasion Dario, señor de la fortaleza de Tacacuqui y su hijo Justo Ucandono. El segundo, Jorge Vocayamadono, gobernador de la fortaleza de Vocayama en el reino de Cavachi. El tercero, Simeon Fungodono, señor de la fortaleza de Vacay, en el mismo reino de Cavachi. El cuarto, Justino Meocan, vecino de Meaco. El quinto, Leon, de la misma ciudad. El sexto, una viuda honrada, tambien de Meaco, que se decia Felipa Quitadono. Con estas limosnas se comenzó el edificio de la iglesia con mucho calor.

Sintieron esto mucho los bonzos de Meaco, pareciéndoles que era perpetuarse ya los Padres en la ciudad, pues hacian edificio tan de propósito, y así procuraron impedirle con todas sus fuerzas. Acudieron para ello á algunas personas que tenian mano en el gobierno de Meaco, pidiendo que en nombre de la ciudad saliesen á la causa. Habian tomado el negocio á su cargo algunos gentiles y hombres principales por persuasion de los bonzos, mas el virey y gobernador que allí tenia puesto Nobunanga les dijo que era disparate y fuera de razon lo que pedian, porque ántes los de Meaco habian de tener por mucha honra suya que los extranjeros ennoblecieses su ciudad, para que su fama se extendiese en otros reinos.

Viendo los de la ciudad que no podian negociar con el virey, se juntaron 40 hombres principales (solicitados de los bonzos) para ir á Nobunanga con un presente y suplicarle que mandase derribar aquel edificio. Supo el virey la diligencia que hacian estos ciudadanos cuando ya eran partidos, y pareciéndole que era afrenta suya que no se hubiesen contentado y satisfecho con su respuesta, tomó la posta para llegar primero á donde estaba el rey y darle cuenta de lo que pasaba. Cuando los de Meaco supieron que el virey era partido y el intento con que iba, no se atrevieron á pasar adelante ni tratar más de aquel negocio.

Vuelto á la ciudad el virey, dijo á los Padres que prosiguiesen su obra, para la cual él mismo ayudaba no sólo con dineros sino con gente cuando habia necesidad de ella. Dióles tambien licencia para que pudiesen traer madera y los materiales necesarios para la iglesia de cualquier reino extraño, aunque estaba prohibido para todos los de Meaco que no los pudiesen traer hasta que se acabasen los palacios y otras obras que Nobunanga tenia comenzadas en aquella ciudad. Con este favor del virey y de los cristianos se acabó la iglesia de Meaco el año de 1577, la cual salió muy hermosa, capaz y muy vistosa, y fué su vocacion de la Asuncion de nuestra Señora, por ser aquel el dia en que llegó á Japon el P. Maestro Francisco Javier. En otro lugar cerca de Meaco hicieron tambien otra iglesia del Arcángel San Miguel, para tenerle por amparo de aquella cristiandad.

A imitacion y ejemplo de los cristianos de Meaco edificaron de propósito cuatro iglesias muy buenas algunos caballeros en sus fortalezas y poblaciones. La primera edificó D. Sancho en su isla de Sanga, al pié de la fortaleza de Imori. La segunda, Dario y su hijo Justo Ucandono, en su fortaleza de Tacacuqui. La tercera, Jorge Vocayamadono, gobernador de la fortaleza y tierra de Vocayama, en el reino de Cavachi. La cuarta, Simeon Iquenda Tangodono, capitan de la fortaleza de Vacay, que tambien es del reino de Cavachi. Sin estas habia otras ménos principales en las fortalezas de Tavara y Coca.

La conversion de los gentiles el año de 77 fué de mucha gloria de nuestro Señor en estas cuatro iglesias principales; porque en la de Sanga se bautizaron 1.500 personas, que solas estas faltaban en aquella isla para recibir la ley de Dios; en Vocayama se bautizaron otras 1.100, en Tacacuqui se hicieron cuatro Bautismos solemnes. El primero de 300 personas, el segundo de 800, el tercero de 700, el cuarto de 600. En la fortaleza de Vacay se hizo otro grande número de cristianos sin más de 3.000 gentiles que se estaban catequizando con algunas poblaciones de estas fortalezas, para recibir el santo Bautismo en estando bien instruidos.

Para animar á los recien bautizados y darles más estima de la ley de Dios procuraron estos caballeros y señores de las fortalezas celebrar cada uno en su iglesia alguna fiesta con la solemnidad que podian, á la cual venian siempre los Padres y Hermanos de la casa de Meaco,

porque con estas cosas se confirmaban los cristianos en la fe y crecian más en la devocion; D. Sancho hizo aquel año su fiesta ántes de la Ascension; Jorge en Vocayama el dia mismo de la Ascension; Dario y su hijo Justo en Tacacuqui, dia del Espíritu Santo; Simeon Tangondono en Vacay el dia de Corpus Christi.

Pero como todas las demás iglesias reconocian á la de Meaco por la primera y más principal, así tambien acudian por su devocion cada año por lo ménos tres veces los caballeros y cristianos de las fortalezas y poblaciones á esta iglesia de Meaco el dia del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, la Semana Santa y dia de la Asuncion de la gloriosísima Vírgen, que era la vocacion de la misma iglesia. De los dos Padres que residian en aquella casa el uno andaba de ordinario con su compañero, visitando los cristianos que estaban fuera de Meaco, y el otro quedaba siempre en la ciudad con algunos Hermanos, por haber allí el mayor número de cristianos y ser necesario decirles misa, predicarlos y confesarlos. Tambien habia en aquella casa continuos sermones que hacian los Hermanos para los gentiles que cada dia venian á oir y á disputar sobre la ley de Dios, y pláticas del catecismo para los que se habian de bautizar; entre los demás se hizo cristiano aquel año un bonzo hombre de cincuenta años que se llamó Roque, el cual se aficionó tanto á los Padres que les pidió con mucha humildad le tuviesen en su casa para servir como criado de ella, y por su instancia y devocion se lo concedieron y procedió siempre con edificacion y ejemplo.

CAPÍTULO XVIII

De la virtud de algunos cristianos de Meaco, y cómo el P. Luis Froes vino de allá para Bungo.

Pues habemos tratado de las iglesias que se fundaron en la ciudad de Meaco y en algunas fortalezas, será bien que digamos algo de los que ayudaron á edificarlas, por ser todos personas ejemplares, y primero de los vecinos de Meaco, y luego de los que vivian fuera.

Habia en la ciudad de Meaco un ciudadano honrado y rico, hombre de cincuenta años, pero de rara prudencia y grande consejo; llamábase este cristiano Leon, confesábase muy amenudo, y todo el dia gastaba en obras de piedad y misericordia, y fué de los que más insistieron en que se edificase la iglesia de Meaco, para la cual ayudó con sus limosnas y con grande liberalidad. Dábale mucha pena que su mujer y el hijo mayor eran gentiles, y pedia al Señor continuamente su conversion con mucha oracion y lágrimas, y así le concedió Su Divina Majestad, que los viese á entrambos ya bautizados, cuatro meses ántes de su muerte, para la cual se aparejó de esta manera. Cuando entendió que su enfermedad era de peligro, no quiso que le visitasen de allí adelante parientes ni amigos, sino algunos cristianos que le hablasen siempre cosas de Dios. Debíanle algunas personas pobres 1.500 ducados, hízolas llamar delante de sí, y dió á cada uno sus escrituras y obligaciones perdonándoles la deuda, diciendo que aquello hacia porque nuestro Señor le perdonase á él las suyas. Sin esta obra de piedad hizo otras muchas en su vida, porque de ordinario sustentaba en su casa buen número de mujeres viudas y pobres y otras que deseaban hacerse cristianas. Creciendo su enfermedad se confesaba cada dia más por su devocion que por necesidad, y daba por razon de esto al Padre, que si el hombre muriese muchas veces errando la primera ó la segunda, sabria cómo se habia de aparejar á la tercera; pero que no habiendo de morir más que una sola, de la cual pendia la gloria eterna, deseaba hacer todo lo que pudiese y supiese, para no perder por su culpa tanto bien.

El segundo vecino de Meaco se decia Justino Meosan, de los primeros cristianos que se bautizaron en aquella ciudad, y con ser ya viejo, se levantaba de noche á tener oracion, y por muchas nieves ó aguas que hubiese, nunca dejaba de acudir de los primeros á la iglesia por la mañana á oir misa. Por la calle siempre iba rezando por sus cuentas, y en todo tiempo y con todas personas sus pláticas eran de la ley de Dios, porque le daba nuestro Señor particular gusto en esto y en persuadir á los gentiles que fuesen á oir sermon. Cuando andaba la obra de la iglesia, fué este cristiano á comprar cierta cantidad de arroz para el sustento de los que trabajaban. Viniendo con ello por la mar, levantóse una tempestad tan grande que pensaron hundirse todos. Decíanle á Justino algunos gentiles que venian en aquel navío, que echase al mar los costales de arroz que traia para aligerarle, mas él sentándose sobre sus costales tomó el rosario y díjoles: «Hermanos, este arroz no es mio sino de nuestra Señora, y no me envió ella acá para que yo echase en la mar la limosna que para su casa le han ofrecido.» Tal era la sinceridad y fe de este buen cristiano, y así le libró nuestro Señor de esta y de otras tormentas en que se vió andando en estas obras de piedad.

La tercera persona que tambien favoreció mucho en Meaco la obra de la iglesia fué una

señora viuda, pero muy principal por su sangre y mucho más por sus virtudes. Llamábase esta señora Felipa Quitadono, de más de cincuenta años, y con ser muy rica, le parecia poco cuanto tenia para emplearlo en obras de piedad, porque ella era madre de todas las mujeres pobres, huérfanas y viudas, y por su persona visitaba los enfermos proveyéndolos con grande liberalidad de todo lo necesario. En viniendo el invierno, la ocupacion suya y de todas las mujeres de su casa era hacer vestidos para pobres, y con andar tan bien empleada su persona y hacienda en estas obras, su mayor pena y queja continua era parecerle que no hacia nada, porque todo le parecia poco conforme al grande deseo que tenia de servir y agradar á nuestro Señor Dios.

Entre los cristianos que vivian fuera de Meaco bien puede entrar en primero lugar D. Sancho, señor de la fortaleza de Imori, del cual muchas veces se ha hecho mencion en esta historia, así de la liberalidad con que amparaba huérfanos y viudas, como del gusto que tenia de que viniesen los Padres á su fortaleza, para celebrar en ella los Oficios divinos de la Semana Santa y fiestas del Nacimiento, proveyendo á todos los cristianos que allí concurrian de todo lo necesario y regalándolos cuanto podia. Este caballero con ser tan noble, rico y principal, para tratar más de propósito las cosas de su alma y estar libre de ocupaciones, dejó el gobierno de su estado conforme á la costumbre del Japon á su hijo mayor, que se decia D. Mancio. Entrególe la fortaleza de Imori, y él se retiró á la isla de Sanga, que estaba al pié de ella, donde edificó una muy buena iglesia, á la cual acudian todos los de aquella isla que ya eran cristianos, y el mayor gusto de este caballero era enseñar á los unos y á los otros la doctrina cristiana, haciendo oficio de maestro con ellos, como antes lo habia hecho de señor, y en esto y rezar sus devociones pasaba la vida con grande consuelo de su alma. Acudia algunas veces á Meaco á tratar sus cosas con los Padres, y ellos venian tambien muy de ordinario á visitarle, porque se le debia todo.

El segundo de estos caballeros era Darío, padre de Justo Ucandono y hermano del visorey Vatadono, hombre muy noble y muy discreto, que por su grande valor y experiencia en cosas de guerra fué siempre muy estimado entre los reyes y señores del Japon. Bautizóse este caballero predicando el P. Gaspar Vilela en Meaco y siendo señor de la fortaleza de Sava, en el reino de Jamato. Por su instancia fueron allá el P. Gaspar y el H. Lorenzo, y se bautizaron su mujer y tres hijos y otras tres hijas, y no contento con esto hizo venir allí otras hermanas que tenia en diversas partes con sus sobrinos, parientes y cuñados, y todos se hicieron cristianos con otros 100 soldados que allí tenia, y edificó una iglesia, á donde todos acudian á hacer oracion. Era tanta su piedad, que prendiendo su gobernador unos salteadores que andaban en aquella tierra, les preguntó qué les habia movido á traer tan mal oficio como era robar, y respondiéndole que la necesidad y pobreza que padecian, dió á cada uno cierta renta con que ellos y sus familias se pudiesen sustentar, porque de allí adelante no robasen á nadie.

Era muy grande el celo que tenia este caballero de la honra de nuestro Señor y de la salvacion de las almas, y por su medio vino á tener el virey Vatadono, su hermano, tan entrañable amor á la cristiandad y á defenderla con tantas veras toda su vida, y después que por muerte de Vatadono y de su hijo entró en posesion de su estado y tierras y de la fortaleza de Tacacuqui, hallándose ya viejo, que pasaba de cincuenta años, y enfermo con las muchas heridas que en diversas guerras habia recibido, renunció el gobierno de sus tierras y estado en su hijo Justo Ucandono, conforme á la costumbre del Japon, para atender de propósito á las cosas de su alma y de su salvacion.

Era Justo muy hijo de su padre y parecido á él, no sólo en el valor y ánimo para los ejercicios de la guerra, sino mucho más en el celo de la religion cristiana y en el deseo de la salvacion de las almas, como se verá lo uno y lo otro en el discurso de esta historia. Edificaron entrambos en la fortaleza de Tacacuqui una muy capaz y hermosa iglesia con su habitacion junto á ella para los Padres y Hermanos que pasasen por allí ó viniesen á predicar; escogieron para el sitio de esta iglesia una buena plaza é hiciéronla cercar de muy fresca arboleda, para que se pudiesen hacer allí las procesiones con más comodidad. A una parte de este sitio pusieron una cruz muy hermosa, á la cual se subia por tres gradas, y dieron de comer á cuatro hombres pobres con sus mujeres, señalándoles renta sólo para que se ocupasen en tener limpia y barrida siempre la iglesia y plaza y lugar de la cruz.

Edificada la iglesia, tomaron muy á pechos Dario y su hijo Justo, la conversion de sus vasallos, teniendo por mayor empresa ganar para Dios estas almas que mostrar su valor en conquistar reinos ajenos, y así en sólo el año de 77 se hicieron aquellos cuatro Bautismos tan solemnes de 2.400 personas, sin otras muchas que

se catequizaban para lo mismo. Señalaban cuatro mayordomos cada año, que tuviesen cuidado de visitar los enfermos y pobres y avisar de sus necesidades y hospedar á los cristianos que venian de otras partes. Tambien tenian á su cargo estos mayordomos mirar si habia algun gentil para procurar su conversion. Cuando habia en la fortaleza algun Padre que les dijese misa ó que les predicase, acudian luego todos, y cuando no le habia hacian señal por la mañana con una campana y todos iban á la iglesia á hacer oracion y decir la doctrina cristiana, y el mismo Darío solia repetirles por modo de plática algunas cosas de las que habian dicho los Padres ó Hermanos en sus sermones. Al fin eran entrambos amparo de los pobres y necesitados de aquella tierra, porque si algun soldado ó caballero moria en la guerra, y su mujer ó hijos quedaban desamparados, ellos los recogian y daban lo que habian menester. Un señor que en título y honra era como Duque y muy principal en el reino de Boari, el cual se decia Sancho Ijibajidono, siendo echado de sus estados se bautizó en el reino de Jamato con su mujer y hijos. Supieron Darío y su hijo Justo la necesidad de este caballero tan noble, y diéronle unas casas suyas muy buenas y renta con que viviese honradamente junto á la fortaleza, y cuando venia algun Padre ó Hermano, le avisaban luego para que se hallase en el sermon y en la Misa, regalándole y sirviéndole los dias que allí le tenian como si fuera su propio señor. Muchas otras cosas se pudieran contar de estos dos caballeros, pero déjolas porque en diversas ocasiones habemos de tornar á tratar de ellos.

El tercero de los caballeros cristianos que edificaron iglesia fué Jorge, capitan y gobernador de la fortaleza de Vocayama, el cual gobernaba la casa de un sobrino suyo, tambien cristiano, que se decia D. Juan. Este Jorge se hizo cristiano en Meaco en tiempo del P. Gaspar Vilela, y aunque su deseo era vivir en castidad, como la guardó por doce ó trece años, pero por causas que para ello le obligaron, se casó con una parienta de su sobrino D. Juan; su madre de Jorge, era de la secta de los foquejus, y así estuvo mucho tiempo que nunca pudo su hijo persuadirla á que se hiciese cristiana; mas al fin la perseverancia de Jorge y sus continuas oraciones alcanzaron de nuestro Señor la conversion de su madre y de otros dos hermanos que tenia bonzos. Tuvo siempre este caballero grande cuidado con la pureza de su alma, era muy celador de la fe y liberal para gastar su hacienda con pobres y necesitados, y en obras del servicio divino, y con ser sus limosnas de ordinario las primeras y las mayores, procuraba que no se supiesen. Yendo una vez al Meaco en tiempo que se hacia la iglesia, vió que andaban en la obra pocos oficiales por falta de dinero, y no teniendo tan á la mano con qué remediar aquella necesidad presente, quitó la guarnicion de su terciado, que toda era de oro y valia muchos ducados, y dióla para que no parase un punto la obra. Otras veces viendo que no querian recibir los Padres las limosnas que hacia, porque era necesario irle en esto á la mano, buscaba algun buen color y pedia que le guardasen en casa ciertas piezas de oro y plata, y pasados algunos dias escribia que se diesen á los mayordomos de la obra para un negocio que tenia con ellos comunicado, y era para que lo gastasen en el edificio de la iglesia, y después que en su fortaleza edificó otra muy buena, puso tanto cuidado y diligencia en la conversion de su gente, que se bautizaron el año de 77 más de 1.000 almas.

El cuarto de estos caballeros se llamaba Simeon Iquenda Tangodono, capitan de la fortaleza de Vacay y muy privado de Nobunanga, el cual no tenia ménos celo de la conversion de sus vasallos que los pasados, y con este deseo edificó la iglesia en aquella fortaleza y procuraba que viniesen siempre á predicar los Padres de Meaco, y aunque por traerle Nobunanga de ordinario muy ocupado en guerras no podia asistir tanto como deseaba en su fortaleza para que sus vasallos se hiciesen cristianos, pero ponia para ello cuantos medios podia. Envióle una vez Nobunanga con 100.000 hombres á conquistar el reino de Inzumi, y habiéndole ganado lo primero que procuró fué quemar y destruir cuantos templos de ídolos y monasterios de bonzos habia en él.

Este era el fruto que nuestro Señor iba cogiendo en las partes de Meaco el año de 77. Habíase hallado muy falto de salud el P. Luis Froes en aquella tierra, especialmente el año ántes, y así le pareció al P. Francisco Cabral, como Superior que era de todos, ser necesario traerle á las partes del Jimo, y para esto envió en su lugar al P. Juan Francisco que ayudase al P. Organtino. Llegó este Padre al Meaco la misma noche del santo Nacimiento, y el P. Luis Froes se partió de allá víspera de la Circuncision del año de 77. Yendo de camino, se despidió de aquellos señores y caballeros conocidos que residian en las fortalezas, y aunque con algunos trabajos que siempre hay en aquella navegacion, llegó á Bungo al principio de Febrero, donde residió aquel año y se halló en compañía del P. Francisco Cabral en el tiempo de los trabajos y persecucion de D. Simon, los cuales

duraron hasta el domingo de la Santísima Trinidad del mismo año. Ofreciósele á esta sazon necesidad al P. Francisco Cabral de llegar al puerto de Nangasaqui, porque tuvo aviso que eran venidos de la India algunos Padres y Hermanos para ver los que eran y repartirlos conforme á las necesidades que habia, y entre tanto quedó en la casa de Vosuqui el P. Luis Froes con dos Hermanos.

CAPÍTULO XIX

Cómo repartió el P. Francisco Cabral los Padres y Hermanos que vinieron de la India, y se dió principio al colegio y casa de probacion en la ciudad de Funay, con algunas cosas que pasaron en las partes del Jimo el año de 1577.

Llegado el P. Francisco Cabral al puerto de Nangasaqui, halló que á los 4 de Julio de 77 habian desembarcado algunos Padres y Hermanos que venian de la India, cuyos nombres eran estos: los PP. Baltasar Lopez, á quien el P. Francisco Cabral habia enviado los años pasados á la India, para traer gente y volver con ella. El P. Antonio Lopez, el P. Ramon, el P. Melchor de Mora, el P. Sebastian Gonzalez, el P. Gonzalo Ravelo, el P. Gregorio de Céspedes; los HH. Laguna, Carrion, Alvaro Diaz, Diego Mezquita, Simon de Almeida, Diego Pereira y Bartolomé Redondo. Recibieron á estos Padres y Hermanos los cristianos de Nangasaqui, con tanto consuelo y alegría, que se entraban en la playa el agua á los pechos, teniéndose por muy dichoso el que primero llegaba á tomar su bendicion cuando desembarcaban, lo cual movió tanto á algunos portugueses honrados de los que allí venian, que se determinaron once de ellos á dejar el mundo y servir á nuestro Señor, empleando sus vidas en ayudar á la salvacion de aquellas almas, como ántes las habian empleado en acrecentar sus haciendas.

Grande fué el consuelo que recibió el P. Francisco Cabral con ver el buen socorro que le venia de la India con tantos Padres y Hermanos, y no era menor el que ellos tenian viéndose ya en aquella tierra, donde podian emplear bien los deseos que traian de servir á nuestro Señor.

Repartió luego el Padre á cada uno el puesto donde habia de trabajar conforme á las mayores necesidades que entónces habia, unos á Omura y otros á Facata y Firando, y al P. Antonio Lopez con el H. Luis de Almeida envió al reino de Sajuma, donde habia estado el año ántes, aunque de paso, el H. Miguel Vaz: y el rey habia pedido con instancia que le enviasen algun Padre que predicase en su tierra. Con los demás Padres y Hermanos se volvió el P. Francisco Cabral para la ciudad de Funay, con intento de acomodar aquella casa en forma de colegio, para que estudiasen allí la lengua del Japon los que venian de la India con falta de ella, y juntamente pudiesen haber algun modo de noviciado para los que de nuevo entraban en la Compañía, porque algunos venian de la India cada año con estos deseos y otros habia en Japon con los mismos, y aunque de presente no habia tanta comodidad en la casa de Funay para asentar estas dos cosas de propósito; pero comenzóse entónces de prestado hasta dar cuenta al rey y príncipe de Bungo, y con su beneplácito hacer el colegio en Funay y la casa de probacion en la ciudad de Vosuqui, como después se hizo.

Los que fueron al reino de Sajuma, el mayor fruto que hicieron fué conservar los cristianos que allí habia, porque los bonzos en aquel reino eran poderosos, y algunos de ellos habian salido del reino de Omura, los cuales ponian todas sus fuerzas, para que ningun señor recibiese en sus tierras la ley de Dios, y á esta causa, aunque el deseo del rey de Sajuma parecia bueno; pero como su intento principal en llamar los Padres habia sido por atraer á su puerto los navíos de la India, ni los favoreció de manera que pudiesen hacer fruto, ni dejaron de pasar mucho trabajo, y al fin se hubieron de volver á Bungo después de haber visitado á los cristianos de aquella tierra.

En el reino de Omura iba siempre muy adelante la conversion de los gentiles y gozaban todos de mucha paz y quietud, porque aunque tuvieron un rebato que les dió un tirano llamado Riozogi, del cual adelante diremos, pero el valeroso rey D. Bartolomé apercibió su gente y le hizo salir de su reino matándole más de 1.000 hombres, sin perder él más que solos 50. En esta refriega sucedió una cosa bien particular, que viendo una mujer muerto á su marido se vistió sus armas y peleó contra los que le mataron, que eran dos soldados, con tanto valor, que trujo las cabezas de entrambos á su casa. Ayudó tambien mucho para la paz y sosiego del reino de Omura la muerte de Isafay, cuñado del rey, que tantos trabajos habia dado á toda aquella cristiandad. Murió de repente habiéndose levantado de un convite.

Dábale mucha pena al buen rey (en medio del consuelo que tenia por ver la conversion de sus vasallos) entender que el rey de Arima, su

sobrino, perseguia en su tierra á los cristianos. Tomó este negocio muy á su cargo, como tomaba todos los demás que tocaban al servicio de nuestro Señor y exaltacion de su santa fe. Fuese á ver con él, y díjole tantas razones, que le persuadió á que tornase á admitir los Padres en su reino. Sabiendo el P. Francisco Cabral esta buena disposicion del rey de Arima, le fué á visitar por tornar á levantar, si pudiese, aquella cristiandad tan afligida. Recibióle el rey en su ciudad de Arima con muestras de contento, y dió al Padre mucha satisfaccion de lo pasado y licencia para que tornasen á predicar en su tierra la ley de Dios. Y para que se entendiese lo decia de corazon, quiso que se hiciese cristiano otro hermano suyo menor, que se llamó D. Estéban, y dió esperanzas de que él haria lo mismo en teniendo buena ocasion para ello, porque deseaba primero ir ganando la voluntad de sus tios, hermanos de su madre, los cuales se habian mostrado muy contrarios á la ley de Dios y á los que la predicaban. Con esta ocasion quedaron un Padre y un Hermano en el puerto de Cochinozu, y se tornó á renovar la devocion de aquellos cristianos.

Tambien en la isla de Amacusa crecia el número de los fieles, porque D. Miguel, que era el principal señor de ella, procuró que se bautizasen su mujer y el hijo mayor, heredero de su casa, que se llamó D. Juan, y siguiendo el ejemplo del rey D. Bartolomé, mandó á todos los bonzos y gentiles que ó recibiesen la ley de Dios ó se fuesen á vivir fuera de sus tierras, con lo cual en poco tiempo se edificaron más de 20 iglesias en Amacusa, y las principales eran la de la misma ciudad de Amacusa, y otra que habia en el lugar y fortaleza de Fondo. En este lugar habia una mujer atormentada del demonio. Mandó el Padre que la trujesen á la iglesia, mas era tanta la resistencia que hacia para que no la llevasen, que no bastaban muchos hombres á tenerla. Al fin, llegada á la iglesia, le dieron los cristianos un poco de agua bendita, y la pusieron al cuello sus reliquias y cruces, y con esto quedó libre de todo punto.

El P. Luis Froes, que habia quedado en Vosuqui salió con el H. Roque á visitar unos lugares de algunos caballeros cristianos que residian en aquella corte y se lo habian pedido. Anduvo por ellos quince ó veinte dias, y fuele necesario volverse luego por una enfermedad grave que le dió; pero en aquellos pocos dias se sirvió mucho nuestro Señor de su trabajo, porque el H. Roque predicaba á los gentiles continuamente y el Padre confesaba y enseñaba á los cristianos. Estando una vez este Hermano haciendo una plática declarando cómo Cristo nuestro Señor se habia puesto en la cruz para librar á los hombres de sus pecados, entró el demonio en una mujer que estaba allí presente y habia siete años que la atormentaba. Comenzó aquella mujer á dar grandes voces que se queria echar en el fuego porque no podia oir las cosas que decia aquel Hermano. Vino el P. Luis Froes al ruido, que estaba confesando á un cristiano, y habiendo hecho los exorcismos de la Iglesia, quedó del todo libre y después se bautizaron ella y su padre, madre y hermanos. En otro lugar tres leguas de Funay vivia otro gentil el cual habia más de treinta años que estaba ciego de todo punto, y la misma enfermedad dió algunos años después á otros dos hijos suyos. Fué nuestro Señor servido que habiéndose bautizado todos tres, con la vista del alma cobraron la del cuerpo.

CAPÍTULO XX

Cómo Chicacata echó de su casa á D. Simon y el rey de Bungo dejó á la reina su mujer, y se casó con otra.

Es costumbre muy universal entre los señores del Japon que en teniendo hijos grandes que pasan de veinte ó veinticuatro años, les entregan el gobierno de sus estados reservando para sí la renta que les parece necesaria para vivir conforme á la calidad de sus personas, aunque los hijos siempre se gobiernan por el consejo y parecer de sus padres. Deseando conforme á esto el rey de Bungo pasar lo que le quedaba de vida con quietud y sosiego, dejó todo el gobierno de sus reinos al príncipe su hijo, y trataba de recogerse á alguna parte que fuese más á su gusto.

Estando las cosas en esta disposicion, en el año de 1578 murió el rey de Fiunga que estaba casado con una hija del de Bungo y era hermano de su madre de D. Mancio, de quien adelante trataremos. Dejó este rey dos hijos pequeños porque el mayor que heredaba el reino no pasaba de diez años. Con esta ocasion entró el rey de Sajuma con ejército formado por el Fiunga (por ciertas pretensiones que tenia) para apoderarse de él. Huyó la reina con sus hijos á Bungo en casa de su padre, y el príncipe su hermano que ya gobernaba le dió tierras en que viviese conforme á su calidad y la de sus hijos, tomando para sí el derecho del reino de Fiunga, que ya estaba perdido en poder de los sajumanos, y para recobrarle juntó el príncipe de Bungo 60.000 hombres. Divídese el reino de Fiunga por medio con un grande y hermoso rio y todo él es tierra

muy apacible, fresca y de grande recreacion. Llegado el ejército de Bungo hizo retirar á los de Sajuma de la otra parte del rio y aun á las últimas fortalezas de aquel reino. Vino esta victoria muy á propósito de los intentos que el rey tenia de recogerse á algun lugar quieto y pacífico, y así puso los ojos en una parte de este reino de Fiunga que se llamaba Cuchimochi, por ser la más apacible y de mayor recreacion que pudiera buscar para pasar su vida.

Parecia que estaban ya acabados los trabajos de D. Simon, porque le tenia ya su padre como de ántes en su casa; pero como nuestro Señor le queria dejar por un espejo de toda virtud á los caballeros de aquel reino, y no estaba aún bien descubierto su grande valor y las hondas raíces que en su corazon habia echado el amor de Dios y de los bienes eternos, quiso hacer con él otra mayor prueba sobre todas las pasadas. Tenia el rey de Bungo mucho deseo de efectuar el casamiento de D. Simon con su hija, porque su mucha discrecion, valor y buenas partes que habia mostrado en los trabajos y encuentros pasados le obligaban á ello y á estimar mucho más su persona; pero la reina su mujer tenia tan arraigado en su corazon el odio contra los cristianos, y el no haber querido D. Simon darle gusto en hacer lo que su padre y ella le mandaban, que nunca quiso darle su hija por mujer, ántes persuadió á su hermano Chicacata que tornase á apretar á su hijo en que dejase de ser cristiano ó le echase de su casa y desheredase de sus estados. No fué menester mucho para que la reina acabase esto con su hermano, porque como gentil é idólatra no gustaba ya de tener por hijo y sucesor á D. Simon, siendo cristiano. Parecíale tambien por otra parte que habia perdido de su reputacion, en que D. Simon hubiese salido con su intento y él no hubiese alcanzado nada con todos los medios que habia tomado.

Con la resolucion que tomaron entrambos hermanos, tornó Chicacata á persuadir de nuevo á su hijo que dejase la ley de Dios, haciéndole mil ofertas y promesas, y poniéndole delante la honra, estado y grandeza y regalo que tendria con tal mujer como la princesa, y que no haciéndolo así, lo perderia todo junto; mas el valeroso caballero con la misma constancia y generosidad de ánimo con que otras veces lo habia menospreciado todo, respondió á su padre esta última vez, que si con daño de su alma y á costa de dejar á Dios habia de poseer todo lo que le prometia, desde luego alzaba mano de ello. Indignado Chicacata con la resolucion de su hijo, le echó de su casa y desheredó de sus estados á título de que no queria obedecerle. Cuando se vió este caballero echado de la casa de su padre y con tanta afrenta, no se turbó, ántes con mucha alegría y contento se fué para la iglesia, á quien tenia por madre. Recibióle el P. Luis Froes con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, viendo tal generosidad de corazon y tal prueba del amor de Dios en un mozo de tales partes y de tan poca edad.

Sintió mucho el rey de Bungo este caso, no sólo por lo que tocaba á D. Simon, á quien amaba tiernamente, sino tambien por ver la libertad de su mujer y cuñado; pero como era tan prudente disimuló por entónces su enojo y disgusto, porque no pareciese que nacia de este sentimiento lo que ya tenia determinado de hacer. Importábale tambien para lo mismo no mostrar en aquella ocasion á D. Simon el amor que le tenia, y así por su órden y consejo le enviaron á la casa de Funay, donde le recogieron aquellos Padres y sustentaron con su pobreza, porque no estuviese en Vosuqui á vista de su padre y de su tia la reina.

Estaba el rey de Bungo muy cansado de la condicion tan áspera é insufrible de su mujer y de la insolencia de su cuñado Chicacata, con las alas que su hermana le daba, y pareciéndole que en compañía de la reina él no podria vivir con la quietud y sosiego que deseaba, determinó dejarla de todo punto y tomar por mujer otra señora muy principal de su reino, madre de la mujer de su hijo el príncipe D. Sebastian, porque era muy conforme á su condicion y gusto. Dilató la ejecucion de esto algunos dias después que sucedió lo de D. Simon, porque no pareciese género de venganza ó castigo de lo que ella y su hermano habian hecho con aquel caballero, y cuando la reina estaba más descuidada y aun á su parecer más entronizada, le vino el castigo que su soberbia merecia, porque halló á otra puesta en su trono y dignidad y se vió privada á sí misma de ella. Cuando Jezabel entendió que traian á palacio con tanta autoridad á la que habia de ser reina y mujer de su marido, y á ella la mandaban ir en casa de su hermano como persona particular, fué tan grande su sentimiento y los extremos que hizo, que si no la tuvieran, se matara, y fué necesario que por muchos dias la velasen continuamente y guardasen con grande cuidado, porque no se desesperase. Quedó su hermano Chicacata temeroso y con grande recelo no hiciese el rey alguna demostracion y castigo público en él, como habia hecho en la reina, y así andaba con esto humillado, pero no tardó nuestro Señor en darle tambien á él su merecido.

CAPÍTULO XXI

De cómo se bautizaron el rey de Bungo y su nueva mujer con otra hija suya, y se fueron á vivir al reino de Fiunga, y llevaron consigo á D. Simon y á algunos de la Compañía.

Estando ya en palacio la nueva reina envió el rey un recaudo al P. Francisco Cabral, cómo determinaba que la reina su mujer fuese cristiana y que le enviase al H. Juan, que era natural de aquella tierra, y tenia buen talento de predicar, para que la enseñase la ley de Dios y á otra hija suya, mujer del príncipe D. Sebastian. Comenzó el Hermano sus pláticas, ocupándose en esto todas las tardes. Hallábase el rey siempre á ellas, y cuando el Hermano por el órden del Catecismo llegó al misterio de la Pasion de Cristo nuestro Señor, dijo el rey á su mujer: «Esto me parece lo mejor que tienen los cristianos y la cosa de más sustancia que hay en su ley, y así no hay que hacer sino bajar la cabeza y creerlo todo.»

Acabadas todas las pláticas, pidió el rey á los Padres que le hiciesen placer por estar la reina algo indispuesta de venir á palacio á bautizarla. Fueron luego el P. Francisco Cabral (que era llegado de Funay) y el P. Luis Froes, y los Hermanos de casa, y compusieron un oratorio en palacio y se celebró el Bautismo de la reina y de su hija. A la madre llamaron Julia, y á la hija Quinta. Antes del Bautismo prometió el rey de permanecer siempre con esta segunda mujer, lo cual fué causa de refrescar las llagas á la primera, y renovarse el odio y la ira que tenia contra los Padres, porque habian dicho al rey que era necesario aquello para vivir con la reina, siendo ya cristiana.

Fué continuando los sermones el H. Juan en palacio algunos meses los domingos en la tarde, porque lo pidió así el rey. Entre tanto fué el P. Francisco Cabral á visitar los Padres de Arima y Omura, conforme á la obligacion de su oficio. Con los sermones continuos que el rey oia le iba dando nuestro Señor cada dia más luz, y echaba de ver la sustancia y verdad de la religion cristiana, confiriendo su doctrina con lo que él sabia y habia leido de las sectas del Japon.

Tenia el rey dos imágenes de mucho precio, la una de Jaca y la otra de un discípulo suyo, á las cuales solia hacer grande reverencia. Tomólas un dia y arrojólas por el suelo, y llamando á un criado suyo le dijo, tomad esos palos y echadlos en el mar, con lo cual puso á todos grande admiracion. Fué luego el dia siguiente á la iglesia, acompañado de algunos caballeros, y aunque no estaba en la ciudad el P. Francisco Cabral, se detuvo más de dos horas platicando con el P. Luis Froes. Estando los dos hablando tocaron á las Ave Marías, hincóse el Padre de rodillas y el rey hizo lo mismo. Preguntóle despues la razon de aquella santa ceremonia, y el Padre se la dió de esto y de otras cosas particulares que deseaba saber, y para declarárselo mejor fué el Padre otro dia á palacio. Con esta ocasion le trajo á la memoria brevemente los muchos beneficios que Su Alteza habia recibido de nuestro Señor, y las muchas oraciones y misas que se habian ofrecido á la Divina Majestad por su conversion, sin otro fin más que por desear la salvacion de su alma y ser agradecidos al favor y merced que siempre habia hecho á los Padres y á toda la cristiandad.

Agradeció mucho el rey el cuidado que se tenia de encomendar á Dios sus cosas, y contóle que siendo de diez y seis años quiso su padre mandar matar á ciertos portugueses cristianos, y él habia procurado librarlos, por lo cual entendia que Dios le habia hecho merced y dado buen suceso en sus cosas. Tambien le dijo cómo habia estado en Funay por aquel mismo tiempo otro portugués, hombre honrado, el cual tenia costumbre de rezar cada dia por un libro, y preguntándole si lo hacia en reverencia de los dioses, le habia respondido que él no adoraba sino á solo Dios criador del cielo y de la tierra, salvador de las almas, y que esto le habia dado grande estima de la ley de los cristianos viendo que aquel hombre siendo mercader y tan ocupado nunca dejaba de rezar y encomendarse á su Dios, la cual estima se le habia aumentado y confirmado más con lo que oyó al P. Francisco cuando estuvo en su reino la primera vez, y lo que después habia visto y entendido todo el tiempo que los Padres habian predicado en su tierra.

Pasaban estas cosas por el mes de Agosto de 1578, y aunque el rey no habia declarado á los Padres su determinacion, pero tenian grande esperanza de su conversion, porque sabian que rezaba el rosario de nuestra Señora cada dia y ayunaba los dias que suelen ayunar los cristianos. Volvió á esta sazon el P. Francisco Cabral de su visita y de ver al rey de Arima.

Cuando le pareció al rey de Bungo que ya se habia enterado y satisfecho de las dificultades que la ley de Dios hacia á su entendimiento, llamó una tarde al H. Juan y díjole: «Bien habeis echado de ver como de mi condicion natural no soy mudable ni inconstante en las cosas que

una vez determino, y aunque es verdad que desde el principio que se predicó la ley de Dios en este reino; me cuadró mucho, y en mi corazon la tuve siempre por buena y santa, pero las causas de no haberla recibido han sido dos. La primera, desear que se ofreciese ocasion conveniente para hacerlo, la cual no he tenido hasta ahora, conforme á la disposicion de mis cosas. La segunda, porque deseaba mucho saber de raíz hasta dónde llegaba la sustancia de las leyes y sectas del Japon, para lo cual he hecho muchas diligencias, consultando letrados, estudiando y pasando yo mismo los libros que tratan de esto, pero cuanto más entraba en lo interior de ellas, ménos sustancia hallaba, y siempre me dejaban el corazon más inquieto y el entendimiento más confuso, hasta que confiriendo esto con la ley de los cristianos, he conocido claramente su verdad y la diferencia que hay de ella á todas las demás, y así podreis decir al Padre cómo yo estoy determinado de bautizarme luego, y quiero que mi nombre sea Francisco, acordándome que el primero de la Compañía que conocí y vi en estas partes fué el P. Francisco Javier, de cuya santidad y virtud yo quedé siempre muy pagado. Decidle más, que no quiero se haga cosa particular ni extraordinaria en mi Bautismo, sino que yo me iré á la iglesia con algunos criados mios para recibirle de su mano.

No se puede decir el alegría de los Padres y de los cristianos cuando supieron la determinacion del rey, viendo cumplido el deseo que todos tenian de que nuestro Señor le hiciese esta merced por conformarse en todo con su voluntad y gusto; no hicieron más que aderezar la iglesia de Vosuqui lo mejor que pudieron. Dia del glorioso San Agustin del año de 1578 por la mañana vino el rey acompañado de pocos criados (por evitar ruido) salieron á recibirle los Padres hasta la puerta de la iglesia, y entrando dentro se hincó de rodillas delante del altar con grande humildad y devocion, y de esta manera estuvo puestas sus manos todo el tiempo que duraron las sagradas ceremonias del Bautismo, y después se le dijo la misa, que fué la primera que oyó siendo ya cristiano. Pusiéronle por nombre Francisco, como él lo habia pedido y así le llamaremos de aquí adelante.

Quedóse aquel dia el rey Francisco á comer con los Padres, y volviendo después á su palacio decia él mismo, que llevaba tan mudado y trocado su corazon, que le parecian las cosas muy diferentes, y que cuando veia la gente por las calles, acordándose cómo dentro de pocos dias habian de morir en su ceguedad y en sus idolatrías, y la misericordia que nuestro Señor á él le habia hecho en sacarle de ellas, no podia detener las lágrimas de puro contento y alegría. El dia siguiente hizo un banquete en palacio el príncipe al rey su padre y á la reina y á sus hermanos por la fiesta del Bautismo. Acertó á ser viérnes, y porque era toda la comida que estaba aparejada de aves y cosa de carne; fué necesario mudarla en cosas de pescado, porque el rey Francisco nunca consintió que se comiese carne en su mesa aquel dia.

Sabiendo Jezabel su primera mujer lo que pasaba, deshaciéndose de rabia y de coraje, envió á llamar un criado del rey, y díjole, ¿que es posible que el rey haga tal cosa, y que así haya perdido el juicio? Bien sé yo quién tiene la culpa de ello, que si aquella iglesia estuviera ya quemada, como yo lo deseé, y los engañadores que están en ella, no viniera ahora el rey á tanta desventura y á ponerse al cuello un juguete que ellos llaman cruz, como si fuera niño. Hacia el buen rey Francisco poco caso de estos y otros semejantes dichos de su primera mujer, porque todo su deseo era servir y agradar más al Señor que le habia puesto en el número de sus fieles, y procuraba que ninguno de los cristianos le hiciese ventaja en todo género de virtud. Suplicáronle una vez los Padres, que atenta su edad y enfermedades, moderase los ayunos que tenia muy ordinarios y horas de oracion muy frecuentes. Respondió el rey agradeciéndoles el cuidado que tenian de su salud, pero que él se sentia por obligado de hacer aquello, y mucho más por el ejemplo que debia dar á sus vasallos y á los demás cristianos.

Desde el dia que se tomó el reino de Fiunga á los de Sajuma puso el rey Francisco los ojos en cierta parte de él, como queda dicho, para recogerse allí y acabar sus dias atendiendo á las cosas de su alma y de su salvacion. Para lo cual determinó edificar una nueva ciudad y poblarla toda de cristianos y gobernarla por otras leyes diferentes de las del Japon, y hacer una iglesia y casa donde residiesen por lo ménos una docena de la Compañía y darles renta con que se sustentasen. Con este intento desde el primer dia que se tomó aquel reino, dió priesa á que se dispusiesen las cosas en Fiunga de manera que pudiese partir para allá con brevedad.

Cuando le pareció que ya estaba todo á punto para hacer su viaje, envió á Funay por D. Simon, á quien tenian los Padres en el colegio desde que le echó su padre de casa. Recibióle el rey Francisco con mucho amor, èstimando su virtud como era razon, y desde aquel dia le tuvo en su casa y le hizo el mismo tratamiento que

si fuera su propio hijo, y le llevó en su compañía.

Puestas las cosas en órden para partir á Fiunga, embarcóse el rey con toda su casa, dia del glorioso P. San Francisco, á 4 de Octubre de 1578. Llevaba las banderas de su navío todas de damasco blanco con cruces coloradas y guarnecidas de oro, y esta misma divisa llevaban los demás navíos que le acompañaban. No consintió que el príncipe su hijo saliese del reino, aunque fué en su compañía algunas leguas. Cuando se despidió de él dándole los últimos abrazos le rogó mucho favoreciese siempre á los Padres de Funay y de Vosuqui y se ayudase de su consejo en lo que se ofreciese, y él le prometió de hacerlo así. Llevó el rey Francisco consigo al P. Francisco Cabral y á los HH. Juan y Luis de Almeida. Llegaron todos con buen tiempo al reino de Fiunga, donde hicieron su asiento en la nueva ciudad que se habia edificado en Cuchimochi.

CAPÍTULO XXII

De los buenos efectos que hizo la conversion del rey Francisco en el príncipe su hijo.

Grande fué la admiracion que causó en aquellos reinos del Jimo la conversion y bautismo del rey Francisco, porque como le tenian todos por uno de los más prudentes y discretos reyes que habia en Japon y que más sabia y entendia de sus leyes y sectas, decian que no era menester otro testimonio para entender que la ley de Dios era la verdadera, pues el rey de Bungo la habia recibido y se habia hecho cristiano, y esto fué causa de que el príncipe y heredero del reino cobrase nueva estima de ella y aficion á los que la predicaban; y así trataba de allí adelante á los Padres de Vosuqui aun con más amor y familiaridad. Díjoles un dia que pues él gobernaba ya los reinos de su padre que tanto habia favorecido la ley de Dios, él determinaba hacer lo mismo, y porque sabia que habian tratado de hacer colegio en Funay, escogiesen el sitio que más les contentase y le diesen un memorial de lo que deseaban hiciese por ellos, para que echasen de ver la voluntad y deseo que tenia de favorecerlos. Dióles un sitio que era muy á propósito, y porque habia algunas casas de gentiles que estaban pegadas con la que habia de ser iglesia y casa de los Padres, y les podrian dar pesadumbre y molestia, las mandó derribar todas, para que los religiosos viviesen con más quietud y sosiego, y á sus dueños dió otras mejores, aunque en diferente sitio.

Tambien comenzó á quitar la renta á los bonzos y deshacer sus templos por cualquier delito ligero que hallaba en ellos, y porque no les quedase esperanza de tornar á cobrar las rentas que les quitaba, repartíalas luego entre sus caballeros y soldados. Preguntáronle algunos señores del reino por qué hacia aquello. Respondióles porque la vida de estos bonzos está llena de grandes vicios, y sus sacrificios son de ningun fruto, y así tengo por ignorancia disimular más con ellos, que lo mismo hace Nobunanga en el Meaco y no le han sucedido mal por eso sus cosas.

Enfermó un hijo de este príncipe que poco antes le habia nacido. Su madre Jezabel, que primero fué reina, envióle á decir que hiciese llamar á los bonzos para que ofreciesen sacrificios por su salud: mas él respondió al que trajo el recaudo: «Decid á mi madre, que ya era tiempo de dejar sus ignorancias, y que para entender cuán poco valen y pueden los camis y fotoques, basta lo que ella ha experimentado en sí con cuanto los ha honrado y venerado.» Entrando otra vez el príncipe á visitar á su madre, estaban ella y sus hijas componiendo en unos cajones veinticinco vestidos de seda para enviarlos en limosna á cierto templo. Preguntó el hijo qué ocupacion era aquella, dióle su madre razon de lo que estaban haciendo. Dijo él entónces: «Por cierto buena ignorancia es esa: harto mejor será dar estos vestidos á los criados que me sirven que no á los camis y fotoques, que son unos palos secos,» y luego los hizo repartir entre sus pajes. Viendo su madre lo que hacia y decia, preguntóle si era cristiano; respondióle el príncipe que aun no lo era, pero que le desagradaban mucho las ignorancias de sus bonzos, y que si él hallaba en la ley de Dios lo que deseaba después de haberla oido, sin duda la recibiria. No osó replicarle su madre viendo su determinacion por no disgustarle.

Llegó por este mismo tiempo á la corte un bonzo, el cual venia cada año á cobrar cierta limosna que el rey solia dar. Presentó el bonzo su peticion á la madre del príncipe para que ella se la enviase. Recibióla y dijo que si venia otra vez aquel bonzo con semejantes dislates, le mandaria quitar el hábito, porque no anduviese engañando la gente. Tambien tenian sus antepasados costumbre muy antigua de enviar cada año unas armas doradas á cierto ídolo para tener buen suceso en las guerras. Llegado el tiempo de enviarlas acordáronselo algunos caballeros de su casa, á los cuales él respondió: «De las que he enviado otros años me pesa, y no me pasa por pensamiento hacerlo de aquí ade-

lante, que más bien empleadas están en los que me sirven con ellas en la guerra, que no en los ídolos que no sirven más que de engañarme.»

Estos y otros muchos disfavores daba el príncipe á los bonzos, aunque no habia oido hasta entónces la ley de Dios, porque con la comunicacion ordinaria del rey su padre, á quien él respetaba tanto, tenia ya las sectas del Japon por cosa de burla, viendo el poco caso que de ellas habia hecho con entenderlas tan bien.

Con estos buenos principios que ya tenia le dió nuestro Señor deseo de oir los sermones del catecismo y tomar noticia más particular de su santa ley. Escribió sobre esto al rey su padre que estaba ya en Fiunga, pidiendo que le enviase al H. Juan por ser tan elocuente en la lengua del Japon para que le predicase y enseñase. Fué este recaudo de particular consuelo para el buen rey Francisco, porque era la cosa que más deseaba y pedia á nuestro Señor, y así le envió luego el Hermano. Túvole el príncipe muchos dias en su compañía oyendo las pláticas del catecismo y proponiendo sus dificultades. Presentóle tambien el P. Luis Froes un tratado que él habia hecho estando en el Meaco contra las sectas del Japon en la misma lengua muy cortesana. Estimó el príncipe mucho este libro, porque le daba grande luz en lo que deseaba saber.

Sucedió en este tiempo cuando el príncipe oia los sermones que una hija de su hermana casada con un señor principal de aquel reino enfermó gravemente. No tenian sus padres más que solo aquella niña, y así la amaban tiernamente, y lo mismo el príncipe, que era su tio. Sus padres como gentiles hicieron llamar cuantos bonzos habia para que ofreciesen sacrificio á los ídolos por la salud de su hija. Al fin ella murió, de lo cual su padre quedó tan escandalizado viendo el poco poder y favor de sus dioses, que mandó matar cuantos bonzos pudo coger, y pareciéndole que sola la ley de Dios que el rey su suegro habia escogido era la verdadera, envió á pedir á la casa de Funay que viniese algun Padre que le predicase, porque vivia cerca de aquella ciudad. Bautizóse este caballero con otra mucha gente de su casa, y lo mismo hiciera su mujer si no fuera por la grande importunidad y ruegos de Jezabel su madre. El príncipe vista la muerte de su sobrina, mandó pregonar públicamente que cualquiera pudiese matar á todos los hechiceros que anduviesen en su reino, porque engañaban los hombres, y á otro género de bonzos que solian pedir limosna por todo Japon, dijo que por aquel año los perdonaba, pero que de allí adelante quien quiera que los encontrase los pudiese matar sin pena.

Acabados todos los sermones del Catecismo dijo el príncipe al H. Juan que le enseñaba, cómo él habia entendido bien que en sola la ley de Dios habia verdadera salvacion para las almas, y no en las sectas del Japon, por lo cual se determinaba á ser cristiano, y lo mismo la princesa su mujer; pero que siendo muchos de los señores del reino gentiles, le parecia seria mejor irlos disponiendo y ganando antes de su Bautismo, para que ellos tambien holgasen de ser cristianos, que fuese á dar cuenta de esto al rey su padre y al P. Francisco Cabral, porque si á ellos le pareciese que esto no era de inconveniente, romperia luego con todo, porque sólo deseaba ir previniendo con discrecion y prudencia algunas cosas para evitar alborotos y turbaciones en el reino.

A este recaudo le respondieron el rey Francisco y el P. Cabral que les parecia muy bien su determinacion en querer guiar sus cosas con tanta discrecion y prudencia y aguardar alguna buena ocasion para su Bautismo, y no quisieron darle más priesa, porque el rey Francisco que conocia mejor que nadie la condicion de su hijo, juzgó que no convenia otra cosa, y parecióse después cuán acertado habia sido su consejo.

CAPÍTULO XXIII

De cómo vinieron este año de 1578 algunos Padres y Hermanos al Japon, y la tormenta que padecieron en aquel viaje desde la China con algunas cosas que pasaban en las partes del Jimo.

Como era tanta la miés y tan pocos los obreros que habia en el Japon, venian cada año algunos Padres y Hermanos de la India para ayudarlos, no obstante los muchos trabajos y grandes peligros que hay en aquella navegacion, como los tuvieron el año de 78 cuatro Padres y dos Hermanos viniendo de Macao para Japon. Suelen correr en aquel paraje algunos años unos vientos que llaman tufones, con los cuales de ordinario se padece tormenta y corren mucho riesgo los navíos.

Partieron de Macao estos Padres y Hermanos á los 5 de Julio del año de 78 con buen tiempo, y con él mismo caminaron diez y seis dias. Tenian ya por acabado su viaje, porque no estaban más de cincuenta leguas de tierra, cuando se comenzó á levantar un tufon tan recio y furioso, que dentro de pocas horas, el dia claro se les volvió tan oscuro como la noche con los muchos y espesos nublados que se juntaron. Estaban á la sazon tres marineros en un batel calafateando la nave para que no hiciese agua, los

cuales viendo que crecia la tempestad, quisieron volverse á la nao, mas la fuerza del viento, habiendo quebrado una maroma gruesa, arrojó á ellos y al batel en el mar, donde luego fueron anegados.

No era menor el peligro en que estaba la misma nao, porque la furia de los vientos y olas era tan grande, que unas veces la levantaban hasta el cielo y otras la hundian hasta el abismo, rompiendo las velas y quebrantando los mástiles con que se gobernaba. Los que estaban dentro, perdida la esperanza de salvar las vidas, despidiéndose unos de otros con muchas lágrimas, procuraban aparejarse para la muerte, que á su parecer estaba tan cerca. Unos pedian á Dios misericordia, llorando sus pecados; otros hincados de rodillas delante de una imágen de nuestra Señora, hacian sus votos y promesas, y era tal el temor de la muerte, y tenia tan ocupados sus corazones, que los mismos oficiales del navío no sabian qué consejo tomar, porque veian al piloto mayor, que con ser muy diestro y práctico en aquella navegacion, mudaba tantos colores en su rostro, cuantas eran las olas que venian á dar sobre el navío, temiendo que con cada una de ellas se habia de hundir. Procuraban los Padres y Hermanos que allí iban ayudar á todos, confesando á los unos y consolando á los otros, que bien era menester para la afliccion presente y el trabajo que luego les vino, porque se acabó de romper la vela y quebrar el mástil en que habian tenido puesta su confianza hasta entónces, y para que la perdiesen del todo y la pusiesen en solo Dios, sucedió que como la tempestad era tan brava y las olas y vientos tan furiosos, y la nao estaba sin vela ni gobernalle, no pudiendo resistir á la fuerza de los vientos se torció, quedando la mayor parte de ella debajo del agua.

Con el grande vaiven que dió la nao, al tiempo que se torció cayeron todos los que estaban dentro, unos á una parte y otros á otra, y persuadiéndose que de aquella vez ellos y la nao iban á fondo, levantaron un alarido pidiendo á Dios misericordia, que bastara á quebrar el corazon de quien los oyera. Estando las cosas en este punto y sin esperanza alguna de remedio humano, los sacó de aquel tan peligroso la poderosa mano del Señor, para mostrar que donde faltaban los medios humanos, estaba aparejado el favor divino á los que tan de corazon le pedian y deseaban, porque cuando ya todos se daban por perdidos y anegados, los vientos que habian torcido la nao y puesto á todos en tanto peligro, batiéndola con grande fuerza y violencia por aquella parte, poco á poco la fueron enderezando, con lo cual los que estaban ya como muertos, caidos y tendidos por el suelo, tornaron á resucitar con alguna esperanza de vida viendo la misericordia que nuestro Señor con ellos habia usado, la cual se confirmó de nuevo, cuando el dia siguiente por la mañana vieron que la tempestad iba cesando y sosegándose los vientos.

Comenzaron luego á reparar la nao lo mejor que pudieron y á sacar el agua que en ella habia entrado, que serian más de catorce palmos de alto. Acrecentóse su alegría y consuelo, con que á mediodia descubrieron tierra que la tenian bien deseada. Este contento y gozo se volvió presto en nuevo desconsuelo, porque cuando entendieron todos que estaban á vista del Japon se hallaron cerca de la costa del Coray (1), donde pocos años antes estuvo otro navío en grande peligro, y por grande ventura se libraron los que iban en él de ser muertos ó cautivos. Púsoles esto en nuevo cuidado y temor, porque saltar en tierra era poner sus vidas en tanto peligro, como el que habian traido por la mar, y para ir á otra parte, ni tenian vela ni gobernalle, ni de qué hacerlo, ni aun provision y mantenimiento sino muy poco.

Muchos eran de parecer que tomasen tierra, diciendo que más querian morir peleando con los enemigos que anegados entre las olas del mar. Pero el piloto y gente más práctica sentian y decian lo contrario, pareciéndoles que en la tierra era evidente el peligro de perder las vidas y el navío; y el de la mar no era tan cierto, habiendo ya cesado la tempestad. Al fin este segundo parecer prevaleció y fué el más acertado como lo mostró la experiencia, porque con el buen temporal que entónces corria, enderezaron su viaje hácia Japon y fué nuestro Señor servido que al quinto dia descubrieron la tierra y á los ocho la tomaron en la isla de Tacujima, cinco leguas de Firando, donde residia entónces el P. Sebastian Gonzalez con otro compañero, los cuales vinieron luego á visitarlos al puerto. Los Padres y Hermanos que venian en aquella nao desde la India eran seis por todos.

Quedáronse en la nao los dos Padres con un Hermano algun tiempo, por el consuelo de los portugueses que allí estaban, y los otros dos con otro Hermano pasaron á Firando, y desde allí á Bungo á verse con el P. Francisco Cabral, donde llegaron poco después que el rey Francisco se habia bautizado.

En las demás partes del Jimo iba tambien creciendo el número de los fieles, porque en Fi-

(1) Así llama siempre el autor á la península de Corea.

rando, aunque el rey era enemigo de la ley de Dios y no gustaba de los cristianos, pero en lo exterior disimulaba con ellos, así porque los navíos de la India acudiesen alguna vez á sus tierras como por tener en ellas á D. Antonio, á don Juan y á otros caballeros principales á quien tenia respeto y sabia que no le habian de consentir ningun agravio que quisiese hacerles. Con el amparo y sombra de estos caballeros, se iban haciendo siempre algunos cristianos, de los cuales tenian cuidado los PP. Sebastian Gonzalez y Baltasar Lopez, que residian en Firando cuando llegaron á Tacujima los Padres que vinieron de la India.

Acudia á esta iglesia un niño que deseaba ser cristiano, pero no se atrevia por temor de su padre que era gentil y hombre principal, y sólo aguardaba que se muriese, porque estaba muy enfermo para cumplir su deseo. Envió el P. Sebastian Gonzalez un recaudo al padre de este niño, representándole su deseo y pidiéndole á él mismo, que pues estaba tan al cabo, holgase de ser cristiano antes de su muerte.

Respondió al principio con mucha resolucion negando la licencia para su hijo y diciendo que tampoco él queria ser cristiano, pero agravándose más la enfermedad con ella, le abrió nuestro Señor los ojos de su alma y envió á llamar al Padre para que le instruyese en la fe. Hízolo el Padre conforme á la brevedad del tiempo y bautizóle antes de su muerte. Consoló nuest o Señor á este enfermo con una maravillosa vision de un ángel que le apareció muy hermoso, vestido todo de blanco, y con una cruz en la mano, como él mismo lo contó poco antes de espirar.

En Facata donde estaban los PP. Melchor de Figueredo y Melchor de Mora, se hicieron más de otros 600 cristianos en la ciudad y en algunos lugares de su comarca. En uno de estos aconteció que pasando por allí el P. Melchor de Mora le salió al camino un niño de doce ó trece años diciendo que queria ser cristiano. Llevábale el Padre en su compañía para bautizarle en el pueblo á donde iba, mas los padres del niño que supieron su voluntad y deseo, salieron al camino, y como idólatras y endurecidos le volvieron por fuerza á su casa. Teniéndole ya en ella, procuraron apartarle de su propósito con halagos y con amenazas, mas nunca le pudieron mudar, antes yendo un dia el niño adonde estaban los ídolos de Jaca y Amida, á quien adoraban sus padres, les dió tantos palos, que al un ídolo quebró el brazo y al otro dejó muy maltratado. Viendo después lo que habia hecho y temiendo el castigo, dió cuenta de sus deseos á un hombre cristiano, el cual le acompañó y entregó al P. Melchor de Mora, y él le bautizó con mucho consuelo viendo la perseverancia que habia tenido en sus deseos.

Vino dentro de pocos dias el padre en busca de su hijo, y fué nuestro Señor servido que oyendo algunas cosas de la ley de Dios y entendiendo la razon que su hijo habia tenido para recibirla, volvió á su casa contento de que fuese cristiano, y trajo otra hermana del niño para que el Padre la bautizase. En otro lugar cerca de Facata habia un gentil que era hombre principal y rico, pero muy enemigo de los cristianos que vivian en el mismo pueblo, y así los traia afligidos y desconsolados, porque donde quiera que los encontraba, burlaba y reia de verlos con sus cruces al cuello y cuentas en las manos, y era grande impedimento para que otros recibiesen la ley de Dios. Pero el Señor, cuyos castigos van siempre mezclados con misericordia, dió á este hombre un accidente mortal y repentino, con que le abrió los ojos, y conociendo ser aquel castigo de sus culpas, con mucho dolor y reconocimiento de ellas, envió á llamar al Padre para que le diese noticia de la ley de Dios y le bautizase. Poco después de haber recibido el santo Bautismo murió dando muchas gracias á nuestro Señor porque le habia sacado de sus errores é ignorancias, y el que antes reia y burlaba de los cristianos, después que nuestro Señor le hizo tan grande merced no cesaba de persuadir á todos que se bautizasen, y así lo hicieron por su ejemplo otras diez y ocho personas.

No fué de ménos edificacion otro caso que sucedió en la ciudad de Facata. Vivia en ella un hombre anciano y principal, el cual tenia dos hijos, el uno era bonzo, de la secta de los jenjus, y residia en un monasterio de la ciudad de Funay; el otro estaba en compañía de su padre, porque era el heredero y sucesor de su casa. Este mozo comenzó á oir los sermones cuando el P. Melchor de Figueredo vino á Facata; pero no consintió su padre cuando lo supo, que los continuase, por ser muy devoto de los ídolos y haberles edificado un templo muy hermoso. Estando una noche durmiendo este viejo, le pareció que veia un templo al modo de los que tenian los cristianos, con su altar y muchos y muy ricos ornamentos, y que en medio del altar estaba una mujer de grande veneracion y hermosura con un niño pequeño en sus brazos, del cual salia un admirable resplandor. El viejo espantado de la vision y no sabiendo lo que significaba, preguntó á aquella señora que estaba en el altar, si aquel templo era el lugar donde

los cristianos adoraban á su Dios, ella le respondió bajando la cabeza y dándole á entender que sí, y con esto desapareció.

El dia siguiente contó este hombre á su hijo la vision, el cual aprovechándose de ella acudió luego á los Padres pidiendo que le acabasen de instruir en la fe y le bautizasen. Dijéronle, que atento que su padre le habia ya entregado el gobierno de su casa y hacienda, era necesario para bautizarle que no tuviese cuenta con los ídolos que su padre habia puesto en el templo, ni los favoreciese, antes procurase destruirlos. Él prometió de hacerlo, y con esto le bautizaron. Andaba este mozo con grande cuidado buscando modo como cumplir lo que habia ofrecido á los Padres, y al fin se determinó de tomar una noche cuantos ídolos habia en aquel templo y echarlos en el fuego para que se abrasasen y consumiesen. Cuando supo el viejo por la mañana lo que su hijo habia hecho, quisiera matarle. Echábale mil maldiciones, y para mostrar su enojo y sentimiento, decia que no era razon que él viviese más, pues habian sido quemados sus dioses.

Estando determinado de matarse, quiso dar cuenta primero de esto á su hijo el bonzo que residia en Funay, pareciéndole que tendria el mismo sentimiento y le alabaria mucho la resolucion que habia tomado. Con este intento se fué á la ciudad de Funay y contó al bonzo lo que pasaba, ponderando mucho el desacato y atrevimiento de su hijo, y que para mostrar la pena que tenia de la ofensa que se habia hecho á sus ídolos y dioses, él queria matarse para ir á descansar con ellos en su paraíso.

Pensaba el viejo que hiciera el bonzo grandes extremos por el atrevimiento de su hermano, pero no fué así, porque antes le respondió con mucha risa diciendo: «Bien falto de sexo estuviérades, padre, si vos quisiérades tomar la muerte por unos palos secos que mi hermano echó en el fuego, y yo me espanto mucho que siendo él ya cristiano, no ha quemado el templo juntamente con los ídolos, y lo que me parece es que os volvais á vuestra casa y no os desasosegueis por cosa que tan poco importa.»

Quedó el viejo espantado de lo que su hijo le dijo siendo bonzo, y vuelto á su casa tornó á tratar con el primer hijo que ya era cristiano, con deseo de salir de las ignorancias y errores en que hasta entónces habia vivido; y así aprovechó la vision á entrambos. Dejemos por ahora la cristiandad de los reinos del Jimo en este estado, y pasemos á la de Meaco, donde tambien iba con mucho aumento el año de 78 como luego veremos.

CAPÍTULO XXIV

Del aumento que tenia la cristiandad en las partes de Meaco, y el favor que Nobunanga hacia á los Padres.

Así como iba creciendo el número de los fieles en los reinos del Jimo, le iba nuestro Señor aumentando tambien en las partes de Meaco, porque en las iglesias que de nuevo se habian edificado, y en las demás fortalezas donde residian algunos caballeros cristianos, se convertian muchos cada dia á nuestra santa fe, y los Padres y Hermanos que residian en aquel reino andaban continuamente discurriendo de unas partes á otras para satisfacer el deseo de todos; y por la misericordia del Señor el año de 1578 hallaron los Padres por cuenta que el número de los cristianos llegaba en las partes de Meaco á 20.000, y entre ellos muchos caballeros y gente principal. Estando el P. Organtino en el reino de Inga, donde se habian bautizado muchos gentiles, entró el demonio en el cuerpo de un bonzo quejándose con grandes voces que le habian tomado sus siervos y le hacian pasar mucho trabajo porque ya no tenia criados ni de quién servirse, y que la causa de habérselos quitado habia sido estar en la sierra ausente del lugar, porque de otra suerte no consintiera tal afrenta como aquella. Otra vez comenzó á decir contra el mismo Padre muchas blasfemias y palabras injuriosas, porque viniendo de hacer un Bautismo de 400 personas, él y los cristianos recien bautizados entraron en un templo y echaron á rodar por el suelo las estátuas de los ídolos que en él habia.

Ayudaba grandemente para estas conversiones echar de ver la gente el poco valor y poder de sus ídolos, pues Nobunanga que habia muerto tantos bonzos y destruido tantas universidades y templos, en lugar de haberle castigado por ello, cada dia crecia en sus estados y monarquía. Movíales tambien por otra parte ver el grande favor que este príncipe tan poderoso hacia á los Padres porque predicaban la ley de Dios, y algunos se persuadian que Nobunanga era cristiano de secreto. Yéndole á visitar el P. Organtino, al principio del año de 78 cuando solian venir los señores del Japon á hacer lo mismo por sí ó por embajadores conforme á su costumbre, estando el palacio lleno de señores y caballeros, dijéronle cómo estaban allí el Padre y su compañero; y á la hora los mandó entrar hasta el aposento donde dormia, dejando á todos los demás en las salas de afuera. Detúvose con ellos

más de una hora platicando de diversas cosas, lo cual con nadie solia hacer.

No se contentaba Nobunanga con hacer semejantes favores á los Padres, sino que cuando alguna vez le daban quejas, él mismo respondia por ellos, y para ver si lo que le decian de ellos ó de los cristianos tenia fundamento, informábase algunas veces secretamente de cómo vivian los unos y los otros. Estando un dia en palacio con muchos señores y caballeros, preguntó á uno de ellos, ¿qué os parece á vos de la ley de los cristianos? Respondió el caballero que él sabia poco de lo que tocaba á aquella ley, pero que en sus tierras tenia algunos cristianos y vasallos suyos que le obedecian y servian con más fidelidad que ningunos otros; y solo trataban de huir lo que era malo y hacer lo que era virtud y conforme á razon. Preguntó luego á otros señores que dijesen ellos tambien lo que les parecia, y todos le respondieron como el primero. Dijo él entónces, eso mismo siento yo de la ley de los cristianos y esa es la causa de que los persigan tanto los bonzos, y levanten falsos testimonios porque esta ley es muy contraria á sus vicios, y eso me obliga á mí á favorecerla y honrar á los que la predican. De estas y otras muchas palabras que solia decir Nobunanga en diversas ocasiones venian á tener todos mucha estima de la ley de Dios en todos sus reinos, y los señores que no la recibian á lo ménos holgaban de que se predicase en sus tierras, y que sus vasallos fuesen cristianos por la fidelidad que hallaban en ellos, y el gusto que daban á Nobunanga en favorecerlos.

No sólo el rey sino los príncipes sus hijos que eran tres, mostraban este mismo favor y voluntad que su padre. Viniendo una vez á Meaco, luego fueron á ver la iglesia y gustaron oir sermon mostrando ir muy contentos de lo que se les habia predicado. Habia dado Nobunanga un reino á cada uno de estos príncipes, los cuales dijeron al P. Organtino, que en teniendo lugar y tiempo desocupado de ciertas guerras que traian entre manos, habian de llevar Padres á sus tierras para que predicasen á sus vasallos la ley de Dios que le parecia muy buena y santa. Habia tomado nuestro Señor á Nobunanga y á sus hijos por defensa y amparo de su ley en aquella tierra, para que con su potencia reprimiesen la furia y persecuciones de los bonzos y gentiles, y pudiese extender sus ramos aquella tierna planta en reinos tan diversos.

CAPÍTULO XXV

De la virtud y devocion del rey Francisco y del príncipe su hijo, y de los trabajos que sucedieron en el reino de Bungo y muerte de D. Simon.

Grande era el fruto y conversion que se esperaba en el reino de Bungo con el Bautismo del rey Francisco y el deseo que tambien mostraba de ser cristiano el príncipe su hijo, el cual detenia su Bautismo hasta que llegase á Vosuqui el P. Alejandro Valiñano que estaba ya en Nangasaqui y venia por Visitador del Japon.

Llegó el P. Alejandro de Macao á Nangasaqui entrado el año de 1579, con deseo de partirse luego para Bungo, por las nuevas que ya tenia del rey y deseos de su hijo, pero detúvose hasta ver el suceso de cierta guerra que entónces se comenzaba con más calor en el reino de Fiunga, porque el rey de Sajuma, que al principio se habia hecho señor de aquella tierra, sintió mucho perderla y quiso tornarla á cobrar segunda vez. Para esto apercibió su gente y entró por el reino de Fiunga con un poderoso ejército; mas el príncipe que habia quedado en Vosuqui despues de la partida de su padre, teniendo aviso de lo que pasaba, juntó con grande presteza otro ejército de 40.000 hombres, y envió por capitan general de esta gente á Chicacata su tio y padre de D. Simon, aunque con órden de que no hiciese más de lo que el rey Francisco su padre le mandase, y para proveer mejor lo que fuese necesario á la guerra, mudó su corte de la ciudad de Vosuqui á otra que se decia Nocen, en los confines del reino de Fiunga.

Con este ejército que vino de Bungo, presto se fué cobrando lo que habian ganado los de Sajuma, y como se iban tomando los lugares y fortalezas, por órden del rey Francisco se iban destruyendo cuantos ídolos y templos habia en ella y edificando iglesias. Por el tiempo que duraba la guerra dejó el rey Francisco su nueva ciudad y pasóse á una de aquellas fortalezas que se habian ganado, en la cual hizo edificar una iglesia con intento de residir allí, para proveer más de cerca lo que fuese necesario en el ejército. Decíale misa cada dia el P. Francisco Cabral y tenia sus confesiones y comuniones tan concertadas como si fuera un religioso, y el tiempo que le sobraba de los negocios gastaba en oracion y en oir cosas de la ley de Dios.

En la ciudad de Nocen, donde estaba el príncipe su hijo, no habia ménos devocion que en la fortaleza donde residia su padre, porque habia llevado consigo desde Vosuqui al P. Luis Froes

y para animar á sus vasallos á que oyesen los sermones de mejor gana, siempre se hallaba presente á todos los que el Padre predicaba. Algunos señores y caballeros que eran aversos y contrarios á la ley de Dios, solian decir al príncipe que no era razon estuviese Su Alteza tan ocupado en oir sermones en tiempo de guerra. Pero él les respondia, que ya sabian cómo habia mudado su corte á la ciudad de Nocen, para atender de propósito á las cosas de la guerra, y así lo hacia; pero que si la ley de Dios les parecia cosa de tan poca importancia, oyesen primero los sermones y después podrian dar mejor su parecer.

Sabiendo este príncipe que su madre Jezabel persuadia con todas sus fuerzas á la princesa su mujer (que habia quedado en Vosuqui) que no fuese cristiana, envió allá al P. Luis Froes para que la confirmase en su primera determinacion y propósito. Vuelto el P. Luis Froes á Nocen y continuando sus sermones, se convirtió un cuñado del príncipe llamado Cotandono con su mujer, que era hermana del mismo príncipe, que fué para él de mucho gusto y consuelo. Tambien se convirtió otro caballero principal que era gobernador de aquella tierra de Nocen con su mujer, el cual se llamó D. Leon y su mujer María, y para mostrar D. Leon la voluntad con que se hacia cristiano, hizo quemar luego todos los templos de los camis y fotoques que habia en aquella tierra que él gobernaba, y á su costa hizo una muy buena iglesia en la misma ciudad de Nocen.

Saliendo el príncipe una tarde al campo á caballo con muchos señores que le acompañaban, diéronle una carta del rey su padre, en que le decia cómo se habian tomado tres fortalezas de mucha importancia sin perder gente ni derramar sangre, y que estaban ya muy cerca de tomar otra, que era la principal de todas. En leyendo la carta se apeó el príncipe de su caballo, y puesto de rodillas en el suelo dió gracias á nuestro Señor por la victoria que le habia dado.

En un lugar cerca de aquella ciudad habia algunos gentiles que deseaban ser cristianos. Érales grande impedimento para cumplir sus deseos cierta obligacion que tenian todos los de aquel pueblo, á hacer una fiesta muy solemne de un ídolo, y habíase de levantar todo el lugar contra ellos si no acudian á celebrarla. Supo el príncipe lo que pasaba, y envióles á decir que se hiciesen cristianos, que en sus reinos no habia que hacer caso de camis, ni fotoques, ni otras fiestas de ídolos, para dejar por ese respeto de recibir la ley Dios. Estos eran los deseos que mostraba el príncipe en todas las ocasiones que se ofrecian, y era uno de los mayores consuelos que el rey Francisco su padre tenia, porque deseaba la conversion de su hijo, como la salvacion suya propia, y estaba muy persuadido, que en siendo entrambos cristianos, no habia de quedar en sus estados persona principal que no lo fuese.

Estos deseos tan fervorosos del rey Francisco y del príncipe su hijo probó nuestro Señor muy bien con un trabajoso y desastrado suceso que tuvo el ejército por culpa y descuido de Chicacata, lo cual pasó de esta manera. Estando sobre la principal fortaleza del reino de Fiunga con 40 000 hombres teniendo el negocio por acabado, y pareciéndoles que la habian de tomar como las otras sin echar mano á la espada, comenzáronse á descuidar y no hacer caso de los enemigos; pero el rey de Sajuma, viendo que si el ejército de Bungo, siendo tan poderoso, acababa con lo de Fiunga se le habia de entrar por sus tierras y ponerle en mucho aprieto, quiso ganar por la mano, juntó para esto toda su gente, y marchando de noche y de dia, dió en el ejército de Bungo cuando estaban más descuidados de semejante rebato, y fué tan grande el estrago que en ellos hizo, que de los 40.000 hombres apénas quedó quien pudiese volver con las nuevas, si no fueron algunos pocos que se escaparon á uña de caballo.

Teniendo aviso de esta pérdida el rey Francisco y que el ejército de Sajuma venia en seguimiento del alcance, tomó toda su casa y á los Padres que consigo tenia, y volvióse para la ciudad de Vosuqui, y lo mismo hizo el príncipe desde la ciudad de Nocen, quedando los de Sajuma señores del reino de Fiunga. Grande fué la pena de los PP. Francisco Cabral y Luis Froes temiendo no hiciese este caso tan desastrado algun sentimiento en el rey Francisco y en el príncipe su hijo, especialmente que luego comenzaron los bonzos y gentiles á decir (como solian) que aquel habia sido castigo de sus dioses, porque los reyes favorecian tanto la ley de Dios; mas el mismo Señor fué servido dar en esta ocasion constancia y fortaleza al rey y á su hijo para que no hiciesen mudanza en sus propósitos y deseos, antes ellos mismos consolaban á los Padres. Dijo una vez el rey Francisco, cuando sucedió este trabajo, hablando con el P. Cabral: «Yo soy cristiano, y con toda esta adversidad no se me ha mudado el corazon; bien sabia Dios nuestro Señor mi voluntad y la vida que yo deseaba hacer en Fiunga, mas ya que él fué servido por sus ocultos juicios que este trabajo sucediese, yo soy muy contento de ello y de sujetar mi flaco juicio á su divina sabiduría

y providencia.» Otras veces para consolarlos decia, que habia Dios permitido aquel desastre para mayor bien de la cristiandad, porque habian muerto allí algunos de los mayores enemigos que tenia la ley de Dios en Bungo. Casi las mismas razones dijo el príncipe en la ciudad de Nocen al P. Luis Froes cuando supo la pérdida de su gente, y vuelto á Vosuqui, diciéndole algunos señores gentiles que dejase de favorecer aquella ley, pues tan mal le habian sucedido sus negocios, y que todo el reino lo atribuia á ser castigo de sus dioses, respondió con un pecho y ánimo generoso, que hasta allí habia ido contemporizando con su madre y con sus vasallos, pero que desde allí adelante libremente pensaba hacer lo que viese ser necesario para la salvacion de su alma, y para mostrar que no habia hecho mudanza ni sentimiento en su corazon lo pasado, tomó un rosario y púsosele al cuello delante de todos, y fué harta parte ver esto, para que los gentiles no se descomidiesen contra los cristianos.

Cuando Chicacata fué con el ejército á Fiunga por capitan general, viendo la devocion y aficion que el príncipe mostraba á la ley de Dios, y que en todo se gobernaba por su padre, y lo que el rey Francisco habia hecho con su hermana la reina Jezabel, por ganar á entrambos la voluntad dió muestras de querer tornar á recibir en su casa á D. Simon, y tenerle por hijo y heredero de su estado, y así le pidió al rey Francisco, y después le traia en su compañía en el ejército, tratándole como cuando estaba muy en su gracia; mas nuestro Señor Dios cuyos consejos son incomprensibles, no quiso que tuviese este caballero por premio de su grande virtud la herencia de la casa de Chicacata, sino el que Su Divina Majestad le tenia aparejado en el cielo, y así permitió que fuese uno de los que murieron en aquella refriega á manos del ejército de Sajuma, peleando como buen caballero junto á su padre Chicacata, el cual tambien quedó muy mal herido entre los muertos, y muchos dias le tuvieron por tal, hasta que después pareció y le llevaron á curar á Funay.

Quien mirare la muerte de D. Simon con ojos de sola prudencia y discrecion humana, no me espantaria que la tuviese por temprana y fuera de razon, y aun le pareciese que estaba mejor empleada en él la vida, pues la habia ofrecido tan de veras á nuestro Señor y á su servicio que en otros muchos que escaparon con ella; pero quien atentamente considerare y supiere ponderar con luz del cielo á cuantas mudanzas está sujeto un corazon humano, y la poca firmeza y estabilidad que tiene en sus propósitos y determinaciones, echará de ver la singular merced que nuestro Señor hizo á este caballero en llevarle para sí en lo más florido de su edad, y en medio de sus mayores y más encendidos deseos de agradar y servir á la Divina Majestad, porque como dice el Espíritu Santo, era su alma agradable en los ojos de Dios, y así quiso cogerla temprano: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum eius* (Sap. 4) porque no mudase ni trocase su corazon la malicia del demonio con sus tentaciones, ni la de los hombres con sus persuasiones como aconteció al príncipe de Bungo su primo, que con ser sus deseos tales y tan fervorosos como hasta ahora habemos dicho, tuvo después tantas mudanzas y tan ruines sucesos como veremos en diversas partes de esta historia. De manera que quien mirare el remate y discurso de la vida de entrambos, dirá con mucha razon: *Laudavi magis mortuos quam viventes.* (Eccles. 4) que fué más dichosa la suerte de D. Simon, que murió sin heredar la casa de su padre, que la del príncipe de Bungo con toda la herencia de sus reinos.

CAPÍTULO XXVI

Cómo se juntaron los Padres que andaban en Japon en el puerto de Cochinozu, y el principio y orígen que tuvieron las guerras que sucedieron en el reino de Bungo.

Llegado á Japon el P. Alejandro Valiñano al principio del año de 79, aunque deseó ir luego á Bungo, con el nuevo aviso que tuvo de la guerra de Fiunga y del ruin suceso de ella con otras alteraciones que despues sucedieron en aquel reino, le pareció detenerse algunos dias y juntar los Padres que andaban en aquellas partes en el puerto de Cochinozu, para comenzar desde allí su visita.

Acudieron todos los que estaban en el Jimo para el tiempo que les fué señalado, porque los de Meaco no era posible venir tan presto. Estando juntos los Padres en su congregacion, trataron algunas cosas de mucha importancia para el consuelo y aprovechamiento de los religiosos que trabajaban en aquellos reinos, y para ayudar á la cristiandad que se iba criando en ellos.

Entre otras cosas determinaron que se repartiese el gobierno del Japon en tres partes. La una, de los que residian en las partes de Meaco. La segunda, de los que estaban en los reinos de Figen, que son Arima, Omura, Firando y Goto. La tercera, de los que vivian en Bungo, para que los Padres y Hermanos que andaban en diversas

misiones acudiesen á los Superiores inmediatos que habia en estas partes con las cosas particulares que se ofreciesen, y el Provincial pudiese atender mejor á las cosas más universales de su gobierno y provincia.

Lo segundo se asentó que atento que el número de los Padres y Hermanos que entónces habia en Japón llegaba á 59, de los cuales 23 eran sacerdotes y los demás estudiantes y coadjutores, que se hiciesen algunos colegios de propósito y casas de residencia; los colegios para que estudiasen allí la lengua del Japon y las demás letras de que tuviesen necesidad para ayudar á los prójimos; las casas de residencia para que de ordinario hubiese en ellas un Padre y un Hermano por lo ménos, los cuales acudiesen á las necesidades de los cristianos y gentiles, y los que estuviesen trabajando en estas residencias, se recogiesen tambien á sus tiempos á los colegios de aquel distrito, para repararse en sus necesidades temporales y espirituales.

Lo tercero, les pareció que supuesta la grande falta que siempre habia de obreros y cada dia habia de ser mayor, creciendo el número de los fieles, se hiciese alguna casa de probacion donde se pudiesen recibir y criar algunos sujetos que venian desde la India con este deseo, ó algunos naturales de la tierra en los cuales se viesen tales partes que con ellas pudiesen servir á nuestro Señor en los ministerios de la Compañía.

Lo último, que seria de mucha utilidad y provecho instituir algunos seminarios al modo de los convictorios de Europa, donde se criasen muchos mozos que habia hábiles y de buenas partes, así en letras como en virtud, por ser grande la necesidad de esto en aquella tierra á causa de que yendo estos niños á deprender sus letras en los monasterios de los bonzos, como ellos son tan contrarios á la ley de Dios, era de grande inconveniente para conservar la fe y las buenas costumbres.

Todas estas cosas quedaron determinadas en aquella junta para irlas ejecutando como el tiempo y ocasiones diesen lugar. Tambien se repartieron desde allí algunos Padres y Hermanos á diversas partes conforme á las necesidades que entónces habia, y porque una de ellas era en las partes del Meaco, fué señalado para ir allá el P. Gregorio de Céspedes con un Hermano. Despachados todos los Padres cada uno para el puesto donde habian de residir, el P. Alejandro se quedó en el reino de Arima entretanto que se quietaban las cosas de Bungo, con intento de procurar la conversion de este rey por haber él dado tantas muestras de ello al P. Francisco Cabral y pedírselo con mucha instancia el rey D. Bartolomé que deseaba sumamente ver ya cristiano á su sobrino. Era este negocio de grande importancia para toda la cristiandad del Jimo, porque bautizándose el rey de Arima y haciéndose á una con el de Omura que era su tio, y el de Bungo que era tan poderoso, y juntándose con otros muchos señores que ya eran cristianos, tenian los fieles en aquellas partes grande amparo y defensa contra los bonzos y gentiles, que eran muchos.

Pero antes que digamos el suceso que tuvo la conversion de este rey, será bien que apuntemos el orígen de las guerras y disensiones que hubo en los reinos de Figen y de Bungo, las cuales dieron mucho en qué entender á estos tres reyes. Entre los señores y conjus que habia en el reino de Arima, hubo uno muy poderoso que se decia Riozogi, al cual tuvo cercado una vez y muy apretado el rey Andrés difunto y padre del que reinaba en los años de 78 y 79; este Riozogi, estando cercado tuvo tal maña por medio de otro amigo suyo llamado Isafay (de quien tambien se hizo mencion) que irritó contra el mismo rey á los demás conjus y señores que estaban en el ejército, de manera que tuvo por bien alzar el cerco y volverse á su ciudad de Arima, y desde entónces quedaron alterados contra el rey muchos de aquellos señores y le pusieron algunas veces en harto aprieto y trabajo, y con el favor de estos intentó Isafay de quitar el reino á D. Bartolomé su cuñado, juntándose para ello con el rey de Firando, y otra vez vino tambien Riozogi con la misma pretension, pero á él y á Isafay los venció y desbarató D. Bartolomé como en su lugar queda dicho.

Muerto el rey Andrés, sucedió su hijo en el gobierno, y hallándose con pocas fuerzas para resistir á estos conjus que siempre le daban trabajos, hizo conciertos con el rey de Bungo para ayudarse de su favor si fuese necesario, de lo cual resultó que algunos de aquellos señores de Arima dieron de su voluntad la obediencia al rey de Bungo por ser tan poderoso, temiendo no los destruyese el de Arima estando á una con él. Solo Riozogi nunca quiso dar la obediencia ni hacer amistad al rey de Bungo, antes se le mostró contrario y enemigo, hasta que le apretó tanto el de Bungo, que le vino á rendir más por fuerza que de su voluntad. Estando las cosas en este estado, sucedió la muerte del rey de Fiunga, y entrar en él los de Sajuma y el quitársele los del ejército de Bungo.

Pero con la segunda victoria que tuvo el rey de Sajuma, en la cual mató casi 40.000 hombres, como queda dicho, viéndose tan pujante y se-

ñor del reino de Fiunga, solicitó á los conijus y señores de Figen que habian dado obediencia al rey de Bungo, para que se la quitasen y le hiciesen guerra, como lo hicieron Riozogi y otro señor tan poderoso como el del reino de Chicujen, que se decia Azequi; estos dos conijus se confederaron entre sí y con el rey de Sajuma, y comenzaron á hacer guerra al de Bungo por diversas partes de sus estados, porque el rey de Sajuma comenzó por el reino de Fingo, Riozogi por el de Chicungo y Azequi por el de Chicujen. Como fué esto á tiempo, que estaba el rey de Bungo tan solo de gente por la pérdida y rota de Fiunga, no pudo acudir á tantas partes con la gente que era necesaria para su defensa, especialmente que en el mismo reino se turbaron y alteraron las cosas de manera, que fué necesario por acudir á esto desamparar lo demás, de lo cual resultó que Riozogi no hallando quien le hiciese rostro, se hizo señor de todo el reino de Chicungo y sujetó tambien algunos conijus y señores del reino de Figen. Por otra parte Azequi tomó todo el reino de Chicujen y comenzó á entrar por el de Buijen, y el de Sajuma se hizo señor de grande parte del reino de Fingo, y el de Bungo quedó por todas partes oprimido y apretado.

Viéndose Riozogi hecho señor del reino de Chicungo, comenzó á hacer guerra á las tierras de Arima y Omura, y al fin por vía de concierto se compuso por entónces con estos dos reyes y pasó adelante con su gente al reino de Fingo, que habia tomado ya para sí el de Sajuma, y fué ocasion de que hubiese disension entre los dos y se diesen por enemigos el uno del otro.

Poco después como Riozogi era de suyo ambicioso y muy inquieto, con muy pequeña ocasion tornó á romper con los reyes de Arima y Omura, y determinó destruirlos de todo punto, y vino el de Sajuma á socorrerlos por vengarse de Riozogi, y en su lugar diremos el fin y suceso que tuvieron estas guerras.

CAPÍTULO XXVII

Cómo se hizo cristiano el rey de Arima y se llamó D. Protasio.

Quedó el P. Alejandro en el puerto de Cochinozu con la determinacion que hemos dicho, de procurar por todas vías la conversion del rey de Arima, por ser de tanta importancia para aquella cristiandad del Jimo; y así, en habiendo despedido los Padres que estuvieron en aquella congregacion, tomó su camino desde Cochinozu para Arima, donde residia el rey. Hallóle algo resfriado en sus propósitos y deseos, porque sus tios y abuela y otros bonzos principales le habian persuadido mucho que no se hiciese cristiano; pero con las razones que el Padre le dió, dijo que gustaria de oir los sermones de la doctrina y catecismo. Era este rey de muy buen entendimiento, y las verdades le iban haciendo fuerza, y al fin obrando con ellas la gracia de nuestro Señor, vino á determinarse en ser cristiano, y para excusar algunos inconvenientes, concertó con el Padre que para tal dia estaria en el puerto de Cochinozu, y que allí se bautizaria con un tio suyo y otro sobrino que tenian el mismo deseo.

Estando todas las cosas á punto en Cochinozu para el Bautismo y el P. Visitador esperando allá, queriendo el rey partirse de Arima, le dió un desmayo de repente tan grande, que cayó en el suelo sin sentido, y de esta manera le volvieron á su aposento. Como se entendió en la ciudad á lo que iba el rey á Cochinozu y lo que le habia sucedido, comenzaron los bonzos y gentiles á levantar bandera, y decir que aquel era castigo manifiesto de sus dioses, porque el rey queria dejar su ley y tomar otra; pero nuestro Señor que probó al rey en esta ocasion, le tuvo tambien de su mano para que no fuese bastante lo que sucedió, ni lo que sus vasallos decian para mudar su determinacion y propósito, y así lo envió á decir al P. Alejandro que estaba en Cochinozu con la pena y cuidado que se puede pensar.

Adivinaba el demonio la guerra que este buen rey le habia de hacer en siendo cristiano, y con cuánto valor y ánimo habia de aventurar su persona y estados una y muchas veces en defensa de la ley de Dios; y así, procuraba con todas sus fuerzas impedirlo, porque estando ya con salud y habiendo señalado segunda vez dia para su Bautismo, le puso otro mayor impedimento, y fué que á la misma sazon vino Riozogi contra Arima (habiéndose ya hecho señor del reino de Chicungo, como queda dicho) con un pujante ejército, y el rey se halló necesitado de acudir al socorro de sus vasallos. Ocasiones eran estas para desbaratar cualesquiera propósitos y deseos, sino tuviera el Señor prevenido el corazon de este rey con su gracia, dándole á sentir que de sola su mano le habia de venir el remedio de todos sus trabajos y aprietos; y no se engañó. Dió el rey mucha prisa al P. Alejandro que le viniese á bautizar á una fortaleza donde estaba dando órden en lo que tocaba á la guerra. Íbalo el Padre dilatando por ver la tierra tan levantada y puesta en armas por la venida de Riozogi; pero el rey tornó á hacer tanta ins-

tancia, que se hubo de condescender con su deseo sin dilatarlo para otro tiempo. Llegado el Padre á la fortaleza, acabaron de oir los sermones algunos caballeros que deseaban ser cristianos, y cuando ya estaban bien intruidos, se bautizó el rey, que se llamó D. Protasio, y con él su tio y sobrino con otros muchos caballeros.

Así como el rey tuvo tanto cuidado de hacer lo que tocaba al servicio de nuestro Señor y bien de su alma, le tuvo Su Divina Majestad en dar buen suceso á sus negocios, porque yendo el P. Alejandro á hablar á Riozogi de parte del rey D. Protasio, y proponiéndole las razones que tenia de acordarse de los reyes de Arima y favores que en tiempos pasados le habian hecho cuando era su vasallo, contra toda su inclinacion y lo que de ella se podia esperar, parece que trocó Dios su corazon para que aceptase los partidos que el rey le hacia, y así pasó adelante con su ejército al reino de Fingo, sin hacer daño en el de Arima. Decian después los gentiles, que el haberse hecho cristiano el rey le habia aprovechado para su alma y para la conservacion de sus estados. En reconocimiento de este beneficio que nuestro Señor le habia hecho, vuelto el rey á la ciudad de Arima, hizo destruir más de 40 templos de ídolos muy principales; los bonzos que en ellos vivian algunos se convirtieron, y los que estaban endurecidos y más obstinados se salieron del reino. Pocos dias después se bautizó tambien la reina, y se llamó doña Lucía. Con el ejemplo de estos príncipes comenzaron luego sus vasallos á oir sermones, y en sola la ciudad de Arima se hicieron más de 4.000 cristianos. Edificóse luego una iglesia muy hermosa y capaz, donde acudian todos con mucho fervor y devocion.

Deseando el P. Visitador poner en ejecucion algo de lo que habia tratado con los Padres en la congregacion de Cochinozu, estando un dia hablando con el rey, le representó la importancia y necesidad que habia de que los hijos de los señores y caballeros no se criasen en los monasterios de los bonzos ni tuviesen recurso á ellos, especialmente siendo cristianos, y cuánto les ayudaria para su virtud el criarse en un Seminario al modo de los que hay en Europa, donde pudiesen deprender virtud y buenas costumbres, junto con las letras. Contentóle tanto al rey esta traza, que luego mandó señalar un sitio muy bueno para la casa, con su huerta muy fresca y apacible, para recreacion de los niños; y que el edificio se hiciese con todo cuidado y diligencia.

Daba en este tiempo mucha priesa con cartas el rey Francisco al P. Visitador, para que se llegase á Vosuqui, porque deseaba asentar algunas cosas con su venida, y tratar muy de veras el Bautismo de su hijo. Pareció que no se podia negar al rey Francisco lo que tan justamente pedia y deseaba. Estando ya el Padre de camino para Bungo, recibió otra carta del mismo rey, en que le pedia no saliese de Arima hasta que le diese nuevo aviso de su venida, por algunos inconvenientes que se habian ofrecido, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVIII

De la mudanza que hubo en el príncipe de Bungo, con otras cosas que sucedieron en aquel reino y en el del Goto.

En el cap. XXVI queda dicho cómo Riozogi se hizo señor del reino de Chicungo, y su amigo Aquezuqui del reino de Chicujen, y de grande parte del de Buijen, y el rey de Sajuma tambien se apoderó del reino de Fingo; con esta ocasion se alteraron algunos señores y vasallos del reino de Bungo, los cuales pidieron al príncipe les jurase ciertos capítulos por sus camis y fotoques, segun la costumbre de los gentiles, porque de otra manera no le favorecerian en estas guerras. Los capítulos en sustancia eran, que volviese á los bonzos y templos de sus ídolos las rentas que les habia quitado, y se celebrasen las fiestas de sus dioses con la solemnidad que solian.

Hallóse el príncipe muy apretado, así con las guerras como con la peticion de sus vasallos, y por ser algo mudable y fácil de su condicion, dejándose llevar del parecer y consejo de algunos caballeros gentiles, vino á conceder lo que sus vasallos le pedian y hacer el juramento por sus dioses, declarándose con esto por gentil, y desde aquel dia comenzó á retirarse de la familiar comunicacion que antes tenia con los Padres, aunque cuando le iban á hablar sobre algun negocio ó los encontraba en la calle, los trataba con honra y cortesía, y daba muestras de que tenia el mismo deseo y voluntad, que primero, de ser cristiano; pero que cumplia con los gentiles por el aprieto y necesidad en que se hallaba.

Fué tan grande el sentimiento que tuvo el buen rey Francisco de lo que su hijo habia hecho, que le dió una grave enfermedad de pena y tristeza, y para mostrar el caso que hacia de este negocio, aunque el príncipe y la princesa vinieron á visitarle, no quiso verlos ni darles licencia para que entrasen donde él estaba. En otra ocasion estando presentes muchos señores

y caballeros, dijo mostrando su grande valor y pecho, que nadie se atreviese á maltratar los cristianos ni afligirlos, porque siendo él uno de ellos, habia de tomar sus agravios por muy propios. Estas palabras que dijo el rey, y la demostracion que hizo con su hijo fueron bastantes para que los gentiles no persiguiesen en aquella ocasion á los cristianos, por el grande respeto que todos le tenian.

Viéndose el rey Francisco libre del gobierno de sus estados, y lo que su hijo habia hecho sin tomar su parecer y consejo, procuraba olvidarse de todo punto de los negocios temporales, y ocuparse en lo que más le importaba, que era la salvacion de su alma, edificando á todos con el ejemplo de su vida, y animándolos á la virtud. Confesaba y comulgaba cada ocho dias, y tenia sus horas determinadas por la mañana y tarde para meditar los misterios de la vida y muerte de Cristo nuestro Señor. A la noche mandaba juntar sus criados en la capilla de su palacio, para que rezasen en su compañía el Rosario de nuestra Señora, puestos de rodillas delante del altar.

Estando en Fiunga hizo tres votos sin dar cuenta de ellos á nadie movido de su fervor y devocion, los cuales traia escritos en un librito de memoria, donde ponia algunas mercedes particulares que nuestro Señor le hacia. El primero era de no volver atrás en la fe que habia recibido, aunque hubiese de perder por ello sus estados y la vida. El segundo de guardar no sólo los mandamientos de la ley de Dios, mas en cuanto pudiese los consejos que le diesen sus confesores para la salvacion y aprovechamiento de su alma. El tercero de guardar castidad conyugal.

Estando la noche del santo Nacimiento del año 1579 oyendo las tres misas hincado de rodillas, después de haber comulgado él y la reina su mujer en la postrera, se derribó delante del altar, postrado en el suelo por más de una hora, derramando muchas lágrimas. Contó él después al P. Luis Froes su confesor, que en toda su vida habia sentido tan grande consuelo y alegría en su corazon, como la que nuestro Señor le habia dado aquella noche en la consideracion de su santo Nacimiento.

Sucedió en este tiempo que un caballero de los principales y ricos de aquel reino que se decia Chicasiro, se salió de la corte sin despedirse del príncipe ni de nadie, por ocasion de ciertos disgustos que tuvo con Chicacata, hermano de Jezabel. Por ser este caballero poderoso y muy emparentado en el reino, dió mucho cuidado su salida, temiendo algun alboroto en aquella ciudad y en otras partes, sabiendo que iba disgustado.

Desde su tierra envió á decir al príncipe que le mandase volver las tierras que su padre le habia quitado los años pasados para darlas á Chicacata y á su hermana, porque si no él las cobraria. Hallóse el príncipe muy atajado por ser el tiempo y coyuntura en que se levantaba Chicasiro, tan ocasionada para llevar tras sí á otros muchos deudos y parientes que tenia y turbar con esto la paz del reino. Al fin, por consejo del rey Francisco hubo de hacer el príncipe de la necesidad virtud y volver á Chicasiro sus tierras, quitándolas á su madre y á su tio, lo cual se tuvo por justo castigo del cielo que perdiesen entrambos hermanos los estados que tan injustamente quitaron á D. Simon, desheredándole de ellos, de lo cual resultó que el uno y el otro quedaron pobres y humillados, y su enemigo Chicasiro tan poderoso, que si no se atravesaran de por medio el rey y el príncipe, los acabara de destruir de todo punto. Viéndose Chicacata caido de su autoridad y estado, se retiró á un lugar suyo, no se atreviendo á parecer en la corte.

Poco después murió Chicasiro de una postema, y sucedió en el estado su hijo Chicacura, el cual por otras nuevas ocasiones que se ofrecieron tornó á disgustarse con el rey y príncipe, y para vengarse de ellos, determinó prender al P. Visitador y á los que traia en su compañía, sabiendo que habian de pasar por su tierra para venir de Arima á Vosuqui. Supo esto el rey Francisco y dió aviso al P. Alejandro para que se detuviese en Arima hasta que se compusiesen las cosas con Chicacura, lo cual se hizo entónces con facilidad, aunque después se tornó á alterar, como se dirá en su lugar y el suceso que tuvo.

Cuando estas cosas pasaban en Bungo, sucedió la muerte del rey D. Luis, señor del reino del Goto, que fué harto trabajo para aquella cristiandad, porque dejó un solo hijo por sucesor cristiano y de su mismo nombre, pero tan pequeño y niño, que hubo de tomar el gobierno de aquella tierra un tio suyo que era gentil, el cual al principio comenzó á desfavorecer á los cristianos, y después á perseguirlos descubiertamente, haciendo cortar las cruces y no consintiendo que acudiesen los Padres á predicar la ley de Dios ni que los cristianos viviesen como tales, á cuya causa se salieron muchos del reino y se fueron á vivir á Nangasaqui y á otras partes, y en su lugar iremos apuntando el suceso de las cosas de este reino y de esta cristiandad.

CAPÍTULO XXIX

De los favores que Nobunanga y sus hijos hacian á los Padres y á la cristiandad, y se edificó casa é iglesia en Anzuquiama.

Habia algunos meses que Nobunanga no venia á Meaco por ocupaciones forzosas de las guerras que traia, y á esta causa le fué á visitar el P. Organtino, porque era muy necesario tener á este príncipe y á sus hijos gratos y benévolos, para muchas cosas en que habian menester cada dia su favor y amparo.

Llegaron el P. Organtino y el H. Lorenzo á la ciudad de Anzuquiama al principio del año de 1579, cuando los señores del Japon acostumbraban á visitarle. Recibiólos con el mismo gusto y contento que otras veces, entreteniéndose con ellos muy despacio en diversas pláticas, alabando mucho la pureza de la ley Dios y condenando la vida y costumbres de los bonzos, diciendo que traian engañada la gente con mil embustes y mentiras, y concluyó la plática con decir que los destruyera y matara luego todos si no fuera por no hacer tanto estrago y tanto ruido, quitando la vida á tantos hombres y en tantos reinos, pero mostróse bien su disgusto con ellos en cierta ocasion que se ofreció estando en Anzuquiama el P. Organtino y su compañero. Tuvieron una disputa los bonzos foquejus contra los idojusjus delante de Nobunanga por algunas diferencias y competencias que traian entre sí, y la pena fué que cortasen la cabeza á los vencidos, por ventura entendiendo los unos y los otros que no se habia de ejecutar; pero sucedióles muy al revés, porque los foquejus quedaron vencidos en la disputa, y Nobunanga mandó que la sentencia se ejecutase á la letra y aun á los feligreses que favorecian á estos bonzos los desterró é hizo pagar una buena suma de dinero.

Dentro de pocos meses como el Padre estuvo en Anzuquiama, vino Nobunanga á Meaco. Fué luego el Padre á verle y darle el parabien de su venida, y aunque estaban muchos señores y caballeros esperando para lo mismo, en sabiendo que estaban allí, mandó entrar al Padre y al H. Lorenzo, haciendo que todos los demás se quedasen en una grande sala, de la cual veian todo lo que pasaba en la pieza donde estaba Nobunanga con el P. Organtino y su compañero. Detúvose con ellos casi tres horas, y particularmente con el H. Lorenzo, disputando sobre la ley de Dios. Díjole que le respondiese sin temor, aunque le viese hablar alto y como enojado. Propuso algunas dudas, á las cuales satisfizo el Hermano de manera que no tuvo qué replicar. Levantó entónces Nobunanga la voz y dijo á todos aquellos señores y caballeros que estaban en la sala: «Acudidme que ya estoy vencido, por eso apercibios para haceros cristianos con vuestras mujeres é hijos.» Mandó luego al Hermano que les hiciese una plática á todos en que les declarase cómo no habia más que un solo Dios que daba premio á los buenos y castigo á los malos. Hízola el Hermano con grande espíritu y elocuencia, dejando á todos admirados, y á Nobunanga muy satisfecho.

Como queda dicho en el cap. XXIV, tenia este rey tres hijos, el mayor de todos se decia Jono Suquendono, á quien habia dado su padre los reinos de Mino y de Boari, y le parecia mucho en la aficion y estima que tenia á la ley de Dios. Envió este príncipe al P. Organtino una patente para que libremente pudiese predicar en sus tierras, y señaló sitio para que en la ciudad de Guiso, donde él solia residir en el reino de Mino, se edificase luego una casa é iglesia, y en todas las ocasiones que se ofrecian favorecia siempre á los Padres, y á la cristiandad y gustaba de oir los sermones.

El segundo hijo se decia Oquajen Fungedono, al cual tenia su padre ofrecido el reino de Farima, que entónces iba conquistando. Este caballero vino una vez entre otras muchas á visitar la iglesia de Meaco, y despues de haber estado platicando muy despacio con los Padres, vuelto á su posada, les envió un presente con una carta en que decia lo mucho que se habia holgado con ellos aquella tarde, y que deseaba oir muy de propósito los sermones y hacerse cristiano. Decian de este príncipe que parecia á su padre más que ninguno de sus hermanos en el valor y resolucion que tenia para acometer negocios graves y dificultosos.

El tercero se decia Sanji Chindono, y era ya señor del reino de Ije, y no ménos aficionado á la ley de Dios que sus hermanos, porque decia públicamente que ya él era medio cristiano y presto lo habia de ser del todo.

Vuelto Nobunanga á su ciudad de Anzuquiama, para mostrar su grandeza y magnificencia, mandó pregonar que todos los que quisiesen ver las obras de sus palacios y fortaleza podian ir al reino de Mino, porque ya estaban acabadas del todo y daria licencia para que las viesen. Dióse este pregon entrado el verano de 1579, y no quedó señor ni caballero principal, ni bonzo de cuenta que no fuese allá por saber que le daban en esto muy particular gusto. Parecióle al P. Organtino que no podia él excusar de hacer lo mismo, porque lo echaria de ver Nobunanga

si no fuese y se sentiria de ello, y así, cuando le pareció tiempo más acomodado, partió para Anzuquiama con su compañero más con deseo de tratar lo que llevaba pensado que no de ver sus palacios, que ya los habia visto otras veces. Su intento era pedirle licencia para edificar casa é iglesia en aquella ciudad, por ser allí el mayor y más ordinario concurso de toda la corte y donde más fruto se podia hacer. Parecia este negocio muy dificultoso, porque habian pedido lo mismo casi todos los bonzos de diversas sectas y procurádolo con diversos medios, y á ninguno hasta entónces lo habia concedido.

Llegó el Padre á Anzuquiama con el H. Lorenzo y recibiólos Nobunanga con extraordinario gusto y contento, entendiendo que venian por ver sus obras como los demás, y que siendo el Padre extranjero las estimaba tanto. Teniendo buena ocasion para ello, le representó el P. Organtino el deseo que tenia de hacer casa é iglesia en aquella ciudad, dándole para ello algunas razones. Holgó mucho Nobunanga de oirlo y luego les señaló un sitio muy bueno y muy acomodado, el cual habian pedido y deseado muchos señores y caballeros para edificar sus casas, y á ninguno le habia querido dar. Dijo que se comenzase luego el edificio, porque gustaria de verle acabado muy presto. Púsose en esto tanto cuidado y diligencia por el gusto que habia mostrado Nobunanga, que en muy breve tiempo se acabó, así el edificio de la casa como el de la iglesia, para lo cual ayudó que como lo principal de estos edificios es de madera, tenian los Padres mucha y muy bien labrada en Meaco para acrecentar su habitacion, y por no perder esta buena ocasion la hicieron traer y con esto y con otras buenas ayudas que dieron los señores y caballeros de la corte, se hizo la casa y la iglesia de manera que contentó á Nobunanga y le dió mucho gusto, aunque el príncipe su hijo mayor dijo, que quisiera que se hubiera edificado primero en su ciudad de Guiso.

Con estos y otros muchos favores particulares que Nobunanga y sus hijos hacian continuamente á la cristiandad, gozaba de alguna paz y sosiego y no se atrevian los bonzos ni los gentiles á perseguirla.

CAPÍTULO XXX

De las guerras que tuvo Nobunanga con tres señores principales y lo que por razon de esta guerra sucedió á D. Mancio, señor de Imori.

Grande era el fruto que se esperaba en la conversion de aquella gentilidad con el favor de Nobunanga y de sus hijos y la estima que en todas partes se iba cobrando de la ley de Dios, si no estuvieran las cosas del Japon tan llenas de inquietud y desasosiego por las continuas guerras que entre sí traian aquellos señores gentiles. La principal causa de ellas era, que Nobunanga desde el dia que restituyó en la dignidad al hermano del Cubuzama muerto, siempre llevó ojo á dejarle con sólo el título y alzarse con la monarquía del Japon, y con este intento fué buscando siempre ocasiones para conquistar los cinco reinos del Guoquinay, que están más cerca de Meaco, en los cuales consiste la monarquía y hacerse señor de ellos. El primero título que tomó para esto, fué querer vengar y castigar la muerte del Cubuzama, y con ese color comenzó á hacer guerra á Miojindono y Dajandono, principales autores y ejecutores de la traicion, y porque estos señores tenian sus tierras en los reinos del Guoquinay, y eran los más ricos y poderosos que habia en ellos, no paró hasta destruirlos del todo y quitarles cuanto tenian, porque no hubiese quien le hiciese rostro ni resistencia, y así quitó á Miojindono todo el reino de Cabachi y la fortaleza de Imori que que tenia á su cargo D. Sancho y su hijo don Mancio, aunque sabiendo que entrambos eran muy buenos cristianos y caballeros, y habian sido siempre muy fieles á sus señores, se la dejó para que la tuviesen en su nombre con la misma renta y autoridad que antes tenian.

De este buen suceso de D. Mancio, tuvo mucha envidia un capitan de otra fortaleza que estaba en el mismo reino de Cabachi, el cual se decia Torondono, grande enemigo de D. Sancho y de su hijo y de toda la cristiandad. Este capitan se fué á Nobunanga y le dijo: que don Mancio trataba de tornar á entregar la fortaleza de Imori á Miojindono, pintando el caso con tales colores y circunstancias, que Nobunanga lo tuvo por cierto, de lo cual mostró tanto enojo y sentimiento, que despachó luego á Sacumadono, gobernador de aquel reino, para que hiciese justicia de D. Mancio y le quitase la vida y lo mismo á su padre si le hallase culpado.

Fué muy grande el sentimiento de todos los cristianos de Imori y Sanga cuando supieron á lo que venia Sacumadono, y mucho más el del P. Organtino por haber sido estos caballeros tan ejemplares en su vida y tan padres y defensores de la cristiandad, y saber que era maldad y traicion lo que les habia levantado, pero la condicion de Nobunanga era de manera, que nadie se atrevia á replicar ni hablar en lo que una vez determinaba, especialmente en este negocio, en en el cual tenia él por muy culpados á D. Sancho y á su hijo. Pero como estos caballeros es-

taban inocentes y libres de lo que falsamente se les imponia y habian sido siempre muy buenos cristianos y celosos de la honra de Dios, el mismo Señor los sacó y libró de este aprieto, y donde parece que faltaban los medios humanos para su remedio, no faltó la providencia divina, la cual puso en el corazon de Sacumadono un grande deseo de librarlos por todas las vías que pudiese, persuadiéndose que todo era maldad y falsedad, porque siempre los habia conocido por muy virtuosos y muy fieles á sus señores.

Llegado Sacumadono á Imori, dijo á D. Sancho que se fuese á otra fortaleza del mismo Sacumadono, que allí estaria muy á su gusto hasta ver el suceso de este negocio, y á D. Mancio llevó consigo en forma de preso al Meaco, adonde estaba entónces Nobunanga, que habia venido de Anzuquiama, como queda dicho en el capítulo pasado. Cuando supo Nobunanga que Sacumadono era venido y no habia hecho justicia de aquellos caballeros, enojóse mucho con él y díjole que era hombre de poco saber; mas Sacumadono con su mucha discrecion le satisfizo, diciendo: que habia apartado á D. Sancho de su hijo y traido consigo á D. Mancio para informarse mejor si habia otros cómplices en la traicion y castigarlos á todos juntos como lo merecian. Con esto se sosegó Nobunanga, y dijo que le parecia muy bien lo que habia hecho y él mismo envió dos caballeros principales que supiesen de D. Mancio todo lo que en aquel negocio habia pasado.

Fueron estos dos caballeros y halláronle hincado de rodillas encomendándose á nuestro Señor, preguntáronle muy en particular todo lo que deseaban saber, y él respondió como era cristiano y que la ley de Dios no permitia semejantes traiciones contra los señores, ni los servicios suyos y de su padre hechos á Nobunanga daban lugar á que ellos intentasen semejante traicion para perder con ella su alma y su honra y las mercedes que de Su Alteza esperaban, y que no era justo creyese tan fácilmente estas cosas, por ser tan ordinario quererse vengar los enemigos con semejantes invenciones. Dijo don Mancio estas razones con tanto valor, que cuando se las refirieron á Nobunanga, como hombre de buen entendimiento, se convenció de que le trataban verdad D. Sancho y su hijo, á lo cual ayudaron otras muchas razones que Sacumadono dijo en favor y abono de estos caballeros, y así les dió libertad y tornó á enviar á su fortaleza, acrecentando á D. Mancio más renta de la que tenia y alabándole delante de todos de valeroso y discreto, con lo cual volvió á su casa más honrado y más rico, y se trocó la pena de los cristianos y de todos los de aquella fortaleza en doblado consuelo y alegría.

Por este mismo tiempo, al principio del año de 1579, fueron tantas las aguas, que parecia un diluvio, y en diversas partes se ahogó y pereció mucha gente, y se cubrieron los campos, y se perdieron los arroces que tenian sembrados, y la misma ciudad de Meaco estaba toda ella como una laguna, y lo que más puso admiracion fué, que junto á la fortaleza de Vocayama hizo el agua tan grande represa, por razon de unas sierras que la detenian, que al fin con su fuerza y peso, abrió la una de ellas y rompió después con tanto ímpetu, que anegó algunos lugares y la gente que halló delante.

CAPÍTULO XXXI

Del suceso de las guerras de Nobunanga y lo que en ellas aconteció á Justo Ucandono.

Prosiguiendo Nobunanga con sus intentos después de haber quitado sus tierras á Miojindono y Dajandono, dió tras algunos otros reyes y señores que los habian favorecido, especialmente contra el rey de Farima y el de Ije y de Inzume, y finalmente contra el bonzo señor de Osaca, que era muy poderoso. Viéndose estos reyes apretados, se confederaron secretamente entre sí y con el rey de Amanguchi, que era señor de nueve reinos, para procurar de destruir á Nobunanga de todo punto.

El rey de Cunocuni, que se decia Araqui y era vasallo de Nobunanga, pareciéndole que con esta ocasion podia quedar libre de su obediencia y acrecentar más sus estados, se confederó tambien con estos reyes y entró en la liga que habian hecho contra Nobunanga. Para hacer su conjuracion con ellos, quiso primero tomar juramento de fidelidad á Justo Ucandono, señor de la fortaleza de Tacacuqui y vasallo suyo, y á Dario su padre, de que no entregarian la fortaleza á Nobunanga, y supuesto que siendo cristianos no habian de jurar como los gentiles por sus camis y fotoques, para asegurarse de ellos, tomó en rehenes á un hijo de Justo y á otra hermana suya hija de Dario.

Entendió Nobunanga la liga que habian hecho entre sí estos reyes y señores, pero como sabia más que todos ellos en el ejercicio militar y ardides de guerra, no quiso darse por sabedor de su conjuracion, por no obligarlos á que descubiertamente saliesen en campo, con intento de coger á cada uno por sí y destruirlos como lo hizo, buscando ocasiones particulares para ello.

Comenzó lo primero por la fortaleza de Ta-

cacuqui, que era del rey Araqui, y la mayor fuerza y mejor de su reino, á título de que la habia menester para su servicio, sin dar á entender que tenia pretension del reino. Pidióla y no se la quisieron dar, y obligáronle á que la cercase con su gente, mas Justo la defendió tan valerosamente con los que tenia dentro, que perdió Nobunanga la esperanza de poderla tomar por fuerza, si Justo no se la entregaba. Y pareciéndole que esto habia de ser ocasion para que sus enemigos cobrasen doblado ánimo, viendo que se habia puesto en tomarla y no habia salido con ello, andaba pensando cómo inclinaria á Justo para que lo hiciese, pero no sabia qué medio tomar, porque le tenia por hombre de tanto valor, que ningunas dádivas ni promesas serian parte para ablandarle. Al fin, acordándose cómo era cristiano y lo mucho que estimaba su ley y á los que la predicaban, le envió un recaudo en esta forma: Que escogiese una de dos, ó que le entregase la fortaleza, ó si no que habia de hacer matar á todos los Padres que predicaban la ley de Dios y destruir todas las iglesias y la cristiandad.

No se puede decir la afliccion del valeroso Justo con este recaudo, conociendo la resolucion de Nobunanga en todas sus cosas, porque le tiraba por una parte el juramento de fidelidad que habia hecho al rey Araqui, la muerte de su hijo y hermana que estaban en su poder; por otro le atravesaban el corazon el amor que tenia á la cristiandad y á la ley de Dios y á los Padres que la predicaban y eran maestros suyos. Estando con esta perplejidad y confusion, sin saberse determinar en ninguna cosa, escribió una carta al P. Organtino, proponiéndole todas estas dificultades y razones que tenia por una parte y por otra, pidiéndole que le dijese lo que en este caso debia hacer, conforme á la ley de Dios, porque esto deseaba principalmente saber. Respondióle el Padre, que supuesto que el rey Araqui era vasallo de Nobunanga y tenia de su mano el reino de Bomi ó Cunocuni, y siendo como gobernador suyo y se habia confederado con otros reyes contra su señor, faltando en esto con la fidelidad que le debia, estaba más obligado á seguir á Nobunanga, que era señor de entrambos, que no al rey Araqui, y que en hacerlo, no faltaba con lo que debia á la ley de Dios ni al juramento que habia hecho.

A este mismo tiempo, sin saber Nobunanga lo que pasaba, envió á llamar al P. Organtino, y le rogó mucho que persuadiese á Justo le entregase la fortaleza. Díjole el Padre la diligencia que habia hecho en aquel negocio, mas que por servirle, iria él mismo en persona á hablarle. Partió el Padre para la fortaleza, y dió á Justo las razones por las cuales podia entregarla á Nobunanga sin faltar con Dios ni con su ley, y la obligacion que tenia á hacerlo (pudiendo) aunque fuese posponiendo la vida de su hijo y de su hermana, por el bien de toda la cristiandad, que entónces estaba pendiente de aquel príncipe y de su favor, en todos aquellos reinos. Convencióse Justo de las razones del Padre, pero era tanto el sentimiento y lágrimas de su mujer y de su madre por la muerte de sus hijos, la cual tenian por cierta, estando en poder de Araqui, que no le dejaban acabarse de resolver, y así hubo de partir el P. Organtino, ya noche, de la fortaleza sin llevar resolucion. Salido el Padre, creció la afliccion en el corazon de Justo, porque le combatian fuertemente el amor tierno de su hijo y hermana, y los gemidos de su madre y mujer, y por otra parte el amor de la cristiandad y el mayor servicio de Dios; mas al fin, este como más poderoso prevaleció. Entróse Justo en su aposento, y puesto de rodillas ofreció á nuestro Señor, como otro Abrahan, la vida de su hijo y hermana y el consuelo suyo y de su mujer y madre, por el bien de su Iglesia y por cumplir con lo que debia á buen cristiano. Y con esto se salió de la fortaleza en seguimiento del Padre, y en su presencia se cortó los cabellos, diciendo que por no ofender á Dios ni ser contra Nobunanga ni contra Araqui, no queria de allí adelante usar más las armas sino irse á vivir en compañía de los Padres. Recibióle el Padre con mucho contento, y el dia siguiente fueron entrambos delante de Nobunanga, el cual se holgó en extremo con Justo, y le mandó que tornase á criar el cabello, porque se queria servir de él y hacerle merced, y desde luego le dió doblada renta de la que antes tenia, que así suele pagar nuestro Señor á los que por su servicio lo aventuran todo. Salido Justo de la fortaleza, temiendo su padre Dario que Araqui habia de matar á su hija y á su nieto, con el amor natural que los tenia, se fué él mismo á poner en sus manos y á pedirle misericordia; fué nuestro Señor servido que se los dió libremente viendo que Justo no habia entregado la fortaleza, aunque se habia salido de ella. Ayudó tambien para esto que tenia Justo muchos amigos y deudos en el ejército de Araqui, y temió que si matara á su hijo y hermana, le habian de desamparar y pasarse á Nobunanga. Los de la fortaleza de Tacacuqui estuvieron algo rebeldes en entregarla á Nobunanga al principio, y más después que volvió Dario con su hija y nieto; pero faltando Justo que á todos ponia ánimo y brío, al fin se la entregaron. Temieron

que Nobunanga habia de mandar matar á Dario, por la resistencia que le habia hecho, mas por respeto de su hijo le perdonó, aunque le envió en forma de preso al reino de Jechigen, y poco después le sacó de la prision. Y mandó que á él y á su mujer y hija les proveyesen muy cumplidamente de todo lo necesario en aquel reino, donde el buen Dario comenzó á dar noticia de la ley de Dios, y en poco tiempo vino á tener en su compañía más de 300 cristianos, y su hijo Justo quedó por señor de Tacacuqui, como lo era de antes y con más doblada renta.

Perdida la principal fortaleza, luego se dió Araqui por perdido. Cercóle Nobunanga en otra que tenia muy buena, y fué grande ventura salir de ella sin venir á sus manos. Juntóse luego Araqui con su amigo el bonzo de Osaca, pero Nobunanga los apretó á entrambos con el cerco, de manera que por vía de concierto les hizo merced de las vidas, quitándoles de todo punto sus tierras y estados; y de esta manera poco á poco fué acabando con los demás antes que llegase el año de 1580. Solamente le quedaba por rendir el rey de Amanguchi contra el cual tambien apercibió su gente, y envió sus capitanes aunque esta guerra duró mucho más tiempo, como adelante se dirá. Quedó Nobunanga con estas y otras victorias diferentes que tuvo señor de 30 reinos, y tan temido y venerado, que de sólo su nombre temblaban en todas partes.

CAPÍTULO XXXII

Cómo llegó á Bungo el P. Alejandro y asentó el colegio y casa de probacion, con otras cosas que sucedieron en aquel reino.

Por los impedimentos que sucedieron en el reino de Bungo y dejar asentadas (como convenia) las cosas de Arima, no pudo salir de aquella tierra el P. Alejandro hasta los 8 de Setiembre del año de 1580. Llegó á Vosuqui á los 14 del mismo mes, y luego fué á visitar al rey Francisco, que se holgó mucho con su venida, por el deseo que tenia de verle y de tratar con él algunas cosas de importancia, propias y de aquel reino. Hizo el Padre la segunda visita al príncipe, el cual le recibió con mucha honra y cortesía, y le confirmó el sitio que habia dado al P. Francisco Cabral en Funay para el colegio. Supo ganar el P. Alejandro con su buen modo y término la voluntad al príncipe, de manera que le quedó muy aficionado desde entónces, y le enviaba á pedir consejo en las cosas graves que se le ofrecian, y daba muchas esperanzas que si le sucedian bien las guerras que tenia entre manos, se habia de hacer cristiano. Mucho se holgó el rey Francisco del buen acogimiento que el príncipe habia hecho al P. Alejandro y de la amistad que con el habia tomado; y sabiendo cómo le habia confirmado el sitio para el colegio de Funay, señaló tambien el rey sitio y renta en Vosuqui, para que se hiciese allí la casa de probacion para los novicios.

Comenzóse luego el edificio de la casa y del colegio en entrambas ciudades; y cuando estuvo puesto en órden lo más principal de ellas, se asentó el colegio en la ciudad de Funay con 16 estudiantes, y la casa de probacion de Vosuqui, con otros tantos novicios; parte de los que habian venido de la India, y algunos que eran naturales del Japon, y se habian criado con los Padres, y por sus buenas partes se tenia confianza que habian de ser útiles en aquella tierra. Dióles por Superior al P. Pedro Ramon, para que los criase en los ejercicios que eran propios de su aprovechamiento, como lo acostumbra hacer la Compañía con sus novicios.

No era menor el ejercicio de letras que tenian los estudiantes en el colegio de Funay, no sólo para deprender la lengua del Japon, sino todo lo demás que habian menester para el buen uso de los ministerios con sus prójimos. Desde allí salian los Padres y hermanos á sus tiempos á visitar los lugares de la comarca, en lo cual se hacia mucho fruto, porque en todo el año de 1580 se bautizaron en la ciudad y su comarca 5.000 personas, y en la ciudad de Vosuqui más de 30 caballeros, sin otra mucha gente ordinaria, porque como ellos decian, el ejemplo del rey Francisco y los de su casa era un continuo sermon para toda la corte.

En la ciudad de Nocen, donde habia hecho D. Leon una muy hermosa iglesia, iba tambien creciendo el número de los cristianos, los cuales pasaban de 3.500, para cuya institucion se hizo en aquella ciudad una casa de residencia. Entre los que en esta ciudad se hicieron cristianos, fué un bonzo grande letrado, el cual tenia en su casa una famosa librería, donde otros muchos bonzos iban á estudiar; y aunque pudiera venderla por mucho dinero, no quiso que nadie se aprovechase de ella, y así la quemó con todos los ídolos que tenia.

Dos cosas sucedieron este año en el reino de Bungo, de grande edificacion. La una fué, que habiéndose bautizado un señor muy principal de aquel reino, casado con una hija del rey de Bungo, que se decia Cotandono, cuando estaba el príncipe en la ciudad de Nocen (á lo que despues pareció) más por darle gusto que no

por el deseo de su salvacion, vivian entrambos más como gentiles que como cristianos; á lo cual ayudaba que la madre y dos hermanos de este caballero eran enemigos de la ley de Dios, y procuraban que él tambien lo fuese en la vida y costumbres. Por otra parte, la reina vieja de Bungo trabajaba con su hija cuanto podia para lo mismo; y así acabó con ella y con su marido que no bautizasen una sola hija que tenian, heredera de su estado.

Tenia Cotandono un cuñado llamado Roman, muy buen cristiano, y á quien estimaban todos mucho por sus buenas partes. Sucedió que estando Cotandono en la guerra, se apoderó el demonio de un hermano suyo, casado con una hermana de Roman, y atormentábale de manera que hacia grande compasion á cuantos le veian. Dióle tanta pena á Roman el trabajo de su cuñado, que por verle un poco aliviado, se quitó el relicario que traia al cuello y se le puso, con el cual quedó tan rendido y quieto como si le hubieran puesto prisiones, y al que no podian tener antes diez ó doce hombres, estaba entónces con sólo el relicario sin poderse menear, pero daba grandes voces diciendo que se le quitasen y se iria luego y le dejaria libre. Quitáronle el relicario después de buen rato que le habia tenido puesto, y quedó aquel caballero bueno y libre de su trabajo, pero tan flaco y debilitado, que no se podia tener en pié. Fué esto ocasion de que él y su madre se bautizasen, los cuales antes habian sido muy contrarios á la ley de Dios. Supo esto Cotandono, y vuelto de la guerra le dió nuestro Señor tanto sentimiento y arrepentimiento de su vida pasada, que tornaron él y su mujer á oir los sermones muy de propósito y á vivir como buenos cristianos. Bautizaron tambien su hija y otros muchos criados y gente principal de su casa, hicieron lo mismo por el ejemplo de sus amos, y para mostrar Cotandono y su mujer, cuán de veras deseaban enmendar su vida de allí adelante, dieron órden á su cuñado Roman que visitase toda su tierra y destruyese cuantos templos de ídolos hallase en ella, y en su ciudad de Quiota edificaron una muy buena iglesia, y por su devocion les concedió el P. Visitador que residiesen en ella un Padre y un Hermano.

La segunda cosa fué, que este mismo año se convirtió á nuestra santa fe un caballero por nombre Norindono, con más de 1.000 personas vasallos suyos, siete leguas de Funay, en un valle que se dice Ju: pero el modo por donde nuestro Señor le trajo á su conocimiento, siendo él antes muy contrario á su santa ley, fué muy particular. Hallóse este caballero como otros muchos en la rota de Fiunga, y quedó tan mal herido, que le dejaron todos por muerto entre los demás que habia en el campo, y él lo parecia, porque fuera de las muchas heridas que le dieron, quedó sin sentido alguno Tenia este caballero un criado que le amaba mucho, el cual después de pasada la furia de la batalla y alejados ya los enemigos del campo, siendo ya de noche volvió á buscar el cuerpo de su amo entre los muertos, teniéndole por uno de ellos; y aunque con trabajo, se vino á encontrar con él. Mírole el pulso y vió que aún tenia vida, y echóle un poco de agua en el rostro, con la cual volvió en sí, pero no de manera que se pudiese menear. Tomóle entónces el buen criado en los brazos, más para darle sepultura que pensando que hubiese de vivir. Yendo caminando de esta manera de noche, vino á dar en manos de los enemigos, los cuales le prendieron, pero diciéndoles que aquel herido era un hermano suyo y que le llevaba para curarle, tuvieron compasion de él y dejaron que le curase, aunque se quedaron entrambos por cautivos.

Avisó el criado á su amo de lo que pasaba para que disimulase y no se hiciese su rescate más dificultoso; al fin los apartaron á entrambos, y el criado tuvo sus inteligencias para que un mercader rescatase á su amo sin ser conocido, y después le rescataron á él. Vuelto este caballero á Bungo y pasados algunos dias, acordándose de este beneficio particular que habia recibido de nuestro Señor, se hizo cristiano con otro hermano suyo, y poco después se bautizó tambien su padre, que todos habian sido muy contrarios á la ley de Dios, pero de allí adelante fué tal su celo y fervor, que luego procuraron se bautizasen más de 1.000 vasallos que tenian en el valle de Ju.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo el rey Francisco tornó á tomar por algun tiempo cargo de las guerras y el gobierno de sus reinos.

Habíase retirado mucho el rey Francisco de las cosas del gobierno por atender á las de su alma; mas viendo los señores del reino la falta que les hacia su grande prudencia, discrecion y experiencia en los negocios (especialmente para las guerras que ya se habian comenzado en Fingo, Chicungo y Chicugen) las cuales se iban encendiendo cada dia de manera, que se temia mucho la pérdida de estos, que eran de la corona de Bungo; apretados de la necesidad, le fueron á suplicar el príncipe su hijo y los demás

señores principales que se hallase en aquella guerra, porque sólo su presencia seria mucha parte para sosegar las cosas que andaban tan alteradas. Mucho sintió el rey Francisco dejar su quietud y tornarse á ocupar en negocios de gobierno y de cosas temporales, pero al fin vencido de sus ruegos, los aceptó con dos condiciones. La primera que el príncipe su hijo llevase el nombre de capitan general, porque se atribuyese á él la honra de la victoria; la segunda que se habian de gobernar en aquella jornada por su consejo, porque en no haciéndolo se volveria á su casa. Ofreciéronle todos de hacerlo así y de no exceder un punto de lo que mandase. Con esto se despidieron el rey y el príncipe de los Padres, pidiéndoles que encomendasen á nuestro Señor el buen suceso de aquella jornada, y caminaron con su ejército hácia donde estaban los enemigos.

Puestos en el campo y queriendo comenzar la guerra, aunque habian ofrecido todos de seguir el consejo y parecer del rey Francisco, no lo cumplieron, ni se hacia cosa de cuantas él mandaba, porque el príncipe como mozo y gentil, así como iba perdiendo la aficion á la ley de Dios, tambien iba perdiendo el respeto á su padre, siguiendo antes el parecer de otros señores gentiles que el suyo, y queriendo guiar el peso de aquella guerra por su cabeza, porque no pareciese que por faltarle caudal y valor para ello, tenia necesidad del consejo de su padre.

Al fin, viendo el rey Francisco las cosas por el camino que iban, se volvió á su ciudad de Vosuqui, y el príncipe se dió tan ruin maña en todo, que no sólo perdió los reinos de Fingo, Chicungo, Chicugen y Buigen que su padre habia ganado, pero dió ocasion con sus desconciertos á que se levantase contra él descubiertamente en Bungo, Chicacura, el hijo de Chicasiro, con otros deudos y parientes suyos, los cuales pusieron el reino en término de perderse como se habian perdido los demás, que todo parecia ser castigo de Dios contra el príncipe y contra sus pecados; porque dejando de ser cristiano y de favorecer la ley de Dios, por contemporizar con sus vasallos y no perder sus reinos y estados, permitió nuestro Señor que por eso mismo los perdiese, para que así conociesen por experiencia en cuya mano estaba dar y quitar y conservar los reinos.

Viéndose el príncipe y señores del reino tan á punto de perderse, cayeron en la cuenta, aunque tarde y tan á su costa, que si el rey Francisco no los tornaba á gobernar, se acabarian de perder á remate, de cuya prudencia, valor y discrecion todos tenian tan larga experiencia; y así le tornaron á hacer de nuevo instancia para ello. Quisiera el rey excusarse, pero no pudo por no faltar á la obligacion que tenia á sus vasallos, viendo el mal término con que el príncipe su hijo habia procedido.

Tomado, pues, á su cargo el gobierno, lo primero que hizo fué desterrar del reino cuatro caballeros por cuyos malos consejos se habia gobernado su hijo hasta allí. Lo segundo recogió su gente y fué en busca de Chicacura. Dióle nuestro Señor tan buena mano, que antes de dar la batalla, sabiendo los contrarios que venia allí el rey Francisco, desampararon todos á Chicacura, que no le quedaron más que 80 hombres, los cuales luego fueron muertos por el mismo ejército de Bungo. Tambien hubo á las manos otros dos ó tres deudos de éste que le favorecian, y les cortó las cabezas, con lo cual dejó el reino de Bungo más quieto y pacífico que antes. Los estados de Chicacura volvió á su antigua mujer y á su hermano Chicacata, para ablandar con esto algo sus corazones y templar los sentimientos pasados, aunque Chicacata se los dió con condicion que le sucediese en ellos un hijo tercero del mismo rey Francisco, en teniendo edad para ello conforme á la costumbre del Japon, el cual se habia bautizado aquellos dias y se llamó D. Pantaleon. Esto fué harta parte para que ni Chicacata ni su hermana en vida del rey Francisco persiguiesen la cristiandad á lo ménos tan descubiertamente como antes. Con estas cosas vino á tener el rey Francisco doblada reputacion que antes con sus vasallos, y el príncipe su hijo á estarle más sujeto que nunca, viendo lo que habia perdido por no haber seguido su parecer y consejo.

Habia en el reino de Bungo un bonzo de setenta años, que en dignidad era como un Arzobispo, al cual tenian por maestro la reina y sus hijas y hacia en Palacio las ceremonias que pertenecian al culto de sus dioses, y á esta causa residia de ordinario en la corte y era muy estimado de todos. Dióle á este bonzo un dia deseo de entender de raíz, qué cosa era la ley de los cristianos, que el rey Francisco estimaba tanto y por la cual habia dejado las del Japon, en que tantos años se habia criado. Oyó algunos sermones con grande atencion, y propuso sus dificultades, á las cuales le dieron entera satisfaccion. Habiendo oido algunos dias las pláticas del Catecismo, dijo una vez públicamente que hasta entónces nunca los japoneses habian atinado con la verdad, la cual enseñaba solamente la ley de Dios. Oyó enteramente los sermones, y quedó con claro conocimiento de que en sola la ley de Cristo se podian salvar los hombres;

pero con todo esto, no acababa de resolverse en recibirla, por no perder el crédito y reputacion que tenia con la gente. Supo esto el rey Francisco, y envióle á decir que se espantaba mucho que un hombre de tanta prudencia habiendo entendido la verdad de la ley de Dios, hiciese caudal de los dichos é ignorancias de los gentiles en cosa de tanto peso como era la salvacion, pues le bastaba por razon y por disculpa ver que siendo él rey, se habia hecho cristiano. Con este recaudo se animó tanto el bonzo, que recibió luego el santo Bautismo, al cual se halló presente el rey por hacerle honra.

Salióse luego el bonzo de su monasterio, y tomó otra casa particular en la ciudad, y todos los dias acudia á la iglesia á misa, y á sermon, y á la doctrina cristiana, y sus pláticas ordinarias con toda la gente eran de la grande merced que nuestro Señor le habia hecho, en sacarle de las ignorancias y errores en que hasta allí habia vivido, y en haberle conservado la vida hasta ser bautizado. Fué tanta la admiracion que causó la conversion de este bonzo en aquella corte, que por muchos dias no se hablaba de otra cosa, confesando todos, que debia ser la ley de Dios cosa muy santa, pues tales hombres dejaban por ella la suya, en que tantos años habian vivido. Por el ejemplo de este bonzo se convirtió después otro señor principal de aquel reino.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo el P. Alejandro pasó á Meaco y celebró los Oficios de la Semana Santa en la fortaleza de Tacacuqui.

Detúvose el P. Alejandro en Bungo, por acabar de asentar el colegio de Funay y la casa de probacion de Vosuqui hasta el primero dia de Marzo de 1581. Entre tanto que el rey Francisco y el príncipe su hijo fueron á la guerra (como queda dicho) se partió el Padre á visitar la cristiandad de Meaco, llevando en su compañía á los PP. Luis de Froes y Lorenzo Mejía. Tuvieron algun trabajo y peligro en aquella navegacion, especialmente de corsarios que los fueron siguiendo hasta el Sacay, mas fué nuestro Señor servido, que llegasen allá el viérnes de Ramos sin haber recibido de ellos ningun daño.

Llevaba el Padre intento de celebrar los Oficios de la Semana Santa en la fortaleza de Tacacuqui, porque estaba entónces la ciudad de Meaco tan revuelta con unas grandes fiestas que allí hacia Nobunanga, que le pareció no se harian los divinos Oficios con la quietud y sosiego que convenia, y que para esto seria más apropósito aquella fortaleza, porque podian acudir los cristianos de todas partes con buena comodidad.

Estaba á la sazon Justo en Tacacuqui, y en su compañía el P. Gregorio de Céspedes, que habia venido de Meaco para visitar los cristianos de aquella comarca. Cuando supo Justo la voluntad del P. Alejandro, fué para él de mucho consuelo; salióle á recibir acompañado de muchos caballeros y del P. Gregorio de Céspedes hasta la playa. Tambien vino luego de Meaco el P. Organtino. A todos aposentó Justo en su fortaleza, y era tanto su contento por tener tales huéspedes, que se le echaba bien de ver en el alegría de su rostro.

Comenzóse luego á aderezar el monumento y dar aviso á los cristianos de la comarca, cómo se habian de celebrar allí los Oficios de la Semana Santa, y fué tanta la gente que concurrió del Meaco y Sacay y de las fortalezas, que se contaron juntos 15.000 cristianos. A los más principales aposentó Justo dentro de la fortaleza, y á la otra gente en las poblaciones que habia al pié de ella, de donde podian venir cada dia á los divinos Oficios con mucha comodidad. Halláronse en esta fortaleza los PP. Alejandro, y Luis Froes, y Lorenzo Mejía, y Organtino, y Gregorio de Céspedes con otros tres Hermanos, y así pudieron hacerse los oficios con alguna solemnidad, diciendo las misas con diácono y subdiácono y las Pasiones cantadas. Habia cada dia sermon de la Pasion ó del Santísimo Sacramento, y fueron tantas las confesiones, que tuvieron todos los Padres bien que hacer aquellos dias y parte de las noches. Y no fué menor el número que hubo de comuniones el Juéves Santo por la mañana. Toda la tarde después de encerrado el Santísimo Sacramento, no cesaban de ir y venir disciplinantes á la iglesia, sin la procesion que se hizo á la noche, con tanto número de gente, que apénas cabian en toda la plaza, que habia desde la iglesia hasta la Cruz con ser bien capaz, regando los unos el suelo con sangre, y los otros derramando lágrimas de devocion.

Una cosa de edificacion aconteció este dia en aquella iglesia. Un caballero, mozo y principal de los que vivian en la fortaleza, habia jugado algunas veces y dado mal ejemplo con esto á los demás cristianos. Advirtióselo el P. Organtino que lo conocia, y compungióse tanto de aquella culpa, que no se contentó con repartir buena cantidad de lismosna entre pobres, sino que para satisfacer al mal ejemplo que habia dado, el Juéves Santo, cuando se comenzaban las tinieblas, tomó

una disciplina de sangre públicamente en la iglesia, y despues se quedó allí hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento todo el tiempo que duraron las tinieblas, derramando tantas lágrimas de sus ojos, como antes habia derramado sangre de sus espaldas, de lo cual quedaron todos los cristianos muy edificados, viendo lo que habia hecho aquel caballero mozo y tan principal delante de sus deudos y parientes y de otros muchos caballeros forasteros que allí habian concurrido.

El dia de Pascua de Resurreccion se celebró con la misma devocion y solemnidad, haciendo su procesion desde la iglesia hasta la Cruz, en la cual iban todos los caballeros y los demás cristianos con los mejores vestidos y más lucidos que tenian, llevando su Rosario en la una mano y velas encendidas en la otra. Iba el P. Visitador debajo de un rico palio con una reliquia grande del *Lignum Crucis* en sus manos, y dos Padres vestidos á su lado de diácono y subdiácono. Poco más adelante iban otros 25 niños vestidos con sus albas y guirnaldas de flores en las cabezas. Para que pudiese andar la procesion más desembarazadamente, estaba la plaza por donde habia de pasar, toda cercada de los soldados de Justo, con las más lucidas y ricas armas que tenian, que no la adornaban poco. Después de la misa y sermon hizo Justo un convite á los Padres que allí tenia y á los caballeros forasteros que habian venido á la fiesta, y con esto se despidieron todos muy consolados por haberse hallado juntos á celebrar los Oficios de aquella Semana Santa.

CAPÍTULO XXXV

Cómo el P. Alejandro visitó á Nobunanga, y las fiestas que se hicieron en Meaco aquellos dias.

Pasada la fiesta, parecióle al P. Alejandro que estando Nobunanga en Meaco, era razon visitarle y darle las gracias de los muchos favores que continuamente hacia á la cristiandad y á los Padres que andaban predicando en aquellos reinos.

Habia traido el P. Alejandro desde la India un cafre, que por ser cosa tan nueva en aquella tierra causó mucha admiracion, y concurria tanta gente á verle, que no se podian valer en casa. Dijéronselo á Nobunanga y mostró deseo de verle. Llevósele el P. Organtino, y con esta ocasion le pidió licencia para que el P. Alejandro le fuese á visitar. Hizo grande fiesta con el cafre, no pudiendo persuadirse que aquel color era natural sino postizo.

Fué el P. Alejandro á su palacio el dia señalado acompañado de los PP. Luis Froes y Organtino, que entrambos eran sus conocidos. Recibiólos Nobunanga con mucho amor y lo mismo los príncipes sus hijos, que se hallaron presentes. Detúvole buen rato de la tarde preguntando diversas cosas de la India. Vueltos á su posada, les envió ciertas ánades bravas que le habia presentado un embajador del rey de Bandou aquel mismo dia. Tuvieron esto todos por un favor extraordinario, por ser Nobunanga hombre que jamás habia hecho otro tanto con nadie, con tener entónces en Meaco casi todos los mayores señores del Japon que los habia hecho llamar para unas fiestas que tenia aplazadas por las victorias que habia alcanzado, y para dilatar su fama y nombre por todos los reinos del Japon.

Mandó que se trazase la plaza donde se habian de hacer estas fiestas en unos muy espaciosos arenales, y que toda ella alrededor estuviese cercada de muy vistosos tablados, y pusiesen en medio de la misma plaza una tela á modo de justa. Lo principal de esta fiesta consistia en mostrar cada uno la riqueza y hermosura de los vestidos y libreas que habia de sacar; y así, cuando los convidó para ella, les mandó avisar juntamente que no se hallasen en la fiesta si no pensaban gastar con liberalidad. Como deseaban todos sumamente agradarle y tenerle contento, aun los señores muy ordinarios y particulares gastaban á 15.000 y 20.000 ducados, porque Justo Ucandono sacó siete libreas de diferentes sedas y colores muy ricas, no sólo para su persona sino para sus criados y caballos; pero esto era lo de ménos, porque Gibatadono, capitan general de Nobunanga, llegó á Meaco el dia antes con 10.000 hombres, del cual decian que traia fuera de sus caballos 6.000 acémilas, y lo que presentó á Nobunanga en oro y otras diferentes cosas se apreció en 50.000, ducados, y en libreas gastó más de otros tantos. Otro señor llevaba 50 lacayos vestidos de brocado de la China. Y á este paso iban los demás cada uno conforme á su calidad y posibilidad.

En la primera entrada que hicieron en la plaza salieron 700 caballeros, cuyas libreas se apreciaron en 200.000 ducados: venian repartidos por su órden, de manera que junto á cada uno iban sus criados con sus libreas. Tras ellos venian los tres príncipes hijos de Nobunanga, y últimamente venia él mismo con grande majestad y autoridad, y detrás de él como 1.000 caballeros criados suyos, con libreas y invenciones que excedian á todos los demás. Entrados en la plaza, corrieron todos aquellos caballeros en la

tela de dos en dos y de tres en tres, y últimamente el mismo Nobunanga con los príncipes sus hijos, el cual, así como habia hecho ventaja á todos en las libreas, la hizo tambien en la gracia de correr y gobernar un caballo. Duró la fiesta por espacio de cuatro horas, y con haberse hallado en ella pasados de 130.000 hombres, ni hubo una desgracia ni alboroto, que se tuvo en mucho, por ser tan grande el concurso de gente.

Pero porque se verificase á la letra lo que dice el Espíritu Santo de las fiestas del mundo que *extrema gaudii luctus occupat*, queriendo Nobunanga dar posesion y título del reino de Ije á uno de estos príncipes hijo suyo, porque entendió que algunos del reino lo llevaban mal, hizo prender á 30 de los principales y cortarles las cabezas, y por otra sospecha que tuvo de otros siete capitanes del reino de Jamato, los hizo tambien matar y derribar sus fortalezas. Con estas cosas hacíase temer tanto, que temblaban de su nombre en todas partes y se desvelaban en darle contento. Todo lo cual redundaba en provecho de la cristiandad, porque viendo lo mucho que la favorecia, nadie se atrevia, á lo ménos al descubierto, á perseguirla, antes mostraban todos gusto de que la ley de Dios se predicase en sus tierras, porque entendian que en esto se le daban á Nobunanga.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo se puso el Seminario en la ciudad de Anzuquiama, y el P. Alejandro volvió al reino de Bungo y visitó de camino al rey de Tosa.

Deseaba mucho el P. Alejandro que se fundase un Seminario en la ciudad de Anzuquiama, por ser allí el asiento ordinario de la corte de Nobunanga y de los señores y caballeros que andaban en ella, de los cuales habia muchos que pedian y deseaban esto para que se criasen allí sus hijos á la sombra de la Compañía, pues ya tenian los Padres edificada su casa en aquella ciudad. Fué el P. Alejandro á visitar á Nobunanga pasadas las fiestas; y con buena ocasion que para ello tuvo, le representó el deseo que tenia de hacer en Anzuquiama un Seminario para servirle más, criando en él los hijos de sus vasallos. Holgó mucho Nobunanga de oirlo, y dijo que era muy contento de que se hiciese; y señaló luego el sitio donde se habia de edificar, tan á propósito como le pudieran los Padres desear. Y no sólo dió el sitio, pero ayudó para el edificio diciendo que le comenzasen luego, porque queria cuando él fuese á Anzuquiama ver lo que habian hecho. Diéronle los Padres las gracias por esta nueva merced y favor, y con su licencia se partieron luego para comenzarle. Con la ayuda que dieron para este edificio muchos señores, en poco tiempo se puso en tan buen punto, que volviendo Nobunanga de Meaco, le fué luego á ver y le contentó; y antes que el P. Alejandro partiese de aquella ciudad, dejó 25 niños, todos muy nobles, señalados para estar en el Seminario en acabándose la casa, que ya le faltaba poco.

Llegábase ya el tiempo de partir el P. Alejandro para los reinos del Jimo. Fuése á despedir de Nobunanga, el cual por hacerle fiesta, le mostró sus palacios y fortaleza, y le dió unos beobus ricos, que son á modo de tapices, en los cuales tenia pintada su ciudad de Anzuquiama, y sus palacios y fortaleza. Tambien le ofreció de favorecer siempre á los Padres y á la cristiandad como lo habia hecho hasta allí. Dejó el P. Visitador al P. Organtino por Superior de la casa de Anzuquiama y de los que andaban en aquellas partes, y al P. Luis Froes en la casa de Meaco.

Sabiendo Justo Ucandono cómo el P. Alejandro queria volverse á las partes del Jimo, le pidió celebrase en la fortaleza de Tacacuqui antes de su partida la fiesta de *Corpus Christi*. Concedióselo el Padre por despedirse allí últimamente de los cristianos, los cuales en sabiéndolo, acudieron como lo habian hecho la Semana Santa. A todos hospedó y regaló Justo con la misma voluntad y liberalidad que la primera vez, y la fiesta se celebró con toda la solemnidad posible. Despedido el Padre de los cristianos que allí habian venido, tomó su camino para el Sacay, donde se embarcó dentro de pocos dias para Bungo.

Habia de pasar cerca del reino de Tosa, y parecióle visitar aquel buen rey, que se decia D. Paulo, y habia tantos años que estaba desposeido de su reino. Recibióle con tanta alegría, que parecia se habia olvidado con esta visita de todos sus trabajos; hizo delante del Padre una protestacion de su fe, diciendo que su voluntad y gusto era que supiesen todos, cómo era cristiano, y habia de vivir y morir en aquella fe. A sus criados mandó que después de muerto, no le enterrasen como gentil, y al P. Visitador pidió encarecidamente, que encargase á los Padres de Bungo, le encomendasen á nuestro Señor en sus misas y en las oraciones de los cristianos. Tambien contó al Padre, cómo estando durmiendo una noche, le quiso matar un criado suyo, y le dió algunas puñaladas inducido para ello del tirano que le habia usurpado su reino, y

que habia sido milagro escapar con la vida, lo cual atribuia á unas cuentas benditas que consigo traia. Era mucho para alabar á nuestro Señor ver á este buen rey, que con haber perdido el reino por ser cristiano, y verse desposeido de él tantos años, habia conservado la fe con tan admirable constancia solo y entre tantos gentiles.

Desde Tosa vino el Padre á un puerto del reino de Fiunga, en el cual halló un cristiano llamado Lúcas, que sólo él y su mujer y una hija de diez y ocho años se habian conservado entre aquellos gentiles, el cual con haber sido primero muy rico, después de haberse hecho cristiano perdió su hacienda y últimamente se le quemó la casa en que vivia, con todo cuanto tenia en ella, que solamente salvó un crucifijo y unas disciplinas de rosetas con que se solia disciplinar. Habia pocos dias que le habia sucedido á Lúcas esto, cuando llegó allí el P. Alejandro y halló á estos cristianos tan consolados de haber podido conservar el crucifijo y las disciplinas, que le decian no echaban ménos la pérdida de su hacienda, pues les habia quedado aquel tesoro; que harto grande lo era la estima que ellos tenian de estas cosas, pues bastaba para hacerles tener en poco las demás.

En otro puerto encontró el Padre una casa de otro cristiano muy antiguo que se decia Lorenzo, y por estar él ausente los hospedó su mujer, que habia muchos años que en su corazon era cristiana, por lo que su marido le habia enseñado y estaba esperando quien la bautizase. Dióle el Padre el santo Bautismo, y á otra parienta suya y á la gente de su casa, porque Lorenzo los tenia bien instruidos á todos en la fe, del cual contaban los de su casa, que todos los años en los tres dias postreros de la Semana Santa, se iba disciplinando por la playa y derramando mucha sangre, y el dia de Pascua convidaba á sus parientes, celebrando en el modo que podia y sabia la Pasion y Resurreccion de Cristo nuestro Señor, acordándose de lo que habia visto en Funay algunas veces. Llegó el Padre á Bungo por el mes de Setiembre de 1581, antes que el rey ni el príncipe hubiesen vuelto de la guerra adonde habian ido.

CAPÍTULO XXXVII

De algunas cosas que sucedieron en las partes de Meaco después que partió el P. Alejandro.

Partido el P. Alejandro de las partes de Meaco, puso el P. Organtino, que quedó por Superior de la casa de Anzuquiama, tanto cuidado y diligencia en que se acabase la del Seminario, que dentro de pocos dias se pudieron pasar á ella los niños. Cuando supo Nobunanga que estaban ya en su casa, vino una tarde á verlos. Entre los que allí se habian recibido era un hijo del rey de Fiunga, el cual tocaba un clavicordio con mucha gracia. Estúvole oyendo Nobunanga un rato con mucho gusto, mostrando con el semblante del rostro el que tenia de ver acabada aquella casa.

Comenzó el P. Organtino sus sermones en Anzuquiama, y por medio de ellos trujo nuestro Señor al conocimiento de su santa ley al rey de Bomi, que se decia Araqui, á quien Nobunanga habia quitado el reino pocos años antes, y residia entónces en aquella corte; tambien se bautizó con él su mujer. Tenian estos reyes un hijo de doce ó trece años en servicio de Nobunanga, con el mismo deseo que sus padres. Murió el rey pocos dias después de haberse bautizado, y aunque la mujer quedó constante y firme en la fe, pero su hijo y otros muchos criados de aquella casa que pedian el Bautismo, se resfriaron en su buen deseo, atribuyendo la muerte del rey á ser castigo de sus dioses por haberse hecho cristiano. Otro señor más rico que el rey de Bomi, estando muy cerca de ser bautizado, fué acusado delante de Nobunanga, el cual le desterró de aquellos reinos, y así no tuvieron efecto sus buenos deseos.

El príncipe, hijo mayor de Nobunanga, estando un dia hablando con el Padre le dijo, que se hiciera cristiano, si se atreviera á vivir castamente y que hubiera muchos que hicieran lo mismo si no pidieran tanto rigor en este mandamiento. Respondióle el Padre que si la ley de Dios fuera invencion de hombres, como lo eran las sectas del Japon, fuera fácil mudar y trocar el mandamiento, mas que siendo Dios el que le habia dado y le mandaba guardar, por ningun respeto ni causa podian mudarle ni enseñar otra cosa los que predicaban aquella ley.

Habia pedido Justo Ucandono al P. Visitador antes de su partida, que fuese alguno de la Compañía á visitar á Dario su padre que estaba desterrado por Nobunanga en el reino de Jechijen. Fué allá el P. Luis Froes con un compañero, consoláronse en extremo Dario y su mujer con esta visita, y de camino se hizo tambien algun fruto, porque se bautizaron buen número de gentiles en el tiempo que allí se detuvo el Padre, y Dario edificó una iglesia donde él y los demás cristianos pudiesen encomendarse á Dios.

Volviendo el P. Luis Froes del reino de Jechijen, pasando por una ciudad cinco leguas de donde estaba Dario, halló otro caballero cristia-

no, por nombre D. Leon, que se habia bautizado con su mujer algunos años antes en Meaco, los cuales se conservaban con grande ejemplo de virtud y pureza de vida entre aquellos gentiles. Detúvose el Padre con ellos cuatro dias por confesarlos y predicarles. Quiso salir este caballero acompañando al Padre fuera de la ciudad por hacerle honra; yendo los dos hablando, espantóse el caballo de D. Leon de tal manera, y dió tantos corcobos que le derribó, y al caer le hirió mal con las manos en la cabeza. Fué para el Padre de mucho desconsuelo este caso, pensando que el caballo le habia muerto, porque le dejó sin sentido. Vuelto en sí D. Leon, viendo la afliccion del Padre y el sentimiento que mostraba de su desgracia, se puso él mismo á consolarle, diciendo que no tuviese pena, porque él ninguna tenia aunque hubiese de morir, pues le habia hecho nuestro Señor tanta merced en haberse confesado y comulgado; y porque D. Leon no consintió que volviese el Padre con él, envió al Hermano, su compañero, el cual se detuvo en aquella ciudad hasta que mejoró este caballero de sus heridas. En los dias que allí se detuvo el Hermano echó de ver cuánto más cuidado tenia D. Leon de que sus parientes y criados oyesen sermon, que no de su misma salud. Entre los demás deudos habia una mujer tan obstinada, que ningunos medios habian bastado para inclinarla á que se hiciese cristiana, hasta que una noche vió entre sueños (segun ella contó después) una persona venerable con un vaso de agua en la mano, que le decia ciertas palabras, por las cuales entendió que le mandaba se bautizase, y así lo hizo.

Este mismo año de 81 sucedió un caso en la India harto notable, pero por ser natural del reino de Meaco la persona á quien esto aconteció, quise ponerle en este lugar. Andaba un mozo muy disgustado con el señor á quien servia, y como hombre aburrido se salió de su casa y se embarcó para la India en un navío de los portugueses que venian á Japon. Fué á parar este mozo en el reino de Funda, que era de moros, con cuya comunicacion se vino á pervertir de manera que siendo cristiano y bautizado, dejó la ley de Dios y se pasó á la de Mahoma. Acudian á este reino cada año desde Malaca algunos portugueses á comprar pimienta. Viéndolos este mozo y reparando en su mal estado por el tormento grande que le daba su mala conciencia, fuese para el navío de los portugueses, y díjoles cómo era cristiano y queria antes morir por la fe de Cristo que no volver á ser moro. Recogiéronle los portugueses con intento de llevarle en su compañía á Malaca, para enviarle desde allí á Japon; mas los caciques de la tierra, sabiendo lo que pasaba, se fueron á quejar al rey, pidiendo que hiciese á los portugueses le entregasen aquel mozo. Mandó el rey prender luego á 30 portugueses, que andaban comprando mercadurías en su tierra, y embargarles como 40.000 ducados que tenian empleados en ellas, hasta que le entregasen el mozo que estaba en su navío.

Hubo de una parte y otra muchas demandas y respuestas sobre este negocio, porque el rey ningun partido quiso aceptar si no se le traian, y el capitan, como buen cristiano, tambien estaba resuelto de no dársele; pero viendo el mozo el peligro en que estaban por su respeto los portugueses, dijo con un ánimo valeroso que se queria presentar delante del rey, porque confiaba en nuestro Señor le daria ánimo y fortaleza para confesar su fe delante de él. Prendiéronle los moros en saliendo del navío, y lleváronle á donde el rey estaba acompañado de muchos caciques y otra gente. Preguntóle el rey que cómo habia dejado su ley. El le respondió con grande libertad, que lo habia hecho porque era cristiano y queria vivir y morir como tal. Oida esta respuesta, arremetieron á él los que se hallaron presentes, dándole de puñadas y bofetones, hasta bañarle el rostro en sangre. Sufriólo el mozo todo con mucha paciencia, confesando que era cristiano, y pidiendo á nuestro Señor perdon de haber faltado en la fe que primero habia profesado. Indignados los moros de lo que oian, le azotaron cruelmente, mas viendo que todo esto no aprovechaba para mudar su ánimo y determinacion, le colgaron de un gancho de hierro que le entraba por debajo del cuello, y de esta manera le dejaron hasta que murió. Todo el tiempo que le duró la vida estuvo este dichoso mozo, ó por mejor decir glorioso mártir, diciendo el credo y repitiendo el nombre de Jesus y María, satisfaciendo con esta maravillosa constancia y fortaleza á los portugueses que lo estaban mirando, y contaron después el caso.

CAPÍTULO XXXVIII

De algunas cosas que acontecieron en Bungo después que el P. Alejandro volvió de Meaco.

En el cap. XXXII queda dicho cómo siete leguas de la ciudad de Funay hábia un valle que se decia Ju, el cual tenia dos leguas, y estaba todo rodeado de unas muy altas sierras, que no se podia entrar en él sino era por dos ó tres partes, y estas eran tan estrechas y fuertes que

solos 20 hombres bastaban á defender cada una de ellas.

Habia en este valle como 8.000 almas, que estaban sujetas á cuatro señores, de los cuales sólo uno era cristiano, con obra de 1.000 vasallos suyos, como en aquel capítulo se dijo. Deseaba mucho el rey Francisco que todos los de aquel valle se hiciesen cristianos, no obstante que la reina pasada Jezabel los habia prevenido para que no recibiesen la ley de Dios; mas el rey Francisco escribió á los tres señores y cabezas principales, rogándoles que se juntasen á oir los sermones por solos seis dias, y que si en ellos no viesen claramente la ventaja que hacia la ley de Dios á las del Japon, no la recibiesen, porque no era su intento que se hiciesen cristianos, sino muy de su voluntad y entendiendo que aquel era el camino para salvarse. No pudieron los del valle excusar lo que el rey les pedia siendo tan justo, y así oyeron los sermones del P. Francisco Cabral, que para esto fué allá con un Hermano, y fué nuestro Señor servido que los tres señores con más de otros 20 caballeros, deudos y parientes suyos, se bautizasen luego y lo mismo hicieron después sus vasallos.

Recibió de esto tanto contento el buen rey Francisco, que por su entretenimiento fué á visitar el valle y á dar el parabien á los nuevos cristianos, haciéndoles particulares favores y mercedes, para animarlos con esto á que perseverasen en la fe que habian recibido.

Habia en la ciudad de Vosuqui un caballero muy principal casado con una parienta de la mujer del rey Francisco; eran entrambos de poca edad, porque el caballero seria de veinticinco años y la mujer de diez y seis, pero muy ejemplares cristianos. Pegaron fuego á las casas de este caballero, y á lo que se entendió, por parte de la reina Jezabel, y creció de manera que se quemaron con la hacienda que tenian en ellas. Sucedió esto cuando el P. Alejandro volvió de las partes del Meaco, el cual por consolar á estos caballeros de su trabajo, los fué á visitar. Pidiéronle que les hiciese caridad de darles algunas cuentas benditas, porque con eso no echarian ménos la pérdida de su hacienda; dióselas el Padre, y fué tanto su contento, que daban gracias á nuestro Señor de que se les hubiese quemado la casa y la hacienda, pues con la pérdida de ella habian alcanzado el tesoro que tantos años habian deseado.

Habia tambien en aquella ciudad un hombre muy principal del consejo del rey, pero muy contrario á la ley de Dios; este caballero tuvo dos hijos, el mayor murió y dejó un solo hijo que habia de heredar la casa de su abuelo; el otro menor, que era muy buen cristiano, deseaba que el sobrino lo fuese, pero no habia órden para ello, porque el viejo de ninguna manera lo habia de consentir. De las pocas veces que el tio pudo hablar á su sobrino, le dejó muy aficionado á la ley de Dios, y deseoso de oir los sermones, y no hallando otro medio para ello, envió dos criados suyos de quien se fiaba á Funay, para que allí los oyesen y después le repitiesen lo que hubiesen oido. Hicieron los criados lo que su amo les mandó, y con lo que ellos le platicaron, como era de buen entendimiento, se determinó á ser cristiano, convencido de las verdades que sus criados le habian enseñado; pero representándole ellos el riesgo á que se ponia si su abuelo entendiese su voluntad; con un fervor extraordinario (para mostrar la determinacion que tenia) echó mano á su daga y con ella hizo en su brazo una cruz, diciendo que tuviesen aquello por señal de que por ninguna cosa dejaria de ser cristiano; mas por consejo de los Padres, se dilató la ejecucion de este negocio, esperando á que su abuelo le entregase el gobierno de su hacienda, conforme á la costumbre del Japon, porque no le desheredase.

Por este mismo tiempo recibieron en Vosuqui el santo Bautismo la reina de Fiunga y su hijo heredero de aquel reino, que se llamó don Bartolomé, porque otro hermano menor de este príncipe se habia bautizado cuando su madre vino huyendo, el cual estaba en el Seminario de Anzuquiama y se decia D. Jerónimo.

Obraba nuestro Señor como siempre en esta nueva cristiandad algunas cosas maravillosas y extraordinarias, para confirmarla más en la fe, porque en un lugar cerca de Funay habia un leproso y enfermo, el cual oyendo tratar á los cristianos de la ley de Dios, deseaba bautizarse, pero no tenia órden para ello, porque no habia entónces Padre alguno, sino en Funay y en Vosuqui, á donde él por su enfermedad no podia ir. Aconsejóse con otro cristiano de lo que haria, y díjole que si tenia tanto deseo de bautizarse, fuese á hacer oracion delante de la cruz donde los cristianos se enterraban, y pidiese á Dios salud para poder llegar á Funay. Hízolo este hombre con grande confianza como el cristiano se lo habia dicho, y al tercero dia que fué á hacer oracion á la cruz, volvió por la misericordia del Señor tan limpio de su lepra, como si nunca la hubiera tenido, y recibió luego el santo Bautismo. Otros cinco hombres que algunos años habian estado privados de la vista, la cobraron enteramente acabándose de bautizar.

CAPÍTULO XXXIX

De algunas cosas de edificacion que por el mismo tiempo pasaban en los reinos del Jimo.

En las otras partes del Jimo gozaba por entónces la cristiandad de paz y sosiego, aunque en el reino de Firando no crecia tanto el número de los fieles, porque el rey aunque contemporizaba en lo de fuera con los cristianos, por sus comodidades temporales (como se ha dicho) en cuanto podia, procuraba que no se hiciesen otros de nuevo, como se pareció en algunas ocasiones particulares, y una de ellas fué que se andaba aparejando un hombre para recibir el Bautismo, al cual por ser de buena habilidad é ingenio dió el rey oficio en su casa, y desde aquel dia nunca más tornó á oir sermon ni á tratar de ser cristiano, y cuando algunos otros criados suyos le pedian licencia para serlo, les respondia que lo dejasen para cuando él se bautizase. Tambien acaeció que otro hombre principal se bautizó por consejo de su mujer y de su suegro, sin pedir licencia al rey, sabiendo que se la habia de negar, como lo habia hecho á otros; mataron á este hombre á traicion dentro de pocos dias, y aunque el rey lo supo, ningun castigo mandó hacer por ello, dando á entender que gustaba le hubiesen muerto, porque se habia bautizado sin su licencia; pero con todas estas dificultades siempre iba despertando nuestro Señor algunos con deseo de recibir su santa ley.

Tambien murió al fin del año de 81 en la ciudad de Firando D. Antonio, recibidos todos los Sacramentos, y con mucha paz y consuelo de su alma, que era columna y amparo de aquella cristiandad. Hallóse en su muerte el Padre que allí residia, y á su enterramiento todos los cristianos, los cuales lloraban su muerte como si fuera padre de cada uno. Su hijo mayor, por nombre D. Jerónimo, era muy ejemplar cristiano, y en todo parecia ser hijo de su padre, señaladamente en el celo de la religion y aumento de la cristiandad.

En Omura sucedió al mismo tiempo una cosa que puso en grande cuidado á todo aquel reino. Habiendo Riozogi conquistado el reino de Chicungo y parte del de Fingo y de Figen, envió á llamar al rey D. Bartolomé y al príncipe su hijo mayor, que se decia D. Sancho, porque los deseaba hablar en una fortaleza donde estaba. Puso este recaudo á todos en grande confusion, recelándose de alguna traicion, y que matándolos allí Riozogi, quisiese luego alzarse con la tierra, y así fueron muchos de parecer que en ninguna manera se pusiesen en tan manifiesto peligro; mas el valeroso rey, echando de ver que si no iba, habia de romper abiertamente con aquel tirano que entónces estaba poderoso y poner todo su reino en contingencia, determinó fiar este negocio de las manos de nuestro Señor, como siempre habia hecho los demás que le tocaban; y así fué á visitarle acompañado de su hijo y de muchos caballeros, conforme á la calidad de su persona. Hacíase oracion por ellos en todo el reino el tiempo que por allá se detuvieron, que fueron veinte dias, la cual parece que oyó nuestro Señor; porque Riozogi, contra todo lo que se podia esperar de su condicion natural, trató á entrambos con grande honra, cortesía y regalo, asentando paces con D. Bartolomé y diciendo que pensaba casar su hija con el príncipe de Omura, y así los tornó á despedir con mucho gusto y afabilidad, y fueron recibidos en su reino con extraordinario gozo y alegría.

Por lo que luego sucedió se echó de ver claramente haber sido obra de nuestro Señor lo que este tirano hizo con el rey D. Bartolomé y su hijo; porque cuando los envió á llamar, envió tambien el mismo recaudo á otro señor gentil muy rico y principal en el reino de Figen, el cual, recelándose de la embajada, no quiso ir hasta ver cómo le iba á D. Bartolomé; pero cuando supo que era vuelto á su reino y que Riozogi le habia tratado con tanta honra, partióse luego para allá acompañado de sus deudos y amigos. Al principio recibióle bien como habia hecho á D. Bartolomé, mas cuando le tuvo bien asegurado, los cogió á todos con 5.000 hombres que tenia de secreto, y después de haberles quitado la vida se alzó tambien con sus tierras.

Estando el P. Visitador Alejandro en el puerto de Nangasaqui, del reino de Omura, aconteció otro caso que al principio dió á los Padres pena y cuidado, aunque después sacó de él nuestro Señor mucho fruto y provecho. Habia muerto un portugués dos ó tres años antes á un japon, hombre honrado. Encontróse un dia en aquel puerto con este portugués el hijo del muerto, que era cristiano, el cual con el dolor que le causó de repente la memoria de la muerte de su padre, dió de puñaladas al portugués y acogióse luego á la iglesia. Fuéle siguiendo el portugués, aunque estaba tan mal herido, y en la misma puerta le dió dos estocadas, con las cuales cayó el japon en tierra. Murieron entrambos de las heridas, aunque tuvieron lugar de confesarse y perdonar el uno al otro. A este alboroto acudieron por una parte los portugueses que allí estaban con sus armas, y por la otra

los gentiles, solicitados de los amigos y deudos del mozo. No tuvieron otro remedio los portugueses sino acogerse á la iglesia, porque eran pocos en comparacion de los gentiles: mandó el P. Visitador cerrar las puertas, porque no sucediese alguna desgracia mayor que la pasada. Hacian los japones mucha instancia y fuerza porque se las abriesen para vengarse de los portugueses, mas el Padre salió á ellos y con buenas razones los sosegó.

Pasada esta alteracion y desasosiego, envió á llamar el Padre á los principales del lugar, y afeóles mucho esta culpa, y ponderóles gravemente el caso y el desacato que habian tenido contra la iglesia en ir con armas y querer entrar en ella por fuerza, diciendo que estaba para mandarla derribar y que no hubiese más iglesia en aquel pueblo, y lo que más sentia era el mal ejemplo que habian dado á los portugueses y el escándalo que seria para los gentiles y los demás cristianos del Japon que lo supiesen, y así no queria estar más en aquella tierra ni un solo dia, y para mostrar más su sentimiento y darles mayor estima de la culpa que habian cometido, se partió luego para la ciudad de Arima, dejando órden á los Padres que allí residian, que quitasen el retablo de la iglesia y todos los aderezos del altar.

Cuando el dia siguiente supieron los cristianos que el Padre era ido y vieron quitado el retablo y descompuesto el altar, fué tanto su sentimiento, que se fueron á echar á los piés de los Padres que allí estaban, ofreciendo que harian toda la satisfaccion y penitencia que el P. Visitador les mandase, y porque la culpa de aquel negocio la habian tenido los parientes del muerto, que habian solicitado á los demás vecinos de la calle, los desterraron luego del pueblo sin dejar de todos ellos mujer ni niño. Tras esto enviaron sus embajadores al P. Alejandro, suplicándole que les perdonase lo pasado y les diese la penitencia que fuese servido, y mandase que se tornase á decir misa en la iglesia, porque no estuviesen privados de tanto bien. Respondióles el Padre que el caso habia sido tan grave, que no se podia hacer lo que pedian hasta que él volviese, y de esta manera los tuvo quince dias. Al cabo de ellos vino, y para quitar el entredicho, hizo una procesion muy solemne con todos los cristianos y Padres y Hermanos que allí se hallaron, y luego les declaró el grande respeto y reverencia que debian tener á la iglesia, lo cual ofrecieron para de allí adelante con juramento público todos los principales del lugar, y de guardar enteramente su inmunidad y libertad. Para bendecir la iglesia, por haber estado violada con la sangre de los heridos, dijo el Padre una misa cantada, y luego perdonó á los desterrados, haciendo que volviesen á sus casas. Vinieron todos ellos en procesion á la iglesia con su disciplina de sangre, y antes de entrar en ella hicieron el mismo juramento que habian hecho los demás, y pidieron perdon con mucha humildad y lágrimas de mal ejemplo que habian dado. Con esto quedaron todos muy consolados, y dando gracias á nuestro Señor del fruto que habia sacado de aquel desacato, por la mayor estima y reverencia que de allí adelante tuvieron á la iglesia.

CAPÍTULO XL

Número de casas, iglesias y cristianos que dejó el P. Alejandro cuando quiso partir del Japon para la India.

Cuando el P. Alejandro entró en el Japon y comenzó su visita en la congregacion que hizo con los Padres en el puerto de Cochinozu, trató algunas cosas importantes para el bien de los religiosos que andaban trabajando en aquellas partes, y para ayudar mejor aquella cristiandad, como se dijo en el cap. xxvi. Todo el tiempo que se detuvo en Japon, que serian dos años poco más ó ménos, su mayor cuidado fué ir asentando y poniendo en ejecucion lo que allí se habia determinado; y para que mejor se entienda el fruto de su trabajo y del que los Padres habian puesto en cultivar aquella viña del Señor, recien plantada en Japon, será bien que digamos las casas y residencias con el número de iglesias y cristianos que habia en aquella tierra, hasta el principio del año de 1582, cuando el Padre dió la vuelta para la India.

Conforme á la division que al principio hicimos de todo el Japon, en tres partes, la mayor y más principal es la isla en que está la ciudad de Meaco, en la cual tenia Nobunanga 33 reinos por suyos propios, que en diversas guerras habia conquistado, y en ellos habia por este tiempo tres casas de residencia, en las cuales vivian los Padres de la Compañía. La primera y más antigua era en la ciudad de Meaco, cabeza de todos los reinos del Japon, donde tambien tenian la mejor iglesia y más bien edificada de todas. En esta casa residian de ordinario dos Padres y dos Hermanos con algunos mozos japones.

La segunda casa de residencia era en la nueva ciudad de Anzuquiama. Habia allí otra casa y otra iglesia y el Seminario, en el cual se criaban entónces 25 niños nobles, hijos de aquellos

señores y caballeros de la corte; enseñábanles á leer y escribir en letra del Japon, latina y portuguesa, y juntamente los instruian en las cosas de nuestra santa fe y en todo lo demás que era necesario, para que fuesen ejemplares en sus costumbres. Residian en esta ciudad otros dos Padres y Hermanos con la ayuda ordinaria de los mozos japones, el un Padre y Hermano tenian cuidado de la iglesia y de los cristianos que se iban bautizando, y los otros dos tenian á su cargo el Seminario y la buena institucion de aquellos niños.

La tercera casa de residencia estaba en la fortaleza de Tacacuqui, donde tenia edificada la casa y una muy buena iglesia Justo Ucandono, y él mismo daba todo lo necesario para el sustento de un Padre y un Hermano que allí estaban. En este reino de Bomi, ó por otro nombre de Cunoconi, donde caia la fortaleza de Justo, habia otras dos fortaleza de algunos señores y caballeros cristianos, en las cuales habia tambien sus iglesias; como eran, en la fortaleza de Vocayama, tres leguas de la fortaleza de Tacacuqui, la cual era de un caballero que se decia D. Juan Ocingo. Tambien caia cerca de estas la fortaleza de Imori y la isla de Sanga, que estaba al pié de ella, donde vivian D. Sancho y su hijo don Mancio, y tenian dos iglesias, una en la fortaleza y otra en la isla, con su casa, para cuando los Padres iban allá.

A dos leguas de Sanga habia otro caballero más rico que no D. Sancho ni D. Juan, que se decia D. Simon Tangandono, el cual en su fortaleza, que se decia Jao, tenia de ordinario en su compañía 800 cristianos.

Seis leguas de esta fortaleza habia otra que llamaban Obojingata, y en las tierras sujetas á ella tres señores, de los cuales dos eran cristianos.

De estas iglesias y fortalezas del reino de Bomi tenian cuidado el Padre y el Hermano que residian en la casa y fortaleza de Justo Ucandono.

El número de los cristianos que habia en este tiempo en las partes de Meaco y reinos de Nobunanga, pasaban de 20.000, y la mayor parte de gente muy noble y principal, á los cuales visitaban los Padres y Hermanos de las tres casas de residencia que hemos dicho, conforme al órden y repartimiento que cada uno de ellos tenia, y érales necesario andar todo el año discurriendo de una parte á otra, predicando y confesando y ejercitando los demás ministerios por estar aquellos cristianos repartidos en diversos reinos, fortalezas y lugares. En el reino de Amanguchi ó de Nangato, que es lo mismo, y cae en esta misma isla grande, ni habia casa ni iglesia, aunque habia buen número de cristianos, porque nunca el rey de aquella tierra lo consintió, como algunas veces lo hemos apuntado en esta historia; y así parecia que se conservaban por milagro los cristianos de aquella tierra, sin tener sermones ni el ayuda de los Sacramentos.

En la segunda parte principal del Japon, que se llama el Jimo y tiene nueve reinos, habia más casas é iglesias y mayor número de cristianos. En la ciudad de Funay, del reino de Bungo, en la cual residia lo más ordinario el príncipe con su corte, habia un colegio de la Compañía, en el cual se leian Artes y Teología y la lengua del Japon, para los que tenian necesidad de deprenderla. Residian en este colegio entónces 20 de la Compañía entre Padres y Hermanos, y en la ciudad de Vosuqui, donde tenia su casa el rey Francisco, estaba la de los novicios, y en ella otras 20 personas.

En el valle de Ju, siete leguas de Funay, habia otra casa de residencia, y en ella un Padre y Hermano, y otra en la ciudad de Nozen con otro Padre y otro Hermano; de estas dos residencias y de las casas de Funay y Vosuqui, se visitaban todos los cristianos del reino de Bungo que tambien estaban repartidos y divididos en muchos lugares.

A este reino de Bungo pertenecia el de Chicujen, en el cual estaba la ciudad de Facata; habíase fundado en ella una casa é iglesia, pero destruyóla el tirano Aquezuqui cuando se hizo señor de este reino, como queda dicho. Habia en esta ciudad como 300 cristianos, y en los lugares de su comarca más de 600.

En el reino de Chicungo, que tambien confina con el de Chicujen, habia algunos cristianos y una iglesia, de la cual tenia cuidado un cristiano virtuoso, porque no podian ir allá los Padres después que Riozogi se hizo señor de él.

En el reino de Fingo, que solia estar sujeto á Bungo, y después le partieron entre sí Riozogi y Aquezuqui, caen las islas de Amacusa. En la principal de ellas, cuyo señor se llamaba D. Miguel, habia dos casas de residencia, la principal en la misma ciudad de Amacusa, y la segunda en la fortaleza de Fondo. En la primera residian dos Padres y dos Hermanos, y en la segunda un Padre con otro Hermano, y de estas dos residencias se visitaban más de 20 iglesias que habia en aquella tierra de Amacusa.

En la isla de Jequi que confina con la de Amacusa, habia otra iglesia, á la cual acudian más de 5.000 cristianos de aquella isla. Tenia cuidado de esta iglesia un buen cristiano, porque el señor de la isla no consentia que tuviesen los

Padres casa de asiento en ella, pero venian á visitarlos de las casas de Amacusa, y los mismos cristianos iban allá muchas veces, especialmente en las fiestas del santo Nacimiento y Semana Santa y otros dias semejantes para hallarse en los Oficios divinos. En lo que antiguamente llaman Figen caen los reinos del Goto, Firando y los principales, que son Arima y Omura. En el reino del Goto no quedó casa ni iglesia desde la muerte del rey D. Luis, por la persecucion que levantó contra los cristianos el tutor y tio del niño, y sucesor que era gentil.

En el reino de Firando, aunque el rey era contrario á la ley de Dios, pero consentia en su reino á los Padres, y así tenian allí una casa y residian cuatro en ella, los cuales visitaban los cristianos, no sólo de la misma isla de Firando, sino los que pertenecian á su hijo de D. Antonio y las de su tio D. Juan.

En el reino de Omura, que era del rey D. Bartolomé, habia tres casas de residencia. La primera en la misma ciudad de Omura. La segunda en el puerto de Nangasaqui, y la tercera en la ciudad de Curi; en cada una de estas cuando ménos habia un Padre y un Hermano, y á tiempos más. De estas tres residencias se visitaban más de 40 iglesias y más de 50.000 cristianos que habia en todo aquel reino.

En el reino de Arima habia otras tres residencias. La primera en la ciudad misma de Arima, en la cual residian cinco ó seis de la Compañía; porque los dos tenian cuidado del Seminario de los niños que allí se habia fundado, en el cual habia entónces más de 20, y entre ellos un nieto del rey de Fiunga y otro primo del rey de Arima, y los demás eran hijos de los principales señores de aquel reino. Criábanse estos niños con el mismo órden que los del Seminario de Anzuquiama, y en su modestia y costumbres más parecian religiosos que seglares. La segunda residencia estaba en la ciudad de Arie, que era aún mayor que Arima y aun de mayor recreacion y frescura. La tercera estaba en el puerto de Cochinozu, en cada una de estas dos habia cuando ménos un Padre y un Hermano.

En el reino de Sajuma, donde el P. Francisco Javier desembarcó la primera vez cuando llegó á Japon, aunque habia algunos cristianos y los Padres los visitaban cuando se ofrecia ocasion para ello, pero no tenian casa de asiento, porque los bonzos de aquel reino lo desbarataron algunas veces que el rey de aquella tierra lo pidió y deseó. Llegaba el número de los cristianos que habia en esta segunda parte del Jimo á 130.000.

La tercera parte del Japon en que habia cuatro reinos, no habia cristiano alguno sino era el rey de Tosa, que es el más principal de aquella isla, pero desposeyéronle de él poco después que se bautizó en la ciudad de Vosuqui, y así nunca pudo cumplir los deseos que nuestro Señor le daba de convertir todo su reino á nuestra santa fe.

En todas estas casas y residencias, fuera de los Padres y Hermanos de la Compañía que estaban en ellas, habia algunos mozos japones hábiles y virtuosos que deseaban servir á nuestro Señor, de los cuales se ayudaban los Padres para suplir la falta de predicadores; porque como estos mozos sabian tan bien la lengua, estando bien instruidos en la fe, hacian mucho con sus pláticas en los naturales de la tierra.

De suerte que, cuando el P. Alejandro acabó su visita y quiso partir para la India, dejaba en el Japon 150.000 cristianos y 200 iglesias entre las principales, y otras menores; y 59 religiosos de la Compañía que tenian cuidado de ellas, repartidos por las casas que habemos dicho.

Antes de partir el P. Alejandro, tornó á juntar los Padres en el puerto de Nangasaqui, por el mes de Octubre de 81, para dejar mejor asentadas estas cosas y tratar otras más particulares. Señaló entónces por Superior de los Padres que andaban en las partes de Meaco al P. Organtino, como lo habia hecho cuando estuvo allá; y al P. Pedro Gomez por Rector del colegio de Funay y Superior de las residencias que habia en el reino de Bungo, y al P. Pedro Ramon por Superior de la casa de Vosuqui, y al P. Pedro Melchor de Mora por Rector de Arima y Superior de todas las demás residencias que habia por aquellas partes, y por Viceprovincial y Superior de todos los que andaban en Japon al P. Gaspar Coello, y poco después partió para la India como en el libro siguiente se dirá.

LIBRO NOVENO

DEL VIAJE QUE HICIERON LOS SEÑORES JAPONES Á ROMA PARA DAR LA OBEDIENCIA Á SU SANTIDAD EL PAPA GREGORIO XIII, Y SU VUELTA DESDE EUROPA Á LA INDIA

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo partieron cuatro caballeros japones en compañía del P. Alejandro á Roma, y llegaron todos al puerto de Macao.

Será necesario dejar por ahora las cosas del Japon en el estado que habemos dicho, por contar en particular el viaje que hicieron los caballeros japones y la embajada con que fueron á dar la obediencia á la Sede Apostólica en nombre de algunos reyes cristianos de aquella tierra, para que las primicias del Japon hiciesen el debido reconocimiento y reverencia al Vicario de Cristo nuestro Señor en la tierra, como las primicias de la gentilidad le hicieron adorando al mismo Señor recien nacido en el portalico de Belen.

Sabiendo el rey Francisco de Bungo y los reyes de Arima y Omura D. Protasio y D. Bartolomé, que el P. Alejandro, acabada su visita, habia de ir á Roma, para dar cuenta al Padre General de lo que habia hecho en aquellas partes, determinaron enviar en su compañía algunos caballeros deudos suyos, los cuales en su nombre diesen esta obediencia á la santidad del Papa Gregorio XIII, que entónces tenia la silla de Roma, y puestos á sus piés, le reconociesen por suprema cabeza y Pastor universal de toda la Iglesia, ya que ellos no podian hacerlo en persona por las necesidades tan urgentes que habia de asistir en sus reinos. Pareció muy bien al P. Alejandro el santo celo y piadoso deseo de estos reyes, porque cumpliendo ellos con su piedad y devocion, seria tambien buena ocasion para que viesen en Europa algo de lo que tantas veces habian oido y leido en las cartas que de allá venian, del buen natural y entendimiento de los japones, y cuán bien empleado era el trabajo que se tomaba en cultivar aquella viña. Hallaba tambien el Padre otra comodidad en esta jornada, que viniendo alguna persona de aquellas partes, podria á la vuelta como testigo de vista, referir á todos los del Japon la majestad y grandeza de la Iglesia Romana y de los príncipes cristianos que habia en Europa, porque algunos no creian muchas cosas notables que los Padres de la Compañía les decian, así de los príncipes temporales como de los eclesiásticos, y se les hacia muy dificultoso que dejasen los Padres su tierra y naturaleza, habiendo en ella tantas cosas como les decian, y viniesen á reinos tan remotos por solo buscar la salvacion de las almas.

Escogieron para esta jornada el rey Francisco de Bungo, á un sobrino del rey de Fiunga y muy deudo suyo, por nombre D. Mancio Ito, y los reyes D. Protasio y D. Bartolomé á D. Miguel Cingiva, primo del uno y sobrino del otro. Para que acompañasen á estos dos señores, señalaron otros dos caballeros muy principales y muy nobles, que se decian D. Julian de Nacaura y D. Martin de Fara. Criábanse estos caballeros en el Seminario de Arima, y serian de quince años poco más ó ménos cuando partieron de aquella tierra.

Mostróse bien en esta ocasion la devocion y ánimo generoso de estos niños, en querer dejar

su tierra y regalo y ponerse tan de buena gana y con tanta alegría en un camino tan largo y peligroso, y que ningun japon hasta entónces le habia andado, y no se echó de ver ménos la piedad y valor de sus madres, porque algunas eran viudas y no tenian más hijos que estos, y con persuadirse que los daban para nunca más verlos, venció en su pecho el amor de nuestro Señor y deseo de su servicio al amor natural de madres, y aunque con hartas lágrimas, les dieron su bendicion y los ofrecieron á nuestro Señor para hacer aquel viaje de tanta gloria suya. Fué mucha parte para templar su sentimiento llevarlos el P. Alejandro en su compañía y tan á su cargo. No le pareció al Padre que trujesen estos caballeros mucho acompañamiento de criados para el camino, como allá lo acostumbran los señores del Japon, porque siendo tan largo y expuesto á tan varios sucesos de mar y de tierra y peligros de corsarios, seria más conveniente, cuanto con ménos ruido y demostracion pública viniesen; y á esta causa, solamente trajeron algunos pajes para su servicio, y un Padre y un Hermano de la Compañía que tenian particular cuidado de mirar por ellos.

Habia en el puerto de Nangasaqui sola una nao que hubiese de ir á la India en todo aquel año; venia por capitan de ella un caballero que se decia Ignacio de Lima, el cual por su virtud y nobleza ofreció á aquellos señores, no sólo de llevarlos en su nao con mucho gusto, sino de acomodarlos en su propia cámara y aposento.

Llegado el tiempo y puestas á punto todas las cosas que eran necesarias para el camino, partieron del puerto de Nangasaqui á los 20 de Febrero del año de 1582. Habiendo navegado algunos dias con próspero viento, comenzó á mudarse el temporal y alterarse el mar, levantando tan altas y tan bravas olas, que fuera del grande temor y espanto que causaba el sólo verlas, daban de cuándo en cuándo tan recios y furiosos golpes en el navío, que parecian gruesos tiros de artillería, haciéndole inclinar á una parte y á otra y dar tan grandes vaivenes, que no dejaba reposar á los que iban dentro. Fué esta borrasca de mucho trabajo para aquellos señores, por ser delicados y no tener experiencia de navegar, porque les duró cinco ó seis dias, pero de este trabajo y otro semejante que tuvieron, dentro de pocos dias, los libró nuestro Señor con darles al cabo de ellas un viento tan favorable y próspero, que llegaron con él á la isla y puerto de Macao á los 9 de Marzo. Recibiólos toda aquella ciudad con mucha alegría, y aposentáronlos en su casa que allí tienen los Padres de la Compañía.

CAPÍTULO II

Del viaje que hicieron estos señores en compañía del P. Alejandro desde Macao hasta Malaca.

Detuviéronse estos señores en Macao más de nueve meses esperando las naos que habian de ir á la India. Ocupábanse en este tiempo en deprender la lengua latina y escribir letra española, lo cual fueron continuando después en toda la navegacion. Cuando hubieron de partir de Macao, se ofrecieron tres naos que habian de ir juntas á la India y tuvieron harta dificultad en cuál escogerian, porque cada uno de los capitanes deseaba llevarlos en la suya, y el que los habia traido sentia muchos dejarlos, y aunque la nave en que habian venido era buena, pero ofrecíanles otra que era mayor y más fuerte y con mejor comodidad de aposentos, y aun parecia ser más segura para resistir la furia de los vientos y tempestades, mas el P. Alejandro después de encomendado á nuestro Señor el negocio, se resolvió en proseguir su camino en la misma nave en que hasta allí habian venido, porque era buena y el capitan habia hecho mucho regalo en ella á aquellos caballeros, y no parece podian tomar otra sin dejar con disgusto al que con tanta voluntad los habia traido y deseaba llevar en su compañía, y por lo que después sucedió se echó de ver, cuán acertada habia sido aquella eleccion.

Partieron de Macao, último dia de Diciembre del mismo año de 82, con buen tiempo, aunque con algun temor y recelo de que les habia de faltar el viento por haberse detenido un mes más de lo que ordinariamente suelen partir las naos; mas nuestro Señor les quitó presto el temor que llevaban con dársele tan próspero como se podia desear. Era la nave algo pequeña y llevaba mucha carga, y así hubieron de quitarle algunas velas, porque no podia sufrir tanto viento, con el cual las otras dos que iban cerca, como eran grandes y corrian con todas sus velas tendidas, pasaron adelante; pero á la una de ellas se le hundió una barca con diez y seis personas, y si no cortaran presto las cuerdas, peligrara tambien el mismo navío.

No estuvo la nave de estos señores libre de semejante peligro, porque avivando el viento, no se podia gobernar como convenia, y muchas veces la cubrian toda las olas, y daban con tanta fuerza en el corredor de la popa, que desclavaban las tablas que en él habia, y una noche reposando aquellos caballeros, dió una ola con tan grande ímpetu en una puerta, con que se cerra-

ba su cámara desde el corredor, que por fuerte que era, la arrancó del todo, y entraba el agua hasta donde ellos estaban, y fué necesario subirse á otro aposento más alto, entre tanto que se reparaba aquella abertura, porque era tanta el agua que entraba por ella, que bastara para hundir el navío, y para aligerarle, echaron al mar algunas mercadurías y ropa. Con este trabajo pasaron unos dias, hasta que fué servido nuestro Señor que cesase aquel viento tan furioso y sucediese otro muy apacible y manso, con el cual caminaron algunos y llegaron cerca del golfo de Aynon, que es muy peligroso, así por los muchos bajíos que en él hay, como por los vientos ordinarios y muy recios que por allí corren.

Cerca de este golfo tuvieron otro peligro mayor que todos los pasados con un recio temporal que se levantó, el cual sin tener reparo ni remedio los llevaba á dar en los mismos bajíos. Teniéndose ya todos por perdidos, se pusieron en oracion, suplicando á la divina Majestad que adonde faltaban los medios humanos para salir de tan grande aprieto, los librase su poderosa mano. Usó nuestro Señor de su acostumbrada misericordia, para mostrar con ella la particular providencia que tenia de aquellos niños, porque cuando estaban más sin esperanza de remedio, se mudó el viento, y él mismo los echó fuera del golfo.

Salidos de este peligro y caminando con bonanza, comenzaron á descubrir tierra, y á vueltas de ella mucha cantidad de mercadurías y ropa, lo cual traian las olas de la mar de una parte á otra. Receláronse luego, si acaso habian tomado alguna de las naves que venian en su compañía los corsarios que suelen andar por aquellas costas; pero á 30 millas de Malaca vieron la misma nave en que estos señores habian de ir encallada y hundida en unos bajíos que hay á la entrada del estrecho de Sincapura, entre Malaca y la isla Sumatra, que es muy peligroso y dificultoso de pasar, porque no tiene de ancho más que un tiro de piedra; y aunque la gente se salvó, pero perdiéronse en aquella nao más de 600.000 ducados, parte que se hundieron en el mar, y parte que robaron los moros de aquella comarca. Vióse la particular misericordia que nuestro Señor hizo á estos caballeros, en que no se embarcasen en ella contra el parecer de todos los que bien sentian; y no fué menor la que usó con su navío, pasando el mismo estrecho, porque se detuvo en un escollo que hay en medio de él, á tiempo que ya habia crecido el agua, con lo cual pudieron pasar; porque á ser un poco antes se hiciera pedazos. Con estos trabajos y peligros llegaron á Malaca al fin de Enero de 1583, habiendo corrido en aquel mes 500 leguas que hay desde Macao á Malaca. Recibiéronlos en aquella ciudad con el mismo gusto que lo habian hecho en Macao, y aposentáronse en el colegio que allí tienen los Padres de la Compañía.

CAPÍTULO III

Del camino de estos señores desde Malaca hasta Goa.

No estuvieron estos señores en Malaca sino muy de paso, y así á los 4 de Febrero continuaron su navegacion, porque no se les pasase el tiempo de ella. Comenzaban ya los calores en aquella tierra, y con ellos á enfermar mucha gente, y á D. Mancio apretó una calentura de manera que puso á todos en cuidado; pero á quien más trabajo dieron las calenturas fué al P. Mezquita, que traia cuidado de estos señores, y era su intérprete, porque le duraron más de mes y medio, y así él como los demás enfermos tuvieron bien en qué ejercitar la paciencia, por la falta de remedios y medicinas que habia.

Tras las enfermedades les sucedió otro trabajo, que fueron las muchas calmas, y á esta causa el camino que se suele andar en un mes se hizo tan largo, que vino á faltarles el agua y ser necesario darla el capitan con mucha tasa y medida; y algunos hubo á quien fatigaba tanto la sed, que no bastándoles la racion ordinaria, se atrevieron á beber del agua del mar, y murieron de ello.

Socorrióles nuestro Señor en este trabajo, como lo habia hecho en los demás, dándoles un viento fresco, con el cual llegaron á la isla de Ceilan, y aunque pudieran tomar allí algun refresco, y venian bien necesitados de él, no se atrevieron á detenerse. Por descuido del piloto les sucedió aquí una cosa que pudiera ser de harto peligro, porque pensando que iban á tomar puerto en Cochin ó Coulan, los echó el viento en la costa de la Pesquería, á la vuelta de Trabancor. Fué fácil el engañarse por estar en la misma altura, mas habiendo navegado un poco, comenzaron á dudar algunos, pareciéndoles, como era verdad, que no llevaban buen camino.

Para certificarse más comenzaron á medir la hondura del agua, y no hallaron más que 40 brazas, y cuanto más andaban ménos agua habia; y con esto acabaron de entender que habian errado el camino; y dentro de pocos dias, lo vieron más claramente, porque se hallaron en la costa de la Pesquería, junto á un lugar que se

dice Tricandur. No podian pasar de allí adelante sin peligro manifiesto, por los muchos bajíos que tiene aquella costa, ni podian tampoco volver atrás para deshacer el yerro, porque la fuerza del viento no les daba lugar á ello, y así fué necesario detener el navío sobre las áncoras, en lo cual no hubo pequeña dificultad por estar aquel lugar lleno de piedras tan agudas, que por muy recia y gruesa que sea la maroma la cortan con grande facilidad.

Habia una casa de residencia de los Padres de la Compañía que andaban por aquella costa cerca de donde paró la nave, los cuales en sabiendo cómo estaban allí el P. Alejandro y aquellos señores, vinieron luego á visitarlos con algun refresco de la tierra. Parecióle al P. Visitador sacar del navío á aquellos niños que venian cansados de tan larga y molesta navegacion, y por celebrar en aquella residencia la Pascua de Resurreccion, que era de allí á cuatro dias, y así la tuvieron muy alegre con los Padres y cristianos de aquella tierra. Por no tornar á pasar los peligros que habia en deshacer el yerro de aquella navegacion, pareció que se fuesen aquellos señores por tierra hasta Cochin, aunque el camino era trabajoso, y porque el P. Mezquita estaba todavía muy flaco, fué necesario dejarle algunos dias en aquella residencia para que convaleciese, y así partió el P. Alejandro con aquellos señores y algunos criados suyos por tierra, y los demás se tornaron al navío. Por la falta de cabalgaduras que hay en aquella costa, acostumbran caminar en unas andas, las cuales llevan cuatro indios por su jornal, pero con tan buen paso, que se andan cada dia ocho ó diez leguas.

Llegaron á Coulan con algun temor de salteadores, mas nuestro Señor los libró de todos estos peligros. Detuviéronse sola una noche en Coulan en la casa que allí tienen los Padres de la Compañía, y el dia siguiente prosiguieron su camino por mar á Cochin, que son 80 millas, donde llegaron el mes de Abril de 1583. La nao que se habia quedado en la costa, aunque tuvo grande trabajo en deshacer el yerro pasado, al fin llegó tambien á Cochin, que fué para todos de particular consuelo. El P. Mezquita después de convalecido, tomó su camino por tierra como le habian llevado aquellos señores. Llegando una tarde á un lugar de moros, le aconsejaron que no pasase adelante, porque si anochecia, no hallaria quien le acogiese. A él le pareció que era temprano, y así prosiguió su camino; pero haciéndose ya tarde, fuele forzoso quedarse al sereno debajo de un árbol, mas no pudiendo sosegar su ánimo por algunos indicios ruines que habia visto, se determinó pasar adelante. Comenzando á caminar, siendo ya bien noche, vino á dar en un bosque tan espeso, que de dia claro no se pudiera pasar por él sin mucho miedo y temor, y segun dijeron al Padre los indios que iban en su compañía, era una cueva de ladrones y salteadores, donde mataban á cuantos por allí pasaban.

Andando de esta manera por aquel temeroso bosque, asomaron dos hombres negros y desnudos, que el uno traia una espada desenvainada y una rodela, y el otro una lanza en la mano, los cuales en viendo la gente dieron un grande y espantoso grito. Tuviéronse entónces el Padre y sus compañeros por perdidos, entendiendo que aquello era señal para llamar á otros de su cuadrilla y decirles que habia presa. Encomendábanse todos á nuestro Señor aparejándose para la muerte, mas Él fué servido que aquellos bárbaros pasaron adelante sin acometerlos ni hacerles otro daño.

Llegado el Padre á Cochin, por entrar ya el invierno, que comienza en aquella tierra por el mes de Mayo, determinaron quedarse allí, porque suelen cerrarse los puertos con tanta arena, que ni se puede entrar ni salir de ellos. En este tiempo continuaron aquellos señores sus ejercicios de la lengua latina y de tañer y cantar, porque la música de Europa es de mucha estima entre los señores del Japon y gente noble. Comenzando á abrir el verano por el mes de Setiembre, continuaron su navegacion hasta Goa, donde llegaron dentro de veinte dias. Aposentáronse como lo tenian de costumbre en el colegio de la Compañía, y allí fueron muy regalados y honrados del virey D. Francisco de Mascareñas, el cual, para mostrar el contento que con su venida habia recibido, cuando los visitó, echó á cada uno de ellos al cuello una rica cadena de oro con un muy hermoso relicario.

CAPÍTULO IV

Del viaje de estos señores desde Goa hasta Lisboa.

Un mes se detuvieron estos señores en Goa aparejándose para la navegacion que les quedaba hasta Lisboa. En este tiempo le llegaron despachos al P. Alejandro del P. General de la Compañía, en que le ordenaba que acabada la visita de aquella provincia, se quedase por Provincial de ella, y así hubo de mudar el órden que traia para su viaje y enviar en su lugar con aquellos señores al P. Nuño Rodriguez, para que diese cuenta en Roma de los negocios que

él mismo pensaba tratar con Su Santidad y con el P. General para el bien de aquella cristiandad. Llegado el tiempo de partir para Lisboa, mandó el virey que se les diese á aquellos señores la mejor nave que iba y los mejores aposentos de ella, procurando acomodarlos muy á su gusto, y gastando en esto más de 2.000 ducados.

Fué necesario tornar otra vez á Cochin, porque allí suelen cargar de sus mercadurías las naves que van de la India para Portugal, y aun se hace desde allí la navegacion más derecha y se toman mejor los vientos. Embarcáronse en la nao *Santiago* á los 20 de Febrero de 1584, y partieron algo más tarde que los otros navíos, porque como en aquel mar suele ser mayor el peligro de las tempestades que no de los corsarios, hasta llegar á la isla Tercera, acostumbran ir las naos algo apartadas unas de otras. Caminaron con buen viento desde que salieron del puerto, de manera que pasaron la equinocial á los 9 de Marzo sin haber tenido trabajo alguno, que suele ser cosa bien rara en aquella navegacion. En este tiempo comenzó el navío á hacer tanta agua, que no bastaba la bomba para echarla fuera, y era dificultoso cerrar la abertura por donde entraba por venir la nao tan cargada y embarazada con las mercadurías, pero al fin se remedió.

Pasada la línea y continuándose por algunos dias aquel próspero viento, les dió una calma que duró quince dias con harto calor, pero mayor era la pena que tenian de ver que se les pasaba el tiempo y se habian de quedar el invierno en Mozambique sin poder llegar en todo aquel año á Portugal. Estando con este cuidado, se levantó un viento que llaman los marineros General, tan á propósito para su viaje, que en pocos dias cobraron lo que hasta allí habian perdido, y á los 10 de Abril pasaron la tierra que llaman Natale, bien nombrada y muy temida de los que navegan por aquel mar, porque ordinariamente anda muy alterado y revuelto, y la nave *Santiago* en que iban estos señores, tuvo necesidad de amainar todas las velas por el recio temporal que entónces corria.

Acercándose ya al Cabo de Buena Esperanza, alegres por haber salido de aquel mal paso, se levantó de repente otro viento harto contrario, el cual llevaba la nao hácia Mozambique sin dejarla pasar adelante. No duró este trabajo más que un dia, y el siguiente se mudó el viento tan próspero, que á los 10 de Mayo, dia de la Ascension del Señor, doblaron la punta del Cabo de Buena Esperanza, que suele ser para los que navegan de sumo contento, porque desde allí hasta Lisboa se tiene ya el camino por muy seguro. Acrecentóseles el gozo con el buen viento que siempre duraba, y así en pocos dias llegaron á la isla que llaman de Santa Elena, que está en medio del mar Océano, y parece que la puso allí Dios nuestro Señor para alivio y reparo de los que navegan por aquel espacioso mar, y aunque no tiene en todo su circuito sino poco más de tres leguas, pero está poblada de muy hermosa arboleda y de muchos frutales de diversas suertes, como son higos, naranjas, granadas, limones, y lo que más se estima, de fuentes de muy fresca y dulce agua.

Dicen que viniendo de la India un soldado portugués el año de 1512, determinó de quedarse en aquella isla solitario para hacer penitencia, y con esta ocasion le dejaron sus compañeros de lo que traian como algunas cabras, gallinas y otros animales domésticos y semillas de varias yerbas, y con la grande fertilidad de la tierra, en poco tiempo multiplicaron tanto todas estas cosas, que estaba la isla llena de ellas. Sabiendo esto los reyes de Portugal, mandaron que no la poblase nadie, porque se quedase toda aquella provision para las naves que van y vienen de la India.

Suelen aguardarse allí las unas á las otras para ir juntas hasta Lisboa, por temor de los corsarios que suelen andar muy de ordinario á vueltas de las islas Terceras. Llegando la nave *Santiago* á esta isla, dióles alguna pena sabiendo de un ermitaño que vivia en aquella soledad, cómo las otras cuatro naves que habian partido en su compañía de Cochin, eran pasadas adelante y los habian esperado algunos dias. Detuviéronse aquellos señores otros diez ú once por descansar un poco del trabajo de tan larga navegacion. Decíanles misa los Padres cada dia en la ermita de Santa Elena, y lo más del tiempo se entretenian pescando, por que hay en aquella costa mucha abundancia de pescado y muy bueno, y tan fácil de tomar, que con sólo un anzuelo cubierto con un lienzo blanco, sacaban cuantos peces querian. Partidos de la isla de Santa Elena fueron siempre con cuidado de apartarse de las islas Terceras, por el peligro que llevaba la nao yendo sola si la encontraran y acometieran los corsarios, pero el Señor que los guiaba y tenia de ellos tan particular cuidado los libró de este peligro y de otros que tuvo la nave en lo restante de aquella navegacion y los llevó sanos y buenos al puerto de Cascaes, á donde llegaron á los 10 de Agosto del mismo año de 84, poco después que las otras cuatro naves habian entrado en el puerto con haberles traido tanta ventaja.

CAPÍTULO V

Del regalo que se hizo á estos señores el tiempo que se detuvieron en Portugal.

Grande fué el alegría de aquellos señores cuando después de seis meses de navegacion, en el puerto de Cascaes, y entrando por el rio, vieron aquella grande y hermosa ciudad de Lisboa. Echadas las áncoras, vinieron luego algunos Padres de la Compañía, que con extraordinario gozo los llevaron secretamente á su casa, porque aunque estaban determinados de salir á recibirlos de aquella ciudad con mucha gente de á pié y de á caballo, venian estos señores tan cansados del mar y deseosos de reposar, que gustaron más de desembarcar de noche y entrar sin ruido en la Casa Profesa de San Roque, que allí tienen los de la Compañía, á donde los recibieron todos los demás religiosos con el mismo contento y alegría, y los aposentaron en unas piezas que de propósito habian aderezado para esto, conforme á la calidad de sus personas.

Estuvieron en Lisboa más de veinte dias. Visitaron en este tiempo al Cardenal de Austria y gobernador de aquel reino, y él los recibió con su acostumbrada benignidad, mostrándoles mucho amor y ofreciéndoseles para todo lo que fuese necesario. Presentaron á Su Alteza una copa de cuerno de rinoceronte guarnecida de plata, la cual recibió con particular contento. Tambien visitaron en esta ciudad algunos lugares pios que hay en ella, como el Monasterio de Belen y otros semejantes; y ellos fueron visitados de algunos señores y gente principal que iba á verlos con particular devocion y gusto. Partieron de Lisboa á los 5 de Setiembre para Evora, porque el Arzobispo D. Teutonio de Braganza, sabiendo de su venida, les envió una persona principal de su casa, que los visitase para que viniesen á aquella ciudad, y á la mitad de la jornada les envió su propio coche en que entrasen.

Quisiera aposentarlos en su casa el Arzobispo, si no entendiera que el mayor gusto de aquellos señores era posar en el colegio de la Compañía, como lo tenian de costumbre; pero allí fué á verlos, y por su respeto, aunque iban con gran deseo de llegar á Madrid, se detuvieron siete ú ocho dias en aquella ciudad, enviándoles su señoría la comida cada dia con sus mismos pajes. El dia de la Cruz, que era fiesta principal de aquella iglesia, los llevó y tuvo consigo, y fué tanto el concurso de gente, que ni cabian dentro ni fuera: y no era menor la devocion con que los miraban, porque á muchos se les saltaban las lágrimas y no cesaban de echarles mil bendiciones. Predicaba aquel dia uno de los inquisidores, el cual hizo en el sermon una digresion tratando de la venida de aquellos caballeros, con que acrecentó más en toda aquella ciudad la devocion y aficion que les tenian. Acabada la misa, los llevó á comer á su casa el Arzobispo, regalándolos no sólo con la comida, sino con la buena música. Mostróles después su capilla y las muchas reliquias y imágenes y otras cosas de grande precio que habia en ella, ofreciéndoles para llevar á Japon todo lo que les diese gusto.

El dia siguiente, á 15 de Setiembre, partieron de Evora para Villaviciosa, tierra del duque de Braganza, á donde fueron muchos los regalos y caricias que recibieron, así del duque como de la señora doña Catalina su madre, prima del rey D. Felipe II. Una legua antes de entrar en la ciudad les envió el duque su propio coche con la persona más principal de su casa y otra gente de á caballo, y él mismo los aguardó acompañado de sus tres hermanos en un monasterio, saliendo á recibirlos hasta la puerta, y desde allí los llevó á su palacio, donde tenian sus aposentos aderezados de muy riquísima tapicería. Los dias que allí se detuvieron, por entretenerlos con más gusto, se trazó en su presencia una caza de jabalíes harto apacible; y el duque y sus hermanos, con otros señores principales, hicieron un ejercicio de á caballo al modo de juego de cañas, harto vistoso y de mucho entretenimiento. Mostrábales por su parte la señora doña Catalina tanto amor como si fueran sus hijos, haciéndoles todo el regalo y caricias posibles. Envióles á pedir un dia un vestido del Japon con su espada, y mandó cortar luego otro de tela de oro de la misma manera y hechura, y con él vistió á D. Duarte, su hijo segundo. Teniéndole con este hábito, envió á decir á aquellos señores que recibiria contento que se llegasen á palacio para que viesen á un caballero japon que allí tenia. No entendieron entónces el misterio, hasta que entrados en la sala, vieron aquel caballero vestido de su hábito, que fué una muestra y señal de particular amor y aficion, la cual estimaron ellos en mucho como era razon.

Habiéndolos detenido allí el duque con estos y otros semejantes favores y regalos, les pidió á la despedida, que pasasen por su tierra á la vuelta de Roma, y ellos ofrecieron de hacerlo, como muy obligados y reconocidos á la voluntad y amor que en aquella real casa se les habia mostrado.

CAPÍTULO VI

Cómo estos señores pasaron por Guadalupe y Toledo, y llegaron á Madrid.

Salidos de Portugal, como se les hacia camino y era poco el rodeo, no quisieron perder aquellos caballeros la buena ocasion que tenian de visitar aquella santa casa de nuestra Señora de Guadalupe, tan nombrada en toda la cristiandad. Recibiéronlos con toda caridad y amor aquellos Padres tan religiosos, y mostráronles con mucho gusto las cosas de devocion que hay en aquella santa casa. Desde allí tomaron su camino para Toledo, entraron de noche, y por esto no salieron á recibirlos algunas personas principales de la ciudad, que lo deseaban; pero visitáronlos el dia siguiente en la casa de la Compañía, donde estaban aposentados. Los estudiantes del colegio les hicieron tambien su recibimiento con muchas epigramas y otros diálogos graciosos.

Don Juan de Mendoza, hermano del duque del Infantado y dean de aquella santa Iglesia, que después murió Cardenal de Roma, por hacerles más honra y regalo, quiso él mismo mostrarles la riqueza de ornamentos, y reliquias y otras cosas que hay en el sagrario de la misma iglesia. Y así de esto como de ver la majestad y devocion con que se celebran en ella los divinos oficios, fueron grandemente edificados.

Al tercero dia como llegaron á Toledo, cayó enfermo D. Miguel de una recia y peligrosa calentura, la cual dentro de pocos dias paró en viruelas. Con esta ocasion se detuvieron en aquella ciudad hasta el fin de Octubre, que estando ya D. Miguel convalecido, tomaron su camino para Madrid, donde les salieron á recibir algunos señores y otras personas principales, y así entraron acompañados de mucha gente. Venia D. Martin algo indispuesto del camino, y á pocos dias se le descubrió otra peligrosa enfermedad, de una calentura continua. Púsose mucho cuidado en su salud, visitándole los mejores médicos de la corte, y fué nuestro Señor servido, que dentro de veinte dias quedase libre de ella.

Fué esta enfermedad de D. Martin ocasion de que se detuviesen estos señores en aquella corte, y viesen el juramento que entónces se hizo al príncipe D. Felipe III, de este nombre que hoy reina que fué un espectáculo de los solemnes que se habian visto en España. Como estos caballeros aún no habian visto á su Majestad, pareció que no era tan conveniente, que saliesen en público para aquella fiesta; pero aderezóseles por su mandado un lugar donde pudiesen verla sin ser vistos, haciéndoles siempre compañía D. Cristóbal de Mora, de la cámara de su Majestad.

Pasada esta fiesta, que fué á 12 de Noviembre, les señaló su Majestad dia para darles audiencia, á 14 del mismo, enviando sus coches para que viniesen dentro de ellos á palacio con su propio hábito del Japon, el cual era de esta manera.

Primeramente, su tela era una seda delgada á manera de tafetan de color blanco, con otros colores diversos entretejidos, y figuras de diferentes pájaros y flores que le daban mucha gracia. De esta tela suelen traer los japones tres vestiduras, la una debajo de la otra, abiertas por delante, y largas hasta cerca del suelo. Las mangas eran anchas hasta junto al codo, y aunque los demás japones suelen traer descubierto lo demás del brazo, estos señores por la decencia traian debajo unos jubones de raso blanco, los zaragüelles eran de la misma tela, seda y color, aunque largos como los que usan los marineros. Tenian estos vestidos un pedazo de la misma tela, más curiosamente labrado que todo lo demás; en lo alto de las espaldas, de dos palmos de ancho y tres de largo, que no servia más que para bien parecer, y de ambos extremos salia una lista ó cinta ancha de dos dedos, que cruzándola por delante del pecho y dando vuelta con ella desde las espaldas para delante, sirve de sustentar aquel pedazo de tela y de ceñir el cuerpo.

En la cabeza no acostumbran traer cosa alguna, porque cuando salen fuera se defienden del sol y del agua con ciertos quitasoles, aunque estos señores por acomodarse á nuestro uso, traian sombreros ó monteras. No acostumbran medias calzas si no es de lienzo, más por limpieza que por otra cosa, y no se las quitan aun para dormir. Sobre estas calzas traian unas botillas de poco más que un palmo en alto, de un cuero adobado y muy delicado. El pié se dividia á modo de guante, porque el dedo más grueso estaba de por sí, y los demás juntos. Con las botillas traian tambien sus zapatos á manera de sandalias, descubierto por encima y atados con una cinta, la suela era de una muy fina palma tejida al modo que las alpargatas de por aca.

Todos los japones ciñen espada y daga desde doce años, y son de un acero tan fino, que cor tan cualquier arma por fuerte que sea, las vainas que traen en ellas la gente noble, son muy ricas y muy vistosas, como lo eran las que traian estos señores, porque la una estaba hecha de

cierta mistura negra y resplandeciente, sembrada de muchos pedazos de madre de perlas de diversos colores, que toda ella parecia una piedra, segun estaban juntas y bien asentadas, de manera que quien pasaba la mano por la vaina, la hallaba tan lisa, como si fuera un papel muy bruñido. La otra vaina era toda de oro molido, pero tan lisa y vistosa como la primera.

CAPÍTULO VII

De la audiencia que dió á estos señores el rey don Felipe II, y la merced que les hizo, el tiempo que se detuvieron en Madrid.

Habiendo entrado estos señores en los coches, aunque iban cerrados fué tanta la gente que acudió con el deseo de verlos, que cuando se apearon en palacio, no era posible dar un paso, y fué necesario que la guarda de su Majestad hiciese lugar para poder entrar. Fuéronlos acompañando algunos caballeros de la cámara, y pasando diez ó doce piezas hallaron á su Majestad en una sala, á donde los aguardaba con el príncipe y las infantas, con su capa y espada en pié y arrimado á un bufete de la manera que solia dar audiencia á grandes personajes y embajadores.

Llegados á donde su Majestad estaba, le dieron con mucho comedimiento y reverencia las cartas que traian de sus príncipes escritas en lengua del Japon y traducidas en castellano, diciendo tambien de palabra su embajada, la cual en sustancia era besar á su Majestad las manos en nombre de aquellos reyes, como á tan grande señor entre los cristianos, y darle las gracias por el favor que hacia á la cristiandad del Japon y suplicarle continuase en hacérsele siempre. Ultimamente le presentaron algunas cosas que traian de su tierra. Oyólo su Majestad todo y recibió el presente con mucho gusto, y llegándose ellos para besarle la mano, no se la quiso dar, antes los abrazó uno á uno con muestras y señales de amor, y mandó que el príncipe y las infantas hiciesen lo mismo.

Respondióles después con mucha benignidad, mostrándoles el contento que habia recibido con su venida. Preguntóles algunas cosas particulares del Japon, en lo cual se entretuvo con ellos como una hora, y antes de despedirlos dijo si gustarian de oir unas vísperas en su capilla, y aceptando ellos la merced que les hacia, mandó que los llevasen allá y les pusiesen los asientos junto al altar, para que los pudiesen ver muchos caballeros que lo deseaban y habian acudido para esto. Dijéronse las vísperas con toda la música y solemnidad posible, y por ser ya casi noche cuando se acabaron, no pudieron visitar aquel dia á la emperatriz que los esperaba. Cuando volvieron á la casa de la Compañía, hallaron toda la iglesia llena de hachas y señores muy principales y algunos prelados que aguardaban para verlos.

El dia siguiente les envió sus coches la emperatriz, en que fuesen; estando ya para entrar en ellos, llegaron los del rey y hubieron de pasarse á ellos, entendiendo que su Majestad habia mandado que los tuviesen á punto para cuando hubiesen de salir fuera. Recibiólos la emperatriz con la misma voluntad y amor que lo habia hecho su Majestad el dia antes, abrazándolos á todos y diciéndoles muchas palabras que mostraban bien su grande piedad y devocion. Acabadas estas visitas, los envió su Majestad con un caballero principal para que viesen el monasterio de San Lorenzo el Real y se lo enseñase todo, escribiendo al Prior de aquel convento que los tratase de manera que volviesen contentos, y así los recibieron y regalaron aquellos Padres todo lo posible, conforme á su mucha caridad y religion. Habiendo oido misa otro dia por la mañana como allí llegaron, comenzaron á ver las cosas tan notables que hay en aquella real casa; así en los edificios como en las reliquias y ornamentos y aderezos de la iglesia, de todo lo cual quedaron no ménos admirados que edificados y consolados. Al tercero dia después de haber comulgado y despedídose de aquellos Padres, se volvieron para Madrid, donde fueron visitados de los mayores señores que habia en aquella corte, y el embajador de Francia les ofreció en nombre de su rey todo favor y buena voluntad.

En el tiempo que estos caballeros se detuvieron en Madrid, les mostraron por órden de su Majestad sus joyas y armería y otras muchas cosas que les fué de particular consuelo. Fuera de estos favores y mercedes que su Majestad les hizo en Madrid, escribió á los Procuradores de la armada de Alicante y Cartajena, y al corregidor de Murcia, para que se les diese un muy buen navío con todo lo necesario para el viaje, y al conde de Olivares, su embajador en Roma, encomendándole que los honrase y favoreciése de manera que por su ejemplo se moviesen los de aquella corte á hacerles el tratamiento debido. La carta que su Majestad le escribió sobre este particular, dice así:

«Conde, pariente, de nuestro consejo y nuestro embajador. Con unos Padres de la Compañía de Jesus han venido del Japon á estas par-

tes D. Mancio, nieto del rey de Fiunga y D. Miguel, primo del rey de Arima, y D. Julian y D. Martin, que habiéndose vuelto cristianos quisieron venir por aquí. Van á besar á Su Santidad el pié, en compañía de uno de los dichos Padres; y porque en su tierra á la vuelta se puedan loar del tratamiento que se les habrá hecho, y otros se animen á imitarlos, os encargo los ayudeis en todo lo que se les ofreciere, honrándolos y favoreciéndolos de manera que á ese ejemplo se les haga en esa corte todo buen acogimiento, pues es justo por su calidad y más por la buena eleccion que han hecho; y avisadme cómo llegan, y el favor y merced que Su Santidad les hiciere. En Madrid 24 de Noviembre de 1584.»

Hízoles tambien su Majestad la costa por todo el camino, hasta embarcarse en Alicante. Estando ya estos caballeros para partir de Madrid, vino su Majestad dia de la gloriosa Santa Catalina, á la iglesia de la Compañía, acompañado del Cardenal de Toledo y de los grandes de su corte. Fué para ellos aquella vista de grandísimo consuelo, y la tuvieron por un nuevo favor y merced.

CAPÍTULO VIII

Cómo llegaron estos señores á Alcalá y vieron aquella insigne Universidad, y desde allí pasaron á Villarejo y Belmonte.

Partieron estos señores de Madrid á 26 de Noviembre para Alcalá, donde llegaron aquella tarde. Aposentáronse como siempre lo hacian en el colegio de la Compañía. Fueron tantas las visitas que acudieron de la gente más principal de aquella Universidad, que duraron hasta algunas horas de la noche; entre ellas fué la del Rector de la misma Universidad, acompañado de muchos colegiales. El dia siguiente estuvieron en un acto de Teología que hubo en el mismo colegio de la Compañía. Convidóles tambien la Universidad, para que se hallasen á un grado de maestro en Artes, como lo acostumbran dar en el teatro, con tanta solemnidad. Holgaron mucho aquellos caballeros, por ver aquella tan insigne Universidad toda junta, como suele concurrir en semejantes actos públicos. Saliólos á recibir hasta la puerta el Rector con sus colegiales, y los doctores más antiguos y lectores de Teología, cosa que nunca acostumbran hacer, sino es con personas reales ó legados del Papa. Lleváronlos desde allí á ver la librería de aquel colegio, la iglesia y reliquias, que son de mucha estima y de grande veneracion; y últimamente los llevaron al teatro, dándoles el más honrado lugar y asientos, y el que suelen tener los prelados y príncipes cuando pasan por aquella Universidad.

El Abad mayor á quien tocaba dar el grado de Maestro, dejando la materia ordinaria de que otras veces solia hablar, se volvió á tratar de la venida de estos señores con palabras muy graves y espirituales, alabando mucho su grande piedad y devocion, y esto con tal sentimiento, que aquellos doctores tan graves y tan señalados en doctrina y virtud, se enternecian y derramaban lágrimas viendo aquellos caballeros que poco antes siendo gentiles, adoraban al demonio y á sus ídolos, venir con tanta piedad y religion de partes tan remotas á reconocer el Vicario de Cristo nuestro Señor en la tierra. Distribuyéronse luego las propinas (como es costumbre) á los doctores y maestros, y á cada uno de estos caballeros llevaron en salvas de plata sendos pares de guantes, diciéndoles el maestro de ceremonias que los tomasen con buena voluntad, porque el mismo rey habia recibido otras veces semejante presente en aquel lugar. El dia siguiente fueron á visitar la iglesia de los Santos Mártires Justo y Pastor; saliólos á recibir todo el cabildo hasta la puerta, y desde allí los llevaron al altar mayor, y les mostraron aquellas santas y preciosas reliquias.

De Alcalá tomaron su camino derecho para Murcia, aposentándose siempre en las casas de la Compañía que hay en medio. La primera fué en el Villarejo de Fuentes, y por llegar muy noche, á causa de haber sido algo larga la jornada de aquel dia, no pudo salir á recibirlos como deseaba D. Juan Pacheco de Silva, señor de aquel lugar; pero aquella noche y la mañana que allí estuvieron, doña Jerónima de Mendoza su mujer, y doña Juana de Castilla, y doña Petronila sus sobrinas, procuraron de regalarlos todo lo posible, deseando que se detuvieran allí más tiempo, para mostrar con ellos su mucha devocion y grande liberalidad.

Del Villarejo partieron otro dia á las diez, primer domingo de adviento, y llegaron aquella tarde casi noche á Belmonte. La fundadora de aquel colegio, doña Francisca Ponce de Leon, deseando mostrar en esta ocasion su piedad y devocion, les envió su carroza muy bien aderezada dos leguas antes con sus criados y algunos Padres de la Compañía, para que entrasen en ella. Salieron á recibirlos casi media legua á caballo el cabildo de la iglesia colegial y el corregidor y Ayuntamiento con la demás gente principal de aquella villa, mostrando todos su parti-

cular contento y alegría, que habian recibido con su buena venida. A la entrada de la villa, les hicieron desde encima de la puerta su salva de arcabucería, y por ser ya noche, yendo siempre delante una docena de pajes bien aderezados con sus hachas, los llevaron hasta el colegio de la Compañía, donde los recibieron los estudiantes de aquellas escuelas en la iglesia con buena música y en el patio con algunos ingenios de pólvora, de harto gusto y entretenimiento.

Era mucha la gente que habia acudido de los lugares de aquella comarca, pero como su entrada fué de noche, apénas pudieron verlos, y por no privarlos de este consuelo quisieron aquellos señores visitar el dia siguiente por la tarde la iglesia colegial de aquella villa, donde habia concurrido todo el pueblo. Salieron á recibirlos el Prior con todo el cabildo hasta la puerta, y desde allí los llevaron al altar mayor, donde hicieron oracion, acompañándolos siempre la música que para este efecto tenian prevenida. De la iglesia fueron á visitar el convento de los Padres de San Francisco y otro de religiosas de Santo Domingo, y últimamente á la fundadora, para agradecerle el regalo y buen hospedaje que les habia hecho. Tomó esta señora á su cargo el aderezarles muy ricamente los aposentos y hacer el gasto dos dias que allí estuvieron, regalándolos con mucha abundancia y proveyéndoles con grande liberalidad para el camino de Murcia, y últimamente á la despedida les hizo un presente, que por ser de cosa tan nueva para ellos, le estimaron en mucho y pidieron que se le guardase hasta la vuelta de Roma, porque le querian llevar consigo á Japon; eran todas las piezas de alcorza con muchas labores de oro y de diversos colores.

La primera una vihuela de casi tres cuartas en largo, que parecia hecha muy al natural.

La segunda era un espejo de lo mismo, de más de media vara en cuadro, el cual tenia engastado el cristal en medio, y la cubierta de él era un juego de ajedrez.

La tercera pieza era un San Francisco, de más de media vara, en figura de corazon, puesto en el monte de Albernia, cuando le imprimieron las llagas, y la figura del santo era muy escogida.

La cuarta era un misal y un breviario y un diurnal de lo mismo y muy al propio con un cofrecito tambien de alcorza de poco más de una cuarta, lleno todo de crucifijos y *Agnus Dei*, hechos de la misma alcorza. Todas estas piezas con otras á este modo puestas en sus cajas, se las envió después á Madrid, cuando volvieron estos señores de Roma.

CAPÍTULO IX

Del recibimiento que hicieron á estos señores en Murcia, Orihuela y Alicante.

Partidos de Belmonte, llegaron por sus jornadas á Murcia. Como se tuvo aviso de su venida, salió el corregidor con más de 100 personas á caballo, parte de los canónigos y dignidades de aquella santa iglesia y parte de los caballeros principales de aquella ciudad, sin otra infinita gente que los acompañaba, y la que estaba por las ventanas y terrados. Ayudaba á la solemnidad de este recibimiento la diversidad de instrumentos que se oian, de chirimías y trompetas y las campanas que se tocaban de las iglesias por donde pasaban. De esta manera llegaron á la iglesia del colegio de la Compañía, donde los recibieron de nuevo aquellos Padres con toda la música de la iglesia mayor.

Detuviéronse estos señores dos dias en la ciudad para recibir las visitas de los que venian á verlos, y luego se retiraron á las ermitas, que es una casa y huerta que tiene aquel colegio en el campo, una legua de la ciudad, donde estuvieron hasta la vigilia de Navidad, escribiendo para sus tierras, avisando de su camino y salud. Vueltos á la ciudad, salieron el dia de los Inocentes á caballo y fueron á visitar aquella santa iglesia. Recibiéronlos los canónigos y dignidades con mucha honra, dándoles las cuatro sillas más principales de su coro, para que desde allí oyesen las vísperas, que fueron muy solemnes y acompañadas de muy buena música de voces é instrumentos; lo demás de aquella tarde gastaron en visitar otras iglesias y casas de religion. La ciudad de Murcia, para mostrar más su piedad y devocion y el deseo que tenia de acariciar y honrar aquellos caballeros, ordenó que hubiese un juego de cañas con muchas y muy vistosas libreas, que les fué de particular entretenimiento y gusto, por el buen órden y concierto, gracia y destreza con que lo hicieron los caballeros de aquella ciudad.

De Murcia pasaron á Orihuela, que está cuatro leguas más adelante, camino de Alicante. Antes de llegar á la ciudad como media legua, encontraron buen número de gente que los estaba esperando, los cuales haciendo señal desde allí con algunos fuegos, salieron á recibirlos de Orihuela muchas personas á caballo, con sus libreas bien lucidas, y tras ellos muchos otros caballeros principales, y últimamente toda la ciudad, y al pasar en frente del castillo dispararon el artillería. Con este acompañamiento tan

solemne los llevaron á un convento muy principal que hay en aquella ciudad de los Padres de Santo Domingo, donde la misma ciudad los tenia aposentados y regalo con mucha liberalidad, y los Padres de aquella casa los recibieron en ella con su acostumbrada caridad y piedad. Siendo ya de noche, para mostrar los de la ciudad su devocion y el contento que con tales huéspedes habian recibido, hicieron un juego de alcancias delante de las ventanas y aposentos de estos señores, divididos en sus escuadrones, al modo que lo usan en España, pero con tal gracia, órden y concierto, que les dió grande gusto y contento.

De Orihuela pasaron á Elche, y aunque llegaron una hora de noche, los salieron á recibir el gobernador y jurados con otras personas principales, y á la entrada los recibieron con una graciosa salva de artillería y con la misma significacion de amor y voluntad con que los habian recibido en Orihuela, y el dia siguiente salió el gobernador con algunas personas principales acompañándolos como media legua. Finalmente llegaron á la ciudad de Alicante, donde fueron recibidos con el mismo gusto, amor y cortesía que en las ciudades de Murcia y Orihuela, disparando á su entrada la artillería. Aposentáronlos en casa del gobernador de aquella ciudad tomando esto á su cargo el proveedor que allí estaba de su Majestad. El dia de los Reyes vinieron los principales de aquella ciudad para llevarlos á la iglesia, donde estaban puestas cuatro sillas con sus cojines de terciopelo debajo de un dosel, para que desde allí oyesen los divinos Oficios.

Detuviéronse estos señores ocho dias en Alicante, entre tanto que se aprestaba la nave en que habian de ir, en la cual conforme al órden de su Majestad, se les aderezaron los mejores aposentos que en ella habia, con toda la provision y matalotaje necesario para aquel viaje. Dos veces salieron del puerto y otras tantas les fué necesario volver con la fuerza de los vientos; á la tercera se les levantó otro temporal que los arrojó á un puerto de la isla de Mallorca, llamado Alcudia. Sabiéndose en aquella tierra cómo estaban aquellos señores en el puerto, acudieron muchos soldados de á pié y á caballo con sus banderas muy en órden, y llegados cerca de la nave, les hicieron un apacible recibimiento con la salva de sus escopetas y arcabuces, y el domingo siguiente los acompañaron con el mismo órden para que fuesen á oir misa á la ciudad, que está léjos del puerto.

Pasados cuatro dias que el tiempo les dió lugar, prosiguieron su viaje hácia Liorno, con buen viento, y fué particular providencia de nuestro Señor, como después se supo, así los dias que se detuvieron en Mallorca como el buen tiempo que después tuvieron, porque fué causa este detenimiento de que no viniesen á manos del rey de Argel que andaba con su armada por aquel mar, ni diesen en otras galeotas de turcos que en aquellos mismos dias habian tomado una nave gruesa y bien armada.

CAPÍTULO X

Cómo llegaron estos señores á Italia, y el recibimiento que les hizo en sus tierras el gran duque de Florencia.

Con el próspero y favorable viento que tuvieron en saliendo de Mallorca, llegaron al puerto de Liorna, tierra del gran duque de Florencia, á 1.° de Marzo de 1585. El proveedor que tenia allí el duque, despachó luego á Su Alteza, avisándole de la venida de aquellos señores, y entre tanto los aposentó y regaló con mucho cuidado. Envió luego el duque un caballero principal de su casa con una carroza y dos coches para visitarlos y convidarlos de su parte, que fuesen por la ciudad de Pisa, donde él estaba. Detuviéronse un dia en aquel puerto por ver la torre del Fanal, que está más de media legua dentro del mar y el castillo, del cual dispararon toda la artillería en su entrada, que es mucha y muy gruesa.

El dia siguiente tomaron su camino para Pisa, á donde llegaron á las once del dia acompañados de muchos señores y caballeros que habian salido á recibirlos, y los llevaron á un rico y hermoso palacio que estaba aderezado de propósito para ellos. Allí los visitó D. Pedro de Médicis, hermano del gran Duque, y ellos fueron por la tarde á visitar á Su Alteza en hábito del Japon, porque entendieron gustaria de ello. Para que viniesen á palacio, envió el duque tres coches y su guarda de tudescos con otros muchos caballeros que los acompañasen. Llegados á palacio, salieron á recibirlos hasta la puerta dos hermanos del duque y Su Alteza hasta la mitad de la escalera, á donde los abrazó amorosamente, diciendo que tenia por grande merced de nuestro Señor, que entre todos los príncipes de Italia hubiese él tenido tan buena suerte en ser el primero que recibiese en su casa y estados tales personas que venian de partes tan remotas y por tal causa como la que traian, de dar á Su Santidad la obediencia. A esto respondieron ellos que el mismo contento habian recibido por haberse hallado en desembarcando en los esta-

dos de Su Alteza, de cuyo valor y grandeza habian ya tenido relacion por los Padres de la Compañía en su misma tierra.

Pasadas estas razones, tomó el duque por la mano á D. Mancio, dándole siempre al entrar por las puertas y en las demás cosas la precedencia; de esta manera los llevó á donde estaba la duquesa, que abrazó y trató á todos cuatro con mucho amor y cortesía. Hizo el gran duque sentar primero á D. Mancio y luego se sentó Su Alteza junto á él y por su órden los demás, y después de todos D. Pedro de Médicis su hermano, queriendo estos príncipes mostrar su grande nobleza y grande cristiandad en honrar tanto á estos señores extranjeros.

Después de haberles preguntado el duque algunas cosas particulares del Japon, les pidió se detuviesen allí hasta el primero miércoles de Cuaresma, y aunque su deseo era llegar á Roma con brevedad, holgaron de hacer lo que el duque con tanto gusto les pedia. En este tiempo los llevó á caza, y en esto y otros honestos entretenimientos pasaron aquellos dias de carnestolendas. El miércoles de Ceniza por la mañana los llevaron á la iglesia de San Estéban, donde tenian sus asientos á un lado del altar, y en frente del gran duque, para que desde allí oyesen los divinos Oficios y viesen las ceremonias que usan aquellos caballeros en tomar la ceniza y dar la obediencia al gran Maestre, que es el mismo duque.

El dia siguiente despedidos de Su Alteza partieron para Florencia. Una legua antes de llegar á la ciudad, los salió á recibir el Baile, con toda la gente de guerra y otros muchos caballeros. Poco más adelante salió á hacer lo mismo el capitan de los suizos con toda la guardia, acompañándolos hasta la iglesia de la Compañía de Jesus, á donde los vino á visitar el Nuncio de Su Santidad. No permitieron los ministros del gran duque, conforme al órden que tenian de Su Alteza, que aquellos señores se quedasen en la Compañía, aunque ellos gustáran de ello, sino en el palacio que les tenian aparejado, á donde los visitaron todos aquellos señores prelados y caballeros que habia en Florencia, y ellos fueron el dia siguiente á visitar al Cardenal y Arzobispo de aquella ciudad, el cual los salió á recibir con su cruz delante hasta la escalera, y con hábito colorado por hacerles honra y fiesta, porque siendo tiempo de cuaresma, le traia morado, y para mostrarles más amor y honrarlos más, fué él mismo á visitarlos otro dia á su palacio.

En los cinco dias que se detuvieron en aquella ciudad, vieron las cosas más notables que hay en ella, como son palacios, jardines, y principalmente las iglesias y reliquias. Salian siempre muy acompañados de gente principal, y con 30 alabarderos que estaban diputados para su guarda dentro y fuera de casa. Desde Florencia mandó el duque fuese un caballero de su casa que tuviese cuidado de regalarlos por todo su estado.

Partidos de Florencia, llegaron á Sena á los 14 de Marzo. Antes de llegar á la ciudad tuvieron un recibimiento muy solemne, de la caballería y hombres de armas que hay en ella. Salió el Arzobispo casi un cuarto de legua, y recibiéndolos en su coche los llevó á los palacios del gobernador que allí tenia el gran duque, por la mucha instancia que en esto hizo el mismo gobernador, y por darle gusto dejaron de ir á la casa que allí tienen los Padres de la Compañía. El dia siguiente los llevaron á la iglesia mayor donde los esperaba el Arzobispo con muy buena música, y después visitaron todas las reliquias con su acostumbrada devocion. Habiendo oido misa otro dia en la casa de la Compañía y comido allí con los Padres, tomaron su camino para Roma, donde deseaban sumamente llegar.

CAPÍTULO XI

Cómo estos señores llegaron á Roma, y se aposentaron en la casa de la Compañía.

Partidos de Sena, prosiguieron su camino con grande deseo de llegar á Roma; pero no era menor el que tenia de verlos ya en aquella ciudad la Santidad del Papa Gregorio XIII, por la grande aficion que tenia á la nueva cristiandad del Japon, y así lo era tambien el deseo de ver las primicias que ella le enviaba. Habia mandado al vicelegado de Viterbo, Mons. Celso, que en entrando aquellos señores por el estado de la Iglesia, los proveyese de todas las cosas necesarias muy cumplidamente, y de gente que los acompañase, y él lo hizo como se podia desear, porque desde Aquapendente envió 200 arcabuceros que los vinieron acompañando por todos los lugares de la Iglesia, sin otros muchos que salieron por su devocion á hacer lo mismo; de manera que algunas veces solian acompañarlos más de 1.000 personas, y así fueron recibidos en Viterbo y en la Prarola, con grande voluntad y tierna aficion, y lo mismo en otro lugar del Cardenal Cambara, que se decia Bagnaya.

Ibanse deteniendo algo estos señores en sus jornadas; porque iba D. Julian con calentura; mas el Papa Gregorio, como adivinando el poco tiempo que le quedaba para verlos y gozarlos, daba priesa á su venida con muchas postas, y

cuando supo que llegaban á dos jornadas de Roma, mandó que saliesen á recibirlos dos compañías de caballos ligeros con sus armas, y á media jornada de la ciudad les envió el señor Jacome, duque de Sora, y capitan general de la iglesia, otra compañía de caballos; de suerte que aunque entraron en Roma, viérnes á los 22 de Marzo, á la que anochecia, y cerrados en un coche, no se pudieron encubrir por el mucho acompañamiento que con ellos venia. Fuéronse á apear á la casa de la Compañía, donde estaban aposentados.

Salió el P. General á recibirlos hasta la puerta, acompañado de 200 religiosos que se habian juntado para esto de la casa y colegio, y con este acompañamiento los llevó hasta el altar mayor, donde los esperaba la música del colegio germánico, con un *Te-Deum laudamus,* y desde allí los llevó á sus aposentos, para que descansasen. Muy particular fué el consuelo de aquellos señores, viéndose en Roma y el fin tan deseado de su larga peregrinacion, especialmente cuando volviendo los ojos atrás, miraban el mucho tiempo que habian navegado, el largo y trabajoso camino que habian traido, y los muchos peligros de que nuestro Señor los habia librado, porque habia tres años, y un mes y dos dias que caminaban desde que partieron del Japon, y tenian andadas hasta llegar á Roma 7.000 leguas; en lo cual resplandecia una muy particular providencia del mismo Señor para con estos caballeros, que siendo niños y delicados, y habiendo pasado tan diferentes tierras, temples y aires, y tempestades de la mar, les hubiese conservado Su Divina Majestad la salud y vida para que pudiesen llegar á Roma, y hacer su embajada.

Y aunque es verdad que estos señores, cuando partieron de su tierra, pensaban de hacer este oficio y besar los piés á Su Santidad en audiencia particular; pero el Papa Gregorio XIII, habiendo consultado el negocio con algunos Cardenales, le pareció ser cosa más conveniente recibirlos en Consistorio público, en la sala que llaman regia; juzgando que esta honra no solamente se debia al oficio que venian á hacer de embajadores, sino que tambien resultaria en mayor honra y autoridad de la santa Sede Apostólica, cuanto aquel acto se hiciese con mayor solemnidad, y seria juntamente grande confusion para todos los herejes, cuando viniese á su noticia, que en el mismo tiempo que ellos negaban la obediencia al Vicario de Cristo nuestro Señor, enviaba Su Divina Majestad gente de reinos tan remotos, que con tanta devocion y piedad, viniesen á reconocerle y ponerse á sus piés, y movia los corazones de todos los príncipes cristianos, para que hiciesen tan extraordinarios favores y regalos á unos caballeros extranjeros que nunca habian visto ni conocido, sin otro fin ni respeto más que por la mucha gloria que de esto resultaba á la divina Majestad, en que su santo nombre fuese conocido de aquellas naciones y reconocido y reverenciado por su Dios, dándole la obediencia en su Vicario y supremo prelado de esta iglesia.

CAPÍTULO XII

Del recibimiento que se hizo á estos señores por mandado de Su Santidad, hasta llegar á la sala del Consistorio.

Estaba señalado el dia siguiente, que era 23 de Marzo, para el Consistorio y audiencia pública que Su Santidad habia de dar á los embajadores. Y para que su entrada se hiciese con la solemnidad que convenia y el Papa deseaba, envió aquella mañana el embajador de España un coche bien aderezado con seis lacayos, en el cual fueron aquellos señores secretamente á la viña del Papa Julio, que estaba fuera de la puerta del Populo; porque desde allí comunmente suelen hacer sus entradas solemnes en Roma, así los Cardenales, como embajadores ó señores muy grandes.

Estaba D. Julian con su calentura continua, y por haber caminado con ella, la tenia algo más agravada, y al parecer de los médicos no estaba en disposicion para hallarse en el Consistorio, ni aun para poderse levantar de la cama; mas era tanta su devocion y el deseo que tenia de ver á Su Santidad y besarle sus piés, que por su consuelo entró con los demás en el coche, hasta que llegando á la puerta del Populo, echó de ver que no podia ir á caballo como habian de ir sus compañeros; y por satisfacer en algo á su piedad y consuelo le tomó Mons. Antonio Pinto, y cubierto en el coche, le llevó á besar el pié á Su Santidad, de quien fué recibido con extraordinarias muestras y señales de amor, dándole muchas veces su bendicion y diciéndole, que porque no le hiciese daño á su salud, si se hubiese de detener allí esperando el Consistorio, se volviese á su cama, porque él le haria otra vez para que pudiese verle.

Estaban los otros tres caballeros en la viña aguardando á que llegase la caballería de Roma y la demás gente que por mandado de Su Santidad venia á acompañarlos con este órden. Lo primero, iban todas las compañías de caballos ligeros de Su Santidad con sus libreas, tocando

á trechos las trompetas. Tras estos, venian las familias de los Cardenales, y sus mulas con guarniciones de oro y gualdrapas de morado, conforme al tiempo. Seguíase luego toda la caballería y nobleza de Roma, acompañados de muchos atambores y trompetas. Poco después venian los camareros de Su Santidad con los escuderos, y todos los demás oficiales del sacro palacio por su órden y con hábito colorado. Ultimamente los tres caballeros japones, vestidos con su propio hábito, y ceñidas sus espadas en tres hermosos caballos, con gualdrapas de terciopelo negro, con guarniciones de oro. El primero iba D. Mancio en medio de dos Arzobispos. El segundo D. Miguel, y el tercero D. Martin, cada uno entre dos Obispos. Detrás de todos iba el P. Mezquita, para servirles de lengua cuando fuese necesario. Las calles por donde pasaban, las puertas y las ventanas estaban tan llenas de gente de toda calidad, que apénas se podia dar paso, y en toda la ciudad se echaba de ver aquel dia una comun y universal alegría; echando todos mil bendiciones á aquellos caballeros, y dando muchas gracias á nuestro Señor, por un espectáculo tan agradable.

Cuando llegaron á la puente de San Angel, comenzó á hacer la salva desde el castillo la artillería por aquella banda del muro, hácia donde ellos iban, y luego fué prosiguiendo por los demás lienzos alrededor. Cuando acabaron de disparar los tiros gruesos del castillo, les correspondieron otros dos tambien muy grandes desde el Sacro Palacio. Acabada la artillería, comenzó la música desde el castillo, hasta que entraron por la plaza de San Pedro, en la cual estaban todos los soldados de la guarda del Papa, que los recibieron con otra graciosa salva de arcabucería, respondiendo los otros doce tiros que estaban en medio de la plaza. Entre tanto que se apeaban y entraban en el Sacro Palacio, no cesaba la música de chirimías y trompetas, y otros diversos instrumentos.

A este tiempo habia ya bajado Su Santidad con los cardenales á la sala del Consistorio, y eran tantos los señores y prelados que habian concurrido á ver aquella fiesta, que apénas se podia dar paso si la guarda de Su Santidad no hiciera lugar para que entraran los embajadores. No se puede significar con palabras el particular gozo y tierno sentimiento que causó en todo aquel sagrado Consistorio, cuando los vieron entrar por la sala, especialmente en el corazon del Papa Gregorio XIII, porque considerando ser aquellas las primicias de los reinos del Japon, que con tanta piedad venian á reconocerle por universal Pastor y Vicario de Cristo, se enterneció de tal manera con su vista, que le corrian las lágrimas por el rostro, y cuando los vió postrados en el suelo para besarle los piés con tanta humildad y reverencia, él se inclinó y los abrazó uno á uno dos veces con el rostro lleno de lágrimas. Este afecto tan paternal que estos señores vieron en Su Santidad, decian después que le habian estimado más que ninguna otra honra de cuantas les hubiese hecho.

Acabado este tan piadoso reconocimiento y adoracion, dieron cuenta á Su Santidad, aunque por intérprete, de su venida, primero D. Mancio y luego D. Miguel, ofreciendo en nombre de sus reyes y suyo la verdadera y fiel obediencia como á solo y sumo Vicario de Cristo y Pastor universal de toda la Iglesia católica. Luego presentaron las cartas que para esto traian, y retirándose fuera del círculo de los cardenales donde habian estado, los llevó el maestro de ceremonias á un lugar alto que de propósito se habia hecho, á donde estando ellos en pié y descubiertas las cabezas, comenzó el secretario de Su Santidad á leer las cartas, estando todos con grande atencion y no menor devocion oyéndolas.

CAPÍTULO XIII

De las cartas que se leyeron en el Consistorio, de los reyes del Japon.

La primera carta que se leyó fué del rey Francisco de Bungo, la cual traducida en nuestra lengua, dice así:

«Confiado en la gracia del sumo Dios, con grande humildad me pongo á escribir á Vuestra Santidad. El Señor que rige el cielo y la tierra y es poderoso sobre el sol y la luna y las estrellas, ha hecho resplandecer su divina claridad á mí ignorante, metido en la oscuridad de las tinieblas, y abriendo el arca de sus misericordias y preciosas joyas en estas nuestras partes, tuvo por bien más ha de treinta y cuatro años, enviar en estos reinos del Japon á los Padres de la Compañía de Jesus, los cuales sembrando la palabra de Dios en los corazones de los hombres, se ha servido el clementísimo Señor que el mio tambien haya recibido alguna parte, y este tan señalado beneficio, y otros muchos, oh Padre santísimo de toda la cristiandad; yo lo atribuyo á la intercesion y merecimientos de Vuestra Santidad, y si no estuviera tan impedido con guerras, vejez y otras enfermedades, fuera yo en persona á visitar esos santísimos lugares y dar juntamente la obediencia á Vuestra Santidad, y después de haberle besado devotamente sus santos

piés, me los pusiera sobre mi cabeza y recibiera en mi pecho de mano de Vuestra Santidad, la señal de la santa cruz. Mas estando tan impedido para hacer esto por las razones dichas, determinaba enviar en mi lugar á D. Jerónimo mi sobrino, hijo del rey de Fiunga, y porque al presente estaba en las partes del Meaco y el P. Visitador se queria partir, me pareció enviar para lo mismo á D. Mancio, su primo. Recibiré por singular gracia, que Vuestra Santidad como aquel que está en lugar de Dios, se sirva, como lo hace, de favorecerme á mí y á estos nuevos cristianos. El relicario que Vuestra Santidad me envió con el P. Visitador, se me dió y lo puse con humildad sobre mi cabeza, y por esta merced doy tantas gracias á Vuestra Santidad, que no basta mi lengua para declararlas. No soy más largo, porque el P. Visitador y D. Mancio, darán cumplida cuenta de las cosas de este reino y de mi persona á Vuestra Santidad, la cual adorandø, escribí la presente con mucho temor en 11 de Enero en el año después de la venida del Señor de 1582.»

La firma de esta carta decia: «Aquel que está debajo de los santos piés de Vuestra Santidad.» —*Francisco Rey de Bungo.*

Y el sobreescrito. Al que ha de ser adorado, y que está en lugar del rey del cielo, grande y santísimo Papa.

Tras esta carta del rey Francisco, se leyó luego la del rey de Arima D. Protasio, cuyo sobrescrito decia así: «Sea presentada á aquel que yo adoro, grande y santo señor que está en lugar de Dios.»

La carta dice así.

«Con la gracia de Dios ofrezco con humildad esta carta á Vuestra Santidad. Dos años ha, y fué el de 1580, después de la venida del Señor, en tiempo de la Cuaresma y preciosa Pasion de nuestro Señor Jesucristo, que hallándome yo con grande perturbacion y desasosiego de guerras en las profundas tinieblas de la gentilidad, se sirvió el Padre de las misericordias alumbrarme y ponerme en el camino derecho de la salud por medio del P. Visitador y otros de la Compañía de Jesus, los cuales predicando la palabra de Dios á mí y á los mios, hicieron con el Sacramento del santo Bautismo, descender sobre nosotros la gracia del alto cielo, y de este tan grande beneficio, con suma alegría doy infinitas gracias al sumo Rey, y siendo Vuestra Santidad el Pastor de toda la cristiandad, habia deseado mucho ir en persona, y con grande humildad y sujecion, puesto por tierra, á darle la obediencia y besar los piés y ponérmelos sobre mi cabeza y porque no me dan lugar á esto muchos y muy graves impedimentos, envio con el P. Visitador á D. Miguel, mi primo, para que en mi nombre haga lo mismo. De él entenderá Vuestra Santidad mis deseos y otras cosas; y así acabo, y con humildad y verdad, con reverencia le adoro á 8 de Enero 1582.»

La firma de esta carta decia: «Está debajo de los zapatos de Vuestra Santidad.»—*Don Protasio.*

La última carta que se leyó, fué del rey D. Bartolomé, y el sobrescrito de ella era este: «Con las manos alzadas adorando, ofrezco esta al santísimo Papa que tiene el lugar de Dios.»

Y la carta decia así:

«Aunque sea atrevimiento, no dejaré de ofrecer á Vuestra Santidad, con la gracia del Señor de los cielos, esta ruda carta, porque estando Vuestra Santidad en el mundo en lugar de Dios, y por Maestro y Doctor de toda la cristiandad, era razon que fuera yo en persona á visitarle y pasara el mar para besar sus santos piés y ponerlos sobre mi cabeza; pero de presente por muchas causas me hallo impedido para poderlo hacer como deseaba. Ha venido últimamente á estos tan apartados reinos, el P. Visitador de la Compañía de Jesus, y habiendo dado muy buen órden en las cosas de por acá, se vuelve á su patria, y con esta buena ocasion va tambien allá D. Miguel mi sobrino, y aunque no tenga merecimientos para ello, recibiré por favor y gracia que sea admitido á besar en mi nombre los piés de Vuestra Santidad y darle debida obediencia. Por tanto, suplico á Vuestra Santidad se sirva de tener memoria de mí y favorecer á esta nueva cristiandad; que este es todo mi deseo. En lo demás el P. Visitador y D. Miguel, darán relacion de palabra á Vuestra Santidad, la cual adorando de corazon, he escrito con temor esto, á 27 de Enero de 82, despues de la venida del Señor.»

La firma de la carta decia: «Yo D. Bartolomé que estoy debajo de los piés de Vuestra Santidad.»

CAPÍTULO XIV

De la oracion que hizo el P. Gaspar Gonzalez de la Compañía en el Consistorio en nombre de aquellos caballeros japones.

Leidas las cartas, hizo el P. Gaspar Gonzalez, de la Compañía, una oracion latina en nombre de los mismos embajadores y de los reyes que los enviaban, la cual traducida de latin en romance, dice así:

«Las islas del Japon están en tanta distancia de mar y tierra apartadas de nosotros, que ha poco tiempo que casi no se hallaba quien tuviese noticia de este nombre, y cuanto á lo de-

más, nadie tenia de ellas conocimiento, y aun ahora hay tambien quien con dificultad se pueda persuadir á creer que las hay. Y pues es cierto que las hay, beatísimo Padre, y son en número muchas y muy grandes y muy pobladas de gente y edificios, y en ingenio y armas tan aventajadas, que los que después las vieron, las prefirieron mucho á los demás reinos de por allá y aun las igualan á los nuestros, si no les faltara la palabra del verdadero Dios y el saludable conocimiento de Cristo, el cual no ha mucho que se comenzó á sembrar en ellas con autoridad de la Sede Apostólica, con muy pequeños principios de la manera que sucedió en nuestra primitiva iglesia, comenzando primero por la gente pobre y baja, y después con la ayuda divina extendiéndose poco á poco entre los principales y nobles, y últimamente, en este felicísimo y dorado Pontificado de Vuestra Santidad, ha llegado hasta los señores principales y reyes, lo cual por muchos respetos debe causar grande alegría en el pecho de Vuestra Santidad, porque atendiendo á restaurar la religion católica que la tienen tan afligida á los herejes de estas partes, la ve crecer y establecerse tan prósperamente en otros tantos reinos, y aunque de esta prosperidad en lo pasado haya recibido Vuestra Santidad algun contento y consuelo, hoy en medio de toda esta corte, puede ver el fruto con los ojos y tocarle con las manos» (1).

Siendo esto así, cuánto contento deben recibir hoy todos los fieles, especialmente esta ciudad de Roma, viendo embajadores de príncipes nobilísimos que solamente por un acto de religion han venido desde Japon, que son las últimas partes del mundo, á postrarse devotamente á los piés de Vuestra Santidad, y viendo reyes belicosísimos domarse con las armas de la fe y con la predicacion evangélica, ponerse en las manos de Vuestra Santidad, que son las de Cristo, y no pudiendo ellos en persona hacer esto, por tanta distancia de lugar, por medio de estos sus muy amados deudos dan obediencia y promesas de fidelidad á vuestra Santidad; y considerándolo, no hallo otra cosa que pudiese ser á un Sumo Pontífice de mayor contento, y á este sacro colegio de mayor honra, y á toda la cristiandad y en particular al pueblo romano, de mayor gloria.

»Túvose Roma, en tiempo de Augusto, por dichosa y bienaventurada, habiéndose extendido tanto en aquel tiempo su nombre y grandeza, que moviéndose por esto algunos pueblos de la India, enviaron embajadores á Cesar, pretendiendo su amistad, concurriendo de toda la comarca la gente para ver aquella nueva generacion y manera de hombres, y admirarse de rostros tan nuevos, y hábito y lengua tan peregrina. Comparemos, pues, aquella embajada de la India, con esta del Japon. Aquella no se puede negar, sino que fué de tierras muy apartadas, pero esta de mucho más, pues al cabo de tres años, apénas pudieron llegar al sacro conspecto y presencia de vuestra Santidad. Mas que en el tiempo de Augusto solo se oyó en la India la fama del imperio romano, pero ni sus armas ni insignias se extendieron jamás por aquellas partes. Pedian amistad los indianos, mas no daban obediencia, más no aceptaban leyes de superioridad; pero nosotros este dia en Roma, y en este sacro teatro, el más noble del mundo, vemos cierto unos nobilísimos mancebos de sangre real, arrodillarse á los piés del Sumo Pontífice, y no pedir amistad de parte de sus reyes, como iguales, sino dar obediencia como inferiores y súbditos, aunque no se les deja de ofrecer amor como á hijos, y aquellos que jamás han sido vencidos de ejércitos forasteros, ni de enemigos (que sepamos) ahora en tiempo del gobierno del Papa Gregorio, viendo en sus tierras tendido el estandarte de Cristo, confiesan con mucha voluntad ser vencidos, y haber dado la ventaja á las invencibles armas de la fe romana; teniendo esta victoria por no ménos provechosa para sí, que agradable á la iglesia y gloriosa á vuestra Santidad, ¡oh beatísimo Padre! con cuya bendicion y órden se ha ganado por gracia de Dios.

Y cierto cuanto á lo que tocaba á la Iglesia católica, tuvo ella en mucho haber hecho una notable, y venturosa ganancia, cuando por industria del Papa Gregorio el Magno, vino á su gremio aquella grande isla de Inglaterra, y cuanto en aquel tiempo se ganó, se ha perdido después; pero ahora tenemos otro Gregorio, por cuya diligencia y maravillosa felicidad, en lugar de una isla, vemos convertidos á nuestra fe muchas islas, reinos y naciones apartadas, de manera que recompensando el daño pasado con grande ganancia y esperanza aun de mayor, hay mucha razon para volver el dolor y llanto en fiesta y alegría, y este contento y gozo tan universal los santos Profetas le hacen más dulce y sabroso con sus palabras, porque me parece que oigo á David, sobre esta nueva conversion de gente no conocida, en cierta manera cantar en su cítara: *Populus quem non cognovi*

(1) Parece que no forma sentido este larguísimo período. Lo mismo puede decirse de otras frases de esta traduccion, que está bastante mal escrita, y que es una prueba más de cierto hecho observado en los siglos de oro de las literaturas, y es, que los autores de esas épocas expresan bien sus ideas, pero traducen mal las ajenas. (N. del E.)

servivit mihi, in auditu auris obedivit mihi. Y si acaso esto no parece ser tan á propósito, miremos las palabras de Isaías, que parece está hablando con la Iglesia romana, pintándole la fiesta de este dia: *Gentem quam nesciebas vocabis, et gentes quae te non noverunt ad te current, propter Deum tuum, et sanctum Isrcel, qui glorificavit te.* Y no deja de concurrir en esta pública alegría, aquel santo Tobías, despertando á todos los fieles que se alegren por una tan próspera venida, cuando dice: *Luce splendida fulgebis, et omnes fines terrae adorabunt te, nationes ad te venient de longinquo, et terram tuam in sanctificationem habebunt.*

»Y porque los herejes no se gloríen mucho de ver la Iglesia abatida y despreciada de ellos, añade: *Maledicti erunt qui contempserint te, et maledicti erunt omnes qui blasphemaverint te. Beati omnes qui diligunt te, et qui gaudent super pace tua.* Y por volver á donde salí, digo, Beatísimo Padre, que tener Vuestra Santidad en su presencia á estos mancebos de real generacion, con embajada de sus reyes, con quien en amor y parentesco están tan cercanos, ya sea ó por nobleza de sangre ó por cuidado de religion ó por observancia de esta Sede Apostólica (de que han dado ilustre testimonio con tan larga peregrinacion) ciertamente, es causa para que merezcan besar esos santísimos piés de Vuestra Santidad, y recibir su bendicion y ser finalmente loados de todos.

»De cierto filósofo se lee, que por solo el deseo que tenia de deprender, entró en la Persia, pasó el monte Cáucaso, y los pueblos de Asia, Albania, Escitia y Masagetas, penetró los ricos reinos de la India, sólo por hallarse á oir un filósofo, que desde un púlpito de oro mostraba á pocos oyentes las cosas naturales, los movimientos de las estrellas y curso del tiempo; verdaderamente grande y raro, aunque inútil, y demasiado deseo de saber. Pero en estos caballeros, ¡cuánto es más maravilloso el amor de la verdad! ¡Cuánto más ardiente el cuidado de la sabiduría! Pues por sólo este fin y no por otro, se han puesto á tanto más largo y peligroso camino, porque lo que aquel filósofo vió y rodeó, si se compara con lo que ellos vieron y caminaron, es muy poco, aunque tambien es mayor la ganancia y el fruto más copioso, no hallando ellos un filósofo entre pocos discípulos, antes en este venerable Consistorio de ilustrísimos Cardenales, ven al Papa Gregorio XIII, sentado no en una cátedra de oro, sino en la beatísima silla de San Pedro, no disputando del movimiento de las esferas y planetas, sino mostrando sin algun error, con qué fe y con qué obras se ha de subir al cielo.

»Ahora les parecen los trabajos que padecieron por mar y por tierra, dulces; pero este su contento, entónces le tendrán por cumplido y perfecto, cuando Vuestra Santidad se dignare con su paternal benignidad, recibir la obediencia, prontitud y fidelidad de aquellos reyes, que de partes tan remotas los enviaron con sus cartas de creencia, lo cual suplican á Vuestra Santidad por su singular humanidad y bondad y por la devocion y merecimientos de aquellos reyes.

»Porque el rey Francisco, siendo uno de los más poderosos y principales reyes del Japon, aunque ha poco que se bautizó, muchos años antes favoreció de tal manera los tiernos principios de aquella nueva cristiandad, que todo el aumento que después acá ha tenido la religion católica, reconoce haber sido por su medio después de Dios. Porque él dió en sus reinos licencia general para que se predicase el Evangelio, haciendo el acogimiento y favor á los que le predicaban, como se podia esperar y desear de un bonísimo rey y amicísimo de nuestra santa fe. El les aseguró los pasos en los reinos de por allí cerca, y con cartas y embajadas les alcanzó la gracia y favor de otros príncipes, y en medio de sus guerras y mayores trabajos, siempre tuvo de ellos y de su seguridad grandísimo cuidado, y finalmente, él mismo ha recibido el santo Bautismo, y aunque esto se dilató por algun tiempo; pero todo el daño que pudo causar esta dilacion y tardanza, con la gracia del Señor lo recompensó la grande caridad y celo de este rey y el increible deseo que tiene de extender el nombre de Cristo en aquellas partes, y para mostrar el que tiene de ver á Vuestra Santidad y besar sus santísimos piés, estando él impedido con gravísimos cuidados de su reino, y con su edad, sustituyó en su lugar á D. Mancio, sobrino del rey de Fiunga, que es uno de los más principales y más queridos parientes que él tiene, con el cual muy encarecidamente suplica ser admitido á la obediencia de Vuestra Santidad, y ser contado entre los hijos de la Iglesia católica.

»La misma instancia hace D. Protasio, rey de Arima, mozo de rara virtud, primo de D. Miguel, que para este efecto envió y lo mismo humilmente D. Bartolomé, rey de Omura, tio carísimo del rey de Arima y del mismo D. Miguel, y dejando de hablar al presente del rey de Arima, el cual ha dado clarísimas señales de su grande religion, diré algunas del rey de Omura.

»Este es, Beatísimo Padre, aquel D. Bartolomé que fué el primero de todos los señores del Japon en recibir el santo Bautismo, y esto con tanto ánimo y fervor, que derribados por tierra

los ídolos en todo su reino y poniéndose por esto á muchos peligros, hasta perder el reino, no solamente no dejó la fe, mas antes con increible fortaleza y socorro del cielo, recobrando su estado ha estado siempre más firme y constante en el divino servicio, sin descansar hasta echar de todo su reino la idolatría y plantar en él la religion cristiana, y si él pudiera, hiciera hoy en persona el oficio que hace por medio de D. Miguel, que es besar los piés á Vuestra Santidad y en presencia recibir su santa bendicion.

»¡Oh inmortal Dios, que en lugares tan apartados de la Sede Apostólica, á donde el nombre de Cristo jamás se habia oido, al primero rayo de la fe, hombres tan ilustres en mando y en poder, en bienes y riquezas abundantes, singulares y excelentes en la gloria militar, reconozcan hoy la grandeza y dignidad de la iglesia Romana y tienen por mucha honra besar los piés al Sumo Pontífice y ¿habrá junto á nosotros personas con grande luz de la verdad, tan malvadas, que se esfuercen á querer cortar la cabeza á la hermosa esposa de Cristo, y poner en controversia el primado de la Sede Romana, constituido por el mismo Cristo, confirmado de tantos siglos, defendido de tantos doctores, determinado por tantos concilios? Mas no es razon en dia de tanta alegría, tratar de cosas de tanta pena y tristeza.

»He oido muchas veces y leido algunas, que si alguno considerase la idea del buen príncipe, hallaria que entre ella y el sol hay grande semejanza, porque así como el sol desde aquella soberana àlteza, envia sus rayos é influencias, no solamente á las partes más cercanas, sino tambien á las más remotas del mundo; así el buen príncipe, si quiere ser digno de tal nombre, no ha de limitar su real benignidad dentro de los términos de una casa ó familia que èsté junto á sí, sino con su resplandor y grandeza, en cierta manera, ilustrarlo todo y extender cuanto fuere posible sus beneficios á los más ausentes y apartados, y así, Beatísimo Padre, la liberalidad de Vuestra Santidad, junto con un singular cuidado de la religion, no se ha podido encerrar dentro de los muros de esta ciudad ni de los confines de Italia, ni contenerse dentro de los extremos de la Germania, Bohemia, Hungría y Polonia, Suria, y Grecia y Esclavonia, en todas las cuales provincias, en parte fundando seminarios á manera de fortísimos castillos de la fe católica, y en parte en otros beneficios, ha dejado inmortal memoria de la piedad y largueza de Vuestra Santidad, y pasando adelante y en cierta manera trascendiendo los caminos del sol y año, esto es, de los indianos bracmanos, chineses, ha llegado á las últimas partes y tierras del Japon.

»Porque luego que Vuestra Santidad entendió que para la extension del nombre de Cristo no habia otro mejor camino que hacer muchos predicadores de la misma nacion, ha instituido allí tambien seminarios de mancebos escogidos, por cuya doctrina y suficiencia se vengan después con el tiempo á echar todas las ceremonias y culto gentílico é introducirse en su lugar la santa ley de Jesucristo, y por este singular cuidado de acrecentar la fe en aquellos reinos, de parte de toda aquella nacion dan los embajadores á Vuestra Santidad inmortales gracias, y así se debe esperar con mayor razon, que habiendo aquella gente caminado hasta aquí por su paso á la fe, siendo alentados con la benignidad de Vuestra Santidad, con mayor fervor aceptaran la verdad evangélica, y de aquí se seguirá, Beatísimo Padre, que prosperando nuestro Señor los santos y justos deseos de Vuestra Santidad y los trabajos de nuestra mínima Compañía, se tendrán presto nuevas alegres de la conversion de algunas otras ciudades y reinos del Japon, que hoy á manera de fertílisimo campo, ofrece estas primicias. »

CAPÍTULO XV

De la respuesta que dió Su Santidad en aquel Consistorio á los embajadores, con los demás favores que les hizo el tiempo que vivió.

Acabada la oracion del P. Gaspar Gonzalez, Mons. Antonio Bocapaduli dió en nombre de Su Santidad á los embajadores la respuesta con otra oracion latina, que traducida en español dice así:

«De esta manera me manda Su Santidad que os responda, nobilísimos mancebos, que don Francisco, rey de Bungo, y D. Protasio, rey de Arima, y su tio D. Bartolomé, rey de Omura, en enviaros de aquellas tan remotas islas del Japon á dar la debida veneracion á la potestad que Dios les ha concedido, han hecho pia y sabiamente, porque no hay más que una fe, una Iglesia universal y una Cabeza y Pastor de ella y de todo el cristianismo (que es de todos los católicos que hay en el mundo) sucesor de Pedro y Papa romano, y que crean firmemente este artículo, juntamente con los demás misterios de la fe católica. Da Su Santidad infinitas gracias á la divina bondad y le párece justísima esta alegría, pues nace del deseo de la gloria de Dios y salud de las almas; y así, con mucha voluntad, juntamente con sus venerables Hermanos, Cardenales de la santa Iglesia Romana, re-

cibe esta su protestacion de fe, obediencia y devota voluntad. En lo demás desea y ruega á Dios, que á su ejemplo los demás príncipes y reyes de aquellas islas y de todo el mundo, dejadas á una parte la idolatría y errores, conozcan el verdadero Dios y á Jesucristo por el enviado, en que consiste la vida eterna.»

Acabada de dar esta respuesta por parte de Su Santidad, volvieron otra vez los embajadores á besarle el pié, y él los tornó á abrazar de nuevo con el mismo amor y ternura que la primera vez lo habia hecho. Llegaron luego algunos Cardenales y hicieron algunas preguntas á aquellos señores, quedando en extremo edificados de ver su modestia y discrecion; y decian que no habian visto modestia en mozos que tanto les contentase, acompañada de tanta discrecion. Levantóse Su Santidad de la silla en que estaba, y mandó que le llevasen la falda don Mancio y D. Miguel, que es favor que á solos príncipes y grandes señores se suele hacer.

Convidáronlos á comer aquel dia por órden de Su Santidad el Cardenal San Sixto, y por hacerles compañía, comieron tambien allí el Cardenal Castavilano y el Sr. Jacome, capitan de la Iglesia. Después de la comida, deseando Su Santidad verlos más familiarmente, envió por ellos, y no se puede bien declarar con palabras el amor y ternura con que los recibió, que parecia verdaderamente un padre que se regalaba con sus pequeñuelos hijos, preguntándoles muchas cosas, así de la navegacion y del tiempo que gastaron en ella, como de las cosas del Japon y de las iglesias y conversion de los cristianos, recibiendo particular gusto en oírselas contar. Al fin les dijo que bajasen á San Pedro á dar gracias á nuestro Señor de un beneficio tan grande, como habia sido el haberlos traido con salud hasta Roma. Con esta licencia y la bendicion de Su Santidad, fueron á la iglesia de San Pedro, y desde allí ya tarde, á la casa de la Compañía, porque tenian harta necesidad de descansar.

El dia siguiente, á los 25 de Marzo, habiendo de ir Su Santidad con toda la corte y Cardenales á la Minerva (como lo acostumbran hacer cada año los Sumos Pontífices) quiso que le acompañasen aquellos señores á caballo, dándoles en la calle y en la iglesia el lugar más honrado y más cerca de sí. Otro dia de aquella semana, les dió otra audiencia particular, en la cual, haciendo sentar á D. Mancio y á D. Miguel, que hacian oficio de embajadores, recibió alegremente de su mano algunos presentes que le traian de su tierra, y después comenzó á tratar con ellos de las cosas de la cristiandad del Japon, mostrando grande voluntad y deseo de favorecerlas, y con una afabilidad y afecto que más parecia padre que Pontífice, les preguntaba cómo estaban de su salud, encargándoles que tuviesen cuidado con ella y que le dijesen si tenian necesidad de alguna cosa ó qué gustarian llevar á sus tierras, porque se lo mandaria dar muy cumplidamente. Pasáronse en estas y otras pláticas semejantes algunas horas, y levantándose después Su Santidad de su silla, yendo él mismo delante, les anduvo mostrando algunas cosas de sus cámaras y aposentos, y llegando á una hermosa galería que habia edificado y adornado con diversas pinturas, mandó á su maestro de cámara que se la enseñase muy despacio, estándolos aguardando Su Santidad hasta que volvieron, y fué casi de noche cuando los despidió.

Entendiendo tambien Su Santidad que gustarian de visitar las siete iglesias de Roma, porque aun en Japon tienen los cristianos devocion con aquellas estaciones, envió el órden cómo habian de ser recibidos y tratados, que fué con procesion y tocando los órganos y campanas en cada iglesia donde llegaban, mostrándoles todas las reliquias y cosas de devocion que en ellas habia, y concurriendo á cada estacion de estas innumerable gente, unos á pié y otros á caballo ó en carrozas por verlos más á su gusto.

Sin estos particulares favores, en llegando estos señores á Roma, mandó Su Santidad hacer á cada uno tres pares de vestidos á la italiana, el uno corto y los otros dos largos, de terciopelo negro, todos guarnecidos de oro, y una ropa de por casa de lo mismo. Tambien los enviaba á visitar muchas veces, y por ser tiempo de Cuaresma, mandaba que les llevasen de su mesa algun pescado regalado, y era tan particular el cuidado que tenia de la enfermedad de D. Julian, que señaló Su Santidad mismo algunos médicos de los mejores de Roma que le visitasen, y enviaba cada dia á saber cómo estaba con el Maestro de su cámara. No se puede más encarecer el paternal afecto de este santo Pontífice para con aquellos señores, más de que estando enfermo, y casi una hora antes de su muerte, se acordó de D. Julian y preguntó cómo estaba.

CAPÍTULO XVI

De la muerte del Papa Gregorio XIII y eleccion de Sixto V, y el favor que hizo á estos señores.

No sólo el Papa Gregorio XIII mostraba á estos señores el paternal y tierno afecto que los tenia, mas por su ejemplo todo el pueblo y se-

nado romano les hacia mucha honra, viniéndolos á visitar el mismo senador con los magistrados de la ciudad y otros muchos caballeros, con la mayor autoridad que pudieran llevar, yendo á visitar algun grande príncipe ó rey, diciendo cuánto se alegraba toda aquella ciudad de su próspero viaje y camino, y de la devocion que les habia movido á hacerle, á los cuales respondió D. Mancio en nombre de los demás con tanta prudencia y gravedad, que fueron muy edificados, y con grande concepto de su buen juicio y entendimiento. Estas mismas visitas tuvieron de todos los embajadores del emperador, del rey de Francia, de la señoría de Venecia, especialmente del embajador de España, el cual, en todo el tiempo que se detuvieron en Roma, les hizo mucho favor y honra como su Majestad el rey Felipe II se lo habia encomendado.

Tambien comenzaron estos señores á visitar algunos cardenales, aunque esto se atajó con la repentina muerte del Papa Gregorio XIII, que fué á los 10 de Abril del mismo año de 1585. Sintiéronlo estos señores con grande ternura y desconsuelo, como si hubieran perdido su padre, y fué menester que se la encubriesen á don Julian por algunos dias, y que el P. General consolase á los demás con muchas razones, dándoles cierta esperanza que en cualquiera sucesor hallarian el mismo amor y voluntad, y que antes era providencia divina hallarse presentes á la eleccion del nuevo Pontífice, porque pudiese quedar informado de sus negocios y tomase más á su cargo el favorecerlos siempre.

Como entendieron los cardenales el sentimiento y pena que tenian aquellos caballeros, y con tanta razon por la muerte del Papa Gregorio, desde su Cónclave enviaron un Obispo que fué monseñor Saxo, para que en nombre de todos fuese á consolarlos y ofrecerlos, que cualquiera de ellos que fuese elegido en el Pontificado, tendria la misma cuenta con sus cosas que el Papa Gregorio. Tuvieron estos señores en mucho como era razon aquel favor, y fué muy grande parte para templar su sentimiento. Fué servido nuestro Señor que á los 25 dias de Abril y á los cuatro del Cónclave, fué elegido con universal consentimiento de todos los Cardenales el Papa Sixto V, y dos dias después fueron estos caballeros á besarle el pié y recibir su bendicion.

Recibiólos Su Santidad con entrañas muy paternales, díjole D. Mancio lo mucho que se habian alegrado de su eleccion y se tenian por muy dichosos en haberse hallado presentes á ella, para poder decir en su tierra las singulares partes del sumo Pastor y Vicario de Cristo que dejaban en Roma, suplicándole tuviese por muy encomendada aquella nueva cristiandad. Respondióle Su Santidad, que así lo haria y tambien tendria muy particular cuidado de sus personas: y vuelto á los Padres de la Compañía que iban con ellos, les dijo: Advertid que no les falte cosa alguna, y si se ofreciere alguna necesidad, dad órden como yo mismo sea luego avisado de ella. Ultimamente dió D. Mancio un memorial á Su Santidad acerca de algunas cosas de la cristiandad del Japon, remitiéndose en él al P. General de la Compañía para que diese á Su Santidad más larga informacion de todo. Respondió á esto el Papa que él haria llamar al P. General, y se informaria de él y acudiria con mucho gusto á todo lo que pedian.

Venido el dia de la coronacion de Su Santidad, quiso que se hallasen presentes á ella, dando lugar á estos señores entre los embajadores, y que llevasen juntamente con ellos el palio y le diesen aguamanos en la mesa. La misma honra les hizo en la solemnidad con que el nuevo Sumo Pontífice suele tomar la posesion de San Juan Laterano yéndole acompañando á caballo. Pocos dias después los hizo ir á comer á una viña suya, donde fueron muy regalados, y por hacerles más particular honra, quiso Su Santidad hacerlos de su mano caballeros de espuela dorada. Para este efecto la vigilia de la Ascension en la capilla solemne de todos los Cardenales y otros príncipes y embajadores, los hizo llamar ante sí y mandó que los embajadores de Francia y Venecia los ciñesen las espadas y calzasen las espuelas de oro, y después les echó él mismo al cuello un collar de oro, y los abrazó y dió paz en el rostro con tanta alegría y contento, que corrian las lágrimas por sus ojos. Acabada la ceremonia, dieron aquellos caballeros las gracias á Su Santidad de la merced que les habia hecho, ofreciéndose á defender la santa fe de la Iglesia Romana, no sólo con aquellas espadas y armas, sino tambien con su propia sangre y vida.

La mañana siguiente, dia de la Ascension, los metió Su Santidad á la misa que dijo en particular, y les dió de su mano la sagrada Comunion, lo cual estimaron por el mayor favor y regalo de cuantos Su Santidad les habia hecho. Sin esto les confirmó una donacion que el Papa Gregorio XIII, su predecesor habia hecho de 4.000 escudos de renta cada año para los seminarios del Japon, añadiendo de su propia voluntad y sin que nadie se lo pidiese otros 2.000 que fuesen 6.000, y para su viaje les mandó dar otros 3.000.

CAPÍTULO XVII

De los dones que Su Santidad envió á los reyes del Japon, y cartas que les escribió.

No sólo á estos señores hizo Su Santidad los favores que hemos dicho, si no tambien á los reyes en cuyo nombre habian venido, enviándoles de su mano dones de mucho precio y estima. Al rey Francisco de Bungo envió un estoque bendito con las guarniciones y vaina de plata dorada, y con diversas labores y un sombrero. Al rey D. Protasio, otro estoque con otro sombrero, y á entrambos reyes sendas cruces de oro con un poco de *Lignum Crucis* dentro. Al rey D. Bartolomé envió otra cruz mayor que todas, de oro, con un buen pedazo de *Lignum Crucis*. Juntamente con estos dones dió un breve apostólico, por el cual puso á estos tres reyes en el número de los príncipes cristianos, para que pudiesen tener entre ellos su lugar señalado en el Consistorio, y para la iglesia principal de cada reino un terno riquísimo de brocado, que son todos los ornamentos de diácono y subdiácono y sacerdote con su capa de asperges y frontal, y á los mismos reyes escribió cartas muy favorables en respuesta de las que habian traido sus embajadores, cuyo traslado en romance pondré aquí. La carta para el rey Francisco de Bungo, dice así:

«Carísimo nuestro en Cristo, salud. Su señalada piedad mostrada por cartas y embajadores, ha sido de mucha consolacion y grandísimo contento á Dios y á los ángeles y á los hombres, y en aquella pública alegría de Gregorio, de santa memoria, que entónces era Sumo Pontífice, y de los Cardenales de la Iglesia católica nuestros Hermanos, en cuyo número Nos estábamos, y del grande número de gente que concurriendo de todas partes, ocupaban todas las calles y sala régia, adonde los embajadores enviados por esta razon al Pontífice Romano y á la Sede Apostólica dieron la obediencia.

»Nos particularmente sentimos alegría infinita, y dimos gracias á la divina bondad, y ahora después de la partida de Gregorio de la miseria de esta vida, habiéndonos Dios llamado sin nuestros merecimientos al trabajosísimo cargo del Sumo Pontífice, y habiéndonos dado obediencia asímismo nuestro amado hijo D. Mancio, recibimos á vuestra Majestad, ofreciéndole con caridad paterna todo favor y ayuda posible, y le ponemos entre los demás católicos reyes, y por tal le tenemos y amamos, y tambien estamos muy contentos por la grandeza del ánimo de vuestra Majestad en sufrir las injurias del infernal demonio y sus ministros, y en conservar con tanta constancia la fe de Cristo y en guardar entónces la piedad cuando más perseguido andaba, lo cual cierto sin particular ayuda y gracia del Espíritu Santo, en ninguna manera lo pudiera haber hecho.

»Debe, pues, reconocerlo todo á la divina bondad y armarse de mucha esperanza y andar con cuidado de la victoria y proponer en el ánimo aquello con que el Apóstol consolaba y animaba á los hebreos; acordaos del tiempo primero, cuando siendo alumbrados, padecistes grande resistencia de pasiones, y por una parte quedastes hechos espectáculo de oprobios y tribulaciones, y por otra os hicistes compañeros de los que guardan esa manera de vivir, porque sufristes las prisiones, y llevastes con alegría que os quitasen por fuerza vuestra hacienda, conociendo que habia otra mejor y más firme sustancia; no querais perder la confianza que trae consigo grandes premios y remuneracion. Así que le es necesaria á vuestra Majestad la paciencia, porque haciendo la voluntad de Dios, se le dé el premio prometido, y con esta esperanza debe tambien dar ánimo á su hijo, porque á los soldados de Jesucristo les conviene no perder el ánimo en las adversidades, y no espantarse de ellas como de cosas nuevas.

»Y en verdad, la sentencia del Apóstol es muy verdadera; todos los que piadosamente quieren vivir sufrirán ser perseguidos por Cristo, y no por eso desamparados de la gracia y ayuda suya, porque el mismo Dios así lo prometió. Yo fuí con él en las tribulaciones, yo le libraré y le daré gloria. Y sobre todo, con grandísima devocion, tendrá memoria de los beneficios divinos; siendo constante en las adversidades y no dejándose derribar de ellas, meditando continuamente la asperísima Pasion de Cristo nuestro Señor. Y para hacerlo así, le enviamos una pequeña parte de la madera de su preciosísima Cruz, dentro de una cruz de oro. Tambien le enviamos una espada y un sombrero, en lugar de celada, que segun la costumbre antigua de Romanos Pontífices, se consagraron la dichosísima noche del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo; y rogamos á su suma bondad que arme su lado derecho con la espada del Espíritu Santo, y santifique su cabeza con la celada de la salud, y defienda de las asechanzas é ímpetus del enemigo, concediéndole victoria de ellos. Y queremos que la espada y sombrero se le presente después de haberse celebrado la misa, y á todos aquellos que contritos y confesados, se hallaren allí presentes y rogaren devo-

tamente á Su Divina Majestad, por la tranquilidad de la Iglesia católica, y salud de los príncipes cristianos, y extirpacion de las herejías confiados en la misericordia de Dios, y en la autoridad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo y nuestra, les concedemos plenaria indulgencia de todos sus pecados.

»Habemos holgado mucho de la modestia y devocion de su D. Mancio y nuestro, que por muchos respetos le amamos sumamente, lo demás sabrá de él, y con esto rogamos con todo nuestro afecto al inmenso Dios, que dé á vuestra Majestad y á todos los suyos y al reino universalmente quietud, paz y seguridad y cumplimiento de todos los bienes. Dada en Roma, en San Pedro, debajo del anillo del pescador, á 26 de Mayo de 1585, el año primero de nuestro Pontificado.»

CAPÍTULO XVIII

De otras dos cartas que Su Santidad escribió á los reyes de Arima y Omura.

Otras dos cartas escribió tambien Su Santidad á los reyes de Arima y Omura. La del rey de Arima, D. Protasio, dice así:

«Carísimo hijo nuestro en Cristo, salud. Las cartas que envio con D. Miguel nuestro amado hijo, las dió él mismo á Gregorio, que entónces era sumo Pontífice de la Iglesia católica, y ahora está en el cielo, como se debe esperar; y se leyeron públicamente, y se le dió en nombre de vuestra Majestad la obediencia como es costumbre entre los reyes católicos, en presencia de todos los Cardenales de la santa Iglesia, que se hallaron en Roma, uno de los cuales Nos entónces éramos, habiendo concurrido grande número de gente de toda calidad en aquel dia, lleno de toda alegría y contento, y después fué servida la divina bondad, llamarnos, sin que lo mereciésemos, al gravísimo cargo del sumo Pontificado. Habemos aceptado con caridad paterna su obediencia y devocion, que en su nombre nos ha dado D. Miguel su embajador; y determinamos que debe ser puesto y tenido en el número de nuestros reyes católicos, hijos carísimos de la Iglesia Romana; y humanamente agradecemos la piedad y religion de vuestra Majestad, á quien enviamos con el mismo don Miguel una pequeña parte del madero de la Santa Cruz dentro de una cruz de oro, en la cual habiendo estado enclavado nuestro Señor Jesucristo, Rey de los reyes y Sacerdote eterno, nos ha hecho con el sacrificio de su inocentísima carne y sangre, reyes y sacerdotes á nuestro Dios. Con esta memoria se encenderá fácilmente en la caridad del mismo Jesucristo Señor nuestro.

»Tambien le enviamos la espada y sombrero consagrado, segun la costumbre de los romanos Pontífices, y rogamos á Dios por su divina ayuda en todos los deseos y empresas de vuestra Majestad. Recibirá, pues, la espada y sombrero como lo suelen hacer los demás reyes católicos después de haberse celebrado para éste efecto el sacrificio de la misa, y á todos los que se hallaren presentes y confesados, rogaren á Dios por la tranquilidad de la Iglesia católica y salud de los príncipes cristianos y extirpacion de las herejías, y confiados de la divina misericordia y en la autoridad de San Pedro y San Pablo y nuestra, les concedemos indulgencia plenaria de todos sus pecados. A D. Miguel y á los demás sus compañeros amamos particularmente por su grande modestia y piedad, lo demás sabrá del mismo D. Miguel. Dios sea siempre favorable á vuestra Majestad con su gracia. Dada en Roma, etc.»

La copia de la carta para el rey D. Bartolomé, dice así:

«Noble príncipe y nuestro amado hijo, salud. Habiéndose leido sus cartas que dió D. Miguel su embajador, y habiendo dado en su nombre la obediencia á la Sede Apostólica y á Gregorio, que entónces era Sumo Pontífice de la Iglesia romana católica, y ahora como se debe creer está en el cielo, fué excesivo el contento que recibió, así el mismo Pontífice como los Cardenales de la santa Iglesia, en cuyo número entónces estábamos y toda la demás gente que de todas partes concurria. Y habiendo después pasado de esta vida Gregorio, y siendo Nos llamados sin nuestros merecimientos al trabajosísimo peso del Pontificado, le certificamos que de ello no se le ha seguido daño ninguno, porque en amarle y procurarle todo lo que fuere de su provecho y honra, no habrá quien nos aventaje.

Con D. Miguel enviamos á vuestra Alteza una parte del madero de la preciosísima cruz de nuestro Señor Jesucristo dentro de una cruz de oro que él bañó con su sangre, cuando siendo Sacerdote y juntamente sacrificio se ofreció al mismo Padre, porque así todo herido y doloroso purgase nuestros pecados con su carne y sangre inocentísima. Será cierto esta memoria á vuestra Alteza, de grandísima ayuda para la humildad y paciencia, obediencia, fortaleza, inocencia y las demás virtudes, porque dijo muy bien San Agustin, que el madero donde fueron asidos los miembros del que moria, fué tambien cátedra del mismo que enseñaba. Será

tambien como dijo San Leon defensa contra todos los ímpetus del demonio. En todos los peligros dice él, debemos acudir á la cruz de Cristo y quebrantar allí todas las sugestiones del demonio, y decir en alta voz: Crucifica con clavos del temor mi carne.

»Tenemos por cierto que vuestra Alteza sabe muy bien todo esto, pero pareció convenir que de muchas cosas que se pudieran decir, escribiésemos solas estas. Quedamos muy satisfechos de D. Miguel y sus compañeros. Lo demás sabrá de él mismo, el cual en nombre de vuestra Alteza nos ha dado tambien la obediencia. Dios dé á vuestra Alteza y á todos los suyos cumplimiento de toda alegría y felicidad. Dada en Roma, etc.»

CAPÍTULO XIX

Cómo aquellos señores se despidieron de Su Santidad y del pueblo Romano, y el camino que llevaron hasta llegar á Asís.

Llegándose ya el tiempo de la partida de aquellos señores, por haber cumplido con su embajada y despachado á su gusto los negocios que traian encomendados, comenzaron á darse priesa en hacer algunas visitas más necesarias, y entre ellas la del pueblo y Senado Romano, el cual, para mostrar en la despedida el amor que tenia á estos caballeros, quiso recibir su visita con toda solemnidad en Campidolio, juntándose para este dia con el Senador todos los magistrados y caballeros principales de aquella ciudad, haciéndoles nuevos y particulares favores, como fué señalarlos y contarlos por ciudadanos romanos con título de patricios, dando á cada uno una patente de esto en pergamino, ricamente iluminada, con un sello de oro pendiente tan grande como la palma de la mano y de un dedo en grueso.

Recibieron aquellos señores este privilegio con mucho agradecimiento, diciendo que con razon se gloriaba Roma de haber sido señora del mundo, primero por las armas y después por la fe y religion cristiana; pero que ahora crecia su grandeza, pues llegaba hasta las partes del Japon, del cual tomaba posesion en aquel dia en aquellos cuatro ciudadanos y súbditos suyos. Agradó mucho á todo el Senado la respuesta tan discreta y aguda de aquellos caballeros, quedando con nueva satisfaccion de su buen entendimiento y agudo ingenio.

Ultimamente, un dia ántes de su partida, fueron á tomar la bendicion de su Santidad y darle las gracias de los muchos favores y mercedes que les habia hecho, para con su licencia partir de Roma. Recibiólos su Santidad con su acostumbrada benignidad, diciéndoles muchas veces que cuanto habia hecho era nada en comparacion de lo que deseaba y esperaba de hacer andando el tiempo. Mandóles dar tres mil escudos para su camino, y dijo que si de presente tenian alguna otra necesidad ó después la tuviesen, se lo avisasen, porque tendria mucho cuidado de que se les proveyese. Dióles tambien un breve de recomendacion para el rey Felipe II y otro para la Señoría de Génova, y mandó escribir á todos los lugares del estado de la iglesia por donde habian de pasar, que los recibiesen muy honradamente y les hiciesen la costa y los acompañasen; y para salir de Roma y buena parte del camino, envió Su Santidad muchos caballos ligeros que fuesen en su compañía, para honrarlos más y asegurar los pasos, y últimamente les concedió muchas indulgencias que llevasen para el Japon en cuentas y medallas; y con esto les dió su bendicion y despidió muy amorosamente.

Despedidos de Su Santidad y del pueblo romano á los 2 de Junio del año de 1585, partieron de Roma, y aunque era muy de mañana, no les faltó mucho y muy grande número de caballeros que salieron acompañándolos, y algunos fueron por su devocion jornadas enteras. Por la tarde llegaron á la ciudad que llaman Castellana, y estaba á cargo del Cardenal San Sixto, donde los regalaron y hospedaron aquella noche y les dieron gente que los acompañase hasta la ciudad de Narni. Antes de llegar á ella, salieron á recibirlos muchos soldados y caballeros, y á la puerta los Priores y gobernador con diversos instrumentos de música. Vieron en aquella ciudad todas las reliquias que son muy muchas y de muy grande devocion.

De Narni pasaron á Espoleto, donde ya los estaban esperando conforme al aviso que tenian de Roma. Salió el Vicario general con algunos canónigos y muchos caballeros una legua á recibirlos, y poco después llegó el lugarteniente del gobernador con otra mucha gente de á pié y de á caballo y una buena compañía de soldados, muy bien puestos y con buen órden, haciendo sus salvas de arcabucería. Y últimamente salió fuera de la ciudad Mons. Gobernador, acompañado de los Priores en su hábito colorado con lo restante del pueblo. Y para mostrar la reverencia y devocion con que los recibian en su ciudad, les presentaron las llaves de ella. Pasadas muchas cortesías y cumplimientos que hubo de una parte á otra, el gobernador entró con aquellos señores en su carroza y fueron to-

dos á apearse á palacio, donde se les hizo nueva fiesta y recibimiento con mucha y muy buena música que duró mientras la cena. Otro dia los llevaron á la iglesia Catedral, recibiéndolos en ella con la solemnidad que pudieran á su Prelado, tocando todas las campanas, órganos y otros diversos instrumentos.

De Espoleto partieron para Montefalcon, y por ser el camino tan áspero que no podian caminar en carroza, les proveyó el gobernador de muy buenos caballos en que fuesen, y él mismo los acompañó con otros caballeros buena parte del camino. En esta ciudad fueron hospedados y regalados como lo habian sido en Espoleto, y el principal regalo para ellos fué visitar el cuerpo de aquella santa vírgen Clara, que suelen llamar de Montefalcon, quedando admirados de ver (como ellos decian) un milagro tan grande, no hartándose de mirar aquella carne entera con la sangre fresca y los misterios de la Pasion tan bien impresos y señalados en ella.

El mismo dia por la tarde llegaron á Foligni, donde ya los aguardaba el gobernador con todo el pueblo, con muchas hachas por ser ya noche. Lleváronlos á palacio, que estaba ricamente aderezado, y por hacerles más honra y mostrar su piedad y devocion, quiso el mismo gobernador servirlos á la mesa sin que se pudiese acabar con él otra cosa.

El dia siguiente por la mañana, llegaron á la ciudad de Asís, donde no fué menor el consuelo y alegría espiritual, que recibieron aquellos caballeros, visitando las reliquias del Seráfico P. S. Francisco, que habian tenido en Monte Falcon, ni menor la devocion con que los recibieron en esta ciudad que en las demas, porque muchos habia que no se contentaban con solo verlos, sino que con las manos y rosarios les tocaban las vestiduras.

CAPÍTULO XX

Del recibimiento que les hicieron en diversas partes, hasta llegar á Nuestra Señora de Loreto.

De la ciudad de Asís, tomaron su camino aquellos señores á la de Perosa, porque desde Roma los habia convidado y aguardaba con mucho deseo, y sino les fueran á la mano los Padres de la Compañía que allí residen, tenian determinado de hacer arcos triunfales, con otras muchas y particulares invenciones para su recibimiento. En teniendo aviso de su venida, enviaron tres embajadores en dos carrozas, acompañados de mucha gente á caballo, que los alcanzaron tres leguas antes de la ciudad. Allí les hizo cada uno su oracion en latin, aunque breve, loando su piedad y devocion en haber tomado aquel trabajo y camino tan largo y convidándolos en nombre de los diversos estados de aquella ciudad.

Caminando más adelante como una legua, tuvieron otro recibimiento de muchos caballeros con sus lacayos y trompetas, los cuales traian de parte de la ciudad, cuatro hermosísimos caballos, aderezados con gualdrapas de terciopelo negro, guarnecidas de oro, pidiéndoles que holgasen de subir en ellos, para que pudiesen todos gozar mejor de su vista. El tercero recibimiento, fué de otra muy mucha gente principal, que se iba llegando de la corte del Cardenal Espínola, legado de Su Santidad. Junto á la puerta de la ciudad, llegaron todos los maceros de los Priores, los cuales con grande autoridad dieron á aquellos señores el parabien de su venida y con un continuo estruendo de trompetas, atambores, campanas y tiros de artillería, los recibieron dentro de la ciudad, y aunque la artillería al principio iba disparando por su órden poco á poco, á la entrada de estos señores por un grande rato disparó toda junta. Apeáronse junto á la Iglesia mayor, á donde los recibieron en procesion el Obispo y Canónigos, con toda la Clerecia, y los llevaron hasta el Santísimo Sacramento; y entre tanto que hicieron oracion, cantó la capilla un *motete* bien á propósito, sobre aquellas palabras del profeta Isaías: *Gentem quam nesciebas vocabis et gentes quae te non noverunt ad te current, propter Deum tuum et Sanctum Israel qui glorificavit te.* Con el mismo acompañamiento que habian traido, los llevaron al colegio de la Compañía, donde les habian aderezado sus aposentos, por entender que aquel era su gusto.

El dia siguiente por la mañana, después de oida misa, fueron á visitar al Cardenal y legado de Su Santidad, con tanto acompañamiento de toda la ciudad, que apénas se podia ir por las calles. Recibiólos el legado con mucha honra y fiesta, haciéndolos quedar á comer aquel dia en su casa; y por la tarde, salieron á visitar como lo tenian de costumbre, las reliquias, y particularmente una espina de la corona de Cristo nuestro Señor, y un anillo de la beatísima Vírgen su Madre que allí tienen. Vueltos al colegio de la Compañía, los visitaron de nuevo el Obispo y Priores, la Rota y otros muchos caballeros haciéndoles muchos presentes de hermosísimos relicarios, cruces de oro y cuadros de mucho precio, que parecia deseaba cada uno dar alguna señal ó prenda de la aficion que les habian cobrado.

Habian torcido aquellos caballeros el camino derecho que llevaban á Nuestra Señora de Loreto, por corresponder á la devocion y gusto de la ciudad de Perosa, y así les fué necesario tornar otra vez por la de Asís, á donde se partieron luego de mañana, con intento de comulgar aquel dia, que era Pascua del Espíritu Santo en Nuestra Señora de los Angeles, por la memoria y particular devocion que tenian al glorioso P. S. Francisco.

Detuviéronse en aquella bendita casa á oir misa y comulgar, y desde allí volvieron á Foligni, donde primero habian estado, para tomar desde allí su camino derecho. Recibiéronlos en esta ciudad aún con más solemnidad que la primera vez, porque entraron entónces de noche, y esta segunda á mediodia, y habia más de dos horas que los estaban aguardando el magistrado y gobernador con mucha gente principal. Por la tarde les dijeron unas vísperas muy solemnes, y aunque era fiesta, mandaron abrir todas las tiendas y ponerlas muy en órden, para que las pudiesen ver, como iban pasando por las calles, porque habia feria aquellos dias en la ciudad.

El dia siguiente partieron de Foligni y llegaron á Camerino, donde asímismo se les hizo mucha fiesta, porque antes de llegar á esta ciudad los aguardaba un buen número de soldados bien aderezados, y poco después otro escuadron de á pié y á caballo que pasarian de 500, y á la entrada estaban los Priores y toda la demás gente, que los recibieron con salvas de artillería y acompañaron con mucha música hasta palacio. Poco después llegó á la misma ciudad el Cardenal Gesvaldo, Legado de la Marca, el cual los convidó á cenar aquella noche. Con esta misma solemnidad y aparato fueron recibidos en la ciudad de Tolentino, Macerata y Recanati y en Loreto, saliendo el gobernador de esta ciudad acompañado de toda la gente principal casi media legua, y poco más adelante más de 200 arcabuceros, y junto á la puerta todo el resto del pueblo, que los recibió con salvas de artillería y acompañó hasta la iglesia de Nuestra Señora con música de diversos instrumentos. En la iglesia los aguardaban los Canónigos y Clerecía, y los recibieron con el *Te-Deum laudamus*. Hecha oracion delante del Santísimo Sacramento, visitaron luego la capilla de la Vírgen Nuestra Señora tan celebrada en todas partes. Aposentaron á aquellos señores en el palacio del gobernador, porque lo pidió él mismo con mucha instancia y devocion.

Otro dia oyeron una misa cantada muy solemne, estando ellos en el coro debajo de su dosel, hízoles el gobernador aquel dia mucha fiesta, y la mayor para ellos y de mayor consuelo para sus almas fué comulgar el dia siguiente antes de su partida en aquella santa capilla, para encomendar muy de veras á la Vírgen Nuestra Señora el buen suceso de su viaje.

CAPÍTULO XXI

De otros recibimientos que hicieron á aquellos señores en otras ciudades de Italia, especialmente en Pesaro y en Boloña.

Partidos de Loreto, tomaron su camino para la ciudad de Ancona. A poco trecho encontraron cinco caballeros que la ciudad enviaba para darles el parabien de su venida, y más adelante, los diputados con muchos caballeros y más de 200 soldados, y á vista de la ciudad salió el gobernador con todos los Priores y grande número de carrozas. Venia allí un sobrino del Papa Sixto V, el cual acompañó siempre á aquellos señores, haciéndoles mucha honra y cortesía. De esta manera los llevaron hasta el palacio disparando á la entrada toda la artillería y después haciéndoles otra salva de arcabucería. Entre tanto que duró la comida, por hacerles más honra estuvieron los Priores de aquella ciudad en pié, y por la tarde les mostraron las iglesias y reliquias, que son muchas las que allí tienen. Siendo noche, hicieron otra demostracion de su contento y alegría con luminarias y otras invenciones, acompañadas con el ruido de la artillería que jugaba continuamente.

De Ancona partieron el dia siguiente para Sinigalla y después á Pesaro, que son lugares del duque de Urbino, el cual, en sabiendo que habian entrado aquellos señores en su estado, los envió á visitar con un conde, y por su órden los regalaron y recibieron á mediodia en Sinigalla, y Su Alteza los esperó á la noche en Pesaro Más de un cuarto de legua antes de la ciudad encontraron al Marqués de la Rovere, primo del duque, con 15 ó 20 de á caballo que venian á convidarlos de nuevo en nombre de Su Alteza. Pidiéronle aquellos señores que se entrase en su carroza, y así fueron juntos y entraron en la ciudad cercados de infinita gente, caminando hácia el palacio del duque, que al mismo punto andaba por la ciudad con Paulo Jordan Ursino, que entónces llegaba. Luego que volvió á palacio, fué al aposento de aquellos caballeros, ofreciéndoles con palabras de mucho amor todo su estado y casa, diciendo que de esto y de mayor honra eran merecedores por su virtud y piedad,

pues los habia traido de reinos tan apartados á dar la obediencia á la Sede Apostólica.

Quisiera el duque detenerlos en Pesaro por regalarlos conforme á su deseo, pero por apresurar su camino, se despidieron aquella noche de Su Alteza, y el dia siguiente le prosiguieron y llegaron á Rimini, y aunque el gobernador no estaba avisado de su venida ni la supo más que un cuarto de hora antes, vino por la posta con todos los Priores y los recibió y regaló todo lo posible. Y después de comer vieron algunas reliquias señaladas que hay en aquella ciudad, especialmente siete espinas de la corona y un grande pedazo de la esponja del Salvador; y cuando partieron por la mañana, los fueron acompañando más de media legua, donde el gobernador y Priores se despidieron con mucha cortesía.

Con la misma fiesta y solemnidad los recibieron en Lesena y en Forli, donde hicieron noche, y aunque se supo tarde su venida á esta ciudad, suplió la buena voluntad á la falta del tiempo, saliéndolos á recibir el gobernador y la señoría con muchos soldados y grande concurso de gente que no cabia por las calles. La misma honra les hicieron el dia siguiente en Imola, donde llegaron á hora de comer. El primer recibimiento que allí se les hizo fué del Vicario y Canónigos, el segundo de una compañía de 200 soldados bien puestos en órden; y finalmente, junto á la puerta de la ciudad encontraron el gobernador y magistrado, los cuales les dieron las gracias en haber querido honrar la ciudad con su presencia y buena venida. Llevánronlos hasta el palacio, donde les tenian aparejada la comida con buena música, y por tener la memoria de aquellos señores siempre más fresca, les pidieron que les dejasen escrita de su mano una plana en letra del Japon.

Partidos de Imola llegaron por la tarde á Boloña. Tres leguas antes de la ciudad encontraron diversas personas principales que salian á recibirlos, así de parte del Cardenal Salviati, legado de Su Santidad, como del Cardenal Paleoto, Arzobispo de Boloña, que entrambos habian enviado á darles el parabien de su venida, el uno con su Vicelegado y el otro con su Vicario y á convidarles cada uno con su palacio, y por no mostrar descortesía, aceptando el uno y dejando el otro, se excusaron con que les seria particular consuelo aposentarse en el colegio de la Compañía, como lo tenian de costumbre donde habia casa. Entraron en la ciudad en el coche del Cardenal legado, que era muy rico, acompañados de más de otros 100 coches, sin los muchos caballeros que iban á caballo y una compañía de caballos ligeros que tambien salió á recibirlos. Tocando al mismo tiempo las campanas y mucho número de atambores y disparando juntamente gruesos tiros de artillería, que todo mostraba un extraordinario contento y alegría de aquella ciudad.

Reposaron aquella noche en el colegio de la Compañía, y el dia siguiente los convidó á comer el Cardenal legado, y á la noche los envió de su casa la cena con sus mismos pajes y oficiales que sirviesen á la mesa, y lo mismo hizo los dias que allí se detuvieron. El Cardenal Paleoto y Arzobispo de aquella ciudad, para mostrar su mucha piedad y devocion, vino él mismo luego por la mañana á visitarlos, pidiéndoles que por ser el dia siguiente de la fiesta de Corpus Christi, se hallasen presentes en la procesion y después fuesen sus convidados. Aceptáronlo aquellos señores viendo la voluntad con que el Cardenal lo pedia, y la misma mañana antes de ir á la procesion recibieron de su mano la sagrada Comunion, estimando esto en más que ningun otro regalo que les podia hacer.

Desde allí los llevaron al coro, y en la procesion fueron siempre al lado del Cardenal Paleoto con sus hachas, acompañando el Santísimo Sacramento y dejándolas á la puerta de la iglesia, tomaron las cuatro varas primeras del palio, aunque por no cansarlos tanto, tornaron á tomar después sus hachas. Acabada la procesion, fueron á comer con el Arzobispo, de cuya religion, piedad y devocion quedaron muy edificados y él no ménos de su discrecion y modestia. Por la tarde visitaron algunos monasterios é iglesias de aquella ciudad, y particularmente el cuerpo del glorioso Padre Santo Domingo y el de Santa Catalina de Bolonia, que está todo entero, y ella sentada, que no pone pequeña devocion y admiracion á cuantos lo ven.

CAPÍTULO XXII

Del recibimiento que se hizo á aquellos señores en el estado de Ferrara.

Despedidos aquellos señores de Boloña, partieron para Ferrara acompañados de los caballos ligeros y suizos que el legado envió con ellos. Estábalos aguardando el duque con mucho deseo, y cuando supo que eran partidos de Boloña y se acercaban á su estado, envió al conde Beviloqua con 50 arcabuceros muy en órden y todos á caballo, para que de su parte los convidase y dijese el grande contento que con su venida tenia. Hizo el conde su embajada y pidióles que entrasen en la carroza misma del du-

que que allí traia, sin otras cinco que venian de respeto para si fuesen necesarias.

Caminando de esta manera, encontraron otros 100 de á caballo, y á diversos trechos del camino otras tres compañías de caballos ligeros, y junto á la ciudad salió á recibirlos D. Alonso de Este, tio del Duque, el cual después de muchos ofrecimientos y palabras de grande cortesía, entró con ellos en la carroza y los llevó por medio de la ciudad acompañados de innumerable gente, derecho al castillo, donde Su Alteza estaba, y bajó hasta el patio á recibirlos, dando la mano á D. Mancio para salir del coche, y lo mismo hicieron los principales señores que allí habia, á los otros tres caballeros, usando siempre el duque con ellos palabras de mucho amor y aficion. No les consintió que fuesen á posar á la casa de la Compañía que hay en aquella ciudad, porque él les tenia hecho el aposento en un cuarto de su palacio, donde en tiempos pasados estuvo el rey de Francia, el cual estaba todo aderezado con paños y colgaduras reales.

Otro dia por la mañana, que era dia del glorioso San Juan Bautista, fueron á oir misa á la iglesia mayor en la misma carroza del duque, y acompañados de su corte y guarda de tudescos, donde el Obispo, que estaba vestido de Pontifical, aguardando que entrasen por la puerta, les dió el agua bendita y á besar una cruz que tenia en sus manos. Oyeron la misa, que se dijo con grande solemnidad, desde un lugar alto que de propósito estaba aderezado para ellos. Aquel dia después de comer visitaron aquellos señores á la duquesa de Ferrara y á la de Urbino su hermana, y luego se entró con ellos el duque en la carroza, tomando para sí el lugar ménos honrado por honrar más á sus huéspedes, sin que ellos lo pudiesen estorbar; y de esta manera los llevó por la ciudad á unos jardines suyos de grande recreacion, á donde tambien habia acudido la duquesa con todos los caballeros de aquella corte. Habiendo visto los jardines, los pasó á un bosque lleno de mucha caza y animales silvestres, donde se recrearon mucho.

Dióle el dia siguiente á D. Julian, una calentura muy recia, donde mostró bien el duque el amor y devocion que tenia á aquellos señores, porque no sólo procuró que le curasen con toda diligencia los mejores médicos que tenia, sino que de hora en hora enviaba á saber cómo estaba, y él mismo fué algunas veces á visitarle. Entre tanto que duraba la enfermedad de D. Julian, gastaban los tres caballeros su tiempo en visitar las iglesias y reliquias de aquella ciudad, causándoles particular devocion y admiracion la sangre de una hostia consagrada que reventando milagrosamente en las manos de un sacerdote que dudaba en la fe de aquel misterio, saltó á la bóveda y por toda la capilla y estaba siempre muy fresca con haber más de 400 años que aconteció el milagro.

Estando ya D. Julian libre de calentura, aunque algo flaco, y determinando partirse el dia siguiente, fueron la tarde antes á despedirse de la duquesa en su hábito de japon. Vino el duque por ellos, y por ser noche les hizo siempre compañía con muchas hachas, hasta dejarlos en sus aposentos. Enviaron presentado á Su Alteza uno de aquellos vestidos y una espada que habia sido del rey Francisco de Bungo. Recibió el duque tanto contento con el presente, que al criado que le trajo hizo dar una cadena de oro. Tambien les envió la duquesa otro hermoso presente de flores de plata y oro, para que llevasen á sus madres. Y porque el viaje que habian de hacer á Venecia habia de ser por el rio, mandó que se pusiese en órden una barca suya propia, en que habia tres hermosos aposentos aderezados con rica tapicería. En el uno de ellos, hizo poner una cama de damasco carmesí para D. Julian, y que fuese con él su médico y barbero para cualquiera necesidad que sucediese, aunque estaba libre de calentura. Al partir de palacio los acompañó casi toda la corte, y por el rio una fragata bien armada y llena de soldados; y cuando se hizo hora de comer, llegaron otros dos barcones, el uno con la cocina y servicio necesario para ella, y el otro con el aparador y lo demás que era menester para un muy espléndido convite, el cual se les hizo con la misma grandeza y abundancia que si estuvieran en la ciudad. Con el buen tiempo que tuvieron en pocas horas llegaron á Chioza, que es de la Señoría de Venecia, de donde se volvieron para Ferrara los criados del duque que hasta allí los habian acompañado.

CAPÍTULO XXXIII

Del recibimiento que hizo á aquellos caballeros la Señoría de Venecia.

Deseaba la Señoría de Venecia no ser inferior á los demás príncipes en la devocion y voluntad para recibir y regalar aquellos señores; y luego que supo partian de Ferrara, escribió á Chioza, que es el primero lugar de aquella Señoría, para que hiciesen todas las demostraciones de amor y voluntad que fuesen posibles. Salióles á recibir antes que llegasen al puerto el Obispo Fiama, famoso predicador con mucha

Clerecía, y junto á él el potestad Filipo Capello, que es lo mismo que gobernador, con muchas barcas bien armadas, el cual los convidó en nombre de la Señoría de Venecia, y les pidió que entrasen en su nave, que estaba cubierta y guarnecida de terciopelo carmesí. Recibiéronlos en ella con grande salva de artillería y estruendo de trompetas y atambores que traia la nave.

Entraron en Chioza con otra tanta demostracion de alegría, disparando á la entrada toda la artillería. Llegados á palacio, donde estaban aposentados, hízoles el Obispo delante de mucha gente principal una oracion muy elegante, aunque breve, alabando su mucha piedad y devocion en venir de reinos tan apartados por causa de la religion.

El dia siguiente se embarcaron para Venecia acompañados del Obispo y del potestad y de otras muchísimas barcas; pasando por San George, donde estaban algunas galeras, los saludaron con sus piezas de artillería, llegando al monasterio de Sancti Spiritus, que es de Canónigos reglares.

Mas de media legua apartado de la ciudad hallaron 40 senadores con su hábito colorado que los estaban esperando, cuya cabeza era el clarísimo Lipomano, el cual los tornó á convidar de nuevo en nombre de aquella República, y los recibió en dos bajeles que llaman piatas, los cuales venian ricamente aderezados con la tapicería que suelen recibir á príncipes y personas señaladas. A estas piatas seguian infinito número de barcos pequeños y otras barcas armadas llenas de gente de toda calidad. A la entrada de la ciudad quisieron que diesen una vuelta, discurriendo por el canal grande antes de llegar á su posada. Fué de particular gusto y consuelo para aquellos señores ir mirando la grandeza y majestad que descubria aquella ciudad con la vista de tantos y tan ricos palacios y hermosos edificios.

Llegados á la casa de la Compañía, donde la Señoría les tenia hecho el aposento, entraron en la iglesia, aunque era tanta la gente que los esperaba, que no cabian dentro. Recibieron los Padres aquellos señores con un *Te-Deum laudamus* y buena música mientras hicieron oracion, y luego los llevaron á descansar á sus aposentos. Todo el tiempo que allí se detuvieron los regaló la Señoría con grande largueza y liberalidad, sirviéndolos á la mesa con rica vajilla y muy agradable música, asistiendo siempre á todo un caballero principal á quien se habia dado este cuidado. La misma noche que llegaron los visitó el Nuncio de Su Santidad, y el dia siguiente el Patriarca y otros embajadores. Al tercero fueron aquellos señores á visitar al serenísimo duque en pública audiencia, y para que se hiciese con más solemnidad, vinieron por ellos en las mismas piatas mucho número de senadores.

Cuando llegaron á palacio hallaron las salas por donde pasaban tan llenas de gente, que con mucha dificultad podian entrar. Estaba el serenísimo duque en un asiento alto, cubierto de seda, con el más solemne y rico hábito que solia ponerse, el cual era de finísimo brocado con muchas piedras preciosas, que con su edad, que pasaba de noventa años, le hacian más venerable y daban más autoridad y majestad. Estaban á sus lados muchos senadores con hábito colorado, y delante de todos pusieron á aquellos caballeros en ricas sillas, dos en cada parte, y ellos dieron á toda aquella República las gracias por la mucha merced y honra que habian recibido. El serenísimo duque con mucha humanidad les hizo otros muchos y nuevos ofrecimientos, mostrando el contento y gusto que todos tenian de su buena venida. Presentáronle aquellos señores un vestido del japon, y una espada y un puñal, que por ser cosa tan nueva, fué para el duque y senadores muy agradable, diciendo que le habian de conservar en lugar público en memoria suya, con un letrero que lo declarase. Despedidos del Senado, fueron á ver dos salas de armas y las del Consejo, y tesoro y mercería, que por su respeto se habian aderezado de propósito, que les dió todo mucho contento y gusto.

CAPÍTULO XXIV

De otros particulares favores y regalos que hicieron á aquellos señores en Venecia y lugares de la Señoría.

En los dias que aquellos señores estuvieron en Venecia, procuró la Señoría honrarlos y regalarlos con todo cuidado, visitando las reliquias de aquella ciudad y mostrándoles los jardines más curiosos que habia en ella y el ingenio de labrar el vidrio. Pero lo que más consuelo y gusto les dió fué una muy solemne procesion, que se hace cada año el dia de la Aparicion de San Márcos, que es á 25 de Junio, y pór su respeto la habian dilatado hasta los 29 del mismo, que era la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Porque en lugar de otros juegos y fiestas que se suelen hacer en la venida de algunos príncipes, les pareció, y con mucha razon, que en la de estos señores, por ser nuevos en la fe y venir acompañados de religio-

sos, seria más á cuenta hacerles una fiesta espiritual y devota; y aunque aquella procesion se hace siempre con grande solemnidad, procuraron que entónces fuese aún con mayor, concurriendo en ella grande número de religiosos, y clérigos y cofradías, adornándola con la riqueza de ornamentos y reliquias que llevaban en andas muy bien compuestas, con piezas y joyas preciosísimas de oro y plata, que se apreciaron en más de diez millones. Hacíanse tambien á sus trechos representaciones muy devotas del Viejo y Nuevo Testamento y martirios de santos, y en particular se representó muy al vivo su embajada á dar la obediencia al Sumo Pontífice.

Los demás dias gastaron en pagar las visitas que les habian hecho, como fué al Nuncio y Patriarca y embajadores; antes de su partida les mostraron tambien aquella grande atarazana donde se hacen los navíos, y los dos castillos de Lido, y entre ellos se les aderezó la cena en medio del mar, y despues de cenar para recrearlos más una grande pesca de mucho entretenimiento.

Entre los favores que la Señoría de Venecia hizo á aquellos señores, fué lo primero hacerlos retratar á todos cuatro muy al vivo para perpetua memoria, en la sala que llaman del grande Consejo; y fué tal la pintura, que dieron por ella al oficial 2.000 escudos, y juntamente pusieron allí una escritura que dieron aquellos caballeros en lengua del Japon, firmada de todos cuatro, traducida en italiano, en que se daba razon de su venida y de la calidad de sus personas.

El segundo favor fué un rico presente que les hicieron de dos piezas de terciopelo y dos de damasco, dos de raso y dos de tela de oro, y otras dos de brocatelo dorado, todas de color carmesí y morado, y dos cajas de vidrios hermosísimos de diversas maneras, cuatro espejos grandes iluminados y otros cuatro guarnecidos de ébano, y cuatro crucifijos de márfil, y últimamente, á la partida les dieron una comision para que en nombre de la Señoría los aposentasen y regalasen en todos los lugares de su estado.

Con esto partieron de aquella ciudad acompañados de muchos caballeros hasta el monasterio de San George en Alga, donde les tenian, aparejada la comida. De allí tomaron su camino para Pádua por el rio Brenta, en dos barcones que la Señoría les envió muy bien aderezados. En Pádua los recibieron los diputados y muchos caballeros con la misma demostracion de alegría. Aposentáronse en el colegio de la Compañía, y sólo se detuvieron allí un dia por visitar las reliquias de aquella ciudad, y el siguiente pasaron á Vicencia, donde se les hizo tambien mucha honra, saliéndolos á recibir casi dos leguas con muchas carrozas y aposentándolos en un hermoso palacio. Por la tarde los llevaron á un espacioso teatro donde estaba junta casi toda la ciudad. Recibiéronlos en él con música de diversos instrumentos, y con una muy elegante oracion les dieron el parabien de su venida, acompañándola con otros muchos versos latinos al mismo propósito.

De Vicencia pasaron otro dia á Verona. Esperábanlos con la comida cuatro leguas de la ciudad, en una casa de recreacion, porque tuviesen allí la fiesta, y por la tarde á dos leguas de la ciudad de Verona, los salieron á recibir 300 caballeros, y poco después el magistrado con muchas carrozas, y entre ellas, una del potestad, en la cual entraron. Llegando más cerca de la ciudad, hallaron 1.000 arcabuceros con otros soldados, los cuales, repartidos en tres compañías, hacian una representacion de ejército. Todos estos los recibieron y acompañaron haciendo tres salvas, una á la entrada de la ciudad, y otra en la iglesia, y otra á la puerta de palacio, con grande estruendo de pífanos, atambores y otros instrumentos de guerra. Con este acompañamiento fueron primero á la iglesia de la Compañía y luego á la iglesia mayor. Detuviéronse en esta ciudad dos dias visitando muchas reliquias, como lo hacian en todas partes donde las habia. Hiciéronles en la iglesia mayor mucha fiesta, dándoles el más honrado lugar y celebrando aquel dia los divinos Oficios con grande solemnidad y música. No se señaló ménos que en las demás partes en servir y regalar á aquellos señores, el potestad y capitan de aquella ciudad dos dias que allí se detuvieron, enviando con ellos á la partida muchos soldados que los acompañasen hasta salir del estado de Venecia, y proveyéndolos con grande liberalidad de todo lo que era necesario para el camino.

CAPÍTULO XXV

Del recibimiento y fiesta que hizo á aquellos señores el duque de Mántua.

La fama de una embajada tan nueva y tan piadosa, y de los recibimientos que con tanto amor y voluntad se hacian en todas partes á aquellos señores, habia corrido por toda Italia y despertado el deseo de muchos príncipes de tenerlos en sus estados por verlos y regalarlos. Entre éstos fué el duque de Mántua, el cual

envió á su secretario cuando estaban en Venecia, para que de su parte los convidase y acompañase y diese aviso cuando llegasen cerca de su tierra.

En sabiendo que habian llegado á Villafranca, que es dentro de los confines de Verona, envió á Mucio Gonzaga, caballero principalísimo y deudo suyo, disculpándose de no poder ir en persona á recibirlos por sus indisposiciones, y mostrando con amorosas palabras el grande contento que tenia con su venida, ofreciendo su estado y casa para servirlos. Entrados yá en el estado del duque, hallaron la carroza de Su Alteza en que fuesen, y otras para los que venian en su compañía, con 100 arcabuceros á caballo que los acompañasen. Poco más adelante venian para hacer el mismo oficio otros 100 caballos ligeros, todos con armas blancas que hacian una graciosa vista. Llegando junto á Marmirolo, más de dos leguas antes de Mántua, descubrieron al príncipe hijo del duque que venia en otra carroza toda dorada, con cuatro hermosísimos caballos de color bayo, acompañado de otras 50 carrozas y 100 caballeros con ropillas de terciopelo y cadenas de oro al cuello, que llaman en aquella tierra lanzas espezatas, de quien era capitan el mismo príncipe. Recibió allí á aquellos señores con palabras de grande amor y mucha cortesía, dando ellos la respuesta que se debia y merecia tal voluntad. Queriendo el príncipe subir á caballo para ir delante, por hacerles más honra, y no lo consintiendo ellos, con mucha importunidad subió en la misma carroza en que iban aquellos señores, donde tuvieron otra piadosa contienda sobre los lugares, porque el príncipe por ningun respeto quiso tomar sino el menor, que en eso consiste la verdadera nobleza que no está prendida con alfileres, en saber honrar á otros con ella, sin temor de que por ese camino la pierdan, porque antes acrecientan su estimacion y crédito acerca de todos, los que así lo hacen.

Era cosa de ver la particular devocion de la gente de aquella tierra, porque no sólo henchian los caminos por donde pasaban, pero hincados de rodillas y echándoles mil bendiciones, derramaban muchas lágrimas. Llegados con este acompañamiento á la primera puerta del Burgo, vino Escipion Gonzaga, que poco después fué electo Patriarca de Jerusalen, con el cual se envió el duque á excusar de nuevo de no poder salir á recibirlos, como tenia determinado, por estar con un dolor de ijada. Comenzóse desde allí una salva de arcabuces, morteretes y tiros de artillería, que pasarian de ciento, acompañada del ruido que hacian por su parte los atambores y trompetas, y otros instrumentos de guerra, que sonaban desde los muros de la ciudad, que todos estaban llenos de soldados puestos en órden. Entrando dentro del primero baluarte, se dobló la artillería, y de esta manera llegaron á palacio. Llevólos el príncipe á sus aposentos, que estaban ricamente aderezados. Por la mañana, hallándose el duque con mejoría, fué luego á visitarlos, acompañado de su hijo y principales caballeros de su casa, hablándolos con tanta humanidad y cortesía, que parecia exceso en un príncipe como él era.

Tiene el duque dentro de su palacio una capilla que dice Santa Bárbara, y puede ser muy capaz iglesia, la cual está dotada con muy buena renta y clerecía, y adornada de ricos y costosos ornamentos, y sobre todo de muchas y muy notables reliquias, y para que se celebren los divinos Oficios, con la autoridad y decencia que conviene. Tenia el duque muy escogida música, y aun él era muy diestro en ella. Llevólos aquel dia á misa, que se dijo con grande solemnidad, y en ella comulgaron aquellos caballeros con tanta devocion, que muchos de los que se hallaron presentes derramaban hartas lágrimas.

Por la tarde tuvieron las vísperas con la misma solemnidad, y por remate de ellas se bautizó un judío que habia sido sacerdote en su ley, haciendo el príncipe oficio de padrino, el cual pidió á D. Mancio que le pusiese el nombre, porque les fuese memoria de su buena venida; y así le llamaron Miguel Mancio. Desde allí los llevó el príncipe por la ciudad enseñándoles algunos jardines y lugares de mucha recreacion, y pasaron al lago que rodea toda la ciudad, donde entraron en un hermoso bucentero, todo guarnecido de terciopelo carmesí, acompañados de otras muchas barcas y de la música de trompetas y otros diversos instrumentos.

A una hora de la noche se pusieron muchas luminarias sobre el palacio del duque y de la ciudad; les correspondieron con muy graciosas invenciones de fuego, que como iban acompañadas del ruido que hacian las trompetas, atambores y arcabuces que continuamente disparaban, hicieron una fiesta harto regocijada. El dia siguiente los llevó el príncipe por el mismo lago abajo á oir misa á una iglesia de Nuestra Señora, muy celebrada en aquella tierra por los continuos milagros que en ella se hacen y después pasaron á comer á un monasterio de los Padres de la Cartuja, que está en la ribera de aquel lago, donde tambien les tenian aparejada una pesquería, y para después de comer otra montería de jabalíes, que duró hasta la noche. Otro dia

por la mañana fueron á visitar un monasterio de San Benito (que es una muy grande y santa congregacion) recibiéronlos todos aquellos Padres en procesion, con particular consuelo y devocion suya, tañendo una campana, que sólo acostumbran hacerlo en la venida de algun rey.

No habia cosa en que aquellos príncipes, padre é hijo, pudiesen dar gusto y contento á aquellos señores, que no la procurasen con todo cuidado; y últimamente antes de su partida les presentó el príncipe un coselete guarnecido todo de oro, y dos arcabuces de rueda, con grande artificio, y dos espadas, que en cada puño de ellas estaba encerrado un arcabuz de rueda, con maravilloso ingenio, cuatro relojes de campana pequeños, para llevarlos al cuello, y una artillería pequeñísima de bronce, hecha de su propia mano. De parte del duque su padre, les presentó tambien cuatro relicarios de oro, muy ricos, llenos de grandes reliquias. No se hallaron aquellos señores con cosa que poder presentar á quien tanta merced y favor y tal acogimiento les habia hecho, y más por memoria suya que por vía de presente, ofrecieron al príncipe uno de sus vestidos y una espada, que él estimó en mucho.

Partieron de Mántua al quinto dia, y por mucho que hicieron no pudieron excusar que no saliese con ellos el príncipe con muchas carrozas hasta fuera de la ciudad, y desde allí envió muchos caballeros para que los acompañasen y regalasen por su tierra.

CAPÍTULO XXVI

Del recibimiento y fiesta que se hizo á estos señores en Milan.

Parece que nuestro Señor iba moviendo los corazones y voluntades de todos, para hacer cosas tan extraordinarias con gente extranjera y nunca vista, para que llevasen aquellos caballeros que contar en sus tierras de la grandeza y riqueza de los príncipes cristianos, y mucho más de su piedad, devocion y religion. No se mostró esto ménos en el estado de Milan que en las demás partes de Italia, por el particular órden que tenian para ello los ministros de la Majestad del rey D. Felipe.

Antes de llegar á Cremona, que es el primero lugar de aquel estado, el Cardenal San Frondato que se halló allí y habia estado en Roma á la eleccion de Sixto V y conoció aquellos señores, les envió luego ocho ó nueve carrozas con su gente para que los trajesen, acompañasen y regalasen; y en una casa de campo les hizo tener aparejada la comida para cuando llegasen allí. Caminando por la tarde hácia Cremona, una legua antes de la ciudad, les salió á recibir el Vicario del Cardenal acompañado de muchos caballeros, haciéndoles muchos ofrecimientos de parte del Cardenal su señor; poco despues llegó una compañía de caballos ligeros, y últimamente salió de la ciudad el magistrado con otro grande número de caballeros y gente que le acompañaba, el cual los llevó á la iglesia mayor, y desde allí á casa del Cardenal, que aunque muy falto de salud, bajó hasta fuera de su palacio á recibirlos, abrazándolos con mucho amor, y con el mismo los trató y regaló los dias que allí se detuvieron, comiendo siempre á su mesa y diciéndoles dos veces misa, una en la iglesia mayor y otra en su capilla, y comulgándolos de su mano, y antes de su partida, dió á cada uno una cruz de oro llena de muy preciosas reliquias.

El gobernador, que era D. Rafael Manrique y estaba ausente de Cremona, por haber ido á Plasencia á dar la posesion del castillo al Duque, como supo la venida de aquellos señores, vino luego por la posta, y en apeándose, los fué á visitar de parte de su Majestad, ofreciéndoles en su nombre con mucha liberalidad todo lo que tuviesen necesidad; y los dias que se detuvieron en aquella ciudad, él mismo los acompañaba y llevaba para que la viesen, unas veces á caballo y otras en coche con su guarda ordinaria de alemanes. Al mismo tiempo llegó un caballero que enviaba desde Milan el duque de Terranova, gobernador de todo aquel estado, para que de su parte los visitase y acompañase por el camino, y proveyese de lo que fuese menester. A la partida de Cremona salió el Cardenal con ellos hasta fuera de la ciudad, y el gobernador pasó una legua más adelante con la compañía de caballos ligeros, queriendo satisfacer con esto á su devocion y al deseo que tuvo de hallarse en Cremona cuando llegaron á ella estos caballeros.

Hicieron noche el dia que salieron de Cremona en Piciquiton, donde los recibieron con el mismo gusto y contento muchos hombres de armas con otras dos compañías de infantería, y los acompañaron hasta el palacio, que estaba muy bien aderezado. Con el mismo acompañamiento salieron por la mañana de aquel lugar y tomaron su camino para Lodi, que todo él es de grande recreacion, porque se riegan todos aquellos campos con muchas acequias de agua, y así parece un jardin. Salió de aquella ciudad el gobernador con 15 carrozas y muchos caballos li-

geros, y les hicieron un muy honrado recibimiento, llevándolos al palacio y regalándolos todo lo posible. Detuviéronse en Lodi dos dias, porque el duque de Terranova, que estaba ausente de Milan, habia avisado que deseaba hallarse en su entrada, y así partieron para Milan á los 25 de Julio, dia de Santiago, acompañándolos parte del camino el gobernador de Lodi y otros caballeros.

Antes de llegar á Milan salió un caballero principal acompañado de otros muchos, dándoles el parabien de su venida de parte de aquella ciudad; poco después salió otro de parte del Arzobispo Mons. Visconti, que el dia antes habia tomado la posesion del arzobispado y les envió á ofrecer su casa y todo lo que fuese menester. Estándoles dando este recaudo, llegó D. Blasco de Aragon, sobrino del duque, con las guardas de caballos ligeros y arcabuceros á caballo, todos con armas muy lustrosas y una rica librea. Traian de parte del duque cuatro muy hermosos caballos con gualdrapas de terciopelo y guarniciones de oro, en los cuales subieron aquellos señores, porque era tanto el deseo que tenian de verlos, que estaban todos los caminos llenos de gente.

Estábalos aguardando el duque acompañado de sus dos hijos y del marqués de Abola, su nieto, y del Senado y Magistrado, con más de otros 500 caballeros puestos por su órden, los cuales iban saludándolos con mucha cortesía como iban pasando, hasta llegar donde estaba el duque con toda la guarda de alabarderos, y después de hechos de una parte y de otra los debidos comedimientos, tomó el duque á don Mancio á su mano derecha, y el Visitador del rey á D. Miguel, y el gran Canciller á D. Martin, y el Presidente del Senado á D. Julian, y con este tan ilustre acompañamiento los llevaron al colegio de la Compañía, donde el duque habia mandado aparejarles ricamente los aposentos, por entender cuánto más gustaban de posar allí que en otra parte.

El dia siguiente comenzaron las visitas, que fueron muchas y de personas muy principales, como las hay en aquella ciudad. Entre ellos fueron el Obispo de Novara y el de Tortona, y después el Arzobispo y D. Sancho de Padilla y Guevara, castellano del castillo de Milan, y por la tarde un hijo del duque, y el marqués de Abola, su nieto; el dia siguiente el embajador de Baviera y el embajador de Venecia y muchos caballeros de Ferrara y D. Blasco de Aragon, sobrino del duque.

El Arzobispo no contento con la primera visita, los convidó para el domingo siguiente á su misa, que era la primera que decia de Pontifical en aquel arzobispado, y en ella los comulgó de su mano y después los llevó á comer consigo. No fué menor el amor y aficion que el duque les mostró los dias que allí estuvieron, porque no sólo los visitó un dia en su posada y otro les hizo un convite real en su palacio, pero siempre que les daba gusto salir á alguna parte, enviaba su mismo hijo que los acompañase con sus carrozas y guarda de suizos. Y antes de su partida presentó á cada uno de estos señores una espada y una daga doradas, con su pretina y talabarte guarnecido de oro, que no sólo eran piezas hermosas y vistosas, sino de mucho precio. Tambien los de la ciudad quisieron por su parte mostrar á aquellos caballeros toda buena voluntad y amor, enseñándoles las cosas notables que hay en Milan, como son iglesias, monasterios, reliquias y los diversos artificios de paños, sedas, armas y de labores de oro y plata, porque de todo hay muy grande abundancia en aquella ciudad, procurando cada oficial hacer la muestra más graciosa que podia sacar de su tienda y de las cosas ricas que tenia en ella. De manera que adonde quiera que se volvian los ojos, parecia una hermosa y vistosa feria, en la cual sin las muchas obras y mercancías preciosas que habia por aquellas tiendas, eran tantas las telas y piezas enteras de oro y brocado finísimo, que estaban colgadas de las ventanas y llegaban hasta el suelo, que ponian admiracion y eran de grande gusto y recreacion á cuantos andaban por las calles.

CAPÍTULO XXVII

De la fiesta que se hizo á aquellos señores en el castillo de Milan, y lo que más pasaron hasta llegar á Génova.

No sólo se hizo este buen acogimiento y fiesta que hemos dicho en la ciudad á aquellos caballeros, sino que tambien los regaló muy en particular el dicho D. Sancho de Padilla en el castillo, que así por el número de gente que hay dentro y diversidad de oficios y abundancia de todas las cosas, se puede decir que parece una ciudad. Habíalos convidado este caballero para que viesen aquella fortaleza, y cuando supo que venian, salió á recibirlos con la guarda de sus alabarderos hasta el principio de la plaza, donde llega su jurisdiccion, y volviendo desde allí con ellos, les hizo una salva de casi 500 tiros de artillería y otras 50 piezas gruesas que hacian tem-

blar la tierra. Entrando en el castillo los fueron tambien saludando con sus arcabuces todos los soldados, que por ser tantos y puestos con tan buen órden, parecian un muy lucido ejército. Lleváronlos á la capilla, donde se les dijo misa con mucha solemnidad y muy buena música; la comida fué tan regalada y cumplida como todo lo demás. Trayendo los soldados conforme á su costumbre, todas las llaves del castillo á D. Sancho, mandó que se las diesen á D. Mancio, haciéndole esta particular honra, mas por no quedar corto D. Mancio á tan cumplido y honrado comedimiento, después de haber dado las gracias por aquel favor, dijo que dándole á él las llaves Su Señoría, no perdian un punto de lo que le pertenecia por razon de su oficio, porque era señor de aquel á quien las daba.

Acabada la comida, fueron á ver el castillo y cosas particulares que hay en él, donde entre otras cosas vieron con mucha admiracion 400 piezas de artillería muy gruesas y el artificio con que se hacian y derretia el metal, y quedaron grandemente contentos de haber visto un lugar tan fuerte y tan bien pertrechado.

Llególes á este tiempo aviso de Génova cómo estaban á punto las galeras que habian de partir á España, y á esta causa hubieron de abreviar su partida más de lo que pensaban. Despidiéronse del duque y de las demás personas á quien tenian obligacion, y partieron de Milan hácia Pavía, acompañándolos buen rato los hijos del duque y el marqués su sobrino, con buen número de suizos arcabuceros y caballos ligeros. Antes de llegar á Pavía los salieron á recibir el Obispo, que pocos meses después le hicieron Cardenal, acompañado del potestad, que era senador de Milan y hermano del Arzobispo, con otra mucha gente de á caballo, saludándolos á la entrada con salva de arcabuces y mucha artillería. Llevólos el Obispo á su casa, donde los tuvo y regaló aquel dia, y el siguiente los acompañó una legua con seis carrozas.

Este dia llegaron á Voquera, lugar del estado de Milan. Aquí los enviaron á convidar las duquesas de Lorena y Branzuyque, madre é hija, para Tortona, donde ellas residian, con grande deseo de verlos, y entrambas los recibieron con grande honra y cortesía, y desde allí los proveyeron con mucha liberalidad de caballos y carrozas hasta Nove, que es el primero lugar de la república de Génova, la cual por su devocion y habérselo escrito en particular Su Santidad, comenzó á hacer el oficio desde allí muy cumplidamente, porque á Nove enviaron dos caballeros principales que en nombre de toda la Señoría los recibiesen y regalasen por todos los lugares de su estado, como lo hicieron en Nove, y en Gacu y en Otagio, por donde pasaron, saliéndoles á recibir dos y tres escuadrones de soldados con sus banderas tendidas en ordenanza, y haciendo su salva á la entrada de los lugares como en las demás partes.

Una legua ántes de llegar á Génova salieron cuatro senadores con otros muchos caballeros que traian de parte de la Señoría cuatro hermosísimos caballos con guarniciones de oro. Antes de llegar á la puerta tuvieron otro recibimiento de cuatro procuradores de aquella ciudad y de algunas otras personas que tenian en ella cargos principales, que todos traian sus vestiduras largas conforme á la costumbre de aquella república en semejantes cosas públicas. Lleváronlos á donde la Señoría tenia aderezados los aposentos con ricos damascos y brocados; y si la brevedad de la partida de aquellos señores no les atajara su buen deseo, tenian determinado de hacerles muy particulares fiestas y regocijos; pero no fué posible detenerse allí más que solos dos dias, por la partida de las galeras. En estos fueron visitados de toda la gente principal de aquella ciudad, y ellos visitaron tambien al serenísimo duque, acompañándolos para esto desde su posada muchos senadores y saliendo otros muchos á la puerta del palacio á recibirlos, haciéndoles la salva á la entrada 200 tudescos que allí están siempre de guarda; y aunque el duque estaba indispuesto, salió á recibirlos en una sala con toda su majestad y autoridad, mostrándoles mucho amor y haciéndoles ofrecimientos; y á la despedida los acompañó hasta la escalera, yendo con ellos siempre los demás senadores hasta que subieron á caballo.

Antes de su partida les envió á visitar la Señoría con un buen presente de diversas carnes muertas y vivas, y otras cosas aderezadas, y con fitura con otra mucha provision para su viaje y navegacion. Poco después llegó Juanetin Spínola, sobrino del príncipe de Oria, de parte de Su Excelencia, que en su lugar era general de las 19 galeras, el cual se les ofreció mucho para servirlos en aquel camino, señalándoles para su pasaje una capitana bien armada, y diciendo que allí estaban las demás si fuesen necesarias. Finalmente, acompañados de cuatro senadores y otros muchos caballeros, se fueron á embarcar á los 8 de Agosto, recibiéndolos la galera con trompetas y alguna artillería; y la mañana siguiente, á los 9 de Agosto, comenzaron á navegar la vuelta de España, dejando en toda Italia una particular memoria y estima de su virtud y modestia y mucha discrecion.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo llegaron aquellos señores á España y visitaron á su Majestad en Monzon, y de allí pasaron á Zaragoza y á Daroca.

Navegaron aquellos señores desde Génova con próspero viento, y así llegaron á Barcelona á los 17 de Agosto. Fuéles necesario detenerse así un mes en esta ciudad, porque D. Julian cayó enfermo, por esperar su convalecencia. En este tiempo les hizo la ciudad mucha honra y regalo y no ménos la iglesia, saliéndolos á recibir toda la clerecía hasta la puerta con grande solemnidad, y mostrándoles todas las reliquias que allí hay. Estando ya D. Julian para ponerse en camino, antes de ir á Monzon donde su Majestad estaba en las cortes, quisieron visitar la casa de Nuestra Señora de Monserrate, tan venerada en toda Europa con tanta razon. Recibiéronlos en aquel convento con grande gusto y particular devocion todos aquellos Padres religiosos que allí residian, saliendo hasta la puerta en un claustro que está antes de la misma iglesia. Comulgaron en esta santa casa, y luego la vieron toda, y tambien subieron á visitar aquellos santos ermitaños que viven apartados en las ermitas de aquel monte, ocupándose en la vida contemplativa. El dia tercero, cuando se partian, dió el Prior de aquel convento á cada uno de aquellos señores un libro del orígen y milagros de aquella santa casa con algunas velas benditas, que son tenidas en mucha veneracion, y ellos las estimaron como era razon.

Partidos de Monserrate llegaron por sus jornadas á Monzon, donde estaba su Majestad, el cual los recibió con su acostumbrada benignidad, dándoles audiencia tan grata como se la habia dado la primera vez en Madrid, estando presentes el príncipe y la infanta sus hijos, mostrándoles con obras y palabras mucho amor y mandándoles proveer con grande liberalidad de todo lo necesario los dias que allí se detuvieron, y para lo restante del camino.

De Monzon partieron para Zaragoza, donde se detuvieron solos tres dias, y aunque por estar la mayor parte de la gente principal de aquella ciudad en las cortes no se les pudo hacer el recibimiento y fiesta que en otras partes, en los dias que allí estuvieron los fueron á visitar los del gobierno de la ciudad y la gente principal que habia quedado en ella, y los regalaron con grande magnificencia, y cuando hubieron de salir á la iglesia mayor y Catedral, los acompañaron con muchos coches. En la puerta los recibieron el Prior, que era electo Obispo de Tarazona, el Dr. Pedro Cerbuna y fundador de la Universidad de Zaragoza, con los demás canónigos, y les enseñaron la capilla y sacristía, y muchas reliquias y cosas notables que allí hay. Desde la iglesia Catedral pasaron á visitar la de Nuestra Señora del Pilar, tocando las campanas en entrambas iglesias, como se suele hacer en las mayores solemnidades. Recibiéronlos en esta iglesia el Prior y Canónigos con mucha música de voces, órganos y menestriles, que nunca cesaron mientras estuvieron aquellos señores dentro. En la capilla mayor adoraron la cabeza de la gloriosa Santa Ana y la de San Braulio con otras muchas reliquias, y últimamente llegaron á la capilla angelical tan celebrada en todo el mundo, por ser la primera que se consagró á la benditísima Vírgen y fué edificada por el Apóstol Santiago, quedando para perpétua memoria la imágen que hoy dia se ve sobre un pilar de jaspe, donde fué puesta por mano de los ángeles. Arrodillados delante de ella aquellos caballeros, hicieron oracion con grande consuelo de sus almas, y entre tanto se les cantó con muy buena música un motete, cuya letra era: *Reges Tharsis, et insulae munera offerent*, etc.

El dia siguiente visitaron la iglesia de Santa Engracia y el convento de los Padres de San Jerónimo, donde ella está, cuya majestad y grandeza muestra bien la de sus fundadores, que fueron los Católicos Reyes D. Fernando y doña Isabel. Aquí les mostraron la cabeza de esta santa vírgen y mártir, la cual tiene en la parte anterior el agujero de un clavo que le atravesaron cuando fué martirizada, y en el clavo se echaba de ver el color de la sangre con que fué bañado. Otras muchas reliquias visitaron en los pocos dias que estuvieron en Zaragoza, y viendo los de la ciudad la devocion y deseo que aquellos señores mostraban de llevar algunas para su tierra, les dieron con mucha liberalidad una buena parte. El dia antes de su partida los estudiantes de las escuelas que allí tiene la Compañía para mostrar el contento de su venida, les hicieron un diálogo, en el cual uno representaba á Japon, y otro á España, y otro á Italia, en tres lenguas diferentes, latina, griega y española, todo á propósito de su venida y embajada.

Desde Zaragoza tomaron su camino para Daroca por visitar aquellos santos corporales y ver con sus ojos, un milagro tan señalado, cuya vista causó en sus almas una nueva devocion y reverencia á este santísimo Sacramento. Tambien les mostraron allí la estátua de un mozo que habiendo jurado falsamente por aquellos santos corporales, se transformó en mármol en castigo suyo y para escarmiento de otros.

CAPÍTULO XXIX

Del camino que hicieron aquellos señores desde Aragon hasta Lisboa.

No será necesario detenernos mucho en contar muy en particular los recibimientos que se hicieron á aquellos señores en España á la vuelta, porque de lo que se dijo en su venida se podrá entender fácilmente cómo serian recibidos, siendo ya de vuelta especialmente, con el ejemplo de lo que habia pasado en Roma y en toda Italia. Llegados á Alcalá, por ser el camino derecho para Madrid los salieron á recibir Ascanio Colona, que después fué electo Cardenal, y el hijo del almirante de Castilla, con mucha gente de á caballo, y por la mucha instancia que les hicieron se detuvieron allí cuatro dias. Un dia de estos los hizo en su casa un solemne convite Ascanio Colona, y por la tarde los entretuvo con una buena representacion, y antes de su partida les presentó un rico clavicímbalo guarnecido con una madre de perlas, el cual habia hecho traer de Roma, y era de mucho precio.

De Alcalá pasaron á Madrid, á donde visitaron de nuevo á la emperatriz, y su Majestad los recibió con el amor y gusto que la primera vez. Tambien visitaron aquellos dias al Cardenal de Toledo D. Gaspar de Quiroga. Salidos de Madrid pasaron por Oropesa, aunque de prisa, porque iban con deseo de llegar á Portugal, para aprestar su camino á la India. Regalólos el el conde con grande magnificencia, y quisiera detenerlos más, para poderlo hacer conforme á su grande piedad y liberalidad.

Salidos de Oropesa, á pocas jornadas entraron en Portugal, no pudieron dejar de visitar al duque de Braganza y á la señora doña Catalina su madre, por reconocer la voluntad y amor que habian hallado en aquellos príncipes y en toda su casa á la venida, y haberles pedido que fuese por allí su vuelta, en la cual los regalaron con cazas y otros entretenimientos, y ellos partieron muy agradecidos y reconocidos de la merced que se les habia hecho entrambas veces.

De Villaviciosa tomaron el camino para la ciudad de Evora, á donde los salió á recibir el gobernador con 200 personas de á caballo, sin otra infinita gente de á pié. Estábalos esperando el Arzobispo D. Teutonio en la iglesia de la Compañía con la mayor parte de su clerecía. Salió á recibirlos hasta la puerta con su cruz delante y buena música, cantando *Te-Deum laudamus* en hacimiento de gracias de haberlos nuestro Señor llevado y traido de Roma con tan próspero viaje. En diez ó doce dias que se detuvieron en aquella ciudad les hizo el Arzobispo muy particulares favores y regalos, y á la partida les presentó algunas cosas de mucho precio y valor. Tambien se les hizo en el colegio y escuelas que allí tiene la Compañía otro recibimiento con una oracion muy elegante y dos representaciones á propósito de su venida, y como iban visitando las clases les hacian en cada una su particular fiesta, concluyéndola con una égloga pastoril.

De Evora continuando su camino llegaron á Lisboa, pasándolos en una galera que les envió el Cardenal de Austria y gobernador de aquel reino. El dia siguiente yendo aquellos señores á visitar á Su Alteza, les dió audiencia muy grata alegrándose de su próspero viaje y tratándoles siempre con mucha honra. Visitaron despues las escuelas de la Compañía, que para este efecto estaban de propósito aderezadas y muy bien compuestas; recibiólos cada clase con una particular representacion á propósito de su embajada, como lo habian hecho en Evora.

Habíanse de detener aquellos caballeros allí algun tiempo entre tanto que se ponian á punto las cosas necesarias para su navegacion, y á esta causa les pareció visitar la Universidad de Coimbra. Saliéronlos á recibir hasta fuera de la ciudad el Obispo y todo el Ayuntamiento, y con grande concurso de gente los acompañaron hasta el colegio de la Compañía, donde habian de posar. En veinte dias que estuvieron en Coimbra se les hicieron diversas fiestas dentro y fuera de las escuelas con diversas oraciones y representaciones y una hermosa tragedia, á la cual se hallaron con estos señores el Obispo y otras muchas personas principales de aquella ciudad.

Volviendo de Coimbra para Lisboa pasaron por dos monasterios muy principales, el uno se dice la Batalla, que es el nombre de la misma tierra, y el otro Alcobaza, á donde el Abad con todos sus súbditos y religiosos salió á recibirlos á la puerta de la iglesia en hábito pontifical, con pastoral y mitra y con las reliquias de aquella casa. De allí pasaron á Nuestra Señora de Nazaret, casa de muy antigua veneracion y santidad; al fin, llegados á Lisboa se aparejaron para el largo viaje que les quedaba, porque se acercaba el tiempo de la partida.

La Majestad católica del rey Felipe II, como siempre habia hecho merced y favor á aquellos señores, quiso hacerla de nuevo en aquella ocasion, porque no sólo recibió en su servicio algunos de su familia que se quedaban en Portugal, dándoles buenas ayudas de costa, pero para ellos mismos mandó hacer vestidos de riquísi-

mo brocado que llevasen á sus tierras y toda la costa hasta la India, y que les diesen el mejor y más fuerte navío de los que iban para allá, y fuera de la provision y matalotaje tan abundante que para su viaje se les proveyó, mandó su Majestad se les diesen otros 4.000 escudos para los casos extraordinarios que podian suceder, y para que su magnificencia y liberalidad acompañada de su grande piedad en todo fuese cumplida, envió órden á la India para que desde allí los llevasen al Japon.

CAPÍTULO XXX

Del viaje que hicieron aquellos señores desde Portugal á la India, y cómo llegaron á Goa.

Entre las cosas que llevaban muy á su cargo aquellos señores para tratar en Roma con el P. General de la Compañía, era pedirle algunos Padres y Hermanos para Japon, y así les concedió 17 religiosos que llevasen en su compañía. Partieron todos de Lisboa á los últimos de Marzo de 1586, mas después de haber navegado un dia fué tan recio el temporal que les dió, que hubieron de volver á Lisboa, donde se detuvieron hasta los 10 de Abril del mismo año, que entónces tornaron á proseguir su viaje con buen tiempo, que les duró algunos dias; pero como en tan larga navegacion es cosa ordinaria mudarse los tiempos y vientos, así los tuvieron aquellos señores y su nave harto contrarios, de manera que les fué necesario quedar el invierno de aquel año en Mozambique, sin poder salir de allí hasta el mes de Abril de 87. Entre otros peligros que tuvieron en este camino, y el mayor de todos fué, que hallándose la nao en que iban con solas cinco brazas de agua, la combatia un viento tan impetuoso que cortó todas las maromas, y quedó sustentándose con sola una áncora, y con esta la conservó nuestro Señor por su misericordia, porque á romperse aquélla con las demás, se abriera la nao y se hiciera mil pedazos en aquel bajío.

Caminando otra vez el navío con todas las velas, fué el viento tan recio, que dió con las velas y entena en el mar, y revolvió el navío de manera que hasta la mitad de la cubierta quedó debajo del agua, y acabárase de hundir sino cortaran con grande diligencia todas las cuerdas en que estaban asidas las velas. Con estos y otros peligros menores fué nuestro Señor servido que llegasen á Goa á 29 de Mayo de 87 y con salud, aunque de los compañeros que llevaban murieron en este viaje dos Padres, el uno se decia Anibal de Arnati y el otro Lopez Gil.

No se puede decir el contento que recibió con su buena venida el P. Alejandro Valiñano, Provincial, que estaba con perpétuo cuidado de su salud, por haberlos él sacado de su tierra y habérselos encomendado sus deudos y parientes, temiendo no les sucediese alguna desgracia en tan larga y peligrosa navegacion, y por dar buena cuenta de ellos, habiendo de ir á visitar á los Padres que estaban en el Japon y á consolarlos en los muchos trabajos que por este tiempo padecian, como en su lugar diremos, los detuvo allí hasta el mes de Abril del año de 1588, para llevarlos en su compañía, como los habia traido; no fué menor el contento que mostró con su venida el virey y toda aquella ciudad de Goa, y conforme al órden que tuvo de su Majestad, al tiempo de su partida les proveyó con mucha liberalidad de todo lo necesario hasta Japon.

Tuvieron para aquel camino una buena comodidad, porque iba entónces á Japon el capitan Arias Gonzalez de Miranda, el cual les ofreció en su nave, que era muy grande y fuerte, los mejores aposentos de ella, no sólo para aquellos señores, sino para todos los que iban en su compañía, y así partieron todos de Goa á los primeros de Abril del año de 1588. El fin que tuvo este viaje diremos en su lugar, porque ha mucho que cortamos el hilo que llevábamos de las cosas del Japon, el cual tornaremos á continuar desde el punto donde le dejamos en el libro décimo siguiente, rematando este nono con solas dos cosas que me quedan por decir tocantes al viaje de aquellos señores.

CAPÍTULO XXXI

De la grande satisfaccion y estima que llevaban aquellos señores de las cosas de Europa y la mucha que ellos tambien dejaron de su virtud, modestia y discrecion.

Bien pareció haber sido particular ordenacion del cielo el deseo que nuestro Señor puso en todos los príncipes y señores de Europa, así eclesiásticos como seglares, de honrar y regalar con tantas veras á estos embajadores que venian de tierras tan remotas á dar la obediencia y debido reconocimiento á la Sede Apostólica, para que viendo por sus ojos lo que allá lés habian dicho de la cristiandad y religion de Europa, quedasen ellos más confirmados en la fe y pudiesen dar cierta y verdadera relacion de lo mismo á sus naturales y á los reyes, en cuyo nombre habian venido, y por esta vía se tuviese en aquellas partes la estima que era razon de la verdad y excelencia de nuestra santa fe y religion, porque aunque aquellos señores parecian niños en la edad, en su juicio y discrecion eran

muy hombres y notaban con particular advertencia todo lo que veian y lo que con ellos se hacia, y aun se sabe que lo escribian todo muy por menudo para referirlo después con más certidumbre y fidelidad, y así fué muy grande el concepto que llevaban de la majestad, grandeza y riqueza de Europa, de la mucha benignidad y cortesía, y grande amor que hallaron en todos los príncipes y señores cristianos, y particularmente en los dos Sumos Pontífices, Gregorio y Sixto, cuyos favores y beneficios para con sus personas y patrias, estimaban en tanto, que solian decir les faltaban palabras para declarar el afecto de agradecimiento y reconocimiento que sentian en sus corazones, deseando ya llegar á sus tierras para decir lo mucho que habian visto y cuanto más era de lo que allí les habia dicho, y así es de confiar de la divina bondad y misericordia del Señor, que lo que hicieron estos dos santos Pontífices y la majestad del rey Felipe y los demás príncipes y señores y repúblicas de Europa, movidos con tanto celo de religion, honrando y regalando aquellos caballeros, en su tiempo ha de ser de tanto fruto y gloria de la divina Majestad y aumento de nuestra santa religion, que se eche de ver entónces cuánto servicio hicieron en esto á nuestro Señor y cuán bien empleada fué su liberalidad y largueza.

Pero así como ellos iban tan edificados y con tanta satisfaccion de lo que en España, Italia y Portugal habian visto, no fué menor la que ellos dejaron en todas partes de su virtud, modestia y discrecion, lo cual echó muy bien de ver Su Santidad en Roma y los Cardenales de aquel sacro Consistorio, testificándolo con palabras muy graves, y lo mismo decian los demás príncipes y señores que los trataban, y cierto quien con alguna advertencia mirara su modo de vida, le causara harta confusion, porque siendo niños tan nobles y delicados, más parecian religiosos que hombres seglares.

Tenian su vida tan concertada, que ni por causa del camino ni otras ocupaciones que se recreciesen, quebraban su órden y modo de proceder. Por la mañana tenian siempre su oracion, y á la noche antes de acostar examinaban su conciencia, oian cada dia misa con grande reverencia y atencion; confesábanse cada ocho dias y algunas veces entre semana, y comulgaban cada domingo, si al confesor que consigo traian no le parecia otra cosa, y esto sin otras devociones particulares que tenian de rezar el rosario de nuestra Señora y cosas semejantes.

No dejaré de decir en confirmacion de esto, dos ó tres cosas que yo advertí en aquellos señores en los dias que estuvieron en Belmonte á la ida de Roma, por ser de tanta edificacion.

La primera fué, que pidiéndoles otro dia como llegaron, que saliesen en público á oir misa, porque tenian todos mucho deseo de verlos, respondieron que los perdonasen, porque en la misa no se sufria estar haciendo cumplimientos con nadie, estando delante de nuestro Señor, y era forzoso hacerlos si salian en público ó que los tuviesen por descomedidos; y que por esto gustarian de oir misa con quietud y sosiego, y después darian audiencia á cuantos quisiesen, y así lo hicieron.

La segunda, que estando hablando con ellos en su aposento aquella misma mañana, entró un paje suyo avisándoles que estaba el almuerzo á punto en una sala. Respondió el D. Mancio en nombre de los demás, que no tenian necesidad de almorzar. Dijo entónces el paje, que el P. Mezquita, que traia cuidado de ellos, habia dicho que lo hiciesen. En oyendo esto, se levantaron todos cuatro con tanta puntualidad y reverencia, como lo pudieran tener unos muy perfectos religiosos á su Superior.

La tercera fué, que la noche antes de su partida, les hicieron los estudiantes de aquellas escuelas un diálogo á propósito de su venida, que duró casi dos horas, y á esta causa cenaron un poco tarde y se recogieron á sus aposentos á más de las once de la noche, y con ser niños y que habian de partir por la mañana, entrándolos á visitar buen rato después de haberse recogido, hallé á cada uno al pié de su cama hincado de rodillas y puestas sus manos. Preguntéles, que cómo no se acostaban siendo ya tan tarde, y respondiéronme que en acabando de hacer el exámen de su conciencia, lo harian. Eran todas estas cosas buenos testimonios y claros indicios de la reverencia que tenian estos niños á nuestro Señor y obediencia á los que les enseñaban su santa ley y de la pureza de sus almas y grande cuenta con sus conciencias, que todo es muy conforme á lo que hemos visto en esta historia de los cristianos de aquella tierra y veremos adelante en lo que falta de ello.

CAPÍTULO XXXII

Cómo fué electo por Obispo del Japon el P. Sebastian de Morales, de la Compañía de Jesus, y por su muerte los PP. Dr. Pedro Martinez y el Dr. Luis de Cerquera.

Otra de las cosas principales que trataron aquellos señores con Su Santidad en Roma, y después con su Majestad en Monzon, á la vuel-

ta de Italia, fué suplicarles proveyesen aquellos reinos del Japon de algun Obispo y Pastor de aquella cristiandad, á quien todos reconociesen por su Prelado y pudiese administrarles el Sacramento de la Confirmacion, de que habian carecido tantos años y tenian tanta necesidad para resistir á los continuos trabajos, encuentros y persecuciones que tenian de los gentiles, entre quien vivian, y no era menor la que habia de quien pudiese dar las sagradas órdenes, no sólo á los de la Compañía que residian en aquellas partes y venian de la India sin ellas, sino tambien á muchos naturales del Japon que se criaban en los seminarios y escuelas de la Compañía, con muestras de grande virtud y habilidad para las letras.

Pareció esta peticion muy justa á Su Santidad y al rey Felipe II, y poniendo su Majestad los ojos en la persona que habia de hacer este oficio, entendiendo que de ello se serviria nuestro Señor, nombró por Obispo del Japon el año de 1587 al P. Sebastian de Morales, de la Compañía de Jesus, y Su Santidad le confirmó por tal, concediéndole las gracias y facultades que le parecia ser convenientes para aquella cristiandad. Era este Padre natural de la isla de la Madera y de la ciudad de Funchal, metrópoli de aquella isla, muy grande siervo de Dios y de grande ejemplo en la religion, y habia cinco ó seis años que hacia oficio de Provincial en Portugal, cuando fué electo por Obispo. Consagróse en Lisboa y partió para la India el mismo año de 87, llevando en su compañía otro Padre y dos Hermanos. En el discurso de aquella navegacion, comenzaron á enfermar muchos de modorra, especialmente en la nave, en que iba el Obispo y sus compañeros, y entre los que primero murieron fué el P. Antonio Rodriguez y el H. Antonio Luis, compañeros del Padre Obispo, del grande trabajo que pasaban con los enfermos, confesándolos y curándolos. El P. Sebastian Morales, por hacer oficio de Padre y Pastor desde luego y mostrar cuán de veras iba ofrecido á trabajar en Japon, comenzó tambien por su parte á acudir á las necesidades de los enfermos, no sólo confesándolos, sino sirviéndolos por su propia persona y regalándolos como podia, hasta que con el continuo trabajo que pasó en estos ejercicios de piedad y caridad, vino tambien á enfermar gravemente, y llegado á Mozambique, murió de la enfermedad que habian muerto sus compañeros.

Por la muerte del P. Sebastian de Morales fué necesario proveer otro nuevo Pastor y Obispo á los cristianos del Japon, y así fué electo el año de 1591 el P. Dr. Pedro Martinez, que estaba en la India con el cargo de Provincial, y Su Santidad le confirmó en el oficio de Obispo con las mismas gracias y privilegios que á su antecesor, y por ser tanta la distancia que hay del Japon á Europa y no quedasen aquellas ovejas sin Pastor en caso que muriese el P. Dr. Pedro Martinez, fué electo por su Coadjutor y futuro sucesor el P. Dr. Luis de Cerquera, y en entrambos Padres concurrian las partes necesarias para aquel oficio con grande satisfaccion de todos, porque el P. Dr. Pedro Martinez, natural de Coimbra, habia leido Artes y Teología, y fuera de sus muchas letras era grande el talento que tenia en el púlpito, acompañado de mucha virtud y religion, y así le llevó por su predicador el rey D. Sebastian cuando pasó en Africa, donde estuvo cautivo, y despues de rescatado yendo á la India el año de 85, se perdió la nave en que él y sus compañeros iban, y murieron los cuatro de ellos en tierra de los cafres, y él con sólo un compañero llegó á la India donde hacia oficio de Provincial cuando fué elegido Obispo del Japon.

El P. Dr. Luis de Cerquera, natural de Albito, villa de Alentejo, tambien era hombre de mucha virtud y religion y muy docto, y habia leido Artes y leia Teología en la Universidad de Evora cuando le eligieron en esta dignidad, y en su lugar diremos cuándo llegaron entrambos al Japon y el oficio que hicieron.

LIBRO DÉCIMO

DEL PROGRESO DE LA CRISTIANDAD EN JAPON DESDE LA MUERTE DE NOBUNANGA Y EN TIEMPO DE CAMBACUDONO, QUE LE SUCEDIÓ EN LA MONARQUÍA, HASTA LA MUERTE DE LOS DOS REYES DON FRANCISCO DE BUNGO Y DON BARTOLOMÉ DE OMURA

CAPÍTULO PRIMERO

De la soberbia de Nobunanga, que llegó á querer ser tenido y adorado por Dios.

Habemos ya concluido con el viaje que hicieron los embajadores á Roma, contando las cosas particulares de su ida y vuelta hasta dejarlos en Goa, y por no cortar el hilo de esta embajada, fué necesario interrumpir el discurso que llevábamos de las cosas del Japon, y será justo tornarle á continuar desde el mes de Febrero de 1582, donde se remató el lib. VIII.

Quien quisiere echar de ver los altísimos consejos de Dios, y sus secretos y espantosos juicios, y lo que es un hombre favorecido y ayudado con la gracia y luz del cielo, y lo que es siendo privado y desamparado de ella, junte el principio del lib. IX con este principio del X y verá un vivo retrato y dibujo de todo. Porque al mismo tiempo que aquellos niños tiernos, y delicados y de sangre real, guiados de la estrella de la fe que alumbró sus almas por medio del santo Bautismo, se partieron con tanto celo y devocion, para dar la obediencia al Sumo Pontífice y Vicario de Cristo en la tierra y echarse á sus piés, sin reparar en los peligros de tan larga y peligrosa navegacion, á ese mismo tiempo estaba Nobunanga tratando de levantar su estátua en su nueva ciudad de Anzuquiama, para ser adorado en ella por Dios.

Porque desvanecido con el buen suceso de tantas victorias, no se contentó con verse temido y sumamente venerado de los reyes y señores del Japon, sino que llegó su soberbia á desear y procurar que le adorasen con el mismo culto y adoracion que á sus ídolos. Para que se vea la fuerza que tiene el afecto desordenado de la propia excelencia, cuando se apodera de un corazon, y el abismo de ceguedad en que despeña á un hombre, como se vió en este monarca y emperador, que siendo de buen entendimiento y que muchas veces habia oido las cosas de la ley de Dios, y hecho buen concepto de ellas, vino á dar en esta locura y desvarío, para que se cumpliese en él á la letra lo que dice San Pablo de los tales que conociendo á Dios, porque no le quieren adorar y servir como deben, por justo juicio y castigo suyo, vienen á dar en el sentido réprobo y contrario á toda buena razon divina y humana. Que así le aconteció á este miserable hombre á quien Dios habia levantado de solo el reino de Boari á hacerle monarca y emperador del Japon y señor de 30 reinos, y dado claro conocimiento de la falsedad y mentira de los ídolos y sectas del Japon, y grande estima de su ley y gusto de oirla; mas ciego con el amor desordenado de la honra vana, atropelló con toda esta luz y conocimiento que Dios le habia dado de sí, y siendo por esto justamente desamparado de su gracia, vino á caer en este abismo de maldad y á dar en esta soberbia de Lucifer, pretendiendo ser adorado en la tierra como otro Nabucodonosor.

Para poner en ejecucion este su maldito y abominable deseo, mandó hacer un templo muy

suntuoso y magnífico en su nueva ciudad de Anzuquiama, en un monte muy gracioso que estaba en frente de sus palacios y fortaleza, y aunque él despreciaba todos los ídolos y los tenia por cosa de burla, para mayor veneracion de este su templo y salir mejor con lo que deseaba, hizo poner en él todos los ídolos que en aquellos reinos eran más venerados y adonde habia más romerías, para atraer con esto la gente. Y en el lugar más alto del mismo templo y sobre el que tenian todos los ídolos, hizo una nueva capilla muy rica y aventajada á todo el otro edificio, en la cual puso cierta piedra con sus figuras, que segun el uso y costumbre de sus idolatrías, era lo mismo que poner la estátua de Nobunanga. Acabada esta obra, mandó que nadie adorase á otro ídolo de cuantos habia en aquel templo sino al que estaba dentro de la capilla, porque él era el ídolo que habian de adorar, y el señor del universo y autor de la naturaleza, que estas y otras locuras semejantes le decian sus criados por ganarle la voluntad, entendiendo que gustaba de oirlas, que este es el oficio propio de los lisonjeros, andar mirando el gusto de los señores con quien tratan, para hablarles siempre al sabor de su paladar.

CAPÍTULO II

Cómo Nobunanga mandó publicar en todos sus reinos la romería de su templo, y las señales que precedieron á su muerte.

Acabado el templo, y pasando Nobunanga adelante con su diabólico intento, mandó pregonar públicamente en todos sus reinos, que para el dia de su nacimiento, que era á los últimos de Febrero, y era esto en el año de 1582, todos acudiesen á la ciudad de Anzuquiama, para adorar en su templo el Jantai, que era la figura ó estátua suya, que estaba en la capilla. Y para que se vea su soberbia y cuán de veras habia vuelto las espaldas á Dios, como si estuvieran en su mano todas las cosas, mandó tambien publicar que á todos los que viniesen y adorasen el Jantai con mucha reverencia, se les seguirian estos provechos. El primero, que si fuesen pobres, vendrian á ser muy ricos, y los que ya lo eran, serian mucho más. Lo segundo, que si no tuviesen hijos y herederos de sus casas, visitando este templo los tendrian. Lo tercero, que se les alargaria la vida hasta ochenta años. Y lo cuarto, que sanarian de sus enfermedades, cualesquiera que tuviesen, y alcanzarian cumplimiento de sus deseos.

Esto prometia á los que con mucha devocion adorasen el Jantai, y á los que no lo hiciesen ni visitasen su templo, amenazaba con grandes trabajos, desastres y calamidades. Tambien mandó que este dia de su nacimiento desde allí adelante fuese solemne y se tuviese por tal, para que la gente viniese cada año á hacer la misma adoracion. Bien entendieron los japones que estas promesas de Nobunanga eran cosa de aire y sin fundamento, pero como era tan temido y venerado de todos, siendo gentiles, no se les daba mucho tener un ídolo más á quien adorar, á trueco de tenerle contento, porque sabian que en haciendo lo contrario, no pararia hasta destruir la ciudad ó el reino, que no le obedeciese en esto.

Fueron tantos los que acudieron á esta fiesta de toda suerte y calidad, que ni cabian en la ciudad de Anzuquiama ni en los espaciosos campos y prados que habia junto á ella, que todos estaban llenos de tiendas, como tambien lo estaba la laguna de navíos y embarcaciones, en las cuales se aposentaban los que no cabian en tierra. Por la misericordia del Señor ningun cristiano se halló en esta fiesta, ni se entendió que Nobunanga reparase en ello, ora fuese que con el mucho tropel de gente no lo echase de ver, y si lo advirtió, á lo ménos por entónces disimuló, y no dió muestras de disgusto ni sentimiento.

El primero que idolatró en este templo adorando el Jantai, fué el mismo príncipe, hijo y heredero de Nobunanga, para que siendo participante en la culpa de su padre, lo fuese después tambien en el castigo. Tras él se siguieron todos los demás, comenzando los caballeros y señores, y después la gente más ordinaria.

No se dilató mucho el castigo que merecia tan grande abominacion y soberbia, aunque usando nuestro Señor de su acostumbrada piedad y misericordia, le previno con señales del cielo, para que reconociese su culpa y hiciese penitencia de ella antes de ejecutar el rigor de su justicia. Porque el mes de Marzo siguiente, á las diez de la noche, apareció en el cielo por la banda de Occidente una claridad muy extraordinaria, y encima de la más alta torre de la fortaleza de Nobunanga apareció una parte del cielo tan colorada y encendida, que puso espanto y admiracion á todos, porque duró hasta la mañana, sin menearse de un lugar. Luego á los 14 de Mayo, á las nueve de la noche apareció un cometa muy grande con la cola muy larga, el cual duró por algunos dias, y el siguiente, que fueron 15 de Mayo, á las doce del dia cayó en la misma ciudad al pié de la fortaleza una cosa del cielo á manera de fuego. Pero Nobu-

nanga como hombre intrépido y arrogante, ó por mejor decir, endurecido á todos estos avisos y recuerdos de nuestro Señor, no hizo caso de nada, y así le vino el castigo que sus pecados y obstinacion merecian.

CAPÍTULO III

De la muerte de Nobunanga y del príncipe su hijo.

Traia Nobunanga aquel año guerra muy reñida contra el rey de Amanguchi, la cual habia comenzado algunos años antes, porque se confederó con el bonzo de Osaca y otros enemigos suyos, y para acabar de destruirle y quitarle sus reinos, habia enviado Nobunanga un capitan general suyo, que se llamaba Fajibadono, con un poderoso ejército. Escribióle este capitan aquellos dias que le enviase 30.000 hombres, porque con ellos en muy poco tiempo le daria conquistadas las tierras del rey de Amanguchi. Con estas cartas partió Nobunanga para el Meaco con intento de enviar desde allí á Fajibadono el socorro que pedia. Tambien despachó á su hijo tercero con otros 14 ó 15.000 hombres, y grande cantidad de oro para que fuese á tomar posesion del reino de Aba, que era suyo. Era este príncipe muy aficionado á la ley de Dios, y habia dado siempre muchas esperanzas de ser cristiano, y entónces lo tornó á ofrecer de nuevo á los Padres que residian en Meaco. Desde aquella ciudad envió Nobunanga muchos capitanes y señores para el socorro de Fajibadono, y entre ellos fué Justo Ucandono, el cual partió primero que los demás con alguna gente, y fué merced de nuestro Señor, porque no le cogiesen en la red de la traicion que luego se armó.

Con la partida de tantos señores y capitanes para la guerra de Amanguchi, quedó muy poca gente con Nobunanga y con el príncipe su hijo, los cuales estaban en Meaco aposentados en dos palacios diferentes, tres ó cuatro calles el uno del otro. Andaba en aquella corte de Nobunanga un hombre de mediana suerte, que se decia Aquechi, pero de grande industria y sagacidad para saber ganar la voluntad y gusto de todos. A esto se allegaba ser hombre de grandes ardides y animoso en la guerra, y por esto le habia caido muy en gracia á Nobunanga y le habia fiado el gobierno del reino de Tango, y dádole las rentas de la sierra de Frenojama, que habian sido de los bonzos, y últimamente le envió por capitan general de todo este socorro que enviaba á Fajiba.

Viendo Aquechi la buena ocasion que tenia entre las manos para hacerse grande Señor, no quiso perderla, y determinó matar á Nobunanga y al príncipe su hijo, viéndolos con tan poca gente y alzarse si pudiese con todas sus tierras. Disimulando, pues, su traicion, y aprovechándose de su sagacidad, dejó el camino que llevaba de Amanguchi, y volvióse á una fortaleza cinco leguas de Meaco; y aunque repararon los capitanes y soldados en ello, pero él supo dar tales colores al negocio que á nadie le pasó por pensamiento el intento que llevaba. Mártes, en la octava del Corpus Christi, tomó Aquechi aparte algunos capitanes amigos y conocidos suyos y de quien más se fiaba y sabia que estaban disgustados con Nobunanga, y antes de llegar á aquella fortaleza les dió muchas quejas que él tambien tenia, y cuán buena ocasion era para vengarse todos de sus agravios y repartir entre sí los reinos que Nobunanga tenia. Al fin él les supo pintar y facilitar el negocio de manera, que los inclinó á su parecer y dió el órden de lo que habian de hacer. Con esta resolucion partieron de la fortaleza tan temprano, que al amanecer estaban ya en Meaco, muy puestos en órden y apercibidos con sus armas echando por todo el ejército un bando de que iban á castigar un señor muy principal por órden de Nobunanga.

Miércoles por la mañana á los 20 de Junio de 1582 llegó el ejército á los palacios de Nobunanga y los cercaron no sabiendo los de la ciudad la causa de aquella novedad. Estaba Nobunanga lavándose el rostro y limpiándose con una toalla, cuando le dijeron que el ejército estaba en Meaco y junto á sus palacios; pero no cayó pensamiento en su corazon, que hubiese hombre en el mundo que tuviese atrevimiento para enojarle, y cuando ménos lo pensaba, se halló cercado de muchos soldados, los cuales le tiraron una flecha y con ella le atravesaron las espaldas. Viéndose Nobunanga herido, la sacó con una rabia y furia extraña, y echando mano á su espada, peleó un rato valerosamente, pero diéronle otro arcabuzazo con el cual sintiéndose herido de muerte, se entró en su aposento cerrando tras sí las puertas. Unos dicen que él mismo se mató y otros que como pusieron fuego á los palacios se abrasó y quemó juntamente con ellos; lo cierto es que aquel de cuyo nombre y voz temblaban los reyes del Japon, no quedó de él un cabello que no se hiciese ceniza. Sabiendo el príncipe su hijo lo que pasaba, se levantó para defenderse y pelear, pero él y todos los que estaban en su palacio quedaron muertos y abrasados en las mismas casas, porque no los pudieron rendir de otra manera.

Este fué el miserable fin de aquel monarca y de su soberbia, habiendo usado nuestro Señor

con él primero de tanta misericordia y castigándole después con su justicia. Porque (como dice San Agustin del pueblo romano) con la monarquía del Japon y posesion de tantos reinos, le pagó Dios algunas buenas obras morales de justicia y misericordia que habia hecho, especialmente amparando y favoreciendo á los que predicaban su santa ley; mas por haber sido tan obstinado y rebelde no queriendo recibirla, habiéndose visto tantas veces convencido de la verdad y desengañado de la falsedad de sus ídolos y sectas, permitió Dios que cayese en tan grandes desatinos y ceguedades, y últimamente le castigó con el fuego que comenzó aquí á consumir y abrasar su cuerpo, para atormentarle después toda la eternidad en cuerpo y alma.

CAPÍTULO IV

De lo que hicieron los Padres que estaban en Meaco y Anzuquiama despues que mataron á Nobunanga.

Cuando los soldados de Aquechi comenzaron á cercar el palacio de Nobunanga, queria decir misa á los cristianos el Padre que residia en Meaco. Avisáronle que se detuviese hasta ver en lo que paraba aquella novedad, que por ser delante de los palacios de Nobunanga, era negocio de cuidado y no podia dejar de ser de mucha importancia; mas cuando se supo su muerte y la del príncipe su hijo, tuviéronse por perdidos y por destruida la iglesia, especialmente cuando vieron que los soldados de Aquechi andaban buscando todos los amigos y aficionados de Nobunanga para matarlos. Pero la divina bondad y providencia que los habia amparado y favorecido en otros trabajos semejantes, los libró tambien de este peligro, porque segun despues se entendió, tuvo este tirano ojo á granjear por medio de los Padres á muchos caballeros cristianos que estaban con Fajibadono, y por esta causa no consintió que les hiciesen daño ni tocasen en su iglesia.

El mismo dia después de muerto Nobunanga y su hijo, partió Aquechi á la nueva ciudad de Anzuquiama, con intento de hacerse señor de los palacios y fortaleza que allí habia, pero antes que él llegase, se habia sabido lo que en Meaco pasaba, con lo cual se alborotó tanto toda la ciudad, como en semejantes casos suele acontecer, que cada uno trataba de poner en salvo su persona y hacienda. Llegando cerca Aquechi, el gobernador que tenia á su cargo la ciudad y fortaleza por Nobunanga, hizo quebrar la puente de un caudaloso rio ó brazo de la laguna, por el cual forzosamente se habia de pasar para entrar en ella, y entre tanto que Aquechi se detuvo en tornarla á hacer para pasar con su gente, tuvieron lugar los Padres de salirse en barcos por la laguna grande y llevar los niños del Seminario consigo y los ornamentos y aderezos de la iglesia hasta una isleta que estaba pocas leguas de allí.

Reparó el tirano la puente lo mejor que pudo, y pasando con su ejército, se apoderó de la ciudad y fortaleza, que no hubo quien le hiciese resistencia sabiendo que Nobunanga era muerto. Distribuyó luego por sus capitanes y amigos los tesoros que allí tenia recogidos Nobunanga, dando á uno 20.000 y á otros 10.000 ducados, conforme á la calidad de su persona, de manera que en tres dias gastó y repartió cuanto Nobunanga habia allegado en quince años. Supo Aquechi cómo estaba el P. Organtino en aquella isla con sus compañeros, y envióle á decir que escribiese á Justo Ucandono, que fuese de su parte, porque él favoreceria á la cristiandad como lo habia hecho Nobunanga. Respondióle el P. Organtino que él escribiria á Justo, como lo hizo, pero diciéndole que aunque viese á los Padres en grande peligro, no favoreciese á este tirano, pues lo era.

Estaban los Padres del Meaco con grande pena, porque no sabian lo que habia sucedido á los de Anzuquiama, pero el mismo Señor que guardó á los unos libró tambien á los otros, porque el hijo mayor de este tirano con la esperanza que les dió el P. Organtino de escribir á Justo Ucandono, á quien sumamente deseaban tener de su parte, porque lo hiciese con más voluntad, sabiendo que gustaria el Padre de ir á Meaco con sus compañeros, envió un paje suyo á la isla donde estaban, para que nadie les hiciese agravio ni les quitase cosa alguna de su hato, y este mismo paje los acompañó hasta Meaco; lo cual fué de particular consuelo y alegría para todos los cristianos de aquella ciudad y Padres de aquella casa.

CAPÍTULO V

De lo que hicieron Fajibadono y el hijo de Nobunanga sabida su muerte, y la desastrada que tuvo el mismo tirano.

El primero que supo la muerte de Nobunanga fué su hijo tercero, que estaba en el reino de Aba, el cual lastimado con esta nueva, partió con toda su gente á grande priesa, para vengar la muerte de su padre y hermano. En el camino hizo matar á otro pariente suyo, porque siendo capitan de una fortaleza, habia sido del bando de aquel tirano. Llegó tambien la fama de este

caso al reino de Amanguchi y antes que se supiese con certidumbre, procuró Fajibadono componer lo mejor que pudo las cosas con el rey, y partió con el ejército que tenia para juntarse con el hijo de Nobunanga y destruir entrambos al tirano, pero á todos cogió la delantera Justo Ucandono, el cual caminó á grandes jornadas con su gente por el peligro que tenia su fortaleza de Tacacuqui estando tan cerca de Meaco. Mas el tirano Aquechi, con el deseo que tenia de hacerle de su bando, habia mandado á sus soldados que no hiciesen daño en cosa que tocase á Justo Ucandono, ni agravio á su mujer é hijos, que estaban en la fortaleza. Venia Justo muy enojado contra este tirano, por la traicion que habia cometido contra su señor, y desde luego se declaró por su enemigo, y en leyendo la carta del P. Organtino, puso á punto su gente y se confederó con el hijo tercero de Nobunanga y con Fajibadono para vengar aquella muerte.

Como supo Aquechi que venian contra él estos tres ejércitos, partió de Anzuquiama con toda prisa hácia el Meaco por no darles lugar á que se juntasen. Estaba Justo Ucandono en el camino por donde habia de pasar, el cual sabiendo de la venida del tirano dió aviso á Fajibadono y al hijo de Nobunanga, que estaban tres leguas de allí, para que marchasen á prisa, porque él se iba á ver con Aquechi, que traia como 8.000 hombres con intento de estorbarle el paso; aunque no llevaba poco más de 1.000 en su compañía. Llegando Justo á vista del tirano, con la confianza que tenia en Dios y en la justicia de su parte, arremetió con su gente con tanto valor y ánimo, que del primer encuentro derribaron muertos más de 200 de los principales que acompañaban á Aquechi y venian en la delantera sin que Justo perdiese más que solo uno. Desmayaron tanto los enemigos, viendo el valeroso ánimo y esforzado corazon con que peleaban Justo y sus compañeros, que todos eran escogidos soldados, y descubriendo al mismo tiempo otros pocos compañeros de Justo que habian quedado un poco atrás, y venian marchando aprisa pensando que era el ejército de Fajibadono y del hijo de Nobunanga, no se atrevieron á esperar más, y comenzaron á desamparar el campo, huyendo cada uno por su parte, y á la verdad no se engañaban, porque ya venian cerca entrambos ejércitos, mas quiso nuestro Señor dar esta victoria á Justo, que fué víspera de la Visitacion de Nuestra Señora, á los 2 de Julio.

Salió el traidor de Aquechi herido de la batalla, y fuése á recoger en una fortaleza, y no teniéndose por seguro en ella por ir más desconocido se salió solo y sin criados, y fué tal su desgracia, que le encontraron en el camino unos labradores, los cuales conociendo quién era, le mataron por ganar gracias con Fajibadono, y así no gozó más que solo doce dias del fruto de su traicion, y su cuerpo y cabeza pusieron en un palo fuera de la ciudad de Meaco.

La famosa y nombrada fortaleza y palacios de Nobunanga que estaban en Anzuquiama, salido de ella el traidor de Aquechi cuando partió para Meaco, tuvo el fin y remate que el mismo que la habia edificado, y fué toda abrasada y destruida, porque un hijo de Nobunanga, que era el segundo, del cual decian que habia perdido el seso con el sentimiento de la muerte de su padre, entrando dentro con algunos amigos que tenia, le pegaron fuego, y á los palacios, porque no los gozase el tirano, y lo mismo mandó hacer luego de la ciudad, la cual su padre habia edificado con tantos gastos y tanta costa, y todo fué castigo del cielo, porque no quedase rastro de ciudad ni de fortaleza, ni palacios, ni templo, en donde tal idolatría se habia cometido, conforme á lo que dice la escritura: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani, transivi, et ecce non erat, quaesivi eum et non est inventus locus eius*, etc.

Iban en este tiempo Fajiba y el hijo de Nobunanga tomando las fortalezas y destruyendo á cuantos habian seguido la parte del tirano, y pudiéronlo hacer muy á su salvo, porque viéndole muerto, no hubo quien les hiciese resistencia. Supo Justo Ucandono que se iba deshaciendo el Seminario de los niños que se criaban en Anzuquiama, y porque no se perdiese este buen principio y el fruto que de él se esperaba para aquella cristiandad, él mismo les dió en su fortaleza sitio y casa con las demás comodidades necesarias, para que pudiesen estar muy á su gusto; y así se asentó el Seminario en aquella fortaleza de Tacacuqui, con el mismo órden que tenian en Anzuquiama, y Dario, padre de Justo, que después de la muerte de Nobunanga se volvió allí, tomó muy á su cargo el regalarlos y mirar por ellos, entre los cuales habia un niño que era deudo muy cercano del Dayri, y su madre, que era cristiana, gustaba mucho que se criase en el Seminario.

CAPÍTULO VI

Cómo Fajibadono, capitan general de Nobunanga, se quedó con la monarquía del Japon.

Como tenia en su poder Fajibadono los capitanes más principales de Nobunanga y los soldados más diestros que le habian acompañado

en sus guerras, con su prudencia y discrecion, que la tenia muy grande, supo ganarles de tal manera la voluntad, que holgaron de servirle siempre como lo habian hecho en tiempo de su amo, y esto le dió ánimo para tratar de quedarse con la monarquía del Japon y reinos de Nobunanga, pareciéndole que destruidos los enemigos, no quedaba quien le hiciese rostro sino el hijo tercero de su amo, porque el primero murió con su padre, y el segundo se habia tornado loco. Y para salir con su intento con mejor color y que no se alborotasen los ánimos de los amigos y vasallos de Nobunanga, dió al hijo tercero en que viviese honradamente; y echó bando de que él se quedaba por gobernador de aquellos reinos, entre tanto que tenia edad bastante un nieto de Nobunanga, é hijo del príncipe que murió con él, y habia quedado de tres años cuando murió su padre. Y para disimular mejor su ambicion, puso al niño en una fortaleza con grande majestad y aparato, como á heredero de los reinos, quedándose él con título de gobernador.

No duró mucho tiempo esta disimulacion, porque el hijo de Nobunanga mal contento de que un criado de su padre se alzase con todo el gobierno, echándolo á él fuera, se confederó con algunos capitanes y señores, y otros amigos de su padre para destruirle, pero sucedióle muy al revés de lo que pensaba, porque Fajibadono era muy valeroso y diestro capitan, y tenia consigo los mejores soldados de Nobunanga; y á pocos encuentros desbarató á sus contrarios. Yendo Fajiba siguiendo esta victoria tras un capitan llamado Jibatadono, habiéndole cercado en una fortaleza con 40.000 hombres, sucedió un caso harto extraño, y fué que viéndose cercado Jibatadono y que no podia escapar, habló á los que estaban con él, y díjoles que ya sabian cómo el haberse recogido en aquella fortaleza más habia sido ventura de la guerra que cobardía, y que habiendo de cortar á él y á ellos Fajiba las cabezas, y quedar sus mujeres é hijos perdidos, que él determinaba por no venir á sus manos, cruzarse los pechos conforme á la costumbre del Japon, y así les pedia, después de muerto quemasen su cuerpo, porque no fuese hallado ni visto de sus enemigos; y que si á ellos les parecia que hallarian entrada con Fajiba para salvar sus vidas, lo hiciesen, porque él recibiria gusto de ello. Respondiéronle todos que no solamente ellos, pero sus mujeres é hijos harian lo mismo que él hacia. Agradecióles el capitan Jibatadono la voluntad que le mostraban, y por última despedida hizo á todos un muy espléndido banquete de cuanto bueno tenia en aquella fortaleza, y con todos los instrumentos de música que dentro habia.

Acabado el convite mandó poner mucha leña en todas las salas y aposentos y que los pegasen fuego, el cual comenzó luego á arder por todas partes, y el capitan Jibatadono el primero arremetió á su mujer y la mató, y tras ella á todas sus mujeres, y lo mismo hicieron los demás; y por remate de esta tragedia se cruzaron ellos mismos los pechos y cayeron muertos, y poco despues los abrasó y consumió el fuego que se habia encendido en la fortaleza.

Quitado de por medio Jibatadono, que era cuñado de Nobunanga y hacia espaldas á su hijo, quedó Fajiba sin contradiccion por señor de la Tenza y de los reinos de Nobunanga. Porque como todos conocian su grande valor, holgaron de darle la obediencia, sin que hubiese de allí adelante quien levantase cabeza contra él, viendo que habia vengado la muerte de Nobunanga, y vencido á su hijo y cuñado, y tenia en su poder al nieto, el cual desde allí adelante tuvo en su casa, porque no se le juntasen algunos señores, y quisiesen desasosegarle á título de restituirle.

CAPÍTULO VII

De algunas cosas que hizo Fajiba después que se hizo señor de la Tenza, y de la buena voluntad que mostraba á los cristianos.

Viéndose Fajiba señor de la Tenza y de los reinos de su amo, determinó hacerle unas honras muy solemnes en Meaco, donde habia sido muerto, y para esto mandó llamar á los señores principales de sus reinos. Con ocasion de tener Fajiba juntos en Meaco los señores principales, como hombre sagaz y mañoso para asegurar su monarquía, mudó á unos y trocó á otros sus tierras, especialmente aquellos de quien se podia temer y recelar, y en poco tiempo hizo cosas en que mostró bien que no habia de ser ménos temido ni venerado que su predecesor.

Tambien comenzó luego á hacer otra famosa fortaleza en Osaca y una nueva ciudad pegada con la que antes habia, y á dicho de todos así la fortaleza como la ciudad excedió mucho á la que Nobunanga hizo en Mino, en cuyo edificio traia de ordinario 50.000 hombres, y mandó á todos los señores que hiciesen allí sus casas, aún mejores si fuese posible, que las que habian edificado en Anzuquiama. Deseaban todos darle contento como á persona que comenzaba de nuevo su imperio y monarquía; y así las hicieron con una presteza y diligencia increible, ricas y muy hermosas, deseando cada uno aventajarse al otro.

Estaban los cristianos con grande recelo y temor de cómo se habia de haber Fajiba con los Padres y con toda la cristiandad; pero él quitó presto á todos la duda, porque como hombre tan prudente y sagaz, tenia experiencia del tiempo que vivió con Nobunanga, de la fidelidad y lealtad que guardaban los cristianos á sus señores, y como á él le importaba hallar esta gente, comenzó á estimarlos, honrarlos y favorecerlos, y á servirse de ellos, y á los Padres siempre que le iban á hablar, daba audiencia con la misma llaneza y afabilidad que lo hacia Nobunanga. Y sabiendo que habian tenido en Anzuquiama casa, iglesia y seminario, quiso tambien que lo tuviesen en esta nueva ciudad de Osaca, y él mismo les dió el sitio para todo.

Con la reina, mujer de Fajiba, habia tambien muchas señoras cristianas, y tenian en su casa oficios muy principales, y resplandecian como estrellas con su virtud entre todas las demás, y Fajiba era tan comedido con ellas, que ni una palabra descompuesta ni de liviandad les decia, con ser el trato con sus criadas gentiles bien diferente, antes les daba libertad para que fuesen á la iglesia á confesar y oir misa, y á todo lo que estaban obligadas como cristianas, y en fin, se echaba de ver que gustaba de que sus criados y vasallos se hiciesen cristianos, lo cual era grande parte para que oyesen de buena gana los sermones y recibiesen la ley de Dios muchos caballeros de la corte, entendiendo que no habian de perder nada con él por esta causa.

Con el ayuda y favor de los cristianos y señores de aquella corte, se edificó una buena casa é iglesia en Osaca y otra para el seminario, y por ser aquella ciudad donde entónces residia la corte, se pasaron allí á vivir los Padres que antes estaban en Anzuquiama, y el seminario que se habia puesto, aunque de prestado, en Tacacuqui. Entre todos los caballeros que andaban en Osaca, era muy estimado de Fajiba Justo Ucandono, como el que habia sido principio de su felicidad por la victoria que tuvo contra Aquechi, y muchas veces alababa su grande valor y discrecion y virtud delante de los señores más principales, diciendo que se espantaba de la pureza y continencia de su vida. Estando una vez en esta plática, atravesóse un señor muy principal, enemigo de Justo, el cual dijo á Fajiba que advirtiese Su Alteza y no se engañase, porque Justo una cosa parecia por de fuera y otra era por de dentro; mas Fajiba le respondió: «Esto es muy grande falsedad, que yo sé bien que lo que Justo dice y muestra por de fuera, eso tiene dentro;» y despidió con grande disgusto y sequedad á aquel caballero, diciéndole que no pareciese delante de él con semejantes cosas.

CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que tenian las cosas del reino de Bungo por este tiempo.

Tambien iba dando nuestro Señor próspero suceso en las cosas temporales y espirituales del reino de Bungo después de la partida de los embajadores, porque el rey Francisco, con su grande valor y prudencia, no sólo vino á sosegar de todo punto el reino de Bungo, sino á recobrar el de Buygen que estaba perdido. Para esto hizo apercibir un buen ejército, dando á entender que era para sosegar algunas alteraciones de aquel reino, y cuando estaban más descuidados en Buygen, puso el cerco en la principal fortaleza con la mitad de su gente, que serian 15.000 hombres, y con la otra mitad se fué apoderando de las demás. En esta principal fortaleza halló mucha resistencia, pero al fin la rindió por medio de un capitan esforzado y valiente que se decia Lino, el cual se atrevió á pasar con solos cinco soldados un puente que estaba encima del foso, y aunque le mataron los dos compañeros y él quedó mal herido, con su ánimo le puso á los demás para que le siguiesen, y así entraron en la fortaleza y se hicieron señores de ella, y luego conquistaron otras seis ó siete, y juntándose después todo el ejército, acabaron de sujetar el reino, y los de Bungo echaron de ver cada dia la merced que Dios les hacia en que los gobernase el rey Francisco, á cuya virtud y cristiandad atribuian la mayor parte de estos buenos sucesos.

No sólo en lo temporal, sino tambien en lo espiritual, la cristiandad iba en mucho aumento con la conversion de algunas personas nobles y principales á quien movia grandemente para recibir el santo Bautismo, la santa y ejemplar vida del rey Francisco y del príncipe don Pantaleon su tercero hijo, á quien amaba su padre tiernamente por la virtud que en él conocia.

Entre los que en este tiempo pedian y deseaban el Bautismo era un caballero mozo, hijo de la segunda persona de aquel reino, cuyo padre era gentil y enemigo de la ley de Dios. Viendo este caballero á una cristiana que continuaba sus devociones de rezar y encomendarse á Dios, le preguntó la causa porque hacia aquello tan de

ordinario. Respondió ella que lo hacia por adorar y hacer reverencia al verdadero Dios, y con esta ocasion le dijo algunas cosas de nuestra santa ley. Quedó el mozo de sola esta plática tan deseoso de ser cristiano, que procuró secretamente deprender las oraciones y recoger algunas imágenes que podia haber de las que tenian los cristianos para traerlas en su pecho. Casóle su padre en este tiempo con una sobrina del rey Francisco, y aunque era gentil tenia en su servicio una mujer cristiana llamada Andrea, la cual como vino á entender los buenos deseos de su amo, en todas las ocasiones que podia, le ayudaba para que los llevase adelante, y por su medio se vió este caballero de noche con los Padres y le fueron instruyendo en la fe. El rey Francisco sabiendo lo que pasaba, como era tan prudente y miraba las cosas de aquella cristiandad como propias, dijo á los Padres, que detuviesen el Bautismo de aquel caballero algun tiempo, porque conforme á la costumbre del Japon, su padre andaba por dejarle ya su estado, y entónces podria hacerse cristiano y ayudar á sus vasallos para que tambien lo fuesen. Dentro de pocos meses cesó este impedimento porque murió su padre de este caballero y él se bautizó como lo deseaba. Llamóse D. Paulo, de cuyo valor y grande virtud trataremos adelante en diversas ocasiones.

Otro caballero señor de vasallos importunaba mucho á un amigo suyo para que se hiciese cristiano, pero no lo podia acabar con él, dando por disculpa que sus padres eran gentiles y enemigos de la ley de Dios, y que haciéndose cristiano, no le verian más ni admitirian en su casa. No pudiendo acabar este caballero lo que deseaba, le pidió que á lo ménos fuese á oir un sermon á su casa. Aceptó esto segundo aquel caballero mozo, y sucedió que estando el Padre de la Compañía haciendo la plática, los padres del mozo que acaso se hallaron en casa de otro caballero vecino de este, oian todo lo que el Padre predicaba. Fué nuestro Señor servido que se movieron con tanta resolucion á dejar sus sectas, que los padres é hijos se determinaron luego á ser cristianos. Tenian estos caballeros una niña de poco más de ocho años, pero de tanta rara habilidad, que tomó las oraciones de memoria con grande facilidad, y las enseñaba después á sus padres y á los de su casa. Otras dos hermanas de esta niña padecian muy graves enfermedades y se tenia poca esperanza de su salud, pero después que se bautizaron, con la salud del alma cobraron tambien la del cuerpo, dando todos muchas gracias á nuestro Señor por la merced que habia hecho á aquella casa.

CAPÍTULO IX

De algunos milagros y otras cosas que acontecieron en la misma cristiandad de Bungo.

Obraba Dios nuestro Señor algunas cosas particulares y extraordinarias, con las cuales se confirmaba la fe y se aumentaba la devocion de aquella cristiandad. Cayó enfermo en la ciudad de Funay un caballero viejo muy buen cristiano y muy ejemplar. Tres dias antes de su muerte dijo á un Padre de los que residian en aquel colegio y á un pariente suyo, cómo le habia aparecido nuestra Señora y le habia dicho, que de allí á tres dias vendria por él para llevarle al cielo en su compañía. Venido el tercero dia, pidió que le trajesen un poco de agua para lavarse las manos y el rostro, con tan buen semblante que parecia estaba bueno; pidió luego su rosario y estando rezando con el rostro muy alegre, inclinó su cabeza y dió el espíritu al Señor.

En la misma ciudad enfermó otro mancebo que habia poco tiempo que era cristiano, el cual dijo en alta voz estando para morir: «No veis tres demonios que me dicen llame al dios Amida, mira que os aviso que yo no creo en Amida, antes reniego de él, porque fielmente creo en Jesus,» é invocando muchas veces este santísimo nombre espiró.

En el valle de Ju, á siete ú ocho leguas de Funay, un mozo gentil muy desconcertado en su vida llevó por engaño á un niño de doce ó trece años á un templo de sus ídolos, y subiéndolo en lo más alto le derribó de allí abajo. Pasó esto de noche y el dia siguiente hallaron al niño sin habla. Estuvo de esta manera seis dias sin comer ni volver en sí. Fuéle á visitar un Padre que residia con los cristianos de aquel valle, y viéndole de aquella manera, miróle el pulso. Casi no le halló, aunque le palpitaba un poco el corazon. Hízole entónces el Padre en la cabeza la señal de la cruz, y púsole al cuello un relicario que llevaba, y al momento abrió el niño los ojos, y habló diciendo que le bautizasen, que queria ser cristiano. Quedaron los gentiles de aquel lugar admirados, y por el ejemplo de este niño se bautizaron con él otros muchos vecinos del mismo pueblo.

Otro cristiano habia dos años que se habia bautizado en aquel valle de Ju, pero vivia con mucho descuido en el servicio de Diós nuestro Señor, que aun las oraciones se le habian olvidado. Cayó enfermo este hombre, y arrepintióse mucho de su culpa. Creciendo la enfermedad, dióle un parasismo que le tuvieron todos por muerto;

vuelto en sí, despues de una hora dijo que habia visto á nuestra Señora y le habia reprendido mucho su negligencia, y mandádole que tornase á deprender las oraciones, porque se habia de morir presto. Llamó luego este hombre á una niña que tenia en su casa y las sabia para que se las enseñase; y dos dias después como las supo, vino á morir. Contaban esto después los de su casa por cosa particular y extraordinaria.

Otra cristiana noble del mismo valle, no vivia con el ejemplo que era razon, y era causa de mucho desconsuelo á los cristianos de aquel pueblo. Castigóla nuestro Señor con que el demonio se apoderó de su cuerpo atormentándola gravemente, unas veces con un frio tan intolerable que le hacia crujir los dientes, y otras parándola tan encendida como una brasa. Acudieron muchos cristianos á este espectáculo, poniendo sobre la mujer sus relicarios y cuentas benditas, y haciendo oracion por ella. Fué servido el Señor que el demonio dejase de atormentarla de allí adelante, y la mujer mudó su vida de manera que dió después grande edificacion.

Todas estas cosas ayudaban mucho para confirmar más en la fe aquella cristiandad y para despertar á los fieles en el servicio divino. Y el rey Francisco procuraba tambien por su parte ayudarlos con todos los medios que podia, particularmente donde él estaba. Para esto edificó en la ciudad de Vosuqui otra iglesia muy mayor y más hermosa que la primera, y se hizo la dedicacion de ella con el mayor aparato exterior y solemnidad que fué posible. Vino tambien á su noticia que en un monasterio de bonzos de aquel reino tenian guardados nueve libros de las sectas del Japon, escritos con letras de oro y curiosamente encuadernados, y unos lienzos y pinturas muy curiosas de los 19 discípulos de Jaca. Mostró el rey grande deseo de verlos, y cuando los tuvo en su poder, los mandó quemar luego; y aunque los bonzos acudieron al príncipe para suplicarle que hablase sobre ello á su padre, no tuvieron remedio.

CAPÍTULO X

Cómo vino Riozogi con su ejercito para destruir al rey D. Protasio.

Entre tanto que la cristiandad de Bungo iba con el aumento que hemos dicho, se padecian algunos trabajos en los reinos de Arima y Omura, porque el tirano Riozogi (de quien hicimos mencion en el lib. VIII) habiéndose hecho señor del reino de Chicungo, y parte del de Fingo y aun de algunas tierras de Figen, vino con un poderoso ejército para acabar de conquistar todo lo que le faltaba de Figen, y destruir de todo punto á D. Protasio y á D. Bartolomé, lo cual puso á estos dos reyes en mucho cuidado. Don Bartolomé hallóse entónces muy desapercibido de gente para resistir al ejército poderoso que traia Riozogi, y no le pareció cordura aventurar toda la cristiandad de su tierra con hacerle rostro, porque Riozogi se contentaba con que le diese la obediencia é hiciese el reconocimiento que allá acostumbran; aunque para seguridad de esto llevó entónces al príncipe heredero del rey D. Bartolomé con otros dos hermanos suyos menores. El rey de Arima don Protasio, como habia sido Riozogi vasallo de sus padres, no quiso hacerle este reconocimiento, pareciéndole ménos honra y autoridad dar obediencia á quien poco antes habia sido su vasallo, y con esta resolucion se apercibió para resistirle. Quedó Riozogi grandemente ofendido del rey D. Protasio por esto, y determinó destruirle, mas habiendo comenzado la guerra y tomado al rey la fortaleza de Jimabara con algunas otras, se le rebelaron algunos señores del reino de Chicungo, y tuvo necesidad de alzar mano por entónces de lo de Arima, para acudir á sosegar aquel reino; aunque con el deseo que tenia de continuar la guerra contra D. Protasio, dejó un capitan suyo muy valeroso, para que defendiese la fortaleza que habia tomado, entre tanto que él sosegaba lo de Chicungo.

Entendiendo esto D. Protasio, procuró de cobrar la fortaleza de Jimabara antes que Riozogi volviese. El primero que ofreció su ayuda fué el rey D. Bartolomé su tio, aunque aventuraba en ello la vida de sus hijos, que estaban en rehenes, pareciéndole que era servicio de nuestro Señor y el bien de la cristiandad. Y para que entendiese D. Protasio que no era cumplimiento, le envió un solo hijo que le quedaba de cinco años, por nombre D. Luis, en prendas y seguridad de su palabra. Estimó D. Protasio esta voluntad del rey su tio como era razon, acrecentándose entre los dos con esta nueva obligacion el amor que se tenian por el deudo y parentesco, y aceptando el socorro, no consintió en ninguna manera que su tio se hallase en persona en la guerra porque no se irritase de nuevo Riozogi con él y con sus hijos si le hallase allí. Tambien le ofreció su ayuda el rey de Sajuma, por la enemistad que tenia con Riozogi y por temer que si destruia á D. Protasio acabaria de hacerse señor de todo el reino de Fingo y se le entraria en Sajuma, y por esto quiso hacerse á una con D. Protasio, y

para ayudarle en la guerra envió un hermano suyo por capitan con buen número de gente.

Llegados á Arima los de Sajuma y Omura dejó el rey D. Protasio en su tierra la gente que le pareció necesaria para tenerla segura, proveyendo bien sus fortalezas, y pasó con 8 ó 10.000 hombres que eran soldados escogidos á cercar la fortaleza de Jimabara, que era de las fuerzas más principales de su reino. Asentaron todos su real sobre ella Miércoles Santo del año de 1583. Era muy graciosa vista la que descubrian en aquel campo más de 60 banderas de muy hermosas cruces que llevaban los capitanes cristianos que allí iban. Habia dentro de la fortaleza como 5.000 hombres para su defensa, que habia dejado Riozogi, el cual como supo que Jimabara estaba cercada, habiendo ya sosegado lo de Chicungo partió á grande priesa con 25.000 hombres muy bien ordenados, porque traia en la delantera 1.000 arcabuceros, y luego 1.500 piqueros y todos con lanzas doradas; tras estos se seguia un buen escuadron de nanguinatas, que son un género de armas á modo de alabardas ó lanzones largos, y luego otro buen escuadron de flecheros. En la retaguardia iban como dos mangas de 8.000 arcabuceros y en medio de estos otro escuadron de piqueros. Traian tambien algunas piezas de artillería, muchas municiones y bastimento y grande riqueza. Venia Riozogi en medio de todo su ejército en un palanquin que le traian en hombros á modo de literilla acompañado de 15 ó 20 bonzos, porque él lo habia sido primero. Uno de estos bonzos era muy nombrado en Japon y decian que hablaba cada noche con el demonio. Traia tambien consigo tres hijos que tenia, y por capitan de toda esta gente á un hermano suyo, hombre de mucho valor y esfuerzo.

CAPÍTULO XI

De la victoria que alcanzó D. Protasio, y la muerte del tirano Riozogi.

Cuando Riozogi llegó con su ejército á un alto cerro de donde pudo descubrir la gente de D. Protasio, teniéndolos en poco, dando una grande risada dijo: «¿Y estos son para quien yo salí de mi reino? Quisiera que estuviera aquí todo el poder de Sajuma junto con el de Arima, para que la victoria tuviera algun nombre en Japon.» Mandó luego repartir todo su ejército en tres partes; la una que caminase por la ladera de una sierra y la otra por lo largo de la playa, y la de en medio por el camino derecho, para cogerlos en medio, teniendo por cosa cierta, que habian de huir en viéndole.

Los del ejército de Arima, aunque reconocieron la ventaja de la gente que traia el tirano, no por eso desmayaron, antes procuraron ponerse en buen órden para esperarlos, concertando el rey D. Protasio sus escuadrones como diestro y valeroso capitan. Mandó embarcar lo primero dos piezas gruesas de artillería en un navío con algunos arcabuceros y caballeros cristianos para que defendiesen los navíos que habia en la playa que no los quemasen, y procurasen hacer desde allí el daño que pudiesen. Tambien puso otro capitan con buen número de gente para estorbar que no saliesen los de la fortaleza á dar socorro á los suyos al tiempo de la batalla, y con lo restante de su ejército, que serian como 7.000 hombres ó poco más, se puso á punto y en buena ordenanza para esperar á Riozogi que ya llegaba cerca. Hacíanse en Arima y Omura continuas procesiones y oracion por el buen suceso de esta guerra, de la cual pendia la conservacion ó destruccion de aquella cristiandad.

Comenzáronse á trabar los dos ejercitos, y era grande el daño que recibia el de D. Protasio con los arcabuceros. Iban en la delantera el mismo rey y D. Estéban su hermano, al cual alcanzó una pelota en la cabeza sobre el capacete que le derribó en el suelo, aunque poco después volvió en sí, y hallándose sin herida volvió á la batalla. Parecia que conservaba Dios milagrosamente al rey D. Protasio, porque como valiente y esforzado capitan, viendo que en aquella batalla iba su honra y estado y el bien de toda la cristiandad, peleaba con un ánimo que le ponia á todos los suyos, y metíase en los mayores peligros, acompañándolo siempre en ellos D. Estéban su hermano. Comenzóse esta batalla viérnes á los 24 de Abril de 1583, á las ocho de la mañana, víspera del glorioso San Márcos, y duró en un peso hasta mediodia, sin echarse de ver la victoria ni ventaja por ninguna parte, porque los de Riozogi eran muchos y defendíanse bien, y hacian daño en sus contrarios. Los de D. Protasio y de Sajuma eran todos valerosos soldados, y querian quedar antes muertos que vencidos; y así de una parte y de otra se hacian cosas muy señaladas, que seria cosa muy larga y fuera de mi propósito el contarlas en particular.

Los de Riozogi, como eran muchos, afrentados de ver la resistencia que hallaban en los que al principio tuvieron en tan poco, apretaron con tanta fuerza á los del ejército de D. Protasio, que los hicieron retirar una vez hasta las trincheras. Los que estaban en los navíos hacian tambien grande daño en los que iban por la playa con las piezas de artillería y arcabuces, porque nin-

guna vez disparaban que no derribasen 30 y 40 soldados muertos, y no era mucho que les sucediese tan bien, porque aquellos caballeros y soldados como eran cristianos, primero se hincaban de rodillas y rezaban un Pater noster y Ave María, y luego jugaban su artillería y disparaban los arcabuces, y fué este daño que hacian, de manera, que se vino á desordenar la manga del ejército que venia por la playa en forma de media luna, sin pensar que hallaran tal resistencia.

Como los de Riozogi hicieron retirar á los de Arima á las trincheras, pareciendo que aquello era ir ya de vencida, D. Protasio por su parte y el capitan de Sajuma por la suya, comenzaron á animar su gente, para que muriesen antes que volver paso atrás. Al fin pudo tanto el ánimo y esfuerzo de estos capitanes, que arremetiendo todos con nuevo brío como si entónces se comenzara la batalla, se tornó á renovar con tanto calor, que no daban lugar los soldados de D. Protasio á los del contrario para aprovecharse de sus arcabuces ni lanzas, por la priesa que les daban con las espadas; y como peleaban con resolucion de morir ó vencer, entróse tanto un capitan de Sajuma con algunos soldados que llegaron hasta el palanquin de Riozogi, el cual pensando que eran algunos criados suyos que reñian, dijo en alta voz: «No es tiempo de reñir ahora unos con otros. ¿No sabeis que vengo yo aquí?» Como oyeron esto los soldados de Sajuma y entendieron que aquel era Riozogi, comenzaron á herir con grande furia á los que traian el palanquin, de manera que le soltaron en el suelo, y el capitan de Sajuma, arremetiendo al tirano dijo, «á vos venimos todos á buscar,» y le cortó la cabeza. Como la parte del ejército que iba por la playa se habia desordenado con la artillería y arcabuces y en el cuerpo de la batalla se sonó que Riozogi era muerto, desmayaron tanto los suyos y cobraron tanto ánimo los de Arima, que comenzaron los contrarios á huir y volver las espaldas, siguiendo los de Arima el alcance más de una legua, y dejando el camino sembrado de los muertos.

Habiéndose retirado el capitan de Sajuma, comenzó á dar voces un mancebo del ejército de Riozogi, que le pusiesen con el capitan porque tenia cosas de mucha importancia que avisarle. Dióle audiencia el capitan de Sajuma con poco recato, y echando el mozo mano á su espada, le dió dos grandes cuchilladas, y acabara con él si un hijo del mismo capitan no le matara á él primero.

Con esta victoria se entregaron los de la fortaleza porque los dejasen las vidas, y cobraron libertad los hijos del rey D. Bartolomé, que los habia traido consigo Riozogi. No se puede decir el alegría que causó esta victoria, no sólo en Arima y Omura, sino tambien en Bungo y en las demás partes donde habia cristianos, por verse libres de aquel tirano, por cuya muerte no solamente cobró el rey D. Bartolomé sus hijos, pero quedó libre de la obediencia que le habia dado, y D. Protasio quedó señor de su reino; y así los unos y los otros no cesaban de dar gracias á nuestro Señor por la grande merced que les habia hecho.

Algunas cosas acontecieron en esta batalla en que se mostró el particular favor que nuestro Señor hacia á los cristianos, porque á un mozo noble dió una pelota en un ceñidor de seda, y cayó luego á sus piés sin hacerle daño. Otro cristiano llevaba en el pecho una imágen de nuestra Señora, y dándole otra pelota encima de ella, cayó tambien en el suelo sin haberle herido ni recibido ningun daño.

CAPÍTULO XII

De algunas cosas que pasaron en Arima después de la victoria.

Habida esta victoria tan señalada, fué D. Protasio recobrando sus fortalezas y lo que Riozogi le habia tomado; pero como los de Sajuma decian que ellos la habian alcanzado por haber muerto al tirano, tomaron ocasion para quedarse con dos fortalezas de las buenas de aquel reino, y pusieron en ellas gente de guarnicion. Sintiólo harto el rey D. Protasio, pero disimuló por entónces, por no mostrar desagradecimiento al socorro que le habian dado los de Sajuma, y con esto ellos andaban tan insolentes que se atrevieron á tratar con D. Protasio que dejase la ley de Dios, y aun quisieron cortar algunas cruces que tenian puestas por su devocion los cristianos en algunos lugares. Enfadáronse mucho de esto los caballeros de Arima, viendo el atrevimiento que tenian los forasteros en su tierra, y estuvieron muy apunto de romper con ellos si el rey D. Protasio con su grande valor y discrecion no lo atajara, porque no pensase el de Sajuma que en lugar de agradecerle el socorro le maltrataba su gente; y así procuró de enviar á los del ejército lo más presto que pudo, quedando solamente en Arima los de las fortalezas.

Habíanse quedado por bautizar en Arima ocho ó diez bonzos muy principales y enemigos de la ley de Dios, que eran los dos como obispos y habian solicitado á los de Sajuma para lo que

se ha dicho. Partidos los de Sajuma, dijo D. Protasio á estos bonzos, que escogiesen ó hacerse cristianos ó irse fuera de sus tierras, porque él no los consentiria en ellas siendo gentiles, y así lo cumplió, porque desterró luego á los que no se hicieron cristianos. Entre los que se convirtieron fué uno que se llamaba Minji, tan estimado de todos que le daba el rey D. Protasio su asiento cuando le iba á visitar siendo gentil. Oyó los sermones muy de propósito é hizo tanto concepto de la ley de Dios, que un dia antes de bautizarse, como avergonzado y corrido del tiempo que habia gastado en servicio del demonio, trujo á la iglesia todos los libros que tenia de su arte mágica y de las leyes del Japon, y los quemó allí para que no le quedase rastro de las cosas con que antes engañaba la gente y ofendia tan gravemente á Dios nuestro Señor. Bautizóse y pusiéronle por nombre Juan, y decia que aunque de allí adelante hubiese de vivir pobre y sin honra, todo lo daba por bien empleado á trueco de haber alcanzado el conocimiento que tenia de Dios y del camino de su salvacion, y en reconocimiento de este beneficio ofreció la casa en que antes vivia, para hacer de ella una ermita de nuestra Señora y su persona para servir en ella de ermitaño toda su vida. Este Juan fué el que dió noticia particular de la secta de los jamabugis, y de la peregrinacion que hacen dos veces al año, para adorar el demonio como se dijo en el lib. v, y él mismo la habia andado siete veces y fué después muy ejemplar cristiano, porque le ayudó mucho la conferencia que hacia de la suavidad de la ley de Dios, á la servidumbre y tiranía del demonio y el tratamiento que hace á los que le sirven.

Tambien se bautizó en este reino de Arima un capitan y hombre principal hermano del gobernador de la ciudad de Arima. Pasaba este caballero grandes dolores en una pierna. Fuéle á visitar su hermano que era cristiano y hallóle muy cercado de bonzos que estaban rogando por su salud, sin que le aprovechase nada. Vuelto el gobernador á la ciudad de Arima, pidió al Padre Rector de aquella casa, enviase alguno que consolase á su hermano en aquella enfermedad y procurase darle noticia de la ley de Dios. Fué allá un hermano que tenia conocimiento con este caballero, el cual agradeciendo mucho la visita que le hacia, holgó de oir las pláticas del catecismo, y últimamente se determinó á ser cristiano, y parece quiso nuestro Señor para confirmarle más en su buen deseo, darle entera salud y que se le quitase de todo punto aquel gravísimo dolor que padecia, y en reconocimiento del beneficio que habia recibido, se bautizó dentro de ocho dias y con él su madre, mujer é hijos y otros muchos criados, y se llamó D. Simon.

Habia en este reino de Arima un mancebo cristiano por nombre Luis, el cual oyendo decir á unos bonzos, que viniendo á su monasterio el P. Alejandro, cuando estuvo en aquellas partes habia entrado el demonio en su cuerpo y le habia maltratado mucho, díjoles que todo aquello era mentira y falsedad, y para que viesen todos que lo era los desafiaba á que hiciesen cuanto supiesen y pudiesen para que entrase el demonio en su cuerpo. Concurrió á este espectáculo mucha gente por ver lo que sucedia. Asentóse el mozo en medio de muchos bonzos hecha la señal de la cruz. Comenzaron luego los hechiceros á hacer sus conjuros y encantaciones, y el mozo á reirse de ellos, diciendo que alzasen la voz un poco que ya le dolian los cabellos de la cabeza. Al fin ellos se cansaron de dar voces y por remate de la fiesta entró el demonio, no en el mozo, sino en uno de los gentiles que allí estaban, el cual se fué para los bonzos con tanta ira que si no se le acogieran huyendo, los matara. Quedaron de este caso muy corridos y desacreditados los bonzos, y los cristianos muy alegres y confirmados en la fe.

El rey D. Protasio, después de aquella grande victoria contra Riozogi, reconociendo la merced que nuestro Señor en ella le habia hecho á él y á todo su reino, procuraba de aventajarse en todo lo que tocaba al servicio divino, y pareciéndole que la casa donde estaban los niños del seminario era algo estrecha, les señaló otra mejor al pié de su misma fortaleza, y mandó hacer allí otra muy hermosa y capaz iglesia. Lo mismo hacia en sus tierras D. Estéban su hermano, procurando que todos sus vasallos se hiciesen cristianos, y para esto tenia por gobernador en ellas un caballero cristiano que se decia Adriano, muy celoso de la conversion de los gentiles. Habia mandado D. Estéban que se hiciese á su costa una muy buena iglesia, y entre tanto que se edificaba, porque no cesasen los sermones, dió el gobernador unas casas suyas muy principales que acababa de hacer, para que se predicase en ellas. Hiciéronse aquel año en Arima después de la victoria más de 1.000 cristianos.

CAPÍTULO XIII

De algunas cosas de edificacion que pasaban por el mismo tiempo en Omura y Amacusa.

Con la muerte de Riozogi (como se dijo en el cap. XI) tornó á cobrar el rey D. Bartolomé sus tres hijos, que parecian serlo de tal padre, y

bien lo mostraron estando presos en casa de aquel tirano. El mayor y heredero del reino, que se decia D. Sancho, fué muy persuadido y solicitado de muchos caballeros y señores gentiles para que dejase la ley de Dios, dándole para esto grandes razones y ofreciéndole de parte de Riozogi acrecentamiento en sus estados y casarle con su hija; mas á todo respondió y satisfizo con el valor que lo pudiera hacer su padre, desengañándoles que antes perderia la vida que faltar en lo que debia á Dios y á su ley. Quisieron tambien probar su honestidad en muchas ocasiones, admirados de ver un príncipe mozo y con tan grande recato como si fuera una muy honesta doncella. Cuando le llevaban á donde habia mujeres y señoras compuestas y aderezadas y de buena conversacion, era tanta su modestia y composicion, que con solo mirarle se componian todas, y estando él presente nadie se atrevia á decir palabra que no fuese muy honesta, por el grande respeto que le habian cobrado aun los mismos gentiles, entre los cuales se conservó como otro José en Egipto.

Pretendieron otras veces engañarle en los convites, y que comiese carne en los dias prohibidos por la Iglesia, pero nunca se pudo acabar con él ni con sus hermanos que lo hiciesen, y con estar aquellos príncipes en son de presos en la corte de Riozogi, y entre tantos gentiles, guardaban el órden y concierto de vida como si estuvieran en casa de su padre, teniendo cada dia sus horas señaladas para encomendarse á nuestro Señor, rezar sus devociones y examinar su conciencia; y lo mismo hacian los pajes y criados que los servian. Era su vida tan ejemplar, que vino á aficionárseles en grande manera, el hijo tercero de Riozogi, que era de veintidos años, y los amaba como si fueran sus propios hermanos, y estaba determinado de ser cristiano como ellos, aunque lo detenia el temor de su padre, cuya muerte sintió tanto, que vino á perder el juicio, y así no pudo ejecutar los buenos deseos que habia mostrado.

Del reino de Buygen salió un cristiano que se habia conservado en aquel reino entre tantos gentiles, y llegó al puerto de Nangasaqui. Cuando entró en la iglesia, postrado por el suelo daba gracias á nuestro Señor con muchas lágrimas, por haberle traido á donde pudiese oir sermon y misa, y confesarse. Queriéndose volver á su tierra, dijo á los Padres que la mayor pena y desconsuelo que tenia era ver á su mujer é hijos gentiles, y no poder bautizarlos aunque los habia enseñado las oraciones y las demás cosas necesarias para ser cristianos. Viendo los Padres que no podian ir entónces á aquel reino, le dieron por escrito las palabras esenciales del santo Bautismo, instruyéndole bien en el modo cómo lo habia de hacer, para que pudiese bautizarlos, y con esto fué muy alegre y consolado.

Por este mismo tiempo murió el señor de Amacusa, que se decia D. Miguel, el cual antes de su muerte mandó llamar á sus hijos, parientes y vasallos principales que gobernaban la tierra. Estando todos juntos les dijo, que habia guardado para decirles en aquella hora lo que él deseaba en todos, y era que fuesen muy constantes en la fe, y en conservar y defender la ley de Dios, y que por ninguna cosa de cuantas hay en el mundo la quebrantasen, y á este propósito les hizo un largo razonamiento; ofreció sus armas á la iglesia, y su mujer doña Gracia, que era muy buena cristiana, dió tambien todos sus vestidos ricos para que se vendiesen, y el precio de ellos se repartiese entre los pobres. Estuvo D. Miguel después de haber confesado y comulgado con las manos levantadas haciendo oracion á nuestro Señor, y poco antes de espirar alzó la mano derecha hacia el cielo, diciendo: «Ya voy,» y con esta palabra dió su alma al Señor. Hízosele un enterramiento muy solemne, y su mujer dió aquel dia de comer á más de 1.000 pobres, sin otras muchas limosnas que despues repartió. Su hijo mayor llamado D. Juan, imitaba bien á su padre en la virtud y celo de la religion cristiana, como lo mostró despues en las ocasiones que se ofrecieron.

CAPÍTULO XIV

Cómo envió el P. Viceprovincial á visitar al rey de Sajuma, y lo que allá sucedió.

Con la muerte de Riozogi y pérdida de su ejército quedó su hijo mayor tan sin fuerzas, y el de Sajuma tan deseoso de acrecentar su estado, que en poco tiempo cobró la parte del reino de Fingo que Riozogi le habia quitado, porque su hijo no pudo defenderle, y aun intentó de quitarle el reino de Chicungo que su padre le habia dejado.

Viendo el P. Gaspar Coello que habia quedado por Viceprovincial en aquellas partes del Japon desde que partió el P. Alejandro, cómo este rey se iba entrando en Figen y tenia ya tres reinos, parecióle que era bien tenerle favorable para lo que podia suceder, y conservar la buena voluntad que siempre habia mostrado á los Padres en años pasados; y con ocasion de estas victorias y buenos sucesos que habia tenido, le envió á visitar y dar el parabien con el H. Damian. Recibióle el rey con buen gusto, agrade-

ciendo al P. Provincial el cuidado que tenia de visitarle. Estaba entónces el rey en la ciudad de Cangojima, donde desembarcó el P. Francisco Javier la primera vez que llegó á Japon, y desde entónces se habia conservado allí una mujer cristiana de mucha edad, que se decia María, á quien el mismo Padre habia bautizado, y con ser aquella ciudad tan llena de gentiles y donde la idolatría tenia tan hondas raíces, habia permanecido esta buena mujer treinta y seis años como rosa entre espinas, la cual en sabiendo que estaba allí el H. Damian, fué luego á buscarle á su posada, derramando muchas lágrimas de alegría por haber tantos años que no habia visto Padre ni Hermano, porque otras veces que habian ido á aquel reino, aún no los habia visto por estar en otra ciudad diferente de donde ellos habian acudido.

Preguntóle el H. Damian que cómo andaba por las calles con un rosario grande de cuentas al cuello, viviendo entre tantos bonzos y gentiles. Respondió la santa vieja con estas palabras: «Bien conocida soy en esta tierra por cristiana, y plegue á Dios que á mí me haga tanta merced, que por la confesion de su santo nombre me quiten estos bonzos la vida, para que mi alma vaya más presto á gozarle, y de la compañía de nuestro P. Francisco que me bautizó; y quiera Dios que antes muera yo mártir por su amor que no descansada en mi cama.» Tambien le dió cuenta de algunas cosas particulares suyas propias, y entre otras le dijo: «Yo tengo en esta ciudad cuatro ó cinco hermanos y hermanas gentiles, y como soy sola en esta tierra, no tengo con quien me pueda consolar. Dos cosas me han dado siempre mucha pena. La una es, que cuando mis hermanos y parientes me ven enferma, luego acuden á persuadirme que llame á su dios Amida, y á los Camis y Fotoques para que me den salud, y en cuanto yo estoy en mi juicio, cierro las orejas por no oirlos, y ruégoles mucho que me dejen hacer oracion á mi Dios, y que no me sean impedimento para morir como cristiana. La segunda cosa es, pensar que mis parientes, siendo yo muerta, han de querer enterrar mi cuerpo en el lugar y con las ceremonias que entierran los demás gentiles, por lo cual les he pedido con mucho encarecimiento, que aunque les sea de algun trabajo, lleven mi cuerpo á otro lugar apartado de los gentiles, y allí me entierren con estas cuentas al cuello, sin llamar á ningun bonzo, y acabó su plática diciendo: Ruégoos, Hermano, que pidais á nuestro Señor que así lo hagan y cumplan ellos como se lo he pedido tantas veces, porque ya mi cuidado todo le tengo puesto en olvidarme de todas las cosas de este mundo, y tratar de mi salvacion y aparejarme para ir al cielo.» Esta fué la plática que aquella santa vieja tuvo con el H. Damian, el cual dentro de pocos dias se volvió para Arima.

CAPÍTULO XV

De lo que pasó en Bungo despues de la muerte de Riozogi.

No fué menor el contento que se recibió en Bungo con la muerte de Riozogi que en Arima y Omura, porque tenia usurpado el reino de Chicungo, que pertenecia á la corona de Bungo. Viendo pues el rey Francisco que faltando Riozogi, su hijo habia quedado sin fuerzas por la pérdida de su ejército, y que el de Sajuma trataba de hacerse señor del mismo reino, y se habia carteado con algunos señores, y caminaba para allá con su gente, apercibió de presto más de 20.000 hombres, y con ellos cercó la principal fortaleza de la cual pendia la victoria y buen suceso de lo demás. Fué grande ventura no perderse todos por el descuido de un capitan, que dió lugar á que saliesen los cercados, los cuales hirieron y mataron mucha gente, y los de Sajuma venian marchando á prisa, para darles socorro, mas teniendo aviso de este desórden otro caballero que habia servido al rey Francisco de capitan general, juntó hasta 8.000 hombres, y rompiendo por los de Sajuma, pasó á donde estaba el ejército de Bungo, habló luego á los capitanes y reprendióles el descuido que habian tenido, y como era tan diestro y experimentado en cosas de guerra, puso la gente en órden y tomó la delantera; y al fin rindió aquella y otras dos fortalezas sin que los de Sajuma fuesen parte para impedirlo, los cuales viendo que los de Bungo se habian hecho señores de ellas, mal contentos se volvieron para su tierra y fué esto causa y seminario de las muchas guerras que despues sucedieron entre los de Bungo y Sajuma.

Salidos de Chicungo los sajumanos, no hubo resistencia en lo restante del reino, que todos holgaron de volver á la obediencia de Bungo y del rey Francisco, su primero señor y legítimo, y el hijo de Riozogi se hubo de volver al estado que poseia antiguamente su padre cuando era vasallo de los reyes de Arima.

Andaba en este ejército de Bungo un caballero mozo que habia comenzado á oir los sermones en Vosuqui con deseo de ser cristiano, mas como sucedió la guerra hubo de venir á ella con su padre y cortar el hilo á las pláticas del cate-

cismo, aunque no mudó por eso su buen propósito, antes para mostrar que estaba firme en él, se ponia su rosario al cuello delante de todos. Fueron este caballero y su padre que era gentil á visitar al capitan que vino en socorro del ejército de Bungo. Yendo por el camino, díjole su padre que escondiese el rosario porque no le viese el capitan, que siendo gentil lo llevaria mal y los recibiria por esa causa con poco gusto. Disimuló el hijo por entónces con su padre y quitóse las cuentas, mas pareciéndole después cobardía lo que habia hecho, entrando en la sala donde estaba el capitan tornó á ponérselas. Sintió mucho el padre lo que habia hecho su hijo, temiendo el disgusto del capitan, y por disculparse díjole: «Señor, yo mandé á este mozo que escondiese las cuentas antes que pareciese delante de vuestra presencia, y él lo ha hecho al revés.» Respondióle el capitan (aunque gentil) como discreto y prudente: «No os parezca, señor, tan mal eso que vuestro hijo ha hecho, porque los buenos soldados han de llevar adelante lo que una vez comenzaron y no han de volver atrás por ningun respeto.»

Otra cosa de no menor edificacion sucedió á otro caballero estando en la misma guerra. Vivian dos leguas de Funay unos cristianos muy virtuosos, el marido se decia Lúcas y la mujer Magdalena; estos tenian un hijo heredero de su casa, el cual siendo cristiano cuando el príncipe de Bungo faltó en sus buenos propósitos, por contemporizar con él, daba á entender que habia dejado la ley de Dios. Hallándose este mozo en la guerra de Chicungo, y muy al cabo de las heridas que habia recibido, llamó á un hermano menor que allí tenia y díjole cómo se moria. Consolóle su hermano ofreciendo gastar 300 escudos con que se hallaba en procurar su salud y dar limosnas á los bonzos para que hiciesen sacrificios y oraciones por ella. Agradecióle el enfermo su buena voluntad, pero rogóle que en ninguna manera hablase á los bonzos ni les diese nada, porque él era cristiano y habia de morir como tal; y aun le dijo que habia visto entre sueños cinco demonios, que parecia le estaban sacando muchos pedazos de carne, lo cual tenia por señal de su muerte y de la pena que merecia por sus pecados.

Creciendo más la afliccion del enfermo con la vision pasada, le dió un recio parasismo con que le tuvieron todos por muerto, pero volvió en sí despues de una hora con rostro alegre diciendo que habia visto á Cristo nuestro Señor, el cual reprendió á los demonios por el mal tratamiento que le habian hecho siendo cristiano é hijo de cristianos; y así pidió á su hermano con mucha instancia, que fuese luego á Funay á llamar algun Padre que le ayudase á salvarse. Respondió el hermano que era imposible ir á Funay por ser léjos. Pues llamadme, dice á Pantaleon, que era un caballero cristiano. Fuéronle á buscar, pero ya era partido del campo. Viendo esto el enfermo dijo que le llamasen algunos cristianos con quien se pudiese consolar. Vinieron tres de los que se hallaron en aquel ejército con los cuales comenzó á hablar de cosas de nuestro Señor con mucho gusto, confesando delante de ellos la culpa que habia tenido en no haberse declarado por cristiano delante del príncipe, y protestando que lo era muy de veras y moria como tal y que dijesen á sus padres le hiciesen encomendar á Dios. Con estas buenas señales de su arrepentimiento acabó la vida con prendas de alcanzar la eterna; y fué harto consuelo para sus padres cuando supieron la mudanza que nuestro Señor habia hecho en él.

CAPÍTULO XVI

Del fervor y devocion del príncipe D. Pantaleon, hijo tercero del rey Francisco y de D. Leon el que vivia en Nocen.

En el cap. XXXIII del lib. VIII queda dicho cómo se bautizó el tercero hijo del rey Francisco, el cual se llamó D. Pantaleon y habia de heredar el estado de su tio Chicacata, porque con esa condicion se le volvió el rey Francisco cuando murió Chicasiro. Siendo ya el príncipe el año de 83 de bastante edad y discrecion conforme á la costumbre del Japon, tomó la posesion de los estados y comenzó á gobernarlos. Era tanta la aficion que mostraba este príncipe á los que le habian enseñado la ley de Dios, que cuando le iban á visitar en su tierra, no los dejaba de noche ni de dia con diversas preguntas que siempre hacia para el aprovechamiento de su alma, y cuando se volvian, los estaba mirando desde una ventana con los ojos llenos de lágrimas hasta que los perdia de vista. Queríale mucho el rey Francisco su padre por su grande virtud y ser dotado de muchas y buenas partes.

Viéndose D. Pantaleon con la posesion de su estado, envió un recaudo á todos los bonzos que habia en él en esta forma: que pues él no tenia necesidad de ellos en su tierra, queria tomar su renta y repartirla entre los soldados que le servian en la guerra. Alteráronse con esto grandemente los bonzos, y muchos de los vasallos tambien por su respeto se amotinaron, y los unos y los otros acudieron con sus quejas á Chi-

cacata, que primero los habia gobernado, el cual envió á decir al príncipe, que le parecia no pasase adelante con aquella determinacion, por el desasosiego que mostraban sus vasallos; mas D. Pantaleon respondió á quien le trujo el recaudo con otro de esta manera: Decidle á Chicacata que yo he entendido muy bien lo que me envió á decir, y que habiendo ya mandado publicar esto, perderia mucho de mi honra si por tan ligera ocasion desistiese de lo comenzado, y así le desengaño, que de ninguna manera lo haré.

Cuando Chicacata vió una respuesta tan resoluta del príncipe, aconsejó á los bonzos y á los demás que no tratasen de aquel negocio, porque era muy probable que el príncipe no se habria resuelto en él siendo tan grave, sin parecer y voluntad del rey Francisco su padre, y siendo así, no tendrian remedio, antes queriendo pasar adelante le habian de cargar á él la culpa y darle por autor de su alteracion, y por tanto les pedia se sosegasen. Prosiguió D. Pantaleon con su determinacion primera, deshaciendo los templos de los ídolos y echando los bonzos de su tierra, favoreciéndole y animándole para todo el rey Francisco su padre.

Tambien se mostraba y señalaba en el fervor y deséo de la conversion de los gentiles, don Leon, el que vivia en Nocen, poniendo en ello todos los medios que podia, y para que los cristianos tuviesen más comodidad de oir los sermones y encomendarse á nuestro Señor, hizo á su costa una hermosa y capaz iglesia, y celebró su dedicacion con grande solemnidad, dia de la Natividad de Nuestra Señora del año de 1584, y por ser este caballero tan principal y tan buen cristiano, vino á esta fiesta el P. Pedro Gomez, Rector del colegio de Funay, con otros Padres, y concurrió tanto número de cristianos, que apénas cabian á las vísperas y misa que se dijeron en la misma iglesia.

Era tanto el contento de D. Leon y su mujer, en que nuestro Señor les hubiese hecho tanta merced en servirse de su hacienda para tal obra, que no cesaban de darle gracias por ella, y desde allí adelante tomaron entrambos con más cuidado la conversion de su gente, y donde pocos años antes no habia cristiano, por su buena industria y diligencia, ayudándolos el Señor en esta empresa, habia ya en este más de 5.000; porque el celo que tenia D. Leon con los hombres, tenia su mujer para procurar la salvacion de las mujeres.

Volviendo el P. Pedro Gomez de Nocen para Funay con otro Padre, pasando por la cumbre de unas sierras muy altas, acertó á llegar un hombre cristiano, que venia con un recaudo para los Padres, y por descuido, la cabalgadura que traia el Padre le dió una coz con tal fuerza, que le arrojó las sierras abajo. Iba el hombre por ellas con el ímpetu que si una grande peña se hubiera caido; oíanle todos cómo iba invocando el nombre de Jesus; pero quedaban con grande pena y desconsuelo por aquella desgracia, teniendo al hombre por muerto, y que cuando llegase al suelo iria hecho mil pedazos. Apeáronse luego, y al fin dos hombres que sabian la tierra, bajaron por una senda, y hallaron al que habia caido sentado en el suelo, haciéndose un poco de aire, sin haber recibido otro daño ni lesion más que una pequeña señal en la cabeza; y él mismo vino por su pié á donde los Padres estaban, los cuales tuvieron el caso por particular milagro y misericordia de nuestro Señor, atribuyéndolo á la invocacion de su santísimo nombre.

Este mismo año de 84 llevó nuestro Señor para sí al H. Luis de Almeida, que habia sido un grande obrero y trabajado con mucho fruto en aquellos reinos, y así fué su muerte muy sentida de todos los cristianos.

CAPÍTULO XVII

De algunas conversiones y otras cosas que pasaban al mismo tiempo en las partes de Meaco.

Mostrábase Fajibadono cada dia más favorable á los Padres y á la cristiandad, y gustaba de tratar algunas veces con el H. Lorenzo, á quien conocia desde el tiempo de Nobunanga. Díjole un dia Fajiba á este H. Lorenzo: «Yo me quiero hacer cristiano si me perdonais una sola cosa, que es lo de las mujeres.» Respondióle Lorenzo entendiendo que lo decia por donaire: «Yo perdono á V. A. lo que dice y hágase cristiano, porque aunque V. A. se vaya al infierno, otros muchos se harán cristianos y se salvarán por su ejemplo.»

Con este favor que todos conocian en Fajiba, crecia mucho la cristiandad en aquellas partes de Meaco, especialmente en las tierras de Justo Ucandono, porque así como este caballero era singular capitan en las cosas de la guerra, lo era tambien en celo de la conversion de los gentiles, y últimamente para acabar de plantar en toda su tierra la ley de Dios, envió un recaudo á los vasallos gentiles que tenia, que serian más de 30.000 y muy en particular á los bonzos que se resolviesen ó en ser cristianos ó en irse de sus

tierras, porque él estaba muy determinado en no tener en ellas á los que no adorasen al verdadero Dios criador del cielo y de la tierra. Con esto tuvieron bien que hacer por muchos dias los Padres de Meaco en la conversion de los vasallos de Justo, porque fueron muy pocos los que quisieron quedar en su idolatría.

Pero no era menor el fruto que se iba haciendo en la nueva ciudad de Osaca, porque como estaba allí la corte y señores más principales del Japon, los caballeros que eran cristianos procuraban de traer á sus amigos y conocidos á la iglesia para que oyesen sermones, y el que más en esto se señalaba era Justo Ucandono, el cual como era tan principal y discreto y sabia guardar las ocasiones y coyunturas que eran á propósito de lo que él deseaba, hacia de unos y otros cuanto queria, y en teniendo ganado alguno, procuraba que el H. Lorenzo por ser tan expedito en la lengua y docto en las sectas del Japon, le instruyese muy bien en la ley de Dios. Entre los que se convirtieron por su medio, que serian más de 50 caballeros principales, fué un mozo de grandes partes y muy privado de Fajiba, porque le queria como si fuera su hijo y le hizo su capitan general en la mar; el cual se llamó D. Agustin y no le pesó á Fajiba de que se hiciese cristiano. Dióle nuestro Señor á este caballero grande conocimiento y estima de su ley, y así procuraba traer á los sermones cuantos podia, y el que antes de ser cristiano era muy altivo y presuntuoso, después que se bautizó, pareció otro muy diferente, porque el punto que antes tenia en conservar su honra, le ponia después en guardar la ley de Dios con mucho cuidado y en dar á todos buen ejemplo. Bautizáronse tambien sus padres de D. Agustin, que entrambos estaban en servicio de Fajiba, su padre se decia Ruiza y su madre Magdalena, y era secretaria de la reina y de grande virtud y mucha discrecion.

Por el ejemplo de D. Agustin, como era tan conocido en aquella corte y por sus exhortaciones se convirtieron otros 10 caballeros, y en particular por medio de Justo trujo el Señor á su Iglesia otro caballero mozo de no menores partes que D. Agustin, ni ménos privado de Fajiba, porque era capitan general suyo de la gente de á caballo. Llamábase este caballero antes de ser cristiano Condera, y despues se llamó D. Simon Condera; y parecíasele bien ser hechura de Justo, é imitador de su grande celo y virtud, como adelante se verá. El virey de la ciudad de Meaco y el gobernador de la nueva ciudad de Osaca, tambien daban grandes muestras de ser cristianos, y por lo ménos favorecian la ley de Dios y las cosas de la Iglesia como si lo fueran.

Restábale á Fajiba para gozar pacíficamente de su monarquía allanar de todo punto algunos sobresaltos que tenia de cuándo en cuándo con el tercero hijo de su amo Nobunanga y con el rey de Micaba su tio, los cuales no podian llevar en paciencia ver al criado de su padre puesto en su trono y grandeza. Determinó Fajiba acabar con entrambos de una vez, y para esto juntó un ejército de 70.000 hombres con el cual los cercó en una fortaleza que parecia inexpugnable; mas hizo Fajiba una cosa que solo él pudiera intentarla y salir con ella. Ayudóse de unas sierras que rodeaban la fortaleza y acabó de cerrar lo que faltaba de ellas de tan grueso muro, que bastó á sufrir el peso del agua, y por un lado de la misma sierra echó dentro un grande brazo de rio, con el cual vino á cercar la fortaleza de un lago tan hondo, que pudo echar en él navíos, y creciendo el agua hasta igualar con la fortaleza, los puso en tanto aprieto que vinieron á rendírsele; y por muchos ruegos teniendo respeto á Nobunanga, les concedió las vidas, quitándoles los reinos y tierras que tenian para que hubiesen de vivir siempre por su mano, de lo que les diese y no se le pudiesen levantar otra vez.

Como habia fundado Fajiba la nueva ciudad de Osaca, iba tomando para sí las fortalezas principales que habia por allí cerca para su mayor seguridad, y así pidió á Justo la suya de Tacacuqui, y á Simon Tangandono otra muy buena que estaba cerca de la de Justo. Sirviéronle entrambos con ellas y con su tierra, porque les ofreció que no recibirian los cristianos agravio ni mal tratamiento antes los favoreceria mucho. Sintieron harto los vasallos perder tan buenos señores, pero lleváronlo en paciencia con quedarse entre ellos la casa y residencia que allí tenian los Padres, y el favor que Fajiba les prometia. A Simon Tangandono, dió otra tanta tierra como la que tenia en el reino de Mino, y fué particular providencia del Señor porque aquel caballero era como padre y amparo de los cristianos que habian quedado en aquel reino, como tambien lo fué la mudanza del estado de Justo para que procurase dilatar su santa ley en el nuevo como lo habian hecho el primero que tuvo. Dióle Fajiba en recompensa de lo que le quitó otro muy mayor, mejor y más rico, con lo cual quedó Justo tan grande señor como cualquiera de los reyes del Japon.

Recelándose los nuevos vasallos de Justo, y principalmente los bonzos que habia de procurar luego se hiciesen cristianos, como lo habia con los primeros, tomaron por medio para es-

torbarlo, que se juntasen los bonzos de aquella tierra y se embarcasen para Osaca con sus ídolos, y los presentasen á la reina pidiéndole misericordia. Llegados á Osaca con este recaudo, la reina les ofreció de hablar á su marido; mas como él tenia poca devocion y ménos estima de los ídolos, respondió con el rostro grave á su mujer: «Yo di á Justo esas tierras en trueco de las que le tomé, y él como señor puede hacer en ellas lo que quisiere, y no conviene que yo le vaya á la mano en lo que es de su gobierno; y si los bonzos han traido aquí sus ídolos, tómenlos á cuestas y llévenlos al monte, y déjenlos allí como leña seca ó échenlos en el mar, y no parezcan delante de mí con esa peticion.» Quedó Justo muy contento cuando supo la respuesta que Fajiba habia dado á sus vasallos, y así desde luego puso calor en su conversion. Este mismo deseo tenia D. Agustin de que se hiciesen cristianos los moradores de una isla muy buena que le habia dado á él Fajiba, y así por todas partes iba nuestro Señor aumentando su iglesia y dilatando su santa ley en las partes de Meaco, como lo habia hecho en las del Jimo.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el P. Viceprovincial Gaspar Coello fué á visitar la cristiandad de Meaco, y lo que en el camino le sucedió.

Desde que partió para la India el P. Alejandro en compañía de los embajadores, nunca habia podido el P. Viceprovincial Gaspar Coello, llegar á las partes del Meaco, por los muchos desasosiegos que hubo entónces en aquellas partes con la muerte de Nobunanga, y los que tambien sucedieron en el Jimo con las guerras de Riozogi. Vinieron en este tiempo de la India el P. Francisco Calderon y algunos otros compañeros, que fué de harto consuelo para los que andaban en Japon. Estando el P. Gaspar Coello en el puerto de Nangasaqui para partirse, llegaron dos embajadores del rey de Sajuma con cartas, pidiéndole que por aquel año no fuese á Meaco, por ciertos respetos que le importaban mucho. Parecióles á los Padres que allí se hallaron que se detuviese un par de meses, en los cuales se cumplia el año de los japones, porque no se irritase el de Sajuma, no se haciendo lo que pedia, y adelante se dirán los intentos que en esto tuvo.

Cumplidos los dos meses y el año de los japones, partió el P. Provincial de Nangasaqui, á los 10 de Marzo del año de 1585, llevando en su compañía á los PP. Luis Froes y Francisco Calderon, que habia de ser Rector del colegio de Funay, y á los PP. Francisco Pasio y Damian Marin, con otros tres Hermanos, el uno de ellos era Damian, natural del Japon, y los demás eran Andreas Doria y Juan Nicolás, que era buen pintor. Llegando á Firando, salieron á recibirlos una ó dos leguas los cristianos, halló en aquella iglesia al P. Juan Bautista Montano y al H. Arias Sanchez, ya muy viejos con los continuos trabajos que habian pasado estando solos enseñando á los cristianos y predicando á los gentiles. El rey de Firando, contra su condicion natural por ser contrario á la ley de Dios, no solamente recibió con honra y cortesía, pero mandó que no llevasen derechos algunos en aquel puerto, de todo lo que venia en el navío.

Detúvose allí el Padre siete ú ocho dias visitando los cristianos, y particularmente á los hijos y mujer de D. Antonio y á sus parientes, porque eran el amparo de aquella cristiandad. Partidos de Firando llegaron cerca de Facata, aunque no se detuvieron en aquel puerto. Desde allí pasaron al reino de Nangato, que es del rey de Amanguchi, hicieron noche en un puerto que se dice Jimonojequi, que es muy frecuentado de los navíos del Jimo y del reino de Bungo. Por ser la Semana Santa cuando llegó el Padre á este puerto y el tiempo contrario para navegar, salieron á tierra; hospedáronse en casa de un gentil, y aderezaron su altar en una pieza, donde los Padres decian misa. Sola una mujer cristiana vivia en este lugar, la cual bautizó el P. Cosme de Torres, y se habia conservado entre tantos gentiles con grande inocencia de vida, y cuando supo que estaban allí Padres, vino á visitarlos llorando de alegría. Ningun dia perdia misa, y continuamente pedia que la enseñasen cómo se habia de salvar. Desde el puerto de Jimonojequi tomaron su camino para el reino de Bungo, el P. Francisco Calderon y el H. Juan Nicolás, y el P. Provincial con los demás compañeros para otro puerto del mismo reino de Amanguchi, que está 35 leguas más adelante.

Estando los Padres reposando una noche en su navío, llegó una barca ó fusta al puerto preguntando por ellos. Salieron á ver quien los llamaba, y hallaron que entraban en su navío dos señoras muy nobles y ancianas de casi ochenta años, que parecian unas matronas romanas, con sus cuentas al cuello, acompañadas de un escudero y otras dos criadas de su misma edad, que todas eran cristianas; las cuales postradas en el suelo no se hartaban de dar gracias á nuestro Señor, derramando muchas lágrimas por el con-

suelo que tenian de ver Padres en aquella tierra antes de su muerte, para poderse confesar, que fué una particular providencia de nuestro Señor.

Preguntólas el P. Provincial quiénes eran ó de dónde venian. Ellas respondieron que eran cristianas de Amanguchi, bautizadas por el primer Padre que vino á Japon, que se llamaba Francisco Javier habia treinta y siete años, y que habiendo muerto al rey poco después de bautizadas, como eran hijas de caballeros principales, quedaron desterradas y sin hacienda, y habian pasado muchos trabajos y deshonras de los gentiles y grande necesidad por conservarse en la fe que las habian enseñado, y que rezaban cada dia por aquellas cuentas encomendándose á nuestro Señor, porque no habian tenido desde entónces comunicacion con ningunos otros cristianos, y de presente vivian recogidas en la fortaleza de aquel puerto, porque el capitan de ella, aunque gentil, era deudo suyo. Predicóles el H. Damian toda aquella noche, instruyéndolas en las cosas más necesarias, para que se pudiesen conservar en la fe; y después de haberse confesado con el P. Provincial, les dió algunas cuentas benditas y *Agnus Dei*, con lo cual se volvieron muy consoladas.

De este puerto pasaron á otro que se dice Jibacu. Teníase ya noticia en Osaca de la venida de los Padres, y habia enviado D. Agustin como general de la mar algunos criados suyos con embarcaciones, para que los trujesen con seguridad. Hallaron á los Padres en este puerto los criados de D. Agustin, y desde allí los llevaron á otro que se dice Muro, que era del mismo D. Agustin, y aunque él no estaba allí, los recibió y hospedó otro hermano suyo, el cual les mostró una hermosa ermita que D. Agustin habia mandado hacer en un sitio muy agradable de aquel puerto. Detuviéronse en Muro los Padres algunos dias por ser el tiempo contrario, y en ellos se bautizaron 24 señoras principales, mujeres de algunos caballeros que andaban con D. Agustin en su armada, y vivian en aquel puerto.

Partidos los Padres de Muro, llegaron á la fortaleza de Acaji, que era una de las más principales que habia dado Fajiba á Justo en trueco de sus tierras, y residian en ella sus padres Dario y María, con otra mucha gente principal. Halló el P. Provincial en esta fortaleza á los PP. Organtino y Gregorio de Céspedes, que habian venido de Meaco á recibirle con algunos cristianos del Sacay. Mostróles Dario una muy buena iglesia que habia hecho, y junto á ella iba acabando otra casa y aposentos para los Padres, porque Justo su hijo deseaba mucho que residiesen allí de asiento, como antes lo hacian en la fortaleza de Tacacuqui, y esperaba en Osaca al P. Provincial para pedírselo, y con ese intento habia mandado edificar aquella iglesia y casa, porque desde allí podian salir los Padres con más comodidad á predicar á sus vasallos.

Por ser el tiempo á propósito para navegar no se detuvieron los Padres en esta fortaleza, y así llegaron en pocos dias al Sacay. Antes de entrar en el puerto se descubria una casa que allí habia edificado el P. Organtino, para que tuviesen donde vivir cuando fuesen al Sacay, como lo hacian muy de ordinario. Llegaron á esta ciudad á los últimos de Abril de 1585, cincuenta dias despues que partieron del puerto de Nangasaqui.

CAPÍTULO XIX

Cómo el Padre Viceprovincial visitó á Fajiba Cambacundono, y el buen acogimiento que halló en él.

Detúvose el P. Provincial con sus compañeros algunos dias en el Sacay por el consuelo de los cristianos que le venian á visitar. Estando allí supo los favores que Fajiba hacia á toda la cristiandad y á los Padres que andaban en aquel reino; y así le pareció que convenia visitarle, para agradecérselo.

Iba creciendo cada dia tanto el poder y autoridad de este monarca y emperador, que no sólo poseia pacíficamente los reinos de su antecesor Nobunanga, pero habia acrecentado algunos otros, y era más temido y venerado que no él; porque de la manera que un padre de familias manda y ordena en su casa, así mudaba y trocaba él los reinos del Japon á su gusto, como vía que le estaba mejor para asegurar su imperio, y á ninguno dejaba echar hondas raíces en ninguna parte.

Hizo en la ciudad de Osaca unos palacios y fortaleza con tantos jardines y entretenimientos, que afirmaban todos que con grande ventaja excedian á los que hizo Nobunanga en Anzuquiama, para cuyos edificios traia 40.000 y 50.000 hombres de ordinario, y porque habia falta de piedra, mandaba á los señores de 20 y 30 leguas que le sirviesen cada dia, con tantas barcas de ella puestas al pié de la obra, y sola la ciudad de Sacay enviaba 200 barcas. Tambien era muy hermosa la nueva ciudad que edificó y muy grande, porque á la parte que miraba el camino de Sacay, tenia una legua de casas conti-

nuadas, y poco ménos hácia el Meaco, donde estaba la antigua ciudad de Osaca, y aunque toda era una misma ciudad, pero dividíase la antigua de la nueva poblacion con un grande rio por el cual iban los navíos hasta el Meaco, donde tambien edificó otros muy suntuosos palacios y fortaleza, para estar en aquella ciudad cuando le daba gusto, en la cual ya no habia cuenta de Cubuzama ni de otro superior, sino de Fajiba, y así tomó por nombre Cambacundono, que quiere decir supremo señor del Japon, para que de todo punto se acabase la memoria de los descendientes del primero Cubuzama, que como ya andaban tan de caida desde el tiempo de Nobunanga, así en la renta como en la autoridad, este monarca acabó de quitarlos eso poco que les quedaba y se alzó con todo, porque el Dayri era como una estátua dentro de sus palacios sin tener mano en el gobierno.

Para conservar este emperador su autoridad con la riqueza, mandó hacer en todos sus reinos unas casas fuertes para recoger en ellas todas sus rentas y venderlas en su tiempo, y afirmaba su secretario que de solo arroz hacia cada año un millon de oro. Llegado á Osaca el P. Provincial, viniéronle á visitar Justo Ucandono y don Agustin y D. Simon Condera, y los demás caballeros cristianos de aquella corte, y á todos pareció muy necesario que el Padre visitase á Cambacundono, que así le llamaremos de aquí adelante.

Fué el Padre á palacio acompañado de algunos otros Padres y cristianos. Dieron el recaudo á Cambacundono, y aunque le hallaron con diversos embajadores y otros señores principales, mandó que entrasen á una sala donde estaba con grande majestad en frente de la puerta, y todos aquellos señores y caballeros puestos por su órden á los lados. Ibales diciendo su secretario quién era cada uno de los Padres como iban entrando, y ellos haciéndole su acatamiento y reverencia conforme al uso de la tierra. Mandólos llegar cerca de sí haciendo salir fuera de la sala á los señores que habia en ella; si no fué á Justo Ucandono, que por ser cristiano, le dijo que se llegase á los Padres, á los cuales trató con harta cortesía mandándolos sentar; y preguntándoles diversas cosas así de la India como de Europa. Hizo luego traer dos canastillos de higos muy buenos que le habian traido del reino de Mino, con otras frutas y convidó á los Padres que comiesen de ellas, no consintiendo que sirviesen allí otros pajes sino los que eran cristianos. Acabada la merienda dejó su asiento y vínose junto al P. Provincial, y comenzó á loar mucho la intencion con que los Padres andaban en Japon predicando la ley de Dios. Díjole tambien cómo tenia intento de conquistar la China, y para ello mandaba hacer mil navíos y que gustaria mucho tener dos naos grandes de las que venian de la India y las pagaria muy bien y á gusto de sus dueños, y que si acababa de sujetar aquel imperio, pensaba hacer iglesias en todas partes y mandar que se hiciesen cristianos así en la China como en Japon, porque tuviesen todos una ley.

Pasada esta plática, que fué bien larga, mandó abrir las puertas y ventanas de las salas y piezas más principales que habia en los palacios y fortalezas, y á Justo y á Ruiza que se las enseñasen, y que entrasen los demás cristianos que habian venido en compañía de los Padres tambien á verlas, y poco despues subió él mismo, y con grande amor y afabilidad les iba mostrando cada cosa, diciendo: «Esta pieza que aquí veis está llena de oro, esta otra de plata, esta de sedas y la otra de damascos, aquella de espadas y armas preciosas.» Entre otras cosas les enseñó una cama de oro macizo, la cual habia hecho armar el dia antes. Iba delante de Cambacundono una niña de trece años, ricamente vestida, que le llevaba su espada, porque dentro de la fortaleza no se sirve de hombres sino de mujeres, las cuales pasaban de 300 hijas de los señores principales de sus reinos, y se criaban en compañía de su mujer. Subió con los Padres hasta lo más alto de la fortaleza, de donde se veian todas las obras y gentes que trabajaban en ellas, quedando admirados todos del favor que hacia á aquellos Padres, porque jamás habia hecho cosa semejante con ningun señor de cuantos habian venido á Osaca.

Tornando á bajar de la fortaleza, se asentó otra vez con ellos en la sala, y dijo cómo pensaba dar algunas tierras en Figen á D. Agustin y á su padre Ruiza. Trujo tambien allí en plática la disputa del P. Luis Froes y del H. Lorenzo que pasaron en Meaco con el bonzo Niquijojuni, diciendo: «Yo me hallé allí, y si fuera en mi tiempo no se atreviera aquel bonzo á hacer semejantes descortesías, porque le mandara cortar luego la cabeza.» De aquella sala llevó á los Padres á otras piezas más bajas y más secretas donde él tenia su recámara, y mandó abrir otras puertas, dió licencia á las señoras cristianas que estaban con su mujer para que viniesen á visitar allí á los Padres. Este fué el buen acogimiento que Cambacundono les hizo, para que se vea cuán en su mano tiene nuestro Señor los corazones de los reyes, y que si quitó á Nobunanga la monarquía que tanto amparaba y defendia la cristiandad, puso otro en su lugar con el mismo deseo de favorecerla.

CAPÍTULO XX

De otros particulares favores que hicieron Cambacundono y su mujer al P. Provincial.

Vuelto á casa el P. Provincial con sus compañeros, vinieron todos aquellos caballeros cristianos con grande contento del favor que Cambacundono les habia hecho, estimándolo más que si cada uno de ellos le hubiera recibido. Envió el dia siguiente el P. Provincial al P. Organtino á dar las gracias á Cambacundono del favor y merced que á él y á sus compañeros habia hecho el dia de antes. Mandóle entrar y preguntóle si habia quedado el Padre contento. Díjole que no hablaban de otra cosa, sino del grande favor que Su Alteza les habia hecho. Holgóse de oirlo, y despidió al Padre con buen gusto. Entrando despues á visitar Cambacundono á su mujer, dijo que le pesaba porque no la hubiesen visto los Padres. Respondióle ella que habia estado con cuidado hasta saber cómo los recibia Su Alteza, porque deseaba les hiciese honra por ser extranjeros y buena gente, y se habia alegrado mucho cuando le dijeron lo que con ellos habia hecho.

Estando otro dia Cambacundono en su sala con mucho señores y caballeros, movióse plática de los Padres, y dijo uno de ellos que en Sacay habia un hermano llamado Vicente, muy hábil y discreto, el cual deseaba mucho saber las sectas del Japon, y él habia impedido que no se las enseñase un bonzo que se habia encargado de ello. Preguntóle el emperador ¿y por qué hicistes eso? Respondió el caballero que Vicente era cristiano y no era bien que supiese los secretos de sus sectas, porque después les haria mayor guerra. Dijo entónces Cambacundono, eso que vos hicistes fué contra toda razon, y por lo que yo he entendido tengo por mejor la ley de los cristianos que á todas las sectas del Japon.

Algunos dias antes que el P. Provincial llegase á Osaca, fué Cambacundono un dia de repente á la casa que allí tenian los Padres acompañado de algunos señores. Salióle á recibir el P. Gregorio de Céspedes que se halló allí, preguntóle muchas cosas acerca de las imágenes que habia en la iglesia. Respondióle el Padre á todas con mucha satisfaccion, y deteniéndose un poco delante de los que iban con él, dijo al Padre: «Bien sé, Padres, que sois mejores que el bonzo de Osaca, y que teneis diferentes costumbres y limpieza de vida. Sabed que á mí me contenta todo lo que vuestra ley dice, y no siento otra dificultad para hacerme cristiano, sino la prohibicion que pone de no tener más que una mujer, que si esto no fuera, luego me bautizara.»

Y la misma emperatriz con ser muy devota de los ídolos, viendo la estima que su marido tenia de la ley de Dios, se habia mudado tanto, que favorecia á las Padres y á la cristiandad con gusto en las ocasiones que se ofrecian. Suplicáronle una vez por medio de Magdalena, su secretaria y madre de D. Agustin, que les alcanzase del emperador una patente para tres cosas. La primera, para que se pudiese predicar la ley de Dios en todos sus reinos, y recibirla sus vasallos libremente si les contentase. La segunda, que libertase á las iglesias de la obligacion universal que tienen en Japon los monasterios de los bonzos de hospedar soldados. La tercera, que por ser los Padres extranjeros, los hiciese exentos de otras obligaciones particulares que tenian los vecinos, y los señores de las tierras imponian á sus vasallos. Encargóse la emperatriz de hacerlo, y envió á pedir á los Padres que le diesen la patente escrita como ellos la deseaban, porque la presentaria como suya propia; y así lo hizo, y Cambacundono lo concedió todo con buena voluntad, y aun añadió más de lo que se le pedia, diciendo que pusiesen en la patente que en todo el Japon se predicase la ley de Dios, porque él era superior á todos los reyes, y no se contentó con enviar una provision, sino que mandó se la diesen duplicada con su firma y sello, porque si ponian la una en público, les quedase otra guardada.

Quedaban espantados los gentiles viendo lo que Cambacundono hacia con la cristiandad, y decian que ya la favorecia más que Nobunanga, porque cualquiera patente de aquellas que hubiera de dar á los bonzos, aunque fuera para cosas muy ordinarias, les llevaba mucho millares de ducados por cada una, y á los cristianos no consentia que se les llevase nada por ellas, y ménos á los Padres. Volvió el P. Provincial con el P. Organtino segunda vez á palacio para dar á Cambacundono las gracias de esta nueva merced. Recibiólos con el mismo amor y afabilidad que la primera vez, deteniéndose con ellos en diversas pláticas casi tres horas, y después los mandó dar de cenar en su mismo aposento, estando en las salas de fuera muchos señores y caballeros esperando y admirados de lo que Cambacundono hacia. Tambien les envió la emperatriz desde su aposento diversos platos de frutas, y que dijesen al Padre el contento que habia recibido de haber negociado la primera cosa que le habia encomendado, y que desde allí adelante lo haria con la misma voluntad en todo lo

que se les ofreciese. Envióle el Padre las gracias por el favor y merced que les habia hecho y hacia de presente.

CAPÍTULO XXI

De algunas cosas particulares que negoció el P. Provincial antes de partirse, y los terremotos que hubo en aquella tierra.

Habiendo negociado el P. Provincial tambien con Cambacundono lo que tocaba á la cristiandad, pasó á ver los cristianos de Meaco, donde visitó al virey de aquella ciudad y á otro sobrino de Cambacundono, que entrambos favorecian con particular afecto las cosas de la Iglesia y cristiandad. Desde Meaco volvió el Padre á Osaca, para acabar algunas cosas antes de su partida, que tenia comenzadas de mucho servicio de nuestro Señor por medio de aquellos caballeros cristianos. La primera fué, que D. Agustin, capitan general de la mar, tenia estrecha amistad con el rey de Bugen, que se llamaba Fachirandono, mozo de trece ó catorce años y señor de dos reinos, y por esta vía llevaba D. Agustin á todos los caballeros de aquel reino que entónces estaban en la corte á los sermones, y algunos de ellos se bautizaron y otros dos gobernadores de aquel reino deseaban lo mismo, y con ocasion de la patente que dió Cambacundono para que se predicase la ley de Dios en todos los reinos, trató D. Agustin con este rey y con su madre viuda que estaba en la corte, que diesen entrambos otra patente, para que tambien se pudiese predicar en Buigen, y así la dieron, y particular licencia para que pudiesen tener los Padres casa é iglesia en la ciudad principal que se decia Vocayama.

La segunda cosa y no ménos importante fué, deseaban sumamente los Padres tener entrada en el reino de Amanguchi, por haber hecho en él algunos cristianos el P. Francisco Javier y el P. Cosme de Torres, los cuales perseveraban siempre en la fe, pero no podian ser visitados ni consolados, porque los reyes de Amanguchi no consentian que entrasen los Padres en aquel reino; y á esta causa habia treinta y siete años, poco más ó ménos, que estaban sin sermon ni misa, sino fué una sola vez y de paso, que estuvo allí el P. Francisco Cabral. Representábaseles por otra parte, que siendo el rey de Amanguchi tan poderoso, porque tenia siete ú ocho reinos, si diese licencia, se podria dilatar mucho la ley de Dios en sus tierras.

Ofrecióse una buena ocasion para tratar de este negocio, porque como se dijo al principio de este lib. x, cuando mataron á Nobunanga, estaba Cambacundono, que era su capitan general, con ejército formado, haciendo guerra al rey de Amanguchi, y aunque entónces la dejó por acudir á lo principal; pero viéndose ya señor de la monarquía del Japon, tornó á insistir en que el rey de Amanguchi le diese la obediencia, y le hiciese particular reconocimiento ó le habia de destruir del todo. No se atrevió á resistirle el de Amanguchi, sabiendo cuán valeroso capitan era y poderoso para quitarle sus estados, y así trató de darle la obediencia con los mejores partidos que le fuese posible por medio de D. Simon Condera, capitan de la gente de á caballo, que era su amigo. Por esta vía como iba y venia D. Simon Condera á Amanguchi, trató el P. Provincial con él de este negocio, y él se encargó de acabarlo muy á gusto del Padre, como después lo hizo, y en su lugar diremos el fruto que resultó de esta diligencia.

Concluidas estas cosas y acabados de visitar los cristianos é iglesias de Meaco y de aquellas partes, se despidió el Padre de Cambacundono, encomendándole de nuevo la cristiandad y á los Padres que andaban trabajando en ella, y él se ofreció de favorecerlos. Tambien le pidieron Justo y D. Agustin algunos Padres para la conversion de sus vasallos, y él les ofreció de tener siempre cuidado de enviar allá todos los que pudiese. Finalmente, despedido de todos tomó su camino para el Sacay, donde se habia de embarcar para las partes del Jimo.

En este tiempo que se detuvo el Padre en Meaco y Osaca, que fué el verano de 1585, tembló la tierra cuarenta dias, y los cuatro de ellos fueron casi continuos los temblores, de los cuales se arruinaron en diversas partes muchos edificios, porque en la ciudad de Sacay cayeron 70 casas, y en el reino de Bomi más de 1.000, y no sólo temblaba la tierra, pero en algunas partes se abrió y tragó las casas con la gente, y en otras se quemaron y convirtieron en ceniza, que parecia castigo del cielo. Tambien cayeron en Meaco algunas casas y edificios, y un templo de ídolos de los más nombrados que habia en aquella ciudad. En el reino de Vacasa habia un lugar bien grande junto á la orilla del mar que se decia Nagafama, muy frecuentado de mercaderes. Este lugar tembló algunos dias, y al cabo de ellos creció el mar de manera que entraron las olas en el mismo pueblo, y á la vuelta que hicieron se llevaron las casas y la gente, sin quedar rastro ni señal de nada, más que si no hubiera habido allí jamás lugar.

En el reino de Mino habia otra fortaleza muy nombrada que se decia Vogaqui, asentada so-

bre una sierra, la cual comenzó á temblar tan reciamente, que abriéndose la tierra, poco á poco se fué hundiendo sin ser vista más, quedando en lugar de la fortaleza una laguna de agua. En otras partes de aquellos reinos se hicieron algunos boquerones y aberturas más largas que un tiro de arcabuz, por las cuales salia tan mal olor, que no se podia caminar cerca de ellos. Al principio de estos terremotos estaba Cambacundono en Sacomoto, cerca de Meaco, y con grande espanto y miedo tomó la posta y se vino á Osaca, y aunque los edificios de aquella fortaleza padecieron algo con los terremotos, pero nada de ellos se cayó. Con estas cosas hizo nuestro Señor abrir los ojos á muchos gentiles, y les ayudó para convertirse á nuestra santa fe.

CAPÍTULO XXII

Cómo el P. Provincial volvió á Bungo, y el fruto que se hacia en aquel reino.

Partido el P. Gaspar Coello de Sacay para Bungo, vino á dar en la isla de un corsario que era muy nombrado en Japon y se decia Jijimandono, el cual tenia una fortaleza en aquella isla, y muchos bajeles con que salia á correr el mar; y era tan temido, que muchas ciudades y mercaderes le pagaban tributo, por tener el paso seguro para sus viajes. Envióle el Padre á visitar llegando á su puerto con un presente, pidiéndole un salvo conducto para pasar libremente, sin que le hiciesen daño sus navíos. Recibió el corsario al Hermano que le iba á visitar con mucha honra, y le convidó á comer, y despues le dió una bandera de seda con sus armas, para que encontrándole sus soldados no les hiciesen daño ni agravio.

De aquella isla pasaron al reino de Jijo, donde residia Cobaycabandono, tio del rey de Amanguchi, el cual recibió al Padre con mucha cortesía, por la obligacion que él y su sobrino tenian á D. Simon Condera, que trataba los conciertos entre Cambacundono y el rey de Amanguchi. Viendo el Padre la buena voluntad de este rey, le pidió licencia para que pudiesen predicar en su tierra, y él la concedió de muy buena gana, y dió al Padre una carta para el rey de Amanguchi, su sobrino, pidiéndole que holgase de que estuviesen los Padres en su reino. Hízole el P. Provincial una plática breve de la ley de Dios, y mostró holgarse de haberla oido, porque después de ido el Padre á su posada, envió á preguntar al H. Damian algunas dudas que le habian quedado, y satisfaciéndole á ellas, dijo que deseaba tener tiempo y lugar para oir despacio los sermones, porque habia tenido hasta allí muy diferente opinion de la ley de Dios de la que entónces tenia.

Partidos del reino de Jijo, llegaron el Padre y sus compañeros al principio del año de 1586 al reino de Bungo, donde fueron recibidos con grande consuelo, así de los Padres como de todos los cristianos, por el buen acogimiento y entrada que habian hallado en Cambacundono, y el deseo que mostraba de favorecer la cristiandad, y no fué menor el que recibió el mismo Padre, viendo el mucho fruto que se iba haciendo en aquel reino, y aunque era grande impedimento para la conversion ser el príncipe gentil y haberse resfriado tanto en el primer deseo que habia mostrado de ser cristiano, pero la grande virtud del rey Francisco y ejemplo de su vida, era más parte para aumentar el fervor en aquella cristiandad, que no su hijo para impedirle.

Bautizáronse en aquel reino de Bungo el año de 85 y 86 más de 15.000 almas, y el mayor número de ellas fué en el estado de Mion, que era del príncipe D. Pantaleon, en el cual tendria 40.000 vasallos que los más deseaban y pedian el santo Bautismo.

En las tierras de D. Paulo se habian bautizado tambien como 6 ó 7.000, y en cada parte de estas habia un Padre y un Hermano que tenian cuidado de enseñar y doctrinar aquellas almas, ayudándose de algunos mozos japones.

El rey Francisco, como se sentia ya viejo y cansado, y con más deseo de tratar de las cosas de su alma que no de las del gobierno, viendo que los reinos de Bungo y Buigen y Chicungo estaban quietos, y que el príncipe su hijo tenia edad para gobernarlos, tornó á descargarse de este cuidado y retiróse al estado de Sucumi con toda su casa y con un Padre y un Hermano de la Compañía, porque eran cristianos casi todos los de aquella tierra y ella era harto apacible.

Retirado en Sucumi, ocupaba su tiempo en oir cada dia misa con grande atencion y reverencia, y algunas horas en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor, porque le daba en ella Su Divina Majestad particular gusto y sentimiento. Otro tiempo tenia tambien señalado para leer algunos libros devotos y rezar sus devociones, que quien viera el órden y concierto de su vida, más le juzgara por religioso de muchos años que por señor ni rey.

El príncipe residia con su corte en la ciudad de Funay, y aunque favorecia poco á los cristianos, pero tampoco los desfavorecia. Lo que más causó admiracion en todos, fué ver la mudanza que hizo la reina vieja Jezabel, la cual, antes no

podia ver á ningun cristiano, y despues tenia en su casa más de 60 mujeres cristianas honradas y nobles, y á dos hijas suyas que tambien lo eran. La una de ellas se decia doña Magencia, y la otra Regina, y la que antes en viendo un rosario en su casa, se le quitaba á cualquiera mujer que le trujese y le echaba en el fuego, después ella misma les acordaba que fuesen á misa los domingos y fiestas, y que no trabajasen aquellos dias, por entender que lo mandaba así la ley de los cristianos; y olvidándosele un dia en casa á su hija Magencia el rosario, ella misma se le envió con un paje á la iglesia. Muchas veces se entraba con sus hijas y con las otras mujeres cristianas en el oratorio, y les preguntaba por los santos, cuyas imágenes estaban en el altar. Fuéla á visitar el P. Provincial cuando volvió de Meaco, porque se lo rogaron sus hijas. Recibióle con mucha honra y comedimiento, y después le envió algunos presentes con el agradecimiento de la visita. Esta mudanza atribuian todos á las oraciones del rey Francisco y á la grande estima que tenia ella de su grande valor y mucha prudencia, y la admiracion que le causaba su modo de vida tan ejemplar.

CAPÍTULO XXIII

De las guerras que se levantaron entre los dos reyes de Sajuma y de Bungo.

Comenzó el príncipe de Bungo á gobernar segunda vez sus estados, y parece que le iba castigando nuestro Señor por lo mal que correspondia al conocimiento que le habia dado de su ley y deseos de recibirla. Porque así como la primera vez en tomando el gobierno de sus reinos vino casi á perderlos todos por donde pensó asegurarlos, así esta segunda vez, habiéndole su padre ganado y pacificado los tres, volvió á perderlos casi de todo punto, para que se vea que la mayor guerra es la que hace Dios, y el más poderoso enemigo es tenerle á él por contrario, en cuya mano está dar y quitar los reinos y señoríos.

El rey de Sajuma, como se vió poderoso y con tres reinos que eran Sajuma, Bonzumi y Fingo, quedó muy sentido de no haber podido tomar el reino de Chicungo, por adelantarse el ejército de Bungo (como queda dicho) y con deseo de vengarse y cobrar lo que habia perdido, se confederó con Aquezuqui, el que se alzó con el reino de Chicugen. Concertáronse, pues, entrambos en que comenzase la guerra Aquezuchi, entrando por el reino de Buigen, y él comenzaria por el reino de Bungo, y de esta manera se lo quitarian todo, y recelándose el de Sajuma que el P. Provincial iba á Meaco para pedir socorro á Cambacundono para el rey de Bungo, quiso estorbar su camino cuando le envió aquellos embajadores al puerto de Nangasaqui, porque desde la pérdida de Chicungo habia amenazado á los de Bungo, aunque no se habia entendido que tomara el negocio con las veras que despues pareció; pero cuando el P. Provincial volvió de Meaco, ya se hablaba públicamente de esta guerra, y se descubrian los intentos del rey de Sajuma.

Viéndose el príncipe de Bungo y los de aquel reino en este aprieto, acudieron como solian en sus mayores necesidades al rey Francisco, el cual aunque sintió mucho dejar su quietud y recogimiento por no faltar á su obligacion y al remedio de un negocio tan grave, se puso en camino para Osaca, pareciéndole que ningun medio seria tan eficaz para el buen suceso de estos negocios, como pedir favor á Cambacundono, y para obligarle más con su presencia, quiso él mismo ir en persona á tratarlo. Recibióle Cambacundono con mucha honra, como lo merecia la calidad de su persona, y procuró con algunos medios concertar entrambos reyes; mas el de Sajuma nunca quiso venir en ellos, porque le quitaban algo de lo que tenia y no le daban nada de nuevo. Enojóse Cambacundono mucho de la soberbia del de Sajuma, y prometió al rey Francisco de enviarle socorro muy cumplidamente, y de ir él mismo en persona si fuese necesario, por lo cual el rey Francisco le hizo muchas gracias, y volvió á Bungo dando á todos mucho contento con el buen despacho que traia.

Como entendió el de Sajuma que Cambacundono habia ofrecido de favorecer á los de Bungo, determinó hacer su negocio antes que llegase la gente de Meaco, y para salir con su intento más al seguro, se carteó con algunos señores del mismo reino para que le diesen entrada, porque estaban disgustados del príncipe por algunos agravios particulares. A quien más se cargó la culpa de este negocio fué al príncipe D. Sebastian, hijo segundo del rey Francisco, porque entre los dos hermanos habia siempre muchos repelos y disgustos, y la ocasion de ellos fué que como D. Sebastian hizo rostro á su madre y á su tio Chicacata en el negocio de su primo D. Simon, siempre le tenian entrambos mala voluntad, y aunque no se la mostraban al descubierto por amor del rey Francisco su padre, pero en todas las ocasiones que se ofrecian procuraban de ponerle mal con el príncipe su hermano mayor, que ya gobernaba

el reino, levantándole muchas cosas que no le pasaban por pensamiento, lo cual era causa de que mostrase el príncipe siempre particular disgusto de D. Sebastian y se fiase poco de él, y entre otras cosas le dijeron que se carteaba con el rey de Sajuma y trataba de darle entrada en el reino, siendo cosa sin fundamento; mas como el príncipe era fácil en creer lo que de su hermano le decian, persuadióse que esto era verdad, y así le quitó todas sus tierras dejándole pobre y necesitado, y después vino á morir de pena; mas por justo juicio del cielo, el mismo príncipe pagó tambien este y otros pecados con la misma pena como en su lugar se dirá.

Daba mucha priesa el rey Francisco á Cambacundono suplicándole que enviase el socorro con brevedad, porque el de Sajuma se la daba tambien para venir con su gente y comenzar la guerra. Tenia ojo Cambacundono á venir él mismo en persona á las partes del Jimo, para otros intentos y trazas que él llevaba, y de camino pensaba, favoreciendo al rey de Bungo, destruir al de Sajuma de quien estaba muy ofendido, pero no podia desembarazarse tan presto para hacer esta jornada, y así envió delante á D. Simon Condera para que socorriese al reino de Buigen contra Aquezuchi, y escribió al rey de Amanguchi que le acudiese con toda su gente como á su capitan general. Tambien escribió por otra parte al rey de Sanoqui que fuese luego á socorrer á Bungo contra los de Sajuma con el mayor ejército que pudiese. Con este buen socorro que vino á entrambos reinos, se tornó el rey Francisco á su recogimiento, pareciéndole que tenia su hijo bastante recaudo para defender el reino, porque él con sus enfermedades y vejez no podia ya andar en las guerras. El efecto que hicieron estos capitanes en el socorro de Bungo y de Buigen, diremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXIV

De la venida de Condera y cómo por su medio fueron los Padres restituidos en el reino de Amanguchi y se cobró el de Buigen.

Antes que digamos del socorro que trujo el rey de Sanoqui y de lo que de su venida resultó, será bien decir primero lo que hizo el capitan D. Simon Condera. Llegado al puerto de Jimanozuque con la gente que traia, fué recogiendo la del rey de Amanguchi. A este tiempo llegó el P. Provincial al mismo puerto, porque en teniendo aviso que Condera era llegado, fué á verse con él para tratar lo que entrambos habian platicado en la ciudad de Osaca, en razon de restituir á los Padres en aquel reino y que se predicase en él la ley de Dios. No se habia descuidado Condera de este negocio, y así le tenia ya concluido cuando llegó el Padre, y entrambos fueron á visitar al rey de Amanguchi y á darle las gracias del favor que hacia á la cristiandad. Recibióle Moridono, que así se llamaba el rey de Amanguchi, con mucha honra y muestras de amor, y confirmó por sus patentes lo que habia dicho de palabra á Condera, y fuera de la licencia universal que dió para que se predicase en todos sus reinos la ley de Dios, concedió en particular que se hiciesen tres casas de residencia con sus iglesias, y que la principal de ellas estuviese en la misma ciudad de Amanguchi, donde los PP. Francisco Javier y Cosme de Torres la habian fundado más habia de treinta y siete años con hartos trabajos.

No quiso perder el P. Provincial esta buena ocasion que nuestro Señor le habia puesto en las manos, y con los Padres que traia en su compañía dió principio á la primera casa de residencia en el puerto de Jimonozuque, y á la segunda en la ciudad de Amanguchi, y no sin particular providencia del cielo, porque sirvieron despues estas casas para recogerse en ellas los Padres y Hermanos que salieron de Bungo cuando se destruyó aquel reino. La tercera casa de residencia se señaló en el reino de Jijo, porque su tio de Moridono y señor de aquel reino que hospedó al P. Provincial viniendo de Meaco, quiso que se fundase allí. No se puede declarar el alegría de los cristianos que habian quedado en el reino de Amanguchi, cuando supieron que habia casa é iglesia en la ciudad, porque dejaban sus lugares y se venian á vivir en ella, por gozar de los sermones y poder oir misa y tratar de las cosas de su alma.

Acabadas de asentar en Amanguchi las cosas de la cristiandad, partió el capitan Condera con su gente para el reino de Chicugen, que era propio de Aquezuchi, y como era tan diestro y valeroso, fuese apoderando del reino de manera, que tuvo necesidad Aquezuchi de dejar la conquista que tenia comenzada de Buigen, para venir á defender su tierra, y todo le sucedió mal, porque Condera se hizo señor de entrambos reinos, y él se quedó sin nada. Enviábale cada dia gente de nuevo Cambacundono á Condera desde Meaco para venir después en persona, y entre ellos fué á su mismo cuñado, casado con una hija bastarda y á otro hermano suyo. Traia cada uno de estos señores mucha gente, y así pudieron cobrar con facilidad el reino de Buigen, y echar á Aquezuqui del suyo propio de Chicugen. Como era tan celoso de la religion

cristiana el capitan Condera, no se contentaba con solo conquistar los reinos, sino que aprovechándose de la autoridad que traia con los señores y caballeros de su ejército, procuraba ganar para nuestro Señor las almas que podia, sin dejar pasar ninguna ocasion de cuantas se le ofrecian para ello, y por su medio estando en Amanguchi se convirtió á nuestra santa fe un hermano del rey de Jijo y heredero suyo. Tambien se bautizaron dos hermanos del mismo Condera y su hijo mayor con otros muchos caballeros.

CAPÍTULO XXV

De la pérdida de Bungo y destruicion de las dos ciudades que se decian Vosuqui y Funay.

Entre tanto que el capitan Condera conquistaba los reinos de Chicugen y de Buigen, vino el rey de Sanoqui á socorrer á Bungo con buen número de gente, pero con ménos prudencia de la que era menester para un negocio tan grave como aquel, porque le pareció que bastaba estar él con su gente en aquel reino, para que no se atreviesen á entrar en él los de Sajuma, y con esta seguridad y descuido comenzaron el príncipe y el rey á darse buena vida y holgarse en la ciudad de Funay. Como vió el de Sajuma que Condera estaba ocupado en lo de Buigen y los de Bungo tan descuidados, caminó á paso largo con su gente, y primero estuvieron dentro del reino, que lo echasen de ver. No hallaron los enemigos quien les hiciese rostro, sino fué D. Paulo, el cual aunque dió aviso al príncipe con tiempo y respondió que le acudirian, nunca lo hicieron, y así le fué necesario poner su gente en órden y recogerse en su fortaleza, de donde hizo harto daño en los enemigos.

Los de Sajuma repartieron su ejército en dos partes, la una de ellas tomó el camino para la ciudad de Vosuqui, y la otra la vuelta de Funay. El rey Francisco, viendo el mal recaudo de su hijo y la perdicion del reino, con harto dolor y sentimiento se recogió á la fortaleza que tenia dentro del mar y cerca de Vosuqui. Recogiéronse con él los Padres y Hermanos de aquella casa y gente de la ciudad y pueblos comarcanos, porque los de Sajuma venian quemando y asolando los lugares por donde pasaban. Cupo grande parte de este trabajo á los cristianos que vivian en aquel camino, porque á muchos mataron y á otros cautivaron, y al buen D. Leon, que vivia en Nocen, quemaron sus casas y la iglesia que habia edificado, y por grande ventura pudieron escapar él y su mujer y recogerse en la fortaleza, para morir allí con el rey Francisco. Tambien mataron á otro señor de la sierra de Inda, que era muy buen cristiano y muy principal caballero. Fué grande el estrago que hicieron los de Sajuma, porque en los lugares de la comarca de Vosuqui quemaron las iglesias y cortaron las cruces, y lo mismo hicieron de la iglesia que habia edificado el buen rey Francisco y de la casa que los Padres tenian dentro de aquella ciudad, á la cual últimamente pusieron fuego. Tambien tuvieron cercada la fortaleza tres dias, mas viendo que no tenian navíos para entrar por la mar, y por la tierra era el paso tan estrecho y dificultoso, que bastaban pocos para defenderse mucho tiempo, tomaron su camino la vuelta de Funay, á donde habia de acudir la otra parte de su ejército.

El rey de Sanoqui y el príncipe con su mal gobierno, en lugar de acudir á la mayor necesidad que era esta, por donde habia entrado la principal parte del ejército de Sajuma, caminaron con su gente hacia Buigen á remediar otras cosas de menos importancia, y cuando dieron vuelta, viendo el daño que los enemigos hacian, gastaron tanto tiempo en consejos y dilaciones, que dieron lugar á que los de Sajuma hiciesen el daño que se ha dicho en la ciudad de Vosuqui y en su comarca.

Echóse bien de ver en este tiempo la grande piedad y caridad del rey Francisco, acudiendo á las necesidades de tanta gente como se habia recogido en aquella fortaleza con mucha liberalidad, y compadeciéndose de sus trabajos más que si fueran propios. Desde que se recogió el rey en su fortaleza, adivinando lo que habia de suceder, dió mucha priesa á los Padres que residian en la ciudad de Funay, que no aguardasen en ella la venida de los de Sajuma, sino que recogiesen luego todo lo que tocaba á la iglesia y casa, como él lo habia mandado hacer en Vosuqui, y se pasasen al reino de Amanguchi, entre tanto que se veia el suceso de las cosas de aquel reino, porque él no esperaba del mal gobierno de su hijo y del rey de Sanoqui, sino la total destruicion de él.

Como los Padres sabian el amor y voluntad con que el rey Francisco miraba lo que á ellos y á toda la Iglesia y cristiandad tocaba, determináronse de seguir su consejo, aunque para esta salida habia algunas dificultades, porque estando el reino tan revuelto, ni por mar ni por tierra tenian seguridad, á lo cual se añadia que el rey de Sanoqui, que hacia oficio de capitan general, habia mandado que nadie saliese de Funay, so pena de la vida, ni sacase hacienda ni otra cosa alguna, para obligar á los vecinos

que estuviesen dentro de la ciudad para defenderla; pero con la gracia de nuestro Señor se allanaron todas, porque el P. Provincial sabiendo en Amanguchi, donde entónces estaba, lo que pasaba en Bungo, habia escrito á Condera, pidiéndole que diese órden, para que pudiesen salir de aquel reino los Padres, si fuese necesario, y él lo previno tan á tiempo, que envió sus mismos navíos con diversas cartas para otros capitanes que andaban por aquel mar, encargándoles que recogiesen aquellos Padres y todo su hato, y los llevasen al puerto de Jimonozuqui. Tambien llegaron al mismo tiempo cerca de Funay dos navíos grandes de un capitan vasallo de D. Agustin, el cual por particulares pretensiones que tenia, deseaba hacerle algun servicio, y sabiendo el gusto y contento que le habia de dar en socorrer á los Padres en esta necesidad, los recogió todos en sus navíos con su hato, y fueron 33 de la Compañía con otros 28 mozos japones los que se embarcaron para el reino de Amanguchi, y solamente quedaron en el reino de Bungo como 13 religiosos, un Padre y dos Hermanos con el rey Francisco, y otros tantos en Funay, y los demás en otras diversas residencias.

El hermano del rey de Sajuma que venia por capitan general de aquel ejército, caminó con la mayor parte de él para Funay, y tuvo cercado á D. Paulo muchos dias sin poderle rendir ni tomar su fortaleza; antes recibiendo mucho daño de él y de los suyos y al fin le hubieron de dejar y pasar adelante á otra fortaleza, donde estaba un capitan cristiano muy valeroso que la defendió, hasta que le mataron de un arcabuzazo. Salieron de Funay el príncipe y el rey de Sanoqui con su gente á socorrer esta fortaleza, mas diéronse tan ruin maña en esto como en todo lo demás, porque cuando llegaron ya era perdida y muerto el capitan, y viniendo á batalla con los de Sajuma, fueron entrambos vencidos y desbaratados y tuvieron harta ventura en poder escapar las vidas huyendo, y no se teniendo por seguros en la ciudad de Funay de los sajumanos que venian en su seguimiento, se retiraron á los últimos términos del reino de Bungo y cerca de Buigen, en una fortaleza que allí habia muy segura.

Los de Sajuma como quedaron señores del campo y se habian juntado con los que venian de Vosuqui, entraron en la ciudad de Funay, que seria de 8.000 vecinos, sin hallar resistencia y la destruyeron toda, porque viendo los moradores vencido y desbaratado á su príncipe, la habian desamparado antes que llegasen los enemigos, y para que ningun género de miseria les faltase por probar á los de Bungo, tras esta guerra se siguió una tan grande pestilencia que murió de ella infinita gente y con entrambas cosas se acabaron de destruir casi todas las iglesias y casas de residencia que tenia la Compañía en aquel reino, y grande parte de los cristianos quedaron cautivos y muertos otros, y muchos perdidas sus casas y haciendas. Murió tambien en este tiempo la reina Jezabel de pestilencia y aunque algo mudada en su condicion, pero tan firme y obstinada como siempre, en su idolatría.

CAPÍTULO XXVI

Cómo vino Condera á socorrer á Bungo y se bautizó el príncipe y se mejoraron las cosas de aquel reino.

Dejóse tanto gobernar el príncipe de Bungo del rey de Sanoqui, que fué causa de su total destruicion, porque el rey tenia poca experiencia y ménos prudencia, y queria guiar todos los negocios de aquella guerra por solo su parecer, y nunca se atrevió el príncipe á hacer recurso al consejo de su padre, por no disgustar al que venia á favorecerle, ni el rey Francisco á decir lo que sentia porque no se habia de hacer nada de cuanto él ordenase, y era tanta la arrogancia del rey de Sanoqui, que aunque veia que el reino de Bungo se iba acabando, primero estuvo del todo perdido, y el príncipe y él vencidos y desbaratados que lo acabasen de creer, y esta fué la causa de que no acudieran á pedir socorro á Condera hasta que ya todo estaba destruido.

Los señores y caballeros que habian venido de Meaco, sabiendo el mal recaudo que habia puesto el de Sanoqui en lo de Bungo, pidieron al capitan Condera, que fuese él mismo en persona á socorrer aquel reino, pues lo de Chicugen y Buigen iba tan al cabo, que podian ellos fácilmente concluirlo. Llegó Condera con su gente á la fortaleza donde estaban retirados el príncipe y rey de Sanoqui, y como ya sabia los deseos que el príncipe habia tenido los años pasados de ser cristiano, no quiso perder la buena ocasion que se le ofrecia para que los llevase adelante y los cumpliese, porque tratando del remedio de su reino, le persuadió que este era el medio más eficaz que podia tomar para que Dios le hiciese merced, pues tenia tan larga experiencia de que ninguna cosa le habia sucedido bien, desde que dejó sus primeros propósitos y deseos. Era el príncipe de buen entendimiento aunque algo mudable de su condicion, y fácilmente se convenció con las razones de Condera, el cual como le vió con tan buena disposicion despachó aprisa para que trujesen el Padre que

estaba con el rey Francisco, porque le daba el príncipe por disculpa para no bautizarse luego, que se le habian olvidado las cosas de la ley de Dios desde que las oyó la primera vez.

Para dar órden Condera en los negocios de aquel reino, procuró lo primero que el rey de Sanoqui se volviese á su tierra, y él lo hizo harto corrido y afrentado de ver cuán mala cuenta habia dado en aquella jornada, y lo poco que habia hecho en ella. Cuando vino el Padre de la fortaleza de Vosuqui, estaba ya el príncipe muy bien dispuesto y determinado en hacerse cristiano, con las muchas razones que Condera le habia dicho, y á los 27 de Abril del año de 1587 se bautizó y le pusieron por nombre D. Constantino, y para mostrarle nuestro Señor claramente que todos los trabajos de su reino habian sido pena y castigo de no haber querido recibir su santa ley, desde el dia que se bautizó, le dió tan próspero suceso en todas las cosas, como él mismo lo pudiera desear. Porque yendo en compañía de Condera, siguieron á los de Sajuma y los quitaron todas las fortalezas que habian tomado y últimamente los echaron de todo el reino. De esta manera quedó el príncipe no solamente pacífico sino más rico que antes estaba, porque á los señores que se habian confederado con los de Sajuma para darles entrada en el reino, les cortó las cabezas y él se quedó con sus estados y tierras.

No se puede decir con palabras el alegría del buen rey Francisco, cuando le fué á visitar el príncipe su hijo en compañía de Condera, siendo ya cristiano, porque abrazándole con grande ternura se le iban por el rostro las lágrimas en grande abundancia, no tanto por la restauracion de su reino como por ver á su hijo cristiano, como la cosa que más deseaba en esta vida y la que más pedia á nuestro Señor. Mostró el príncipe mucho sentimiento de haber dilatado tanto su Bautismo, y para satisfaccion de lo pasado procuró que su mujer é hijos se hicieran tambien luego cristianos. Llamóse la princesa doña Justa, y sus hijas Máxima y Sabina, y el hijo heredero D. Fulgencio. Por el ejemplo de estos príncipes hicieron lo mismo otros muchos señores y caballeros, que aunque habian oido la ley de Dios, se habian detenido por ver que estos príncipes no la recibian.

Tornáronse luego á edificar á mucha priesa las dos ciudades de Funay y Vosuqui y las iglesias que se habian quemado en ellas. Entre todos los señores de aquel reino quedó muy estimado y tenido D. Paulo, especialmente del príncipe, por haber sido tan fiel en los trabajos pasados y haber hecho siempre rostro á los de Sajuma. Una cosa sucedió á este caballero digna de memoria, por ser un testimonio claro de su mucha virtud. Como los de Sajuma se habian dividido y esparcido por el reino, haciéndose señores de diversas fortalezas, cuando el príncipe y el capitan Condera fueron en seguimiento de ellos, salió tambien D. Paulo por otra parte. Cercólos en una fortaleza donde se habian recogido algunos caballeros y señores del reino de Fingo vasallos del rey de Sajuma, entre los cuales estaba D. Juan, el señor de Amacusa, que aunque él deseó harto excusar esta jornada, no pudo por la mucha instancia que el rey le hizo para que viniese. Apretó tanto D. Paulo á los de la fortaleza, que en ninguna manera podian escapar con la vida, porque de ninguna parte podian tener socorro.

Supo D. Paulo á esta sazon, cómo D. Juan y algunos otros caballeros de los que estaban dentro eran cristianos, y para mostrar que no se preciaba ménos de esto que de caballero y valeroso soldado, cuando todos esperaban la muerte, les envió á decir que se viniesen á él con toda seguridad y debajo de su palabra, porque él se la daba de tratarlos con mucha honra y cortesía, por ser cristianos. Envió D. Juan las gracias de este recaudo con otro de su parte, en que le pedia, que pues le hacia aquel favor y merced, fuese de manera que la pudiese recibir con honra suya, lo cual no seria, habiendo de salir él y los demás cristianos libres, dejando á los demás compañeros en peligro de la vida.

Envióle á decir D. Paulo muy pagado de su buen término, que él holgaba de hacer lo que le pedia, y de dar libertad á todos por su respeto. Con esto salieron todos aquellos caballeros de la fortaleza y vinieron á visitar á D. Paulo, el cual los recibió con el mismo amor y cortesía que si fueran todos vasallos de un mismo señor, y no se contentó con regalarlos y convidarlos, sino que él mismo quiso acompañarlos con su gente hasta ponerlos fuera del reino de Bungo, para su mayor seguridad; y á D. Juan en particular, y á D. Bartolomé, su hermano menor, dió algunos dones ricos, dejando á todos muy edificados de su grande valor, nobleza y cristiandad, y no ménos espantados y admirados á los caballeros gentiles, de ver tal amor entre los cristianos, siendo de ejércitos contrarios y sin haberse visto ni conocido, antes hizo esto tanta fuerza en el corazon de uno de ellos, que era muy principal, que se determinó á hacerse cristiano con todos sus vasallos, como en su lugar se dirá, porque esta es la fuerza de la virtud y caridad cristiana para rendir los corazones de los que tienen ojos para conocerla.

CAPÍTULO XXVII

Cómo vino Cambacundono en persona á las partes del Jimo, y le dieron la obediencia todos aquellos reyes y el repartimiento que hizo de los reyes del Jimo.

Cuando pasaban en Bungo las cosas que hemos dicho, juntó Cambacundono en las partes de Meaco un muy poderoso ejército con intento de sujetar á su obediencia los reinos de Jimo, como habia hecho la mayor parte de los de Meaco. Traia por su capitan general de la mar á D. Agustin, y por la tierra venia por teniente del mismo Cambacundono el valeroso Justo. Como estos caballeros eran cristianos y traian en su compañía muchos capitanes y soldados que tambien lo eran, daba particular contento y gusto ver la armada de D. Agustin por la mar, y el ejército por la tierra, con tantas y tan hermosas banderas llenas de cruces.

Llegó Cambacundono con todo su ejército al puerto de Jimonozuque en el reino de Amanguchi, supo allí lo que habia pasado en Bungo y cómo se habian recogido en aquel reino los Padres de la Compañía. Preguntó si estaba allí el P. Provincial, y dijéronle que residia en la ciudad de Amanguchi. Pasó la armada adelante al reino de Fingo, porque deseaba comenzar por allí Cambacundono la conquista del Jimo, y deshacer el poder de Sajuma.

Supo el P. Provincial en Amanguchi cómo habia preguntado por él Cambacundono, y así le fué á visitar por la grande necesidad que tenia de su favor para asentar las cosas de la cristiandad. Cuando el Padre llegó á Fingo, acababa de tomar Cambacundono la fortaleza principal de aquel reino, y porque le habian hecho alguna resistencia, estaba determinado de pasar á cuchillo cuantos estaban dentro. Recibió Cambacundono al Padre con la misma afabilidad y buena voluntad que cuando le visitó la primera vez en su ciudad de Osaca. Como vió aquella miserable gente la mucha honra que Cambacundono habia hecho al Padre, le pidieron que intercediese por ellos, para que les perdonase la vida, porque los habia ya mandado sacar de la fortaleza para degollarlos. Parecia á los caballeros cristianos de aquel ejército cosa muy dificultosa, mudar Cambacundono parecer en lo que una vez tenia determinado; mas el Padre movido de piedad de aquella gente, porque muchos de ellos eran nobles, y otros niños y mujeres, se fué al emperador y le suplicó tuviese misericordia de ellos y les perdonase las vidas.

Volvióse Cambacundono al Padre con alegre rostro y dijo que era contento de hacerles merced de la vida y darles libertad, pues él lo pedia, y para que le quedasen en mayor obligacion, se lo enviase á decir él mismo.

Con la venida de Cambacundono y el poderoso ejército que traia por mar y por tierra, en pocos dias se le rindieron los reyes del Jimo, sin que se atreviese nadie á hacerle resistencia. Corrió D. Agustin con su armada todo lo de Figen, y acabó fácilmente con el rey D. Bartolomé y con D. Protasio que diesen la obediencia á Cambacundono, y ellos gustaron mucho de hacerlo, por quedar libres de la tiranía y opresion del rey de Sajuma, el cual viendo que tenia disgustado á Cambacundono, quiso adelantarse y ganarle la voluntad, con ponerse en sus manos y ofrecerle sus tierras, y con esto le aplacó, y lo mismo hicieron á su imitacion todos los demás reyes y señores.

Viéndose Cambacundono señor de los reinos del Jimo, quiso premiar á los capitanes y caballeros que le habian servido en aquellas guerras, y asegurar juntamente su monarquía, y para esto usó en estos reinos de la misma traza que habia tenido en las partes de Meaco, haciendo mudanzas y truecos á su modo, sacando unos de sus tierras y reinos naturales, y pasándolos á otros extraños, y repartiéndoselos de manera que tuviesen un pedazo en una parte y otro en otra, y no todo el estado junto para que tuviesen ellos entre sí las diferencias y disensiones, y le dejasen á él en paz.

Por la confianza que tenia de los cristianos y experiencia de su fidelidad, no quiso mudarles casi en nada sus tierras ni estados, como hizo á los demás, porque al príncipe de Bungo dejó en su reino, y al rey Francisco su padre ofreció el de Fiunga, pero él le suplicó que lo diese á quien fuese servido, porque él más queria tratar ya de las cosas de su alma, que no de gobernar estados ni reinos, y á esta causa repartió Cambacundono la mitad del reino de Fiunga entre D. Bartolomé y D. Jerónimo, sobrino del mismo rey Francisco, y legítimos sucesores de aquel reino. De la otra mitad hizo dos partes, la menor de ellas dió á Aquezuqui, á quien habia quitado el reino de Chicugen, y lo más principal dió á su capitan Condera. A este modo repartió tambien el reino de Buigen entre diversos señores, y en él dió á Condera otra buena parte. El de Fingo dividió entre D. Agustin su capitan general de la mar y otro señor gentil; y los reinos de Chicugen y Chicungo, dió á su tio del rey de Amanguchi, quitándole el reino de Jijo, el cual tomó para sí. Tambien quitó su rei-

no al de Sanoqui, por la mala cuenta que dió de lo que le habia encomendado en el socorro de Bungo, y estuvo muy cerca de mandarle cortar la cabeza.

Al rey de Sajuma dejó los dos reinos que antiguamente poseia, que eran Bonzumi y Sucuma; y para mayor seguridad de que no hubiese nuevas alteraciones en aquellos reinos del Jimo, llevó preso y en rehenes al rey de Sajuma el viejo, que habia sido causa de todas las pasadas; y puso en el gobierno á su hijo, y á su capitan general D. Agustin dió superintendencia y superioridad en todos aquellos reinos del Jimo. Al rey D. Bartolomé y D. Protasio, ni les mudó ni quitó nada de sus tierras, lo cual fué un grande consuelo de toda la cristiandad, y particular providencia de nuestro Señor, para el remedio de los muchos trabajos que después sucedieron.

Hecho el repartimiento de los reinos del Jimo, antes de partirse al Meaco quiso Cambacundono tornar á edificar la ciudad de Facata, que con las guerras pasadas se habia destruido, por ser de grande concurso de mercaderes y de mucho trato, y él mismo dió la traza de las calles y de lo demás que se habia de hacer. Fuéle á visitar el P. Provincial estando en Facata, porque él mismo se lo habia mandado. Dióle el parabien de sus victorias y de la obediencia que le habian dado los reyes del Jimo. Tambien le representó cómo en aquella ciudad que Su Alteza mandaba edificar, solian tener los Padres casa é iglesia, y así le suplicaba diese licencia para hacerla de nuevo. Holgó mucho de ello Cambacundono y él mismo señaló al Padre un buen sitio donde se edificasen, deteniéndose con él en muy familiar y apacible conversacion, dándole cuenta de lo que hasta entónces habia hecho y cómo habia repartido los reinos del Jimo, sin mudar de sus tierras á los reyes cristianos, por hacerles favor y merced.

CAPÍTULO XXVIII

De la muerte de D. Bartolomé, rey de Omura.

Estaba cerca la universal persecucion y trabajo que vino á toda la cristiandad del Japon, y por eso quiso nuestro Señor sacar de este miserable destierro, antes que ella sucediese, á estos dos piadosos reyes, y premiarles con eterno descanso lo mucho que por su servicio habian padecido.

Murió primero el rey D. Bartolomé en su ciudad de Omura, habiendo sido el primero rey del Japon que recibió nuestra santa fe el año de 1563, el cual poco después de ser cristino, tuvo muchas y grandes persecuciones, aventurando su vida y estado diversas veces por conservar la religion que habia recibido, y así le premió Dios nuestro Señor en esta vida con darle mucha paz en su reino, y que en sus dias le viese todo convertido á nuestra santa fe, y fundadas en él muchas iglesias, y á lo último de su vida, para aumento de su corona y merecimientos, le dió una grave y prolija enfermedad que le duró casi medio año. Entendió este buen rey que le queria llevar nuestro Señor para sí, y procuró aparejarse con todo cuidado confesando y comulgando muy amenudo, y dando órden en todas las cosas de su reino.

Hallóse en esta enfermedad con el rey el P. Lucena, que era su confesor y residia en aquella casa de Omura. Advirtióle este Padre que algunos de sus vasallos tenian esclavos sin que estuviese muy cierto y seguro el título para poseerlos; como el rey lo entendió dió órden que les diesen libertad á todos. Tambien tenia el mismo rey desterrados dos caballeros. Hablóle el Padre acerca de su destierro, por la instancia que le hicieron los deudos y parientes de aquellos caballeros, á lo cual respondió con grande prudencia y no menós virtud, diciendo que él estaba aparejado para hacer todo lo que dijese y aconsejase ser necesario para el bien de su alma, pero que en el particular de los dos caballeros por quien le hablaba, nunca habia tenido escrúpulo de conciencia ni aun le parecia que convenia restituirlos, porque conocia muy bien su inquietud y desasosiego natural, y tenia por muy cierto, que después de su muerte habian de dar mucho trabajo á su hijo, y por esta causa habia tenido siempre por mayor servicio de nuestro Señor no alzarles el destierro.

Pasando su enfermedad más adelante hizo llamar al príncipe D. Sancho su hijo y heredero, y entre otras cosas le dijo, cómo habia veinticinco años que él era bautizado, y que por las muchas guerras que habia tenido, en que siempre anduvo ocupado, no habia dado tanto ejemplo á la cristiandad como deseaba, y así le pedia que pues tenia paz en su reino, supliese él esta falta y procurase dar mucho ejemplo á todos, y tuviese muy particular cuidado de las iglesias y cristiandad de su tierra y mucha paz y amor con sus hermanos.

Acercándose más el tiempo de su muerte, se despidió de su mujer é hijos, mandándoles que se saliesen del aposento donde él estaba y se recogiesen al oratorio que tenia en su palacio, y allí le encomendasen á Dios, y á los que quedaron con él dijo, que no le hablasen en cosa nin-

guna de esta vida, pues despedia á su mujer é hijos porque no le fuesen impedimento en aquella hora, para tener su corazon puesto en solo Dios. Llegó acaso un caballero cristiano de los que allí estaban á preguntarle si tenia Su Alteza alguna otra cosa que encomendar al príncipe su hijo; y él respondió, no os consentí yo quedar aquí para que en este tiempo me traigais á la memoria á mis hijos, sino solamente el nombre de Jesus y de María, aunque yo los tengo siempre en mi corazon. Pedia este buen rey á los Padres que estaban con él, que le hablasen continuamente de cosas de Dios, por el grande consuelo que recibia su alma en oirles, como lo manifestaban las muchas lágrimas de devocion que corrian por sus ojos, especialmente cuando le trataban de algun misterio de la Pasion de Cristo nuestro Señor. De esta manera, asistiendo los Padres á su lado y recibidos todos los Sacramentos de la Iglesia, á los 24 de Mayo de 1587 pasó de esta vida á la eterna. Juntáronse todos los Padres y Hermanos que habia en las residencias de aquel reino, y enterraron su cuerpo en la iglesia de Omura con la solemnidad posible.

CAPÍTULO XXIX

De la muerte de D. Francisco, rey de Bungo.

Diez y ocho dias después que murió el rey D. Bartolomé, llevó nuestro Señor tambien para sí al rey de Bungo D. Francisco, porque no viese con sus ojos lo que habia de lastimar tanto su corazon, como fueron los grandes trabajos, no sólo de toda aquella cristiandad, sino muy en particular del reino de Bungo, y sobre todo la mala cuenta que dió en ellos de sí el príncipe su hijo y heredero de sus estados.

Era el rey Francisco de muy rara virtud, como se echó de ver en los muchos trabajos que le sucedieron después que se hizo cristiano, y en la igualdad de ánimo y conformidad de la divina voluntad con que los llevó, porque dos meses después de bautizado, siendo señor de cinco reinos y muy poderoso, yendo en persona á la guerra de Fiunga y diciéndole públicamente los bonzos, que le habian de castigar los dioses de los gentiles por haber dejado su ley y tomado la de Cristo, aunque vió su ejército, que pasaba de 40.000 hombres, perdido y desbaratado, y que con grande peligro y trabajo escapó su vida, no hizo todo esto mudanza ni causó turbacion en su corazon, antes perseveró en la fe y religion, con la misma paz y alegría que si nada le hubiera sucecido.

A esto se añadieron las guerras que duraron tanto tiempo en sus reinos, hasta verse cercado en una fortaleza y á su hijo echado del reino por los de Sajuma, todo lo cual le sucedió después de ser cristiano, habiendo sido antes el rey más pacífico y más temido y venerado de cuantos habia en las partes del Jimo; y con todas estas pruebas que nuestro Señor le hizo de su paciencia y constancia, siempre el buen rey perseveró con grande ejemplo de vida y celo de la conversion de sus vasallos, no obstante la contradiccion que para esto tenia de la reina Jezabel, su primera mujer, y la poca ayuda que le daba el príncipe su hijo mientras fué gentil, en lo cual pasó tantas amarguras y peligrosos trances, que sólo un pecho tan valeroso como el suyo y tan bien fundado en el amor y temor de Dios, pudiera llevar adelante una empresa tan gloriosa como la que habia comenzado. Pero todo este trabajo redundó en mucha gloria de la Divina Majestad, porque se convirtieron á nuestra santa fe por su medio en aquel reino de Bungo muchos millares de almas, y entre ellas casi todos sus hijos y sus hijas, con otros muchos señores y caballeros principales.

Sentíase el rey Francisco muy debilitado en las fuerzas corporales, así por su edad y achaques, como por la mucha pena que recibió, cuando supo las muchas iglesias que los de Sajuma habian quemado y destruido en aquel reino, porque esto le atravesó el corazon, y fué causa de que le diese una calentura, la cual le duró algunos dias, y poco á poco se le fué agravando de manera, que habiendo confesado y comulgado, á los 11 de Junio de 1587 dió su alma al Señor con tanta paz y serenidad de su rostro, que mostraba bien la que tenia en su alma. Todos los dias que estuvo enfermo ocupaba su corazon en considerar el singular beneficio que habia recibido de nuestro Señor en haberle hecho cristiano, sin acordarse de mujer, ni hijos, ni reino, más que si nunca hubiera sido señor.

Juntáronse los Padres y Hermanos que pudieron venir con comodidad á hallarse en su enterramiento, el cual se le hizo conforme á la calidad de su persona, acompañando el cuerpo la reina Julia su mujer, y el príncipe con sus hermanos, y los demás señores y principales caballeros del reino, los cuales le llevaron en una tumba cubierta de riquísimos paños y cercado de muchas banderas llenas de cruces. Fué acompañado su enterramiento con tanta abundancia de lágrimas, que parecia un pronóstico de las grandes calamidades que sobre este reino vinieron.

Fueron las muertes de estos dos reyes casi al

mismo tiempo, cuando llegaron á la India desde Europa los embajadores que ellos mismos habian enviado á Roma á dar la obediencia al Sumo Pontífice, como queda dicho al fin del lib. IX.

En este mismo año llevó nuestro Señor para sí cuatro de la Compañía, que fueron el P. Juan Bautista Montano, en Firando, y al H. Jerónimo Vaz, en Nangasaqui, y á otros dos Hermanos japones, Damian y Tomás; Damian murió en el puerto de Jimonozuque y Tomás en Amanguchi.

LIBRO UNDÉCIMO

DE LA PERSECUCION UNIVERSAL QUE LEVANTÓ CAMBACUNDONO CONTRA TODA LA CRISTIANDAD Y CONTRA LOS PADRES QUE ESTABAN EN JAPON PREDICANDO LA LEY DE DIOS, Y EL FRUTO QUE NUESTRO SEÑOR SACÓ DE ESTE TRABAJO

CAPÍTULO PRIMERO

De la mudanza repentina de Cambacundono contra los Padres y cristiandad del Japon, y los motivos que tuvo para ello.

Estaba Cambacundono en Facata cuando murieron los dos reyes D. Francisco y D. Bartolomé. Visitábale el P. Provincial muy de ordinario, y cada dia le hacia nuevos favores. Mas para que se vea cuán poco hay que fiar de ellos, cuando el corazon de quien los hace no está fundado en el verdadero amor y temor de Dios, basta leer la repentina mudanza de este emperador y monarca, trocando el amor y buena voluntad que antes tenia en un grande aborrecimiento contra la ley de Dios y los que la predicaban, sin haberle dado causa ni ocasion para ello.

Llegó aquellos dias al puerto de Firando una nao de Portugal muy grande y muy hermosa. Mostró mucho deseo Cambacundono de verla por habérsela alabado sus criados, y así pidió al P. Provincial que escribiese á los portugueses la trajesen á Facata. Propúsole el Padre la dificultad y peligro que habia en hacerlo, mas que por servirle á él lo escribiria y rogaria, como lo hizo, avisando al capitan de ella cuánto importaba, no pudiendo venir la nao, dar satisfaccion de esto á Cambacundono, porque no pensase que se hacia poco caso de lo que pedia. Con esta carta del Padre vino el mismo capitan desde Firando y visitó á Cambacundo, mostrando el mucho deseo que tenia de servirle en aquel particular, y representándole el peligro evidente á que ponia el navío y cuanto traia en él, por ser aquel camino muy dificultoso ó casi imposible para navío de tan alto borde. Satisfízose Cambacundono de sus razones, y recibió al capitan y á los que con él venian con gusto, y estuvo con él y con los Padres que allí se hallaron muy alegre toda aquella tarde, que era víspera del Apóstol Santiago del mismo año de 1587. Mas aquella misma noche, estando todos bien descuidados de semejante novedad, mandó que saliesen desterrados los Padres de todos los reinos del Japon, y que no se predicase más en ellos la ley de Dios, dejando admirados á cuantos lo supieron de esta mudanza súbita y repentina.

Las razones que dió Cambacundono en público para ella, fueron que la ley de Dios era muy contraria al culto y adoracion de los ídolos que tantos años se habia conservado en aquellos reinos y á las buenas costumbres del Japon, y que esta determinacion habia algunos años que la tenia, y que sólo habia esperado para ejecutarla hacerse señor del Jimo, porque la mayor parte de la cristiandad y de los Padres estaban en aquella tierra.

Pero bien echaron de ver los que miraban este negocio con alguna consideracion y atencion, que habia sido aquella determinacion repentina y no tan pensada ni mirada como él decia, porque si lo fuera, no se compadecian con ella los favores tan particulares y extraordinarios que hizo al P. Provincial en Osaca, dándole privilegios y patentes para toda la cristiandad y licen-

cia, para que en todos sus reinos se predicase la ley de Dios; y finalmente, si él tuviera este aborrecimiento tan antiguo á los cristianos, no se fiara tanto de ellos, ni les diera cargos tan honrosos y principales dentro y fuera de su casa, ni mostrara gusto de que sus más privados se bautizaran ni hablaran con tanta estima de la ley de Dios, como se ha visto en diferentes ocasiones.

Por estas razones y otras muchas conjeturas se tuvo por cosa muy cierta y averiguada, que se movió de repente para echar á los Padres del Japon y destruir la cristiandad, y conforme á lo que despues se entendió, dos causas le movieron á hacer esto. La primera, que este tirano se habia ensoberbecido tanto con las muchas y grandes victorias que habia alcanzado, por haberle dado la obediencia casi todos los reinos del Japon, que halló bien dispuesto su corazon el demonio para tomarle por instrumento de esta obra, haciéndole creer que si no destruia la ley de Dios, no podria salir con sus intentos, los cuales eran semejantes á los de su predecesor Nobunanga, de que le tuviesen por uno de sus Camis y Fotoques, y le adorasen como á ellos, y así lo mostró al fin de su vida, en lo que dejó mandado y ordenado por su testamento. Tambien le persuadió, que estando los cristianos tan unidos entre sí como lo mandaba su ley, creciendo el número de ellos, no habian de sufrir sus libertades y tiranías, y se habian de levantar contra él, y así le pareció que era el mejor medio para asegurar su monarquía, echar fuera del Japon á todos los Padres y Hermanos que predicaban la ley de Dios, porque de esta manera no la recibirian más los gentiles y los que ya eran cristianos se olvidarian presto de lo que les habian enseñado.

La segunda causa fué, que así cómo este tirano iba creciendo en la soberbia, se iba tambien desenfrenando en otros vicios, especialmente en la deshonestidad, porque no se contentaba con tener en su fortaleza de Osaca y en otras diferentes, recogidas muchas mujeres para sus torpes y sucios deleites, sino que llegaba su desvergüenza á tanto, que enviaba á diversos reinos, para que le buscasen las doncellas de mejor parecer, y se las trajesen de cualquiera suerte y calidad que fuesen. Y para este oficio tenia diputado un astutísimo bonzo de la sierra de Frenojama, á quien unos llamaban Tocuu y otros Jacuin; y este bonzo entre tanto que Cambacundono estuvo en las partes del Jimo, fué á los reinos de Arima y Omura, y puso los ojos en algunas doncellas cristianas, queriendo persuadirlas con sus mañas y astucias como hacia á las demás, pero ellas le despidieron como merecia, y le enviaron bien corrido y afrentado.

Dió el bonzo grandes quejas de esto á Cambacundono, diciendo que por la doctrina de aquellos Padres, tenian en poco su mandato las doncellas cristianas, y no querian obedecerle. Enojóse mucho de esto el tirano, y como traia el corazon escocido con las primeras sospechas, acabó de romper y reventar con esta ocasion segunda, porque soplaba aquel corazon por una parte el viento de la soberbia y el deseo de ser tenido por uno de sus ídolos, y por otra le abrasaba el fuego de la deshonestidad, y aquel viento encendió este fuego así, y levantó con él tan grande llama de persecucion, para destruir de todo punto aquella cristiandad, que estos eran los intentos y deseos de aquel tirano.

Mas los consejos del cielo eran muy diferentes, porque así como cuando la cristiandad del Japon era niña y tierna, no consentia nuestro Señor que la persiguiesen, sino cual ó cual bonzo y persona particular, y aun eso por muy breve tiempo, siendo ya mayor y más fundada, permitió que se levantase este tirano, no sólo contra un Padre y contra una iglesia, sino contra todos los que predicaban la ley de Dios, y contra todos los cristianos que la habian recibido, y contra todas las iglesias que estaban edificadas en diversos reinos, para que se descubriesen con esta persecucion los pechos valerosos de muchos siervos fieles, que Dios nuestro Señor tenia en aquella cristiandad, y su grande constancia y fortaleza, y se echase de ver que ni el mundo ni su poder bastaban para derribar á los que estaban confiados en Dios, y que cuanto más se esforzaba el tirano á perseguir la cristiandad, entónces crecia ella más. Como se vió en la primitiva Iglesia, que con las persecuciones se pobló el cielo de mártires y santos, y la Iglesia de mayor número de fieles, y á su imitacion veremos en estos trabajosos tiempos que corrieron en Japon hombres valerosos que arriscaron su honra, vida y estado por la fe y religion, y algunos derramaron su sangre por defenderla, y finalmente, cómo creció el número de los cristianos más en la guerra que con la paz.

CAPÍTULO II

De lo que hizo el tirano contra el valeroso Justo Ucandono.

Para que se entienda mejor el tiempo y la ocasion con que este tirano descubrió su ponzoña y comenzó á ejecutar su rabiosa furia contra la cristiandad, se han de advertir dos cosas. La

primera, que con el recaudo que el bonzo Jacuin dió á Cambacundono de la resistencia que le hicieron las doncellas cristianas, y lo que él mismo supo decirle á este propósito, comenzó á disgustarse este tirano contra la ley de los cristianos, atizándole para esto por una parte el desordenado apetito de su lujuria, y por otra el de su soberbia, pareciéndole que esta ley no sólo era contraria á sus intentos, sino que de ella tambien tomaban licencia las doncellas cristianas para no hacer caso de su mandato y para tenerle en poco.

La segunda, que este bonzo Jacuin era grande enemigo de Justo Ucandono, porque se habian convertido á nuestra santa fe muchos señores y caballeros por su respeto, y destruia en sus tierras los templos de los ídolos. Estando, pues, cenando Cambacundono la misma noche que despidió al P. Provincial y á los portugueses con tanto amor y afabilidad, hallóse presente este bonzo con otros señores gentiles, y levantaron la plática de cuán perjudicial era la doctrina de los Padres en Japon, porque con ella se destruia la adoracion de los ídolos, y de ahí tomaba ocasion Justo Ucandono para hacer cristianos á todos sus vasallos de grado ó de fuerza; y que por este camino iban los Padres ganando las voluntades de todos los reyes y señores y la demás gente, por la obediencia que les tenian cuantos se hacian cristianos.

Como estaba sentido Cambacundono en este punto, con las razones que le dijo este bonzo y otras que al mismo propósito acumularon los señores gentiles que allí estaban, fuese alterando y mostrando disgusto contra los cristianos. Como el bonzo y los gentiles fueron echando de ver su sentimiento, fuéronle avivando y atizando con otras muchas y nuevas razones, añadiendo leña al fuego de su pasion, hasta que vino á romper y descubrir su enojo. Pareciéndole al demonio y á sus ministros que se iba entablando bien el juego, y que si Justo Ucandono, que habia sido medio para la conversion de tantos señores y caballeros dejase de ser cristiano, los demás faltarian luego, comenzaron á enderezar contra él sus saetas y razones, ponderando mucho su demasía en destruir los ídolos y querer que todos se hiciesen cristianos. Como el corazon de Cambacundono estaba tan bien dispuesto, poco fué menester para que viniese á disgustarse con este caballero, de quien habia recibido tantos y tan señalados servicios, y para que rompiese con él enviándole un recaudo aquella misma noche en esta forma:

«Que quien hacia tanto por dilatar la ley de los cristianos en Japon, y destruir los templos de los ídolos con tantas veras y mandaba que sus vasallos fuesen cristianos, no podia servir bien al señor de la Tenza, y, por tanto, que escogiese una de dos, ó no fuese cristiano de allí adelante ó dejase su estado y tierras, con todos los oficios y cargos honrosos que tenia en su corte.»

Cuando recibió Justo este recaudo, aunque se le representó la necesidad y pobreza en que habian de quedar él y sus padres, deudos, parientes y amigos, conforme á la costumbre del Japon, y la pérdida de su honra y autoridad, dejando los estados y oficios que tenia en servicio de Cambacundono, y los que esperaba tener, quedando en su gracia y amistad, mas como generoso y valeroso soldado, no sólo para las empresas de la tierra, sino mucho más para conquistar el cielo, respondió á los que le trajeron el recaudo con un ánimo y constancia que los dejó admirados, diciendo:

«Que él era cristiano, y como tal habia tenido siempre por grande honra suya, que lo fuesen tambien sus vasallos, porque en esto servia y glorificaba á Dios, que le habia dado conocimiento de su ley; y que si por esta causa queria Su Alteza privarle de sus tierras y estado y echar de su casa y servicio, él aceptaba de muy buena voluntad el destierro, y desde luego lo renunciaba todo, para que Su Alteza lo proveyese á quien fuese servido.»

Los que trajeron el recaudo de Cambacundono, y otros muchos señores gentiles, amigos y conocidos de Justo que supieron el caso, le rogaban que disimulase en la de fuera con Cambacundono, y se contentase por entónces con ser cristiano en su corazon. El les agradeció la voluntad y amor que le tenian, y les pidió que se le mostrasen en dar á Cambacundono el recaudo por las mismas palabras que él le enviaba, porque si no, él mismo iria á darle. Recibida la respuesta de Justo y vista su constancia, creció la ira del tirano, viendo que no habia podido salir con su intento, y al punto le quitó cuanto tenia y repartió aquella misma noche entre otros caballeros sus oficios, tierras y estados.

Luego por la mañana, llamó Justo á todos sus criados, parientes y amigos que le habian acompañado y favorecido en aquellas guerras, y dióles cuenta de lo que habia hecho Cambacundono con él, lo cual no sentia por su particular, porque esto antes le era de mucho consuelo verse desterrado y perdidas todas sus tierras por amor de Dios; pero que le daba pena su trabajo de ellos y no poderles gratificar los servicios que le habian hecho, mas que confiaba en la poderosa mano del Señor por quien padecia esto, que los favoreceria y ayudaria, pues él no podia

hacerlo como deseaba quedando pobre; y lo que en esta última despedida les rogaba con encarecimiento era que estuviesen firmes y constantes en la fe hasta morir por ella.

Fué tan grande el sentimiento de todos cuando acabó Justo su razonamiento, que rompiendo con muchas lágrimas y sollozos, dijeron que habian de morir con él, y ser compañeros en sus trabajos y destierro, como lo habian sido en su prosperidad. Que tal era el amor que tenian todos á este caballero, por su grande virtud, valor y discrecion. Y para mostrar cuán de corazon decian aquellas palabras, echaron mano á las dagas, y en su presencia se cortaron la trenza que traen de cabellos en la cabeza, en señal de ir desterrados, de la pena y tristeza que tenian. Justo les agradeció mucho su voluntad y amor, y con muchas razones les persuadió, que convenia se apartasen de él, para que no se irritase más Cambacundono, si habiéndole él desterrado y privado de sus estados, viese que no se trataba como tal; y así él determinaba recogerse en un lugar á vivir como persona particular, con sólos dos ó tres criados.

No fué menor el sentimiento que hubo aquel dia en todo el ejército y corte de Cambacundono, cuando se entendió el destierro de Justo, diciendo, que era muy grande agravio y sin razon la que se usaba con Justo, á quien tanto debia y tanto le habia servido. Enviáronle á visitar casi todos los señores principales, ofreciéndole cada uno cantidad de oro y plata, y excusándose de no ir ellos en persona, por no irritar más al tirano. Agradecióles Justo su buena voluntad y ofrecimientos, pero no quiso recibir nada, diciendo que para un hombre desterrado poco bastaba para pasar la vida.

Dejó espantados Justo con este hecho á todos aquellos señores y caballeros, viendo su valor y la constancia con que habia respondido á Cambacundono, y la grandeza de ánimo con que habia dejado sus tierras y oficios, y el alegría y contento con que estaba solo y desacompañado, como hombre particular el que era honrado de todos, servido y acompañado el dia antes como teniente del mismo Cambacundono con su ejército. Este mismo ánimo mostró Dario su padre, cuando le dieron la nueva de lo que á su hijo habia sucedido, diciéndole que si perdiera el estado por haber hecho alguna traicion ó cosa semejante contra Cambacundono, lo sintiera mucho, mas que haberle perdido por ser cristiano y no faltar en la fe le daba muy mucho contento.

Dos dias antes que sucediese este trabajo y persecucion, estando hablando el P. Provincial y Justo de los grandes favores que hacia Cambacundono á la cristiandad y del grande aparejo que habia en los reinos del Jimo para dilatarse la ley de Dios en ellos, dijo Justo, «Témome que se ha de levantar alguna grande tempestad y borrasca.» Preguntóle el Padre, qué razon ó causa tenia para temer aquello. Respondióle Justo. «Porque el diablo no duerme, y ha de sentir mucho el aumento de esta cristiandad, y ha de procurar estorbarlo por todos los medios que pudiere.»

Parece que iba nuestro Señor previniendo á este valeroso caballero, para que estuviese dispuesto á recibir los primeros encuentros de esta persecucion, y fuese Dios tan glorificado y el demonio quedase confundido. Esto fué lo que tocó á Justo. Digamos lo que este tirano hizo contra los Padres.

CAPÍTULO III

Del mandato y sentencia que el tirano publicó contra los Padres que predicaban en Japon la ley de Dios.

La misma noche que este tirano rompió con Justo, envió dos criados al Provincial, uno tras otro, sin esperar respuesta. Estaba el Padre reposando en el navío en que habia venido el capitan de los portugueses. Diéronle tanta priesa los criados de Cambacundono, que hubo de salir á la playa, á donde le dieron un recaudo de su parte en esta forma:

«Que ¿cuál era la causa porque procuraban los Padres persuadir á los hombres con tanta solicitud que se hiciesen cristianos por fuerza, y destruian los templos de los ídolos, y por qué comian caballos y vacas, siendo tan contra razon, por ser estos animales de tanta utilidad y provecho para la república?»

Respondió el Padre á estos capítulos, satisfaciendo á cada cosa de ellos; á lo primero dijo:

«Que los Padres venian de Europa para Japon, con grande peligro de su vida y trabajo de sus personas, por enseñar el camino de su salvacion á los naturales de aquella tierra, mas que esto no era por fuerza, sino muy de su voluntad, porque unos pobres extranjeros no pudieran hacer fuerza á los japones estando en sus casas, para que recibieran la ley de Dios, si la verdad de ella misma no convenciera sus entendimientos y les obligara á tomarla; y de aquí nacia que los japones teniendo á sus ídolos por falsos y mentirosos, derribaban sus templos y edificaban iglesias para adorar en ellas al verdadero Dios, y cuanto al comer caballos, jamás

lo habian hecho, ni las vacas tampoco, si no era cuando alguna vez se hallaban en compañía de los portugueses en algun puerto, porque en su tierra aquella era comida muy ordinaria, mas que si Su Alteza recibia de ello disgusto, no lo harian de allí adelante.»

Antes que llegase esta respuesta á Cambacundono, les envió el segundo recaudo, diciendo lo que habia hecho con Justo, que para los Padres fué de harta pena y desconsuelo, por parecerles que aquel negocio iba ya con mucho rompimiento. El dia siguiente, que era la fiesta del Apóstol Santiago, estando hablando Cambacundono con muchos señores gentiles, como tenia el corazon enseñoreado ya de la pasion, comenzó á decir mil blasfemias contra la ley de Dios; que era ley de demonios y destruidora de todo bien, y con la misma furia revolvió contra los Padres que la predicaban, diciendo que eran grandes engañadores, que con color de predicar la salvacion venian á juntar gente para levantar después alguna traicion contra los señores de la Tenza, y que si él no fuera tan prudente, le hubieran engañado como á otros señores y caballeros. Los gentiles que le estaban oyendo no cabian de gozo y de alegría, y procuraban acrecentar su disgusto con razones que podian y sabian, alabándole que habia sido grande su sabiduría, pues habia caido tan presto en un negocio tan grave y peligroso. Prosiguiendo Cambacundono con su razonamiento y cólera, dijo que él atajaria presto aquellos males y daños, y para esto publicó el mismo dia un edicto contra todos los Padres que predicaban la ley de Dios en aquellos reinos, en el cual se contenian estos capítulos.

«El primero, que por cuanto Japon era reino de Camis, y de los reinos de los cristianos venian los Padres á dar una ley de los demonios, era cosa muy mal hecha y que no se habia de sufrir.

»El segundo, que viniendo á los reinos del Japon, hacian á los hombres de su secta y destruian los templos de los camis y fotoques, lo cual era cosa nunca vista ni oida y digna de grande castigo.

»El tercero, que porque los Padres predicando su ley, quebrantaban las del Japon, determinaba que no estuviesen más en aquellos reinos, sino que dentro de veinte dias pusiesen en órden sus cosas y se tornasen para sus tierras, y en este tiempo nadie les hiciese mal.

»El cuarto, que porque los de la nave venian á sus contrataciones, y esto era negocio muy diferente, podian venir y estar siempre que quisiesen en Japon.»

Este edicto envió el mismo tirano firmado de su propio sello al P. Provincial, el cual respondió:

«Que no era posible cumplir lo que Su Alteza mandaba dentro de los veinte dias, porque la nave no partiria á la India hasta de allí á seis meses, y ellos no podian ir en otra, porque no la habia.»

A esto dijo Cambacundono:

«Que pues la nao no habia de partir tan presto, se recogiesen todos los Padres y Hermanos que habia en Japon en el puerto de Firando, y esperasen allí hasta que fuese tiempo de embarcarse, y que no sólamente saliesen de aquella tierra los religiosos que habian venido de Europa, sino tambien los Hermanos japones que predicaban la ley de Dios, porque á cualquiera de ellos que quedase en aquella tierra, pasado este tiempo, los mandaria matar.

»Tambien envió á decir á los portugueses, que ni ellos ni otras cuando viniesen al Japon, trujesen de allí adelante Padres ni religiosos que predicasen aquella ley.»

El mismo dia mandó poner otro edicto público en la ciudad de Facata, en que decia:

«Cómo echaba y desterraba todos los Padres del Japon, porque predicaban una ley de los demonios, con la cual quebrantaban las leyes de los camis y fotoques y destruian sus templos.»

Otros muchos traslados de este edicto mandó poner en diversas ciudades y lugares principales del Japon, y últimamente mandó que las casas é iglesias que tenian los Padres en Meaco, Osaca y Sacay, las tomasen sus criados en su nombre, y las demás casas é iglesias repartió entre sus capitanes y soldados, diciendo que no habia de parar hasta que todos los cristianos dejasen su ley ó hacerlos matar.

CAPÍTULO IV

De la resolucion que tomaron los Padres que estaban en Japon, vista la determinacion de aquel tirano.

Viendo el P. Provincial la indignacion y enojo con que aquel tirano comenzaba á perseguir la cristiandad del Japon, por no faltar á la obligacion de su oficio, procuró lo primero aplacarle por todos los medios posibles, escribiendo á diversos señores gentiles para que le hablasen; mas ninguno se atrevió á hacerlo. Sólamente la emperatriz y mujer de Cambacundono, á quien el Padre tambien escribió, le respondió con mucha cortesía, mostrando sentimiento de lo que su marido habia hecho, ofreciéndole que en llegando á Osaca Cambacundono, haria todo el buen

oficio que pudiese por la cristiandad; y compadeciéndose de los Padres, envió ella misma á visitar á los que entónces residian en la casa de Osaca. Tenia esta emperatriz grande estima de la ley de Dios, por lo que de ella habia oido en diversas ocasiones y lo que veia en sus criadas, que muchas de ellas eran cristianas; y así lo mostró un dia en cierta plática, estando con otras señoras gentiles que le habian venido á visitar. Porque tratando de la ley de Dios, dijo la mujer de Cambacundono, que le parecia ser esta ley la mejor y superior á todas las sectas del Japon, porque toda era muy conforme á razon.

Sin estos medios que el P. Provincial tomó para con el tirano, escribió luego á todos los Padres que estaban repartidos en Japon, para que vista su letra, se recogiesen á Firando, si no fuese en caso que miradas todas las circunstancias les pareciese que podian quedar algunos escondidos entre los cristianos; pero de manera que no diesen al tirano nueva ocasion de disgustarse contra la cristiandad. Tambien les dió órden que entregasen á los ministros de Cambacundono las casas é iglesias de Meaco, Osaca y Sacay, recogiendo primero todos los ornamentos, imágenes y lo demás que tocaba al culto divino, dejándolo en poder de los cristianos, para que lo guardasen entre tanto que se veia el suceso y fin que tenian aquellos trabajos.

Dos intentos tuvo el P. Provincial en recoger los Padres y Hermanos á Firando. El primero, ver si podia por este camino mitigar la furia del tirano, con ver que se obedecia y cumplia lo que habia mandado. El segundo, porque siendo este negocio tan grave y que tocaba á ellos y á toda la cristiandad del Japon, quiso que estando juntos tratasen de él y tomasen la resolucion para adelante en lo que debian hacer.

Con este órden partieron los Padres para Firando, así de las partes del Jimo como de las de Meaco, y sólamente quedaron escondidos el P. Organtino con un Hermano en la ciudad de Osaca y otro Padre con otro Hermano en el reino de Bungo, porque no quedasen aquellos cristianos tan desamparados. Una cosa de harto consuelo aconteció cuando partieron los Padres de Meaco, que habiéndose de deshacer el seminario de los niños, procurando que cada uno se fuese en casa de sus padres, fué tal su devocion y fervor que si no fueron dos ó tres que eran muy pequeños, ninguno de los demás quiso volver á su casa, antes alcanzando licencia para ello se fueron en compañía de los Padres á Firando, para acompañarlos en sus trabajos, y así trujeron consigo 25 de ellos.

Juntos los Padres en Firando por el mes de Agosto de 1587 comunicaron entre sí los medios que se podian y debian tomar en un negocio tan grave y dificultoso, y la resolucion fué esta:

«Lo primero, que supuesto que nadie se atrevia por entónces á hablar al tirano, ni se descubria camino para aplacarle, se encomendase este negocio á nuestro Señor con particulares misas, oraciones y penitencias, para que él fuese servido de mudarle y trocarle el corazon.

»Lo segundo, que pasando el tirano adelante con su determinacion, debian todos ofrecer sus vidas á nuestro Señor antes que desamparar aquella cristiandad ni salir del Japon, porque si los cristianos viesen que habiendo venido los Padres de partes tan remotas á enseñarles la ley de Dios, ahora por temor de la muerte volvian las espaldas, seria darles mucha ocasion para que ellos tambien faltasen en la confesion de la fe; pero sabiendo que estaban en sus tierras, se animarian para perseverar en ella.

»Lo tercero, que habiendo de quedar en aquella tierra por no poner á riesgo toda aquella cristiandad, irritando de nuevo al tirano contra ella, era justo procurasen de ayudarla y conservarla con la menor ofension que fuese posible de su parte, y con el recato y discrecion que convenia, hasta que la necesidad les obligase á manifestarse y descubrirse, y que por entónces se contentasen con predicar y enseñar á los cristianos y administrarles los Sacramentos en casas particulares y oratorios secretos conforme á lo que usaban los santos en la primitiva Iglesia en tiempo de las persecuciones, y lo que hacian los católicos en este mismo tiempo en Inglaterra. Lo cuarto y último, que pues tenian cinco ó seis meses de término hasta la partida de la nao, se aparejasen todos con ejercicios particulares de penitencia y oracion, para esperar la ira del tirano, y lo que nuestro Señor quisiese ordenar de ellos, pues era cosa muy probable que en partiéndose la nao y sabiendo Cambacundono que se quedaban en Japon contra su voluntad y edicto, los habia de mandar matar á todos.»

Esta fué la última resolucion que tomaron aquellos Padres estando juntos en Firando, y conforme á ella fueron disponiendo las cosas, y adelante se dirá lo que más sucedió.

CAPÍTULO V

Del grande sentimiento que causó en Japon este edicto de Cambacundono, en los cristianos y gentiles.

No se puede decir el sentimiento universal que causó en Japon este edicto que Cambacundono promulgó contra los Padres, porque entre

los cristianos bien se deja entender cuál seria su pena y tristeza viendo que habian de quedar sin Padres y sin maestros, sin iglesia y sin doctrina, y Sacramentos, rodeados de gentiles, que los habian de perseguir y maltratar, y como á vueltas de una verdad siempre se dicen muchas mentiras, con la distancia de leguas se iban tambien aumentando las nuevas que cada dia venian, y con ellas la pena y afliccion de los cristianos. Porque unos decian que Cambacundono mandaba crucificar á todos los Padres, quemar todas las iglesias; otros, que tambien mandaba matar á los que trujesen alguna señal de cristiano, y á los que no dejasen la ley de Dios y se volviesen gentiles, y en todas partes se disponian y aparejaban para morir, porque tenian por cosa cierta que habiéndose resuelto Cambacundono en destruir la cristiandad, por este camino no habria quien pudiese resistirle, ni ellos podian esperar más que la total destruicion de sus haciendas, personas y vidas.

Acrecentóse este temor y sospecha en todos los cristianos, cuando vieron que por mandado del P. Provincial se recogian los Padres á Firando, procurando cada uno de confesarse y comulgar, para estar apercibido á lo que sucediese. Mas ¿quién dirá el tierno sentimiento de estos cristianos, cuando se hubieron de despedir de sus Padres y maestros, y á su parecer, sin esperanza de verlos más? Porque eran tantas sus lágrimas, gemidos y sollozos que rompian el cielo y quebraban el corazon de quien los oia. Acompañábanlos hasta el navío; cuando los veian embarcar pedian que los llevasen en su compañía; y si no cupiesen dentro de la embarcacion, que los echasen desde allí por su mano en la mar, y no los dejasen solos y desamparados en aquella tierra. Procuraban los Padres de consolarlos, asegurándolos, que ni saldrian del Japon, ni los desampararian, aunque ellos tenian tambien harta necesidad de consuelo, por la mucha pena que llevaban en dejar aquellos cristianos tan afligidos.

Resplandeció bien en este tiempo la particular providencia de nuestro Señor, para con estos Padres, porque cuando parecia que se habian de levantar contra ellos las piedras, viendo que iban desterrados y les habian quitado sus casas é iglesias, puso Dios en el corazon de la gente noble y principal del Japon, tanta compasion de su trabajo, que llamaban comunmente á Cambacundono, cruel tirano, por lo que habia hecho, diciendo que era cosa contra toda razon, hacer agravio tan notable á gente extranjera, que habia vivido entre ellos tantos años, sin hacer mal á nadie, y haciendo bien á todos. Añadian á esto que era aquello cosa intolerable en Japon, porque siempre habian tenido todos licencia para escoger libremente la secta que quisiesen, y trocarla ó mudarla por otra que mejor les pareciese, y que habia de ser una grande infamia y deshonra de aquellos reinos, cuando se supiese en otras partes que iban los Padres desterrados por sola esta causa, y como muchos de estos señores y caballeros aunque eran gentiles tenian deudos, parientes y amigos que eran cristianos, hablaban en esto con grande sentimiento, especialmente cuando miraban el valor de Justo Ucandono, su mucha virtud y buenas partes, y los grandes servicios que habia hecho á Cambacundono, y veian el mal pago que por todo esto le habia dado, sin otra causa ni ocasion más que por ser cristiano, y si como tenian el sentimiento tuvieran el brazo y el poder, no fuera mucho que se rebelaran, y hasta á su mismo hermano de Cambacundono que habia quedado en Meaco, le pesó en extremo cuando supo lo que habia hecho, y él juntamente con el gobernador de aquella ciudad, ofrecieron á los Padres de favorecerlos en cuanto pudiesen.

En el puerto de Jimonozuque hacian grande fiesta algunos gentiles, por la partida de los Padres, y fueron á dar el parabien de ella, al gobernador de aquella tierra, que tambien era gentil, pensando que le daban mucho gusto; mas él les respondió con rostro severo y grave: «Si los Padres fueran echados del Japon por algunas culpas que hubieran cometido, no me espantara que os alegrárades, pues no sois de su ley; pero siendo desterrados contra razon y justicia, no hay para que hacer de ello fiesta, y si vosotros os alegrais, yo no puedo dejar de sentirlo gravemente.»

Este mismo caballero envió á decir á los Padres estando ya para partirse, lo mucho que le pesaba de su destierro, y que si tenian necesidad de alguna cosa para su camino, se lo avisasen, porque lo proveeria con mucha voluntad. Este mismo comedimiento hicieron con ellos los gobernadores de la ciudad de Amanguchi, visitando á los Padres antes de su partida, ofreciéndoles de tomar á su cargo las casas é iglesias que dejaban y mirar por ellas, como tambien lo hicieron otros señores en diversos reinos. Hallóse en el puerto de Jimonozuque, Majencia, hija del rey Francisco de Bungo, cuando partian de allí los Padres para Firando, la cual mostró tanto sentimiento con toda su gente, como si entónces enterrara al rey Francisco su padre. Habia enviado Cambacundono por esta señora á Bungo, para casarla con el heredero de su tio

del rey de Amanguchi, el cual se hizo cristiano por medio de D. Simon Condera, como queda dicho en el cap. XXIV del lib. X.

CAPÍTULO VI

De lo que hizo este tirano antes de partir á Meaco, y cómo se repartieron los Padres para quedar en Japon.

Antes de partir el tirano de Facata para las partes del Meaco, prosiguiendo con su intento de perseguir y afligir aquella cristiandad; sabiendo que la mayor parte de ella estaba en los reinos de Arima y Omura, envió su gente para que derribasen las fortalezas principales de estos reinos, porque no pudiesen hacerse fuertes los cristianos en ellas, y pusiesen por el suelo todas las iglesias, y cortasen cuantas cruces habia, y tomasen en su nombre y por suyo propio el puerto de Nangasaqui. Sabida esta nueva en Arima y Omura, que fué de gran pena y tristeza para los cristianos, partieron D. Protasio y D. Sancho su primo, hijo del rey D. Bartolomé, á suplicar á Cambacundono que no les mandase derribar sus fortalezas, pues hasta entónces no habian hecho cosa contra su servicio, antes habian sido los primeros que le habian dado la obediencia, y aunque este era el color que dieron á su camino, pero el intento principal era ver si podian hallar entrada para tratar algo en favor de la cristiandad, mas todo fué de poco provecho, porque ninguna cosa alcanzaron de Cambacundono, y así se hubieron de volver á sus tierras tristes y desconsolados.

Entre tanto que estos príncipes estuvieron en Facata, como llevaron consigo la gente más lucida de sus tierras, cuando llegaron los criados de Cambacundono derribaron en el reino de Omura una fortaleza muy principal y seis iglesias, y cortaron algunas cruces sin que nadie les hiciese resistencia; mas volviendo estos señores y viendo lo que pasaba, procuraron negociar con los ministros de Cambacundono, con dádivas y presentes, y por este camino acabaron con ellos lo que no habian podido negociar con su amo en Facata, porque untándoles bien las manos con oro y plata, no tocaron más en las iglesias, contentándose con haber destruido algunas, y que todas las demás quedasen cerradas.

Cumplíanse ya los seis meses, entrado el año de 1588 que habia dado Cambacundono para que los Padres se volviesen á la India, y porque estaban resueltos de quedar en Japon, determinaron que el capitan del navío enviase un recaudo al tirano en esta forma:

«Que siendo tantos los Padres y Hermanos que habian de ir á la India, no los podian llevar todos juntos en su nave, por traer en ella mucha gente y llevarla muy cargada de mercadurías, y que atento á esto llevaria los que pudiese, y el año siguiente irian los demás.»

Y para que con verdad se le pudiese decir á Cambacundono que habian ido algunos en aquel viaje, llevó dos ó tres que habian de ir á la China para cosas necesarias, y los demás se quedaron todos. El que llevó este recaudo á Cambacundono, cuando llegó á Facata con él, halló que ya era partido para Meaco; y en su lugar diremos lo que hizo cuando allá se le dieron.

Bien les pareció á todos los Padres que Cambacundono no se habia de satisfacer con lo que el capitan le enviaba á decir, y supuesto que se habian de quedar en Japon, les pareció que convenia dar cuenta de su determinacion al rey de Arima D. Protasio, y á D. Sancho rey de Omura, y á los otros señores de Firando y Amacusa, que estaban más cerca, por ser todos ellos personas tan principales en aquella cristiandad.

Holgáronse en extremo estos reyes y caballeros cuando supieron la resolucion de los Padres, y ellos la tomaron tambien de tenerlos en sus tierras, y si fuese necesario aventurar sus personas y estados para defenderlos. Mostró en esta ocasion al rey D. Protasio su grande valor y celo de la religion, porque él sólo quisiera recoger todos los Padres en su reino, si no fuera por no desconsolar á los demás señores cristianos, porque cada uno quiso en este tiempo mostrar su fe y devocion, y llevar consigo algunos Padres y Hermanos; y el órden con que se repartieron fué este: En el reino de Omura quedaron doce, y en las islas de Firando cuatro, que los pidieron D. Jerónimo y D. Baltasar, hijos de D. Antonio; á Bungo fueron otros cinco, y doña Majencia, hija del buen rey D. Francisco, que vivia en el reino de Chicungo, envió por otros dos; en la isla de Amacusa se recogieron otros nueve, por la grande instancia que hizo D. Juan para que se los enviasen.

El rey D. Protasio tomó para sí todos los demás Padres y Hermanos que pasaban de 70 y les dió muy buena casa con toda la comodidad necesaria, así para los estudiantes como para los novicios, de manera que estuviesen en habitacion distinta los unos de los otros. Tambien señaló otra muy á propósito para los niños del seminario que vinieron de Meaco, proveyéndolos muy cumplidamente de todo lo necesario y como hombre que estaba resuelto de poner su vida y estado para defender la religion cristiana, no obstante todos los temores de Cambacun

dono, mandó que se hiciesen cristianos los vasallos de las fortalezas que el año antes habia cobrado de los sajumanos, que eran tres, la de Jimabara, Cogiro y Mie, en las cuales se bautizaron en este tiempo más de 2.000 personas, y lo que más admiró del valor y ánimo de este príncipe fué, que habiendo Cambacundono en el repartimiento que hizo, quitado sus tierras á Isafay, pariente de D. Protasio, para darlas á un hijo de Riozogi, vuelto Cambacundono al Meaco, le pidió Isafay favor para tornarlas á cobrar, prometiéndole de hacerse cristiano con todos sus vasallos, y D. Protasio se le dió viendo su buena disposicion, y con él las cobró enteramente Isafay. Verdad es que ayudó mucho para que saliese bien de este negocio el rey D. Protasio, ser D. Agustin capitan general de la mar y superintendente del Jimo, porque como le habló el P. Provincial y le dijo cuán necesario habia sido para el bien de aquella cristiandad lo que D. Protasio habia hecho, él disimuló con el negocio, y después le dió tan buen color delante de Cambacundono, que cargó toda la culpa al hijo de Riozogi, y poca ó ninguna al rey D. Protasio. Estaba la tierra de Isafay entre los dos reinos de Arima y Omura, y haciéndose cristiano este caballero con sus vasallos, quedaba aquella cristiandad más unida y amparada, porque ningun rey de los del Jimo podia hacerles daño.

CAPÍTULO VII

Del valor que mostraron en tiempo de esta persecucion algunos cáballeros principales.

Entre todos los caballeros cristianos con mucha razon se debe el primero lugar al valeroso Justo Ucandono, porque él fué el primero en quien descargó la ira del tirano, quitándole sus tierras y estado y autoridad, y dejándole con tanta pobreza que le fué necesario recogerse con su mujer é hijos, y con su padre y madre á vivir como persona particular en una isla de D. Agustin llamada Junojima, donde le proveia D. Agustin con grande liberalidad de todo lo necesario para él y toda su familia. Porque en sabiendo lo que con él habia hecho Cambacundono, le pidió que se recogiese allí donde podia estar secreto y á su gusto, y lo mismo ofreció al P. Organtino por ser aquella isla acomodada para salir á visitar secretamente los cristianos de Meaco y otras partes, conforme á las necesidades que ocurriesen.

Estando platicando algunas veces Justo con el P. Organtino en esta isla, le decia que aún no le parecia haber hecho cosa alguna por amor de nuestro Señor, en haber perdido sus tierras y estado, porque los reyes y señores del Japon (decia él) suelen en una batalla perder todo lo que yo he perdido, y con ello la vida, y hasta que yo haya dado esta y mi sangre en defensa de la fe, no me parece que merezco nombre de cristiano. Este mismo consuelo y alegría mostraban el buen viejo Dario, su padre y sus mujeres é hijos, dando muchas gracias á nuestro Señor en verse pobres por su amor.

Don Simon Condera y D. Agustin, íntimos amigos de Justo, mostraron siempre el mismo ánimo y voluntad para aventurarlo todo como lo habia hecho Justo, si el tirano les hablara ó dijera alguna cosa con que los obligara á responder; mas Cambacundono se guardaba de darles esa ocasion, viendo cuán mal le habia salido el primer lance con Justo, y temiendo de hallar la misma resistencia en ellos, en lo cual aventuraba ó quedar deshonrado, no saliendo con su intento, ó perder los dos mejores y más fieles capitanes que tenia, y así ni á D. Agustin, ni á Condera, ni á otros semejantes de quien él se recelaba que le habian de hacer rostro, nunca les tocó en su fe ni religion, antes procuraba de traerlos ocupados y apartados de su presencia, si no era cuando alguna necesidad le obligaba á llamarlos. Lo que hizo con estos dos caballeros fué no darles lo mucho que les habia prometido y ellos merecian por sus servicios en las guerras del Jimo, pero dejólos con lo que antes tenian, y ellos como cuerdos y discretos por el consejo y órden que les daban los Padres, iban disimulando con el tirano en lo que podian hacer lícitamente siendo cristianos, en lo cual hacian muchos y buenos oficios á toda aquella cristiandad, porque no sólo con su hacienda y autoridad favorecian y daban la mano á los cristianos afligidos sustentándolos secretamente, sino que tambien tenian cuidado de avisar muy de ordinario al P. Provincial y á los demás Padres, de los intentos y designios del tirano, para que se fuesen previniendo con tiempo.

Poco después de recogidos en la isla Junojima el P. Organtino y Justo Ucandono, quedando ya el tirano en su ciudad de Osaca, vino don Agustin á verlos y consolarse con ellos. Estando platicando un dia todos tres, dijo Justo con su acostumbrado fervor y celo estas palabras: «En las guerras del Japon suelen morir millares de hombres por amor del demonio y de un poco de interés, y no sólo quedan ellos muertos, sino todas sus familias destruidas y asoladas, y pues la batalla en que ahora andamos es contra el demonio, á donde muriendo quedamos vencedores con Cristo, y queda amparada su familia, que es

la iglesia del Japon, y siendo esta la primera y universal batalla que quiere dar el demonio á esta cristiandad, razon es que muramos todos antes que volver atrás ni mostrar punto de cobardía.» Con estas y otras razones semejantes se animaban los unos á los otros para morir, si fuese necesario, por la confesion de la fe

Don Agustin, como hombre que andaba tan á vista del tirano y era persona tan pública, quiso aparejarse de propósito para lo que podia suceder, y con este intento se confesó con el P. Organtino y ordenó todas sus cosas, y antes de partir de la isla, dejó á todos muy bien acomodados dentro de ella. Al P. Organtino, casi una legua del puerto, en una casa apartada de todas las demás como un tiro de arcabuz, cercada de montes y arboledas por todas partes, y á Justo con su casa y familia, otra legua más adelante, y á su padre Dario con sus criados diez leguas más adentro, para que así estuviesen encubiertos y disimulados, y para mayor seguridad junto al mismo puerto y entrada de la isla, puso por gobernador de ella un caballero cristiano, por nombre Jorge, con órden que no dejase entrar forasteros y tuviese cuidado de proveer muy cumplidamente á los cristianos que allí quedaban y á los demás que allí acudiesen, porque para todo dejó señalada renta, y en poco tiempo acudieron más de 50 de diversas partes, á los cuales ó el mismo D. Agustin enviaba secretamente, ó el P. Organtino recogia cuando salia á visitar desde allí á los cristianos, y así pasaban su destierro con harto consuelo espiritual de sus almas, especialmente Justo y el P. Organtino, los ratos que se juntaban para tratar de cosas de nuestro Señor.

CAPÍTULO VIII

De la constancia que mostraron otros cristianos en las partes de Meaco.

No sólo en estos caballeros tan principales se echaba de ver esta fortaleza de ánimo y constancia, sino tambien en los demás cristianos, los cuales como sabian que el P. Organtino estaba en aquella isla, escribíanle muy amenudo consultando con él sus dudas y mostrando el grande ánimo que nuestro Señor les daba para morir por su santa ley, de los cuales pondré aquí algunos ejemplos particulares.

Simeon, caballero muy noble, perdió un buen estado que tenia en las revueltas pasadas de la muerte de Nobunanga, y á esta causa él y otro caballero llamado Cosme, asentaron con un sobrino de Cambacundono para servirle. Oyendo estos cristianos el edicto que el tirano habia publicado contra la cristiandad, se fueron á su señor y le dijeron cómo habia veintisiete años que eran cristianos ellos, sus mujeres é hijos, y como tales estaban aparejados á morir por la ley de Dios, si su tio los mandase matar y se lo hacian saber. Porque si como cristianos se queria servir de ellos, lo harian con mucha fidelidad, y si por causa de los edictos y mandatos de su tio le pareciese lo contrario, tambien estaban aparejados para ir desterrados á buscar su vida. Habíale pesado á este sobrino de Cambacundono de lo que su tio habia hecho, y así respondió á estos cristianos, que estuviesen muy enhorabuena en su servicio y viviesen conforme á su ley, porque él los tomaba debajo de su proteccion y amparo.

Otro caballero muy principal que vivia en Sacay y se decia Pablo Budaydono, señor de muchos vasallos, sabiendo lo que el tirano habia publicado, juntó un dia todos los de su calle y les hizo un convite y por remate de él les dijo: «Bien sabeis que yo soy cristiano muchos años ha y me precio mucho de ello, y habiendo ahora Cambacundono levantado esta persecucion, estoy determinado de morir antes que volver atrás y dejar la ley que hasta ahora he tenido, y porque á vosotros no os venga algun daño por mi causa, yo me quiero salir de Sacay y dejaros mis casas para quedar yo más libre y aparejado para la muerte.» Tenia este caballero tres hijos en el Seminario de Osaca, y cuando supo que los Padres se iban, les envió á decir que los acompañasen hasta la muerte, porque si otra cosa hacian, él seria para ellos tirano y verdugo y les cortaria las cabezas, y aunque sus hijos no tenian necesidad de este aviso, pero echóse bien de ver el pecho de su padre.

No mostró ménos valor y esfuerzo el otro don Paulo de Bungo, de quien hicimos particular mencion en el libro pasado, el cual yendo á visitar á un capitan principal de Cambacundono, que pasaba con su gente cerca de sus tierras, y estando los edictos recien publicados, no quiso ir, como pudiera, disimulado, antes para mostrar claramente que era cristiano y que se preciaba de ello, se echó al cuello unas cuentas muy gruesas de marfil, y con ellas le entró á hablar.

Otro caballero viejo y muy honrado que se decia Juan Gayo, y por su grande prudencia y discrecion se servia Cambacundono de él en negocios de importancia, y le habia dejado encomendada en esta jornada su fortaleza de Osaca, volviendo el tirano le fué á visitar conforme á su obligacion, el cual en viéndole con grande ira dijo: «Siendo vos cristiano, y sabiendo lo que

yo he hecho contra los Padres, ¿cómo sois tan atrevido que osais parecer delante de mí?» Con este enojo le quitó la renta que tenia y una casa muy hermosa que habia edificado en aquella ciudad, y otra que tenia en Meaco. Llevólo todo este caballero con grande alegría y contento, dando muchas gracias á nuestro Señor porque le habia hecho digno de padecer algo por su servicio.

En la isla de Firando, con ocasion de los edictos de Cambacundono, quiso el rey, que siempre fué enemigo de los cristianos, descubrir su mal pecho y afligirlos, y aun trataba de destruir las iglesias, mas como lo entendieron D. Jerónimo y su hermano D. Baltasar, juntaron sus deudos y parientes y muchos soldados cristianos de las islas, y todos hicieron juramento estando juntos, de morir por la defensa de la fe y de la Iglesia, y esto fué parte para reprimir en aquella tierra el mal pecho de este rey, y hasta que se dividieron los Padres en diversas partes, los tuvo este caballero á todos en sus tierras.

En la isla de Amacusa, uno de aquellos caballeros que estuvieron en la fortaleza con D. Juan, cuando por su respeto les dió libertad D. Paulo el de Bungo, viendo la grande caridad y union de los cristianos, llegado á su tierra pidió al Padre Provincial que le enviase quien á él y á sus vasallos predicase la ley de Dios. Fué allá un Padre, y bautizóse este caballero con sus parientes y otros muchos vasallos. Preguntábanle los Padres, que cómo se hacia cristiano en tiempo que Cambacundono los perseguia. A lo cual respondió aguda y discretamente, que el amor que habia entre los cristianos, le habia dado á él la vida estando para perderla, y que no sabia en qué emplearla mejor para ser agradecido á nuestro Señor que se la habia dado por aquel medio, sino era en hacerse cristiano y ofrecerla por su servicio, y que holgaba de serlo en tiempo que la ley de Dios era tan perseguida, para que se echase de ver mejor, que no le movia á recibirla otra cosa sino la verdad que en ella habia hallado. Este caballero recogió en sus tierras otros tres Padres y Hermanos, pidiéndolos con mucho deseo y devocion.

CAPÍTULO IX

De la constancia y fortaleza de algunas señoras y mujeres cristianas en tiempo de esta persecucion.

Daba nuestro señor ánimo y fortaleza para padecer por su servicio, no sólo á los caballeros esforzados, sino tambien á las mujeres flacas y señoras muy delicadas, las cuales desde que oyeron la publicacion del edicto, en todo el dia salian de la iglesia; animándose unas con otras para morir por la fe, trayendo á la memoria los ejemplos que habian oido de los mártires, que por esta misma causa derramaron su sangre en la primitiva Iglesia.

Entre estas señoras habia dos que servian á la mujer del tirano. La una se llamaba Magdalena, madre de D. Agustin, capitan general de la armada, la cual tenia grande autoridad en su casa, y era su Secretaria. La otra se decia Juana, que tambien era muy principal. Estas dos señoras, oyendo decir los edictos que Cambacundono habia publicado, se fueron á la emperatriz y le dijeron, que bien sabia Su Alteza cómo eran cristianas, y pues su marido era tan contrario á la ley de Dios, y ellas no la habian de dejar, les suplicaban que les diese licencia para salirse de su casa. Sintiólo mucho la emperatriz, porque las amaba mucho á entrambas por su grande virtud y prudencia, y rogóles que se contentasen con ser cristianas dentro de su corazon, y que disimulasen en lo exterior con su marido, porque pudiesen quedarse en su compañía. Mas respondióle Magdalena con rostro grave y severo: «Sepa vuestra Alteza, que los cristianos no tienen dos caras, y lo que creen dentro lo han de mostrar tambien de fuera.» Y no pudiendo acabar con ellas otra cosa, las hubo de dar licencia y se salieron de su palacio, quedándose en la misma ciudad de Osaca, porque las hallase allí Cambacundono cuando viniese, y si las mandase matar por ser cristianas, no fuese menester que las buscasen más léjos.

Otra señora muy principal viuda y rica, por nombre Mencia, vivia en Meaco, y decíanle sus parientes que se saliese de la ciudad, porque volviendo Cambacundono de Facata, echaria mano de ella por ser rica, y le quitarian la vida por llevarle la hacienda, y ella respondió que por esa misma razon no saldria de la ciudad, porque ella tenia ofrecido á nuestro Señor, no solamente su hacienda, pero tambien su vida, y así queria esperar allí lo que fuese servido de enviarle, porque para todo estaba aparejada.

En la ciudad de Osaca vivia una señora muy principal, hija de Aquechi, el que mató á Nobunanga; estaba casada esta señora con el rey de Tango, gentil, que se decia Jacundono, hombre muy feroz, riguroso y mal acondicionado. Este rey cuando hubo de ir Cambacundono á las partes del Jimo, dejó á su mujer en aquella ciudad, donde tenia unas casas muy principales, con órden que no saliese de ellas hasta que él volviese, dando el cargo de esto á dos caballeros viejos gentiles que tenia en su casa, y de

quien hacia mucha confianza. Habia oido esta señora algunas veces platicar á su marido sobre la ley de Dios, porque era amigo de Justo Ucandono, y le predicaba y persuadia con muchas veras que se hiciese cristiano, aunque nunca lo habia podido acabar con él. Era esta señora de muy buen juicio y de grande y vivo ingenio, y deseaba grandemente saber qué ley era la de los cristianos, y qué cosas enseñaba, porque le cuadraban mucho á su buen entendimiento las que habia oido á su marido en diversas ocasiones; mas no habia órden para ello por su estrecho encerramiento. Al fin apretándole su deseo, se determinó de salir un dia de su casa con sus mujeres, con ocasion de visitar ciertos templos de sus ídolos, aunque iba disimulada entre sus criadas.

Andando estas estaciones, llegó cerca de la iglesia de los Padres y entró en ella, que estaba bien aderezada y compuesta por ser dia de fiesta. Estuvo mirando el altar con mucha atencion y las imágenes que habia en él, y envió un recaudo á los Padres cómo estaban allí unas señoras las cuales deseaban oir algo de la ley de Dios, que saliese alguno que les hiciese alguna plática. Salió un Hermano que sabia bien la lengua, y conforme á la brevedad del tiempo les declaró las cosas más sustanciales de nuestra sagrada religion; propuso esta señora muchas dificultades con su agudo ingenio, en lo cual gastó la mayor parte de la tarde, mas á todo se le dió entera satisfaccion.

Vuelta á su casa crecíale más cada dia el deseo de oir lo que le faltaba del catecismo, pero no hallaba camino para ello, porque ni ella podia salir ni los Padres venir á su casa, que lo echarian luego de ver los criados á quien habia quedado encomendada, porque la ida de la iglesia tuviéronlo por un rato de entretenimiento y más por curiosidad que por devocion. Entre aquellas criadas que iban con ella, habia una muy prudente y discreta que tenia los mismos deseos. Entendiólo su ama y descubrióle su corazon, pidiéndole que pues tenia licencia de salir cuando quisiese, fuese á la iglesia de los Padres y se informase muy bien de la ley Dios, para que se la pudiese enseñar después á ella. Por este camino vinó esta señora á entender la doctrina cristiana muy en particular, porque todas las dudas que se le ofrecian las enviaba escritas de su mano á los Padres, y su criada le traia la respuesta de ellas. No solamente se aprovechó de estas pláticas que oia la criada su señora, sino otras muchas mujeres principales que tenia en su casa, las cuales poco á poco se bautizaron, yendo un dia una y otro dia otra á la iglesia; de manera que ya habia más de 17 cristianas en aquella casa.

Teníales grande envidia su señora, porque no sabia cómo recibir ella tambien el santo Bautismo, y se hallaban muchas dificultades en todos los medios que se ofrecian. Al fin pareció á los Padres de la casa de Osaca, que el medio más fácil era instruir bien á María, que era la primera por cuyo medio habia entendido la ley de Dios, y que ella la bautizase dentro de su casa. Fué María bien instruida de lo que habia de hacer, y puesta de rodillas su señora recibió el santo Bautismo por su mano con grande devocion, y tomó por nombre doña Gracia. Todo esto pasó cuando estaba Cambacundono en Facata, antes que publicase los edictos contra la cristiandad. Pareciéndole á María, criada de doña Gracia, que quien habia administrado un tan alto Sacramento, era razon que de allí adelante tuviese nuevo modo de vida y más ejemplar, se fué el dia siguiente á la iglesia, y puesta de rodillas delante del altar, hizo voto de perpétua castidad, cortándose los cabellos como lo acostumbran en Japon las mujeres, cuando mueren sus maridos ó quieren dejar el mundo.

Echáronse de ver presto los efectos de la divina gracia en el alma de aquella señora recien bautizada, porque como llegaron los edictos de Cambacundono, y ella conocia la áspera y recia condicion de su marido, y lo que habia de hacer cuando supiese que era cristiana, parecíale que cuando el tirano no persiguiese á los demás cristianos, ella tenia dentro de su casa muy cierto el martirio, en sufrir los malos tratamientos que esperaba de su marido. Recogia sus mujeres en un aposento, y animábalas para que antes muriesen que faltar un punto en la fe que habian recibido, aunque para esto se juntasen Cambacundono y su marido, y en esto gastaban buenos ratos del dia y de la noche, y en encomendarse á nuestro Señor y suplicarle que les diese ánimo y fortaleza para todo. Y para que se vea el que nuestro Señor comunicaba á doña Gracia para padecer por su amor, pondré aquí una carta que ella misma escribió al P. Gregorio de Céspedes, que era Superior de aquella casa de Osaca, y estaba con los demás Padres en Firando, la cual dice así:

«Aquí vino Sancho, por quien supe de los Padres y Hermanos, y lo que sobre todo más me alegró fué, saber que estaban determinados de no irse del Japon, porque con esto se acrecientan mis fuerzas y se confirma la esperanza que tengo de tornarlos á ver restituidos en estas partes. Cuanto á mí, ya sabe V. R. que no me hice cristiana por alguna persuasion de hombres, sino

por sola la misericordia de Dios todopoderoso, á quien he hallado. Bien pueden mudarse los cielos, la tierra, los árboles y yerbas dejar de ser, mas yo por la confianza que en él tengo no me mudaré.

»Muy grande ha sido el trabajo que nos vino con la persecucion de los Padres, mas la fe de los buenos cristianos con ella se prueba. Después de la partida de V. R. no me han faltado trabajos, mas Dios en todos ellos me va favoreciendo y ayudando. Tuve mi hijo segundo, que es de tres años, muy malo, y estando ya sin ninguna esperanza de vida, temiendo yo mucho que se perdiese su alma, consulté con María lo que debia hacer, y hallamos que el mejor remedio era entregarle al Señor que lo crió, y así le bautizó María secretamente y le puso por nombre Juan, y desde aquel dia comenzó luego á estar bueno y ya lo está del todo. Jacundono después que vino de la guerra, como es riguroso en su modo de proceder, tomó á una ama de estos mis hijos y cortóle las orejas y las narices y la echó fuera de casa, y después cortó el cabello á otras dos por ser todas cristianas. Tengo yo cuidado de proveerlas de todo lo necesario y de que perseveren en la fe.

»Estos dias pasados fué Jacundono al reino de Tango, y antes de su partida me dijo que en tornando tenia que hacer un cierto exámen en esta casa, y segun sospechamos debe ser sobre haber recibido la ley de Dios, y haber en casa personas cristianas. Yo y María estamos aparejadas para cualquiera persecucion que viniere, ora sea de Jacundono mi marido, ora de Cambacundono, por padecer algo por amor de Dios. Todas las mujeres que están en mi compañía están fuertes y bien animadas para el martirio, si nuestro Señor nos hiciese á todas dignas de tanto bien. Mucho deseo saber siempre de los Padres y que los torne Dios á estas partes para que me ayuden á salvar estos hijos. Pido á todos mucho que en sus misas y oraciones encomienden á mi y á esta casa á nuestro Señor. De Osaca, á 7 de la undécima luna »

CAPÍTULO X

De algunas cosas que pasaron en Amanguchi después que salieron de allí los Padres.

Grande fué el desconsuelo de los cristianos de Amanguchi cuando vieron que se iban los Padres, pero consolólos nuestro Señor con que vino por gobernador de aquella tierra un caballero, que era señor del puerto de Jimonozuque, cuando residia allí el P. Provincial, el cual oyó entónces algunos sermones y cobró particular amor á los cristianos, y así los favoreció después en las ocasiones que se ofrecian.

Habia en aquella tierra un ciego de grande habilidad y feliz memoria y muy docto en las sectas del Japon, y siendo gentil era muy señalado predicador entre ellos, y por esta vía tenia entrada y mano con los señores y caballeros principales. Pocos dias antes que saliesen los Padres de la ciudad de Amanguchi, fué este ciego á la iglesia con deseo de oir lo que predicaban los Padres, y fué nuestro Señor servido que después de muchas pláticas y disputas se convirtiese á nuestra santa fe y se llamó Damian. Sintieron mucho su conversion así los bonzos como los demás gentiles, y por esto le quitaron las limosnas de que se sustentaba, mas los cristianos de Amanguchi le favorecieron de manera que no le faltaba nada.

Predicaba Damian después con grande fervor contra los gentiles y bonzos, y siempre los dejaba confundidos y convencidos. Gustaba el gobernador de su conversacion, porque sabia muchas historias del Japon, y así le enviaba á llamar muchas veces, y aunque comenzaba Damian su plática por estas historias, venia á rematarla de ordinario con alguna cosa de la ley de Dios; y por su medio se bautizaron tres criados del gobernador de los principales que tenia en su casa, y más de otras cien personas de aquella ciudad. Y yendo un dia al campo algunos vecinos de Amanguchi, y entre ellos este ciego con otros quince cristianos, hallóse tambien allí un paje del gobernador y muy privado suyo; entraron todos en un templo y comenzaron á disputar sobre el ídolo que allí habia, y de palabra en palabra se vino á enojar el paje contra el ciego y echó mano á su espada para herirle. Asieron los cristianos del paje y quitáronle la espada, y él afrentado se fué á quejar al gobernador diciendo mil males y quejas contra Damian. Hízole llamar el gobernador, y como supo que el paje tenia la culpa, le reprendió ásperamente y le despidió de su casa.

Saliendo otro dia al campo algunas mujeres gentiles, por su entretenimiento entraron á ver la casa en que habian vivido los Padres que la guardaban dos labradores. Acertóse á hallar allí Damian el ciego cuando llegaron las mujeres, las cuales por hacer burla de los cristianos, entrando en la cocina decian que olia mucho á carne humana asada, y lo mismo afirmaba un mozo que venia con ellas. Enfadóse mucho el ciego y habiéndose apartado un poco las mujeres, echó mano del mozo para meterle dentro de un horno que allí habia, pidiendo á los labradores que

le trajesen fuego, porque le queria asar vivo, y después se le habia de hacer comer á aquellas mujeres para que probasen á qué sabia la carne humana. Pensando el mozo que lo decia de veras el ciego, comenzó á dar grandes voces, á las cuales acudieron las mujeres pidiendo al ciego que perdonase á ellas y al mozo, y sirvió para que nunca más se atreviesen otros gentiles á entrar en la casa de allí adelante.

En frente de esta casa que tenian los Padres en Amanguchi, habia un monasterio de bonzos, y por ser el tiempo en que ellos frecuentaban sus sermones, como lo hacemos nosotros en Cuaresma, quiso Damian oirlos, pero conociendo los cristianos su fervor y celo, le pidieron que no fuese allá porque no se alterase oyendo alguna cosa, pero no faltó quien le dijo las blasfemias que el bonzo predicaba contra la ley de Dios, viendo que los Padres eran idos. Como supo Damian esto, entró el dia siguiente en el templo, estando lleno de gente y con grande sosiego se asentó entre los demás oyentes. Estaba el predicador puesto con grande autoridad para comenzar el sermon, y levantando los ojos, preguntó quién era aquel hombre. Dijéronle que era Damian; mandó entónces el bonzo á un criado de su monasterio, que le hiciese salir fuera, mas Damian dijo en voz alta: «El sermon no es para entre rincones, sino para que le oigan todos. Si yo me quiero salvar ¿por qué me lo quereis estorbar? ¿qué sabeis vosotros si me quiero hacer de vuestra secta?» Mas el bonzo que ya le conocia insistió en que le echasen fuera y cerrasen la puerta, de lo cual muy sentido el ciego, tomó una piedra y comenzó á dar grandes golpes, diciendo que le abriesen, porque habia de oir sermon: al fin le dejaron entrar.

Preguntóle el bonzo que para qué venia allí. Respondió Damian que para oirle. Tornóle á preguntar si tenia alguna otra cosa que decirle; sí tengo, dijo el ciego, porque el dia pasado dijistes aquí algunas cosas, y quiero que me deis satisfaccion de ellas, y luego comenzó á disputar con el bonzo, al cual apretó tanto con sus razones, que no pudiendo responderle de puro corrido se fué sin osar predicar más. Dijo entónces Damian: «Sabed que en diciendo alguno mal de la ley de Dios le tengo de venir á confundir delante de todos.» Y así no se atrevian los gentiles á hablar en su presencia por el miedo y temor que le habian cobrado. Otro bonzo grande letrado en sus sectas deseando confundir á Damian, se puso á disputar con él muchas veces, mas con la gracia del Señor él quedó convencido y recibió el santo Bautismo.

Otra cosa sucedió al mismo tiempo en aquella ciudad de Amanguchi, que confirmó mucho á los cristianos en la fe. Entró el demonio en una mujer viuda honrada y principal á la cual atormentaba gravemente. Procuraron sus parientes buscar hechiceros y bonzos para que le diesen remedio, mas nada le aprovechaba de cuanto hacian. Vivia cerca de donde aquello pasaba un cristiano honrado llamado Matías; un hijo de este llamado Paulo, niño de nueve años, dijo á los parientes de aquella señora que si ella se hiciese cristiana y tomase una medicina que habia en casa de su padre, luego sanaria. Decia esto el niño por el agua bendita, y aunque por ser de aquella edad, al principio no hicieron caso de lo que decia, pero viendo el trabajo que pasaba, con deseo de verla libre de él rogaron á Damian que fuese allá y le dijese algo de la ley de Dios. Fué Damian á la casa llevando en su compañía aquel niño hijo de Matías y otros hermanos suyos. En entrando donde estaba la endemoniada, comenzó á dar grandes voces y decir: «Dejadme que yo me iré,» y fuése huyendo hacia un jardin. Detuviéronla y llegó Damian, el cual le echó agua bendita y dijo el Credo, y la mujer cayó luego en el suelo como muerta, pero de ahí á un rato volvió en su entero juicio y quedó de todo punto libre del demonio. Con esta ocasion oyeron sermon de propósito esta señora y sus parientes, y despues los bautizó Damian con otras 70 personas.

CAPÍTULO XI

De los trabajos que pasaba la cristiandad en el reino de Bungo después que se publicaron los edictos de Cambacundono.

En donde los cristianos mejor lo pasaban en tiempo de esta persecucion era en las partes de Arima y Omura, Firando y Amacusa, porque con el mucho número de Padres que se habian recogido en aquellas partes, hubo lugar de enseñar más de propósito á aquella cristiandad, y predicar á los gentiles que habia en aquellos reinos, de los cuales se convirtieron muy muchos á nuestra santa fe. Tambien continuaban los Hermanos del colegio y los novicios y niños del seminario sus ejercicios de letras y virtudes, con la misma quietud y sosiego que lo hacian en Bungo antes de la persecucion, porque como D. Agustin era superintendente de los reinos del Jimo, y tenia tanta autoridad en ellos y los visitaba á menudo con su armada, nadie se atrevia á dar quejas de los cristianos, ni de los Padres á Cambacundono, sabiendo el disgusto que habia de recibir de ello, y con esto D. Protasio tenia más libertad para favorecer

en sus tierras la ley de Dios, como tambien lo hacia el rey de Omura, y los demás señores cristianos de Firando y Amacusa.

Sólo en el reino de Bungo se padecia mucho trabajo, y fué donde más se echó de ver la falta que hizo la muerte del buen rey Francisco, porque como el príncipe su hijo que le sucedió se habia bautizado poco antes de esta persecucion, y él de su condicion natural era fácil y mudable, aunque tenia Padres en su tierra y trataba con ellos de ordinario, como por una parte le faltó tan presto el consejo y autoridad de su padre, y por otra tenia á su lado á Chicacata su tio, y á otros enemigos y contrarios de la ley de Dios, los cuales le persuadian que no tuviese Padres en su reino, atemorizándole con que disgustaria á Cambacundono y le quitaria el reino, él se fué retirando de los Padres y mostrándoles sequedad. Viendo ellos su mudanza y disfavor, y la causa de donde nacia, se recogieron los dos de ellos á Sucumi, donde estaba la reina Julia, mujer del rey Francisco, y los demás se repartieron en las tierras de D. Paulo y del príncipe D. Pantaleon, el cual viendo la tibieza de su hermano y que se gobernaba por los gentiles, temiendo no le levantasen algun testimonio y le sucediese lo mismo que al príncipe D. Sebastian su hermano, especialmente estando de por medio su tio Chicacata, cuyas tierras él poseia, con buena disimulacion se salió de la corte y se retiró á su estado, que era lo último de aquel reino, para vivir con más quietud y sosiego.

No se contentaron Chicacata y los demás gentiles con que estuviesen los Padres como escondidos y retirados de la corte, porque su intento era echarlos de todo el reino y destruir si pudiesen la cristiandad que en él habia. Y para salir con esto decian al rey, que habiendo tantos cristianos en su tierra y andando los Padres entre ellos, lo habia de venir á saber Cambacundono y destruirle á él y á sus señores porque lo consentian.

Con estas y otras razones semejantes le ponian cada dia más temor y peor corazon para con los Padres y cristiandad; y la mayor causa de su temor era, que los mismos que le daban el consejo, sino se ejecutaba, le habian de acusar después delante de Cambacundono; y así andaba lleno de mil perplejidades, que por una parte deseaba echar á los Padres, apretado de estos temores, y por otra no se atrevia á decirles que se fuesen, ni á los cristianos que disimulasen en lo exterior. Al fin, como se gobernaba en sus cosas por su tio y los demás gentiles, hallándose una vez muy turbado y confuso, les preguntó qué modo podia tener para salir con honra de este negocio. Diéronle el consejo cual se podia esperar de tales ministros del demonio, y fué echar fama que mandaba Cambacundono le hiciesen juramento de fidelidad todos los señores y cristianos de Bungo, sobre los camis y fotoques como lo acostumbran los gentiles, porque de esta manera, jurando tambien los cristianos faltarian en su fe y religion, y no haciéndolo, tendrian buena ocasion para desterrarlos ó matarlos. Lo cual fué en buen romance, levantar en el reino de Bungo otra persecucion muy más cruel que la que el tirano habia publicado contra los Padres y contra toda la cristiandad.

Este fué el consejo, y presto veremos los trabajos en que puso este rey á todo su reino, por haber dado tanta mano en sus cosas á los gentiles, y haberse gobernado por ellos, y no haber tenido el valor y pecho que convenia, para defender como hicieron los demás la fe y religion que habia profesado. Y así como estos malos consejeros fueron causa otra vez de que perdiese sus estados, así tambien lo fueron esta, de que perdiese la fe y últimamente el reino, porque los medios que le dieron para conservarle en él, fueron bastantes para que Dios se lo quitase y lo perdiese del todo.

CAPÍTULO XII

De lo que hicieron los cristianos de Bungo viendo el mandato del rey.

Aunque este mandato era general contra todos los cristianos y señores principales del reino de Bungo, pero señaladamente le enderezaban Chicacata tio del rey y los demás señores gentiles contra D. Paulo, á quien tenian mortal odio porque en las guerras pasadas se habia señalado más que todos y era más estimado en todo el reino, y deseaban con esta ocasion destruirle de todo punto y ponerle en desgracia de Cambacundono, porque sabian que tenia grande estima de él. El rey con su poco valor consintió en el medio que su tio y los demás le representaron, y mandó publicar, que para cierto dia señalado viniesen todos los señores á la ciudad de Funay para hacer el juramento.

Bien entendió D. Paulo que todo esto se enderezaba contra él, mas disimuló como prudente, y como muy cristiano y valeroso determinó de aventurarlo todo, antes que hacer semejante juramento. Ayudábale para ello su mujer, que era una señora muy principal y muy cristiana, sobrina del rey Francisco, que se decia Magdalena, diciendo que bien se entendia cómo el rey y los

demás pretendian destruirle, y que aunque ahora hiciese el juramento, buscarian después otra ocasion para salir con su intento, y que mejor era perder su vida y estado por la confesion de la fe, que no aventurarlo despues por otra causa.

Otro tio de D. Paulo que se decia D. Gonzalo Fajindono, y su mujer Cointa que tambien eran muy buenos cristianos, se determinaron de hacer lo mismo. A estos dos caballeros, como tan principales, acudieron otros muchos del reino, parientes y amigos, que eran gentiles, á persuadirles que no importaba tanto hacer aquel juramento, pues podian ser cristianos en su corazon y con eso podian asegurar sus vidas y estados, pero á todos cuantos venian respondieron estos caballeros con grande resolucion y pecho generoso, que antes perderian la vida y el estado que hacer tal modo de juramento, y que no se hablase más con ellos en ese punto; pero que si el rey se contentaba con que ellos hiciesen el juramento de fidelidad que se les pedia como cristianos, holgarian de hacerle.

Antes que se llegase el dia señalado para venir á jurar, habló al rey su hermana Regina, hija del rey Francisco y heredera de su virtud en favor de estos caballeros, pero el rey se mostró tan enojado, que dijo los habia de destruir si no jurasen, y á ella la desterraria, si más le hablase por ellos. Sintió mucho Regina lo que su hermano hacia, por ver el peligro en que ponia su reino, si pasaba adelante con su determinacion; y representándosele el daño de toda aquella cristiandad, sin hacer caso del que á ella le podia venir, escribió á su hermano una carta muy discreta, en la cual en sustancia le decia; que pues los cristianos estaban aparejados á hacer el juramento de fidelidad conforme á su ley, no les obligase á hacer lo que no podian sin ir contra ella, pues siendo él tambien cristiano, pareceria mal pedirles cosa semejante. Fué servido nuestro Señor que esta carta de Regina hizo tan buen efecto en el rey, que comenzó á ablandar su rigor, y respondió á su hermana, que él no pretendia hacer que los cristianos dejasen su ley, ni se habia de tratar de eso en el juramento, sino solamente de la fidelidad que pedia Cambacundono; y que por no enviarle un papel de los juramentos de los gentiles y otro de los cristianos por el daño que á él le podia venir de esto y á todo su reino, les pedia que jurasen de aquella manera.

Llegaron á esta sazon los Padres que estaban en Sucumi y venian á tratar con el rey de este negocio. Representáronle, que se contentase con que los cristianos hiciesen el juramento de tal manera, que ni fuesen contra su ley, ni él pudiese tampoco ser reprendido de Cambacundono, y que ellos se encargarian de poner el papel y la forma del juramento con tales palabras y términos, que se cumpliese con todo. No pudo el rey negar este medio que los Padres le dieron, y así respondió que se hiciese como ellos lo pedian, y con esto quedaron los cristianos libres de aquel peligro y trabajo, aunque los enemigos de don Paulo sintieron mucho habérseles despintado el juego que á su parecer llevaban bien entablado para destruirle, y así determinaron de matarle para el dia que viniese á hacer el juramento. No faltó quien le avisase á D. Paulo de esto, y por no mostrar cobardía ni dejar de venir á la ciudad de Funay, puso á punto su gente, que serian más de 3.000 soldados escogidos y diestros en la guerra, y con ellos partió de su casa.

Cuando se entendió en Funay el apercibimiento con que venia D. Paulo, porque la fama era que traia 8.000 soldados, temieron sus enemigos que habia entendido sus intentos y venia apercibido para vengarse de ellos, y así le escribieron con órden del rey á título de honrarle, que se volviese á su casa; que allá le enviarian el papel para que lo firmase. A este mismo tiempo vino de Osaca un caballero que el rey de Bungo habia enviado á visitar á Cambacundono. Este caballero entre otras cosas dijo el grande crédito que tenia D. Paulo acerca de todos los señores y caballeros de aquella corte, y que habia dicho Cambacundono, le parecia mal que el rey y los de su consejo no estuviesen bien con él, y que pues el rey no sabia tratar á D. Paulo con buen término, no debia de tener partes ni talento para gobernar. Estas palabras que dijeron al rey le obligaron á ir en persona á Osaca, para dar razon de sí á Cambacundono, y lo mismo le escribieron y aconsejaron algunos amigos que tenia en aquella corte, y en su lugar diremos lo que resultó de este camino.

CAPÍTULO XIII

Cómo el tirano persiguió con más crueldad á los cristianos después que recibió el recaudo del capitan de la nao, y el P. Organtino los andaba visitando secretamente.

El mensajero que envió el capitan de la nao con el recaudo para Cambacundono no le halló en Facata por ser ya partido para el Meaco, y así vino á dársele algunos meses después en su ciudad de Osaca. Cuando oyó este tirano el recaudo, fué muy grande su enojo, y dijo con mucha ira, que se fuesen luego todos los Padres, porque mandaria matar á cuantos quedasen, y

no queria que la ley de Dios se predicase más en sus tierras. Con aquella misma furia mandó luego derribar por tierra las casas é iglesias que tenian en Meaco, Osaca y Sacay, que eran las mejores del Japon, y lo mismo mandó hacer en otras diversas partes de aquellos reinos, verificándose á la letra lo de los actos de los Apóstoles: *Quod facta est persecutio magna in Ecclesia, et omnes dispersi sunt per diversas regiones.*

Y los que vieron aquella tan florida cristiandad de Meaco pocos años antes, no podian sin grande dolor de su corazon y lágrimas de sus ojos ver lo que entónces pasaba en ella, porque desde Meaco hasta el Sacay, que serán 18 leguas, habia más de 35.000 cristianos y 22 iglesias, las cuales se pusieron todas por el suelo, y los cristianos se repartieron por diversos reinos. Algunos de estos murieron en las guerras del Jimo, otros fueron desterrados por el tirano por haberle sido contrarios al principio de su monarquía, y á otros mudó á diversos reinos para asegurarla, y finalmente, los pocos que allí perseveraron eran tan desfavorecidos y maltratados, que tuvieron por remedio ausentarse, y así se quedó aquella grande cristiandad casi destruida, que apénas se hallaban algunos pocos cristianos en cual y cual lugar, como suelen quedar los racimos en viña vendimiada, y esos muy pobres, porque les quitaban las rentas y haciendas; pero con todos estos trabajos conservaban su fe y religion.

A estos cristianos visitaba y consolaba á sus tiempos el P. Organtino, saliendo él y su compañero de la iglesia de Judonojima con el hábito mudado para no ser conocidos, deteniéndose dos ó tres dias en una parte, y otros tantos en otra, confesando y predicando y enseñando aquellos pobres cristianos, al modo que lo hacen ahora en Inglaterra otros muchos sacerdotes católicos, y lo hacian los santos en la primitiva Iglesia en tiempo de las persecuciones, hasta que ordenándolo así la divina providencia, venian á caer en manos de los tiranos; y entónces ofrecian su vida y sangre por la confesion de la santa fe. Y San Atanasio en tiempo de sus grandes persecuciones hacia esto mismo, y dejó escrito un tratado, en el cual muestra con muchas razones, que conviene hacerse así en semejantes ocasiones. En un capítulo de una carta que escribió el P. Organtino dando cuenta de su ocupacion, dice estas palabras: «Yo he confesado la mayor parte de estos cristianos, y administrado el santísimo Sacramento de la Eucaristía diciendo misa ahora en una parte, ahora en otra, andando escondido y platicando con ellos de noche, y animándolos á perseverar en la fe y sufrir estos trabajos, y es necesario andar con este recato, porque si el tirano lo supiese, se encenderia mucho más su furia contra esta cristiandad, y por eso no me detengo mucho en un lugar. Consuélome andando de esta manera con los ejemplos de los santos de la primitiva Iglesia, y con lo que padecen nuestros Padres en Inglaterra, andando de la misma suerte hoy aquí, mañana allí, sin tener lugar muy seguro, ni hábito cierto para poder mejor ejercitar sus ministerios.»

Entre las personas que más necesidad tenian de consuelo en las partes de Meaco era doña Gracia, reina de Tango, de cuya conversion dijimos en el cap. IX, porque como la condicion de su marido era tan terrible, aunque no se quiso dar por sabedor de que su mujer era cristiana, pero dábale por esta causa tan mala vida, y pasaba con él tantos trabajos, que estuvo la buena señora muchas veces resuelta y determinada de dejarle, pues era gentil y ella no podia vivir en su compañía siendo cristiana. Tuvo aviso el P. Organtino de esto, y echando de ver los grandes inconvenientes que habia en la mudanza de doña Gracia, fué de propósito á persuadirle, que no lo hiciese, poniéndole delante el peligro y riesgo en que pondria toda la cristiandad, porque siendo ella persona principal y su marido tan privado de Cambacundono, bastaba esto sólo para encender la ira de entrambos contra todos los cristianos y que no descansasen hasta destruirlos. Escribióle el Padre estando en Meaco encubierto diversas veces, y al fin se quietó con sus cartas y razones, animándose para llevar la cruz que nuestro Señor le habia dado con la áspera condicion de su marido. Visitó tambien el Padre á Juan Gayo, que era aquel caballero á quien el tirano quitó sus casas y rentas por ser cristiano; confesólos á él y á su mujer y dejólos muy alegres y consolados.

Tambien envió á llamar á Constantino, que era un buen cristiano del reino de Boari, del cual supo los grandes trabajos que pasaban los cristianos en aquella tierra, porque un señor gentil que tenia el gobierno de ella tomó la iglesia para sí é hizo pedazos el altar, en el cual puso muchos ídolos. Pidió una vez aquel señor gentil á este cristiano Constantino, que le diese las cuentas en que rezaba, mas él le respondió con una santa libertad, que primero le habia de cortar la cabeza y después se las podrá quitar, porque de otra suerte él no las daria. Tenia este buen viejo cuidado de visitar á los cristianos de aquel reino y hacerles algunas pláticas de las cosas de Dios, con que los animaba y consolaba, y con esto y las cartas que el P. Organtino de ordinario les

escribia, se conservaban y perseveraban en la fe. Tambien envió á Tobías el ciego, para que visitase á otros cristianos del reino de Mino, porque á título de pedir limosna entraba en todas partes sin que nadie reparase en él. Este ciego predicó en diversos lugares andando de esta manera, y en un pueblo bautizó 35 personas, y con ser gentil el señor de él, holgaba mucho de oir á Tobías y le ofrecia todo lo que hubiese menester porque se quedase allí. Otro cristiano vino del reino de Bomi á confesarse con el P. Organtino, el cual le dijo cómo el buen D. Sancho, señor que fué de Sanga y era ya viejo, animaba y esforzaba mucho con sus razones á los cristianos de aquella tierra, en la cual vivia.

De esta manera anduvo visitando el P. Organtino con su compañero los cristianos que habia en aquellos reinos, y escribiendo á los que no podia visitar, hasta que Cambacundono quitó á su capitan general D. Agustin la isla de Junodojima, donde se solia el Padre recoger, y así les fué necesario á él y á Justo Ucandono que estaban allí, irse por entónces á las partes del Jimo, porque el tirano debió de tener rastro que entrambos estaban en aquella isla y que los sustentaba D. Agustin. Y es de creer que se la quitó por esa causa, aunque le dió en trueco de ella otra cosa en el reino de Fingo.

CAPÍTULO XIV

De lo que sucedió en las partes de Arima, y del valor que mostró el rey D. Protasio cuando el tirano destruyó las iglesias de Meaco.

Sabida en Arima la indignacion con que el tirano recibió el recaudo del capitan del navío y la destruccion que hizo de las iglesias de Meaco, puso á todos los Padres del Jimo en nuevo cuidado, y lo que hasta allí habian tenido por cólera repentina, esperando que se le pasaria presto, ya se persuadian que trataba de destruir de veras la cristiandad. Y para ver lo que convenia hacer en este caso, se juntaron el P. Provincial y otros Padres con el rey D. Protasio y otros señores cristianos de su reino. En esta consulta descubrió el rey cuán impreso tenia en su corazon el celo de la religion cristiana, porque con ser tan grande el riesgo y peligro á que se ponia, teniendo tantos Padres en su reino contra el expreso mandato y gusto de un tan poderoso tirano, sin mostrar punto de flaqueza, respondió al P. Provincial y á los demás Padres que allí estaban, que él tomaba con mucho gusto de ampararlos en su reino, y que cuando Cambacundono, mostrase de esto sentimiento y se quejase, él procuraria de darle razones muy bastantes; pero que si con todo esto mandase hacerle guerra, haria todo lo que pudiese para defenderse, confiando en nuestro Señor que le ayudaria como otras veces lo habia hecho; y finalmente, cuando no pudiese resistir al tirano, él daba por muy bien empleado su vida y reino, aventurándolo todo en defensa de la ley de Dios. Porque no podia tener en toda su vida otro título más honroso ni más justificado para hacerlo, y que si era menester desde luego se declararia por enemigo de Cambacundono, pues él habia de saber tarde ó temprano que tenia los Padres en su tierra.

Acabado su razonamiento el rey D. Protasio todos los Padres le dieron las gracias de la voluntad que mostraba para defender la cristiandad y á ellos, pero les parecia tenian obligacion de representar á Su Alteza el peligro en que ponia no solamente á su persona y estado, sino á toda la cristiandad del Jimo, y á los señores que tenian Padres en sus tierras, descubriéndose por enemigo de Cambacundono. Porque los demás señores cristianos habian de hacer lo mismo por su ejemplo, lo cual seria causa de doblar la indignacion en el pecho de aquel tirano, pareciéndole que le tenian en poco, y era obligarle á que volviese otra vez en persona con su ejército y los destruyese á todos, por lo cual les parecia acomodarse con el tiempo y disimular todo lo que fuese posible, hasta que hubiese precisa y forzosa obligacion de llegar á este rompimiento. Y para que el tirano no tomase nueva ocasion de ello, ni les pudiese hacer tanto cargo á los señores de que tenian á los Padres en sus tierras, ellos mudarian algo de su vestido, y las casas de habitacion y las iglesias, y con esto podrian ejercitar sus ministerios en otras casas y oratorios particulares, y ayudar á los cristianos y gentiles; y Su Alteza con los demás señores podrán tener buena excusa con Cambacundono, cuando viniese á entender algo, con decirle que estaban cerradas las iglesias y no residian Padres en ellas; y que si habian algunos en sus tierras, andaban escondidos en las casas de los cristianos, lo cual no podian ellos estorbar, porque como eran tantos, aunque quisiesen buscarlos para echarlos de sus tierras, no los hallarian, estando hoy en casa de uno, y mañana en casa de otro, y con hábito diferente. Pareció á todos que este era un medio muy conveniente para que pudiesen los Padres ejercitar sus ministerios y ayudar á las almas, sin poner en tan evidente peligro aquellos reyes y señores del Jimo, y á toda la cristiandad de aquella tierra.

Con esta resolucion se tornaron á repartir de nuevo todos los Padres y Hermanos del reino de Arima, en donde por ser tantos habia muy mayor inconveniente. Con esta órden el P. Melchor de Mora quedó en Arima con otros siete compañeros, el P. Provincial Gaspar Coello se recogió en otro lugar una legua de allí con otros dos Padres y Hermanos, los estudiantes del colegio se pasaron á la fortaleza de Chiguiva, en la cual residian tres Padres y 20 Hermanos; en otra fortaleza llamada Asie pusieron tres Padres y 10 Hermanos novicios; en otro lugar llamado Fachirao, se recogieron los niños de entrambos seminarios, que serian todos 73, con un Padre y tres Hermanos que tenian cuidado de ellos. Tambien se repartieron otro Padre y Hermano en la fortaleza de Cogiro, y dos en la fortaleza de Conga, y otros dos en la de Jimabara, y en su lugar se dirá el fruto que en cada parte de esta hacian los unos y los otros.

El mismo año por el mes de Agosto de 1588 llegó al Japon una nave de la China, en la cual venian los PP. Francisco Ruiz y Teodoro Manteles. Estos Padres dijeron cómo estando ellos para partir, habia llegado al puerto de Macao otra nao con seis Padres, que dieron aviso, cómo el P. Alejandro llegaria á la China dentro de dos ó tres dias con los embajadores que habian ido á Roma, y otros 11 Padres y Hermanos que venian en su compañía, lo cual fué para todos de harto consuelo en tiempo de tanta afliccion y trabajo; mas porque estaban las cosas del Japon trocadas y mudadas desde que el P. Alejandro partió á la India; y para que pudiese desde la China mirar lo que convenia, y dilatar su venida al Japon, ó abreviarla conforme á la disposicion de Cambacundono, partió el P. Melchor de Mora para Macao con otros cuatro Hermanos que habian de quedar en aquella ciudad, para informarle de todo muy en particular.

CAPÍTULO XV

Cómo el rey de Bungo fué á Osaca y despues envió á D. Paulo con el príncipe su hijo, para visitar á Cambacundono, y lo que allá les sucedió.

Al fin del cap. XII queda dicho cómo el rey de Bungo se determinó de ir á Osaca y visitar á Cambacundono, para dar satisfaccion de sí y del ruin concepto que allá se tenia de sus cosas; y sobre lo mismo recibió una carta, estando ya para partir, de su hermano de Cambacundono, á quien el de Bungo tenia por su protector. Con ocasion de este camino comenzaron Chicacata su tio y los demás señores gentiles á poner nuevos temores y miedos al rey, diciéndole que si Cambacundono sabia cómo tenia Padres en su tierra, le habia de quitar el reino, pues habia mandado de nuevo destruir sus casas é iglesias en Meaco, Osaca y Sacay.

Con este temor y recelo envió á decir el rey á los Padres que estaban en su tierra, que ya sabian, cómo él iba á visitar á Cambacundono, que les rogaba se saliesen de su reino, porque no le dijesen allá que él los conservaba en él, y fuesen causa de que le destruyese. Respondiéronle á esto los Padres, que ellos andarian tan encubiertos y con tanto recato, que ninguno pudiese dar queja á Cambacundono de que estaban en el reino; mas él no se aseguró con todo esto y resolutamente les mandó que se saliesen; pero en ninguna manera lo consintieron los señores en cuyas tierras estaban, especialmente D. Paulo y el príncipe D. Pantaleon, aunque por no disgustar más al rey y á los de su consejo, y parecer que se hacia lo que se mandaba, se volvieron para Arima algunos Padres y Hermanos, y quedaron seis ú ocho encubiertos en el reino de Bungo, porque las tierras del príncipe D. Pantaleon y de D. Paulo estaban apartadas de la corte, y así podian estar en ellas con más secreto.

Partido el rey para Osaca, encontró en el camino un correo con un despacho de Cambacundono, en que le mandaba hiciese luego matar á cierto caballero gentil que se habia recogido en su reino, y que no consintiese cristianos en él. Con este despacho venia otra carta de su hermano del tirano, que era protector de este rey, en que le encargaba ejecutase lo que Cambacundono le enviaba á mandar, y procurase que D. Paulo dejase la ley de los cristianos y que lo cumpliese todo así como se lo mandaban, porque de otra manera le haria matar y le quitaria su reino. Esto postrero que venia en la carta y tocaba á D. Paulo y amenazaba al rey con la muerte, lo habia puesto de su cabeza el secretario que la escribió por ser enemigo de la ley de Dios, pero bastó para poner tanto miedo al rey, que despachó luego á los de su consejo para que luego hiciesen ejecutar lo que Cambacundono mandaba.

Como los del consejo, que todos eran gentiles, deseaban tener alguna buena ocasion para extinguir y perseguir á los cristianos, no dejaron pasar la que se les ofrecia, y así mandaron publicar debajo de muy grandes penas que se pusiesen todos cierta señal para que lo fuese de que dejaban su ley. Algunos pocos hubo de los pobres y gente popular que atemorizados con las penas, mostraron alguna flaqueza, pero la gente

principal y noble descubrieron su pecho y valor, confesando que antes moririan que hacer tal cosa.

La primera que respondió publicamente fué la reina Julia, mujer que fué del buen rey Francisco, que parecia haber heredado su virtud y constancia. La segunda fué Regina, hermana del mismo rey, la cual con ser doncella y por casar, y que todo su remedio pendia del rey su hermano, amenazándola los del consejo que la desterraria cuando volviese, si no obedecia su mandato, respondió con generoso corazon, que si su hermano la desterrase por esta causa, no le faltaria ánimo para ir pidiendo un pedazo de pan por amor de Dios por las puertas de sus vasallos, lo cual tendria por mayor honra y dicha que no hacer lo que su hermano le pedia. Con el mismo valor y pecho respondieron D. Paulo y su tio, sus mujeres é hijos, y por su ejemplo otros muchos señores y caballeros y los demás cristianos. Viendo los del consejo tan resueltos y determinados á estos caballeros y á los cristianos que los seguian en morir antes que obedecer el mandato, no se atrevieron á pasar más adelante en la ejecucion de él, por no alborotar el reino.

Llegado el rey de Bungo á Osaca fué á visitar á Cambacundono. Al principio recibióle muy mal, porque habia recogido en su tierra aquel caballero que le habia sido traidor, mas aplacóse cuando supo que ya era muerto, y entónces admitió las disculpas que el rey le dió en su defensa, aunque por disculparse de algunas cosas quiso echar la culpa de ellas á D. Paulo, de lo cual se enojó tanto Cambacundono, que dicen le llamó de necio, porque no sabia conservar la amistad de aquel caballero, habiéndole servido mejor que ninguno de todos los de su reino en las guerras pasadas, y desde allí adelante no se atrevió á hablar palabra contra él.

Habiéndose despedido el rey de Bungo de Cambacundono, dentro de cuarenta dias volvió á su reino y por entónces disimuló el enojo y disgusto que traia con D. Paulo. Y habiendo de enviar el príncipe su hijo á visitar al tirano, quiso que el mismo D. Paulo le acompañase con su tio Chicacata y otros señores principales del reino. En este tiempo se casó Regina, hija del rey Francisco, con D. Bartolomé, heredero del reino de Fiunga, á quien se le quitaron siendo muy niño, aunque después le volvió Cambacundono una buena parte de él.

Habia tornado á edificar el rey de Bungo la ciudad de Vosuqui, y al parecer de todos más hermosa y graciosa que la primera. Sucedió por cierta desgracia, que se prendió fuego en ella, el cual se avivó con un muy recio viento, que apénas dejó casa en toda la ciudad, y lo que más puso admiracion fué, que estando la fortaleza apartada buen rato en una sierra muy alta y rodeada de mar, por un estrecho paso que habia desde la tierra subió el fuego y quemó todas las casas y palacios y ricos edificios que allí habia, para mostrar nuestro Señor que no merecia este rey tener aquella fortaleza donde habia vivido su Padre, pues tampoco le parecia en la vida y costumbres.

Con el príncipe de Bungo fueron á Osaca al principio del año de 1589 Chicacata, tio del mismo rey y otro señor gentil, entre los cuales iba D. Paulo como vendido; porque el rey y su tio habian comunicado entre sí cómo podrian desacreditarle con el tirano, y ponerle en su desgracia y enemistad. Mas Dios nuestro Señor ordenó las cosas muy al revés de lo que ellos pensaban. Porque entrando el príncipe de Bungo á visitar á Cambacundono, iban acompañándole estos tres señores; y Chicacata, como tio del rey y gobernador del reino quiso entrar con él, pero entendiendo Cambacundono que venia allí D. Paulo, le mandó entrar á él solo, y que los otros dos se quedasen fuera, honrándole mucho con palabras, y entre otras dijo: Entre D. Paulo, aquel grande capitan de Bungo, y delante de los señores y caballeros que allí estaban, contaba con mucho gusto sus hazañas, y pasados tres dias convidando á comer al príncipe en su fortaleza, quiso que sólo D. Paulo entrase á comer con él, haciendo quedar á Chicacata y su compañero fuera entre sus criados, sin hacer ningun caso de ellos, para que se vea el cuidado que nuestro Señor tiene de honrar y favorecer á los que le sirven, y de esta manera volvieron sus enemigos á Bungo bien corridos y afrentados.

CAPÍTULO XVI

Cómo el rey de Bungo quiso destruir á D. Paulo, y por su órden mataron algunos cristianos, y el fervor que mostraban los demás en aquel reino.

Vuelto el príncipe de Osaca, fué grande el sentimiento del rey de Bungo, viendo la mucha honra que Cambacundono habia hecho á D. Paulo, renovándosele con esto el disgusto de lo que á él le habia sucedido. Y no era menor la afrenta y corrimiento que traian Chicacata y su compañero por el poco caso que habia hecho de entrambos Cambacundono, los cuales como vieron al rey tan disgustado, procuraron de añadir leña al fuego y irritarle más contra D. Paulo. Al fin entre todos buscaron medio para des-

truirle, y parecióles que el mejor seria tornarle á apretar en que dejase de ser cristiano, conforme á lo que habian escrito al rey cuando iba de camino para Osaca. Enviósele este recaudo á D. Paulo, y él respondió al rey, que en su tierra no se hacia cosa contraria al servicio de Su Alteza, ni á sus leyes y mandatos, y que en Japon cada uno era libre para tomar la ley que quisiese, y así él habia escogido la de los cristianos, y estaba determinado de morir por ella y aventurar su persona y estado siempre que fuese necesario; y por tanto le suplicaba á Su Alteza, no le enviase semejantes recaudos, porque bien sabia quiénes eran los autores de ellos.

De esta respuesta se indignó el rey mucho más contra D. Paulo y contra los Padres que tenia en su compañía, persuadiéndose que por su parecer y consejo respondia de aquella manera, y así determinó de hacerle matar á él y á ellos. Estando para ejecutar esta determinacion, le pareció comunicarla primero con un señor gentil criado suyo, de quien se fiaba mucho, el cual le dijo que en ninguna manera lo hiciese, porque habiendo el rey Francisco su padre, aun cuando, era gentil, amparado y favorecido á los Padres en su tierra, pareceria mal á todo el mundo que siendo él cristiano é hijo de cristianos, los mandase matar, y lo mismo le parecia en lo que tocaba á D. Paulo, porque él se habia de defender con su persona y gente; y todos tenian conocido en aquel reino su grande valor y esfuerzo, y particularmente que en haciendo alguna demostracion contra él, habia de pensar Cambacundono que era verdad todo lo que otras veces le habian dicho de Su Alteza, y se ponia á peligro de que le quitase su reino, como á hombre que no le sabia gobernar en paz; y fueron bastantes estas razones para que el rey no pasase adelante en lo que habia determinado.

Viendo Chicacata y sus aliados, que no habian podido salir con su intento en destruir á D. Paulo, quisieron vengar sus injurias y afrentas en los demás cristianos. Para esto tornaron á poner nuevos temores al rey, y que si supiese Cambacundono que los consentia vivir públicamente en su reino contra su mandato, se enojaria y le destruiria. Al fin, ora sea que el rey lo mandase ó que lo permitiese, remitiéndolo á los de su consejo, que todos eran gentiles, ellos mandaron matar á un cristiano muy nombrado en la ciudad de Funay, que se decia Juan, ó por otro nombre Joran, hombre de sesenta años, pareciéndoles que matando á este pondrian miedo y espanto á todos los demás.

Este cristiano, en ausencia de los Padres, se ocupaba en bautizar los niños, y visitar los enfermos, y enterrar los muertos, y casi todos las noches gastaba en predicar á los gentiles y animar á los cristianos. Tuvo aviso Joran cómo le habian mandado matar, y el dia en que se habia de ejecutar aquella sentencia, y aunque pudiera ausentarse, como tenia ofrecida su vida á nuestro Señor, ni se turbó, ni alteró cuando lo supo, antes con el grande deseo que tenia del martirio, porque no se lo estorbasen, con buena disimulacion hizo salir de su casa toda la gente la misma noche en que le habian de matar y él se quedó solo, encomendándose á nuestro Señor. Los que le habian de quitar la vida, temiendo que Joran habria recogido algunos parientes y amigos para defenderse, llevaban otros 100 hombres en su compañía. Llegados á la casa á media noche, como no oyeron ruido, pensaron que habia huido y estaban hablando sobre esto. Oyólo Joran desde allá dentro y dijo: «No es ido Joran que aquí está y luego saldrá.» Habia estado el santo varon hasta aquella hora de rodillas en oracion, y cuando vió que era tiempo y los enemigos le esperaban, echóse al cuello su relicario y cuentas benditas y el rosario con una imágen de Nuestra Señora que allí tenia, y puesta la sobrepelliz con que solia enterrar los muertos, y con su cruz en la mano abrió la puerta y salió á recibirlos hincado de rodillas y dando gracias á nuestro Señor, de que le hacia digno de tan gloriosa muerte.

Arremetieron á él aquellos sayones dando cuchilladas á porfía sobre su cabeza, y el santo Joran, con el nombre de Jesus y de María en la boca, dió su espíritu al Señor á los 27 de Julio de 1589. Para mostrar el rey que no le pesaba de lo que habian hecho los de su consejo, y ser participante de su pecado como hombre ya pervertido, mandó poner el santo cuerpo de Joran en una cruz con la imágen al cuello que habia tenido puesta la noche antes cuando le mataron. No faltó quien por su devocion se la quitó y sobre esto hizo el rey grandes averiguaciones y diligencias, encerrando en una fortaleza muchos hijos de hombres principales cristianos, pero ninguno hubo que confesase nada.

Pocos dias después de muerto Joran, hicieron los del consejo matar á su mujer y dos hijos y á otros dos cristianos que más se señalaban entre todos los demás, y por la misma causa mandaron matar en Nocen á otro cristiano que se decia Joaquin, el cual hacia el mismo oficio en aquella ciudad que el santo Joran en Funay, y era muy semejante á él en la virtud, porque dentro de su casa tenia un oratorio secreto donde se juntaban los cristianos á hacer oracion, y por sus pláticas se habian bautizado 30 personas desde que los Padres faltaron de aquella tierra. Es-

tando ocupado en estos santos ejercicios, por órden de los gobernadores le sacaron un dia al campo con engaño y allí le mataron. Estos fueron los buenos efectos que se siguieron de los consejos que dieron al rey su tio Chicacata, y los demás por quien se gobernaba.

Pero aunque pensaban poner miedo y espanto por este camino á los cristianos para que faltasen en la fe, halláronse muy engañados, porque el ejemplo de los que con tanto ánimo y valor habian ofrecido sus vidas le acrecentó á todos los demás, para que públicamente la confesasen, y desde aquel dia traian todos sus rosarios al cuello con sus imágenes y cuentas benditas y andaban con ellos por las calles. Viendo el rey y los de su consejo lo que pasaba no se atrevieron á tratar más del negocio, pareciéndoles que pues los cristianos se habian atrevido á salir con sus cuentas de aquella manera por las calles, tambien tendrian pecho y ánimo para morir si fuese menester, y seria alborotar el reino y mucha gente principal de él que eran cristianos y al fin el rey no podia salir con lo que deseaba, que en buen romance era que faltaran todos en la fe, para que no se echara de ver tanto su flaqueza y la mala cuenta que de sí habia dado, y no faltó quien se lo dijo por vía de donaire. Porque una mujer llamada María que era muy buena cristiana y solia acudir á palacio, encontrándola allí el rey con sus cuentas al cuello, le dijo que por qué hacia tan poco caso de su mandato y se atrevia á parecer delante de él de aquella manera. Ella le respondió notándole de apóstata con sus palabras que fueron estas: «Las cosas que un rey da de su mano no se han de tener en poco, porque seria hacerle injuria, y vuestra Alteza me hizo merced en otro tiempo de darme estas cuentas, quiero yo ahora honrarme con traerlas al cuello.»

No sólo esta persecucion no quitaba el ánimo á los cristianos del reino de Bungo, mas antes les servia de despertar en su alma unos nuevos y encendidos deseos de adelantarse en la virtud. Un caballero mozo que antes de ser cristiano era muy cruel y vengantivo, siendo ya bautizado en tiempo de estos trabajos, se señalaba mucho en todo lo que era virtud. Tenia este caballero entre otros criados uno que le habia dado notables disgustos y hecho algunos grandes agravios por los cuales conforme á la costumbre del Japon, tenia bien merecido que le quitase su amo la vida, y temiendo el mozo su justo castigo se fué huyendo de casa de su amo. Sucedió que yendo un dia este caballero por un camino acompañado de sus criados, encontró con este que se habia salido de casa, el cual teniéndose ya por muerto se tendió en una peña que estaba en el camino, para que hiciesen de él lo que quisiesen. Conocióle su amo desde léjos, no quiso perder la buena ocasion que nuestro Señor le ofrecia para su merecimiento, y dar buen ejemplo á los que iban con él, y llamándole por su nombre dijo: «Pasad fulano enhorabuena sin temor, porque ya no soy el que ser solia sino cristiano, y por serlo yo os perdono todas las injurias y desacatos que contra mí habeis hecho.»

CAPÍTULO XVII

Del fruto que se hacia en diversas partes del reino de Arima.

En el tiempo que los cristianos de Bungo pasaban tanto trabajo, en las otras partes del Jimo iba nuestro Señor aumentando el número de los fieles, y porque con las muchas guerras que habia habido en el reino de Arima, no se pudieron doctrinar tan bastantemente los cristianos de aquella tierra, fué ordenacion de nuestro Señor que se recogiesen en ella tanto número de Padres y Hermanos, para que lo pudiesen hacer con más cuidado estando repartidos por diversos lugares y fortalezas.

Los Padres que residian en Arima tenian bien que hacer con los cristianos de aquella ciudad, los cuales por no perder la buena ocasion que tenian de aprovecharse, acudian continuamente adonde estaban los Padres á confesarse y á oir misa en oratorios particulares por estar cerrada la iglesia, y los que más en esto se señalaban eran D. Protasio, rey de Arima, y la reina doña Lucía, su mujer, y por su ejemplo procuraban hacer lo mismo todos los caballeros principales. Bautizáronse en este tiempo en Arima más de 500 personas, y aunque los Padres traian el hábito algo mudado y estaban cerradas las iglesias, ni era menor el fervor de los cristianos ni el fruto de los gentiles. Entre los que se convirtieron fué un caballero hermano de Isafay, el que trujo las guerras en Arima y Omura, y por cuyo valor y esfuerzo se sustentaron mucho tiempo. Tocóle nuestro Señor en el corazon, oyendo los sermones del catecismo, y bautizóse despues de estar bien instruido y pedia con grande instancia que fuesen á bautizar á su mujer, hijos y vasallos.

En la residencia de Ginguiva, donde estaban los hermanos estudiantes, habia grande fervor entre los cristianos, y aunque no se hacian procesiones públicas, ni los oficios de la Semana Santa y Cuaresma, por estar cerradas las iglesias, con todo eso venian los cristianos de noche

á disciplinarse á la casa donde estaban los Padres y al cementerio de la misma iglesia. Eran estas tierras de D. Estéban, hermano del rey D. Protasio, mozo de veinticuatro ó veinticinco años, pero muy virtuoso. Llevóle nuestro Señor para sí en aquellos dias, é hiciéronle su enterramiento conforme á la calidad de su persona.

Pasados siete meses, se mudaron los hermanos estudiantes á la fortaleza de Arie y los novicios que estaban allí á la isla de Amacusa, por ser esta mudanza muy á propósito para estar más encubiertos y disimulados. Gobernaba aquella fortaleza y tierra de Arie un tio de don Protasio, el cual era muy buen cristiano, y lo mismo su mujer y el hijo mayor y heredero que se decia D. Sancho. Con ocasion de residir allí los hermanos estudiantes que salian á visitar los lugares de la comarca, se bautizaron 1.000 personas, y en un lugar de aquellos llamado Cota, mandó hacer una iglesia la mujer del gobernador y después edificaron otras seis en diversos lugares, sujetos á la misma fortaleza.

En la iglesia de Arie se halló un cristiano honrado de otro reino la Cuaresma del año de 89, y por su devocion quiso quedarse allí todo aquel santo tiempo para oir los sermones y confesar y comulgar á menudo. Acabando de oir un viérnes el sermon de la Pasion, tomó su disciplina con los demás, acompañándola con muchas lágrimas y gemidos, y después de la disciplina, se hincó de rodillas á hacer oracion, como lo tenian de costumbre los cristianos, y estando en ella dió su alma al Señor, dejando muy consolados á todos de ver la misericordia que nuestro Señor habia usado con aquel hombre en haberle traido de otro reino diferente para que se aparejase á morir en aquella iglesia, y que la muerte le hubiese hallado en tan buenos y santos ejercicios.

Acrecentaba nuestro Señor en aquellos cristianos la devocion y veneracion de las santas reliquias con algunos milagros particulares que obraba por medio de ellas. A una mujer se le atravesó una espina en la garganta, que con grande dificultad podia comer y respirar, y así vino á hacérsele una llaga y postema que apénas la dejaba hablar. Fueron á llamar á un Padre para que la confesase, el cual le dijo que se encomendase muy de corazon al glorioso San Blas, y que él le enviaria desde la iglesia la reliquia de este santo. Trujéronsela y adoróla tres veces la enferma con mucha devocion, y luego se la pusieron en el lugar donde tenia la llaga, y fué nuestro Señor servido por los merecimientos de su santo, que luego comenzó á hablar y pedir de comer, y con la comida hechó fuera la espina y quedó con entera salud.

Deseaba el rey D. Protasio que los Padres predicasen en la fortaleza de Jimabara y de Cojiro, porque como habian estado en poder de los sajumanos y fueron las postreras que tornó á cobrar, habia más necesidad de doctrina en ellas que en ninguna otra parte. Acudieron á esta necesidad algunos Padres y Hermanos, y sirvióse mucho nuestro Señor de su trabajo, porque fuera del provecho que hicieron en predicar á los cristianos que habia de antes, se bautizaron de nuevo 3.000 gentiles, y entre ellos una vieja abuela del primer señor de aquella tierra, la cual como vió perdido á su nieto por haber favorecido á Riozogi contra el rey D. Protasio, y que por eso le habia quitado la fortaleza y tierra de Jimabara, y que casi todos se habian convertido á nuestra santa fe, determinó de oir los sermones y hacer lo mismo.

No fué menor el fruto que se hizo en la fortaleza y comarca de Cojiro, donde se bautizaron más de 2.000 personas y entre ellas un soldado, que por ser el caso particular, le pondré aquí. Habia mandado un señor gentil matar á tres criados suyos por ciertos enojos y disgustos que le habian dado, y encargó esto á cinco soldados, los cuales llevando presos y atadas las manos á los tres delincuentes, para ejecutar la sentencia en cierto lugar apartado en el campo, habiendo cortado las cabezas á los dos, y queriendo hacer lo mismo con el tercero, les pidió que pues habia de morir, usasen con él de piedad, en que le atasen las manos por delante, para poder con ellas invocar el favor de sus dioses, porque como estaba no lo podia hacer.

Holgaron los soldados de hacer lo que aquel mozo les pedia, porque ni tenia armas, ni en su aspecto (que seria como poco más de veinte años) parecia hombre de quien se podian recelar. Llegó uno de ellos y desatóle las manos, y queriéndoselas tornar á atar para adelante, cerró el preso con él, y con una presteza increible le arrancó el alfanje de la cinta, y antes que los compañeros advirtiesen en ello, del primer golpe le derribó la cabeza en el suelo, y con el mismo ánimo y valor acometió á los cuatro que quedaban, y al fin los mató por sus manos, sin recibir daño de ellos. Habiendo hecho esto, con su alfanje desenvainado fué caminando por la playa, en la cual encontró á un Padre que andaba visitando los cristianos, y le dió cuenta de todo lo que habia pasado. Rogóle el Padre que pues le habia hecho nuestro Señor tan señalada merced en librarle de aquel peligro, holgase de recibir su ley, para agradecerla y servirle por

ella. Prometió el mozo de hacerlo, porque era de buen entendimiento, y el Padre le envió secretamente al puerto de Nangasaqui, donde habiendo oido los sermones se bautizó y fué muy buen cristiano. En otro lugar junto á Acanzusa se bautizaron algunos gentiles, y un bonzo que habia estado muy obstinado y pertinaz algunos años, mudóle nuestro Señor el corazon de manera que llevó consigo al Hermano que le habia enseñado la doctrina, adonde tenia escondidos sus ídolos, los cuales quemó allí en su presencia con todas las demás insignias que tenia de su falsa idolatría.

Tambien se mudaron los niños del seminario de Fachirao, Acanzusa, donde estaban mejor acomodados en unas casas muy principales y de grande recreacion, porque tenian la salida hacia la orilla del mar; daban estos niños grande ejemplo y edificacion de sí en la virtud, y aprovechaban mucho en el ejercicio de las letras, y así los estimaba y los amaba el rey D. Protasio, pareciéndole que habian de ayudar mucho adelante á la cristiandad de aquellos reinos, como lo mostró despues la experiencia, porque en diversas ocasiones se recibieron en la Compañía de estos seminarios más de 40 mozos, que eran de más edad y probada virtud, y fueron muy útiles obreros para la conversion de los naturales de aquella tierra.

CAPÍTULO XVIII

Del fruto que se hacia en las islas de Amacusa.

La tierra de Amacusa, como en su lugar queda dicho, son unas islas que están en un brazo de mar, con el cual se dividen el reino de Arima y el de Fingo. Estaban estas islas repartidas entre cinco señores, y la mayor de ellas que se dice Amacusa, está dividida entre dos, de la cual tenia la mayor parte D. Juan, y por eso se llamaba señor de Amacusa; habia en su tierra muchas fortalezas y poblaciones, y todas de cristianos.

Era este caballero D. Juan muy buen cristiano, y quisiera él tener todos los Padres en su tierra. Al fin llevó seis en el repartimiento primero que se hizo de ellos. Tornó después á hacer instancia para que llevasen allá la casa de los novicios, y por su devocion y consuelo se lo concedieron, y así fueron allá como 25 personas entre Padres y Hermanos, aunque pasado algun tiempo fué necesario mudar esta casa al reino de Omura, por la ocasion que adelante se dirá.

La segunda parte de esta isla, y la menor que se dice Jequi, dió Cambacundono á un tio del rey D. Protasio, cuando le dieron la obediencia los reyes del Jimo, y aunque este caballero no era cristiano entónces, pero habia en su tierra más de 1.000 cristianos, y él mostraba amor á los Padres y grande amistad á D. Juan su vecino.

De los otros tres señores que tenian las demas islas, uno de ellos que era señor de la isla de Ogeno y primo de D. Juan, se bautizó al principio de esta persecucion, como ya queda dicho. Llamábase este caballero Jacome Oyanadono, el cual mostró tanto fervor y devocion después que se bautizó, que no descansaba hasta ver cristianos á todos sus vasallos, y para esto cuando se repartieron los Padres, le hubieron de dar uno con dos Hermanos, los cuales se ocuparon en la conversion de aquellos gentiles.

El cuarto señor que vivia en esta isla se llamaba Sumotodono, hombre ya viejo y muy prudente. Tenia este caballero dos hijos y una hija casada con D. Juan señor, de Amacusa. El hijo mayor y heredero de su casa, con la comunicacion de su hermana y de D. Juan su cuñado, tomó amistad con los Padres y quiso oir los sermones de la doctrina y despues se bautizó con 14 criados suyos. Llamóse este caballero D. Juan Fachirondono. Vuelto á su casa le dió una enfermedad dentro de pocos dias, y aunque su padre y madre que eran gentiles quisieron aplicarle remedios conforme á sus idolatrías, él nunca lo consintió, antes se encomendaba muy de veras á nuestro Señor. Agravándose más la enfermedad, mandó que le llamasen un Padre para confesarse, trujéronle desde la isla de Amacusa y dióle nuestro Señor salud después de haberse confesado, con lo cual quedó más confirmado en la fe y sus padres aficionados á la ley de los cristianos.

Yendo este caballero la Cuaresma del año de 89 á oir los oficios de la Semana Santa á la isla de Amacusa, que por estar allí entónces el noviciado se celebraron de propósito y con alguna solemnidad, llevó consigo su hermano menor á título de visitar á su hermana y á su cuñado, pero el intento de D. Juan era que oyese de camino los sermones, y viendo los oficios divinos se inclinase á ser cristiano, y sucedióle como él deseaba, porque se edificó tanto aquel caballero con ver las disciplinas de los cristianos, y la devocion con que asistian á los oficios de aquella semana, que no quiso salir de Amacusa antes de ser bautizado.

Vueltos á su tierra los dos hermanos con extraordinario gozo y alegría, todo su deseo era que sus padres y vasallos gozasen del tesoro que nuestro Señor les habia descubierto. Comenza-

ron á tratar de ello diciendo tantas alabanzas de la ley de Dios, que sus padres holgaron que se predicase en su tierra. Escribieron luego D. Juan Fachirandono y su hermano á los Padres de Amacusa la buena disposicion que habia en aquella isla para oir los sermones, que viniesen luego á predicar. Partió allá el P. Alonso Gonzalez con cuatro Hermanos, y poco después llegó el P. Luis Froes. Oyeron los sermones Sumotodono y su mujer con otros muchos deudos y parientes, y fueron los primeros que recibieron el santo Bautismo. El dia antes que se hubiese de bautizar envió á los Padres Sumotodono más de 120 papeles á manera de bulas, que le habian dado diversos bonzos para asegurarle su salvacion, diciendo que los quemasen todos, que bastaba el tiempo que le habian traido engañado con ellos. La misma mañana que habia de ser el bautizo, revolvió el demonio una de las que suele para desbaratarle. Porque llegó un correo con que avisaban cómo habia muerto el dia antes la madre de su mujer de Sumotodono, y otro hermano suyo, lo cual la entristeció tanto que nadie bastaba á consolarla; pero los hijos y el marido procuraron que moderase su sentimiento de manera, que no se impidiese aquella fiesta tan alegre para toda aquella isla, y así después de mediodia vino Sumotodono con su mujer, hijos y nietos y otros parientes, que serian como 280 personas.

Venian las mujeres en sus literas ricamente aderezadas y vestidas, porque Sumotodono les dijo que en dia de tanta alegría como era nacer todos de nuevo, no habian de mostrar tristeza ninguna. El buen viejo se bautizó el primero y se llamó D. Bartolomé, y luego su mujer doña Clara, y otra hija menor doña Juana. Fuera del Bautismo que se hizo aquel dia tan solemne, el siguiente se bautizaron más de 800 personas, y dentro de pocos dias otras tantas en los lugares comarcanos de la ciudad. Mandó luego el viejo Sumotodono edificar una muy hermosa iglesia á cuya dedicacion se juntaron todos los cristianos, y cuando el tirano iba destruyendo las iglesias y cristiandad en las partes del Meaco, las iba nuestro Señor aumentando en las del Jimo.

CAPÍTULO XIX

Del fruto que se hacia en Omura y Firando, y en el reino de Chicungo.

No estaban ménos bien ocupados y empleados los Padres que residian en el reino de Omura que los de Arima y Amacusa, porque era tanto el concurso de las confesiones que parecia siempre tiempo de Cuaresma ó Semana Santa. Despertaba en toda aquella cristiandad del Jimo este nuevo fervor la fama de la persecucion que corria por todas partes deseando cada uno aparejarse para dar la vida si fuese menester por la confesion de la fe, y así procuraban estar apercibidos con la confesion y sagrada Comunion, para todo lo que sucediese.

El rey D. Sancho, siguiendo las pisadas de su buen padre el rey D. Bartolomé, favorecia con todas sus fuerzas la cristiandad, y con el ejemplo de su vida animaba á sus vasallos para ir adelante en la virtud; y para que los dos reyes de Arima y Omura quedasen entre sí más unidos y pudiesen defender mejor la cristiandad de sus tierras, se casó el rey de Omura D. Sancho con su tia y hermana del rey D. Protasio.

En las islas de D. Jerónimo y de D. Baltasar su hermano, donde quedaron otros tres Padres y Hermanos, se ocuparon tambien en confesar y predicar á los cristianos, y desde allí salian á visitar los de la isla y ciudad de Firando, aunque lo hacian con disimulacion y recato por ser aquel rey tan poco aficionado á la ley de Dios, y con ocasion de esta persecucion quiso no sólo afligir á los cristianos sino destruir las iglesias, pero no se atrevió por ver el apercibimiento de aquellos caballeros, y la resistencia que le habian de hacer, como ya dijimos.

Tambien envió el P. Provincial otro Padre con un Hermano al reino de Chicungo, donde estaba Majencia, hija del rey Francisco, porque ella le pidió con mucha instancia para confesarse, y para que instruyesen á su marido de propósito en la ley de Dios, porque desde que se bautizó en Amanguchi con las guerras que sucedieron en el Jimo y otras ocupaciones, no tuvo lugar de informarse de muchas cosas, como deseaba. En los dias que se detuvieron el Padre y Hermano en aquel reino, se confesó Majencia con todas sus mujeres, y su marido quedó bien instruido en la fe, y se bautizaron otras 36 personas de las principales de su casa.

De ahí á pocos meses volvió á la misma fortaleza de Chicungo el P. Luis Froes á bautizar un hijo de esta señora y heredero de su casa; al cual por la buena memoria de su abuelo, pusieron por nombre D. Francisco, y el Bautismo se hizo con mucha solemnidad. Esta segunda vez que estuvo allí el P. Luis Froes, se bautizaron otras 24 personas, é hicieran lo mismo otros muchos, sino que D. Simon, marido de Majencia, estaba de camino para Osaca, y le habian de acompañar los principales de la fortaleza.

Estando el P. Luis Froes para embarcarse en el puerto, le dieron aviso cómo estaban allí

unas señoras principales de Bungo que esperaban para confesarse. Habíanse recogido estas señoras cuando se destruyó la ciudad de Funay, á una fortaleza de un caballero deudo suyo, que estaba dos leguas de aquel puerto, las cuales como supieron que el Padre habia de venir á embarcarse allí, quisieron esperarle, solo para confesarse. Detúvose allí el Padre por su respeto un dia, confesándolas y enseñándolas lo que debian hacer para el aprovechamiento de sus almas. Venia con ellas otra cristiana mujer anciana, llamada María, que era como aya suya, y todas tres daban muchas gracias á nuestro Señor de la ocasion que les habia dado para confesarse.

CAPÍTULO XX

De los trabajos que pasaron los cristianos en el Goto, y algunas cosas de edificacion que sucedieron en aquel reino.

En el reino del Goto se habian hecho más de 2.000 cristianos desde el tiempo del P. Cosme de Torres, y por la muerte del rey D. Luis quedó por gobernador de aquella tierra un tio suyo, grande enemigo de los cristianos, el cual en tomando el gobierno, lo primero echó á los Padres que allí habia de todas las islas, y lo segundo procuró que los cristianos dejasen la ley de Dios, cortando las cruces y destruyendo las iglesias, y enviando algunos bonzos á los lugares de los cristianos, para que de nuevo tornasen á predicar sus sectas.

Entre las razones que tuvo este idólatra para perseguir la ley de Dios en aquel reino, fué desear alzarse con él, como después lo hizo, porque como el príncipe D. Luis su sobrino que era cristiano, quedó muy niño por la muerte de su padre, comenzó á gobernar el reino como tutor suyo, con intento de que si moria ó faltaba, se quedaria con él como deudo más cercano. Pero viendo que el niño iba creciendo y descubriendo sus buenas partes, echó por otro camino, y fué hacerse á una con los gentiles, diciendo que no era razon que tuviesen rey de otra ley diferente, para que los obligase á dejar la suya, ó le hubiesen de tener siempre descontento. Fué menester poco para persuadir esto á los del reino, siendo casi todos gentiles, y con este color comenzó á perseguir los cristianos, buscando todos los medios que pudo para no dejar rastro de cristiandad en aquella tierra y tener más contentos á los gentiles, y quedar él más seguro en la posesion del reino, que este era su intento principal. Con esta persecucion y trabajo los más de los cristianos se salieron del reino y fueron á vivir en otras partes, y en más de quince ó diez y seis años nunca consintió este idólatra que entrasen Padres á predicar en aquella tierra, y á su sobrino le trujo desterrado y afligido mucho tiempo, aunque como sagaz, porque no tratase de pedir el reino; después de algunos años le dió con que viviese y pasase honradamente, y el príncipe hubo de hacer de la necesidad virtud, y contentarse con lo que su tio le daba, pues no podia más; y en su lugar diremos el suceso de este príncipe, y cómo tornó á cobrar su reino.

Viendo el tio cómo ya su sobrino estaba quieto, y que se iban saliendo cada dia del reino los cristianos, y despoblando los lugares, fué moderando su rigor y disimulando con ellos, dejándolos vivir como quisiesen, porque ya él habia conseguido su intento y salido con lo que deseaba, y así poco á poco volvieron al reino del Goto muchos de los que se habian ausentado. En el tiempo de la persecucion de Cambacundono llegó un navío de los portugueses á este reino del Goto con una recia tempestad que le dió, y porque les era forzoso detenerse algunos dias en aquel puerto, enviaron á llamar algun Padre para que los confesase, y dió licencia para ello el señor de la tierra, pareciéndole que cuando se partiese la nao se volverian los Padres en ella.

Con esta ocasion fueron al reino del Goto un Padre y un Hermano, y los cristianos sabiendo que estaban allí, acudian con mucho deseo de ser enseñados por habérseles olvidado muchas cosas con la falta que habian tenido de predicadores en tantos años; y para que esto se hiciese con más seguridad pareció que convenia visitar al señor de la tierra. Fueron allá el Padre y Hermano que allí estaban, y después de algunas razones que pasaron de una parte á otra, él les mostró amistad y dió licencia para que se quedasen allí y predicasen la ley de Dios, y el principal motivo que tuvo para dar esta licencia fué que entendiese D. Agustin, capitan general de las costas del Jimo, que consentia Padres en su tierra por no disgustarle haciendo lo contrario, y dar ocasion á que si su sobrino fuese á quejarse de él, por haberle quitado el reino, le revolviese D. Agustin el juego con Cambacundono, y le quitasen lo que pacíficamente poseyera, y así aun después de partida la nao se quedaron los Padres en aquella isla y se bautizaron más de 500 personas, y estos cristianos recien convertidos y los demás que habia antiguos, se juntaron todos para celebrar los oficios de la Semana Santa del año de 89, y era tanta su devocion que muchos

de ellos ayunaban la Cuaresma á pan y agua y tenian sus disciplinas muy ordinarias.

Algunas cosas entendieron los Padres el tiempo que se detuvieron en el reino del Goto, de harta edificacion que habian sucedido algunos años antes, de las cuales apuntaré aquí tres ó cuatro. Cuando el tio del príncipe D. Luis mandó cortar las cruces, encargáronse de hacerlo dos gentiles y después se alababan de ello. Notaron los cristianos el castigo del cielo que les vino á entrambos, porque el uno murió abrasado en su propia casa habiéndosele pegado fuego, y el otro desterrado por sus delitos con grandes trabajos y miserias. Iban los cristianos á visitar los lugares donde solian estar las cruces y hacian allí oracion. Señalábase mucho en esta devocion una mujer cristiana que se decia Marta, porque cada dia iba á andar estas estaciones. Hacian por esto burla de ella los gentiles y algunas veces la amenazaron porque no fuese, mas ella sin hacer caso de sus dichos ni amenazas, continuaba de la misma manera su devocion. Enfadóse mucho de esto un gentil que era enemigo de los cristianos, y estando un dia Marta puesta de rodillas con las manos levantadas haciendo oracion, vino aquel gentil con su alfanje y le cortó la cabeza. Poco antes que esto sucediese habia ido esta santa mujer desde el Goto al puerto de Nangasaqui, que son más de 40 leguas por mar, para solo confesarse.

Otra mujer que se decia Magdalena, viendo que habian destruido las iglesias, hizo en su casa un oratorio y puso en él una imágen que tenia, y todos los domingos y fiestas juntaba á los cristianos para que hiciesen allí oracion. Cuando echaron á los Padres de aquella isla, la envió á decir el gobernador que dejase de ser cristiana, si no que la mandaria matar. Ella respondió á este recaudo que la dejasen vivir en su ley, pues ella no hacia mal ni agravio á nadie, pero que si por esto la querian mandar matar, ella holgaba mucho de morir por amor de Dios.

En otro lugar habia una doncella muy virtuosa que se decia María, la cual aunque sus Padres por miedo de la persecucion del gobernador habian faltado en la fe, ella estuvo siempre firme y constante sin que pudiesen con razones, ni amenazas ni temores que le pusieron sus padres ni parientes mudarla de su propósito, antes cada dia hacia oracion á nuestro Señor por su conversion. Cuando vinieron los Padres al reino del Goto el año de 89, insistió mucho esta doncella con sus padres que oyesen sermon, pero ellos no hicieron caso de sus razones. Vino á enfermar su padre de una enfermedad tan peligrosa y tan contagiosa, que ninguno de la casa se atrevia á entrar á donde estaba. Solo su hija María le curaba con grande caridad y piedad sin salir un punto de su aposento, lo cual hizo tanta fuerza al padre, que acabó con él la caridad tan perseverante de la hija, lo que no habian podido las razones, porque se convirtió á nuestro Señor muy de corazon, y después de haber confesado sus pecados murió como buen cristiano.

Pegósele á María la enfermedad de su padre, y por ser contagiosa, la echaron no sólo de su casa, sino fuera del lugar porque no inficionase á los demás. La virtuosa doncella aunque desamparada de sus propios hermanos y deudos, siempre tuvo puesta toda su confianza en nuestro Señor, el cual la libró de aquella enfermedad á tiempo que su madre y hermanos habian caido con la misma contagion. María con toda su flaqueza y olvidada de la crueldad que con ella habian usado, sabiendo como estaban fué á curarlos con la misma caridad y piedad que habia curado á su padre, y por este medio los ganó á todos para nuestro Señor, porque su madre murió confesada y comulgada y arrepentida de lo pasado, y sus hermanos en cobrando salud, fueron muy buenos cristianos de allí adelante.

Otro cristiano, china de nacion, que se decia Luis, y vivia en aquella isla, como no tenia hijos ni parientes en ella, determinó de poner una cruz junto á su casa para hacer cada dia oracion. Hizo la cruz sin dar cuenta de ello á nadie, y comenzó á aderezar el lugar donde habia de ponerla. Fuéronle á la mano los vecinos del lugar, diciendo que si lo sabia el gobernador le mandaria matar á él, y á ellos castigaria tambien por habérselo consentido; mas él les dió tantas razones que los quietó y sosegó. Al fin él puso la cruz al pié de un monte que estaba cerca de su casa. Estándola poniendo se le acordó que todas las cruces solian tener unos letreros escritos, y viendo que la suya no le tenia, ni habia en aquella tierra quien pudiese ni supiese hacerle, quedó muy triste y desconsolado, pero nuestro Señor le quitó presto su turbacion, porque vió venir un hombre que le preguntó lo que estaba haciendo, y él se lo contó y la pena que tenia. Consolóle el caminante, alabándole su buena obra y animándole para que la continuase, y de su mano puso el título en la cruz, y al punto se partió sin que jamás se pudiese averiguar quién habia sido aquel hombre ni de dónde habia venido, y así se tuvo entre todos aquellos cristianos por cosa cierta, que nuestro Señor habia querido consolar aquel buen hombre y favorecer su mucha devocion por medio de algun ángel.

CAPÍTULO XXI

De algunos trabajos y desasosiegos que sucedieron al rey D. Protasio en su reino.

Estaban las cosas de la cristiandad en las partes del Jimo con el aumento y paz que acabamos de decir, cuando se le levantó á D. Protasio una pesadumbre harto grande, y fué que los hijos de Riozogi, desde la muerte de su padre quedaron declarados por sus enemigos, y con dádivas y presentes que hicieron á Cambacundono y á sus ministros, alcanzaron de él que quitase á Isafay sus tierras y se las volviesen á ellos y les diese tambien D. Protasio la fortaleza de Cojiro, que era una de las mejores fuerzas de su reino.

Para ejecutar esto y pacificar algunos desasosiegos que habia en el reino de Fingo entre algunos señores, envió Cambacundono un capitan que se decia Asonodario con mucha gente, y él se dió tan buena maña, que en poco tiempo con buenas palabras y promesas sosegó las revueltas de Fingo, sacando del reino algunos señores con color de que fuesen á visitar á Cambacundono, el cual los hizo matar á todos en el camino, y casi todas sus tierras de estos dió á su capitan general D. Agustin en trueco de la isla Junodojima que le habia quitado. Quedó en este trueco muy mejorado D. Agustin, porque le dió Cambacundono tres veces más renta sobre la que antes tenia, y le confirmó de nuevo la superintendencia y gobierno de todos los reinos del Jimo, con lo cual quedó más acrecentado en estado y renta y las cosas de la cristiandad mejor puestas, porque pudo remediar á muchos cristianos principales de Meaco que habian perdido sus tierras y haciendas en esta persecucion, y particularmente tuvo cuidado de acomodar honradamente á los parientes y deudos de Justo Ucandono.

Habiendo, pues, tomado el hijo de Riozogi la posesion de las tierras de Isafay, hacia grande instancia en que el rey D. Protasio le entregase la fortaleza de Cojiro, pero él iba disimulando y poniendo dilaciones cada dia por no darla. Viéndose al fin apretado, estuvo muy resuelto en declararse por enemigo de Cambacundono y no entregar su fortaleza, apercibiéndose de armas y lo demás que era necesario para la guerra que esperaba. Supo esto el P. Provincial y púsole en mucho cuidado, por ver el manifiesto peligro del rey y de toda aquella cristiandad, y para tratar del remedio, fué en persona al reino de Fingo á verse con D. Agustin y Condera, que entrambos estaban allí con el capitan Asonodario. Recibió el capitan al Padre con mucha honra y cortesía por respeto de D. Agustin y Condera, y prometiéndole que en todo lo que pudiese favoreceria siempre á los Padres y á la cristiandad delante de Cambacundono. Tambien le advirtió, que pues no eran idos los Padres del Japon, los tuviese recogidos y anduviesen encubiertos todo lo que fuese posible. Tratando despues aparte el P. Provincial con D. Agustin y Condera el negocio de D. Protasio, le respondieron entrambos que en todo caso entregase la fortaleza, porque no sólo el capitan Asonodario, sino el mismo D. Agustin traia expreso órden de Cambacundono para que se hiciese así. Vuelto el P. Provincial al reino de Arima con este recaudo, hacíasele tan de mal al rey entregar la fortaleza por muchos inconvenientes que se le ofrecian, que hubo de venir D. Agustin desde el reino de Fingo á persuadírselo, poniéndole delante que con hacerlo podrian él y los demás sus amigos hablar en su favor delante de Cambacundono en muchas ocasiones, y lo contrario seria irritarle de nuevo contra todo. Al fin el rey entregó la fortaleza y quedó más confirmada la amistad entre estos caballeros.

Antes de partir D. Agustin de Arima, dijo al P. Provincial como dejaba librados 2.000 fardos de arroz cada año en las rentas del reino de Fingo para las necesidades de los de la Compañía, por lo cual el P. Provincial le dió las gracias. Acabado este trabajo le sucedió á D. Protasio otra nueva pesadumbre, que como quitaron sus tierras á Isafay, y era deudo suyo, hubo de traerle á su ciudad, y darle allí lo que hubiese menester, conforme á su calidad. Entre los demás criados que traia Isafay, eran dos caballeros, los cuales habian sido grandes enemigos de Arima, como lo habian mostrado en las guerras pasadas. Estos se confederaron secretamente con el capitan en cuyo poder quedaba la fortaleza de Cojiro, en nombre de los hijos de Riozogi, para cogerle otra de las mejores que allí tenia, mas el rey lo vino á entender antes que pudiesen ejecutar su mal intento, y mandó cortar la cabeza á estos dos, y á otros 25 caballeros que andaban en estos mismos tratos.

CAPÍTULO XXII

Cómo vino Justo Ucandono á las partes de Arima, y después fué desterrado al reino de Canga.

Como el tirano Cambacundono quitó á don Agustin la isla de Junodojima, y le dió en su recompensa las tierras de los señores que hizo matar en Fingo, fué necesario que saliesen de

allí Justo Ucandono y el P. Organtino, y los demás cristianos que estaban recogidos en ella, para pasarse al reino de Fingo, donde D. Agustin los acomodaba muy bien. Con esta ocasion quiso venirse Justo por Arima, para visitar de camino al P. Provincial y á los demás Padres. Iba este caballero como peregrino, con solos seis criados, á los cuales trataba como á compañeros, por ir más disimulado y encubierto.

Fué grande el alegría que recibieron en Arima el rey D. Protasio y todos los de su corte con la venida de Justo, á quien miraban con doblado amor, estima y reverencia, que cuando le conocieron en su mayor prosperidad, y no se hartaban de dar gracias á nuestro Señor que le habia dado tal constancia y fortaleza para resistir al tirano y tener en poco la pérdida de su estado; y hasta las mujeres y niños iban corriendo por las calles por el deseo que tenian de ver un varon tan señalado. Detúvose Justo en Arima algunos dias, por el gusto del rey y caballeros de aquella corte, y despues se recogió en la casa donde vivian los Padres con deseo de hacer una confesion general y aparejarse (como él decia) para morir si fuese necesario por defensa de la fe.

Estando Justo un dia ocupado, le llegaron cartas de sus amigos y conocidos desde Osaca, en que le decian que se partiese luego allá, porque el tirano estaba muy mudado y hablaba de sus cosas muy de otra manera que antes, y fué ello así. Porque estando un dia Cambacundono hablando con muchos señores, preguntó qué se habia hecho Justo. Dijéronle que como Su Alteza le habia desterrado, se habria ido á alguna isla fuera del Japon, porque no parecia ni sabian de él. Dijo él entónces, bien pudiera vivir en Japon, aunque yo le hubiera desterrado. Y en otra ocasion hablando del mismo Justo, dijo que bien se podia volver á Meaco. Hubo diversos pareceres vistas las cartas, si convenia ir allá ó no. D. Agustin, que todavía se estaba en el reino de Fingo, era de parecer que no fuese allá hasta que se tuviese más certidumbre de lo que pasaba en Osaca y se descubriesen más las cosas, y para esto le ofrecia 20.000 fardos de arroz de renta, si queria quedarse en aquel reino; mas como Justo no temia la muerte y tenia ofrecida muchas veces su vida á nuestro Señor, quiso parecer delante del tirano y saber su voluntad; y así despedido de aquellos señores y de los Padres, partió para el Meaco, pidiéndole todos que avisase luego de lo que allá sucediese

Al principio vinieron buenas nuevas, en que decian cómo Cambacundono habia alzado el destierro á Justo, y le enviaba al reino de Canga con buena renta, mandándole que llevase allá su mujer, hijos y parientes; pero después se supo que habiéndole enviado á este reino, no le dió nada, y siendo el señor de aquella tierra muy su amigo, ni le mostraba buen rostro, ni le hacia buen acogimiento, antes le tenia allí en forma de preso, y todo esto se hacia con particular órden de Cambacundono, y padecia el buen Justo mucha necesidad y pobreza, aunque la llevaba con grande alegría.

Tuvieron mucha pena todos los Padres de Arima y señores del Jimo de su trabajo y ruin suceso; y no era menor la pena que les daba el temor y sospecha que tenian, de que el tirano le tendria algun tiempo en son de preso, y después le mandaria matar, como lo solia hacer otras veces con algunos señores.

De esta manera pasó aquel caballero preso y desterrado con su pobreza y necesidad, hasta que el tirano le tornó en su gracia, como adelante diremos, y le dió más renta que antes tenia, doblándole nuestro Señor (como á otro Job) los bienes temporales después de haber probado su grande constancia en los trabajos.

CAPÍTULO XXIII

Cómo envió un recaudo el P. Alejandro desde la China á Cambacundono, y lo que sucedió á los reyes de Arima y Omura yéndole á visitar á Osaca.

Como queda dicho al fin del lib. IX, partió el P. Alejandro de Goa para Japon á los 1 de Abril del año de 88 llevando en su compañía los cuatro embajadores que habian venido de Europa. Antes de su partida tuvo alguna noticia de los trabajos que padecian los Padres en Japon y de la persecucion de aquel tirano que habia comenzado por Julio de 87. Dióle esto mucha pena y acrecentóle el deseo de abreviar su camino. Tratando de este negocio con el virey de la India y con otros señores en Goa, pareció á todos que el mejor medio para entrar el Padre en Japon, supuesto el mandato de Cambacundono, era ir con título de embajador del virey y con algun presente en su nombre, pidiéndole que holgase de dar licencia á los Padres para estar en sus reinos como antes y predicar en ellos la ley de Dios.

Partidos de Goa con este despacho, llegaron al puerto de Macao por el mes de Agosto del mismo año de 88, á donde como queda dicho vino el P. Melchor de Mora desde Japon á darle razon de todo lo que pasaba. Entendidas las cosas por esta relacion más en particular, pareció al

P. Alejandro enviar un recaudo á Cambacundono desde la China, antes de entrar en Japon por no disgustarle de nuevo si desembarcara en aquella tierra contra sus mandatos. Encargóse de llevar este recaudo el capitan Jerónimo de Pereira que iba á Japon. Llegado el capitan al puerto de Nangasaqui, fuése á ver con el P. Provincial y los demás Padres en Arima para tratar del negocio. Pareció al rey D. Protasio y á otros señores con quien se consultó, que se supiese la voluntad de Cambacundono por medio del capitan Asonodario, porque él se habia ofrecido de favorecer á los Padres y á la cristiandad en todo lo que pudiese, y siendo gentil y muy privado del tirano, no se disgustaria cuando le diesen el recaudo. Despacharon un mensajero á Osaca dando cuenta al capitan Asonodario de este negocio, el cual se ofreció de hacer lo que se le pedia.

La sustancia de la embajada que enviaba el P. Alejandro, era hacer saber á Cambacundono cómo estaba en la China y venia con un presente y embajada para Su Alteza de parte del virey de la India, y que hallando ahora la novedad y mudanza en las cosas que habia entendido desde que partió de aquellos reinos, no queria pasar á Japon sin su licencia y saber primero su voluntad. Dióle este recaudo el capitan Asonodario, y respondió Cambacundono que el embajador de la India que enviaba el virey viniese en hora buena á tratar con él lo que quisiese, porque él le daba licencia y seria bien recibido. Llegado este despacho á Arima, repararon mucho todos en que no hacia mencion Cambacundono en aquella licencia, del P. Alejandro que traia la embajada, y á esta causa escribieron segunda vez al capitan, representándole la dificultad que tenian; mas él respondió, que bien podia venir seguramente el Padre con su embajada, que no era necesaria más declaracion que aquella. Esta respuesta enviaron á la China al P. Alejandro, y con ella partió para Japon como en su lugar veremos.

Entre los medios que este tirano habia tomado para que no se le levantasen los reyes del Japon, era mandar que fuesen cada año á darle la obediencia y hacer reconocimiento, porque de esta manera echaria de ver, quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos, y los traeria á todos tan alcanzados con los gastos ordinarios de este camino y presentes que forzosamente le habian de llevar, que no les quedarian fuerzas para rebelarse.

Llegábase ya el tiempo en que habian de ir los reyes de Arima y Omura á Osaca á dar esta obediencia á Cambacundono, al principio de su año nuevo, que era al fin de Enero de 89. Tenia este negocio tantas dificultades, que no sabian en qué resolverse, porque el no ir era declararse por enemigo de Cambacundono, y si iban tambien era probable, que teniéndolos allá ó los mandaria matar ó quitaria sus tierras, por haber tenido en ellas todos los Padres ó la mayor parte de ellos contra su voluntad y mandato, y no habrian faltado enemigos y émulos que se lo hubiesen dicho. Hubo sobre este negocio muchas consultas, y últimamente se resolvieron dar cuenta de todo á D. Agustin que estaba en el reino de Fingo, el cual respondió que bien podian ir seguramente, y que él mismo los llevaria en sus navíos é iria en su compañía, porque estaba de camino para allá. Con este parecer se determinaron entrambos reyes de ir á Osaca, aunque como cristianos y cuerdos; antes de partirse confesaron y comulgaron y dejaron sus cosas tan ordenadas, como si hubieran de morir allá.

Quisiera llevar consigo D. Protasio á D. Juan, señor de Amacusa, pero nunca lo pudo acabar con él, porque supo que habia traido órden el capitan Asonodario de matarle, como hicieron á los otros señores de Fingo, y con los mismos se excusó para con D. Protasio, diciendo que él sabia cómo Cambacundono queria quitarle la vida y queria perderla como caballero, peleando en la guerra y no de otra manera, y con este intento se confederó con los otros señores de las islas de Amacusa, y se apercibió de armas y lo demás que era necesario para la guerra que esperaba. Con ocasion de este desasosiego, se pasó el noviciado que estaba en la isla de Amacusa al reino de Omura. Propuso el P. Provincial al rey D. Protasio antes de su partida, si le parecia que seria bien sacar del reino de Arima todos los Padres y Hermanos, entre tanto que iba á Osaca, porque no le acusasen de esto delante de Cambacundono algunos enemigos suyos, pero nunca consintió que saliesen de allí, diciendo que si Cambacundono le habia de quitar sus tierras, no era porque tenia los Padres de presente, sino por lo pasado, y que antes confiaba en nuestro Señor, que por tenerlos en su reino le habia de hacer merced de que viniese bueno y libre.

Desde que partieron los reyes de Arima y Omura para Osaca, se hacia continua oracion en entrambos reinos con particulares ayunos y disciplinas por el buen suceso de su viaje. Parece que oyó nuestro Señor las oraciones de aquella cristiandad, porque los recibió Cambacundono con particular afecto y voluntad, convidándolos á comer un dia y dándoles antes de su partida sendas espadas muy ricas y cadenas de oro, y á D. Protasio acrecentó en nueva dignidad de Cunge, que fué declararle por uno de

los del consejo del Dayri, que es título entre ellos muy honroso, con lo cual volvieron entrambos reyes muy alegres para sus tierras.

Estando estos reyes en Osaca, sucedieron dos cosas en que se echó de ver la crueldad de este tirano y lo que hubiera hecho con la cristiandad, si Dios no le tuviera de su mano. Un bonzo de la ciudad de Osaca, pariente de aquel cuya habia sido antes, tenia sus palacios y una poblacion grande de la otra parte del rio y en frente de la fortaleza de Cambacundono. Dióle un dia gusto á este tirano de irse á holgar á aquella poblacion, pero advirtióle un criado suyo, que en ninguna manera lo hiciese por ciertas sospechas que tenian de algunos parientes de caballeros y señores que habia desterrado Cambacundono y vivian en aquella poblacion. Enojóse tanto el tirano de estas palabras, que mandó matar al bonzo, y aunque despues le perdonó la vida por intercesion de su mujer; pero hizo prender á los que vivian en la calle principal de la poblacion que serian más de 70 personas, y despues los mandó poner en sendas horcas y derribar sus casas. Entrando otra vez en sus palacios, vió escritas en la pared ciertas letras á manera de pasquin contra él mismo, y no hallando quien lo hubiese hecho, hizo crucificar las cabezas abajo á 23 criados de los caballeros que velaban de noche en su palacio.

CAPÍTULO XXIV

De la solemnidad y fiesta con que el tirano Cambacundono celebró la dedicacion del templo del grande Daybud, y la coronacion del Dayri.

Era este tirano Cambacundono ambiciosísimo de honra y de ser estimado y venerado más que todos sus antepasados, y para esto buscaba todos los medios é invenciones que podia, haciendo, lo primero, que todos los señores y principales caballeros le viniesen cada año á dar la obediencia y hacer reconocimiento. Con este mismo intento dió, lo segundo, en hacer obras y edificios muy señalados y famosos como fueron la nueva ciudad y fortaleza de Osaca y otra ciudad de Meaco, junta con la misma antigua, con otros palacios y fortaleza muy hermosa. Edificó tambien el nombrado templo del grande Daybud, que era un convento de bonzos muy famoso, el cual habian fundado los reyes antiguos del Japon con grande magnificencia y costa en la ciudad de Nara, y le hizo destruir Nobunanga, y este tirano mudó el edificio de él á la ciudad de Meaco que él habia edificado de nuevo, pareciéndole que con esta obra habia de ganar los ánimos y voluntades de toda la gente popular, por la grande aficion que todos tenian á su dios Jaca, á quien estaba dedicado este templo. El dia que comenzó el edificio de esta obra quiso que se hiciesen muchas fiestas, danzas é invenciones y hallarse él presente con todos los señores y principales caballeros de su corte; y para sólo esto mandó hacer tres casas en el sitio de aquel templo. La una donde él habia de estar, la segunda para su mujer y criados, y la tercera para los principales señores y caballeros, porque pudiesen ver desde allí las comedias y representaciones, con las demás invenciones que habian de salir.

Estando todo puesto á punto, vino Cambacundono de la ciudad con grande acompañamiento, mas fué tanto lo que llovió, que se hubo de quedar la fiesta por aquel dia, y lo mismo le sucedió volviendo de ahí á tres dias, porque fué el agua mucho mayor, de lo cual quedaron todos con hartas imaginaciones y agüeros, como suelen tener los gentiles de cada cosa; pero Cambacundono, como hacia tan poco caso de estas cosas, tornó á porfiar tercera vez, hasta que al fin hizo su fiesta y fué prosiguiendo la obra de aquel famoso templo, y segun decian los que mejor entendian sus trazas y designios, el intento que llevaba era, en acabando el edificio del templo, poner él su estátua para ser adorado como uno de sus camis y fotoques, siguiendo los pasos de su antecesor Nobunanga. Con esto concuerda lo que le oyeron decir algunas veces, después que recibió el recaudo del Padre Alejandro desde la China, que él siempre habia sido amigo de los Padres, pero que los habia desterrado, porque predicaban una ley que totalmente era contraria á la honra y autoridad de los señores del Japon, y á la adoracion de sus camis, los cuales no habian sido otra cosa que los mismos reyes del Japon, que por sus grandes hazañas y victorias, vinieron á ser venerados y adorados por dioses, y por esta causa la ley que predicaban los Padres, aunque fuese buena para otras partes, no lo era para el Japon.

Con la insaciable sed y apetito que tenia este tirano de ser estimado y venerado, y ganar el aplauso y benevolencia así de los señores como del pueblo, andaba buscando siempre nuevas invenciones para su intento, y una de ellas fué dar á entender que queria restituir al Dayri en su antigua dignidad, y renovar la primera monarquía del Japon. Y no hacia esto porque le pasase por el pensamiento entregar al Dayri el mando y gobierno de los reinos, sino para que mostrando en lo exterior que le queria autorizar y engrandecer, se quedase él después con

toda la honra y fama y el Dayri con tan poco provecho como antes. Hizo para esto edificar unos palacios más ricos y más hermosos que los que el Dayri tenia, y renovó los oficios y dignidades de sus criados, dándole para esto alguna renta, que hasta entónces nunca se la habian dado los señores de la Tenza.

Habia renunciado el Dayri la dignidad en un hijo suyo, y quiso Cambacundono celebrar su coronacion con la mayor fiesta y solemnidad que se hubiese visto, y que después de la coronacion, pasados algunos dias, hiciese una salida con toda la majestad que antiguamente solia representar, desde sus palacios á los del mismo Cambacundono; que en buen romance era hacerle reconocimiento el Dayri, viniendo á su casa para quedar él con esto más honrado. Habíanse juntado para esta fiesta casi todos los señores y caballeros principales de los reinos comarcanos, con las mejores y más ricas libreas y vestidos que cada uno podia sacar.

Llegado el dia de la fiesta, fué Cambacundono á sacar al Dayri de su casa con este acompañamiento. Lo primero, estaban por su órden desde la fortaleza del tirano hasta las casas del Dayri 6.000 soldados con armas muy lucidas. Para mayor seguridad, y que no hubiese algun desórden, ni se impidiese la procesion con la mucha gente, iban en la delantera 70 caballeros nobles y principales, que todos eran capitanes generales en diversos reinos, de dos en dos, vestidos de damasco carmesí. Los jaeces y sillas de los caballos eran de lo mismo, y los estribos de cierto barniz negro que relumbraban como espejos.

Tras estos se seguian otra grande cantidad de cunges, que son los criados de la casa del Dayri con sus vestidos de seda, al modo que lo usan los mandarines de la China. En tercero lugar, iban los reyes de título que allí se hallaron y algunos otros señores principales del Japon, que por todos serian 70 acompañados de muchos criados, procurando cada uno de aventajarse al otro, así en el aderezo de sus personas como en la librea de sus criados y jaeces de los caballos. En cuarto lugar iban las dignidades más principales de los bonzos en unas literas, las cuales llevaban algunos hombres bien aderezados. En quinto lugar, iban otras 15 literas de diferentes colores, muy ricas y bien guarnecidas para las mujeres de el Dayri. A estas se seguian dos bueyes muy grandes, cubiertos de raso encarnado, con las armas de Cambacundono muy bien labradas. Llevaban estos bueyes en los piés unos zapatos de seda carmesí, y los cabestros ó cíngulos eran de lo mismo.

Ultimamente venia un carro triunfal de grande riqueza, cuyas ruedas relumbraban como espejo. Tiraba este carro un buey semejante á los dos que iban delante, aunque éste llevaba las orejas y cuernos dorados, y llenos de muchas flores de seda y oro, y dentro del carro iba Cambacundono en unas riquísimas andas con muchos olores y perfumes. Detrás de él iban otros cinco cunges con la misma librea que los primeros. Con este acompañamiento llegó Cambacundono á los palacios del Dayri, de donde salió él mismo en otra muy rica litera con grande número de cunges, señores y caballeros que le acompañaban. Volvió luego la procesion con el mismo órden que habia venido, y como habia más de quinientos años que no se habia visto en Japon otra salida del Dayri sino esta, era tanta la gente que habia concurrido por verle de todos los reinos, que no cabian en las dos ciudades de Meaco nueva y vieja; y era tan grande el contento de todos acordándose de la antigua majestad y grandeza del Dayri, que habian oido contar á sus antepasados, que lloraban de alegría en viéndole, y á Cambacundono daban muchos loores y alabanzas por ello, con lo cual, no poco crecia su soberbia y arrogancia. Detúvose el Dayri en los palacios de Cambacundono cinco dias, haciéndole siempre grandes fiestas, banquetes y representaciones, y á él y á sus cunges muchos presentes, de manera que todos quedaron muy contentos.

Pasados los cinco dias, volvió al Dayri á los nuevos palacios que para él habia edificado, con el mismo acompañamiento que le habia traido, dejándole como antes estaba, y quedándose él con todo el mando y autoridad en los reinos del Japon y con la honra y aplauso de todo el pueblo. Con estos y otros semejantes artificios que tenia de hombre sagaz y astuto, iba granjeando la benevolencia y voluntades de toda la gente, para salir después con su principal intento, que era de ser adorado como uno de sus camis, que á eso iban enderezadas todas las invenciones y trazas de este tirano.

CAPITULO XXV

Cómo Cambacundono acabó de sujetar todos los reinos del Japon, y trató de conquistar los de la China.

Habia sujetado este tirano á su imperio todos los reinos del Jimo y de las partes del Meaco, y solamente le faltaba por conquistar el Bandori que son siete ú ocho reinos, para tener debajo de su mando y gobierno toda la monarquía de

los 66 reinos del Japon. Para esta empresa juntó un ejército de 200.000 hombres y llevó en su compañía para la conquista del Bandori, á los principales señores del Japon. Esperóle Foyendono, señor de aquellos reinos, aunque no con tan grande ejército, pero bien apercibido, porque tenia muchas y muy hermosas fortalezas bien proveidas de gente y municiones, y que para conquistarlas habia menester Cambacundono mucho tiempo, y la principal confianza de Foyendono era, que en entrando el invierno, no se podia conservar el ejército de Cambacundono en aquella tierra por las grandes nieves y muchas aguas que suelen cargar, y así de necesidad se habia de volver ó perecer ántes que pudiese salir con su intento.

Entró Cambacundono con este poderoso ejército en el Bandou dos meses antes del invierno, y temiendo lo mismo que su contrario habia pensado, como diestro y experimentado en la guerra, usó de todos los medios que pudo para concluir, y parte con la fuerza de su ejército, y parte con las muchas dádivas y promesas que hizo á los que tenian las fortalezas, él se apoderó de ellas y quedó por señor absoluto de Bandou, porque Foyendono, viendo perdidas sus fortalezas, no osó esperarle. Con ocasion de esta victoria, hizo Cambacundono grandes mudanzas en aquellos estados como lo tenia de costumbre para asegurarse, y era tan temido y venerado, que nadie le osaba replicar en lo que una vez determinaba, porque era muy á su costa de quien lo hacia, como le aconteció á un hijo de Nobunanga á quien su padre le habia dado dos reinos en aquellas partes del Bandou. Envióle á decir este tirano que los dejase, porque él se los trocaria con otros dos tan buenos en otra parte. Suplicóle el hijo de Nobunanga con harta humildad que le hiciese merced de dejárselos, por conservar la memoria de su padre que se los habia dado. Disgustóse tanto el tirano de que este príncipe replicase y quisiese tener en pié la memoria de su padre, que le envió á decir con resolucion, que no queria tuviese de allí adelante reino ni estado ninguno, sino que se quedase con solo un criado, y así lo ejecutó quitándoselos de hecho y sin dejarle nada, lo cual causó en todos grande temor y espanto, viendo que trataba de aquella manera al hijo del que habia sido su amo y señor, por sólo haberle suplicado una cosa tan justa y con tanta humildad.

Retiróse Cambacundono al Meaco al fin del año de 1589 dejando en el Bandou parte de su gente. Cuando Foyendono supo que era partido y estaba en Osaca, recogió su ejército con esperanza de cobrar lo que habia perdido y fué causa de su total destruccion, porque en abriendo el tiempo el año de 1590 tornó Cambacundono con un poderoso ejército y acabó de destruirle de todo punto.

Creció con esto tanto la soberbia del tirano, que no se contentando ya con la monarquía del Japon, comenzó á tratar la conquista de la China, pareciéndole que con esto habia de ganar mucha fama y perpetuar su nombre por solo haber intentado tal empresa. La traza que para esto tomó, fué hacer grande número de navíos y llevar en su compañía todos los señores del Japon ó á lo ménos á sus hijos, para que no hubiese alguna alteracion en su ausencia, y dejar en el gobierno de aquellos reinos las personas de quien más se fiaba, ó renunciarlos en un sobrino suyo y comenzar la conquista por la isla de Coray que por otro nombre llaman Coria (1), la cual está junto á la provincia de Pekin, donde reside el rey de la China, porque solamente se dividen estos dos reinos por aquella parte con un caudaloso rio que tiene tres leguas de ancho, y así con mucha facilidad se podia ir á pasar desde el reino de Coray al de la China.

CAPÍTULO XXVI

Cómo llegó á Japon el P. Provincial Alejandro Valiñano con los embajadores, y las muchas visitas que tuvieron.

Los muchos trabajos que se habian padecido aquellos años con la persecucion de Cambacundono, y la mucha pena y cuidado que le daba al P. Gaspar Coello, que hacia oficio de Provincial, la continua afliccion de toda la cristiandad, fueron ocasion de que le diese una calentura con la cual le llevó nuestro Señor en pocos dias de esta miserable vida al descanso de la eterna, por el mes de Mayo de 1590, y le enterraron en la iglesia de Arima.

Con el aviso que tuvo el P. Alejandro en Macao, puerto de la China, de la licencia de Cambacundono para ir á Japon, se embarcó luego con los embajadores que venian de Europa, y aunque con algunos vientos contrarios, se detuvieron más de lo que pensaban; al fin, á los 21 de Julio de 1590, un mes después de la muerte del P. Gaspar Coello, llegaron al puerto de Nangasaqui. Teníase ya noticia de la venida del P. Provincial Alejandro y de aquellos caballeros japones que venian en su compañía, y así los estaba esperando en el puerto D. Leon, á quien el rey D. Protasio, su hermano, habia enviado con al-

(1) La península de Corea.

gunos caballeros, para que en llegando el navío le diesen aviso, porque deseaba venir en persona á visitarlos. La misma prevencion habia hecho D. Sancho, rey de Omura, el cual como estaba más cerca, y sabiendo que habian desembarcado, partió de su ciudad acompañado de sus hermanos y muchos caballeros principales para el puerto, á donde tambien acudieron la madre de don Miguel y su padre y madre de D. Martin con otros deudos y parientes. Tambien llegó el dia siguiente el rey D. Protasio, que al punto que le dieron el aviso, partió de Arima, y vino por la mar al puerto de Nangasaqui, que serán poco más de doce leguas.

Habian salido aquellos caballeros tan niños, y volvian tan hombres y tan mudados, que cuando llegaron á abrazarse el rey de Arima y Omura con D. Miguel, que era su primo, apénas se conocieron los unos á los otros, y lo que más es, que las madres no conocian á sus hijos, ni los parientes á sus parientes; mas cuando acabaron de reconocerse, no se puede decir con palabras el alegría de todos, viéndose en aquel puerto con tan dichoso fin de su viaje, después de ocho años que habian partido de él, y la paternal providencia de nuestro Señor, con que los habia llevado y traido en tan largo y peligroso camino. No se hartaban aquellos dos tan piadosos reyes y los demás señores y caballeros que con ellos estaban, de oir contar á los embajadores las cosas de la cristiandad de Europa, la majestad del Sumo Pontífice y corte romana, y la grandeza, piedad y liberalidad de los príncipes cristianos; de todo lo cual, daban tan particular cuenta que ninguno de los de acá la pudiera dar mejor.

No sólo estos reyes vinieron á visitar al P. Alejandro y aquellos caballeros al puerto de Nangasaqui, pero de otros diversos reinos venian cada dia muchos señores y cristianos á hacer lo mismo; y los que por justos impedimentos no podian venir, enviaban en su nombre quien los visitase, como fueron la reina Julia, mujer del rey Francisco desde Bungo, y Majencia, hija del mismo rey, desde el reino de Chicungo, y D. Bartolomé, primo de D. Mancio, y su mujer Regina desde Fiunga, y D. Paulo y otros muchos caballeros cristianos desde sus tierras. Pasados en estas visitas y cumplimientos algunos dias, se volvieron el rey D. Protasio, y el rey D. Sancho á sus ciudades de Arima y Omura, porque el Padre Provincial y aquellos caballeros, ofrecieron de irlos á ver más despacio y á dar cuenta de su embajada en estando D. Miguel convalecido de unas tercianas que traia.

Desde el puerto de Nangasaqui, despachó el P. Alejandro un mensajero á Osaca con un recaudo para que le diesen á Cambacundono algunos caballeros de aquella corte á quien iba enderezado. La sustancia de él era hacer saber á Su Alteza, cómo habia llegado al puerto, que cuando le diese licencia iria á visitarle y darle la embajada que traia del virey. Dieron este recaudo al capitan Asonodario, y á D. Simon Condera que ya era rey de Buigen. Mostró el tirano holgarse con él y dió el cargo á estos dos caballeros, de que hiciesen traer al Padre desde el Jimo. Escribiéronle entrambos mostrando grande contento con su venida y esperanzas de que se habia de aplacar Cambacundono, ofreciendo de hacer todo lo que pudiesen en este negocio. Con la misma voluntad y amor escribió desde el Meaco D. Agustin, pesándole mucho de no hallarse en las partes del Jimo, para traer él mismo al Padre en sus navíos. Tambien escribieron Riuza, padre del mismo D. Agustin, que era gobernador del Sacay y señor de aquel puerto; y otro hijo suyo llamado D. Benito, y entrambos le enviaron para ayuda del camino 50 láminas de muy fina plata que valdrian más de 550 escudos. Esto mismo hizo doña Justa, mujer de don Agustin, desde el reino de Fingo donde estaba, la cual por órden de su marido, sin otros muchas cosas particulares, envió 100 hanegas de trigo y otras tantas de arroz.

Fué tanta la alegría de los cristianos con la venida del P. Alejandro y de los embajadores, y el buen gusto que mostraba Cambacundono para recibirlos, que comenzaron á abrir las iglesias que hasta allí habian estado cerradas, aunque al P. Alejandro le pareció que no hiciesen los oficios divinos con solemnidad, hasta que él volviese de Meaco y hubiese visto la voluntad y disposicion de aquel tirano.

Dilatóse esta ida algo más de lo que pensaban, porque Cambacundono andaba entónces algo ocupado asentando lo del Bandou, y el capitan Asonodario, D. Simon Condera y D. Agustin, deseaban hallarse en la ciudad, cuando el Padre fuese á visitarle, y así le escribieron que se fuese deteniendo todo lo que pudiese hasta que le avisasen cómo ellos eran ya vueltos de esta guerra, porque se acabaria presto, é importaba hallarse ellos presentes para el buen despacho de sus negocios.

CAPÍTULO XXVII

Cómo el P. Alejandro fué con aquellos señores á la ciudad de Arima, y lo que allí hicieron.

Por causa de las tercianas que traia D. Miguel, se hubieron de detener algunos dias el P. Alejandro y aquellos señores en el puerto de Nan-

gasaqui. Pidióles D. Protasio que en saliendo de allí fuesen á su ciudad de Arima porque deseaba recibir los dones que Su Santidad le enviaba con la mayor fiesta y solemnidad que fuese posible. Mas parecióle al P. Provincial que no era tiempo ni sazon, estando como desterrados á hacer semejante demostracion, por no irritar con alguna cosa de estas á Cambacundono, y á esta causa se embarcaron secretamente en Nangasaqui y llegaron á Arima después de media noche. Dieron aquellos señores el recaudo que traian al rey de palabra con la carta de Su Santidad, y guardaron la entrega de los dones para hacerla á su tiempo con solemnidad, porque así pareció á todos que convenia. Recibió el rey D. Protasio la carta con grande reverencia y devocion poniéndola sobre su cabeza, cuyo traslado queda puesto en el lib. IX, y en respuesta de ella escribió otra el rey, la cual traducida en nuestra lengua, dice así.

El título que tenia dentro era de esta manera: «Al grande y Santísimo Papa Sixto V, que en la tierra tiene lugar del Rey del cielo, D. Protasio, rey de Arima, con grande reverencia ofrece esta carta.

»Santísimo Padre y entre todos los cristianos el supremo: á los 16 de la sexta luna, que fué á los 21 de Julio del presente año de 90, llegó aquí el P. Alejandro de la Compañía de Jesus, con D. Miguel, mi primo, y D. Mancio, y los otros compañeros que fueron á Roma en nuestro nombre para poner sus cabezas debajo de los piés de Vuestra Santidad. Con su venida he recibido tanta alegría como si hubiera ganado diez mil años de vida. Háme contado D. Miguel las honras y favores que de Vuestra Santidad, del rey D. Felipe y de otros príncipes cristianos de Europa ha recibido, por las cuales hago tantas gracias á Vuestra Santidad, que no las puedo explicar con pluma ni papel.

»Tambien me ha dado la carta que Vuestra Beatitud se dignó escribirme en la cual me hace gracia de ponerme honradamente entre los otros reyes cristianos; así mismo ha traido del santo leño de la vera cruz en que Cristo nuestro Redentor murió, y el estoque y sombrero que Vuestra Santidad suele enviar á los reyes y príncipes cristianos. Todos estos favores son tales y yo los estimo en tanto, que me he determinado conservar las cosas sobre dichas con perpetua memoria y como principal tesoro y ornamento de mi casa, porque demás que esta honra es la mayor que yo puedo recibir en este mundo, resulta tambien en beneficio del alma para la otra vida.

»Yo habia determinado de recibir estos dones, con la mayor fiesta y solemnidad que en mi reino se pudiese hacer, así por lo que ellos merecen, como por guardar el orden de Vuestra Santidad, mas por la persecucion que Cambacundono señor universal del Japon, ha movido años ha contra los Padres y cristianos en estas partes, ha parecido al P. Alejandro que se difiera este solemne recibimiento, hasta que él vuelva de Meaco, á donde va á visitar á Cambacundono, con una embajada que le lleva de parte del virey de la India, porque teme que si se hiciese antes, podria causar grande alteracion y enojo en el pecho de Cambacundono. Por esta razon no he podido hacer ahora lo que deseaba, mas vuelto que sea el Padre, recibiré los dichos dones humildemente, y con extraordinaria alegría los pondré sobre mi cabeza. Tambien he entendido la grande ayuda que Vuestra Santidad ha dado para sustentar los Padres, seminarios é iglesias, de lo cual estamos todos tan alegres y consolados, que nuestros corazones jubilan y saltan de placer, porque nos persuadimos que habiendo Vuestra Santidad puesto los ojos sobre esta cristiandad del Japon, no podrá ella sino ir muy adelante, y yo de mi parte beso los piés á Vuestra Santidad por ello, porque confío que por este medio ha de crecer mucho la santa ley del Señor en los reinos del Japon.

»En esta grande persecucion que ha levantado Cambacundono, todos nos habemos visto en grande trabajo y tribulacion, y yo en particular, porque contra su órden y mandato recibí en en mis tierras la mayor parte de los Padres, como todavía los tengo, poniéndome en extremo peligro por ello, de perder mi persona y estado, mas como los Padres no tienen otro remedio, y como siervos de Dios habian determinado todos de morir en Japon, antes que desamparar esta cristiandad, me pareció cosa conveniente arriscarlo todo, por el servicio de nuestro Señor, el cual con su paternal providencia, no solamente hasta ahora me ha librado de los peligros, mas me ha acrecentado y prosperado en todas las cosas, habiéndose en el mismo tiempo perdido y arruinado otros muchos señores gentiles, de donde se ha aumentado en los cristianos del Japon la fe y confianza en Dios, y con la visita del P. Provincial á Cambacundono, tenemos todos mucha esperanza, que se pondrá fin á esta persecucion, la cual así como hasta ahora ha sido una prueba de estos nuevos cristianos; confío en nuestro Señor, que para adelante se seguirá de ella grande aumento y la conversion del Japon.

»Acabo poniendo humildemente mi cabeza debajo de los piés de Vuestra Santidad, y escribo

la presente con aquella reverencia y humildad que se debe á Vuestra Beatitud, á los nueve años de la era, llamada tensico, á los diez de la luna octava, que son 22 de Setiembre del año de 1590 postrado á los piés de vuestra Santidad. *Arima,* DAYBU D. PROTASIO.»

Los dias que se detuvieron en Arima estos señores, fueron muchos los regalos y fiestas que les hizo el rey, porque cada dia venian por su mandado de todos los lugares de la comarca, con diversas invenciones y entretenimientos para festejarlos.

Habia dado órden el P. Provincial, que se juntasen los Padres Superiores de aquellas partes en la residencia de Canzuca, para tratar con ellos muchas cosas, tocantes á los trabajos presentes, y bien de la cristiandad; y así llegado á Arima, y cumplido con el rey D. Protasio, dejó en su compañía aquellos caballeros, y él pasó á tratar de estos negocios en Canzuca, con los Padres; pero pocos dias después que se habian juntado en aquella casa, recibió cartas desde el Meaco, una de D. Agustin, y otra de Condera, rey de Buygen, en que le avisaban estuviese á punto para cuando llegasen los navíos que habian de venir por él, y por esta causa hubo de interrumpir aquella consulta y volverse á Arima, para ir desde allí á Omura con aquellos señores, á dar á D. Sancho, hijo de D. Bartolomé, su embajada, como habian hecho en Arima á D. Protasio.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el P. Alejandro y aquellos caballeros pasaron de Arima á Omura, á visitar al rey D. Sancho.

Habiendo aquellos caballeros dado la respuesta de su embajada en Arima, pasaron al reino de Omura á hacer el mismo oficio con el rey D. Sancho, hijo de D. Bartolomé, porque aunque le habian visto en el puerto de Nangasaqui recien llegados, como estaba D. Miguel con tercianas, dejaron para cuando estuviese bueno, dar razon más particular de su embajada. Salió á recibirlos bien léjos de Omura D. Sebastian, hermano del rey D. Sancho, acompañado de muchos caballeros, y poco antes de llegar á la ciudad salió él mismo, recibiéndolos con el amor y voluntad que lo habia hecho en Arima el rey D. Protasio. Tornáronse á renovar las visitas de muchos señores y caballeros, que no se hartaban de oir las cosas que contaban de Europa. Dieron cuenta al rey D. Sancho del oficio que habian hecho en Roma, en nombre de su padre, y la carta que traian de Su Santidad para él, la cual recibió el rey con toda humildad y reverencia, dilatando el recibir los demás dones para su tiempo, como lo habia hecho el rey D. Protasio, y respondió á la de Su Santidad, con otra que traducida en nuestra lengua dice así. El título. Ofrézcase la presente al grande y santísimo Papa Sixto V, al cual yo adoro humildemente como á Vicario de Dios.

«Santísimo Padre, este año de 90 ha venido D. Miguel, primo del rey D. Protasio y mio con sus compañeros, que en nombre del mismo rey de Arima y de D. Bartolomé mi padre, fué los años pasados á dar la obediencia á Vuestra Santidad, con cuya vuelta habemos recibido grande consolacion, oyendo las grandes honras y favores que Vuestra Santidad les ha hecho, y por su respeto todos los otros príncipes de la cristiandad; la proteccion y cuidado paternal que Vuestra Beatitud, como Vicario de Cristo nuestro Señor en la tierra, y cabeza de toda la iglesia, tiene de esta cristiandad del Japon, y la ayuda que ha dado á los Padres de la Compañía, y á los colegios y seminarios para sus gastos; por lo cual estamos todos tan alegres, que nos parece no haber alegría que con esta se pueda comparar, y juntamente habemos recibido una nueva luz y conocimiento de la verdad y caridad cristiana. Yo por lo que á mi toca, hago infinitas gracias á Vuestra Santidad, y las que deseo hacer, no se pueden declarar con tinta ni papel, y pues D. Bartolomé, mi padre, es ya difunto, yo quedo en su lugar con perpétua obligacion de servir á Vuestra Santidad, por el leño de la santa cruz, que por D. Miguel enviaba á mi padre; las cuales cosas tengo por el más rico tesoro, que yo ni todos mis descendientes jamás podriamos alcanzar, y las tendremos por un profundo piélago de beneficios recibidos de mano de Vuestra Santidad, y que por ella nos han sido enviados del cielo; mas por la persecucion que Cambacundono, señor universal del Japon, ha levantado en estos reinos contra los Padres y contra la cristiandad, no ha sido ahora tiempo oportuno para recibir las cosas sobredichas con aquella solemnidad y fiesta que yo deseaba.

Y así ha parecido al P. Alejandro y á mi, que lo dejemos por ahora hasta que vuelva el dicho Padre, que va á visitar á Cambacundono con una embajada y presente del virey de la India, y esperamos que con su ida se ha de restituir la paz de estos cristianos. Porque ya parece se va aplacando, y se muestra más desenojado con la embajada, y porque de lo que yo he hecho en esta ocasion en servicio de nuestro Señor y

de los Padres, acogiendo buena parte de ellos en mis tierras, y poniendo por ello á peligro mi persona y estado, y lo que más ha sucedido en esta persecucion, Vuestra Santidad lo sabrá por cartas de ellos mismos, hago fin poniendo humildemente los piés de vuestra Santidad sobre mi cabeza, y suplicándole me dé su santa bendicion. Escribo la presente con la reverencia y humildad que se debe á Vuestra Beatitud, á los nueve años de la era que llamamos tensico, y á los diez de la octava luna, con las manos alzadas y con la reverencia ofrezco esta carta á los piés de Vuestra Santidad. Omura Scim, Taciro, Nobu, Achi.

DON SANCHO.»

Ponen en sus firmas estos reyes y los demás señores, estos nombres que tenian siendo gentiles, porque son los títulos honrosos que tienen, los cuales en su lengua se declaran por estos nombres. Habia de ser la embarcacion del P. Alejandro para el Meaco en el puerto de Nangasaqui, y para estar á punto conforme al aviso que habia recibido de D. Agustin, cuando llegasen los navíos que habian de llevarle, se despidieron él y aquellos caballeros del rey, y partieron de Omura, acompañándolos él mismo con todos los principales de su corte hasta buen rato fuera de la ciudad, y desde allí envió con ellos buen número de caballeros hasta el puerto de Nangasaqui.

Llegábase ya tambien el tiempo en que los reyes de Arima y Omura habian de ir al Meaco á visitar á Cambacundono como lo tenian de costumbre, y entónces aun era más necesario por darle el parabien de las victorias y buen suceso del Bandou, y parecióles que era buena coyuntura para llevar entrambos en su compañía al P. Alejandro, y á los cuatro caballeros; más no fué posible, porque estándose aparejando para ello le dió al Padre una grave enfermedad en el puerto, de la cual tuvo necesidad de curarse por algunos dias, y en su lugar diremos del fin y suceso de este viaje y embajada. Pero antes de comenzarle será necesario decir algunas cosas que sucedieron en diversas partes de aquella cristiandad en este mismo año de 1590 de que vamos hablando.

CAPÍTULO XXIX

De algunas cosas que sucedieron en la cristiandad de Arima poco antes que llegase el P. Alejandro á Nangasaqui, y antes de ir á Meaco.

Algunas cosas notables y de mucha edificacion sucedieron en aquella cristiandad, antes que llegase el P. Alejandro con aquellos señores al puerto de Nangasaqui y el tiempo que se detuvo en aquellas partes del Jimo, antes de ir al Meaco á dar su embajada á Cambacundono. Una de ellas fué la cruz maravillosa que se halló en un lugar llamado Obama tres millas de Arima; el modo cómo se descubrió fué de esta manera.

Un cristiano por nombre Leon, envió á un hijo suyo, que se decia Miguel, á hacer un poco de leña para gastar en su casa la fiesta de Navidad y fin del año 1589. El mozo saliendo al campo encontró un árbol muy viejo y casi del todo seco, el cual en lengua del Japon llaman *tara*, por defuera espinoso y dentro muy blanco. Era tenido este árbol de los gentiles en mucha estima, porque decian tenia grande virtud contra los demonios, y así le acostumbraban llevar á su casa el primero dia de su año nuevo, pareciéndoles que con esto quedaban seguros del demonio por todo aquel año. Este árbol que halló Miguel seria como dos brazas de alto y siete palmos de grueso. Comenzó el mozo á cortarle y costóle harto trabajo el derribarle en tierra, porque era ya casi noche cuando acabó con él y así le dejó en el suelo para volver el dia siguiente temprano, para hacerle pedazos y llevarle á su casa porque era víspera de Navidad.

Volvió Miguel por la mañana y comenzó á dar golpes en el tronco para henderle y á los primeros se dividió en dos partes. En cada una de ellas vió en medio una cruz muy bien hecha que tendria más de medio palmo de largo, su color era entre rojo y negro, siendo todo lo demás del madero muy blanco como lo es de su naturaleza. Quedó Miguel muy espantado viendo la cruz, tomó luego los pedazos del tronco y fuese con ellos para su casa. Estando contando á su padre lo que habia acaecido, entraron otros dos cristianos que venian á dar las buenas Pascuas á Leon, y todos puestos de rodillas adoraron la santa cruz, y el dia siguiente dieron cuenta de esto á un Padre que habia venido desde Arima á decir misa en aquel lugar, el cual puso esta santa cruz en el altar, y desde allí la llevaron á la iglesia de Arima. Hizo sobre este caso mucha averiguacion y diligencia el P. Gaspar Coello, Viceprovincial que entónces era vivo, y halló ser de la manera que se ha dicho y tuvieron todos esta santa cruz por cosa miraculosa y que nuestro Señor la habia querido descubrir en tiempo de tantos trabajos, para consuelo de aquella cristiandad.

Hízose un relicario muy rico en el cual se pusieron entrambas partes del madero á donde estaba la cruz con sus vidrieras para que la pudiesen ver por defuera. Entendido el caso entre los cristianos, fué tanta la devocion que nuestro Señor despertó en todos, que vinieron de diversos

reinos á verla y adorarla como de Meaco, Bungo y Amanguchi, y llevaban por reliquias algunos pedazos pequeños del mismo tronco donde se habia cortado la santa cruz, y los que no podian alcanzar esto procuraban de llevar alguna cruz hecha de su misma figura y traza para ponerla en sus casas. Confirmó nuestro Señor la devocion y estima de esta santa cruz con algunos milagros que fué servido de obrar por medio de ella.

En una aldea de Arie estaba enfermo un cristiano con algunos accidentes graves y peligrosos. Temiendo la mujer la muerte de su marido, hizo llamar de presto á un padre que le confesase, mas cuando vino el sacerdote hallóle fuera de juicio, y así no pudo confesarle. Duróle esta lo cura un año, y la buena mujer vivia desconsolada por ver á su marido de aquella suerte y que no se hubiese confesado. Descubrióse en este tiempo la santa Cruz, y con el deseo que esta mujer tenia de la salud de su marido, procuró haber un pedacito del tronco donde se habia cortado, el cual echó en un poco de agua, y dió á beber á su marido de ella con mucha fe y devocion. Desde aquel dia fué tal su mejoria, que cobró su entero juicio, y se pudo confesar, y después tuvo entera salud.

En otro lugar que se dice Noje, tenia un cristiano una esclava que era gentil, y yendo un dia por agua al rio, encontró al demonio en el camino en figura de otra mujer. Procuró de acariciar la esclava con palabras, diciendo que habia ido á buscarla á su casa, más que no podia entrar dentro, porque tenian pintada en aquella casa una cruz, semejante á la que habia aparecido, que le daba mucha pena, más pues entónces la encontraba sola, para mostrarle el amor que la tenia, le queria dar de beber cierta cosa y llevarla consigo. No quiso la mujer tomar la bebida que el demonio le daba, el cual viendo que con palabras no podia persuadirla, quiso hacer por fuerza que bebiese. Llegó á esta sazon otra mujer que venia por agua, y el demonio desapareció dejando á la mujer en el suelo, sin sentido, perdido el color, y que parecia muerta. Volvió luego la otra mujer viendo lo que pasaba á dar cuenta á los amos de la esclava, cómo estaba de aquella manera, trujéronla á su casa sin saber lo que era, mas al entrar por la puerta, comenzó á dar grandes voces, diciendo: No puedo entrar dentro; tuvieron recelo los cristianos que allí se habian juntado, que el demonio se le habia entrado en el cuerpo, y trujeron una figura de aquella santa cruz para ponérsela sobre la cabeza. Cuando la mujer la vió y que se la querian poner, dió muy mayores voces y gritos repitiendo estas palabras: ¡Oh! cosa temerosa, ¡oh! cosa temerosa, no puedo más estar aquí, vóime, vóime, y así la dejó por buen rato amortecida, aunque después volvió en sí y estuvo de todo punto buena.

En otro lugar cerca de Arima, sucedió otra cosa semejante. Estando enferma en la cama una mujer vieja cercada de sus hijos y parientes que casi todos eran cristianos, á la hora que suelen tocar á las Ave Marías, vieron entrar por la puerta de la casa tres lumbres encendidas sin que nadie las trujese, y para que se viese que el autor de aquella invencion era el demonio, al mismo tiempo entró en el cuerpo de una hija de aquella vieja, que era gentil, con tanta furia, que se queria echar en el fuego si no la detuvieran sus parientes; los cuales, entendiendo que aquella era obra del demonio, tomaron la figura de esta santa cruz que ya la usaban todos en sus casas, y pusiéronla sobre la cabeza de la endemoniada. Aunque ella procuraba escaparse de las manos de algunos parientes que la tenian, y otras veces con las suyas cubria el rostro por no ver la Cruz; mas al fin, no podiendo resistir á su virtud salió el demonio, confesando por la boca de aquella mujer, que no habia otra ley sino la de Cristo en que se pudiesen los hombres salvar.

Con estas y otras cosas maravillosas que nuestro Señor obraba por medio de la santa Cruz, crecia cada dia su estima y reverencia en toda aquella cristiandad, á lo cual tambien ayudaba considerar el grande artificio y proporcion con que estaba hecha, porque el título, aunque no tenia letras, era la mitad menor que los brazos, y éstos la mitad menores que todo el largo de la cruz, y no es de menor ponderacion, que siendo todo lo demás de aquel árbol por la parte de dentro muy blanco de su naturaleza, sola la Cruz era de color muy diferente, entre rojo y negro, y tan continuada con el mismo leño, que ninguna señal ni rastro parecia de juntura, y cuando se dividió el tronco, quedó cada una de ellas tan lisa y pulida, que con ningun instrumento de artífice, se podia hacer más perfecta, aunque en la una parte del tronco quedó la cruz un poco más alta, y en la otra algo más hundida, como si estuviera la una parte encajada en la otra, pero de modo que se echaba de ver claramente, que entrambas partes eran una cruz entera, y que partiéndose el tronco, quedó ella dividida.

Tampoco se puede tener por pequeño testimonio de ser esta Cruz miraculosa, lo que sucedió al rey D. Protasio, seis meses antes que ella se descubriese. Estando durmiendo una noche

este buen rey, le aparecieron entre sueños dos personas que á su parecer habian venido del cielo, las cuales le advirtieron de algunas faltas y descuidos suyos; como era, que algunas veces con pequeña ocasion dejaba de oir misa, y otras se confesaba no con tanto aparejo y devocion; y últimamente le dijeron que en un lugar de su tierra se habia de descubrir una señal de Jesus, que no era hecha por hombre humano, y por eso la habia de estimar y tener en mucho.

Quedó el rey admirado de esta vision, y luego el dia siguiente por la mañana, la contó él mismo á un Padre muy grave de aquella casa, que se decia Pedro Gomez, y hizo después oficio de Provincial en aquella tierra, el cual por entónces no hizo caso de la vision, teniéndola por cosa de sueño; mas cuando se descubrió la santa Cruz de ahí á seis meses, y lo supo el rey D. Protasio, vino luego con su mujer y hijos, y derribado en tierra delante de ella, la adoró con mucha devocion y reverencia, y vuelto á los Padres que allí estaban, dijo: «Al fin, se ha verificado lo que yo vi medio año ha; esta es, Padres, la señal de Jesus, no hecha por artificio humano, sino por virtud divina.» Y luego dió órden que la pasasen á la iglesia de Arima, donde la colocó en el mismo altar en un relicario muy precioso. Pero cuando no hubiera otra señal ni testimonio para entender, que habia sido esta santa Cruz particular don del cielo, basta ver el fruto que de ella se siguió en la conversion de aquellas almas, porque en aquel primero año de 1590 que ella apareció, se bautizaron en el reino de Arima, 11.500 personas, y en otras partes del Jimo, otras 9.000 como se verá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXX

Del fruto que se hacia en la cristiandad del reino de Arima y Omura.

El año de 1589 se pasó el colegio que estaba en Arie á Canzusa, donde estaba el Seminario de los niños, porque pudiesen enseñar y leer los mismos maestros á unos y á otros, y no fuese necesario doblarlos. Habia en este colegio 35 personas entre Padres y Hermanos, de los cuales andaban discurriendo de ordinario algunos por aquella comarca, visitando los lugares y fortalezas, y así fué muy grande el fruto que se cogió de su trabajo en este reino. Echaban de ver los Padres que andaban en estas misiones la particular providencia de nuestro Señor y los caminos tan maravillosos que tenia para llevar al cielo las almas de aquellos gentiles, esperando á algunos sesenta, setenta y ochenta años para que se bautizasen, y á otros que estaban enfermos y muy al cabo, en acabando de recibir el santo Bautismo morian en paz.

En un lugar que se decia Migre, habia entre los cristianos algunos bonzos muy duros y obstinados, que con su autoridad y falsas persuasiones eran grande impedimento para la conversion de los gentiles. Yendo los cristianos un dia á enterrar un muerto en un cementerio que solia ser posesion de los mismos bonzos, enojáronse tanto, que les enviaron á decir desenterrasen el difunto, porque si no, ellos le sacarian y echarian á los perros. Los cristianos por no alborotar á los bonzos, no teniendo entónces iglesia hecha, llevaron á enterrar su difunto en otra parte. Supo esto el rey D. Protasio y recibió mucho disgusto de que tuviesen atrevimiento los bonzos en su tierra para cosa semejante, y así les envió á decir que le habian de pagar esta insolencia con la vida; y porque no pareciesen solas palabras, les quitó lo primero todas las rentas que tenian, y les quitara tambien las vidas, si no intercedieran por ellos los Padres de la Compañía, de lo cual quedaron los bonzos tan atemorizados y por otra parte tan agradecidos á los Padres, que pidieron les predicasen la ley de Dios que tanta piedad enseñaba, y habiendo oido los sermones muy despacio, se bautizaron todos. De manera que un muerto fué causa de dar la vida á muchos, y en breve tiempo se convirtieron en aquel lugar más de 1.000 almas, por el ejemplo de los bonzos y maestros suyos.

En otro lugar llamado Mobama, solia un Hermano juntar á los gentiles que se habian de bautizar, y procuraba el demonio estorbarles lo que estaban haciendo con mil invenciones que para ello tomaba, mostrando que le pesaba de perder los que habia tenido tantos años por siervos y esclavos; pero todas ellas no fueron parte para que no dejasen bautizadas allí un Padre y un Hermano, como 900 almas.

Ya se dijo en el cap. XXI cómo el rey D. Protasio trujo á su sobrino Isafay al reino de Arima, porque le quitó su estado Cambacundono, para dárselo al hijo de Riozogi. Era este caballero hijo de una hermana mayor del rey D. Protasio, y así hubo de acomodarlos en sus tierras, para que pudiesen vivir conforme á su calidad. Fueron unos Padres á predicar al lugar donde vivia Isafay, el cual como era de buen entendimiento, oyendo los sermones y comunicando con los Padres diversas veces, se determinó á ser cristiano. Súpolo su madre que era muy devota de los ídolos, y no podia disimular el disgusto que recibia de ver que su hijo, y nietos y

vasallos oyesen sermon, y así procuraba estorbarlo por todas las vías que podia, y era muy grande impedimento para que se recibiese la ley de Dios en aquellos lugares, por ser persona de tanta autoridad y tenerla todos tanto respeto, como á hermana mayor de su rey.

Supo esto D. Protasio, y con título de visitarla, le rogó que holgase de que sus hijos y vasallos se hiciesen cristianos, pues lo deseaban; mas no pudo alcanzar nada de ella. Viendo el rey la pertinacia de su hermana, y por otra parte el buen deseo de sus sobrinos, enviólos á llamar; trató con ellos que se tomase por medio con su madre para convencerla, darle á entender cómo él habia venido muy enojado de ver el poco caso que habia hecho de lo que le habia rogado, y que estaba determinado de quitarles las tierras que les habia dado. Fué el hijo á dar este recaudo á su madre, ponderando mucho el enojo que el rey tenia, y que por no haberle dado gusto, habia de ser causa de quedar ellos sin renta y sin estado y vivir pobres toda la vida, pues no tenian más de lo que el rey les daba.

Oyendo esto la madre, movida con el amor natural de sus hijos, dió licencia para que se hiciesen cristianos, y después oyó ella tambien los sermones y se bautizó con ellos, y por su ejemplo y de sus hijos y nietos, en el mismo lugar se hicieron más de 1.150 cristianos, y en Jimabara 1.600, y en otro lugar llamado Teura otros 1 600, y á este modo en otros diversos lugares de aquel reino se convirtieron muchos gentiles, que se contaban por lista haber sido 11.500 los que se habian bautizado en aquel reino de Arima por todo el año de 1590.

La casa de los novicios que estaba en la isla de Amacusa, por el temor de cierta guerra que se esperaba de la cual diremos en el capítulo siguiente, ordenó el P. Provincial que se mudase al reino de Omura, porque el rey D. Sancho lo pidió y gustaba mucho de tenerlos en sus tierras, y aunque los ejercicios de los novicios era atender principalmente á su aprovechamiento, salian tambien algunas veces en compañía de los Padres más antiguos á ayudar á los cristianos de aquel reino, y como la mayor parte de estos novicios eran naturales de aquella tierra y criados en los seminarios con tan buenas costumbres, hacian mucho fruto en los japones con el ejemplo de sus vidas y con sus pláticas, por estar bien instruidos en las cosas de nuestra santa fe y serles la lengua natural, y así en todo el año de 90 se hicieron nueve iglesias de nuevo en el reino de Arima, aunque con el recato y disimulacion que estaban las demás, y en el puerto de Nangasaqui se bautizaron el mismo año 2 500 almas.

Como este puerto se habia hecho de tanto trato y concurso de mercaderes y el puerto de él era tan gracioso, muchos de los que venian á negociar se fueron avecindando en él, de manera que no siendo aquella poblacion al principio más que de 500 ó 600 vecinos, el año de 1590 pasaban de 5.000 sin otros muchos que residian allí todo el tiempo que se detenian los navíos en el puerto, los cuales venian de ordinario por el mes de Junio ó Julio y no se partian hasta el de Febrero ó Marzo siguiente.

Como se fué haciendo tan rica esta poblacion de Nangasaqui y acudian á aquel puerto los navíos de la India y mercaderes del Japon, quitósele Cambacundono al rey D. Sancho, y tomóle para sí con algunos lugares de la comarca y puso por gobernadores de él á dos criados suyos, el uno se decia Cangonocami y el otro Iquinocami, y aunque sintió mucho el rey perder tan buen lugar, pero más lo sintió por el daño de los cristianos estando en poder de señores gentiles; mas fué Dios servido que aquellos caballeros á quien dió Cambacundono el gobierno, no les hiciesen molestia ni les diesen pesadumbre alguna, porque eran amigos de D. Agustin y deseaban darle gusto, así por esto, como porque tenia la superintendencia de aquellos reinos del Jimo, y á esta causa no sólo los dejaban vivir en su ley como de antes, pero aun disimulaban y permitian que los Padres predicasen en otras fortalezas y poblaciones que eran propias suyas, en las cuales se bautizaron más de 800 almas, y todo el tiempo que el P. Alejandro estuvo en aquel puerto esperando los navíos que habian de venir por el de Meaco, los criados y ministros que allí tenian estos señores gentiles vinieron á ofrecerle de parte de sus amos todo lo que fuese necesario, porque desde el Meaco les habian mandado que lo hiciesen así.

Los cristianos de Nangasaqui eran un continuo sermon para los gentiles que allí acudian, con el ejemplo de su vida y grande cristiandad. Entre otras cosas tenian una cofradía que llamaban de la Misericordia, en la cual habia de ordinario 120 personas para su administracion y gobierno. Pedian limosna dos veces cada semana, y era tanta la que recogian que sustentaban con ella tres hospitales; el primero de hombres viejos y pobres; el segundo de mujeres pobres y viejas; el tercero de incurables, y les sobraba limosna para favorecer á otros hombres honrados y necesitados que no podian pedir de puerta en puerta. El primero instituidor de esta cofradía fué un cristiano que se decia Justino, el cual ayudó con grande parte de su hacienda. Para dar principio á esta obra concertáronse

para ello él y su mujer, y el uno se recogió á servir los hombres en el hospital, y la mujer á servir las mujeres pobres en el otro, cortándose el cabello como allá lo usan las que quieren apartarse de las ocupaciones del mundo. Era de tanta edificacion para los gentiles esta cofradía, que confesaban ser la ley de Dios muy santa y muy buena, pues tales obras mandaba y aconsejaba.

CAPÍTULO XXXI

De la guerra que hubo en la isla de Amacusa, y el fruto que se hizo en aquella tierra después de pasado aquel trabajo.

Ya se ha dicho otras veces cómo la isla de Amacusa estaba repartida entre cinco señores y el mayor de ellos era D. Juan Amacusandono, y como tambien se convirtieron á nuestra santa fe en tiempo de esta persecucion otros dos señores que se llamaban Ojandono, señor de la isla de Ogeno, y Sumotodono que tambien era muy rico, quedaban los otros dos que eran gentiles. El uno se decia Jicondono y el otro Cojurandono, los cuales se convirtieron á nuestra santa fe el año 1590 por un caso muy particular que pasó de esta manera.

Habíase confederado D. Juan de Amacusa con Jicondono, cuando no quiso ir á verle con el capitan Asonodario que le envió á llamar. Supo esto Cambacundono, y envió á D. Agustin y á otro señor gentil, por nombre Toronozuque, que tenia sus tierras en el reino de Fingo, juntamente con D. Agustin, para que entrambos hiciesen guerra á los dos confederados. Deseaba D. Agustin sumamente salvar á D. Juan por ser cristiano, y con buena industria enderezó el ejército á la tierra de Jicondono, que era gentil y tio del rey D. Protasio, pareciéndole que una vez rendido este señor, fácilmente haria lo mismo D. Juan. Fué entrando el ejército por los lugares de Jicondono, y á él le fué necesario retirarse con la mayor parte de su gente á una fortaleza donde le tuvieron cercado algunos dias.

En este tiempo doliéndose el rey D. Protasio de la destruccion de su tio, y porque le hizo D. Agustin mucha instancia para ello, vino en persona á persuadirle que se rindiese; mas no pudo acabarlo con él, y á esta causa apretando el ejército de D. Agustin la batería, fué entrada la fortaleza con muerte y estrago de mucha gente que habia dentro, y Jicondono con harta dificultad pudo escapar la vida y pasarse á las tierras de su sobrino el rey de Arima, cuyo consejo no habia querido tomar, y parece que la necesidad le abrió los ojos que la prosperidad le habia cerrado, porque con esta ocasion oyó los sermones y se bautizó, como lo hicieron tambien después su mujer y muchos vasallos.

Don Juan de Amacusa, aunque vió destruido á Jicondono su vecino, no por eso perdió el ánimo, antes se resolvió de nuevo de morir peleando y no rendirse á Cambacundono, persuadiéndose que le habia de mandar matar luego en habiéndole á las manos. Entendida su determinacion, caminó el ejército hácia las tierras de D. Juan, y habiendo tomado algunos lugares, puso el cerco sobre la fortaleza de Fondo, que era la segunda y de las más principales de Amacusa, en la cual estaba por capitan un tio de D. Juan. Habia prevenido D. Agustin al P. Provincial antes de esta guerra, que sacase con tiempo á los Padres de aquella isla, y con esta ocasion se mudó el noviciado de Amacusa al reino de Omura, aunque quedaron un Padre y un Hermano dentro de la fortaleza de Fondo, con los cristianos que estaban allí para su defensa.

Deseaba mucho D. Agustin salvar á todos estos cristianos, y con este intento envió muchos recaudos secretamente á los de dentro que se rindiesen, pues veia que no podia hacer ménos que combatirla conforme al órden que traia de Cambacundono. Ellos respondian que tampoco podian hacer más que defenderse, conforme al que tenian de D. Juan. Fué entreteniendo D. Agustin los combates hasta que no pudo más, porque ya echaban de ver el capitan Toronozuque y los soldados gentiles, que por ser cristianos muchos de los que estaban en la fortaleza, no los queria apretar, y así lo decian. Al fin la gente del ejército se puso en órden, y fueron tales los asaltos que dieron en la fortaleza, que después de haber derribado en tierra un pedazo de la muralla, dejaron muertos y mal heridos casi todos los que habia en ella.

Viendo esto las mujeres de los soldados y caballeros, olvidando el temor de mujeres, se vistieron las armas de sus propios maridos muertos, y 300 de ellas se pusieron á defender el lienzo de la muralla que habia caido, y fué tal el estrago que hicieron en los enemigos por aquella parte, que hinchendo las cavas de muertos pusieron la victoria en grande duda, teniéndola ya por cierta; mas viéndose los soldados de D. Agustin afrentados con la resistencia de aquellas mujeres, volvieron con tanto ánimo, que de todas 300 solas dos quedaron vivas y muy mal heridas, y últimamente se tomó la fortaleza. Como tenia D. Agustin puesto su cuidado en salvar todos los cristianos que pudiese

dió cargo á sus capitanes que tambien lo eran, que le buscasen lo primero los Padres, y amparasen á los cristianos de los soldados de Toronozuque, pasándolos á sus capitanías; y por este medio se salvaron más de mil.

Acabada la conquista, encargó D. Agustin á cuatro caballeros, que diesen vuelta por todo el ejército y pusiesen en libertad á todos los cristianos, que conforme á la costumbre del Japon habian de ser esclavos de los soldados, y para mostrar más su piedad y clemencia, viendo que pasaban necesidad les mandó proveer de arroz y otras muchas cosas, hasta que se pudieron remediar. Murieron en esta refriega de la fortaleza D. Andrés, capitan de ella y tio de D. Juan, y otro hijo suyo, con más de 1.300 cristianos, y de los contrarios más de 2.000 soldados, de los mejores que traia Toronozuque, sin otros muchos heridos; y así le fué necesario á este capitan volverse al reino de Fingo para reparar su gente, y D. Agustin quedó encargado de ir á hacer la guerra á D. Juan, el cual viendo perdida una tan principal fortaleza, y que las habia de haber con D. Agustin, aunque tarde reconoció su yerro, y vino á ponerse en sus manos, y D. Agustin como enseñado de la escuela de Cristo, olvidado de todo lo pasado, le recibió con mucha benignidad, prometiéndole de hacer con Cambacundono todo lo que él pudiese, para disculparle y favorecerle de manera que no perdiese su estado.

De este trabajo y aprieto en que se vieron los de la isla de Amacusa, sacó nuestro Señor mucho fruto, porque en la fortaleza de Fondo, porque no se acabase de arruinar y perder de todo punto, puso D. Agustin un caballero cristiano con gente de presidio para su defensa, y con esta ocasion tornaron á vivir allí como solian los cristianos que se habian ausentado. Tambien dejó en las tierras de Jicondono por gobernador de la isla de Xequi otro caballero cristiano que se decia Vicencio, y con esto se partió D. Agustin para su reino de Fingo, dejando órden al gobernador de Xequi que procurase la conversion de aquellos gentiles, y acudiese con lo que fuese menester para la necesidad de los cristianos pobres y para edificar iglesia.

Tomó este negocio muy á pechos el gobernador, y envió luego por Padres al reino de Arima. Vino entónces el P. Organtino con un compañero y bautizó 1.300 cristianos en aquella isla, y porque él no se pudo detener allí tanto tiempo, volvió otro Padre en su lugar, el cual bautizó otros 600, y últimamente el tercero Padre que vino para residir de asiento, bautizó en dos meses más de otros 1.600 cristianos. De suerte que de los cinco señores de Amacusa, los cuatro y sus vasallos eran ya cristianos.

El quinto que se decia Cojurandono, señor de la mitad de la isla de Conjura (porque la otra mitad era de Sumotodono) se bautizó el mismo año de 1590. Era este caballero niño de nueve ó diez años, y sus padres habian dado una fortaleza que era suya propia á Jicondono en recompensa de otras cosas. Esta fortaleza por ocasion de la guerra vino á poder de D. Agustin, quitándosela á Jicondono, y con esta ocasion puso D. Agustin por gobernador de ella y de la tierra á un caballero cristiano muy virtuoso, encomendándole mucho tuviese grande cuidado del niño Jocurondono y que procurase su conversion, pues no le podia hacer mayor bien que traerle al conocimiento de Dios nuestro Señor y de su ley.

Comenzaron á tratar este negocio por una parte el gobernador y por otra una hermana del mismo Jocurondono, que estaba casada con el hijo mayor de Sumotodono su vecino. Al fin hicieron tanto entrambos con la madre y el niño, que la persuadieron á que oyese los sermones, y el gobernador de las tierras de su hijo con algunos bonzos principales holgaron de hacer lo mismo, y por la misericordia de nuestro Señor se determinaron todos de ser cristianos. Viendo los vasallos que sus señores y los bonzos que eran sus maestros estaban determinados de recibir la ley de Dios, pidieron que se la predicasen tambien á ellos. Hízose esto con cuidado y diligencia, y para el dia de la Septuagésima del año de 1590 se celebró un Bautismo muy solemne que duró desde la mañana hasta la tarde, y para mostrar aquellos muchos cristianos su fervor y devocion, en acabando de bautizarse, se fueron derechos á los templos de sus ídolos y derribaron por el suelo é hicieron pedazos á los que poco antes adoraban por sus dioses. Bautizáronse en aquella isla de Conjura 3.500 personas, y cuando el P. Alejandro llegó al puerto de Nangasaqui con los embajadores que venian de Europa, todos estos cinco señores de las islas de Amacusa que ya eran cristianos vinieron á visitarle y darle el parabien de su venida. Confirmábanse mucho en la fe los cristianos de estas islas de Amacusa con algunos efectos maravillosos que experimentaban del santo Bautismo, porque muchos que siendo gentiles eran muy atormentados del demonio y atemorizados con diversas apariencias y figuras, desde el dia que se bautizaron quedaron libres de todo punto de semejantes visiones y temores, como le aconteció á la mujer de Sumotodono, que siendo gentil padecia mucho en esta parte, y después de bautizada ninguna cosa sintió de allí adelante.

Otra mujer honrada que vivia en un monasterio á modo de las religiosas de por acá, y en aquella tierra se llaman bicuñas, era tan atormentada del demonio visiblemente, que de ordinario estaba enferma por el grande trabajo que pasaba. Habíanse hecho cristianos sus padres y persuadieron á la hija que oyese los sermones y se bautizase, porque tenian confianza en nuestro Señor, que habia de quedar libre de aquel trabajo; y así le sucedió después de ser cristiana.

Sumotodono y toda su casa é hijos procedian con grande ejemplo de virtud, y en el viejo se echaba de ver un grande celo de la honra de nuestro Señor, como pareció en este caso. Habíase hecho cristiano el año antes un bonzo cuando se bautizó Sumotodono, y á lo que pareció fingidamente, porque andaba después por las aldeas pervirtiendo algunos cristianos sencillos que habian sido de su secta. Supo lo que pasaba Sumotodono y mandóle prender, y sin que bastasen ruegos de nadie le hizo cortar la cabeza y ponerla en un palo y colgar después el cuerpo con sus libros en un lugar público para escarmiento de los demás.

Por estar la isla de Ogeno muy cerca del reino de Fingo y haber allí iglesia y Padre, vino doña Justa mujer de D. Agustin con muchos señores y caballeros cristianos y la gente más principal del reino de Fingo, á tener allí la Semana Santa del año de 1590 porque residia allí entónces el P. Organtino. Confesaron todos y comulgaron y tuvieron sus disciplinas el Juéves Santo y repartieron muchas limosnas entre los pobres. Tambien se bautizaron 50 gentiles vasallos de don Agustin que habian venido con su mujer y con aquellos señores que la acompañaban.

CAPÍTULO XXXII

De lo que en este tiempo pasaba en la cristiandad de Firando, Goto, Chicungo, Amanguchi y Bungo.

En las islas de Firando, aunque habia algunos Padres y Hermanos, como el rey era gentil y siempre tuvo poca aficion á los cristianos y á la ley de Dios, quiso mostrarlo en las ocasiones que se le ofrecian. Y con esta de la persecucion de Cambacundono mandó que quitasen la cruz que estaba puesta en el cementerio donde los cristianos enterraban sus difuntos, porque no fuesen á visitarla; pero esto mismo fué ocasion de que los cristianos manifestasen más su devocion, porque iban cada dia á hacer oracion en el lugar donde antes estaba la cruz. Y aunque quisieron defender este desacato D. Jerónimo y D. Baltasar, hijos de D. Antonio y sus deudos, con los demás cristianos como otras veces habian hecho; mas los Padres procuraron de sosegarlos, persuadiéndoles que se acomodasen con el tiempo, y pues en los reinos de Arima y Omura estaban cerradas las iglesias y los Padres traian el hábito mudado por no irritar de nuevo á Cambacundono, pasasen ellos tambien como pudiesen.

Esto mismo se padecia en las iglesias del Goto, porque el señor de aquella isla, aunque consintió que estuviesen allí Padres en el año de 89 (como en su lugar queda dicho) pero como era gentil y algunos bonzos le comenzaron á poner temores de que le haria castigar Cambacundono, si supiese que se hacian cristianos y tenia Padres en aquella tierra, les mandó que no predicasen públicamente, ni bautizasen á nadie, ni enterrasen los difuntos como solian. Y así pasaban los cristianos mucho trabajo; pero con todo eso los que habia en aquella isla, que pasaban de 1.500, procedian con mucho ejemplo y eran muy constantes en la fe. Y cuando llegó el P. Alejandro al puerto de Nangasaqui, le enviaron á visitar en nombre de todos y á pedirle que no les quitase un Padre y Hermano que estaba con ellos.

En esta isla del Goto sucedió un caso bien notable. Estaba enfermo un caballero gentil, el cual padecia muy graves dolores. Púsole el demonio en el pensamiento, que para salir de tanto trabajo seria bien quitarse la vida con una muerte honrada, como lo suelen usar los caballeros cortándose el vientre. Hízolo así este miserable hombre, pero poco después de haberlo ejecutado, acertó á visitarle un pariente suyo cristiano, y viéndole tan mal herido le persuadió con muchas razones que se bautizase para que no perdiese con la vida del cuerpo la del alma. Fué servido nuestro Señor que aceptase el consejo que le daba su pariente, y venido el Padre y Hermano que allí residian, le instruyeron en la fe conforme á la brevedad del tiempo, y le bautizaron y poco después murió. Tambien recibieron el santo Bautismo la mujer é hijos de este hombre movidos con su ejemplo.

En el reino de Chicungo, donde vivia Majencia y su marido, que eran muy buenos cristianos, aunque no estaban los Padres de asiento acudian allá algunas veces, y en diversas ocasiones se bautizaron de sus vasallos y de otros que venian de Bungo á vivir allí como 300 personas.

En el reino de Amanguchi suplia nuestro Señor la falta de predicadores con Damian el ciego, porque nunca cesaba de predicar en todas las ocasiones que se le ofrecian, y el año de 1590 bautizó en aquella ciudad 110 gentiles; y cuando supo que el P. Alejandro era llegado de la India,

vino á visitarle desde aquel reino hasta el puerto de Nangasaqui, donde se confesó y comulgó. En este camino visitó Damian á Majencia en su reino de Chicungo, y bautizó allí 23 personas y otras tantas en el reino de Chicugen.

Muy confuso y corrido se halló el rey de Bungo, cuando vió que los reyes de Arima y Omura, que tanto habian favorecido la ley de Dios, y á los Padres en su tierra, no sólamente no habian perdido nada con Cambacundono, pero que la primera vez que fueron á visitarle el año de 89 los habia recibido con buena voluntad y mucha honra, echando de ver con esto la grande falta que él habia hecho con la cristiandad de su reino y mucho más con la religion que habia profesado, por un vano temor de mundo, de no caer en desgracia de aquel tirano. Andaba con esto por una parte muy corrido y confuso, y por otra con grande deseo de dar satisfaccion á la cristiandad de las cosas pasadas y volver en gracia con los Padres. Comenzó á tratar este negocio con algunos caballeros cristianos que solian ser antes privados suyos, preguntándoles qué medio podria tener para salir con lo que deseaba. Aconsejáronle estos caballeros que procurase de que volviesen los Padres á su tierra, y que para esto ayudaria mucho D. Paulo, porque acabaria con ellos fácilmente cualquiera cosa.

Tomó el rey su consejo, y envió luego un caballero principal, para que tratase este negocio muy de veras con D. Paulo, el cual holgó en extremo con el recaudo, y ofreció de hacer en ello todo cuanto pudiese por dar gusto y servir á Su Alteza, y parecióle que el mismo caballero pasase al reino de Arima y diese cuenta de la voluntad del rey al P. Pedro Gomez que hacia oficio de Viceprovincial, por la muerte del P. Gaspar Coello, y era muy conocido del mismo rey del tiempo que fué Rector del colegio de Funay. Llegó este caballero al reino de Arima, y dió sus disculpas al Padre de parte del rey su señor, en no haber favorecido la cristiandad de su tierra, por haber sido los tiempos trabajosos y peligrosos, pidiéndole juntamente que le disculpase con el P. Provincial Alejandro cuando llegase, y le diese tal satisfaccion de su parte, que holgase de recibirle en su gracia. El P. Pedro Gomez le respondió con mucho gusto, ofreciéndole de hacer todo lo que el rey le mandaba con entera voluntad, y así lo cumplió.

Poco después que el P. Alejandro llegó al puerto de Nangasaqui, hubo de ir el rey de Bungo á dar el parabien á Cambacundono de la victoria del Bandou y la obediencia, como lo hacian cada año los demás señores. Antes de partirse tornó á despachar al mismo caballero, para que de su parte visitase al Padre y le diese el parabien de su venida y satisfaccion de las cosas pasadas, y que en señal de reconciliacion y volver en su amistad y gracia, le enviase cuantos Padres quisiese para estar de asiento en su reino, porque él los favoreceria de manera, que en muy poco tiempo tornase á estar la cristiandad con el aumento que primero habia tenido. Llegó este caballero al puerto de Nangasaqui con el recaudo, el cual fué de grandísima alegría y consuelo, no sólo para los Padres, sino para aquella cristiandad, viendo que el rey de Bungo habia caido en la cuenta de sus yerros y deseaba favorecer la ley de Dios en sus tierras. A este recaudo respondió el P. Provincial Alejandro al rey, que por ninguna cosa de cuantas habian sucedido dejarian él y todos los de la Compañía de amar y servir á Su Alteza por la merced que siempre les habia hecho, y por la obligacion que reconocian á la buena memoria del buen rey Francisco su padre, mas que pues Su Alteza estaba de camino para el Meaco, y el Padre tambien habia de ir allá dentro de poco tiempo á visitar á Cambacundono, le parecia que se difiriese la ida de los Padres á Bungo, hasta que volviesen entrambos del Meaco, porque entónces se haria todo muy á su gusto. Esta fué la mudanza que nuestro Señor hizo en el rey de Bungo, la cual dió tanta alegría y consuelo á los cristianos de su reino, cuanta habia sido la pena que hasta allí habian tenido.

CAPÍTULO XXXIII

De algunas cosas que pasaron en la cristiandad de Meaco, con el número de los Padres y casas que tenian en Japon el año de 1590.

La mayor parte de los trabajos en esta persecucion alcanzó á los cristianos que vivian en los reinos cerca de Meaco, y así tuvieron buena ocasion para mostrar su grande virtud y mucha constancia en la fe y religion, porque no sólo les derribaron las iglesias y quitaron las casas de residencias en que estaban los Padres, sino que á los principales señores y caballeros que eran como columna y amparo de aquella cristiandad, privaron de sus tierras y estados, y por consiguiente ellos y sus parientes y criados padecieron mucha necesidad, los unos por ser cristianos, y los otros porque los favorecian. Y al fin con las muchas mudanzas que aquel tirano cada dia iba haciendo, especialmente en los reinos cerca del Meaco, para asegurar su monarquía, no dejó cosa (como dicen) en su lugar.

Pero como los consejos de nuestro Señor son

tan incomprensibles, el mismo medio que el demonio habia tomado para destruir la ley de Dios en Japon por medio de este tirano, con este mismo se manifestó y publicó más en todos aquellos reinos, porque como se hubieron de repartir los cristianos sirviendo á diversos reyes y señores gentiles, para sustentarse y pasar su vida, apenas quedó reino donde no acudiesen algunos, como adelante veremos en muchas ocasiones, los cuales con el grande ejemplo que daban en su vida y costumbres, eran un claro testimonio de la pureza y santidad que la doctrina del Evangelio enseñaba, por ser las costumbres de los cristianos tan diferentes y contrarias á las de los gentiles.

De esta manera el valeroso Justo á quien el tirano envió en forma de preso al reino de Canga, sin respeto de su peligro ni de su daño, persuadia á todos á que recibiesen la ley de Dios, y el rey de aquella tierra que al principio le mostró disgusto, despues le cobró tanto amor, que le queria como si fuera su propio hermano, y le daba cada año 32.000 fardos ó fanegas de renta, y el príncipe su hijo con la continua comunicacion de Justo estaba muy cerca de ser cristiano, y le pedia muchas veces que enviase por algunos Padres, que él los tendria escondidos en su reino y se bautizaria luego. Este mismo oficio hacia su padre Dario en el reino de Jetchi, donde tambien le dió el rey otros 6.000 fardos de arroz de renta cada año.

En el Sacay habia otros dos cristianos, los cuales eran como maestros y predicadores de los demás; el uno de estos que se decia Roque tenia cuidado de un hospital que allí se habia comenzado algunos años antes. El otro que se llamaba Joaquin habia hecho en su casa un oratorio con su altar muy bien aderezado, á donde acudian los cristianos á encomendarse á nuestro Señor. Supo esto el gobernador de Sacay y amenazólos con la muerte, y para atemorizarlos más, mandó hacer dos cruces para ponerlos en ellas, mas los constantes cristianos no aflojaron por eso en sus ejercicios de virtud, porque tenian ofrecidas sus vidas al Señor para darlas cuando fuese menester por su servicio. Intercedió por ellos un caballero gentil que era grande amigo de Justo, y por su ruego no pasó adelante el gobernador, contentándose con avisarles que no hiciesen mucho ruido en la ciudad.

A este modo tenian los cristianos de Meaco y Osaca casas particulares y oratorios secretos, á los cuales acudian á sus tiempos para hacer oracion y leer algunos avisos é instituciones, que los Padres les enviaban desde el Jimo para su aprovechamiento y para darles luz de cómo se habian de haber en tiempo de aquella persecucion. Estando predicando un dia en la ciudad de Osaca un bonzo muy nombrado y de grande autoridad entre los gentiles, fuéle á oir un mozo cristiano, y entre otros disparates tratando de las alabanzas de su dios Amida, dijo que habia hecho cuarenta y ocho votos por la salud de las gentes. Fué este mozo después del sermon á casa del bonzo y hallóle en grande conversacion con unas señoras principales que le habian venido á visitar, y eran de la fortaleza de Cambacundono. Entró el mozo en la casa sin dar á entender que era cristiano, y díjole cómo habia oido su sermon, y que si le daba licencia le queria preguntar una duda que le habia quedado. Díjole el bonzo que preguntase lo que quisiese. Propuso entónces el mozo que si Amida habia hecho tantos votos, era cosa clara que aquel á quien los ofrecia era mayor y más poderoso que no él, y que á esta cuenta Amida no era Dios, pues él mismo reconocia á otro por superior y mayor. Hallóse el bonzo tan atajado con estas razones, que ni pudo ni supo responder; y fué tal la risa que les dió á las mujeres, que el bonzo se hubo de salir harto corrido y afrentado.

En el reino de Boari habia otro cristiano antiguo por nombre Constantino, el cual no sólamente conservaba los cristianos que habia de antes, pero siempre procuraba convertir otros de nuevo, y todos acudian al oratorio que tenia en su casa.

En el reino de Mino hizo tambien extraordinario fruto un ciego llamado Tobías, porque le habia dado nuestro Señor un grande celo de la conversion de las almas, y con ocasion de pasar su vida pidiendo limosna, discurria por unas partes y por otras, y entraba en casas de diversos señores y caballeros gentiles, y todos se holgaban de tratar con él por el buen modo y gracia que tenia, y el año de 1590 habia convertido con sus pláticas á nuestra santa fe 100 personas, y entre ellos un bonzo y otro caballero principal con toda su familia. Cuando supo Tobías la venida del P. Alejandro fué hasta el puerto de Nangasaqui á visitarle y á confesar y comulgar, y á la vuelta cayó enfermo en Sacay, donde murió con harto sentimiento de todos los cristianos que le amaban mucho.

En las tierras de Tacacuqui, que primero fueron de Justo Ucandono, se conservaron algunos lugares de cristianos sin admitir ningun gentil entre ellos, aunque pasaron por esta causa muchos trabajos y malos tratamientos. Porque los señores á quien servian al principio los comenzaron á afligir para que dejasen la ley de Dios,

mas viendo su constancia y que tenian necesidad de ellos para cultivar sus tierras, porque eran labradores, los dejaron en paz.

Los Padres y Hermanos de la Compañía que habia en todo el Japon el año de 1590 eran 140 con los que el P. Alejandro trajo consigo desde la India; los 47 eran sacerdotes, los 25 novicios, los demás eran estudiantes y Hermanos Coadjutores. Estaba repartida toda esta gente en 22 ó 23 residencias, de las cuales dos eran más principales; la una del noviciado que estaba en el reino de Omura, la segunda del colegio en la fortaleza de Cancusa del reino de Arima, donde tambien estaba el seminario de los niños junto al mismo colegio aunque en casa distinta. Serian los del seminario más de 70 ú 80 mozos hábiles y de mucha virtud.

Las demás residencias estaban en diversos lugares de Arima, Omura, Firando, Goto y Amacusa, en las cuales habia algunos Padres y Hermanos que andaban visitando continuamente á los cristianos y predicando á los gentiles, aunque con el recato y discrecion que se ha dicho, teniendo cerradas las iglesias y mudado algo de su hábito, pero no de manera que no los conociesen todos los cristianos, y aun los mismos gentiles, ni por eso dejaban de ejercitar con ellos sus ministerios con el mismo fruto que antes; porque se halló conforme á la cuenta que tenian los Padres, que se habian bautizado desde el año 1587 que comenzó la persecucion hasta el de 1590, que llegó á Japon el P. Provincial Alejandro, más de 30.000 almas, y de estas las 20.000 en solo el año de 1590.

CAPÍTULO XXXIV

De las conjeturas que habia de haber el tirano, moderado su ira y enojo, y los motivos y causas que tuvo para ello.

Muchas señales habia y conjeturas así de obras como de palabras, que el tirano se iba ablandando cada dia más y moderando su enojo, porque hablándole una vez la emperatriz su mujer sobre los Padres, dijo estas palabras: «Al fin yo fuí algun tanto acelerado en esto de los Padres.» Hablando otra vez con su padre de D. Agustin, le preguntó si se habian ido del Japon. Respondióle Ruiza que no habian tenido comodidad para ello. Preguntó más, si se iba con ellos el H. Lorenzo, á lo cual dijo Ruiza por descubrir más su pecho: «Paréceme señor que el H. Lorenzo por ser ya viejo y cansado, se podria quedar» y él respondió sin alteracion alguna: «así será,» con saber que este Hermano era el mejor predicador de todos.

Esto mismo se echaba de ver en algunas obras, porque cuando murió Ruiza, padre de D. Agustin (como en su lugar se dirá), fué su hijo mayor y hermano de D. Agustin, que se decia D. Benito, á darle cuenta de la muerte de su padre; y con ser este caballero tan buen cristiano, le dió el gobierno de Sacay, que tenia su padre, y le dijo: «Mirad que seais recto en vuestro gobierno, pues la ley de los cristianos que vos seguís así lo manda.» Y vuelto del Jimo este tirano, como supo que su madre de D. Agustin, Magdalena y otra señora cristiana se habian salido de palacio, mandó que volviesen á servir á su mujer en los oficios que antes tenian. Y no es menor prueba de esto que á D. Agustin y á otros caballeros como á D. Simon Condera, á los cuales al principio mostraba disfavor, y los traia apartados de sí, después los acrecentó en sus estados y rentas, porque á D. Agustin le dió tres tantas más sobre la que tenia, y le confirmó la superintendencia de todos los nueve reinos del Jimo, y á D. Simon Condera le dió casi todo el reino de Buigen, con título de rey, y lo que más fuerza hacia en este caso era ver la honra y cortesía con que recibió á los reyes de Arima y Omura, y á D. Paulo el de Bungo, sabiendo que eran cristianos y tan defensores de la ley de Dios, que tenian á los Padres en sus tierras y estados.

Dos causas principales tuvo este tirano, segun el parecer de los que bien sentian, para ablandar su furia y moderar su ira. La primera fué saber de cierto que los Padres no eran idos, y que los reyes de Arima y Omura y otros señores principales, los tenian en sus tierras, y que no podia echarlos sin haber de romper con ellos y con toda la cristiandad que se habia de poner en su defensa; y como él tenia disgustados á tantos señores y reyes con las mudanzas que habia hecho de sus estados, parecíale que el dia que los reyes y señores del Jimo se le descubriesen por enemigos, habian de acudir á ellos todos los demás para vengar con ese color sus agravios é injurias.

Veia tambien por otra parte, que los capitanes más principales que tenia por mar y por tierra, y los soldados más diestros y valerosos eran cristianos, y andaban en compañía de D. Agustin y de Condera, cuyo valor y ánimo tenia él bien conocido, y sabia que el dia que les tocase en su religion le habian de desamparar y ponerse á defender la cristiandad, y así echaba ya de ver que no podia salir con lo que deseaba por este camino, sino era con grande

riesgo y peligro de tornar á alborotar los reinos que pacíficamente poseia; y que este negocio no era tan fácil en la ejecucion como al principio se le habia representado, y de este sentimiento nacieron las palabras que dijo á su mujer de haber estado acelerado en el negocio de los Padres. Y esta fué tambien la causa que cuando le vinieron á visitar los reyes de Arima y Omura dos veces, ni les trató de los Padres ni se quiso dar por sabedor de que estuviesen en sus tierras, por no obligarse á romper con ellos, antes los trató con honra y cortesía, como tambien lo hizo con D. Paulo el de Bungo, alabando su valor en la guerra, sin tratar de otra cosa; y por la misma razon, como hombre sagaz y prudente, fué disimulando siempre con D. Agustin y con D. Simon Condera, sin darles ocasion de nuevo rompimiento, escarmentado del que tuvo con Justo; antes por tenerlos más obligados á su servicio, les fué haciendo nuevas mercedes.

La segunda causa fué ver que ya que los Padres se quedaban en Japon se trataban como gente desterrada, trayendo el hábito mudado y teniendo cerradas las iglesias, y no ejercitando sus ministerios en público, porque no pudiendo salir con lo primero que era echarlos de la tierra, por las razones dichas, gustaba mucho de que le tuviesen tanto respeto que anduviesen por su causa como á sombra de tejados, sin osar salir en público, ni parecer donde él estuviese, porque con esto le parecia que cumplia bien con su honra y autoridad, no dándose por sabedor de nada, y que era la salida para él más honrosa que podia hallar en este negocio; y á esta causa, aunque sabia que estaban los Padres en Japon y predicaban como de antes, pasaba con ello por ver que lo hacian de manera que él no perdia de su honra ni autoridad, lo cual por ninguna vía consintiera ni disimulara si los Padres anduvieran pública y descubiertamente, porque como hombre tan ambicioso y soberbio, le pareciera que le tenian en poco y que no hacian caso de sus mandatos ni amenazas, y que perdia de su reputacion en haber intentado de echarlos y no haber salido con ello; lo cual sin duda le hiciera romper de hecho con la cristiandad, aunque lo fuera con cualquier riesgo y peligro, porque se hallara obligado conforme á su soberbia y pundonor á llevar adelante lo que habia comenzado. Y esta fué la razon y causa principal que movió á los Padres en sus consultas, para que habiendo de quedar en Japon y ayudar aquella cristiandad, tomasen por última resolucion y más acertado consejo proceder con aquel recato y discrecion de mudar el hábito en parte y ejercitar sus ministerios en secreto, como lo usaban los santos en la primitiva Iglesia en semejantes tiempos, pues podian de esta manera no sólo conservar sino aumentar mucho aquella cristiandad, como después lo mostró bien la experiencia; y lo contrario les parecia que seria arriscar el fruto y trabajo de tantos años, y poner en manifiesto peligro á todos aquellos reyes y caballeros, y en continuo desasosiego á la cristiandad del Japon, y hacer los negocios de ella cada dia más dificultosos. Todo lo cual tenian por muy cierto y averiguado los que conocian por tan larga experiencia la condicion y el modo de proceder de aquel tirano.

Este era el estado de las cosas del Japon el año de 1590, antes que el P. Alejandro fuese á visitar á Cambacundono, de cuya embajada diremos en el libro siguiente.

LIBRO DUODÉCIMO

DE LA EMBAJADA QUE HIZO EL PADRE ALEJANDRO CON LOS CABALLEROS JAPONES Á CAMBACUNDONO DE PARTE DEL VISOREY DE LA INDIA, DE LA CONQUISTA DEL CORAY Y SUCESO DE LA CRISTIANDAD DEL JAPON HASTA EL AÑO DE 1595

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo el P. Alejandro partió con los caballeros japones de Nangasaqui para el Meaco, y llegó al puerto de Muro.

En el cap. XXVI del libro XI, queda dicho cómo el capitan Asonodario y D. Agustin habian escrito al P. Alejandro, que estuviese á punto con sus compañeros para venir á Meaco al principio de Diciembre del año de 1590; y parte por la indisposicion que tuvo el Padre, y parte principalmente por detenerse este capitan en el Bandou más tiempo de lo que pensaban, se dilató esta ida hasta los últimos de Enero del año de 1591.

En este medio tiempo, como ya se sabia en Meaco la venida del Padre y de sus compañeros, comenzó Cambacundono á sospechar que esta embajada era fingida y que los Padres la habian inventado á fin de alcanzar con ella su restitucion; y no faltaron algunos señores gentiles que le confirmaban en su sospecha, y desde entónces empezó á mostrar poco gusto de la embajada y hacer poco caso de ella. Entendieron esto D. Agustin y D. Simon Condera, los cuales al punto dieron aviso al P. Alejandro para que no dilatase más su venida y que procurase traer algun acompañamiento de gente, porque importaba mucho para que Cambacundono tuviese estima de su embajada y perdiese las sospechas que iba teniendo de ella.

Con este aviso se apresturon luego para su camino el P. Alejandro y los cuatro caballeros japones, llevando en su compañía á los Padres Mezquita y Organtino, con otros dos Padres y algunos Hermanos y una docena de los más honrados y principales portugueses que habian venido en la nao, que por todos serian 26 ó 27 personas. Repartiéronse por la comodidad del camino de manera que fuesen unos por mar y otros por tierra hasta llegar á Jimonojequi, que será como 50 leguas desde el puerto de Nangasaqui. El P. Alejandro con tres Padres y un Hermano y algunos portugueses, fueron por tierra y llegaron á Sanga, que era el principal lugar de los que tenia Riozogi, y entónces le poseia un hijo suyo pequeño, y por ser de esta edad gobernaba su estado por mandado de Cambacundono un capitan general que fué del mismo Riozogi en la batalla de Arima, donde murió aquel tirano.

Este gobernador que se decia Canganocami, pretendia quedarse con aquel estado y hacerse señor de él, y como sabia que D. Protasio y don Sancho eran los mayores competidores y más poderosos para resistir á sus intentos por ser sus vecinos, deseaba tener paz y amistad con la Iglesia y con los cristianos, pareciéndole que por esta vía la tendria con estos reyes. El mismo deseo tenia otro señor tambien gentil de la fortaleza de Cocura, que se llamaba Iquinocami, que entrambos eran criados y muy favorecidos de Cambacundono, y los tenia puestos por gobernadores del puerto de Nangasaqui, y desde el Meaco, donde ellos residian, dieron aviso que hospe-

dasen y regalasen al P. Alejandro y sus compañeros cuando pasasen por Sanga y los demás lugares de aquel estado. Y así los recibió el hijo de Canganocami en su fortaleza, saliéndolos á recibir una legua acompañado de muchos caballeros y deteniéndolos en ella dos dias, donde les hizo la fiesta y regalo que pudiera hacer si fuera cristiano, y desde allí los proveyó de caballos y lo demás necesario para el camino hasta la fortaleza de Cocura, que eran cinco jornadas más adelante. Los dias que se detuvieron los Padres en Sanga oyó este caballero sermon dos veces con todos sus criados, y dijo que si no fuera por el disgusto de Cambacundono y de su padre, recibiera la ley de Dios y se hiciera cristiano; y el mismo deseo mostraban muchos de los caballeros que estaban en su compañía.

El dia siguiente que salieron de Sanga encontraron un caballero, criado de Togitondono, tio del rey de Amanguchi y marido de doña Majencia, los cuales como supieron que pasaba el Padre junto al reino de Chicungo, donde ellos vivian, le enviaron á pedir con mucho encarecimiento que los quisiese consolar con su visita, y aunque era algun rodeo, lo hizo el Padre por lo que se debia á la buena memoria del rey Francisco, cuya hija era Majencia. De Chicungo fueron por sus jornadas á la fortaleza de Cocura, que era de Iquinocami, donde los salió á recibir su hijo, que allí estaba, de edad de doce años, con muchos caballeros, entre los cuales habia algunos que habian sido criados de Justo Ucandono, y estaban sirviendo en aquella fortaleza al hijo de Iquinocami. Hospedaron al Padre y á sus compañeros en ella con el mismo gusto y buena voluntad que en las demás partes; y no se sirvió ménos nuestro Señor de los sermones que allí se hicieron, porque todos quedaron con mucho concepto y estima de la ley de Dios, y uno de los principales caballeros que habia en la fortaleza se vino con otros seis que le acompañaban hasta Jimonojequi, para acabar de oir las pláticas del catecismo, los cuales después de bien instruidos se bautizaron.

A este caballero le aconteció una cosa graciosa con un bonzo que vino entre los demás á oir el sermon. Comenzaron todos en acabando el Hermano su plática á decir mucho bien de la ley de Dios. Estuvo el bonzo callando hasta que el Hermano se volvió á su posada, y entónces como no habia quien le fuese á la mano, dijo mil blasfemias contra lo que se habia predicado, de lo cual enojado aquel caballero, le dijo que descubria bien cuán grande era su ignorancia, pues habia estado callando en presencia del Hermano, y cuando estaba ausente hablaba tan libremente, y que pues no se habia atrevido á hablar en su presencia del Hermano, que callase como ignorante delante de ellos, porque no le consentirian otra cosa, de lo cual el bonzo quedó tan corrido que nunca más osó parecer. En Jimonojequi se juntaron todos los compañeros del P. Alejandro, y desde allí tomaron su camino por mar hacia el puerto de Muro.

CAPÍTULO II

De lo que hizo el P. Alejandro el tiempo que se detuvo con sus compañeros en el puerto de Muro.

El puerto de Muro está 31 leguas del Sacay y 46 del Meaco. Era muy principal y frecuentado de los que iban á la corte de Cambacundono, y así le tenia encomendado á Joaquin Ruiza, padre de D. Agustin, el cual como supo la venida del P. Alejandro y de sus compañeros, avisó luego á un gobernador que allí tenia para que los hospedase, y él lo hizo con mucho cuidado en las casas del mismo Joaquin, que eran muy buenas. Detúvose el Padre en este puerto de Muro casi dos meses esperando la venida del capitan Asonodario á la corte, y de otros señores y caballeros cristianos cuya presencia le importaba mucho para su buen despacho.

El tiempo que el Padre se detuvo en aquel puerto con sus compañeros, fué grande el servicio que se hizo á nuestro Señor, porque era el mismo en que los reyes y señores conforme á la costumbre del Japon habian de pasar por allí á dar la obediencia á Cambacundono al fin de Enero de 1591; y como era este puerto el paso ordinario de todos los que iban á la ciudad de Meaco, acertaron á hallarse juntos en él muchos señores y caballeros muy principales, y era grande el contento que recibian oyendo las cosas que les contaban de Europa los cuatro embajadores que venian con el P. Alejandro, y grande la estima que cobraban de la ley de Dios. Entre estos fué uno Merindono, rey de Amanguchi y señor de nueve reinos, el cual gustó mucho de la relacion que en particular le dieron de la grandeza del Sumo Pontífice y de los príncipes cristianos por cuyas tierras habian pasado, y así á estos caballeros como al P. Alejandro, hizo mucho favor y amistad los dias que se detuvo en aquel puerto y después en la ciudad de Meaco.

Al mismo tiempo llegó tambien el rey de Bungo hijo del buen rey D. Francisco, el cual como queda dicho habia dado muestras de su arrepentimiento y del deseo que tenia de reconciliarse con la Iglesia, pero hasta entónces no habia te-

nido ocasion de verse con el P. Alejandro, y cuando supo que estaba en aquel puerto holgó en extremo de haber llegado allí, pero hallábase tan corrido de las cosas pasadas, que no se atrebia á parecer delante sin hablar primero con D. Mancio su primo, á quien dió muchas satisfacciones y disculpas de lo que habia hecho, proponiendo para adelante de ser muy hijo de su padre, y de favorecer la ley de Dios en su reino muy de veras y á todos los que la recibiesen. Pidióle últimamente que intercediese con el Padre para que le reconciliase con la Iglesia y le diese licencia para ir á visitarle. Hízole D. Mancio el negocio algo dificultoso, poniéndole delante el daño que habia recibido por su causa la cristiandad en aquellos reinos, el mal ejemplo que habia dado á todos los señores y caballeros cristianos de las partes del Jimo, pero que con todo esto él haria buen oficio con el Padre y le suplicaria que le recibiese en su gracia.

Llevó D. Mancio este recaudo al P. Alejandro, el cual fué para todos de mucho consuelo, porque deseaban sumamente la reduccion de este rey por el bien de toda la cristiandad de Bungo, pero porque él estimase más este negocio, al principio se le mostró alguna dificultad en re conciliarle con la Iglesia, por no haber dado hasta entónces satisfaccion de lo pasado.

Al fin después de algunas demandas y respuestas, el rey vino á visitar al Padre con tanta humildad y reverencia que á todos puso admiracion, disculpando sus yerros pasados con ser él tan nuevo en la fe cuando murió el rey Francisco su padre y comenzó la persecucion, y tener á su lado á Chicacata su tio y otros consejeros enemigos de la ley de Dios, los cuales le amenazaban que darian cuenta á Cambacundono cómo consentia á los Padres y cristianos en sus tierras contra sus mandatos, mas que él ofrecia mostrar á todos cuán de veras y de corazon era cristiano, y que aunque Cambacundono tornase de nuevo á perseguir los Padres, él los tendria en su reino y dejaria á los cristianos con toda libertad para que viviesen conforme á su ley. Con esto le recibió el Padre y le abrazó con mucho amor y el rey quedó de nuevo obligado y confirmado en sus buenos propósitos y deseos, y tan agradecido á D. Mancio su primo por este beneficio, que deseó mucho llevarle á su reino para regalarle.

Fué de mucha importancia este negocio y de grande consuelo para toda la cristiandad de Bungo, cuando allá se supo lo que el rey habia hecho con el P. Alejandro. Detúvose el rey tres dias en el puerto de Muro y desde allí pasó á Meaco; y cuando el Padre llegó á Osaca volvió otra vez de propósito á visitarles para mostrar el agradecimiento y reconocimiento que tenia de haberle reconciliado con la Iglesia.

La tercera persona con quien se hizo mucho fruto en aquel puerto fué Cainocami, hijo único y heredero de D. Simon Condera, rey de Buigen, á quien su padre tenia entregada ya la posesion del mismo reino, conforme á la costumbre del Japon. Este caballero era de veintitres años, de grande juicio y entendimiento y muy valeroso soldado, y así era muy amado de Cambacundono. Bautizóse estando su padre haciendo oficio de capitan general en las guerras del Jimo, y pusiéronle por nombre Damian, pero como se hubo de volver presto á sus tierras, no hubo lugar de oir los sermones tan de propósito como deseaba, y cuando llegó á Meaco y supo que estaban allí los Padres, no quiso perder la buena ocasion que se le ofrecia, y así todo el tiempo que se detuvo en el puerto lo gastaba con ellos, procurando que le instruyesen enteramente en las cosas de su salvacion.

Tambien llegaron al mismo puerto Fatandono, hermano de D. Protasio y señor de mucha tierra y renta en el reino de Buigen. Este caballero aunque era gentil dió á entender que si cesaban los impedimentos de parte de Cambacundono, gustaria mucho de que se predicase la ley de Dios á sus vasallos. Venia con Fatandono D. Bartolomé, primo de D. Mancio y señor de grande parte del reino de Fiunga, que era cristiano y casado con Regina hija del rey Francisco. Casi al mismo tiempo llegó el señor de Ceujima, que tiene título de rey y es absoluto señor de toda aquella isla, casado con hija de D. Agustin, á quien tenia dada palabra de hacerse cristiano con todos sus vasallos.

Poco después acertó á pasar con su armada por aquel puerto D. Agustin, que por haberle tenido ocupado Cambacundono, no habia podido visitar antes al P. Alejandro y aquellos caballeros, y aprovechóse de la ocasion que tuvo para hacerlo, aunque fué arrodeando algo del camino que llevaba. Fué su venida de harta importancia, porque el P. Alejandro le tornó á encargar mucho los negocios de D. Juan de Amacusa, y él los acabó muy á gusto de todos, con lo cual quedó más confirmada de allí adelante la amistad de D. Juan y D. Agustin.

Entre tanto que el P. Alejandro y aquellos caballeros se detenian en el puerto de Muro, envió al P. Organtino con el H. Vicente al Meaco, para que por medio de algunos caballeros cristianos se entendiese la sazon y coyuntura que seria mejor para hacer su embajada á Cambacundono. Mas él mostraba cada dia tan poco gusto de recibirla, que nadie se atrevia á

hablarle en esta materia, porque sola una vez que D. Simon Condera se lo trajo á la memoria, le dijo con disgusto, ¿Y todavía te atreves á hablar en favor de los Padres? No sabes que por amor de ellos y por ser cristiano te quité grande parte de lo que habia determinado darte? Dijo esto porque siendo su capitan en las guerras del Jimo le habia prometido de darle dos reinos, y con el disgusto que entónces tomó contra los Padres y contra la cristiandad, no quiso darle después sino la mayor parte del reino de Buigen, con el título de aquel reino.

Viendo Simon Condera que su intercesion para con aquel tirano era de tan poco efecto, quiso aprovecharse en aquella ocasion de la amistad que tenia con algunos señores y caballeros gentiles, especialmente de uno que se decia Majitayemondono, que era muy privado de Cambacundono, el cual se encargó de hablarle, y así lo hizo con una buena ocasion que para ello tuvo. Alteróse el tirano cuando aquel caballero le dió el recaudo, aunque pasado el primer ímpetu de su cólera, dijo que si el embajador venia en nombre del virey, para rogar por los Padres, que no le queria ver ni hablar, porque no los habia de restituir ni alzar el destierro, mas que si venia solamente á visitarle, recibiria la embajada.

Con esta respuesta después de muchas consultas que tuvieron aquellos señores y caballeros cristianos que estaban en Meaco, se resolvieron estando presente el P. Organtino, que importaba mucho hiciese su embajada el P. Alejandro, con sólo título de visitar á Cambacundono en nombre del virey, y darle los presentes que de su parte le traia.

CAPÍTULO III

Cómo el P. Alejandro y sus compañeros llegaron á Meaco, é hicieron su embajada.

Con el aviso que tuvo el P. Alejandro de la resolucion que habian tomado aquellos señores y caballeros, partió luego del puerto de Muro para Osaca, que está en el camino derecho 11 ó 12 leguas antes del Meaco.

Estaba ya prevenido el gobernador de aquella ciudad de parte de D. Simon Condera y del otro señor gentil que se decia Majitayemondono, para que recibiese al embajador y á sus compañeros, y los proveyese muy cumplidamente de lo que hubiesen menester, y de las embarcaciones necesarias para ir á Meaco.

Detúvose el Padre unos pocos dias en esta ciudad, poniendo en órden algunas cosas que traia para su embajada, la cual como se habia publicado por toda aquella tierra, con la esperanza que tenian los cristianos de que los Padres habian de ser restituidos por medio de ella en sus casas é iglesias, era tanto el concurso de los que venian á Osaca á visitarlos, que ponia grande devocion. Entre estos fué el valeroso Justo Ucandono, que no le sufrió el corazon dejar de venir á verlos desde el reino de Canga, donde residia, que serian más de 50 leguas, y era tanta su alegría, que ni se acordaba de sus trabajos ni pérdidas, antes decia muchas veces, que una de las mayores mercedes que nuestro Señor le habia hecho, era haberle desterrado de la corte de Cambacundono, por librarle de las pláticas y conversaciones de los amigos y conocidos que tenia, porque aunque hacia lo que podia para no desagradar en ellas á nuestro Señor, de ordinario vivia con grande temor y escrúpulo de su conciencia; mas que con el destierro le habia Dios librado de aquellos peligros y ocasiones, y vivia con más descanso y libertad para encomendarse á nuestro Señor y servirle de veras.

Y era tanto el fervor y devocion de este caballero, que con estar en lo mejor de su edad y ser de los más valerosos capitanes y soldados que habia tenido Cambacundono, y más querido y estimado de los señores y caballeros del Japon, trató con el Padre muy de veras de dejar el mundo y renunciar la renta que tenia en su hijo mayor; pero el Padre le fué á la mano, y le dió á entender con muchas razones, que siendo casado, y teniendo hijos, y algunos muy pequeños, y tantos deudos y criados, cuyo remedio pendia de sola su persona, no convenia hacer tal mudanza ni era tiempo para tratar de ella.

Tambien vino su padre Dario desde el reino de Jetchu á visitar á los Padres, y lo mismo hizo D. Mancio, señor que fué de Sanga, y de los principales cristianos que habia en las partes de Meaco, el cual después de haber perdido sus tierras y haber pasado muchos trabajos por ser tan buen soldado, quiso servirse de él, un sobrino de Cambacundono que era señor de la mayor parte del reino de Jijo, y desde allí vino á ver los Padres, que serian 60 leguas, que fué para ellos de particular consuelo ver la grande fe y devocion de este caballero, aunque les quebraba el corazon acordándose del primero estado en que le habian conocido siendo señor de Sanga.

Concertadas las cosas necesarias para el camino, partió el Padre con sus compañeros de la ciudad de Osaca, y con buen tiempo llegaron á Toba, que es un puerto y está una legua de la

ciudad de Meaco, donde hallaron los caballos necesarios para toda la gente y carros para llevar el hato y unas literas á manera de sillas cubiertas para los que gustasen de ir en ellas. Todo esto habian proveido D. Simon Condera y Majita Yemondono á los cuales habia encomendado Cambacundono que diesen todo lo que fuese necesario para los embajadores que venian. Echóse de ver en este negocio la particular providencia de nuestro Señor, y cuán en su mano tiene los corazones de los reyes, porque habiendo mostrado este tirano al principio tanto disgusto y tan poca estima de la embajada y de los que la traian al puerto de Toba, le vieron sus criados tan mudado y trocado que no hablaba en otra cosa; diciendo que habia de recibir á los embajadores que venian de la India con más honra y autoridad que habia recibido pocos meses antes á otros que le envió el rey de la China, y al gobernador de Meaco mandó que los aposentase todos en la ciudad muy bien y proveyese muy cumplidamente de todo lo necesario.

Y así lo hizo, porque al P. Alejandro con los demás Padres y Hermanos que le acompañaban aposentaron en unas casas muy principales que eran del mismo Cambacundono. Y al P. Mezquita con los cuatro caballeros japones en otras que estaban enfrente de ellas, donde solia posar D. Agustin cuando residia en la ciudad. Y á los demás portugueses en casas tambien muy buenas en la misma calle, en la cual pusieron mucha gente de guarda para que no hiciesen algun descomedimiento y descortesía á los embajadores con el mucho concurso de los que acudian á verlos.

Traia el Padre para presentar á Cambacundono de parte del virey de la India, dos cuerpos de armas de Milán muy lustrosas y guarnecidas de oro, dos montantes con las guarniciones de plata y en parte doradas, dos arcabuces muy curiosos y ricos, y un terciado que juntamente servia de arcabuz. Traian tambien dos caballos de Arabia, grandes y muy hermosos con sus aderezos, el uno de ellos era de terciopelo morado y el otro de terciopelo negro, con sus jaeces guarnecidos de plata y estribos dorados; el uno de los dos caballos murió en el mar antes de llegar á Japon, y últimamente dos pares de guadamecis dorados y una tienda de campo muy hermosa.

Para el dia que habia de recibir Cambacundono los embajadores, hizo aparejar un muy solemne convite. Mandó que se hallasen en él los mayores príncipes y señores del Japon que residian entónces en su corte. Llegado el primer domingo de Cuaresma, que era el dia señalado para dar el Padre su embajada, se pusieron todos á punto para ir á la fortaleza de Cambacundono, que serian 25 ó 26 personas fuera de los Padres. Los cuatro caballeros japones, trece portugueses, siete pajes y un Hermano que iba por interprete de todos. Sin estos llevaba el P. Alejandro consigo otros dos Padres por compañeros, y al P. Diego Mezquita como maestro de los cuatro caballeros.

Salieron, pues, de su posada con este órden. Iba delante el caballo, que por ser tan grande y hermoso daba mucho contento á todos. Llevábanle dos mozos vestidos con sus marlotas largas, en medio de dos portugueses que iban á caballo. Tras estos iban los siete pajes tan bien aderezados, que puestos á caballo parecian hijos de grandes señores. Seguíanse luego los cuatro caballeros japones con los vestidos de terciopelo negro, guarnecidos de pasamanos de oro, que Su Santidad les dió en Roma. Tras ellos iban el P. Provincial Alejandro con sus compañeros, y últimamente todos los demás portugueses con tan lustrosos y ricos vestidos, que en cualquiera parte de Europa pudieran parecer muy bien. Con este órden llegaron hasta la fortaleza, aunque era tanta la gente que habia en las ventanas y por las calles, que fué necesario les hiciesen lugar para poder pasar los que tenian para su guarda.

Pareció á todos los caballeros y señores cristianos que se hiciese esta embajada con esta demostracion y publicidad para quitar á Cambacundono la sospecha que tenia de ser cosa fingida y como en su lugar se dirá, fué esto una de las razones con que más se acabó de convencer. Llegados á la fortaleza, saliólos á recibir un sobrino de Cambacundono (á quien pensaba dejar por sucesor del imperio) acompañado de muchos señores caballeros, el cual los llevó á una sala muy grande y muy hermosa, donde estaba Cambacundono sentado en su trono.

Habia en esta sala cinco repartimientos que los japones llaman jajequis. El primero y más principal tenia alrededor y por los lados una manera de estrado, al cual subian por sus gradas, y solo el mismo Cambacundono estaba sentado en él con grande majestad. En el segundo jajequi que estaba más bajo, habia tres señores que eran tres dignidades principales y los dos de la casa del Dayri. El primero de ellos era un bonzo que se decia Manjiqui, pariente del mismo Dayri, el cual tenia el primer lugar de su casa; y así estaba sentado á la mano derecha de Cambacundono. El segundo era otra dignidad que se llamaba Chicute, y era el primero y más principal de

todos los cunges. El tercero era su sobrino de Cambacundano. En el tercero jajequi ó repartimiento estaban ocho señores, los más ilustres y principales del Japon asentados por su órden. En el cuarto, que estaba otro escalon más bajo, habia grande número de caballeros y señores inferiores á los del tercero, así en renta como en dignidad. En el quinto y último estaban otros muchos caballeros que habian de servir en aquel banquete.

Toda esta sala y repartimientos estaba muy limpia y bien aderezada, el suelo todo cubierto de unas esteras finísimas á manera de colchones, de tres dedos en alto; en las paredes y techo no se parecia otra cosa sino oro, con algunas ricas y graciosas pinturas de rosas, pájaros y arboledas; en lo ancho de esta grande sala habia una baranda, la cual tenia delante un grande y hermosísimo patio. Llegó el P. Alejandro á hacer su comedimiento y reverencia á Cambacundono, y presentóle la carta del virey, que venia en un cofre de cuatro palmos en largo y medio de ancho, y otro tanto de alto aforrado por de dentro en una tela de oro y seda, y por de fuera con terciopelo verde con trenzas de oro. Iba la carta en un pergamino bien iluminado con figuras, y un sello pendiente de oro dentro de una bolsa de brocado, porque los japones miran mucho en estas ceremonias exteriores, y particularmente en las cartas que les escriben.

Mandó luego Cambacundono leer la carta del virey, la cual decia así:

«Señor, aunque por la distancia de tierras no hubo entre nosotros comunicacion, todavía por las cartas de los Padres que están en esos reinos de Vuestra Alteza, supe la grandeza de sus victorias y obras, y la fama y nombre que hasta en partes remotas se oyen de Vuestra Alteza, y como sujetó á su imperio todos los señores y reinos de las cuatro partes del Japon, cosa nunca oida desde los antiguos hasta ahora, lo cual sin duda es admirable favor del cielo, cosa de grande admiracion, de que mucho me alegro.

»Supe tambien que los Padres que están en esos reinos reciben mucho favor de Vuestra Alteza, y con él van promulgando y enseñando la ley para salvarse los hombres; los cuales son religiosos de estos reinos, dignos de veneracion, que conforme á su instituto pasan por todas partes del mundo, para enseñar el verdadero camino de la salvacion, y con saber de ellos los favores que Vuestra Alteza les hace, me alegré grandemente, y porque ellos me pidieron escribiese á Vuestra Alteza y le enviase una embajada dando las gracias de esto, holgué de hacerlo.

»Y por cuanto el P. Alejandro los años pasados fué otra vez á esos reinos de Vuestra Alteza, y es ya conocido en esa tierra, le encargué esta embajada, y pido á Vuestra Alteza por esta carta, que de aquí adelante más y más quiera favorecer, así al P. Visitador como á los demás Padres que están en esos reinos del Japon, con que mucho me alegraré. En señal de amor envio á Vuestra Alteza dos montantes, dos arcabuces de nueva forma, dos caballos con sus aderezos, dos pares de guadamacis dorados, y un terciado que sirve tambien de arcabuz, y una tienda para el campo. Hecha en estos reinos de la India, año de 1587.—*D. Duarte de Meneses.*»

Leida la carta del virey llegaron todos por su órden á hacer reverencia á Cambacundono, y él los recibió con muestras de amor y buena voluntad, mandando asentar al Padre entre aquellos ocho señores principales, y á los demás en lugares muy honrosos. Mandó luego traer el cacanzuqui y la sacana, que es una de las principales cortesías que suelen usar los japones con los huéspedes. Es el cacanzuqui una copa redonda, baja y dorada, con diversas labores en que traen cierta bebida. Tomóla primero Cambacundono y bebió un poco, y después la dió por su mano al P. Alejandro, que fué uno de los mayores favores y honras que le podia hacer.

Tambien mandó traer algunos tableros con ciertas barras de plata y vestidos de seda, los cuales hizo repartir entre el Padre y los que con él venian. Seria el dinero como 2.500 ducados, que atenta la condicion y disposicion de quien lo daba se estimó entónces en mucho. Ultimamente mandó que les diesen allí de comer, y que les hiciesen compañía su sobrino y aquellos señores y caballeros, porque él se retiró á su aposento, aunque tornó á salir acabada la comida. Y estuvo platicando con el Padre y con los portugueses familiarmente, preguntándoles diversas cosas de la India. Y á D. Mancio y á D. Miguel de lo que habian visto en Europa, dando muestras que gustaria de que D. Mancio se quedase en su servicio; pero él se excusó con término muy comedido, diciendo que el P. Alejandro le habia criado desde niño como á hijo, y pareceria mucho desconocimiento dejarle entónces, aunque fuese para recibir tan señalada merced.

Díjole Cambacundono que tenia razon en aquello, pero sabiendo la buena gracia que tenian todos cuatro en tañer y cantar como lo habian deprendido en Europa quiso oirlos. Tocaron sus instrumentos con tanta destreza y cantaron con tan buena gracia, que él quedó muy contento y satisfecho; y los señores y caballeros que

estaban presentes admirados de ver una cosa tan nueva para ellos, y aunque por tres veces quisieron dejarlo por no cansar á Cambacundono, él les dijo siempre que pasasen adelante con lo que hacian. Habiéndose detenido en estas cosas con gusto buen rato de la tarde, salió al patio donde hizo armar la tienda y después dijo que le trujesen el caballo. Subió en él uno de los portugueses que allí estaban y meneóle con tal destreza que dejó muy contentos á Cambacundono y á los demás señores y caballeros así de la hermosura y ligereza del caballo, como de la buena gracia del que subió en él. Mandó luego á dos señores de los más principales que enseñasen al Padre y á sus compañeros los palacios y fortaleza, y siendo ya tarde los despidió con muestras de buena voluntad y amor, diciendo que queria tener mucha amistad con el visorey de la India y que estimaba en mucho su presente.

CAPÍTULO IV

De lo que pasó en Meaco el tiempo que allí se detuvo el P. Alejandro después de hecha su embajada.

Despedidos el Padre y sus compañeros de Cambacundono, envió el dia siguiente por don Mancio y por el H Juan Rodriguez compañero é intérprete del P. Alejandro, para que le enseñasen á concertar un reloj que el mismo Padre le habia presentado. Detúvose platicando con ellos toda la tarde muy familiarmente y dándoles cuenta cómo pensaba conquistar la China. Antes de despedirlos dijo al H. Juan Rodriguez cómo él se partia el dia siguiente para el reino de Boari, donde se habia de detener algunos dias y que dijese al P. Alejandro de su parte que entre tanto que la nao se partia para la India estuviese donde le diese más gusto ó en Meaco, ó en Osaca, ú en Nangasaqui, y que á su tiempo él le enviaria la respuesta y presente para el virey.

Parecióse bien que el viaje y embajada de estos caballeros á Europa habia sido guiada de nuestro Señor, y muy particular providencia suya, como tambien lo fué su venida en tan buena sazon y coyuntura, porque si no se alcanzó con ella la restitucion de los Padres, á lo ménos ayudó mucho para templar la ira de este tirano, como se vió en los favores tan extraordinarios que les hizo cuando ménos lo pensaban y esperaban, y en que procedió de allí adelante con ellos con más blandura y moderacion, y á los que habian tomado el pulso á su humor y condicion, les pareció que una de las razones porque le fué tan grata esta embajada del virey, habia sido por tener con ella y con su carta un buen color y honroso para poder disimular la estada de los Padres en Japon, porque si por una parte mostrara no quererlos consentir en su tierra, cuando entendiesen sus vasallos que sabia como estaban en ella, hallaba una salida honrosa, de que los dejaba andar como desterrados y habia moderado su rigor por hacer algo de lo que le pedia el virey de la India, ya que no se lo concedia todo.

Lo segundo sacóse de esta embajada otro efecto, que fué un nuevo aliento y ánimo que cobraron todos los cristianos con la esperanza de que habian de ser los Padres presto restituidos en sus iglesias, y no fué menor fruto la grande estima que todos cobraron en aquellos reinos de la ley de Dios y de los que la predicaban, oyendo las cosas que los cuatro embajadores contaban de la cristiandad de Europa, de la majestad, grandeza y autoridad del Sumo Pontífice y príncipes cristianos; y viendo últimamente la honra y favores que Cambacundono habia hecho á los Padres y á los que venian en su compañía, y así después de partido el tirano de Meaco para el reino de Boari, en los veinte dias que se detuvo el P. Alejandro en aquella ciudad, le visitaron muchos señores y los más principales fueron su sobrino y heredero de Cambacundono, Merindono, rey de Amanguchi y Fachirandono, señor de otros tres reinos y casado con hija de Cambacundono.

Todos estos señores y otros muchos caballeros daban el parabien á los Padres del buen acogimiento que Cambacundono les habia hecho, mostrando grande deseo de verlos restituidos en sus casas é iglesias, y segun la disposicion que entónces habia en la gente, si los Padres tuvieran licencia para predicar públicamente y bautizar, se pudiera esperar una grande conversion de caballeros principales, porque con todos estos impedimentos algunos señores procuraban de oir los sermones que los Padres hacian en secreto conforme á las ocasiones que hallaban. Entre estos fué el hijo heredero del rey de Canga y señor de tres reinos y grande privado de Cambacundono. Tenia este caballero mozo posesion del reino de Canga donde residia Justo Ucandono, y por su comunicacion se fué aficionando á la ley de Dios, de manera que quiso oir en Meaco los sermones y se determinó en ser cristiano, mas por ser persona tan principal y que siempre andaba con Cambacundono y que no se podia hacer su Bautismo sin mucho ruido, pareció que convenia diferirlo para otra mejor coyuntura; pero el mismo príncipe vino en persona á visitar á los Padres y ofrecerse por discípulo suyo.

Lo mismo hizo otro grande señor del reino

de Abangi, el cual por medio de Justo Ucandono, se movió á oir los sermones, y quedó con la misma determinacion, esperando oportunidad para bautizarse. Tambien vino á visitarlos Findanocami, yerno de Nobunanga, casado con hija suya, el cual se habia bautizado poco antes de la persecucion, y siendo entónces señor de sola una parte del reino de Ije, le dió despues Cambacundono diez veces más renta de la que tenia, y era uno de los señores ricos del Japon. Este caballero era grande amigo de Justo, y ofreció á los Padres de hacer todo lo que pudiese por dilatar en sus tierras la ley de Dios.

Entre los demás que oyeron los sermones los dias que se detuvieron los Padres en Meaco, fué el señor de la isla de Ceujima, el cual tenia título de Jacata ó rey, y era yerno de D. Agustin, casado con su hija, y después de haber oido las pláticas del Catecismo, se bautizó, aunque fué con secreto y disimulacion, de manera que no lo entendiese Cambacundono, porque trataba con este rey, los negocios de la conquista de la China, y fuérale grande disgusto si entendiera que se habia hecho cristiano. Tambien envió á visitar á los Padres, ya que no pudo hacerlo en persona doña Gracia, de la cual en su lugar se hizo mencion, y de su grande constancia y perseverancia. Habíale dado nuestro Señor con este valor una prudencia y discrecion tan grande, para saber llevar la condicion de su marido, que era áspera y muy terrible, que la dejaba ya vivir en su ley, sin dar á entender que la tenia por cristiana.

Sin esta gente principal que hemos dicho, á la fama de que estaban los Padres ya en Meaco, y el favor que les habia hecho Cambacundono, era tanto el concurso de los cristianos, hombres y mujeres que venian de diversas partes á confesarse, de 15, 20 y 50 leguas, que desde antes del dia, hasta casi media noche, no cesaban los Padres que allí estaban en confesar, y aunque se les decia misa cada dia para comulgarlos en tres casas y oratorios diferentes, no bastaban á dar recaudo, segun era grande el concurso y devocion de los que continuamente venian.

Para remate de este capítulo quiero decir un castigo particular que nuestro Señor dió á los bonzos de la ciudad de Meaco, en aquellos dias que allí estuvieron los Padres. Habíanse alegrado en extremo estos bonzos con ver destruidas las casas de los Padres, por medio de este tirano, diciendo que aquel habia sido castigo y venganza que habian tomado sus dioses por los templos que los Padres les habian destruido, pero presto le experimentaron tambien por su casa, porque este tirano deseando extender más la nueva ciudad de Meaco y su fortaleza que habia hecho, puso por el suelo más de 300 monasterios de bonzos, de los más famosos y ricos que habia en Japon, y á ellos mandó que viviesen juntos en otro sitio que él les señaló fuera de la ciudad, con lo cual quedaron tan pobres y afrentados, que muchos de ellos dejaron la religion y se hicieron soldados para buscar otro modo de vida.

CAPÍTULO V

Cómo el P. Alejandro partió de Meaco y llegó á Firando, y desde allí partió al puerto de Nangasaqui.

Pasados veintidos dias que el P. Alejandro habia estado en Meaco, pareció á todos aquellos señores y caballeros cristianos que habiendo sido recibido el Padre de Cambacundono con tanta honra y muestras de buena voluntad, no convenia esperar allí su vuelta, porque no se pusiese á peligro de perder lo que habia ganado, si no continuase en hacerle los mismos favores. Con esta resolucion le envió el P. Alejandro á pedir licencia al reino de Boari, para volverse al puerto de Nangasaqui, y esperar allí la respuesta que Su Alteza le diese de su embajada. Dió la licencia Cambacundono, y dijo, que se quedase el H. Juan Rodriguez en Meaco, para tratar con él lo que fuese necesario.

Con esto partió el P. Alejandro de Meaco para Osaca, donde se detuvo otros ocho dias esperando buen tiempo para entrar en la mar; en los cuales acudieron tantos cristianos y eran tantas las lágrimas que derramaban viendo que los Padres se volvian, que por su consuelo se hubo de quedar allí el P. Organtino, porque aunque no tenian licencia de Cambacundono para estar Padres en el Meaco, como el H. Juan Rodriguez habia de quedar en la ciudad pública y descubiertamente á título de esperar la respuesta de la embajada, y otro Hermano japon, por compañero suyo; con esta ocasion se quedaron tambien el P. Organtino y un Hermano encubiertos, y todos cuatro procuraban de ayudar y consolar á los cristianos.

Partidos de Osaca el P. Alejandro y sus compañeros, llegaron en pocos dias á Firando, y aunque el rey de aquella tierra siempre fué tan contrario de la ley de Dios, nunca pudo ejecutar su mal deseo, porque le fueron á la mano D. Antonio y D. Juan su hermano, el tiempo que vivieron, y después de muerto, hicieron el mismo oficio en favor de la cristiandad sus hi-

jos y sucesores, que todos ellos parece que heredaron la piedad y religion de sus Padres. Aposentaron al P. Alejandro y á sus compañeros en unas casas de D. Antonio, las cuales habia hecho aderezar para este propósito, sabiendo de su venida doña Isabel mujer del mismo D. Antonio, que era una muy santa vieja, y por el consuelo suyo y de sus hijos y de los demás cristianos se detuvieron allí los Padres tres dias.

En esta ciudad de Firando estaba casada doña Mencia, hija del buen rey D. Bartolomé y hermana de D. Sancho rey de Omura, que para sosegar algunas guerras y disensiones que habia entre aquellos dos reyes hubo de casar esta señora que era cristiana con el hijo único y heredero del rey de Firando, aunque era gentil, porque prometieron el Padre y el hijo de dejarla vivir en su ley; y fué esta una de las condiciones principales del casamiento, y así tenia en su compañía doña Mencia muchas mujeres y criadas cristianas que la servian.

Era esta señora de dieciocho ó diecinueve años, pero tan prudente y constante en la fe, que parecia bien hija de su padre, porque con estar en casa de un rey gentil y tan enemigo de la ley de Dios, con su grande prudencia se gobernaba de manera que no sólo vivian ella y sus criados como cristianos y descubiertamente, pero era el amparo y defensa de todos los demás que habia en aquel reino, aunque no le faltaban algunos trabajos, y el que ella más sentia era que despues de la muerte del rey D. Bartolomé su padre, habian intentado su suegro y el príncipe su marido apartarla de la fe, y tomado para ello muchos medios, unas veces diciendo mal de la ley de Dios y otras persuadiéndola con blandas y amorosas palabras y aun algunas veces con amenazas y temores, y si acaso pasaba algun Padre ó Hermano por aquel reino, no consentian que la hablase ni visitase, y cuando el P. Alejandro llegó á Firando, habia más de cuatro años que no la dejaban confesar ni oir Misa. Mas con todas estas contradicciones y dificultades estuvo siempre constante y firme, porque unas veces no queria recibir sus recaudos ni oir sus razones y otras respondiendo con grande ánimo que antes moriria mil veces, que consentir en la mínima cosa que fuese contra la ley de Dios; y últimamente les decia, que si mucho la apretaban en aquello, se iria en casa del rey de Omura su hermano.

Para resistir á semejantes encuentros que cada dia tenia, habia hecho en lo más secreto de su palacio un muy gracioso oratorio, el cual tenia adornado y compuesto de muy devotas imágenes y relicarios que su padre le habia dado. Allí gastaba muchas horas en oracion suplicando á nuestro Señor con lágrimas, le diese ánimo y fortaleza para resistir á su suegro y á su marido. En las dudas que se le ofrecian consultaba á los Padres del reino de Omura por cartas para saber lo que debia hacer, y para que nuestro Señor la socorriese en sus necesidades, repartia siempre muy abundantes limosnas entre los pobres, y su mayor entretenimiento en Firando era tratar con doña Isabel y con algunas otras mujeres cristianas, á las cuales enviaba á llamar algunas veces para su consuelo. Al fin con su larga paciencia y mucha prudencia supo esta señora ganar á su marido de manera, que tenian todos por cosa cierta, que en muriendo su padre, habia el príncipe de ser cristiano. Entendia esto el viejo rey de Firando, y deshacíase de rabia dentro de sí mismo, pareciéndole què habia podido y sabido más una niña de diez y ocho años para reducir todo aquel reino á la ley de Dios, que no él con ser de setenta para destruirla, con haber tomado para ello tantos medios.

Llegado el P. Alejandro á la ciudad de Firando, deseó esta señora sumamente hablarle para comunicar con él las cosas de su conciencia y confesarse fácilmente, lo que acabó con el príncipe su marido, pero no se atrevia á que lo hiciese sin licencia del rey su padre, y el sacarla era bien dificultoso, pero doña Mencia se resolvió en pedírsela, y para esto le propuso que seria muy grande deshonra suya, que pasando por allí el P. Alejandro dejase de verle, porque toda la casa de sus padres le tenia mucha obligacion y grande respeto. Bien quisiera el viejo estorbarlo, pero fueron tantas las razones que trujo esta señora y la instancia con que lo pidió, que hubo de dar licencia el rey, aunque contra toda su voluntad para que viniese á visitarla en su palacio.

Habida esta licencia, fué allá el P. Alejandro y saliéronle á recibir el rey de Firando, el viejo, y el príncipe su hijo hasta la puerta de la primera sala, y desde allí le acompañaron al oratorio donde le estaba esperando doña Mencia con sus mujeres cristianas, la cual en viendo al Padre sin tener respeto á su autoridad y grandeza, se arrojó á sus piés derramando muchas lágrimas de devocion, dejando espantados á su suegro y marido del respeto y reverencia que tenia al Padre, y de la humildad con que le habia recibido, y por darle más gusto, se salieron fuera para que pudiese hablarle con más libertad. Dió cuenta doña Mencia al Padre muy en particular de sus cosas y de su modo de vida, y después de haber confesado le mostró su oratorio y cosas que tenia en él; y últimamente le dijo que antes moriria mil veces, que hacer cosa que fuese contra la

ley de Dios, porque fuera de la obligacion que tenia á nuestro Señor, estando muy al cabo el rey D. Bartolomé su padre, le habia dicho que moria con mucho sentimiento y pena de haberla casado con un señor gentil, y pues habia sido forzoso el hacerlo, le rogaba que en ningun caso faltase con lo que debia á Dios, y que desease antes morir que dejar de ser cristiana.

Siendo ya tarde volvió el rey su hijo y el Padre les hizo una plática, y al cabo de ella les encomendó mucho que pues doña Mencia era cristiana, la dejasen vivir como tal, porque este seria el camino y medio más eficaz para conservar la paz con el reino de Omura. Poco después dió nuestro Señor un hijo á esta señora, el cual habia de ser heredero del reino, y fué esto causa de que su marido y suegro la quisiesen y estimasen más de allí adelante, y por darle gusto convidaron el rey y su hijo á comer un dia al P. Alejandro, y el siguiente á los cuatro caballeros japones. Partidos de Firando, llegaron con buen tiempo al puerto de Nangasaqui, donde fueron recibidos de los Padres y Hermanos que allí habia con grande consuelo y alegría.

CAPÍTULO VI

Cómo el P. Alejandro fué á los reinos de Arima y Omura, y entregó á aquellos reyes los dones que traia de Su Santidad para ellos.

Llegado el P. Provincial Alejandro con aquellos caballeros al puerto de Nangasaqui, pasó desde allí al colegio de Canzusa, en el cual residian entónces 40 de la Compañía entre Padres y Hermanos, sin otros 90 niños del seminario, que tambien estaban junto al colegio. Y porque el rey D. Protasio habia llegado enfermo del Meaco, le pareció antes de ocuparse en otras cosas irle á visitar y entregarle los dones que los embajadores habian traido de Roma de parte de Su Santidad.

Cuando llegaron á la ciudad de Arima ya el rey estaba mejor, y aunque Cambacundono no habia alzado el destierro de los Padres, determinó de recibir los dones de Su Santidad con la mayor solemnidad que fuese posible, llamando para esto todos los señores y caballeros principales del reino, y mandando que todos los lugares de la comarca acudiesen á la ciudad para aquel dia con particulares fiestas é invenciones. Parecióle al P. Alejandro que esta demostracion y solemnidad tan pública podria tener mucho inconveniente si llegase á oidos de Cambacundono, y al fin se determinó que por entónces se hiciese alguna solemnidad dentro de la iglesia y cesase todo lo demás, y fué muy acertado el consejo por el nuevo trabajo que sucedió á esta cristiandad, como se dirá en el capítulo siguiente.

Llegado el dia que estaba señalado para la fiesta, se aderezó muy bien la iglesia, y el rey D. Protasio vino acompañado de sus hermanos y parientes y de los cuatro caballeros japones y algunos otros señores principales del reino. Comenzóse la Misa con grande solemnidad, la cual dijo el P. Alejandro, y los niños del seminario que eran muy diestros, celebraron la fiesta con muy buena música de voces é instrumentos. Predicó un Padre declarando la embajada que aquellos caballeros habian hecho á Su Santidad y la honra con que fueron recibidos, y últimamente los dones que enviaba y lo que Su Santidad pretendia con ellos, que era dar nuevo ánimo y esfuerzo á aquellos reyes para defender la ley de Dios.

Acabado el sermon y la Misa, quitóse el Padre la casulla y tomó una capa de brocado muy rica de las que habia traido de Roma y sentóse delante del altar mayor, puestos á los lados el diácono y subdiácono. Llegó luego D. Miguel y tomó el Breve de Su Santidad que estaba en una caja ricamente labrada, y acompañado de los otros embajadores le llevó al rey D. Protasio, que estaba solo en la capilla mayor para este efecto, el cual le recibió hincado de rodillas, y con grande humildad y reverencia le puso sobre su cabeza, y después le entregó á un Padre que allí estaba para que lo leyese. Leido el Breve tomó D. Miguel el estoque desenvainado, y D. Mancio el sombrero, y D. Martin la vaina del mismo estoque que era de plata dorada, y D. Julian el Breve, y todos cuatro esperaron junto al P. Alejandro al rey D. Protasio, el cual se puso de rodillas en la grada del altar. Levantóse entónces el P. Provincial de su lugar y fué entregando los dones de Su Santidad al rey con las oraciones y ceremonias que en semejantes actos acostumbraba la Iglesia, y él los iba recibiendo con grande devocion y reverencia, y entregó el estoque á D. Leon su hermano, y el sombrero á D. Sancho, que tambien era su hermano menor, y la vaina á otro primo suyo, desposado con una de sus hijas.

Acabada la fiesta, se recogió el Padre á la sacristía y entretanto llegaron los cuatro caballeros japones á dar el parabien al rey, y él les dió las gracias del trabajo que por su respeto habian tomado en tan larga navegacion, y de los dones que le habian traido, con que su persona y reinos quedaban tan honrados. Vueltos á palacio, hizo el rey aquel dia un muy solemne convite á todos, y después de la comida vino la reina doña Lucía, mujer de D. Protasio, acompañada de sus hijos y de doña María su madre, á dar las gra-

cias al P. Provincial y á aquellos caballeros de la honra y favor que el rey y toda su casa habian recibido por su medio.

Acabados de entregar sus dones al rey D. Protasio, pareció al P. Alejandro que era justo hacer lo mismo con el rey D. Sancho en Omura, y así partió para allá con los cuatro caballeros japones, donde se hizo la misma solemnidad y fiesta que se habia hecho en Arima, y se le entregaron los dones que para él venian con el mismo órden, y el rey los recibió con la misma devocion y reverencia que el rey D. Protasio.

CAPÍTULO VII

De otra nueva persecucion y trabajo que se levantó contra los Padres y contra toda la cristiandad.

Con los favores que Cambacundono habia hecho al P. Alejandro y á sus compañeros en Meaco, y con las nuevas fiestas de Arima y Omura, estaba toda aquella cristiandad tan llena de gozo y alegría, que se iban olvidando los trabajos pasados; pero como es propio de nuestro Señor mezclar lo amargo con lo dulce, tras esta bonanza se levantó otra nueva tormenta y tempestad, que los puso á todos en harta afliccion y cuidado.

La ocasion de este trabajo fué que aquellos dos señores Iquinocami y Canganocami, que eran gobernadores de Nangasaqui, cuyos hijos y criados habian hecho tanta fiesta al P. Alejandro cuando iba de camino para Meaco, se dieron por muy agraviados y afrentados de que no los hubiese tomado á ellos por intercesores para hacer su embajada delante de Cambacundono, y el que más sentimiento mostraba en este caso era Iquinocami, amenazando que habia de acusar á los Padres delante de Cambacundono, porque habian residido en Japon contra su mandato, y habian hecho cristianos como de antes. Y aunque el P. Organtino que habia quedado en Meaco por sí y por medio de algunos caballeros procuró darle muchas satisfacciones de lo pasado, ninguna de ellas quiso admitir, antes llevando adelante su mala intencion, se juntó con otros señores gentiles, que los unos eran enemigos de D. Agustin y de D. Simon Condera, y otros de D. Protasio y D. Sancho, y otros porque eran contrarios de la ley de Dios.

Todos estos comenzaron á tratar del negocio, y lo primero procuraron pervertir á Majita Yemondono, que era aquel señor gentil que favoreció al P. Alejandro en Meaco, haciéndole creer que aquella embajada era falsa é invencion de los Padres y de los cristianos, para que no los desterrase Cambacundono, y para que sus razones tuviesen más fuerza delante de este tirano, se confederaron estos gentiles con Jacuim, enemigo mortal de los cristianos, que fué el principio de su persecucion y era muy privado de Cambacundono.

En este estado estaban las cosas en Meaco por el mes de Enero del año 1592, cuando conforme á la costumbre del Japon iban los señores á dar la obediencia á Cambacundono. Con esta ocasion se hallaron en Meaco D. Agustin y D. Sancho, rey de Omura, y un tio del rey D. Protasio, que envió en su lugar por estar enfermo, y otros muchos señores y caballeros cristianos. Daba á todos mucha pena ver el mal ánimo de estos gentiles, y que no podian quietarlos ni sosegarlos con cuantas razones y satisfacciones les daban, antes hablando un dia Jacuim con D. Sancho rey de Omura y con su tio de D. Protasio, les hizo mucho cargo, porque tenian los Padres en sus tierras, y que en volviendo á ellas los echasen fuera, porque de otra manera Cambacundono habia de proceder, no sólo contra los Padres, sino contra los señores que los tuviesen en sus estados. Al fin estos gentiles hallando buena ocasion para ello dijeron á Cambacundono muchas cosas para que tuviese aquella embajada por sospechosa, y que los Padres la habian traido para quedarse en Japon; y por eso nunca se habian querido ir, antes contra su mandato predicaban la ley de Dios, y hacian cristianos. Alteróse con esto el tirano de manera que dijo los habia de hacer matar á todos.

Estas palabras de Cambacundono y las que Jacuim dijo á D. Sancho y á su tio de D. Protasio, causaron grande turbacion en los reinos de Arima y en toda aquella cristiandad del Jimo, porque como las nuevas siempre crecen, especialmente cuando son malas; unos decian que D. Agustin, y D. Sancho y D. Protasio y los demás señores cristianos habian de quedar destruidos del todo, y que el tirano habia mandado desterrar á todos los Padres, y matar á los que quedasen en Japon. Acrecentábanse estos temores con que Iquinocami, gobernador de Nangasaqui, envió á decir á los criados que allí tenia que quitasen todas las cruces de los lugares que él gobernaba, avisando juntamente que dentro de pocos dias habian de venir él y su compañero Canganocami al puerto de Nangasaqui por mandado de Cambacundono, y porque habian de traer mucha gente, que se aparejasen posadas para todos; lo cual interpretaron los gentiles y aun los mismos cristianos que enviaba el tirano á estos dos señores, para hacer informacion de los Padres y de los que en sus tierras los acogian, para castigarlos y destruirlos.

Confirmábanse estas sospechas con las cartas que continuamente escribian de Meaco el P. Organtino y aquellos señores cristianos, en las cuales decian el mal pecho y ánimo de los gentiles y la alteracion de Cambacundono, pidiendo al P. Provincial que pusiese en cobro las cosas de la Compañía y recogiese la gente; de manera, que cuando enviase el tirano á hacer averiguacion de lo que pasaba, se echase de ver que los Padres vivian como desterrados, porque no se alterase más, si entendiese que no se hacia caso de su mandato.

En este tiempo volvieron de Meaco todos los señores que habian ido de diversos reinos y el de Firando con lo que entendió en aquella corte, y la mala voluntad que él siempre tuvo á la cristiandad, en llegando á su tierra, hizo que algunos caballeros, como de suyo, dijesen á doña Isabel y á D. Jerónimo su hijo, que no era tiempo aquel para tener Padres en su tierra ni hacer procesion de cristianos, porque era poner todo aquel reino en mucho peligro. Don Jerónimo, como valeroso caballero, aunque entendió cuyo era el recaudo, preguntó á quien se le traia si era de parte del rey, y diciéndole que no, respondió, que pues el recaudo no era del rey, no tenia que dar satisfaccion á nadie, mas que entendiesen todos, cómo él y sus hermanos eran cristianos y habian de vivir y morir como tales, y que no sólo no despediria á los Padres que estaban en sus tierras, pero recibirian de muy buena voluntad á todos los demás que quisiesen venir á ellas, como después lo hicieron, porque el gobernador que se habia alzado con el reino del Goto, que se halló tambien en Meaco, vuelto á su tierra dijo á un Padre y Hermano que estaban en ella, que se fuesen á otro reino entre tanto que pasaba aquella turbacion, que despues él holgaria de tenerlos y recibirlos. Sabiendo esto D. Jerónimo envió por ellos y los trujo á sus islas.

En este tiempo llevó Dios nuestro Señor para sí al H. Lorenzo, japon, en el puerto de Nangasaqui, que por andar muy falto de salud y gastado de los trabajos que habia pasado en las partes del Meaco, y para ver si podia convalecer le trujo el P. Provincial á las partes de el Jimo. Era este hermano de más de sesenta y cinco años, y habia vivido más de los treinta en la Compañía. Fué de los primeros cristianos que se bautizaron en Amanguchi en tiempo del Padre Maestro Francisco Javier, y después de recibido en la Compañía, le tomó nuestro Señor por instrumento para traer á su santa Iglesia, por medio de sus sermones, las principales columnas de la cristiandad de Meaco, que fueron Justo Ucandono y Dario su padre y á D. Agustin, y á su padre Ruiza, con otros muchos señores y caballeros, porque tenia grande mano y singular prudencia para tratar con todos; y así, fué muy querido de Nobunanga y del tirano Cambacundono, antes que rompiese con la cristiandad. Estaba ya muy viejo y flaco de los continuos trabajos. Y así, le llevó nuestro Señor para darle el premio de ellos con una muerte de grande consuelo y alegría. Después de haber recibido todos los Sacramentos, murió á los 3 de Febrero de 1592.

Cuando el rey D. Sancho de Omura y tio de D. Protasio llegaron á sus tierras, y de ellos supieron el P. Provincial Alejandro y los demás Padres con certidumbre lo que pasaba en Meaco, dióles mucha pena y púsolos en grande cuidado, más por el peligro de aquellos reyes y señores cristianos que por el suyo propio; y así, les pareció tratar con ellos lo que se debia hacer en aquel caso. Y para solo esto fué el P. Alejandro con otros Padres á los reinos de Arima y Omura, y propusieron á estos reyes, cómo los de la Compañía estaban determinados de morir antes en alguna iglesia, que no poner sus personas y estados y la cristiandad que habia en ellos en algun riesgo y peligro, y para esto deseaban saber su parecer y voluntad.

Respondieron entrambos reyes con el mismo ánimo, valor y determinacion que otras veces, diciendo que en ninguna manera consentirian que los Padres saliesen de sus tierras, aunque hubiesen de perder sus vidas y estados, y que pues los cuatro años antes los habian tenido con el mismo peligro y riesgo, y nuestro Señor los habia librado de todo, confiaban en su divina misericordia lo haria tambien de allí adelante. El P. Provincial y los demás Padres dieron las gracias á estos señores de la voluntad y amor, con que los deseaban tener en sus tierras, pero que esto mismo les obligaba á representarles algunos medios que se les ofrecian, para quitar al tirano cualquiera ocasion de disgustarse con ellos de nuevo.

Y lo primero era que atento que el colegio y seminario estaban en Lanzusa, y este lugar era muy público y pasajero, y lo mismo la fortaleza del reino de Omura, donde estaba el noviciado, les parecia muy necesario pasar estas casas á otra parte, donde no entrasen en ellas los gentiles y criados de Cambacundono que venian de Meaco á las partes del Jimo; y por el mismo respeto les parecia ser conveniente cerrar las casas principales é iglesias de Arima y Omura, porque se sonaba mucho la guerra del Coray y el apercibimiento que para ella hacia Cambacundono,

y que él mismo bajaba en persona á las partes del Jimo; y así, era más precisa la necesidad de todo este recato, por venir el tirano tan disgustado, y que cualquiera ocasion, por pequeña que fuese, bastaria para poner en mucho trabajo aquella cristiandad. Convencidos estos señores con las razones del P. Provincial, le dijeron que ordenase y dispusiese las cosas como viese que más convenia.

Llegó al mismo tiempo D. Juan de Amacusa y señor de aquella isla, que venia á visitar al Padre y agradecerle el buen oficio que habia hecho en las partes del Meaco con D. Agustin, y el buen suceso que habian tenido sus negocios, el cual, como supo lo que pasaba hizo grande instancia al P. Alejandro para que pasase á su isla de Amacusa el colegio, seminario y noviciado, por ser tan secreta y apartada del paso ordinario de los que iban del Meaco, ofreciéndose á dar casas y todo lo demás que fuese necesario para la gente que hubiese de estar allí. Al fin, después de muchas consultas se tomó por última resolucion que el colegio y noviciado se pasasen á la iglesia de Amacusa, y el seminario quedase en Arima, mudándole á otro lugar más secreto llamado Fachirao, que estaba metido en un bosque, donde el rey D. Protasio hizo edificar unas casas de propósito, para que estuviesen en ella bien acomodados los niños con sus maestros y el servicio necesario.

En el reino de Omura, fuera de los Padres que allí habia, se recogieron tambien los que deprendian la lengua del Japon. Y á los unos y á los otros acomodó en el reino D. Sancho en otra fortaleza apartada del camino real que iba á Nangasaqui, y á todos los Padres y Hermanos que quedaban en aquellos reinos del Jimo, encomendando mucho el P. Provincial que anduviesen con nuevo recato, ejercitando sus ministerios al modo que otras veces lo habian hecho. Y con esto quedaron las cosas acomodadas, de manera que sin hacer falta á los cristianos se quitase cualquiera ofension á los gentiles y no se le diese al tirano nueva ocasion de disgustarse más contra la cristiandad, hasta que el mismo tiempo fuese descubriendo lo que se debia hacer.

CAPÍTULO VIII

Cómo el P. Provincial Alejandro recibió en la Compañía á los cuatro caballeros japones, y pasó al puerto de Nangasaqui, donde sucedieron otros nuevos trabajos á la cristiandad.

Concertadas en la forma que hemos dicho las cosas de Arima, Omura y Amacusa, pareció al P. Provincial que convenia residir algun tiempo de asiento en el puerto de Nangasaqui, y que se juntasen allí algunos Padres á título de compañeros del embajador, para tratar algunas cosas de importancia que tocaban á aquella cristiandad.

Despedido el Padre del rey D. Protasio, tomó su camino para Nangasaqui, pero quiso primero llegar á la iglesia de Amacusa para ver cómo quedaban acomodados los Hermanos estudiantes y novicios que se habian recogido en ella. En este camino quiso nuestro Señor consolarle de los trabajos pasados con la resolucion y determinacion de los cuatro caballeros japones que vinieron á Europa por embajadores, y siempre le habian acompañado, á quien nuestro Señor habia dado deseos muy eficaces de dejar el mundo, y viendo que ya habian cumplido enteramente con lo que tocaba á su embajada y quedaban libres para poder disponer de sí, pidieron al P. Provincial con grande humildad y devocion, que los recibiese en la Compañía por hijos de ella, diciendo que pues nuestro Señor los habia escogido entre todos los japones para hacer una embajada de tanto servicio suyo, y dejádoles ver tantas cosas en Europa con que habian confirmado más su fe y religion, y los habia el mismo Señor llevado y traido con salud y librádolos de tantos peligros, serian ellos muy desagradecidos, si no empleasen la que les quedaba toda en su servicio; y así estaban determinados de hacerlo, queriéndolos recibir en la Compañía.

Por ser estos caballeros tan principales y tan emparentados en aquellos reinos, se dió cuenta de la determinacion que tenian á sus deudos, y aunque el amor natural hizo su sentimiento en ellos, porque los querian mucho, especialmente la madre de D. Mancio que vino desde el reino de Fiunga á ver á su hijo; pero él le dió tantas razones que con ellas quedó satisfecha, y otro hermano suyo que se decia D. Justo, de diez y ocho años, movido á hacer lo mismo. Y aunque este caballero tambien tuvo sus dificultades con sus deudos y parientes; pero dentro de ocho meses siguió á su hermano en el mismo estado de vida. Viendo, pues, el P. Provincial la perseverancia de estos caballeros, después de haberles dado tiempo para que lo mirasen despacio, á los 25 de Julio de 1592 recibió en la Compañía, dia del glorioso Apóstol Santiago. Comió aquel dia en casa D. Juan, señor de Amacusa y sus hermanos con estos caballeros por hacerles más fiesta, mostrándoles con palabras tiernas la envidia que tenian de su dichosa suerte. Después de la comida los llevó el Padre á su noviciado, donde los dejó con mucho consuelo y alegría de toda aquella casa.

De Amacusa partió el Padre para el puerto de

Nangasaqui, y poco después llegó la nao que venia de la China á los 19 de Agosto, en la cual se habia de volver el P. Alejandro para la India con la respuesta de su embajada. En llegando la nao al puerto, la cercaron con muchos barcos los oficiales de Iquinocami y Canganocami, porque nadie llegase á comprar lo que venia en ella, diciendo que Cambacundono habia menester para sí todo el oro que allí traian, en lo cual recibian notable agravio los portugueses y perdian mucho de su interés no dejándoles vender con libertad, porque habia muchos mercaderes de diversos reinos.

Estando las cosas en este estado, llegaron al puerto los dos gobernadores. Visitólos el Padre y procuró darles satisfaccion de lo pasado, especialmente á Iquinocami, que se daba por más agraviado, y con ningunas razones quiso satisfacerse, diciendo que ya los Padres habian acabado con Cambacundono. Comenzaron luego estos gobernadores á apretar á los del navío, en que habian de tomar ellos todo el oro, de manera que se vieron necesitados de enviar una persona en nombre de los demás á Cambacundono, quejándose de la violencia que les hacian. Enojóse mucho el tirano contra los gobernadores, cuando supo lo que pasaba en Nangasaqui, y quitóles luego el gobierno de aquel puerto, dejándole á los principales regidores del lugar que eran cristianos; y con el portugués que se habia ido á quejar envió un caballero, para que los dejasen vender libremente sus mercadurías y se informase de la culpa que habian tenido los gobernadores y sus oficiales para hacerles castigar. Tuvieron aviso desde Meaco Iquinocami y su compañero de lo que allá pasaba, y sin ser oidos ni vistos se embarcaron una noche y salieron de Nangasaqui. Y después tuvieron necesidad en Meaco de valerse de todos sus amigos para que Cambacundono los perdonase y admitiese sus disculpas.

Acabado este trabajo sucedió á los Padres otro no menor y que los puso en harto cuidado. Fué el caso que estaban en Nangasaqui algunos españoles que habian llegado á aquel puerto el año de 1590, de los cuales unos habian venido del Perú y otros de las Filipinas á sus contratos y granjerías. Entre estos habia dos más principales, y el que vino del Perú por vía de Macao habia recibido del P. Alejandro muchas obras, porque siendo sentenciado del oidor de aquella ciudad y puesto en pérdida su hacienda por algunas cosas graves que le opusieron, y habiéndole secuestrado por esta causa 6.000 ducados, compadeciéndose el P. Alejandro de él por ser extranjero, le ayudó con el capitan y oidor de Macao, de suerte que le hizo tornar su dinero dando fianzas en otra tanta cantidad de que pasaria por la sentencia que se diese en Goa, para donde habia apelado, porque pudiese ir en este tiempo á Japon y granjear con su dinero.

El otro que vino de las Filipinas era un viejo honrado que traia buena cantidad de oro y fué á dar en tierra de gentiles, donde corriera grande peligro de perderlo todo, si un Padre que estaba allí no le ayudara á ponerlo en cobro secretamente. Tuvo este hombre en el puerto de Nangasaqui algunas diferencias con los portugueses, y particularmente con el capitan de la nao. Y fué necesario que diese fianzas de 2.500 ducados de que iria por Macao cuando partiese de Japon, y así depositó esta cantida l en poder de un portugués de quien se fiaba. Sucedió que pasados algunos dias, el primero de estos dos hombres que vino del Perú tuvo otras nuevas pendencias tambien con los gentiles, y á esta causa se salió de aquel puerto y se pasó con algunos compañeros suyos á otro del reino de Sajuma. Estando allí hizo un navío (y segun él decia) le queria para hacer algunos viajes atravesados á la China y desde allí tomar su camino para el Perú. Trató de este negocio con el otro viejo que se habia quedado en Nangasaqui, el cual, sabiendo que el gobernador de las Filipinas habia escrito al de Macao contra él, avisándole cómo habia partido de aquella isla sin su licencia y sin pagar los derechos que debia, y temiendo ir á Macao por esta causa, deseaba irse en el navío que se estaba haciendo en Sajuma, ó para el Perú ó para la Nueva España.

Entendieron los portugueses de Nangasaqui lo que estos españoles concertaban, y pusieron á buen recaudo el dinero que entrambos habian depositado. Deseaban estos dos hombres cobrar su dinero para hacer su viaje, y no hallando otro medio, el uno de ellos acudió á los dos gobernadores Iquinocami y su compañero, cuando estaban disgustados con los portugueses, porque no les quisieron dar el oro que traian en su nao; el otro acudió á un capitan que se llamaba Toronozuque, que tenia sus tierras en el reino de Fingo, y era grande amigo de los dos gobernadores y enemigo de D. Agustin.

Estos tres gentiles con falsas informaciones que dieron á Cambacundono le hicieron que enviase á Nangasaqui dos caballeros para que entregasen su dinero á los castellanos, pero estos caballeros entendido el caso, declararon que el depósito estaba hecho justamente y que no tenian razon los que pedian su dinero, y que los portugueses la tenian en retenerlo y guardarlo. Viendo estos hombres que por aquel camino no

podian cobrarlo, quisieron que el P. Provincial Alejandro y los demás Padres apretaran á los portugueses para que se lo volvieran. Y porque les pareció que no tomaban el negocio con tanto calor como ellos quisieran (por parecerles á los Padres que era injusto) revolvieron contra ellos su enojo, diciendo que los habian de acusar delante de Cambacundono y decirle que aquella embajada habia sido fingida, y descubrirle quiénes eran los señores que tenian escondidos á los Padres en sus tierras. Y no fué pequeño el daño que hicieron, como en su lugar se dirá; pero á entrambos castigó nuestro Señor, porque al viejo que vino de las Filipinas le dió un aire de repente que le quitó la habla, y de esta manera estuvo cuatro meses hasta que murió. Ayudáronle los Padres todo este tiempo, y él por señas y con gemidos y lágrimas mostraba el arrepentimiento que tenia de su vida pasada y de lo que habia dicho contra ellos.

Habia hecho este buen hombre su testamento un año antes que esto le sucediese, el cual abrieron después de su muerte, y por él se echaba de ver que era hombre piadoso y bien intencionado, porque toda su hacienda, que era mucha, dejaba repartida en obras pias. Lo que sucedió á su compañero diremos adelante.

CAPÍTULO IX

De algunas cosas que nuestro Señor obraba en la cristiandad de las partes del Jimo y Meaco.

En medio de tantas tribulaciones como padecia la cristiandad en todas partes, le hacia tambien nuestro señor particulares mercedes y favores del cielo, para poderlas pasar, obrando algunas cosas maravillosas, con las cuales se animaban los cristianos y confirmaban en la fe. Porque en el reino de Omura consoló nuestro Señor aquella cristiandad, con descubrir otras dos cruces no ménos admirables que la que habia aparecido en Arima dos años antes.

Tenia un cristiano en un lugar llamado Facunda su casa junto á la iglesia, y en cierto jardin que dentro de ella tenia para su recreacion habia un árbol que en su lengua llaman caquinoqui, el cual suele llevar una fruta á modo de manzanas que despues de maduras son muy dulces y sabrosas, y se guardan todo el año como los higos en Europa. Habia dos años que este árbol no llevaba fruto, antes se iba secando, y á esta causa dijo su dueño, que se decia Matías, á un hijo suyo, que le cortase para echarle en la lumbre. Fué luego el mozo, que se decia Simon, á hacer lo que su padre le mandaba, y cortó el arbol en diversos pedazos. Sucedió, pues, que hendiendo uno de ellos se dividió aquel trozo en dos partes, y en cada una aparecieron dos cruces una sobre otra, de manera que quedaban hechas cuatro cruces, dos en cada parte, y cada una de ellas con sus brazos y pié, y título muy bien formado, y de color distinto del que tenia el mismo madero, porque todo era blanco de su naturaleza y las cruces eran negras; admirado el mozo y espantado del caso, dió aviso al padre que tenia cuidado de aquella cristiandad, y él escribió al P. Provincial que estaba en Nangasaqui, dando cuenta de todo, el cual envió luego otros Padres para que lo averiguasen con cuidado y diligencia, y se halló haber sucedido de la manera que se ha dicho.

Comenzaron los cristianos á visitar con mucha devocion estas santas cruces; pero como el concurso era tan grande y esto podia ser de inconveniente en tiempos tan alterados, pareció al rey D. Sancho y á los Padres que se evitase por entónces y las reliquias se guardasen con toda veneracion en lugar decente, para hacer la fiesta y solemnidad que merecian á su tiempo.

En el lugar de Jimabara del reino de Arima, tenia una mujer que era muy buena cristiana, una sola hija muy enferma, á quien amaba tiernamente, y viendo la poca esperanza que le daban de su vida, se puso á hacer oracion toda la noche delante de una imágen de nuestro Señor por la salud de su hija, la cual hacia lo mismo lo mejor que podia, enclavados sus ojos en otra imágen que tenia cerca de sí. Perseverando entrambas en su oracion, la imágen de la Vírgen nuestra Señora se mudó del lugar dónde estaba y se puso sobre los pechos de la doncella, con lo cual cesó toda la angustia que padecia, y llamando á su madre le dijo, cómo estaba buena y sana, y la experiencia confirmó la verdad del milagro, porque el dia siguiente se levantó con entera salud, y entrambas madre é hija fueron á la iglesia de Jimabara á dar gracias á nuestro Señor de la misericordia que con ellas habia usado.

En la isla de Jequi sucedió que se quemó una casa de un cristiano, sin quedar nada de ella por ser la casa de madera y el viento que corria muy recio. Tenia este cristiano en su oratorio una imágen de nuestra Señora, y como el fuego vino tan de repente, no pudo entrar á sacarla, lo cual sentia más que la pérdida de su casa; mas andando desvolviendo las cenizas después de pasado el fuego, halló entre ellas su imágen

sin que hubiese recibido daño alguno, con lo cual el buen hombre y los que lo supieron quedaron muy confirmados en la fe y devocion de las santas imágenes.

Cuando se destruyó la iglesia de Bungo en tiempo de la persecucion, dió el rey aquel sitio á un caballero para que edificase en él sus casas. Avisáronle algunos cristianos que mirase lo que hacia, no le castigase nuestro Señor por haber estado allí la iglesia. No hizo caso este caballero de lo que le dijeron, y después de edificadas sus casas se pasó á vivir en ellas, mas dentro de pocos dias se le murieron cinco personas. Atemorizado con esto dejó las casas y pasóse á otras aunque pareciéndole después que habia sido temor vano y cobardía, se volvió á las mismas casas; pero no habia estado en ellas un mes, cuando le mataron á un solo hijo que tenia heredero de su casa. Y con esto las desamparó de todo punto. Pasados algunos dias quiso vivir en ellas otro gentil, mas él se arrepintió presto, porque se cubrió todo de lepra. Y desde allí adelante nadie se atrevió á entrar en aquel sitio, y los cristianos y gentiles quedaron con grande estima de los lugares donde se edifican las iglesias, y se solia decir misa, viendo los castigos que nuestro Señor hacia en los que los profanaban.

Un caballero del reino de Bungo era muy dado al culto y veneracion de sus ídolos, y tenia grande número de ellos en su casa, pero cuanto más se empleaba en su servicio tantos más criados tenia atormentados por el demonio, de lo cual estaba tan escandalizado que andaba murmurando y quejándose de sus ídolos, diciendo que le pagaban mal lo que por ellos hacia, atormentándole sus criados. Dijéronle á este caballero que un cristiano llamado Lúcas sabia muchos remedios contra los demonios y que él le diria lo que habia de hacer. Dióle Lúcas un relicario para que le pusiese al cuello de los endemoniados. Y por la misericordia de nuestro Señor quedaron luego libres del tormento que padecian. Viendo aquel caballero y sus criados una cosa para ellos tan nueva y extraordinaria, llamaron á Lúcas para que les predicase la ley de Dios, y después de bien instruidos se bautizó aquel caballero y toda su casa, el cual quemó luego todos cuantos ídolos tenia.

En este mismo reino de Bungo habia otro caballero cristiano que habia sido secretario del rey Francisco y se habia bautizado, á lo que despues pareció más por darle gusto que no de su voluntad, porque muerto el rey en tiempo de la persecucion tornó á vivir como gentil sin hacer cuenta de lo que habia profesado. Tenia este caballero una hija muy buena cristiana, la cual sentia por extremo la pérdida de su padre, y pedia á nuestro Señor continuamente con lágrimas su remedio, y en las ocasiones que se le ofrecian procuraba de traerle á la memoria su obligacion. Estando un dia este caballero para ir á Meaco á cumplir ciertos votos que habia hecho á sus ídolos, púsose á escribir siendo ya de noche un memorial de lo que habia de hacer en aquel camino. Estando ocupado en esto le apareció nuestra Señora con tan grande resplandor y el rostro tan severo que le dejó turbado y como fuera de sí; acudieron los criados al ruido que su amo hizo, el cual quedó con esta vision tan arrepentido de su vida pasada, que fué de allí adelante un muy ejemplar cristiano.

En las partes del Meaco donde quedó el P. Organtino con un Hermano, no sólo confesaron y consolaron á los cristianos de aquella ciudad y de Osaca y de Sacay, sino tambien á los del reino de Mino y Boari, y de camino bautizaron más de 200 gentiles. Entre otros cristianos hallaron en el reino de Mino un caballero que se decia Luis, que fué criado de Justo Ucandono, el cual estando desterrado con su amo por ser tan buen soldado le recibió en su servicio un sobrino de Cambacundono, que era señor de aquel reino, y allí le dió 6.000 fardos de arroz de renta. Este caballero y su mujer Catalina eran como padres de los demás cristianos pobres, y remediaban sus necesidades con grande voluntad animándolos para perseverar en la fe y sufrir con paciencia sus trabajos.

En Boari estaba otro caballero llamado Silvestre que fué muy favorecido de Nobunanga y amigo de Cambacundono, cuando entrambos eran criados suyos, mas como después de la muerte de Nobunanga quedó Silvestre sirviendo á su hijo segundo, con las diferencias que tuvo Cambacundono con este príncipe hasta quitarle sus estados quedó este caballero pobre y necesitado. Pasando un dia el tirano por el reino de Boari acertó á ver á Silvestre, y acordándose cuán valeroso habia sido, viéndole tan pobre tuvo compasion de él y dióle muy buena renta en aquel reino con que pudiese vivir honradamente, y era despues el amparo de todos los cristianos del reino de Boari, haciéndoles oficio de Padre en todas las ocasiones.

Tambien dió su sobrino de Cambacundono á otros dos criados suyos cristianos que se decian Juan y Cosme, al uno 8.000 fardos y al otro 6.000 de renta en el mismo reino de Boari. Eran estos dos caballeros de los cristianos antiguos de Meaco, y cuando comenzó la persecucion de Cambacundono ellos pidieron licencia á su señor

para ir á servir á otro por no dar gusto á su tio, mas él estimando mucho su fidelidad y buen servicio no se la quiso dar, antes les mandó que se quedasen en su casa, y con la renta que después les dió favorecian tambien por su parte á los cristianos de aquel reino. El rey de Bungo deseando cumplir lo que habia prometido al P. Provincial en el puerto de Muro, envió á pedir otros dos Padres y Hermanos, los cuales anduvieron por aquel reino predicando y confesando á los cristianos, y era tanto el concurso que parecia tiempo de Jubileo ó Semana Santa. Detuviéronse estos Padres en aquella tierra hasta que el rey y los demás señores cristianos se hubieron de partir á la guerra del Coray. El mismo fruto hicieron otro Padre y Hermano que anduvieron por el reino de Amanguchi. Holgó de dar licencia para ello Morindono, rey de aquella tierra, por la amistad que tomó en el puerto de Muro con el P. Alejandro y con los caballeros japones, y porque tambien se lo pidieron unos criados suyos que eran cristianos y de los principales que tenia en su casa.

CAPÍTULO X

Del fruto que se hacia en el seminario de Fachirao y en el colegio de Amacusa, y la congregacion que hizo el P. Provincial en el puerto de Nangasaqui.

Como en este tiempo de la persecucion habian sido tantas las mudanzas, así del seminario como del colegio, no se podian tratar los ejercicios de las letras con tanta quietud y sosiego ni con tanto fruto y provecho como se deseaba, pero despues que el seminario se recogió á Fachirao y el colegio á la isla de Amacusa, con el recogimiento que habia en estos lugares se echó de ver presto el fruto, porque así los del seminario como los del colegio atendian muy de propósito á su estudio sin que nada los interrumpiese, venciendo la dificultad que sentian al principio los hermanos naturales del Japon en el estilo de la lengua latina, en la cual estaban ya tan aprovechados que podian leerla con mucha satisfaccion, y juntamente iban descubriendo su buen ingenio y habilidad para proseguir los estudios de Artes y Teología.

Para llevar adelante estos ejercicios de letras, y ayudar con más comodidad á los prójimos con los ministerios de la Compañía, hizo el Padre Provincial Alejandro que se pusiese una imprenta en aquel colegio, la cual hizo traer desde Macao por ser grande la necesidad que habia de estampar muchas cosas que tenian escritas de mano y traducirlas de japon en latin. Entre los libros que se imprimieron con este intento fué una arte latina con su declaracion en lengua de japon, y un vocabulario muy copioso en lengua latina, portuguesa y japónica con algunos otros libros; tambien se imprimieron el *Flos sanctorum* y la *Doctrina cristiana,* con una declaracion hecha por vía de diálogos; en la cual se ponian extensamente todas las cosas necesarias de nuestra santa fe, aunque después se hizo otra breve suma de toda esta doctrina en diez capítulos, los cuales se imprimieron juntamente con los quince misterios del Rosario y otras cosas breves para repartir entre los cristianos, por ser esto más necesario en tiempo que no podian los Padres predicarles tan libremente. Y por este camino no sólamente se aprovecharian los cristianos, pero los mismos hermanos naturales del Japon quedaban mejor instruidos en las cosas de nuestra santa fe, y en más breve tiempo para poder predicar á los gentiles.

Los niños del seminario fuera del ingenio y habilidad que mostraban para las letras, le descubrian tambien muy grande para otras cosas, como en tocar diversos instrumentos, tañer y cantar, y otros en el arte de pintar y abrir láminas para imprimir imágenes. Y así habia mucha confianza que habian de salir de aquel seminario muchos mozos que pudiesen adelante ser ministros de la Iglesia y sacerdotes ejemplares, porque eran muy aplicados á las cosas del culto divino. Para el dia del Nacimiento del año de 92, les mandó el P. Rector que hiciesen algun diálogo á propósito de aquella fiesta, que ayudase para celebrarla con más solemnidad; representaron con tanta devocion y ternura, que hicieron derramar muchas lágrimas á los que se hallaron presentes.

Viendo el P. Provincial que se iba ya acercando el tiempo de su partida para la India, hizo juntar en el puerto de Nangasaqui algunos de los Padres de aquella provincia que cómodamente pudieron venir para hacer allí su congregacion, y tratar antes de su partida algunas cosas importantes para el bien de la Compañía y de aquella cristiandad, y para elegir alguna persona que pudiese ir á Roma en nombre de aquella provincia á dar cuenta de toda ella y del estado de las cosas del Japon al P. General. Y así, esta fué la primera congregacion provincial que se hizo en Japon con este nombre, en la cual se hallaron trece Padres con su Provincial, que era el P. Alejandro, y en ella fué elegido por Procurador para ir á Roma el P. Gil de la Mata.

CAPÍLULO XI

Cómo Cambacundono despachó al P. Alejandro con una carta y presente para el virey de la India.

Llegándose el tiempo en que habia de despachar Cambacundono al P. Provincial Alejandro y responder á la embajada del virey de la India, como estaba tan mal informado de Iquinocami y de sus amigos, y disgustado con los Padres, escribió una carta muy soberbia y arrogante para el virey, y mandó hacer unos capítulos contra los mismos Padres, para enviárselos con ella, semejantes á los que hizo publicar cuando los desterró.

Supo esto el P. Organtino que estaba en Meaco, y dió aviso al P. Provincial de lo que pasaba, enviándole un traslado de la carta y de los capítulos. Tornóle el Padre á responder que procurase por cualquiera vía que Cambacundono no mudase aquella carta, y cuando no tuviese quien hablase por él, que el H. Juan Rodriguez, que estaba en Meaco por intérprete suyo, dijese á Cambacundono de su parte cómo habia sabido de la carta que tenia escrita para el virey, y que quedaba con mucha pena, porque en aquella forma no se le podia presentar al virey ni él se atreveria á llevarla.

Con esta ocasion anduvo el P. Organtino buscando con cuidado si habia alguno que quisiese hablar sobre este negocio á Cambacundono, y como nuestro Señor nunca falta en las mayores necesidades, movió el corazon del gobernador de Meaco, que se decia Guenifoin, el cual se ofreció de hacer todo lo que pudiese para el buen despacho, y así lo cumplió después, porque estando hablando un dia Cambacundono con este gobernador en presencia de D. Simon Condera y de otros caballeros privados suyos, le preguntó si estaban ya acabadas las piezas que habia mandado hacer para el visorey de la India. Respondió el gobernador que sí, y que no faltaba más que entregarlas á quien las habia de llevar. Dijo entónces Cambacundono: «grande sospecha tengo que esta embajada es falsa y fingida, y que los Padres me quieren engañar, y así estoy en duda enviar estas cosas al virey.» Respondióle el gobernador que era cosa muy fácil el averiguarlo, porque estaba allí el intérprete del embajador con algunos portugueses; y mandólos llamar Su Alteza y examinar sobre el caso, presto se echaria de ver si trataban verdad ó no.

Parecióle bien el consejo á Cambacundono, y mandó que los llamasen; pero antes que entrasen en su presencia quiso que el mismo gobernador y otro señor gentil los examinasen. Hiciéronlo así, y el H. Juan Rodriguez les dió muy entera satisfaccion, diciendo que la embajada habia sido tan pública, así por venir el embajador con tanta gente, y pasado por tantos reinos, y detenídose tanto tiempo en la China, y tener noticia de ella tantas personas, que no siendo verdad nadie se atreviera á hacer cosa semejante, por ser grande agravio y afrenta del virey, y que lo habia de saber luego, y que fuera de esto en Nangasaqui estaba entónces otra nao con muchos portugueses, de los cuales Su Alteza se podia informar si lo que decia era verdad ó no. Dijo estas razones el gobernador á Cambacundono, y mandó entrar al H. Juan Rodriguez, el cual tornó en su presencia á repetir las mismas razones, añadiendo que podia Su Alteza entregar el presente al embajador con toda seguridad, porque todos los portugueses sabian que le llevaba; y así no podia esconderle aunque quisiese, y que para mayor satisfaccion suya, podia mandar que quedasen en Nangasaqui como en rehenes 10 ó 12 compañeros del mismo embajador, hasta que le trujesen respuesta del virey de cómo le habia recibido.

Con esto mostró Cambacundono quedar satisfecho de que se le trataba verdad, y despues detuvo al Hermano buen rato en diversas pláticas y con rostro alegre, haciendo traer allí algunas de las piezas que enviaba al virey, para que el Hermano las viese; estando otro dia hablando Cambacundono con el gobernador y con otros señores y caballeros, preguntó el gobernador si seria bien que quedasen algunos de los compañeros del embajador en Nangasaqui por rehenes y cuántos le parecia que fuese; respondióle Guenifoin que era muy justo que quedasen 10 ó 20, y cuantos más mejor; dijo Cambacundono, lo mismo me parece á mí. Y volviendo los ojos á los demás caballeros y señores para ver lo que les parecia, todos aprobaron su determinacion por muy acertada. Muriósele por este tiempo á Cambacundono un solo hijo que tenia de tres años, de lo cual mostró grande sentimiento y poca devocion con los camis y fotoques y oraciones de los bonzos.

Estaba el gobernador Guenifoin con mucho cuidado por la carta del virey, y con buena ocasion que para ello se le ofreció, dió á entender á Cambacundono la dificultad que sentia el embajador en llevarla por el disgusto que habia de recibir el virey con ella si iba escrita en aquella forma, confirmando el gobernador esto mismo con algunas razones con las cuales se convenció Cambacundono, y mandando traer la

carta dijo que tenia razon el embajador en no llevarla, porque estaba muy rigurosa, y así la mandó tornar á escribir de nuevo, que traducida en nuestra lengua dice de esta manera:

«Señor, recibí la carta que Vuestra Señoría me envió de tierras muy apartadas, y en leyéndola me parecia ver la distancia de millares de leguas que hay por mar y por tierra, y como en ella decia Vuestra Señoría este imperio del Japon comprende más de 60 reinos y señoríos, en los cuales por el discurso del tiempo pasado hubo grandes perturbaciones y guerras, y poca paz y quietud, porque los malos y perversos se juntaron maquinando traiciones y no queriendo obedecer á los mandatos de su señor, por lo cual yo en la flor de mi edad me afligia y entristecia, y desde léjos fuí considerando el modo que habria para sujetar las gentes y gobernar bien los reinos, fundándome en tres virtudes, conviene á saber; en amorosa afabilidad, en tratar los hombres con discreta prudencia, para juzgar las cosas y en valor y esfuerzo de ánimo, con el cual sujeté á todos y gobierno ahora estos reinos teniendo compasion de los labradores que cultivan la tierra, y apremiando y castigando á los malos, y con esto restituí la paz y tranquilidad en estos reinos, y en breves años se unió la monarquía del Japon, y quedó tan fuerte como una piedra muy grande que no se puede mover; y hasta los reinos extraños y lugares remotos vinieron á darme la obediencia, y así goza ahora de una grande tranquilidad. Tambien tengo determinado de pasar á conquistar el reino de la China, no teniendo duda de sujetarlos á mi voluntad, y así llegándome más para esos reinos habrá ocasion y comodidad para comunicarnos más.

»Cuanto á los Padres, este reino del Japon es reino de camis, que es una misma cosa con el Jim, que es principio de todas las cosas, y en la observancia de las leyes de estos camis consiste toda la policía y gobierno del Japon, la cual si no se guarda, tampoco se conoce la diferencia que hay entre los señores y vasallos, y por el contrario guardándose se perfecciona la union que debe haber entre ellos y entre los padres, hijos, maridos y mujeres. Por lo cual así el gobierno interior como exterior de los hombres y de los reinos está en la observancia de esta policía.

»Los Padres vinieron á estos reinos á enseñar otra ley para salvar los hombres, mas por cuanto nosotros estamos ya fundados en estas leyes de los camis, no tenemos para qué desear de nuevo otras leyes, porque es cosa perjudicial para el reino que la gente ande mudando varias opiniones, y por esta causa tengo mandado que los Padres se vayan del Japon, y prohibido que no se promulgue más esta ley, y que ninguna persona venga de aquí adelante á predicar leyes nuevas á esta tierra. Con todo eso deseo que tengamos comunicacion, y queriendo allá tenerla, este reino está franco y limpio de ladrones por mar y tierra, y á los que vinieren con sus mercadurías doy licencia para que lo puedan hacer libremente sin que ninguno se lo impida. Recibí las cosas que me envió Vuestra Señoría en presente de esas partes así como en las suyas me decian, y yo envio otras de estos reinos con un memorial de las piezas y nombres de quien las hizo. En los demás me remito al embajador, y por eso no soy más largo. Escrita á los veinte años de la era. Tenjo á los 25 de la séptima luna.»

Con esta carta envió Cambacundono al virey dos cuerpos de armas al modo que las usan en Japon, que aunque no son tan recias como las de Europa, pero son harto curiosas y vistosas; tambien le envio una nanguinata, que es cierto género de armas que parece algo á nuestras alabardas, y un montante y una espada de las que ellos usan comunmente con otra más pequeña que sirve de daga. Todas estas piezas iban ricamente guarnecidas, aunque la mayor estima y precio que de ellas se tiene en Japon es por ser el temple muy fino y de maestros muy insignes, y valen entre ellos algunas de estas piezas 500, 1.000, 2.000 y 4.000 cruzados; y así diciendo algunos de los caballeros, que era cosa perdida enviar aquellas piezas al virey, porque allá no conocian su valor y precio, que fuera mejor enviar otras espadas comunes con ricas guarniciones, respondió que no convenia á su autoridad enviar cosa del Japon que no fuese preciosa y rica, aunque allá no la tuviesen por tal. Todas estas piezas mandó entregar Cambacundono con su carta al H. Juan Rodriguez por medio del gobernador de Meaco entrado el año de 1592, el cual escribió al P. Alejandro, que pues Cambacundono daba licencia para que algunos de sus compañeros quedasen en el puerto de Nangasaqui, procurasen que no hiciesen ruido ni estruendo, y que él procuraria de favorecerlos en todas las ocasiones que se ofreciese si lo hacian así.

CAPÍTULO XII

Cómo Cambacundono se determinó de conquistar la China, y los motivos que tuvo para ello y apercibimiento que hizo para la jornada.

Desde que este tirano puso debajo de su obediencia toda la monarquía del Japon, siempre fué con designio de aventajarse á todos los em-

peradores y monarquías que habian precedido, para quedar con esto venerado y adorado por uno de sus camis y por el más principal de los que hubiese habido en Japon, porque los camis á quien ellos adoraban por dioses fueron señores de aquel imperio y muy señalados en las cosas de la guerra. Para llevar adelante este tirano sus trazas, no contento con todo lo que habia hecho, buscó otros nuevos medios para que ninguno de sus antepasados le hiciese ventaja y él la hiciese á todos. Entre estos fueron cuatro los más principales que iremos apuntando en este capítulo y el siguiente. El primero fué escribir al gobernador de las Filipinas una carta muy arrogante y soberbia, para que le diese luego la obediencia y pagase tributo, amenazándole que si no lo hacia, enviaria su gente para que la destruyese. La carta que escribió al gobernador de las Filipinas traducida en nuestra lengua dice así:

«Este mi imperio del Japon hará más de cien años que andaba continuamente en guerras y contiendas, y así los pareceres y leyes de todos los japones eran disconformes entre sí. Estando el Japon en este estado, llegó la hora en que yo habia de salir al mundo y ser señor de esta monarquía con señales evidentes que hubo en mi nacimiento, y así desde mi mocedad comencé luego á ser señor de algunos reinos, y en obra de diez años no ha quedado ninguno que no se sujetase á mi obediencia, y ahora tengo determinado de conquistar el reino de la China, mas esto no entendais que es obra mia, sino que viene de los altos cielos. Los de esa tierra, como sabeis, no me han dado la obediencia, por lo cual estaba determinado de enviar luego allá mi ejército á destruir ese reino; mas porque Faranda, que por vía de mercancía va y viene á esos reinos, dijo á mi privado Fiujigaria que importaba enviar yo alguna embarcacion del Japon, y que él iria á esas islas y que sin duda me darian luego la obediencia y me pagarian tributo, y esto es conforme á un dicho de los antiguos sabios del Japon ser dignos de grande loor, los señores que sin saber de sus tierras adquirian nuevos reinos y provincias; por esta causa como fuí informado de este hombre, aunque bajo é indigno de crédito, no quise enviar mis capitanes, mas determino esta primera que viene ir al reino de Frigen y hacer allí cortes.

»Y, por tanto, sin tardanza alguna abatid luego la bandera y reconoced mi señorío, porque si no viniéredes luego á hacerme reverencia, y postraros delante de mi, pecho por tierra, sin duda os haré destruir y asolar, y mirad que después no os arrepintais. No soy en esta más largo. A los diez y nueve años del Tenjo.»

Esta es la copia de la carta que escribió este tirano á las Filipinas el año de 1591, y en su lugar diremos lo que de ella resultó.

El segundo medio que tomó este tirano fué escribir otra carta al rey de la China, que en sustancia debia de ser la misma, de que le diesen la obediencia y pagasen tributo, y amenazándoles con la guerra si no lo hacian. Dos fines tuvo este tirano en la conquista de la China. El primero, hacer lo que ninguno de sus antepasados habia hecho ni pensado. El segundo, que si salia con ello, pensaba dejar en aquel reino á todos los reyes, señores y caballeros cristianos y á sus vasallos, dándoles tierras allá en que viviesen para que no le fuesen impedimento en Japon á sus intentos y designios, ni tuviese quien le hiciese resistencia, ó por lo ménos, enviándolos á la conquista de aquel reino, muriesen allá todos ó la mayor parte de ellos.

En respuesta de la carta que escribió á la China vino un embajador de aquel reino al Meaco, poco antes que el P. Provincial Alejandro llegase con su embajada á aquella ciudad, y á lo que después pareció, no fué la respuesta tan á gusto del tirano, porque al principio del año de 92, cuando los señores del Japon fueron á darle la obediencia como tenian de costumbre, les dijo con última resolucion, cómo su voluntad era de conquistar la China y ponerla debajo de su obediencia, y que si alguno le ponia dificultad en este negocio, le mandaria matar luego. Vista su determinacion tan resoluta, aunque todos aquellos señores y reyes sentian muchas y grandes dificultades en salir bien de aquella empresa, ninguno se atrevió á replicar, antes por darle gusto y contento, se la aprobaron y alabaron.

Hizo luego Cambacundono lista y memorial de todos los señores del Japon que habian de ir en esta guerra, y el número de gente que cada uno habia de llevar, y para los nueve reinos de las partes del Jimo señaló cuatro capitanes, los dos eran cristianos y los dos gentiles. Los cristianos fueron D. Agustin, su Capitan general de la mar. El segundo Cainocami, hijo de D. Simon Condera, rey de Buigen. Los gentiles fueron Toronozuque, enemigo de D. Agustin, que tenia sus tierras en el reino de Fingo. El segundo fué Iquinocami, que tambien era enemigo de los dos capitanes cristianos. Mas fué particular providencia de nuestro Señor, que en el repartimiento de la gente que hizo Cambacundono cupiesen á D. Agustin y al hijo del rey de Buigen, casi todos los señores y caballeros cristianos que habia en aquellos reinos; porque en el ejército de D. Agustin iban los reyes de Arima, Omura

y el de Ceujima, y el de Firando y el de Goto; y aunque estos dos eran gentiles tenian muchos cristianos en sus tierras. Tambien iba con ellos D. Juan, señor de Amacusa, con todos los demás señores y caballeros de aquellas islas. Iban en este ejército de D. Agustin más de 20.000 hombres de pelea, sin otros tantos que iban como marineros y gente de servicio.

Con el segundo capitan hijo del rey de Buigen, mozo de veintitres años, iban el rey de Bungo y D. Paulo, y su tio con otros muchos señores y la mayor parte de los cristianos de aquel reino, que con estos y los que iban del reino de Canga, serian otros tantos como los que llevaba D. Agustin en su campo. Con el capitan Toronozuque iba el hijo de Riozogi con 8.000 hombres, y en compañía de Iquinocami el rey de Sajuma con otra tanta gente; y aunque estos capitanes eran inferiores en renta y dignidad á los reyes y señores que llevaban debajo de su bandera, en mandándolo Cambacundono, ninguno hubo que le replicase ni pusiese dificultad, y lo que más admiracion causó fué señalar por principal de esta conquista á D. Agustin, para que él fuese el primero que la comenzase y entrase en el Coray, y los demás capitanes esperasen en la isla de Ceujima el aviso que él les diese para caminar con su gente, que fué hacerle capitan general de todos los demás, y que se hubiesen de gobernar con su órden y parecer.

Fuera de este repartimiento de los cuatro capitanes, mandó á todos los demás señores del Japon, para que cierto dia acudiesen con sus gentes, porque habian de ir en su compañía, y conforme al memorial y lista que hizo de la gente que se habia de hallar en esta conquista, venian á ser 300.000 hombres, y los 200.000 eran todos soldados de pelea.

Tuvo mucha dificultad Cambacundono por dónde habia de comenzar la conquista de la China, y despues de muchas consultas se resolvió que fuese por el Coray, porque este reino se continuaba con la China, que sólamente se dividen con un rio de tres leguas en ancho, y al Coray podíase ir con facilidad desde la isla de Ceujima, y con esto la navegacion seria breve y se quitaba la mayor de las dificultades que los japones sentian para hacer esta jornada. Porque como sus navíos son pequeños, si hubieran de atravesar con ellos por mar todo lo que hay desde el Japon á la China, fuera ponerse á manifiesto peligro; pero habiendo de ir lo primero á Ceujima, que está como 30 leguas del Japon, quedaba desde allí poco camino para el Coray, y podia hacerse con más facilidad. Ayudaron mucho para esta determinacion los avisos y consejos que dió el rey de Ceujima, casado con hija de D. Agustin, porque desde su reino van cada año al Coray más de 300 mercaderes, y así tenia más particular noticia de aquella tierra que ninguno.

Con esta resolucion sabiendo que en el reino de Figen, en las tierras de un hermano del rey D. Protasio habia un puerto que se decia Nangoya, muy capaz y hermoso, donde podian estar con seguridad los navíos, aunque fuesen muchos, mandó que para cierto dia todos estuviesen allí con sus gentes, y los apercibimientos necesarios para la guerra, y para su misma persona hizo que edificasen en aquel puerto unos palacios, porque pensaba estar allí algunos dias y ver cómo les sucedia á sus capitanes la entrada del Coray.

CAPÍTULO XIII

De la fiesta que hizo Cambacundono á los señores del Japon antes de partir al Coray, y cómo renunció el gobierno de sus estados en un sobrino suyo.

El tercero medio que buscó Cambacundono para extender su fama y nombre, fué hacer una solemnísima caza y fiesta á los señores del Japon, porque antiguamente hubo un Cubuzama que hizo otra cosa semejante, y fué tan celebrada entre sus autores, que duraba hasta entónces la memoria de ella. Y para que de todo punto quedase olvidada aquella fiesta y la memoria del Cubuzama antiguo que la hizo, determinó él hacer otra segunda que hiciese ventaja á la primera, para la cual convidó á todos los reyes y señores que habian venido á darle la obediencia, y con este acompañamiento partió para el reino de Boari, donde habia de ser la fiesta, y para ella llevaron grande número de azores y halcones de diversas suertes, que son muy estimados en Japon. Como todos los señores procuraban tenerle contento y darle gusto, hicieron para esta jornada mil invenciones, así en los vestidos de sus personas, como en los jaeces y aderezos de sus caballos. Hizo tambien Cambacundono esta fiesta por divertir á los que habian de ir en aquella guerra, de que no estuviesen pensando en las dificultades que cada dia se les iban ofreciendo, que aunque nadie se lo osaba decir, pero él lo entendia bien. Sucedióle aquella caza tan felizmente, que dicen tomó más de 30.000 pájaros muy grandes y hermosos y muy estimados en sus convites.

Estando para volverse al Meaco, donde pensaba entrar con grande majestad, llegó á Boari su sobrino Daynangandono, que venia de paci-

ficar un reino donde su tio lo habia enviado con buen ejército y lo habia hecho con grande valor y destreza. Desde el reino de Boari partió Cambacundono para el Meaco con grandísimo acompañamiento y autoridad, la cual quiso mostrar más en particular á la entrada de la ciudad, que fué con este órden. Llevaba delante 15.000 ó 20.000 pájaros de los que habia tomado en aquella caza. Puestos en las puntas de unas cañas doradas, las cuales llevaban algunos hombres con buenas libreas; detrás de ellos iban los azores y halcones; seguíanse luego veinte caballos del diestro con ricos jaeces, y tras ellos dos literas de mucho precio y valor. Junto á Cambacundono iban dos caballeros que en dignidad y estado eran los mayores del Japon, entrambos á pié delante del tirano, y llevando cada uno asidos de una cadena los lebreles que habian servido en aquella caza, que no causó pequeña admiracion ver cómo Cambacundono queria representar su grandeza y majestad á costa de la honra de aquellos señores tan principales, el cual venia dentro de una litera que toda estaba guarnecida de plata con mil labores, y detrás de él todos los demás señores y caballeros con otra infinita gente que habia concurrido á ver aquella entrada.

Llegado á la ciudad de Meaco para mostrar más su arrogancia y soberbia, y que toda la monarquía del Japon era poco para satisfacer á su ambicion, trató de renunciarla y el gobierno de todos aquellos reinos en un sobrino suyo, entre tanto que volvia de conquistar la China. Antes de hacer esta renunciacion llamó un dia aparte al sobrino y dióle los avisos siguientes:

«El primero, que procurase ser muy blando, clemente y muy misericordioso con sus vasallos. Lo segundo, que tratase con todos verdad y fidelidad y fuese recto, entero y maduro en sus determinaciones. Lo tercero, que pues su oficio era de tanta autoridad y dignidad, se guardase de algunas liviandades que podian desdorar mucho su grandeza. Lo cuarto, que profesase grande ejercicio é inteligencia en las cosas de la guerra, de manera que cuando fuese necesario le hallasen el primero para hacer rostro á los enemigos, porque le temiesen y respetasen todos. Díjole últimamente estas palabras: Aunque en estos avisos precedentes debeis hacer todo lo posible por imitarme, pero no quiero que lo hagais en algunos vicios y faltas que en mí conozco, porque como vine á la alteza en que ahora estoy de muy bajo estado, hanme quedado algunos resabios malos que aún no he desechado, porque como fuí creciendo y descuidándome, se han apoderado de mí demasiadamente; y así, querria no hiciesen en vos la misma impresion.»

Este fué el razonamiento que este tirano hizo á su sobrino, que por ser tan cuerdo y que parece no se pudiera pedir más, á quien tuviera entero conocimiento de la verdad, le he puesto aquí tan en particular.

Dentro de pocos dias traspasó el Dayri la dignidad del Cambacundono en el sobrino de este tirano, porque es propio oficio del Dayri y el tio tomó para sí nombre de Taicosama, que quiere decir grande y supremo señor; y así los llamaremos de aquí adelante para quitar confusion, al sobrino con nombre de Cambacundono y al tio de Taicosama. Renunció juntamente el tio en su sobrino, el gobierno de los reinos del Japon y de los que propiamente se llaman la Tenza; pero como en todas estas cosas no pretendia este tirano más que dejar nombre y fama de sí, aunque puso á su sobrino en tan grande dignidad y estado, en efecto, poco más le dejó que el nombre, porque él se lo mandaba y gobernaba todo como de antes, quedándose con el título de grande y supremo señor. Pero para mostrar que hacia algo por el sobrino, dióle renta muy bastante para que pudiese representar su dignidad, y dejóle para su vivienda los palacios y fortaleza que habia edificado poco antes en aquella grande ciudad de Meaco, y determinó edificar para sí otra nueva ciudad y nuevos palacios y fortaleza que hiciesen ventaja á todos los edificios que hasta entónces habia hecho en la ciudad de Osaca y en otras partes.

Y para esto escogió un lugar que se decia Fugimi, legua y media de Meaco; y antes de partir para Nangoya dejó hecha la traza así de la ciudad como de los palacios y fortaleza, y comenzado el edificio de todo ello, que no era pequeña señal de la poca voluntad que llevaba de pasar al Coray y á la China, aunque él publicaba y daba á entender que habia de ser el primero para animar á los demás. Y era menester todo segun las grandes dificultades que cada dia sentian los reyes y señores y caballeros del Japon, en haber de dejar sus casas y reinos, hijos y mujeres, y haber de ir á tierras extrañas, siendo la victoria tan incierta y la vuelta tan dudosa. Y si como los ánimos estaban dispuestos hubiera quien levantara bandera contra Taicosama, era muy probable que se le rebelaran todos antes que pasar á la China. Pero era tanto el respeto y temor que todos le tenian, que bastó solo él á allanar estas dificultades, de manera que ninguno osó mostrar el sentimiento de su corazon, antes sacando fuerzas de flaqueza y mostrando buen ánimo, se partieron todos á sus tierras para

estar á punto en el puerto de Nangoya, para cuando Taicosama llegase allá.

Los primeros que se aprestaron para esta jornada fueron los cuatro capitanes que estaban señalados, y entre ellos D. Agustin, á quien tocaba el comenzar la conquista del Coray, lo cual fué una nueva ocasion de afliccion y desconsuelo para todos los Padres y cristianos del Jimo, viendo que los primeros que se ponian en aquel riesgo y peligro eran los reyes, señores y caballeros que iban con D. Agustin; y que si las cosas no sucedian bien, ellos quedaban perdidos, y sus casas y toda aquella cristiandad destruida. Y á esta causa se hacia continua oracion y muchas penitencias en los reinos de Arima y Omura y en las demás partes donde habia cristianos, porque nuestro Señor diese buen fin á estos trabajos.

Los reyes de Arima y Omura y los otros señores cristianos antes de partir para el Coray, dejaron en sus tierras el órden que les pareció necesario para cualquier suceso, y cada uno en particular dispuso las cosas de su alma y conciencia, como si hubieran de morir en aquella jornada, y con esto partieron todos en compañía de D. Agustin al puerto de Nangoya, donde se embarcaron para la isla de Ceujima, porque el rey y señor de ella, que era yerno de D. Agustin, casado con su hija, los estaba esperando y habia de ir con ellos.

CAPÍTULO XIV

Cómo D. Agustin y su gente comenzaron la conquista del Coray, y las victorias que tuvieron.

Para que se entienda mejor lo que toca á la conquista de este reino del Coray, será necesario decir primero las calidades de la gente, conforme á la relacion más cierta que de ello tuvo Taicosama. El reino del Coray está como 80 leguas de Firando hacia el norte, y confina esta gente con tres naciones; por la parte del poniente con los chinas, á quien pagan tributo cada año; y sólamente los divide un rio que tiene tres leguas de ancho; por la del norte y nordeste con los tártaros y con los orancais, con los cuales suelen tener muchos encuentros y refriegas; y pocos años antes que fuesen los japones á este reino, se habian confederado los orancais con los tártaros para hacer guerra á los corais, los cuales pelearon tan valerosamente, que dándoles una batalla campal quedaron vencidos los tártaros y orancais de los corais.

Tiene este reino una isla llamada Coraisan, en la cual hay muy grandes sierras y ásperas montañas; pero en la tierra firme del Coray, que comunmente es llana, se coge mucho arroz, trigo y frutas, como peras, manzanas, higos y castañas, y grande abundancia de miel. Tambien hacen los corais piezas de seda, pero lo más ordinario es de lino y algodon. Dicen que la tierra adentro hay minas de oro y plata y se crian muchos y hermosos caballos, vacas y tigres, y otros diversos animales fieros. La gente es dócil y de buen ingenio, y comunmente blanca, de grandes fuerzas y diestra en tirar con flechas. Sus embarcaciones son fuertes y en ellas traen algunos ingenios de fuego que arrojan á los enemigos con quien pelean. Tambien usan cierta manera de tiros gruesos de hierro con los cuales arrojan flechas tan gruesas como la pierna de un hombre, con su punta de hierro muy aguda. Las demás armas ordinarias son flacas, especialmente las espadas, que son cortas y delgadas, aunque tambien usan de alabardas, y las menean diestramente; son animosos, y así los temen los chinas.

Tienen su rey natural muy servido y respetado de todos, y vive de ordinario en la principal ciudad de aquel reino, donde tiene muy ricos y hermosos palacios. Las casas de las ciudades de ordinario están cubiertas de teja y la gente principal las suelen tener abrigadas por de dentro con esteras de varias y hermosas labores, porque la tierra es muy fria y en algunas partes usan en invierno de estufas. Hay en aquel reino algunas fortalezas, aunque no muy pertrechadas ni fortificadas de gente ni de municiones, si no son las que están en frontera del Japon. Tienen grande recato en la guarda de su reino, y no admiten comercio de gente extranjera, si no son á los mercaderes de la isla de Ceujima, y aunque Taicosama les pidió paso por su reino para entrar en la China, nunca se le quisieron dar, y por eso se determinó á hacerles guerra.

Partió, pues, D. Agustin con su gente toda de la isla de Ceujima al principio del verano de 1592, y con próspero viento que tuvo tomó tierra en un puerto del Coray, junto á la fortaleza de Fusancay, que era una de las buenas que tenia aquel reino, porque habia dentro más de 300 casas y más de 6.000 soldados de guarnicion, sin otra mucha gente que habia acudido de los lugares comarcanos á defenderla. Estaba todo el camino desde el puerto hasta la fortaleza y alrededor de ella sembrado de abrojos de hierro, y los fosos con más de un estado de agua. Tambien tenian dentro más de 2.000 tiros de bronce, aunque pequeños, que unos disparaban pelotas y otros flechas. Todos los soldados estaban armados con unos como coseletes de cue-

ro muy recio con arcos y flechas, y otros con alabardas y sus espadas ceñidas. Fuése acercando D. Agustin con su campo hácia la fortaleza, y desde allí envió un recaudo al capitan que se la entregase, ofreciendo el perdon de las vidas á él y á los que estaban dentro. Riéronse los corais del recaudo, y respondiéronle que esperase entre tanto que avisaban á su rey, para ver si gustaba de que se la entregasen. Disimuló D. Agustin con la respuesta, y sin dar muestra de lo que pensaba hacer, apercibió aquella noche toda su gente para dar el primer asalto antes que fuese de dia. Comenzóle á las cuatro de la mañana y duró más de tres horas, y aunque los corais resistieron valerosamente, al fin los japones entraron por fuerza, habiendo muerto al capitan y la mayor parte de los soldados que estaban dentro.

Detúvose el ejército aquel dia y el siguiente descansando, y al cuarto partió de allí hácia otra fortaleza mayor y mejor que la pasada, que se decia Foquinangui, y estaba tres leguas más adelante. Tenian puesta los del Coray su confianza en esta fortaleza, y así tenian en ella para su defensa 20.000 hombres de pelea, que todos eran escogidos, y la muralla de cantería muy alta. Viendo D. Agustin que los enemigos eran tantos, escogió otros 10.000 hombres de pelea de los marineros y gente de servicio que traia, que serian todos como 30.000. Con esta gente llegó á vista de la fortaleza poco antes de mediodia, y aunque los corais estaban con grande ánimo para defenderla, pero los japones le traian doblado con la victoria pasada, y así arremetieron con tan buen denuedo, que aprovechándose de las escalas que llevaban, comenzaron á subir por las murallas y entrar en la fortaleza, siendo el primero de todos el capitan general D. Agustin. Trabóse dentro una muy reñida refriega que duró más de tres horas, y murieron en ellas más de 5.000 corais, y solos 100 de los japones, aunque quedaron heridos más de 400. Entre los que allí murieron, fué el capitan de la misma fortaleza, mozo de veintidos años y muy animoso, que estaba casado con una sobrina del rey del Coray. Habia en esta fortaleza diez y seis salas grandes llenas de arroz, trigo y cebada, arcos, flechas, lanzas y capacetes y mucha cantidad de barriles de pólvora y pelotas de hierro colado, y seis piezas buenas de artillería, sin otra cantidad de caballos y bueyes é instrumentos de guerra.

Detúvose en ella D. Agustin con todo su ejército dos dias para descansar y curar los heridos, y luego prosiguió su camino para otras cinco fortalezas en que habia gente de guarnicion, pero teniendo aviso los que estaban en ellas de lo que habia pasado en las dos primeras, no se atrevieron á esperar al ejército que venia, y así las tomaron sin ninguna dificultad. Viendo D. Agustin que los corais le iban cobrando miedo, y que nuestro Señor le favorecia, quiso proseguir la victoria que habia comenzado y caminar derecho á la principal ciudad del Coray, donde residia el rey, y aunque parecia temeridad entrarse tanto por la tierra adentro, sin que llegasen primero los tres capitanes que estaban detenidos con su gente en Ceujima esperando su aviso, pero su ánimo y valor era tan grande, que le pareció bastaba él solo para ello, y con esta resolucion comenzó á marchar con todo su ejército.

Estando tres jornadas de la ciudad principal, le salieron al encuentro más de otros 20.000 corais, á los cuales dió batalla en un espacioso campo y los desbarató y venció de todo punto, dejando muertos más de 3.000 de ellos, y los demás se le acogieron huyendo á unos espesos bosques, y por ser ya noche no pudo seguirlos. Desde aquí despachó D. Agustin uno de sus capitanes para que fuese á dar cuenta á Taicosama de lo que habia hecho y del estado en que tenia los negocios de aquel reino.

CAPÍTULO XV

Cómo llegó Taicosama á Nangoya con toda su gente, y tuvo allí aviso de lo que pasaba en el Coray.

Despues de haber Taicosama dado órden desde el Meaco en los negocios de aquella guerra, partió con toda la demás gente para el puerto de Nangoya (por el mes de Setiembre de 1592) que no parecia sino una muy principal y hermosa ciudad, con los muchos edificios y casas que se habian hecho por su mandado para los que allí se habian de juntar, que segun la voz comun de todos, pasaron de 200.000 hombres.

Estando un dia hablando Taicosama en los negocios de la guerra con sus caballeros y capitanes, vinieron á tratar de Justo Ucandono algunos amigos suyos que se hallaron presentes, alabando su valor y esfuerzo, y como ninguno le conocia mejor que el mismo tirano Taicosama, dijo que tenian razon y que se le llamasen luego, porque le queria ver. Vino Justo y recibióle con palabras amorosas diciendo que habia mucho tiempo que no le habia visto, y para mostrar su buena voluntad, le convidó en compañía de otros dos grandes señores á su Canzuqui, donde no entraban sino muy grandes señores ó

muy familiares suyos. Con este favor que todos estimaron en mucho, se acabó el destierro de Justo Ucandono y volvió en la gracia y amistad de Taicosama, aunque él como muy prudente y cristiano se fué retirando de su familiaridad con discrecion y recato, por no ponerse á otro peligro como el pasado.

No fué pequeña la afliccion de todos los Padres y cristiandad del Jimo viendo que tenian tan cerca de sí aquel tirano y que estaban en el Coray todos los señores y caballeros de aquella tierra que eran su amparo y defensa. Mandó entónces el P. Provincial que aún se estaba en el puerto de Nangasaqui, que se recogiesen allí los Padres que estaban en el reino de Firando y Omura, para que á título de compañeros del embajador pudiesen estar más disimulados. Tambien dió órden en que se pusiesen algunos cristianos y hombres virtuosos en las casas é iglesias de Arima y Omura, para que las guardasen y morasen en ellas y no se echase de ver que habia Padres en aquella tierra, y los que quedaban en ella anduviesen con grande recato, porque no diesen los gentiles nuevas quejas á Taicosama. Y porque todos los gobernadores de aquellos reinos del Jimo que habian quedado en lugar de los señores que estaban en el Coray, iban á dar el parabien de su venida á Taicosama, pareció al P. Provincial que era razon enviarle él tambien á visitar con el H. Juan Rodriguez, su intérprete, en compañía del capitan de la nao Roque de Melo, y para que juntamente le diese razon de no haberse partido de Nangasaqui con sus despachos para el virey, porque con las revueltas de la guerra del Coray no habia podido despachar la nao sus mercadurías. Esta diligencia hizo el Padre por consejo y aviso que tuvo desde Nangoya, de los caballeros y señores cristianos que allí habia.

Recibió Taicosama al capitan y al H. Juan Rodriguez muy bien, y mostró quedar satisfecho de la causa porque se detenian en el puerto de Nangasaqui. Preguntóle al Hermano si le habian contentado al P. Alejandro las piezas que enviaba al virey. Respondióle que á él y á los portugueses habian parecido de mucho valor y estima. Queriéndose despedir el capitan para volverse á Nangasaqui, dijo al Hermano que se quedase allí en el puerto de Nangoya, y pues habian de estar en Nangasaqui algunos compañeros del embajador, fuese uno de ellos el mismo Hermano, y residiese en Meaco para que le visitase algunas veces.

Entre tanto que D. Agustin iba entrando con tanta pujanza por el reino del Coray, los dos capitanes gentiles Toronczuque é Iquinocami, que eran sus enemigos y estaban detenidos en Ceujima con su gente esperando que los llamase, deshaciéndose con envidia oyendo las victorias que cada dia alcanzaba de los corais, escribieron á sus amigos que andaban al lado de Taicosama para que le diesen mil quejas de D. Agustin, diciendo que los detenia en aquella isla contra su órden y mandato y poniendo la gente que él llevaba en tan manifiesto peligro por quererse llevar él solo la honra de aquella victoria. Los amigos de estos capitanes dieron estas quejas á Taicosama, y ellos la supieron pintar de tal manera que se enojó grandemente contra D. Agustin, y envió á mandar que luego partiesen de Ceujima los capitanes que allí estaban detenidos y entrasen apriesa en el Coray.

Estas quejas dieron á Taicosama viniendo de camino desde Meaco para Nangoya, mas como nuestro Señor tiene siempre cuidado de volver por los suyos, pocos dias después de haber llegado al puerto, estando hablando un dia con muchos señores y caballeros de su ejército y con mucho disgusto contra D. Agustin, entró el capitan que él mismo enviaba desde el Coray con su carta, la cual mandó leer allí publicamente delante de todos, y decia asi:

«Humildemente ofrezco esta á los 13 y 17 de la luna. Escribí á Vuestra Alteza de mi llegada al Coray, y le envié un mapa y descripcion de esta tierra. Tambien escribí á Vuestra Alteza cómo á los 24 de la cuarta luna, en frente de una fortaleza nos salió al encuentro un grueso ejército de 20.000 hombres que venian de la principal ciudad del Coray, y entre ellos 30 personas de calidad por capitanes.

Determiné de darles luego la batalla y en breve tiempo los desbaraté con muerte de su capitan general y de más de 3 000 hombres, y los que quedaron se fueron huyendo á unos bosques, y por ser ya noche, no fuí en su alcance. Cautivé muchos, y entre ellos uno que servia de lengua y sabia hablar japon, el cual enviaba el rey del Coray para que sucediéndole mal á los suyos, me ofreciese de su parte que iria en la delantera con un grueso ejército de su reino por guía de la entrada que pretendemos de la China, y que nos ayudaria en todo; y por cuanto Vuestra Alteza me tenia mandado que si me pidiese perdon se lo concediese, le torné á enviar la misma lengua con ciertos apuntamientos y condiciones, con promesa que volveria dentro de tres dias y traeria consigo otras dos ó tres personas muy principales, para concluir esto conforme á la respuesta de su rey, y aunque me pidió que le aguardase, con todo eso me voy acercando más con el ejército á su principal ciudad.

»Hoy que son 25 de la luna, llegué á una fortaleza, la cual hallé desamparada, y me parto luego para otra que está siete leguas de esta, y desde allí hay 20 á la ciudad principal donde reside el rey. Mañana llegaré á este lugar donde dije al intérprete que le aguardaria. Entrar en la ciudad principal y destruirla seráme fácil, mas si el rey enviaba á Vuestra Alteza embajador, y se ofrece de dar paso y ser guía para la China; por este respeto deseo no hacerle mal, mas si Vuestra Alteza manda que le destruya, lo haré sin tener respeto á cosa alguna. Y si todavía hubiere algun inconveniente, estoy determinado de dar cabo de él, de la manera que pudiere, y dentro de cinco ó seis dias concluir con su ciudad principal de todo lo cual avisaré á Vuestra Alteza.»

Leida esta carta y las buenas nuevas que en ella venian, fué tan grande la alegría de Taicosama, y quedó tan satisfecho de D. Agustin, que dijo grandes encarecimientos de su mucho valos y prudencia, afirmando que en todo Japon no habia capitan tan valeroso; y para mostrar la estima que tenia de sus hazañas, añadió estas palabras: «Yo conquisté á Japon poco ha, teniendo poder y sabiendo con quien peleaba, mas D. Agustin atrevióse á entrar en tierras extrañas con muy poca gente; y ha sujetado en tan poco tiempo un reino tan grande como es el de Coray, y alcanzado tan señaladas victorias, y por eso pienso de hacerle el mayor señor del Japon, y darle muchos reinos, y ahora me parece que he tornado á cobrar mi hijo; y cualquiera que de aquí adelante se atreviere á decirme mal de las cosas de D. Agustin, le tengo de castigar rigurosamente, y lo mismo á cualquiera que tuviere disgusto con él, ó riñas con su gente, sin tener cuenta si tienen razon ó no » Con estas palabras de Taicosama ninguno se atrevió de allí adelante á hablar mal de las cosas de D. Agustin, sabiendo el disgusto que habian de dar con ello á este tirano.

CAPÍTULO XVI

Cómo D. Agustin echó al rey de Coray de su propio reino, y la envidia que de esto tuvieron sus propios enemigos.

Con el órden que tuvieron de Taicosama los capitanes que estaban en Ceujima, se dieron grande priesa á pasar al Coray, especialmente Toronozuque, que deseaba sumamente coger la delantera á D. Agustin, y llevarse la honra de sus victorias. Caminó á mucha priesa con su gente hasta encontrar con la vanguardia de D. Agustin, y queriendo pasar adelante se lo impidió el capitan que tenia cuidado de aquella gente, que era muy valeroso soldado, y le dijo que no era justo, pues ellos hasta entónces no habian trabajado ni peleado les quisiesen quitar ahora de entre las manos el fruto de sus trabajos; y que bien sabian que sin expreso órden de su capitan D. Agustin, no podian dar un paso. Con esto se detuvieron Toronozuque y su gente, y pasó la de D. Agustin hasta donde estaba todo el ejército, quedándose Toronozuque atrás.

Esperaba D. Agustin el intérprete que habia ido á traer la respuesta del rey del Coray, y cuando pensó que venian á tratar de los conciertos le salieron al encuentro más de 70.000 hombres que enviaba el rey contra él, que casi todos eran gente de á caballo, y la más noble y lucida de aquel reino. Halláronse harto confusos los japones viendo la ventaja que les hacian los corais, pero D. Agustin no por eso perdió el ánimo, antes como valeroso capitan comenzó á esforzar su gente, con muchas y muy eficaces razones, para que luego les diesen la batalla y no sintiesen en ellos los corais alguna cobardía, porque con eso cobrarian doblado ánimo y brío.

Acabado este razonamiento, los puso á punto y en órden para la batalla, mandando que ningun capitan alzase bandera hasta que él hiciese cierta señal. Los contrarios, como eran tantos, pusieron tambien su gente en forma de media luna para coger en medio á los japones. Fuéronse acercando los unos á los otros hasta que siendo tiempo hizo D. Agustin señal, y alzando todos los capitanes sus banderas arremetieron con tanto valor y esfuerzo que los corais comenzaron á sentir su daño; mas tornando á rehacerse por dos veces revolvieron sobre los japones, los cuales viendo que en aquella batalla aventuraban todo lo que habian ganado hasta entónces y que peleaban por la vida y por la honra, cobraron tanto coraje é hicieron tanto estrago en los corais, que sin poder resistir á los que apellidaban victoria, dieron á huir cada uno por su parte quedando muertos en el campo más de 8.000 sin otra grande cantidad de los que se ahogaron en un rio, huyendo de los japones que los iban siguiendo. Prendió en esta batalla su hermano de D. Agustin que era mozo de veintidos años y se decia D. Luis, á uno de los mayores capitanes de aquel ejército y de los más nobles del Coray.

Sabida en la ciudad principal donde el rey estaba la rota de su ejército y victoria de los japones y que no estaban más que veinte leguas,

perdida la esperanza de poderlos resistir se determinó el rey de pasarse á la China con sus parientes y los demás que le quisiesen seguir, y porque los enemigos no se aprovechasen de lo que habia en la ciudad, mandó poner fuego á sus palacios y á todos los alholies y casas á donde habia recogidos mantenimientos.

Alcanzada esta victoria quedó Toronozuque admirado del valor de D. Agustin y de toda su gente, y cuanto más veia sus victorias se deshacia con mayor envidia; y porque le cupiese alguna parte de ellas le envió á pedir que dejase ir su gente con la del mismo D. Agustin, para que pudiesen decir despues á Taicosama que habian entrado juntos á tomar la ciudad principal, mas viendo D. Agustin cuán mal lo habia hecho en haberse estado quedo y no haberle socorrido en tiempo de tan grande peligro, él le respondió que no se podia hacer aquello, porque él traia órden de Taicosama de que su gente fuese siempre delante.

Oyendo esto Toronozuque, partió aquella noche secretamente para coger la delantera á D. Agustin y entrar primero en la ciudad; mas como D. Agustin se recelaba siempre de él y de sus intentos, teniendo aviso de lo que pasaba partió á la misma hora aunque como tenia mejores guías y que sabian mejor la tierra, llegó antes que Toronozuque á la ciudad, y escalando los muros por estar cerradas todas las puertas que eran de hierro, la entró sin resistencia alguna y mandó poner luego todas sus banderas por las murallas y pregonar que ningun soldado hiciese mal á la gente, porque chicos y grandes salieron luego de sus casas á darles la obediencia con mucho refresco y cosas de comer para los soldados que venian bien necesitados de ello por la priesa del camino sobre el trabajo de la batalla pasada. Era cosa de admiracion ver las mujeres, niños y viejos entre toda aquella gente de guerra, con tanta paz y seguridad como si todos fueran vecinos, porque como la mayor parte de aquel ejército eran cristianos y D. Agustin tenia su gente tan obediente y bien disciplinada, no salian un punto de lo que entendian ser gusto suyo.

Fué la entrada de esta ciudad por la mañana, y Toronozuque llegó á vista de ella poco antes de mediodia, y cuando desde léjos comenzó á descubrir las banderas que estaban puestas por las murallas y supo que D. Agustin estaba dentro, no podia encubrir su enojo y la envidia que tenia de que se llevase él solo la gloria de aquellas victorias. Al fin viendo que no podian más, disimulando lo que tenia en su corazon le envió un recaudo muy comedido, pidiéndole licencia para aposentarse en aquella ciudad, y él se la concedió.

Desde aquí tornó D. Agustin á despachar otro mensajero á Taicosama dándole cuenta de todo lo que habia sucedido, y cómo la ciudad quedaba en su poder, el cual se alegró tanto que tornó á alabar de nuevo á D. Agustin y á sus capitanes, con tantas palabras y encarecimientos que si hiciera con ellos la mitad de lo que decia fueran de los mayores señores del Japon. Y todas las pláticas y conversaciones ordinarias que tenia con los señores y caballeros que estaban en Nangoya, era tratar de las victorias y señalados hechos de D. Agustin; al cual escribió una carta, que traducida en nuestra lengua dice así:

«Los dias pasados os envié á esas partes del Coray para que saliésedes al encuentro á la gente de ese reino, yendo vuestra gente en la delantera y siendo vos el primero en todo. Acabastes con mucha brevedad la conquista que os encomendé, oprimiendo los enemigos y destruyendo la fortaleza de Tosancay con las demás hasta arrasarlas por tierra y darme de todo pacífica posesion. He estimado esto en mucho y téngolo por señalada hazaña en que me habeis dado extraordinario contento, por lo cual os envío un caballo castaño y un estoque hecho por el insigne artífice Sandatogi, y en pago de este servicio tan singular que me habeis hecho, os daré muchas rentas que tengo determinado, aunque de ellas no os escribo ahora en particular. En lo demás me remito al portador que os lo dirá de palabra, y á las cartas de tres caballeros de esta corte á quien he mandado que os escriban.»

CAPÍTULO XVII

De otro nuevo trabajo que se recreció á los Padres de la Compañía, por ocasion del embajador de las Filipinas y lo que de esto resultó.

Estando las cosas del Coray en el punto que hemos dicho, y la cristiandad del Jimo con algun alivio y consuelo, por las muchas victorias que habian tenido los cristianos en aquel reino, quiso nuestro Señor aguarles este contento con un sobresalto de los mayores que habian tenido, y la ocasion fué ésta. Cuando escribió Taicosama al gobernador de las Filipinas el año de 1591 para que le diese la obediencia, tuvo aviso de esta carta el P. Provincial Alejandro, y escribió luego al superior de la Compañía que residia en Manila, para que con todo secreto tratase con el gobernador que de tal manera se viese con el hombre que llevaba la carta, que sin faltar á su obligacion y reputacion no se le diese ocasion á

Taicosama para afligir á los Padres de la Compañía, ni á los portugueses que estaban en Japon, ofreciéndole para ello diversos medios como se podria hacer; pero no fué servido nuestro Señor que alguno de ellos se aceptase para mayor ejercicio y prueba de aquella cristiandad.

Pareció al gobernador que convenia enviar una persona á Taicosama, haciéndole saber, cómo habia recibido su carta; mas que por tener duda y con algunas razones si era suya ó no, para certificarse de todo enviaba aquel embajador, y entre las razones que ponia para tener duda de la carta, una de ellas era que no le habian escrito nada sobre ello los Padres de la Compañía que estaban en Nangasaqui. Con esta embajada despachó á un español que se decia Lope de Llano y en su compañía al P. Fr. Juan Cobo, Religioso de la Orden del glorioso Padre Santo Domingo. Desembarcaron entrambos en un puerto del reino de Sajuma el año de 1592, donde estaba el otro español que trataba de hacer un navío para volverse al Perú, como queda dicho en el cap. VIII, el cual, con el disgusto que tenia les dió tales informaciones contra los Padres y portugueses que residian en Nangasaqui, que les pareció ser conveniente y necesario las supiese Taicosama, y así le llevaron en su compañía.

De esta manera partieron de Sajuma y llegaron al puerto de Nangasaqui, y desde luego dieron á entender, que ni se fiaban de los portugueses ni de los Padres que allí estaban, ni les quisieron decir á lo que venian, y el dia siguiente partieron para Nangoya, donde estaba Taicosama, el cual les dió audiencia y recibió el presente que le traian. Diéronle todos tres su embajada y carta del gobernador. Lo que de ello resultó fué alterarse Taicosama tanto contra los portugueses, que dijo palabras muy sentidas y de grande enojo; y envió á decir al capitan de ellos que si no le tuvieran por hombre que hacia las cosas con cólera, le mandara matar, y que los portugueses estaban muy señores de Nangasaqui, y mandaban en aquel puerto como si fueran señores de él; pero que él pondria presto el remedio y haria de manera que aquella poblacion no creciese tanto, y luego nombró por gobernador á un señor gentil, habiendo un año que gobernaban aquel puerto los cristianos; y este fué el primer fruto de aquella embajada.

El segundo fué que estando Taicosama enojado contra los portugueses, le dijo aquel español que hacia el navío en Sajuma, que ellos mismos ayudaban y amparaban á los Padres para que estuviesen en Japon contra su voluntad, de lo cual se indignó el tirano grandemente y mandó al nuevo gobernador que enviaba á Nangasaqui, que deshiciese luego la casa é iglesia de los Padres, y enviase á Nangoya toda la madera de ellas, é hiciese informacion de las cosas que habian hecho los portugueses contra los españoles. Con esto despachó á los embajadores con otra carta para el gobernador de Manila, tan arrogante y llena de amenazas como la primera, si no le venia á dar luego la obediencia.

Llegó el nuevo gobernador al puerto de Nangasaqui acompañado de mucha gente y de los embajadores que se volvian á las Filipinas, y lo primero que hizo fué derribar la casa é iglesia de los Padres, conforme al órden que traia, lo cual fué una de las cosas de mayor pena y aficcion para toda la cristiandad de aquellas partes, porque aunque se habian destruido otras muchas casas é iglesias quedando esta en pié, y en aquel puerto que era de Taicosama, y donde tenia sus gobernadores y acudian tantos gentiles, les parecia á los cristianos que con esto daba esperanza de restituir á los Padres, pues consentia en su tierra esta iglesia, que era la mejor, y á los demás señores y caballeros ponia ánimo para tenerlos y ampararlos en sus estados, y mandarla entónces derribar por el suelo, era dar á entender que comenzaba de nuevo á perseguirlos, y que no habia que tener esperanza de su restitucion; y para los mismos Padres, fué la mayor incomodidad que se les pudo hacer, porque en aquella casa curaban de ordinario todos los enfermos que habia de la Compañía, así por ser el temple muy bueno, como por la comodidad de las medicinas y otros remedios, conformes á nuestra naturaleza que hallaban allí cuando venian los navíos de Portugal, y de aquel puerto se proveian tambien las demás casas de lo necesario, y á esta causa quedaron los Padres con harto trabajo, y se hubieron de recoger al hospital que allí habia de la Misericordia, donde se curaban los enfermos.

Hizo tambien informacion el gobernador conforme á lo que Taicosama le habia mandado de el agravio que los portugueses hacian á los españoles; y después de muy averiguado halló que todo era falso, y dijo públicamente que habian engañado á su señor con falsas informaciones, mostrando de ello mucho disgusto.

De suerte, que de toda esta embajada no se siguió otro fruto ni provecho sino la destruicion de aquella iglesia y casas de Nangasaqui y el desconsuelo universal de aquella cristiandad; pero no quedó sin castigo del cielo el español que fué autor de esto, y él informó á los embajadores de las Filipinas, conforme á la pasion que tenia, porque entrando el uno en un barco para ir á ver el navío que habia hecho en

el puerto de Sajuma, bien cerca de tierra, se levantó un temporal que le hundió con el mismo barco, y al tercero dia pareció su cuerpo en la ribera, y todos los que supieron el caso lo tuvieron por manifiesto castigo de nuestro Señor.

CAPÍTULO XVIII

Cómo Taicosama hizo embarcar toda la gente para el Coray, y él se quedó con intento de volverse al Meaco, y el P. Alejandro partió del puerto de Nangasaqui para la India.

Despues que Taicosama partió del Meaco pará Nangoya, su cuidado era persuadir toda la gente que pasasen al Coray sin detenerse, prometiéndoles que él mismo iria luego; y para asegurarlos más, envió allá parte de sus caballos, y escribió diversas cartas á D. Agustin, mandándole que hiciese aparejar las fortalezas que habia ganado para aposentarse en ellas, y que en la principal ciudad le edificase unos ricos palacios, y cuantas más y mejores nuevas venian del Coray, tanto más muestra daba de quererse partir para allá. Con este ardid, de más de 200.000 hombres que se habian juntado en Nangoya, hizo pasar al Coray 150.000, sin los que D. Agustin y los demás capitanes habian llevado. Cuando los tuvo allá escribió á D. Agustin que le enviase todos los navíos que tenia del Japon en el Coray, porque queria pasar con ellos en persona y llevar los 50.000 hombres que le habian quedado; pero la verdad era que enviaba por los navíos para que no tuviesen en qué volver todos los que habian pasado al Coray, porque el intento de este tirano, segun decian los que entendian mejor sus trazas, fué enviar al Coray y á la China todos los señores y caballeros cristianos, y aun la mayor parte de la cristiandad del Japon, con cargos y títulos honrosos, para que pasasen de buena gana, con intento de que si le sucedia bien la jornada, les daria allá tierras y estados en que viviesen, y él tomaria para sí las que estos señores tenian en Japon; y si la jornada no les saliese tan bien, quedasen en aquella tierra muertos y perdidos la mayor parte de ellos, y no pudiesen volver á sus casas ni él tuviese en Japon quien le pudiese hacer rostro, ni desbaratar los designios que llevaba de hacerse adorar como uno de sus dioses.

Envió, pues, D. Agustin todos los navíos, que pasaban de 1.000, y cuando los tuvo en el puerto de Nangoya y le esperaban los del Coray, hizo publicar por todo su real, y lo mismo escribió á D. Agustin y á los demás capitanes, que estando á punto para partirse, le habian suplicado y pedido con mucha instancia los señores principales del Japon que con él estaban en Nangoya, dilatase su viaje hasta el año siguiente por ser ya invierno y andar el mar muy alborotado y no poner su persona y de los que habian de ir con él á grande peligro y riesgo, y que así habia dejado su camino hasta que llegase el verano de 93, y que entónces iria sin falta y entre tanto les envió órden para que repartiesen entre sí los capitanes la conquista de las tierras del Coray, hasta que todas ellas quedasen pacíficas y sujetas.

Llegábase ya el tiempo de partir para la India la nao del capitan Roque de Melo en que habia de ir el P. Alejandro, y con esta ocasion vinieron á visitarlo desde Nangoya algunos señores y caballeros cristianos conocidos. Uno de ellos fué Findano Camindono, yerno de Nobunanga, que se habia bautizado poco antes de la persecucion y era entónces uno de los mayores señores del Japon, el cual mostró grande pena y sentimiento de ver destruida la casa é iglesia de Nangasaqui, y dijo que él se habia hallado presente cuando los embajadores de las Filipinas dieron su embajada á Taicosama, y las quejas de los portugueses y de los Padres, y se habia espantado mucho que unos cristianos diesen quejas contra otros delante de los señores gentiles. En compañía de este caballero vino tambien el rey de Inga, que primero habia sido rey de Jamato, el cual tenia en su servicio á D. Mancio, señor que fué de Sanga, de cuya vida y conversacion estaba tan edificado, que en los dias que se detuvo en Nangasaqui quiso oir las pláticas del catecismo, para satisfacerse de algunas cosas que en diversas ocasiones D. Mancio le habia dicho; y fué nuestro Señor servido que antes de partir de Nangasaqui pidió con mucha instancia al P. Alejandro que le bautizase, lo cual fué un particular consuelo para todos los cristianos que lo supieron, viendo que en tiempo de tanta afliccion y trabajo traia nuestro Señor á su Iglesia una persona tan principal. Quiso este buen rey que le diesen escritos los artículos de la fe y oraciones, y las cosas más principales de nuestra religion, prometiendo de dilatarla en su reino en habiendo tiempo y comodidad para ello.

Antes de partirse el P. Provincial de aquellos reinos, quiso despedirse primero de los Padres y Hermanos de Arima y Amacusa, y así les avisó que para cierto dia estuviesen en la casa del seminario, porque allí los veria á todos. Dos ó tres dias antes que el Padre llegase allí, vinieron tres cristianos de Bungo con los huesos del san-

to Joran, que fué martirizado en aquel reino, como en su lugar queda dicho, pareciéndoles que estarian sus reliquias con más veneracion y decencia en el reino de Arima, donde habia Padres, y así vinieron á parar con ellas en la casa del seminario, porque estaba allí por Superior el P. Pedro Ramon á quien habian conocido en Bungo.

Llegado el P. Alejandro con los demás Padres y Hermanos que allí se habian de juntar, colocaron aquellas santas reliquias en un lugar decente con la solemnidad que el tiempo daba lugar. Estando el Padre en el puerto de Nangasaqui, recibió un recaudo de Joaquin Ruiza, padre de D. Agustin, y de D. Benito su hijo. Escribíanle entrambos mostrando mucha pena y sentimiento de que se hubiese deshecho la iglesia de Nangasaqui y casa de los Padres; y pidiéndole que les tornase á enviar al P. Organtino con algun otro Padre y un par de Hermanos, porque ellos tomaban á su cargo proceder de manera que no causasen nuevo disgusto á Taicosama, Por ser tan justa su peticion y tan necesaria la asistencia del P. Organtino en las partes del Meaco, le dió órden el P. Alejandro que se partiese luego, porque habia venido á despedirse de él y llevase en su compañía al P. Francisco Perez y á los HH. Vicente y Juan, que eran japones y de los mejores predicadores

Antes de la partida del P. Alejandro de Nangasaqui quedaban en Japon más de 130 religiosos de la Compañía, porque algunos se habian muerto desde el año de 1590 que el Padre llegó á aquella tierra. Estaban repartidos estos Padres y Hermanos en un colegio y una casa de novicios y 20 residencias. En el seminario, que cada dia iba creciendo, llegaban los niños que en él se criaban á 170. Fuera de esto tenian los Padres á su cargo más de 150 iglesias, aunque estaban cerradas por estar el tirano Taicosama tan cerca; pero andaban de ordinario visitando á los cristianos de ellas y ejercitando sus ministerios, predicando y confesando y diciendo Misa en oratorios particulares que tenian algunos cristianos en sus casas secretamente. Habíanse bautizado estos dos últimos años conforme á la cuenta cierta que de ello tenian los Padres 20.000 personas, y desde el año de 87 que comenzó la persecucion del tirano hasta los últimos del año de 92, habia crecido el número de los fieles á más de 50.000. Y este era el estado de las cosas del Japon por este tiempo. Dejó el P. Provincial en el puerto de Nangasaqui 10 ó 12 Padres con título de rehenes como Taicosama lo habia mandado, aunque á sombra de ellos quedaron algunos otros Padres y Hermanos, y por Superior de los que andaban en Japon y con oficio de Viceprovincial dejó al P. Pedro Gomez, y él partió para la China en Octubre de 1592, llevando en su compañía al P. Luis Froes y al P. Gil de la Mata, que iba á Roma por Procurador.

CAPÍTULO XIX

Del suceso que tuvo la guerra del Coray.

Despues que pasó al Coray la gente que envió Taicosama desde Nangoya, se juntaron aquellos señores y caballeros en la ciudad principal y repartieron entre sí la conquista de aquellas provincias, tomando cada uno lo que le venia más á cuento. Don Agustin escogió para sí y para los demás señores y caballeros cristianos lo que caia hácia la China; pero como era tan experimentado en las cosas de la guerra, para seguridad suya y de todos los demás mandó hacer 14 fortalezas desde el puerto principal donde habian desembarcado cuando vinieron del Japon hasta la ciudad principal, donde entónces estaban, para que en cualquier encuentro tuviesen el paso y las espaldas seguras, y dejólas bien proveidas de gente y municion; y esto mismo iban haciendo los demás capitanes como iban entrando por la tierra.

El capitan Toronozuque caminó con su gente hacia los tártaros, y llegó á la provincia de Orancay, y en todos los encuentros que tuvo con aquella gente siempre los japones salieron vencedores. Don Agustin con los demás señores y caballeros cristianos llegó á una ciudad llamada Pean, cabeza de una provincia principal de aquel reino, y desde allí no habia más que dos jornadas hasta los confines de la China. Era esta ciudad muy grande y cercada de buena muralla de piedra que aunque no era más alta que dos brazas, pero tan ancha que podian andar encima de ella hombres á caballo. Por esta y otras comodidades que tenia determinó D. Agustin de fortificarse en ella proveyéndola de mantenimientos y lo demás necesario para invernar allí con su gente; mas no le dejaron sosegar mucho los corais, porque juntándose un grueso ejército de ellos con otro buen número de chinas que venian en su ayuda le pusieron en grande aprieto, entrando la muralla de la ciudad por diversas partes. Mas él y sus soldados pelearon tan valerosamente que los echaron fuera matando muchos de ellos, cautivando al capitan general que venia con los chinas, el cual envió D. Agustin presentado á Taicosama.

Con ocasion de esta batalla y de las victorias pasadas de D. Agustin, comenzaron á temerle

los chinas viendo que estaba tan cerca de sus tierras, y tantos japones dentro del Coray y apoderados de él. Uno de aquellos capitanes que habia venido de la China que se decia Juquequi y era hombre principal, comenzó á tratar de paces con D. Agustin, prometiéndole que haria con el rey su señor que enviase embajadores á Taicosama y se asentasen las paces entre aquellos reinos, y que para esto le diese dos meses de plazo para ir y volver con la respuesta, y que entre tanto cesase la guerra.

Holgó D. Agustin de oir este recaudo, porque así la gente de su ejército como la de los otros capitanes, pasaban extrema necesidad de hambre con la falta que habia de mantenimientos, porque los corais viendo en su tierra tantos japones y tan gruesos ejércitos repartidos por ella y que su rey se habia pasado á la China, alzaron todos los mantenimientos que tenian en sus poblaciones y subiéronse con ellos á las sierras y montañas, y lo que no pudieron llevar consigo quemaron y destruyeron porque no se pudiesen aprovechar de ello los enemigos; y aunque los japones habian avisado á Taicosama de su grande necesidad, él iba disimulando y entreteniéndolos con buenas palabras sin enviarles nada, y si alguna vez lo hacia apretado con las cartas de sus capitanes era tan poco lo que les enviaba que no bastaba para suplir la mitad de la necesidad que allá se padecia y aun eso poco, muchas veces no llegaba á sus manos porque los corais que sabian mejor la tierra y tenian puestas espías, salian con buen número de gente y se lo quitaban, y así eran muchos los japones que en todas partes enfermaban y morian, y otros como desesperados se volvian á sus tierras; pero como iban sin órden y sin concierto, los corais que estaban en celada y aguardándolos al paso los mataban, y así faltaban ya más de 50.000 japones de los que habian entrado en aquel reino.

Estos trabajos, aunque daban pena á todos los capitanes, pero sin comparacion era mayor la que el buen D. Agustin recibia viendo la mucha gente que cada dia perecia y el poco remedio que tenian en aquella tierra y lo ménos que podia esperar del Japon, y sobre todo afligia su corazon ver que le habia hecho Taicosama como dueño de aquella empresa y no sabia cuál habia de ser el suceso de ella. Y esto le hizo oir de buena gana lo que el capitan le ofreció acerca de las paces, aunque como prudente y experimentado nunca se quiso fiar de ellos ni de los corais, y siempre estuvo á punto para ver lo que sucedia, y fuéle bien necesario, porque los corais y chinas entendiendo la necesidad que padecian los japones, determinaron dar sobre ellos y principalmente contra D. Agustin, pareciéndoles que vencido este que era el principal de ellos, presto acabarian con los demás; y así el principal ejército enderezó contra él y cuando él esperaba la respuesta de las paces tuvo aviso que venian sobre él 200.000 chinas sin otra innumerable gente de corais.

Hízole estar al principio un poco dudoso cierto recaudo que recibió al mismo tiempo del capitan que habia ido á la China, el cual por asegurar y descuidar á D. Agustin, le envió á decir como ya era venida la respuesta del rey su señor, y que él iba luego á verse con él, y para que entendiese como esto era así le enviase algun criado suyo que pudiese darle razon de todo, porque él quedaba un poco indispuesto. Enviéle D. Agustin un paje suyo, que era cristiano y se decia Ambrosio, acompañado de otros 20 soldados. Cuando llegó este paje adonde estaba el capitan de los chinas; los primeros dias le trató con mucho regalo, y despues le prendió para enviarle al rey de la China, porque deseaba ver algun japon y qué gente era la que en tan poco tiempo habia conquistado el Coray.

Escapáronse algunos de los que iban en compañía de Ambrosio, y vueltos á la ciudad de Pean, avisaron á D. Agustin de lo que pasaba, el cual desengañado de que el recaudo de aquel capitan habia sido fingido, apercibió luego su gente para la batalla que esperaba, que fué dentro de tres ó cuatro dias, por el mes de Febrero del año 1593. Descubrióse entónces aquel grande ejército de chinas y corais que parecia cubrian la tierra, los cuales asentaron sus reales á vista de la fortaleza de la ciudad de Pean. Hallóse entónces D. Agustin con poca gente, porque habia hecho cuatro ó cinco fortalezas, desde allí hasta la principal ciudad donde se dividieron los capitanes y dejado en ellas gente de guarnicion, pero no por eso perdió el ánimo. Comenzaron luego los corais solos la batalla, estando á la mira los chinas para ver lo que pasaba, estuvieron dos dias continuamente peleando y trabajando por entrar en la ciudad, mas D. Agustin salió con su gente, y sin dejarlos llegar á los muros, los desbarató diversas veces y mató á muchos de ellos. Quisieron el tercero dia probar ventura los chinas. Llevaban delante toda la gente de á caballo que era mucha, iban todos con armas de hierro, que los faldamentos de ellas puestos á caballo, les cubrian los piés, y eran tan fuertes estas armas, que con ser tan buenas las espadas del Japon, ningun daño les hacian con ellas, sino acertaban á herirlos en alguna parte descubierta. Peleaban los chinas con

arco y flechas, lanzas y espadas, y tenian los oficios tan repartidos, que ninguno se entremetia en el del otro. Unos ponian escalas, otros llevaban pólvora y pelotas á los que tiraban, y otros acudian con flechas á los flecheros. Con este órden y concierto arremetieron para la ciudad, y como los japones eran tan pocos en comparacion de los chinas, y cansados de los dias que continuamente habian peleado, y los chinas venian entónces de refresco, no pudieron estorbarlos la entrada.

Viendo esto D. Agustin, hizo recoger parte de su gente á unos fuertes que tenian hechos dentro de la ciudad, para que los defendiesen, y con los demás se puso á hacerles rostro, procurando de estorbar á los chinas que no llegasen á ellos. Pelearon los japones valerosísimamente, y como estaban en partes estrechas, podian aprovecharse mejor de los chinas y defenderse de ellos, los cuales viendo la resistencia que hallaban en los japones, y que venia la noche, como desesperados de poder entrar en los fuertes, se fueron retirando y saliendo de la ciudad con pérdida de mucha gente, porque los japones aunque muy cansados y heridos, viendo que comenzaban á desmayar y volver las espaldas, los fueron siguiendo hasta sacarlos de la ciudad y hacerlos recoger en sus alojamientos, y al fin la noche despartió á los unos y á los otros.

Acabada esta batalla comenzaron los capitanes de D. Agustin á persuadirle que se retirase á las fortalezas donde tenia grande parte de su gente, porque los que allí estaban eran pocos y muy cansados y mal heridos, por haber peleado tres dias sin descansar, y no tenian mantenimientos ni otra provision para poderse sustentar dentro de los fuertes, y si el dia siguiente tornasen á la batalla los chinas y corais, era cosa cierta que habian de acabar todos. Hacíasele muy de mal á D. Agustin volver á las fortalezas, como era tan valeroso y animoso, pareciéndole que era cobardía y grande menoscabo de su honra; pero su grande virtud y mucha cristiandad hicieron que tuviesen más fuerza en su pecho las razones tan eficaces de sus capitanes que el punto de su honra que en aquello podia aventurar, y con su parecer partió aquella noche para las fortalezas, con el mayor silencio y secreto que pudo, dejando los fuertes embanderados y con fuego, como acostumbran tener de noche.

De esta manera caminó hasta la primera fortaleza que estaba á cargo del rey de Bungo, el cual sabiendo del poderoso ejército de chinas y corais que habia venido contra D. Agustin, teniéndole ya por perdido, desamparó las dos primeras fortalezas en donde tenia su gente, y fuese á recoger en la tercera, que para D. Agustin y los suyos fué uno de los mayores trabajos que le podia suceder. Porque como venian tan cansados de los tres dias que habian peleado, y tan necesitados de algun refresco para sí y para los enfermos y heridos, no hallando remedio en estas dos fortalezas, fuéles necesario caminar hasta la tercera, que eran tres jornadas sin parar, y con el poco mantenimiento que llevaban para una sola, y como esto era en la fuerza del invierno, que habia mucha nieve en algunas partes; fué grande el peligro en que se vieron de perecer todos, y si los chinas y corais fueran en su seguimiento, sin duda acabaran con ellos; mas ó porque muchos de ellos quedaron mal heridos y les pareció que los japones se volvian ya de hecho para sus tierras, ó por el miedo que les habian cobrado en las batallas pasadas, no se les dió nada de seguirlos. Llegado D. Agustin con su gente á la tercera fortaleza, disimulando el disgusto y enojo que tenia con el rey de Bungo, procuró el remedio de los enfermos y heridos que llevaba, pareciéndole que mejor se conservarian en aquella tierra, y pasarian sus trabajos, recogiéndose todos á la principal ciudad de donde habian salido. Habiéndose reparado con toda la gente, tomó su camino para allá, á donde tambien acudieron los demás capitanes que estaban repartidos por el reino.

CAPÍTULO XX

Cómo se trató de conciertos entre los japones, chinas y corais, y se enviaron sobre ello embajadores á Taicosama.

Habia dado aviso D. Agustin á Taicosama cómo pensaba de hacer paces con los chinas, cuando le envió preso el capitan general que cautivó en la primera batalla que tuvo á la entrada de la ciudad de Pean. Estaba con esto Taicosama muy alegre, esperando que llegase D. Agustin con los embajadores de la China, porque pensaba entónces (como él decia) dar á D. Agustin la mitad del Coray, y poblarle de japones, y dejar en aquella tierra á todos los reyes del Jimo, y con ellos al rey de Amanguchi.

Estando con esta determinacion le llegaron las cartas de D. Agustin, en que le daba cuenta de lo que habia pasado; y aunque era bien diferente de lo que él esperaba, con todo eso alabó mucho su grande valor en haber resistido tres dias á tan poderoso ejército de enemigos, teniendo él tan poca gente, y recogerse después tan á su salvo con ella. Pero cuando supo lo que el rey de Bungo habia hecho, desamparando las

fortalezas, recibió tanto enojo que le quitó luego el reino, y por muchos ruegos de amigos le perdonó la vida; pero no le dió licencia para que pudiese traer más de cinco criados en su servicio, y que anduviese en compañía del rey de Amanguchi, y á su hijo de este rey que habia quedado en Japon encomendó despues al capitan Toronozuque, y le dió licencia para poder tener 500 hombres, porque no se halló con su padre en el Coray. Los trabajos que de esto se siguieron á toda la cristiandad de Bungo, diremos en su lugar. A los capitanes que estaban en el Coray escribió Taicosama que procurasen de entretenerse hasta el mes de Abril ó Mayo, porque entónces él pasaria con mucha gente á socorrerlos, ó que si les parecia mejor se fuesen recogiendo á las fortalezas que estaban en la orilla del mar, porque en todo caso queria tornar á conquistar el Coray y vengarse de los chinas, y así mandó hacer navíos de nuevo, y provision de gente y municiones para continuar la guerra.

Viendo los chinas cómo los japones se habian ido recogiendo á la ciudad principal, y que esto nacia del miedo que les habian cobrado, quisieron probar ventura segunda vez ellos y los corais, y cercarlos en aquella ciudad. Tuvo D. Agustin aviso de lo que pasaba, y por no mostrar que tenia miedo á sus enemigos, salió á buscarlos con su gente, y aunque el número de los chinas y corais era sin comparacion mayor que el de los japones, al fin les dió la batalla, la cual fué tan reñida, que sin conocerse la victoria por ninguna de las partes se hubieron de retirar los unos y los otros con pérdida de mucha gente.

Con esto acabaron de entender los corais y chinas que no podian salir por este camino con su intento tan fácilmente como habian pensado, y así tornaron á tratar de paces y conciertos, y después de muchas demandas y respuestas que en este particular hubo, como los japones estaban tan cansados de esta guerra y deseosos de volver á sus casas, y con la mucha necesidad que pasaban y el poco socorro que del Japon les venia, holgaron que se tratase de los conciertos, con que fuesen á gusto de Taicosama los capítulos, y que para eso le enviasen dos embajadores en nombre de los del Coray, y después podrian ir otros en nombre del rey de la China.

Aceptaron los chinas y corais el concierto con condicion que los japones dejasen la ciudad principal y se retirasen á las fortalezas y la guerra cesase por entónces. Hízose todo esto así, porque los japones se fueron recogiendo á 12 fortalezas que estaban en la orilla del mar, donde hallaron algunos mantenimientos y municiones que Taicosama enviaba desde Japon. Tambien fué el capitan Juquequi, china, acompañando á los dos embajadores hasta la fortaleza de Fusancay, y desde allí los llevó en su compañía D. Agustin hasta Nangoya, donde estaba Taicosama, porque los mismos chinas y corais le pidieron que fuese él mismo á tratar de estas paces y conciertos y no pareció que se les podia negar. Y así dejando encomendada su gente á aquellos señores y caballeros cristianos que andaban en su ejército, partió de Fusancay con otros tres capitanes y algunos caballeros y los embajadores, y con próspero viento llegaron á Nangoya, donde fué recibido D. Agustin de Taicosama con extraordinario contento, alabando mucho su grande valor y prudencia. Acrecentóle mucha más renta de la que tenia primero, y de presente le dió buena cantidad de plata para sus gastos. Tambien hizo mercedes á los embajadores que venian y á sus criados conforme á la calidad de sus personas, y todo el tiempo que allí se detuvieron los mandó regalar y festejar con representaciones á su modo y otros diversos géneros de entretenimientos. Los capítulos que Taicosama dió á los corais y chinas para haber de asentar las paces fueron estos:

«El primero, que de ocho provincias que tienen los corais le habian de entregar las cinco. El segundo, que el rey de la China le enviase una hija suya por mujer en señal de la paz. Lo tercero, que se continuase el trato y comercio que antiguamente solian tener los japones con los chinas. Lo cuarto, que le diesen algun modo de tributo, reconociendo sujecion al Japon, y que él detendria la guerra hasta recibir esta respuesta.»

Con estos embajadores envió Taicosama al rey de la China un capitan principal de los de D. Agustin por nombre Naitondono Juan, que era muy buen cristiano y antiguo. Y porque no sabian si aceptarian los capítulos, y para mostrar más su poder á los del Coray hizo 12 fortalezas á la orilla del mar y dejó en ellas por guarnicion 47.000 ó 50.000 hombres, proveyéndolas de todo género de municiones, armas y mantenimientos y toda la demás gente mandó que se volviese al Japon hasta tener respuesta de la embajada y ver si era necesario continuar la guerra ó no, y porque un pariente muy cercano del rey del Coray que tenia sus tierras junto al puerto habia hecho mucho daño á los japones en diversas ocasiones, mandó que antes que se recogiese la gente al Japon combatiesen la fortaleza principal donde residia este caballero y la destruyesen

de todo punto, y así lo hicieron. Porque pusieron por el suelo la fortaleza y mataron á cuantos habia en ella y enviaron la cabeza del señor principal y de otros capitanes que estaban con él á Taicosama.

Este fué el suceso de la guerra del Coray en la cual decian los japones que habia muerto la tercera parte de la gente que allá habia pasado algunos en las guerras y los más de hambre y enfermedades. Despachados los embajadores tornó á enviar Taicosama á D. Agustin al Coray para que hiciese allí oficio de capitan general con los 50.000 hombres que estaban en las 12 fortalezas. Tambien mandó que quedasen en su compañía aquellos señores y caballeros cristianos del Jimo, y no quiso que volviesen á sus tierras, con lo cual confirmaron su sospecha de que esperaba aquel tirano algun buen concierto con los del Coray para desterrarlos totalmente del Japon y tomarles todas sus tierras á título de honrarlos y premiarles sus servicios.

CAPÍTULO XXI

De lo que pasó en el reino de Omura y puerto de Nangasaqui, entre tanto que el tirano Taicosama se detuvo en Nangoya.

Habiendo contado el suceso de la guerra del Coray que fué causa de bajar aquel tirano á las partes del Jimo, será bien que digamos los trabajos y aflicciones que se recrecieron á la cristiandad de aquellos reinos con su vecindad. Porque en el puerto de Nangasaqui despues de haber derribado la iglesia y casa de los Padres, que fué de tanta afliccion y trabajo para aquellos cristianos, les sucedió otro de no menor pena y desconsuelo, porque un gentil que tenia ciertos disgustos con algunos cristianos, avisó á ellos y á los demás delante de Taicosama, diciendo que estaban apercibidos de muchas y muy buenas armas para defenderse si alguno quisiese apremiarlos.

Alteróse de esto Taicosama, y como hombre que siempre estaba con algun recelo y creia fácilmente estas cosas, sin averiguar más la verdad, mandó que quitasen todas las armas, no sólo á los cristianos de Nangasaqui sino á todos los demás que habia en los reinos del Jimo; y para esto despachó grande número de ministros que lo ejecutasen con tanto rigor, que á quien quiera que no presentase sus armas le matasen ó crucificasen, exceptuando solamente algunas personas particulares. Y como en Japon es costumbre ordinaria que aun hasta los mismos labradores, en llegando á doce años, ciñen espada y daga y se precian de tener otras diversas armas, fué tanto el número de espadas, dagas y lanzas, escopetas, arcos y flechas, y otras armas que juntaron estos ministros de Taicosama, que puso admiracion y quedaron todos despojados de la cosa que más preciaban y estimaban, pero hubieron de disimular viendo que con tan ligeras ocasiones se alteraba aquel tirano, y tan fácilmente daba crédito á cuanto le decian contra los cristianos, y donde mayor parte de estos trabajos alcanzó fué en el reino de Omura, por estar tan cerca del puerto de Nangoya y haber en él mucha y muy buena madera, lo cual era ocasion de que los criados y ministros de Taicosama anduviesen siempre cruzando por aquella tierra, buscándola y trayéndola para los edificios y navíos que mandaba hacer cada dia, y así no habia lugar donde pudiesen estar con seguridad los Padres, y fué necesario que para estar más disimulados y encubiertos se retirasen á una casa que tenia doña Magdalena, mujer del rey D. Bartolomé difunto, en un bosque desviado del camino, y ella se pasó á vivir en las casas que tenian los Padres en Omura, porque viendo los gentiles quién vivia en ellas, no se atreviesen á derribarlas ni deshacerlas como lo habian intentado diversas veces los ministros de Taicosama para llevar la madera de ellas á Nangoya.

Tambien se habian concertado algunos cristianos principales de tener casas secretas en diversos lugares de aquel reino, para que yendo allá los Padres pudiesen los cristianos acudir á confesarse y á oir sermon sin que ningun gentil lo entendiese. Porque estos hombres tenian puestas espías todo el tiempo que los Padres estaban dentro del lugar, y en viniendo algun forastero, especialmente si era criado de Taicosama, luego les daban aviso de ello y con este recato y advertencia podian los Padres ejercitar sus ministerios con los cristianos, sin que Taicosama ni sus ministros supiesen lo que pasaba, y aun algunos caballeros cristianos de los que estaban en Nangoya venian á confesarse con los Padres de Omura, y como sabian que andaban encubiertos mostraban á los cristianos sus rosarios y relicarios, para que asegurándose con esto los llevasen á donde estaban, y otras veces iban los mismos Padres al puerto de Nangoya para confesar á Justo Ucandono y á otros caballeros que allí residian; los cuales sabian disimular tan bien y encubrir á los Padres, que con decirles Misa cada dia y confesarlos y comulgarlos muy á menudo, nunca se sintió ni echó de ver.

Verdad es que se podia hacer aquello entónces con algun buen color, porque residia en el puerto de Nangoya el H. Juan Rodriguez, com-

pañero é intérprete del P. Alejandro, con órden y licencia particular de Taicosama y á sombra suya se encubria y disimulaba algun Padre cuando acudia con título de compañero suyo y de los que habia dejado el embajador en Nangasaqui. Sucedióle á este Hermano estando en Nangoya una cosa de harta edificacion, que como él era tan buen religioso y sabia muy bien la lengua del Japon, con su buen trato y apacible tenia entrada y mano con los señores que estaban en compañía de Taicosama, y particularmente le cobró mucha aficion Gijasu, á quien aquel tirano habia dado los reinos del Bandou que habia conquistado.

Estando hablando un dia este señor tan principal con dos bonzos muy nombrados que traia consigo Taicosama, para que le leyesen las cartas que venian de la China, mandó llamar al H. Juan Rodriguez y trabó plática entre él y los bonzos acerca de la Providencia divina. Comenzaron los bonzos á negarla diciendo, que todo lo que pasaba en este mundo sucedia acaso y naturalmente, pero el Hermano los apretó con sus buenas razones y mostró el particular cuidado y providencia que nuestro Señor Dios tiene de todas las cosas, con tanta claridad y evidencia, que no supieron responder más de que Jaca habia dejado escrito aquello en sus libros, pero que si él se engañaba ó no, ellos no lo sabian. Rió mucho y solemnizó esta respuesta el rey del Bandou diciendo, que bien se echaba de ver la ventaja que hacia la ley de Dios á todo lo que enseñaban los bonzos.

Entre todos estos trabajos que se pasaban en el reino de Omura, quiso nuestro Señor consolar aquella cristiandad con que se tornase á levantar la iglesia y casa de los Padres en el puerto de Nangasaqui, porque el gobernador que allí puso Taicosama y se decia Terazaba, como hizo averiguacion que eran falsas las informaciones que habian dado los embajadores de las Filipinas contra los Padres y portugueses, procuró dar satisfaccion á Taicosama de lo que habian dicho, porque aunque gentil, era hombre recto y de verdad, y quedó muy edificado de los Padres, viendo que sin tener culpa alguna habian callado y dejado derribar su casa é iglesia, y se ofreció de ser su protector y favorecerlos delante de Taicosama, y así lo cumplió después, porque viniendo la nao de la China el año de 93, le dijo este gobernador estando en Nangoya, que ni aquella nao ni el comercio de los portugueses se podia conservar en Japon, si no viniesen con ellos Padres de la Compañía, porque ellos predicaban á los portugueses, y cuando reñian los ponian en paz, y si hacian algun agravio en sus contratos, procuraban de que lo restituyesen y diesen entera satisfaccion.

Pasados algunos dias, con otra buena ocasion que se le ofreció al gobernador, dijo á Taicosama que no se podia excusar de hacer una casa en Nangasaqui para los Padres, porque como habian quedado con órden de Su Alteza una docena de ellos en rehenes, hasta que volviese la respuesta del virey de la India, vivian muy desacomodados, no teniendo casa en que recogerse, sino era el hospital donde se curaban los enfermos, y que los portugueses deseaban tambien tornar á edificar su iglesia, si Su Alteza les daba licencia, por tener dónde oir misa, y les pudiesen predicar su ley el tiempo que se hubiesen de detener en Japon. Respondió Taicosama, que le parecia muy bien que los Padres edificasen su casa y los portugueses su iglesia, que fué para todos los cristianos un extraordinario consuelo y alegría, y con las limosnas que ellos juntaron entre sí y lo que ayudaron los portugueses, se comenzó luego á toda priesa el edificio de la casa é iglesia, y dentro de poco tiempo se puso en buen punto. Tambien negoció el gobernador Terazaba licencia de Taicosama para que le fuesen á visitar el capitan de la nao y el P. Francisco Basio, compañero del P. Viceprovincial, para darle las gracias de la merced que habia hecho á los Padres y á los portugueses. Recibiólos con buen rostro y convidólos con el cha, lo cual se tuvo por otro nuevo y particular favor.

CAPÍTULO XXII

Del trabajo que se pasaba en este mismo tiempo en el reino de Arima y en la isla de Amacusa.

En el reino de Arima estaba la casa principal de la Compañía en la misma ciudad, junto á la fortaleza, y tenia cuatro residencias sujetas á ella que se decian Arie, Canzuca, Chinguiba, Jimabara, sin el seminario que estaba en Fachirao. En estas cuatro residencias estuvieron de ordinario trece de la Compañía, siete Padres y seis Hermanos ocupados en cultivar aquella cristiandad, aunque con el mismo recato que se hacia en el reino de Omura, porque no eran menos los ministros de Taicosama que visitaban aquellas tierras, ni las embarcaciones que cada dia iban y venian á llevar vino de Jimabara para Nangoya, porque era lo mejor que se hacia en los reinos del Jimo, y particularmente obligaba tener este recato, porque como aquellos reyes y caballeros cristianos tenian muchos émulos y enemigos entre los gentiles, y particularmente con las victorias que habian tenido en el Coray,

holgaban de tener cualquiera ocasion de acusarlos delante de Taicosama, á título de que tenian los Padres en su tierra contra su mandato, como se vió en cierta ocasion, cuando envió el tirano á quitar las armas de los cristianos, porque el mismo á quien cupo el visitar aquel reino de Arima, para ejecutarlo mejor, usó de esta industria, que envió un maestro que conocia bien las espadas, y con color que iba á buscar algunas de precio y de valor, lo encomendó que hiciese lista de todas y se informase con cuidado de los Padres que habia en Arima y los nombres de ellos y los lugares donde residian.

Hízolo este hombre perverso, como se lo encomendó con mucha disimulacion, y con los memoriales de todo se volvió á Nangoya y los entregó al gentil que los habia enviado. Vino este ministro al reino de Arima dentro de pocos dias, acompañado de mucha gente y publicando sus delitos, hizo tomar las armas á todos los de aquella ciudad y lugares comarcanos, usando para esto de tantas violencias y crueldades, que era lastima verlas. Tambien comenzó á publicar que habia de hacer grandes castigos en los que tenian en sus tierras á los Padres contra la órden de Taicosama, diciendo que él sabia los nombres de los Padres y lugares donde estaban, con lo cual dió grande afliccion y trabajo por muchos dias á los Padres y á todos los cristianos. Al fin atravesándose de por medio el tio del rey D. Protasio y gobernador de aquel reino en su ausencia, con dádivas y presentes y con alguna buena cantidad de dinero que le dió, le hizo alzar la mano del negocio.

En el seminario que estaba en Fachirao una legua de Arima, por estar entre unos montes, y no ser lugar pasajero estaban bien secretos y escondidos los que se criaban en él. Residian con ellos en aquella casa 13 de la Compañía, cuatro Padres y nueve Hermanos, y de estos los tres eran maestros, que les enseñaban latinidad, y con estar apartada del camino, y al parecer libres de cualquiera inquietud, no les faltaron tambien sus desasosiegos. Porque tres veces los pusieron en rebato con los ministros de Taicosama, que andaban por aquella tierra y tuvieron necesidad de esconder su hato por aquellos montes. Pero con todos estos trabajos se iban aprovechando mucho en la latinidad; de manera que podian hacer declamaciones y diálogos con mucha satisfaccion de quien los oia, y lo principal era en la virtud y pureza de sus almas, como se echaba de ver en la frecuencia de las confesiones y comuniones.

Por estar aquella casa entre los montes tenian comodidad de poder celebrar en ella algunas veces los oficios divinos con solemnidad de música, así de voces como de instrumentos; porque de entrambas cosas tenian ejercicio de ordinario los que se criaban en el seminario; lo cual servia de entretener aquellos mozos virtuosamente, y habilitarse para celebrar los divinos oficios con la solemnidad y decencia que conviene. Y para proveer adelante las iglesias del Japon de ministros y sacerdotes que lo supiesen hacer, y tambien podian ayudar para adornar los altares y templos de buenas imágenes y pinturas, otros muchos que se ejercitaban en esto, y lo hacian con grande primor. Tenia este seminario en su contorno ocho ó nueve aldeas de cristianos que estaban á cargo de los Padres que allí residian y tenian cuidado de visitarlas á sus tiempos.

Las islas de Amacusa, que estaban repartidas entre cinco señores, eran ya todas de cristianos y sujetas á D. Agustin, y por estar más apartadas de la comunicacion y trato de la gente de Taicosama, gozaban de mayor paz y quietud, y por esa causa se mudó allí el colegio y noviciado, en los cuales habia de ordinario 52 de la Compañía, los 44 eran estudiantes, la mitad novicios y la mitad estudiantes; y los demás eran Padres sacerdotes que tenian el gobierno de estas casas.

Habia en estas islas como 30.000 cristianos, y cuatro Padres y Hermanos, repartidos en cuatro residencias para visitarlos, y cada Padre de estos con su compañero sabia á los que habia de acudir. Tenia tanto cuidado el gobernador que dejó D. Juan en su isla de Amacusa, y los que habian puesto en sus tierras los demás señores que fueron á la guerra del Coray, que si llegaba algun forastero por aquellas islas, no le dejaban pasar del primero lugar que habia junto al puerto, ni le consentian entrar por la tierra adentro, y con esto se podian conservar tanto número de Padres y Hermanos en aquella tierra, sin que el tirano Taicosama tuviese noticia de ellos.

CAPÍTULO XXIII

De los trabajos que pasó la cristiandad de Bungo en el tiempo que Taicosama estuvo en Nangoya, en donde más trabajos y miserias se pasaron.

El tiempo que el tirano Taicosama se detuvo en el puerto de Nangoya, fué tal en el reino de Bungo, que no se puede contar sin mucho dolor y pena, considerando cómo fué aquel el primer reino, donde tanto floreció la cristiandad del Jimo, y que por más de quinientos años se

habia conservado en poder de sus reyes naturales, viendo cómo se acabó en el desdichado hijo del rey Francisco, como el santo viejo su padre muchas veces lo habia dicho; lo cual fué un manifiesto castigo de nuestro Señor. Porque así como este rey por tener contento al tirano Taicosama y no perder sus estados, faltó tantas veces en la fe y obediencia que debia á Dios nuestro Señor, así ordenó él mismo que este tirano le diese el pago que merecia, quitándole de todo punto sus reinos y dejándole como un pobre escudero con solos cinco criados, y sujeto al rey de Amanguchi que habia sido enemigo mortal de los reyes de Bungo, y sirviese á su propio enemigo, quien no habia querido servir y obedecer á su Dios y Señor. Y para que se viese más claramente, que todo esto era castigo del cielo y pena de haberse querido gobernar por el consejo de los gentiles y enemigos de la ley de Dios, ordenó Su Divina Majestad, que este tirano le quitase sus reinos en el mismo dia, aunque no en el mismo año en que mandó matar y poner en una cruz al santo Joran. Para que viese con sus ojos cómo todos los demás reyes y señores que habian mostrado su valor y constancia en defensa de su ley, habian conservado y asegurado sus estados; y acabase de entender, aunque tan á costa suya, que solo Dios es el que da y quita los reinos.

Mas quién dirá los trabajos y miserias que alcanzaron á todo el reino por la culpa de este rey. Porque cuando en él se supo cómo estaba desposeido y que Taicosama enviaba gobernadores á tomar la posesion del reino en su nombre, como es costumbre del Japon, que cuando se destierran semejantes príncipes y señores, quedan tambien desterrados todos los parientes y criados y gente de guerra que tenian, en lo cual se encierra toda la nobleza del reino, fué tanta la confusion y turbacion que causó aquella triste nueva, que parecia un dia de juicio, porque eran tantos los gritos, llantos de las mujeres y niños, que quebraba el corazon de quien los veia. Porque como por una parte todos los señores y caballeros principales de Bungo estaban con la mayor parte de su gente en la guerra del Coray, y sólamente habian quedado las mujeres en sus casas con algunos pocos criados, pareciéndoles que ya tenian á las puertas los capitanes y soldados que enviaba Taicosama á tomar la posesion del reino; las mujeres más nobles y principales, cogiendo de prisa lo que podian se salian huyendo de la tierra y hasta la misma reina Julia mujer que fué del buen rey Francisco, con otra hija suya doncella, se hubieron de salir con bien pocos criados y pasarse al reino de Amanguchi. Y lo mismo hicieron otras muchas señoras principales, y entre ellas doña Magdalena mujer de D. Paulo. Y si este tan grande desamparo y afliccion pasaba por las señoras tan principales y gente de calidad, bien se deja entender lo que seria de la demás gente ordinaria.

Llegaron pues á Bungo los capitanes de Taicosama y tomaron la posesion del reino dejando sin estados ni rentas á todos los señores y naturales caballeros; los cuales tuvieron necesidad después de ir como peregrinos buscando su ventura, y los que poco ántes eran señores de grandes estados y rentas, tenian por buena dicha hallar á quien servir. Entre los gobernadores que envió Taicosama para aquel reino, uno de ellos acertó á posar en casa de una mujer cristiana que se decia María, mujer de un criado del rey Francisco; la cual nunca quiso salir en todas aquellas revueltas de la ciudad de Vosuqui donde vivia, confiando que nuestro Señor la habia de favorecer. Y en llegando el gobernador gentil á su casa le dijo cómo ella era cristiana y habia sido criada del rey Francisco, y que si queria desterrarla, allí estaba aparejada para irse luego. Ablandóse el gentil con estas razones y díjole que se estuviese en su casa y viviese como cristiana, que por haber sido criada del rey Francisco, él la favoreceria siempre.

Diciéndole en otra ocasion esta mujer al gobernador, cómo Julia mujer del mismo rey y su hija se habian ido con tanto desamparo al reino de Amanguchi, mandó que las llamasen luego, que por respeto del rey Francisco haria que las tratasen con toda honra y cortesía; y así volvieron dentro de pocos dias á sus propias casas donde antes vivian. Esta misma buena dicha tuvieron Leon de Nocen, y su mujer con otro gobernador, que parece quiso nuestro Señor que no recibiesen agravio estos dos buenos cristianos, por haberse señalado tanto en las cosas de su servicio. Don Paulo y los muchos señores y caballeros que estaban en la guerra del Coray, sabiendo lo que pasaba en Bungo se vinieron luego á buscar sus mujeres é hijos. Don Paulo sacó á su mujer é hijos del reino de Amanguchi y pasólos al reino de Fingo en las tierras de D. Agustin, que así se lo ofreció él mismo á D. Paulo antes que partiese del Coray.

Entre los caballeros que estaban con D. Agustin en la guerra, eran dos sobrinos del rey Francisco de Bungo é hijos del de Fiunga y primos de D. Mancio, uno de los cuatro embajadores que fueron á Roma. El mayor de estos caballeros se decia D. Bartolomé, y el segundo D. Jerónimo. Este segundo se crió en el seminario cuan-

do estaba en Anzuquiama en la fortaleza de Nobunanga, y después siguió la guerra como su hermano. Estando en el Coray enfermó gravemente D. Jerónimo, y aunque se habia confesado generalmente antes de ir allá, viéndose tan enfermo, por no morir sin confesion pidió licencia al capitan D. Agustin para volverse á Bungo. Embarcóse, y fué tan recio el temporal que le dió que le arrojó en el reino de Amanguchi. Viendo que no podia pasar adelante por hallarse cada dia peor ni cumplir el grande deseo que traia de confesarse por ser toda aquella tierra de gentiles, levantaba los ojos al cielo hiriendo muchas veces los pechos con la mano, pidiendo perdon á Dios nuestro Señor de sus pecados.

Cuando entendió que se acercaba la hora de su muerte, estando presentes todos sus criados les encomendó que después de muerto le enterrasen como cristiano y le pusiesen una cruz sobre su sepultura, y el navío en que habia venido con otros 50 ducados diesen á la primera iglesia donde hubiese Padres, y todos los hombres cautivos que traia del Coray para que los instruyesen en la fe; y las mujeres las entregasen á su propia mujer, para que las sustentase hasta que tuviesen modo y órden para poderse valer, y entónces les diese libertad. Y porque algunos de los criados que traia eran gentiles, les rogó con mucha instancia que se hiciesen cristianos, porque seria la cosa con que mayor gusto le podian dar en aquella hora. Vióse en este caballero cuánto le aprovechó la buena institucion que habia tenido en el seminario desde niño. Después de muerto D. Jerónimo, enfermó su hermano mayor D. Bartolomé, y partiendo del Coray con el mismo deseo llegó á la isla de Zeujima, donde murió dentro de pocos dias con grandes prendas de su salvacion. Fué para D. Mancio la muerte de sus dos primos una confirmacion muy grande de la merced que nuestro Señor le habia hecho en sacarle del mundo y traerle á la religion.

CAPÍTULO XXIV

Lo que sucedió en los reinos del Goto y de Firando, entre tanto que Taicosama estuvo en Nangoya.

En el reino de Firando con la mucha prudencia y valor que tenia doña Mencia, hija del rey D. Bartolomé, supo ganar á su marido, que era el príncipe y heredero de aquel reino de manera, que daba muchas esperanzas de hacerse cristiano entregándole su padre el gobierno. Dijo este príncipe un dia á doña Mencia su mujer, que él sabia cuán solemne fiesta era para los cristianos y cuán alegre la del Nacimiento; que le enseñase el aderezo que para ella tenia en su oratorio, porque si fuese menester él ayudaria para celebrarla. Holgóse en extremo de ver los ricos aderezos que doña Mencia tenia en su oratorio, así de imágenes como de relicarios y de otras muchas cosas preciosas y del buen órden con que estaban puestas. Partido este príncipe con los demás señores á la guerra del Coray, enfermó un niño que tenia y sucesor de aquel reino. No se habia atrevido su madre á bautizarle por no disgustar á su suegro, mas temiendo no se le muriese sin el santo Bautismo, hizo que doña Isabel, mujer que fué de D. Antonio, se le diese secretamente, y fué nuestro Señor servido que con la salud del alma cobrase tambien la del cuerpo, que fué otro particular consuelo para su madre.

Por respeto de esta señora y lo que se debia á su padre el rey D. Bartolomé, y por el consuelo de los cristianos de aquella tierra, procuraban los Padres de acudir siempre á visitarlos, aunque como los gentiles sabian por una parte la mala voluntad de su rey, y por otra el deseo que tenia Taicosama de echarlos de todo Japon; parecióles que hacian grande servicio á sus dioses y á su rey en quitarles la vida, y aunque no se atrevian á matarlos públicamente porque los señores cristianos y caballeros que habia en Firando los destruyeran, pero grande sospecha hubo que mataron secretamente con ponzoña á los PP. Teodoro Manteles, José Fornaleto, Francisco Carnao y Jorge de Carvajal, porque todos ellos murieron en espacio de cuatro dias echando sangre continuamente, que es efecto propio de cierta manera de ponzoña que acostumbraban dar en Japon.

En las islas del Goto, donde solia residir un Padre con otro Hermano, cuando el señor de aquella tierra los mandó salir fuera (como en su lugar queda dicho) los cristianos que debian de ser como 2.000 y los más de ellos gente pobre, se repartieron por diversos lugares. Fué allá un Padre y un Hermano á visitarlos y confesarlos. Detuviéronse con ellos como 40 dias y confesaron más de 700 personas y bautizaron como 40, sin otros tantos que habia bautizado un cristiano con cierta ocasion particular. Los naturales del Goto que viven en la costa y junto á la orilla del mar tienen por oficio hacer sal, y la vienen á comprar allí mercaderes de diversas partes. Hácenla estos hombres con la fuerza del fuego, como en otras partes se hace con el calor del sol. Tienen para esto una balsa llena de agua salada, pero tan alta que la pueden dar fuego por debajo, y de esta manera el agua que se cuaja queda hecha sal. Estaban en un lugar

de estos algunos gentiles muy afligidos, porque al mejor tiempo, cuando las balsas hervian se les hundian todas, y así quedaban con el trabajo y sin el provecho.

Hablando un dia sobre esto á un cristiano, les dijo que si ellos procurasen recibir la ley de Dios, tenia mucha confianza que no les habian de suceder aquellas desgracias; al fin él los persuadió con estas y otras razones, de manera que le pidieron les enseñase él mismo la doctrina cristiana. Hízolo este cristiano, y cuando le pareció que estaban bien instruidos los bautizó, y por la misericordia del Señor de allí adelante nunca más se les hundieron las balsas, ni les sucedió desgracia en su oficio, sino que ganaban de comer bastantemente.

En otro lugar sucedió que una doncella cristiana despues de la partida de los Padres vivia muy olvidada de lo que convenia á su salvacion, mas nuestro Señor para abrirle los ojos del alma, la afligió en el cuerpo con una grave enfermedad, de la cual vino á morir después, pero antes de su muerte tuvo tan grande arrepentimiento de sus pecados, que no cesaba de llorar y gemir continuamente. Preguntóle su madre la causa de su tristeza y llanto. Y ella le respondió, porque siendo cristiana y bautizada no habia guardado los mandamientos de la ley de Dios, como estaba obligada, y así le pedia que pues ella era cristiana y queria morir como tal, no consintiese que la enterrasen conforme á la costumbre de los gentiles, sino al modo de los cristianos. Murió esta doncella y sirvió el aviso para que su madre viviese de allí adelante con más cuidado y recato, y cuando llegó el Padre á aquella isla se confesó esta mujer con él y le contó la enfermedad de su hija.

A este mismo Padre le aconteció que yendo á estas islas del Goto, le arrojó una tempestad á otra isla pequeña y desviada del comercio de las demás. En la cual halló algunas casas de cristianos que habia más de veinte años que no habian visto Padre ni Hermano de la Compañía, y se habian conservado en la fe desde el tiempo que se hicieron los primeros cristianos en aquella tierra, animándose los unos á los otros. Detúvose con ellos el Padre algunos dias predicándolos y confesándolos, y dejóles el órden de lo que habian de hacer para adelante.

CAPÍTULO XXV

Cómo murió Ruiza, padre de D. Agustín, y vinieron segundos embajadores de las Filipinas, antes que Taicosama partiese del puerto de Nangoya.

Antes que partiese Taicosama del puerto de Nangoya, llevó nuestro Señor para sí al buen viejo y antiguo cristiano Joaquin Ruiza, padre de D. Agustin y de D. Benito su hijo mayor, el cual por ser hombre de grande entendimiento y mucha prudencia, era muy estimado de Taicosama y hacia de él mucha confianza; y desde que comenzó á gobernar la monarquía del Japon, dió á Ruiza el gobierno del puerto de Muro y de la isla Injunojima, y después le hizo gobernador de Sacay, que era oficio de grande dignidad. Y cuando vino á Nangoya para hacer la guerra del Coray, le trujo por tesorero general y veedor de toda su hacienda, dejando en Sacay por su lugarteniente á D. Benito su hijo.

Mas como Ruiza era ya viejo que pasaba de setenta años, no pudiendo sufrir el peso de los trabajos y ocupaciones, comenzó á hallarse falto de salud estando en Nangoya, y entónces envió á llamar al P. Organtino, que estaba en Nangasaqui, y con él hizo una confesion general y recibió el Santísimo Sacramento de su mano. Creciendo su enfermedad pidió licencia á Taicosama para volverse á Sacay, y desde allí escribió al P. Alejandro estando para partir á la India, que le enviase al P. Organtino (como en su lugar queda dicho) para que se hallase en su muerte; pero cuando el Padre llegó ya era fallecido. Hallóse en su tránsito un Hermano japon que habia quedado en el Meaco con otros algunos cristianos, y considerando Ruiza que si moria en Sacay haciendo oficio de gobernador, por ventura los de la ciudad le querrian enterrar como á los demás gentiles, por no ponerse en ese peligro, hizo á su hijo D. Benito que le llevase al Meaco, con ocasion de probar los aires de aquella tierra, y mandó armar un altar en el mismo aposento donde estaba y que le aderezasen con las imágenes y cosas de devocion que tenia. Y cuando vió que se llegaba su hora, estando abrazado con un crucifijo, rogó á todos los que allí estaban que se pusiesen en oracion, y con el nombre de Jesus y María en la boca dió el alma á su Criador. Hízose su enterramiento de noche y sin ruido, como él lo habia mandado y pedido, acompañándole solamente los cristianos.

Dejó este buen caballero más de 2.000 ducados de limosna en barretas de oro, para el edifi-

cio de la iglesia de Meaco cuando hubiese licencia para ello, y si no, que los gastasen los Padres en sus necesidades. Tambien dejó un hospital en la misma ciudad de Sacay con renta bastante para sustentar y curar en él 50 enfermos, con órden que los que en él se recibiesen ó fuesen ya cristianos ó tuviesen deseo y propósito de serlo. Partió D. Benito su hijo á Nangoya á visitar á Taicosama y darle cuenta de la muerte de su padre, y por el respeto y amor que le tenia, dejó á D. Benito el gobierno de Sacay, con otros cargos y oficios que su padre tenia, si no fué lo del puerto de Muro y de la isla Injunojima, que estas dos cosas dió á Terazaba, gobernador de Nangasaqui. Cuando dió Taicosama á D. Benito el gobierno de Sacay, le dijo, «mirad que seais recto en vuestro oficio, pues la ley de los cristianos que vos seguís así lo manda,» que era harto indicio de no tener el corazon tan indignado contra la ley de Dios y los cristianos, como al principio; aunque de un dia á otro se veian tantas mudanzas en aquel tirano, que no se podia fiar ni de sus obras ni de sus palabras, porque cualquiera ocasion muy ligera le alteraba y disgustaba.

La respuesta que Taicosama dió para el gobernador de las Filipinas, no llegó allá, porque se perdió el navío y los que iban en él con una recia tempestad que les dió. Y aunque el gobernador tuvo aviso por otras vías de lo que Taicosama habia respondido, disimuló como prudente y no quiso dar á entender que lo sabia, pues no habian llegado los embajadores. Al fin con esta ocasion y otras particulares que para ello tuvo, el año de 1593 envió con la misma embajada cuatro religiosos descalzos de la órden del glorioso y seráfico P. San Francisco, á título de certificarse de lo que Taicosama habia respondido á sus primeros embajadores. Los nombres de estos Padres eran Fr. Pedro Bautista, que por su mucha religion y buenas partes habia tenido oficios y cargos principales en su provincia, y acababa entónces de ser Superior y Comisario de los que residian en las Filipinas; los demás se decian Fr. Bartolomé Ruiz, y Fr. Francisco de San Miguel, y Fr. Gonzalo García, que hacia oficio de intérprete, porque sabia la lengua del Japon.

Partieron estos Padres de Manila por el mes de Mayo de 1593 en compañía del capitan Pedro Gonzalez y de otro gentil que era natural del Japon y se decia Faranda. Llegados al puerto de Firando, donde desembarcaron, los envió á visitar luego el P. Pedro Gomez que hacia oficio de Viceprovincial, desde Nangasaqui con un Padre y algun refresco de la tierra, ofreciéndoles su casa y toda buena correspondencia. Y á los demás religiosos de la Compañía encomendó mucho, que donde quiera que viesen aquellos Padres los hospedasen y tratasen con toda caridad. Desde Firando pasaron al puerto de Nangoya, donde estaba Taicosama por el mes de Agosto de 1593, y allí le dieron el presente que traian, que era un caballo enjaezado de la Nueva España, un vestido castellano y un espejo grande, y como hasta 500 pesos de plata en reales de ocho de los de España, con un escritorio dorado.

Recibiólos Taicosama con buena gracia, y mostró contento con el presente que le habian traido. Díjole entónces el P. Fr. Pedro por medio de su intérprete, cómo el gobernador de las Filipinas los enviaba á saber si era de Su Alteza una carta que le habian dado, porque los embajadores que él habia enviado para certificarse de esto, no habian vuelto á Manila. Respondió Taicosama con su acostumbrada soberbia y arrogancia que la carta era suya, y que viniese luego el gobernador ó su hijo á darle la obediencia, y le agradeciese no haber enviado sobre los luzones la gente que envió contra los corais. Dijo á esto el P. Fr. Pedro que el gobernador no podia dar obediencia á nadie sin tener mandato y órden expreso de su rey para ello, ni ellos traian comision más que para decir á Su Alteza, que los luzones tenian trato y comercio con el Japon como hijos con su Padre, y que serian siempre fieles; pero que si Su Alteza mandaba, ellos quedarian en Japon como en rehenes, hasta que el gobernador respondiese á su carta. Dijo Taicosama que no queria quedasen en Japon, sino que jurasen que los luzones serian leales y fieles.

Tornáronle á suplicar que les diese licencia para ver la grandeza de sus palacios y edificios que tenia en Meaco y Osaca, para poderlo contar después en donde quiera que se hallasen. Holgó de dársela, pero con condicion que no predicasen la ley de los cristianos, porque no queria que se extendiese más en Japon. Con esto los envió al Meaco en compañía de un gentil, hombre principal que se decia Fajegaba, para que les diese en aquella ciudad casa y todo lo necesario.

Antes de partir los Padres para el Meaco, enviaron á pedir al P. Pedro Gomez, Viceprovincial que estaba en Nangasaqui, algunos libros por donde pudiesen deprender la lengua, porque de todos cuatro religiosos solo uno que no era sacerdote la sabia. Envióles luego el Padre un arte, un vocabulario y algunos diálogos fáciles, con unos confesionarios y otros librillos á

propósito, de que los Padres habian menester, compuestos en lengua del Japon, la declaracion impresa en nuestra lengua, para que junta la una con la otra se entendiese mejor. Llegados los Padres al Meaco en compañía de Fajegaba, él les aderezó dentro de su misma casa cuatro aposentos y una capillita en que pudiesen decir misa, como los mismos Padres se lo pidieron.

CAPÍTULO XXVI

Cómo Taicosama volvió de Nangoya á su nueva ciudad de Fujimi, y los disgustos que comenzaron entre el tirano y su sobrino.

Como cesó la razon de pasar Taicosama al Coray por entónces, hasta tener respuesta de los capítulos que habia enviado al rey de la China, con ocasion de una grave enfermedad de su madre (de la cual murió) dió la vuelta para el Meaco entrado ya el año de 1594 al principio del verano, y fué maravilla no acabar su vida en aquel viaje, porque el navío en que iba dió en unas peñas y él escapó con harto peligro, y llevaran todos en paciencia y con harta alegría si nuestro Señor fuera servido que con su muerte se acabaran los trabajos de aquella cristiandad, pero dejóle Su Divina Majestad para probarla y ejercitarla más con aquel tirano.

Quisiera mucho Taicosama que en llegando al puerto de Sacay, saliera su sobrino á recibirle y entregarle de su mano el gobierno del Japon que le habia dado, pues nó habia de pasar entónces al Coray; pero como el sobrino habia ya comenzado á gustar de lo que era mandar y gobernar, hacíasele muy de mal tornarlo á dejar; y así se estuvo quedo en Meaco fingiendo cierta enfermedad, y contentándose con enviar á visitar á su tio y darle el parabien de su venida, pero sin ofrecerle nada.

Quedó mal contento de esto Taicosama y poco satisfecho de su sobrino y aun con recelo que no le armase alguna traicion, confederándose con algunos señores á quien él tenia disgustados. Pero disimulando su enojo, como sagaz y prudente, por no ponerse en algun peligro, fuése derecho á la ciudad de Osaca y comenzó á gobernar y disponer en todas las cosas como lo hacia antes, con grande disgusto de su sobrino; y por mucho que el uno y el otro querian disimular sus sentimientos, no era de manera que no lo echasen de ver los que estaban á la mira de lo que pasaba, especialmente cuando vieron que ni Taicosama fué al Meaco á hacer las honras de su madre, ni el sobrino fué á Osaca á darle el pésame de la muerte, porque ya no se fiaban el uno del otro.

Al mismo tiempo sucedió una cosa que dió harto que pensar y hablar á los gentiles, porque miran mucho en agüeros. Habia un famoso templo en Japon cerca de Meaco, donde estaba una campana muy nombrada en aquella tierra, cuyo sonido era tan extraordinario que se oia muchas leguas, y aquellos dias le perdió; de manera que aunque la tocaban muy recio no se oia nada, y decian los japones que era señal de grandes alteraciones, interpretándolo cada uno á su gusto y á su modo; y en su lugar diremos en lo que pararon estos disgustos de Taicosama y su sobrino.

Dentro de pocos dias como llegó el tirano á Osaca, se pasó á vivir con toda su corte á la nueva ciudad de Fujimi, cuya grandeza y hermosura decian todos que excedia mucho á la que edificó Nobunanga en el reino de Mino, y á los edificios, palacios y fortalezas que este tirano habia hecho en Osaca y en Meaco. Dejó él mismo hecha la traza antes de partir al puerto de Nangoya, y desde allá daba mucha prisa para que se ejecutase, y cuando él volvió la acabó de poner en perfeccion. Y como él comenzó á gustar de vivir en ella, obligó á todos los señores y caballeros que hiciesen allí sus casas y palacios los más ricos y vistosos que cada uno pudiese, y con esta ocasion se pasaron tambien á la nueva ciudad los mercaderes ricos, y creció el número de los vecinos y moradores tanto, que vino á ser una de las mayores y más hermosas ciudades que habia en todos aquellos reinos. Tenia las calles muy derechas y bien concertadas, y alrededor de la misma ciudad mandó hacer otras calles muy largas y cercadas de muchos pinos y otros diversos árboles, para que estuviese más fresca y apacible con la vista de ellas.

Pero lo que más admiracion puso en todos, fué que al pié de la fortaleza que estaba fuera de la ciudad, hizo para su recreacion en una grande llanura que allí habia, un alto y levantado monte, que á quien le vió después de hecho parecia cosa increible. Mandó juntar para esta obra innumerable gente, y con el continuo trabajo y deseo que tenian de darle gusto acabaron lo que nadie pudiera imaginar. Porque no sólo hicieron el monte que era muy grande, pero trujeron infinitos árboles y otras muchas yerbas con sus raíces y tierra con inmenso trabajo, de diversas partes para plantarlos allí, y pusiéronlo de tal manera que ninguno lo juzgara por cosa artificial, sino que era un monte y arboleda criada de muchos años. En el cual habia sus caminos muy bien trazados para que se pudiese gozar mejor de su frescura, y á trechos algunas casas de recreacion con sus torres y chapiteles muy hermosos.

Y no contento con todo esto hizo sacar de su

madre con artificio un caudaloso rio que pasaba una legua de allí, dividiéndole en dos brazos para que rodease con ellos esta nueva ciudad y pudiesen venir por él los navíos y embarcaciones, para que estuviese mejor proveida de todo, y porque el un brazo de este rio venia á dar al pié del nuevo monte, hizo allí una grande muralla de cal y canto para su defensa, y para entrar y salir de la ciudad unas muy hermosas puentes de más de 200 pasos en largo, y tan altas que pudiesen pasar los navíos por debajo. Tenia este tirano grande traza en cosas de fábricas y edificios, y mayor corazon para ejecutar lo que una vez emprendia, porque en siendo cosa que tocaba á su gusto y contento ó demostracion de su grandeza, ni reparaba en el trabajo, ni en las dificultades, ni en los gastos excesivos, y todo se le hacia fácil y muy llano.

CAPÍTULO XXVII

Cómo el P. Organtino y sus compañeros visitaron los cristianos del Meaco y reinos comarcanos, y el P. Gregorio de Céspedes á los que estaban en las fortalezas del Coray.

Desde el puerto de Nangasaqui envió el Padre Provincial Alejandro al P. Organtino con otros compañeros á las partes del Meaco, como en su lugar queda dicho. Y aunque siempre andaban con el recato que en otras partes, pero cuando el tirano estuvo en Nangoya vivian con ménos peligro. Vino al mismo tiempo D. Simon Condera al Meaco y fuéle á visitar el P. Organtino, y ofrecióle cierta conserva que le habian dado los portugueses cuando estuvo en Nangasaqui. Tomóla, y el mismo dia la presentó á su sobrino de Taicosama, diciendo que el P. Organtino se la enviaba por haber venido del puerto y traídola de allá. Respondió Cambacundono que ya él conocia mucho al Padre y holgaba que fuese venido al Meaco, y que en todo lo que pudiese le favoreceria, y dentro de pocos dias le envió 200 fardos de arroz de limosna. Y en otra ocasion hablando con algunos caballeros y señores, dijo que le pesaba de que su tio hubiese tratado tan ásperamente á aquellos Padres, porque su ley no sólo era buena, pero ayudaba mucho á que los criados y vasallos fuesen fieles y obedientes á sus señores, como lo habia experimentado.

Vuelto Taicosama de Nangoya, puso á los Padres en nuevo cuidado para no darle ocasion de disgusto y ofension. Favorecíalos con buena voluntad el gobernador de Meaco Guenifoin, y hablando un día con Taicosama, que le halló de buen temple, le dijo cómo habia quedado en aquellas partes de Meaco un Padre de los de la Compañía muy viejo y enfermo, que por haber más de treinta años que salió de su tierra, no podia pasar sino con el temple de aquella, y que á él le habia pedido licencia para estar allí, y le hacia mucha compasion, por ser extranjero y tan enfermo, y quedar tan solo y desamparado. Respondió Taicosama que bien le podia dejar, que como no tuviese iglesia ni predicase la ley de los cristianos, importaba poco que se quedase en Meaco un viejo y enfermo. Habida esta licencia encomendó el gobernador al Padre y á sus compañeros mucho que anduviesen con grande recato y sin hacer ruido, hasta que el tiempo descubriese lo que convenia, porque si lo hacian así, él los ayudaria y favoreceria en todas las ocasiones, como lo habia hecho hasta allí.

Con este favor y aviso del gobernador tomó el P. Organtino una casa junto á un cristiano principal y acomodada con su capilla y oratorio secreto para decir Misa, y allí vivian todos cuatro recogidos, y los cristianos acudian una vez unos y otra vez otros á horas y tiempos que ménos se echaba de ver, y así podian oir misa y confesarse, y tener sus pláticas, sermones de la ley de Dios, y en público ninguno de ellos salia si no era el P. Organtino, que sabia tenia licencia de Taicosama para estar en Meaco, á donde tambien acudia el H. Juan Rodriguez, intérprete del P. Alejandro, que tenia la misma licencia, y con esto se disimulaban mejor los demás compañeros, aunque pocas veces estaban juntos. Porque de ordinario salian los dos á visitar los cristianos de aquellos reinos comarcanos, repartiéndose de manera que pudiesen acudir á todos; el P. Organtino, como más conocido de los que vivian en las partes del Meaco, salia por los lugares de aquel reino y recogíanse luego á la casa de Meaco por no hacer falta á los cristianos de aquella ciudad y á muchos gentiles que nuestro Señor despertaba para recibir su santa ley.

El P. Francisco Perez con otro Hermano fueron á visitar á los del reino de Mino y Boari, donde habia algunos cristianos de los que antiguamente tenian sus casas y haciendas en las fortalezas y lugares cerca de Meaco. Tambien pasó este Padre al reino de Jeichu, donde confesó á Dario, padre de Justo Ucandono, que estaba muy enfermo, y con esta ocasion le trujo su hijo á curar al Meaco por ser grandes los frios y nieves de aquella tierra.

El mismo año de 1594 fué el P. Gregorio de

Céspedes á la isla de Zeujima y al Coray, porque D. Agustin y los demás señores y caballeros cristianos que allí habia, enviaron á pedir al Padre Pedro Gomez que enviase quien los confesase y predicase. Llegado el Padre á la isla de Zeujima, recibióle con mucho consuelo doña María, hija de D. Agustin y señora de aquella tierra, y porque estando allí se revolvió el tiempo de manera que no pudo pasar al Coray en algunos dias, tuvo lugar de confesar á aquella señora y á toda su casa que eran cristianos, y predicar á los gentiles y hombres principales de aquella ciudad, que hasta entónces no se les habia predicado la ley de Dios con la guerra que sucedió del Coray, porque después que se hizo cristiano el rey de Zeujima en Meaco, bautizáronse en los dias que allí se detuvo el Padre como 20 personas de las principales, sin otra gente más ordinaria.

Sosegado el tiempo, partió el Padre para el Coray y llegó en pocos dias á la fortaleza de D. Agustin, y aunque él no estaba en ella, los recibió su hermano Vicente, que habia quedado en su lugar; pero volvió dentro de dos dias acompañado del rey de Zeujima y de otros señores y caballeros. Dióle el rey las gracias de los que se habian bautizado en Zeujima, y pidió al Padre que se llegase á la fortaleza donde tenia alojada su gente, porque habia muchos que deseaban oir sermon y recibir el santo Bautismo. Envió el Padre á su compañero para que los instruyese entre tanto que él confesaba á don Agustin y á los de su fortaleza, ofreciendo que él iria después á bautizarlos.

Cuando le avisaron que era tiempo, partió para allá y bautizó á un sobrino del rey de Zeujima con algunos otros caballeros, hallándose él presente á todas las pláticas para informarse más de raíz de todas las cosas de su salvacion, y tenian bien que hacer el Padre y su compañero, porque como todos aquellos cristianos ni habian oido misa ni sermon, ni confesádose desde que partieron del Japon para la guerra del Coray, para satisfacer al deseo de todos era necesario trabajar no sólamente el dia sino grande parte de la noche.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo los Padres Descalzos edificaron casa é iglesia en Meaco y dieron principio á otras dos en Osaca y en Nangasaqui.

Vuelto Taicosama de Nangoya á las partes de Meaco, estando en su nueva ciudad de Fujimi, le suplicaron los Padres Descalzos que habian venido de las Filipinas, les mandase dar Su Alteza donde pudiesen vivir solos, porque eran religiosos y estaban muy encogidos en casa ajena. Remitió Taicosama esta peticion á Guenifoin, gobernador de Meaco, mandándole que los acomodase de su mano. Señalóles el gobernador un sitio que pareció ser á propósito y más á gusto de los mismos Padres, á los cuales encomendó mucho que no predicasen ni tuviesen concurso de cristianos en su casa, porque esta era la voluntad de Taicosama, y así se lo avisaba de su parte. Comenzaron luego los Padres su edificio, y con la buena ayuda que tuvieron de limosnas, hicieron su casa y edificaron una iglesia con su coro y capilla mayor, y cercaron todo el campo que tocaba al sitio que les habian dado. Pusieron á este convento por nombre Nuestra Señora de Porciúncula, á imitacion de la primera casa que fundó de su órden el glorioso P. San Francisco. Y en su mismo dia á los 4 de Octubre de 1594, dijeron en aquella iglesia la primera misa y comenzaron á predicar continuando después los sermones todos los domingos y fiestas.

Puso en cuidado á los cristianos ver que los Padres predicaban públicamente en su iglesia estando tan cerca de ellos el tirano, y cuán poco habia menester para alterarse de nuevo contra la cristiandad. Avisáronles de este inconveniente algunos cristianos que eran gente principal, pidiéndoles que procurasen acomodarse con el tiempo, hasta que nuestro Señor diese la paz que todos deseaban, porque con ella podrian hacer las cosas más á gusto. Este mismo aviso les dieron algunos gentiles amigos y conocidos suyos, y entre ellos el huésped que los habia tenido en su casa, y Faranda Queymon que los trujo de Manila; y porque no les echasen después á ellos alguna culpa, dieron cuenta á Guenifoin, gobernador de Meaco, de todo lo que pasaba. Sintió mucho el gobernador que no hubiesen tomado aquellos Padres su consejo, y envióles á decir que tuviesen cerradas las puertas de la iglesia y cubierto el altar, y no admitiesen concurso de gente, porque el mismo gobernador temió, que sabiéndolo Taicosama, se habia de enojar con él porque lo consentia, y para certificarse más de la voluntad de su señor, estando hablando un dia con él, le dijo que aunque los Padres que habian venido de Luzon decian que sólo era para tratar de las paces entre ellos y Japon, pero que sospechaba deseaban predicar la ley de Dios y hacer cristianos. Respondióle Taicosama muy alterado, no harán ellos eso, porque haré yo en los unos y en los otros un muy riguroso castigo, que esta ley es muy

perniciosa para los reinos del Japon, y así no consentiré que hombre de valor se haga cristiano.

Cuando los Padres comenzaron el edificio de la casa é iglesia, escribieron á los de su convento que habia en Manila, cómo tenian sitio y edificada iglesia, y esperaban una grande conversion de aquella gente, lo cual movió á algunos otros religiosos de la misma órden, á pasar en Japon con el mismo celo y deseo de ayudar aquellas almas. Con esta ocasion vinieron el año de 1594 otros tres Padres, porque aunque salieron cuatro de Manila, al uno de ellos llevó nuestro Señor para sí antes de llegar al Japon.

Los nombres de estos tres Padres eran Fray Agustin Rodriguez, Fr. Marcelo de Rivadeneira y Fr. Jerónimo de Jesus, los cuales trujeron una carta del gobernador de las Filipinas, con otro presente que enviaba á Taicosama, que eran dos búfalos, macho y hembra, dos gatos de Algalia, un novillo y vestido castellano con algunos boyones que los japones estiman mucho, porque son unos vasos en que conservan la yerba que ellos llaman cha.

Recibió Taicosama este segundo presente con el mismo gusto que el primero, aunque con poca satisfaccion de la carta que le trujeron del gobernador, porque no debia ser la respuesta como él la esperaba.

Viéndose el P. Fr. Pedro Bautista con tantos y tan buenos compañeros, dió principio á otra casa en la ciudad de Osaca, tomando una que allí le pareció ser á propósito y acomodándola á su modo; á esta segunda casa puso por nombre el convento de Belen. Deseaba tambien el mismo Padre fundar otra tercera en el puerto de Nangasaqui, y pareciéndole que habia de haber en ello alguna dificultad, acudió al gobernador Guenifoin, diciendo cómo dos religiosos de sus compañeros tenian necesidad de irse á curar al puerto de Nangasaqui, que les sacase una provision de Taicosama para poder estar allí. Respondióle el gobernador que para irse á curar ninguna necesidad tenian de provision, porque nadie les daria disgusto ni pesadumbre. Con esto partieron para Nangasaqui el P. Fr. Pedro Bautista y el P. Fr. Jerónimo su compañero. Recibiéronlos en su casa y hospedáronlos los Padres de la Compañía, procurando de servirlos y acariciarlos quince ó veinte dias que allí los tuvieron.

Poco después se pasaron á una iglesia pequeña que se decia San Lázaro y estaba fuera del pueblo junto á dos hospitales en que se curaban los leprosos. Tenia á su cargo esta iglesia la Casa de la Misericordia, á quien tambien tocaba el cuidado de aquellos dos hospitales.

Causó esta entrada en la iglesia tan repentina alguna turbacion en los mayordomos del hospital de la Misericordia, por haberse hecho sin decirles nada; pero muy mayor en el teniente del gobernador Terazaba que era gentil y residia en aquel puerto, porque le habia mandado su señor estuviese desierta y no se dijese misa en ella ni hubiese altar ni imágenes dentro. Y cuando vió que los Padres decian allí misa y predicaban públicamente, escribió á su amo que estaba entónces en el puerto de Nangoya si habia dado licencia para ello.

Enojóse de esto mucho el gobernador Terazaba y envió á decir á su teniente que le pusiese en lista todos los nombres de los cristianos que fuesen á oir misa á San Lázaro, porque los habia de mandar cortar las cabezas, y que él estaba entónces de camino para Meaco y sabria la voluntad de Taicosama ó la licencia que habia dado para aquello.

Con este recaudo que tuvo el teniente mandó pregonar con graves y rigurosas penas, que nadie fuese á la iglesia de San Lázaro á oir misa ni sermon ni hacer oracion á una cruz que estaba allí cerca, que fué de harto desconsuelo para los cristianos de aquella ciudad, porque tenian particular devocion en visitar cada dia aquella cruz.

Llegado Terazaba á Meaco informóse muy en particular del gobernador Guenifoin de la licencia que habia dado á los Padres para ir á Nangasaqui y predicar, y conferido el negocio entre los dos, vuelto á Nangoya, escribió á su teniente con última resolucion, que no estuviesen aquellos Padres en San Lázaro ni en ningun lugar de los que pertenecian á su jurisdiccion.

Esta resolucion de entrambos gobernadores nació del temor y recelo que tenian de que no les hiciese cargo Taicosama, que consentian aquellas cosas contra su mandato y prohibicion, pareciéndole que siendo tan públicas era imposible que dejasen de llegar á su noticia; porque los propios émulos y enemigos de los mismos gobernadores se lo dirian por cargarles aquella culpa y descomponerlos con Taicosama. Sabiendo el P. Viceprovincial Pedro Gomez este nuevo trabajo de aquellos siervos de Dios, fué él mismo en persona á rogarles que se volviesen á la casa de la Compañía donde primero habian estado, y desde allí podrian esperar el suceso de aquellos negocios y ver si los gobernadores se aplacaban. Pero los Padres determinaban volverse á las partes de Meaco, donde tenian dos casas, y por eso no aceptaron la que el P. Pedro Gomez les ofrecia.

CAPÍTULO XXIX

Cómo fueron creciendo las sospechas y disgustos entre Taicosama y Cambacundono, y la fiesta que el sobrino hizo á su tio.

En el cap. XXVI queda dicho cómo Taicosama y Cambacundono su sobrino comenzaron á recelarse el uno del otro y tener disgustos y sentimientos entre sí. Estos iban creciendo cada dia, porque Taicosama gobernaba y disponia las cosas como antes, y su sobrino que habia comenzado á gustar de no reconocer á nadie, sentia por extremo cuanto su tio hacia y ordenaba, á lo cual ayudaban algunos privados del mismo Cambacundono, deseando tener mano en el gobierno más de la que tenian gobernando Taicosama. Tambien enfadó mucho al sobrino que estando su tio en Nangoya, le escribió dos ó tres veces que se aparejase para ir al Coray y conquista de la China, porque pensaba darle allá otros muchos reinos, y con la misma dignidad que tenia en Japon, pareciéndole que esto era quererle quitar lo que tenia y librárselo en cosas inciertas y dudosas. Pero lo que últimamente le acabó de disgustar fué que habiéndole nacido un hijo á Taicosama, cuyo nacimiento él solemnizó mucho, comenzó á echar nuevas trazas para poner en su cabeza la monarquía del Japon, y para esto quiso que su sobrino le tomase tambien por hijo, y dentro de cierto tiempo renunciase en él el título y dignidad de Cambacundono y la posesion de los reinos del Japon, lo cual causó notable pena al sobrino, porque teniendo él hijos y grandes, queria su tio desheredarlos para entronizar el suyo que apénas pasaba de un año.

Andaba ya esta plática en boca de todos los señores y caballeros, y cada uno hacia sus discursos; que ó el sobrino mataria al tio, ó al revés, y así estaban todos á la mira para ver en lo que habia de parar aquel negocio. Porque si el sobrino tenia sospechas y sentimientos del tio, mucho mayores las tenia Taicosama de su sobrino; pero como más sagaz y experimentado supo mejor disimular y engañar al sobrino para hacer después su hecho. Y lo primero procuró de asegurarle así á él, como á los de la corte, porque no corriese tanto aquella fama y fuese ocasion de alguna novedad y alteracion. Y para esto dijo que queria se hiciese una fiesta muy solemne que antiguamente solian hacer los señores de la Tenza cuando renunciaban sus estados en sus hijos y parientes, en la cual iban á visitar al nuevo sucesor, no solamente los reyes y señores que se hallaban en la corte, sino tambien el mismo padre ó pariente que renunciaba, y por no haberse hecho esta fiesta cuando Taicosama renunció en su sobrino, por estar todos de prisa para la guerra del Coray, quiso hacerla en esta ocasion.

Avisó Taicosama á su sobrino, cómo queria irle á visitar á sus palacios en Meaco, y para esto mandó que se juntasen los señores y caballeros que podian hallarse en Meaco para aquel dia, y que trajesen los mejores vestidos y aderezos que tuviesen para sus personas y criados. Estimó mucho Cambacundono el favor que su tio le queria hacer, y comenzó á perder algo del disgusto y recelo qne de él tenia, y aparejó para la fiesta ricos y costosos presentes que pensaba hacerle, y uno de los más solemnes convites que se hubiesen visto para el dia que viniese á sus palacios. Y porque la costumbre del Japon es comer sentados en el suelo, y servir en cada mesa su plato, mandó hacer grande cantidad de mesas pequeñas, unas bajas y otras más altas, pero muy preciosas y vistosas, porque algunas de ellas estaban con mil labores de oro molido, y otras de un barniz negro ó bermejo, pero tan claro y resplandeciente que parecian espejos. Y conforme á la grandeza y magnificencia del banquete ponen á cada uno delante más ó ménos mesas, conforme á los platos que en él se sirven. Dice que pasaron de 13.000 las que Cambacundono mandó hacer para este convite, la mitad de ellas para el servicio de los hombres, y la otra mitad para las mujeres, porque siempre comen en lugar apartado que no las vean los hombres. Tenia Cambacundono señalados 1.000 hombres para dar recaudo en las mesas, que todos eran muy diestros en aquel oficio, porque no hubiese algun desórden ni desconcierto, que lo miran mucho los japones.

Llegado el dia, y estando las cosas á punto, dijo Taicosama que se dilatase la fiesta por otros seis ó siete dias. Causó esto notable turbacion en todos, y comenzaron á doblarse las sospechas de que habia algo entre el tio y el sobrino, pues tan de repente se habia mudado Taicosama. Dicen que fué la causa haberle avisado un grande privado suyo, que no fuese porque le tenian armada cierta traicion para matarle. Y ora ello fuese así ó no, Cambacundono quedó muy corrido y afrentado de haber hecho un gasto tan excesivo, y que su tio tuviese de él tal sospecha; y procuró dar las satisfacciones sobre el caso. Al fin mirando más en el negocio, Taicosama se resolvió de ir al séptimo dia como lo habia dicho, pareciéndole que por una parte era grande flaqueza dar muestra de que se temia ó

recelaba de su sobrino, y por otra en no yendo era romper con él al descubierto, y obligarle á que hiciese lo que por ventura no habia pensado.

Resuelto Taicosama en hacer la visita de su sobrino, quiso que su mujer entrase un dia antes en Meaco, para que yendo cada uno por sí se descubriese más su Majestad y grandeza. Partió, pues, Guitanomador Corosama, que así se llamaba la mujer de aquel tirano, de la ciudad de Fujimi para el Meaco con este acompañamiento.

Venian delante la guarda de Taicosama que era mucha, y de muy lucidas armas, y luego iban tres cofres grandes (en que llevaban sus vestidos) cubiertos con reposteros tejidos de seda y oro. Tras estos iban más de otros 50 cofres con los vestidos de sus mujeres, y 15 ó 16 caballos muy enjaezados, cargados de oro y plata y otros presentes ricos que Taicosama y su mujer habian de presentar al sobrino y repartir entre los criados de su casa para mostrar su liberalidad. Seguíanse luego algunos caballeros principales y capitanes con las insignias de sus oficios y dignidades, cada uno con grande acompañamiento de criados y vistosas libreas. En el sexto lugar iban ocho literas muy ricas á manera de andas con algunas damas. En el séptimo, dejando desocupado un grande espacio, iba la litera de su mujer de Taicosama, cubierta toda de oro con unas graciosas cortinas por de fuera, las cuales movia el aire con mucha gracia, y con sus celosías, por las cuales sin ser vista podia ver á todos. Ultimamente después de Corosama iban más de otras 100 literas de señoras muy principales que la acompañaban, y junto á ellas otras 150 á caballo con ricos y preciosos vestidos. A cada una de estas señoras acompañaban muchos caballeros, sin otra infinidad de gente de á pié y de á caballo que remataba aquella procesion. Con este órden llegó Corosama á la fortaleza y palacios de Cambacundono, y la misma tarde le dió tres presentes y dones de oro y plata, sedas y damascos y otras cosas, aunque dicen que fueron mayores los que él mismo le presentó despues en agradecimiento de la visita.

Aquella misma noche vino Taicosama al Meaco sin ruido, y se aposentó siete ú ocho calles de los palacios de su sobrino, para hacer desde allí su salida por la mañana, la cual fué con este órden. Primeramente puso desde su posada hasta los palacios de su sobrino 700 hombres de guarda con montantes desenvainados en las manos, los cuales representaban grande autoridad y dejaban hecha una calle por donde habia de pasar Taicosama. Salieron luego como 300 caballeros principales con las insignias de sus oficios y dignidades, que cada uno llevaba su particular acompañamiento de criados con sus libreas. Seguíanse á estos otros caballeros que llevaban las propias insignias de la dignidad de Taicosama, que eran arcos y flechas, alfanjes y estoques.

Venia luego Taicosama en un carro triunfal, que cuanto de él se parecia por de fuera eran planchas de oro con hermosas labores. Tiraban este carro dos bueyes negros con sus guarniciones de terciopelo carmesí y zapatos de lo mismo, y delante iban otros dos con unas gualdrapas de tela de oro, por ser esta costumbre antigua de los señores de la Tenza llevar sus carros triunfales con bueyes y no con caballos. Alrededor del carro iban muchos pajes ricamente aderezados, y junto á él los cunjes del Consejo del Dayri. Y últimamente todos los señores y caballeros principales que se hallaron en la corte, y cada uno con su particular acompañamiento de criados y la mejor librea que podia sacar.

Salió Cambacundono de sus palacios á recibir á su tio con otro acompañamiento semejante, y cuando llegaron los carros del tio y sobrino á vista en una calle principal, se detuvieron entrambos y Cambacundono envió un recaudo á su tio por medio del gobernador de Meaco y de un criado del Dayri, dándole el parabien de su venida; y él le respondió con otro harto corto y breve, diciendo que fuese delante, que él iba luego. Duró este recibimiento desde que salió Taicosama de sus palacios hasta entrar en los de su sobrino, desde la mañana hasta dos horas después de mediodia. El que daba órden en todo esto y ponia la gente en sus propios lugares era Guenifoin, gobernador de Meaco y hombre de grande capacidad y entendimiento. Ofreció Taicosama á su sobrino ricos dones, como lo habia hecho su mujer, y él los presentó doblados á su tio, el cual le hizo aquellos dias mil caricias para asegurarle más, mostrando lo mucho que le queria y amaba; con lo cual el pobre príncipe quedó tan seguro y descuidado como la primera vez cuando le entregó su tio el gobierno. Y así procuró festejarle aquellos dias, no sólo con los convites espléndidos que le hizo, sino con músicas, entremeses y otras mil invenciones que buscó para servirle y regalarle en su casa.

Pasados los tres dias convidó á Taicosama uno de los mayores señores del Japon, el cual hizo excesivos gastos en el banquete; porque cuando alguno convida al señor de la Tenza, le han de dar de beber nueve veces, y cada vez que le dan la taza le hacen un presente; y así le

ofreció Fidanocamidono la primera vez 100 barras de oro, que son 4.500 ducados á su cuenta. Y las demás le ofreció ricas piezas de sedas y damascos y espadas de mucho precio; y pasó de 15.000 ducados lo que valian todos los presentes que le hizo en aquella comida; y con esto se volvió Taicosama á su ciudad de Fujimi, con el mismo acompañamiento que él y su mujer habian traido.

CAPÍTULO XXX

Cómo Taicosama quitó á su sobrino el estado y le encerró en un monasterio.

Quedó tan agradecido Cambacundono de la visita y honra que le habia hecho Taicosama en venir á sus palacios de Meaco, que determinó hacerle otros nuevos convites y fiestas en la ciudad de Fujimi, que su tio habia edificado. Hizo para esto gastos muy extraordinarios por dos ó tres veces, ofreciéndole Taicosama que se hallaria en ellos, pero jamás lo cumplió, lo cual le dió tanta pesadumbre á Cambacundono, que tornaron á renovarse en su pecho las sospechas y disgustos pasados, y como hombre enfadado de las cosas de su tio, se volvió para la ciudad del Meaco; y aun dicen que trató de confederarse con algunos señores principales del reino, que tenian los mismos sentimientos y disgustos con Taicosama. Y para hacer esto con más disimulacion y secreto, envió un caballero muy privado suyo que se llamaba Jibaringo para que pidiese á todos los señores una cédula firmada de su nombre, en que le serian fieles y estarian aparejados para servirle en lo que les mandase.

Andando Jibaringo recogiendo estas cédulas, llegó al rey de Amanguchi, que era señor de nueve reinos, el cual reparó en lo que se le pedia, y respondió que si él hubiera hecho algun deservicio á Cambacundono, tuviera razon de pedirle aquella cédula para asegurarse de él, pero que no le habiendo hecho deservicio, no le estaba bien á su honra darla, y al punto dió aviso á Taicosama de lo que su sobrino pedia á los señores. El tio como sagaz y discreto, por no alterar más las cosas, respondió al rey de Amanguchi, que bien podia dar la cédula que su sobrino pedia, porque ni habia inconveniente ni misterio en aquello. Y de ahí á pocos dias envió un recaudo á Cambacundono desde Fujimi. que viniese á verse con él, porque tenia que hablarle. Comenzó á temer el sobrino que sabia Taicosama en los pasos que andaba, y disculpóse de no ir á Fujumi con decir que estaba enfermo. Tornóle á enviar otro segundo recaudo con cinco caballeros principales privados suyos, y uno de ellos era el gobernador de Meaco, á los cuales tomó juramento que darian á su sobrino cinco capítulos que le enviaba en un papel y le volverian la respuesta enteramente como la diese.

«El primero de estos capítulos era que no podia entender que estuviese enfermo cuando le envió á llamar, pues al mismo tiempo se ocupaba en ejercicios de armas. El segundo, le reprendia mucho una crueldad que tenia tan contraria á su dignidad, como era matar hombres por su mano, porque en este vicio era muy notado Cambacundono. El tercero, que le hacia grande novedad que todas las veces que salia fuera llevaba consigo más gente de la que solia. El cuarto, que fuera de la guarda ordinaria que le acompañaba en aquellos dias, habia acrecentado 1.000 hombres de escopetas. Lo quinto y que más le admiraba, era saber que pedia cédulas firmadas á los reyes y señores de fidelidad.»

A todos estos capítulos respondió Cambacundono, que sólo pretendia en aquellas diligencias estar el más seguro de que los señores del Japon serian fieles y leales para poder emplearse él más libremente en su servicio. Dijo entónces Taicosama: si eso es como lo dice y que no lo hacia por otros respetos, envie un juramento firmado de su mano. Todo esto hacia Taicosama con disimulacion, porque habia enviado por gente á diversos reinos para hacer su hecho, y estábala aguardando, y por eso iba entreteniendo los negocios hasta que llegasen.

Cuando tuvo aviso Taicosama que eran llegados á Osaca ciertos señores que él habia hecho llamar, envió otro recaudo á su sobrino en esta forma:

«Luego que oyéredes mi mandato, os venid á Fujimi sin traer con vos más que algunos pajes á dar cuenta de vos, porque tengo por cierto que me quereis hacer traicion, y si no quisiéredes venir á Fujimi, idos al reino de Boari, á la fortaleza de Quiyojosu. Y si ninguna de estas cosas quisiéredes hacer, yo voy luego en persona á quitaros la vida y quemaros los palacios.» Y al mismo tiempo hizo poner mucha gente en los caminos y parte por donde habia de ir, y en las calles de Meaco para que le prendiesen si quisiese huir »

Recibido el recaudo de Taicosama, y sabiendo Cambacundono el apercibimiento que tenia hecho, se resolvió de ir al reino de Boari, adonde su tio le mandaba, pareciéndole que con esto se le pasaria el enojo y volveria presto en su gracia, y por obligarle más, fué á despedirse de él á Fujimi, llevando sólamente en su compañía

unos pocos pajes, lo cual puso admiracion y espanto en toda la ciudad. Detúvole Taicosama un dia en una casa particular sin verle, y últimamente le envió otro recaudo, que sin réplica ni respuesta se fuese derecho al monasterio de Coya que estaba en el reino de Cunocuni en unas altísimas sierras, y que sólo diez pajes le acompañasen, y mandó poner espías por los caminos para ver si iban con él algunos fuera de los que él habia dicho.

Tenia el gobernador de Meaco Guenifoin un hijo de veinte años que se habia bautizado aquel mismo año y se decia D. Paulo, mozo de muy buenas partes, el cual sabiendo que Cambacundono era partido de Fujimi, tomó un caballo, porque era muy amigo suyo y fué en su seguimiento. Encontráronle las espías de Taicosama y procuraron detenerle, diciendo que no se pusiese en tan manifiesto peligro, porque le mandaria matar Taicosama si lo supiese, y que ellos como amigos le rogaban que se volviese. Pero él les dijo que su padre tenia renta en el lugar donde Cambacundono no habia de hacer noche, y que no podia dejar de hospedarle y regalarle, pasando por allí; y diciendo esto, pasó adelante con su caballo. Alcanzó aquella noche á Cambacundono, y él le hizo volver desde allí á Meaco á la misma hora, con otro hermano suyo que se decia D. Constantino, de diez y seis años, que tambien se habia bautizado el mismo año, y era el principal de sus pajes.

Bien supo Taicosama lo que habia hecho el hijo de Guenifoin su gobernador, pero dióse por no entendido, por lo mucho que queria á su padre, el cual estaba enfermo aquellos dias, y no quiso darle nueva pesadumbre con este negocio. Mostró bien Taicosama lo que queria á Guenifoin, en disimular el disgusto que le dió su hijo, y en el cuidado que mandó tener de su enfermedad; porque le fué á visitar él mismo en persona, y le dijo con mucho amor; «si tú te mueres yo me pierdo, porque de ti penden todas mis cosas.» Y haciendo juntar á todos los médicos más nombrados, les dijo que mirasen cómo le curaban, porque si se les moria se lo habian de pagar; y tenia puestos pajes que por momentos le avisasen de cómo le iba.

Salido Cambacundono de Fujimi para Coya, la primera noche se quitó el cabello y mudó el nombre, y se llamó Doy, que quiere decir, con la razon me libraré, y lo mismo hicieron los pajes que iban con él, que es señal en Japon de dejar el estado seglar y recogerse á vida más religiosa. Encontraba Cambacundono por el camino muchos criados suyos, que salian á solo verle disfrazados como pobres, y sin osarle hablar, bajando sus cabezas lloraban de pura lástima y compasion, viendo á un tan grande príncipe puesto en tanta miseria.

Tardaron tres dias en el camino hasta llegar al monasterio de Coya, donde le recibieron los bonzos; y conforme al órden que tenian de Taicosama, dieron á él y á sus pajes unos aposentos harto ordinarios. Lo cual le dió tanta pena, que estuvo muy cerca de matarse; porque al principio entendió que era cólera repentina de su tio, y que presto se le pasaria. Mas cuando vió que estaba en aquel monasterio como una persona particular, y sin que le dejasen hablar ni tratar con nadie, ni recibir cartas de sus privados y conocidos, lleno de amargura y tristeza decia algunas veces á sus pajes: Antes repartia con vosotros, estados y reinos, ahora me ha traido mi desventura á repartir en casa ajena las camas y aposentos donde habeis de dormir.

Entre los pajes que tenia Cambacundono en su compañía, era un sobrino del gobernador y virey de Meaco, Guenifoin, que tambien era cristiano como sus primos y se decia D. Miguel; habia tenido este mozo poco tiempo después que se bautizó, para entender de raíz las cosas particulares de la ley de Dios; y así estaba determinado de morir allí con su amo; y nunca quiso volver á Meaco, aunque le hacia mucha instancia sobre ello Cambacundono, diciéndole que más le podia servir allá acordando al virey sus cosas, porque no tenia otra confianza para salir bien de aquel negocio, sino en su tio; y por esta misma causa hizo volver desde el camino á los hijos de Guenifoin; y fué particular providencia de nuestro Señor para librarlos de la muerte, como tambien se libró D. Miguel.

CAPÍTULO XXXI

Cómo Taicosama mandó matar á Cambacundono su sobrino, y á sus hijos y mujeres.

Muy congojado se hallaba Cambacundono y lleno de grandes angustias acordándose de su primera felicidad, estados y riqueza, viéndose preso y desterrado y en tan miserable encerramiento, y no podia disimular aquella tan repentina mudanza y caida, aunque sus criados y los bonzos procuraban de consolarle con la esperanza de su libertad. Pero bien se temian y recelaban todos, que pues Taicosama habia hecho tan grande demostracion con su sobrino, no pararia hasta quitarle la vida, y así se aparejaban los pajes para lo mismo. Hallóse en este tiempo D. Miguel muy confuso, porque le pare-

cia por una parte que á ley de caballero estaba obligado á morir con su señor, y por otra que como cristiano no podia matarse, como lo habian de hacer los demás. Libróle nuestro Señor de este aprieto con una provision que envió Taicosama por la cual mandaba que se volviesen luego al Meaco cinco pajes de los que estaban con su sobrino, y el primero de los que venian en aquella lista era D. Miguel.

Partidos los pajes tuvo Cambacundono alguna esperanza de su restitucion, persuadiéndose que pues su tio habia perdonado á sus criados, otro dia haria lo mismo con él y con los que quedaban; pero no le sucedió así, porque entrado el mes de Agosto del año de 1595 llegó al monasterio de Coya otra patente, en que mandaba á Cambacundono que se matase al modo que lo usan en Japon, cruzándose los pechos, y lo mismo los pajes que quedaban en su compañía. Oida esta última resolucion, se aparejaron todos para morir. El primero de todos fué un paje de diez y nueve años, al cual en cruzándose los pechos, cortó la cabeza Cambacundono con su misma espada, como tambien lo hizo á los demás, porque era el mayor favor y honra que les podia hacer.

Ultimamente se mató él mismo cruzándose tambien con su propia daga, y el caballero que trujo la sentencia le cortó la cabeza, porque el mismo Cambacundono le habia dado su espada para ello. Este fué el triste fin y tragedia de aquel grande príncipe á los treinta y dos años de su edad, el cual aunque tenia muchas y muy buenas partes, las manchaba y afeaba todas con una crueldad nunca vista. Porque su mayor recreacion y más ordinaria era derramar sangre humana; y á todos los hombres que estaban condenados á muerte gustaba mucho de matarlos él por su mano, unas veces poniéndoles por blanco de sus flechas ó escopeta, y otras partiéndolos con su espada por las coyunturas como quien parte una ave después de asada; y para esto tenia hecho un cadalso junto á sus palacios todo cercado, el cual estaba por debajo lleno de una arena gruesa para que se recogiese allí la sangre que corria de los muertos, y á sus tiempos la hacia mudar, y este fué uno de los capítulos que su tio le puso, y por lo que justísimamente le quitó Dios la monarquía del Japon.

Llegada á Fujimi la nueva de la muerte de Cambacundono, mandó luego Taicosama matar á tres criados los más principales que tenia en diversos monasterios, donde los habia hecho recoger. El uno de estos le acompañaba siempre que mataba los hombres, y así mereció que tambien le alcanzase el mismo castigo. El segundo fué Jibaringo, el que recogia las firmas de los señores. El tercero era un muy valeroso capitan, el cual tenia un hijo de diez y seis años, pero de muy raras partes. Quiso Taicosama consolár á este mozo de la muerte de su padre, y envióle á decir que por ser niño y no tener la culpa que su padre, podia estar seguramente en su casa, pero el mozo respondió á este recaudo que daba muchas gracias á Su Alteza por la merced que le hacia en quererle dar la vida, pero que á Su Alteza le importaba que él no quedase con ella, porque le prometia que en cualquiera ocasion que pudiese habia de vengar la injusta muerte de su padre; y partido de Fujimi para Meaco, entrando en un templo de sus ídolos se cruzó los pechos y cayó muerto.

No se contentó Taicosama con ver muerto á su sobrino, criados y amigos, sino que con una furiosa rabia quiso que no quedase memoria de él, y dió órden para que matasen á sus mujeres é hijos, que fué uno de los más lastimosos espectáculos que se vieron en Meaco. Y para que este castigo fuese más afrentoso, mandó que se hiciese públicamente y en lugar donde se acostumbraban justiciar los malhechores. Entre estas mujeres de Cambacundono habia personas muy nobles de calidad, y de todas ellas escogió 31 de las más principales, á las cuales condenó á muerte.

Llegado el dia de tanta tristeza para aquella ciudad, salieron aquellas 31 mujeres nobles y principales, llevando en su compañía dos hijos y una hija de Cambacundono, que serian de cinco á seis años. Iban todas aquellas señoras ricamente aderezadas, y como eran tan nobles y principales y de poca edad, eran tantas las lágrimas de la gente por donde pasaban, que no parecian sino que eran hijas ó hermanas de cada uno, segun era grande el sentimiento que todos mostraban, condenando la crueldad de aquel tirano y echándole mil maldiciones.

Llegadas al lugar donde se habia de hacer la justicia, lo primero degollaron á los hijos de Cambacundono y luego á sus mujeres; y para acrecentarles más su pena y dolor, antes de degollar á cada una le mostraban la cabeza del mismo Cambacundono, que para esto la habia hecho traer desde Coya. Y para que de todo punto quedase borrada la memoria de su sobrino, no sólo mandó llevar á su ciudad de Fujimi toda la riqueza y tesoro que tenia en Meaco, pero quiso deshacer sus palacios y fortaleza con todas las casas que allí habian edificado los señores y caballeros y pasarlas allá. Otras muchas crueldades hizo este tirano, desterrando y quitando sus haciendas á los que eran amigos y pri-

vados de Cambacundono, y á su padre estuvo muy cerca de quitarle la vida. Y al fin por no obligarse á matar á su propia hermana con quien estaba casado, le perdonó, aunque le envió desterrado á otro reino.

Este era el estado de la monarquía del Japon en lo que toca á los príncipes seglares por todo el año de 1595. Será justo que veamos el progreso de la cristiandad en aquellos reinos por el mismo tiempo.

CAPÍTULO XXXII

De lo que pasaba en la cristiandad del reino de Omura los años de 1594 y 95, después que Taicosama partió de Nangoya.

Como iba creciendo cada dia el puerto de Nangasaqui, llegaba el número de los cristianos que habia en aquel lugar casi á 8.000 en los años de 94 y 95, porque muchos holgaban de vivir en él, no sólo por la comodidad buena que tenian para pasar la vida, sino tambien por residir allí tanto número de Padres, á título de ser compañeros del embajador y que habian quedado en rehenes, hasta que viniese la respuesta de la India, y con esta ocasion podian confesarse y oir misa y tratar las cosas de su alma. Procuraban los Padres de ayudarles con sus ministerios, aunque con el recato que lo hacian en las demás partes, porque lo pedian y encomendaban siempre los gobernadores de Nangasaqui, con deseo de que no llegasen quejas de nuevo á Taicosama y les echasen á ellos la culpa. Y á esta causa repartian los Padres las calles de aquella ciudad por este órden.

Escogian en cada calle una casa donde iban dos Padres por la mañana, habiendo avisado primero á los cristianos de la misma calle que acudiesen allí para confesarse. Detenían los Padres aquel dia todo y la noche confesando primero á las mujeres y después á los hombres; y el dia siguiente los comulgaban y hacian alguna plática de la ley de Dios. Y de esta manera iban por todas las calles donde habia cristianos hasta haberlos confesado y comulgado á todos; y después salian á visitar los lugares de la comarca, guardando el mismo órden que en el puerto de Nangasaqui, y desde el mes de Marzo de 94 hasta el de Octubre hallaron los Padres por su cuenta que se habian confesado en aquel puerto, y tres residencias que se dicen Toquizu, Conga y Concura, 12.365 personas, y se habian bautizado 900, y las más de ellas eran del Coray, que las habia enviado D. Sancho, señor de Omura desde allá. Y en el año de 95 llegaron las confesiones á 15.000. Porque los cristianos recibian particular devocion y consuelo en celebrar la fiesta del santo Nacimiento, repartíanse aquellos dias los Padres en siete ú ocho islas y casas diferentes, pero sabiendo que una vez celebraban esta fiesta en su iglesia, aunque cerradas las puertas con la oscuridad de la noche, acudió tanto número de cristianos con deseo de estarse en oracion todo el tiempo que durase el oficio alrededor de la iglesia, que repararon en ello los gobernadores ó tenientes que allí habia. Y aunque gentiles, movidos de compasion dieron licencia para que por ocho dias estuviese abierta la iglesia y fuesen los cristianos libremente á oir misa. Fué tanto el consuelo que recibieron con esta licencia, que dos horas antes de amanecer estaba ya la iglesia llena de gente, y con decirse cada mañana siete ú ocho misas, no habia remedio que diesen lugar los que habian entrado primero á los que venian después. Y fué necesario dar órden en que viniesen primero los cristianos de dos ó tres calles á oir misa, y luego otros tantos para satisfacer al deseo y devocion de todos.

Bautizáronse en aquel puerto el año de 1595 más de 400 personas, y entre ellas el gobernador Terazaba, aunque por ser tan privado del tirano se hizo entónces con disimulacion y secreto, pero con grandísimo consuelo de los que alcanzaron á saberlo. Era este caballero de veinte y ocho años, de muy buenas partes y raro juicio, y que cada dia iba creciendo en la privanza de Taicosama, y fuera de otros cargos principales que tenia, le habia dado tambien el gobierno de aquel puerto, á donde acudia muchas veces por razon de su oficio.

Miraba siempre este gobernador con particular atencion la vida de los cristianos, á quien tanto aborrecia Taicosama su señor, y parecíale que hacia mucha ventaja á la de los gentiles en la pureza de sus costumbres; y así comenzó á tomarles amor y aficion, y por su medio como en su lugar se dijo, tornó Taicosama á dar licencia para que se reedificase la casa é iglesia de los Padres, y las veces que venia al puerto, holgaba de tratar con ellos y preguntarles algunas cosas de la ley de Dios, y como le cuadraban á su buen entendimiento las verdades que le decian, y después le daban entera satisfaccion de las dudas que él proponia, vino á quedar convencido que aquella era la verdad y lo demás eran invenciones de hombres, y ayudándole nuestro Señor con su divina gracia, vino á resolverse en ser cristiano y pedir el santo Bautismo, el cual le dió de su mano el P. Pedro Gomez, Viceprovincial, con tanto consuelo de todos y de él mis-

mo, que no le hacian ya peso en su corazon los favores y privanzas de Taicosama en comparacion del beneficio que habia recibido de la mano del Señor. Pero pareció necesario no se publicase entónces por los inconvenientes que podia haber, hasta que el tiempo y necesidad obligase á ello ó fuese más servicio del mismo Señor manifestarlo.

No era menor el fruto que se hacia en las otras residencias de aquel reino de Omura, en las cuales andaban repartidos cinco Padres y siete Hermanos. Llegó el número de las confesiones que hicieron á 12.150 desde Marzo hasta Octubre de 94, y el año de 95 pasaron de 17.000, y se bautizaron como 300 gentiles que se habian recogido en aquel reino de diversas partes. Ayudaba mucho para poderse hacer tanto número de confesiones sin ruido, el órden que hemos dicho de repartirse los Padres por las calles una vez en una y otra vez en otra, y ser los cristianos muy puntuales en el órden que se les daba para acudir á ellas.

Aconteció que un hombre honrado de una calle no pudo acudir al tiempo señalado por ocupaciones precisas que tuvo entónces. Iba después de calle en calle para tener lugar de confesarse, y como siempre hallaba otros á quien por su órden tocaba, estaba el buen hombre tan desconsolado por haber perdido su vez y lugar, que le hubo de dar otro cristiano el suyo por ver su desconsuelo. Entró y confesóse muy á su gusto, y fué particular providencia de nuestro Señor, porque embarcándose el dia siguiente, con un recio temporal se trastornó y hundió el navío con los que iban en él. No fué ménos particular misericordia del Señor lo que sucedió á otro mozo gentil, el cual estando para embarcarse con deseo de pasar al Coray á buscar á su señor que estaba allá, encontró con un Padre de los que andaban en aquel reino; comenzóle á tratar de las cosas de su salvacion, y mostró el mozo deseo de ser cristiano; pero estaba el navío á punto y hubo de entrar en él. Dióles dentro de pocas horas tan recia tempestad, que los tornó á echar en el puerto de donde habian salido, y con esto tuvo el mozo ocasion de oir las pláticas y hacerse cristiano. Tornando de ahí á dos dias al puerto para embarcarse segunda vez, encontró en el camino unos enemigos que le andaban buscando, y por cuyo respeto se pasaba al Coray; los cuales como le hallaron solo le quitaron la vida y él llevó la muerte con mucha paciencia.

Ayudaba mucho para el aumento de la cristiandad de Omura, el grande ejemplo que daban con su vida la mujer del rey D. Sancho, doña Catalina y su madre doña Magdalena, mujer del rey D. Bartolomé, con otra hija suya que se decia doña María, porque todas estas señoras eran las primeras en acudir á las confesiones y comuniones y pláticas de la ley de Dios, y dentro de su palacio tenian su oratorio, y tanto órden y concierto en la gente de su casa, que más parecia de religion que no palacio de señores y príncipes. Y era tanta su piedad y caridad, que en sabiendo que habia pobres ó enfermos, procuraban que se les acudiese con toda liberalidad, preciándose más de hacer oficio de madres con sus vasallos, lo cual era para todos los cristianos un grande estímulo de virtud, y para los gentiles un claro testimonio de la santidad que enseñaba la religion cristiana, viendo la vida de los que la profesaban. Porque comunmente todos estos señores cuando gentiles eran altivos, soberbios y sin género de piedad ni misericordia, y despues de cristianos parecian totalmente otros en su trato y afabilidad con sus vasallos, y en la piedad y misericordia con todos.

El año de 1594 padecian los Padres de Nangasaqui mucha necesidad, así por los muchos gastos que habian hecho con la pérdida y destruicion de su casa é iglesia, y tornarlas á edificar de nuevo, como por no venir aquel año la nao de la China, como otros años solia. Supieron su necesidad los señores cristianos que estaban en el Coray, y sin que nadie se lo pidiese ni acordase de parte de los Padres, para mostrar ellos su caridad, envió luego D. Agustin á sus gobernadores del reino de Fingo, que diesen al P. Viceprovincial 2.000 fardos de arroz, y al P. Organtino que estaba en Meaco 200; y D. Simon Condera mandó que les diesen otros 600, y 1.500 ducados en oro. Y á este modo libraron el rey de Arima y Omura sus limosnas, con que los Padres remediaron su necesidad, y pudieron acudir á las de otros cristianos pobres. En lo cual se echó de ver la devocion de estos príncipes y caballeros, estando fuera de sus tierras, y habiendo hecho gastos excesivos en aquellas guerras, en acudir con tanta liberalidad á la necesidad de los Padres, aunque sin pedírselo.

CAPÍTULO XXXIII

De la cristiandad del reino de Arima en los mismos años de 1594 y 95.

En el reino de Arima (como otras veces se ha dicho) sin la casa principal que estaba en la misma ciudad, habia otras cuatro residencias

que se decian Canzuca, Chiguia, Jimabara, Aire y el seminario que estaba en Fachirao. Residian en este reino siete Padres y nueve Hermanos, los tres Padres y dos Hermanos en la ciudad de Arima, y los demás repartidos por las otras casas. Y aunque estaba en el Coray el rey D. Protasio con la gente más principal; pero el grande ejemplo de su mujer doña Lucía y doña María su madre, animaba á sus vasallos para ir adelante en la virtud, como lo hacian las señoras de Omura en su tierra. Ni fué menor el número de las confesiones en este reino que lo habia sido en aquel, porque desde Marzo de 1594, hasta Octubre pasaron de 16.000 personas las que se confesaron. Y desde aquel Octubre hasta el de 1595 llegaron á 22.000. Y se bautizaron el primer año 1.400 personas, y el segundo 950, y se hicieron algunas iglesias y se repararon otras que estaban maltratadas.

En la residencia de Chiguia, sucedió una cosa de harta edificacion. Cuando estaba Taicosama en Nangoya, y andaban sus ministros por el reino de Arima quitando las espadas, apretaron mucho á un cristiano, que era hombre honrado para que dejase la ley de Dios, el cual dijo entónces con algun temor unas palabras que daban á entender su flaqueza, y querer darles gusto, pero vuelto ya Taicosama al Meaco y oyendo las pláticas que los Padres hacian á los cristianos, fué tanto su dolor y sentimiento, que sin decir nada al Padre que estaba en aquella iglesia, se concertó con un mayordomo de cierta cofradía que allí tenian, que fuese publicando su delito por las calles y él iria disciplinándose; lo cual hizo derramando tanta sangre con la disciplina como lágrimas de sus ojos, que fué para todos los cristianos de grande edificacion y consuelo; y por su ejemplo otros dos hombres de ménos calidad que habian tenido la misma culpa, se fueron á la iglesia y delante de toda la gente hicieron la misma penitencia. Y pareciéndoles que no se declaraba bien el que decia sus faltas, tomaron ellos la mano y con un fervor extraordinario las dijeron allí públicamente, pidiendo perdon á todos con mucha humildad, del mal ejemplo que les habian dado.

Habia en este reino de Arima, tambien como en el de Omura muchos cautivos que habian enviado los señores y caballeros desde el Coray, y por ser gente de buen natural y de buen ingenio, escogieron los Padres algunos mozos hábiles que supiesen leer y escribir su letra que es la misma de la China, y después de bien instruidos en la fe, les hicieron trasladar en su lengua lo que habian de deprender los demás, y por este medio se bautizaron de estos corais el año de 94 más de 2.000 y el de 95 se acabaron de bautizar los que habia.

Estaba el seminario en este reino de Arima en un lugar que se decia Fachirao, y librólos nuestro Señor de un manifiesto peligro en que se vieron. Porque un mozo de los que servian en aquella casa instigado del demonio, pegó fuego una noche á las casas en que vivian, las cuales como eran de madera, comenzaron con un viento recio que corria á arder, de manera que en poco tiempo se abrasaron, y fué maravilla no perecer allí todos, porque estaban ya acostados cuando comenzó el fuego. Pero dieron voces algunos que lo vieron y con esto pudieron salvar las vidas y buena parte del hato. Era tal el fuego que le echaron de ver desde la ciudad de Arima con la oscuridad de la noche, y á la hora vino el gobernador con mucha gente para atajarle, y aunque no tuvo remedio, pero prendió al delincuente y después le ajustició.

Como se abrasaron las casas y no se podia acomodar tanta gente en poco tiempo, fué necesario pasar el seminario á la fortaleza de Arie donde habia estado el colegio de antes; y sacó nuestro Señor mucho fruto de este trabajo, porque como Arie era un lugar grande y tenia muchas aldeas en su contorno, comenzaron á salir los Padres y Hermanos á visitar aquella tierra, y fué grande el fruto que se hizo en ella porque pasaron las confesiones de 10.000.

Eran señores de Arie y su comarca un tio de D. Protasio que se decia Jacundono, y él y su mujer fuera de ser personas tan principales, eran muy virtuosos y ejemplares cristianos. Tenian estos caballeros un solo hijo heredero de su casa, el cual murió en la guerra del Coray. Con la muerte de este hijo determinaron sus padres de tratar muy de veras de las cosas de su salvacion y ocuparse en obras de piedad y gastar en ellas su hacienda, pues ya no tenia á quien dejarla. Hizo doña Jerónima mujer de Jacundono una muy hermosa iglesia en un lugar junto á Arie donde tenian buena parte de su renta; y por ser fresco y apacible se iban á vivir allí muy de ordinario, y su marido edificó otra en el mismo lugar de Arie, de las mejores que habia en aquel reino, y en todas las ocasiones acudian con grande liberalidad á lo que se ofrecia del servicio de nuestro Señor, y á remediar las necesidades de los pobres.

Entre los mozos que se criaban en el seminario habia muchos á quien daba nuestro Señor deseos de servirle en estado de religion. Habíanlos detenido más de dos años para ver su perseverancia, y el año de 95 recibió el P. Provincial por Hermanos de la Compañía 15 de ellos, y los envió al noviciado de Amacusa.

CAPÍTULO XXXIV

De lo que en estos mismos años pasaba en la isla de Amacusa, y en los reinos de Firando y Goto.

En la isla de Amacusa se habian recogido el colegio y noviciado cuando Taicosama bajó de Meaco al puerto de Nangoya (como en su lugar queda dicho) por estar aquella isla más apartada del concurso de la gente y de los ministros de Taicosama; y así pudieron los unos y los otros atender con más quietud y sosiego á sus ejercicios de letras los estudiantes; y los novicios á los que eran más propios de su aprovechamiento, en lo cual dieron tan buena satisfaccion de sí los cuatro caballeros japones, que el año de 1592, recibió en aquel noviciado el P. Alejandro, que habiendo hecho sus votos conforme á la costumbre de la Compañía, el dia del Apostol Santiago del año de 1594, los pasaron al colegio con grande esperanza de que habian de ser, acabados sus estudios, de grande provecho y fruto, para la conversion de aquella gente.

Fuera de los Padres que estaban en Amacusa para el gobierno del colegio y casa del noviciado, habia otros tres Padres y tres Hermanos en tres residencias sujetas al mismo colegio, que se decian Jequi, Cancusa, Voyano, y así los unos como los otros procuraban ayudar aquellos cristianos con quien vivian. Las confesiones del año de 1594, pasaron de 8.000, y el de 1595 de 17.000, y se bautizaron 1.150 personas, y se hicieron de nuevo algunas iglesias.

La isla de Voyano cae cerca del reino de Fingo, que la mayor parte de él era de D. Agustin, y tenia en él recogidos muchos cristianos, á quien sustentaba y daba buenos entretenimientos para pasar su vida. Solian acudir estos cristianos algunas veces á la iglesia, y casa de residencia de Voyano, para confesarse y oir misa, y otras iban los mismos Padres por pedirlo D. Agustin desde el Coray, y estar en aquel reino su mujer, y las de toda la gente principal que traia consigo. Y en diversas veces que allá fueron, bautizaron los Padres 800 personas, que se movian á ser cristianos, por el buen ejemplo que daban los que habia en aquel reino.

En Firando, después que murieron aquellos cuatro Padres, el año de 1594, á lo que se entendió con ponzoña que les dieron, quedaron otro Padre y Hermano en las islas de D. Jerónimo, en que habia más de 4.000 cristianos, procurando de ayudarlos y aprovecharlos. Tambien pasaron á visitar á los del Goto, que serian otros 2.000 cristianos, y se bautizaron de nuevo casi 700. Este mismo Padre que estaba en Firando, pasó á la ciudad de Facata, en la cual halló más de 500 cristianos, y entre ellos algunos muy viejos y antiguos del tiempo del P. Cosme de Torres. Estos cristianos le recogieron secretamente en sus casas, á donde acudian los demás á confesarse y oir sermon. Traian tambien algunos gentiles de quien se fiaban amigos y deudos, y en los dias que allí se detuvo el Padre bautizó más de 100, y dejóles algunos libros de que se pudiesen aprovechar, especialmente los diez capítulos impresos, que eran el compendio de nuestra santa fe.

Doña María, hija del rey D. Bartolomé, casada con el príncipe de Firando, como estaba su marido en la guerra del Coray, pasaba mucho trabajo con su suegro por ser tan enemigo de la ley de Dios; y como vino á entender que su nieto era bautizado, no podia disimular el disgusto que tenia de ver que siendo él muerto, habia de venir todo el reino á hacer lo mismo, porque su hijo daba grandes muestras de ello, y el nieto y heredero de todos ya era cristiano.

No se iban poniendo ménos bien las cosas de la cristiandad en el reino del Goto que en el de Firando, porque entre los señores que pasaron á la guerra del Coray, hubo de ir tambien el rey del Goto y tio del príncipe D. Luis, que estaba desposeido, el cual llevó consigo al sobrino, porque en su ausencia no hubiese alguna alteracion en el reino. Sucedió, pues, que este rey murió estando en el Coray. Dió cuenta el príncipe D. Luis á D. Agustin de sus trabajos pasados, y cómo su tio le habia quitado el reino por ser cristiano, y él habia pasado y disimulado por no poder más, ni poner á sus vasallos en nuevos trabajos y desasosiegos, y pues era muerto, le pedia tomase á su cargo el favorecerle con Taicosama, para que le restituyese su reino, pues su deseo era conservar en él la religion cristiana, como lo habia hecho su padre.

Compadecióse mucho D. Agustin de este príncipe, y ofrecióle de hacer todo lo que pudiese en su favor, y así lo cumplió y alcanzó de Taicosama, que le restituyesen su reino, lo cual fué para D. Agustin de particular gusto, por dejar en aquella tierra un príncipe tan cristiano é hijo de tan buen padre.

CAPÍTULO XXXV

De lo que pasaba en la cristiandad de Bungo, Amanguchi y otros reinos del Jimo.

Con la mudanza que hubo del rey y señores en el reino de Bungo, la hubo tambien muy grande en aquella cristiandad, que apénas que-

daron sino los labradores y mercaderes, porque toda la demás gente principal y soldados, casi todos salieron desterrados con el rey, conforme á la costumbre del Japon. Pero como habia quedado buen número de cristianos y estaban en poder de gobernadores gentiles que habia puesto Taicosama en aquel reino, pareció que convenia visitarlos, para que no viniesen á faltar en la fe. Para saber la disposicion de la gente y de los gobernadores, fué primero un Hermano que era natural del Japon, porque conforme á lo que hallase irian después los Padres.

Llegó este Hermano al reino de Bungo y fué recibido con grande consuelo de los cristianos, y por medio de ellos tuvo entrada y amistad con algunos de aquellos gobernadores, y con buena ocasion les dijo, cómo venia á visitar aquellos cristianos, porque estaban muy afligidos y desconsolados. Con los trabajos pasados fué servido nuestro Señor que se movieron á compasion los gentiles que gobernaban, de la afliccion de los cristianos, y dieron licencia al Hermano para que los visitase y consolase, que ellos disimularian haciéndolo con recato. Anduvo aquel Hermano dos meses por aquel reino, y bautizó en diversas partes de él 600 personas, y desde allí volvió al puerto de Nangasaqui y dió cuenta al P. Pedro Gomez de la buena disposicion que habia hallado en los gobernadores, y así le tornó á enviar luego en compañía de un Padre para que confesase aquellos cristianos y desde allí pasasen á visitar los del reino de Amanguchi y á otros que habia en el camino.

Llegaron el Padre y el Hermano á una fortaleza del reino de Chicungo que se dice Horune, en la cual hallaron dos cristianos antiguos, el uno de Sacay que se decia Diego, y otro de cerca de Meaco, que se llamaba Roque. Estos dos cristianos tenian cuidado de juntar á todos los que por allí habia los domingos y fiestas en sus propias casas, en una capilla que tenian para esto muy bien concertada, y después de haber tenido oracion todos juntos, les leia uno de aquellos dos cristianos algunos libros de nuestra santa fe, y particularmente los diez capítulos que andaban impresos, y con esto y el cuidado que tenian aquellos dos virtuosos hombres, ningun cristiano habia en aquella comarca que no supiese muy bien la doctrina y diese buena cuenta de ella. Serian estos cristianos como 300, y á todos los confesó el Padre, y el Hermano les hacia pláticas ordinarias de la doctrina.

De esta fortaleza fueron al lugar donde residia Julia, mujer del buen rey Francisco que los recibió con harto consuelo. Confesáronse ella y su hija y toda la gente de su casa, y desde allí pasaron á otro lugar donde habia buen número de cristianos pobres, entre los cuales vivia un hombre honrado, el cual tomó á su cargo de enseñar á los demás la doctrina cristiana y bautizar á los niños que nacian. En otro lugar más adelante confesaron otras 72 personas y bautizaron más de 60.

De esta manera atravesaron los reinos de Bungo, Buigen y Chicungo, y pasaron al de Amanguchi, porque en todas estas partes hallaron muchos cristianos de los naturales de Bungo que se habian recogido con sus casas y familias á buscar su vida. Confesáronlos á todos, y de camino bautizaron algunos gentiles que se movian á recibir la ley de Dios por el ejemplo de los cristianos que vivian entre ellos, que este fruto sacó nuestro Señor de aquel trabajo, que fué manifestar su santa ley en aquellos reinos por medio de los cristianos que se habian repartido y dividido con el destierro de Bungo.

CAPÍTULO XXXVI

Del fruto que se hacia en las partes del Meaco los años de 94 y 95.

Residian en las partes del Meaco tres Padres y cinco Hermanos, porque con la licencia que sacó el gobernador Guenifoin para que estuviese el P. Organtino á título de viejo y enfermo, tomó una casa en Meaco y recogióse en ella con otro Padre y dos Hermanos. Mas como en aquellos reinos habia tanta cristiandad y tan extendida y esparcida, no podian los cuatro acudir á tantas partes, y así les envió el Padre Viceprovincial otro Padre con tres Hermanos de los que sabian mejor la lengua y predicaban con más satisfaccion en ella, y el P. Organtino era como Superior para dividirlos, conforme á la necesidad que hubiese y donde pudiesen hacer más fruto. Aunque por estar Taicosama tan cerca en su ciudad de Fujimi, vivian los Padres y Hermanos con más recato que en ninguna otra parte y de ordinario nunca estaban juntos, porque un Padre con algun Hermano andaban siempre visitando los cristianos que vivian en los reinos de Mino, Boari, Canga, y otro Padre con otro Hermano estaban una parte del año en Osaca y otra en Sacay, donde era gobernador D. Benito, hermano de D. Agustin; y solo el P. Organtino con otros dos compañeros residia más de asiento en Meaco, y con esto se echaba ménos de ver, si habia Padres en aquel reino, y aunque por la misericordia de nuestro Señor el fruto era mucho, el ruido era poco ó ninguno, á lo cual ayudaba mucho la larga experiencia que

el P. Organtino tenia de la gente de aquella tierra y del modo de tratarla. Y porque si los cristianos de Meaco, siendo muchos, hubieran de venir todos á su casa se echara mucho de ver tan grande concurso de ellos, señaló diez y seis casas de cristianos honrados y principales, donde acudiesen los domingos y fiestas cierto número de cristianos; y para esto tenia hecha su lista de los que habian de ir cada domingo y á qué casa.

Avisábanlos el dia antes y los Padres acudian antes de amanecer á confesar, decirles Misa y comulgarlos, y después les hacian algunas plática s y por la noche se recogian á su casa, y con este órden procuraban ayudar á todos sin ofension de nadie. Y como sabian que el P. Organtino tenia licencia de Taicosama y del gobernador de Meaco para residir en aquella ciudad, acudian tambien muy de ordinario unos y otros á tratar las cosas de su alma, y en los dos años de 94 y 95 fué servido nuestro Señor que se bautizasen en aquel reino 600 cristianos y entre ellos algunos hombres muy principales. El primero de ellos fué Samburondono, nieto y legítimo heredero de Nobunanga, á quien Taicosama guardó cuando mataron á su padre y abuelo con título de que habia de suceder en aquellos reinos, y siendo niño de diez y seis años le dió solo el reino de Mino con la fortaleza de Guisu, que habia sido de su padre y él se quedó con todo lo demás. Era este príncipe dotado de muchas y muy buenas partes naturales. Tenia en su servicio algunos caballeros cristianos, y por su medio se fué aficionando á la ley de Dios, la cual le enseñó y platicó muy de propósito al P. Organtino, y después le bautizó, aunque á entrambos pareció que estuviese entónces secreto, por la alteracion que le habia de causar á Taicosama si lo supiese.

Tambien se bautizaron otros dos hijos del gobernador de Meaco, Guenifoin con otros dos primos suyos. El mayor de los dos hijos que se llamó D. Paulo era muy rico, porque le habia dado Taicosama más de 100.000 fardos de arroz de renta en el reino de Tamba. Este caballero era el que quiso acompañar á Cambacundono cuando iba al monasterio de Coya, y le quisieron detener las guardas que Taicosama habia puesto. El segundo, que seria de diez y siete años y se decia D. Constantino, era el principal de los pajes de Cambacundono, y á entrambos hermanos hizo él mismo volver desde el camino, y al uno de los primos, que se decia D. Miguel, mandó volver Taicosama desde Coya con otros cuatro pajes, antes que se llegase la sentencia de muerte contra Cambacundono; y así, libró nuestro Señor á estos tres caballeros que se habian bautizado el mismo año de 95, poco antes que aquello sucediese.

Hízose tambien cristiano un hermano de Yecundono, marido de doña Gracia, señor de Tango, y con él se bautizaron otros cinco caballeros principales de la casa de Yecundono. Poco después hizo lo mismo el capitan más principal que tenia Fidandono, rey de Boqui, y tenia 120.000 fardos de arroz de renta en el mismo reino, y era la persona más principal que en él habia. Murió de ahí á pocos meses Fidandono y envió Taicosama á este capitan para que gobernase aquel reino, porque el sucesor era de poca edad. Habia hecho este caballero tan grande concepto de la ley de Dios, que tenia persuadido al hijo de Fidandono y heredero suyo á que se hiciese cristiano y quisiera llevar Padres luego al mismo reino; pero pareció que no convenia hacer tanta demostracion de sus buenos deseos, hasta que el tiempo ofreciese mejor ocasion.

Otros dos caballeros tambien muy principales recibieron el santo Bautismo el mismo año. El uno de la casa del rey de Amanguchi, con licencia suya, porque se la pidió el mismo caballero y el rey se la dió, lo cual se tuvo en mucho. El segundo era primo de Bigino Chunongendono, señor de tres reinos, el cual tenia 60.000 fardos de arroz de renta, y por ser persona tan principal podia ayudar mucho para que se manifestase la ley de Dios en las tierras de su primo.

Pero no fué de ménos edificacion la conversion de un famoso ciego, la cual fué de mucha importancia; y para que mejor se entienda será necesario decir el caso que se hace en Japon de estos ciegos. Tienen por leyes y privilegios antiguos entre sí, cierto modo de república y en ella sus grados y dignidades, á las cuales subian por sus exámenes y suficiencia de letras. De estos habia uno en Meaco de grande reputacion, porque su oficio era examinar á los demás y dar los grados conforme á la suficiencia que hallaba en ellos, con los cuales quedaban honrados y estimados entre los señores del Japon, como lo seria por acá un hombre graduado en letras. El mayor grado de estos llaman quengio, porque fuera de la honra que con él se alcanza, el que llegaba á esta dignidad tenia grande mano y entrada con los señores del Japon, y le obedecian otros muchos como discípulos, y el que ha de ser superior de todos forzosamente le han de elegir de los que han llegado á esta dignidad, y de ella escogió nuestro Señor para sí uno de los que tenian mayor autoridad en aquella ciudad.

Era este hombre de grande prudencia y raro entendimiento, como se echaba de ver en las di-

ficultades que proponia. Cuando oia las pláticas del catecismo, decia él después que la cosa que más le habia convencido á recibir la ley de Dios habia sido el beneficio de la redencion por medio de Jesucristo nuestro Señor, y cuando tomaba su nombre santísimo en la boca, hacia siempre una profundísima reverencia nacida del reconocimiento interior que tenia á nuestro Señor por esta misericordia particular, y confiriendo la doctrina de las sectas del Japon con la del Evangelio, decia que cuanto enseñaban sus sectas venia á parar en arrogancia y soberbia, y hacer á los hombres viciosos, dándoles mil libertades y licencias para todo lo malo, pero que las grandezas de Jesucristo resplandecian en obras de grande humildad, paciencia y caridad, y todo lo que enseñaba se remataba en despreciar las cosas del mundo, y hacer á los hombres muy virtuosos; que para un hombre tan nuevo en la fe no era de poco consuelo y admiracion ver la grande estima que Cristo nuestro Señor le habia dado de su santa ley. Y teníase mucha confianza que por su medio habia de hacer la Divina Majestad mucho fruto en las almas, por ser hombre de tan buenas partes y que tenia tanta mano y autoridad con los señores y caballeros de aquella corte.

No faltaron ocasiones en que mostraron algunos de los recien bautizados su constancia y valor, y la determinacion con que habian recibido la ley de Dios. Uno de ellos fué D. Paulo el hijo mayor del gobernador del Meaco, Guenifoin. Pocos meses después de bautizado murió en el Meaco otro sobrino de Taicosama, antes que él mandase matar á Cambacundono. Hiciéronle un solemnísimo enterramiento, hallándose en él todos los señores y caballeros principales, los cuales habian de hacer delante del muerto cierta ceremonia gentílica por el órden que iban nombrados en una lista.

Hallándose este hijo del gobernador en el acompañamiento, vióse en grande confusion considerando por una parte, que si no acudia á una cosa tan pública cuando le nombrasen por el órden de la lista que habia dado Taicosama, le mandaria matar, y haciéndolo, ofender á Dios en ello y daria grande escándalo á los cristianos. Al fin pudieron más en su corazon el amor y temor de Dios que todos los respetos y temores humanos, y sin esperar más allí, se salió de entre toda la gente, por no hallarse presente cuando le llamasen. Fué servido nuestro Señor que saliese bien de este negocio, y que advirtiese el que los iba llamando, cómo el hijo del gobernador se habia salido, y entendiendo que era alguna otra precisa necesidad, no le nombró y llamó á otro en su lugar, y como eran tantos, quiso Dios que no se reparase en ello y quedase aquel caballero libre de aquel peligro, y no sólo en esta ocasion sino en otras mostraron él y su hermano menor este mismo valor y pecho cristiano, como en el libro siguiente se verá.

Otros dos mozos nobles de edad de diez y siete años, naturales del reino de Boari, habiéndose hecho cristianos y sabiéndolo sus deudos que eran gentiles, tomaron cuantos medios supieron y pudieron para hacerlos faltar en la fe; mas no aprovechando nada con ellos, los echaron los padres de sus casas y los parientes no quisieron reconocerlos por tales, y se hubieron de ir desterrados al reino de Mino, donde los recogieron los cristianos de aquel reino, con tanto amor como si fueran hermanos de cada uno, proveyéndoles de todo lo necesario con grande liberalidad. Viendo esto sus padres y parientes, los enviaron á llamar, prometiéndoles que no les serian impedimento para que viviesen de allí adelante como cristianos.

No fué ménos ejemplar el celo de la religion cristiana que tuvieron dos niños y una niña naturales de Meaco, nietos de una matrona muy rica y honrada y muy antigua cristiana de aquella ciudad, llamada Mencia, la cual tuvo un hijo tambien muy buen cristiano que murió al principio de la persecucion y dejó aquellos dos niños y una niña. Criólos su abuela con grande cuidado en toda virtud, porque era ella muy ejemplar. La madre de estos niños como quedó moza, tornóse á casar con un gentil, siendo ella cristiana, por persuasion de sus deudos, pero contra la voluntad de Mencia su suegra, y á esta causa ella se quedó con los nietos en su casa. Aquella señora recien casada, con la comunicacion y trato de los gentiles, fuése olvidando de la ley de Dios y de las obligaciones que tenia á vivir conforme á ella, porque más parecia gentil que no cristiana. Dió esto grande pena á la suegra y á los hijos, de manera que nunca más quisieron verla ni tenerla por madre.

Muerta su abuela, quedó la niña de diez y seis años y los niños de doce y catorce, y parecióle á la madre que faltando Mencia su abuela, gustarian sus hijos de verla. Envióles un dia cierto presente delante, diciendo que luego iria á verlos, mas los niños, sin aguardar un punto, se salieron luego de casa, y la hermana se encerró en lo más secreto de ello, y cuando llegó su madre, no halló quien la recibiese, y se hubo de volver á su casa muy corrida. Y aunque después envió á los hijos diversos recaudos y puso muchos intercesores, nunca se pudo acabar con ellos que la viesen, diciendo que pues ella habia

dejado á Dios y á ellos tambien siendo pequeños, ni la tenian ni conocian por madre, de lo cual quedaron todos los cristianos muy edificados, viendo que el amor de nuestro Señor y de su ley tenia más fuerza en el corazon de aquellos niños que el amor natural de su madre, por la buena instruccion que habian tenido en la compañía de su abuela.

El mismo año de 95 llevó nuestro Señor para sí en Meaco al buen viejo Dario, padre de Justo Ucandono, que habia venido al Meaco para curarse. Murió recibidos todos los Sacramentos, acompañado de los Padres que allí habia y de su hijo Justo.

Quiero rematar este capítulo con decir la estima que tenia de la ley de Dios el tirano Taicosama que tanto la aborrecia. Como quedaron en Nangasaqui doce Padres á título de rehenes hasta que viniese la respuesta del virey de la India, enviaba el P. Viceprovincial Pedro Gomez á visitar cada año á Taicosama con el Hermano Juan Rodriguez, cuando le iban á visitar los señores conforme á la costumbre del Japon, y entrambas veces, que fueron el año de 94 y 95, le recibió muy bien, mostrando mucho contento de verle, y preguntándole muy en particular cuál era la causa de no haber venido la nave de la China el año de 94. Estando el año siguiente de 95 hablando Taicosama en buena conversacion con algunos caballeros gentiles, y presente el mismo Hermano, dijeron por lisongearle, que habia hecho muy bien Su Alteza en echar los Padres del Japon, porque la ley que predicaban era muy mala. Respondióles Taicosama: «Vosotros me decís eso porque los eche del Japon, mas seos decir que no lo hice por parecerme ellos mal ni tener su ley por mala, sino por ser contraria á los camis y fotoques y ceremonias del Japon, y que aunque para otras partes sea buena, no lo es para estos reinos.» Y así no se atrevieron á pasar adelante los gentiles con la plática que habian comenzado.

CAPÍTULO XXXVII

De lo que sucedió en el Coray estos mismos años de 1594 y 95.

En el cap. XX queda dicho, cómo el capitan D. Agustin con todos aquellos caballeros y señores cristianos estaban en el Coray esperando la respuesta que traian los embajadores de la China, y cómo el P. Gregorio de Céspedes con un Hermano fueron á visitarlos. Y porque aun el año de 95 no se habian acabado de asentar aquellas paces y estaba todo el ejército en la costa del Coray, será muy bien decir el fruto que allí se hizo en aquel tiempo.

De las doce fortalezas que Taicosama mandó hacer en la costa de aquel reino, las tres de ellas y más principales tenian á su cargo los señores y capitanes cristianos.

La primera de todas era donde residia don Agustin y estaban en ella los señores de Arima y Omura, Firando y Goto y Amacusa, y como en esta fortaleza la mayor parte de la gente ó casi toda eran cristianos, era más particular el consuelo y provecho que recibian con las pláticas y sermones, y con decirles misa y confesarlos tan de ordinario.

La segunda fortaleza tenia su yerno de don Agustin, el rey de Zeujima, que se decia Dario Zujimandono, en la cual se hizo mucho fruto, porque el rey deseaba mucho la conversion de su gente, y como tenia en su compañía los principales de la isla, cuando vino el año de 95 casi todos eran ya cristianos y procuraban saber muy de raíz todo lo que pertenecia á su salvacion. Y fuera de las pláticas y sermones ordinarios que hacian el Padre ó el Hermano, les ayudaban mucho los libritos impresos de los diez capítulos, en los cuales estaba resumida la sustancia de nuestra fe y religion cristiana en su lengua, porque leyendo en ellos conservaban mejor en la memoria lo que habian oido en las pláticas.

La tercera fortaleza estaba á cargo del rey de Buigen, D. Simon Condera, y de su hijo Cainocamidono, y con la buena ocasion que entónces tenian de estar libres de ocupaciones, tuvieron quince dias continuos al Padre y á su compañero en aquella fortaleza, comunicando las cosas de sus almas, y preguntando todas las dudas que sentian. Queriendo informarse muy de propósito de muchas cosas particulares de la ley de Dios, no sólo de las que eran obligatorias, pero aun de las que ayudaban para su aprovechamiento, tenian cada dia sermon, y algunos dias dos, uno por la mañana y otro por la tarde; y era tan particular el gusto y sentimiento que nuestro Señor comunicaba á D. Simon Condera de su ley y divinos misterios, que no queria le tratasen de otra cosa; y para meditarlos despacio, se recogia cada dia á ciertas horas, que para esto tenia señaladas, y para leer sus libros de devocion; y tenia mandado que en este tiempo no le diesen recaudo alguno, lo cual guardó con grande puntualidad todo el tiempo que el Padre estuvo en el Coray, y con ser tan grande señor y tan principal soldado y capitan, y ocupado en negocios de guerra, nunca dejaba de ayunar todos los dias que manda la Iglesia, sin

otros que él añadia por su devocion, los cuales acompañaba con sus disciplinas secretas que hacia, y por su ejemplo hacian lo mismo su hijo y los criados de su casa.

En otra fortaleza que estaba entre la de D. Agustin y Condera, residia otro señor gentil de las partes del Jimo, que tenia cuidado de ella y se decia Hicujidono, el cual era muy principal no sólo en la calidad de su persona, sino tambien en la renta, porque tenia mucha. Deseaba este caballero tener amistad con aquellos señores cristianos del Jimo; y para confirmarla, trató por medio de D. Agustin de casar su hijo y heredero con una hija del rey D. Protasio; y porque entendió que esto no tendria efecto siendo su hijo gentil, le persuadió él mismo á que oyese los sermones. Comenzó aquel caballero á oirlos, al principio por cumplir con su padre, pero después él se aficionó tanto, convencido de las verdades, que se determinó ser cristiano, aunque nunca se hubiera de tratar del casamiento. Bautizóle el P. Gregorio de Céspedes con algunos de los más principales caballeros de su casa, y su padre, que era hombre de grande entendimiento, prometió de hacer lo mismo con toda su gente, en volviendo del Coray á su tierra, que era en el reino de Chicungo.

Habia un caballero natural de Bungo, que estando en la guerra del Coray y haciéndole compasion las muchas criaturas que se morian desamparadas de sus propios padres, tomó á su cargo el bautizarlas, porque ya que no podia remediar sus cuerpos no se perdiesen sus almas, y así todas cuantas veia en peligro probable de muerte luego las bautizaba. Y para esto hacia que le trajese un criado suyo siempre un frasco de agua colgado de la cinta; y por este medio envió al cielo más de 200 almas. Que si los demás cristianos hubieran advertido en ello pudieran haber hecho á nuestro Señor otros muchos servicios como este.

Pesábale al demonio del fruto que se hacia en el Coray en el aprovechamiento de los cristianos y gentiles que allí habia, y procuró impedirle, levantando contra el capitan D. Agustin una grande borrasca, que á todos puso en muy grande cuidado, por medio del capitan Toronozuque su enemigo, el cual con la envidia que siempre tuvo de sus victorias y prósperos sucesos, andaba buscando ocasiones para descomponerle con Taicosama y hacerle caer de su privanza, y parecióle que esta era muy buena para salir con lo que deseaba, dándole cuenta cómo D. Agustin contra su mandato, tenia en el Coray Padres que predicaban la ley de Dios, siendo persona tan pública y en oficio tan honroso, con lo cual daba ocasion para que los demás hiciesen otro tanto, y tuviesen en poco sus mandatos.

Entendió D. Agustin lo que Toronozuque deseaba hacer, y puso en mucho cuidado á él y á todos aquellos señores y caballeros cristianos, porque pintando este gentil el caso á su modo y gusto, y pudiendo probar cómo estaban allí los Padres, era cosa muy probable que Taicosama se habia de alterar, y con su ira y cólera repentina, habia de hacer alguna demostracion con mucho daño de D. Agustin y aun de toda la cristiandad. Pero él como era tan valeroso y muy buen cristiano, los consoló á todos diciendo que él estaba muy confiado en nuestro Señor, que pues por su servicio hacia estas cosas, él mismo le sacaria bien de ellas, como ya lo habia probado en otras muchas ocasiones, y así le sucedió como luego diremos.

Pareció á todos aquellos caballeros que se volviesen entónces el Padre y su compañero á Nangasaqui, porque si Taicosama enviase á hacer alguna averiguacion no los hallasen allí. Sucedió, pues, que Taicosama envió á llamar á D. Agustin dentro de pocos dias, con órden que llegase á Fujimi para tratar de algunas cosas tocantes al Coray. Estando con él un dia D. Agustin en buena conversacion, como era tan discreto, comenzó á poner en plática, cómo era llegada al puerto de Nangasaqui la nave de la China el año de 95, y que le tenia puesto en mucho cuidado saber la causa por qué no habia venido el año de 94, y para informarse bien y dar á Su Alteza entera relacion cierta de este negocio, habia enviado á llamar á Nangasaqui un Padre conocido suyo y que fuese al Coray, porque como los Padres se entendian mejor con los portugueses, sabian tambien más en particular sus intentos y designios; y en razon de esto le dijo algunas causas de no haber venido aquel año la nao. Quedó Taicosama muy satisfecho y contento de la diligencia que D. Agustin habia hecho, y con esto cerró la puerta para que si Toronozuque ó cualquiera otro hablase á Taicosama, no les diese crédito. Pero como sabian todos lo mucho que le estimaba, y que á los demás tenia por sus enemigos y envidiosos de sus victorias, cuando entendió Toronozuque lo que D. Agustin habia pasado con él y la buena salida que habia dado á la venida de los Padres, no se atrevió á hablar palabra por no irritar contra sí á Taicosama en lugar de ganar gracias.

Volviendo el P. Gregorio de Céspedes del Coray con su compañero, llegó á la isla de Zeujima, donde confesó á doña María hija de D. Agustin y señora de aquella tierra con toda

la gente de su casa, y bautizó otros 50 gentiles. No se pudo detener allí mucho por estar en aquella isla los ministros y oficiales de Taicosama, que tenian cuidado de proveer á los del Coray. Envióle á doña María su marido dos niños cautivos muy pequeños, pero muy nobles, porque el uno era hijo del secretario del rey de Coray, y por ser tan bonitos le hicieron lástima y dijo que en ninguna manera consentiria que fuesen cautivos, mas que ella los daba á la Iglesia por sus hijos, y al mayorcito, que era hijo del secretario, envió al seminario en compañía del Padre para que se criase allí, y al otro porque era más pequeño, dejó en su casa para enviarle después en teniendo edad.

Este era el estado de las cosas del Japon por todo el año de 1595 en el cual se remata este libro XII.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

EN EL CUAL SE TRATA CÓMO LLEGÓ Á JAPON EL OBISPO D. PEDRO MARTINEZ Y COMENZÓ Á HACER SU OFICIO, Y TAICOSAMA RENOVÓ LA PERSECUCION CONTRA LA CRISTIANDAD, Y EL PROGRESO Y AUMENTO DE ELLA HASTA LA MUERTE DEL MISMO TAICOSAMA

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo iba nuestro Señor deshaciendo las trazas que el tirano tomaba para perpetuar su monarquía, y el castigo que le envió.

Muy propio es de nuestro Señor favorecer y llevar adelante los intentos y deseos que van ajustados con su ley, con la razon y con la justicia, y desbaratar y deshacer los consejos y trazas de los hombres que no van medidos con esta regla, como le aconteció al tirano Taicosama, que todos cuantos medios tomaba para perpetuar su monarquía, se los iba Dios deshaciendo entre las manos.

Lo primero le quitó los hijos, para que no tuviese quien le sucediese, porque antes de hacer la jornada del Coray se le murió uno que tenia. Viéndose Taicosama sin hijos, echó por otro camino, que fué levantar á tres sobrinos, hijos de su hermana, y con este intento dió al mayor cinco reinos, y después renunció en él la monarquía del Japon. Al segundo dió otros tres y al tercero dos. De estos tres sobrinos el menor murió en la guerra del Coray, el segundo en la ciudad de Meaco, sin dejar herederos ni sucesores, y al mayor de todos mandó matar el mismo Taicosama en el monasterio de Coya, y á sus hijos y mujeres en Meaco, y quedó la sucesion de toda aquella grande monarquía en un niño de cinco ó seis años que le nació después que vino de Nangoya, del cual se puede temer que no harán los japones más caso que si no lo fuese, el dia que faltare su padre.

Quiso tambien este tirano para estar más seguro en Japon y no tener quien le hiciese rostro ni desbaratase sus intentos, tomar la conquista del Coray y de la China, para repartir entre los señores y caballeros cristianos aquellas tierras, y dejándolos allá como desterrados, tomar él para sí las que ellos tenian en Japon. Y para que ni los cristianos ni los gentiles á quien tenia disgustados con las mudanzas que habia hecho de sus reinos, no tuviesen fuerzas para levantarse contra él, dió en hacer edificios y fábricas extraordinarias, obligando á los señores y caballeros á que hiciesen ellos tambien casas y palacios muy suntuosos en que gastasen mucha parte de sus haciendas, y para esto al principio de su monarquía fundó la ciudad de Osaca con sus palacios y fortaleza, y después hizo otros semejantes en Meaco. Y últimamente edificó la nueva ciudad, palacios y fortaleza de Fujimi, que hacian grande ventaja á todos los demás edificios, y por ventura como algunos pensaban y decian para hacerse adorar por uno de sus camis en esta ciudad y fortaleza, como lo pretendió su predecesor Nobunanga en Anzuquiama, y así tuvieron entrambas ciudades y fortalezas casi un mismo fin.

Estas eran las trazas del tirano, pero tan mal le sucedieron como la primera, porque de toda la conquista del Coray como se ha visto en el discurso de esta historia, no sacó sino mucho

gasto y pérdida de su gente y de su reputacion, sin poder ejecutar lo que deseaba.

Bastaban estos ruines sucesos á un hombre de tan grande prudencia y sagacidad humana para caer en la cuenta de que todos eran pena y castigos de sus culpas; pero como estas suelen oscurecer la lumbre de la razon y del buen entendimiento, en lugar de reconocer Taicosama la obstinacion con que habia perseguido tantos años la ley de Dios, con los mismos castigos del cielo se iba endureciendo cada dia más como otro Faraon, y cuando le castigó Dios con algun rigor, entónces mostró aun más su crueldad contra los cristianos, como luego veremos.

Entre los castigos que nuestro Señor dió á este tirano, fué uno muy notable. El año de 1596, á los 22 de Julio, dia de la gloriosa Magdalena, se vió en la ciudad de Meaco un grande cometa que duró algunos dias, y al mismo tiempo llovió grande cantidad de ceniza en aquella ciudad y en la de Osaca otra tanta de arena. Y á los primeros de Diciembre del mismo año, fueron tales y tan continuos los temblores de la tierra, que cayeron con ellos en el suelo toda la fortaleza y palacios de Fujimi, que con tantos gastos habia edificado, y el nuevo monte con la ciudad quedó casi destruido. Escapóse aquella noche el tirano por grande ventura con su hijo en los brazos, pero murieron más de 100 de sus mujeres, y de sus riquezas y tesoros dicen que perdió más de tres cuentos de oro.

Con estos mismos temblores cayeron en la sierra de Frenojama grande número de templos, y murió mucha gente, y en otro templo famoso que habia en Meaco, se hicieron pedazos cuantos ídolos habia en él. No fué menor el daño que hubo en las dos ciudades de Osaca y Sacay, en las cuales tambien cayeron muchas casas y murió grande copia de gente, y desde Osaca á Meaco quedaron hechas en el camino tan grandes aberturas, que en muchos dias no se pudo ir á caballo de una parte á otra, sino era con grande rodeo.

Notaron los de Sacay una cosa, y con mucha razon, que habiéndose caido todas las casas de una calle, sólamente quedó en pié la de un cristiano que se decia Roque, en la cual se solian juntar todos á hacer oracion y tratar de cosas de su aprovechamiento. No sólo en las partes del Meaco, sino tambien en las del Jimo alcanzó parte de este trabajo, y particularmente en la ciudad de Funay, del reino de Bungo, en la cual murió mucha gente.

Pero aunque fueron grandes los daños que hicieron los temblores de la tierra, sin comparacion fueron mayores los que hizo la mar saliendo de sus límites con dos corrientes caudalosísimas. La una de ellas la vuelta del Meaco, donde hizo grande estrago anegando lugares y villas, con infinita gente que pereció. La otra fué hacia el Jimo y reino de Bungo, en el cual asoló tambien muchos pueblos, porque entró 20 leguas por la tierra adentro. Entre otros lugares que destruyó fué la villa de Voquinofama, sin dejar en ella casa ni persona, sino fué un solo cristiano que vivia allí, el cual se libró, teniéndolo todos por cosa de milagro. Habia en esta villa una fortaleza que tambien se destruyó toda, y se tuvo por castigo del cielo, porque se habia edificado la mayor parte de ella con la madera que quitaron de la iglesia de Funay.

Toda esta creciente tan extraordinaria y repentina, nació de un estrecho que hace el mar entre dos islas en frente del puerto de Jimonojequi, donde subió el agua tan alta, que rompió después con aquellas dos corrientes; la una hacia el Jimo, y la otra para Meaco, y en la misma fortaleza de Jimonojequi, con estar en un cerro bien alto, entró el agua en tanta abundancia, que pasados algunos dias, habia más de 20 brazas de hondo, en lo que dentro de ello se quedó.

CAPÍTULO II

Cómo el Obispo D. Pedro Martinez llegó al Japon y visitó á Taicosama, y comenzó á hacer su oficio.

En fin del lib. IX queda dicho cómo por ser tan grande la necesidad que habia en Japon de pastor y prelado, para ordenar y confirmar, y ejercitar otros oficios pontificales en aquella cristiandad, fueron nombrados en diversos tiempos para este oficio algunos Padres de la Compañía, de los cuales el primero fué el P. Andrés de Oviedo, patriarca de Etiopía. Mas porque en recibiendo el breve para ir á Japon, escribió él mismo al Papa algunas razones, por las cuales convenia no desamparar las ovejas de Etiopía, y Su Santidad las aprobó y revocó el breve, no tuvo efecto esta eleccion; y fué señalado en su lugar el P. Melchor Carnero, que sucedió al P. Oviedo en el mismo oficio de patriarca, y estando de camino para Japon, murió en Macao, puerto de la China. Por muerte de estos Padres fué electo tercera vez por Obispo del Japon el P. Sebastian de Morales el año de 1587, el cual tambien murió en el mismo viaje llegando á Mozambique.

Ultimamente, el año de 1591 fué nombrado el P. Dr. Pedro Martinez, siendo Provincial de

la India, y se consagró en Goa; y para que sucediese después de su muerte, fué señalado en segundo lugar, el P. Dr. Luis Cerqueira, que estaba leyendo Teología en Evora, y después de consagrado en Lisboa partió para la India, el año de 1594.

Deseaba el Obispo D. Pedro ir á visitar las ovejas que nuestro Señor le habia encomendado en Japon, sin dar ocasion á Taicosama de ofenderse de nuevo contra la cristiandad. Ofrecióselo como podria desear; porque habiendo vuelto el P. Alejandro del Japon el año de 94, con los recaudos del mismo Taicosama para el virey, deseando asegurarse si era cierta la embajada que el mismo Padre le habia hecho en su nombre, era necesario enviarle respuesta. Y venia muy á cuenta que la llevase el Obispo para tener ocasion de visitarle y ver la disposicion que habia para ejercitar su oficio y ministerios pontificales en aquella tierra.

Con esto partió de la India el año de 1595 llevando otra carta y presente del virey para Taicosama, certificándole cómo la primera embajada se habia hecho por su órden, y avisándole tambien cómo habia recibido por mano del mismo P. Alejandro el presenté y carta que le envió. Partió de Macao, puerto de la China, con este recaudo para Japon, y llegó á Nangasaqui víspera de la Asuncion de la Vírgen Nuestra Señora, á los 14 de Agosto de 1596.

No se puede decir el alegría de los Padres y cristianos de aquella ciudad con su buena venida, y tan deseada por ser el primero pastor y Prelado que veian en aquella tierra, y aunque por estar las cosas de la cristiandad con tanto trabajo y afliccion, no hicieron las demostraciones públicas que deseaban de su alegría, pero era tanto el concurso de unos y otros á visitarle y tomar su bendicion, que en todo el dia no se vaciaba la casa de gente. Y al buen Prelado ponia tanta devocion ver el gozo y contento con que de todas partes le venian á buscar sus hijos, que le hacian derramar muchas lágrimas, y decia que era muy poco lo que habia oido de la cristiandad del Japon en comparacion de lo que veia.

Hallóse en Nangoya á este tiempo el capitan D. Agustin que venia del Coray y pasaba á Fujimi, porque eran llegados los embajadores de la China, y no quiso perder aquella buena ocasion, y así vino en persona á visitar el Obispo y recibir su bendicion y ofrecerse por su hijo. Antes de partir de Nangasaqui dejó librados para ayuda de su gasto 200 fardos de arroz y otros tantos de trigo, y lo mismo hicieron otros señores cristianos, porque sabian que no tenia entónces el Obispo más renta que los otros Padres que residian en Nangasaqui y vivian de limosna.

Desde aquel puerto envió el Obispo al P. Juan Rodriguez su compañero que sabia bien la lengua á Fujimi, para que de su parte hablase á Taicosama y le dijese cómo traia una carta y presente del virey de la India, y que cuando Su Alteza le diese licencia iria á visitarle. Dió su recaudo el P. Juan Rodriguez á Taicosama y mostró holgarse con él, y dijo que viniese luego el Obispo á visitarle. Partió el Padre con esta respuesta de Fujimi á los 20 de Setiembre de 96, y en pocos dias llegó con buen tiempo á Nangasaqui.

Entre tanto que el P. Juan Rodriguez fué y volvió de Fujimi, comenzó el Obispo á hacer su oficio en aquella ciudad, y confirmó más de 4.000 personas, aunque con el recato que los demás Padres tenian en ejercitar sus ministerios. Tambien pasó á ver el seminario que estaba en el reino de Arima en compañía del P. Viceprovincial Pedro Gomez, y del capitan de la nao en que habia venido. Era tanta la devocion con que salian á verle por los caminos, que iban muy de ordinario delante del Obispo coros de niños cantando Salmos, y los grandes no se contentaban con recibir su bendicion sino llegaban á besarle la mano ó el vestido. Recibiéronle los niños del seminario con muchas oraciones y declamaciones, y después con una tragedia, la cual representaron con mucha gracia.

Vueltos á Nangasaqui y venida la respuesta de Taicosama, partió el Obispo para Meaco á 1.° de Noviembre de 1596, llevando consigo á los PP. Juan Rodriguez y Francisco Pasio con algunos portugueses. Residian entónces en la casa de Meaco el P. Organtino y el P. Francisco Perez, y los HH. Vicente, Paulo de Amacusa y Luis, y en la de Osaca el P. Pedro de Morejon y el H. Miqui Paulo, con otros dos cristianos que se decian Diego y Juan, los cuales habia algunos años que deseaban ser admitidos en la Compañía por Hermanos, y con este deseo estaban sirviendo en aquella casa y á tiempos en la de Meaco.

Llegado el Obispo á Osaca pasó á Meaco á los 16 de Noviembre de 1596, y cuando le avisaron que era tiempo y sazon, fué á Fujimi á dar el presente y carta que traia para Taicosama. Preguntó al principio que cómo se habia detenido tanto la respuesta, pero oidas las razones que le dió el P. Juan Rodriguez en nombre del Obispo, quedó satisfecho y les dió el cha, y después los despidió con muy buena gracia.

Detúvose el Obispo algunos dias en Meaco por el consuelo y devocion de los cristianos que

venian á visitarle de diversas partes, administrándoles el Sacramento de la Confirmacion, y por ver si podia ayudar en algo á cierto trabajo que sucedió en aquel tiempo á unos españoles que venian de las Filipinas y dieron al través con una recia tempestad en un puerto del Japon donde se perdió el navío como luego se dirá. Al fin á los 7 de Diciembre de 1596 partió de Meaco, y á los 8 de Osaca para Sacay, donde se embarcó á los 9 del mismo mes para el puerto de Nangasaqui.

CAPÍTULO III

Cómo los Padres Descalzos que vinieron de las Filipinas cayeron en desgracia de Taicosama y de sus gobernadores.

Los PP. Descalzos de la Orden del glorioso P. San Francisco que residian en Meaco, con la noticia que ya tenian algunos de ellos de la lengua, predicaban de ordinario y decian misa en su iglesia y bautizaban á los gentiles y confesaban á otros que ya eran cristianos. Tambien hicieron un hospital cerca de su convento, en el cual curaban algunos enfermos con toda caridad y piedad, edificando á la gente con estos ejercicios de humildad y paciencia, y despertando á los gentiles á recibir la ley de Dios.

Y si el santo fervor y celo de aquellos Padres y siervos de nuestro Señor hallara las cosas del Japon en mejor disposicion y estado, pudiérase confiar de la divina misericordia que se sirviera mucho el Señor de sus trabajos y ministerios, pero en el que tenian entónces gobernando Taicosama, aunque para sus almas fué de mucha ganancia y fruto para las cosas de aquella cristiandad, fué de grande inconveniente y ocasion de que se pusiesen en peor estado que antes tenian, como adelante veremos. Porque como aquellos santos varones eran nuevos en la tierra y no tenian tanta noticia de la gente ni de su condicion natural, y ménos de la de aquel tirano, por haberle tratado poco, no echaron de ver ni se les representaron entónces los inconvenientes que después tocaron con las manos Porque el fervor y celo con que procedian, les allanaba las dificultades que algunos les ponian delante, y aun les hacia que tuviesen por sospechosos los avisos y consejos que les daban los que tan de corazon los amaban y temian su peligro y daño y el de toda aquella cristiandad, viendo que cuanto edificaban por una parte con su vida, tanto ofendian por otra á mucha gente principal, y particularmente á los gobernadores de aquel imperio, pareciéndoles que tenian los Padres en poco sus avisos y mandatos, y que no hacian caso de ellos, de lo cual necesariamente se habian de seguir los trabajos que después se vieron, los cuales mucho antes habian temido los que por tan larga experiencia tenian tan conocido el humor y condicion de aquella gente y el modo de tratarla.

Tenia Taicosama cuatro gobernadores para aquella ciudad de Meaco y los negocios de otros diversos reinos, uno de los cuales se llamaba Majita Yemondono y otro Guenifoin, que era el más principal y más privado de Taicosama y visorey de aquella tierra. Los otros dos se decian Jibunojo y Jateuca Vocura.

Ofendiéronse mucho estos gobernadores de que los PP. Descalzos predicasen y dijesen misa públicamente en su iglesia y bautizasen contra el mandato y voluntad de Taicosama. Al principio avisáronlos con blandura, particularmente Faranda Queimon, el que trajo aquellos Padres de Manila, poniéndoles delante el disgusto que recibiria Taicosama si lo supiese, y el peligro de sus personas por ir contra lo que les habia mandado cuando les dió la primera licencia para quedar en Japon.

Este mismo aviso les dió tambien el gobernador Jibunojo y su amigo Fajegaba, el que los trajo en su compañía á Meaco desde Nangoya, y los tuvo en su casa algunos meses. Mas viendo que no cesaban por esto de ejercitar sus ministerios como de antes, envió á llamar el virey Guenifoin á dos religiosos de aquel convento que se decian Fr. Bartolomé y Fr. Gonzalo, y reprendiólos de lo que hacian con rigor, amenazándolos que si no se corregian, los habia de mandar crucificar á ellos y á cuantos acudiesen á su iglesia.

Supo el P. Organtino que residia en Meaco el disgusto y queja que tenian los gobernadores y otras personas principales, así cristianos como gentiles, y envió al P. Pedro de Morejon por ser español, para que representase al P. Comisario Fr. Pedro Bautista el peligro en que ponian á sí mismos y á toda aquella cristiandad, teniendo tan ofendidos y disgustados á los gobernadores de aquella ciudad y reinos.

Al fin viendo Faranda Queimon que los Padres no hacian mudanza en su modo de proceder, temiendo la indignacion del tirano cuando lo supiese, por haberlos él traido de Manila la primera vez, él mismo fué á Taicosama y le dijo cómo aquellos Padres predicaban públicamente y decian misa y bautizaban. Y en el capítulo XIV del tratado que se pone al fin de este libro se verán más en particular las causas principales que movieron á Faranda para acusar

á estos Padres. Mandó luego llamar Taicosama á los gobernadores para ver si era verdad lo que Faranda le habia dicho, y ellos se disculparon con que los habian avisado diversas veces que estuviesen recogidos, pero que no habian querido tomar su consejo ni obedecer á su mandato. Alteróse con esto grandemente el tirano contra los Padres, mostrando con palabras su ira y enojo y lo que pensaba hacer.

Estando con este disgusto y sentimiento sucedió otra ocasion que bastó para acrecentársele y romper de todo punto con ellos, y descubrir lo que tenia en su corazon, como se verá en los capítulos siguientes sacados de las informaciones auténticas que se hicieron sobre este caso en el puerto de Nangasaqui el mes de Agosto de 1597 y en Setiembre del mismo año.

CAPÍTULO IV

Cómo se perdió la nave San Felipe *en un puerto del Japon, y Taicosama se alzó con lo que venia en ella, y lo que hicieron los PP. Descalzos y los de la Compañía para remedio de esta necesidad.*

Partió de las Filipinas á los 12 de Julio de 1596 para la Nueva España un galeon que se decia *San Felipe* con grande riqueza; pero las muchas y grandes tempestades que tuvo le hicieron perder su viaje, y al cabo de tres meses, á los 19 de Octubre del mismo año, le arrojaron los vientos á un puerto del Japon que se dice Urando, en el reino de Tosa, tan maltratado y quebrantado de las tormentas pasadas, que dentro de pocos dias se acabó de abrir y hundir en el mismo puerto, y con grande trabajo sacaron á tierra las mercadurías que habian quedado, ayudándolos para ello con barcos el rey de aquella tierra que se decia Chofugami.

Venian en el galeon *San Felipe* cuatro religiosos de San Agustin, y uno de Santo Domingo y dos de San Francisco Descalzos, del mismo convento de los Padres que estaban en Japon. El general de este navío, D. Matías de Landecho, viéndose en tierra de gentiles y perdido su galeon, por consejo del rey de Tosa, envió un presente á Taicosama y á los cuatro gobernadores de Meaco pidiendo que le diesen una provision para que por su dinero le socorriesen con la gente y materiales necesarios, ó para reparar el navío ó para hacer otro de nuevo.

Despachó D. Matías con este presente á su alférez Cristóbal de Mercado y al sargento mayor D. Antonio Malaver, en compañía de los dos religiosos Descalzos y del secretario del rey de Tosa, que le envió con ellos para que los aposentase en Fujimi y en sus propias casas que allí tenia. Llevaban órden los unos y los otros que acudiesen con el presente al P. Comisario Fr. Pedro Bautista, y que guiasen aquel negocio por su parecer y consejo, ayudándose para su buena expedicion del gobernador Majita Yemondono, grande amigo del rey de Tosa. Hallaron aquellos caballeros al P. Fr. Pedro en Osaca, y entendido á lo que iban, pasaron juntos á la ciudad de Fujimi, y allí concertaron los presentes que se habian de dar á Taicosama y á los gobernadores. Acudieron lo primero conforme al órden que traian al gobernador Yemondono con su presente, y diéronle cuenta de lo que pasaba en Urando con un memorial, de lo que habia de suplicar á Taicosama en nombre de los españoles, y pidiéronle que les avisase cuándo seria sazon y tiempo para llevar el presente que le traian.

Dióles Yemondono buenas esperanzas y ofreció que haria lo que le pedian, y con esto quedaron todos con mucha confianza que habia de tener buen suceso aquel negocio; pero Yemondono en buen romance los vendió y persuadió á Taicosama que tomase aquella hacienda para sí, pues lo podia hacer conforme á las leyes del Japon por haber dado aquel navío al través en su costa, y ser los que venian en él gente de guerra como lo avisaba el rey de Tosa. La resolucion fué, que aquella misma tarde partió el gobernador de Majita, Yemondono, al puerto de Urando, para entregarse de toda la hacienda del galeon; y cuando el P. Comisario y sus compañeros estaban esperando la respuesta y aviso para visitar á Taicosama, les envió á decir Yemondono que habia hecho mal el general en no haber venido él mismo á dar razon de su navío, y que él se partia para allá.

De estas palabras y respuesta, aunque no entendieron la resolucion que llevaba el gobernador, pero bien sospecharon que su ida no era para bien de los que allá estaban; y con esta ocasion se volvieron al puerto el P. Fr. Juan Pobre y el sargento mayor D. Antonio Malaver, y se quedó en Meaco el alférez Cristóbal de Mercado hasta ver en qué paraban aquellos negocios.

Acudió entónces el P. Fr. Pedro Bautista al virey Guenifoin con cierta provision y chapa que habia dado Taicosama dos ó tres años antes para que pudiesen venir los de las Filipinas á contratar libremente con los del Japon. Mostróse muy sentido y agraviado el virey de que hubiesen acudido á Yemondono primero que á él, diciendo que si le hubieran mostrado aquella provision, no se hubiera partido el gobernador á

Urando, y dióles esperanza de que no se perderia la hacienda del galeon, porque no debia él de saber entónces la resolucion de Taicosama, ni la que llevaba Yemondono para tomar la hacienda.

Habia llegado el Obispo D. Pedro á Meaco después de partido el gobernador á Urando, y sabiendo lo que pasaba, envió á pedir al P. Comisario y al alférez Cristóbal de Mercado, le hiciesen caridad de llegar á su posada para ver si habia algun remedio en aquel aprieto, ó si él y sus compañeros podian ayudar en algo, porque lo harian con entera voluntad.

Con las buenas esperanzas que habia dado Guenifoin al P. Comisario y la confianza que él tenia que se habia de despachar todo bien con la chapa y provision que habia presentado, respondió al Obispo que entónces no era necesario su favor ni de los demás Padres, porque el negocio estaba ya puesto en buen punto. Pero con los nuevos avisos que se tuvieron de lo que el gobernador Yemondono iba haciendo en Urando, tornaron segunda vez á hablarle. Fué entónces el P. Juan Rodriguez con uno de aquellos religiosos Descalzos á hablar al virey Guenifoin, el cual, como estaba ya informado de la determinacion de Taicosama, les dijo el poco remedio que tenia aquel negocio, renovando su queja y sentimiento de que no le hubiesen dado cuenta de él á tiempo y antes que partiese el gobernador.

Volvieron del puerto de Urando Yemondono y el rey de Tosa á los 8 de Diciembre de 1596, hallaron á Taicosama en Osaca por habérsele destruido los palacios y fortalezas de Fujimi con los temblores pasados. Tambien vino el General D. Matías de Landecho para decir el agravio que les hacian en quitarles su hacienda, pero el tirano como estaba ya informado de Yemondono y del rey de Tosa, se hizo sordo y se alzó con todo y quedaron aquel caballero y sus compañeros con extrema necesidad, en la cual los socorrió el P. Organtino, que residia en aquella ciudad con diversas limosnas que buscó, y con ellas pasaron el tiempo que allí se detuvieron.

Este mismo oficio habia hecho desde Nangasaqui el P. Viceprovincial Pedro Gomez, con el mismo general y con los demás españoles, enviándoles á Urando un hombre con dineros y cosas de comer, y ofreciéndoles por carta todo favor y ayuda, como después se la dió cuando el mismo general y los que habian venido en el galeon *San Felipe* llegaron á Nangasaqui, para desde allí pasar á las Filipinas, porque á los religiosos aposentó el Padre en casa, que algunos de ellos venian enfermos y con mucha necesidad de algun regalo; y para los demás juntaron el Obispo y los Padres que allí residian una buena limosna, con que se sustentaron los dias que allí estuvieron, y de ella hicieron el matalotaje necesario para su viaje, y últimamente les buscaron dos navíos en que fuesen, y el dinero que habian menester hasta llegar á las Filipinas.

CAPÍTULO V

De la ocasion que tomó Taicosama del galeon San Felipe *para hacer prender y querer matar á los que predicaban en Japon la ley de Dios.*

Desde que el tirano Taicosama desterró á los Padres de la Compañía el año de 1587 y mandó que saliesen del Japon, siempre anduvo con temor y recelo no se juntasen los cristianos tomando por cabeza á los señores y reyes del Jimo, y levantasen en su imperio alguna alteracion, porque sabia él mismo cuán disgustados tenia á muchos reyes y señores, y esta fué la causa principal, porque estando en Nangoya mandó quitar todas las armas á los que vivian en los reinos del Jimo. Habíansele moderado estos recelos y sospechas con dos cosas, las cuales habian sido harta parte tambien para templar el rigor con que comenzó la persecucion.

La primera, tener en el Coray casi á todos los señores y caballeros cristianos con deseo de dejarlos por allá. La segunda, ver que los Padres de la Compañía que estaban en Japon se trataban como desterrados, con encogimiento y sin parecer en público, y teniendo respeto á sus mandatos, y de aquí nació el disgusto que él y sus gobernadores tomaron contra los PP. Descalzos de las Filipinas, como en el cap. III queda dicho.

Estando, pues, las cosas en esta disposicion y volviendo Yemondono con el rey de Tosa del puerto de Urando para confirmar á Taicosama en la determinacion que tenia de quedarse con la hacienda del galeon, y para encubrir lo que entrambos habian tomado para sí, dijéronle mucho mal de los españoles, aprovechándose de algunas palabras poco advertidas y consideradas que uno de ellos dijo en Urando, y después las confirmaron otros en Osaca, no echando de ver el daño que con ellas se hacian á sí mismos y á otros muchos.

Porque queriéndose aprovechar los del navío para su defensa de la chapa y provision que Taicosama habia dado para que viniesen á Japon los de las Filipinas, preguntó el gobernador Yemondono si eran una misma nacion y gente los portugueses y españoles, y un mismo rey y señor de

todos el que poseia lo del Perú y Nueva España y Filipinas con la India Oriental. Respondiéronle á lo primero que habia mucha diferencia de los unos á los otros, porque los españoles eran hombres de guerra y los portugueses gente de peso y balanza, dando á entender que no trataban tanto de conquistar tierras como de sus mercadurías, y cuanto á lo segundo, que era un mismo rey y señor de todos, el cual tenia debajo de su obediencia las Indias Occidentales y parte de las Orientales, y juntamente le mostraron en una carta de marear, dónde caia cada reino de estos. Espantóse Yemondono que un señor solo tuviese tantas y tan distantes provincias, y preguntó cómo las habia conquistado. Respondiéronle que para hacer esto, enviaba el rey delante religiosos de diversas órdenes á predicar el Evangelio, y cuando habia buen número de cristianos, entraba con mano armada, y juntándose con su gente los recien bautizados, daban sobre el señor de la tierra y se la quitaban.

Todas estas cosas que los españoles habian dicho en el puerto de Urando al gobernador Yemondono, delante del rey de Tosa, y después las tornaron á confirmar en Osaca, refirió él mismo á Taicosama, añadiendo entrambos que les descontentaba mucho la gente de aquel galeon, porque traian en su compañía religiosos de diferentes órdenes, y venian muy proveidos de muchas armas, y así no los tenian por gente segura.

Alteróse con esto el tirano extraordinariamente, porque le tocaron en lo vivo y en el sentimiento que él tenia en su corazon de tantos años. No faltaron algunos gentiles de los que estaban presentes, que atizaron el fuego y señaladamente Jacuin, su grande privado, que fué causa de la primera persecucion contra los Padres de la Compañía, el cual con la buena ocasion que halló, tornó á acusarlos de nuevo, de que contra su mandato habian hecho muchos cristianos después que los habian mandado desterrar, y que todo era traza para armar alguna traicion, y por eso no habian querido salir del Japon en tantos años.

Ciego el tirano con la pasion y enojo, dijo: Razon he tenido yo en no querer consentir esta ley en Japon, porque toda la conversion que hacen estos Padres, se ordena á quitarme mis reinos, pero yo les quitaré á ellos primero la vida y los haré matar.» Y aquella misma noche á los 9 de Diciembre de 1596, mandó al gobernador de Osaca que pusiese guardas en las casas de los PP. Descalzos y de las de la Compañía que habia en aquella ciudad, porque este es el modo de cárceles y prisiones que tienen en Japon. A la misma hora despachó un criado suyo al gobernador Jibunojo, para que hiciese otro tanto de los religiosos que habia en Meaco, y al mismo criado mandó que tomase por lista los cristianos que acudian á las casas de los religiosos y la diese al gobernador para que los hiciese matar.

Halláronse á este tiempo en Osaca el H. Miqui Paulo y los dos Juan y Diego, que pretendian ser admitidos en la Compañía, porque los PP. Francisco Perez y Pedro Morejon, que solian residir á tiempos en aquella casa, habian ido al Sacay de donde se partió el Obispo á los 9 de Diciembre para Nangasaqui, y los Padres se volvieron desde allí á Meaco sabiendo lo que pasaba para esperar la muerte en compañía del P. Organtino que residia en aquella casa con otros tres Hermanos, que eran Luis, Paulo de Amacusa y Vicente, y aunque este tercero se halló en la ciudad de Nara, cuando se hizo la prision, al punto que la supo se volvió para estar con sus compañeros.

En el convento de Nuestra Señora de la Porciúncula que tenian los PP. Descalzos en Meaco, estaban cinco religiosos; el P. Comisario Fray Pedro Bautista, Fr. Francisco Blanco, Fr. Gonzalo García, Fr. Francisco de San Miguel y Fr. Felipe de las Casas. Este Padre habia venido de las Filipinas en el galeon *San Felipe* y se quedó en Osaca desde que vino del puerto de Urando, y habiendo ido á Meaco á cierto negocio le prendieron con los demás Padres de aquel convento. Y á esta causa quedó solo el P. Fray Martin en Osaca, con dos mozos que servian en aquella casa y convento de Belen, porque el P. Fr. Juan Pobre, que tambien solia estar en Osaca, le llevaron en su compañía los españoles á Nangasaqui, donde tambien estaban otros tres ó cuatro religiosos compañeros del P. Fr. Pedro Bautista en casa de un cristiano.

A los 11 de Diciembre de 1596 fué Taicosama á ver la obra de sus palacios que tornaba á edificar en Fujimi. Vínole á visitar desde Meaco el gobernador Jibunojo, y á darle cuenta cómo estaban presos los religiosos conforme á su mandato. Tenia el tirano todavía muy viva su cólera y sentimiento, y dijo al gobernador que hiciese matar á todos los Padres. No le osó replicar Jibunojo viendo su disgusto, antes le respondió que haria lo que Su Alteza le mandaba. Corrió luego esta voz por todo el Meaco y los demás lugares donde habia cristianos, y que Taicosama mandaba poner en lista á los que se habian bautizado y acudian á las iglesias de los religiosos. Y como todos conocian la condicion de aquel tirano y cuán puntualmente y sin género

de apelacion se habia de ejecutar lo que una vez determinaba, teniendo por cierta su muerte en todas partes se aparejaban para recibirla. Y para que mejor se vea el ánimo y voluntad con que la esperaban, no solamente los PP. Descalzos y los de la Compañía, sino los mismos cristianos, pondré aquí dos cartas, una del P. Comisario, Fr. Pedro Bautista, para un religioso de su orden, y otra del P. Organtino para el P. Pedro Gomez su Provincial.

La carta del P. Fr. Pedro Bautista dice así:

«Diez dias hace hoy que estamos cercados de gente de guarda. Contra nuestros cristianos está dada sentencia de muerte, y así los tienen puestos en lista y los guardan. El primero dia que pusieron guardas se confesaron los cristianos y toda aquella noche no durmieron sueño, antes el H. Fr. Francisco y yo nos ocupamos en oir sus confesiones, porque un cristiano de los más principales que tenemos, nos dijo que el dia siguiente nos habian de matar. Yo dije misa antes del dia y di la Comunion á todos los Hermanos y á 50 cristianos, entendiendo que aquella era la última misa que en esta vida decia, y así nos apercibimos todos y tomamos cruces y crucifijos para ir á dar la vida por Cristo.

»Aquel dia antes de comer vinieron muchos japones y discurrieron por toda la casa mirando lo que habia en ella; luego vino un teniente de Jibunojo, gobernador de Meaco, y llevó nuestros predicadores Leon, Paulo, Tomé, Ventura y Gabriel, y allá los tienen. Nuestros cristianos me tienen robado el corazon, por ver el ánimo y pecho que tienen para morir por Cristo. De otras partes vinieron cristianos á morir con estos sabiendo que los habian condenado á muerte. El H. Fr. Martin está solo en Osaca, porque el H. Fr. Felipe que quedó con él, vino al Meaco á cierto negocio, y después no pudo volver por las guardas que tenemos. Tambien allá en Osaca está Fr. Martin cercado de guardas, aunque nos atribulan acá más que á él, segun lo que me escribe. Todos los Hermanos tienen buen ánimo y voluntad de morir por Cristo, que nos tiene consolados mucho en esta atribulacion; bendita sea Su Majestad.

»Los cristianos nos hacen más caridad que nunca. Ya nos tienen escritas é inventariadas las cosas de casa, no sé en que ha de parar este negocio, dicen que nos matarán ó tornarán á enviar á los luzones. Apercibidos estamos, gloria al Señor, y con deseo de dar la vida por Cristo, antes que tornar á Manila, mas no lo merezco yo. El H. Fr. Martin tiene el mismo espíritu y ánimo; bendito sea Dios. El rey tomó toda la hacienda de la nao de los castellanos, y como traia artillería y arcabuces para su defensa, díjose que debian de venir á conquistar al Japon, con ayuda de los cristianos de acá. Cuan poco fundamento tenga esto bien se ve, pues venia tan poca gente, y cargados de sedas. Dijeron tambien que los frailes venimos delante, y que así se tomó la nueva España y Filipinas. Finalmente, nosotros estamos cercados y apercibidos, y con deseo de dar la vida por Cristo.» Hasta aquí es de la carta del P. Fr. Pedro Bautista.

La del P. Organtino dice estas palabras:

«Carta es esta que ahora escribimos á V. R. de mucha alegría universal, así para V. R. como para el Señor Obispo, y para todos los demás Padres y Hermanos de la Compañía. Porque ayer en la tarde vino una carta de Fujimi, para María, mujer que fué de Chuan, de un nieto suyo, en que decia haber pocas horas que en Fujimi habia mandado el rey á Jibunojo que matase á todos los Padres, y entrando el H. Paulo en esta casa donde estamos, dijo con extraordinaria alegría. Padres mios y Hermanos carísimos, ya está concluido y rematado lo que tanto tiempo todos deseábamos de dar nuestras vidas por aquel Señor, que primero dió la suya por nuestro amor.

»Oyendo esto, luego nos comenzamos á apercibir todos con grande contentamiento, uniformiter Padres, y Hermanos, y mozos de casa; y todos los cristianos grandes y pequeños, están muy animados para seguir á los Padres, y dar la vida por su Criador. Y lo primero procuramos de aparejar nuestras almas, y luego hicimos sacar nuestros manteos y sotanas, sobrepellices y estolas, para parecer en aquel nuevo espectáculo como verdaderos siervos del Señor, y promulgadores de su ley y hijos de la Compañía, con un semblante muy alegre, segun que ya nuestro Señor Dios nos le comunica, que sin duda es tanto, que con palabras ahora no lo podré explicar. Atribuimos esto á la gloria del Espíritu Santo, y á la eficacia de las continuas oraciones y sacrificios que nuestro P. General manda hacer por esta provincia, y muy en particular V. R. que ve desde cerca los peligros y trabajos que estamos.

»Acreciéntase este nuestro fervor y alegría, con ver la grande disposicion y aparejo que hay en estos buenos cristianos, así grandes como pequeños. Y lo que más nos admira, es ver que todos estan sin ninguna tristeza ni temor, en perder sus bienes temporales, hijos, mujeres, y parientes y amigos, sino con mucho contento en dar la vida por Cristo. Entre estos lleva la palma el buen caballero y verdadero soldado de Jesucristo, Justo Ucandono. Otros caballe-

ros hay de grande esfuerzo, como los dos hijos de Guenifoin, de los cuales el más pequeño que se llama D. Constantino, hasta ahora no se ha apartado de aquí. Otros cristianos personas muy nobles, nos visitan de continuo con recaudos y cartas, afirmando que están aparejados para en habiendo algun rebato, acudir aquí con sus padres y maestros; lo cual atribuimos todos á la gracia que han recibido poco ha del Sacramento de la Confirmacion, con la venida del señor Obispo. Ni es para pasar en silencio la buena peticion de los dos pretendientes antiguos, Juan y Diego, porque viendo el trance en que estamos, alegrándose mucho con esta nueva, me pidieron por medio del H. Miqui Paulo, que ya que habian de morir por amor de Dios en compañía de los Padres, que los quisiese recibir en el número de los de la Compañía. Hasta aquí es la carta del P. Organtino.»

CAPÍTULO VI

Del grande deseo que mostraron del martirio algunos caballeros cristianos en tiempo de esta persecucion.

En las cartas del P. Fr. Pedro Bautista y del P. Organtino, se colige bien el ánimo y fortaleza que nuestro Señor daba no sólo á religiosos para morir por la confesion de su fe, sino tambien á los mismos cristianos, á imitacion de sus maestros. Y porque en semejantes casos lo particular que sucedió en ellos suele ser de mayor edificacion y consuelo, pondré aquí algunas cosas que se supieron por cierta relacion del fervor de estos cristianos, comenzando por el valeroso Justo Ucandono y los hijos del virey Guenifoin por haber hecho particular memoria de ellos el P. Organtino en su carta. Así como el año de 1587, cuando comenzó la persecucion contra los Padres de la Compañía, el valeroso Justo fué el primero que hizo rostro al tirano, y en quien descargó su indignacion, como en su lugar queda dicho, así tambien en esta que se comenzaba en el año de 1596, quiso ser el primero de los que ofrecian su vida por la honra de nuestro Señor y confesion de su santa fe. Y en sabiendo lo que Taicosama habia mandado, se fué luego á la casa de los Padres para morir en su compañía; y con tanta alegría, que no podia disimularla. Y como hombre que tenia aquel negocio por acabado, tomó su caballo, y fué á la ciudad de Fugimi á despedirse de Chicugendono rey de Canga, que le daba la renta con que vivia; y en reconocimiento de lo que por el habia hecho, le presentó dos piezas que valian de 4.000 á 5.000 ducados.

Quedó espantado el rey del grande valor y constancia de Justo, y procuró divertirle de su propósito y determinacion con muchas razones, pero fueron de ningun efecto, porque en habiendo cumplido con su obligacion, se despidió del rey y se volvió á Meaco para estar en compañía de los Padres, para ver lo que sucedia de ellos. Después de salido Justo, dijo Chicugendono á muchos caballeros que estaban con él: «Este que aquí habeis visto, es un hombre muy señalado en el valor y esfuerzo de su persona, y en saber y prudencia; y creed que si estuviera en la gracia que solia con Taicosama, fuera el primero ó el segundo señor de Japon, y por no querer dejar su ley, anda de esta manera.»

Tenia el gobernador y virey de Meaco Guenifoin dos hijos y un sobrino que todos tres eran cristianos, como queda dicho en el cap. xxx del lib. xii, aunque su padre no lo sabia. El mayor se decia D. Paulo Sacondono, de veinte y dos años, y tenia una gruesa renta en el reino de Tamba, que le habia dado Taicosama por respeto de su padre. Este caballero como oyó decir que habian de morir los Padres, despachó luego dos criados suyos, uno á Osaca y otro á Meaco, para saber la verdad; y estando certificado del mandato de Taicosama, se determinó á morir con su maestro, que era el P. Organtino, con otros ocho criados suyos; y pensando entre sí cómo podria salir con tan gloriosa empresa para deslumbrar á sus padres, le pareció que seria buen medio irlos á visitar, y desde allí pasar á Osaca, donde tenia sus suegros, y esperar allí el martirio. Y con este intento escribió dos cartas, una para su padre y otra para su madre, las cuales trasladadas en nuestra lengua, dicen de esta manera:

Carta de Sacondono Paulo, para su padre Guenifoin:

«Por cuanto yo me hice cristiano, y los Padres han de ser muertos, determino de morir con ellos; y porque no penseis que mi vida se acabó con liviandad, quise dejar esta carta. Pídoos que en lugar de las exequias que habíades de hacer por mí, os hagais cristiano, y entónces entendereis la causa, porque yo ahora determino ofrecerme á la muerte.»

Otra para su madre:

«Por cuanto Su Alteza manda matar á todos los cristianos y yo soy uno de ellos, determino morir con el P. Organtino que es mi maestro; y pareciéndome que podríades pensar que me ofrecia á la muerte con alguna liviandad os

dejo escrita esta. Pidoos encarecidamente, que no querais hacer llantos por mí, y mucho ménos exequias; mas en lugar de ellas oid la ley de los cristianos y bautizaos, porque esto será para mí muy grandes y nobles exequias. Tórno os á pedir, que no os entristezcais ni lloreis por mi muerte, la causa de la cual entendereis despues que os hiciéredes cristiana.»

Estas dos cartas tuvo escritas este caballero para enviarlas á sus padres cuando llegase el tiempo del martirio. Y para estar mejor dispuesto y aparejado, vino secretamente desde Tamba á confesarse generalmente con el P. Organtino, porque sabiendo quién era, las guardas no le habian de poner impedimento.

Pero no fué menor el valor de D. Constantino su hermano, y de su primo D. Miguel, que entrambos fueron pajes de Cambacundono, el sobrino de Taicosama. Estos dos caballeros vinieron del reino de Tamba á Meaco, y sabiendo el mandato de aquel tirano, nunca quisieron volver á donde estaba D. Paulo, sino quedarse allí para morir en compañía de los Padres; y porque el virey Guenifoin no sabia que sus hijos eran cristianos, le pareció á D. Constantino su hijo decírselo antes de su muerte, porque no se quejase después.

Tomó, pues, D. Constantino el camino para Fujimi, donde residian entónces sus padres. Causóles mucha novedad su venida, porque entendian que estaba en Tamba con su hermano, pero recibiéronle con mucha alegría, porque le amaban tiernamente. Aguardó D. Constantino ocasion en que su padre estuviese solo, y entónces le dijo como era cristiano y discípulo del P. Organtino, y estaba determinado de morir con él. No se puede decir la pena y turbacion del virey, cuando oyó que su hijo era cristiano y la determinacion con que venia, y con un profundo sentimiento, nacido del amor que le tenia y del dolor presente, le dijo con lágrimas que corrian por su venerable rostro: «¡Oh hijo cruel é inhumano para mí, antes que te hicieras cristiano habias de darme cuenta de ello y tener respeto á mi bien, mas ahora sin reparar en el mal que á mí y á tu madre nos haces y nos puede venir, te publicas por cristiano y te precias de ello?» Llegó á este tiempo la afligida madre sabiendo lo que pasaba, dando tan dolorosos gemidos y suspiros, que se le partia el corazon de pena y angustia, y derramando tantas lágrimas, que bastaran para derribar al hombre más constante si la poderosa mano del Señor no tuviera con su gracia á D. Constantino para no volver atrás.

Acertó tambien á llegar á Meaco D. Miguel, que venia en busca de su primo, con el cual se tornó á renovar el sentimiento y dolor pasado, porque le querian Guenifoin y su mujer como á hijo, y le habian criado en su casa. Pero los discretos y valerosos mozos supieron decir tantas razones á su madre y tia, que la dejaron algo consolada, poniéndole delante cómo muchas madres veian morir á sus hijos por justicia y por delitos, y ellos no morian sino por la salvacion de su alma y por alcanzar la vida eterna, lo cual para ella habia de ser de mucho consuelo. «Así es, dijo la madre, que muy digno es mi hijo de loor y alabanza, porque yo de tantos años y con canas en la cabeza, aún no sé el camino de la salvacion ni le he procurado saber, y él de tan poca edad estima tanto la otra vida, que no hace caso de esta, lo cual tengo por cosa maravillosa.» Con esto se volvieron entrambos á Meaco y estuvieron en compañía de los Padres, no apartándose de ellos de noche ni de dia.

CAPÍTULO VII

Del deseo que se vió en otros cristianos del martirio al mismo tiempo.

Esta misma fortaleza y constancia daba nuestro Señor para morir por su ley á otros muchos cristianos que seria cosa muy larga contarlos todos. Tres hubo en Osaca, que particularmente se señalaron en el deseo del martirio. El primero se decia Víctor Nodaquesuque, secretario del gobernador de aquella ciudad, el cual desde luego se ofreció para morir en compañía de los Padres, y animaba á su mujer é hijos para lo mismo, y estando todos con un mismo propósito y deseo, dejaron la casa en que vivian y tomaron otra junto á la de los Padres de la Compañía, para que encontrasen con ellos más presto los ministros de la justicia que andaban haciendo lista de los cristianos.

El segundo se decia Paulo Siquiondono, natural de Sacay, no ménos fervoroso ni ménos deseoso del martirio que Víctor, y desde el dia que se publicó la muerte de los Padres y el mandato de Taicosama, nunca salia de casa, deseando morir en su compañía.

El tercero se decia Andrés Ongasavara, natural del reino de Bungo y hombre noble. Este Andrés fué el que la noche después que martirizaron al santo Joran en aquel reino, le quitó una imágen que tenia al cuello, sobre lo cual hizo el rey mucha inquisicion para hacer matar al que la habia quitado, y de ahí á dos ó tres años llevó las reliquias del santo mártir al reino de Arima, donde estaba el P. Provincial Alejandro, y cuan-

do se dijo que mandaba Taicosama poner en lista los cristianos, este Andrés insistió mucho en que habia de ser el primero de los que pusiesen en ella.

Pero no es para pasar en silencio un gracioso diálogo que tuvo Andrés Ongasavara con su padre, que tambien era cristiano, y viejo de ochenta años, pero muy cándido y sincero, y habia solos seis meses que se habia bautizado. Habíanse venido Andrés y su padre con toda su familia desde Bungo á vivir en Osaca, porque perdieron lo que allí tenian cuando desterraron al rey.

Como corria entónces la plática por todas partes que habian de morir los cristianos, deseando Andrés que todos los de su casa gozasen de aquel singular beneficio, quiso disponer á su padre para ello, por ser tan nuevo en la fe. Y hablando un dia con él dijo: «Padre, como ha poco tiempo que os hicistes cristiano, aún no habreis entendido qué cosa es ser mártir. Pues sabed que entre los cristianos, una de las mayores mercedes que nuestro Señor les hace, es traerles á este punto de que dén la vida y mueran por su servicio, y los que han de recibir esta corona, es menester que tengan el debido aparejo de humildad y paciencia, para que cuando vinieren los enemigos, dejadas las armas y puestas las manos y las rodillas en el suelo, se reciba la muerte por amor de nuestro Señor sin defenderse.»

Estuvo el viejo oyendo á su hijo con atencion, y en llegando á este punto con un sentimiento conforme á las leyes del mundo en que se habia criado toda la vida, le dijo: «Rapaz mal enseñado, esas niñerías me has de decir tú á mí, ¿cómo se ha de dejar matar un hombre necia y bestialmente de los malos y perversos? ¿no ves cuán grande cobardía seria esa? ¿Y quién podrá sufrir delante de sus ojos que estén matando á los Padres y no arremeta y mate primero siete ú ocho?» Y tomando su terciado en la mano, con un brío como si fuera de veinte y cinco años decia: «Cuando vinieren aquellos perversos á matar á los Padres, he de pelear hasta que se me quiebren los brazos y la espada, y después si me mataren, seré mártir.»

Viendo Andrés cuán poco estaba capaz su padre de lo que le decia, recelándose que si viniesen los ministros de la justicia por ventura darian en ellos, quiso quitarle la oracion, y tornó á decirle con mucha blandura y respeto: «Bien sabeis, Padre, cómo está nuestra familia de Ongasavara; es muy nombrada en Japon por el oficio que tiene de enseñar á los mozos nobles de la corte á andar á caballo y jugar de arco y flecha; y pues ha pocos dias que nuestro Señor me dió un hijo y es vuestro nieto, os pido que os salgais de esta ciudad á otra parte y le lleveis en vuestra compañía, para que se conserve en el nombre de nuestra casa y familia.» Tornó el viejo con estas palabras á enojarse mucho más contra su hijo, y díjole: «Rapaz sin juicio ni seso, ¿y eso me has tú de decir? ¿Y será bien que tú que eres mozo mueras primero, y yo viejo de ochenta años quede vivo? ¿Con qué cara tengo de parecer delante de los hombres, si tú por causa de tu familia te quieres esconder? Escóndete en buen hora, porque yo después de quebrar la cabeza á los enemigos que vinieren, he de morir mártir.»

No sabia Andrés qué hacer para disponer á su padre, como deseaba, viéndole tan léjos de lo que él pretendia, pero nuestro Señor le dispuso por otra via. Porque estando la mujer de Andrés aderezando ciertos vestidos para estar decentemente cuando la pusiesen en la cruz, y los hijos y gentes de la casa, aparejando sus rosarios y reliquias para lo mismo, preguntó el viejo que para qué hacian aquello. Dijéronle y con mucha alegría, que se aparejaban para morir por Cristo. Reparó entónces en lo que su hijo le habia dicho, y quitándose el terciado tomó las cuentas en la mano, diciendo que él queria tambien morir de la manera que los otros.

Otro cristiano honrado del Meaco tenia un hijo de diez y siete años que servia á un señor muy principal. Estando el Padre en Meaco aparejándose para el martirio escribió una carta á su hijo, dándole cuenta de su determinacion y avisándole, cómo le dejaba buena cantidad de oro y plata para después de su muerte. Leyendo el hijo la carta respondió á su padre, que bien sabia cómo era costumbre del Japon morir los hijos en compañía de los padres, ofreciéndose ocasion para ello; y que si los gentiles por un punto de honra hacian esto, cuánta más razon era que él lo hiciese siendo cristiano desde niño, para asegurar con esto su salvacion; y que estaba determinado de acompañarle, y que al punto se vendria al Meaco.

Los de la fortaleza de Tacacuqui con ser gente pobre y labradores, cuando oyeron que habian de morir los cristianos, se juntaron todos en su iglesia, hombres, mujeres y niños con determinacion de perder antes la vida que faltar en la fe, y lo mismo hicieron los del reino de Boari; y universalmente en todos los cristianos de las partes del Meaco se veia un extraordinario fervor y deseo del martirio, como se colige de lo dicho y de los capítulos de las cartas de los Padres.

CAPÍTULO VIII

Del ánimo y deseo del martirio que mostraban algunas mujeres y niños.

No sólamente en los hombres y caballeros generosos se echaba de ver un encendido deseo del martirio y de dar la vida por la confesion de la fe, sino tambien en los niños tiernos y en las mujeres flacas, en quien suele reinar más el temor; para que se descubriese mejor la poderosa mano del Señor, que los animaba para tan gloriosas empresas.

Y la que con mucha razon se puede poner en primero lugar es la mujer del rey de Tango, doña Gracia, de cuya virtud y constancia se ha hecho particular mencion en diversas ocasiones. Esta señora en sabiendo el mandato de Taicosama, apercibió á todas las mujeres cristianas que tenia en su compañía, y ella misma las animaba para el martirio, y todas mostraban tanto ánimo y deseo de recibirle, que su ordinaria ocupacion en aquellos dias era aparejar vestidos de propósito para ser crucificadas con honestidad y decencia, y decian que si á media noche les diesen aviso, irian corriendo y descalzas, por ser cada una la primera.

Otra señora honrada y principal de Meaco recibiendo una carta de un sobrino suyo que estaba en servicio de Taicosama, en que le avisaba de su determinacion y mandato contra los Padres y cristianos, no sólamente no mostró turbacion, sino que dió muchas gracias á nuestro Señor por aquella ocasion que le ofrecia; y estando presentes algunos cristianos les dijo: «Yo aparejada estoy para morir por nuestra santa fe. No sé si cuando viere las armas desnudas delante de mi flaquearé como mujer; por lo cual os pido con mucho encarecimiento, que si esto fuere, me lleveis rastrando delante de los verdugos para que muera con los demás.»

Algunas mujeres cristianas de Meaco se recogieron en casa de otra cristiana principal que se decia María, porque tenia su casa junto á la de los Padres, para que las hallasen allí los ministros de la justicia, y venian todas apercibidas de los vestidos con que habian de ser crucificadas. Entre estas vino una señora muy principal que por ser tan conocida y estimada en la ciudad, le pareció que no se atreverian los verdugos á entrar en su casa, y por ese se pasó á la de María donde necesariamente habian de acudir por ser conocida de todos por cristiana, y haberse recogido otras mujeres en su compañía, y tendria con esto ocasion de encubrirse mejor con los demás y recibir el martirio.

Pero no era ménos admirable el fervor que comunicaba el mismo Señor á los niños para dar la vida por su servicio. Tenia esta cristiana (de quien hemos dicho) que se llamaba María, una niña sobrina suya de diez años, que la habia criado en su casa, y para probarla dijo que la queria enviar en casa de sus padres que vivian en otra ciudad, porque se librase con ellos. Mas en oyendo esto la niña comenzó á llorar y decir que en ninguna manera habia de salir de allí, porque si habian de matar á los cristianos ella tambien lo era, y queria morir en compañía de ellos y de su tia, á quien tenia por madre; y aunque de hecho sus padres enviaron por ella dentro de pocos dias, no hubo remedio de que saliese de la casa de su tia.

Otro caso semejante á este sucedió á otro niño de diez años que se decia Tomé, hijo de una mujer muy virtuosa. Iba aquel niño cada dia á la casa de los Padres de la Compañía á deprender la doctrina, y como su madre estaba determinada de morir, por estar más libre y desembarazada quiso enviar el niño en casa de un deudo suyo fuera de la ciudad, pero entendiéndolo el niño, nunca quiso ir diciendo que era huir del martirio y que él no temia morir; porque tenia una imágen de Santo Tomé, y abrazándose con ella iria muy alegre á morir con los Padres y con su madre.

Estando platicando una noche dos cristianos marido y mujer acerca del martirio que esperaban, oyó la plática un hijo suyo de once años y preguntó á su padre si habia él de morir en aquella persecucion, y respondiéndole que sí, dijo el niño con mucha alegría, pues yo tambien os tengo de acompañar y morir con vos.

Otro niño que se decia Luis, de diez años, que vivia en la casa de los PP. Descalzos y le habian bautizado ellos, viendo que los ministros de la justicia no le querian poner en lista por ser tan pequeño, lloró tanto que le hubieron de escribir por darle gusto, y fué tan dichoso que le cupo la suerte de ser uno de 26 que murieron y ofrecieron sus vidas por la confesion de la fe como adelante diremos.

CAPÍTULO IX

Cómo Taicosama condenó á la vergüenza y á pena de muerte seis religiosos Descalzos de la Orden del Seráfico P. San Francisco y algunos cristianos, con tres Hermanos de la Compañía de Jesus, dejando libres á los demás.

Estaban las cosas con grande suspension, y los presos y los demás cristianos esperando cada dia su muerte. Hablaron en este tiempo á Tai-

cosama algunos señores gentiles que tenian amistad y buena voluntad á los Padres de la Compañía, y otros que eran amigos de D. Agustin, D. Simon Condera y Justo Ucandono, y sabian que les darian gusto en esto. Hallándole, pues, un dia de buen temple mirando las obras de sus palacios en Fujimi, le dijeron cómo aquellos Padres en cuarenta años que habian estado en Japon, nunca habian dado muestras ni señal de alguna traicion, ni de querer alborotar la tierra, antes habian vivido pacíficamente y tratado á todos con mucha cortesía y comedimiento, y deberia Su Alteza usar con ellos de piedad y misericordia. Comenzóse á aplacar con estas razones Taicosama y ayudó para que del todo se desenojase el buen tercio que dió el virey y gobernador Guenifoin, porque como vió á sus hijos que ya eran cristianos y determinados de morir en compañía de los Padres, y él y su mujer estaban tan lastimados por ello, importábale librar á los Padres de la Compañía, para sacar á sus hijos y sobrinos de aquel peligro; y así confirmó en su abono todo lo que habian dicho todos los demás señores, añadiendo por su parte el grande respeto que siempre habian tenido los Padres á sus mandatos, porque desde que los desterró habian estado muy encogidos, así en las partes del Jimo como en las de Meaco, porque aunque el P. Organtino estaba con su licencia en aquella ciudad, por ser tan viejo y enfermo, se trataba como desterrado, mudado su hábito y sin que le viesen en público.

Al fin con estas y otras muchas razones que el virey le dijo se aplacó del todo. Y es cosa muy probable que si los gobernadores no estuvieran entónces tan disgustados con los PP. Descalzos intercedieran con el tirano, de manera que aunque los enviara desterrados á las Filipinas no murieran. Pero nuestro Señor, cuyos juicios son incomprensibles, quiso por este camino dar á estos siervos suyos el premio de sus trabajos y dejar por entónces á los de la Compañía para que padeciesen otros de nuevo en su servicio en provecho de aquella cristiandad del Japon.

Sabiendo Jibunojo, otro de los gobernadores de Meaco, que tambien hacia amistad á los Padres la buena disposicion con que estaba Taicosama, fuéle á hablar y díjole: «Vuestra Alteza me mandó este dia que matase á todos los Padres; holgaria saber de cuáles entiende Vuestra Alteza, y si tambien he de matar á los que vinieron en la nave de los portugueses, y están con el Obispo en Nangasaqui.» Respondióle el tirano: «¿No sabes que aquella gente que vino en la nao que llegó á Tosa tiene tomada la Nueva España y los luzones, echando primero delante los frailes para que descubran la tierra, predicando su ley y llevando tras sí la gente, para que viniendo después los soldados en sus naos ayudados de los cristianos se hagan señores de ella? Y pretendian tambien por este camino tomar á Japon, y para eso enviaron á estos que predicasen; y si yo hubiera de dar licencia para predicar esta ley, diérala al Padre, que es mi intérprete, y á sus compañeros, porque con pasar de diez años que les prohibí el predicar, están recogidos como yo lo mandé; ¿pues por qué razon han de venir ahora á predicar estos de nuevo y hacer alborotos? ¿Parécete á ti esto bien?» Respondió Jibunojo que tenia Su Alteza mucha razon, porque los Padres de los luzones no habian querido tomar los consejos que les habian dado ni estar recogidos. Pasando Taicosama adelante con su plática, dijo:

«Y porque el intérprete Juan, que es el P. Juan Rodriguez, ha de oir estas nuevas y tener aflicion, envíale un hombre en una embarcacion ligera y dile que no tenga pena. Y al viejo que está en Meaco, que era el P. Organtino, que tambien estará afligido, dile que esté descansado y que yo perdono á los que están con el Obispo en Nangasaqui.»

Con esta respuesta envió Jibunojo un hombre al P. Organtino avisándole de lo que Taicosama mandaba, con órden que pasase á Nangasaqui á dar el mismo recaudo al P. Juan Rodriguez. Tambien envió á llamar desde Fujimi al teniente que habia dejado en Meaco, y le mandó que quitase las guardas que tenia puestas á los Padres de la Compañía, que era darlos por libres, y que le trujese por lista los feligreses de los Padres Descalzos, y los que frecuentaban su casa é iglesia.

Encomendó el teniente esta diligencia á un criado suyo, el cual fué preguntando con poco recato por todas las casas si eran cristianos y si acudian á la casa de los Padres; y fué ocasion de que se descubriese más su virtud y fervor, porque entendiendo todos que se lo preguntaban para martirizarlos, no sólo confesaban ser verdad, sino que ellos mismos se convidaban para que los pusiesen en la lista, y así llevó el ministro que tenia cargo de hacerla grande número de cristianos escritos. Pero como el teniente sabia ya la voluntad del gobernador Jibunojo, escogió solamente 15 personas, dejando las demás que venian en las listas.

Estuvo este negocio como en silencio hasta los 30 de Diciembre, sin hacerse más diligencia que poner á los cristianos en lista. Mas viendo el bonzo Jacuin, enemigo mortal de toda la cristiandad, que se le iban deshaciendo sus trazas y

que los Padres de la Compañía estaban dados por libres, apretó con Taicosama dándole muchas razones para que castigase á los que tenia presos, temiendo que con la dilacion seria lo mismo de los demás. Conocia este bonzo muy bien la condicion y humor del tirano y las razones con que más le habia de alterar y disgustar, y en esas hizo más fuerza, y fueron de tanto efecto para con él, que hizo llamar luego á Jibunojo y le mandó que en llegando á Meaco los presos de Osaca, para donde él se partia luego, los hiciese llevar por las calles á la vergüenza en carretas, y cortar las orejas y las narices, y desde allí los enviase á Osaca en caballos, para que los sacasen tambien á la vergüenza por las calles, y lo mismo hiciesen después en Sacay con una tabla delante en que fuese escrita esta sentencia, y fué la primera que dió el tirano.

«Mando castigar á estos, porque vinieron de los luzones con título de embajadores y se dejaron quedar mucho tiempo en Japon predicando la ley de los cristianos que yo tengo prohibida que no se promulgue, y por levantar iglesia y hacer descortesías. Y después de esto mando que sean crucificados en Nangasaqui.»

Vuelto Jibunojo á Meaco, mandó á su lugarteniente que pasase á su misma casa los cinco religiosos que estaban presos, y los cristianos que le habian dado en la lista, para que en llegando los de Osaca se ejecutase el mandato de Taicosama. Llevando estos cristianos á casa del teniente, sucedió una cosa bien particular. Estaba puesto en la última lista de los 15 un cristiano que se decia Matías, y servia á los Padres Descalzos de comprador y cocinero, al cual aun despues de puestas las guardas, le dejaban salir á comprar lo necesario, y luego se tornaba á la prision. Vivia junto á la puerta del mismo monasterio otro cristiano que tenia el mismo nombre y se llamaba Matías. Aconteció, pues, que cuando vinieron los ministros de la justicia á llevar los Padres y los cristianos, Matías el comprador no estaba en el convento; y preguntando por él, como no parecia, salió el otro Matías y dijo: Aunque yo no soy el que buscais y por quien preguntais, pero soy cristiano y tengo ese mismo nombre, y acudo á la casa de los Padres. Oyendo los ministros que se decia Matías, como no faltaba más que él solo para cumplir su lista, sin examinar si era el mismo ó otro, echaron mano de él, *et cecidit sors super Matthiam, et annumeratus est cum undecim,* y él recibió esta dichosa suerte con grande contento y alegría, y el otro Matías quedó excluido sin que se acordasen más de él.

Llegó Taicosama de Fujimi á Osaca á los 31 de Diciembre, mandó luego al gobernador de aquella ciudad que enviase los religiosos y cristianos que allí habia presos al Meaco, y los entregase á Jibunojo, para que hiciese justicia de ellos. Cuando quitaron las guardas y alzaron la prision á los Padres de la Compañía que estaban en Meaco, pensaron que hicieran lo mismo á los que estaban en Osaca. Pero el gobernador nunca se atrevió sin expreso mandato de Taicosama, porque le habia reprendido algunas veces en aquellos dias de la licencia que daba á los cristianos de aquella ciudad, para ir á la iglesia de los PP. Descalzos, y á ellos para predicar y decir misa públicamente.

Acudieron los Padres de la Compañía sobre esto á Jibunojo, á quien estaba cometida la ejecucion de la justicia, para ver si tenia algun remedio la prision del H. Miqui Paulo, y de los dos que estaban en su compañía, Diego y Juan; pero el respondió, que aunque tenia mucha compasion de ellos, que no se atreveria á hablar á Taicosama, porque seria irritarle más con todos, si entendiese que tenian otra casa en Osaca, y habia en ella gente de la Compañía, no habiendo él dado licencia más que para sólo el P. Organtino que residiese en Meaco, y el P. Juan Rodriguez en Osaca, como intérprete del Obispo. Y habiéndole ya dicho que era vuelto en su compañía á Nangasaqui, tendria mucho inconveniente darle á entender que habian quedado otros en aquella casa, y de su parecer era mejor aventurar lo ménos para conservar lo más, y que hiciesen cuenta que aquellos tres Hermanos eran muertos. Con esta resolucion de Jibunojo, los trujeron de Osaca y los pusieron en compañía de los demás presos en Meaco.

Cuando Taicosama dió la primera sentencia contra los Padres y cristianos, despachó juntamente una provision á un hermano del gobernador Terazaba, que se decia Fazaburodono, el cual tenia á su cargo la fortaleza de Nangoya y el gobierno de Nangasaqui en ausencia de su hermano, en que le avisaba cómo dentro de pocos dias le enviaria los frailes Descalzos de las Filipinas con otros cristianos, que en llegando los crucificase en Nangasaqui. Con esta provision iba una carta de Jibunojo, en que le avisaba, cómo Taicosama no procedia contra los Padres de la Compañía, antes les daba licencia de estar en aquel puerto como de antes, mas que no predicasen ni pasase Padre alguno de Nangasaqui á Meaco para este efecto.

Con esta carta habló Fazaburodono á los Padres, tornándoles á encargar de nuevo que no

anduviesen predicando con publicidad, sino que viviesen con doblado recato. Y á los ministros que tenia en aquel puerto, mandó estrechamente que no consintiesen entrar en la iglesia á ningun japon, sino á solos los portugueses, ni se hiciesen en aquella ciudad ayuntamientos de cristianos, ni otras demostraciones exteriores que pudiesen ofender á los gentiles; y porque estaban en Nangasaqui al mismo tiempo cuatro PP. Descalzos, compañeros del P. Comisario Fr. Pedro Bautista, cuyos nombres eran Fr. Agustin, Fr. Bartolomé, Fr. Marcelo y Fr. Juan Pobre, que vino en el galeon *San Felipe* con mandato particular que tuvo para ello de los gobernadores de Meaco, los hizo recoger en un navío que estaba en el puerto, con órden que no los dejasen salir de allí, sino que los mismos portugueses los llevasen á Macao ó á la India en su compañía cuando se partiesen, porque no quedasen en Japon.

CAPÍTULO X

Cómo cortaron la una oreja á todos los veinte y cuatro presos y los trujeron á la vergüenza por las calles de Meaco, Osaca y Sacay.

Estaban recogidos en Meaco todos veinte y cuatro presos en casa del teniente de Jibunojo, los seis PP. Descalzos, el P. Fr. Pedro Bautista Comisario, Fr. Martin y Fr. Francisco Blanco, que eran sacerdotes, y Fr. Felipe, y Fr. Francisco, y Fr. Gonzalo, que no lo eran, y los tres de la Compañía que residian en la casa de Osaca Miqui Paulo, Juan y Diego, y los 15 cristianos que pusieron en la lista, que los cinco de ellos eran predicadores ó intérpretes de los mismos PP. Descalzos, cuyos nombres eran Cosme, Carasumaruleon, Ventura, Tomé, Funzugi Paulo. Los nombres de los demás eran Cozaqui Miguel, Ibaraqui Paulo, Luis, Antonio, Matías, Tomé, Sacaquibara Joaquin, Francisco, Quimiya Juan, Gabriel.

Pasó Jibunojo desde Meaco á hablar á Taicosama á su ciudad de Osaca, y desde allí escribió al teniente á los 2 de Enero del año de 1597 que ejecutase luego la sentencia con cierta moderacion, de que no les cortasen más que la una oreja, pero que los sacasen á la vergüenza en unas carretas, que es género de castigo que no se da entre los japones sino por gravísimos delitos. Entendido el recaudo que habia llegado y que el dia siguiente se habia de ejecutar la sentencia, fué grande el consuelo y alegría con que lo oyeron todos aquellos siervos de nuestro Señor que estaban en la cárcel. El H. Miqui Paulo, á quien nuestro Señor habia dado grande don para predicar, y era uno de los que mejor lo hacian entre todos los Hermanos de la Compañía que habia en Japon, gastó la mayor parte de la noche haciendo su oficio con las guardas y con otros gentiles que allí estaban, hablando con grande afecto y sentimiento de las excelencias del martirio, rematando su plática con dar muchas gracias á nuestro Señor por haberle hecho tan señalada merced, que á los treinta y tres años de su vida la ofreciese en sacrificio á Su Divina Majestad.

El dia siguiente, que era á 3 de Enero, los sacaron de la cárcel atadas las manos y acompañados de los ministros de la justicia, los llevaron á pié á una calle pública, donde cortaron á cada uno un pedazo de la oreja izquierda. Estos pedazos recogian los cristianos con grande devocion, y los que eran de los tres Hermanos de la Compañía, presentó el secretario del gobernador de Osaca, que se decia Víctor, al P. Organtino, los cuales recibió con mucha abundancia de lágrimas que corrian por su rostro diciendo: «Estas son las flores de esta nueva iglesia, y este el fruto de nuestros trabajos, el cual humildemente ofrezco yo á nuestro Señor.

Acabadas de cortar las orejas, subieron en las carretas que allí estaban aparejadas á los siervos de Dios tres en cada una. Y de esta manera los llevaron á la vergüenza por las calles de Meaco, las cuales estaban todas llenas de gente que habia concurrido á ver este espectáculo, y como sabian la inocencia de los que padecian, derramaban muchas lágrimas de compasion, quedando admirados y muy edificados de ver el contento y alegría con que pasaban aquella confusion y afrenta.

El P. Comisario Fr. Pedro Bautista, superior de aquellos religiosos, para consolar á los suyos y animar á los cristianos que allí iban, predicaba unas veces en lengua española y otras en la de Japon con grande fervor y celo, y los demás religiosos con humildad y modestia edificaban á todos y encomendaban á nuestro Señor á los que padecian con ellos. Pero señaladamente ponian admiracion tres niños que eran de la compañía de aquellos Padres, que el mayor no pasaba de trece á catorce años, los cuales iban como unos angelitos llenos de gozo, y sin mostrar tristeza ni sentimiento de las heridas que llevaban ni de la afrenta que padecian, antes con mucha serenidad en su rostro, iban cantando en su lengua el *Pater noster* y el *Ave María* con otras oraciones.

Estando estos niños en la cárcel, llegó al menor de ellos que se decia Luis, un hombre prin-

cipal que era gentil, y le dijo: «Yo tengo facultad para poderte librar de esta cárcel, con tal que dejes de ser cristiano.» Respondióle el niño: «Antes vos habíades de haceros cristiano, pues no teneis otro remedio para salvaros.»

Era tal el fervor de los cristianos viendo padecer á estos siervos de Dios, que muchos de ellos rogaban á las guardas que los admitiesen en la compañía de los 24, y respondiéndoles que no podian porque no estaban en la lista, tornaban á importunar que á lo menos los dejasen ir con ellos en las carretas, cuando iban por las calles para ser participantes de su afrenta, la cual tenian ellos por suma honra.

Vueltas á la puerta de la cárcel las carretas, apeáronse todos y el H. Miqui Paulo con sus compañeros fué á abrazar á los Padres Descalzos y á cada uno por sí, dándoles el parabien de aquella misericordia que nuestros Señor habia hecho á todos. Estaban los gentiles mirando lo que pasaba, y decian unos á otros: «Qué gente es esta? ¿Qué hay hombres en el mundo que se alegren de esta manera con sus afrentas? No enseñan esto nuestros bonzos ni nuestras sectas.»

El dia siguiente á los 4 de Enero los llevaron á Osaca, y desde allí los pasaron á Sacay, trayéndolos á la verguenza por las calles en estas dos ciudades; pero en lugar de reir y burlar como lo solian hacer otras veces de los malhechores, así hombres como mujeres llorando cuando los veian decian: «Grande sinrazon es esta y grande injusticia tratar de esta manera á quien hace bien á todos y á nadie hace mal.»

CAPÍTULO XI

Cómo llevaron á estos siervos de nuestro Señor desde Sacay al reino de Omura, donde los salió á recibir Fazaburodono.

Después que estos siervos de nuestro Señor fueron llevados á la vergüenza por las calles de Osaca y Sacay, mandó el tirano Taicosama los llevasen por tierra hasta Nangoya, y allí los entregasen á Fazaburodono hermano de Tarazaba, que estaba por guarda de aquellos palacios y fortalezas, con órden que en cada pueblo donde llegasen, se hiciese cargo de ellos y les diesen las guardas y gente necesaria hasta el siguiente.

El intento que tuvo este tirano en enviarlos por tierra siendo muy más fácil ir por mar, fué para dar un público pregon en aquellos reinos de la justicia que hacia; y para poner miedo y terror á todos, pareciéndole que con esto nadie se atreveria de allí adelante, ni á tener Padres en sus tierras, ni á recibir la ley de Dios. Y para que constase á todos de su voluntad y determinacion, mandó que delante de los que habian de ser justiciados fuese un hombre con la sentencia levantada en una tabla para que la pudiesen leer todos, la cual decia de esta manera:

«Por cuanto estos hombres vinieron de los luzones con título de embajadores y se dejaron quedar en Meaco predicando la ley de los cristianos que yo prohibí los años pasados rigurosamente, mando que sean justiciados juntamente con los japones que se hicieron de su ley. Y estos 24 quedarán crucificados en Nangasaqui; y porque yo torno á prohibir de nuevo de aquí adelante la dicha ley entiendan todos esto. Y mando que se ponga en ejecucion; y si alguno fuere osado á quebrantar este mandato será castigado con toda su familia Al primero de Quercho á los 20 dias de la undécima luna.»

Esta fué la segunda sentencia algo mudada y añadida á la primera.

Partieron estos siervos de nuestro Señor del Sacay á los 9 de Enero de 1597, iban caminando de pueblo en pueblo con su sentencia delante la cual era como un continuo pregon, porque todos llegaban á leerla. Pasaron en este camino grandes trabajos por ser la fuerza del invierno y tiempo de muchos frios y nieves, aunque en los lugares por donde pasaban con ser de gentiles los trataban con piedad movidos de la compasion que les hacian. Salian con ellos de cada pueblo gente de guarda y avisaban al siguiente donde habian de parar, que saliesen á recibirlos y allí se los entregaban.

Viendo el P. Organtino que iban muy desacomodados y necesitados de muchas cosas, envió un cristiano del Meaco con una buena limosna, para que acudiese á las necesidades no sólo de los Hermanos de la Compañía, sino de todos los demás. Juntóse con este hombre otro cristiano de los que acudian á la casa de los PP. Descalzos, el cual iba por su devocion á acompañarlos. Como estos dos hombres se llegaban á los presos en el camino muchas veces para acudirles en sus necesidades, repararon en ello las guardas y preguntáronles si eran cristianos. Ellos dijeron que sí y que venian acompañando á aquellos siervos de Dios, y con esto echaron mano de ellos y los pusieron con los demás, y de lugar en lugar los fueron entregando á la justicia hasta llegar á Nangasaqui, donde tambien fueron crucificados, y ellos tuvieron su suerte por muy dichosa, porque habian salido con deseo de que les hiciese nuestro Señor tan señalada merced de ser compañeros en los trabajos de aquellos siervos suyos. Los cuales por todo el camino se iban aparejando para aquel último trance, y

dichosa muerte que esperaban, exhortándose unos á otros y pidiendo al Señor con oracion continua su favor y gracia para dar alegremente la vida por su servicio.

Deseaban todos sumamente poder recibir el Santísimo Sacramento antes de su muerte, y para esto escribieron al P. Viceprovincial Pedro Gomez sus cartas al P. Comisario Fr. Pedro Bautista y el H. Miqui Paulo, las cuales pondré aquí.

La carta del P. Comisario dice así:

«Del Meaco venimos 24 personas condenadas á muerte, tres de la Compañía y seis religiosos de San Francisco y otros japones, unos por cristianos y otros por predicadores, por lo cual venimos muy alegres en el Señor. Suplico á Vuestra Reverencia sea servido de alcanzar licencia del juez que nos ha de crucificar dos dias antes que ejecute la sentencia, para recibir el Santísimo Sacramento y la bendicion del Sr. Obispo, y ver á los demás Padres, á los cuales juntamente con Vuestra Reverencia pedimos humildemente nos encomienden á Dios. De Catacabe, en el reino de Bigen, 19 de Enero de 97.»

La del H. Paulo dice de esta manera:

«Cosa fué maravillosa y fuera de toda esperanza, que por la misericordia de Dios fuésemos ayuntados los HH. Diego y Juan, y yo con estos Padres religiosos y quedásemos condenados á muerte. Hoy á los 26 de la undécima Luna, llegamos á este lugar llamado Catacabe, del reino de Bigen, mañana muy temprano nos partimos para Ocayama, y de aquí á una semana llegaremos á Jimonojequi, y de allí nos llevarán á Nangoya donde su hermano de Terazaba se ha de entregar de nosotros, para que en Nangasaqui nos mande poner en cruz y esta es la sentencia final. No tenga Vuestra Reverencia pena de nosotros y del aparejo que llevamos, porque por la bondad divina vamos alegres y contentos. No tenemos ningun deseo en esta vida sino que un dia antes que lleguemos á Nangasaqui, nos veamos con un Padre de nuestra Compañía para nos confesar. Todos veinte y cuatro tenemos el mismo deseo, que es antes que nos pongan en la cruz, oir Misa y recibir el Santísimo Sacramento á lo ménos una vez. Esto pedimos á Vuestra Reverencia que lo acabe con el hermano de Terazaba ó con el lugar teniente de ese pueblo, que por ser mis amigos, espero que no pondrán en esto dificultad.»

Llegaron estos siervos de Dios con su larga peregrinacion á Facata, el postrer dia de Enero, y el dia siguiente pasaron á otro tres leguas antes de Nangoya. Estaba Fazaburodono en aquella fortaleza y como tuvo aviso que venian despachó á su teniente que estaba en Nangasaqui que tuviese puestas á punto las cruces en que habian de ser justiciados, y él salió con su gente á recibirlos.

Era este caballero conocido del H. Miqui Paulo y le habia oido algunos sermones, y cuando le vió en compañía de los que habian de morir, saltáronsele las lágrimas Díjole el Hermano que no era su muerte materia de tristeza, sino de mucha alegría, pues la causa de ella no era haber cometido delitos, sino predicar la ley de Dios y con esta ocasion le pidió dos cosas. La primera, que les diese tiempo para confesar y comulgar antes de morir. La segunda, que si era posible fuese su muerte en viérnes, por ser el mismo dia en que Cristo nuestro Señor habia padecido. Esto mismo le pidieron los Padres y los demás cristianos y él se lo concedió, pensando entónces de poderlo cumplir, aunque después no se hizo.

Dijo Fazaburodono á Luisito, el menor de los tres niños que allí venian: «Tu vida está ahora en mi mano, si me quieres servir salvarte he.» Respondió el niño: «Yo no ordeno nada de mi, sino lo que el P. Comisario quisiere.» Díjole entónces el Padre: «Si te salva la vida dejándote vivir como cristiano, dile que eres contento.» Pero diciendo Fazaburodono que habia de ser con condicion que se tornase gentil, dijo el niño: «De esa manera, yo no quiero vida que no es razon que yo trueque una vida que no tiene fin, por la que se ha de acabar en breve.»

CAPÍTULO XII

Cómo llegaron estos siervos del Señor al reino de Omura, y lo que sucedió en el camino y en Nangasaqui antes de su dichosa muerte.

Recibió el P. Provincial las cartas del P. Comisario y del H. Miqui Paulo, y luego envió á los dos PP. Juan Rodriguez y Francisco Pasio, para que los esperasen en Conoqui, que era un lugar del reino de Omura, por donde habian de pasar ocho ó nueve leguas de Nangasaqui, con todo el recaudo necesario para decir misa, porque si las guardas les daban licencia para darles allí el Santísimo Sacramento, parecia ser más á propósito que en Nangasaqui, donde no habria tanto lugar.

Llegaron los dos Padres á Conoqui, el mismo dia que aquellos santos y siervos de Dios, que fué á los 4 de Febrero de 1597. Habíase adelantado Fazaburodono por otro camino á Nangasaqui, y dejado órden que caminasen los presos sin detenerse; y á esta causa no pudieron

decirles misa, porque las guardas no quisieron esperar. Pidió licencia el P. Juan Rodriguez para hablarlos, y diéronsela, que fué para todos de mucho consuelo. Visitó lo primero á los Padres Descalzos que allí venian de parte del Obispo y del P. Provincial, y de los demás Padres que vivian en Nangasaqui. Díjoles la pena y envidia con que estaban de su muerte, y cómo habian traido el recaudo para que pudiesen decir misa y comulgar á los que venian en su compañía, mas que las guardas no se querian detener aunque se lo habian rogado, y así querian volver luego á Nangasaqui, para hacer con Fazaburodono que cumpliese lo que habia ofrecido Agradeció el P. Comisario la visita, y como tan religioso y siervo de Dios, dijo al P. Juan Rodriguez con mucha humildad, que de su parte pidiese perdon al P. Provincial, y á los demas Padres, si él ó sus compañeros les habian dado alguna molestia ó disgusto. El Padre le pidió lo mismo de parte de la Compañía, si no los habian servido como merecian. Con esto se abrazaron entrambos con muchas lágrimas, y lo mismo hicieron los demás.

Visitaron tambien los Padres á los tres Hermanos de la Compañía, y dieron las encomiendas que les traian de toda la casa, diciéndoles el deseo que tenian de verlos, y despedirse de ellos. Ultimamente el P. Francisco Pasio, que era compañero del P. Provincial, con el órden que traia suyo, recibió á Juan y á Diego en la Compañía, por Hermanos y religiosos de ella, cumpliéndoles el deseo con que habian vivido tantos años.

Volvióse luego uno de los Padres á Nangasaqui, para ver si podia negociar algo con Fazaburodono, pero no tuvo efecto, porque aunque tuvo deseo de hacerlo y dar gusto á los presos, y con ese intento tenia aparejada una casa en Nangasaqui, donde se recogiesen; pero advirtiendo que la mayor parte de aquella ciudad era de cristianos y habia muchos portugueses, comenzó á recelarse que viendo allí los presos, por ventura harian algun alboroto, y así mudó de parecer y determinó de crucificarlos antes que entrasen en Nangasaqui, y para esto mandó llevar las cruces que estaban aparejadas, al lugar donde solian ser castigados los malhechores, que era junto al mismo camino por donde habian de pasar, para que en llegando allí fuesen luego crucificados. Y por cumplir algo de lo que habia ofrecido al H. Miqui Paulo su conocido, envió á decir al P. Provincial por el mismo Padre que habia ido á hablarle, que fuesen luego á confesar los tres Hermanos de la Compañía, porque él enviaria un criado suyo para que no les pusiesen impedimento ninguno las guardas.

Con este aviso partió luego el P. Pasio con el criado de Fazaburodono á la ermita de San Lázaro, por donde habian de pasar, y el P. Juan Rodriguez por otra parte á decirles cómo no se habia podido negociar lo que deseaban, y avisarles cómo habian de morir aquel dia. Llegó el P. Juan Rodriguez y dió este recaudo á aquellos siervos de Dios, el cual recibieron todos con alegría y hacimiento de gracias, por ver que se llegaba el dia en que habian de ofrecer sus vidas en sacrificio al Señor.

Cuando toda aquella santa procesion llegó á la ermita de San Lázaro, salió el P. Pasio á recibirlos, y luego con él se recogieron en la ermita los tres Hermanos, atadas sus manos. Confesólos el Padre, y después de haberlos confesado, los nuevos HH. Diego y Juan, hicieron delante de él sus votos de pobreza, castidad y obediencia conforme al uso de la Compañía; y en este mismo tiempo se confesaron tambien los PP. Descalzos unos con otros, y después los demás cristianos, ayudándoles el P. Juan Rodriguez.

Habian acudido en este tiempo de Nangasaqui muchos cristianos y portugueses á despedirse de aquellos siervos del Señor, los cuales con su grande modestia y palabras de edificacion, mostraban bien á todos la estima que tenian de la misericordia que nuestro Señor les hacia. Temiéndose Fazaburodono de algun alboroto viendo la mucha gente que salia de la ciudad, mandó con muy rigurosas penas que todos se volviesen, sin querer dar licencia ni al Obispo ni á los Padres de aquella casa que se hallasen presentes cuando se hubiese de hacer la justicia; y por mucho favor y ruegos consintió que quedasen allí con los presos el P. Juan Rodriguez y el Padre Francisco Pasio, y los acompañasen hasta la muerte.

Desearon los Padres librar á los cristianos que vinieron de Meaco, Francisco Dauto, conocido de los PP. Descalzos, y Cozaqui Pedro, á quien envió el P. Organtino con la limosna, y propusieron al gobernador que pues en la sentencia de Taicosama no venian condenados más que 24, dejase libres aquellos dos, mas no se atrevió á hacerlo dando por razon que él se habia hecho cargo por escritura de 26 personas que le entregaron para hacer justicia de ellas, y que sin nueva órden de Taicosama no podia dejar de ejecutar la sentencia en todos, aunque él sentia mucho que viniese remitida á él por ser tan rigurosa y contra tales personas y tan inocentes.

CAPÍTULO XIII

Cómo fueron crucificados los religiosos y cristianos que Taicosama condenó á muerte.

Habia determinado el gobernador crucificar aquellos siervos de Dios en el lugar ordinario donde justiciaban los malhechores. Sintieron esto mucho los cristianos de Nangasaqui, y suplicáronle que fuese en otro lugar más decente y no tan infame como aquel, señalando para ello un montecillo á vista del mar y de la ciudad, porque tenian ellos intento de edificar allí después una capilla ó iglesia á honra de estos siervos del Señor. Holgó Fazaburodono de darles contento por no alterarlos, y mandó pasar todas 26 cruces á aquel lugar que se veia de todo el pueblo y parecia un monte Calvario.

La forma de las cruces es la misma que las nuestras, aunque en donde llegan los piés del crucificado tienen otro palo atravesado como el de los brazos, y entre estos dos hay otro pedazo ó zoquete que sale del madero principal en el cual está como asentado el que ha de ser justiciado.

El modo de crucificar que acostumbran en Japon es de esta manera:

Asientan al hombre en este palo que sale de la cruz, y luego le atan los piés y las manos con unas cuerdas ó argollas de hierro, apartados los piés como los brazos al modo que suelen pintar al Apóstol San Andrés cuando estaba crucificado. La cabeza asen con otra argolla, y tambien atan el cuerpo por la cintura con sogas para que esté más firme. Hecho esto, levantan la cruz y fíjanla muy bien en el hoyo que tienen hecho; llegan luego los verdugos con sus lanzas, que tienen el hierro largo y muy agudo, y con ellos le atraviesan por el lado izquierdo hasta dar en el corazon; y cuando son dos los verdugos, cada uno da el golpe por su lado.

Llegados estos santos al lugar de su martirio, mandóle cercar todo el gobernador con la gente de su guarda, para que nadie llegase á las cruces con siete ó ocho pasos, sino eran los ministros que habian de ejecutar la justicia, y los PP. Juan Rodriguez y Francisco Pasio, que con su licencia estuvieron siempre al pié de las mismas cruces, ayudando á los que padecian. El uno de ellos tenia cuidado de acudir á los tres Hermanos de la Compañía y á los cristianos que estaban junto á ellos, y el otro á los Religiosos y á los demás que estaban á su lado.

Cuando los siervos del Señor vieron las cruces, con grande alegría de su corazon comenzaron á dar gracias á Dios por aquella merced y singular beneficio que les hacia en que ofreciesen las vidas por su servicio, y el P. Comisario Fr. Pedro Bautista levantando la voz dijo aquel Salmo: *Benedictus Dominus Deus Israel.*

Y con los ojos puestos en el cielo, como quien estaba en una profunda contemplacion, esperó con mucha alegría los golpes de la lanza, ofreciendo su vida y sangre en sacrificio al mismo Señor que en otra cruz, y atravesado con otra lanza, la ofreció por su remedio.

Los demás religiosos sus compañeros estuvieron siempre con la misma alegría, cantando salmos y alabando á nuestro Señor Jesucristo, y lo mismo hacian los demás cristianos que padecian con ellos, y hasta los niños mostraban tanto contento, que dejaban admirados á los que estaban presentes. El menorcito de ellos, que se decia Luis, cuando llegó al lugar del tormento preguntó, que cuál de aquellas cruces era la suya, porque para los tres niños las habian hecho á su medida, y en mostrándosela, fué corriendo y abrazóse con ella, con un fervor tan extraordinario, que dejaba confundidos á los gentiles que lo miraban.

El H. Miqui Paulo, viéndose en tan honrado púlpito, por hacer en la muerte el oficio que habia hecho con tanto fruto en la vida, levantando la voz cuanto pudo, dijo:

«Pídoos á todos los que estais presentes, que me oigais. Yo soy japon de nacion y Hermano de la Compañía de Jesus, y sólamente muero por haber predicado la ley de Cristo nuestro Señor. Huélgome de morir por esta causa, y téngolo por grande merced que el Señor me hace, y pues estoy en esta hora, en la cual podreis creer que no os tengo de mentir, certifícoos y desengáñoos, que no hay otro camino para salvarse los hombres, sino el de los cristianos; y porque esta ley manda que perdonen á sus enemigos y á los que les hacen mal, yo perdono desde ahora al emperador y á todos los que han tenido culpa en mi muerte, porque á todos deseo que se salven.»

Comenzaron los verdugos á hacer su oficio y herir con las lanzas los cuerpos de aquellos siervos del Señor, y la gente á levantar tan grande alarido y voces, que parecia hundirse la tierra, la cual con tan precioso riego quedó mejor dispuesta para dar de allí adelante más copioso fruto.

No bastaron las rigurosas penas del gobernador Fazaburodono para que no saliesen muchos cristianos á ver la muerte de aquellos siervos de Dios, los cuales sin temor de los palos que daban las guardas á cuantos se llegaban

cerca, en viendo correr la sangre de sus heridas, se entraron por medio de los verdugos á recogerla en sus pañizuelos, deseando cada uno llevarla por reliquia á su casa; y cuando se apartaron allí los ministros de la justicia, era tanta la gente que acudia á cortar los pedazos de sus vestidos, que le pareció necesario al gobernador, para que no llegase á oidos de Taicosama, cercar todo aquel lugar de cal y canto, y poner guardas de dia y de noche, aunque ni esto bastaba para que no viniesen los cristianos de muchas leguas á visitar de noche los cuerpos de aquellos cuyas almas entendian estaban gozando de Dios en el cielo.

CAPÍTULO XIV

De algunos trabajos que pasaron los cristianos en diversas partes con estos nuevos mandatos de Taicosama.

Uno de los inventos que tuvo el tirano Taicosama (como ya se ha dicho) en traer aquellos siervos de Dios por tierra y camino tan largo, y con la sentencia delante, fué para que todos entendiesen cómo no queria que se predicase más la ley de Dios en sus reinos. Lo cual fué ocasion de que algunos señores gentiles, así por el temor de Taicosama, como por el poco gusto que tenian de que en sus tierras viviesen cristianos, comenzaran á perseguirlos, como lo hizo un gobernador gentil en Facata, el cual pidió á todos los que vivian en aquella ciudad, que dejasen la ley de Dios, y en señal de esto, le enviasen los rosarios y cuentas benditas, y pusiesen en las puertas de sus casas cierta cosa que acostumbraban á tener los gentiles. Pero nuestro Señor por su misericordia, dió á estos cristianos tanta fortaleza y constancia, que ni quisieron dar las cuentas, ni poner las señales en las puertas, aunque el gobernador les hizo sobre ello muchas vejaciones y puso grandes temores. Estos cristianos, que pasarian de 1.000, para mayor seguridad de su conciencia, enviaron luego una persona á Nangasaqui que supiese de los Padres qué señales de cristianos podian encubrir, y cuáles estaban obligados á mostrar, porque no saldrian un punto de lo que les dijesen.

El rey de Firando que nunca perdia ocasion de cuantas se le ofrecian para afligir á los cristianos quiso aprovecharse de esta, y lo primero intentó que doña María, mujer del príncipe su hijo, dejase la ley de Dios. Pero ella le respondió con tanto valor, que nunca se atrevió á hablarle más en aquella materia, y los demás cristianos animados con su ejemplo mostraron la misma constancia y ánimo.

En el reino de Bungo tambien se pasó trabajo, porque como eran criados de Taicosama los que le gobernaban, querian dar gusto á su amo y ganar gracias con él en esto.

El que tenia á su cargo la tierra de Nocen envió á decir á D. Leon, cristiano antiguo y ejemplar, que él y los demás dejasen su ley. Respondióle el buen caballero que bien podia mandarle matar, pero que ni él ni los demás habian de volver atrás; y que si mucho les apretaba tomarian sus cruces á cuestas para ser crucificados en ellas. Espantado el gobernador de su ánimo y determinacion, tuvo por bien callar y disimular con ellos. Escribió luego D. Leon á los Padres de Nangasaqui, cómo él y los demás cristianos estaban muy deseosos del martirio y muy determinados de morir antes que faltar en la fe.

Esto mismo escribieron los cristianos de Tacuata que tenian otro gobernador gentil en aquel estado que cae cerca de Funay, y su carta traducida en nuestra lengua dice de esta manera:

«Con la gracia del Señor escribimos esta á Vuestra Reverencia.

»Mucho nos espantamos de oir las nuevas de Meaco, y creemos que es llegado el tiempo en que el Señor quiere que haya muchos mártires en Japon. Acá nos manda Nayemon que cubramos la iglesia, y por ser nuestro gobernador obedecerle hemos, mas si quiere intentar otras cosas de nosotros, determinados estamos de responderle con mucha resolucion. Quisiéramos enviar un catálogo de todos los que estamos aparejados para morir si fuere menester, mas por evitar prolijidad nosotros solamente firmamos aquí en nombre de los demás. Con todo, no podemos dejar de temer si de esta vez llegaremos á merecer la corona del martirio, pues tan poco aparejo tenemos, y así pedimos á Vuestras Reverencias que nos encomienden al Señor para que por su misericordia nos quiera admitir en el número de los que la han de alcanzar. De Taquata á los once dias de la duodécima luna.»

Don Paulo, que fué tan nombrado en el reino de Bungo por su valor y cristiandad y perdió sus tierras y estado cuando desterraron al rey, acudió á pedir merced á Taicosama por los servicios que le habia hecho en el Coray, y al fin le dió en el mismo reino de Bungo 2.000 fardos de arroz de renta, que aunque era muy poco para la calidad de su persona, y lo que él solia tener antes, pero pasaba con ello y favorecia á los cristianos de aquel reino en todo lo que podia.

Habian venido del Coray al tiempo que sucedió la muerte de aquellos siervos de Dios, los

dos reyes de Arima y Omura en compañía de D. Agustin para dar una vista á sus tierras. Envióles á decir Fazaburodono que no tuviesen Padres en ellas de allí adelante por el peligro á que ponian sus personas y reinos, estando Taicosama tan enojado contra los que predicaban la ley de Dios. Agradeciéronle el aviso, y respondieron que perdiese cuidado de los Padres que estuviesen en sus tierras, porque vivirian con tanto recato y recogimiento que no ofenderian á Taicosama ni á los gentiles; y porque entrambos reyes se habian de volver luego al Coray, dejaron muy encomendado á sus gobernadores que favoreciesen á los Padres como si ellos estuvieran presentes.

Antes de su partida vinieron á visitar al Obispo y recibir su bendicion, y con ella tomaron su camino para el Coray en compañía de D. Agustin, con la ocasion que luego diremos.

CAPÍTULO XV

Cómo se tornó á continuar la guerra del Coray, y lo que en ella sucedió.

No se contentó el tirano Taicosama con haber mandado matar á los religiosos y cristianos que habemos dicho con tanta crueldad é injusticia, sino que para llevar adelante sus intentos y destruir de todo punto la cristiandad, y que no hubiese en Japon quien le pudiese hacer contradiccion y resistencia, determinó de desterrar á todos los señores y caballeros cristianos y quitarles sus propias tierras y estados, y darles otras tantas en el reino del Coray, y con este intento les mandó á ellos y á otros muchos señores gentiles que apercibiesen su gente y pasasen con ella al Coray, y comenzasen de nuevo la guerra con ocasion de no haberle contentado los capítulos y respuestas que trajeron los embajadores. Y porque no hubiese alguna alteracion ó motin entre los que allá pasaban, si se entendiesen sus designios, hizo capitan general de todo el ejército que allá habia de ir á Quingodono, sobrino de su mujer; y por ser mozo le dió para su consejo seis hombres principales privados suyos y de quien se fiaba, tomando juramento á todos que le dirian verdad y avisarian puntualmente de cuanto allá pasase. Fuera de esto señaló para la conquista de aquel reino tres capitanes principales que tuviesen cuidado de toda la gente, la cual pasaria de 100.000 hombres, porque solos los soldados de pelea pasaban de 70.000.

El primero de estos capitanes fué D. Agustin, en cuya compañía iban los reyes de Arima y Omura con otros muchos señores y caballeros cristianos del Jimo, y habia de comenzar la guerra por la costa del Coray hácia la mar. El segundo fué Toronozuque, antiguo competidor y enemigo de D. Agustin, con órden que caminase hácia la parte del norte. El tercero fué Cainocami, hijo de D. Simon Condera, y que fuese con él su padre para ayudarle con su consejo, por ser tan experimentado y valeroso capitan, los cuales habian de entrar con su gente por medio del reino. A Terazaba, gobernador de Nangasaqui y de la fortaleza de Nangoya, dió cargo de proveer así de mantenimientos como de todo lo demás que fuese necesario para este ejército.

Embarcada toda la gente al principio de Marzo de 1597, se comenzó la guerra con mucho calor, y aunque los corais viendo su peligro y temiendo lo que ya otra vez habia experimentado, ofrecieron á Taicosama que le darian cada año grande parte de la renta del Coray, y en rehenes al hijo segundo del rey con que mandase salir de aquella tierra su ejército; nunca quiso aceptar el partido, porque no era á propósito de sus intentos, antes mandó que se prosiguiese la guerra, en la cual los japones iban cada dia ganando tierra y los corais perdiendo el ánimo y la esperanza de poderlos resistir; pero entre todos los capitanes se señaló D. Agustin, como siempre lo habia hecho. Porque sabiendo que tenian los corais una armada de 80 velas en su costa y bien apercibida de gente, tomó la delantera con la suya y dió en ellos con tanto valor y esfuerzo, que se hizo señor de toda ella, y los más de los corais escaparon las vidas con harto trabajo. Fuélos siguiendo D. Agustin con su ejército y metióse por la tierra á dentro apoderándose de muchas fortalezas sin hallar resistencia por el grande miedo que le habian cobrado.

Con estas buenas nuevas que tuvo Taicosama de la guerra del Coray, determinó venir desde las partes de Meaco al puerto de Nangoya, donde le esperaban por todo el mes de Mayo ó Junio de 97, y segun decian todos venian con intento de repartir las tierras del Coray que se iban conquistando entre los señores y caballeros cristianos que allá estaban, y tomar para sí las que ellos tenian en el Jimo y otras partes, lo cual habia de ser otro nuevo trabajo y afliccion para aquella cristiandad, porque quedando aquellos señores en el Coray, era cosa muy probable que se habia de pasar á vivir con ellos toda la gente noble de sus tierras que andaba en su servicio, y viniendo ellas á poder de Taicosama ó de otros señores gentiles, se podria temer que habian de acabar de destruir la poca cristiandad que hubiese quedado. Aunque de este mismo trabajo se podia esperar un grande fruto comenzándose

otra nueva cristiandad en el Coray por medio de aquellos señores y caballeros, y que por este camino se abriese la puerta con más facilidad para la conversion de la China, por tener trato y comercio muy familiar los chinas con los corais, y no haber más que un rio que divide la tierra de los unos y de los otros.

Por este mismo tiempo vino un embajador de las Filipinas á Taicosama con un presente de algunas piezas de plata y cuerpos de armas y un elefante.

La embajada contenia tres puntos:

«El primero, preguntar la causa por qué habia mandado matar á los Religiosos que estaban en su tierra, pidiéndole sus cuerpos. El segundo, por qué habia tomado la hacienda de la nao *San Felipe*. El tercero era pedirle una provision para que si otra vez diese algun navío en sus costas no recibiese daño.»

A estos puntos respondió Taicosama:

«Al primero, que habia mandado matar á los Religiosos, porque habian quebrantado su mandato en predicar una ley que él tenia prohibida que no se publicase, y que le diesen los cuerpos que se hallasen de los que habian sido muertos. A lo segundo, que él habia tomado la hacienda del navío, por ser ley y costumbre de sus reinos, que cada embarcacion que diese en la costa fuese del señor de aquella tierra, y que siéndolo él de todo el Japon, le habia mandado tomar como cosa que le pertenecia. Y á lo tercero, que no queria dar la provision que se le pedia, porque no queria perder su derecho. Y con esto despachó al embajador, mandándole dar otro presente de dos caballos y diez cuerpos de armas y algunas lanzas.»

Este era el estado de las cosas del Coray y del Japon en lo que tocaba á los príncipes y señores seglares por todo el verano de 1597, y en el capítulo siguiente diremos el que tenian las cosas de la cristiandad.

CAPÍTULO XVI

Cómo Taicosama mandó que saliesen del Japon los Padres de la Compañía, y lo que de este mandato resultó.

Aunque Taicosama mandó que no matasen á los Padres de la Compañía cuando estaban presos en Meaco, por las razones que en su favor le dijeron el visorey Guenifoin y otros señores; pero como aquel tirano vivia con tanto temor y recelo (y particularmente desde que hizo matar á Cambacundono su sobrino) de que no hubiese alguna alteracion en sus reinos, como le quedó tan impreso en el corazon el dicho de los españoles y el modo con que habian conquistado las Indias, sabiendo que ellos y los portugueses eran vasallos de un mismo rey, comenzó á recelarse tambien de los Padres de la Compañía, y de que anduviesen predicando en aquella tierra. Y para asegurarse por esta parte, quiso intentar segunda vez echarlos de todo Japon, pareciéndole que estando en el Coray los señores y caballeros cristianos que la primera vez los habian amparado en sus tierras, no habria ahora quien se lo impidiese, aunque acordándose de la palabra que habia dado á los portugueses, y por no quitar el comercio de las naves que venian cada año de la China, le pareció dejar tres ó cuatro Padres en el puerto de Nangasaqui, para que les dijesen misa, pero con condicion que ni saliesen de allí, ni predicasen á los gentiles ni á los demás cristianos de la tierra. Con esta resolucion, el mes de Marzo de 1597 despachó una provision á su gobernador Terazaba que habia ido con la gente al Coray y habia de volver luego al Jimo, en la cual le mandaba con grande rigor que recogiese todos los Padres y Hermanos de la Compañía que habia en aquellos reinos, y los embarcase para Macao con el primer navío ó navíos que hubiese, y solamente dejase en el puerto de Nangasaqui al P. Juan Rodriguez que le servia de intérprete, con otros dos ó tres para decir misa á los portugueses.

Tuvieron los Padres aviso de este mandato tan riguroso de Taicosama antes que llegase el gobernador Terazaba, y dió á todos mucha pena, porque ni el gobernador podia dejar de ejecutarlo, ni ellos quedar en Japon sin mucho riesgo suyo y de los señores que los tuviesen en sus tierras; los cuales como estaban ausentes en el Coray, no les podian desde allá favorecer en aquel aprieto, como lo hicieran si estuvieran presentes.

Al fin después de muchas consultas que tuvieron sobre este negocio, se tomó por resolucion que el colegio y noviciado de Amacusa se deshiciesen, y los Padres y Hermanos que allí residian con los demás que andaban repartidos por los reinos del Jimo se fuesen recogiendo al puerto de Nangasaqui, para que echase de ver el tirano y sus gobernadores que se iba cumpliendo su mandato. Pero que para el consuelo de los cristianos y acudir á sus necesidades, quedasen en cada parte encubiertos algunos Padres y Hermanos, y procediesen con mucho recato, por no irritar de nuevo al tirano ni poner en mayor peligro aquella cristiandad y á los señores de ella. Lo segundo, determinaron que pues su partida

de aquella tierra no podia ser con tanta brevedad que no se partiese antes la nao de la China, con eso quedarian desobligados de salir del Japon en todo el año de 97, hasta que ella ú otra volviese el siguiente de 98, y entre tanto se encomendase á nuestro Señor este negocio con particular oracion, misas y penitencias, confiando en su divina misericordia que descubriria algun camino para salir de aquel aprieto, como otras muchas veces Su Divina Majestad lo habia hecho.

Para el remedio de estos trabajos como á quien más le tocaban y lastimaban, partió el Obispo D. Pedro Martinez de Nangasaqui (antes que llegase el gobernador Terazaba con la provision) en la misma nao en que vino, y llegó á Macao, donde halló á su sucesor D. Luis Cerqueira que venia para ayudarle en lo que pudiese. Poco después llegó al mismo puerto el P. Alejandro Valiñano, que venia de la India segunda vez por Visitador de aquellas partes, habiendo ya cumplido el oficio de Provincial.

Comunicaron entre sí los dos Obispos y el P. Visitador con algunos otros Padres el estado de las cosas del Japon y peligro de aquella cristiandad; y á todos pareció que el Obispo D. Pedro prosiguiese su viaje y pasase á la India á tratar con el virey de algunos medios que se habian ofrecido para el remedio y alivio de aquellos cristianos, y que entre tanto el Obispo D. Luis, su sucesor, pasase á Japon con la primera ocasion que se ofreciese, para acudir á las necesidades que en su ausencia podian ocurrir.

Con esto partió de Macao el Obispo D. Pedro el verano de 97 para la India, pero la mucha pena que llevaba del trabajo y peligro en que dejaba toda aquella cristiandad, fué causa de que se le recreciese en aquel viaje una calentura, la cual fué creciendo de manera que con ella acabó su peregrinacion y jornada, 40 leguas antes de llegar á la ciudad de Malaca, donde fué enterrado su cuerpo en el colegio de la Compañía á los 18 de Febrero del año de 1598 con toda solemnidad, hallándose presentes todas las Religiones y clerecía y el Ayuntamiento de aquella ciudad; y por su muerte quedó en el oficio el Obispo D. Luis Cerqueira su sucesor, que con particular providencia de nuestro Señor habia llegado á Macao poco antes que de allí partiese el Obispo D. Pedro, como queda dicho.

Tambien llevó nuestro Señor para sí el verano del año de 1597 en el puerto de Nangasaqui á los PP. Sebastian Gonzalez y Luis Frois, para darles el premio de lo mucho que habian trabajado y padecido por su servicio y aumento de aquella cristiandad.

CAPITULO XVII

Cómo se comenzó á ejecutar el mandato de Taicosama, y deshizo el colegio de Amacusa y el seminario de Arie, y los demás Padres se repartieron en diversas partes.

Por estar ocupado el gobernador de Nangasaqui Terazaba en los negocios de la guerra del Coray, y en hacer unas casas fuertes en Facata para recoger en ellas las rentas que pertenecian á Taicosama de todo el Jimo, remitió á su hermano Fazaburodono, que era su teniente y residia en Nangasaqui, la ejecucion del mandato y provision que le habian enviado de Meaco para embarcar á la China los Padres de la Compañía con la primera ocasion de navíos que se ofreciese, y que entre tanto los recogiese en el puerto de Nangasaqui, porque no anduviesen predicando por el reino.

Recibido este recaudo pidió Fazaburodono al P. Viceprovincial Pero Gomez, que allí estaba, mandase recoger luego todos los Padres y Hermanos que estaban en los reinos del Jimo al puerto de Nangasaqui, para que pudiesen embarcarse el año de 98 con los navíos que viniesen de Meaco, ya que no podian ir con los de aquel año de 97 por haber de partirse luego.

Escribió el Padre conforme á lo que habian determinado en las consultas pasadas. Lo primero que se deshiciese el seminario que estaba en la fortaleza de Arie, del reino de Arima, en el cual habia más de 100 niños hijos de hombres principales, hábiles y muy virtuosos; de estos enviaron algunos en casa de sus padres, y otros se dividieron por diversos lugares y casas de algunos cristianos honrados, hasta que el siguiente año de 1598 hizo el P. Viceprovincial acomodar una casa algo apartada del puerto y ciudad de Nangasaqui, donde se recogieron 70 de ellos, para que continuasen los estudios y no se perdiese del todo la memoria de aquel seminario. Y era para dar muchas gracias á nuestro Señor, ver el ánimo que mostraban aquellos niños, y la voluntad con que se ofrecian para ir desterrados del Japon en compañía de los Padres.

Tambien se deshizo el colegio que estaba en la isla de Amacusa, en el cual habia más de 50 religiosos; recogiéronse todos á una aldea que se dice Todos los Santos, cerca de Nangasaqui, y últimamente se recogieron al mismo puerto algunos de los Padres que andaban en los reinos del Jimo, quedando encubiertos los que parecieron ser necesarios para ayudar á los cristianos, porque con esto se cumplia en parte lo

que mandaban los gobernadores y ministros de Taicosama y no se hacia falta á los cristianos, aunque todo esto era con mucho trabajo de los Padres, porque les era necesario mudar cada dia el puesto, y andar de casa en casa de los mismos cristianos para no ser sentidos de los gentiles.

Habia en este tiempo en Japon 125 de la Compañía, 46 sacerdotes y los demás eran Hermanos, parte de ellos naturales de la tierra y criados en el seminario, y parte de los que venian de Europa. De estos Padres y Hermanos quedaron 12 repartidos por el reino de Arima, y ocho en la isla de Amacusa; en el reino de Bungo andaban otros cuatro, y otros tantos en Firando y Goto. Tambien acudieron dos al Coray, por causa de los señores y caballeros cristianos que allá estaban en la guerra, y en las partes de Meaco quedaron el P. Organtino y otros dos Padres con cuatro ó cinco Hermanos.

Procuraban los Padres en este tiempo consolar y animar á los cristianos para llevar con paciencia los trabajos de esta persecucion, con la esperanza de la divina bondad y misericordia que nunca falta en las mayores necesidades. Instruíanlos juntamente en la obligacion que tenian á confesar la fe, cuando el tiempo y la ocasion lo pidiese, y en lo que podian lícitamente disimular, por no dar nueva ocasion al tirano ni á sus gobernadores de irritarse más contra la cristiandad; y finalmente, procuraban apercibirlos y disponerlos con la frecuencia de los santos Sacramentos y pláticas ordinarias, para lo que nuestro Señor ordenase de ellos. El fruto que de este trabajo se cogió diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII

Del fruto que los Padres hacian andando encubiertos en tiempo de esta persecucion, los años de 1597 y 98.

Aunque los Padres, como queda dicho, andaban encubiertos por las casas de los cristianos, se servia mucho nuestro Señor de sus ministerios, porque fuera de las pláticas ordinarias que hacian y confesiones que oian, en este mismo tiempo se bautizaron de nuevo en los reinos del Jimo 2.180 personas después de bien instruidas en la fe, sin otros 1.000 corais que los señores y caballeros de aquellas tierras enviaron cautivos desde la guerra. Eran estos corais comunmente de buenos entendimientos y recibian la fe con mucho gusto, y para mejor instruirlos en ella se ayudaban los Padres de algunos mozos que sabian bien la lengua propia del Coray.

A este reino acudieron dos de la Compañía á instancia del capitan D. Agustin y de los reyes de Arima y Omura y otros caballeros cristianos que estaban en su compañía y deseaban confesarse. Detuviéronse el Padre y su compañero con ellos dos meses, confesándolos á todos y haciéndoles algunas pláticas, con lo cual quedaron consolados y animados, y el mismo oficio hicieron á la vuelta en la isla de Ceujima, donde estaba doña María, hija de D. Agustin y señora de aquella tierra.

Fué particular providencia de nuestro Señor el camino de estos dos religiosos al Coray, como después se vió. Habia ido por órden de Taicosama algunos meses antes Bigeno Buganon, señor de tres reinos, á verse con D. Agustin y tratar con él algunos negocios, y por esta ocasion posaba en su misma fortaleza, á la cual acudian tambien los reyes de Arima y Omura.

Tenia este caballero un primo que se decia Saquio Paulo, y otro cuñado por nombre Acajicamon Juan, que entrambos eran cristianos. Yendo, pues, una tarde este rey á casa de su cuñado Juan, vió que tenia puesta en su sala una imágen de nuestra Señora con mucha decencia; alabóle de esto y de que mostrase tanta constancia, sin tener respeto á los mandamientos de Taicosama. Habia oido Bigeno en diversas ocasiones algunas pláticas del catecismo, y tenia grande concepto y estima de la ley de Dios; y por ver esto sus criados y el ejemplo de D. Agustin, y de los reyes de Arima y Omura, y de los demás cristianos, se movieron á serlo casi todos los principales capitanes y caballeros de la casa de este rey, ayudando tambien para ello las persuasiones de Juan su cuñado, por ser muy celoso de la honra de Dios.

Estando las cosas en esta disposicion, llegaron el Padre y su compañero al Coray, que parecia haber sido enviados del cielo para el remedio de aquellas almas, porque luego los instruyeron en la fe, y se bautizaron más de 200 personas de los más principales de aquella casa; y si el rey no se hubiera de volver tan presto á Japon, segun el fervor con que habian comenzado, fuera aún muy mayor el número de los que se bautizaran. Ibase haciendo algun ruido con estas conversiones entre los gentiles que estaban en la guerra del Coray, y así fué necesario que el Padre y su compañero se volviesen á las partes del Jimo, porque como el capitan D. Agustin y los reyes de Arima y Omura tenian algunos émulos y envidiosos de sus victorias, no tomasen de aquí ocasion para acusarlos delante de Taicosama.

No era menor el fruto que se hacia en las partes de Meaco, donde habian quedado el P. Organtino y sus compañeros, y aunque era mayor el peligro por estar tan cerca del tirano y de sus gobernadores, la prudencia y larga experiencia del mismo P. Organtino hacian que moderase las cosas de manera que sin ofension de nadie pudiesen ayudar á los cristianos y á algunos gentiles que deseaban oir la ley de Dios, de los cuales se bautizaron más de 300 en los años de 1597 y 1598.

Magdalena, madre de D. Agustin, se conservaba en casa de Taicosama, sin perder un punto de su fe y devocion; porque nadie se atrevia á hablarla de esta materia, sabiendo su gran valor, que no era menor que el de su hijo, y por escrito comunicaba todas sus cosas con los Padres, como tambien lo hacia doña Gracia, señora y reina de Jehu, de quien otras veces se ha hecho mencion en esta historia, la cual con su gran fervor y continuas oraciones ganó para el cielo dos hijas que tenia doncellas, con un modo bien particular y extraordinario. Siendo bautizada la hija menor de esta reina, no habia remedio que la mayor quisiese rendirse á las razones y lágrimas de su madre, hasta que una noche estando durmiendo esta doncella, le pareció que veia á su madre ir muy alegre al martirio en compañía de su hermana menor, y queriendo ella acompañarlas, su madre no se lo consintió, dándole un grande desvío y diciéndole que no era digna de tanta gloria, pues no era cristiana; con lo cual comenzó la hija á llorar tan amargamente, que despertó bañada toda en lágrimas, y se fué luego á su madre pidiéndola que la instruyese en la ley de Dios y la hiciese bautizar, contándole todo lo que habia soñado, de lo cual dió muchas gracias á nuestro Señor doña Gracia, por haber oido sus oraciones y cumplido su deseo.

Quedábale á esta señora el hijo menor, que tampoco era cristiano, pero muy discreto, y que por sus buenas partes le deseaban y pedian muchos señores de la corte para casarle con sus hijas, y señaladamente el rey de Jechingo, pero su madre nunca consintió en ello, por ser este rey grande idólatra y enemigo de la ley de Dios.

Viendo esto le dió su padre á un tio del mismo niño que era bonzo, para que le tuviese en su monasterio y le hiciese de su secta. Llevaron al niño muy contra su voluntad al monasterio, porque eran muy diferentes sus deseos; y desde allí escribia á su padre muchas veces, mostrando su disgusto y desconsuelo, pero el padre hacíase sordo por no dar pesadumbre al bonzo su hermano. Viendo el niño el poco remedio que tenia por este camino, y que los ruegos de su madre no bastaban para que su padre le sacase de allí, él se salió un dia del monasterio y se acogió á casa de Chicugendono, que era uno de los principales señores de la Tenza, y suegro de su hermano mayor. Este caballero habló á su padre del niño, y le representó los deseos que tenia de ser cristiano, como lo eran su madre y hermanos, y vista su perseverancia, le dió licencia para que él tambien lo fuese; porque habia este rey oido muchas cosas de la ley de Dios, y tenia estima de ella, por ser grande amigo de Justo Ucandono, aunque no se atrevia por el temor de Taicosama á recibirla, á quien él servia y le habia dado el reino de Jehu aquellos dias.

CAPÍTULO XIX

De las nuevas aflicciones y trabajos que vinieron á la cristiandad del Japon, y las iglesias que se destruyeron en las partes del Jimo.

Iba Dios nuestro Señor probando y ejercitando cada dia más aquella su iglesia y cristiandad del Japon con nuevos trabajos, para descubrir con ellos la pureza de su fe y el resplandor de sus virtudes, y darle después el consuelo y alegría, conforme á la medida de sus dolores. Estando, pues, las cosas de aquella cristiandad en el estado que habemos dicho, se divulgó al principio del año de 98 que pasaba Taicosama á las partes del Jimo para dar más calor á la guerra del Coray desde el puerto de Nangoya. Con este rumor que se extendió en aquellos reinos, comenzaron Fazaburodono y sus oficiales á temer que sabiendo el tirano cómo habia iglesias en los reinos del Jimo y que andaban algunos Padres predicando en ellas á los cristianos los habia de echar la culpa y aun castigar por haberlo disimulado; y por excusar su daño y peligro hicieron nuevas diligencias para que no hubiese Padre en aquellos reinos, y parecióles seria buen medio derribarles las iglesias que hasta entónces estaban en pié.

Con esta resolucion despachó Fazaburodono sus ministros y oficiales, los cuales tomaron el negocio tan á su cargo, que en solos los reinos de Arima, Omura y Firando pusieron por el suelo 137 iglesias, sin otras muchas casas y residencias en que solian vivir los religiosos de la Compañía que cultivan la cristiandad, como consta de la averiguacion que de esto hizo el Obispo del Japon á los 21 de Febrero de 1599, firmada de su nombre y sellada con su sello; sólo en las tierras del capitan D. Agustin y en la isla de

Amacusa que estaba sujeta á él mismo, no se atrevieron estos ministros de Fazaburodono á tocar en las iglesias por el respeto que todos le tenian y temer el disgusto que habia de recibir en sabiéndolo. Pero ¿quién podrá decir el desconsuelo y lágrimas de los cristianos viendo las iglesias donde antes acudian con tanta devocion puestas por el suelo, quemadas y destruidas, y no era menor la pena de los Padres que con tanto trabajo las habian edificado? Consolábalos en medio de todo la esperanza que tenian en nuestro Señor que algun dia miraria con ojos de misericordia á aquella tan afligida cristiandad y la constancia y virtud de los mismos cristianos y el ánimo que mostraban para dar la vida si fuese necesario por la confesion de la fe.

Tambien alcanzó parte de este trabajo á los Padres que residian en las partes de Meaco, porque aunque estaban recogidos en su casa después del mandato de Taicosama, y ejercitaban sus ministerios con el recato posible, no pudo hacerse esto tan secretamente que no viniese á entender cómo estaban allí; y el gobernador Jibunojo que lo supo les envió á decir que pues él era su amigo y los habia favorecido, tomasen su consejo y se recogiesen al puerto de Nangasaqui con los demás, porque sino lo hacian él no los favoreceria de allí adelante y daria cuenta á Taicosama de cómo estaban allí contra su mandato, porque no echase la culpa de ello á los gobernadores. Recibido este recaudo pareció á los Padres que no era tiempo de disgustar más á estos gobernadores teniendo tanta necesidad de ellos para lo que después podia suceder; y así tomaron su camino para los reinos del Jimo, dejando cuatro ó cinco Hermanos que eran naturales del Japon y podian encubrirse mejor en las casas de los cristianos, mudando algo de su hábito y predicarles.

No se contentó Fazaburodono con las iglesias y casas que sus ministros habian quemado y destruido, sino que insistió de nuevo con el P. Viceprovincial que enviase á Macao aquel año todos los Padres que pudiese con ocasion de un navío pequeño que iba para allá, sin querer admitir disculpas ni razones para lo contrario. Porque como estos gentiles no se fian unos de otros, andaba con temor Fazaburodono, que bajando Taicosama á Nangoya le habian de hacer cargo sus émulos y enemigos de no haber hecho esta diligencia. Al fin viendo el P. Provincial que no habian bastado para con el gobernador los medios que se habian tomado, por no irritarle más hizo que se embarcasen para Macao once de la Compañía que podian hacer ménos falta en Japon, como eran tres Padres enfermos y algunos Hermanos estudiantes que iban á proseguir sus estudios en el colegio que allí tiene la Compañía y ordenarse, y otros Hermanos coadjutores viejos que no podian trabajar ya tanto; y fué particular providencia de nuestro Señor que no hubiese aquel año en Nangasaqui otro navío mayor de portugueses para que se contentase Fazaburodono con aquellos pocos que se embarcaron para la China.

A todos estos trabajos sucedió otro que puso en no menor cuidado y afliccion á toda aquella cristiandad, porque á los últimos de Junio del año de 98 llegó al puerto de Nangasaqui un navío de japones gentiles que venian de las Filipinas y en él dos PP. Descalzos de la Orden del glorioso P. San Francisco, de los cuales el uno que se decia Fr. Jerónimo de Jesus, habia estado otra vez en Japon cuando el tirano Taicosama mandó matar á sus compañeros, y le habia hecho volver á los luzones con algunos otros religiosos el gobernador Terazaba, el mes de Octubre de 97, y aunque entrambos Padres venian disfrazados en hábito del Japon, luego tuvieron noticia de ellos los ministros y oficiales de aquel puerto, porque los mismos gentiles que los traian en su compañía se lo dijeron.

Dió luego aviso de esto Fazaburodono á su hermano Terazaba, que estaba en el Coray, el cual sintió tanto que hubiesen vuelto los Padres sin licencia de Taicosama y contra su mandato, que dijo le habia de dar cuenta de este desacato, y envió á mandar á su hermano que los prendiese y pusiese á buen recaudo. Hicieron sus diligencias los ministros de Fazaburodono, y prendieron al uno en Nangasaqui. El P. Fr. Jerónimo, como tenia más noticia de la tierra, pasóse á las partes del Meaco; pero sabiendo esto los gobernadores de aquella ciudad y de todo el reino, hicieron pregonar que cualquiera persona que supiese donde estaba aquel Padre ó le tuviese en su casa, le manifestase luego á los gobernadores, so pena de que el tal, con toda su familia y la calle donde estuviese, moririan por ello. Dió este negocio mucha pena á toda aquella cristiandad, por ser en el tiempo y ocasion que sucedió, y por la grande alteracion que habia de causar en el pecho de aquel tirano cuando lo supiese, y la nueva indignacion que habia de cobrar contra todos los cristianos, pareciéndole que con su favor y consejo se hacia todo aquello sin tener respeto á su mandato, y con esto se habia de confirmar en la sospecha que tenia de toda la cristiandad, y particularmente de los religiosos que venian á Japon por vía de las Filipinas, por estar persuadidos que eran expías y su predicacion era medio y ardid para

tomarle su imperio, de lo cual habia de resultar la destruccion de todos.

Viéndose los cristianos en este aprieto, suplicaban á nuestro Señor con lágrimas y oracion continua fuese servido dar fin á los trabajos y desasosiegos continuos que tantos años habian padecido con aquel tirano, y juntamente procuraron aplacar al gobernador Terazaba, que se mostraba más sentido y ofendido de este caso. Para este efecto envió el P. Provincial al Coray un Padre que era conocido de Terazaba, suplicándole que no diese cuenta de este negocio á Taicosama. Intercedieron para ello el capitan D. Agustin y los reyes de Arima y Omura, representándole el daño que á ellos mismos y á sus tierras y vasallos les podia venir, y al fin por la estrecha amistad que el gobernador tenia con estos príncipes y con sus ruegos se aplacó, prometiendo de no dar cuenta á Taicosama y procurar que tampoco la diesen los gobernadores de Meaco, contentándose con hacer volver á las Filipinas al Padre que estaba preso en Nangasaqui y hacer diligencia para lo mismo del que habia pasado á las partes de Meaco.

CAPÍTULO XX

De la venida del Obispo D. Luis Serqueira á Japon y enfermedad de Taicosama, y lo que en ella ordenó acerca de su imperio y monarquía.

Aunque para ejercicio y prueba de sus hijos suele Dios nuestro Señor dilatar el consuelo y remedio de sus trabajos, pero como Padre piadosísimo siempre acude en el tiempo y sazon que á ellos más les conviene, como lo hemos visto muchas veces en el discurso de esta historia, y en el caso presente se descubre aún más claramente. Porque cuando la afligida cristiandad del Japon estaba más apretada, y al parecer de los hombres la tenia Dios más olvidada, entónces el clementísimo Señor la miró con ojos de misericordia, trocando sus lágrimas y tristeza en doblado consuelo y alegría, y dando al tirano Taicosama, que por doce ó trece años continuos la habia perseguido, la pena y castigo que sus grandes pecados y obstinacion merecian, como luego veremos.

La primera señal de esta misericordia que nuestro Señor queria hacer á aquellos cristianos tan afligidos, fué enviarles en este tiempo á su pastor y Prelado el Obispo D. Luis Serqueira, sucesor del que murió camino de la India, en cuya compañía venia tambien el P. Alejandro, que habia sido muchos años Padre de aquella cristiandad y Superior de los religiosos que andaban trabajando en ella, y últimamente volvia con el mismo oficio de Visitador. La segunda fué que llegasen el Obispo y los Padres que venian en su compañía al Japon á los 5 de Agosto de 1598, á tiempo que ya Taicosama estaba tan enfermo, que de ninguna otra cosa se acordaba más que de mirar por su salvacion y proveer lo que tocaba á la sucesion de su imperio y monarquía, y así, ni él reparó en la venida del Obispo ni de sus compañeros, ni sus gobernadores tampoco, porque andaban todos ocupados con la enfermedad de su amo y á entender cada uno á sus particulares negocios y pretensiones.

Como todos los castigos de nuestro Señor van siempre acompañados de misericordia, quiso tambien usarla con este tirano, dándole una prolija enfermedad para que el trabajo de ella le hiciese abrir los ojos y conociese sus culpas, porque era hombre de buen entendimiento, sino le tuviera tan escurecido y ciego con sus pecados; tenia sesenta y cuatro años, pero las fuerzas muy gastadas y consumidas con su grande incontinencia y muchos trabajos de las guerras que siempre tuvo. Estando, pues, en su fortaleza de Fujimi, á los últimos de Junio de 98 le dió una enfermedad de cámaras, que al principio pareció ligera y no se hizo caso de ella, antes pensaban todos que habia de ser causa de tener más salud, y de esta manera pasó hasta los 5 de Agosto, que fué el mismo dia que desembarcaron en Japon el Obispo y el P. Alejandro con otros cuatro compañeros, porque este dia le dió un accidente y desmayo tan grande, que todos le dieron por muerto, y él mismo, con ser de tan grande ánimo, perdió la esperanza de poder vivir ni escapar de aquella enfermedad, y como hombre que siempre habia mostrado gran prudencia en las cosas de este mundo, viendo su muerte al ojo, comenzó á disponer lo que tocaba á la sucesion de su imperio y monarquía con el mismo semblante que si tuviera entera salud y fuerzas.

Deseaba este tirano sumamente dejar por sucesor de su imperio un solo hijo que tenia de cinco ó seis años, y pareciéndole que siendo tan niño no se podia conservar en él si no le encomendaba á gente que le pudiese hacer espaldas, mandó llamar al rey del Bandou, que se decia Iyayasu, el cual por tener ocho reinos y ser muy noble y bien quisto y gran soldado, le pareció que se habia de alzar con la monarquía, y como hombre sagaz quiso hacer (como dicen) de ladron fiel, y encomendarle su hijo, y rogarle que le tomase á su cargo y le conservase en el imperio. Y para esto delante de muchos señores y caballeros le hizo esta plática:

«Yo muero, y no siento la muerte por ser cosa

ordinaria á todos los hombres, y sólo siento dejar á mi hijo de tan poca edad que no le puedo entregar el imperio y gobierno de él. Ya que así es, pensando yo á quién podria entregar este mi hijo que fuese persona fiel, poderosa y de valor y de quien me pueda yo confiar que cuando mi hijo fuere grande le pondrá en la posesion de él, no hallo en Japon persona que tenga para esto las partes sobredichas sino á vos. Por tanto, yo os entrego el hijo y el imperio, para que, cuando mi hijo fuere de edad que pueda gobernar, se lo entregueis, y para que se haga esto con más firmeza, y contentamiento y aplauso de los señores del Japon; ya que vos teneis una nieta hija de vuestro hijo heredero, esta casareis con mi hijo, y vos, ya que sois abuelo de esa niña, sereis tambien padre de mi hijo.»

A esta plática respondió el rey de Bandou con las lágrimas en los ojos (y segun decian algunos, no tanto por la muerte de Taicosama, como de alegría porque le entregase el hijo y gobierno del imperio como él deseaba) porque este rey estuvo casado con hermana de Nobunanga siendo rey de Micaba, y favoreció á sus sobrinos para que entrasen en la monarquía del Japon contra este tirano, como en su lugar queda dicho, y así, mostrando más tristeza en el rostro de la que tenia en el corazon, dijo:

«Yo, señor, cuando murió Nobunanga no tenia más que el reino de Micaba, y como V. A. comenzó á gobernar, á su sombra conquisté otros tres, y después de esto, por honrarme más V. A. me dió ocho reinos en el Bandou en trueco de los cuatro que yo tenia; aliende de esto, hízome siempre tantas honras y mercedes, que yo y toda mi generacion estamos obligados á servir á su hijo y á todos sus descendientes, no perdonando al estado ni á las vidas, cuando para su servicio así cumpliere. Yo en esta determinacion estaba de poner todas mis fuerzas para que el hijo de V. A. quedase con el imperio, mas ahora que sobre tantas mercedes quiere hacerme esta de entregarme su hijo y el gobierno del imperio, haciéndole yerno de mi hijo y mostrar tanta confianza de mí, quedo tan cautivo de V. A. y preso con tales cadenas de amor, que más y más determino de hacer todo lo posible para cumplir el deseo y mandato de V. A.»

Acabado el razonamiento, mandó luego Taicosama traer la nieta de Iyayasu, que era de dos años, y en su presencia se hicieron los desposorios con la fiesta y alegría que se sufria en aquel tiempo. Luego tomó Taicosama juramento al rey de que cumpliria todo lo prometido, y á todos los señores que se hallaron presentes de que serian fieles á su hijo y procurarian ponerle y conservarle en la posesion del imperio, y á otros señores y caballeros que eran de menor calidad, mandó que hiciesen el mismo juramento en casa de Iyayasu. Y para ganar más la voluntad de los principales señores del Japon, repartió entre ellos y sus criados grande copia de oro y plata y piezas de mucho valor para obligarles con esto que fuesen leales á su hijo.

Fuera de todo esto, á los cuatro gobernadores que él tenia para sus reinos añadió el quinto, que fué el capitan Asonodario, como superior de los cuatro, mandando á todos cinco y á otros cuatro que señaló para que gobernasen la casa de su hijo, que todos ellos obedeciesen á Iyayasu como á su misma persona; y para que estos gobernadores quedasen entre sí más unidos y conformes, hizo que se casasen los hijos de los unos con las hijas de los otros. Tambien mandó que todos los señores y caballeros que estaban en el Coray asentasen las paces con los de aquel reino y se volviesen al Japon. Y porque despues de su muerte no hubiese guerras y revueltas como suele haber en Japon con la muerte del emperador, determinó de acrecentar la fortaleza de Osaca, que es de las mejores del Japon, con una nueva cerca, tan grande y tan capaz, que tenia casi una legua en su circuito, para que viviesen dentro de ella los principales señores del Japon con sus mujeres é hijos, pareciéndole que estando como cerrados en aquella jaula no podrian ir tan fácilmente á sus tierras y rebelarse contra su hijo. Con la priesa que dió Taicosama en que se comenzasen luego estos edificios y el deseo que tenian los gobernadores de darle gusto, juntaron para ellos más de 100.000 hombres con suma brevedad, y como lo principal de sus casas es madera, fácilmente las mudan y arman de una parte á otra, en muy poco tiempo llenaron el campo y sitio de aquella cerca de muy hermosos y vistosos edificios.

CAPÍTULO XXI

De la muerte de Taicosama, y cómo antes de ella mandó que le contasen en el número de sus camis.

Para echar este tirano el sello á todas sus maldades y confirmar en su muerte la sospecha que de él se tuvo toda la vida, mandó últimamente que le hiciesen cami, que es tenerle por uno de sus dioses, y que le venerasen por tal después de muerto; y porque entre estos camis que adoran los japones hubo uno que fué hombre de guerra y le veneran como los gentiles adoraban su dios Marte, y este se llamaba en lengua de japon Fachiman, quiso que le llamasen á él Jin Fachiman, que quiere decir el nuevo Fachimá,

y que su cuerpo no le quemasen como solian hacer á los demás, sino que le pusiesen dentro de una caja muy rica y bien guarnecida, y le depositasen en su fortaleza de Fujimi, en cierto lugar de su recreacion que para ello dejó señalado. Estos fueron los dislates en que dió este tirano, bien semejantes á los de su predecesor Nobunanga, que tambien se hizo adorar por Dios.

Habiendo Taicosama dispuesto y ordenado todas sus cosas en la forma que habemos dicho, hallándose cada dia peor y pareciéndole que estaba muy al cabo, dijo que se queria recoger á la tercera cerca de su fortaleza, que era lo más interior y estaba en lo más alto de ella, para excusar todas las visitas y morir con quietud, como él decia. Con esta resolucion se despidió de su hijo y le entregó á Iyayasu, diciendo al niño que desde allí adelante no le llamase á él padre, sino al que entónces le daba por tal. Despidióse tambien de todos los señores y principales caballeros que allí habia, señalando primero los que habian de quedar dentro de aquella tercera cerca y los que habian de acudir á su aposento. Fueron tantas las lágrimas y gritos de sus criados y mujeres y los demás caballeros, así en la despedida como por todo aquel dia después de haberse retirado, que ya le tuvieron todos por muerto, y esta voz corrió por diversas partes; y á la verdad él estuvo aquella tarde muy peligroso, pero dentro de diez dias mejoró y estuvo algo aliviado.

A los 4 de Setiembre llegó á Fujimi el P. Juan Ruiz, su intérprete, con algunos portugueses que venian á visitarle de parte del capitan mayor con un buen presente, como lo hacian cada año en viniendo la nao de la China. Diéronle el recaudo, y después de haber visto el presente, dijo que entrase sólamente el P. Juan Ruiz y los demás se quedasen fuera. Hallóle el Padre echado sobre una colcha de seda y entre unos cojines de terciopelo, tan consumido y deshecho, que apénas tenia figura de hombre; hízole llegar cerca de sí, agradeciéndole la visita; quiso el Padre aprovecharse de esta ocasion para tratar de lo que más le importaba, que era la salvacion de su alma, pero como hombre ya obstinado y endurecido en sus pecados, no dió lugar á que le tratasen de esto. Despidióse el Padre de él con harto sentimiento de ver un hombre de tan grande capacidad tan ciego y desamparado de Dios por sus culpas, y así, murió como tal á los 16 de Setiembre del mismo año de 98.

Procuraron los gobernadores encubrir su muerte hasta que volviesen los que estaban en el Coray, poniendo muy rigurosas penas á quien dijese que era muerto. Y á un criado de un caballero principal, porque se atrevió á hablar de esto le mandaron crucificar, con lo cual por entónces pusieron algun freno á los demás. Pero no se pudo disimular mucho tiempo, porque las mismas diligencias que hacian los gobernadores para que no se supiese, les confirmaba más la sospecha que tenian, y al fin vino á entenderse públicamente cómo era muerto y el órden que dejaba en todas las cosas. Hubiéronse los gobernadores tan prudentemente en su oficio, que por todo aquel año de 98 y principio de 99 no se echó de ver alteracion ni desasosiego en Japon, y porque no le hubiese en los reinos del Jimo cuando viniesen del Coray los que estaban allá, acudieron dos de los gobernadores principales á la ciudad de Facata para dar órden en esto y en que todos los reyes y caballeros, así como viniesen del Coray, fuesen luego á dar la obediencia al niño y sucesor de Taicosama, que se decia Firoy; y así lo hicieron el mes de Enero del año de 1599.

Pero, mirada bien la condicion y humor de los japones, temíanse no pequeñas alteraciones y revueltas en aquella monarquía, porque siendo tantos los gobernadores no parecia posible que durase mucho entre ellos la union, ni los japones habian de tener paciencia para esperar á que el niño llegase á edad para gobernarlos, ni para consentir que hiciesen este oficio tanto tiempo los que eran sus criados; pero de cualquiera manera que sucediesen las cosas, se hacia muy probable y verosímil que lo que tocaba á la cristiandad se pondria cada dia mejor, porque turbándose la paz de aquellos reinos, como entre los cristianos hay muchos reyes, señores y caballeros, grandes capitanes y valerosos soldados, viendo que Taicosama nunca fué legítimo señor sino tirano, y que si alguno tuvo título y derecho á la monarquía fué Nobunanga y sus descendientes, siendo vivo su nieto Samburondono, rey de Mino, y muy buen cristiano, á quien este tirano guardó cuando mataron en Meaco á su abuelo y á su padre de este príncipe, y tomando título de su gobernador le quitó después la monarquía; no será mucho que los cristianos quieran restituírsela y poner emperador cristiano de su mano, lo cual no les seria dificultoso juntándose todos para ello. Pero si las cosas procediesen con la paz y quietud que comenzaron, impórtales mucho á los gobernadores para conservarla favorecer la cristiandad en ley de su policía y buen gobierno, y no disgustar á tantos príncipes, señores y caballeros que la han de defender, como lo hicieron contra Taicosama cuando se hallaron en Japon; y mucho mejor lo harán después de su muerte estando ya en sus

tierras; y como los gobernadores gentiles entienden esto y conocen el valor de los cristianos, hácese muy probable que gustarán de tenerlos por amigos el tiempo que les durare su gobierno, y procurarán favorecerlos como lo han comenzado á hacer.

CAPÍTULO XXII

Del buen suceso de la cristiandad después de la muerte de Taicosama.

Conforme á la medida de los trabajos que padeció la cristiandad del Japon con la persecucion tan larga de Taicosama, se podrá entender fácilmente cuál seria el consuelo y alegría que toda ella recibiria con su muerte viéndose ya libre de un tan poderoso tirano, que con tanta obstinacion le habia afligido y atribulado por espacio de doce ó trece años continuos. Parecíales á los cristianos que habian salido de un grande cautiverio y pesada servidumbre, y que les habia amanecido un claro y sereno dia después de tantos nublados y tempestades. Mirábanse unos á otros dándose el parabien de tan dichoso fin y remate como habian tenido sus trabajos, y no se hartaban de dar infinitas gracias á la Divina Majestad de tan singular merced y beneficio. Porque con la muerte del tirano salieron todos del aprieto en que estaban, y se entendió que ya no habia quien molestase á los Padres ni persiguiese á los cristianos. Pero por no estar las cosas del Japon tan asentadas con el nuevo gobierno que tenian, pareció así á los señores y caballeros cristianos, como á los Padres de la Compañía que no se hiciese por entónces mudanza en las cosas, de manera que pudiese ofender á los gobernadores hasta entender su voluntad y tomar su beneplácito.

«Para esto juzgaron ser conveniente que el Obispo no saliese luego en público y que el Padre Alejandro, por ser tan conocido de todos en aquella tierra, escribiese á los dos gobernadores que estaban en Facata, porque el principal de ellos que se decia Asonodario era su amigo y conocido desde el tiempo que trajo el Padre la embajada del visorey de la India para Taicosama. Tambien escribió el Padre á Jimandono, que era gobernador de las partes del Jimo y de Nangasaqui, dándoles la razon de su venida, que era á visitar los Padres y cumplir la obligacion de su oficio, como otras veces lo habia hecho los años pasados; y envió con estas cartas al P. Juan Ruiz para que de su parte los visitase.

»Respondiéronle todos tres muy cortesmente diciendo que se holgaban mucho con su venida y aprobando las causas de ella, y que les parecia muy bien se quedasen en Japon, y que ellos tomaban á su cargo la defensa de sus cosas, añadiendo que á ellos les parecia muy bien nuestra santa ley, y que habian tratado de ella con el P. Juan Ruiz y díchole que cuando tuviesen tiempo la habian de oir muy despacio, y que la causa porque Taicosama habia mandado que los Padres saliesen del Japon habia sido porque le habian informado mal y por algunas sospechas que habia tenido de los religiosos que venian á Japon; y últimamente les encomendaban que por entónces estuviesen quietos sin hacer mucho ruido, que con esto ellos ayudarian cuando fuese tiempo para encaminar las cosas.»

Esta respuesta de los gobernadores se tuvo por particular merced de nuestro Señor, y fué muy estimada de todos los cristianos y en ella se pudo dar principio á la restauracion de las casas é iglesias que se habian destruido el año antes, tornándolas á edificar poco á poco; y entre tanto se iban los Padres acomodando en algunas casas que pudiesen juntamente servir de iglesias hasta que se tornasen á levantar las caidas; y el mismo año de 99 estaban ya los Padres en los reinos de Arima y Omura en las residencias que solian tener antes, y el P. Organtino con estos dos Padres y dos Hermanos volvieron al Meaco, y con otros cinco que habian quedado en aquellas partes, que por todos eran 10, dieron principio á las casas de Meaco y Osaca, para salir desde allí á visitar los cristianos de otros reinos. Tambien se tornaron á recoger los niños del seminario que estaban repartidos en diversos lugares, y quedaban el año de 99 setenta de ellos, en Nangasaqui, donde al mismo tiempo se acomodaron los Padres y Hermanos del colegio que estaban en el aldea de Todos los Santos, renovándose los estudios y ejercicios de letras que antes solian tener. El Obispo, aunque no salia en público, no por eso dejaba de hacer su oficio en secreto, dando órden á diversas cosas de mucho servicio de nuestro Señor, y con su buen modo y trato iba ganando las voluntades de todos; y así, como el campo que con el riguroso invierno ha estado encogido y casi muerto, en abriendo el verano comienza á brotar y producir diversas flores, esta nueva cristiandad del Japon que tan afligida habia estado y encogida con la persecucion larga de este tirano, viéndose ya libre de ella con su muerte, comenzó á manifestar los deseos que estaban encerrados en los pechos de muchos señores y caballeros, los cuales no se habian descubierto por el temor y respeto que tenian á Taicosama.

En el reino de Bigen, cerca de Meaco, donde vivia D. Juan Acajicamon, cuñado del señor de

aquel reino, se comenzó una grande cristiandad, porque este caballero aunque habia poco más de tres años que se habia bautizado, tenia tan grande estima de la ley de Dios, que por su ejemplo y persuasiones la iban recibiendo otros muchos caballeros principales de aquel reino, de manera que pasaban ya de 400 el año de 99, los cuales procedian con tanto fervor, que queriendo el rey, sabida la muerte de Taicosama, obligarlos como á los demás vasallos que jurasen por los camis y fotoques que le serian leales, aunque hizo cuanto pudo por inclinarlos á esto, ninguna cosa acabó con ellos, respondiendo D. Juan en nombre de todos muy libremente, que antes moririan que hacer tal juramento sino fuese por el verdadero Dios á quien adoraban, y por esta constancia que mostraron les favoreció nuestro Señor de tal manera que no sólo desistió el rey de su pretension, sino que les hizo muchas mercedes, y á D. Juan su cuñado añadió 20.000 fardos de arroz de renta sobre los 40.000 que antes tenia, y le hizo su lugarteniente y gobernador de sus tierras en su ausencia. Este caballero, muerto ya Taicosama, envió á pedir Padres para que residiesen y predicasen en aquel reino.

El hijo y heredero de Moridono, rey de Amanguchi y de otros siete reinos, ofreció á un Padre que daria sitio en la principal fortaleza suya para que residiese en ella é hiciese cristianos á sus criados. Este mismo deseo mostró el rey de Buigen D. Simon Condera, porque escribió á los Padres que en volviendo de Meaco, donde iba á dar la obediencia al hijo de Taicosama, enviaria por algunos para que predicasen á sus vasallos. En el reino de Chicungo hay otro señor cristiano casado con hija del rey Francisco de Bungo, el cual, viniendo del Coray, escribió al P. Alejandro que como volviese de Meaco llevaria Padres á su tierra; envióle á visitar el Padre, y en obra de veinte dias que allí se detuvo un Hermano que fué á esto bautizó 250 personas, y habia tanto concurso á las pláticas que hacia del catecismo, que pasaban de ordinario de 800.

Al reino de Bungo fué otro Padre con un Hermano, y aunque los señores de aquella tierra que eran tres y gentiles, habian sido muy privados de Taicosama y por eso les partió aquel reino, todos tres por la misericordia del Señor los recibieron muy bien y dieron licencia para que pudiesen estar en sus tierras, y el uno de ellos dijo que queria oir las cosas de la ley de Dios y recibirla si le pareciese bien; bautizáronse de nuevo muchos gentiles en este reino, y la conversion de ellos iba creciendo de manera que el Padre que allí estaba envió á pedir más compañeros.

Tambien fué un Hermano á visitar otro señor gentil, que se decia Isasay, de parte del P. Alejandro; tenia este señor sus tierras entre el reino de Arima y Omura. Agradeció mucho la visita y gustó de oir algunas pláticas de la ley de Dios, y á la despedida dijo al Hermano que, como volviese de Meaco, le enviaria á llamar para acabar de oir lo que habia comenzado y se haria cristiano con su hijo mayor y heredero, cuya conversion era de grande importancia por el lugar donde tiene su estado, porque con esto quedaba unida y muy fuerte una grande cristiandad sin que hubiese ningun gentil entre ellos. Este mismo caballero dijo que estando en el Coray le habia dado á entender Nabijamadono, señor y gobernador de Figen, que deseaba hacerse cristiano y que oyese Isasay primero lo que enseñaba la ley que predicaban los Padres, porque contentándole y haciendose cristiano, él haria lo mismo. Este caballero aunque no tiene título de rey, pero es de los mayores señores del Jimo, y tiene en sus tierras muchos cristianos y hay grande aparejo y disposicion para la conversion de los demás.

No era menor el deseo que mostraban de que se manifestase en sus tierras la ley de Dios Itodono, primo de D. Mancio y señor de la tercera parte del reino de Fiunga, Ceujimadono, yerno de D. Agustin y rey de Ceujima; pero mucho más se señalaba en esto el mismo D. Agustin, el cual en viniendo del Coray escribió luego á los Padres diciendo que en volviendo de Meaco iria á visitarlos para llevar algunos á sus tierras, y entre tanto mandó librar 1.600 fardos de arroz, 400 para el gasto del Obispo, y otros 400 para el P. Alejandro, y los demás para el P. Provincial P. Organtino y sus compañeros que residian en Meaco, porque, como se habian destruido tantas casas é iglesias en los reinos del Jimo el año de 98, padecian los Padres mucha necesidad, y sabiéndola este caballero y los demás señores que venian del Coray, aunque estaban muy alcanzados con los gastos de tan larga guerra, acudieron con sus limosnas para ayudar en lo que pudiesen. Este era el estado de las cosas del Japon en lo temporal y espiritual, y las esperanzas que habia de dilatarse la ley de Dios en aquellos reinos el año de 99 después de la muerte de Taicosama: ¿será servido el Señor de enviar muchos obreros que cultiven aquella viña para gloria suya, pues se van abriendo tantas puertas para la conversion de las almas?

FIN DE ESTA HISTORIA

TRATADO

QUE SE HACE DE ALGUNAS COSAS QUE SE IMPONEN Á LA COMPAÑÍA DE JESUS Y RELIGIOSOS DE ELLA, LAS CUALES PERTENECEN Á LA VERDAD DE ESTA MISMA HISTORIA, Y POR ESO SE DA SATISFACCION DE ELLAS EN LOS CAPÍTULOS SIGUIENTES

PRÓLOGO

Teniendo ya acabada esta historia, vinieron á mis manos dos tratados cuyos autores por justos respetos no quiero nombrar, en los cuales se imponen á la Compañía de Jesus y Religiosos de ella algunas cosas que, si ellas fuesen tan ciertas y verdaderas como allí se pintan, seria falso y sin fundamento mucho de lo que en algunos libros de esta historia queda dicho; y por entender que los autores se pudieron engañar fácilmente, por no tener tan entera noticia de las cosas del Japon ó haber sido mal informados de ellas, me pareció que tenia obligacion por remate de este libro XIII dar razon de estos particulares. Para satisfaccion y desengaño de los que hubieren leido los dichos tratados ó entendido lo que se dice en ellos y dejado á parte otras muchas cosas que son de ménos momento, solamente quiero tratar ahora de lo que pertenece á esta historia y es necesario para confirmar la verdad de ella

Y porque el fundamento principal de los dichos tratados ha sido un Breve que Su Santidad el Papa Gregorio XIII dió para que no pasasen al Japon Religiosos ni personas eclesiásticas, sino solamente los Padres de la Compañía, pondré lo primero el mismo Breve traducido en romance á la letra; lo segundo, las razones que tuvo Su Santidad para sacarle, y cómo le confirmó de nuevo el Papa Clemente VIII, que hoy dia gobierna la Iglesia de Dios; lo tercero, lo

que acerca del cumplimiento de este mismo Breve proveyó y mandó la majestad del rey Felipe II, que sea en gloria; lo cuarto, iré apuntando por su órden lo que en razon de esto se impone á la Compañía y religiosos de ella, que es lo siguiente:

1. Que enviaron unos caballeros japones con título de embajadores y deudos de los reyes del Japon al Papa Gregorio XIII, siendo unos mozos pobres, nacidos de gente comun y tan ordinaria, que aun no tenian con qué sustentarse ni con qué pasar la vida sino se hicieran religiosos.

2. Que enviaron estos mozos á Roma para alcanzar por su medio con esta ocasion el Breve de Su Santidad.

3. Que en sacar este Breve hicieron grande daño los Padres de la Compañía á la iglesia y cristiandad del Japon, privándola de Obispos y religiosos que la podian ayudar.

4. Que con esto mismo tambien la privaron de buenos ministros y le dieron otros que no eran tales, ayudándose de los neófitos para instruir á los gentiles y predicar á los cristianos.

5. Que procuraron este Breve, porque si fueran á Japon Obispos y sacerdotes y religiosos, se habian de sustentar del pié de altar, y por quedarse los Padres con todos estos provechos para ayuda de sus muchos gastos, quisieron impedir con él la ida de los demás religiosos, y que en razon de esto, teniendo hecho voto los de la Compañía, conforme á sus constituciones de no admitir obispados, sacaron dispensacion del Papa para tenerlos.

6. Que tambien les movió á sacar este Breve no tener en Japon testigos de su modo de vivir, porque habiendo ido á predicar el Evangelio, se habian hecho mercaderes y tratantes.

7. Que otro motivo y causa fué, porque no se echase de ver, yendo otras religiones los yerros que los Padres hacian en la conversion de los gentiles y en la institucion de los cristianos.

8. Que juntamente les movió á sacar este Breve la poca estima que tienen los de la Compañía de otras religiones para el empleo y ejercicio de semejantes ministerios y la mucha que tienen de sí mismos.

9. Que fuera de este primer Breve, sacaron otro para no crismar á los cristianos que bautizaban, ni confirmar los ya bautizados, de la cual resultó faltar en la fe casi todos los cristianos del Japon en tiempo de esta persecucion de Taicosama.

10. Tambien les hacen cargo que por el poco gusto que los de la Compañía tenian de ver otros religiosos en Japon, tuvieron mucha culpa en la pérdida de la hacienda del galeon *San Felipe*, y en la muerte de los religiosos y cristianos que mandó matar Taicosama.

11. Que los de la Compañía han sido en Japon desleales á los reyes de España, no entregándoles la posesion de aquellos reinos pudiéndolo hacer; alzándose ellos mismos con ciudades, villas y puertos, y tomándolas para sí.

Estas son las cosas más principales de que en estos tratados se hace cargo á los de la Compañía, y tocan á la verdad de la misma historia. Y por saber con certidumbre que no sólo en estos reinos, sino fuera de ellos se han extendido y publicado, me sentí por más obligado á dar satisfaccion de ellas. Lo cual haré con la gracia de nuestro Señor, por este órden: Que primero pondré las formales palabras que hay en los mismos tratados acerca de cada punto notadas con esta señal *, y luego responderé á cada uno de ellos con brevedad y sin ofension de nadie, porque mi intento sólo es declarar las razones que precisamente fueren necesarias para que la verdad se entienda, y que ella misma responda por sí.

CAPÍTULO PRIMERO

En que se pone el Breve del Papa Gregorio XIII y la ocasion que hubo para sacarle Su Santidad.

La ocasion que hubo para expedir Su Santidad el Papa Gregorio XIII, el Breve de que tanto cargo se hace á los Padres de la Compañía, fué esta. Habiendo ido el P. Alejandro Valigñano el año de 1579 á visitar la primera vez á los Padres y cristiandad del Japon por órden del P. General, y habiendo dado principio á un colegio y seminario y casa de probacion y ordenado otras cosas necesarias para el bien de aquella cristiandad y de los mismos religiosos que se ocupaban en ella, echó de ver que la cristiandad era mucha y los obreros pocos, y que la conversion de los gentiles se iba extendiendo cada dia más, y con esto crecia tambien la necesidad de los obreros. Advirtió tambien el poco remedio que habia para sustentar la gente que era necesaria, y así juntando los Padres más principales que entónces habia en Japon, hizo con ellos una consulta, en la cual se trataron todas las dificultades que se hallaban para llevar adelante aquella empresa y de los remedios que se podian dar. Esta consulta se hizo el año de 1580 muy despacio, y entre otras cosas que en ella se trataron, fueron dos puntos.

«El primero, si atento que la cristiandad era »ya mucha y cada dia iba creciendo más, y la »falta que habia de obreros para acudir á ella, »seria bien tratar con Su Santidad y con Su Ma»jestad, enviasen al Japon Obispos y clérigos. »El segundo fué, si seria bien que llamasen otras »religiones para que ayudasen aquella obra; dis»putáronse entrambos puntos con la considera»cion y peso que el negocio pedia, proponiendo »las razones que habia por una parte y por otra, »como consta de la misma consulta en la pre»gunta primera y segunda. Y porque de entram»bas partes hallaban muchas razones, se resol»vieron aquellos Padres que se enviase al P. Ge»neral todo lo que por una parte y por otra se »les habia ofrecido, para que lo representase á »Su Santidad y á Su Majestad, y determinasen »lo que pareciese más servicio de nuestro Se»ñor, y para mayor gloria suya, porque con esto »les parecia á los Padres que cumplian con su »obligacion y quedaban sin escrúpulo en sus »conciencias.»

El P. General de la Compañía, viendo la importancia de este negocio, hizo que se diese cuenta á Su Majestad el rey Felipe II, que sea en gloria, y él mismo lo propuso tambien á Su Santidad, y examinadas bien las razones é inconvenientes, pareció á Su Santidad y á Su Majestad, que no era aun tiempo de ir á Japon Obispos ni clérigos ni otras religiones, hasta que ellos mandasen y ordenasen otra cosa; y en razon de esto, dió Su Santidad el Papa Gregorio XIII el Breve de el tenor siguiente, que traducido de latin en romance, dice así:

«Gregorio Papa xiii:

»A todos y á cada uno de los que vieren las »presentes letras, salud y bendicion Apostólica. »Por nuestro oficio pastoral, somos deudores á »todos los pueblos y naciones, y principalmente »á las más remotas y apartadas que habitan en »el otro orbe, y ha poco que recibieron la doc»trina del Evangelio; y á esta causa ponemos »nuestro cuidado y diligencia en mirar al pre»sente por la provincia del Japon, y dentro de »nuestro pecho, atentamente consideramos, qué »camino tomaremos para llevar adelante la con»version de aquellas gentes, proveyendo á la »propagacion de la fe y religion cristiana, y qui»tando los impedimentos que le pueden estor»bar; y así como los años pasados ayudamos y »favorecimos en cuanto nos fué posible, para »dar principio y sustentar los seminarios de los »mozos virtuosos, que pudiesen después ir allá »á ser obreros, tambien juzgamos ahora ser ne»cesario, prevenir con tiempo algunos inconve»nientes. Y aunque aquella region sea muy ex»tendida y tenga necesidad de muy grande nú»mero de obreros, pero como el fruto no con»siste tanto en la muchedumbre de ellos, como »en el modo de tratarlos y enseñarlos, y en co»nocer el ingenio y condicion natural de aque»lla gente, conviene poner mucho cuidado en »no permitir que vayan allá de nuevo sin mu»cha eleccion personas de cuya diversidad se »cause tal admiracion, que sea dañosa y peligro»sa á los que no están acostumbrados, y se pue»da impedir ó perturbar la obra de Dios.

»Por lo cual considerando que ningunos otros »sacerdotes hasta ahora, sino son los de la Com»pañía de Jesus han entrado en las islas y rei»nos del Japon, los cuales han sido como Pa»dres y maestros para que recibiesen la fe, y »que á ellos y á la Compañía tienen particular »amor y reverencia, y de ellos hacen confianza, »deseando nosotros que esta union por medio »del vínculo de la caridad y amor persevere fir»me y no se quiebre para mayor provecho de

»los mismos, de nuestro *propio motu* y cierta »ciencia prohibimos y vedamos á todos los Pa»triarcas, Arzobispos, Obispos, y entre ellos á »los de la China y Japon, so pena de entredicho »eclesiástico y suspension del ingreso de la »Iglesia y del ejercicio de los actos pontificales; »y á los demas sacerdotes, y clerigos, y minis»tros eclesiasticos, así seculares como regulares »de cualquiera grado, órden y condicion que »sean (sacados de los religiosos de la Compa»ñía de Jesus) so pena de excomunion mayor, »de la cual no puedan ser absueltos sino fuere »por el Romano Pontífice, ó en el artículo de la »muerte, las cuales penas *ipso facto*, incurran; »que no se atrevan á ir á los reinos é islas del Ja»pon sin nuestra expresa licencia ó de la Sede »Apostólica, ora sea por causa de predicar el »Evangelio, ó de enseñar la doctrina, ó de ad»ministrar los Sacramentos, ó de ejercitar otros »ministerios eclesiasticos.

»Por lo cual mandamos á todos y á cada uno »de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos y á los »demas prelados de las iglesias y lugares, aun»que sean reglares de todo el mundo, que hagan »guardar inviolablemente estas letras en sus »iglesias, provincias, ciudades, y diócesis y ju»risdicciones, y todas las veces que fueren re»queridos por algun religioso de la dicha Com»pañía, procuren y hagan que sean publicadas »solemnemente sin que obsten en contrario las »constituciones ni ordenaciones apostólicas he»chas en Concilios provinciales ó generales, ni »los privilegios particulares, indultos y letras »apostólicas, concedidas en general ó en parti»cular á cualesquiera iglesia ó prelados de ellas »ó á las religiones, ó á sus Superiores, ó á cua»lesquiera otras personas particulares, debajo »de cualquier tenor y forma que sean aproba»das y renovadas, á las cuales todas y á sus te»nores, habiéndolas por expresadas y suficiente»mente declaradas por esta vez, las derogamos »en particular y expresamente y cualesquiera »otras que haya en contrario, y porque será di»ficultoso que estas presentes letras se puedan »mostrar y publicar donde fuere necesario, que»remos que á sus traslados, aunque sean impre»sos, siendo referendados de mano de algun no»tario público ó del secretario de la dicha Com»pañía, y sellado con el sello del Prepósito Ge»neral que entónces fuere de la misma Compa»ñía ó de alguna persona puesta en dignidad »eclesiastica, se de la misma fe que se daria á »las mismas letras presentes si se presentasen y »mostrasen. Dado en Roma en San Pedro á »los 28 de Enero de 1585. En el año trece de nues»tro Pontificado.»

CAPÍTULO II

De las razones que tuvo el Papa Gregorio XIII para dar este Breve, y cómo despues le confirmó Su Santidad el Papa Clemente VIII.

Ya que hemos puesto el Breve, será bien decir las causas que Su Santidad tuvo para expedirle, y dejando aparte otras particulares, diré sólamente cuatro ó cinco de las más principales.

La primera fué, porque con la novedad de otros sacerdotes y religiosos que fuesen al Japon, no viniesen los gentiles á perder el crédito que tenian de la ley de Dios, pareciéndoles que ella tambien era invencion humana, y esto por la ocasion particular que habia en Japon para tener los gentiles este concepto, porque una de las principales causas que mueve á los japones á dejar sus sectas y á tomar nuestra santa ley, es ver la diversidad de opiniones que hay entre los gentiles y entre los bonzos de una misma secta, y por otra parte la conformidad que hay en la doctrina del santo Evangelio que se les enseña, y ver juntamente la union y conformidad entre los Padres que la predican, sin hallar entre ellos diversidad alguna ni diferencia, y de aquí vienen á convencerse que las cosas de sus sectas, que son tan varias, son falsas y propias invenciones de los bonzos, y las nuestras son verdaderas y de Dios, pues son tan uniformes, por lo cual pareció á Su Santidad que en este tiempo en que la cristiandad era como nueva y la gentilidad aún se estaba en su vigor, si fuesen otras religiones al Japon de diversos hábitos y modo de proceder y de diversas opiniones, aunque no lo sean en las cosas que son de fe; todavía por no tener los japones bastante doctrina ni luz para hacer esta distincion, vendrian á pensar que tambien entre los cristianos hay diversas sectas, y que las cosas de nuestra santa ley son opiniones de hombres varias é inciertas, como son las de sus bonzos, que fuera de grande daño para aquella nueva iglesia.

Confírmase esta razon más, porque casi todas las sectas del Japon tienen por sus principales dioses á Amida y á Jaca, y los más doctos de entre ellos tienen que Amida y Jaca son una misma cosa, y todas aquellas sectas tienen por su escritura como sagrada unos mismos libros que llaman foquequis, los cuales unos declaran de una manera y otros de otra, y de aquí salieron las diversas sectas y las opiniones varias y diversas que enseñan sus bonzos, y por esto aunque vean que todas nuestras religiones tienen la misma escritura Sagrada y prediquen al

mismo Dios y Salvador Jesucristo, todavía si viesen la diversidad que tienen en muchas opiniones y la diferencia de los hábitos y el modo diverso de proceder que cada uno tiene, segun su instituto, particularmente si entre los mismos religiosos hubiese algun género de emulacion y competencia tan usada entre sus bonzos, fácilmente creerian que nuestra ley tiene sectas distintas, y esta razon tiene más fuerza en Japon que en ninguna otra parte de las Indias, por el particular modo que los japones tienen de sectas y religiosos.

Para confirmar esta razon aún más hace lo que Inocencio III ordenó y determinó en el capítulo *Deus qui.* «*De vita et honestate clericorum,*» donde dice que los religiosos que habian ido á predicar á Livonia el santo Evangelio y procurar la conversion de los gentiles dejasen la diversidad de sus propios hábitos que traian y el diverso modo de proceder, y todos se conformasen en un mismo hábito y en un mismo modo, y da la razon el Pontífice: *Ne, si dispar in vobis observantia fuerit, et disimilis habitus, apud eos, quibus unum Evangelium praedicatis, scandalum suscitetur.* Porque no sea ocasion de escándalo la diversidad de los hábitos y modo de proceder.

De manera que siente el Pontífice lo primero, que fácilmente se pueden escandalizar con esto los gentiles, y lo segundo, que hace tanto caso de este inconveniente la Iglesia, que le parece ménos importante que dejen sus propios hábitos los religiosos, y se conformen todos en un mismo propósito, que el escándalo que de lo contrario se podia seguir. De lo cual se entiende cuán conforme á razon fué lo que hizo Gregorio XIII en despachar este Breve para evitar con él los mismos inconvenientes.

La segunda razon y causa fué el temor de la division que casi necesariamente habia de nacer entre los mismos cristianos yendo á una iglesia y cristiandad tan nueva diversas religiones, y la razon de este temor nace de una consecuencia casi necesaria; porque una cristiandad tan nueva y tan libre, y por otra parte tan ignorante por no haber entre ellos ninguna de nuestras ciencias y que toda está mezclada entre gentiles, es necesario irles publicando con mucho tiento los preceptos especialmente humanos y positivos, porque conforme á la doctrina de San Pablo tiene necesidad de leche y no de pan con corteza; y por la misma causa tambien es necesario que la doctrina que se les ha de enseñar sea uniforme, no sólo en las cosas sustanciales de la fe, mas tambien en las demás cosas eclesiásticas y aun cuanto fuere posible en las ciencias, así sagradas como humanas, la cual uniformidad moralmente hablando no se puede guardar yendo en este tiempo á Japon diversas religiones, porque como cada una tiene su gobierno de por sí, procederá tambien conforme á su modo, y necesariamente se han de encontrar en muchas cosas de estas como vemos que pasa en Europa, y así la decision de los casos que se determinasen en unas iglesias en un modo, en otras se contradirian y determinarian en otro diferente; y los preceptos positivos que en una se publicasen obligando á los cristianos á guardarlos, en otras ni se publicarian ni se guardarian, y las dispensaciones que se negasen en una iglesia en otra se concederian, y los que excluyesen de los Sacramentos y de la sepultura eclesiástica en unas partes en otras los admitirian.

Y de esta manera se causarian divisiones y cismas en las mismas iglesias, y escándalos que serian de mayor daño por esta parte que el provecho con la muchedumbre de los obreros; y esto parece que dijo Su Santidad en aquellas palabras: «Que el fruto y provecho no consistia tanto en la muchedumbre de obreros como en el modo de tratar y enseñar á los gentiles,» y así vemos que en la primitiva Iglesia, donde habia tanta santidad, y doctrina, y dones de milagros y profecías y lenguas, siendo en las provincias de Europa y Asia, que estaban cerca del Sumo Pontífice, á quien podian acudir luego como á suprema cabeza; con todo eso se causaron tan grandes cismas y discordias como se leen en las historias eclesiásticas y epístolas de San Pablo y actos de los Apóstoles; por lo cual se puede bien entender lo que podia acontecer en Japon á donde el Sumo Pontífice está tan léjos, y las religiones podrian hacer lo que les pareciese sin tener quien les fuese á la mano.

La tercera razon fué la discordia y contrariedad (que fuera de la que hemos dicho entre los cristianos) se podrá seguir entre los mismos Religiosos. Porque con el celo que cada uno tiene de su religion, habia de procurar el acrecentamiento y fama y reputacion de ella, y aficionar y atraer así la gente; y este celo cuando pasa de los límites de la razon y es desordenado, suele ser causa de continuas disensiones, como se lee en la *Historia general de Santo Domingo y de su sagrada Órden*, lib. II, cap. XLVIII, donde se dice que aunque fueron grandes los trabajos y persecuciones que tuvo la dicha Órden, la mayor de ellas fué y más principal la que el demonio con su artificio procuró, poniendo discordia por esta ocasion entre los religiosos de San Francisco y Santo Domingo, hasta que nuestro Señor lo atajó con la buena prudencia y discrecion de los Generales de entrambas Órdenes, de lo cual se

ve lo que podia suceder en partes tan remotas como son los reinos del Japon con la diversidad de religiones; y por eso proveyó Su Santidad que por ahora no fuesen allá á donde estas contiendas serian tanto más dañosas por ser la cristiandad tan nueva; empero, con el tiempo tomando la cristiandad más vigor y fuerza, para todas habrá comodidad y lugar.

La cuarta razon fué, porque los que hubiesen de ir á Japon, ó habian de ser pocos ó muchos; si fuesen pocos, poco podian ayudar y podrian dañar mucho, por las razones dichas; y si fuesen muchos, no se podrian sustentar, y serian de mucha carga por ser la gente comunmente pobre; y los señores y caballeros, andar muy gastados con las continuas guerras que unos traen con otros hasta que nuestro Señor por medio de su santa ley les dé la verdadera paz, y por esta causa los Padres de la Compañía, por no serles molestos y cargosos, se sustentan de lo que les envian por vía de Macao, y de limosnas de Su Majestad y de Su Santidad, como adelante se dirá; porque ahora á los principios, si los gentiles entendieran que los Padres sacaban limosnas, y las pedian á los que se hacian cristianos, confirmáranse en la opinion que sus bonzos les predicaban muchas veces de que nuestros religiosos so color de predicar el Evangelio, van á buscar su vida y remedio temporal, porque no le tienen en su tierra.

La quinta razon es, porque la multiplicidad de extranjeros en todos los reinos es odiosa y sospechosa, y mucho más lo es ahora en el Japon de los religiosos, porque desde la ida del galeon *San Felipe*, se persuadió Taicosama, y con él otros muchos señores, que la predicacion del santo Evangelio era invencion y ardid de guerra para conquistar reinos ajenos, como lo habian hecho los españoles por este medio en la Nueva España, Perú y otras partes. Estas son las razones más principales, fuera de otras que movieron al Papa Gregorio XIII *motu proprio et ex certa scientia*, á dar el dicho Breve, el cual confirmó la Santidad del Papa Clemente VIII, á los 14 de Marzo de 1597, en el año sexto de su Pontificado, ingiriendo en el Breve de la dicha confirmacion el mismo de Gregorio XIII á la letra, y mandando que se guardase como en él se contenia.

CAPÍTULO III

De lo que proveyó la majestad del rey Felipe II acerca del cumplimiento de dicho Breve.

La majestad del rey Felipe II, entendidas las razones con que Su Santidad se movió á despachar el dicho Breve, y viendo lo que importaba para el bien de aquella cristiandad el cumplimiento de él, escribió al virey de la India para que le hiciese ejecutar, y el virey con el dicho Breve y carta de Su Majestad despachó una provision para la ciudad de Macao, puerto de la China, y escala del Japon, en la forma siguiente:

«Don Duarte de Meneses, del Consejo de Estado de Su Majestad y virey de la India, etc. »A vos Domingo Montero, que ahora vais por »capitan del mar de la China y del viaje del Ja»pon, y á todos los demás que adelante fueren, »os hago saber, que teniendo Su Majestad infor»macion del grande fruto que los Padres de la »Compañía hacen en Japon, así en la conver»sion de los gentiles como en doctrinar y ense»ñar á los cristianos, y sabiendo que los dichos »Padres son ahora muchos, y tienen hechas di»versas casas y colegios y seminarios, con más »de 200 iglesias en diversos reinos, deseando »que la obra de la conversion del Japon vaya »siempre adelante, y que los dichos Padres sean »ayudados y en ninguna manera impedidos del »mucho servicio que hacen á nuestro Señor, y »teniendo respeto que en una cristiandad tan »nueva y tan apartada de toda la comunicacion »y de toda la demás gente cristiana, como lo es »esta del Japon, y ser ellos de costumbres y ca»lidades tan diferentes y contrarias á nuestros »modos y costumbres de Europa; y que una de »las cosas por las cuales se mueven los japones »á ser cristianos y entender que sus leyes son »falsas, es ver la uniformidad de la doctrina y »modo de proceder de los dichos Padres, y por »lo contrario la diferencia que hay de sectas en»tre sus bonzos. E así mismo teniendo respeto á »ser aquella cristiandad tan nueva, y la gentili»dad tan libre y poco acostumbrada á la obe»diencia de los preceptos divinos ni humanos, »y por eso ser necesaria mucha prudencia y mu«cha experiencia, y mucho tiento en publicar »nuestra sagrada doctrina, y obligarlos á los »preceptos positivos de la santa Iglesia, y así »mismo es necesaria mucha uniformidad en las »opiniones y decisiones de los casos, y en la pu»blicacion de diversos preceptos, y en las dis»pensaciones que se han de conceder y negar, »de manera que nuestra santa ley no se haga »demasiadamente pesada á aquella gente tan »nueva y tan tierna, ni haya diversidad en el »modo de proceder y determinar las dichas co»sas, porque habiéndola, seria lo primero cau»sa de grande impedimento y obstáculo para »convertirse los gentiles, y lo segundo causaria »mucha division, desórdenes, escándalo y cis»ma en aquella nueva cristiandad. E teniendo

»Su Majestad tratado con Su Santidad del modo »que se ha de tener para remedio de esto, y »para que no se sigan semejantes desórdenes y »se pueda impedir el grande fruto que se va ha»ciendo en Japon, determinó por consejo y pa»recer de Su Santidad para que esto tenga efec»to, que por ahora no fuesen á Japon clérigos »seculares ni otros religiosos de ninguna Órden, »para que de esta manera se gobernase aquella »cristiandad sólamente por los Padres de la »Compañía que abrieron puerta á la conversion »del Japon, de que tanto se sirve allí nuestro Se»ñor, para que siendo por ellos guiada, haya en »todo esta uniformidad tan necesaria para aque»lla nueva iglesia, y no se vean diversos hábi»tos y diverso modo de proceder en diversas »opiniones, así en la determinacion de los ca»sos é dispensaciones que se han de conceder »como en publicar la doctrina, y obligar á la »guarda de los preceptos positivos y humanos, »la cual uniformidad de ninguna manera se »puede guardar yendo allá clérigos ó religiosos »de otras religiones, porque cada uno querrá »proceder conforme á su parecer y con la dis»tincion y diferencia de los hábitos, opiniones y »modo de proceder en las dichas cosas habria »entre unos religiosos y otros diferencias y con»tenciones, y se causarian divisiones, cismás, es»cándalos muy grandes en aquella iglesia tan »nueva, con mucho detrimento del grande fruto »que en ella se va haciendo, y con mucho impe»dimento de la conversion. Por lo cual Su Ma»jestad me ordena que ponga remedio en todo »esto, prohibiendo que en ninguna manera va»yan á Japon otros clérigos ni religiosos, sino »los Padres de la Compañía, parecióme haceros »saber todo esto, mandándoos que así lo hagais »saber al Obispo de la China y á todas las demás »religiones que estuvieren en Macao, y que en »ninguna manera los dejeis ir á Japon, ni en vues»tros navíos ni en otros algunos que de ahí ó »de otras partes fueren á Japon; y si caso fuere »que supiéredes que algunos de ellos hayan ido »á Japon, los mandeis tornar para Macao, por »ser esto órden y voluntad de Su Majestad, y »mandároslo yo así en su nombre. Notifícoslo á »vos así y á los demás capitanes que adelante »fueren, y al oidor, y las demás justicias, y oficia»les y personas á quien pertenece, para que en»teramente lo cumplais é hagais cumplir y guar»dar, como en esta se contiene, sin duda ni em»bargo alguno que á ello se ponga; y esta val»drá como carta concedida en nombre de Su »Majestad, y sellada con su sello pendiente, sin »embargo de la ordenacion del segundo libro, »título 20, que dispone lo contrario. En Goa »á 12 de Abril de 1586.—*Don Duarte de Me»neses.*»

Fuera de esta provision escribió el mismo virey otra carta al Obispo de la China, cuyo traslado es este:

«Señor: Este año envió aquí Su Santidad un »Breve, en que por justas razones mandaba, so »graves penas, que ningun religioso ni clérigo »fuese al Japon, sino sólamente los Padres de la »Compañía, y porque Su Majestad por las mis»mas razones tiene ordenado lo mismo, enco»miendo á V. S. que habiendo alguno que pre»tenda hacer contra él órden que en esto se ha »dado, V. S. por el órden que en el dicho Breve »se contiene, los apremie y obligue á que no pa»sen de ninguna manera al Japon por ser esta la »voluntad así de Su Santidad como de Su Ma»jestad. Nuestro Señor guarde la reverendísima »persona de V. S. y acreciente su estado. De »Goa á 2 de Mayo de 1586.—*Don Duarte de »Meneses.*»

Por los dichos Breves de los Sumos Pontífices Gregorio XIII y Clemente VIII, y por las cartas y provisiones del virey de la India en nombre de Su Majestad, consta haber sido este su parecer y voluntad, después de haber visto y considerado las razones que para ello habia y no persuasion de los Padres de la Compañía, como en los tratados de que haremos mencion se dice.

CAPÍTULO IV

En que se responde á la primera cosa que se opone á los de la Compañía, y se declara la calidad de los caballeros japones que fueron á Roma.

El primer punto de los que se han propuesto contra los de la Compañía, toca á la calidad de los caballeros japones que fueron enviados á Roma á dar la obediencia al Papa Gregorio XIII, acerca de lo cual se dicen en el tratado estas palabras formales:

* «Los años pasados enviaron al Papa cuatro »muchachuelos con título de príncipes del Ja»pon á dar la obediencia al Papa, y acá dijeron »que el Papa los habia armado caballeros y he»cho príncipes, y así los trujeron con título de »serenísimos príncipes, hechos tales del Papa, »los cuales ahora son hermanos de la Compa»ñía, que si no se hubieran acogido á la Iglesia, »anduvieran pidiendo limosna; uno de ellos era »sobrino del rey de Bungo, los demás eran hi»jos de gente pobre que los habian dado á los »Padres para que los criasen en la Iglesia, y nin»guno tenia que ver con los reyes del Japon »sino que los Padres debian pretender de hacer-

»los reyes de algunos de estos reinos que están »ocupados de tiranos y no tienen legítimo rey.»

Y en otra parte del mismo tratado, dice:

* «Y sabido quienes son estos serenísimos »príncipes son unos pobres mozos hijos de gente »comun, que no tuvieran para comer ahora un »poco de arroz sino se hubieran acogido á sa»grado, tomando el hábito de Teatinos; sólo uno »de ellos era sobrino del rey de Bungo, mas ni »él ni ninguno de ellos era rey ni príncipe, ni »tenian que ver con los reyes del Japon »

Esto es lo que en aquel tratado se dice de la calidad de estos caballeros, y por lo ménos el autor confiesa que el uno de ellos era sobrino del rey de Bungo; pero aun esto mismo no lo averiguó bien, porque D. Mancio no era sobrino del rey de Bungo, sino primo hermano del rey de Fiunga, que entónces reinaba. Y queriendo enviar el rey Francisco de Bungo con esta embajada á D. Jerónimo su sobrino y hermano del rey de Fiunga, y primo de D. Mancio, no pudo hacerlo por estar el D. Jerónimo en las partes del Meaco, y así envió á D. Mancio en su lugar y por su embajador. El segundo, que se decia D. Miguel, era primo hermano del rey de Arima, D. Protasio, y sobrino del rey de Omura, D. Bartolomé, y estos dos fueron con título de embajadores.

Los otros dos que los acompañaban, el uno se decia D. Martin, y este caballero tenia una hermana casada con el hermano del rey de Omura, y otro hermano señor de una fortaleza de las mejores que hay en aquel reino, con muchos criados y vasallos, y es de los parientes más principales que tiene el rey de Omura. El último se decia D. Julian, que tambien era hijo de otro caballero que era señor de otra fortaleza que está en los confines de las tierras de Firando y Omura. Por lo cual se ve que estos caballeros ni eran gente tan ordinaria ni tan pobre como en aquel tratado se dice, sino muy principales en su calidad y nobleza. Y los dos que hacian oficio de embajadores eran deudos tan cercanos como se ha dicho de los reyes que los enviaron, y por serlo Su Santidad Sixto V, los armó caballeros é hizo el favor y merced que en el lib. IX de esta historia queda dicho, y á su ejemplo todos los demás príncipes cristianos, así eclesiásticos como seglares.

Y que sea verdad lo que se ha dicho, de la calidad de estos caballeros pruébase lo primero con el libro que se imprimió en el puerto de Macao el año de 1590, que se intitula: *De missione legatorum japonensium*, que aunque le compuso el P. Duarte de Sande, de la Compañía; pero como él mismo dice en el prólogo, le hizo para que le leyesen en Japon los hermanos naturales de aquella tierra, y los estudiantes que estaban en el seminario, y necesariamente habian de venir á manos de otros japones; y si lo que en él se escribia no fuera verdad cierta y averiguada, pudiéranle fácilmente coger en mentira, habiendo tantos testigos de vista contrario, pues en este libro, que va por modo de diálogos, se dice muy en particular la calidad de estos caballeros, así en el prólogo de él como en el primer diálogo y en otras diversas partes del mismo libro, en la forma que se ha declarado.

Confírmase lo segundo con las cartas que los mismos reyes del Japon escribieron á Su Santidad, cuyos traslados quedan puestos en el lib. IX de esta historia, capítulos XIII, XXVII y XXVIII del lib. XI, en las cuales el rey de Bungo dice que D. Mancio es primo de D. Jerónimo su sobrino, y los reyes de Arima y Omura confiesan á D. Miguel por primo del uno y sobrino del otro. Pruébase lo tercero esto mismo, porque no tienen los reyes del Japon en tan poco el punto de su honra que enviaran por sus embajadores para una cosa que habia de ser tan pública en Europa y en su misma tierra á personas que no fueran de mucha calidad y muy deudos suyos.

Lo cuarto y último, se puede añadir en confirmacion de esto, que no se puede ni debe creer con razon de personas religiosas y de entendimiento que habian de querer engañar á Su Santidad y á la Majestad del rey Felipe II, haciéndoles creer que venian por embajadores de aquellos reinos personas de tanta calidad y deudos suyos, siendo unos mozos pobres y de gente comun y ordinaria, pues al fin se habia de entender la verdad, y los Padres de la Compañía habian de quedar por mentirosos y gente que engañaban al mundo, especialmente que ellos mismos habian escrito á Su Santidad y á Su Majestad la calidad de cada uno de estos caballeros; y así era muy mayor su culpa sino fuera verdad y cosa averiguada lo que escribian, y porque este punto pienso que queda llano, pasemos al segundo.

CAPÍTULO V

En el cual se responde al segundo punto de que fueron estos caballeros enviados á Roma para sacar el Breve del Papa Gregorio XIII.

El segundo punto principal es que los Padres de la Compañía enviaron á Roma estos caballeros, para con esta ocasion sacar el Breve que

dió el Papa Gregorio XIII, y las palabras del tratado en este punto son las siguientes:

* «Entre tanto los Padres de la Compañía determinaron en enviar á Roma un Padre para estorbar á las demás religiones la ida del Japon, llevando consigo para esto los serenísimos príncipes del Japon á dar la obediencia al Papa, y como Gregorio era tan devoto suyo, y por otra parte llevándole tan buen recaudo al parecer, como es la obediencia de los reinos del Japon y de sus príncipes, el Vicario de Cristo concedió con todo lo que ellos quisieron.»

Y en otra parte del mismo tratado dando las causas de sacar este Breve los de la Compañía, dice así:

* «La causa que movió á estos Padres á procurar este Breve, entre otras entendemos que fué porque hará trece ó catorce años, poco más ó ménos, que dos frailes de San Francisco habiendo arribado á Japon vinieron á Nangasaqui y Firando, que son puertos de mar, á donde como los vieron los cristianos naturales, pobres, remendados y de la manera que los habian predicado andaba Cristo nuestro Señor y sus apóstoles, era tanta la devocion que les tomaron los naturales que besaban el suelo que ellos pisaban, y les tomaban pedazos del hábito por devocion. Los frailes como veian gente tan devota y aparejada, trataron con los Padres de la Compañía que ellos vendrian á Manila y tratarian con su Provincial que enviase frailes á Japon, pues era gente tan devota, y estuvieron con ellos hasta que llegó el tiempo del viaje, que serian seis ó siete meses; y un Tono principal del Japon y señor de Firando, les prometió que si trujesen frailes que les daria sitio para el convento; los frailes le dieron buenas esperanzas, diciendo que holgaban mucho de ello.

»Cuando vinieron á Manila, el Provincial viéndose falto de frailes no pudo acudir á ello. »Entre tanto los Padres de la Compañía determinaron de enviar á Roma un Padre para estorbar á las demás religiones la ida del Japon, llevando consigo para esto los serenísimos príncipes del Japon á dar la obediencia al Padre; y como Gregorio era tan devoto suyo, y por otra parte llevándole tan buen recaudo al parecer, como es la obediencia de los reinos del Japon y de sus príncipes, el Vicario de Cristo concedió con todo lo que ellos quisieron.»

De estas palabras referidas á la letra del mismo tratado se coligen dos cosas. La una es, que por haber ido estos religiosos á Japon y mostrado deseo de quedar allá, tomaron ocasion los Padres de la Compañía para enviar á pedir el Breve. La segunda, que para esto mismo tomaron por medio llevar á Roma por embajadores á los príncipes del Japon, y con eso les concedió el Papa todo lo que quisieron.

Cuanto á lo primero quiero referir lo que pasó acerca de la ida de estos religiosos á Japon. El año de 1584 un portugués de Macao que se decia Bartolomé Vazlandero, habia ido el año antes con su navío de Macao á las Filipinas; llevando en él sus mercadurías y quedándose él allá, envió con el dicho navío un sobrino suyo á la ciudad de Macao, donde era su morada y habitacion ordinaria. En este navío se embarcaron dos religiosos sacerdotes de la Órden de San Agustin, que el uno de ellos se decia Fray Manrique, y otros dos de San Francisco, legos, que eran Fr. Juan Pobre y su compañero, que todos iban á Macao, y pasando el navío por el altura del Japon, dándole un recio temporal los llevó á Japon y arribaron al puerto de Firando, donde estaban dos Padres de la Compañía, los cuales recibieron á los dichos religiosos en su casa, hospedándolos en ella y tratándolos con toda caridad todo el tiempo que estuvieron en Japon esperando para volver á Macao; y porque en este tiempo los Padres de la Compañía procurando acariciarlos y servirlos y honrarlos con la gente de la tierra, decian mucho bien de ellos á los cristianos, como era razon, ellos, como son devotos y tienen por costumbre, aun siendo gentiles, tratar con mucho respeto á los religiosos, mostraban tambien á estos Padres mucha devocion y reverencia.

En el tiempo que se detuvieron en aquel puerto el P. Fr. Manrique con su compañero, pidieron para sí y para los religiosos de San Francisco al señor de Firando que les diese lugar en sus tierras, ofreciéndole que acudirian allí los españoles de las Filipinas y seria el comercio de ellos en su puerto. El rey de Firando, como hombre que siempre llevó cuenta con su interés, respondió que si viniesen los castellanos con sus navíos á aquel puerto, daria á los religiosos de San Agustin y San Francisco lugar para estar allí; lo cual más hacia por su interés que no por la devocion que tiene á los religiosos, porque es de una secta que no cree que hay otra vida más que esta, y siempre ha sido enemigo y perseguidor de los cristianos, como se ha visto en diversos lugares de esta historia.

Y esto es lo que pasó acerca de la venida de los Padres religiosos á Japon; pero que los Padres de la Compañía tomasen de aquí ocasion para pedir á Su Santidad el Breve, claramente se verá no ser así, porque los dichos Padres llegaron á Firando el mes de Agosto del año 1584, y el Breve se despachó en Roma á los 28 de

Enero de 1585, como consta de su misma data; pues ¿cómo era posible que en este tiempo intermedio, que serán como seis meses, fuese ningun Padre desde Japon á Roma y sacase el Breve, siendo la navegacion del Japon á Portugal por la India Oriental, que cuando sucede bien, se tardan dos años ó año y medio, y otras veces tres, y los caballeros japoneses tardaron más de tres desde que partieron del Japon hasta que entraron en Roma? Confírmase esto, porque en las palabras del tratado se dice que después de partidos los dichos religiosos del Japon para Manila, los Padres de la Compañía enviaron á Roma un Padre con los caballeros japoneses para sacar el Breve. Y en otra parte se dice, que estos mismos religiosos se detuvieron en Japon con los Padres de la Compañía, y en su misma casa seis meses. Luego conforme á esta cuenta, cuando los religiosos partian de Firando para Manila, estaba Su Santidad en Roma expidiendo el dicho Breve, pues desde que llegaron los religiosos á Japon, y el Breve se concedió en Roma, no hay más tiempo que los seis meses, como queda dicho.

Cuanto á lo segundo, que se dice haber tomado los de la Compañía por medio para alcanzarle la ida de los caballeros japones, y que con esa ocasion Su Santidad les concedió todo lo que quisieron, tiene ménos fundamento que lo primero, porque los religiosos de San Francisco y de San Agustin llegaron á Japon, como dicho es, el mes de Agosto de 1584, y los caballeros japones partieron de Nangasaqui para Europa en el mes de Febrero de 1582, como consta del lib. IX de esta historia, cap. I, y en el *De missione legatorum japonensium*, diálogo 2.º; luego no pudo ser la ida de estos religiosos ocasion para enviar á Roma á los caballeros japones, pues habia más de año y medio que eran partidos del Japon cuando llegaron á Firando los dichos religiosos. Lo segundo, tampoco se pudo sacar el Breve á su peticion, porque se expidió á los 28 de Enero de 1585, y ellos llegaron á Roma á los 28 de Marzo del mismo año, que son dos meses después, como se dice en el lib. IX alegado, cap. II, y en el *De missione legatorum*, diálogo 21. De todo lo cual se colige, que ni Su Santidad dió el Breve á peticion de estos caballeros, ni fué esa la causa ni ocasion de su ida á Roma, ni los Padres de la Compañía la tomaron de la ida de los religiosos al Japon para enviar á Roma por el dicho Breve.

CAPÍTULO VI

En que se responde al tercero punto, del grande daño que hicieron los Padres á la Iglesia y cristiandad del Japon con este Breve, privándole de prelados y religiosos.

La tercera cosa principal de que se hace cargo á los Padres de la Compañía, es del grande daño que hicieron á la Iglesia y cristiandad del Japon, procurando este Breve, privándola de los prelados y religiosos que habían de acudir allá, y el discurso con que esto se prueba y sus palabras formales son estas:

* «Para dar relacion de las cosas del Japon, »es necesario presuponer primero que en la Igle»sia de Dios es necesario que haya diversos es»tados y religiones, porque como dice San Pa»blo, la Iglesia militante es un cuerpo perfecto, »cuya cabeza es Cristo, y los miembros son los »estados diferentes que hay en ella. De donde »como el cuerpo humano y natural tiene diver»sos miembros de diversas calidades y tempe»ramentos para diversos efectos, así este cuerpo »místico de la Iglesia ha de tener estados y re»ligiones diferentes, que son miembros suyos »(I. Cor. XII). *Sicut enim corpus unum est, et »membra habet multa, omnia autem membra corpo»ris, cum sint multa, unum tamen corpus sunt, »ita, et Christus, nam corpus non est unum mem»brum, sed multa.* No todos los miembros del »cuerpo han de ser ojos, ni todos piés, ni todos »manos, antes los ojos han de ser diferentes de »las manos, y las manos de los piés, y así en este »cuerpo místico, no todos han de ser casados, ni »todos religiosos, ni todos Obispos, y de los re»ligiosos no todos han de ser Dominicos, ni to»dos Franciscanos, ni todos Agustinos, ni todos »Teatinos.»

Y más adelante añade lo siguiente:

* «Esto, que es propio de la Iglesia universal, »es tambien comun en su manera á las iglesias »particulares, como la Iglesia de España, de »Portugal y de Italia, porque cualquiera de es»tas iglesias ha de tener suficiencia para que »junta con su cabeza el santo Pontífice Vicario »de Cristo, pueda hacer un cuerpo perfecto y »entero de todas sus partes y miembros, de ma»nera que cualquiera de ellas, aunque faltasen »las otras, pudiese hacer Iglesia universal, como »faltando la iglesia de Oriente, la de Occidente »quede cuerpo entero y perfecta Iglesia univer»sal, y en estos tiempos de la iglesia occidental »faltando Alemania y Francia, Inglaterra; la de »España é Italia hizo Iglesia universal, y aun-

»que faltasen *(quod Deus avertat)* las demás, »sola la de España, con el Vicario de Cristo, »haria Iglesia universal.»

Por donde es necesario que en la Iglesia de España y en cualquiera otra haya todos los estados para que quede cuerpo perfecto y entero en todos sus miembros, y así es necesario haya Arzobispos, Patriarcas, Obispos, Universidades, clérigos y religiosos de diversas órdenes, porque si faltasen algunos miembros y partes, algunos estados ó religiones, no quedaba cuerpo perfecto.

De este discurso infiere lo siguiente:

* «De lo dicho se sigue que en la iglesia del Japon y China es necesario haya diversos estados y se planten con religiones de diversas órdenes, como las demás iglesias particulares que se han plantado en otras provincias y reinos, porque de esta manera, juntamente con la cabeza, que es el Vicario de Cristo, pueda hacer cuerpo perfecto y acabado con todos sus miembros.»

Y tratando de los inconvenientes que se siguieron del Breve, infiere otra conclusion de esta manera:

* «Y así quieren quitar de esta iglesia del Ja»pon la jerarquía eclesiástica que San Dionisio, »discípulo de San Pablo, pone en la Iglesia mili»tante de los grados superiores é inferiores, qui»tando Arzobispos y Obispos, con que la in»fluencia que tiene de la cabeza, que es Cristo, »á los demás miembros hubiese de venir *per* »*saltum*, y no por su órden.»

Y un poco más abajo añade:

* «Y como el Obispo es cabeza de la iglesia »particular, como el Papa de la Iglesia univer»sal, y esposo de ella, quitar Obispo de esta igle»sia nueva no es otra cosa sino quitar al cuer»po la cabeza y dejarle tronco, y á una donce»lla tierna quitarle el esposo y dejarla sola y »desamparada y sin arrimo entre infames y »gente perdida, con grande peligro de perder »su honra.» * Hasta aquí es lo que en el tratado se dice tocante á este punto.

Todo lo que el autor dice en este largo discurso, podremos reducir á un silogismo, cuyas premisas y conclusiones habremos de examinar, y la mayor de este argumento sea esta.

A la perfeccion de la Iglesia universal conviene que haya en ella diversos estados y religiones, conforme á la doctrina de San Pablo, porque es un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo.

La menor, esto que es propio de la Iglesia universal, es tambien comun en su modo á las iglesias particulares, porque cualquiera de ellas ha de tener suficiencia con su cabeza, para ser Iglesia universal.

La conclusion primera de este silogismo es ser necesario que en la Iglesia de España y en cualquiera otra haya todos los estados para que quede cuerpo perfecto, con todos sus miembros enteros.

La segunda conclusion: De lo dicho se sigue, que en las iglesias del Japon y China es necesario haya diversos estados, y se planten con religiones de diversas órdenes, como las demás iglesias particulares se han plantado.

La tercera y última conclusion: Y así quieren quitar (con este Breve) de la iglesia del Japon la jerarquía eclesiástica que San Dionisio y San Pablo ponen en la Iglesia militante.

Pero vamos examinando las partes de este discurso, y comencemos por la proposicion mayor tomada de la autoridad de San Pablo (1. Cor. XII) en la cual si bien se entiende pretende mostrar el Apóstol en la semejanza del cuerpo humano la union y caridad que ha de haber entre los miembros de la Iglesia (que es cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo) y que por la diversidad de las gracias y ministerios y operaciones diferentes que comunica á los miembros de esta Iglesia, ni debe nacer entre ellos envidia ni soberbia, ni otra cosa que los divida y aparte unos de otros, pues todas ellas son comunicadas de un mismo espíritu; y este es el intento principal del Apóstol en aquel lugar, y prúebalo; porque así como los miembros del cuerpo natural, con tener diversas operaciones y ministerios no se levantan unos contra otros, antes comunican y participan con la grande union que tienen el bien y el mal que padecen, así tambien lo debe ser entre los miembros de la Iglesia.

De donde se sigue, que no pone el Apóstol la perfeccion sustancial y esencial de la Iglesia en la diversidad de los ministros, sino en la union de los miembros de este cuerpo místico, entre sí y con su cabeza, por fe y caridad, junto con la variedad de las gracias, ministerios y operaciones que el Espíritu Santo comunica á la misma Iglesia; y todo esto no pende de la variedad de los ministros, porque ahora sean unos, ahora sean otros, ó sean religiosos ó clérigos, como haya esta union de los miembros entre sí y con su cabeza con la comunicacion de varios dones y gracias, de las cuales habla San Pablo, la Iglesia es entera y perfecta, aunque no hubiese en el mundo esta variedad de religiones, como lo era en la Iglesia primitiva cuando aún no habia religiones en ella; y con todo esto es verdad que son las religiones grande ornamento, hermosura y provecho de la Iglesia, pero esta perfeccion es accidental y no sustancial; y así, las

religiones diversas no son miembros de tal manera necesarios para la perfeccion de este cuerpo místico, como lo es la diversidad de los miembros sustanciales, de los cuales habla San Pablo, ni como la variedad de los miembros en el cuerpo natural, que estos como son partes sustanciales del mismo cuerpo, faltando alguno de ellos quedaria imperfecto, lo cual no se sigue en la Iglesia faltando alguna religion en ella, porque eso pertenece á la perfeccion accidental del cuerpo místico y no á la sustancial.

Y esto baste para la declaracion de la proposicion mayor, y pasemos á la menor de este silogismo, que lo que es propio de la Iglesia universal, en su modo es comun á todas las iglesias particulares, para que quede cuerpo perfecto con todos sus miembros. Pero de lo dicho en la mayor se responde á la menor, que así como la perfeccion esencial y sustancial (de que habla San Pablo) de la Iglesia universal no consiste en la diversidad de los ministros y religiones, sino en la union de estos miembros místicos entre sí y con su cabeza, tampoco será necesario para la tal perfeccion esencial y sustancial de las iglesias particulares de España, Italia, etc., aunque sean las religiones mucho ornamento, hermosura y provecho de esas mismas iglesias; porque si el argumento tuviese alguna fuerza, concluiria con esa razon, que en cualquiera iglesia particular de cada ciudad y villa habia de haber Arzobispos y Patriarcas y todas las religiones, porque conforme á este argumento, todo eso es necesario para que haya Iglesia universal, y la fe se puede perder no sólo en las demás partes de Italia y Francia, sino en España, quedando solamente una iglesia particular en alguna ciudad ó villa; y por consiguiente, habia de haber allí todos estos miembros para que fuese Iglesia universal. Fuera de que en buena lógica no se sigue bien que lo que es necesario para la perfeccion del todo, sea tambien necesario para cualquiera de sus partes, y así tampoco se ha de hallar en cada iglesia particular lo que en toda la universal.

Añado á esta razon, que aunque sea mejor absolutamente hallarse todo en cada iglesia particular no es conforme á la prudencia quererlo todo junto, porque aunque la prudencia especulativa diga esto, pero el dictámen práctico de ella (que no mira lo que es absolutamente mejor) sino lo que es tal, *hic et nunc*, con todas sus circunstancias dice y juzga lo contrario; porque está claro que no se puede hacer en los principios todo lo que es necesario para reducir una cosa á su perfeccion, como lo muestran todas las obras de naturaleza que proceden de lo imperfecto á lo más perfecto. Y esto mismo enseñó el Espíritu Santo en aquel primer Concilio de los Apóstoles, donde deseando ellos enseñar toda la perfeccion cristiana á los creyentes, entendiendo que no eran capaces de ella por entónces, hicieron aquel decreto: *Visum est Spiritui Sancto et nobis nihil ultra imponere vobis oneris quam haec necessaria*, etc. Y lo mismo hizo el Apóstol S. Pablo cuando dice á los de Corinto (I. Cor. III): *Non potui vobis loqui quasi spiritualibus, sed quasi carnalibus tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi non escam; nondum enim poteratis, sed nec nunc quidem potestis.* Tratéos como á niños (dice el Apóstol) y así no me atreví á daros pan con corteza, sino un poco de leche, porque no teníades disposicion para más que eso.»

De manera que este sabio arquitecto enseñado con el espíritu del cielo, da la forma de cómo se ha de perfeccionar la Iglesia, y dice que no se ha de hacer todo en el principio ni todo en un tiempo, aunque el saberlo todo sea más perfecto, sino que se han de acomodar á la capacidad de la gente; porque de otra manera queriéndolos obligar desde luego á lo que es más perfecto, los harán desmayar y caer en tierra oprimidos con el peso de la carga; y así dice el mismo Apóstol (I. Cor. III): *Secundum gratiam Dei quae data est mihi ut sapiens architectus fundamentum posui, alius autem superaedificat, unusquisque autem videat quomodo superaedificet;* y á la verdad, así lo hacen los buenos arquitectos, porque aunque en su entendimiento tengan toda la traza muy buena y acabada de la iglesia ó palacio que quieren hacer, pero no hacen toda la obra junta; y así, en una cristiandad é iglesia que de nuevo se planta, la traza que se debe tener en ella es hacerla muy acabada y perfecta, y que á su tiempo tenga Arzobispos, Patriarcas, Obispos, Universidades, sacerdotes y diversas religiones; mas esto no se puede hacer todo al principio ni conviene que se haga en un mismo tiempo, sino acomodándose á la disposicion de la gente; y lo que se ha de procurar conforme á la doctrina del Apóstol, es echar buen fundamento enseñando las verdades de nuestra santa fe, y comenzar á darles primero leche que pan duro, para que poco á poco puedan irlos perfeccionando con el tiempo; y esto es lo que deseó la Santidad de Gregorio XIII que se hiciese en Japon, ordenando con aquel Breve que por entónces no pasasen Obispos, ni clérigos ni otras religiones allá, porque con el concurso de tantos entre gente tan nueva, no se causase con el demasiado fervor y celo algun escándalo, division ó cisma.

De lo dicho se responde á las dos primeras conclusiones que el autor infiere de estas premi-

sas, porque aunque la diversidad de religiones, como dicho es, sean de tanto provecho para la iglesia del Japon, como lo son en cualquiera otra parte; pero no es perfeccion tan sustancial y necesaria que no pueda pasar sin ella, y más á los principios y siendo tan nueva. A la tercera conclusion se responde tambien que Su Santidad y su Majestad son los que han prohibido y mandado que no pasen prelados ni religiosos de otras órdenes á Japon, hasta que á ellos les parezca ser conveniente otra cosa; y así cuando á Su Santidad y á Su Majestad les pareció que hubiese Obispos en Japon, los nombraron y eligieron desde el año de 1586, como queda dicho en el libro IX de esta historia. Y cuando juzgaren que es razon y coyuntura y que conviene para el bien de aquella iglesia y cristiandad que vayan tambien otras religiones y sacerdotes, los enviarán. Pero hasta ahora no lo han tenido por conveniente sino por dañoso y peligroso, como parece por el Breve y por la provision de Su Majestad; y esto no es quitar la jerarquía eclesiástica en Japon, sino irla poniendo y fundando como conviene.

Ni á la Compañía se le puede ni debe hacer cargo de esto, porque si el proponer los inconvenientes que se les representaban fué alguna culpa, será ponerla muy mayor en Su Santidad y en Su Majestad, porque siendo con tanto daño y perjuicio de toda aquella cristiandad, como el autor dice, aunque los Padres lo pidieran y suplicaran no lo podian ni debian hacer. Y el juzgar de Superiores tan supremos y que con tanta cristiandad, discrecion, cordura y consejo determinaban sus cosas, que erraron tan gravemente en un negocio de tanta importancia, bien se ve cuán contrario es á la humildad, respeto y reverencia que los súbditos deben á sus prelados y señores.

CAPÍTULO VII

En que se responde al cuarto punto de otro daño que dicen hicieron los Padres de la Compañía con este Breve á toda aquella cristiandad.

Otro daño muy grande se dice en aquel tratado que hicieron los Padres de la Compañía á toda aquella cristiandad con el dicho Breve, que fué privarla de muchos y buenos ministros y darla otros que no eran tales. Sus palabras son estas:

* «Tambien, como ellos son pocos, hay mi»nistros de ellos que tienen 60 pueblos á cargo, »y otros 40, y otros 80, por do ellos no pueden »acudir á sus pueblos, y así se están de ordinario »en los pueblos principales; y por otra parte han »sacado letras del Papa para que no vayan otros »ministros; son forzados á admitir los neófitos »naturales para predicar, y catequizar y bautizar. »Todo lo cual, segun los Sacros Cánones, está »cometido á los sacerdotes por razon del órden »y dignidad sacerdotal. Y es cosa maravillosa »que hallen y tengan estos Padres por incapaces »para esta conversion á tantos religiosos de las »demás órdenes mendicantes, conocidos en reli»gion, santidad, letras y virtud, como los hay en »España, y hallen capaces para ello á estos neófi»tos recien convertidos y poco instruidos y ar»raigados en la fe, de ellos casados, de ellos sol»teros que los conocian los naturales, envueltos »en los mismos vicios en que están ellos mismos, »y plega á Dios no lo estén algunos cuando ha»cen estos ministerios; de donde se sigan nece»sariamente el poco respeto que los naturales »pueden cobrar á la palabra de Dios, á los Sa»cramentos y á todas las otras cosas que se les »administran por estos neófitos.»

Dejando á parte lo que en las palabras referidas se dice de que los de la Compañía tienen por insuficientes para esta conversion á las demás religiones, porque este punto se toca en otro lugar y responderé á él de propósito, sólo quiero satisfacer en este capítulo á dos cosas. La primera, que los Padres de la Compañía son tan pocos que unos tienen 70 lugares á su cargo, y otros 40, y otros 80, y que por no poder visitarlos se están de ordinario en los pueblos principales. La segunda, que por esta misma causa se ayudan de los neófitos para estos ministerios, siendo gente de tan poca suficiencia y virtud.

Cuanto á lo primero, digo que aunque es verdad que los Padres de la Compañía tienen en Japon sobre sus hombros muy grande carga, todavía ni son tan pocos ni tan descuidados que no den recaudo á lo que tienen á su cargo. Porque de ordinario hay más de 130 religiosos, y donde ellos pueden estar y residir tienen repartidos los pueblos entre los mismos Padres, de manera que no hay ninguno de ellos que llegue á tener aún 15 pueblos en distrito de tres ó cuatro leguas de camino, y en cada pueblo de estos hay siempre alguno ó algunos cristianos de buen ejemplo que sirven á la misma Iglesia, y tienen cuidado de enseñar la doctrina cristiana cada dia, y de acudir á los enfermos y hacer saber á los Padres cómo están, para que los vayan á confesar, y de bautizar á las criaturas que tienen peligro y no pueden esperar á que vaya el Padre. Y estos tambien ayudan á bien morir y enterrar los que mueren, cuando el Padre no puede hallarse presente; y le avisan de las necesidades que ocurren en los dichos pueblos, los

cuales continuamente van visitando los Padres, y á esto los exhortan siempre los Superiores, de manera que la vida que allá tienen los Padres es una continua peregrinacion, andando de lugar en lugar ejercitando sus ministerios; y para esto cada uno de los Padres que tienen lugares á su cargo, en medio de ellos tienen una casa de residencia, y de ordinario en el lugar más principal de todo aquel reino ó señorío está el Superior de todos estos Padres en otra casa á manera de colegio, con algunos compañeros.

A estos Superiores que están por los reinos y señoríos principales, obedecen y acuden todos los demás religiosos de las residencias, y estos Superiores visitan tambien cada año todas las residencias que les son sujetas; y cada mes se juntan todos los Padres en las casas principales, á donde dan cuenta á sus Superiores de lo que hacen, y comunican con él sus dificultades y casos de conciencia, y con los demás Padres que allí se hallan. Y á todos hace el Superior ó alguno otro en su lugar una plática espiritual, exhortándolos á su aprovechamiento y al deseo de la conversion de los gentiles. Fuera de estos Superiores que son particulares en las tres partes del Japon, que son el Jimo, Bungo y Meaco, hay otros tres Superiores universales, y sobre todos ellos el Viceprovincial del Japon, que va visitando cada año á los unos y á los otros; de donde se entenderá el modo que la Compañía tiene en gobernar á sus religiosos y á los cristianos que están á su cargo en Japon, y el cuidado que con ellos tiene.

Cuanto á lo segundo, que de esta falta de obreros se ha seguido admitir los neófitos naturales, para predicar, catequizar y bautizar, siendo ellos poco instruidos, etc. Para que se vea quiénes son los neófitos de quien se ayudan los Padres para estos ministerios, primeramente se ha de advertir que en todas partes donde están de asiento los Padres no hay hombre seglar, dentro ni fuera de casa, que predique á los cristianos y catequice á los gentiles, sino son los mismos Padres, de los cuales hay muchos que lo pueden hacer muy bien por haber estudiado y deprendido la lengua con estudio formado y de propósito para ello, ó lo hacen por medio de los Hermanos japones, de los cuales hay en la Compañía casi 70 que se criaron desde niños en el seminario, aprendiendo virtud y letras; y después de ser recibidos en la Compañía, pasan sus dos años de noviciado, y estudian en el colegio lo que conforme á su capacidad han menester, y se emplean de propósito uno ó dos años en deprender lo sustancial de lo que se trata en las opiniones de sus sectas, y el modo que han de tener en confutarlas, de donde se ve cuáles sean los neófitos de quien se ayuda la Compañía para catequizar y predicar, y todo esto lo confiesa el mismo autor en el dicho tratado, hablando de estos mozos que cria la Compañía, por estas palabras:

* «Dentro de poco tiempo se les podria en»comendar el ministerio de los Sacramentos y »de las almas, recibiéndolos en las religiones y »ordenándolos, porque es gente capaz para »esto; y los Padres de la Compañía tienen licen»cia del Papa para ordenarlos y para recibirlos »á profesion, y ya tienen muchos Hermanos no»vicios y profesos, seminario y colegio de estu»diantes, y ahora que ha venido el señor Obis»po los ordenarán. Léenles Gramática y Artes, y »aun Teología les han leido, por lo ménos la »moral y casos de conciencia; de aquí se pue»den henchir las religiones de religiosos, y las »doctrinas de ministros, y todo este nuevo mun»do andando el tiempo y arraigada más la fe, se »puede henchir y proveer de ministros.»

Por estas palabras bien se entiende el cuidado que los de la Compañía tienen de enseñar desde niños á los naturales en el seminario, y después de recibidos en la Compañía, de enseñarles las ciencias necesarias; y por consiguiente, que no tienen necesidad de neófitos casados para predicar ni catequizar á los gentiles. Es verdad que en algunos lugares que están entre los gentiles en partes remotas donde no podian residir los Padres por no los consentir los señores de las tierras con la prohibicion de Taicosama, señalaban los mismos Padres algunos cristianos antiguos, hombres muy virtuosos y conocidos por tales bien doctrinados, los cuales se ayudaban de algunos libros y tenian cuidado de juntar los domingos á los cristianos y hacer su oracion, conferencias y doctrina cristiana, y bautizar los niños que estaban en necesidad; y estos tambien muchas veces catequizaban á los gentiles que iban á oirlos y se querian convertir, los cuales no quedaban desamparados después de bautizados; porque aunque los Padres no podian estar de asiento en aquellas partes, íbanlas visitando todas, haciendo para este efecto diversas misiones, como se ha dicho en diversos lugares de esta historia. Y el ayudarse los Padres de estos neófitos, no es porque los tengan por más capaces é idóneos para ello que á los religiosos de España, que son tan doctos y de tan ejemplar virtud, sino porque habiéndole parecido á Su Santidad y á Su Majestad que no convenia ir por ahora allá otras religiones, ellos se ayudan como mejor pueden (para no faltar al ministerio de las almas) de estos neófitos, que

siendo por una parte criados en virtud y con la ciencia necesaria, por serles la lengua natural, pueden hacer esto con mucha suficiencia.

CAPÍTULO VIII

En que se responde al cuarto punto, en el cual se dice que los Padres procuraron el Breve para quedarse ellos con las ofrendas de los cristianos del Japon.

La primera causa de las que se dan en el tratado para haber procurado el Breve de Gregorio XIII, fué por quedarse los de la Compañía solos con el pié de altar y ofrendas de los cristianos, lo cual se declara con estas palabras:

* «De aquí es que como los Padres tuviesen »tantos gastos, y para su sustento tuviesen nece»sidad de tan grande suma de haciendà, y si hu»biera Obispos, ministros y religiosos de otras »Órdenes habian de vivir del pié de altar, pues »servian al altar para que se quedase entre ellos »todo lo que se habia de repartir entre todos, »sacaron el *motu propio* de Gregorio para que »no vayan á Japon Obispos, Arzobispos, Pa»triarcas ó Religiosos de otras Órdenes, fuera de »los Padres de la Compañía.»

Antes de responder á este punto quiero poner primero delante la obligacion que tienen los de la Compañía acerca de la pobreza conforme á sus constituciones, para que se vea ser totalmente contrario de lo que se da por causa en este cuarto punto. Tratando nuestro P. Ignacio de la pobreza de la Compañía en el capítulo primero del *Exámen,* que es como un sumario de nuestras constituciones, dice acerca de esta materia del pié de altar estas palabras: «Ni tampoco, aunque á otros seria lícito por misas, ó predicaciones, ó lecciones ó administracion de algunos Sacramentos ú otro pio oficio alguno de los que puede ejercitar la Compañía, segun su instituto puedan aceptar estipendio alguno ó limosna cual se suele dar en recompensa de los dichos ministerios, de otro que de Dios nuestro Señor, por cuyo servicio deben hacer puramente todas las cosas.» Y en el cap. II de la sexta parte de las *Constituciones,* dice así: «Todas las personas que están á obediencia de la Compañía, se acuerden que deben dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando estipendio ni limosna alguna en recompensa de misas ó confesiones, ó predicar, ó leer, ó visitar ó cualquier otro oficio de los que puede ejercitar la Compañía segun nuestro instituto, porque así pueda con más libertad y más edificacion de los prójimos proceder en el divino servicio,» y lo mismo se repite en la décima parte de las *Constituciones,* párrafo 5.º

De todos estos lugares y otros que hay en las mismas constituciones y reglas, y por las Bulas de la confirmacion de nuestro instituto despachadas por diversos Sumos Pontífices (que por la brevedad dejo de referir aquí, porque es lo mismo que está dicho) se ve cuán estrechamente está prohibido á los de la Compañía tomar cualquiera suerte de limosnas ni de ofertas que se hagan por misas, ó enterramientos, ó administracion de Sacramentos y otros cualesquiera ministerios que ejercita la Compañía con los prójimos, conforme á su instituto. Y para que ni en estas ni en otras cosas que tocan á nuestra pobreza haya con el tiempo alguna disposicion ó relajacion, hay otra obligacion en la Compañía muy estrecha, que es el voto que hacen en particular todos los profesos de ella de nunca relajar ni alargar nada en lo que toca al voto de la pobreza, como se dice en la sexta parte de nuestras *Constituciones,* cap. II, y en la declaracion de la misma *Constitucion,* que por ser del mismo P. Ignacio tiene la misma fuerza que la constitucion. Y la santa Congregacion general en el decreto primero ordenó que ningun Superior ni el P. General pudiese dispensar en esto de recibir por nuestros ministerios cosa alguna.

De todo lo dicho se colige que si no es que los religiosos de la Compañía quieran abierta y claramente atropellar con sus contituciones, reglas y decretos, y los profesos con la obligacion de sus votos faltando con Dios y con su conciencia y con su religion, no se puede entender que hayan intentado pedir ni sacar el Breve por la causa que en este cuarto punto se dice, pues no podian hacerlo sino era rompiendo con todas estas obligaciones dichas, y por la misericordia de nuestro Señor no viven con tan poca cuenta de sus almas los que andan en Japon, ni tienen tan poca estima de su religion que se haya de creer de ellos una cosa como esta, y que pudiendo vivir en sus casas y colegios en Europa, vayan al Japon con tantos peligros de la mar y trabajos en la tierra, para sacar su comida y mantenimiento del pié de altar de los japones, y librar en él todo el remedio de sus gastos y necesidades tan á costa de sus almas y menoscabo de su religion, pudiéndolo tener por acá sin esos inconvenientes.

De este mismo punto deduce el autor una conclusion, por estas palabras:

* «Y porque quitar los Obispos y estorbar»los que no vengan á sus iglesias, ha parecido »mal á todos, por esto han alcanzado dispensa»cion de la ordenacion de su fundador, que que-

»riendo que sus hijos fuesen humildes, ordenó »que ninguno de su religion fuese Obispo, y así »han hecho dos, y no sé si tres Obispos de una »vez de su Orden para Japon, para que en fal»tando el uno, suceda el otro en el obispado.»

A este punto sólo quiero responder, con poner á la letra lo que acerca de esto disponen nuestras constituciones y el modo cómo han sido las elecciones de los Obispos de la Compañía, para que se entienda que el autor de este tratado, ni habia visto lo uno, ni estaba bien informado de lo otro. En la nona parte de nuestras *Constituciones*, cap. III, se dicen estas palabras, tratando de la autoridad y potestad del General de la Compañía; que sin su licencia y aprobacion ninguno pueda admitir dignidad ninguna fuera de la Compañía, ni él dará licencia, ni lo aprobará si la obediencia de la Sede Apostólica no le compele. Y en la décima parte, párrafo 10, añade, obligando á los profesos á que hagan voto particular de no procurar dignidad alguna fuera de la Compañía, estas palabras:

«Así mismo ofrezcan á Dios nuestro Señor »de no pretender fuera de la Compañía prela»cion ó dignidad alguna, ni consentir á la elec»cion de su persona para semejante cargo cuan»to es á ellos, si no fuese forzados por obedien»cia de quien puede mandarles, so pena de pe»cado; y conforme á esta constitucion, hacen to»dos los profesos de la Compañía voto particu»lar por estas palabras: «Prometo de nunca pro»curar ni pretender fuera de la Compañía pre»lacion alguna, ni dignidad, ni consentir en mi »eleccion cuanto en mí fuere, sino es compelido »con la obediencia de quien me puede mandar, »so pena de pecado.»

Esta es á la letra la constitucion que tienen los de la Compañía, y el voto particular que hacen los profesos de ella.

Veamos ahora si los que han sido elegidos para semejantes dignidades han procurado dispensacion del Papa para tenerlas, ó las han recibido por obediencia de Su Santidad y de su General. Los primeros prelados que hubo de la Compañía, fueron el Patriarca de Etiopía el P. Juan Nuñez, y los que le sucedieron, el P. Andrés de Oviedo y el P. Melchor Carnero; los cuales, quien leyere la *Historia del P. Mateo de las cosas de la India*, lib. XVI, y en la *Vida del P. Maestro Ignacio*, compuesta por el P. Pedro de Rivadeneira, lib. IV, cap. XIII, echará de ver si fueron elegidos por su voluntad ó por pura obediencia y mandato de Su Santidad. Pues vengamos á los Obispos últimos del Japon, que fueron el Dr. Pedro Martinez, y el Dr. Luis Sequeira, de cuya eleccion se trata al fin del libro IX de esta historia. Y para que mejor se entienda haber sido estas conforme á las pasadas, pondré el precepto que por mandado de Su Santidad envió el P. General de la Compañía Cláudio Aquaviva al Obispo D. Pedro Martinez, para que aceptase la prelacía del Japon, el cual traducido en romance dice así:

«Cláudio Aquaviva, Prepósito General de la »Compañía de Jesus, al amantísimo en Cristo »P. Pedro Martinez, de la misma Compañía, Pro»vincial de la India Oriental, salud en el Señor, »que es la verdadera salud. Nuestro P. Ignacio, »de santa memoria, como Padre de la misma »Compañía, entendió ser tan necesario para su »conservacion y buen progreso en cultivar la »viña del Señor, que todos los obreros de esta »su familia estuviesen tan contentos con su vo»cacion, que de todo punto alzasen mano de »cualquiera dignidades y prelacías, que para »cerrar la puerta á toda ambicion, determinó en »las constituciones, no sólo que todos los pro»fesos se obligasen con voto á no procurar de »ser promovidos á ellas; pero que ni consintie»sen en su eleccion, sino fuese compelidos con »obediencia de quien podrá mandarlos, so pena »de pecado, y que el mismo Prepósito General »no consintiese en la eleccion de ninguno de »sus súbditos, sino fuese compelido con obe»diencia de la Sede Apostólica, de lo cual se »entiende con cuánto cuidado hemos de huir »semejantes grados, contentándonos con el hu»milde de nuestra vocacion. Pero con todo esto, »como nos hayan dicho de parte del serenísimo »rey de España y Portugal D. Felipe II, que Su »Majestad habia pedido á V. R. como rey de »Portugal para Prelado de la iglesia de Funay, »en los reinos del Japon, y presentádole por tal »á Su Santidad el Papa Clemente VIII, y que le »mandásemos aceptar esta dignidad, Nosotros »considerando los ejemplos de nuestros Padres »predecesores, y que las dignidades en aquellas »partes no son de tanto resplandor y lustre para »ser apetecidas, cuanto llenas de trabajos y cui»dados, y como un perpetuo género de marti»rio, y el estado presente de aquellos reinos, »con otras circunstancias que nos inclinaban á »esto, mirando el mayor servicio divino, nos pa»reció no hacer resistencia si el Vicario de »Cristo nuestro Señor en la tierra lo ordenase. »Por lo cual, habiendo recibido mandato de Su »Santidad sobre esto con la reverencia y humil»dad y prontitud que se debe, por las presen»tes mandamos á V. R. en virtud de santa obe»diencia que acepte este oficio y ministerio »episcopal, con toda humildad y reverencia, »para mayor gloria del Todopoderoso Dios, y

»salud de muchas almas, suplicando á la divina »bondad, que se digne de enderezar y ayudar »á V. R. en todas las cosas con el auxilio copio»so de su gracia, en cuyo testimonio damos es»tas letras firmadas de nuestra mano y selladas »con el sello de nuestra Compañía en Roma »á 15 de Febrero de 1592.»

El mismo precepto se envió por órden de Su Santidad al Obispo sucesor y coadjutor que hoy dia hace el oficio de Prelado en Japon por muerte del Obispo D. Pedro Martinez, como queda dicho en este lib. XIII, cap. XVI.

De todo esto se colige que ni los de la Compañía han pedido dispensacion de sus constituciones ni de su voto para ser Obispos, y que cuando lo han aceptado ha sido compelidos á ello por obediencia de Su Santidad y de su General, y que no han sido obispados para descansar ni tener autoridad, sino para muchos trabajos y necesidad, como en el lib. III de esta historia se puede ver del Patriarca de Etiopia, y en este último de los dos que han ido á Japon, los cuales pasan con la necesidad y pobreza que los demás Padres. Ni el aceptar semejantes obispados por obediencia de sus mayores contradice á la humildad, pues en este estado la han conservado muchos santos Prelados pasados y presentes; y es de confiar de la divina misericordia que tampoco la perderán por eso los hijos de la Compañía cuando nuestro Señor los pusiere en él, como hasta ahora lo ha mostrado la experiencia.

CAPÍTULO IX

En que se responde al segundo motivo y causa que dicen tuvieron los Padres para sacar el Breve, por no tener en Japon testigos de su modo de vivir, contratos y mercancías.

La segunda causa que en el dicho tratado se pone para haber procurado los Padres de la Compañía el Breve, fué por no tener en Japon testigos de su modo de proceder, que siendo predicadores del Evangelio, se habian vuelto mercaderes y tratantes; sus palabras son las que se siguen:

* «Los Padres que están acá tratan con gran»de suma de dinero, teniendo correspondencia »en la China y Macao, y más de 100.000 duca»dos de hacienda, envian en la nao de Macao »para la China, y cuando viene la nao toda la »mercaduría, así la suya como la ajena, la atra»viesan y llevan á su convento. De manera que »el convento de Nangasaqui es como la Adua»na de Sevilla, á donde se registran todas las »mercadurías que vienen de las Indias; son tan»tas las cosas y tantos y tan diferentes y varios »los tratos y conciertos que allí se hacen, así »acerca de las mercadurías de la nao, como »acerca de los esclavos que van en la misma nao, »y lo uno y lo otro, ó por mejor decir, todo pasa »por su mano, que en las gradas de Sevilla no sé »si habrá más.»

Y un poco más abajo añade:

* «Y para esto han sacado privilegio del Papa »para contratar. Fuera de esta suma tienen en »Japon otras muchas adherencias, porque tienen »ciudades, villas y lugares con horca y cuchillo, y »tienen tierras de tres ó cuatro señores como du»cados de España. Tienen puertos propios don»de cobran el ancoraje de las naos que allí apor»tan, y los derechos de ellas y de las aduanas. »Fuera de esto, de los pueblos que tienen cobran »pechos y hácenlos acudir á servicios perso»nales.»

Y en otra parte concluyendo dice:

* «Este trato tienen fuera de los provechos »que tienen en Japon, con los cuales el rey pu»diera sustentar una república como la de Ma»nila, con gente de guerra para defensa de esta »cristiandad.»

De todo lo dicho á buena cuenta se puede colegir que tendrán los Padres de la Compañía en Japon más de 100.000 ducados de renta cada año, porque teniendo un trato tan grueso como el autor dice, y tantas ciudades, villas y lugares y tierras de tres ó cuatro señores como ducados de España, si de todo sacan pechos y tributos pocos son 100.000 ducados; y siendo esto así, no se inferia mal que con la renta de los Padres podia el rey sustentar una república como la de Manila, con gente de guerra.

Pero veamos cuánta verdad tenga esto, y cuál sea el fundamento sobre que se levanta tan grande machina y polvareda, y averigüemos los tratos y renta que los Padres de la Compañía tienen en Japon, pues no es negocio tan dificultoso que si el autor de este tratado quisiera saber la verdad é informarse de ella, no pudiera hacerlo en poco tiempo y escribirlo después con más certidumbre y seguridad. Pero pues él no quiso tomar este trabajo, yo quiero encargarme de él y dar cuenta por menudo, así de lo que tiene la Compañía en Japon, como en lo que gasta, para que de ahí se entienda si los Padres que allá están se ocupan en tratos y mercancías; porque siendo esto así, todo lo que en esta historia queda dicho seria imaginacion mia propia sin fundamento de verdad, pues toda ella trata del empleo de aquellos Padres y el trabajo que pasan en la conversion de los gentiles y aprovechamiento de los cristianos, y así importa mucho el averiguar este punto de raíz.

Desde que los Padres que están en Japon comenzaron á tener cuenta con la conversion de aquella tierra y con la cristiandad de ella, no tenian para su gasto más de solos 500 ducados de limosna cada año que los reyes de Portugal les mandaban pagar en Malaca, hasta que el año de 1574 el serenísimo rey D. Sebastian, la acrecentó y mandó que fuesen 1.000 ducados, los cuales dió para que se fundase un colegio en Japon; y porque con la conversion que se iba haciendo se fueron tambien multiplicando los Padres, llegando á ser más de 130, como ahora tambien lo son, sin el seminario de los mozos naturales de la tierra que pasaban de 120 casas en que vivian los Padres, sin más de otras 250 iglesias que estaban á su cargo, no bastaban los 1.000 ducados para la octava parte del gasto, ni se pudiera ir adelante con esta empresa si nuestro Señor no nos ayudara como siempre en esta necesidad por dos caminos.

El primero fué, que al tiempo que los Padres se comenzaron á multiplicar en Japon y el número de los fieles, viendo el fruto que se hacia movió nuestro Señor el corazon de un portugués mercader de la China, amigo y devoto de la Compañía, que se llamaba Luis de Almeida, para que los fuese ayudando y proveyendo algunos años, hasta que últimamente se resolvió de entrar en la Compañía, y fué recibido en ella el año 1556, como se dice en el lib. v, cap. xxv. Con esta ocasion viendo él mismo la necesidad que padecian los Padres, reservó 4.000 ducados de su hacienda para que de lo que con ellos se ganase se acudiese á la necesidad de los Padres, sin que el caudal principal se deshiciese; y este dinero encomendado á otros mercaderes amigos suyos para que por su mano se emplease en seda de la China, y diesen á los Padres lo que de aquel empleo se ganase, y así lo hicieron ellos por algunos años sin que los Padres tuviesen ningun cuidado más que de recibir de mano de los portugueses lo que del empleo se sacaba.

En este estado halló las cosas el P. Alejandro Valigñano al fin del año de 1578 cuando llegó á Macao la primera vez que pasó á Japon por Visitador, y entónces trató con aquella ciudad sobre que este empleo fuese de cierta y determinada cantidad con su voluntad y beneplácito, para que quedase como una renta cierta, de manera que habiendo en ello la moderacion debida quedase aquello cierto y firme; y como todos ellos sabian la necesidad que los Padres pasaban y el servicio que á nuestro Señor hacian en la conversion de la gentilidad del Japon, determinaron que en la cantidad de seda que se juntaba en este puerto para enviar á Japon entrasen 50 picos de seda para los Padres, comprados con el dinero de los mismos Padres, los cuales se los diesen vendidos por el precio de la primera pancada, que así se llama el precio primero en que se conciertan con los japones.

Porque los mercaderes portugueses de Macao tienen cierta compañía que llaman armacion, con la cual se envia toda la seda junta, segun lo que determinan los que gobiernan la ciudad; y así han asentado, que no se envien á Japon cada año más de 1.500 picos de seda, los cuales reparten los oficiales de la cámara, dando á cada mercader facultad para que meta en la armacion la parte que le cabe; conforme á lo cual, cada mercader compra su parte y la entrega al factor que la misma ciudad elige; y este factor lleva toda esta seda á su cargo á Japon, y él mismo la vende como cosa comun de toda la ciudad de Macao, sin que los señores particulares de la seda puedan sacar de la nave nada para venderla ellos; y cuando la nave vuelve á Macao, hacen sus cuentas, y se da á cada uno el dinero que le cabe, conforme á la seda que metió y se vendió.

Pues en esta armacion dió licencia la ciudad de Macao para que fuesen 50 picos de los Padres, haciéndoles esta ventaja; que aunque quedase alguna seda por vender, la de los Padres se diese siempre por vendida. Y de este concierto hicieron instrumento público, para que ni de parte de la ciudad ni de los Padres, hubiese mudanza en esto. Gánanse comunmente con los 50 picos 1.500 ducados, quitadas costas y gastos. Y para que este concierto fuese más firme, le confirmó el virey de la India, el conde D. Francisco de Mascareñas en nombre de Su Majestad, con particular provision que dió para ello, su fecha en Goa, en 18 de Abril de 1584; y segunda vez le tornó á confirmar la ciudad de Macao á 29 de Abril de 1589. De todo esto dió cuenta el P. Alejandro al P. General de la Compañía, y el lo comunicó con Su Santidad el Papa Gregorio XIII, el cual lo aprobó por bueno y lícito después de ser informado muy en particular, como consta de una carta que el mismo P. General escribió, al P. Alejandro Visitador, su fecha en Roma á los 10 de Febrero de 1582, en la cual dice así:

Para quitar toda suerte de escrúpulo, me pareció tambien dar parte de esto á Su Santidad, y habiéndole dado plenaria noticia del negocio con todas sus circunstancias, Su Santidad sin ninguna dificultad la aprobó, y me dijo claramente que juzgaba que esto no se podia llamar propiamente trato, pues se hacia por pura necesidad. De lo cual se colige, que este trato que

la Compañía tiene en Japon por pura necesidad, es con beneplácito del pueblo y ciudad de Macao, y confirmado por el virey de la India en nombre de Su Majestad y aprobado por el Sumo Pontífice, y hecho con parecer del P. General, y con consulta de muchos Padres muy doctos que habia en Roma.

Y este es el Breve que se dice en el tratado y licencia que sacó la Compañía de Su Santidad para contratar, y este el fundamento para juzgar por mercaderes y tratantes á todos los religiosos que andan en Japon, y estos son los 100.000 ducados que cada año se envian á la China en la nao de Macao, y esta es la casa de contratacion que el autor dice tienen los Padres en Nangasaqui, donde se desembarcan todas las mercadurías; siendo cosa manifiesta y pública, que el factor de la armacion es el que la vende toda, y no deja sacar de la nao cosa ninguna sino es después de vendida, que cada uno la lleva á su casa, y los mercaderes japones van á comprarla á la misma nao; y los conciertos que dice se hacen en nuestra casa, mas que en las gradas de Sevilla son, que como los japones y portugueses suelen tener algunas diferencias en las compras y ventas y en otras cosas que les ocurren y no tienen á quien acudir en aquella ciudad para que les diga á los unos y á los otros lo que pueden y deben hacer en conciencia sino á los Padres, ni los gentiles cuando los portugueses les hacen algun agravio para que los pongan en razon, van á la casa de Nangasaqui á pedir consejo en todo; y fué esta una de las causas porque Taicosama, aunque mandaba salir á los Padres del Japon, queria que en Nangasaqui quedasen algunos, porque le parecia necesario para la paz de los japones y portugueses que acudian á aquel puerto. Pero bien se ve que esto no es contratacion de las gradas de Sevilla, sino de religiosos que aconsejan á los prójimos lo que deben hacer conforme á sus conciencias, y procuran poner paz entre los discordes.

Pero veamos las rentas que los Padres tienen en Japon, que á la cuenta del autor, pasarán de 100.000 ducados, como queda dicho. Mas todo esto es cosa sin fundamento, porque ni la Compañía tiene, ni nunca tuvo ciudades, ni villas, ni puertos, y mucho ménos los estados de tres ó cuatro señores; solo el rey D. Bartolomé habia dado á los Padres el ancoraje de la nave, cuando era suyo el puerto de Nangasaqui, como queda dicho en el cap. XVII del lib. VII, y el rey D. Protasio otros 500 ducados de renta en las tierras de Uracami. Pero después tomó para sí Taicosama el puerto de Nangasaqui y la una renta y la otra, y sólamente tienen los Padres en Japon los 1.000 ducados que el rey D. Sebastian dió para la fundacion de un colegio y para pasarlos de Malaca á la China; en sólo el valor de las monedas se pierden más de 30 por 100 que apénas quedan 700 ducados pagados tan de tarde en tarde que se deben algunas veces 5.000 y 6.000 de ellos.

Fuera de esto la Majestad del rey Felipe II, que sea en gloria, después que heredó á Portugal, hizo merced y limosna á los Padres del Japon de otros 1.000 ducados cada año, confirmando esta limosna de cinco en cinco años, y en ellos por razon de la moneda se pierde la misma cantidad que en los de Malaca. Su Santidad el Papa Gregorio XIII, desde el año de 1583 dió otra limosna de 4.000 de pension por veinte años, y ordenó que se pagasen en la Colecturía de España, y después los confirmó la Santidad del Papa Sixto V, acrecentando otros 2.000 ducados en el principio de su Pontificado. Mas luego el año siguiente pareciéndole á Su Santidad que no se pagasen en España, dijo que los daria en otra parte. Pero con las necesidades de la Iglesia se fué dilatando la cosa hasta su muerte sin pagarse más que 4.000 ducados; y después con la muerte apresurada de tantos Pontífices, quedó esta pension sin pagarse hasta que el Papa Gregorio XIV, y después la Santidad de Clemente VIII, mandaron que se pagasen en cada año los 4.000 ducados de la manera que Gregorio XIII los concedió.

De suerte que toda la renta que tiene la Compañía en Japon son 1.000 ducados del rey D. Sebastian y otros 2.000 de la Majestad del rey D. Felipe II, y 4.000 de Su Santidad, y 1.500 que vale el empleo de la nave, que vienen á ser todos estos 7.500 ducados, que los 5.000 de ellos son limosna voluntaria de Su Santidad y de Su Majestad, y solos 2.500 se pueden poner á cuenta de cosa cierta y renta perpétua; y esta es toda la hacienda y renta con que dice el autor que podria sustentar Su Majestad una república como la de Manila, con gente de guerra para defensa de aquella cristiandad. Ya hemos visto la renta y hacienda que en Japon tiene la Compañía, será bien que veamos cómo y en qué la gasta. De estos 7.500 ducados se sustentan lo primero 130 religiosos que de ordinario están en Japon repartidos en 20 casas, y de ella misma se sustentan más de 100 alumnos que en Japon llaman dojucus, que son los que están en el seminario, sin otros que están repartidos por las casas sirviendo en ellas.

Fuera de esto hay muchos hombres que tienen cuidado de las iglesias en donde no residen

los Padres, y á estos tambien sustenta la Compañía; á lo cual se añade el cuidado y gasto de 250 iglesias, porque aunque para edificarlas ayudan los cristianos con lo que pueden, para el gasto ordinario que se hace de ornamentos y otras cosas del culto divino acude la Compañía, por ser la gente comun muy pobre, y los señores y caballeros tan ocupados y gastados con sus guerras, especialmente en esta monarquía de Taicosama, que excusan los Padres de no darles molestia con sus necesidades, aunque ellos procuran de ayudarlos con sus limosnas sin que se las pidan.

Tambien tienen cuidado los Padres de acudir á socorrer á muchos cristianos pobres y á otros desterrados y perseguidos por serlo, los cuales no tienen otro amparo ni socorro. Y así de toda esta renta cuando más la quieren estirar los Padres no se da para el gasto de cada religioso, entrando en esta cuenta la comida y vestido de un año más que 20 ducados; y los años que falta la nao de Macao y no viene á Japon, se les quita á cada Padre y Hermano cuatro ducados de estos 20 que para su gasto se daban. Y aunque ayuda para poderse sustentar con este poco dinero ser la tierra barata y costar las cosas ménos que por acá; pero bien se ve cuán poco regalo y comodidad puede tener un religioso que para su comer y vestir, cuando más le cabe son 20 ducados por año. Y concluyo este punto con que si los Padres del Japon fueran tan mercaderes y tratantes como el autor dice no pudieran haber convertido más de 300.000 cristianos que hoy dia tienen á su cargo de toda suerte de gente ni conservado aquella cristiandad con tanta virtud y devocion en medio de tantos trabajos y persecuciones como siempre han tenido y en el discurso de esta historia quedan apuntadas.

CAPÍTULO X

En que se responde á la tercera causa que dan del Breve, porque yendo otros religiosos á Japon no se descubriesen los yerros que hacian los Padres de la Compañía en la conversion de los gentiles y en la institucion de los cristianos.

La tercera causa que pone el tratado de haber procurado los Padres de la Compañía el Breve, es porque no se entendiesen los yerros que hacian, así en la conversion de los gentiles, como en la institucion de los cristianos; sus palabras son estas:

* «Así no me espanto yo que hubiesen sacado el Breve de Gregorio, para que no vengan á Japon otros religiosos y ministros, y procuren estorbar de nuevo, por todos los medios posibles, para que los que han venido se vuelvan, porque no pueden hacer las cosas que hacen ni acudir á lo que acuden, sin grande nota de sus personas y sin grande detrimento de su crédito y reputacion que tienen, estando á la mira otras religiones.»

Para responder á este punto, digo lo primero, que si los de la Compañía han de perder su crédito y reputacion viniendo otros religiosos á Japon, ha de ser por una de dos cosas. La primera, porque se han de descubrir sus faltas en lo que toca á las costumbres, por ser su vida escandalosa y de mal ejemplo; y si esto fuera así, ni los de la Compañía hubieran hecho el fruto que por la misericordia de nuestro Señor se ha visto en la conversion de tantas almas de toda suerte de gente, ni tuvieran acerca de los cristianos y gentiles la reputacion y crédito que el mismo autor confiesa que tienen en Japon. Y así resta lo segundo, que estos yerros y faltas que hacen los Padres, sean acerca de la doctrina, y así lo declara el mismo autor por estas palabras:

* «Consienten que los cristianos se casen entre sí sin ministro, y que se casen cristianos con infieles; y en las cosas de sus tratos malos, y otras de esta manera, acógense á la ignorancia invencible, *et utinam*, no sean errores muy palpables. Pues habiendo estas cosas y otras muchas de por medio, no es mucho que hayan procurado y procuren adelante estorbar con muchas veras, como lo hacen, la venida de los Obispos y de otras religiones á Japon.»

De estas palabras se entiende bien, que la causa porque los Padres de la Compañía impiden la ida de otros religiosos á Japon, es por ser ellos tan ignorantes en lo que hacen, que no quieren se descubran sus yerros con la venida de otros religiosos.

A esto digo lo primero, que nunca la Compañía pone en semejantes ministerios á gente de quien no tenga satisfaccion que los puede ejercitar con suficiencia. Digo lo segundo, que los que andan en Japon, no viven tan independientes de sus Superiores que no tengan instruccion y direccion particular de ellos para lo que han de hacer y modo cómo se han de haber con los cristianos y gentiles; lo uno por lo que toca á la uniformidad de la doctrina y modo de practicarla, que es tan necesaria en aquella nueva cristiandad, y lo otro por la obligacion que tienen todos, así Superiores como súbditos, á tratar con fidelidad el ministerio de las almas.

Y para que se vea la poca razon que hay de imputar semejantes yerros á los Padres que es-

tán en Japon, quiero poner aquí una diligencia que el P. Alejandro, Visitador de aquellas partes hizo andando en la visita del Japon, que fué recoger todos los casos dificultosos que ocurrian acerca de la conversion de los japones, y después de haberlos consultado entre sí mismos todos los Padres doctos que allá estaban, enviaron las mismas dudas y su parecer con el P. Gil de la Mata, que vino por Procurador de aquellas partes el año de 1592, el cual los consultó primero en Alcalá con los Padres de este colegio y personas doctas y graves de la Universidad, y la misma diligencia hizo después en Roma, por órden del P. General; y últimamente las cosas que podian tener más duda y dificultad, se comunicaron con Su Santidad, de lo cual se entiende que los Padres que andan en Japon no proceden tan á ciegas que puedan hacer tan grandes yerros, así en la conversion de los gentiles, como en la institucion de los cristianos, como el autor dice. Y los doctores y la razon enseñan, que con los que se convierten de nuevo, especialmente en tierras que son todas de gentiles y gobernadas por ellos, no se han de averiguar tantas cosas cuando reciben el bautismo como cuando llegan á confesarse, ni á estos los han de obligar á tantas cosas como á los cristianos de Europa, y hacer esta distincion entre las cosas que se han de enseñar y las que se han de callar, es conforme á buena doctrina y prudencia, y lo contrario seria ignorancia y grande yerro.

Y esto es muy conforme á lo que enseñaron los Apóstoles en aquel primer concilio: *Visum est Spiritui Sancto et nobis, nihil ultra imponere vobis oneris quem haec necesaria*, etc. Y aunque los Padres conforme á esta doctrina, que es verdadera, no pidan tanto á los que se bautizan como á los que se confiesan, ni tanto á los cristianos del Japon como á los de Europa, con todo eso antes que los bauticen los instruyen muy bien, y por ventura mejor que en ninguna otra parte, por ser ellos más capaces y de mejor entendimiento; y los apartan de las concubinas si las tienen, y los hacen quedar con sola una mujer, la que parece ser legítima. Mas porque el autor hace grande cargo á los Padres de la Compañía de un caso particular que él mismo refiere, quiero poner aquí por sus palabras para dar satisfaccion de él, que con eso se dará tambien de otros particulares que por brevedad dejaré de referir; dice, pues, así:

* «Y su Visitador queriendo bautizar á un to»no que estaba amancebado y tenia la manceba »en casa, habia dicho á los Padres que para qué »le habian preguntado aquello poniéndole mala »conciencia, sino que le hubieran de bautizar sin »haberse entremetido en si estaba amancebado »ó no; y después de bautizado le podian haber »enseñado que era malo aquello.»

Este caso pintado así desnudamente parece que prueba lo que el autor pretende; pero mirado con todas sus circunstancias (las cuales él no contó porque no debió de saberlas) parecerá muy de otra manera, y por eso le quiero yo referir á la letra cómo pasó.

Este tono de quien se hace mencion, era el rey de Arima D. Protasio, y el que le bautizó fué el P. Alejandro Valiñano, Visitador de aquellas partes. Era entónces este rey mozo de diez y nueve años, y por casar, porque esperaba para hacerlo á una parienta suya que era niña, y pretendia la herencia del mismo estado. Tratando, pues, este príncipe de bautizarse, vino á entender el P. Alejandro que tenia en su casa una mujer, y hablándole sobre ello y que era necesario dejarla para bautizarse, le pareció cosa dura y que no estaba obligado á dejarla, dando para ello sus razones, porque decia él que antes hacia bien en aquello por ser mancebo y no sentirse con fuerzas para guardar castidad de todo punto y excusarse con esto de no inquietar á otras mujeres casadas ni doncellas, la cual tenia con voluntad de ella y de sus padres, y que pues entrambos eran solteros y en esto á nadie hacia agravio, no entendia él cómo aquello podia ser pecado ni por qué le pudiesen obligar á dejarla; y como era gentil y príncipe y aficionado á la mujer y vivia entre gentiles, viéronse los Padres en harta dificultad para darle á entender que la simple fornicacion era pecado, y que estaba obligado á dejar aquella mujer antes del Bautismo; y porque de su conversion pendia tambien la de su reino, y llegó la cosa á término que por no querer dejar la mujer se resolvió el P. Visitador á no bautizarle y salirse de Arima.

En esta ocasion dijo: «Pluguiera á Dios que no supiéramos que estaba amancebado para que pudiéramos bautizarle con buena conciencia y no se pusiera todo aquel reino á peligro de quedarse en su gentilidad.» Y aunque el P. Alejandro dijo estas palabras con esta ocasion que he referido por el temor que tenia de que no bautizándose aquel rey se aventuraba la conversion de sus vasallos. Pero ni él decia á los Padres que no preguntasen á los que habian de bautizar si estaban en mal estado, ni él quiso bautizar al rey hasta que de todo punto dejase la mujer, resolviéndose de poner antes á peligro la conversion de aquel reino que bautizarle estando con aquel impedimento.

Pero nuestro Señor le guió de otra manera,

porque D. Protasio, como hombre de grande entendimiento y valor, viendo al Padre resuelto en no bautizarle, dijo que hasta entónces no habia acabado de entender que era malo tener aquella mujer, ni que estuviese obligado á dejarla, pues no hacia injuria á nadie; mas que con ver que el Padre se determinaba á no bautizarle y á dejar la conversion de tantos vasallos suyos, quedaba convencido de que no lo podia hacer por otro respeto alguno, sino por mandarlo Dios en su ley; y que entendiese que bien pudiera él fácilmente engañarle echando aquella mujer de su casa y después tornarla á traer. Pero que determinándose á ser cristiano se determinaba juntamente á serlo de veras, y que habia porfiado tanto en aquello, porque sino estuviera obligado no pensaba dejar la mujer; y si lo estaba la habia de dejar de todo punto y apartarla de sí totalmente, como en efecto lo hizo antes de bautizarse, viviendo después con mucha honestidad y ejemplo como buen cristiano. Este fué el caso del cual no se colige lo que el autor pretende, sino todo lo contrario.

Pero concluyendo este punto, digo que yo quiero admitir que sean los Padres que están en Japon tan ignorantes como el autor dice, yo probaré con evidencia que no pudo ser eso causa para que ellos procurasen sacar el Breve. Porque ó la ignorancia de estos Padres era invencible ó no. Si lo era, claro está que ellos no la tendrian entónces por ignorancia sino por muy grande acierto; y así no tenian para qué recatarse de que viniesen otras religiones á Japon, para que no se entendiese lo que hacian, pues no lo tenian por yerro; pero si su ignorancia era vencible y culpable, como en el tratado se apunta, es decir, en buen romance, que todos cuantos están en Japon ocupados en la conversion de aquellas almas son los peores hombres que el mundo tiene y más infieles á Dios y á sus prójimos. Pues sabiendo que hacen tales yerros y en tanto perjuicio de la honra de Dios y del bien de las almas, ni ellos se enmiendan ni sus Superiores los quieren corregir, ni consienten que vayan otros religiosos á Japon que los puedan desengañar, que es el sumo grado de obstinacion y miseria á que puede llegar un hombre haciéndose incorregible por todas partes, lo cual no parece que se debe pensar, ni se puede creer sin hacer mucho agravio y grande ofensa á tantos Padres tan doctos y tan religiosos y siervos de Dios, que tantos años han gastado su salud y vida en la conversion de aquellas almas á costa de tantos trabajos y peligros.

CAPÍTULO XI

En que se responde á otra causa de sacar el Breve, que es la poca estima que tienen los de la Compañía de otros religiosos, y la mucha que tienen de sí mismos.

Otra causa da el autor de estos tratados de haber procurado los Padres de la Compañía el Breve, que es la poca estima que tienen de la suficiencia de las demás religiones, y la mucha que tienen de sí mismos; sus palabras son estas:

* «No es cosa nueva á estos Padres tener á las »demás religiones por idiotas, imprudentes y de »poco saber en el proceder en sus cosas, y de no »satisfacerse de ninguna cosa que hacen en las »demás, sino de lo que ellos hacen.»

Y un poco más abajo añade lo siguiente:

* «Como en los Padres de la Compañía hay »ciencia, sabiduría, prudencia y consejo para »acomodarse con los tiempos, lugares, condicio»nes y costumbres de los gentiles, lo habrá en »otros; y tener á los Religiosos de las otras Ór»denes en posesion de que no habrá esto en »ellos, no sé yo si es modestia religiosa, y si di»cen que Dios los alumbra á ellos para acertar »en lo que han de hacer en el ministerio de las »almas, como Dios no sea aceptador de perso»nas, pensar que á solos ellos ha de alumbrar y »no á los demás, es atar las manos á Dios y juz»garse ellos por dignos de esta misericordia de »Dios, y á los demás por indignos de ella.»

Estas son las palabras, y si lo que en ellas se dice fuese así, sobrábale la razon, porque sentir y hablar de las sagradas religiones que hay en la Iglesia de Dios de esa manera, no sólo seria falta de modestia religiosa, sino demasiada arrogancia y soberbia. Pero es menester probar que los de la Compañía hacen y dicen eso para que se crea, porque así en estos reinos de España como fuera de ellos, pienso que se puede probar lo contrario y que la Compañía estima y reverencia como es razon á todas las sagradas religiones, y procura servir y honrar á los religiosos particulares de todas ellas; y lo mismo pasa en las Indias así occidentales como orientales, como se ha visto en lo particular que vamos tratando del Japon, porque los primeros Religiosos que allí llegaron de San Agustin y San Francisco el año de 1584, los Padres que se hallaron en la casa de Firando los recibieron y hospedaron y tuvieron en su casa y decian mucho bien de ellos á todos los cristianos, y cuando volvieron la segunda vez á Japon de las Filipinas, el P. Fr. Pedro Bautista con otros tres compañeros

el año de 1593 luego en desembarcando en Firando los envió á visitar el P. Provincial Pedro Gomez con algun refresco, ofreciéndoles su casa, y á los demás religiosos de la Compañía mandó y encomendó que donde quiera que viesen aquellos Padres los hospedasen y tratasen con toda caridad, y él mismo les envió cuan lo pasaron á Meaco los libros que pidieron para deprender la lengua; y el P. Organtino, que residia en las partes de Meaco, sabiendo que pasaban alguna necesidad, como no eran tan conocidos en la tierra, los socorrió y ayudó en todo lo que pudo.

Volviendo después el P. Fr. Pedro Bautista con su compañero desde Meaco á Nangasaqui, el P. Provincial los hospedó y tuvo en la casa de la Compañía quince ó veinte dias; y para acariciarlos más los llevaron desde allí á ver la casa de Arima y el seminario de Arie y el colegio que estaba entónces en Amacusa. Y últimamente cuando se perdió el galeon *San Felipe*, en el cual venian Religiosos de diversas Órdenes y algunos de ellos enfermos con el trabajo de la navegacion, llegando á Nangasaqui los Padres de la Compañía los hospedaron y curaron en su casa como si fueran de su misma religion; y después les buscaron comodidad para poder volver á las Filipinas; y si las obras son el más cierto testimonio de lo que hay en el corazon donde ha habido estas obras, con más razon y fundamento se pudiera colegir què los Padres de la Compañía quieren y aman, y estiman á todas las religiones y á todos los religiosos de ellas, como es la verdad, que no lo contrario. Pero veamos el fundamento con que el autor quiere probar su intencion, el cual declara con estas palabras: * «Uno de ellos en un libro que imprimió de »las cosas del Perú y de la Nueva España dice, »que la conversion de las Indias es propia para »Teatinos, y los demás religiosos no son para »ella, echando acá y allá algunas faltas que ha»bian salido de ellos; por lo cual la Inquisicion »de la Nueva España le vedó el libro; en lo cual »hace grande agravio á las órdenes mendican»tes que ha al pié de cien años andan trabajan»do en las Indias Occidentales, y con inmensos »trabajos, y con ayuda de Dios han publicado »la fe de Cristo nuestro Señor y la ley evangé»lica del Polo Artico hasta el Antártico, apren»diendo tantas y tan diversas lenguas adonde »están fundadas tantas y tan diversas provincias »de todas las órdenes mendicantes que están »llenas de tantos y tan graves religiosos y de »grandes siervos de Dios, que resplandecen en »doctrina, letras y santidad; y porque en algu»guno ó algunos religiosos hubiese habido al»guna ó algunas faltas, decir mal de tantas y tan »graves provincias en las cuales ha habido tan»tos varones apostólicos, que con su ejemplo y »vida apostólica han trabajado ciento y tantos »años como fieles obreros, con inmensos traba»jos y por la misericordia de Dios con su ayu»da han convertido este nuevo mundo, es como »quien diese en rostro á los Apóstoles y discí»pulos de Cristo, porque Judas, uno de ellos, lo »habia vendido, y San Pedro le habia negado.»

En estas palabras, en suma, se dicen tres cosas. La primera, que este Padre de la Compañía, en su libro dice que la conversion de las Indias es propia de los Teatinos, y las demás religiones no son para ello, echando acá y allá algunas faltas que habian salido de ellas. La segunda, que la Inquisicion de la Nueva España habia vedado el dicho libro. Lo tercero, el mucho fruto que han hecho las religiones en aquel nuevo orbe.

Pero examinemos cada una de ellas en particular; y cuanto á la tercera, todos conformamos en ello, y así habrá poco que averiguar, porque harto ciego seria quien no entendiese y confesase que las sagradas religiones han hecho en aquel nuevo mundo, como en todas las demás partes grande servicio á nuestro Señor en ayuda de las almas, como aquellas que fueron enviadas de Dios para lumbreras del mundo, y con su doctrina y santidad han hecho y hacen siempre con mucha perfeccion aquello para que fueron ordenadas de Dios.

Cuanto á lo segundo, tambien es cierto que nunca la Inquisicipn de la Nueva España vedó el libro de que se hace mencion, porque él se imprimió después de visto y aprobado con el Consejo real y con licencia de Su Majestad, y no tiene cosa en él por la cual hubiese de vedar; y así corre hoy dia, y se intitula *De procuranda in dorum salute*, y su autor fué el P. José de Acosta, de la Compañía, que fué Provincial del Perú.

Cuanto al primer punto, digo que conforme á lo que el autor dice en las últimas palabras citadas, cuando hubiese alguna falta en algun particular religioso, no por eso se ha de inferir que todos los demás tienen por cosa propia desestimar las religiones, pues no es bastante el descuido de uno, para colegir de él una proposicion tan universal; pero añado más, que si todo el libro se lee con atencion, no se hallará en él palabra que sea para echar en público faltas de religiosos, ni en que diga que la conversion de los indios es propia para los de la Compañía, y no para otros religiosos; en el cap. XVII del dicho libro, pone este título: *Salutem indorum so-*

cietati Iesu pro viribus esse procurandam; que la Compañía de Jesus ha de procurar la salvacion de los indios con todas su fuerzas, y en todo él no trata más que de sólo mostrar cuánto deben los de la Compañía, conforme á la obligacion de su instituto y de lo que prometen los profesos en el cuarto voto procurar cuanto puedan la salvacion de los indios; mas no dice que la conversion de los indios es propia suya, y que las demás religiones no son para ella, antes en el cap. XVI precedente alaba mucho las religiones, y las antepone á otros ministros y clérigos seglares que andan en las indias, como allí se puede ver.

La ocasion de tropezar pudo ser esta; que disputando el mismo Padre en el cap. XVI si es cosa conveniente encomendar las parroquias de los indios á los religiosos, por vía de disputa pone las razones por una parte y por otra, y los convenientes é inconvenientes que se hallan en esto; y tratando de lo segundo, dice que el estar los Religiosos en las parroquias solos, es ocasion de menoscabarse la observancia y disciplina religiosa, lo cual dice que sentian y lloraban muchas personas muy graves de las mismas religiones; y estos inconvenientes tambien los confiesa el mismo autor de este tratado, por estas palabras:

* «En la conversion de las Indias occidenta»les por ser los pueblos pequeños y no se poder »sustentar conventos formados en observancia »regular, han perdido mucho de su rigor y obser»vancia regular, pero en Japon no es así.»

De suerte que el inconveniente que el P. Acosta pone por vía de duda disputando el autor de este tratado, le pone por cierto y averiguado; pero el mismo P. Acosta después de puestas las razones por una parte y por otra viene á concluir que no pudiendo ayudar en las Indias los Religiosos desde sus conventos como en Europa á los curas y Prelados, que son más útiles y provechosos á los indios que los seglares, con estas palabras: *Quod si hoc universe fieri nequit, ut certe nequit profecto, qui ex religiosis hoc instituti genere militare possunt plurimum causae indorum conferre putandi sunt.* Y así remató este punto con decir que con más razon se puede colegir que el autor de este tratado tiene menor estima de las religiones que los de la Compañía, pues lo que el otro Padre puso en duda disputando, él lo confiesa por cierto y averiguado en todas las Indias occidentales, especialmente que la razon de los inconvenientes que el P. Acosta puso igualmente corren por la Compañía y por las demás religiones; y por consiguiente habia de concluir que tenia tan poca estima de su religion como de las otras, y no lo que infirió que los de la Compañía tenian poca estima de las demás religiones y mucha de sí mismos.

CAPÍTULO XII

De otro cargo que se hace á los de la Compañía de haber sacado otro Breve particular, y los daños que de él se siguieron.

No sólo se hace cargo á los Padres de la Compañía de haber sacado el Breve para que no fuesen Religiosos á Japon, sino que tambien sacaron otro segundo para no crismar á los cristianos que se bautizaban, ni confirmar á los ya bautizados, de lo cual resultaron graves daños en aquella cristiandad; sus palabras son estas:

* «De aquí es que como los Padres sacasen el »*motu proprio* para que no hubiese Obispos en »Japon, sacaron tambien dispensaciones para no »administrar Sacramento ninguno ni ceremonia »alguna que trajese consigo aneja la dignidad »episcopal, y así sacaron dispensacion para no »administrar el Sacramento de la Confirmacion, »cuyo ministro es el Obispo, segun los Sacros »Cánones, y porque consagrar crisma y oleos »de los catecúmenos y enfermos, es anejo á la »dignidad episcopal, sacaron dispensacion para »no administrar el Sacramento de la Extrema»uncion á los entermos ni oleo ni crisma á los »que bautizan. De la sabiduría de Dios dice el »Espíritu Santo: *Sapientia aedificavit sibi do»mum, excidit columnas septem, immolavit victimas »suas miscuit vinum, et posuit mensam.* Pues de »estas siete columnas en que la sabiduría de »Dios fundó y edificó su Iglesia, que son los sie»te Sacramentos, la sabiduría de los Teatinos ha »quitado de la iglesia del Japon las dos, pues han »quitado el Sacramento de la Confirmacion, que »es la columna fortísima de enmedio, en cuya »fortaleza estriba y se sustenta todo el peso de »la Iglesia. Como quiera que los Apóstoles y »discípulos de Jesucristo á los que bautizaban »luego administraban este Sacramento, cuyo pro»pio efecto es confortar á los fieles para confe»sar la fe en tiempo de necesidad y tener cons»tancia en ella.»

Y un poco más abajo añade:

* «De do se sigue la grande necesidad que »tienen los fieles de este Sacramento en todo »tiempo y particularmente en tiempo de perse»cucion, y andando entre los infieles y enemigos »de Dios; y así considerando esto atentamente »los romanos Pontífices todas las veces que han »enviado ministros á la conversion de los infie»les á donde no hay Obispos, han concedido

»privilegio para que cualquiera sacerdote dé la »Confirmacion á los neófitos recien convertidos.»

Antes de pasar á los inconvenientes que de esta dispensacion dice el autor que se siguieron, será bien examinar con qué fundamento se hace cargo á los de la Compañía de no confirmar á los recien bautizados. Porque si se consideran bien sus mismas palabras, en ellas está la respuesta. Lo primero dice, que es propio del Obispo confirmar segun los Sacros Cánones, y anejo á su dignidad episcopal el consagrar crisma y oleos. Pues siendo esto así, ¿qué necesidad tenian los Padres de sacar dispensacion para no hacer lo que alias no podian hacer, sino usurpando el oficio y dignidad episcopal? Lo segundo, él mismo dice en las últimas palabras que los Romanos Pontífices daban privilegio todas las veces que enviaban ministros á la conversion de los infieles, para que cualquiera sacerdote confirmase á los neófitos; luego bien se sigue, que no podian hacerlo sin ese privilegio los sacerdotes, y por consiguiente, ni los de la Compañía; y así era fuera de propósito sacar dispensacion para no hacer lo que sin particular privilegio del Papa no podian ejercitar; pero tambien es cosa sin fundamento decir que los Romanos Pontífices daban este privilegio á los sacerdotes todas las veces que enviaban ministros á la conversion de los infieles, porque aunque sabemos que alguna vez concedió Su Santidad esta facultad de crismar á algun sacerdote que no era Obispo, por causas y razones particulares, pero que se haya concedido con esa universalidad, ni hay Breve ni decreto, ni libro que tal diga; y así, el no haber los Padres de la Compañía administrado hasta ahora estos Sacramentos, no fué por quitarlos á la iglesia del Japon, sino por no poderlos administrar, hasta que hubo Obispo que confirmase y consagrase la crisma y oleo, como después acá se ha hecho. Pero pasemos al daño que dice se siguió en Japon por no administrar los Padres este Sacramento de la Confirmacion; las palabras con que declara estos daños, son estas:

* «Como en Japon hay tantos reyezuelos y »tiranos, y cada dia traigan guerras unos con »otros, y hagan persecucion á los cristianos, des»tituidos los japones de este auxilio soberano, »mostráronse tan pusilánimes y cobardes en »esta última persecucion, que de 200.000 almas »cristianas, solas seis hubo que se manifestasen »por cristianos y resistiesen á la furia del tira»no, de los cuales á los dos mandó matar, y á »los otros les quitó las haciendas, todos los de»más, unos habian vuelto atrás y renegando in»finidad de ellos, y otros andaban escondidos, »no atreviéndose á manifestarse ni declararse.»

Y en otro lugar tratando de esto mismo dice:

* «De manera, que solas sus personas de »200.000 y tantas, se hallaron que confesasen la »fe públicamente y no quisiesen hacer su man»dato en renegar; de los cuales á dos mandó »matar, y á otros les quitó las tierras y rentas, y »los desterró; y alrededor de Meaco dicen que »renegaron al pié de 30.000 cristianos, sin otros »sin cuento que renegaron en los reinos de aba»jo, particularmente en el reino de Bungo.»

La mejor respuesta que se puede dar á estas palabras, es con excusar al autor de ellas en que tuvo poca noticia y muy siniestra informacion de aquella cristiandad y de las cosas que pasaron en ella; porque sino damos esta salida, son todas ellas de mucha ofensa y grande desacato de Dios nuestro Señor, el cual fué tan glorificado y servido, con la fortaleza que comunicó á los cristianos del Japon en tiempo de esta persecucion, mostrándose tan fieles y constantes en la confesion de la fe y guarda de su divina ley como queda dicho en particular en los últimos libros de esta historia, poniendo muchos de ellos á riesgo sus vidas y estados, sin mostrar ninguna flaqueza.

Porque siendo Taicosama tan poderoso y tan absoluto señor del Japon, que en sólo un dia mudó y trocó á su gusto muchos reyes y señores desterrando los naturales de sus señoríos y tierras, y enviándolos á otras, y siendo tan temido y obedecido, con todo eso, cuando movió la persecucion habiendo mandado con públicos edictos que los Padres de la Compañía saliesen del Japon so pena de la vida, los señores cristianos, y señaladamente los reyes de Arima y Omura, D. Agustin y D. Juan de Amacusa y otros señores, tuvieron siempre en sus tierras más de 130 Padres y Hermanos de la Compañía, con su colegio, seminario y casa de probacion, poniéndose con esto á evidente peligro de sus estados y vidas y las de sus mujeres é hijos, fiando sólo de nuestro Señor, como ellos decian, que no habia de permitir que se perdiesen por conservar la cristiandad en sus tierras; y cuando otra cosa fuese, ellos estaban aparejados á aventurarlo todo por su servicio, y lo que se dice de las partes de Meaco y Bungo, es verdad que cuando el tirano quitó á Justo Ucandono sus tierras, y las entregó á señores gentiles, y lo mismo hizo en el reino de Bungo, faltaron algunos labradores y gente baja que eran recien convertidos, por la opresion que les dieron los señores gentiles, aunque entre estos mismos labradores se conservaron algunos lugares enteros sin volver atrás; pero toda la gente noble,

caballeros y soldados que se derramaron por diversos reinos, siempre conservaron enteramente su fe, sembrándola por todos los reinos adonde fueron, de lo cual resultó dilatarse y extenderse más la noticia de la ley de Dios, y crecer el buen olor y nombre de la cristiandad en Japon, y hacerse de nuevo en el tiempo de la persecucion más de 70.000 cristianos en diversos reinos, y entre ellos muchos caballeros y grandes señores.

Porque los Padres, aunque desterrados, siempre tenian cuidado de visitarlos y ayudarlos con diversos medios que para esto tomaban, como queda dicho en muchos lugares de esta historia. Y para que se vea cuán poca noticia tenia el autor de las cosas del Japon, y cuán mal informado estaba de ellas después de haber tratado del rey Francisco de Bungo, y que teniendo guerra con el rey de Sucuma llamó en su ayuda á Cambacundono, y después de vencido el de Sucuma movió la persecucion, dice las palabras siguientes:

* «Y el primero á quien hizo renegar fué al »rey de Bungo, á quien vino á socorrer.»

Por las cuales palabras da á entender que al primero que hizo renegar fué al rey Francisco, habiendo sido este príncipe tan excelente cristiano y benemérito sobre todos los demás de la iglesia del Japon, el cual murió santísimamente como vivió, poco después que Cambacundono le socorrió, pero dos meses antes que comenzase la persecucion; y así, ni el rey Francisco la vió ni se halló en ella, como se dice en el capítulo último del lib. x, y fué el mayor trabajo que pudo venir en aquel tiempo á sus estados.

CAPÍTULO XIII

En que se responde á otra cosa de que se hace cargo á los de la Compañía, que es haber tenido culpa en la pérdida de la hacienda del galeon San Felipe, *y en la muerte de los religiosos y cristianos que mandó matar Taicosama.*

La pérdida de la hacienda del galeon *San Felipe* que dió en la costa del Japon en el mes de Octubre de 1596, y la muerte de los religiosos de San Francisco y los demás cristianos que mandó crucificar Taicosama á los 5 de Febrero de 97, han querido cargar á los Padres de la Compañía que residian entónces en Japon y al Obispo D. Pedro Martinez, que tambien estaba allá. Esta fama se extendió en las Filipinas con tanta publicidad que se sintió por obligado un religioso de la Órden del glorioso P. San Agustin, que habia ido con los españoles en el mismo galeon *San Felipe*, á decir la verdad como quien la sabia y era testigo de vista de lo que habia pasado, y subiendo al púlpito en la iglesia Catedral de la ciudad de Manila, afirmó públicamente que lo que se habia dicho de los Padres de la Compañía y del Obispo era muy gran falsedad, y que los que tal cosa inventaron y publicaron, estaban obligados á desdecirse, y que él por descargo de su conciencia les hacia saber la verdad, como quien lo habia visto, jurándolo sobre un misal. De las Filipinas se extendió esta misma fama á la Nueva España, y finalmente ha corrido por estos reinos.

Viendo los de la Compañía del Japon el agravio tan manifiesto que se les hacia, tuvieron necesidad para su satisfaccion de hacer informacion jurídica de todo el caso en el puerto de Nangasaqui el mes de Agosto de 1597 y el mes de Setiembre del mismo año, en la cual fuera de otros testigos dijeron su dicho en abono de la Compañía el capitan Diego García de Pedraza y el alférez Cristóbal de Mercado, y el alférez Jerónimo Muñoz y Juan Ponce de Leon, alguacil real del mismo galeon, y D. Antonio Malaver, sargento mayor, y Juan Lorenzo de Silva, piloto del mismo navío, y Gabriel de Quintanilla, vecino de Manila, y los Padres Fr. Diego de Vivar y Fr. Mateo de Mendoza, sacerdotes y religiosos de la Órden de San Agustin, que todos venian en el dicho galeon *San Felipe*. Y de estas informaciones saqué yo todo lo que acerca de esta materia dejo escrito en este lib. XIII, como queda advertido al fin del cap. III. Pero para mayor claridad de estos dos puntos, quiero poner algunas razones sacadas de lo que en las informaciones se dice.

Cuanto á lo primero, que los Padres de la Compañía no hayan tenido culpa en la pérdida de la hacienda del galeon *San Felipe*, como consta del cap. IV de este libro, pruébase muy claro porque todos los testigos arriba citados fuera de otros, concuerdan en el primer punto de la informacion que habiendo llegado el galeon *San Felipe* al puerto de Urando en el reino de Tosa, el general de él, D. Matías Delandecho, despachó al Meaco al alférez Cristóbal de Mercado y á D. Antonio Malaver, en compañía del P. Fr. Juan Pobre, Religioso Descalzo de San Francisco, con un presente para Taicosama y sus gobernadores, y carta para el P. Fr. Pedro Bautista, Comisario de los Padres Descalzos que estaban en Meaco, dando órden á los que llevaban este presente que el mismo P. Fr. Pedro Bautista le diese de su mano y acudiese á todo lo que fuese menester del despacho del navío y hacienda que en él venia; y mandado á los dichos Cristóbal de Mercado y D. Antonio Malaver, que no acudiesen á

persona ninguna á pedir socorro ni ayuda para ningun negocio que tocase á la dicha hacienda y navío, sino fuese al dicho P. Fr. Pedro Bautista, ni saliesen un punto de lo que él ordenase y mandase, con saber que habia en Meaco Padres de la Compañía. Que todas estas son palabras formales de los dichos testigos, de las cuales hago esta razon.

Si los que iban á tratar el negocio de aquel navío y hacienda llevaban órden y mandato de su general, que solamente tratasen y guiasen aquel negocio por el parecer y consejo del P. Fr. Pedro Bautista, y que sobre aquel caso á ninguna otra persona pidiesen favor ni ayuda, ¿con qué razon ó fundamento se puede echar la culpa de aquel ruin suceso á los Padres de la Compañía, pues no les dieron parte de ello; antes como dicen los más de estos testigos, les mandaron á los que llevaban este recaudo que se guardasen de los dichos Padres?

Confírmase lo segundo esto mismo, porque sabiendo el Obispo D. Pedro Martinez, que estaba entónces en Meaco, la pérdida del galeon y hacienda que en él venia, con deseo de ayudar en lo que pudiese, viendo que ni á él ni á los Padres de la Compañía habian dado parte de este negocio, envió á llamar al P. Fr. Pedro Bautista y al alférez Cristóbal de Mercado, y en presencia del P. Juan Rodriguez y del P. Francisco Passio, les ofreció su ayuda y favor y de los demás Padres de la Compañía para el buen despacho de aquel negocio, y ellos les respondieron que no era menester cosa alguna, porque le tenían puesto en muy buen punto, y nunca más les tornaron á hablar sobre el caso hasta que supieron que ya Taicosama habia enviado el gobernador Yemondono á tomar la hacienda del galeon.

Lo tercero, porque como los testigos confiesan, el mismo gobernador Yemondono, á quien primero dieron el presente, fué el mismo que los vendió, porque era muy amigo del rey de Tosa, en cuyo puerto se habia perdido el navío; y por quedarse entrambos con parte de la hacienda, puso el gobernador Yemondono á Taicosama en que la tomase toda; y de aquí resultó que el negocio viniese encaminado desde Tosa al gobernador Yemondono, por ser amigo de aquel rey y que no se diese cuenta al virey Guinofoin, que solia favorecer los negocios de las Filipinas, de lo cual él mostró sentimiento diciendo que se hubiera remediado lo de la hacienda del galeon si á él le hubieran hablado á tiempo, pero no lo supo ni se lo dijeron hasta que ya era partido Yemondono al puerto de Urando y se habia apoderado de la hacienda, de lo cual se entiende cuán sin fundamento de verdad, y cuán sin razon se hizo cargo á los Padres de la Compañía, y se les echó culpa en la pérdida de esta hacienda, pues ni se les dió cuenta de ello, ni ofreciendo su favor y ayuda le quisieron; antes se fueron recatando de ellos y de que no tuviesen parte en aquel negocio.

En lo que toca al segundo punto, que es haber tenido los de la Compañía culpa en la muerte de los Religiosos de San Francisco que mandó crucificar Taicosama, en una de dos cosas pudo consistir esta culpa, ó en no haber aconsejado los de la Compañía á los Padres de San Francisco lo que les convenia como á gente que entraba de nuevo en aquella tierra, ó en no haberlos favorecido para librarlos de la muerte, porque yo no veo otra cosa en que haya podido estar la culpa.

Y cuando á lo primero, digo que así como desde el primero dia que entraron en Japon los Padres Descalzos de las Filipinas procuraron los de la Compañía hacer con ellos todo lo que pudieron, hospedándolos en sus casas y acudiéndolos en sus necesidades, como queda dicho en el cap. II de este tratado y en otros diversos del lib X, así tambien lo hicieron aconsejándolos con toda caridad lo que juzgaban ser necesario para tratar con aquella gente conforme á la experiencia que tenian de la tierra; y cuando pasaron estos Padres á Meaco la primera vez, los Padres que residian en aquellas partes les dieron estas mismas advertencias por escrito, porque los mismos PP. Descalzos se lo pidieron; y pasando las cosas más adelante, echando de ver el P. Organtino, que residia en Meaco, el disgusto de los gobernadores, por diversas veces les advirtió por medio del P. Pedro de Morejon y de algunos cristianos principales, el peligro á que se ponian á sí mismo y á la cristiandad del Japon con aquel modo de proceder tan público siendo contra la voluntad de Taicosama y de sus gobernadores. Pero el santo celo con que procedian aquellos Padres, y su fervor les allanaba entónces todas las dificultades que les ponian delante, y aun vinieron á tener por sospechosos los consejos que los Padres de la Compañía les daban, hasta que el suceso de las cosas los desengañó en esta parte.

Cuanto á lo segundo, que pudiendo librarlos de la muerte no lo hicieron; pruébase claramente cuán libres de culpa estuvieron en este caso, porque el mismo dia y á la misma hora que el tirano Taicosama mandó prender á los Padres Descalzos, dió el mismo mandato contra los de la Compañía; y pusieron guardas á los que residian en Osaca, y á los que estaban en Meaco de

la misma manera que los pusieron á los PP. Descalzos, como queda dicho en el cap. v de este libro, y aunque algunos de ellos no murieron después por las razones que quedan apuntadas en el cap. ix, pero bien se ve claramente, que pues no pudieron librar de la muerte á tres Hermanos de la misma Compañía que fueron crucificados juntamente con los PP. Descalzos, que tampoco les pudieron socorrer en aquella necesidad á ellos, y que así tan poca culpa tuvieron en la muerte de los dichos religiosos, como en la de sus propios hermanos; pues es de creer que si pudieran entónces algo, procuraran de librarlos.

CAPÍTULO XIV

De las causas que hubo de la muerte de los Religiosos Descalzos de San Francisco.

Para que más de raíz se entienda las causas y ocasiones que hubo en la muerte de los Padres Descalzos de San Francisco que vinieron de las Filipinas, declararé un poco más lo que en el cap. III y IV queda dicho de este mismo lib. XIII. La primera fué el disgusto de los gobernadores de Taicosama, viendo que los Padres predicaban, y bautizaban, y decian misa públicamente contra el mandato de su señor, y mucho más de que habiéndoles avisado de esto, no hiciesen caso de su mandato, como en el cap. III se dijo.

La segunda fué que, así como los del galeon *San Felipe* perdieron su hacienda por confiarse tanto del gobernador Yemondono, así los PP. Descalzos tuvieron por sus mayores contrarios después á los mismos que los habian traido de Manila y llevado á Meaco, que fueron Faranda, Queimon y Fajegabandono; y la razon de esto fué la que diré. Faranda era hombre de su natural muy sagaz, mañoso y atrevido, y se puso á probar ventura en un negocio bien peligroso, y que, si el juego se entendiera, le costara la vida; pero él se supo gobernar de manera que se le siguió honra y provecho.

Fué, pues, el caso, que volviendo él de las Filipinas, donde habia ido con mercadurías á buscar su ventura, deseando tener alguna entrada con Taicosama, le hizo saber por medio de Fajegabandono (el cual era privado de Taicosama y amigo del mismo Faranda) que le haria sujetar las islas Filipinas, y que le diesen la obediencia, y el señor de ellas se hiciese su vasallo y le pagase tributo, haciendo este negocio muy fácil, diciendo que, si Su Alteza escribia una carta al gobernador de Manila, él la llevaria, porque habia de ir allá, y haria venir embajador para asentar esto. Holgó Taicosama con esta nueva, y escribió al gobernador una carta muy soberbia, mandándole que viniese luego á darle la obediencia, la cual carta está en el lib. XII, cap. XII.

Con esta carta quiso volver Faranda á Manila segunda vez, y deseó que el P. Alejandro, que á la sazon estaba en Nangasaqui, escribiese al gobernador de Manila y á los Padres de la Compañía que allí residian, acreditándole por embajador de Taicosama. Pero el P. Alejandro, que ya tenia aviso desde Meaco del P. Organtino de los intentos de Faranda, se excusó de escribir la carta que él pedia con decir que él no conocia al gobernador, y los Padres de Manila no eran sus súbditos. Mas con todo eso les avisó por otra vía de lo que pasaba, para que previniesen al gobernador cómo se habia de haber con Faranda, aunque no se hizo caso de estos avisos que allá se dieron. Finalmente, Faranda no se atrevió á ir entónces, y envió un sobrino suyo del mismo nombre con la carta, que puso á los de las Filipinas en harto cuidado. Y con esta ocasion envió el gobernador al P. Juan Cobos, de la Orden de Santo Domingo, por embajador á Taicosama con una carta, su fecha en Junio de 1592, en que le decia cómo Faranda le habia dado una carta en nombre de Su Alteza, aunque estaba en grande duda si era suya, por no ser el mensajero persona conveniente ni á la calidad de su persona, ni del negocio que venia á tratar, y que para certificarse de esto, enviaba al P. Fr. Juan Cobos, para que, certificado de esto, pudiese dar cuenta al rey de Castilla, su señor, y responder á Su Alteza lo que convenia.

Llegó el P. Fr. Juan Cobos á Nangasaqui, y venia enderezado á Faranda, el tio del que habia ido á Manila, y á Fajegabandono su consorte; y como el Padre no sabia la lengua y habia de tratar los negocios por medio de estos dos ellos trasladaron la carta del gobernador á su, modo en lengua del Japon, no refiriendo á Taicosama lo que la carta traia, ni lo que el Padre Fr. Juan Cobos les decia á ellos, sino lo que á Faranda le venia á cuento, conforme á lo que con Taicosama habia tratado por medio de Fajegaba, su amigo; y así, despachó luego al Padre diciendo que él habia escrito la carta y que lo enviasen á decir á Castilla, y que esperaria sin hacerles mal hasta que viniese la respuesta, amenazándoles con la guerra sino le daban la obediencia; volviendo el P. Fr. Juan Cobos con esta respuesta, con un temporal dieron en una isla donde él y sus compañeros perecieron.

Viendo, pues, Faranda que el negocio iba bien encaminado, porque con la venida de este religioso le dió Taicosama 500 fardos de arroz de renta y le tomó en su servicio, volvió él mismo á Manila para tratar del negocio, haciéndose embajador de Taicosama, aunque no llevó entónces carta, diciendo que el P. Fr. Juan Cobos la habia traido, lo cual puso el gobernador de Manila en nuevo cuidado. Faranda, como hombre sagaz, acudió entónces á los PP. Descalzos, porque tenian amistad con el gobernador, y díjoles que Taicosama deseaba mucho verlos en Japon, é hizo un memorial de algunos capítulos para el gobernador en nombre de Taicosama, en los cuales le pedia paces, comercio y frailes Descalzos, con algunas otras cosas; y aunque el gobernador dudó mucho de su embajada, todavía por asegurar el negocio despachó al P. Fray Juan Bautista, Comisario, con otros tres religiosos, el Mayo de 1593, en compañía de Pedro Gonzalez de Carvajal, para que en su nombre fuesen á Taicosama juntamente con el mismo Faranda.

Llegados todos á Nangoya, donde á la sazon estaba Taicosama, trasladaron esta segunda vez Faranda y Fajegaba la carta del gobernador de Manila á su modo y muy diferente de lo que la carta decia, y en la embajada que los Padres le daban de palabra, ellos lo ponian y declaraban de manera que daban á entender á Taicosama que el gobernador y los castellanos de Manila le daban obediencia como sus vasallos, y le enviaban entónces aquel presente, el cual por parecerles pequeño á Faranda y á Fajegaba, y que lo habia de echar de ver Taicosama conforme á lo que esperaba, ellos añadieron de sus casas diversas piezas, dándole á entender que vendria presto la respuesta del rey de Castilla, y entónces le enviarian otra embajada con un presente muy grande.

Y así, con la tela que iban tejiendo Faranda y Fajegaba, engañaban al gobernador de Manila y á Taicosama y á los Religiosos; porque á Taicosama le hacian creer que el gobernador y castellanos se hacian sus vasallos, y como tales le enviaban presentes y embajada, y que después vendria otro del rey, y al gobernador y á los religiosos daban á entender que Taicosama les pedia paces, amistad y comercio, y Religiosos de San Francisco; y no iba esto tan encubierto que no entendiese algo de ello la lengua que llevaba consigo el P. Comisario Fr. Pedro Bautista, que era un religioso canarin de nacion, lego, que sabia la lengua del Japon, el cual habló aquella vez á Taicosama en nombre del P. Comisario Fr. Pedro Bautista, con harto disgusto de Faranda y de su amigo Fajegaba, porque iba declarando la embajada muy diferentemente de lo que ellos habian dicho; y así, desde entónces nunca consintieron que los Padres hablasen ni tratasen nada con Taicosama, sino era por su medio, porque no descubriesen su juego y la trama que urdian, y los mismos PP. Delcalzos comenzaron á echar de ver que Faranda y Fajegaba no andaban con llaneza; y así, uno de estos Padres dijo estas palabras en una carta:

«Faranda y Fonguen (que es el mismo Fajegabandono) á quien el Cambacu tiene encomendados los negocios de Manila, por lisonjear y granjear favor con el Cambacu, han pretendido muchas veces y pretenden hacer algunas cosas en deshonor de la real corona de Su Majestad; y cuando vinieron nuestros Hermanos con la embajada, en el presente pusieron dineros después que le habian llevado á la sala para presentarle, y pedian obediencia á los de Manila, y las cartas del gobernador las han querido trasladar en su lengua conforme á ellos estaba bien, y no á los españoles sino muy mal; y así Faranda cuando fué á Manila, trató los negocios muy diferentemente de lo que su rey se los habia encargado, y acá muy diferentemente de lo que allí trató.»

De donde se colige que los Padres iban ya conociendo los intentos de Faranda y Fajegaba, que son los que habemos dicho.

Viendo, pues, Taicosama que se dilataba tanto la embajada y el presente que le habian ofrecido de parte del rey de Castilla, comenzó á sospechar si le habian engañado los embajadores de Manila; y con esto crecieron los temores y recelos de Faranda y de su amigo Fajegaba, de que sabiendo los PP. Descalzos la lengua, una vez ú otra, sin que ellos lo supiesen, hablarian con Taicosama y le declararian lo que ellos tanto procuraban encubrir; y así, les parecia que no podian asegurar su negocio sino era procurando que Taicosama desterrase del Japon á los Padres Descalzos ó los matase; y para dar mejor color á su maldad, aprovecháronse de la ocasion que tenian con ver que los Padres predicaban, bautizaban y decian misa públicamente contra el mandato de su señor. Avisáronlos primero, y viendo que pasaban adelante, los acusaron delante de Taicosama, dando á entender que lo hacian porque habiéndolos traido de Manila y favorecido en aquella corte, no les echase á ellos la culpa Taicosama de que predicaban contra su mandato. Pero la causa principal fué porque no descubriesen sus embustes y marañas.

Estando en la disposicion que hemos dicho los gobernadores del imperio y Faranda y Fajegabandono, sucedió la pérdida del galeon *San Felipe* en el puerto de Urando, y lo que allí dijo un

español del modo que tenian los reyes de Castilla en conquistar las Indias, con que acabó Taicosama de persuadirse que la venida de aquellos Padres era para disponer la gente de la tierra, de manera que viniendo los castellanos después por las Filipinas con sus armadas, se levantasen con ella como lo habian hecho en otras partes, como queda dicho en el cap. IV de este libro; y en esta ocasion Faranda y Fajegaba, que eran criados de Taicosama y gentiles, viéndole tan indignado contra los PP. Descalzos y lo que á ellos les importaba para su negocio particular que muriesen, hicieron por sí y por sus amigos cuanto pudieron para que esto tuviese efecto, atizando cada dia más la ira é indignacion del tirano.

Y fuéles muy fácil salir con su intento, por estar los gobernadores tan disgustados contra los Padres; y así, los mismos gentiles de quien tanto se fiaban y que los habian traido de Manila y favorecido algun tiempo en aquella corte por sus particulares fines y respetos, fueron los que más ayudaron para su muerte, aunque la causa principal de ella fué la ira que el tirano tomó con las palabras que el español dijo en Urando, persuadiéndose que la predicacion del Evangelio era ardid para conquistar los reinos, y que los Padres de las Filipinas eran espías de los castellanos de Manila que venian para eso, como el mismo Taicosama claramente lo dijo en la carta que escribió al gobernador de las Filipinas, D. Francisco Tello, en respuesta de otra que el mismo gobernador le envió con un presense por D. Luis Navarrete, así para cobrar la hacienda del galeon *San Felipe*, como para saber la causa por qué la tomara y habia muerto á los religiosos, como queda dicho en el cap. XV. Pero quiero poner aquí la carta de Taicosama, que por brevedad dejé de poner allí, la cual, traducida en español, dice de esta manera:

«Enviástesme de léjos vuestro embajador, pasando trabajos, y por él fuí de vos visitado como de cerca, y juntamente enviásteis un vuestro retrato en vuestro lugar, para visitarme y alegraros conmigo, el cual para mí fué tanto como si os tuviera delante de mis ojos, y como si presencialmente oyera vuestras palabras, aunque, en realidad de verdad, estamos distantes millares de leguas con tierras, mares, nubes y ondas entre nosotros.

»Después que la tierra y el cielo se dividieron y tuvo principio este mundo, este reino del Japon veneró por dios y señor al Jin, que es el principio de donde proceden todas las cosas, y por virtud de este Jin hacen su curso el sol y la luna, y de este mismo procede la variedad del verano, y otoño, y cuatro tiempos del año. Así mismo el gobernarse y esparcirse los vientos y nubes, y el producirse la lluvia y el rocío, y rociar la tierra, el volar de las aves, y el movimiento de los animales, el crecer de los árboles y plantas, finalmente, todas las cosas proceden y participan del admirable sér de este principio, el cual, en cuanto participan los hombres de él, hace que haya diferencia de señores á vasallos, y por la misma causa hay entre los hombres diferencia de viejos y mozos, y hay union y órden de marido y mujer.

»De este toman principio todas las cosas, y en él, finalmente, acaban y se tornan á resolver. Siendo esto así, ha muchos años que vinieron á estos reinos unos Padres, los cuales predicando una ley de reinos extraños y diabólica, quisieron pervertir los ritos de la gente baja y vil de estos reinos, así de hombres como de mujeres, introduciendo costumbres de sus tierras, y perturbaban los corazones de la gente, y destruian el gobierno de estos reinos, por lo cual prohibí esta ley muy rigurosamente, y mandé que totalmente la impidiesen. Sobre todo esto, los religiosos de ese reino tornando acá, discurrian por las calles y lugares, predicando su ley extraña á gente baja, á siervos y á esclavos.

»Oyendo yo esto, y no lo pudiendo sufrir, los mandé luego matar, porque tengo por informacion que en esos vuestros reinos la promulgacion de la ley es un ardid y engaño con que sujetais los reinos extraños; y si de este reino por ventura fuesen á esos vuestros reinos hombres japones, ahora fuesen religiosos, ahora seglares, y en ellos predicasen la ley de Jinto, y los inquietasen, haciendo andar errado y perturbado el pueblo, vos que sois señor del reino, ¿por ventura holgábades con esto? cierto no; pues por aquí podeis juzgar lo que yo tengo hecho. Lo que yo pienso y creo es, que así como vos por esta vía, echando fuera al señor antiguo de ese reino os hicistes nuevo señor de él, que así pretendeis quebrantar mis leyes, y destruirlas con la vuestra, y apoderaros de este reino del Japon.

»Estando, pues, yo por lo sobredicho lleno de cólera y airado, en este mismo tiempo apareció una nave destrozada en el mar del reino de Tosa, que andaba desgarrada y como perdida sobre las ondas del mar; hice ajuntar las haciendas que venian en ella, sin las repartir ni distribuir, y estaba determinado de os las mandar entregar; mas porque los vuestros de ese reino quebrantaron mis leyes, retuve en mi poder la dicha hacienda, y no la podeis más cobrar, y os aconteció lo que dicen, que el mal

que uno hace ó quiere hacer á otro, torna sobre el mismo que lo hace. Mas con todo, ya que ahora para continuar las amistades me enviásteis un embajador de tan léjos, pasando las tempestades y furiosas ondas, si quereis uniros con Japon y confirmar estas amistades, no envieis acá más á predicar esta ley extraña y falsa, y así podreis en todo tiempo tener comercio y trato de mercancía con este reino del Japon; y los navíos de tratos y mercancía que de ahí vinieren, trayendo una patente mia con mi sello, ningun mal ni daño recibirán, así en la mar como en la tierra. Dejar yo tornar para ahí los navíos del año pasado, en que fué la gente de la nave, y dejar de matar á los marineros y la demás gente de la nao, fué por no olvidarme de la antigua amistad que entre nosotros habia.»

De las palabras de esta carta se entiende bien que la principal causa de la muerte de los Padres Descalzos de San Francisco fué la persuasion que tuvo aquel tirano, de que eran enviados de los españoles de Manila para hacer gente por medio de la predicacion de la ley de Dios: y que Faranda y Fajegabandono ayudaron á esto por su parte, sácase de las palabras de una carta del P. Jerónimo de Jesus, que estaba en Japon cuando crucificaron á sus compañeros, y dando cuenta á los Padres de Manila de su muerte. Tratando de Faranda, dice estas palabras: «Iban en otro navío Faranda, japon renegado, por embajador del rey, astuto y refalsado sobre toda manera, el cual en Manila dió harto que sospechar; y de Fajegaba dice, que este mismo gentil fué el que más los acusó; y el P. Fr. Pedro Bautista en otra carta que escribió á Faranda, cuando le llevaban á Nangasaqui para ser crucificado, le amonesta que se arrepienta de los males que habia hecho en los hacer morir y en haber andado en tantos engaños; y así, de lo dicho en este capítulo y en el pasado, está claro cuán sin fundamento y contra razon haya sido el querer hacer cargo á los Padres de la Compañía del Japon, de la muerte de estos religiosos ni de la pérdida de la hacienda del galeon *San Felipe*.

CAPÍTULO XV

En que se responde á otra cosa de que se hace cargo á los Padres de la Compañía del Japon, que es haber sido desleales á los reyes de España.

Parece que ya no faltaba más que decir de los Padres que con tantos trabajos están sirviendo á nuestro Señor en Japon, sino que, habiéndolos notado de gente que cumplen mal con las obligaciones que tienen á su Dios, se echase el sello con tenerlos tambien por desleales á su rey, como se dice en el mismo tratado por estas palabras:

* «Como los Padres eran señores de puertos »y tenian ciudades y fortalezas, más razon era »que lo fuera el rey á quien esto pertenece, y que »ellos, como fieles vasallos, las hubieron tomado »en nombre de su rey, y no quererse hacer señores de ellas y procurar para sí el oficio y cargo »que está cometido al rey de acudir á esta conversion y al amparo de esta iglesia y cristiandad.»

Lo que el autor dice en estas palabras que los Padres tengan ciudades y puertos y se hagan señores de ellos, era menester probarlo para que se viese la deslealtad que tienen con su rey en no tomar los puertos y ciudades, y tenerlos en su nombre y darle la posesion de ellos. Pero los Padres de la Compañía ni tienen ni nunca tuvieron en Japon ciudad, ni puerto, ni villa, sino sola una poca renta, como en el cap. IX se dijo, que los reyes de Arima y Omura les dieron sobre el puerto de Nangasaqui y las tierras de Uracami, quedándose ellos siempre como señores de ellas, hasta que Taicosama las tomó para sí, y con eso se acabó la renta que allí tenian.

Pero el mismo autor se declara más en otro lugar, mostrando en qué consiste la deslealtad, por estas palabras:

* «Si los Padres quisieran dar favor al rey »como leales vasallos suyos, con mucha facilidad podian hacer que el rey fuese señor del Japon de hecho como lo es de derecho; porque »tienen muchos señores de su parte, y muchos »cristianos muy devotos suyos y aficionados con las comodidades que les hacen en la nao de »Macao, y con el proveerlos en los oficios, y »ponerlos bien con los señores y gobernadores; »y así, en sólo Nangasaqui podian armar 30.000 »arcabuceros todos cristianos de los pueblos que »los Padres tenian alrededor de Nangasaqui, y »de ellos podian fiar como de los mismos espa»ñoles, porque no se atreven á salir de lo que los »Padres les imponen y mandan, y con esta gen»te podrian los cristianos y españoles, con ayuda »de Dios, y con la industria y disciplina militar »española, conquistar y pacificar todo Japon, y »el rey de Bungo, D. Agustin, los habia de favo»recer con todo su poder.»

Bien parece cuán más facilmente se tratan estas cosas en el entendimiento que lo serian después, llegando á la ejecucion, como el autor piensa; y quiero hacer la primera razon fundada en sus mismas palabras, porque él dice que los cristianos están sujetos á los Padres y no salen de lo que les mandan por el interés que de ellos

esperan y comodidades que les hacen en la nao de Macao, y en proveer oficios, etc. Luego si los señores del Japon les hiciesen mayores mercedes, claro está que desampararian á los Padres y acudirian á los señores de la tierra; y por consiguiente, no se podian fiar de ellos los Padres como de los españoles.

Lo segundo, la posibilidad y hacienda que tienen los Padres en Japon es tan corta y limitada, que apénas les cabe á cada uno á 20 ducados para su comer y vestir. Pues siendo esto así, como queda dicho en el cap. IX, y que los cristianos penden de ellos por interés, como el autor dice, ¿qué hacienda es esta de los Padres para armar 30.000 arcabuceros en Nangasaqui y en los lugares de su comarca?

Lo tercero, si los cristianos están tan asidos y pendientes de los Padres por lo que esperan de ellos, mucho más asidos estarán de sus propios reyes y señores naturales de la tierra, que les pueden hacer más mercedes que unos pobres religiosos y extrajeros.

Lo cuarto, porque los reyes y señores del Japon no estiman en tan poco sus tierras y estados que, si entendiesen que los Padres trataban de entregarlos á reyes extraños, no se levantasen al punto contra ellos y los echasen de todo el reino; y los mayores amigos y más devotos serian los primeros que tomarian las armas para echarlos. Ni son de tan corto entendimiento ni tan poco versados en ardides de guerra, que en la primera señal que de 100 leguas viesen de eso, no caerian en lo que era, por el continuo recato y recelo que tienen de los extranjeros; pues sola una palabra que dijo aquel español en Urando y ver un gáleon destrozado con religiosos y algun apercibimiento de armas que traian los que venian en él, bastó para alterar tanto el ánimo de aquel tirano y de otros muchos señores gentiles, que fué la causa principal, como queda dicho en el capítulo precedente de la muerte de los religiosos de Manila; y finalmente, con cualquiera significacion que dieran los Padres en esa materia, fuera echar el sello y confirmar en el pecho de los japones gentiles la opinion que tienen de que la predicacion del Evangelio es ardid y maña para conquistar los reinos, y con esto cerrar de todo punto la puerta al remedio de aquellas almas é infamar entre ellos la ley de Dios.

Y llegando al particular de D. Agustin, lo primero él nunca fué rey de Bungo, sino señor de las dos partes del reino de Fingo, que es muy diferente el un reino del otro. Lo segundo, no concuerda bien lo que el autor aquí dice con lo que añade en otro lugar hablando del mismo D. Agustin, por estas palabras:

«Tienen mucha artillería y arcabucería escondida con otras muchas armas, y como el Cambacu ha hecho rey de Bungo á D. Agustin, capitan suyo cristiano, se trata entre ellos que los han de favorecer y procurar de hacer le rey de todo el Jimo, que son los nueve reinos de abajo, ayudándole con sus cristianos, y él les dejará sus pueblos y añadirá otros de nuevo. Para esto tienen Bulas del Papa, para nombrar reyes cristianos, *in ordine ad finem politicum et civilem propter bonum fidei*.

Pues si los Padres y cristianos habian de ayudar á D. Agustin para que fuese rey del Jimo, claro está que más querria él para sí el reino que no para los extranjeros, y que de muy mala gana acudiria él á los Padres para que diesen la posesion de él á los reyes de España; y ojalá tuvieran los Padres esa mano en Japon para poder hacer rey del Jimo á D. Agustin, porque viniera muy bien para toda aquella cristiandad; pero, así como esto último no tiene otro fundamento más que haberlo imaginado el autor, así tampoco le tiene lo primero que quiso probar con ello; mas yo quiero disculparle en esto y en todas las demás cosas pasadas con que tenia poca noticia de las del Japon y no se informó bien de ellas; y así no es maravilla que haya dicho y escrito lo que en sus tratados se ve. Y no seria pequeño fruto si de este y de otros semejantes casos quedásemos todos avisados y escarmentados para no creer ni juzgar fácilmente las cosas de nuestros prójimos, ni decirlas, y ménos escribirlas, hasta tenerlas muy bien averiguadas y entendidas; pues lo contrario, ni se puede hacer sin grande daño y detrimento del buen nombre y crédito de nuestros hermanos, ni sin mucho peligro de las propias conciencias.

FIN DEL TRATADO

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA DE ESTA NUEVA EDICION..... 5
PRÓLOGO DEL AUTOR..... 9

LIBRO PRIMERO

De las peregrinaciones que hizo el P. Maestro Francisco Javier en la India Oriental, para predicar en ella el santo Evangelio.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—En el cual se pone una breve descripcion de la India Oriental..... 13
CAP. II.—En que se prosigue más en particular la descripcion de la India..... 14
CAP. III.—De los impedimentos que tenian los indios orientales para recibir la ley de Dios.... 15
CAP. IV.—Cómo los portugueses conquistaron las islas de Goa, Salsete, Coran y Vivar..... 16
CAP. V.—Cómo se comenzó á predicar el santo Evangelio en la ciudad de Goa..... 17
CAP. VI.—Del orígen y linaje del P. Francisco Javier, de sus estudios y conversion en París... 19
CAP. VII.—De la mudanza de vida que hizo el P. Javier, y el camino de París á Venecia..... 20
CAP. VIII.—Cómo el P. Francisco Javier estuvo en Venecia sirviendo en el hospital, y habiendo dicho la primera misa, fué á Bolonia y desde allí á Roma..... 21
CAP. IX.—Cómo el P. Francisco Javier fué señalado para la India Oriental, y se partió de Roma para Lisboa..... 22
CAP. X.—Cómo el P. Francisco partió de Lisboa, y lo que le sucedió hasta llegar á Goa..... 24
CAP. XI.—De lo que el P. Francisco Javier hizo en Goa, y cómo pasó á la costa de la Pesquería. 25
CAP. XII.—Del modo que tenia el P. Francisco para enseñar la ley de Dios á los parabas..... 26
CAP. XIII.—De lo que aconteció al P. Francisco en la costa de la Pesquería con algunos bracmanes..... 28
CAP. XIV.—Del modo de vida que tenia el Padre Francisco, la eficacia de su oracion y los milagros que hizo en la costa de la Pesquería..... 29
CAP. XV.—Cómo el P. Francisco vino á Goa y volvió segunda vez á la Pesquería, y de allá pasó á Travancor 30
CAP. XVI.—De la conversion y persecucion de los manarenses, y lo que el P. Francisco hizo para su remedio..... 31
CAP. XVII.—De lo que negoció el P. Francisco con el virey, y lo que le sucedió en este camino y en la isla de Ceilan..... 33
CAP. XVIII.—Cómo el P. Francisco pasó á la ciudad de Santo Tomé, y lo que en el camino y allá le sucedió..... 34
CAP. XIX.—Cómo el P. Francisco llegó á la ciudad de Malaca y el fruto que en ella hizo..... 36
CAP. XX.—Cómo el P. Francisco pasó á la isla de Amboino, y lo que allí le sucedió..... 37
CAP. XXI.—Cómo el P. Francisco pasó á Ternate, y desde allí á las islas del Moro..... 39
CAP. XXII.—Cómo el P. Francisco volvió á Ternate, y desde allí pasó á Amboino y á Malaca.. 40
CAP. XXIII.—Cómo el P. Francisco llegó á Malaca y tuvo noticia de los reinos del Japon, y de allí partió para Goa por la costa de la Pesquería..... 41
CAP. XXIV.—Cómo el P. Francisco después de bautizado Angero se determinó ir al Japon, y recibió en la Compañía al P. Cosme de Torres. 43
CAP. XXV.—Cómo el P. Francisco ordenó las cosas de la India, y repartió los Padres antes de partir para el Japon..... 44
CAP. XXVI.—De otras advertencias particulares que daba el P. Francisco á los Padres que andaban á las misiones..... 46
CAP. XXVII.—Del camino que el P. Francisco hizo á Japon, y desde allí volvió á Goa..... 47
CAP. XXVIII.—Cómo el P. Francisco determinó ir á la China, y dejó en su lugar al P. Maestro Gaspar Barceo, y la instruccion que á él y á los demás daba para ser Superiores..... 48
CAP. XXIX.—Cómo el P. Francisco partió de Goa y llegó á la China, y los impedimentos que tuvo para entrar en ella..... 49
CAP. XXX.—Cómo el P. Francisco se concertó con un mercader china, que le llevase á la ciudad de Canton..... 50
CAP. XXXI.—Cómo el P. Francisco murió en la isla de Sanchon antes de entrar en la China.... 51
CAP. XXXII.—Cómo fué llevado el cuerpo del P. Maestro Francisco desde la China á Malaca. 52
CAP. XXXIII.—Cómo fué recibido en Goa el Padre Francisco Javier, y se depositó en la iglesia de la Compañía..... 53

LIBRO SEGUNDO

De las misiones que han hecho los Padres de la Compañía para predicar el santo Evangelio en las islas y reinos que pertenecen propiamente á la India Oriental.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo se prosiguió en Goa la conversion de los gentiles después de muerto el P. Francisco 55
CAP. II.—Del órden que se tenia en bautizar á los gentiles de Goa 56
CAP. III.—De algunas conversiones particulares que hubo en la isla de Goa 57
CAP. IV.—Cómo se convirtieron á nuestra santa fe las islas de Coran y Vivar, y el buen ejemplo que dan los cristianos de ellas 58
CAP. V.—De la dificultad con que recibian los de Salsete la ley de Dios, y el fruto que se hizo en esta isla con algun trabajo 60
CAP. VI.—Del odio que tenian los gentiles de Salsete contra la ley de Dios y contra los que la predicaban 61
CAP. VII.—Cómo se derribaron los templos é ídolos de Salsete, y creció el odio de estos gentiles contra los de la Compañía 62
CAP. VIII.—Cómo fué señalado por Superior de las residencias de Salsete el P. Rodulfo Aquaviva, y fué á visitarlas acompañado de otros Padres 63
CAP. IX.—Cómo los gentiles de Coculino mataron á los Padres y á los que iban con ellos 64
CAP. X.—Cómo se cobraron los cuerpos de estos Padres y se les dió sepultura 66
CAP. XI.—Del fruto que se ha hecho en la isla de Salsete desde la muerte de los Padres 67
CAP. XII.—De la cristiandad de la costa de la Pesquería y martirio del P. Antonio Criminal 68
CAP. XIII.—De otros trabajos que los Padres pasaron en la costa de la Pesquería 69
CAP. XIV.—Cómo los badagas desbarataron á los cristianos y llevaron cautivo al P. Mezquita 70
CAP. XV.—Cómo el P. Mezquita se libró de la prision en que estaba 70
CAP. XVI.—Del intento con que vino á la costa de la Pesquería el virey, y lo que resultó de su venida 72
CAP. XVII.—De lo que sucedió al P. Andrés Hernandez en la costa de la Pesquería 73
CAP. XVIII.—Del martirio que padecieron algunos cristianos de la costa de la Pesquería 73
CAP. XIX.—Del aumento que hubo en la cristiandad de la costa de la Pesquería 74
CAP. XX.—Cómo el rey de Jafanapatan tornó á perseguir los cristianos, y por ello perdió la vida y el reino 75
CAP. XXI.—Cómo se fundó una casa en el reino de Coulan, y desde allí se acudió á los cristianos de Travancor 77
CAP. XXII.—Del fruto que se hizo en los reinos de Coulan y Travancor 78
CAP. XXIII.—Cómo se dió principio al colegio de Cochin y otras casas de residencia en aquel reino y en otros 78
CAP. XXIV.—Del fruto que se hace en el colegio de Cochin y en sus residencias 79
CAP. XXV.—Cómo el rey de Calicut y emperador de los malabares trató de hacer paces con los portugueses por medio de los Padres de la Compañía 82
CAP. XXVI.—Cómo se asentaron las paces entre el emperador de Calicut y los portugueses, y se edificó iglesia y casa para los Padres, y concedió licencia y muchos privilegios á los que se hiciesen cristianos 83
CAP. XXVII.—Cómo se confirmaron las paces segunda vez por el virey que vino de nuevo, y las grandes esperanzas que hay de dilatarse la fe en aquel reino 84
CAP. XXVIII.—Cómo se tornaron á romper las paces con el Zamorin, y los Padres salieron de Calicut, y últimamente se capitularon estas paces la tercera vez 86
CAP. XXIX.—Del suceso que tuvo la guerra del corsario Cunahale, y cómo fué electo por Arzobispo de Angamale el P. Francisco Ros, de la Compañía, y el P. Jerónimo Javier por sucesor suyo 86
CAP. XXX.—Cómo se fundó el colegio de Bazain y otras residencias en el reino de Cambaya 88
CAP. XXXI.—Del fruto que se hace en la ciudad de Bazain 88
CAP. XXXII.—Del fruto que se hace en la isla de Tanaa y en sus residencias 89
CAP. XXXIII.—Del fruto que se hizo en otras residencias del reino de Cambaya y el martirio del P. Francisco Lopez 90
CAP. XXXIV.—Cómo el Apóstol Santo Tomé predicó en algunas partes de la India, especialmente en la ciudad de Meliapor 91
CAP. XXXV.—Cómo fué martirizado el Apóstol Santo Tomé, y fueron halladas sus reliquias 92
CAP. XXXVI.—De la cruz maravillosa que se halló en el mismo lugar donde fué martirizado el santo Apóstol 93
CAP. XXXVII.—De los errores que tienen los cristianos de Santo Tomé y la causa de ellos 94
CAP. XXXVIII.—Del fruto que se ha hecho en los cristianos de Santo Tomé 95
CAP. XXXIX.—Del imperio de Bisnaga y cómo entraron en él los Padres de la Compañía por medio de un cuñado del mismo emperador 96
CAP. XL.—Cómo los Padres llegaron á la ciudad de Chandegri, y visitaron al Obaraju y al emperador, y lo que negociaron con entrambos 97
CAP. XLI.—Cómo los Padres visitaron segunda vez al emperador, y lo que con él pasaron en el tiempo que se detuvieron en Bisnaga 98
CAP. XLII.—De los Padres que vinieron de Goa para esta mision de Bisnaga, y de la iglesia que edificaron en la ciudad de Chandegri 100
CAP. XLIII.—De la mision que hicieron los Padres Francisco Hernandez y Domingo de Sosa á los reinos de Bengala 101
CAP. XLIV.—De la mision de Pegu, para la cual fueron señalados los PP. Baltasar de Siquera y Juan de Acosta 102
CAP. XLV.—De la mision que piden en el reino de Camboya 104
CAP. XLVI.—Del principio que tuvo el colegio de Malaca y el fruto que se hace en él 104
CAP. XLVII.—Del principio que tuvo el colegio de Ternate 105
CAP. XLVIII.—Del origen y causa porque los reyes de Maluco vinieron á ser enemigos de los portugueses y de toda la cristiandad 106

CAP. XLIX.—Del principio que tuvieron las islas del Moro para convertirse á la fe..... 107
CAP. L.—Cómo los Padres de la Compañía fueron á las islas del Moro, y el martirio del Padre Alonso de Castro..... 108
CAP. LI.—Del castigo que nuestro Señor dió á las islas del Moro y de su conversion..... 109
CAP. LII.—Del fruto que hizo el P. Nuño Ribera en la isla de Amboyno..... 110
CAP. LIII.—Del fruto que hizo el P. Nicolás Nuñez en la isla Bactiana..... 111
CAP. LIV.—Del fruto que se hizo en la isla de los Celebes y en otras comarcanas..... 112

LIBRO TERCERO

De las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesus para predicar el santo Evangelio en otros diversos reinos é islas de la India Oriental.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De las cualidades de la isla y ciudad de Ormuz..... 115
CAP. II.—Cómo el Padre M. Gaspar Barceo llegó á la ciudad de Ormuz..... 116
CAP. III.—Cómo el Padre M. Gaspar comenzó á predicar en Ormuz, y el fruto que hizo con sus sermones..... 117
CAP. IV.—De algunas conversiones particulares que nuestro Señor obró en Ormuz por medio de los sermones del Padre M. Gaspar..... 118
CAP. V.—De algunas cosas extraordinarias y milagrosas que obró nuestro Señor por el Padre M. Gaspar..... 119
CAP. VI.—Cómo se convirtió á la fe un famoso yogue, y el rey de Ormuz deseó hacerse cristiano. 120
CAP. VII.—Cómo el rey de Ormuz se resfrió en el deseo que tenia de ser cristiano, y lo que sobre este caso hicieron los moros y el Padre M. Gaspar..... 121
CAP. VIII.—Del edicto que el rey de Ormuz publicó contra los moros, y los medios que ellos pusieron para que el rey desistiese de ser cristiano.. 122
CAP. IX.—De la disputa pública que tuvo el Padre M. Gaspar con los moros, y lo que de ella resultó..... 123
CAP. X.—Cómo el P. Gaspar volvió desde Ormuz á la India, y de su muerte en Goa..... 124
CAP. XI.—De la ocasion que hubo para predicar el santo Evangelio en los reinos de Inambay y Monomotapa..... 125
CAP. XII.—Cómo el P. Gonzalo Silveira llegó al reino de Inambay, y de allí pasó á Monomopata. 125
CAP. XIII.—Cómo el P. Gonzalo Silveira llegó á Monomotapa y la honra que le hizo el emperador..... 126
CAP. XIV.—Cómo el P. Gonzalo Silveira bautizó al emperador de Monomotapa y otros muchos caballeros..... 127
CAP. XV.—Cómo el emperador de Monomotapa engañado de unos hechiceros, hizo matar al Padre Gonzalo Silveira..... 128
CAP. XVI.—Del origen que tuvo la mision del Preste Juan, y los Padres que para ella fueron señalados..... 129
CAP. XVII.—Cómo el P. Gonzalo Rodriguez fué á Etiopia para ver la disposicion que hallaba en el rey Cláudio..... 130
CAP. XVIII.—De lo que sucedió en el viaje de la India á algunos compañeros del P. Patriarca, y á él y á los demás en Goa..... 131
CAP. XIX.—Cómo el P. Andrés Oviedo llegó á Etiopia y los trabajos que allá padeció..... 132
CAP. XX.—De otros trabajos que pasó en Etiopia el P. Patriarca Andrés Oviedo, hasta su muerte. 133
CAP. XXI.—De lo que sucedió á los compañeros del P. Patriarca en Etiopia y al que sucedió en su dignidad..... 134
CAP. XXII.—Cómo el P. Antonio de Monserrate y el P. Pedro Paez fueron enviados á Etiopia y los cautivaron los moros junto á Meca..... 134
CAP. XXIII.—Cómo estuvieron los Padres cautivos seis años y volvieron libres á Goa..... 135
CAP. XXIV.—Del martirio del P. Abrahan de Georgi's en la costa de Etiopia..... 137
CAP. XXV.—Cómo fué un sacerdote del Seminario de Goa á la mision de Etiopia, y la relacion que de ella envió..... 139
CAP. XXVI.—Del origen y descendencia del rey de los mogoles y su gran poder..... 140
CAP. XXVII.—De algunas cosas particulares que tiene este emperador de los mogoles..... 141
CAP. XXVIII.—Cómo el emperador de los mogoles envió á Goa por algunos Padres de la Compañía..... 141
CAP. XXIX.—Cómo llegaron á Pateful los tres Padres que fueron señalados para esta mision, y las disputas que tuvieron con los cadies..... 142
CAP. XXX.—Cómo los Padres hablaron al emperador para saber su última determinacion..... 143
CAP. XXXI.—De las buenas esperanzas que hubo de convertirse este emperador, y después se resfrió en sus buenos propósitos..... 144
CAP. XXXII.—Cómo los Padres dieron á entender al emperador que se querian volver á Goa, y lo que de esto resultó..... 145
CAP. XXXIII.—Cómo últimamente se volvieron los Padres á Goa viendo el poco fruto que allí hacian..... 146
CAP. XXXIV.—Cómo el emperador de los mogoles envió segunda vez á Goa á pedir Padres de la Compañía..... 147
CAP. XXXV.—Cómo partieron la tercera vez para la corte del gran Mogol los PP. Jerónimo Javier y el P. Manuel Pineiro y el H. Benito de Goes, y lo que en el camino les sucedió antes de llegar á la corte..... 148
CAP. XXXVI.—Cómo llegaron los Padres á la corte del gran Mogol, y fueron bien recibidos.. 150
CAP. XXXVII.—De los favores que el emperador hacia á los Padres, y muchas esperanzas que habia de su conversion..... 151
CAP. XXXVIII.—Cómo nuestro Señor castigó á á este emperador, por la dureza que tenia en convertirse, y se acabó de edificar la casa é iglesia de los Padres en Lahor..... 153
CAP. XXXIX.—Cómo el Mogol volvió á la ciudad de Lahor, y desde allí partió á la guerra del Decan, y lo que en este tiempo hicieron los Padres que con él estaban..... 155
CAP. XL.—De la noticia que tuvo el P. Jerónimo Javier de la tierra del Jetay, y la mision que se ordenó para ir á predicar allá la ley de Dios.... 156
CAP. XLI.—De la cualidad de la tierra y gente de la provincia del Brasil..... 157
CAP. XLII.—Cómo se pobló la provincia del Brasil, y se comenzó á dar en ella noticia de la ley de Dios..... 158

CAP. XLIII.—Cómo entraron los de la Compañía en la provincia del Brasil..... 159
CAP. XLIV.—Cómo los de la Compañía comenzaron á enseñar la ley de Dios á los brasiles, y fueron muertos dos por mano de estos indios.. 160
CAP. XLV.—Cómo se fundaron en el Brasil algunos colegios y casas de residencias, y fué elegido por Provincial el P. Manuel de Nobrega, y después por Visitador el P. Ignacio de Acevedo... 161
CAP. XLVI.—Cómo el P. Ignacio de Acevedo volvió de Roma para ir al Brasil, y recogió buen número de gente para llevar en su compañía... 162
CAP. XLVII.—Cómo el P. Ignacio se embarcó con todos sus compañeros, y el órden que guardaban en la nao..... 163
CAP. XLVIII.—Cómo llegó la armada del Brasil á la isla de la Madera, y desde allí fué sola la nao *Santiago* para la isla de la Palma por Terzacorte. 164
CAP. XLIX.—Cómo los herejes tomaron la nao *Santiago* y mataron al P. Ignacio de Acevedo.. 165
CAP. L.—Cómo fueron muertos de los herejes los demás compañeros del P. Ignacio, excepto uno, y los desacatos que hicieron en las cosas sagradas que hallaron en la nao..... 166
CAP. LI.—De otros 12 de la Compañía que tambien murieron por mano de herejes..... 168
CAP. LII.—Cómo se fundaron y dotaron tres colegios en el Brasil, y se hicieron otras casas de residencia y la necesidad que de ellas habia.... 170
CAP. LIII.—Del fruto que se ha hecho en el colegio de la Bahia y en sus residencias..... 171
CAP. LIV.—Del fruto que se hace en el colegio de Rio Janeiro y en sus residencias..... 172
CAP. LV.—Del fruto que se hace en el colegio de Fernambuco..... 175

LIBRO CUARTO

Del reino de la China, y de la disposicion que en él hay para predicarse el santo Evangelio.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Del reino de la China y las muchas provincias, ciudades y villas qûe en sí tiene..... 177
CAP. II.—Cuán poblada, fértil y fresca sea la tierra y el reino de la China..... 178
CAP. III.—De los edificios de la China, y la policía que tienen en todas las ciudades acerca de este..... 179
CAP. IV.—De la grande riqueza que tiene el rey de la China..... 180
CAP. V.—Del gobierno que tiene en sus provincias el rey de la China..... 180
CAP. VI.—De algunas cosas particulares que tiene este gobierno de la China..... 181
CAP. VII.—De algunos inconvenientes que se siguen de este gobierno, y los vicios que tiene esta gente..... 182
CAP. VIII.—Del hábito y religion de los chinas... 183
CAP. IX.—Cómo los portugueses comenzaron á tratar con los chinas..... 184
CAP. X.—Cómo algunos religiosos han deseado entrar en la China para predicar el santo Evangelio..... 185
CAP. XI.—Cómo el P. Miguel Rogerio fué á Canton, y las dificultades que en ello hubo..... 186
CAP. XII.—Cómo el P. Miguel Rogerio alcanzó licencia para vivir en Canton..... 187
CAP. XIII.—Cómo el P. Alonso Sanchez llegó al primer puerto de la China..... 187
CAP. XIV.—Cómo el P. Alonso Sanchez partió para Canton, y lo que en el camino le sucedió.. 189
CAP. XV.—Cómo el P. Alonso Sanchez llegó á Canton y halló allí al P. Miguel Rogerio..... 190
CAP. XVI.—De lo que el P. Alonso Sanchez hizo en Canton y negoció en Macao, hasta que volvió á Luzon..... 191
CAP. XVII.—Cómo el P. Rogerio alcanzó licencia del tutan para residir en la ciudad de Jauquin.. 193
CAP. XVIII.—De los favores que cada dia hacia el tutan á los Padres y por su respeto á otros mandarines..... 193
CAP. XIX.—Cómo fueron echados los Padres de la ciudad de Jauquin, y después fueron restituidos..... 195
CAP. XX.—Cómo se comenzó á predicar la ley de Dios en la ciudad de Jauquin..... 196
CAP. XXI.—Cómo el P. Alonso Sanchez volvió segunda vez á Macao, y el peligro que tuvo para tornar á Luzon..... 197
CAP. XXII.—Cómo se bautizaron algunos gentiles en Jauquin con la ida del P. Provincial..... 198
CAP. XXIII.—Cómo vinieron á Jauquin otros dos Padres, y el P. Rogerio con otro compañero fué á la ciudad de Chiquion..... 199
CAP. XXIV.—Cómo los Padres volvieron de Chiquion á Jauquin y el P. Rogerio partió de la China para Europa..... 200
CAP. XXV.—De la persecucion que se levantó contra los Padres que quedaron en la ciudad de Jauquin..... 201
CAP. XXVI.—Cómo los Padres fueron echados de Jauquin y se recogieron á la ciudad de Jauqueo. 203
CAP. XXVII.—Cómo los Padres llegaron á la ciudad de Jauqueo, y lo que les sucedió..... 204
CAP. XXVIII.—Cómo el P. Mateo Ricio entró por la China adentro, y las cosas que en este camino vió..... 205
CAP. XXIX.—De la grandeza y nobleza de la ciudad de Nankin, y cómo desde allí volvió el Padre á la ciudad de Nanchan..... 207
CAP. XXX.—De lo que sucedió al P. Mateo Ricio en la ciudad de Nanchan..... 208
CAP. XXXI.—Cómo deseaban los Padres sacar licencia del rey para predicar en la China, y del fuego del cielo que abrasó parte de sus palacios. 211
CAP. XXXII.—Del fruto que se hacia en las residencias de Jauqueo y de Nanchan..... 212
CAP. XXXIII.—Cómo los PP. Mateo Ricio y Lázaro Catanio con un Hermano fueron á la ciudad de Pekin y corte del rey de la China..... 213

LIBRO QUINTO

Cómo se dió principio á la predicacion del santo Evangelio en los reinos del Japon por medio de los Padres de la Compañía de Jesus, hasta llegar á la grande ciudad de Meaco, cabeza de toda la monarquía del Japon.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De la tierra del Japon y sus calidades, y los muchos reinos en que está dividida..... 215
CAP. II.—De algunas costumbres particulares que tienen los japones..... 217

CAP. III.—De algunas otras condiciones y propiedades particulares de los japones..... 218
CAP. IV.—De los diversos estados de gente que hay en el Japon entre los seglares..... 219
CAP. V.—De los muchos bonzos y sacerdotes que hay en Japon..... 220
CAP. VI.—Algunas sectas principales del Japon.. 221
CAP. VII.—De otras sectas particulares que salieron de las tres primeras..... 222
CAP. VIII.—De la peregrinacion que hacen cada año los bonzos jamabugis..... 223
CAP. IX.—De algunos monasterios más principales donde residen los bonzos del Japon..... 225
CAP. X.—De algunas fiestas particulares que hacen cada año los japones á sus ídolos..... 226
CAP. XI.—Del modo que tienen los japones para enterrar sus difuntos..... 227
CAP. XII.—De los modos que el demonio tiene para engañar á los japones en la muerte..... 228
CAP. XIII.—Cómo el P. Maestro Francisco Javier partió de Goa y llegó á Japon con sus compañeros..... 229
CAP. XIV.—De lo que el P. Francisco escribió desde Cangojima á los Padres y Hermanos de Goa. 230
CAP. XV.—De lo que el P. Francisco y sus compañeros hicieron en el reino de Sucuma..... 232
CAP. XVI.—Cómo el P. Francisco llegó á Firando y desde allí pasó á Amanguchi y á Meaco, y últimamente volvió á Firando..... 233
CAP. XVII.—Cómo el P. Francisco volvió á la ciudad de Amanguchi, y el fruto que en ella se hizo y cómo desde allí pasó al reino de Bungo. 234
CAP. XVIII.—De las preguntas que hicieron los bonzos y gentiles en Amanguchi después de partido el P. Francisco..... 236
CAP. XIX.—Cómo mataron al rey de Amanguchi, y el peligro en que estuvieron el P. Cosme de Torres y su compañero..... 237
CAP. XX.—Cómo llegaron á Japon el P. Baltasar Gago y sus compañeros, y pasaron de Bungo á la ciudad de Amanguchi..... 238
CAP. XXI.—Cómo se dió principio á la cristiandad de Bungo, y lo que en ella sucedió..... 239
CAP. XXII.—Del fruto que se hacia en la cristiandad de Amanguchi..... 241
CAP. XXIII.—De los trabajos que pasaron en Bungo los Padres y los cristianos, y la traicion que se armó contra el rey y el camino del Padre Baltasar á Firando..... 242
CAP. XXIV.—Cómo se destruyó la ciudad de Amanguchi, y el P. Cosme de Torres se volvió á Bungo..... 244
CAP. XXV.—Cómo llegó á Bungo el P. Melchor Nuñez, Provincial de la India, con otros compañeros, y lo que sucedió en el tiempo que se detuvo en Japon..... 245
CAP. XXVI.—Cómo el P. Baltasar fué á Firando con dos compañeros, y lo que en el mismo tiempo sucedió en Bungo y Amanguchi.. 246
CAP. XXVII.—Del fruto qne hicieron en Firando el P. Baltasar y sus compañeros..... 247
CAP. XXVIII.—De lo que sucedió en Firando al P. Gaspar Vilela, y cómo se volvió á Bungo.. 248
CAP. XXIX.—Del fruto que se hizo en la ciudad de Facata el tiempo que estuvieron allí el Padre Baltasar y su compañero..... 249
CAP. XXX.—De la destruccion de Facata, y lo que sucedió al P. Baltasar y á su compañero . 250
CAP. XXXI.—Del fervor y devocion que habia en la cristiandad de Bungo..... 251
CAP. XXXII.—Cómo el P. Gaspar Vilela salió á visitar algunos lugares cerca de Funay..... 252
CAP. XXXIII.—Del camino que el P. Gaspar Vilela hizo á la ciudad de Meaco..... 253

LIBRO SEXTO

En el cual se prosigue el discurso de la predicacion del santo Evangelio, desde la entrada en Meaco, hasta la muerte del Cubuzama, supremo señor del Japon.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De algunas cosas particulares de la ciudad de Meaco, y señores que residen de ordinario en ella..... 257
CAP. II.—Cómo el P. Gaspar Vilela comenzó á predicar en Meaco, y el fruto que se siguió.... 258
CAP. III.—Cómo dió licencia el Cubuzama para que se predicase en Meaco la ley de Dios, y se edificó iglesia, y la indignacion que tuvieron de esto los bonzos..... 260
CAP. IV.—Cómo el P. Baltasar Gago volvió á la India, y lo que en el camino le sucedió..... 261
CAP. V.—Cómo el H. Luis de Almeida fué á visitar los cristianos de Firando, Facata y otras partes..... 262
CAP. VI.—Del modo que tenian los Padres en Bungo para celebrar las fiestas del año y el tiempo de Cuaresma..... 263
CAP. VII.—De algunas cosas de edificacion que que sucedieron en Bungo..... 264
CAP. VIII.—Cómo el P. Gaspar Vilela fué á la ciudad de Sacay, donde hizo algunos cristianos. 266
CAP. IX.—De los desasosiegos y revueltas que hubo en Meaco, y cómo después de acabadas volvió allá el P. Gaspar..... 267
CAP. X.—Del camino que el H. Luis de Almeida hizo á Sajuma..... 268
CAP. XI.—Cómo el H. Luis de Almeida visitó al rey de Sajuma y á los cristianos de Cangojima. 269
CAP. XII.—Cómo el H. Luis de Almeida fué al reino de Omura y Firando, y el P. Cosme de Torres vino á Vocojiura, y lo que resultó de su venida..... 271
CAP. XIII.—De la iglesia que se edificó en el puerto de Vocojiura, y el fruto que en ella se hizo..... 272
CAP. XIV.—Cómo el P. Cosme de Torres visitó los cristianos de Firando y de las islas..... 273
CAP. XV.—Cómo el P. Cosme de Torres estuvo con los cristianos en Vocojiura la Cuaresma y Semana Santa, y el H. Luis de Almeida fué á Jimabara..... 274
CAP. XVI.—Cómo el rey de Omura vino al puerto de Vocojiura, y lo que pasó con el P. Cosme de Torres..... 275
CAP. XVII.—Cómo se comenzó á predicar la ley de Dios en el reino de Arima..... 277
CAP. XVIII.—De lo que sucedió en Jimabara y Cochinozu, hasta que el H. Luis de Almeida volvió al puerto de Vocojiura..... 278
CAP. XIX.—Cómo se bautizó el rey de Omura, que se llamó D. Bartolomé, y vinieron dos Padres y Hermanos de la India..... 280
CAP. XX.—Cómo se repartieron los Padres que vinieron de la India, y el P. Juan Bautista Montano fué á Bungo con el H. Luis de Almeida..... 281

CAP. XXI.—Del fervor y devocion del rey D. Bartolomé, y cómo vino al puerto de Vocojiura á visitar á los Padres..... 282
CAP. XXII.—De una secreta conjuracion que se hizo para matar á los dos reyes de Arima y Omura, y á los Padres de Vocojiura..... 283
CAP. XXIII.—Cómo vino de Bungo á Vocojiura el H. Luis de Almeida, y lo que en el camino le sucedió..... 285
CAP. XXIV.—Del buen suceso que tuvo la persecucion del rey de Arima y de Omura..... 286
CAP. XXV.—De la persecucion que se levantó en el Meaco contra la cristiandad..... 287
CAP. XXVI.—Del grande fruto que nuestro Señor sacó de esta persecucion con la conversion de los dos bonzos y otros caballeros..... 288
CAP. XXVII.—Cómo se partió de Vocojiura el P. Cosme de Torres, y pasó á Cochinozu y á Tacaje..... 290
CAP. XXVIII.—De lo que pasaron el P. Luis Froes y su compañero en las islas de Tacujima y de Iquizeuqui, y el castigo que hizo dar D. Antonio al bonzo de Firando..... 291
CAP. XXIX.—Cómo vinieron de la India tres Padres, y lo que pasaron hasta entrar en Firando. 293
CAP. XXX.—De cómo repartió el P. Cosme de Torres los Padres, y envió al Meaco al P. Luis Froes y al H. Luis de Almeida..... 294
CAP. XXXI.—Cómo el P. Gaspar Vilela y el Padre Luis Froes fueron á visitar al Cubuzama, y se celebró en la ciudad de Meaco el oficio de la Semana Santa..... 295
CAP. XXXII.—De lo que sucedió al H. Luis de Almeida el tiempo que estuvo en Sacay y llegó á Meaco..... 297
CAP. XXXIII.—De lo más que pasó el H. Luis de Almeida en las partes de Meaco hasta que volvió á Bungo..... 298
CAP. XXXIV.—De lo que pasó en Bungo y Jimabara después que volvió de Meaco el H. Luis de Almeida con su compañero..... 299
CAP. XXXV.—Cómo los HH. Luis de Almeida y Lorenzo, y después los PP. Melchor de Figueredo y Juan Cabral, estuvieron en Omura; y de la nueva conjuracion y victoria que tuvo el rey D. Bartolomé de sus enemigos..... 301
CAP. XXXVI.—Del estado que tenia la cristiandad de Meaco por este tiempo..... 302

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE DE ESTA HISTORIA..... 305

LIBRO SÉPTIMO

Cómo fué muerto el Cubuzama á traicion y se alzó con el imperio y monarquía del Japon Nobunanga, rey de Boari, dejando con sólo el título á un hermano del muerto, y el suceso de la cristiandad en este tiempo, hasta que el mismo Nobunanga vino sobre la ciudad del Meaco, y la tomó por fuerza de armas.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo fué muerto á traicion el Cubuzama, su madre, mujer é hijos.... 307
CAP. II.—Cómo fueron desterrados de Meaco los PP. Gaspar Vilela y Luis Froes..... 309
CAP. III.—Del aumento que habia por este tiempo en la cristiandad de Bungo..... 310
CAP. IV.—De la devocion que nuestro Señor comunicaba en el mismo tiempo á los cristianos de Firando..... 312
CAP. V.—De algunos trabajos y desasosiegos que tuvieron los cristianos de Firando..... 313
CAP. VI.—De lo que sucedió en las partes de Meaco después que desterraron los Padres, y cómo el P. Gaspar Vilela vino al reino de Bungo.... 314
CAP. VII.—De algunas cosas de edificacion que pasaron en el Sacay después de partido el P. Gaspar Vilela..... 315
CAP. VIII.—Cómo los HH. Luis de Almeida y Lorenzo fueron al reino del Goto, y lo que allá les sucedió..... 316
CAP. IX.—Del suceso que tuvo la mision del reino del Goto..... 318
CAP. X.—Cómo el P. Melchor de Figueredo fué á Jimabara y á Bungo y el P. Gaspar Vilela á Omura y al Jequi..... 320
CAP. XI.—De la cristiandad de Firando, y lo que en ella pasaba por este tiempo..... 321
CAP. XII.—De lo que pasaba en este tiempo en las partes de Meaco, particularmente en la ciudad de Sacay y en la fortaleza de Imori..... 323
CAP. XIII.—En que se declara quién era Vatadono y Nobunanga, y cómo por medio de ellos fué restituido en la dignidad de Cubuzama un hermano del muerto..... 325
CAP. XIV.—Cómo fué restituido el P. Luis Froes á su iglesia de Meaco por medio de Vatadono. 327
CAP. XV.—Cómo el P. Luis Froes visitó á Nobunanga y al Cubuzama, y los favores que le hicieron por medio de Vatadono..... 328
CAP. XVI.—Del fruto que se hacia en la iglesia y cristiandad de Bungo los años de 67 y 68..... 330
CAP. XVII.—Cómo vinieron de la India otros dos Padres y un Hermano, y el P. Cosme de Torres fué á Omura y el P. Gaspar Vilela al puerto de Nangasaqui..... 331
CAP. XVIII.—Cómo el P. Juan Bautista fué al reino del Goto, y los HH. Luis de Almeida y Miguel Vaseo á la isla de Amacusa y Jequi.... 332
CAP. XIX.—De la persecucion que se levantó contra los cristianos de Amacusa y de Jequi..... 333
CAP. XX.—De la persecucion que se levantó contra la cristiandad en Measo por medio de un bonzo..... 334
CAP. XXI.—De las diligencias que hizo el bonzo Niquijojuni contra la cristiandad, y el buen oficio de Vatadono..... 336
CAP. XXII.—De algunas demandas y respuestas que hubo entre Vatadono y el bonzo Niquijojuni, y cómo el P. Luis Froes fué al reino de Mino á visitar á Nobunanga..... 337
CAP. XXIII.—De la nueva ciudad y fortaleza que edificó Nobunanga en el reino de Mino..... 338
CAP. XXIV.—Cómo el P. Luis Froes llegó al reino de Mino, y los favores que le hizo Nobunanga, y el buen despacho con que volvió..... 339
CAP. XXV.—Del fruto que nuestro Señor hacia en las partes del Jimo, y la venida de algunos Padres de la India..... 341
CAP. XXVI.—Cómo se bautizó la madre, mujer é hijos del rey D. Bartolomé, con otra gente principal del reino, y la muerte del P. Cosme de Torres..... 342
CAP. XXVII.—De cómo el P. Alejandro fué al reino del Goto, y el fruto que allí se hizo, y la persecucion que se levantó contra los cristianos, y el grande valor del príncipe D. Luis..... 343

CAP. XXVIII.—Del fin que tuvo la persecucion del Goto, y cómo el P. Alejandro volvió á la India y Europa.... 345
CAP. XXIX.—Cómo el P. Francisco Cabral visitó los cristianos de Amacusa y se bautizó el señor de aquella tierra.... 346
CAP. XXX.—De la persecucion que el bonzo Niquijojuni levantó contra el visorey Vatadono, y lo que de ella resolvió.... 347
CAP. XXXI.—Cómo se levantaron contra Nobunanga Miojindono y Dajandono; la muerte de Vatadono, y destruccion de los bonzos de la sierra de Frenojama.... 349
CAP. XXXII.—Cómo el P. Organtino llegó á Meaco, y algunas cosas de edificacion que sucedieron en aquella iglesia.... 350
CAP. XXXIII.—Cómo el P. Francisco Cabral fué á visitar los cristianos de las partes del Meaco, y lo que en este camino le sucedió hasta llegar allá.... 352
CAP. XXXIV.—Cómo el P. Francisco Cabral visitó al Cubuzama y á Nobunanga, y el favor que le hicieron.... 353
CAP. XXXV.—Cómo se dió principio á la cristiandad en el reino de Tamba y en otros lugares, y el P. Francisco Cabral volvió desde Meaco á Bungo.... 354
CAP. XXXVI.—De algunas cosas que sucedieron en las partes de Meaco después que partió de allá el P. Francisco Cabral.... 355

LIBRO OCTAVO

Del progreso que tuvo la cristiandad desde que Nobunanga vino sobre la ciudad de Meaco con su ejército, hasta que partieron del Japon los embajadores que enviaron algunos reyes, para dar la obediencia al Papa Gregorio XIII.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De las ocasiones que tuvo Nobunanga para romper con el Cubuzama.... 359
CAP. II.—Cómo Nobunanga llegó á Meaco con su ejército, y el suceso que tuvo esta jornada.... 360
CAP. III.—De lo que sucedió al P. Luis Froes en esta destruccion de Meaco.... 362
CAP. IV.—Cómo el P. Francisco Cabral visitó á los cristianos de Facata y Amanguchi, y de algunas cosas de edificacion que vió en ellos.... 363
CAP. V.—De la persecucion que se levantó contra el rey D. Bartolomé.... 365
CAP. VI.—Del gran fruto que sacó nuestro Señor del trabajo que tuvo el rey de Omura.... 366
CAP. VII.—Cómo se bautizó el hijo del rey de Bungo, que se llamó D. Sebastian.... 367
CAP. VIII.—Del fruto que se siguió en Bungo del Bautismo del príncipe y de la conversion del rey de Tosa.... 368
CAP. IX.—De la conversion y Bautismo del rey de Arima, que se llamó D. Andrés, y la venida de tres Padres de la India.... 370
CAP. X.—Cómo el P. Melchor de Figueredo fué á visitar los cristianos del Goto y de Facata... 371
CAP. XI.—De algunas cosas de edificacion que sucedieron en la iglesia de Bungo por el año de 77. 372
CAP. XII.—Cómo se convirtió á nuestra santa fe Chicatora, sobrino de la reina de Bungo, y sentimiento que de ello tuvieron su padre y su tia. 374
CAP. XIII.—Cómo volvieron á Chicatora de Buygen á Bungo, y se bautizó, y el sentimiento de su padre y de su tia por ello.... 376
CAP. XIV.—De los nuevos medios que tomaron la reina y su hermano, para derribar á D. Simon.. 377
CAP. XV.—De lo que hicieron los cristianos de Vosuqui sabiendo la determinacion de Chicacata.. 379
CAP. XVI.—Cómo se vieron y hablaron D. Simon y el príncipe D. Sebastian su primo, y el suceso que tuvo este negocio de Chicacata.... 380
CAP. XVII.—De cómo se renovaron las iglesias que habia en las partes de Meaco, y creció el número de los fieles.... 382
CAP. XVIII.—De la virtud de algunos cristianos de Meaco, y cómo el P. Luis Froes vino de allá para Bungo.... 383
CAP. XIX.—Cómo repartió el P. Francisco Cabral los Padres y Hermanos que vinieron de la India, y se dió principio al colegio y casa de probacion en la ciudad de Funay, con algunas cosas que pasaron en las partes del Jimo el año de 1577... 386
CAP. XX.—Cómo Chicacata echó de su casa á D. Simon y el rey de Bungo dejó á la reina su mujer, y se casó con otra.... 387
CAP. XXI.—De cómo se bautizaron el rey de Bungo y su nueva mujer con otra hija suya, y se fueron á vivir al reino de Fiunga, y llevaron consigo á D. Simon y á algunos de la Compañía. 389
CAP. XXII.—De los buenos efectos que hizo la conversion del rey Francisco en el príncipe su hijo.... 391
CAP. XXIII.—De cómo vinieron este año de 1578 algunos Padres y Hermanos al Japon, y la tormenta que padecieron en aquel viaje desde la China con algunas cosas que pasaban en las partes del Jimo.... 392
CAP. XXIV.—Del aumento que tenia la cristiandad en las partes de Meaco, y el favor que Nobunanga hacia á los Padres.... 395
CAP. XXV.—De la virtud y devocion del rey Francisco y del príncipe su hijo, y de los trabajos que sucedieron en el reino de Bungo y muerte de D. Simon.... 396
CAP. XXVI.—Cómo se juntaron los Padres que andaban en Japon en el puerto de Cochinozu, y el principio y orígen que tuvieron las guerras que sucedieron en el reino de Bungo.... 398
CAP. XXVII.—Cómo se hizo cristiano el rey de Arima y se llamó D. Protasio.... 400
CAP. XXVIII.—De la mudanza que hubo en el príncipe de Bungo, con otras cosas que sucedieron en aquel reino y en el del Goto.... 401
CAP. XXIX.—De los favores que Nobunanga y sus hijos hacian á los Padres y á la cristiandad, y se edificó casa é iglesia en Anzuquiama.... 403
CAP. XXX.—De las guerras que tuvo Nobunanga con tres señores principales y lo que por razon de esta guerra sucedió á D. Mancio, señor de Imori. 404
CAP. XXXI.—Del suceso de las guerras de Nobunanga y lo que en ellas aconteció á Justo Ucandono.... 405
CAP. XXXII.—Cómo llegó á Bungo el P. Alejandro y asentó el colegio y casa de probacion, con otras cosas que sucedieron en aquel reino.... 407
CAP. XXXIII.—Cómo el rey Francisco tornó á tomar por algun tiempo cargo de las guerras y el gobierno de sus reinos.... 408
CAP. XXXIV.—Cómo el P. Alejandro pasó á Meaco y celebró los Oficios de la Semana Santa en la fortaleza de Tacacuqui.... 410

CAP. XXXV.—Cómo el P. Alejandro visitó á Nobunanga, y las fiestas que se hicieron en Meaco aquellos dias..... 411
CAP. XXXVI.—Cómo se puso el Seminario en la ciudad de Anzuquiama, y el P. Alejandro volvió al reino de Bungo y visitó de camino al rey de Tosa..... 412
CAP. XXXVII.—De algunas cosas que sucedieron en las partes de Meaco después que partió el P. Alejandro..... 413
CAP. XXXVIII.—De algunas cosas que acontecieron en Bungo después que el P. Alejandro volvió de Meaco..... 414
CAP. XXXIX.—De algunas cosas de edificacion que por el mismo tiempo pasaban en los reinos del Jimo..... 416
CAP. XL.—Número de casas, iglesias y cristianos que dejó el P. Alejandro cuando quiso partir del Japon para la India..... 417

LIBRO NOVENO

Del viaje que hicieron los señores japones á Roma para dar la obediencia á Su Santidad el Papa Gregorio XIII, y su vuelta desde Europa á la India.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo partieron cuatro caballeros japones en compañía del P. Alejandro á Roma, y llegaron todos al puerto de Macao.. 421
CAP. II.—Del viaje que hicieron estos señores en compañía del P. Alejandro desde Macao hasta Malaca..... 122
CAP. III.—Del camino de estos señores desde Malaca hasta Goa..... 423
CAP. IV.—Del viaje de estos señores desde Goa hasta Lisboa..... 424
CAP. V.—Del regalo que se hizo á estos señores el tiempo que se detuvieron en Portugal..... 426
CAP. VI.—Cómo estos señores pasaron por Guadalupe y Toledo, y llegaron á Madrid..... 427
CAP. VII.—De la audiencia que dió á estos señores el rey D. Felipe II, y la merced que les hizo el tiempo que se detuvieron en Madrid..... 428
CAP. VIII.—Cómo llegaron estos señores á Alcalá y vieron aquella insigne Universidad, y desde allí pasaron á Villarejo y Belmonte..... 429
CAP. IX.—Del recibimiento que hicieron á estos señores en Murcia, Orihuela y Alicante..... 430
CAP. X.—Cómo llegaron estos señores á Italia, y el recibimiento que les hizo en sus tierras el gran duque de Florencia..... 431
CAP. XI.—Cómo estos señores llegaron á Roma, y se aposentaron en la casa de la Compañía.... 432
CAP. XII.—Del recibimiento que se hizo á estos señores por mandado de Su Santidad, hasta llegar á la sala del Consistorio..... 433
CAP. XIII.—De las cartas que se leyeron en el Consistorio de los reyes del Japon..... 434
CAP. XIV.—De la oracion que hizo el P. Gaspar Gonzalez de la Compañía en el Consistorio en nombre de aquellos caballeros japones..... 435
CAP. XV.—De la respuesta que dió Su Santidad en aquel Consistorio á los embajadores, con los demás favores que les hizo el tiempo que vivió. 438
CAP. XVI.—De la muerte del Papa Gregorio XIII y eleccion de Sixto V, y el favor que hizo á estos señores..... 439
CAP. XVII.—De los dones que Su Santidad envió á los reyes del Japon, y cartas que les escribió..... 441
CAP. XVIII.—De otras dos cartas que Su Santidad escribió á los reyes de Arima y Omura..... 442
CAP. XIX.—Cómo aquellos señores se despidieron de Su Santidad y del pueblo Romano, y el camino que llevaron hasta llegar á Asís..... 443
CAP. XX.—Del recibimiento que les hicieron en diversas partes, hasta llegar á Nuestra Señora de Loreto..... 444
CAP. XXI.—De otros recibimientos que hicieron á aquellos señores en otras ciudades de Italia, especialmente en Pesaro y en Boloña..... 445
CAP. XXII.—Del recibimiento que se hizo á aquellos señores en el estado de Ferrara..... 446
CAP. XXIII.—Del recibimiento que hizo á aquellos caballeros la Señoría de Venecia..... 447
CAP. XXIV.—De otros particulares favores y regalos que hicieron á aquellos señores en Venecia y lugares de la Señoría..... 448
CAP. XXV.—Del recibimiento y fiesta que hizo á aquellos señores el duque de Mántua..... 449
CAP. XXVI.—Del recibimiento y fiesta que se hizo á estos señores en Milan..... 451
CAP. XXVII.—De la fiesta que se hizo á aquellos señores en el castillo de Milan, y lo que más pasaron hasta llegar á Génova..... 452
CAP. XXVIII.—Cómo llegaron aquellos señores á España y visitaron á Su Majestad en Monzon, y de allí pasaron á Zaragoza y á Daroca..... 454
CAP. XXIX.—Del camino que hicieron aquellos señores desde Aragon hasta Lisboa..... 455
CAP. XXX.—Del viaje que hicieron aquellos señores desde Portugal á la India, y cómo llegaron á Goa..... 456
CAP. XXXI.—De la grande satisfaccion y estima que llevaban aquellos señores de las cosas de Europa, y la mucha que ellos tambien dejaron de su virtud, modestia y discrecion..... 456
CAP. XXXII.—Cómo fué electo por Obispo del Japon el P. Sebastian de Morales, de la Compañía de Jesus, y por su muerte los PP. Dr. Pedro Martinez y el Dr. Luis de Cerquera..... 457

LIBRO DÉCIMO

Del progreso de la cristiandad en Japon desde la muerte de Nobunanga y en tiempo de Cambacundono, que le sucedió en la monarquía, hasta la muerte de los dos reyes D. Francisco de Bungo y D. Bartolomé de Omura.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De la soberbia de Nobunanga, que llegó á querer ser tenido y adorado por Dios..... 459
CAP. II.—Cómo Nobunanga mandó publicar en todos sus reinos la romería de su templo, y las señales que precedieron á su muerte..... 460
CAP. III.—De la muerte de Nobunanga y del príncipe su hijo..... 461

CAP. IV.—De lo que hicieron los Padres que estaban en Meaco y Anzuquiama después que mataron á Nobunanga..... 462
CAP. V.—De lo que hicieron Fajibadono y el hijo de Nobunanga sabida su muerte, y la desastrada que tuvo el mismo tirano..... 462
CAP. VI.—Cómo Fajibadono, capitan general de Nobunanga, se quedó con la monarquía del Japon..... 463
CAP. VII.—De algunas cosas que hizo Fajiba después que se hizo señor de la Tenza, y de la buena voluntad que mostraba á los cristianos..... 464
CAP. VIII.—Del buen suceso que tenian las cosas del reino de Bungo por este tiempo..... 465
CAP. IX.—De algunos milagros y otras cosas que acontecieron en la misma cristiandad de Bungo..... 466
CAP. X.—Cómo vino Riozogi con su ejército para destruir al rey D. Protasio..... 467
CAP. XI.—De la victoria que alcanzó D. Protasio, y la muerte del tirano Riozogi..... 468
CAP. XII.—De algunas cosas que pasaron en Arima después de la victoria..... 469
CAP. XIII.—De algunas cosas de edificacion que pasaban por el mismo tiempo en Omura y Amacusa..... 470
CAP. XIV.—Cómo envió el P. Viceprovincial á visitar al rey de Sajuma, y lo que allá sucedió... 471
CAP. XV.—De lo que pasó en Bungo después de la muerte de Riozogi..... 472
CAP. XVI.—Del fervor y devocion del príncipe D. Pantaleon, hijo tercero del rey Francisco y de D. Leon el que vivia en Nocen..... 473
CAP. XVII.—De algunas conversiones y otras cosas que pasaban al mismo tiempo en las partes de Meaco..... 474
CAP. XVIII.—Cómo el P. Viceprovincial Gaspar Coello fué á visitar la cristiandad de Meaco, y lo que en el camino le sucedió..... 476
CAP. XIX.—Cómo el P. Viceprovincial visitó á Fajiba Cambacundono, y el buen acogimiento que halló en él..... 477
CAP. XX.—De otros particulares favores que hicieron Cambacundono y su mujer al P. Provincial..... 479
CAP. XXI.—De algunas cosas particulares que negoció el P. Provincial antes de partirse, y los terremotos que hubo en aquella tierra..... 480
CAP. XXII.—Cómo el P. Provincial volvió á Bungo, y el fruto que se hacia en aquel reino..... 481
CAP. XXIII.—De las guerras que se levantaron entre los dos reyes de Sajuma y de Bungo..... 482
CAP. XXIV.—De la venida de Condera y cómo por su medio fueron los Padres restituidos en el reino de Amanguchi y se cobró el de Buigen..... 483
CAP. XXV.—De la pérdida de Bungo y destruicion de las dos ciudades que se decian Vosuqui y Funay..... 484
CAP. XXVI.—Cómo vino Condera á socorrer á Bungo y se bautizó el príncipe y se mejoraron las cosas de aquel reino..... 475
CAP. XXVII.—Cómo vino Cambacundono en persona á las partes del Jimo, y le dieron la obediencia todos aquellos reyes y el repartimiento que hizo de los reyes del Jimo..... 487
CAP. XXVIII.—De la muerte de D. Bartolomé, rey de Omura..... 488
CAP. XXIX.—De la muerte de D. Francisco, rey de Bungo..... 489

LIBRO UNDÉCIMO

De la persecucion universal que levantó Cambacundono contra toda la cristiandad y contra los Padres que estaban en Japon predicando la ley de Dios, y el fruto que nuestro Señor sacó de este trabajo.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—De la mudanza repentina de Cambacundono contra los Padres y cristiandad del Japon, y los motivos que tuvo para ello. 491
CAP. II.—De lo que hizo el tirano contra el valeroso Justo Ucandono..... 942
CAP. III.—Del mandato y sentencia que el tirano publicó contra los Padres que predicaban en Japon la ley de Dios..... 494
CAP. IV.—De la resolucion que tomaron los Padres que estaban en Japon, vista la determinacion de aquel rirano..... 495
CAP. V.—Del grande sentimiento que causó en Japon este edicto de Cambacundono, en los cristianos y gentiles..... 496
CAP. VI.—De lo que hizo este tirano antes de partir á Meaco, y cómo se repartieron los Padres para quedar en Japon..... 498
CAP. VII.—Del valor que mostraron en tiempo de esta persecucion algunos caballeros principales.. 499
CAP. VIII.—De la constancia que mostraron otros cristianos en las partes de Meaco..... 500
CAP. IX.—De la constancia y fortaleza de algunas señoras y mujeres cristianas en tiempo de esta persecucion..... 501
CAP. X.—De algunas cosas que pasaron en Amanguchi después que salieron de allí los Padres... 503
CAP. XI.—De los trabajos que pasaba la cristiandad en el reino de Bungo después que se publicaron los edictos de Cambacundono..... 504
CAP. XII.—De lo que hicieron los cristianos de Bungo viendo el mandato del rey..... 505
CAP. XIII.—Cómo el tirano persiguió con más crueldad á los cristianos después que recibió el recaudo del capitan de la nao, y el P. Organtino los andaba visitando secretamente..... 506
CAP. XIV.—De lo que sucedió en las partes de Arima, y del valor que mostró el rey D. Protasio cuando el tirano destruyó las iglesias de Meaco..... 508
CAP. XV.—Cómo el rey de Bungo fué á Osaca y después envió á D. Paulo con el príncipe su hijo, para visitar á Cambacundono, y lo que allá les sucedió..... 509
CAP. XVI.—Cómo el rey de Bungo quiso destruir á D. Paulo, y por su órden mataron algunos cristianos, y el fervor que mostraban los demás en aquel reino..... 510
CAP. XVII.—Del fruto que se hacia en diversas partes del reino de Arima..... 512
CAP. XVIII.—Del fruto que se hacia en las islas de Amacusa..... 514
CAP. XIX.—Del fruto que se hacia en Omura y Firando, y en el reino de Chicungo..... 515
CAP. XX.—De los trabajos que pasaron los cristianos en el Goto, y algunas cosas de edificacion que sucedieron en aquel reino..... 516
CAP. XXI.—De algunos trabajos y desasosiegos que sucedieron al rey D. Protasio en su reino.. 518

CAP. XXII.—Cómo vino Justo Ucandono á las partes de Arima, y después fué desterrado al reino de Canga..... 518
CAP. XXIII.—Cómo envió un recaudo el P. Alejandro desde la China á Cambacundono, y lo que sucedió á los reyes de Arima y Omura yéndole á visitar á Osaca..... 519
CAP. XXIV.—De la solemnidad y fiesta con que el tirano Cambacundono celebró la dedicacion del templo del grande Daybud, y la coronacion del Dayri..... 521
CAP. XXV.—Cómo Cambacundono acabó de sujetar todos los reinos del Japon, y trató de conquistar los de la China..... 522
CAP. XXVI.—Cómo llegó á Japon el P. Provincial Alejandro Valiñano con los embajadores, y las muchas visitas que tuvieron..... 523
CAP. XXVII.—Cómo el P. Alejandro fué con aquellos señores á la ciudad de Arima, y lo que allí hicieron..... 524
CAP. XXVIII.—Cómo el P. Alejandro y aquellos caballeros pasaron de Arima á Omura, á visitar al rey D. Sancho..... 526
CAP. XXIX.—De algunas cosas que sucedieron en la cristiandad de Arima poco antes que llegase el P. Alejandro á Nangasaqui, y antes de ir á Meaco..... 527
CAP. XXX.—Del fruto que se hacia en la cristiandad del reino de Arima y Omura..... 529
CAP. XXXI.—De la guerra que hubo en la isla de Amacusa, y el fruto que se hizo en aquella tierra después de pasado aquel trabajo..... 531
CAP. XXXII.—De lo que en este tiempo pasaba en la cristiandad de Firando, Goto, Chicungo, Amanguchi y Bungo..... 533
CAP. XXXIII.—De algunas cosas que pasaron en la cristiandad de Meaco, con el número de los Padres y casas que tenian en Japon el año de 1590..... 534
CAP. XXXIV.—De las conjeturas que habia de haber el tirano, moderado su ira y enojo, y los motivos y causas que tuvo para ello..... 536

LIBRO DUODÉCIMO

De la embajada que hizo el P. Alejandro con los caballeros japones á Cambacundono de parte del visorey de la India, de la conquista del Coray y suceso de la cristiandad del Japon hasta el año de 1595.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo el P. Alejandro partió con los caballeros japones de Nangasaqui para el Meaco, y llegó al puerto de Muro..... 539
CAP. II.—De lo que hizo el P. Alejandro el tiempo que se detuvo con sus compañeros en el puerto de Muro..... 540
CAP. III.—Cómo el P. Alejandro y sus compañeros llegaron á Meaco, é hicieron su embajada.. 542
CAP. IV.—De lo que pasó en Meaco el tiempo que allí se detuvo el P. Alejandro después de hecha su embajada..... 545
CAP. V.—Cómo el P. Alejandro partió de Meaco y llegó á Firando, y desde allí partió al puerto de Nangasaqui..... 546
CAP. VI.—Cómo el P. Alejandro fué á los reinos de Arima y Omura, y entregó á aquellos reyes los dones que traia de Su Santidad para ellos... 548
CAP. VII.—De otra nueva persecucion y trabajo que se levantó contra los Padres y contra toda la cristiandad..... 549
CAP. VIII.—Cómo el P. Provincial Alejandro recibió en la Compañía á los cuatro caballeros japones, y pasó al puerto de Nangasaqui, donde sucedieron otros nuevos trabajos á la cristiandad. 551
CAP. IX.—De algunas cosas que nuestro Señor obraba en la cristiandad de las partes del Jimo y Meaco..... 553
CAP. X.—Del fruto que se hacia en el seminario de Fachirao y en el colegio de Amacusa, y la congregacion que hizo el P. Provincial en el puerto de Nangasaqui..... 555
CAP. XI.—Cómo Cambacundono despachó al P. Alejandro con una carta y presente para el virey de la India..... 556
CAP. XII.—Cómo Cambacundono se determinó de conquistar la China, y los motivos que tuvo para ello y apercibimiento que hizo para la jornada. 557
CAP. XIII.—De la fiesta que hizo Cambacundono á los señores del Japon antes de partir al Coray, y cómo renunció el gobierno de sus estados en un sobrino suyo..... 559
CAP. XIV.—Cómo D. Agustin y su gente comenzaron la conquista del Coray, y las victorias que tuvieron..... 561
CAP. XV.—Cómo llegó Taicosama á Nangoya con toda su gente, y tuvo allí aviso de lo que pasaba en el Coray..... 562
CAP. XVI.—Cómo D. Agustin echó al rey de Coray de su propio reino, y la envidia que de esto tuvieron sus propios enemigos..... 564
CAP. XVII.—De otro nuevo trabajo que se recreció á los Padres de la Compañía por ocasion del embajador de las Filipinas, y lo que de esto resultó..... 565
CAP. XVIII.—Cómo Taicosama hizo embarcar toda la gente para el Coray, y él se quedó con intento de volverse al Meaco, y el P. Alejandro partió del puerto de Nangasaqui para la India..... 567
CAP. XIX.—Del suceso que tuvo la guerra del Coray..... 568
CAP. XX.—Cómo se trató de conciertos entre los japones, chinas y corais, y se enviaron sobre ello embajadores á Taicosama..... 570
CAP. XXI.—De lo que pasó en el reino de Omura y puerto de Nangasaqui, entre tanto que el tirano Taicosama se detuvo en Nangoya..... 572
CAP. XXII.—Del trabajo que se pasaba en este mismo tiempo en el reino de Arima y en la isla de Amacusa..... 573
CAP. XXIII.—De los trabajos que pasó la cristiandad de Bungo en el tiempo que Taicosama estuvo en Nangoya, en donde más trabajos y miserias se pasaron..... 574
CAP. XXIV.—Lo que sucedió en los reinos del Goto y de Firando, entre tanto que Taicosama estuvo en Nangoya..... 576
CAP. XXV.—Cómo murió Ruiza, padre de don Agustin, y vinieron segundos embajadores de las Filipinas, antes que Taicosama partiese del puerto de Nangoya..... 577
CAP. XXVI.—Cómo Taicosama volvió de Nangoya á su nueva ciudad de Fujimi, y los disgustos que comenzaron entre el tirano y su sobrino... 579
CAP. XXVII.—Cómo el P. Organtino y sus compañeros visitaron los cristianos del Meaco y reinos comarcanos, y el P. Gregorio de Céspedes á los que estaban en las fortalezas del Coray.... 580

CAP. XXVIII.—Cómo los Padres Descalzos edificaron casa é iglesia en Meaco y dieron principio á otras dos en Osaca y en Nangasaqui..... 581
CAP. XXIX.—Cómo fueron creciendo las sospechas y disgustos entre Taicosama y Cambacundono, y la fiesta que el sobrino hizo á su tio... 583
CAP. XXX.—Cómo Taicosama quitó á su sobrino el estado y le encerró en un monasterio..... 585
CAP. XXXI.—Cómo Taicosama mandó matar á Cambacundono su sobrino, y á sus hijos y mujeres..... 586
CAP. XXXII.—De lo que pasaba en la cristiandad del reino de Omura los años de 1594 y 95, después que Taicosama partió de Nangoya..... 588
CAP. XXXIII.—De la cristiandad del reino de Arima en los mismos años de 1594 y 95..... 589
CAP. XXXIV.—De lo que en estos mismos años pasaba en la isla de Amacusa, y en los reinos de Firando y Goto..... 591
CAP. XXXV.—De lo que pasaba en la cristiandad de Bungo, Amanguchi y otros reinos del Jimo.. 591
CAP. XXXVI.—Del fruto que se hacia en las partes del Meaco los años de 94 y 95..... 592
CAP. XXXVII.—De lo que sucedió en el Coray estos mismos años de 1594 y 95..... 595

LIBRO DÉCIMOTERCIO

En el cual se trata cómo llegó á Japon el Obispo don Pedro Martinez y comenzó á hacer su oficio, y Taicosama renovó la persecucion contra la cristiandad, y el progreso y aumento de ella hasta la muerte del mismo Taicosama.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo iba nuestro Señor deshaciendo las trazas que el tirano tomaba para perpetuar su monarquía, y el castigo que le envió 599
CAP. II.—Cómo el Obispo D. Pedro Martinez llegó al Japon y visitó á Taicosama, y comenzó á hacer su oficio..... 600
CAP. III.—Cómo los Padres Descalzos que vinieron de las Filipinas cayeron en desgracia de Taicosama y de sus gobernadores..... 602
CAP. IV.—Cómo se perdió la nave *San Felipe* en un puerto del Japon, y Taicosama se alzó con lo que venia en ella, y lo que hicieron los Padres Descalzos y los de la Compañía para remedio de esta necesidad..... 603
CAP. V.—De la ocasion que tomó Taicosama del galeon *San Felipe* para hacer prender y querer matar á los que predicaban en Japon la ley de Dios..... 604
CAP. VI.—Del grande deseo que mostraron del martirio algunos caballeros cristianos en tiempo de esta persecucion..... 607
CAP. VII.—Del deseo que se vió en otros cristianos del martirio al mismo tiempo..... 608
CAP. VIII.—Del ánimo y deseo del martirio que mostraban algunas mujeres y niños..... 610
CAP. IX.—Cómo Taicosama condenó á la vergüenza y á pena de muerte seis religiosos Descalzos de la Orden del Seráfico P. San Francisco y algunos cristianos, con tres Hermanos de la Compañía de Jesus, dejando libres á los demás.... 610
CAP. X.—Cómo cortaron la una oreja á todos los veinte y cuatro presos y los trujeron á la vergüenza por las calles de Meaco, Osaca y Sacay. 613
CAP. XI.—Cómo llevaron á estos siervos de nuestro Señor desde Sacay al reino de Omura, donde los salió á recibir Fazaburodono..... 614
CAP. XII.—Cómo llegaron estos siervos del Señor al reino de Omura, y lo que sucedió en el camino y en Nangasaqui antes de su dichosa muerte. 615
CAP. XIII.—Cómo fueron crucificados los religiosos y cristianos que Taicosama condenó á muerte..... 617
CAP. XIV.—De algunos trabajos que pasaron los cristianos en diversas partes con estos nuevos mandatos de Taicosama..... 618
CAP. XV.—Cómo se tornó á continuar la guerra del Coray, y lo que en ella sucedió..... 619
CAP. XVI.—Cómo Taicosama mandó que saliesen del Japon los Padres de la Compañía, y lo que de este mandato resultó..... 620
CAP. XVII.—Cómo se comenzó á ejecutar el mandato de Taicosama, y deshizo el colegio de Amacusa y el seminario de Arie, y los demás Padres se repartieron en diversas partes..... 621
CAP. XVIII.—Del fruto que los Padres hacian andando encubiertos en tiempo de esta persecucion, los años de 1597 y 98..... 622
CAP. XIX.—De las nuevas aflicciones y trabajos que vinieron á la cristiandad del Japon, y las iglesias que se destruyeron en las partes del Jimo..... 623
CAP. XX.—De la venida del Obispo D. Luis Serqueira á Japon y enfermedad de Taicosama, y lo que en ella ordenó acerca de su imperio y monarquía..... 625
CAP. XXI.—De la muerte de Taicosama, y cómo antes de ella mandó que le contasen en el número de sus camis..... 626
CAP. XXII.—Del buen suceso de la cristiandad después de la muerte de Taicosama..... 628

TRATADO

que se hace de algunas cosas que se imponen á la Compañía de Jesus y religiosos de ella, las cuales pertenecen á la verdad de esta misma historia, y por eso se da satisfaccion de ellas en los capítulos siguientes.

Págs.

PRÓLOGO..... 631
CAPÍTULO PRIMERO.—En que se pone el Breve del Papa Gregorio XIII y la ocasion que hubo para sacarle Su Santidad..... 633
CAP. II.—De las razones que tuvo el Papa Gregorio XIII para dar este Breve, y cómo después le confirmó Su Santidad el Papa Clemente VIII. 634
CAP. III.—De lo que proveyó la majestad del rey Felipe II acerca del cumplimiento de dicho Breve..... 636
CAP. IV.—En que se responde á la primera cosa que se opone á los de la Compañía, y se declara la calidad de los caballeros japones que fueron á Roma..... 637
CAP. V.—En el cual se responde al segundo punto de que fueron estos caballeros enviados á Roma para sacar el Breve del Papa Gregorio XIII... 638
CAP. VI.—En que se responde al tercero punto, del grande daño que hicieron los Padres á la Iglesia y cristiandad del Japon con este Breve, privándole de prelados y religiosos..... 640

CAP. VII.—En que se responde al cuarto punto de otro daño que dicen hicieron los Padres de la Compañía con este Breve á toda aquella cristiandad 643
CAP. VIII.—En que se responde al cuarto punto, en el cual se dice que los Padres procuraron el Breve para quedarse ellos con las ofrendas de los cristianos del Japon 645
CAP. IX.—En que se responde al segundo motivo y causa que dicen tuvieron los Padres para sacar el Breve, por no tener en Japon testigos de su modo de vivir, contratos y mercancías 647
CAP. X.—En que se responde á la tercera causa que dan del Breve, porque yendo otros religiosos á Japon no se descubriesen los yerros que hacian los Padres de la Compañía en la conversion de los gentiles y en la institucion de los cristianos 650
CAP. XI.—En que se responde á otra causa de sacar el Breve, que es la poca estima que tienen los de la Compañía de otros religiosos, y la mucha que tienen de sí mismos 652
CAP. XII.—De otro cargo que se hace á los de la Compañía de haber sacado otro Breve particular, y los daños que de él se siguieron 654
CAP. XIII.—En que se responde á otra cosa de que se hace cargo á los de la Compañía, que es haber tenido culpa en la pérdida de la hacienda del galeon *San Felipe*, y en la muerte de los religiosos y cristianos que mandó matar Taicosama. 656
CAP. XIV.—De las causas que hubo de la muerte de los Religiosos Descalzos de San Francisco.. 658
CAP. XV.—En que se responde á otra cosa de que se hace cargo á los Padres de la Compañía del Japon, que es haber sido desleales á los reyes de España. 661
ÍNDICE 663

FIN DEL ÍNDICE

060.94 47389
G993
GUZMAN, S. J., LUIS DE
AUTHOR Historia De Las Misiones
De La Compañía De Jesús En La
TITLE India Oriental, En La China
Y Japon Desde 1540 Hasta 1600.

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	DATE RETURNED
	STORAGE - COSA	

47389